Marcel Proust

Sodoma y Gomorra

A la busca del tiempo perdido, IV

Edición de Mauro Armiño
anotada y puesta al día

el paseo

Sodoma y Gomorra es el cuarto volumen de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust.

Además de revolucionar la narrativa con un estilo sin parangón en la historia de la literatura, Marcel Proust fue el primer autor moderno que exploró abiertamente en su obra el tema de la homosexualidad. Y fue en Sodoma y Gomorra, el cuarto volumen de su magistral *En busca del tiempo perdido*, donde ahondó con mayor intensidad en el amor homosexual, tanto masculino como femenino. A través de las relaciones sentimentales del barón de Charlus, por un lado, y de la memorable Albertine, por otro, Proust no solo se adentra en las pasiones humanas vinculadas tanto al deseo como a la frustración, sino que también se convierte en un personalísimo cronista de la decadencia de todo un estrato social en la transición de Francia hacia la modernidad del nuevo siglo.

Marcel Proust

Sodoma y Gomorra

A la busca del tiempo perdido - 4

ePub r1.0
Titivillus 06.12.2025

Título original: *Sodome et Gomorrhe*
Marcel Proust, 1923
Traducción: Mauro Armiño

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Nuria y Eduardo

A Léon Daudet[1] Al autor del Voyage de Shakespeare, del Partage de l'enfant, de L'Astre noir, de Fantômes et vivants, del Monde des images, de tantas obras maestras. Al incomparable amigo, en señal de gratitud y admiración. M.P.

Nota Editor EPL

La publicación de esta obra ha sido realizada gracias a la colaboración con otros editores. El que se ha encargado de escanear el libro, así como los que me han aconsejado en la maquetación del libro.

Respecto a esto último, tengo que resaltar que se ha seguido el estilo utilizado por el traductor, aunque en EPL no estemos acostumbrados a él. Por ejemplo en el tema de los guiones de diálogo, el cierre de de los mismos y el uso algo extraño de las dobles comillas angulares.

Nota del editor digital

Esta edición digital de la traducción de «A la busca del tiempo perdido». (Volumen 1 de 3) de Marcel Proust por parte de Mauro Armiño tiene el objetivo de ser exhaustivamente fiel a la edición de Valdemar, excepto el «Album» de fotos. Lo hemos dejado para un cuarto volumen y, a su vez, ampliar este cuarto volumen con la colección fotográfica: «Album Proust». (Editorial Mondadori).

En el capítulo «Bibliografía» se cita «Monsieur Proust» de Céleste Albaret y en el apartado dedicado a las traducciones al castellano no se menciona. (Valdemar se edita en 2000 y el libro de Albaret se edita en 2004). Ha sido traducido por Elisa Martín y Esther Tusquets y publicado por Rouer Editorial. Este libro será un próximo aporte de EPL, en la «Colección Proust».

Por último comentamos a continuación el compendio de varios artículos de reconocidos escritores que amplían considerablemente el capítulo de «Traducciones al castellano», sobre todo como homenaje a la editorial argentina Santiago Rueda, primera editorial que publica todos los libros de Proust en castellano y que no se cita en el Prólogo de Armiño.

… Según plantean algunos investigadores, Ortega y Gasset fue uno de los primeros españoles en estudiar los tomos iniciales de Proust: Du côté de chez Swann y À l'ombre des jeunes filles. Sus concepciones de la obra del francés las volcó Ortega en un texto cuya versión en castellano lleva por título Tiempo, distancia y forma en el arte de Proust, publicado en La Nación de Buenos Aires el 14 de enero de 1923, poco después de la muerte del escritor. Hay quienes insisten en que —en vida de Proust— Ortega y Gasset hizo todo lo posible por la traducción de su obra. Sin embargo, fue el poeta Pedro Salinas el encargado del primer proyecto de traducción. Suyos son los dos primeros tomos, ambos publicados en los años 20, Por el camino de Swann (1920) y A la sombra de las muchachas en flor (1922). El tercero, El mundo de Guermantes, que se publicó antes de la guerra civil, fue traducido entre Pedro Salinas —que abandonó el proyecto— y José María Quiroga Pla.

Hasta 1952 no apareció en España una edición completa de los siete tomos proustianos. Existió una versión de Fernando Gutiérrez, editada por Plaza y Janés —discretamente prohibida algunos años— y de Consuelo Berges (Alianza, 1967-1969). Fue la editorial argentina Santiago Rueda la que publicó por primera vez en lengua española todo En busca del tiempo perdido. Para conseguirlo, Rueda contrató al escritor argentino Marcelo Menasché, quien hizo su versión de los últimos cuatro tomos: Sodoma y Gomorra y La prisionera (1945), Albertine ha desaparecido y El tiempo recobrado (1946). El contraste entre esta versión y la de Salinas y Quiroga Pla era demasiado evidente y algunos críticos de otros países concluyeron que la de Menasché era inferior. No obstante, llegó a todas partes de Hispanoamérica y puede que buena parte de los lectores de Proust en español hayan bebido de sus páginas…

… Desde 1969, Alianza no se propuso la revisión de los tomos de Proust que hasta entonces había editado. Se había hecho sin unidad, en épocas y condiciones diversas y sobre ella pesaba un elemento adicional: en la década de los ochenta las ediciones francesas de Proust comenzaron a incluir numerosas variantes y añadidos,

especialmente con la aparición, en 1986, de Albertine desaparecida, versión trabajada e inédita de Proust encontrada por su sobrina y publicada en España por Anagrama, en 1988. Hubo en aquellos años otros intentos de traducción: Consuelo Berges y Fernando Gutiérrez hicieron otra para Plaza y Janés (1971), pero esa nueva edición no desplazó a la canónica.

Hasta el año 2000 no existía en España una versión de los siete volúmenes de Proust de la mano de un mismo traductor. En ese año, la editorial Valdemar puso en marcha el titánico proyecto de la mano de Mauro Armiño, quien no sólo tradujo los dos primeros tomos, sino que introdujo un doble diccionario: Los personajes de la vida de Proust (Diccionario de Marcel Proust) y los personajes de la novela, frecuentemente relacionados con los anteriores: Diccionario de personajes de A la busca del tiempo perdido. En esa edición, Mauro Armiño hizo cambios desde el título: A la busca del tiempo perdido y no En busca del tiempo perdido. El primer tomo lo tradujo como Por la parte de Swann (y no Por el camino…). Para muchos, la de Armiño comparada con la de Salinas es la más correcta, ya que el narrador usa una fórmula popular antigua, para referirse al mundo burgués de Swann situado frente al aristocrático de los Guermantes. Pero las variaciones continúan. Por ejemplo, en la frase inicial por todos recordada, donde Pedro Salinas tradujo: «Mucho tiempo he estado acostándome temprano», Armiño prefirió: «Me he acostado temprano, hace mucho».

Simultáneamente aparecieron dos versiones más: Del lado de Swann de la argentina Estela Canto (1920-1994) editada por Losada, en Buenos Aires, y Por la parte de Swann de Carlos Manzano (Lumen, Barcelona). De la de Estela Canto muchos rescatan el hecho de que la traductora evitara los argentinismos que se le atribuían a Menasché. También Armiño y Manzano prefirieron servirse de modismos muy generalizados, algo más planos que los que utilizó Salinas. A esa primera entrega que hizo Lumen se sumó, en 2002, el tercer volumen La parte de Guermantes, en lugar del acostumbrado El mundo de Guermantes (Le coté des Guermantes) que utilizaron Pedro Salinas, José María Quiroga Pla y Consuelo Berges.

Nota sobre esta edición

En 1984 y 1987, concluido el período legal de derechos de autor para los textos póstumos y para los publicados en vida de Marcel Proust, se inició en Francia la revisión del texto de «A la busca del tiempo perdido» los distintos investigadores entregados desde hacía años a la tarea de elaborar una versión lo más acorde posible con las intenciones de su autor, prepararon un texto «nuevo»; para los cuatro títulos publicados en vida de Proust, aprovecharon correcciones de erratas o términos mal comprendidos y anotaciones hechas por el autor sobre su ejemplar; en los tres últimos, preparados para Gallimard por Robert Proust en su primera edición, la lectura de los manuscritos y de los innumerables cuadernos preparatorios, cambios más sustanciales, hasta el punto de que uno de los volúmenes (Albertine desaparecida) ha retornado a su primitivo estado de «La fugitiva», refrendando la solución adoptada por la primera edición completa de «A la busca del tiempo perdido», al cuidado de Pierre Clarac y André Ferrer (Gallimard, La Pléiade, 1954). La elaboración, escritura, mecanografiado y corrección sobre pruebas y su interpretación por los tipógrafos, de «A la busca del tiempo perdido» es la aventura más intrincada en que se ha metido la filología francesa del siglo xx. Las principales ediciones han llegado a un texto que, salvo detalles menores, puede calificarse de único, aunque algún filólogo y los actuales descendientes de Proust afirman que el análisis concienzudo de los Cahiers dará lugar todavía a sorpresas en este

terreno, de manera especial en los tres últimos tomos; el de Albertine desaparecida ya que fue objeto en 1986 de una edición mucho más breve, basada en una versión mecanografiada corregida por el propio Proust.

A la luz de los cuantiosos cuadernos de escritura y reescritura manuscrita, las nuevas ediciones realizadas entre 1984 y 1993 (desde la de Jean Milly para Garnier Flammarion hasta el último tomo de la edición del Livre de Poche), los filólogos han «vuelto a estudiar» el texto proustiano, por mas que las variaciones, de importancia extrema para la filología, no lo sean tanto para los lectores: se han revisado los cuatro primeros volúmenes, «Por la parte de Swann», «A la sombra de las muchachas en flor», «La parte de Guermantes» y «Sodoma y Gomorra», mientras que «La prisionera, La fugitiva» y «El tiempo recobrado» se han «rehecho» en cierta medida en cotejo con las ediciones póstumas, a partir de los Cahiers que conserva la Bibliothéque Nationale, y que proceden de los archivos de Suzy Mante-Proust, sobrina del escritor. En 1961, los manuscritos, que la sobrina pretendía vender a la universidad de Illinois (Estados Unidos), fueron detenidos en la aduana, y el Estado francés dotó en 1962 a la Bibliothéque Nationale de una subvención excepcional de 1.100.000 francos para su compra. A este monto de manuscritos se han sumado posteriormente otros cuadernos de distinta procedencia hasta constituir el Fondo Proust de la Bibliothéque Nationale, que dispone de la totalidad de lo escrito por Proust, salvo algunos fragmentos y varios conjuntos de cartas.

La traducción española de «A la busca del tiempo perdido» más difundida fue iniciada en vida de Proust por Pedro Salinas, continuada luego por José María Quiroga Pla, y terminada, en distintas etapas y ediciones, por Fernando Gutiérrez y Consuelo Berges; a esa falta de unidad de estilo, por ser tantas y tan diversas las plumas que intervinieron en esa traducción, hay que agregar un concepto, de capital importancia para una lectura actual de «A la busca del tiempo

perdido»: ninguno de esos traductores pudo disponer de las magníficas ediciones anotadas con las que se cuenta desde hace quince años, y que precisan conceptos, aclaran términos de uso tan escaso que ni siquiera figuran en los diccionarios de principios de siglo, o neologismos que, creados por la época, Proust fue el primero en incorporar a un texto escrito. Asimismo concretan las alusiones históricas, artísticas y literarias que menudean en el texto, facilitando la comprensión total de éste, además de establecer una «fe de erratas» de Proust, que, en las tres mil quinientas páginas de su novela, no siempre califica con el mismo parentesco a los personajes, ni siempre les adjudica el mismo apellido, nombre o título, provocando con ello cierta desorientación en la lectura. En 1928, Charles Daudet elaboraba el primer diccionario (repertorio lo titula él) de personajes de «A la busca del tiempo perdido», una especie de Hilo de Ariadna para lecturas espaciadas de la obra.

Las ediciones más recientes, las distintas biografías de Proust y buena parte de los abundantes materiales de que la filología francesa dispone en la actualidad, me han permitido la elaboración, en gran medida, de las notas que figuran al final del volumen, así como del cuadro biográfico de Proust y de los tres diccionarios que repertorian tanto las personas, amistades y conocimientos de la vida social del escritor —con reflejo en los personajes de la ficción— como estos mismos personajes; en ocasiones, el texto de la novela no facilita al lector una identificación fácil, o la referencia anterior, que puede haberse producido varios cientos de páginas antes, se habrá borrado de su mente; el diccionario ubica a esos entes narrativos en la acción y hace recuento somero de su paso por A la busca del tiempo perdido. Un diccionario de lugares donde se produce la acción cierra ese capítulo de repertorios. Como herramienta biográfica —dado que se habla de ellos en el cuadro cronológico y dado que suelen utilizarse parcialmente—, damos también los dos «Cuestionarios» a los que contestó en su juventud. La bibliografía recoge la totalidad de los

libros y ensayos más importantes citados en la Introducción y las notas de forma somera.

Concluye este primer volumen —como ocurrirá en los dos restantes— con un resumen detallado de la trama y del avance del texto, para permitir localizar rápidamente cualquier pasaje, episodio, tema o escena de A la busca del tiempo perdido.

Prólogo

Mauro Armiño

Son pocos, e incluso podrían parecer irrelevantes, los datos que conocemos sobre Marcel Proust; sin embargo de pocos escritores —ni siquiera de un André Gide, autor de un voluminoso Journal— sabemos tanto. Gide hace, escribe su gran diario con plena conciencia de memorialista, y el memorialista recuerda y manipula con destino al futuro una especie de legado, de biografía autorizada, cuando no de hagiografía laica. De ningún otro escritor conocemos más que de Proust, pero ¿son datos lo que conocemos? La media de ciento cincuenta cartas por año a partir de 1890 termina ofreciendo un monto epistolar que se acerca a las 5000 cartas: sólo Voltaire le supera en este apartado. Aunque a esa media de tres cartas diarias hay que sumarle las que se han perdido o han sido destruidas: su sobrina, Suzy-Mante Proust quemó buena parte de la correspondencia amorosa entre su tío y Reynaldo Hahn; en la década de los veinte, el regente del hotel Marigny vendió a bajo precio a sus clientes las que tenía en su poder y cuyo paradero no es desconocido; las cartas de Proust a su abuelo siguen, seguían hace poco, en manos de un coleccionista; otras se destruyeron por distintos motivos y se supone que son muchas las perdidas.

Pero a diferencia de Voltaire, que escribe para informarse, pedir un libro, impartir ideas, agradecer regalos, en Proust se produce la transmutación de la vida en escritura inmediata, que es una constante de la andadura narrativa proustiana: recuérdense la importancia radical de las cartas de Mme. de Sévigné a su hija, lectura predilecta de la abuela del Narrador, y la transcripción de cartas reales entre Proust y Alfred Agostinelli en La fugitiva: la carta permite captar la fragilidad del tiempo, con todas las idas y venidas de la contradicción constante de la conciencia sobre sentimientos o hechos.

Las cartas de Proust, dirigidas a una gran variedad de corresponsales, giran, desde luego, sobre el mundo exterior, pero visto desde la conciencia y necesidad de Proust de conocerse a sí mismo, de buscar la esencia propia a pesar de vivir casi encerrado en una habitación forrada de corcho.

Por regla general, en esa abultada correspondencia no encontrará el lector ni secretos esenciales de cocina literaria, ni un hilo conductor para adentrarse en la Belle Époque —pese a que sus destinatarios pertenezcan a ese medio—, ni grandes concepciones sobre la vida y el mundo, ni apasionadas declaraciones sentimentales o eróticas: todo esto yace enmascarado bajo una multiplicidad de fórmulas sociales, de tópicos, de entusiasmos demasiado retóricos, de menudos detalles de la vida cotidiana, de minuciosa cuenta de su estado de salud que utiliza como barrera frente al mundo y le permite controlar, con el asma por rienda, su vida social; de hecho, toda esta correspondencia no es sino el envoltorio de un personaje que Proust crea: el enfermo entre tinieblas, encerrado en una especie de ermita hecha de corcho que, al vaivén de su asma —de su capricho—, gestiona el tiempo de su vida y de su escritura; el asma terminará siendo una tiranía del doliente que impone a los demás el ritmo de visitas y, al mismo tiempo, los obliga a atender los requerimientos del enfermo en cuanto éste los solicita. Su contenido expone preocupaciones financieras, intrigas mundanas, estados de ánimo provocados por celos o penas de amor —sobre todo cuando Agostinelli muere en 1914—, descripciones de su estado físico —en especial a su madre, en una relación epistolar ritualizada dentro de la misma casa, con la sopera del comedor como buzón de correos—, detalles culinarios o

indumentarios, consultas higiénicas o médicas, y peticiones de datos de todo tipo con vistas a su empleo en la novela, que, en algún caso, van puntuando la génesis de A la busca del tiempo perdido. Un día a día de vida y obra: dada la simbiosis que esos elementos alcanzan, sirven ante todo para mostrar la máscara con que Proust crea su propio personaje.

Sin embargo, de tan ingente cantidad de dato menudo va surgiendo el imaginario que sustenta la conciencia del Narrador de A la busca del tiempo perdido. Hasta el punto de que hay cartas que pueden ser vistas a la luz de la obra: además de las de Agostinelli, que sirven para el episodio de Albertine, las cartas de pésame a los deudos de algún fallecido, que escenifican el propio dolor de Proust ante la pérdida de su madre, un dolor real del que hay un ejemplo temprano en el artículo-relato Sentimientos filiales de un parricida. En cuanto al amor, son pocas las huellas que quedan en la correspondencia —al menos en las que se han conservado— para penetrar ese misterio, si dejamos a un lado las propuestas homosexuales que Proust hace con diecisiete años a dos condiscípulos del Liceo Condorcet, Jacques Bizet, hijo del autor de Carmen, y a Daniel Halévy, y que éstos responden de forma contundente.

No deja de ser la menor de las paradojas de Proust su negación constante de la importancia de la biografía de un escritor para el análisis de la obra: Proust presta a algunos personajes de A la busca del tiempo perdido las teorías estéticas de Sainte-Beuve, el crítico más prestigioso y con mayor peso en la sociedad literaria del final de siglo francés —la bandera de la ridiculez de esas teorías la enarbola Mme. de Villeparisis: nadie mejor que ella puede hablar de Victor Hugo, de Balzac, de Vigny, porque los ha conocido, de niña, en el castillo de sus padres. Proust llega a idear todo un libro, Contre Sainte-Beuve, para atacar esas ideas y, sin embargo, su novela iba a convertirlo en una destilación de la memoria personal, en un texto cuya trama profunda está urdida por hechos y sentimientos biográficos, anécdotas mundanas y recuerdos sociales. Sainte-Beuve arrancaba de una premisa según la cual la obra de un escritor es inseparable del resto de su personalidad; por lo tanto, el conocimiento del escritor y el contacto con la persona autorizaban a volcar esa información sobre

los frutos literarios. Dejando a un lado el debate teórico, lo cierto es que la clarividencia de Sainte-Beuve no fue mucha: con sus herramientas críticas subestimó a los principales escritores de su tiempo, desde Stendhal a Flaubert, desde Balzac a Baudelaire, y según Proust, que no negaba al crítico cultura y una educación literaria exquisita, su error se debió a que la mentalidad de Sainte-Beuve era la de un periodista que escribía pensando en el lector de inteligencia media, en vez de apostar por sus gustos personales.

Proust niega radicalmente, y desde su edad más temprana, las tesis saintebeuvianas porque el libro «es el producto de una personalidad diferente a la que manifestamos a través de nuestros hábitos, nuestra vida social y nuestros vicios. Y esa personalidad se manifiesta únicamente en lo más profundo de nuestro ser, por lo que, si pretendemos comprenderla, debemos intentar reconstruirla allí, en esas profundidades, ya que sólo allí podremos comprenderla». Y si Bergotte, en medio de su agonía, tiene la visión de «una balanza con su vida en uno de los platillos, y una porción de pared amarilla en el otro» en El tiempo recobrado, Proust parece admitir cierta relación entre la personalidad que escribió la novela y la otra, esa que «se manifiesta en nuestros hábitos, nuestra vida social y nuestros vicios».

Los datos externos de la biografía proustiana parecen a primera vista irrelevantes para su obra: no se encontrarían en ellos peripecias personales a lo Rimbaud y a lo Verlaine, accidentes políticos a lo Victor Hugo: cuando André Gide se enfrenta como lector de la editorial N. R. F. al manuscrito de Por la parte de Swann, tiene conceptuado a su autor como un mundano, un vulgar esnob en una época en que el esnobismo inundaba la vida social, al menos aquella en que se dirimían los envites del arte y la literatura: el poeta y conde Robert de Montesquiou, el amigo de Mallarmé, Verlaine, Whistler y Fauré, el que asombraba a la aristocracia de la Belle Époque con sus poemas y a los poetas con su rancia estirpe, ya había prestado su preciosismo decadente a un novelista, Huysmans, para que sobre él trazara en À rebours el personaje de Des Esseintes, y a un dramaturgo, Edmond Rostand, que con sus rasgos construyó el Pavo de Chantecler.

Hasta el momento de su muerte no fue otra la imagen externa que dio Proust: un buscador de invitaciones a los salones aristocráticos que, poco después del cambio de siglo, empieza retrayendo su actividad social para enclaustrarse, pálido, enfermo y ojeroso, en un cuarto, donde escribe una obra sobre la que el mundo literario no se hace muchas esperanzas dado lo que de él conocían hasta 1913, un libro misceláneo, Los placeres y los días, que pertenecía a un mundo obsoleto y ya muerto.

Proust había nacido en el seno de una familia de la clase media, con un padre de cierta relevancia en el campo de la medicina de la época, y una madre judía que ha acordado con su marido educar a sus dos hijos, Marcel y Robert, en la religión católica. Una infancia y una adolescencia delicadas no parecen dejar en Marcel Proust más cicatrices que las del asma; una nariz rota en una caída en Illiers, pueblecillo no lejos de Chartres en el que sus antepasados han vivido desde hace siglos, y donde Proust pasará sus vacaciones desde los siete hasta los once años; luego no volverá nunca a ese Illiers cuyo nombre legal es, en la actualidad, gracias a la memoria proustiana, Illiers-Combray, salvo en su novela; incidentalmente, en 1886 hará un viaje en compañía de sus padres, que deben resolver asuntos derivados de la herencia de la tía Amiot —la «tía Léonie»—, a esa localidad que ha de convertirse en país mítico de su memoria, tan mítico que terminará resultando el paisaje del alma sobre el que se gesta A la busca del tiempo perdido.

1881 es año clave: por primera vez no pasa sus vacaciones en Illiers, por primera vez sufre una crisis de asma, por primera vez acude al teatro para ver en la Opéra-Comique a una cantante americana que dedica a su padre una fotografía suya travestida de hombre —modelo para Miss Sacripant—; por primera vez acude también al Liceo, aunque sus problemas respiratorios le apartan temporadas casi enteras de las clases durante varios cursos; clases particulares y la ayuda de su madre paliarán esa frecuente inasistencia.

Acude cuando se lo permite su asma al Liceo Condorcet y, casi todos los días, a los Champs-Élysées, parque de recreo infantil donde varias muchachas que juegan al marro dejarán huella en él: Antoinette Faure —que lo somete al «primer cuestionario Proust» con quince

años—, y Marie Bénardaky; también en ese parque ve pasar la historia por delante mientras juega; por ejemplo contempla una revista militar en la que se aclama al general ultranacionalista Boulanger, que vaciló en el momento de dar un golpe de Estado y eso le costó el exilio. La primera carta conservada de Proust data de 1880; pocos años más tarde, escribirá otras de interés a dos condiscípulos de Liceo, Jacques Bizet y Daniel Halévy, en la que menciona su homosexualidad mientras, al mismo tiempo, hace la corte a Laura Hayman, una cortesana de treinta y siete años en cuyo salón reina su amante, Paul Bourget, y que, encantada con los homenajes que le rinde un joven que se arruina llenándole la casa de crisantemos, lo llama: «Mi pequeño Saxe psicológico», con un juego de palabras donde Saxe y sexe se encargan de responder a las insinuaciones.

El dato sirve para corroborar que el muchacho de diecisiete años ha traspasado ya las puertas de un salón a medias mundano —con miembros de la aristocracia a la que habían pertenecido los múltiples amantes de la Hayman, con algún rey coronado, el de Grecia por ejemplo— y a medias literario: el joven también ha manifestado ya pruritos de escritor colaborando, si no dirigiendo y organizando, en las revistas de alumnos de ese Liceo, como La Revue Verte, La Revue Lilas, cuyos colores nada tienen que ver con el soneto a las vocales coloreadas de Rimbaud ni con la corriente simbolista, sino con el papel en que las editaban.

La entrada en la vida, de 1890 a 1893, tampoco tiene hechos relevantes: un servicio militar que hace voluntario y de buena gana en Orléans, en el que sólo un hecho lo distingue del resto de compañeros: como su asma molesta a los soldados, tendrá permiso para pernoctar no en el cuartel sino en la ciudad. En 1890 aparece Cabourg en sus vacaciones, la Cabourg del Grand-Hôtel de Balbec, con sus bañistas, sus ricos veraneantes, sus duquesas en el vestíbulo, sus caballeros con querida y las pandillas de muchachas en flor.

Acabado el Liceo, Proust se inscribe en al Facultad de Derecho y en la Escuela Libre de Ciencias Políticas, pero suspira sobre todo por la vida de los salones: el de Mme. Straus —la viuda del compositor Bizet— será uno de los primeros y de los más «bajos»: la aristocracia acudía a los de Mme. Lemaire, Mme. Arman de Caillavet, la princesa

Mathilde, la princesa de Polignac, la condesa de Noailles, etc. Ahí conocerá de Maupassant —sólo de pasada—, a André Gide y a Oscar Wilde, a Maurice Barres, a Henri Barbusse, a la familia entera de escritores como Alphonse Daudet o José María de Heredia —ambos de gran relieve social en los medios artísticos y aristocráticos de ese momento—, a Robert de Montesquiou, a los dandis de la mundanidad, a los «decadentes», a cuyo grupo se adscribe. Su jefe de fila, el conde Robert de Montesquiou, heredero de un simbolismo decadente, de cuya poesía, un siglo más tarde, apenas queda nada por la artificialidad de su escritura, se tomaba muy en serio sus prerrogativas de dandy y de conde emparentado con los linajes más aristocráticos de Europa, y durante cierto tiempo marca la vida de Proust con una relación de dominio, intentando someter a un joven que, por su parte, sólo pretendía —aderezando sus ruegos con elogiosos artículos sobre su personalidad y su obra lírica— que el conde le abriera la puerta de los salones más encumbrados.

Después de conseguir la licenciatura en derecho y en letras, y pese a las insinuaciones de su padre, Proust encuentra un empleo como funcionario sin retribución en la biblioteca Mazarine, desde donde es destinado al Depósito Legal; no es en ese lugar —gracias a sus amistades consigue empalmar una excedencia tras otras y no pisar prácticamente ese Depósito— donde pierde o gana sus días, sino en una actividad frenética de salones, por los que pasea su figura decadente y algo cursi —según los recuerdos de algunos coetáneos—, de conciertos, de vida mundana y camelia en el ojal: la falsa aristocracia del II Imperio había impuesto unos modos de vida hechos de actrices, versos, crisantemos y duquesas, mientras la recién nacida III República, con el presidente Jules Ferry y a lo largo de esa década, trataba de guiar al país por otros rumbos: entre ellos, y será uno de los pocos hechos externos que afecten a Proust íntimamente, la laicización de la vida francesa.

Las aficiones de Proust son las mismas de cualquier lechuguino de ese corte de la sociedad. Pero es la pasión por la música la que más va a desarrollarse en él; por gusto propio, más que por su amistad con el compositor y pianista Reynaldo Hahn, comparte con el resto de la élite intelectual el gusto por Wagner, frente a la ópera italiana que le

sirve para perfilar en varios pasajes de su novela el mal gusto de algunas de sus condesas por preferir la música italiana. Hahn, que en el Conservatorio tuvo por profesor a Massenet, no entendió la afición de Proust —durante dos años, auténtico apasionamiento— por Wagner o Debussy, aunque conseguiría descubrirle a Camille Saint-Saéns y a Fauré, cuyas notas inspiran en parte la «pequeña frase» musical que recorre A la busca del tiempo perdido.

Además, el aficionado a la literatura que sigue publicando en revistas como Le Banquet, en cuya organización participa, y en la que ya colaboran los que una década más tarde habrán conseguido hacerse un nombre, en vez de acudir al Depósito Legal se dedica a leer, a escribir artículos, relatos y poemas que, en una especie de miscelánea, recogería en 1896 en su primer libro: Les Plaisirs et les Jours (Los placeres y los días): sería el único bagaje literario de Proust cuando en 1913, diecisiete años más tarde, se edite Por la parte de Swann, primer volumen de A la busca del tiempo perdido.

Pero durante esos años en que está metido de hoz y coz en la vida social y en la literatura de esa mundanidad falsa, en su cabeza germina ya la idea que va a dar lugar a la Recherche: entre 1895 y 1899, además de esa ajetreada vida de soirees, y de la escritura de artículos para revistas o para Le Figaro sobre los salones que frecuenta —publicados a menudo con seudónimo—, Proust escribe, en los momentos en que se libera «de los hielos de la vida mundana», más de setecientas páginas con el título de Jean Santeuil, libro o novela que abandona en el último año citado, en el que había querido captar «la esencia misma de mi vida, recogida sin mezclar nada a ella». Desde el principio ese esbozo anuncia A la busca del tiempo perdido, cuyos temas —el beso de buenas noches, por ejemplo— y algunas escenas —los amores en los Champs-Elysées con una niña transmutada luego en Gilberte, los inicios mundanos del protagonista, los celos— están inscritos con toda claridad en las páginas de este Jean Santeuil que André Maurois encontró entre los papeles de la sobrina del escritor y que se editó en 1952 en el estado en que se hallaba, en el de borrador.

En este período hay un hecho anecdótico de relieve libresco: el poeta, escritor mundano y cronista social Jean Lorrain, de costumbres

homosexuales, gordo y abotargado —en 1921, poco antes de morir Proust, André Gide decía que el autor de La Recherche se parecía a Lorrain—, al reseñar en febrero de 1897 Los placeres y los días aludía irónicamente a las relaciones ambiguas que Proust mantenía con Lucien Daudet; ofendido por la alusión, Proust retó a Lorrain a un duelo a pistola en el que, disparando ambos al aire, dejaron satisfecho el honor del ofendido.

Proust mantuvo siempre un férreo silencio sobre sus costumbres sexuales, al contrario de otros escritores y amigos, muy pocos, que en esa época hacían gala de su homosexualidad, como Jean Cocteau o Robert d'Humiéres. Los tiempos no eran buenos: a finales de siglo, tras el patético proceso y condena de Oscar Wilde, varios miembros de la clase alta británica abandonaron precipitadamente Londres. Y el hecho de que André Gide cambiase de acera por las calles de París cuando topaba con Oscar Wilde tras su salida de la cárcel de Reading —aunque ambos habían realizado prácticamente los mismos viajes de recreo sexual al norte de Africa— indica que la aceptación de la diversidad sexual era nula en la vida cotidiana francesa. Pese a que la sobrina del escritor, Mme. Mante-Proust, respondiese con una frase desconcertante: «¿Piensa usted que tenía tiempo para ocuparse de esas cosas?», negándose a reconocer esa realidad, Proust estuvo vinculado a jóvenes de su medio, artistas o escritores, en los inicios de su vida social; luego, en la etapa de los «duques», a jóvenes nobles del faubourg Saint-Germain; y en el último período de su vida, a partir de la muerte de su madre, libre para ejercer sin vigilancia ni reproche la homosexualidad hasta entonces forzada al secreto, a jóvenes de origen modesto, que serán sus criados, secretarios o protegidos.

En su Journal, André Gide cita una frase que habría oído de sus propios labios en 1921; según Proust, no había «amado a las mujeres más que espiritualmente, y que no había conocido nunca el amor más que con hombres». Pero para Gide, Proust era un «gran maestro del disimulo». Proust sintió y mantuvo amistad y amor con mujeres generalmente, de mayor edad que él, madres de amigos, y, sobre todo, novias de amigos, en cuya relación interfiere para arreglar disputas o declararse rendidamente enamorado de las jóvenes, todas ellas hermosísimas y de una elegancia que superaba la habitual de los

medios distinguidos en que se movían. Sobre estas relaciones femeninas, las opiniones están escasamente divididas: para su biógrafo George D. Painter, en Proust se dan relaciones heterosexuales que ejemplifican uno de los casos más claros descritos por Freud: se debían a motivos homosexuales, de travestimiento de su sexualidad real. A los 22 años, Proust piensa en casarse con una prima, Amélie Bessiére; siete años más tarde, sin mucho entusiasmo, con Suzanne Thibault, hija de Anatole France; en 1908, con una misteriosa joven de Cabourg, a la que verá de vez en cuando en París y que será uno de los principales modelos de Albertine. «Si dejo París, tal vez sea con una mujer», le escribe en 1909 a su amigo Georges de Lauris dando a entender que querría casarse con ella. El comentario de Henri Bonnet es explícito: «Era ciertamente una fuga… Pero proclamarlo, dar cuenta a sus amigos que ignoraban sus inclinaciones o que las sospechaban, eso sí que era hábil y útil para convencer».

El hecho quizá más relevante de la vida de Proust sea su participación en el proceso Dreyfus, capitán judío acusado de pasar documentación secreta al agregado militar alemán y condenado. En sus inicios el caso no había interesado a nadie de manera especial. Detenido en 1894, en tres meses fue sometido a consejo de guerra a puerta cerrada, condenado a cadena perpetua, degradado y deportado a la Isla del Diablo, en la colonia francesa de la Guayana. En ese momento, y debido al secretismo militar, el affaire apenas logró traspasar los muros de los cuarteles; uno de los padres del socialismo francés, Jean Jaurés, denunciaba incluso la clemencia de los militares con un crimen de lesa patria que, a su juicio, merecía la pena capital.

Pero aunque los hechos y las pruebas del proceso no habían trascendido, sino sólo el «bulto» periodístico de «traidor de lesa patria», un periodista sin nombradía, Bernard Lazare, seguía insistiendo en publicaciones de ninguna relevancia pública sobre las irregularidades del proceso. Otros dos convencidos de la inocencia de Dreyfus, el escritor Marcel Prévost y el senador Scheurer-Kestner, apenas tenían voz. Cuando el comandante católico Picquart, nombrado en 1896 jefe del servicio de información, descubre que la escritura del documento con el que se había condenado a Dreyfus correspondía a otro oficial de origen húngaro, el comandante

Esterházy, y lo transmite a sus superiores, es trasladado, detenido y destinado a colonias, mientras Esterházy quedaba en libertad. Es en este momento, el mismo del J'Accuse de Émile Zola, cuando varios condiscípulos del Liceo Condorcet, Daniel Halévy, Robert Dreyfus y Fernand Gregh redactan un manifiesto que pasan a la firma a personajes eminentes, escritores y artistas; Proust consigue la de quien entonces era un santón de la literatura gala, Anatole France; el manifiesto aparece en L'Aurore el 14 de enero de 1898; la reacción del Ejército no se hace esperar: del 7 al 23 de febrero se inicia un proceso contra Zola por su artículo, cuya sentencia condenó al novelista a un año de cárcel.

El caso Dreyfus no tarda en convertirse en banderín de enganche de ideas y movimientos, creando un malentendido que encasilla a los dreyfusistas como hombres de izquierda y a los antidreyfusistas como hombres de derecha; fueron individuos concretos —escritores, poetas, algún político— los que llevaron el peso inicial de la defensa del inocente. Y si Jules Guesde, fundador del primer partido de clase en Francia, el Partido Obrero Francés, todavía sigue pensando en 1898 que el proceso Dreyfus no es más que una pelea entre burgueses y que el movimiento obrero debe quedar al margen, lo cierto es que los partidos de izquierda fueron sumándose, a raíz del J'Accuse de Zola, a la defensa del capitán Dreyfus; les costó superar, pero superaron, las múltiples divergencias que los distanciaban de un grupo de intelectuales que se comprometieron en el caso por razones éticas más que políticas y que pertenecían a tendencias opuestas —desde radicales de izquierda y socialistas a hombres de la derecha y católicos a machamartillo: desde Mallarmé a Octave Mirbeau pasando por Charles Péguy. Los partidos de la derecha, en cambio, no lograron superar tres de sus barreras sagradas: el militarismo, el antisemitismo y la razón de Estado; esta última, por ejemplo, lleva a Charles Maurras a justificar que el caso siguiese cerrado aunque el condenado fuese inocente.

En juego estaban valores intelectuales y morales nítidos que enfrentan, por ejemplo, a Marcel Proust con Maurice Barrés: si para el autor de A la busca del tiempo perdido había que encontrar «una verdad que exista realmente en sí misma», para Barrés no había

«verdad absoluta […], sino verdades francesas». Este nacionalista antisemita sería, además, el que al frente de los antidreyfusistas se burlase del manifiesto que, con el título de «Una protesta», publicó L'Aurore, al día siguiente del Yo acuso; al denunciar la «protesta de los intelectuales», Barrés bautizaba con este calificativo una de las funciones que, entre excesos y justas defensas, más han ejercido escritores y artistas durante el siglo XX. Para Barrés los intelectuales no eran más que «el desecho fatal del esfuerzo realizado por la sociedad para crear una élite».

El interés inicial de Proust por el caso Dreyfus lo llevó a alterar el emploi du temps de su existencia cotidiana: vivir de día para poder asistir a las sesiones del proceso de Zola. No le obligó a tanto otro grave problema político que conmocionó la Francia finisecular y en el que intervino con su pluma: la III República, a través de Jules Ferry, presidente del Consejo de Estado, de Waldeck-Rousseau y de Combes había iniciado en 1895 un proceso de republicanización de la vida francesa, de las costumbres y las leyes; dos puntos claves iban a afectar a Proust: la laicización de las escuelas —el principal envite de enfrentamiento entre la vieja aristocracia tan amada por Proust y la III República, que removió usos consuetudinarios, sobre todo cuando decretó la supresión de los crucifijos en los locales de enseñanza y, con Combes, en los tribunales de justicia. Es difícil imaginar la conmoción que, en un país que cien años antes había derribado los altares y había entronizado en ellos a la Diosa Razón tras un siglo de ilustrados y libertinos —en el sentido originario de esa palabra: los que atentan contra la religión porque niegan de raíz sus principios— iban a provocar estas medidas.

Los nuevos decretos de laicización pusieron a Proust en pie de guerra, no por las razones político-religiosas que conmocionaron al faubourg Saint-Germain, sino por motivos estéticos: el miedo a que los nuevos tiempos afectasen a las catedrales —que para él eran el carnet de identidad de la francidad— lo llevó a escribir un artículo clave para la comprensión del pensamiento estético de Proust: «La muerte de las catedrales», que se prolongará en A la busca del tiempo perdido.

Años de salones, de asma, de veraneos en Cabourg o en Évian, de una visita a Venecia en 1900, de un viaje a Holanda, donde en La Haya admira a un pintor secreto, Vermeer, cuya Vista de Delft servirá para que Swann le dedique un ensayo, la obra de su vida, siempre abandonada, como la del propio Proust que tiene que soportar por ello los reproches de su madre. Años de veladas musicales y teatrales, de preferencia por Debussy y por Sarah Bernhardt; de artículos sobre la vida de los salones, de libros de amigos elogiados hasta el exceso y de algún ensayo breve sobre el estilo de Flaubert. No es mucho tampoco lo que indican las lecturas de esos años: en 1899 lee, prestados, dos libros que pueden ser de cultura general: El arte religioso del siglo XII en Francia, de Émile Mâle, y Las siete lámparas de la arquitectura, de Ruskin, y que constituyen la base de toda su teoría estética; y comienza a traducir La Bible d'Amiens, de este estudioso del arte inglés al que dedicará varios años de atención asidua hasta que concluya la traducción de Sésamo y lirios; en el prólogo que escribe para esta segunda traducción ruskiniana puede vislumbrarse ya el germen, la estructura de la obra futura. Nada hay, por tanto, muy destacable o novelesco, pero será suficiente para encender la mecha de una de las facetas que habrán de revertir en A la busca del tiempo perdido: las excursiones «artísticas» por caminos de viejas catedrales y antiguas iglesias de Francia. El propio Proust se da cuenta de que todo eso no es «nada»: «He cumplido treinta años, y no he hecho nada», exclama en 1901 ante un amigo el día de su cumpleaños.

Muertos sus padres con una diferencia de algo menos de dos años, Proust fija sus hábitos de los años mundanos, vivir de noche y dormir de día, que ya no abandonará hasta su muerte; revisa textos y da vueltas a un trabajo que vacila entre el ensayo y la novela, Contre Sainte-Beuve, mientras hacia 1907 empieza a cobrar perfil en su cabeza, como un sésamo, el núcleo que va a articular su novela definitiva.

En ese mismo año, un suceso de crónica negra —el suicidio, después de haber matado a su propia madre, de un conocido suyo— le sirve para el artículo Sentimientos filiales de un parricida, que

aparece en Le Figaro, aunque censurado en su último párrafo porque, recurriendo a los mitos griegos, parece defender el parricidio como una muestra de amor: los mitos a los que recurre son los de Orestes y Edipo, los mismos que en esa época evocaba Freud en Viena. Hecho menor también es el caso Lemoine, la historia de un estafador que terminó siendo detenido, y que sirvió a Proust para contar el caso y el proceso tomando la pluma prestada a sus escritores preferidos y haciendo con su estilo pastiches sobre Balzac, Flaubert, Régnier, Ruskin, Renán, Saint-Simon, los Goncourt, etc.

Son estos años los que, mientras en secreto elabora su obra, lo llevan hasta la época en que ofrece grandes cenas en el Ritz, sazonadas con propinas desmesuradas, en que pasea por la noche parisina una figura cada vez más estrafalaria y algo patética, de palidez violácea, con grandes bolsas en los ojos, con fracs arrugados y flor en el ojal, o, a veces, paseos nocturnos con el abrigo de pieles puesto sobre el camisón por la ciudad, o por las afueras de París, cuando ordena a su mecánico Odilon Albaret, o Agostinelli, que lo lleve, al alba, a ver despertarse una hilera de manzanos floridos. Vive con su asma a cuestas, drogado por los estupefacientes que toma para contrarrestar las crisis de tos, refugiado en una habitación de corcho para protegerse del ruido, y con la presencia casi táctil de una muerte inminente que, desde su juventud, ve siempre delante. El enclaustramiento en corcho no le impide seguir cultivando su pasión favorita: se hace instalar en casa un teatrófono, aparato que, por medio de un teléfono y de un micrófono, permitía la transmisión auditiva de una ópera o de una pieza de teatro.

Es en 1908 cuando se unce al carro de su gran obra, que en ese momento no tiene ni estructura definitiva ni siquiera plan: «Yo querría ponerme a un trabajo bastante largo»; aún no sabe que en el Contre Sainte-Beuve está escribiendo esbozos —la despedida de los espinos blancos, por ejemplo— que luego pasarán a la Recherche. En una carta a su amigo Louis d'Albuféra inscribe los proyectos que bullen en su cabeza: «Un estudio sobre la nobleza / una novela parisiense / un ensayo sobre Sainte-Beuve y Flaubert / un ensayo sobre las mujeres / un ensayo sobre la Pederastia —no fácil de publicar— / un estudio

sobre las vidrieras / un estudio sobre las piedras tumbales / un estudio sobre la novela».

En la correspondencia de ese período van surgiendo notas sobre esa novela que unas veces lo agota, otras le inspira desconfianza por su adscripción genérica al ensayo o a la novela, aunque cuando ya esté en marcha diga que se trata de una «verdadera novela y novela extremadamente impúdica en ciertas partes». «Ya no duermo, ya no como, ya no trabajo, hay muchas otras cosas que ya no hago, pero éstas hace ya mucho tiempo». Es en ese momento, 1911, cuando manda mecanografiar su primer manuscrito bajo el título de Las intermitencias del corazón, el tiempo perdido, Parte I, y donde ya aparece la frase inicial: «Longtemps, je me suis couché a bonne heure».

Fueron varios los intentos que Proust realizó, en los dos años siguientes, para encontrar editor a su novela: el primero en rechazarla fue Fasquelle; André Gide, asesor de Gallimard, para quien Proust no es otra cosa que un esnob, un escritor aficionado, hizo un informe negativo que luego había de considerar «el mayor error» de su vida literaria. Y Humblot, director literario de la editorial Ollendorff, también terminará devolviéndole el original con una apostilla ahora célebre: «No puedo comprender que un señor pueda emplear treinta páginas para describir cómo da vuelvas y más vueltas en su cama antes de encontrar el sueño».

En su cuarto intento, Proust anuncia a René Blum, su intermediario con un editor joven, Grasset, que está dispuesto a pagarse la edición; el propio Grasset confesaría más tarde que, ante esa oferta, lo publicó sin leerlo siquiera, pero imponiendo algunas condiciones técnicas: por ejemplo, el volumen no debía superar las quinientas páginas, obligando a Proust a supresiones e incrustación de fragmentos que, en principio, correspondían a tomos posteriores. El 14 de noviembre de 1913 aparece finalmente Por la parte de Swann, amputado en dos capítulos, «En torno a Mme. Swann» y «Nombres de países: el país». Dejando a un lado los artículos elogiosos firmados por algunos amigos, la crítica fue despiadada con ese primer volumen. A instancias de Proust, el director de Le Temps, publicación en la que colaboraba, pidió al mandarín de la crítica del momento, Paul

Souday, que prestase especial atención al libro; Souday se descolgó con un artículo «detestable» según el autor, en el que se decía que «no era un libro decididamente pesado, aunque sí un tanto trivial, (…) plagado de errores gramaticales», en el que los amores de Swann sólo eran una «enorme digresión»; de manera capciosa, Souday ponía esperanzas en el futuro: «Marcel Proust tiene indudablemente gran talento literario, y precisamente por esto es de deplorar que sus numerosos errores palien sus cualidades positivas», para terminar encontrando «valiosísimos elementos con los que el autor hubiera podido escribir un breve y exquisito volumen», y augurando una continuación que esperaba «con simpatía y con la esperanza de que en ella haya más orden, brevedad, y un estilo más correcto».

En medio del entusiasmo de la publicación y de la amargura que le provocan ésta y otras críticas, en la vida de Proust reaparece uno de sus antiguos chóferes de las excursiones ruskinianas: Alfred Agostinelli, al que instala, junto a la que presenta como su esposa, en su domicilio. Experiencia amarga y breve de pasión intensa que no tarda en llegar al final: como Albertine, Agostinelli se fuga. Dos de los símbolos de la primera década del siglo habían sido el automóvil y su «mecánico», con su uniforme de cuero, su casco, enormes gafas y foulard al viento; pero una década más tarde había dejado de encarnar «al supermacho» —así lo llamó Alfred Jarry en la novela de ese título que exaltaba la velocidad, la modernidad, el triunfo del siglo XX, la simbiosis de la inteligencia y la ciencia; ahora era otra la máquina que se perfilaba para los héroes: el avión, y Agostinelli, que quería convertirse en piloto, huyó a Niza para liberarse de la situación en que Proust lo había mantenido «prisionero». Las cartas de esa angustia final pasarán, textualmente, a la novela. «Soy tan desdichado y estoy tan enfermo que no tengo valor para levantarme», escribe Proust el 1 de enero de 1914 a un hombre de teatro, Jacques Copeau, uno de los asesores literarios de Gallimard en la N. R. F. A la insatisfacción ante las críticas se unía la desilusión del desastre amoroso; además, la desdicha de Agostinelli no había de tardar en consumarse: el 30 de mayo, en una de sus primeras salidas, su aparato cae al mar, cerca de Antibes, y el joven piloto se ahoga; pocos días

más tarde unos pescadores recogerán su cuerpo, mientras Proust empieza a corregir pruebas del segundo volumen, A la sombra de las muchachas en flor, libro que queda varado por el estallido de la primera guerra mundial.

La postura de Proust ante la guerra es opaca, pero decidida frente a la prensa francesa que arremetía contra todo lo que oliese a alemán y cortaba las cabezas de Wagner y de Nietzsche junto con la de los boches y los pilotos de los gothas: «La verdad es que Boche no figura en mi vocabulario y que las cosas no me parecen tan claras como a ciertas personas. (…). La guerra para mí es menos un objeto (en el sentido filosófico de la palabra) que una sustancia interpuesta entre yo mismo y los objetos… En cuanto a los cañones y a los gothas, le confesaré que no he pensado en ellos un solo segundo: tengo miedo a cosas mucho menos peligrosas, a los ratones por ejemplo», escribe a su amiga la princesa Soutzo. No le preocupan la guerra ni los bombardeos; de regreso de una velada en casa del duque de La Rochefoucauld, se pasea sin precaución alguna en medio de un raid de aviones alemanes que descargan obuses; otra noche visitará un prostíbulo masculino recién inaugurado, a cuya decoración ayudó con algunos muebles de su madre —en La Recherche, los muebles pertenecen a la herencia de tía Léonie, y el prostíbulo es femenino. En El tiempo recobrado la guerra encontrará amplio eco y el Narrador hablará de su estima por los soldados del frente y su disgusto ante los «emboscados», ante los que, enarbolando toda suerte de disculpas y privilegios, se habían quedado en París viviendo en medio de los placeres, como Mme. Verdurin o el barón de Charlus. Ese mismo Narrador no se muestra muy satisfecho con la llegada de la paz, que sólo redunda en provecho de los políticos.

El saldo de la guerra había sido cruel con Proust: la publicación de su novela paralizada, su obra en marcha truncada, varios amigos del alma muertos en el frente de batalla, sobre todo uno, que había mitigado el dolor de la muerte de Agostinelli: antes del término de la contienda, a finales de 1915, ya ha tenido que enjugar algunos lutos más: «Estos días tan tristes nos recuerdan que los años vuelven cargados de las mismas bellezas naturales, pero sin traer con ellas los

seres. Ay, en 1916 habrá violetas, flores de manzano, pero ya no estará Bertrand de Fénelon».

Con los lutos en la memoria, su vida se vuelve más mundana dentro de lo que su enfermedad le permite; acude regularmente al Ritz, dando cenas o cenando solo varios días a la semana en medio de la fascinación de la guerra: «He salido al balcón y me he quedado más de una hora viendo este apocalipsis admirable donde los aviones subiendo y bajando venían a completar o a deshacer las constelaciones». Hay, sin embargo, algunos momentos álgidos: durante dos días de agosto de 1917 permanece inerte, sin vida, probablemente a causa del veronal; y a principios de abril de 1918, sufre nuevos síntomas premonitorios de su muerte: una especie de parálisis facial que afecta a la elocución. Los problemas de elocución volverán a repetirse de vez en cuando, ligados a su asma.

En medio, un hecho capital para la marcha de su obra: tras muchas rencillas, remilgos, reproches y fingimientos de enfados, Proust consigue arrebatar a Calmette permiso para que el segundo tomo de A la busca del tiempo perdido aparezca en Gallimard; cuando se publique, las maniobras de sus amigos le conseguirán el prestigioso premio Goncourt. Ahora Proust tiene prisa por acabar su novela, luchando contra la enfermedad, contra la otitis, contra la necesidad de utilizar gafas, contra «una extranjera que ha elegido domicilio en mi cerebro», que se ha instalado en él «como hace un amor», repetirá en eco el final de La Recherche: la muerte. Se encadena febrilmente al trabajo, en medio de caídas, de síntomas de uremia —enfermedad de la que habían muerto su madre y su abuela —, de un envenenamiento accidental por haber absorbido siete sellos de veronal de un gramo cada uno,… pero no por ello abandona la vida social ni deja de acudir a algún baile en el Ritz, a una cena en honor de Diaghilev, Picasso, Stravinski y James Joyce, a quien devuelve al hotel en su coche, a fiestas de fin de año…

En abril de 1921 aparece La parte de Guermantes, II y Sodoma y Gomorra I, en un solo volumen; al año siguiente, el final de Sodoma y Gomorra. Antes de morir, en septiembre, puede ver la traducción inglesa Charles Scott-Moncrieff del primer tomo, The Swann's way; le irrita ese «way» que traiciona la letra y el espíritu, y amigos ingleses le

informan de que el contenido tampoco está mejor: «Tengo tanto amor a mi obra, que no dejaré demolerla por unos ingleses». Pero ya no puede más; aunque violentas crisis de asma lo derriban varias veces en su cuarto, sigue acudiendo a algunas soirées; no permite que su hermano médico le ingrese en una clínica; la neumonía aparece el 8 de noviembre; vivirá diez días más; la última noche, la del 17 al 18 de noviembre, todavía la pasó trabajando en sus manuscritos ayudado por Céleste Albaret, y cuando ésta, agotada, no pueda más, Proust proseguirá sólo hasta el alba.

El lector, educado en la tradición decimonónica de la novela, no podía por menos de extrañarse ante la propuesta que Marcel Proust hacía en 1913 al iniciar con Por la parte de Swann la publicación de A la busca del tiempo perdido. El tipo de escritura —empezando por el título mismo— era insólito: largas frases que se convertían en laberintos enhebrados por relativos y desviadas por constantes paréntesis. Desde el período inicial, ahora tan útil para la cita, y que desconcertó a sus dos primeros lectores, André Gide y Jacques Copeau: Longtemps, je me suis couché de bonne heure —con esa coma que aísla el adverbio temporal y rompe el ritmo lógico de la frase, y a la que terminarán respondiendo como un eco profundo y explicativo el párrafo que remata la novela total y sobre todo sus tres últimas palabras: «dans le Temps»—, el lector se encontraba y se encuentra ante una sucesión de obstáculos a la comprensión inmediata de lo leído. Y no sólo el lector corriente: expertos críticos y escritores tan lúcidos como André Gide se revolverán contra una escritura a la que algunos acusan de soporífera, y que, desde la norma lingüística francesa resulta en muchos empleos gramaticalmente incorrecta. Si el director literario de la editorial Ollendorff devolvió a su autor el manuscrito de Por la parte de Swann con la apostilla anteriormente citada: «… no puedo entender que un señor necesite treinta páginas para describir cómo da vueltas y más vueltas en la cama antes de conciliar el sueño», André Gide, tras leer las primeras

páginas, al llegar al pasaje de las vértebras de la peluca de la tía Léonie, abandonó el manuscrito y aconsejó a Gastón Gallimard no publicarlo. Más tarde, editado ya el libro, después de comprender su error y pedir disculpas, Gide, que nunca dejó de mostrarse reticente hacia la obra de Proust, la situará como la culminación de la narrativa del siglo XX: «Es erróneo —le dirá al novelista norteamericano Frédéric Prokosch, que lo refiere en sus Memorias— tomar a Proust por un innovador. Se limitó a hacer lo que se había hecho a menudo antes que él, pero lo hizo con un cuidado infinito y una astucia inagotable. Eso es lo que importa, la precisión, la habilidad, y no la audacia y la fanfarronada».

Como es sabido, el siglo XIX supone el apogeo del género narrativo, con Balzac, Flaubert y Stendhal como grandes creadores desde perspectivas bien distintas: desde la crónica de un ámbito social englobado en la intra-historia, como el caso de Balzac —también Proust trata de hacer, podríamos decir incluso que con los mismos materiales, una «Comedia humana», aunque de dimensiones y finalidad absolutamente distintas a las del autor de Esplendores y miserias de las cortesanas—, hasta el buceador de las profundidades psicológicas del Stendhal de La cartuja de Parma, pasando por el estilista Flaubert, que rehace una y otra vez sus Tres cuentos, por ejemplo, raspando el estilo, eliminando lo adjetivo, hasta el punto de de mediar el número de páginas de sus borradores. Sin olvidar a los grandes narradores ingleses —para Proust son capitales George Eliot y Thomas Hardy— y a los rusos —Dostoyevsky: basten estos pocos nombres para situar el momento en que Proust nace a la literatura, en ese cuarto de siglo que va de 1880 a 1905 y que supone el período de formación y de lecturas capaces de marcar la trayectoria de un escritor en ciernes. Pero si el lector empapado en esa gran tradición narrativa abre A la busca del tiempo perdido y trata de sumergirse en ella, la sorpresa puede llegar hasta el desagrado: hay una distancia infinita entre las propuestas de la narrativa decimonónica y Proust, en quien encontramos, en vez de una trama lineal y un hilo del ovillo, una madeja absolutamente intrincada en la que múltiples hilos van tirando de algo inextricable a lo que muy difícilmente puede darse el

nombre de acción o trama; hilos que se superponen, enredan y encabalgan hasta eliminar nociones sacralizadas por la narrativa tradicional: por ejemplo, el tiempo, uno de los arcos que sostienen la bóveda de esa catedral de A la busca del tiempo perdido.

Es el propio Proust el que aplica a la construcción de su obra la metáfora de catedral, una arquitectura cuyos planos iniciales no son definitivos: sobre ellos, el tiempo y su paso irán alterando la idea primera, cambiando el sentido de las partes, modificando y añadiendo recovecos y capillas que alteran radicalmente el proceso de elaboración: en 1913, cuando aparece Por la parte de Swann, los planos de la totalidad de A la busca del tiempo perdido estaban trazados: diseñaban la vida interior de una sociedad caducada en la que pervivían los mitos que habían crecido al socaire del II Imperio y alimentado la vida francesa de la «mondanité», que era su expresión más acabada, cuando ya ese Imperio y sus aristócratas más representativos habían sido arrojados de la Historia; ése era el trazado general catedralicio, pero en las capillas, soldadas al plano central, se alzan distintos altares: la belleza, la elegancia, el dinero, el amor con sus pormenores más angustiosos —Swann— o más venales; y en el centro mismo del trazado que vertebra la bóveda, la presencia extraña del Narrador articula la vida exterior de sus personajes —a los que presta situaciones y sentimientos propios, vividos repetidamente, sobre todo en el apartado de la ansiedad amorosa— por él y por sus alter ego, y su propia vida interior, singularmente aguda para el análisis de la forma de procesar el pensamiento que tiene la mente humana.

En profundidad, A la busca del tiempo perdido termina emparentando, a través de más de tres mil páginas, con los grandes relatos que desde La Odisea se encargan de analizar el comportamiento del «mundo», en su doble significación de «gentes, individuos» y de «crema de la sociedad». Mediante la memoria, «lo que se trata de hacer salir, escribe Proust en El tiempo recobrado, es nuestros sentimientos, nuestras pasiones, es decir las pasiones, los sentimientos de todos». A pesar de la oposición de Proust a los métodos de crítica literaria de Sainte-Beuve que tienden a mezclar vida y obra, el motor inicial de A la busca del tiempo perdido es la narración de la propia vida; ese Narrador, al que en dos ocasiones el

texto bautiza con el nombre de «Marcel», se enfrenta a la tarea de novelar armado con su memoria, pidiéndole que aporte los datos del entorno, del ambiente, desde los tipos de carruajes o coches utilizados por la época hasta las toilette de las damas del tiempo narrado, que sólo al final será el mismo de la escritura —el período de la primera guerra mundial—; hasta entonces es la época de la juventud de la voz narrativa, que se corresponde con el mundo decadente del II Imperio.

Pero las pesquisas de Proust en busca de fotografías de época apenas sirven para otra cosa que para vestir por fuera los personajes y el tiempo; la memoria proustiana está unida a la sensación, porque son las sensaciones las que hacen brotar el recuerdo, y con ello las profundidades del individuo, la parte más auténtica del ser humano precisamente porque son inconscientes y porque, hundidas en la conciencia, perduran exentas de influencias exteriores: «En primer lugar, precisamente porque son involuntarios, porque se forman por sí mismos, atraídos por el parecido de un minuto idéntico, [los recuerdos] son los únicos que tienen una rúbrica de autenticidad. Luego, nos refieren las cosas en una dosificación exacta de memoria y de olvido. Y por último, como nos hacen saborear la misma sensación en una circunstancia completamente distinta, la liberan de cualquier contingencia, nos dan su esencia extratemporal, la que es justamente el contenido del estilo bello, esa verdad general y necesaria que sólo traduce la belleza del estilo». (El 12 de noviembre de 1912, dos días antes de aparecer Por la parte de Swann, en Le Temps aparece una entrevista con el autor firmada por Élie-Joseph Bois, que parece haberse limitado a transcribir sin alteraciones un texto previamente redactado por Proust. A él corresponde este pasaje). Pero el relato de la vivencia de un protagonista, si es que puede llamarse así al Narrador, no es más que un estrato inferior del proyecto de A la busca del tiempo perdido: los sentimientos interiores despertados por las sensaciones y la memoria van a ir traspasando los límites de la conciencia personal, invadiendo otros dominios y transformando el resultado de la novela en una filosofía de la existencia. Enmarcado por los datos, documentos y fotografías que de manera escrupulosa pide Proust a corresponsales y amigos, y que le sirven para reconstruir con minuciosidad de microscopio la vieja realidad, el resultado pretende

no reflejarla, sino descubrir las leyes generales de la realidad, su interpretación, esa «esencia extratemporal» de que hablaba en la citada entrevista.

Fueron largos años de dar vueltas, de girar sobre el mismo pivote, de alterar los nombres, cometidos y funciones de sus personajes, de escribir miles de páginas que resultaron fracasos consumados como fueron Jean Santeuil y Contre Sainte-Beuve, que no son sino los tanteos primeros para llegar a La Recherche. Como el cantero constructor de catedrales, Proust no tenía al principio conciencia clara de los objetivos de su idea de escribir: nacieron como producto de esas vueltas y revueltas e imponen al lector la obligación de desenmarañar la red de intentos y soluciones a que el novelista llegó.

Si los temas tradicionales de la novela decimonónica persisten en la obra de Proust —el amor, los sentimientos, la relación entre el individuo y la sociedad—, la perspectiva desde la que están contemplados los renueva; en ese mismo momento Sigmund Freud los abordaba en Viena desde la conciencia inconsciente, eliminando la capa con que la cultura y los tópicos decimonónicos los habían codificado, y alzando el velo sobre otros, hasta ese momento tabuizados por la religión y los sistemas sociales, como la homosexualidad, que iba a convertirse en uno de los ejes centrales de A la busca del tiempo perdido: Proust aborda el amor prohibido desde una perspectiva que nada tiene que ver con ninguna moralidad —sea ésta religiosa o laica—: Se trata de un fenómeno natural descrito en un episodio célebre como la fecundación de la orquídea por el abejorro. Si en la primera parte de la novela apenas alude a ese fenómeno en dos escenas —la hija de Vinteuil y su amiga besándose en la casa de Montjouvain (Por la parte de Swann); Saint-Loup abofeteando a un hombre que se le insinúa (La parte de Guermantes)—, Proust encara decididamente la inversión —ése es el término que utiliza, nunca el de homosexualidad— en Sodoma y Gomorra, desde el momento en que el Narrador sorprende a Charlus en acción con Jupien: entonces se aclaran numerosos hechos anteriores que el Narrador no comprendía y surge, una vez levantado el velo, todo un mundo de invertidos masculinos y femeninos que pertenecen a los ámbitos sociales más diversos: ninguno de ellos, desde el príncipe de

Guermantes hasta los criados, y a pesar de ocultar a la sociedad lo que ésta considera una desviación escandalosa, consigue tapar sus inclinaciones sexuales. La postura del Narrador hacia esos amores homosexuales no es nada complaciente, porque en vez de atender al segundo término, homosexual, se fija en el primero, y sabe que el amor no es otra cosa que una ilusión más que se nutre del Tiempo: la inversión, lo mismo que la heterosexualidad, no es sino otro infierno, el espacio donde ejerce su fuerza ese poder autodestructor que es el amor; y una prueba más de la miseria en que, como títeres de farsa, se mueve en los seres humanos.

Toda la novela del siglo XIX había intentado reflejar verdades, asentar tesis, describir mundos, y para ello se había esforzado en «decorar» la acción, surtirla de efectos «reales» mediante una escenografía acorde; pero, como en las obras de teatro, las paredes son de papel pintado y escayola, y buena parte del vestuario se resuelve mediante postizos: en ese envoltorio, Balzac iba a pintar las pasiones de la ambición y del dinero, del poder y de las escalas sociales, atendiendo más al resultado externo que al interno; Stendhal, enfocando el entramado psicológico del individuo, no prescindía de esa obligación impuesta por el género: perfilar la época, los ambientes, hacer el retrato de los personajes; esa realidad enmarcada en la historia, sea positiva o negativa, virtud o vicio, podía contrastarse, como también ocurre en Émile Zola o en Anatole France.

En cambio, a pesar de emplear ese mismo envoltorio, Proust multiplica todos los recursos escenográficos. La confesión hecha en Contre Sainte-Beuve: «Cada día doy menos valor a la inteligencia», derriba de su pedestal a los dos artífices principales de la tradición clásica: la voluntad y la razón. Para Proust, «lo que la existencia nos devuelve bajo el nombre de pasado no es él», y, por lo tanto, voluntad y razón resultan ridículas a la hora de escribir; ni la inteligencia ni la memoria racional sirven para nada: es otra memoria, la sensorial, la táctil, la que de pronto hace surgir —a través de una magdalena, de la campanilla del Viático, de un perfume de azahar— el pasado sensitivo, el «recuerdo de un olvido», diría Luis Cernuda: «Si se supiese analizar —escribe Proust en su artículo "En memoria de las

iglesias asesinadas"— el alma como la materia, se vería que, bajo la aparente diversidad de los espíritus lo mismo que bajo la de las cosas, sólo hay unos pocos cuerpos simples y elementos incompatibles, y que ese poco entra en la composición de lo que creemos que es nuestra personalidad, de las sustancias muy comunes y que se encuentran un poco por todas partes en el universo».

Los ambientes, multiplicados, distorsionan cualquier posibilidad de certidumbre y los personajes, ocultando su realidad y haciendo de su existencia pura apariencia, le permiten alcanzar su objetivo: la búsqueda, por los vericuetos que impone la realidad, de la verdad profunda de cada uno, que, frente a lo que ocurría en la novela del XIX, no es contrastable, porque no se traza el mapa de la historia o de la sociedad, sino el de la conciencia del individuo, movida por la irracionalidad de las sensaciones, de los procesos nerviosos, químicos o ideológicos, y no por la razón lógica.

De este modo, Proust operaba una revolución copernicana en y para la literatura, según admiten los escritores más importantes del siglo. Al introducir la conciencia como objetivo describible y una gratuidad, señalada por André Gide, que no atendía compromisos ajenos a esa conciencia, Proust multiplicaba las facetas posibles de una escritura que es muchas cosas a la vez: desde una obra parcialmente autobiográfica, e iniciática en su totalidad, a la pintura de una sociedad —ya desaparecida en su indumentaria externa—, pasando por una novela psicológica, una obra simbólica, una defensa de un tema prohibido y evitado hasta entonces como la homosexualidad, y una reflexión sobre la literatura, el arte y la creación. No le mueve además el generoso deseo idealista de la novela del siglo XIX, que pretendía señalar defectos para corregir al individuo o el sistema: la «buena conciencia» y la lucidez del Flaubert que supo percibir el desorden interno y volcánico de la sociedad francesa en La educación sentimental no sirvió para frenar la hecatombe que se cernió sobre Francia en 1870. Para Proust, la moralidad no entra en los cometidos del escritor y en su pluma las ideas políticas no son otra cosa que una retórica más: en El tiempo recobrado, la sátira más virulenta del siglo XX sobre esa sociedad, saca

a escena a Mme. Verdurin que ha culminado su ascenso social y, convertida ahora en princesa de Guermantes, degusta el sabroso cruasán que tanto le ha costado conseguir por las incomodidades de la guerra, mientras en el periódico de la mañana puede leer la catástrofe del Lusitania.

Las tres mil quinientas páginas de A la busca del tiempo perdido no cuentan gran cosa, no narran hechos, por más que duquesas y marqueses, princesas y cocottes con ambiciones, bailen una danza que saca a primer plano los ambientes en que se desenvuelven, y que Proust detalla con riguroso cincel de miniaturista: «Obra más sociológica de lo que se cree», apunta Roland Barthes. El primer volumen, Por la parte de Swann, remite al lector a las vacaciones infantiles del protagonista, con un mundo dividido en dos partes que articulan el conjunto narrativo: la parte de Swann, o mundo de la burguesía parisina, con un Swann de origen judío, esteta estudioso del arte de Vermeer, casado con una antigua cocotte que pretende romper con los bajos fondos; y La parte de Guermantes, o mundo de la aristocracia, nimbado de misterio y distancia, sin vínculos con la familia del Narrador, en cuya mente de niño se inscribe como un mundo de referencias míticas.

El segundo título, A la sombra de las muchachas en flor, asciende un grado en la escala del tiempo: el innominado Narrador es ahora un adolescente que pasea por el malecón de una estación balnearia con la mirada dividida entre el mar y una pandilla de muchachas sobre las que vuelca sus sueños de despertar sexual, hecho también de velos y de mitos.

Las pulsiones de la sexualidad incipiente y el contacto a través de la lectura, del teatro y del arte con la idea de «creación» lo empujan hacia un mundo distinto del real; el Narrador navega a ciegas y a tientas en un mar de sentimientos que modifican la realidad según su deseo y que tienen por solo fruto el tormento de los celos y la insatisfacción. La parte de Guermantes, tercera página del gran fresco, adelanta al Narrador en el descubrimiento de los misterios: el sueño infantil, la mitificación de Guermantes y del mundo aristocrático, irán decayendo a medida que consiga penetrar en ese ambiente, porque sus representantes más mitificados —empezando por la duquesa

Oriane de Guermantes, que al niño Narrador le había parecido una diosa surgida de las aguas, y siguiendo por la encarnación de los valores aristocráticos e intelectuales que es su amigo Saint-Loup— resultan, desprovistos de sus oropeles, individuos sin interés ni valores, enzarzados en una vida frívola de la que no salvan siquiera el arte; no resulta mejor la perspectiva que lanza sobre la rica burguesía encarnada por Swann: Proust destroza con ferocidad ese ambiente como si Moliére le hubiese prestado sus trazos más farsescos: tanto el salón de los Verdurin como el círculo de Guermantes son pura farsa, y mentira sus pretensiones intelectuales y artísticas; tras la apariencia y el sueño mítico infantil, se impone la verdad.

Sodoma y Gomorra será una cala más profunda todavía en esos ambientes; el Narrador tiene acceso al otro lado de la trama, al envés de la alcurnia y la lujuria; el descenso a los infiernos le permite entrar en las «ciudades de la llanura» y hacer el recorrido de los prostíbulos, mientras de día, al otro lado de las cajas, sobre el escenario visible, la sociedad francesa más esplendorosa representa la comedia de la elegancia y el brillo, de los coches y la modernidad, del golf y del tenis, de lo chic recién importado de Inglaterra como si todo ello fuese la cima de una civilización.

Sólo le queda al Narrador un refugio: pero la ilusión suprema, la del amor, es eso, una prestidigitación; se había metido debajo de la piel de Swann en sus amores con Odette y ahora, en los tres últimos volúmenes de A la busca del tiempo perdido, prueba en carne propia las torturas y el infierno del amor (La prisionera), un amor del que no queda nada porque, muerta Albertine, el olvido va haciendo camino (La fugitiva) hasta llevarlo a la convicción de que «nada dura, ni siquiera los mayores dolores».

El estallido de la primera guerra mundial supone una ruptura, tanto para la acción como para la peripecia del Narrador que ha pasado largo tiempo en una casa de salud: de regreso a París, todo ha desaparecido revocando para siempre sus sueños infantiles: las dos partes de su infancia, la aristocracia con sus misterios, y la burguesía, se han confundido en una sola; los Guermantes se casan con la burguesía adinerada y la representante más insigne, por su zafiedad, de ese mundo burgués, Mme. Verdurin, es ahora princesa de

Guermantes. Proust zarandea ese mundo ya caducado en las páginas terribles por su virulencia del «baile de las cabezas» celebrado en casa de la princesa de Guermantes en el último tomo, El tiempo recobrado. La única tabla que encuentra para evitar el naufragio es la creación artística: personajes que habían pasado a su lado sin conseguir centrar su atención —el pintor Elstir, el escritor Bergotte, el compositor Vinteuil—, se convierten ahora en faros de una vocación decidida de escritor, siempre pospuesta desde sus inquietudes de adolescente: el libro futuro, del que A la busca del tiempo perdido no es en el fondo más que el prólogo, es lo único que puede salvarle.

«Nadie entendió nada», se lamentaba Proust viendo que sus primeros volúmenes le ganaban el título de escudriñador de pequeños detalles cuando lo que él buscaba eran grandes leyes: su novela ofrecía la originalidad de su propuesta como una exploración, casi ilimitada, de lo vivido, y no de los hechos vividos, de las anécdotas o sucesos que protagoniza de manera más bien difusa el Narrador. Éste no es un «yo» de crónica, ni permite al lector ver en ese personaje un ejemplo de narración psicológica —como lo es Molly Bloom en su largo parlamento final del Ulises—, sino que, a través de ese yo narrativo, Proust «buscó la metafísica, de la que nadie prescinde», según Paul Valéry: la cotidianidad de los personajes, la minuciosa descripción de las herramientas de sus vidas —desde toilettes hasta perfumes, criados, marqueses, amantes, reflexiones sobre el arte—, no son sino metáforas de un conjunto mayor que tiene por eje a un individuo obsesionado por apresar el tiempo mediante la escritura. Uno de los temas mayores de A la busca del tiempo perdido es el Tiempo, especie de cuarta dimensión que está impresa en la concepción proustiana de su forma de novelar: «Para mí, la novela no es sólo psicología plana, sino psicología en el tiempo». (Essais et articles), y que se materializa en el último párrafo de la novela, en El tiempo recobrado, cuando todo lo leído se convierte en recuerdo del pasado: en el «baile de las cabezas» el Narrador ha tenido la revelación del paso del tiempo a través de las caras de los invitados a esa matinée, y de esa revelación surge la novela, la voluntad de pintar el gran fresco que tiene por protagonista a la acción del tiempo sobre los personajes.

El arma fundamental del Narrador es la memoria, otro de los temas mayores; pero no la memoria que presta la inteligencia o el raciocinio, que ya hemos visto condenados por Proust; el campo a explorar, las profundidades del individuo, la vida interior —donde yace lo no consciente, la parte más auténtica— no admite más herramientas que los recuerdos, y los recuerdos, además de involuntarios, ofrecen la particularidad de contener la «esencia extratemporal» de la persona. Esa memoria involuntaria, hecha de sensaciones emotivas, posee más poder «realista» para adentrarse por la confusa maraña de signos que construyen la existencia que la razón.

La llave maestra que precipita el desencadenamiento de la memoria no es la inteligencia, sino las sensaciones: el primer día de enero de 1909, Céline Cottin, cuando Proust regresa a casa a altas horas de la noche, le sirve un bizcocho que el escritor empapa en el té: el sabor despierta bruscamente todo un faldón del pasado en el paladar, acompañado por las circunstancias de los tiempos idos en que ese mismo sabor se produjo: al llevarse el bizcocho a la boca percibió un vago aroma de geranios y de flores de naranjo; se paró el tiempo entonces, y de repente se vio transportado al jardín de su tío abuelo Louis Weil, en Auteuil: el sabor del té con el bizcocho que su tío abuelo le daba de niño había estado treinta años encerrado en el paladar, guardado en alcanfor. En ese preciso instante Proust se dio cuenta de que ése era el símbolo de lo que iba a ser su novela, el símbolo de la naturaleza de la creación artística: la sensación de realidad sentida en el hondón de uno mismo y el descubrimiento de afinidades entre dos sensaciones.

Sobre el papel, el bizcocho se transmutaría en magdalena, símbolo a su vez de Proust y de su obra: pero al lado de la magdalena hay, en A la busca del tiempo perdido, otros muchos elementos o sucesos con la misión de activar la memoria: las flores de papel japonés que se esponjan en el agua, el olor a barniz y humedad de una escalera, la vista de los espinos blancos, un ejemplar de François le Champí de la biblioteca del príncipe de Guermantes, los tumbos del coche que lleva al Narrador a la matinée de la princesa de ese linaje, el ruido de la cucharilla sobre un plato, o el de una tubería: sensaciones que

devuelven al Narrador a Combray, al desayuno de los domingos en el cuarto de la tía Léonie, a la lectura infantil que de ese libro de George Sand regalado por la abuela le hacía su madre, a la plaza San Marcos de Venecia, a las vacaciones infantiles del Grand-Hôtel de Balbec y a su cuarto: «Cada día antiguo permanece depositado en nosotros, como en una biblioteca inmensa donde hay libros viejísimo un ejemplar que nadie sin duda irá nunca a pedir».

Esa biblioteca de las sensaciones constituye la profundidad del individuo, incluso aunque éste no sea consciente; incluso aunque, como ocurre en el episodio de los campanarios de Hudimesnil, no sepa de dónde procede la dicha que lo embarga; la memoria involuntaria exige, si la sensación no trae consigo el pasado, cierto esfuerzo para desencadenar el recuerdo que provocó en el tiempo perdido esa misma sensación.

No fue Proust el primero en utilizar el mecanismo de la memoria involuntaria: en Las confesiones, Rousseau lo había activado en el episodio de las hierba doncellas que le recordaron un paseo de su juventud con Mme. de Warens (J.-J. Rousseau, Las confesiones, libro VI; ed. de M. Armiño, Alianza Editorial, Madrid, 1997), y más tarde Chateaubriand y Nerval habían recurrido a él de forma no sistemática, obligados hasta cierto punto por la presencia de esa memoria sensorial en su propia vida. De manera más meditada que estos antecedentes franceses, y dando vueltas alrededor de un núcleo todavía no sistematizado, Leopoldo Alas Clarín iba a revelar, poco antes de Proust, el mismo proceso de remisión a la infancia —aunque el francés magnificó el símbolo para extraer de ese retorno una concepción integradora de la escritura— e idéntica tensión indagadora en un relato inconcluso, Cuesta abajo. (Clarín lo publica en folletón, de marzo de 1890 a julio de 1891, en la revista La Ilustración Ibérica (Barcelona). En 1980, el profesor Benito Varela Jácome, en su ensayo sobre Clarín (Editorial Edaf, Madrid) fue el primero en hacer referencia a esa relación Proust-Clarín de manera fehaciente, recogiendo en la parte antológica varias páginas del texto. En 1985 apareció por fin en volumen Cuesta abajo, en edición de Laura Rivkin (Editorial Júcar, Madrid, 1985). Véase la introducción:

«Cuesta abajo de Clarín: Anticipando a Proust» y, dentro del texto clariniano).

En el texto de Clarín el principio arranca de modo semejante al de Proust, con la memoria involuntaria estimulada por los sentidos; en Clarín es la campanilla del Viático o el «olor de azahar mezclado al del jazmín» los que recuerdan al protagonista, también Narrador, el orden moral de la madre, mientras la luz de la luna llena lo lleva a sentir los brazos del padre difunto, que había sido su apoyo durante las primeras contemplaciones de la infancia. El resultado de aquella extraña evocación era muy parecido a lo que puede llamarse el recuerdo de un perfume o de una música; más de un perfume. Cerca ya del amanecer, Emilia, triunfante, deslumbrada por el triunfo, tuvo la mala idea, mala para ella, de quedarse melancólica y como soñando bajo las ramas de un gran naranjo. El azahar embriagaba mezclado con el aroma de los próximos jazmines.

Recuerdo que mucho tiempo más adelante, cuando yo era un filósofo krausista que procuraba hacer compatibles los mandamientos de M. Tiberghien con mis aficiones a las modistas de Madrid, persiguiendo una tarde a una chalequera, más lleno de lascivia que impregnado de ideal, me paró de repente una vibración sonora, triste, solemne: era la campanilla del Viático. Como si fuera electricidad que había desaparecido por el suelo, sentí que la lujuria se me caía cuerpo abajo, huía al infierno evaporada. Fui otro hombre de repente: me acordé del que agonizaba acaso, y tuve remordimiento de mi juventud sana y vigorosa. Pues, aunque por causa muy diferente, análogo efecto me produjo el olor del azahar mezclado al del jardín. Al penetrar bajo aquella bóveda verde y olorosa se disipó como un soplo mi embriaguez de voluptuosidad carnal, desapareció todo el atractivo de las formas exuberantes de Emilia, dejé de sentir provocado por sus ojos y sus sonrisas, y se me llenó el alma de una dulcísima tristeza como mística, me latieron en el corazón reminiscencias de la infancia, muy lejanas, borrosas, pero de una intensidad inefable. «El olor mezclado de azahar y jazmín se juntaba, se mezclaba también a la reminiscencia…».

Citaré una afinidad más; como Proust, Clarín pretende liberar la historia personal de las convenciones objetivistas del realismo; y

también una diferencia fundamental: el descubrimiento que Clarín hace en Cuesta abajo no va a dar lugar a un mito de la creación literaria; no se atreve a dar el paso dado por Proust, porque se niega a expresar el autodesarrollo en forma de novela; pero adivinó el paso siguiente, y en uno de los párrafos el asturiano anuncia no a Proust, sino el estilo de A la busca del tiempo perdido: «Si estas memorias —dice Narciso—, o lo que sean (pues ya fuera de cátedra no creo apenas en los géneros), cayesen en manos de uno de esos literatos eminentemente romanistas, arianos, como dicen ahora algunos críticos judaizantes, en manos de uno de esos literatos que, ante todo, en toda clase de arte aman la arquitectura, y en el plan de toda obra ven como lo principal un plano; si tal aconteciera, digo, el tal literato notaría que ya había perdido el hilo lastimosamente, que todo se me volvía digresiones e incoherencias».

Quizá la mayor aportación de Proust a la novela sea la aparición de la conciencia, de ese «yo» que, de la primera a la última pagina de A la busca del tiempo perdido, lo invade todo, hasta los momentos en que el lector cree estar más cerca del reportaje de época. Nada de lo que ocurre es un trozo de realidad simple, de hecho objetivo, sino que lo que se cuenta, salga del Narrador o de la boca del resto de los personajes, las reflexiones, la emoción provocada por los paisajes, todo está trasvasado por ese sujeto que narra, o mejor, que desvela su conciencia y la conciencia que tiene del mundo. Se ha subrayado que en muchos momentos, esa voz de susurro que parece hablar al oído del lector parece tan cercana que termina por volverse la conciencia propia del lector.

Ese «yo» que escribe, y que en dos ocasiones recibe el nombre de «Marcel» en El tiempo recobrado, es un conglomerado de «yoes»: la crítica francesa ha desglosado hasta cuatro figuras en ese «yo», en esa misma conciencia narrativa encarnada por el Narrador: el héroe —que, además de narrar, interviene en lo narrado como oyente, como ayudante, como ser vivo con sus emociones; el Narrador como tal; detrás de éste, un autor llamado Marcel Proust, dado que el Narrador no es transubstanciación mecánica del escritor; y por último, el hombre Proust, que guía la escritura y pone su vida propia, aunque no haya en ella «grandes» acciones al servicio de la novela. Los

materiales de esa vida carente de mucho interés del hombre Proust son elaborados por el autor, que los entrega a un narrador para que con esa experiencia vital componga un relato; y éste, crea un héroe que no dispone de la omnisciencia de los demás, porque en el punto de partida, en su infancia, lo vemos ignorando tanto las reglas del mundo como los mecanismos de formación de la personalidad: precisamente por eso, porque el individuo no es algo inmutable, sino que su historia supone diversos aspectos sucesivos —aunque sólo sea en lo físico—, que mueren cotidianamente: «Un carácter no cambia menos que [las sociedades]» en el tiempo. La memoria se encarga de mantener aletargada pero viva la conciencia de esa suma de «yoes» que es la verdadera vida interior del individuo —«Nuestro yo está hecho de las superposiciones de nuestros estados sucesivos»—, aunque la mayoría de la gente lo ignore y la ignore. El propio escritor es un «yo» más en su trabajo: «Sé cómo acabará Swann —le decía Proust a Paul Morand—, y ya lo he escrito, pero en el intervalo le ocurrirán muchas cosas que yo todavía ignoro; mis personajes me llevan donde quieren».

En ocasiones, son los enemigos de una obra los que más luz arrojan sobre ella; el sentido del Tartufo y del Don Juan de Moliére no lo encontramos en los elogios de los gacetilleros ni de los amigos del comediante, sino en las furibundas críticas de los estamentos a los que ridiculizaban sus farsas; para no dar pábulo a la cizaña sembrada por la Compañía del Santo Sacramento contra Moliére, su amigo Boileau realza y elogia sus aspectos literarios y cómicos, mientras los enemigos iban directamente al grano y desnudaban mejor el meollo de la pieza, de paso, pedían las llamas del infierno y la tortura para aquel comediante que era una encarnación del diablo. En el caso de Proust, la postura de André Gide resulta sintomática: después de haber pedido perdón —de forma rotunda en el borrador de una carta, que en la versión definitiva suavizó— por haber rechazado la edición de A la busca del tiempo perdido, dos años después de la muerte de su autor escribía: «Si ahora busco lo que más admiro en esta obra, creo que es su gratuidad. No conozco nada más inútil, ni que trate de probar menos. Qué curioso libro, se penetra en él como en un bosque encantado»; en su Journal, a raíz de la aparición de Sodoma y

Gomorra, ya había anotado los reproches más duros contra Proust, al que acusaba de no haber arrojado luz más que sobre las fealdades de la inversión sexual.

Las opiniones negativas de los contemporáneos siguen siendo compartidas por muchos ochenta años después de la muerte de Proust. Si ya parecía «extremadamente duro de leer», y James Joyce se burlaba haciendo una síntesis: «Proust, vida analítica e inmóvil. El lector termina las frases antes que él», ensayistas contemporáneos como François Revel, que dedicó a Proust un libro en su juventud, insisten en ese aspecto: «pesado y ciego en sus descripciones».

«Allí donde yo buscaba grandes leyes, me llamaban buscador de detalles… Nadie entendió nada», escribió un Proust dolido, cuyo nombre ya había asociado al de Einstein el mejor crítico europeo del momento, el alemán Ernst Robert Curtius. No se había entendido ni su estructura ni el estilo, que para Proust no era una cuestión de técnica sino de visión. Y esa visión, para sorpresa de los lectores tradicionales, afecta a la palabra, a la sintaxis. «La tensión apremiante de la frase hacia su conclusión cada vez más diferida es elevada hasta un punto casi doloroso, hasta el punto de que, cuando por fin llega la conclusión, trae consigo una resolución mucho más eficaz», escribirá Curtius; y Leo Spitzer, otro de los grandes filólogos de la época, hace hincapié en «el enorme trabajo psíquico que derrocha ante los hechos el alma del Narrador; y que el período proustiano traspone en la expresión su poderosa amplificación».

Una de las dificultades más subrayadas es la utilización que Proust hace de la metáfora; al revés de la tradicional, la metáfora de Proust se rige por el mismo mecanismo que el de la memoria voluntaria: dos elementos separados en el tiempo y en el espacio pueden ser unidos y relacionados por la mente, y derivar así del objeto una esencia nueva: «Sólo la metáfora puede dar al estilo una especie de eternidad», dice Proust del estilo de Flaubert. Ante esa metáfora —antecedente de la de los surrealistas, aunque su finalidad sea otra—, el lenguaje abre una vía de penetración hacia la «esencia de las cosas».

A este tipo de metaforización, que por ejemplo hizo a André Gide abandonar el manuscrito de A la busca del tiempo perdido cuando llegó al pasaje en que Proust hablaba de las «vértebras» de la peluca

de la tía Léonie, se suma otro prejuicio contra las largas frases difíciles de la prosa proustiana, que Jacques Lacretelle analizaba perfectamente: «Estas largas frases en laberintos que, en su obra, enlazan la realidad para expresar todo lo que contiene, esos incisos y esos paréntesis que, en sus cartas, tejen en torno a su corresponsal una fina tela de araña hecha de cumplidos, de escrúpulos, de una real necesidad de acercarse y de un prudente cuidado de ocultarse». Ajena a la lengua francesa de fin de siglo, la prosa de Proust recurre como fuente a la lengua del siglo XVII: la dificultad que plantea, y que ha motivado consejos y guías para intentar leer a Proust, supone «la coincidencia total del fondo y de la forma», según Curtius; «se ha reprochado a los períodos de Proust estar sobrecargados de relativos, entorpecidos por paréntesis y por eso desprovistos de armonía. Y no se ve que esa inarmonía aparente es precisamente una armonía nueva a la que hay que acostumbrarse para sentir todo su encanto».

Biografía de Marcel Proust
Cuadro Cronológico

1870

3 de septiembre: El doctor Adrien Proust (1834-1903), de treinta y seis años, contrae matrimonio con Jeanne Weil (1849-1905), de veintiuno; ambos se instalan en el núm. 8 de la calle Roy, VIII arrondissement, de París, alquilado por 2500 francos mensuales, suma considerable para la época. El marido, oriundo de Illiers, pertenece a una familia de la pequeña burguesía provinciana, asentada en esa población situada a ciento catorce kilómetros de París. En el momento de su matrimonio, el doctor Proust goza ya de cierto prestigio en el campo de la medicina: en 1863 había sido nombrado jefe de clínica y el año anterior a su boda ha viajado en misión oficial a Rusia y Persia para prevenir a Europa del cólera: el Sha de Persia le regala suntuosos tapices y alfombras que Proust heredará más tarde. Jeanne Weil desciende de dos ricas familias judías relacionadas con la Bolsa, las finanzas y la abogacía, bien situadas en la burguesía israelita de París, y posee una esmerada educación intelectual.

19 de septiembre: El ejército prusiano sitia París durante cuatro meses.

1871

28 de enero: París capitula ante el ejército prusiano.

18 de marzo a 28 de mayo: Insurrección de la Comuna. Mme. Proust, embarazada, sufre las privaciones que durante varios meses esos dos hechos históricos, sitio prusiano y Comuna, imponen a los habitantes de París, y a las que Proust atribuirá luego su mala constitución y su estado enfermizo.

10 de julio: Huyendo de las revueltas y la consiguiente represión, Mme. Proust se refugia en Auteuil, en casa de su tío Louis Weil, donde, tras un parto laborioso y difícil, da a luz a Marcel Valentin Louis Eugéne Georges Proust; el niño nace en un estado de debilidad que hizo temer por su vida; gracias a los cuidados del padre, al cabo de dos semanas estará fuera de peligro. A esa casa, en el 96 de la calle La Fontaine, Proust y sus padres acudirán durante veinticinco años en primavera y principios del verano.

5 de agosto: Bautizo de Marcel en la iglesia Saint-Louis d'Antin, próxima al domicilio paterno; son sus padrinos Eugéne Mutiaux y Hélène-Louise Houette, que morirá en diciembre de 1892. Aunque su madre se mantenga dentro de la religión y las tradiciones israelitas, tanto Marcel como su hermano Robert serán educados en el catolicismo.

1873

24 de mayo: Nacimiento en Auteuil del segundo hijo de los Proust, Robert (1873-1935). «Por suposiciones y sin pruebas se ha querido ver en el nacimiento de Robert un traumatismo infligido a su hermano». (Tadié), a quien Proust dedicará Les Plaisirs et les Jours con una cita de Corneille: «Oh hermano más querido que la claridad del día».

Ese mismo día dimite el que fuera fundador y primer presidente de la III República, Adolphe Thiers, a quien sucede el mariscal Mac-

Mahon.

1 de agosto: La familia Proust traslada su domicilio al primer piso del número 9 del bulevar Malesherbes, donde vivirán veintisiete años, hasta octubre de 1900; es un barrio burgués, de reciente construcción en un París que el barón Haussmann ha renovado por completo.

El prestigio científico del doctor Adrien Proust sigue creciendo; publica La Défense de L'Europe contre le choléra.

1874

Julio: Adrien Proust viaja a Viena para asistir como delegado a la Conferencia Sanitaria Internacional.

Durante estos años infantiles de Proust, la familia reparte sus vacaciones entre Illiers —en casa de los tíos Amiot, familia paterna, y Auteuil, en casa del tío Louis Weil, familia materna.

1877

6 de enero: Nacimiento de Amélie Bessiére, prima de Proust, con la que en su adolescencia mantendrá un idilio.

16 de mayo: El presidente Mac-Mahon obliga a dimitir al primer ministro, Jules Simón, pero, al no conseguir que la Cámara de Diputados apruebe su nuevo gobierno, la disuelve.

1878

Vacaciones en Illiers; en ellas sitúa Philip Kolb el incidente de Robert y el cabrito referido en Contre Sainte-Beuve, que se convertirá en Por la parte de Swann en la despedida de los espinos blancos.

1879

30 de enero: Dimisión de Mac-Mahon, a quien sucede en la presidencia de la República Jules Grévy (1879-1887).

17 de junio: Adrien Proust es elegido miembro de la Academia de Medicina.

1880

10 de febrero: Muerte de Adolphe Crémieux, la personalidad política más importante de la familia; elegido senador inamovible cinco años antes, este antiguo ministro de Justicia fue honrado con funerales nacionales; era tío de Amélie Berncastel, esposa de Moise Weil, tío abuelo de Proust.

1 de mayo: Proust sufre una caída en los Champs-Élysées y se rompe la nariz: «Se afligía lleno de coquetería por un leve bulto en medio de su nariz». (F. Gregh, L'Âge d'or).

5 de septiembre: Fecha de la primera carta conservada de Proust.

1881

En primavera, tras un paseo por el Bois de Boulogne, sufre el primer ataque de asma, enfermedad que le acompañará toda su vida de forma intermitente; a esa enfermedad «ha sido de buen tono atribuirle unas causas psicológicas: los celos de su hermano, el deseo de ser amado por su madre, de tenerla a su lado. Nuestra época, con el desarrollo de las investigaciones sobre la alergia, vuelve a las causas orgánicas, a la deficiencia congénita. Ya no se cuida mediante el psicoanálisis, sino mediante la cortisona». (Tadié).

Asiste a clase en el Cours Pape-Carpentier, donde conoce a Jacques Bizet, hijo del compositor y de Geneviéve Halévy, hija del también compositor Jacques-Fromental Halévy, quien, convertida en Mme. Straus en 1889, reinará en uno de los salones más cultos de París, frecuentado por Proust; Mme. Straus será confidente del escritor hasta sus últimos días.

Otoño: Asiste al teatro por primera vez. Una cantante americana, Marie Van Zandt, que regala a su padre una fotografía en la que aparece disfrazada de hombre, servirá a Proust de modelo para Miss Sacripant.

1882

2 de octubre: Queda inscrito en quinto curso en un liceo cercano a su domicilio, el Liceo Fontanes, que a partir de enero de 1883 pasa a llamarse Liceo Condorcet.

1883

3 de agosto: Al concluir el curso, recibe algunos premios; queda en quinto puesto en lengua francesa. Hace la primera comunión.

En otoño, pasa a cuarto curso.

Adrien Proust publica Le Choléra. Etiologie et prophylaxie.

1884

30 de marzo: Adrien Proust es nombrado inspector general de servicios sanitarios.

1 de agosto: Al término de un curso al que ha faltado a clase a menudo, sólo consigue un accésit en ciencias naturales, asignatura impartida por el escritor Christophe (seudónimo de Georges Colomb). Consigue sin embargo su certificado de estudios de gramática. En Houlgate, donde transcurren sus vacaciones, toma clases de griego.

En otoño, pasa a tercer curso.

1885

Los ataques de asma apenas le permiten acudir a las clases durante el curso, cuyo tercer trimestre pierde por completo.

Septiembre: Vacaciones en la población balnearia de Salies-de-Béarn.

Octubre: Empieza el segundo curso, mientras su padre gana la cátedra de higiene de la Facultad de Medicina de París.

31 de diciembre: Abandona el liceo por lo que queda de curso, pero recibe clases particulares y trabaja con su madre.

1886

En el álbum inglés de su amiga Antoinette Faure, Proust responde al primero de sus dos cuestionarios: figuran como sus escritores favoritos George Sand, Augustin Thierry y Musset, y ya aparece su pasión por el teatro. Su idea de la desgracia consiste en «estar separado de mamá». En este «año de Augustin Thierry», como escribe a su madre, lee la Historia de la conquista de Inglaterra por los Normandos, de ese historiador francés. Escribe sus primeras redacciones, entre ellas una narración del último viaje de Cristóbal Colón.

1 de junio: Muerte en Illiers de su tía Elisabeth, Mme. Amiot, uno de los modelos de la tía Léonie del Narrador. Viaje a Illiers, donde sus padres tienen que sustanciar la herencia de su tía. Proust no volverá nunca a esa localidad, que ha de convertirse en su novela en la geografía veraniega de la infancia del Narrador.

Octubre: Repite segundo curso.

1887

Julio: Después de clase acude casi todos los días a los Champs-Elysées, donde juega al marro con grupos de niñas entre las que figuran las hermanas Bénardaky —una de ellas, modelo para Gilberte — y las hermanas Faure.

13 de julio: Contempla en los Champs-Elysées una concentración en favor del general Boulanger, nombrado ministro el año anterior, y que había conseguido el apoyo de todos los descontentos del régimen parlamentario y de las víctimas de la crisis económica. La mayoría conservadora en el Parlamento logró su alejamiento de París y su pase a situación de retiro en 1888: cristalizan entonces en torno a su persona diversas corrientes de intereses contradictorios: monárquicos, bonapartistas, radical-socialistas, disidentes y nacionalistas, que lo eligen por amplia mayoría para instalar una república autoritaria; pero Boulanger vaciló en 1889 en dar un golpe de Estado, y el gobierno aprovechó sus dudas para acusarle, a él y a sus partidarios, de alta traición, por lo que hubo de exiliarse a Bruselas para no ser arrestado. El entusiasmo que provocó en las masas «remueve en el corazón todo lo que hay de primitivo, de indómito, de belicoso», según Proust, a quien ha de parecer un hombre "muy común y un vulgar tamborilero de bombo".

2 de agosto: Obtiene cuatro menciones en la entrega de premios de fin de curso.

3 de octubre: Entra en retórica, pero faltará a menudo a clase. M. Gaucher, su profesor de lengua francesa, escribe en La Revue Blanche. Traba amistad con su condiscípulo Pierre Lavallée.

Diciembre: Tras un escándalo en el que se vio envuelto su yerno, dimite el presidente Grévy, sustituido en ese cargo por François Sadi Carnot (1887-1894).

1888

31 de julio: A final de curso consigue el premio de honor en composición francesa. La intensidad de su pasión amorosa se vuelca sobre sus condiscípulos y amigos Jacques Bizet y Daniel Halévy, en forma de cartas donde el amor homosexual no se oculta: «Siempre me parece triste no coger la flor deliciosa que pronto no podremos ya coger. Porque eso sería ya el fruto… prohibido" […] Tengo amigos muy inteligentes y de gran delicadeza moral, y me jacto de ello, que una vez se divirtieron con un amigo… Era el principio de la juventud. Más tarde volvieron a las mujeres. […] No me trates de pederasta, me daría pena. Moralmente trato, aunque sólo sea por elegancia, de seguir siendo puro», dicen sus cartas a Bizet y a Halévy. En otra misiva a su amigo Robert Dreyfus confiesa haber tenido una relación con una muchacha vienesa y estar enamorado platónicamente de una cortesana célebre, Léonie Clomesnil —quizás el primer modelo de Odette Swann—, a la que veía pasea en carruaje por el Bois de Boulogne. Durante el curso, Proust lee a Leconte de Lisle, Pierre Loti, Barres y Renán.

7 de septiembre: Viaje a L'Isle Adam, con su camarada Edouard Joyant.

1 de octubre: Empieza los cursos de filosofía donde tiene por profesor a Alphonse Darlu, de quien recibe fuerte influencia que marca el pensamiento del Narrador con un espiritualismo idealista templado por el racionalismo. Empieza a escribir en dos revistas que

hace con sus compañeros del Liceo Condorcet: La Revue Verte, que pronto se convertirá en La Revue Lilas —así tituladas por el color del papel que utilizaban. 13 de octubre: Asiste a una representación de Athalie, de Racine, en el Odéon.

Diciembre: Se enamora platónicamente de una cortesana de altos vuelos, Laure Hayman, amante de su tío Louis Weil, que vivía, como Odette de Crécy, de quien será uno de los principales modelos, en el número 4 de la calle La Perouse.

1889

17 de enero: Ernest Renán, tras cenar en casa de los Proust, dedica su libro La vie de Jesus a Marcel.

27 de enero: El general Georges Boulanger, que durante tres años ha perturbado la vida de la III República, resulta elegido por París; en vez de hacerse con el poder, falto de valedores tiene que huir a Bruselas, donde dos años más tarde se suicida sobre la tumba de su amante.

19 de marzo: Muerte de Mme. François-Valentin Proust, de soltera Virginie Torcheux, abuela paterna del novelista.

15 de julio: Bachiller en letras.

30 de julio: Obtiene el primer premio en disertación francesa.

Otoño: Proust es presentado en el salón de Mme. Arman de Caillavet, donde conoce a Anatole France, a quien en mayo había enviado una carta para expresarle su admiración por «sus divinos libros»; y al hijo de la anfitriona, Gastón Arman de Caillavet, periodista y futuro autor teatral, con el que traba una fuerte amistad que extiende a su prometida, Jeanne Pouquet, de la que Proust dice haberse enamorado.

11 de noviembre: Solicita su incorporación como voluntario al servicio militar; el día 15 es destinado al 76 regimiento de infantería,

en Orléans. Mide, según la cartilla militar, 1,68 m. Se aloja en la ciudad, porque sus crisis de asma alteran la vida del cuartel.

Diciembre: Enferma de gravedad su abuela materna, Adéle Berncastel, Mme. Nathé Weil.

1890

3 de enero: La abuela materna de Proust muere de una crisis de uremia.

Febrero: Durante una cena en casa de M. Boegner, prefecto del Loiret, conoce a Robert de Billy, uno de los modelos de Saint-Loup. La experiencia militar, que le deja satisfecho y feliz, concluye el 14 de noviembre, fecha en la que pasa a la situación de disponible del ejército activo.

Noviembre: Regreso a París; se inscribe en la facultad de Derecho y en la Escuela Libre de Ciencias Políticas, donde seguirá cursos con Paul Desjardins y Albert Sorel entre otros profesores. Frecuenta el salón de Mme. Straus, donde en dos ocasiones ve a Maupassant, escritor que no es de su agrado.

1891

21 de marzo: En compañía de los Straus, de Jacques Bizet y de Jacques Baignéres, asiste a la reposición de Germinie Lacerteux, de Edmond de Goncourt, interpretada por Réjane.

Mayo: Primer encuentro con André Gide.

Septiembre: Vacaciones en Cabourg, donde sigue viva la memoria de su abuela materna; en una carta a su madre evoca «aquellos años de mar donde la abuela y yo, fundidos en uno, íbamos contra el viento hablando». Octubre: Pasa unos días en Trouville, en casa de

Arthur Baignéres, donde conoce a Jacques-Emile Blanche, que en ese momento hará su primer retrato a lápiz, antecedente inmediato del retrato de Proust con una camelia en el ojal, expuesto poco después en el Salón de Artistas Franceses.

Noviembre: Se matricula en las dos carreras que ha iniciado el año anterior. A finales de año conoce a Oscar Wilde, de paso por París, y probablemente a Maurice Barres. Su asistencia a los salones de Mme. Arman de Caillavet y de Mme. Straus le permite ir conociendo a escritores, artistas y miembros de la aristocracia de sangre y de las finanzas, como la condesa de Chevigné, Charles Haas, el único judío admitido en el Jockey Club, principal modelo de Swann.

1892

7 de enero: Proust firma como testigo en la boda de su prima Louise Neuburger con el filósofo Henri Bergson. Junto con sus amigos Fernand Gregh, Robert Dreyfus, Louis de la Salle, Daniel Halévy, Horace Finaly y Jacques Bizet funda la revista Le Banquet, cuyo primer número aparecerá en marzo, con un artículo de crítica literaria de Proust. Todos los números, hasta la desaparición de esa revista en febrero de 1893, incluirán artículos, críticas y relatos de Proust, que en algunos ya esboza temas y obsesiones que reaparecerán en A la busca del tiempo perdido: por ejemplo en Violante o la mundanidad (dedicado a Anatole France, 7 de febrero de 1893). En la revista colaborarán también Jacques Bizet, Gastón de Caillavet, Robert de Flers, Henri Barbusse y Léon Blum.

Primavera: Frecuenta distintos salones: el de los Heredia, el de Mme. Lydie Aubernon de Nerville —otro de los modelos de Mme. Verdurin—, el de Mme. Lemaire, pintora de temas florales, y el de la princesa Mathilde. Conoce a Henri Barbusse y traba amistad con Robert de Flers. Proust se declara enamorado de Laure de Chevigné, descendiente de Laura de Sade, la amada de Petrarca, y del marqués de Sade: «Tuve crisis cardíacas cada vez que la veía», le escribirá más

tarde, recordando este año durante el que Proust acechaba sus salidas matinales en la calle de Marigny. La amistad durará veintiocho años, hasta el momento en que Laure de Chevigné se sienta ofendida al encontrarse retratada en la duquesa de Guermantes.

Junio-julio: Los sábados acude al estudio de Jacques-Émile Blanche, y posa para el retrato con la camelia en el ojal.

Verano: Pasa sus vacaciones en Saint-Gratien, en casa de la princesa Mathilde, y en Les Frémonts (Trouville), en casa de los Finaly, donde Paul Baignéres hace su retrato. Se enamora de la melancólica Marie Finaly, aficionada a la música como Proust, a quien inspiró «Sonata claro de luna», de Los placeres y los días. Marie Finaly será uno de los primeros modelos de Albertine.

Finales de año: Responde las preguntas del segundo «Cuestionario Proust», que él mismo titula, en las páginas del álbum en que lo escribe, Marcel Proust par lui-même; declara como principal rasgo de su carácter «la necesidad de ser amado», y «amar» como su ocupación preferida. Sus poetas predilectos en ese momento son Vigny y Baudelaire; sus prosistas, Anatole France y Pierre Loti; y sus compositores, Beethoven, Wagner y Schumann.

1893

Marzo: Le Banquet interrumpe su publicación. Amistad con Robert de Fleurs y con el joven inglés Willie Heath, que morirá el 3 de octubre de tifus, y a quien Proust dedicará Los placeres y los días.

13 de abril: En el salón de Mme. Lemaire conoce a Robert de Montesquiou, célebre dandy, poeta y, sobre todo, personaje de época emparentado con la mejor aristocracia europea, modelo del caballero Des Esseintes que protagoniza la novela Á Rebours, de J.-K. Huysmans; también servirá a Proust para el barón de Charlus. Hasta la muerte de Montesquiou, en 1921, Proust mantendrá con él unas relaciones ambivalentes y borrascosas, mezcla de amor, utilización y

rivalidad literaria, debido al carácter teatral que Montesquiou imprimió a toda su existencia.

Mayo: El pintor Blanche expone el retrato de Proust con la camelia en el ojal en el salón del Campo de Marte.

Julio-agosto: Primer encuentro con la condesa Greffulhe en casa de la princesa de Wagram; en la Revue Blanche aparece un ensayo en el que remeda el estilo de Flaubert: «Mondanité de Bouvard y Pécuchet».

Agosto: Vacaciones con Louis de la Salle en Saint-Moritz, donde escribe el arranque de una novela epistolar a «cuatro manos», con La Salle, Fernand Gregh y Daniel Halévy, que quedará en proyecto fallido. En esa ciudad conoce a Anna de Brancovan, luego condesa de Noailles, poeta que influirá mucho en ese período de entre siglos sobre Proust.

Septiembre: Pasa unos días en Evian, donde escribe un artículo sobre Montesquiou, y parte luego con su madre para Trouville.

Octubre: Concluidos sus estudios de derecho, pasa quince días de experiencia negativa en el bufete del abogado Gustave Brunet; empujado por su padre, empieza a plantearse la necesidad de una eventual profesión; se decide por la de bibliotecario creyendo que ha de dejarle tiempo libre.

Diciembre: En la Revue Blanche aparecen seis estudios de Proust, entre ellos un texto sobre la homosexualidad femenina, «Antes de la noche». Decide preparar una licenciatura en letras.

1894

Enero: Escribe versos a Madeleine Lemaire, que más tarde incluye en Los placeres y los días. Para congraciarse con Montesquiou, le presenta al apuesto pianista Léon De Lafosse, con quien el poeta mantendrá una relación amorosa de tres años.

Febrero: Marie de Heredia organiza en el salón de su madre la Académie des Canaques, con ella misma como «reina de la Academia» y Proust como «secretario perpetuo». En sus reuniones, los canacos sustituían palabras y discursos por gestos y muecas. En el salón de los Heredia, Proust conoce a Pierre Louys y Henri de Régnier.

Abril: Cena, en el salón de Mme. de Caillavet, con Oscar Wilde, a quien Proust invita a su casa; pero el poeta inglés, en la cima de su fama, critica la estética decorativa del domicilio de Proust, se niega a cenar en compañía de los padres de su anfitrión y se marcha. Aparece el poema de Proust «Mensonges», musicado por Léon Delafosse.

22 de mayo: En el salón de Madeleine Lemaire conoce a Reynaldo Hahn, joven compositor y cantante de origen venezolano, con quien mantendrá apasionadas relaciones durante dos años y una amistad fiel hasta la muerte; la interesante y abundante correspondencia entre ambos permite seguir, entre otras cosas, la evolución de la pasión musical de Proust (el último Beethoven, Wagner, Stravinski), muy distinta de la del venezolano, anclada en Massenet y Saint-Saéns.

24 de junio: Un anarquista italiano apuñala al presidente Carnot; le sustituye Jean Casimir-Périer.

18 de agosto: Invitado por Madeleine Lemaire, pasa las vacaciones en el castillo de Réveillon, donde se le une Reynaldo Hahn.

Final de verano: Lee a Tolstoi, sigue con Flaubert («Mélomanie de Bouvard et Pécuchet»), y en Trouville, adonde va con su madre, escribe «La muerte de Baldassare Silvande», que incluirá en Los placeres y los días, cuyos textos, tanto en prosa como en verso, le ocupan ese fin de año.

13 de octubre: El capitán Alfred Dreyfus, judío, es detenido y encarcelado. Dos meses más tarde, el 22 de diciembre, es condenado por alta traición y espionaje a favor de Alemania. Degradado en enero de 1895, Dreyfus será deportado a la Isla del Diablo, en la Guayana Francesa.

1895

Enero: El presidente de la República, Casimir-Périer, dimite, y es sustituido el 17 de este mes por Félix Faure (1895-1899), con cuyas hijas Lucie y Antoinette jugaba Proust en los Champs-Elysées de niño. Al selecto salón de Lucie, convertida ahora en especialista en Dante y católica ferviente, acudirá Mme. Proust, acompañada por su hijo Marcel, con quien la joven mantendrá una amistad nunca desmentida. Por un momento se pensó en casar a Proust con su hermana menor, Antoinette, en cuyo álbum Proust había dejado en 1886 sus respuestas al «primer cuestionario».

Durante la primera mitad del año, frecuenta de manera muy asidua los salones habituales y acude además a los de Montesquiou, los Daudet, la princesa de Polignac, Mme. Aubernon, etc., que más tarde le servirán para sus crónicas periodísticas de sociedad. Lee con pasión a Emerson y a Carlyle, que influyen sobre sus ideas estéticas; frecuenta la Comédie Française, donde asiste a una representación del Hernani, de Victor Hugo; en esta etapa se fija su pensamiento musical: acude a menudo a la ópera (Lohengrin, Tannhäuser, de Wagner), a conciertos (Rameau, Guiraud, Saint-Saéns interpretando a Mozart).

17 de marzo: Licenciatura en letras (filosofía).

6 de junio: Tras ganar una oposición al puesto de bibliotecario sin retribución, empieza a trabajar en la Bibliothéque Mazarine; un mes más tarde, será enviado al servicio del Depósito Legal, en el Ministerio de Instrucción Pública; pero consigue una excedencia de dos meses, que irá renovando hasta 1900, fecha en que se despide de ese empleo de bibliotecario sin retribución.

Verano: En julio viaja con su madre al balneario alemán de Kreuznach, donde empieza a trabajar en Jean Santeuil, novela abandonada que será el germen de A la busca del tiempo perdido. Pasa agosto con Reynaldo Hahn en la casa de Dieppe de Madeleine Lemaire, que le presenta a Saint-Saéns; en septiembre, se instala con Hahn en Bretaña, en el hotel Fermont de Beg-Meil, estancia que relata

en Jean Santeuil, y durante la que lee una novela capital para Proust: Esplendores y miserias de las cortesanas de Balzac.

Otoño: En la Revue Hebdomadaire (29 de octubre) aparece «La muerte de Baldassare Silvande», dedicado a Reynaldo Hahn. Amistad con Lucien Daudet, hijo del novelista Alphonse Daudet y hermano de Léon Daudet, que no tardará en convertirse en un político de extrema derecha. Proust empieza a escribir crónicas de sus impresiones sobre pintores, músicos y libros, que permiten rastrear sus fundamentos estéticos, aunque varias de ellas no se publicarán sino después de su muerte.

1896

1 de marzo: El indiferente, relato escrito tres años antes, aparece en la revista La Vie Contemporaine.

28 de marzo: Primeras pruebas del libro «Château de Réveillon», que al mes siguiente recibe su título definitivo, Los placeres y los días; aparece en librerías el 12 de junio, bajo el sello editorial de Calmann-Lévy, con ilustraciones a la acuarela de Madeleine Lemaire, cuatro piezas para piano de Reynaldo Hahn y breve prólogo de Anatole France. Forman el libro escritos muy heterogéneos que recogen lo esencial de lo publicado en revistas y periódicos hasta entonces: relatos breves, treinta poemas en prosa y varios en verso, dos pastiches sobre Flaubert, retratos de la vida mundana, de personajes y de músicos y pintores, con algunos textos capitales para la comprensión de la obra futura, de la que son una especie de esbozos parciales de temas como el amor, la música, las relaciones del Narrador con la madre, y la memoria: «La muerte de Baldassare Silvande, vizconde de Sylvanie», «Violante o la mundanidad», «La confesión de una joven» y «El final de los celos». Apenas obtiene reseñas y críticas en la prensa.

10 de mayo: Muere de neumonía su tío abuelo materno Louis Weil, propietario de la casa de Auteuil, donde Proust ha pasado parte de su infancia.

30 de junio: Muerte de su abuelo materno, Nathé Weil.

15 de julio: En La Revue Blanche aparece su ensayo «Contre l'obscurité», en el que toma partido contra la escuela simbolista: «Si el poeta recorre la noche, que sea como el Ángel de las tinieblas, para llevar la luz».

Verano: Sus relaciones amorosas con Reynaldo Hahn se convierten en amistad, mientras se vincula cada vez más a Lucien Daudet. A principios de agosto pasa varias semanas en Mont-Dore con su madre; lecturas de Balzac, de Sainte-Beuve, de Las confesiones de J.-J. Rousseau.

16 de septiembre: De vuelta en París, en una carta a su madre le dice que su novela Jean Santeuil tiene ya «110 páginas grandes».

Octubre: Se lleva a Fontainebleau, donde pasa unos días con Léon Daudet, sus borradores, escribiendo pasajes como «Jean á Beg Meil». Pide a su madre que le envíe Shakespeare, Balzac, Middlemarch, de George Eliot, y Goethe.

Viaje oficial de Nicolás II y Alejandra de Rusia a Francia.

El entonces comandante Picquart descubre la semejanza de grafía entre un documento del conde Esterházy y las notas atribuidas a Dreyfus. A sus intentos de reabrir el caso, el Ejército responde con su traslado a Túnez.

3 de noviembre: En la Cámara de Diputados, asiste al discurso de Jaurés (Couzon, en Jean Santeuil) en favor de los armenios masacrados por los turcos, que utilizará en ese texto.

Diciembre: Intensa amistad con la prima inglesa de Reynaldo, Marie Nordlinger.

1897

3 de febrero: Proust se bate en duelo a pistola con Jean Lorrain, que en una reseña de Los placeres y los días había aludido a su amistad con Lucien Daudet dejando entrever su homosexualidad.

Agosto: A mediados de mes parte con su madre para veranear en Kreuznach, en Renania. Lee a Balzac, a Dickens, a Dostoyevsky y la Vida de Samuel Johnson de John Boswell.

Otoño: Pasa unos días en Dieppe con su amigo Léon Yeatman y su esposa.

16 de diciembre: Muerte de Alphonse Daudet, sobre el que en agosto había publicado un artículo; tres días más tarde firma una necrológica titulada «Adieux». Descubre a Ruskin en un libro de Robert de la Sizeranne: Ruskin et la religión de la beauté.

Mathieu Dreyfus exige la revisión del proceso de su hermano, a la luz de los documentos de Esterházy. El caso empieza a tener una repercusión pública que divide a Francia en dos bandos: ambientes judíos, intelectuales, grupos políticos de izquierda, frente a la aristocracia, el ejército, la derecha política y el mundo católico.

1898

13 de enero: Esterházy es absuelto por un tribunal militar.

14 de enero: En L'Aurore aparece el artículo de Zola J'Accuse, carta abierta al presidente de la República denunciando a las altas jerarquías del Ejército; con ese artículo, el caso Dreyfus se convierte en problema nacional. Proust, que más tarde se declarará el «primer dreyfusard», promueve con varios compañeros del Liceo Condorcet —Daniel Halévy, Fernand Gregh, Robert Dreyfus, Jacques Bizet, Louis de la Salle, Robert de Flers— un manifiesto en favor de Picquart, que pasan a la firma de escritores, artistas y amistades; consigue la de

Anatole France, la de su antiguo profesor de filosofía Alphonse Darlu, etc. El Ministerio de la Guerra denuncia a Zola.

7 a 23 de febrero: Zola es procesado por su artículo. Proust altera sus costumbres y su horario para asistir al juicio, que sigue con pasión y cuya marcha narrará en Jean Santeuil. Zola es condenado a un año de reclusión, casi en el mismo momento en que se descubre un documento falsificado por el coronel Henri, sustituto de Picquart al frente del contraespionaje. Henri, arrestado, terminará suicidándose (30 de agosto). El escándalo político alcanza mayores proporciones y obliga a admitir al jefe del Estado Mayor, el general Boisdeffre.

Julio: Mme. Proust es operada de un cáncer y tiene que permanecer más de dos meses en la clínica de la calle Bizet. Proust la acompaña luego a Trouville, donde pasa el verano.

Octubre: Viaja a Amsterdam para ver la exposición Rembrandt. Noviembre: Visita el museo Gustave Moreau, sobre el que escribe un artículo: «Notes sur le monde mystérieux de Gustave Moreau». A finales de mes aparece en L'Aurore un escrito exigiendo la libertad del coronel Picquart, arrestado desde hace cuatro meses: entre otras firmas, figura la de Proust.

1899

Mayo: Lectura del libro de Emile Male L'art religieux du XIII siécle en France, capital para el desarrollo del tema de las catedrales y para su profundización en las obras de John Ruskin, cuyo libro The Bible of Amiens empezará a traducir en diciembre, con la colaboración de su madre y de Marie Nordlinger. Las teorías de Ruskin le sirven de guía en su descubrimiento de la Edad Media cristiana, los primitivos italianos, el Renacimiento, y de ciudades como Venecia, Florencia, etcétera.

Junio: Conoce a quien se convertirá en uno de sus mayores amigos, Antoine Bibesco. Celebra con el coronel Picquart una

entrevista que le ha preparado Louis de Robert.

Verano: Pasa el final del verano en el Hotel Splendide de Évian, en Ginebra y en Thonon, estancias que inspiran páginas de Jean Santeuil como las que dedica al amor o la escena del beso rechazado, y cuyos paisajes pasarán a su novela definitiva.

Octubre: Lee, en la Bibliothéque Nationale, Las siete lámparas de la arquitectura, de Ruskin, autor sobre el que el director de La Revue de Paris le pide un artículo.

Diciembre: Empieza a escribir un ensayo sobre la catedral de Reims.

1900

20 de enero: Muerte de Ruskin, a quien Proust dedica una necrológica y, el 13 de febrero, un artículo, «Pélerinages ruskiniens en France», anunciando una serie de estudios sobre ese crítico de arte — que aparecerán durante el año y que reutilizará en su prólogo a la traducción La Bible d'Amiens.

1 de marzo: Tras varios avisos y advertencias para que regrese a su puesto en el Depósito Legal, se le da por dimitido.

Abril: A finales de mes viaja con su madre a Venecia, donde se encuentran con Reynaldo Hahn y Marie Nordlinger. Entre visita y visita a los monumentos, corrige con esta última las pruebas de la traducción de Ruskin, de quien lee «El reposo de San Marcos» en el baptisterio de esa basílica. En Padua visita la Cappella degli Scrovegni, donde queda sorprendido sobre todo por las figuras alegóricas de los Vicios y las Virtudes de los frescos de Giotto en Padua.

Verano: Breve estancia en Evian con su madre.

Octubre: Sus padres se trasladan del bulevar Malesherbes al número 45 de la elegante calle Courcelles, donde la familia vivirá hasta agosto de 1906; Proust, huyendo de la mudanza, vuelve solo a

Venecia. Poco antes ha conocido, a través de los Bibesco, a Bertrand de Fénelon, principal modelo de Saint-Loup. A su vuelta a París, visita la exposición de las Ninfeas, de Monet.

1901

Activa vida mundana durante el año, a pesar de las frecuentes crisis de asma, y de declararse por carta «siempre enfermo, sin placeres, sin objetivo, sin actividad, sin ambición, con mi vida acabada delante de mí, y el sentimiento del dolor que causo a mis padres». Intensa amistad con Antoine Bibesco, a quien confiesa su pasión por Bertrand de Fénelon. «Peregrinaciones» artísticas con ellos visitando catedrales.

10 de julio: El día de su cumpleaños dice a Léon Yeatman: «¡Hoy tengo treinta años, y aún no he hecho nada!».

7 de septiembre: Viaja con los Yeatman a Amiens y Abbeville.

Diciembre: Envía su traducción de La Bible d'Amiens de Ruskin a la editorial Ollendorff.

1902

Enero: Reanuda la escritura de Jean Santeuil, redactando algunos retratos, entre ellos los de Jacques de Réveillon y Bertrand de Réveillon, trasunto de Fénelon, sobre el que más tarde modelará el personaje de Saint-Loup.

30 de abril: Asiste al estreno de Peleas y Melisenda, de Debussy, compositor que más tarde ejercerá gran influencia sobre sus gustos musicales.

7 de junio: Con Bibesco y Fénelon acude a una representación de Tristán e Isolda, en el Château d'eau.

14 de julio: Muerte de Charles Haas, modelo principal de Charles Swann.

Septiembre: Estancia en Amboise y paso por la casa de los Daudet en Pray. Es una de las «peregrinaciones» artísticas del año, que le ha visto visitar varias catedrales francesas en compañía de Bibesco y Fénelon. Envía el ejemplar de la traducción de La Bible d'Amiens, rechazado por Ollendorff, a la editorial Mercure de France.

3 de octubre: Viaja con Bertrand de Fénelon a Holanda: Brujas, Amberes, Dordrecht, Rotterdam, Delft, Amsterdam, Haarlem, ciudades que dejarán su huella en A la busca del tiempo perdido. En La Haya contempla la Vista de Delft, de Vermeer, que se convierte para Proust desde ese momento en «el cuadro más bello del mundo».

Otoño-Invierno: Activa vida mundana y nocturna que provoca los reproches de su madre, Mme. Proust, por no dedicarse a su obra. En una carta del 6 de septiembre, Proust se duele de las difíciles relaciones con su madre, que sólo parece amarle cuando está enfermo.

6 de diciembre: Bertrand de Fénelon, que ha sido destinado a Constantinopla, le visita para despedirse: una frase de su amigo provoca la ira de Proust, que se lanza sobre él y desgarra y pisotea su sombrero —escena que pasa a La parte de Guermantes, con el Narrador y Charlus como protagonistas. Dos días más tarde le acompaña a la estación en "horas realmente desesperadas", según confiesa a su madre.

20 de diciembre: Carta a Antoine Bibesco sobre el despertar de su vocación de escritor.

Waldeck-Rousseau es sustituido en la presidencia del Consejo por Emile Combes, que prosigue la política anticlerical de su antecesor.

1903

2 de febrero: Matrimonio de su hermano Robert con Marthe Dubois-Amiot.

15 de febrero: En La Renaissance Latine aparecen fragmentos de su traducción de La Bible d'Amiens, de Ruskin: en los últimos tramos de ese trabajo le ayuda Robert d'Humiéres.

25 de febrero: Aparece en Le Figaro la primera crónica mundana de Proust, firmada con el seudónimo Dominique: Un salón historique. Le Salón de S. A. I. la princesse Mathilde». Le seguirán desde ese momento otras, como Le Salón de Mme. Lemaire. (11 de mayo), Le Salón de la princesse de Polignac. (6 de septiembre, con el seudónimo Horado), etcétera.

21 de abril: Excursión en automóvil con los hermanos Bibesco y el conde de Lauris a Laon, Senlis, Saint-Leu-d'Esserent y Coucy-le-Chateau. Desde la primavera, amplía su círculo de amigos con aristócratas como el duque de Guiche, el príncipe Léon Radziwill y el marqués Louis d'Albuféra, a cuya amante, la actriz Louise de Mornand, tratará de ayudar.

31 de agosto: Veraneo en Évian, con sus padres; antes visita Avallon, Vézelay y Dijon.

Septiembre-octubre: Desde Évian, viaje a Chamonix y a La mer de Glace con Albuféra y Louise de Mornand. Visita la iglesia de Brou en su camino de vuelta a París. Su amigo Constantin de Brancovan le ofrece la crítica teatral en La Renaissance Latine.

26 de noviembre: Una hemorragia cerebral acaba con la vida del doctor Adrien Proust, enterrado dos días más tarde en el Pére-Lachaise. Amor retrospectivo de Proust hacia la figura del padre.

Diciembre: Empujado por su madre y movido por ese amor retrospectivo, Proust se dedica a trabajar y corrige las pruebas de La Bible d'Amiens.

1904

4 de enero: Publica en Le Figaro «Le Salón de la comtesse d'Haussonville», que anuncia el salón de Guermantes; cuatro meses más tarde aparecerá el de la condesa Potocka (13 de mayo).

Finales de enero: Disputa con Constantin de Brancovan que, con la disculpa de la mala salud de Proust, le retira la crítica teatral prometida. Se reconciliarán en marzo.

Febrero: Empieza a traducir, ayudado por Marie Nordlinger, otro libro de Ruskin: Sésame et les lys en el momento en que la editorial Mercure de France publica (15 de febrero) su versión de La Bible d'Amiens, dedicada a la memoria de su padre.

13 de mayo: Encarga a Marie Nordlinger esculpir un medallón-busto para la tumba de su padre; la pieza, entregada en agosto, no será del agrado de Mme. Proust ni de su hijo, que sin embargo la colocarán sobre el sepulcro.

9 de agosto: Inicia un crucero en el yate del suegro de Robert de Billy para visitar las costas bretonas y normandas: Ouistreham, Cherburgo, Guernesey, Saint-Malo y Dinard, pero tiene que regresar a París tras un acceso de asma.

16 de agosto: Aparece en Le Figaro: «La muerte de las catedrales», breve ensayo recogido en Pastiches et Mélanges que aborda la actualidad política; el presidente Combes ha propuesto un decreto de ley sobre la separación de Iglesia y Estado, que pretende abolir el concordato napoleónico de 1801. Proust responde a un cuestionario de la revista Les Arts de la vie sobre esa separación: teme que, sin contribuciones económicas del Estado, las catedrales se transformen en museos privados de vida y de espiritualidad. Rechazo del clima anticlerical dominante en Francia.

Otoño-invierno: Consuela a Louise de Mornand, amante de su amigo Albuféra, que se casará en octubre aunque no por ello deje de mantener relaciones con la actriz. El asma, que le impide numerosas salidas —entre ellas a la boda de su amigo Albuféra—, le provoca varios accesos; consulta a distintos médicos y lee libros sobre su enfermedad. Se siente «muy desdichado en este momento, en todas

las formas, moral, física, intelectualmente», según escribe en octubre a Antoine Bibesco.

1905

Enero: Escribe un prólogo para Sésame et les lys libro cuya primera parte aparece, con el título «Les Trésors des rois», de marzo a mayo en Les Arts de la vie. En ese prólogo ya hay indicios de Contre Sainte-Beuve, en el apartado crítico, y de Por la parte de Swann por lo que atañe a los recuerdos infantiles.

7 de mayo: La serie de salones continúa con la publicación de «La Vie á Paris: la comtesse de Guerne», firmado por «Echo».

8 de junio: Escucha a un virtuoso del piano, Arthur Rubinstein (1886-1982). Nota para el prefacio de Sésame et les lys, capital porque de ella se trasluce la estructura de A la busca del tiempo perdido.

15 de junio: Publica «Sur la lecture», prólogo a esa traducción de Ruskin, que terminará adoptando el título definitivo, en Pastiches et Mélanges y de «Journées de lecture»: en él relaciona la lectura con el tema de la memoria y evoca lecturas infantiles que anuncian el ambiente de «Combray». Visita la exposición de Whistler, futuro modelo de Elstir.

9 de julio: Manda a su madre a Neuilly para tener noticias de la salud de Gabriel de Yturri —que ha muerto el 6—, secretario de Montesquiou, a quien Proust dedica en agosto el artículo: «Un professeur de beauté».

Verano: Relee a Homero.

Septiembre: Se traslada a Évian para veranear con su madre, que dos horas después de su llegada sufre una crisis de uremia —como la abuela del Narrador— que la obliga a regresar a París.

26 de septiembre: Muerte de Mme. Proust. «Se lleva mi vida con ella», escribe su hijo a Anna de Noailles.

30 de septiembre: Muerte de Charles Ephrussi, otro de los modelos de Swann.

3 de diciembre: Cumpliendo una promesa hecha a su madre, Proust ingresa en el sanatorio del Dr. Sollier, en Boulogne-Billancourt, donde permanecerá seis semanas —etapa que encontrará cabida en El tiempo recobrado.

1906

24 ó 25 de enero: Deja el sanatorio y regresa «increíblemente malo» a casa, pero hasta marzo no consigue recuperar la normalidad y levantarse de la cama. Muy abatido, corrige pruebas de Sésame et les lys que terminará publicándose el 12 de mayo en la editorial Mercure de France.

5 de mayo: Reseña de Les Pierres de Venisey de Ruskin, traducido por Mme. Crémieux, pariente de Proust.

Junio: Tras la ausencia definitiva de la madre, Proust empieza a cumplir su horario «ideal»: dormir de día y vivir de noche, que mantendrá hasta el final de su vida.

12 de junio: Sentencia definitiva del caso Dreyfus, que reconoce la inocencia del capitán Alfred Dreyfus y del coronel Picquart. Rehabilitados ambos, el primero alcanzará el grado de mayor; Picquart terminará convirtiéndose en general y en Ministro de Guerra.

6 de agosto-finales de diciembre: Se muda provisionalmente al Hotel des Réservoirs, en Versalles; durante esos cinco meses, pasados en soledad casi completa, hará algún breve viaje a París. El 7 de agosto muere su tío Georges Weil, de uremia, la misma enfermedad que su hermana, la madre de Proust; demasiado enfermo, no puede asistir al entierro.

Septiembre: En Versalles le visita René Peter, autor de teatro y amigo de Debussy, de quien será biógrafo; Proust le propone la escritura de una pieza de teatro sobre la perversión sexual, tema semejante al de su relato Confesión de una joven, y al contenido de la escena entre Mlle. Vinteuil y su amiga en Montjouvain (Por la parte de Swann).

Octubre: Alquila a la viuda de su tío Weil el piso del número 102 del bulevar Haussmann, del que Proust es parcialmente propietario como heredero de su tío; no le gusta, pero «es el único que he podido encontrar que Mamá conocía», porque no se siente con valor para vivir en una casa que Mme. Proust no hubiese visto; se instala en el bulevar Haussmann el 27 de diciembre. Lectura de novelistas ingleses como Emily Bronté, Thomas Hardy y Dickens, además de Alexandre Dumas.

1907

Durante el año, Proust reanuda su trabajo; numerosas páginas de sus artículos de este período dejan su texto en A la busca del tiempo perdido. Comienza además, en fecha indeterminada de este año, Contre Sainte-Beuve.

24 de enero: Henri van Blarenberghe, conocido de la familia Proust, mata a su madre y se suicida; una semana más tarde Proust publica el reportaje Sentimientos filiales de un parricida, en Le Figaro, cuyo redactor jefe, Cardane, elimina el final por parecerle una «verdadera apología del matricidio».

Marzo: Contrata a Nicolás Cottin como ayuda de cámara, a pesar de las prevenciones que contra ese criado tenía su padre.

20 de marzo: Aparece en Le Figaro el artículo-ensayo «Journées de lecture» sobre las memorias de la condesa de Boigne —modelo para Mme. de Beausergent sobre todo—: Proust repetirá varios fragmentos

en su novela, por ejemplo en la escena del teléfono de La parte de Guermantes.

Abril: «Afecto» en «progreso vivo y dulce» por Illán de Casa-Fuerte, cuya candidatura al Cercle de L'Union apoya.

El día 11 muere el barón Doazan, uno de los modelos «confesados» del barón de Charlus. Ese mismo día, asiste al Baile de Beatriz de Este, dirigido por Reynaldo Hahn en casa de la princesa de Polignac: «¡Cuánto ha envejecido la gente que conocí!»: esas impresiones terminarán encontrando un espacio en El tiempo recobrado.

Mayo: Contrata a Céline Cottin, algunos de cuyos rasgos servirán para componer el personaje de Françoise, la criada de la familia del Narrador.

Agosto: Veraneo en Cabourg, que hasta 1914 será el lugar de sus vacaciones anuales. Hace excursiones en automóvil a Trouville, Bayeux, Caen, Balleroy, Dives, Pont-Audemer, Évreux, Conches…, lugares y sobre todo iglesias cuya descripción ocupará un sitio en su novela. Visita a finales de mes a Vuillard, uno de los modelos de Elstir. Su chófer en esas excursiones, de las que saldrá el artículo «Impressions de route en automobile». (Le Figaro, 19 de noviembre), es Alfred Agostinelli. Partes de ese artículo encuentran cabida en Por la parte de Swann (los campanarios de Martinville) y en La prisionera (sobre Wagner).

Septiembre: Durante una visita a la casa de los Straus en Trouville, su amigo Robert Dreyfus le habla del caso Eulenburg, que escandaliza a la buena aristocracia europea con sus costumbres homosexuales.

26 de diciembre: Artículo necrológico con la sigla «D» para Gustave Borda, amigo que fue padrino suyo en el duelo con Jean Lorrain.

1908

Trabaja durante el año en dos obras informes: en los «pastiches» y en Contre Sainte-Beuve: muchas de sus páginas pasarán a formar parte de A la busca del tiempo perdido.

9 de enero: Estalla el caso Lemoine, ingeniero que había conseguido estafar al presidente de la firma De Beers con su presunto descubrimiento de un método infalible para fabricar diamantes. El caso le sugiere la idea de hacer «pastiches», imitaciones del estilo de escritores como Balzac, Goncourt, Michelet, Faguet (que formarán la primera serie, publicada en Le Figaro el 22 de enero), Chateaubriand, Ruskin, Renán, Flaubert, etc., hasta 1919, fecha en la que su pastiche sobre Saint-Simon concluye su dedicación a ese género literario.

Marzo: Nueva serie de quince pastiches en Le Figaro.

21 de abril: En una carta a Albuféra afirma que va a «empezar un trabajo importantísimo». En mayo, en otra carta al mismo hace una lista de trabajos a los que va a dedicarse o tiene en el telar: «Un estudio sobre la nobleza / una novela parisiense / un ensayo sobre Sainte-Beuve y Flaubert / un ensayo sobre las mujeres / un ensayo sobre la Pederastia (no fácil de publicar) / un estudio sobre los vitrales / un estudio sobre las piedras tumbales / un estudio sobre la novela»…

Verano: Vida mundana en Cabourg, adonde se ha trasladado el 18 de julio. En agosto conoce, a través de Louise de Mornand y su nuevo amante Robert de Gangnat, a Gastón Gallimard, su futuro editor. En agosto, en el Cahier de 1908 hace una lista de «páginas escritas»: de hecho, en ellas hay esbozos de personajes y episodios que más tarde figurarán en A la busca del tiempo perdido. Proust habla de «relación» con Marcel Plantevignes, con quien acudirá en septiembre a una sesión de cine.

Septiembre: A finales de mes se instala en el Hotel des Réservoirs de Versalles; contrata de nuevo a Agostinelli.

Noviembre: A principios de mes regresa a París.

Diciembre: Pide consejo a Mme. de Noailles y al conde de Lauris sobre la forma que debe dar a un trabajo sobre Sainte-Beuve, que

califica de «mi novela sobre Sainte-Beuve»: una especie de «teoría de la literatura» y un ataque al método crítico psicológico-biográfico de ese teórico, para el que viene recogiendo notas; empieza a redactarlo. Lectura de las Mémoires de Saint-Simon.

1909

Durante el año, el «estudio» crítico sobre Sainte-Beuve —pide a Lauris que le deje los siete volúmenes de Port-Royal— irá convirtiéndose en novela, al tiempo que abandona la idea inicial de ensayo metodológico y estético. Muy enfermo desde primeros de año, conoce a Albert Nahmias, al que empieza utilizando como secretario.

6 de marzo: Publicación de un pastiche sobre Régnier, el último de los que recogerá en volumen; se lo propone a varios editores (Mercure de France, Calmann-Lévy, Fasquelle), que rechazan su publicación.

23 de mayo: En una carta pregunta a Lauris si la familia de «Guermantes» está extinguida, con vistas a utilizar ese apellido.

Junio: Definitivamente, Proust convierte en novela su estudio, que está concluyendo con el título provisional de Contre Sainte-Beuve. Souvenir d'une matinée, «una verdadera novela y una novela extremadamente impúdica en ciertas páginas», según escribe a mediados de agosto al director de Mercure de France, Alfred Vallette, que rechaza el proyecto; también fracasa su intento de publicarla en folletón en Le Figaro.

15 de agosto: Veraneo en Cabourg, de donde regresará a finales de septiembre para evitarse las molestias de las obras que se hacen en el Grand-Hôtel.

Noviembre: Hace pasar a máquina los tres cuadernos del principio de «Combray», que lee a Reynaldo Hahn y a Lauris, a quien devuelve los volúmenes de Port Royaly de Sainte-Beuve, y a quien pide el libro de Émile Male sobre el arte religioso de finales de la Edad Media,

clave para las primeras páginas de Por la parte de Swann. A finales de mes, piensa que su obra constará de tres volúmenes. Envía esa primera parte, «Combray», a Le Figaro y que no le contesta.

1910

Año de trabajo intenso, de reescritura de «Combray», de preocupaciones económicas ficticias. De lecturas de Stendhal (La cartuja de Parma) y de Los ojos azules y de Thomas Hardy, novelista inglés del que hablará en La prisionera.

12 de enero: Muerte de Mme. Arman de Caillavet, cuyo salón había frecuentado y a cuyo hijo Gastón y a su esposa le había unido una gran amistad. Pide a Simone de Caillavet, hija de ese matrimonio, una fotografía suya y otra de su madre, de la que confiesa haber estado enamorado, porque «mi memoria fatigada por los estupefacientes tiene tales fallos que me son muy valiosas las fotografías».

4 de junio: Asiste, entusiasmado, a varias representaciones de los Ballets rusos de Diaghilev, con Nijinski como primer bailarín.

11 de julio: A la una de la mañana se presenta en Le Figaro para recuperar el manuscrito de «Combray» enviado el año anterior para su publicación en folletón.

17 de julio: Comienza su veraneo en Cabourg.

Octubre: Regresa a París a principios de mes; por consejo de Anna de Noailles, tapiza las paredes de su cuarto de corcho.

Noviembre-diciembre: Escritura de distintos cuadernos como complemento al texto ya escrito de «Combray»; continuación de «Un amor de Swann» y «En torno a Mme. Swann», donde aparecen por primera vez los nombres de Albertine y Elstir.

1911

Precaria situación física por el asma, que le impide seguir la vida musical: se hace instalar en casa un teatrófono, aparato recién inventado que permitía escuchar por teléfono, en directo, las representaciones musicales o teatrales. Durante este año, deja a un lado Contre Sainte-Beuve y trabaja en la primera versión de su futura novela, que divide en dos partes con los títulos de El tiempo perdido y El tiempo recobrado.

20 de febrero: Oye en casa, a través del teatrófono, un acto de Los Maestros cantores. Pocos días después le llega, desde la Opéra-Comique, el sonido de Peleas y Melisenda, «encantadora revelación» sobre la que hablará en Sodoma y Gomorra y en La prisionera, y sobre cuyo libreto hará un pastiche que aparecerá después de su muerte. Escribe a su amigo Lauris: «Ya no duermo, ni como, ni trabajo. Hay además otras muchas cosas que no hago, pero éstas hace ya mucho tiempo». Marzo: Reanuda su amistad con Louis de Robert, novelista enfermo con quien se identifica, y cuya novela psicológica Román du malade merecerá grandes elogios de Proust. La correspondencia que a partir de ese momento entablan ambos convierte a Louis de Robert, al que Proust calificaría de «primer amigo de Swann», en el escritor más cercano a la génesis de su novela.

21 de mayo: Asiste en compañía de Montesquiou a la representación de Le Martyre de Saint-Sébastien y con libreto de D'Annunzio —que le aburre— y música de Debussy, floja, a pesar de agradarle en líneas generales; le impresiona la belleza andrógina de la protagonista, Ida Rubinstein.

11 de julio: Parte para Cabourg, donde pasará tres meses, con Robert Nahmias como secretario. Contrata a Miss Cecilia Hayward, empleada del hotel, para mecanografiar el manuscrito de su novela, titulado en ese momento Les Intermittences du coeur y le temps perdu.

Finales de septiembre: Regresa a París, con el primero de los dos volúmenes que prevé para su novela mecanografiado.

15 de noviembre: En Beauvais muere su tía abuela materna, Amélie Bercanstel, Mme. Baruch Weil.

5 de diciembre: Visita la exposición de pintura china en la galería Durand-Ruel, donde conoce a Georges Rodier, un diletante acaudalado que servirá de modelo a Legrandin.

Finales de año: Una especulación poco afortunada en la Bolsa le hace sentirse arruinado; pese a las pérdidas, su situación financiera y su patrimonio están muy lejos de la ruina.

1912

Enero: Entrega a su mecanógrafa, miss Hayward, la segunda parte de El tiempo perdido. A lo largo del año, mientras Proust comienza a pasar a limpio sus cuadernos de La parte de Guermantes y seguirá enviándole nuevos textos.

Febrero-Marzo: Nueva pérdida de dinero, 40.000 francos, en especulaciones en la Bolsa.

Marzo-septiembre: Aparición en Le Figaro de fragmentos de la futura novela, titulados por el periódico: «Au seuil du printemps: Épines blanches, épines roses». (12 de marzo), «Un rayón de soleil sur le balcón». (4 de junio) y «L'église de village». (3 de septiembre).

Solicita de Gastón Calmette, director de Le Figaro, apoyo para publicar el libro ante el editor Fasquelle, a quien el 28 de octubre envía la mecanografía del primer tomo, El tiempo perdido, todavía bajo el título general de Les Intermittences du coeur.

Empieza a pensar en La Nouvelle Revue Française, administrada por Gallimard, como nueva posibilidad editorial.

7 de agosto: Parte para Cabourg, pero este año apenas pasará dos meses de vacaciones. El 1 de octubre asiste a una representación de Hérodiade y de Massenet.

Noviembre: Escribe a Gallimard, a quien ha conocido en 1908, tres cartas: la novela consta en ese momento de tres volúmenes: El tiempo perdido y cuyo texto mecanografiado le envía; un segundo tomo, A la sombra de las muchachas en flor y un tercero, El tiempo recobrado. Por indicación del lector de la editorial, André Gide, que critica el estilo florido y analítico de Proust, a quien considera «un esnob, un mundano aficionado», Gallimard rechaza su edición. Corre la misma suerte un fragmento que Proust había entregado a Jacques Copeau para su publicación en la revista de la editorial, La Nouvelle Revue Française.

24 de diciembre: El editor Fasquelle también rechaza la novela.

Carta de Proust a Louis de Robert para que proponga al editor Ollendorff la publicación, a costa del autor, del libro. Pocos días más tarde, envía al editor el texto mecanografiado.

1913

Raymond Poincaré sustituye en la presidencia de la República a Failléres; ocupará ese cargo hasta 1920.

Durante este año, en el que por fin aparece el primer tomo de A la busca del tiempo perdido, y en el que Proust hace mecanografiar La parte de Guermantes, se produce un hecho capital: la reaparición de Alfred Agostinelli, a quien Proust acoge, como secretario y mecanógrafo, en el bulevar Haussmann, junto a Anna, su presunta esposa. La pasión de Proust por Agostinelli, sazonada de angustias, ansiedades y celos, presta varios episodios reales a los amores de Albertine y del Narrador en La prisionera y La fugitiva.

Mediados de febrero: El director de Ollendorff, Humblot, le devuelve su original: «No puedo comprender que un señor pueda emplear treinta páginas para describir cómo da vueltas y más vueltas en la cama antes de encontrar el sueño».

Pide a René Blum, hermano de Léon, condiscípulo suyo del Liceo Condorcet, que proponga al editor Bernard Grasset la edición de su libro, a costa del autor. El 24 de febrero envía el manuscrito a Grasset, quien más tarde declarará haber aceptado la propuesta sin leer el manuscrito.

11 de marzo: Firma del contrato con Grasset para publicar la novela en dos volúmenes, de «unas 650 páginas cada uno». Pero el proyecto no tarda en contemplar tres: Por la parte de Swann, La parte de Guermantes, El tiempo recobrado.

25 de marzo: Aparece en Le Figuro un fragmento sacado de Por la parte de Swann y de La parte de Guermantes: «Vacances de Paques».

31 de marzo: Recibe las pruebas de Por la parte de Swann.

Abril: Escucha la Sonata para piano y violín de César Franck, tocada por Enesco, una de las fuentes de la Sonata de Vinteuil. A finales de mes, nuevas especulaciones en Bolsa le ocasionan cuantiosas pérdidas de dinero.

Mayo: Intensa vida musical durante el mes.

15 de mayo: Asiste a una representación de Ballets rusos en el teatro de los Champs-Elysées, donde se encuentra con Mme, Scheikévitch, que le hace pensar en «une colombe poignardée» y expresión que retiene como posible título para la segunda parte de la novela. El día 17 asiste, a una función de L'apres-midi dun faune, bailado por Nijinski en los Ballets rusos. El 20, al estreno de La Consagración de la primavera, de Stravinski, con quien cena luego en compañía de Cocteau. El 22, a una representación de Boris Godunov.

Mediados de mayo: Adopta el título definitivo de À la recherche du temps perdu. A finales de mes devuelve las primeras pruebas corregidas: «No queda una línea de cada veinte del texto primitivo (sustituido además por otro)». De finales de mayo al 27 de octubre, corregirá cinco juegos de pruebas.

Finales de mayo: Agostinelli y «señora» se instalan en el bulevar Haussmann.

26 de julio: Parte repentinamente para Cabourg con Agostinelli y Anna.

4 de agosto: Regresa a París, también repentinamente, tras una excursión a Houlgate, y sin pasar siquiera por el hotel, acompañado por Agostinelli: crisis amorosa —reflejada por la del Narrador y Albertine en Sodoma y Gomorra II.

Septiembre: Problemas financieros que se suman a un estado físico lamentable; asegura haber perdido treinta kilos.

8 de noviembre: En el último momento, justo antes de proceder a la tirada, tiene que suprimir dos capítulos: «En torno a Mme. Swann» y «Nombres de países: el país» de Por la parte de Swann y cambiar el final.

14 de noviembre: Aparición de Por la parte de Swann en librerías. En distintas publicaciones aparecen fragmentos. El día antes, firmada por Élie-Joseph Bois, ha aparecido en Le Temps una entrevista con Proust, redactada casi en su totalidad por el novelista, que explica la estructura compleja de su obra.

23 de noviembre: Céline Cottin es operada en el hospital Broca por Robert Proust. Marcel contrata temporalmente a Céleste Albaret para llevar a domicilio los ejemplares dedicados.

Noviembre-diciembre: Aparecen artículos elogiosos de amigos (Léon Daudet, Robert Dreyfus, Jean Cocteau), además de una crítica «detestable» de Paul Souday, crítico titular de Le Temps.

1 de diciembre: Agostinelli, que había empezado a estudiar pilotaje de aviones en Buc, en los alrededores de París, se marcha a Antibes. Las cartas que intercambian serán trasladadas, con escasas variantes, a La fugitiva. Nahmias viaja a Niza para ofrecer al padre de Agostinelli, de parte de Proust, una renta si consiguen convencerle para que regrese a París. Fracaso de la gestión de Nahmias.

1914

«Este año espantoso», según escribe el 31 de diciembre a Mme. Catusse, está presidido por la desesperación ante la fuga primero y luego muerte de Agostinelli; ante las críticas negativas que aparecen sobre A la busca del tiempo perdido; ante el inicio de la guerra —28 de junio—: asesinato en Sarajevo del emperador Francisco José; Alemania declara la guerra a Francia el 3 de agosto, que altera sus costumbres y va privándole de su hermano y de sus amigos, llamados a filas; algunos de los más queridos —Bertrand de Fénelon, sobre todo — morirán en la contienda. Proust es dado de baja, debido a su precaria salud, por el Ejército. Durante el primer semestre trabaja en Sodoma y Gomorra y en La fugitiva, pero Grasset, movilizado, tendrá que posponer la publicación de La parte de Guermantes y en ese momento segundo volumen del proyecto.

1 de enero: «Soy tan desdichado y estoy tan enfermo que no tengo valor para levantarme», escribe a Jacques Copeau.

2 de enero: Carta de André Gide admitiendo el «error más grave de la NRF», del que se siente responsable —excusas que la carta suaviza respecto al borrador conservado—, por haber rechazado la novela de Proust.

16 de marzo: Calmette, director de Le Figaroy a quien está dedicado el primer volumen de A la busca del tiempo perdidoy es asesinado de un tiro en su despacho por la esposa de Joseph Caillaux, ministro de Finanzas. 20 de marzo: Como hace dos meses Fasquelle, la N. R. F. se declara dispuesta a publicar los siguientes volúmenes de la novela.

30 de mayo: Carta de Proust a Agostinelli en la que le comunica que le ha comprado un avión por 27.000 francos, en el que hará grabar el soneto del «Cisne», de Mallarmé. Ese mismo día, Agostinelli, inscrito con el nombre de Marcel Swann en la escuela de pilotaje de los hermanos Garbero de Antibes, cae con su aparato al mar y se ahoga.

1 de junio y 1 de julio: La Nouvelle Revue Française publica fragmentos inéditos de La parte de Guermantes, que terminarán

incorporándose a A la sombra de las muchachas en flor.

6 de junio: Recibe pruebas del segundo volumen de su novela; su dolor por la muerte de Agostinelli y su salud física le impiden corregirlas.

7 de junio: Unos pescadores encuentran el cuerpo de Agostinelli.

2 de agosto: Acompaña a la estación a su hermano Robert, movilizado como médico. También son llamados a filas su mecánico Odilon Albaret y su ayuda de cámara Nicolás Cottin. Céleste Albaret se instala en casa de Proust.

3 de septiembre: Parte para la que será su última estancia en Cabourg; le acompañan Céleste y un ayuda de cámara sueco, Ernest Forssgren, el único que ha encontrado en un París despoblado de jóvenes por la guerra. Empieza a mitigarse el dolor por la muerte de Agostinelli, bajo cuyo impacto ha escrito el primer borrador de La fugitiva.

13 de octubre: Regresa a París; se separa de Forssgren, llamado a filas en su país. Adopta una vida de recluso y empieza dándose de baja en el abono telefónico.

17 de diciembre: Desaparición —y muerte— en el frente de Bertrand de Fénelon.

1915

Proust dedica este año a reestructurar, repensar y reescribir su novela, a la que somete a profundos cambios de estructura: los tres tomos iniciales se convertirán en siete títulos. Su vida social, dada la situación bélica, ha sustituido los antiguos salones mundanos por el restaurante del Hotel Ritz. Las cartas a sus amigos dan cuenta de la marcha de su trabajo, de la aparición de distintos personajes, de la invención de episodios como la historia resumida de Albertine o el matrimonio del joven Cambremer. En una carta-dedicatoria de un

ejemplar de Por la parte de Swann a Mme. Scheikévitch esboza los elementos claves de Sodoma y Gomorra, La prisionera y La fugitiva.

Marzo: «Es verdad que Boche no figura en mi vocabulario y que las cosas no me parecen tan claras como a ciertas personas…», escribe en una carta a Lucien Daudet.

15 de marzo: Anuncio oficial de la muerte de Fénelon.

13 de mayo: Muerte en el frente de otro amigo muy querido, Robert d'Humiéres.

Septiembre: Tras numerosas visitas a médicos del ejército, sigue siendo dado de baja por enfermedad.

1916

El hecho más importante del año es el cambio de editor, tras duras negociaciones con Grasset, enfermo en Suiza. Lectura de Tallemant des Réaux y de Las mil y una noches, que aparecerán como referentes en La prisionera y en El tiempo recobrado. La guerra irrumpe en la novela, con el barón de Charlus por eje.

25 de febrero: Visita de André Gide con la propuesta formal de Gallimard para editar su novela en la N. R. F.

Primavera: Regresa del domicilio de Francis Jammes a su casa por la noche, a pie y en medio de los obuses. Reanuda cierta vida social, recuperando viejas amistades como Jean Cocteau, Lacretelle, las princesas de Polignac, de Murat y Soutzo, y conociendo nuevas, como Paul Morand. Viaja hasta Versalles para oír una nueva ópera de Reynaldo Hahn.

Visitas a Albert Le Cuziat, antiguo ayuda de cámara de distintos aristócratas, dueño ahora de una casa de prostitución para homosexuales, a quien Proust utiliza como informador de las costumbres sexuales de la alta sociedad; también acude a esa «casa

de baños» de la calle de L'Arcade, para cuya decoración Proust regaló a su dueño varios muebles familiares.

29 de agosto: Tras numerosas cartas, Grasset le escribe: «Renuncio a publicar el segundo volumen», dejando a Proust en libertad para editarlo con Gallimard.

Noviembre: Invita al cuarteto Poulet a dar un concierto en su casa, con Proust como único oyente. A partir de ese momento, repetirá ese tipo de conciertos domésticos para oír música de Franck, Debussy, Fauré, Ravel, Schumann, los últimos cuartetos de Beethoven, Mozart…

1917

Durante el año, Proust trabaja en El tiempo recobrado, para el que utiliza los acontecimientos bélicos del período. Sus salidas mundanas —cenas, entrevistas— cobran mayor intensidad a la busca de datos para su novela, cuya conclusión ve cercana. Refuerza sus lazos de amistad y de vida social con la princesa Soutzo —con la que cena varias veces a la semana en el Ritz— y con quien luego habría de ser su marido, Paul Morand, que le informa de la situación diplomática referida a la guerra. Por orden de Proust, Céleste quema a lo largo del año treinta y dos cuadernos escritos con anterioridad a 1914, probablemente los borradores del tomo I de su viejo proyecto narrativo.

1 de enero: «Al hacerme el "favor" de enviarme esta notita, manifiesta usted por mí, en este triste 1 de enero, "dulzura"». (Carta a Paul Morand).

12 de abril: Ve por última vez a Emmanuel Bibesco, con el rostro deformado por la parálisis: se suicidará en Londres el 22 de agosto. Abril-junio: Frecuente asistencia a cenas y actos sociales —con Cocteau, Mme. de Chevigné, la princesa Soutzo, Morand, Pierre de Polignac— según el diario del abate Mugnier.

Mayo: Escribe sobre Dostoyevsky páginas que incluirá en La prisionera. 28 de julio: Tras la cena, se produce una alarma aérea y Proust contempla desde un balcón del Ritz un raid de la aviación alemana sobre París, que compara con un cuadro del Greco: «Me he puesto al balcón y me he quedado más de una hora viendo ese apocalipsis admirable donde los aviones que subían y bajaban venían a completar o a deshacer las constelaciones». La escena pasará a El tiempo recobrado.

Verano: Según Céleste Albaret, más o menos por la época en que Bibesco se suicida en Londres (22 de agosto), Proust permanece inerte y «como muerto» dos días, sin dar ninguna señal de vida.

13 de octubre: Paul Morand es nombrado embajador de Francia en Roma.

Pruebas de A la sombra de las muchachas en flor, que no devolverá a la imprenta porque los tipógrafos han sido llamados a filas. Gallimard prepara una nueva edición de Por la parte de Swann, que no aparecerá hasta 1919, con correcciones y algún desplazamiento de textos.

Noviembre: Trata de vender muebles y hermosos tapices y alfombras heredadas de su padre para pagar los intereses de un préstamo contraído en 1911.

31 de diciembre: Acompaña a dos soldados americanos en su búsqueda del hotel Bedford, en una larga caminata nocturna que pasa a su novela.

1918

Durante este año en el que corrige pruebas de A la sombra de las muchachas en flor y avanza en el texto definitivo de la novela, lleva una activa vida social, relacionándose sobre todo con amistades como la princesa Murat, el duque de Guiche, Thérése d'Hinnisdael, los

Gramont, el abate Mugnier, la princesa Soutzo y Paul Morand, la condesa de Noailles, Francis Jammes, la condesa de Pourtalés, la duquesa de Clermont, los Daudet, la duquesa de Clermont-Tonnerre…

30 de enero: Paseo bajo un raid de aviones alemanes que bombardean París. A primeros de año contrata a un nuevo secretario, un joven suizo llamado Henri Rochat, que permanecerá a su servicio dos años.

Abril: Sufre una parálisis facial y afasia que le inducen a pedir al doctor Babinski que le haga una trepanotomía, a lo que el médico se niega.

10 de abril: Acepta prologar el libro De David à Degas —primer volumen de Propos du peintre—, de Jacques-Emile Blanche, que lo dedica a Proust; aparecerá en marzo del año siguiente. Pocos días después recibe las pruebas de A la sombra de las muchachas en flor.

20 de abril: Carta-dedicatoria a su amigo Jacques de Lacretelle, en la que habla sobre los personajes: «No hay claves para los personajes de este libro o bien hay ocho o diez para uno solo […] Decididamente la realidad se reproduce por división como los infusorios tanto como por amalgama».

Duras negociaciones desde primavera a verano con Grasset para rescatar el primer volumen, y pasar ese título a Gallimard, con quien en junio Proust pacta recoger y publicar en un volumen sus pastiches sobre el affaire Lemoine, así como artículos y prólogos de su etapa de periodista de sociedad.

Septiembre: Regreso del frente de su hermano Robert, herido en un accidente de automóvil.

11 de noviembre: Firma del armisticio que pone fin a la guerra; a Proust le parece que la paz ha sido «milagrosa y vertiginosa», y en una carta a Mme. Straus emite su opinión: «Prefiero a todas las paces las que no dejan rencor en el corazón de nadie. Pero dado que no se trata de una de esas paces, desde el momento en que lega el deseo de venganza, tal vez hubiese sido bueno hacerla imposible de ejercer».

30 de noviembre: Termina de imprimirse À L'ombre des jeunes filles en fleurs, en un volumen de cuatrocientas cuarenta y tres páginas; pero no se pondrá a la venta hasta junio del año siguiente. Pocos días después, Proust rectifica el proyecto de su novela, que ahora consta de seis volúmenes, tras el añadido de un Sodoma y Gomorra III.

1919

Año de mudanzas obligadas de domicilio, de aparición del segundo tomo de su novela y de Pastiches et Mélanges, y de la consecución del premio Goncourt, que sumerge a Proust en una actividad social intensa, con entrevistas y declaraciones en la prensa, a la vez que le tranquiliza sobre la calidad de su trabajo: su nombre empieza a llegar al resto de Francia. A lo largo del año, corregirá pruebas de La parte de Guermantes.

Enero: Su tía Weil vende el inmueble del bulevar Haussmann a un banco y Proust moviliza a sus amistades para que le busquen un nuevo piso.

Marzo: Nuevos problemas de afasia. Aparece De David a Degas, de J.-É. Blanche, con prólogo de Proust.

30 de mayo: Se traslada provisionalmente al 8 bis de la calle Laurent-Pichat, un palacete propiedad de la actriz Réjane, con cuyo hijo Jacques Porel, mantiene Proust relaciones casi familiares. Le resulta una vivienda demasiado ruidosa y excesivamente cercana al Bois de Boulogne, cuyos pólenes perjudican su asma.

Junio: Salen a la venta, casi simultáneamente A la sombra de las muchachas en flor y Pastiches et Mélanges, así como una reedición de Por la parte de Swann, en Gallimard; mantiene con el editor una áspera correspondencia sobre publicidad, distribución, correcciones…

28 de junio: Firma del tratado de paz de Versalles.

19 de julio: Varios amigos de Proust —Jammes, Halévy, Maurras, Bourget, Maritain— firman el manifiesto «Por un partido de la inteligencia», de carácter nacionalista, en el que abogan por una Francia que dirija la marcha de la cultura. En carta a Jacques Riviére, Proust se opone a cualquier idea nacionalista como rectora en ese campo.

15 de agosto: Se declara dispuesto a presentar su reciente novela al premio Goncourt.

1 de octubre. Con intención de provisionalidad, se traslada a un piso amueblado, en la quinta planta del número 44 de la calle Hamelin, cerca del Trocadéro; será su última morada.

10 de diciembre: A la sombra de las muchachas en flor recibe el premio Goncourt gracias a las presiones de sus amigos, en especial de Léon Daudet, frente a una novela de Roland Dorgelés, Croix de bois, sobre la reciente guerra mundial. Ataques al jurado por parte de la prensa por no haber galardonado el libro de un antiguo combatiente.

1920

Paul Deschanel sustituye en febrero a Poincaré en la presidencia de la República, cargo del que tendrá que dimitir en septiembre, y que pasa a ocupar Alexandre Millerand (1920-1924). La salud de Proust se deteriora, mientras va obsesionándole la idea de la muerte: el desgaste de sus ojos lo lleva a la consulta de un oculista: tendrá que usar gafas, que sólo se pondrá en casa. A fin de año, sufre una otitis.

1 de enero: Aparición en La Nouvelle Revue Française de su artículo «A propos du "style" de Flaubert», que había empezado a escribir en 1909; artículo capital para penetrar en la concepción proustiana de la crítica.

Febrero: Extenuado, insomne, Proust demora la corrección de pruebas de La parte de Guermantes. Gallimard contrata al poeta

André Bretón para que realice ese trabajo, que cumplió con no demasiada aplicación. Para no retrasar la edición, Gallimard le propone dividir el libro en dos tomos, lo cual obliga a Proust a retocar el texto.

20 de marzo: Su amigo Pierre de Polignac se casa con Mlle. de Valentinois, hija adoptiva del príncipe de Monaco, que inspira a Proust una carta irónica a su amigo y unas páginas burlonas en La parte de Guermantes, donde aparecerá como conde de Nassau, heredero del gran ducado de Luxemburgo.

4 de mayo: Asiste a una representación de los Ballets rusos.

14 de mayo: Asiste al ensayo general de Antonio y Cleopatra, de Shakespeare, en versión de André Gide: durante el descanso le llega la noticia de la muerte de Réjane, uno de los modelos de la Berma, y corre a consolar a su hijo, Jacques Porel.

23 de septiembre: Recibe el nombramiento de caballero de la Legión de Honor. Su amigo Jean Béraud le regala la cruz, engastada en brillantes.

30 de septiembre: Como jurado del premio Blumenthal, presiona para que le sea concedido a su amigo Jacques Riviére.

Finales de octubre: Aparece Le Cote de Guermantes /.

15 de noviembre: En la Revue de Paris publica un artículo elogioso sobre Paul Morand, que éste utilizará en marzo del año siguiente como prólogo a su libro Tendres Stocks. En él, Proust presagia ya su próxima muerte: «Una extranjera ha elegido domicilio en mi cerebro».

1921

Aparición a lo largo del año de extractos de su obra inédita en revistas.

1 de enero: La Nouvelle Revue Française publica Une agonie, fragmentos en que se describe la muerte de la abuela.

2 de enero: Carta a Gallimard anunciándole nuevos cambios en el proyecto, al que aún le faltan seis volúmenes: La parte de Guermantes II, Sodoma y Gomorra I, Sodoma II, Sodoma III, Sodoma IV y El tiempo recobrado. Pocos días más tarde envía al editor el manuscrito de Sodoma.

1 de febrero: Aparece en La Nouvelle Revue Française un extracto: «Un baiser», que narra la primera visita de Albertine.

26 de febrero: La Revue Hebdomadaire publica el fragmento «Une soirée de brouillard», que narra la cena de Saint-Loup con el Narrador.

2 de mayo: Sale a librerías La parte de Guermantes, Sodoma y Gomorra I, en un solo volumen.

Finales de mayo: Tras leer un artículo de Vaudoyer sobre la exposición de pintura holandesa, va con ese amigo a visitarla; cuando está contemplando la Vista de Delft de Vermeer sufre un desmayo y una crisis de vértigo y se cree a las puertas de la muerte. Su salud empeora; por primera vez piensa que no le queda tiempo para terminar A la busca del tiempo perdido.

Ruptura de relaciones de dos antiguas amistades, que se han sentido retratadas en el nuevo tomo: Louis d'Albuféra (Saint-Loup) y la duquesa de Chevigné (duquesa de Guermantes). Tendrá que emplearse a fondo para convencer a Montesquiou de que éste no tiene nada que ver con el barón de Charlus.

1 de junio: En La Nouvelle Revue Française aparece «Á propos de Baudelaire».

4 de junio: Su secretario, Henri Rochat, del que Proust —y sobre todo Céleste Albaret— está quejoso encuentra por fin un empleo en Argentina.

Otoño: Tras una caída en su cuarto, sufre síntomas de uremia, enfermedad de la que habían muerto su madre y su abuela.

Principios de octubre: Toma por error siete pastillas de veronal.

Noviembre: Envía a Gallimard Sodoma y Gomorra II.

11 de diciembre: En Mentón, muere en medio del olvido Robert de Montesquiou, que tres meses antes le había enviado su último libro, Elús et Appelés.

1922

Durante los once meses de 1922, Proust disminuye su actividad social, aunque no deja de asistir, enfermo, a varias cenas y veladas de amigos.

15 de enero: Es presentado a la clavecinista polaca Wanda Landovska durante un baile en el Ritz.

26 de febrero: Contrata a una sobrina de Céleste, Yvonne Albaret, para mecanografiar Sodoma y Gomorra, que terminará titulándose La prisionera y que sufrirá constantes modificaciones a lo largo del año.

Marzo: Inicia su correspondencia con el crítico alemán Ernst-Robert Curtius, uno de los primeros en percibir con lucidez el fondo de la concepción proustiana.

Principios de primavera: «Verá, [Céleste], esta noche ha ocurrido una gran cosa. (…). Es una gran noticia. Esta noche, he puesto la palabra "fin". (…). Ahora, puedo morir», según Céleste Albaret.

2 de mayo: Aparece en librerías Sodoma y Gomorra II. Por la noche, para asistir a un encuentro con un matrimonio inglés, los Schiff, toma una dosis de adrenalina que le quema el tubo digestivo.

18 de mayo: Tras el estreno de Le Renard, de Stravinski, los Schiff dan una cena en honor del compositor y de amigos suyos como Picasso, Joyce, Diaghilev y el propio Proust. Schiff propone al pintor

español que haga un retrato de Proust. El encuentro de Proust y Joyce se resuelve en desencuentro.

12 de junio: Encuentro con Jeanne Pouquet, antiguo amor de juventud, esposa de su amigo Gastón Arman de Caillavet. Al decirle adiós, Proust se despide definitivamente. Empieza a repetir esa despedida con los amigos que lo visitan; son ya pocos los que ahora tienen acceso a su cuarto, donde permanece postrado. Lo cual no impide que, en una de sus salidas, piense en el duelo: el 13 de julio, durante una pelea en un lugar de moda, «Le Boeuf sur le toit».

Agosto: En las «décadas» que organiza Paul Desjardins en Pontigny, se habla de la obra de Proust.

Septiembre: Sale a la luz el primer tomo de la traducción inglesa de su novela, con un título, Swanns Way, que irrita a Proust por su inexactitud; Schiff le informa sobre otros errores del traductor, Charles Scott Moncrieff: «No dejaré demoler [mi obra] por unos ingleses», le dice por carta a Gallimard.

Principios de septiembre: Accesos de asma, crisis y desmayos.

Principios de octubre: Una bronquitis le lleva a consultar al doctor Bize, cuyas prescripciones de reposo y alimentación no sigue. El médico pide ayuda a Robert Proust, que tampoco logra que Proust siga la menor prescripción médica.

19 de octubre: Se levanta de la cama y sale, para regresar extenuado.

24 de octubre: Pone fin a La prisionera y empieza a revisar La fugitiva.

8 de noviembre: Contrae una neumonía; entrega a Jacques Riviére el manuscrito de La prisionera. Falto de fuerzas, tiene que comunicarse por signos con Céleste Albaret.

Mediados de noviembre: Pese a su estado de salud, al recibir una nota de su antiguo secretario sueco Ernest Forssgren, de paso por París, se levanta y va a esperarle al Riviera Hotel hasta las tres de la mañana, sin que Forssgren aparezca.

Comunica a Céleste Albaret algunas disposiciones para después de su muerte, como envíos de objetos personales a amigos. Su hermano Robert se instala a su cabecera el día 15.

17 de noviembre: A pesar de las crisis, pide a Céleste que se siente frente a él, para seguir escribiendo; a las tres de la mañana, en medio del trabajo, un absceso del pulmón lo deja extenuado. Según Céleste, Proust empieza delirar y ve en su cuarto «una gran mujer de negro, horrible», con gesto amenazador. A la mañana siguiente, y durante todo el día, el doctor Bize y Robert Proust le ponen inyecciones y le aplican ventosas y oxígeno para aliviarle.

19 de noviembre: Proust muere a las cuatro y media de la tarde a la edad de cincuenta y un años.

22 de noviembre: Entierro de Marcel Proust.

1923

Aparición postuma de La Prisonniére.

1925

Publicación de Albertine disparue [La Fugitive]

1927

Sale a la luz Le Temps retrouvé, último volumen de A la busca del tiempo perdido.

1952

Primera edición, en tres volúmenes, de Jean Santeuil, novela juvenil inconclusa, considerada como el primer intento de A la busca del tiempo perdido.

1954

Primera edición de Contre Sainte-Beuve, acompañado por Nouveaux mélanges.

Los «Cuestionarios Proust»

Fueron dos los cuestionarios a los que Proust se sometió: el primero, probablemente a los 15 años, para el álbum de una compañera de juegos en los Champs-Elysées, de su misma edad, Antoinette Faure, titulado Confessions y subtitulado An álbum to record thoughts, feelings, etc.

Respondió al segundo cuestionario a finales de 1892, a los veintiún años, titulándolo él mismo >Proust par lui-même.

I

La cualidad moral que prefiere:— Todas las que no son particulares de una secta, las universales.

Las cualidades que prefiere en un hombre:— La inteligencia, el sentido moral.

Las que prefiere en una mujer:— La dulzura, la naturalidad, la inteligencia.

Su ocupación preferida:— La lectura, la ensoñación, los versos, la historia, el teatro.

Su principal característica:— [Sin respuesta].

Su noción de la felicidad:— Vivir cerca de todos los que amo con los encantos de la naturaleza, una cantidad de libros y de partituras, y

no lejos un teatro francés.

Su noción de la desgracia:— Estar separado de mamá.

Su color y su flor preferidos:— Los amo todos, y en cuanto a las flores, no sé.

Aparte de usted mismo, ¿quién querría ser?:— Como no tengo que plantearme la pregunta, prefiero no resolverla. Sin embargo me habría gustado mucho ser Plinio el Joven.

¿Dónde le habría gustado vivir?:— En el país del ideal, o mejor dicho de mi ideal.

Sus autores preferidos en prosa:— George Sand, Augustin Thierry.

Sus pintores y compositores preferidos: —Meissonnier, Mozart, Gounod.

Sus héroes preferidos en la vida real: —Un intermedio entre Sócrates, Pericles, Mahoma, Musset, Plinio el Joven y Augustin Thierry.

Sus heroínas preferidas en la vida real: —Una mujer de genio que lleve la existencia de una mujer corriente.

Sus héroes de ficción preferidos: —Los héroes novelescos, poéticos, los que son un ideal antes que un modelo.

Sus heroínas de ficción preferidas:— Las que son más que mujeres sin salir de su sexo, todo lo que es tierno, poético, puro, bello en todos los géneros.

Su comida y bebida preferidas:— [Sin respuesta].

Sus nombres preferidos: —[Sin respuesta].

Su bestia negra: —La gente que no siente lo que está bien, que ignora las dulzuras del cariño.

¿Qué personajes históricos detesta más? —[Sin respuesta].

¿Cuál es su estado de espíritu actual?:— [Sin respuesta].

¿Por qué defecto siente más indulgencia?:— Por la vida privada de los genios.

Su divisa: —Una que no puede resumirse porque su más simple expresión es lo que hay de bello, de bueno y de grande en la naturaleza.

II

El principal rasgo de mi carácter:— La necesidad de ser amado y, por precisar, la necesidad de ser acariciado y mimado mucho más que la necesidad de ser admirado.

La cualidad que deseo en un hombre:— Los encantos femeninos.

La cualidad que prefiero en una mujer: —Las virtudes de hombre y la sinceridad en la camaradería.

Lo que más aprecio en mis amigos: —Ser tiernos conmigo, si su persona es bastante exquisita para dar un gran valor a su ternura.

Mi principal defecto: —No saber, no poder «tener voluntad».

Mi ocupación preferida:— Amar.

Mi sueño de felicidad: —Tengo miedo de que no sea lo bastante elevado, no me atrevo a decirlo, y tengo miedo a destruirlo diciéndolo.

Cuál sería mi mayor desgracia: —No haber conocido a mi madre ni a mi abuela.

Lo que querría ser: —Yo mismo, como las gentes que admiro me querrían.

El país donde desearía vivir:— Aquél en el que ciertas cosas que yo querría se realizasen como por encantamiento y donde la ternura siempre sería compartida.

El color que prefiero:— La belleza no está en los colores, sino en su armonía.

La flor que amo:— La suya —y luego, todas.

El pájaro que prefiero: —La golondrina.

Mis autores favoritos en prosa: —En la actualidad Anatole France y Pierre Loti.

Mis poetas preferidos: —Baudelaire y Alfred de Vigny.

Mis héroes favoritos en la ficción: —Hamlet.

Mis heroínas favoritas en la ficción: —Berenice.

Mis compositores preferidos: —Beethoven, Wagner, Schumann.

Mis pintores favoritos: —Leonardo de Vinci, Rembrandt.

Mis héroes en la vida real: —M. Darlu, M. Boutroux.

Mis heroínas de la historia: —Cleopatra.

Mis nombres favoritos: —No tengo más que uno a la vez.

Lo que detesto por encima de todo: —Cuanto hay de mal en mí.

Caracteres históricos que más desprecio: —No soy suficientemente instruido.

El hecho militar que más admiro: —¡Mi voluntariado!

La reforma que más estimo: —[Sin respuesta].

El don de la naturaleza que querría tener: —La voluntad, y seducciones.

Cómo me gustaría morir: —Mejor y amado.

Estado presente de mi espíritu: —El hastío de haber pensado en mí para responder a todas estas preguntas.

Faltas que me inspiran más indulgencia: —Las que comprendo.

Mi divisa: —Tendría demasiado miedo a que me trajese desgracia.

Diccionario 1

Relaciones familiares y sociales

Agostinelli, Alfred

Monegasco de origen italiano, Alfred Agostinelli (1888-1914) era chófer mecánico cuando en 1907 conoció a Proust, que alquilaba sus coches con chófer a la compañía des «Taximétres Unic», fundada por el compositor Georges Bizet y dirigida por su amigo y condiscípulo en el Liceo Condorcet Jacques Bizet. A sus diecinueve años, Agostinelli es un joven moreno, de tipo mediterráneo, que en calidad de chófer, lo mismo que Odilon Albaret, lleva a Proust a sus excursiones por Normandía en los años 1907 y 1908, durante sus estancias en Cabourg. Según Proust, era un «ser extraordinario que tal vez poseía los mayores dones intelectuales que he conocido»; para Céleste Albaret, sin embargo, se trataba de «un muchacho inestable y que tenía ambiciones de salir de su estatuto». Proust empleó también sus servicios en el verano de 1911, e incluso en Versalles, para luego despedirle, sin que parezca probable que en esa primera etapa Proust se haya enamorado del joven.

Tras abandonar la compañía de Jacques Bizet, Agostinelli regresa a Mónaco, donde vive con su compañera Anna. Cuando en 1913, con

veinticinco años, pierde su trabajo monegasco, recurre a Proust ofreciéndose como chófer, puesto que ocupaba Albaret; el escritor le brinda entonces la tarea de secretario secreto para mecanografiar su novela y lo aloja en la calle del bulevar Haussmann, adonde poco después llega también Anna, a la que hace pasar por esposa cuando en realidad es su amante; la equívoca situación —en la que Proust llega a ayudar a Agostinelli a engañar a Anna con otras mujeres— concluye el 1 de diciembre de ese mismo año, cuando Agostinelli desaparece sin despedirse, llevándose a su mujer y los ahorros procedentes de la generosidad de Proust; éste insta a Albert Nahmias a que contrate un detective; pero será Nahmias quien se presente en Mónaco, en casa de los padres de Agostinelli, con una propuesta: si convence a su hijo para que vuelva a París y no se ausente un solo día hasta abril de 1914, Proust pasará al padre una renta; el trato, sin embargo, no llegará a buen puerto: Agostinelli se niega a regresar y escribe a Proust varias cartas que a éste le parecen dignas de un escritor y que, por lo demás, va a utilizar en La fugitiva con la firma de Albertine. Agostinelli, apasionado de la aviación, se inscribe con el nombre falso de Marcel Swann en la escuela de pilotaje de los hermanos Garbero, cerca de Antibes; las relaciones entre ambos, alimentadas por una abundante correspondencia, vuelven a ser buenas, a pesar de las incesantes peticiones de dinero de Agostinelli, a quien el 29 de mayo Proust escribe una carta para comunicarle que va a regalarle un aeroplano en el que hará grabar el soneto del Cisne de Mallarmé —el Narrador hará lo mismo en el Rolls de Albertine—; para pagar los 27.000 francos que cuesta, Proust solicita de sus administradores la venta de acciones: pero el 30 de mayo le llega un telegrama comunicándole que el monoplano que pilotaba Agostinelli en su segunda salida después de conseguir el título de piloto se ha estrellado en el mar. Un hermanastro de Agostinelli, Jean Vittoré, se traslada a París para informar a Proust del accidente y rogarle que «contrate unos buzos para sacar del agua a su hermano que llevaba todos sus ahorros consigo», 6000 francos oro. Mientras, la familia Agostinelli descubría que Anna no estaba casada con Alfred y que, por lo tanto, no tenía ningún derecho a esos «ahorros»; pese a su sorpresa ante la noticia, Proust decide considerarla «como la viuda de

Agostinelli porque (aunque no me gusta personalmente y me he llevado mal con ella hasta la muerte de aquél a quien creía su marido y resultó no ser más que su hombre) debo reconocer que él la adoraba… Su primer amor por ella resulta inexplicable, ya que era fea, pero en definitiva sólo vivía por ella y desde luego le habría dejado cuanto poseía». El cuerpo de Agostinelli fue descubierto el 7 de junio, en avanzado estado de descomposición, pero con sus ahorros encima; al día siguiente, fue enterrado en el cementerio de Niza: Proust enviará desde entonces todos los años una corona el día del aniversario de su muerte. Trató además de ayudar económicamente a su familia y acogió más tarde a Anna en el bulevar Haussmann.

La desaparición trágica de Agostinelli causó en Proust un dolor que recorre todas sus cartas de ese período, durante el que llega a pensar en el suicidio. En A la sombra de las muchachas en flor Proust le convierte, incluyendo más tarde parte de las cartas que Agostinelli le dirigió en 1914, en el principal modelo de Albertine, no el único, como el propio Proust explica en su correspondencia, yendo más allá de ese caso concreto: «Un libro es un gran cementerio donde sobre la mayoría de las tumbas ya no pueden leerse los nombres borrados».

Albaret, Céleste

Nacida en Aurillac (Auvernia), Céleste Gineste se casaría el 27 de marzo de 1913, en una boda arreglada por su familia, con Odilon Albaret, el chófer de confianza de Proust desde 1907; el matrimonio se instala en Levallois-Perret. Es en noviembre de 1913, en el momento en que Céline Cottin ingresa en el hospital Broca para ser operada, cuando Céleste entra por primera vez en el domicilio del bulevar Haussmann para sustituirla: su primera tarea consiste en llevar a domicilio los ejemplares de Por la parte de Swann que Proust envía a sus amigos y que acaba de aparecer en las librerías. En 1914, al ser movilizado su marido para la guerra, se instala en casa de Proust para hacerse cargo, hasta la muerte del escritor, de todo lo referido a su

vida, casa, vacaciones y persona. Proust capta enseguida la inteligencia y la fidelidad de esta mujer que, a sus veintiún años, se siente exiliada en París de su Auvernia natal; y Céleste, casi analfabeta cuando conoce a Proust, «tomó conciencia de que vivía junto a un hombre de genio, cuya diferencia esencial debía ser protegida, servida, amada, antes y después de la muerte: ninguna biografía, ningún ensayo crítico es más emocionante que Monsieur Proust, (…). Marcel encontraba en ella una presencia maternal y filial a un tiempo, la confidente de los héroes trágicos, pero también, al no haber sido abolida nunca la barrera social (…), un ama de llaves dispuesta a ejecutar todas sus órdenes». (Tadié).

Cuando Céline Cottin vuelva, surgen entre ambas unos celos que dan lugar a incidentes tragicómicos protagonizados por la «engatusadora» y la «pequeña intrigante» —así la califica Céleste en su libro—, que Proust zanjará despidiendo a esta última. Céleste se sometió desde el primer momento a los horarios extravagantes de su amo, acompasando su sueño con las exigencias de Proust, que llegará a utilizarla para todo —incluida labores de secretaria y de lectora de novedades literarias— en cualquier momento del día y de la noche. «Curiosa personalidad la de Céleste, que copia a mano todas las novelas de Proust, expresa su parecer, lee los libros que llegan, etcétera, con los ojos bajos, voz estudiada, muy en plan de mosquita muerta», escribe Paul Morand. Empezando por Los tres mosqueteros, desde que entra en el bulevar Haussmann va conociendo el mundo de la literatura al lado de Proust, que conversa constantemente con ella y que la utiliza para probar ejercicios lingüísticos a base de giros o ideas.

Pero las funciones de ama de llaves de Céleste Albaret, que vela por la salud de su amo, invaden la vida entera de Proust, convirtiéndola en guardián de las visitas, en confidente de sus propias opiniones sobre el resto de la servidumbre, en sombra que planea sobre los menores caprichos, fantasías y deseos del escritor, hasta el punto de que Antoine Bibesco, muerto ya Proust, llegará a decir que el autor de A la busca del tiempo perdido sólo amó realmente a dos seres: a su madre y a Céleste Albaret. Rodeó al escritor de su familia, que parece «enjambrar» a su alrededor; esto permite a Proust sentirse

«en confianza»; su cuñada Léontine, que la sustituye durante la muerte de su madre; su hermana Marie Gineste, que acude desde 1918 para encargarse de los recados y comisiones de Proust; su sobrina Yvonne Albaret, que en la primavera de 1922 se instala en la calle Hamelin para terminar de mecanografiar La prisionera y La fugitiva, así como la correspondencia; poco acostumbrada al trabajo, Proust tendrá que escribir él mismo el final de una, como dice en carta a Gallimard: «Ya que la gimoteante mujer a quien dicto lanza tales gritos de parturienta que, como la deje seguir en mi cuarto, me temo que no tardaré en ver agitarse dos seres en vez de uno». Yvonne aparecerá en la novela con los rasgos y el argot de la hija de Françoise.

En los momentos postreros de Proust, Céleste contravendrá las órdenes del enfermo, avisando al doctor Bize; a ella da Proust las últimas instrucciones, el envío de determinados objetos y recuerdos a amigos como Reynaldo Hahn, Léon Daudet, etc., y le dicta, la noche del 17 al 18 de noviembre de 1922, sus últimos textos; cuando Céleste, con los dedos agarrotados por el agotamiento, el cansancio y el frío que reina en la habitación, no pueda proseguir, Proust le cogerá la pluma de las manos y continuará escribiendo él sus últimas líneas hasta las tres y media de la mañana. Muerto Proust, después de cortarle un mechón de pelo Céleste se encarga de todos los recados que en las últimas horas le ha dado Proust. En abril de 1923, los Albaret abandonaban la última residencia del escritor; los intentos por ayudar a Céleste del hermano de Proust —que no había dejado testamento— y de amigos como Mme. Straus, topan con el muro de esta mujer, que se niega a recibir ninguna ayuda. Un año más tarde, el matrimonio Albaret compraba un hotel de cincuenta camas en la calle des Cannettes, que venderán más tarde. Permaneció fiel a la memoria de Proust: «Él nunca me abandonó. Cada vez que, en la vida, he tenido que realizar una gestión, he encontrado un admirador de M. Proust que allanaba para mí las dificultades y era como si, en la muerte, él hubiese seguido protegiéndome». Céleste tuvo que vender algunos recuerdos cuando cayó enferma su hija Odile, pero conservó un alfiler de ópalo que Proust le había regalado, el biombo, las tres mesitas de noche y los sillones del escritor. A los 82 años editó, con la

ayuda de Georges Belmont, un libro de recuerdos, Monsieur Proust, para salir al paso de las incorrecciones que sufría la imagen de su señor en otros libros de memorias. Gracias a ese libro pueden conocerse interioridades de Proust, confidencias de la vida cotidiana, manías y obsesiones del escritor, así como el pormenor de la marcha de su novela y sus últimos momentos.

Plumyéne, Jean:

Céleste, 1971.

Albaret, Céleste:

Monsieur Proust,
(con la colaboración de Georges Belmont), 1973.

Albaret, Odilon

Mecánico de la compañía «Taximétres automobiles Unic» de Mónaco, que dirigía un amigo de Proust, Jacques Bizet, Odilon Albaret entró al servicio de Proust en 1907, al mismo tiempo que Jossien y Agostinelli, para llevarle por sus excursiones normandas y en París, donde su servicio irá imponiéndose sobre el de los otros dos mecánicos. Desde ese momento será el chófer preferido de Proust, quien lo sometía a jornadas tan agotadoras que hubo de buscar sustitutos. Discreto, servicial, abnegado y fiel a Proust, se casó en 1913 con Céleste Gineste —la familia de la joven había arreglado el matrimonio—, con quien se instaló en Levallois-Perret, cerca de un café al que Proust podía llamar a horas intempestivas cuando lo necesitaba. En noviembre de ese año, al ser intervenida Céline Cottin en el hospital Broca, su esposa se hará cargo de la casa del bulevar

Haussmann. Estuvo junto a Proust en momentos y sucesos capitales: desde el viaje para ver los manzanos en flor, hasta la visita a Barrés a altas horas de la madrugada después de que el escritor no creyese al chófer que le pedía, en nombre de Proust, acompañarle para ver a éste, pasando por el único encuentro de James Joyce y Proust. Movilizado en 1914, al terminar la guerra volverá al servicio de Proust a finales de 1919 después de un período de recuperación. Cuando el escritor muere, Odilon, que acababa de cambiar su viejo taxi por un coche nuevo, llegará a malvenderlo y abandonará la profesión: «Después de él, se acabó. Gracias a él soportaba a los demás clientes».

Albufera, Louis d'

Louis d'Albuféra (1877-1953), cuarto duque de este apellido y conde de Suchet, descendiente del mariscal napoleónico Suchet por parte de padre, y de los Cambacéres y del riquísimo barón Schickler por parte de madre, conoce a Proust en 1902, junto a varios miembros del grupo de los «jóvenes duques» que forman las relaciones más asiduas de ese período del novelista, tanto en Evian como en París. Antidreyfusista convencido, tiene por amante a la bella actriz Louisa de Mornand, y Proust, que se ha convertido en confidente de la pareja, hace con ellos excursiones ese verano de 1902 a Chamonix, Montanvers, la Mer de Glace, etc. Tratará de ayudar al lanzamiento escénico de Mornand, a ruegos de Albuféra, entre sus amistades teatrales y periodísticas. Para paliar su fracaso, Proust dedica a Louis un largo poema celebrando los encantos de la muchacha y declarándose incluso enamorado de Louisa. En 1904 Albuféra se casa con Anna Masséna d'Essling (1884-1967), descendiente por parte de madre de una acaudalada dinastía judía de Francfort, los Furtado-Heine —emparentados con el poeta alemán de ese apellido—, pero no es mucho el interés que pone en ese matrimonio de conveniencia. Louis proseguirá sus relaciones con la actriz hasta 1906, fecha en la que ésta se rebela contra la situación. En 1922, Albuféra, que había

mostrado a Proust cómo era la nobleza del Imperio, y disgustado con el escritor por el trato que éste —cuñado de la princesa Murat— había dado a los Murat en el pastiche sobre Saint-Simon, creyendo reconocerse, al aparecer Sodoma y Gomorra, en la escena de la pelea entre Rachel y Saint-Loup, romperá con Proust, sin que éste pueda hacer nada para recuperar su amistad: «Mucha gente cree que Saint-Loup es D'Albuféra; jamás se me ha ocurrido tal cosa; ésa es la única explicación que le encuentro a su ruptura conmigo, la cual me ha dado mucha pena». (A. Maurois, A la recherche de Marcel Proust, pág. 315).

Alton, Vizconde d'

Charles, vizconde d'Alton (1857-1931), y sus dos hijas, Colette y Hélène, conocieron a Proust en 1908, en el Grand-Hôtel de Cabourg. Era pariente de Aimée d'Alton, una amada de Alfred de Musset —cuyas cartas de amor a la joven acababan de publicarse en 1910—, e informó a Proust de numerosos detalles genealógicos. Desde entonces, mantendrán unas relaciones muy amables y abundante correspondencia. Proust pidió a d'Alton que le sirviera de padrino cuando el padre de Marcel Plantevignes acudió al hotel a pedir una explicación por la pelea con su hijo. Pero el contrincante le había pedido lo mismo, y d'Alton tranquiliza a Proust y aclara sus recelos contra aquel joven a quien el escritor acusaba de no haberle defendido de la maledicencia. En 1909, las vacaciones de Cabourg reunirán a los d'Alton y al novelista, que regalará a Colette un neceser de oro —«que era la alegría de Albertine y también la [suya]»—, igual que el Narrador a su amada, para disipar en la mente del padre las sospechas que podía haber dejado el asunto Plantevignes; en el verano del año siguiente, regalará un reloj de Cartier a cada una de las hijas. Colette, por su parte, será uno de los modelos de Albertine. Los amores de Musset y Aimée d'Alton aparece en El tiempo recobrado, y sus cartas sirvieron a Proust para meditar sobre las relaciones entre la vida y la obra: los materiales de la una sólo pervivirán en la otra.

Sobre la figura del vizconde d'Alton Proust tejió la de Gurcy, futuro Charlus.

Amiot, Jules

Tío de Proust por su matrimonio (1847) con Élisabeth, hermana de Adrien Proust, Jules Amiot (1816-1912) había vivido en Argelia durante su juventud; volverá a menudo a ese país, de donde trajo fotografías de mezquitas, esteras, un servicio de café turco y unos recuerdos bañados de exotismo oriental. De vuelta a Francia, comerció en tejidos y terminó abriendo un gran almacén de novedades textiles en Illiers, su pueblo natal.

Su casa, en el número 4 de la calle du Saint-Esprit —que cambió ese nombre por el de calle del Dr. Adrien Proust—, es en la actualidad un museo, la Maison de Tante Léonie, que se conserva tal como Proust la conoció, porque se había convertido en alojamiento de la familia cuando visitaba Illiers; en el prólogo a Sésamo y lirios Proust dejó una descripción completa de su dormitorio y de la cocina.

La afición orientalista de Jules Amiot le llevó a hacer junto al río Loira un jardín de recreo, una especie de parque, el Pré-Catelan —conservado ahora como museo—, con un estanque artificial, alamedas de grava, parterres de geranios, palmeras enanas y un pabellón de verano, imitando los quioscos de las orillas del Bósforo. Jules Amiot, además de cultivar una huerta, por lo que se gana el título de «Mi tío jardinero» de parte de Proust, se interesó en política: anticlerical furibundo, con gran desagrado del novelista, desempeñaría cargos de carácter local. Su pintoresquismo le convertiría además en uno de los modelos del tío Adolphe en A la busca del tiempo perdido.

Arman de Caillavet, Gastón

Dos años mayor que Proust, Gastón Arman de Caillavet (1869-1915) conoció al novelista en el salón de su madre, en 1890, durante uno de los permisos de su servicio militar; la amistad entre ambos durará toda la vida. En 1893 se casó con Jeanne Pouquet, de la que Proust dice estar enamorado; trabajó como redactor en Le Figaro y siguió una carrera de autor dramático, hoy olvidada, que gozó de gran éxito por su ligereza agradable y la divertida sátira que hacía de los ambientes literarios, mundanos o académicos. En 1891 escribe su primera pieza, Colombine, en verso, a la que siguieron numerosos títulos, algunos en colaboración con Maurice Pouquet, con P. Grünebaum y, de manera especial, con otro amigo de Proust, Robert de Flers: Les sentiers de la Vertu (1904), Le coeur a ses raisons (1904), L'Amour veille (1908), Le Bois sacré (1911), L'Habit vert (1913); este último título, en colaboración con Robert de Flers, es quizá la obra que más resiste al tiempo: se trata de una sátira de la Academia Francesa, encarnada en la figura del duque de Maulévrier. Gastón murió en el frente durante la guerra.

Arman de Caillavet, Simone

Hija del matrimonio formado por Gastón Arman de Caillavet y Jean Pouquet, Simone (1894-1968) concitó como esta última el deseo amoroso de Proust, que en carta a su madre, además de declararle su amor, pondera su belleza, los pétalos de flor que evocan sus mejillas; en 1910, cuando apenas tiene dieciséis años, Proust le pedirá, como ya había hecho con su madre, una fotografía. Proust convertirá en modelo de Mlle. de Saint-Loup a esta joven que «formada en los mismos años que yo había perdido, se parecía a mi Juventud», y anota en sus cuadernos: «No olvidar: Estatua de mi juventud: (Simone)». La joven terminó casándose, en segundas nupcias, con el escritor André Maurois.

Arman de Caillavet, Mme. Albert

Léontine Lippmann (1844-1910), hija de un opulento banquero de origen judío-alemán y esposa de un armador de Burdeos, Albert Arman Caillavet, tenía uno de los salones más famosos de París y escribía la crónica de yatching en «Le Figaro». De carácter autoritario y pedante —consiguió unir los apellidos de su esposo y añadirles la partícula «de», que ella utilizaba mientras su marido no—, odiaba a los «pelmas», que según ella la perseguían. Presidía el salón Anatole France, amante de la anfitriona por lo menos desde 1886.

Recibía los domingos, en su palacete seudorrenacentista del número 12 de la avenida Hoche, al que acudían políticos, escritores, actores, pintores y abogados como Clemenceau, Poincaré, Jaurés, Marcel Schwob, Barres, Maurras; además, los miércoles celebraba cenas de conversación «dirigida», a las que asistían médicos, poetas como Leconte de Lisie y Heredia, escritores como Renán o el helenista Brochard, modelo del personaje Brichot. Proust será presentado en este salón en 1889, y no tarda en trabar amistad con Gastón, hijo de la anfitriona. Mme. Arman de Caillavet será uno de los modelos principales de Mme. Verdurin.

Aubernon de Nerville, Mme.

Mme. Lydie Lemercier de Nerville (1825 - 1899) había atravesado tres cuartos de siglo manteniéndose fiel a las costumbres y modas de su adolescencia: su vestuario estaba hecho de viejos vestidos de la época de Carlos X, de Luis Felipe y del Segundo Imperio. Proust acude a su salón desde 1892, cuando Mme. Aubernon está ya en la decadencia y encarna la ridiculez de los tiempos pasados; según Montesquiou (Mémoires), estaba más allá del ridículo, porque los encarnaba todos.

Fueron varios los escritores que frecuentaron la sociedad de su salón, «en la que se conversa y se posa, en la que la pedantería hace las veces de ciencia, el sentimentalismo de sentimiento, y el preciosismo de delicadeza» y luego utilizaron a Mme. Aubernon como modelo de personajes ridículos (por ejemplo, Alphonse Daudet, L'Inmortal, Mme. Ancelin). Recibía los miércoles, y el tema de conversación era obligado, hasta el punto de que, cuando sus invitados lo olvidaban, la anfitriona los llamaba al orden mediante una campanilla.

Además de esa reunión, dos veces a la semana daba una cena para doce o catorce invitados, todos hombres, a las que Proust acudió primero con Jacques-Émile Blanche y luego con Reynaldo Hahn. Al salón asistían escritores y profesores —Dumas hijo, Fernand Brunetiére, Paul Bourget, Abel Hermant, Henri Becque—, además de personajes como el barón Doazan, que servirá a Proust para despistar las sospechas de Montesquiou cuando éste se crea retratado en el barón de Charlus.

En verano, Mme. Aubernon trasladaba su salón a una casa que poesía en Louveciennes, a la que sus invitados, con chaqué, iban utilizando el tren desde la estación Saint-Lazare. Mme. Aubernon sirvió de modelo a Proust para los aspectos más ridículos de Mme. Verdurin.

Aubert, Edgar

Presentado por Robert de Billy, este amigo ginebrino de la juventud de Proust (1892) descubrirá al novelista las claves del cerrado mundo de la Banca de su ciudad natal y de las dinastías financieras suizas, con sus ramificaciones por toda Europa; en agosto de 1892, Proust lo llama «su pequeño [...] con su tristeza encantadora, su incertidumbre desafiante y casi inquieta sobre cuanto iba a hacer». Calvinista de ardiente fe religiosa que predicaba entre sus amigos, morirá ese mismo año, en septiembre, de apendicitis. En principio, Los placeres y los días iba a estar dedicado a Edgar Aubert y a Willie Heath, pero la familia de aquél rechazó la propuesta de Proust.

Audifftet, Mme. d'

Adelaida Ramírez de Arellano, miembro de la familia Alcalá Galiano, fue casada a los quince años con el marqués d'Audiffret, quien, como regalo de bodas, le ofreció unas muñecas. Los primeros

años de ese matrimonio los vivió encerrada en una casa de Niza, de la que escaparía para mantener una relación amorosa con el príncipe Alberto de Mónaco; al parecer, de esa relación nació un hijo que fue adoptado por un ayudante de campo del príncipe, Demange de Subligny. Luego se convirtió en amante de Charles Haas, de quien, con unos cincuenta años, tuvo una hija, Luisita, nacida en la misma fecha que Gilberte Swann, en 1881. De una piedad ardiente que no le impedía una vida muy libre, a la muerte del marqués d'Audiffret, totalmente arruinada, en lugar de casarse con Haas, profesó en el convento de las Reparadoras de Toulouse; la dureza de la regla la obligará a salirse y a ingresar en una orden tercera, dejando a su hija Luisita —que se lo reprochará— en una situación social muy delicada. Algunos de sus rasgos fueron aprovechados por Proust para el personaje de Odette de Crécy; en los primeros borradores, el nombre de Odette es, denunciando ese origen español, Carmen.

Baignéres, Arthur

Personaje de la vida mundana y literaria parisiense (1834-1913), cuya esposa tenía abierto salón, al igual que su cuñada, Laure Boilay, esposa de Henri Baignéres. Arthur, autor de dos volúmenes de relatos: Histoires modernes e Histoires anciennes, pasaba por ser uno de los hombres más ingeniosos del mundo de los salones. Proust, que conoce a la familia a través del sobrino de Arthur, Jacques, y mantiene una relación amorosa con su hijo Paul (1869-1936), será invitado por los Baignéres a pasar las vacaciones en Les Frémonts, en Trouville.

Baignéres, Mme. Henri

De soltera Laure Boilay (1844-1918), Mme. Baignéres era madre de Jacques, condiscípulo de Proust en el Liceo Condorcet, que introducirá al escritor en el mundo de los salones. Casada con Henri Baignéres, nieto, como su hermano Arthur, de un financiero y político

célebre, abrió un salón donde era conocida por sus réplicas chispeantes; también fue célebre por su relación con el conde de Rémusat, presunto padre de Jacques. Poseía una finca cerca de Ginebra, a la que Proust fue invitado en algunas ocasiones. Se la ha supuesto modelo para las réplicas que da Mme. Leroi.

Bardac, Henri

Amigo de Reynaldo Hahn, Henri Bardac conocerá a Proust, que lo compara con «un cobaya de coral rosa», en los veranos de Cabourg. Movilizado como sargento de infantería, resultará herido en la cabeza —la cicatriz en la frente de Saint-Loup— en la batalla del Marne durante la primera guerra mundial, en 1914, y será enviado como agregado de embajada a Londres, donde difundió Por la parte de Swann, y dio ese libro a Paul Morand, secretario de su embajada. «Henri Bardac es notablemente inteligente y excesivamente gentil; (…) he tardado mucho tiempo en darme cuenta, pero es realmente perfecto, sin nada brillante, pero una forma de espíritu seca, compacta, en la categoría de los personajes de Dumas. Y además, la seguridad, encanto demasiado raro en las relaciones», escribe Proust a Lucien Daudet. «El pobre pequeño ha perdido en unos meses una oreja, el nervio facial, el de la pierna, a su padre, y muchas otras cosas además, es bastante triste». (Corr, t. XIV, pág. 176, 22). Proust lo utilizará para sus operaciones financieras y en su casa conocerá a Paul Morand, a quien Bardac había convertido en un admirador del novelista. En la primavera de 1916, Proust recurre a Bardac para conocer las señas parisinas de Paul Morand, y se presenta de improviso en su casa a altas horas esa misma noche. En 1923 publicó un artículo de recuerdos sobre Proust donde narra, por ejemplo, una visita del escritor a una quiromántica, y una velada de gala en la Ópera para ver Antonio y Cleopatra. Amigo también de Montesquiou, publicó en 1948 un artículo, «Proust et Montesquiou», sobre las relaciones de ambos.

Barney, Nathalie

Americana de nacimiento, Miss Nathalie Barney era una mujer independiente que no tenía reparos en mostrar a las claras una sexualidad que la inclinaba hacia las criaturas de su mismo sexo. Rodeada de mujeres muy hermosas —la duquesa de Clermont-Tonnerre al final de la guerra— y de hombres que, como André Gide o Berenson, no podían atraerla, Proust aceptaría su invitación a visitarla en su casa, en el número 20 de la calle Jacob en noviembre de 1921: con los ojos «cercados por los vampiros de la soledad», llamó a las puertas de la Amazona, como se la llamaba, a altas horas de la noche y la sacó de la cama para iniciar una conversación que no interesó a ninguno de los dos: la vida social, las literatura, los amigos. En sus memorias, tituladas Aventures de L'esprit, Miss Barney negará la veracidad de las heroínas homosexuales de Proust: «No todo aquél que quiere transgrede este misterio de Eleusis».

Barrére, Camille

Diplomático, amigo de Adrien Proust; desde su cargo de presidente de la delegación francesa en Inglaterra apoyó la campaña que el doctor Proust hizo a favor del control sanitario contra el cólera en las islas. Acudía a menudo a cenar a casa de los Proust, y en sus conversaciones Marcel desarrolló su gusto por la filosofía de la historia. Creyó reconocerse en el personaje de Norpois, «simplemente porque cenaba cuando yo era niño una vez a la semana en casa».

Barres, Maurice

Nacido en Charmes (Lorena), Maurice Barrés (1862-1923) llegó a París en 1883 con prisa por conocer a los escritores y artistas más famosos. Su ironía convirtió pronto sus breves opúsculos en algo escandaloso; partidario del general Boulanger en 1889, fue elegido

diputado de la extrema derecha, posición de la que ya nunca se apartaría. El año anterior había empezado una larga carrera literaria que lo convirtió en defensor del individualismo intelectual y sentimental.

Antidreyfusista, en 1897 publicaría su novela de mayor prestigio, Los desarraigados, donde, en contraste con el individualismo moral y social de sus inicios, subraya los peligros que encierra romper con la tradición de la propia clase y del medio. Fundó «L'Action Française» —diario desde 1908—, y dirigió periódicos de extrema derecha y el grupo «La Patrie Française». Académico, a su muerte dejaba más de un centenar de opúsculos, ensayos, libros, etc.; sus «Cahiers» (póstumos, 1929-1956) son unas memorias intelectuales de primera magnitud.

Escritor de personalidad compleja y contradictoria, artista del estilo, mantuvo estrechas relaciones con Proust, que lo conoció en el salón de la princesa Mathilde y que admiraba la musicalidad de su frase. Ambos tuvieron algunos desencuentros: Barrés reprochó duramente a Proust citar a Maeterlinck en el mismo plano que a Racine, dando lugar a una carta de disculpa de Proust, a quien aquél propone traducir a Walter Pater. Las diferencias políticas y literarias se resolverán una noche de junio de 1905, en casa de Mme. de Noailles: Proust aprovecha para reconciliarse con él, aunque, según escribe a su madre, no ha dudado en transmitirle duras verdades políticas y morales con las que Barrés «ha coincidido plenamente».

La oposición de Proust a las leyes de Combes, sus artículos sobre «La muerte de las catedrales» y la hostilidad al general André le granjearon la simpatía del ultraderechista. Reticente a las ideas barresianas, que mezclan el arte con la patria, Proust aprovecharía El tiempo recobrado para marcar diferencias: «Desde el principio de la guerra M. Barrés había dicho que el artista (en este caso Tiziano) debe servir ante todo a la gloria de su patria. Pero sólo puede servirla siendo artista, es decir sólo a condición, en el momento en que estudia esas leyes, instituye esas experiencias y hace esos descubrimientos tan delicados como los de la ciencia, de no pensar en otra cosa —aunque sea en la patria— que en la verdad que está delante de él». Y cuando Barrés proponga hacer exclusivamente una literatura que pinte Francia

sólo «en bello», Proust lo califica de locura y que, si se pretende «renunciar a los errores de antes de la guerra», se perderá y eliminará cuanto había de más nuevo, por ejemplo los ballets rusos. Barrés sirvió a Proust de modelo para el personaje, compuesto de múltiples voces, de Bergotte.

Bartholoni, Marie

Marie Fraser Frisell Lovât, casada con Anatole Bartholoni, había sido una belleza, un ingenio célebre en los tiempos del Segundo Imperio y dama de honor de la emperatriz Eugenia. Proust conoció al matrimonio Bartholoni en las vacaciones de Evian, en el verano de 1897, visitando el castillo que tenían en Coudrée, cerca de Thonon. La familia utilizaba los servicios pianísticos de Léon Delafosse en su salón, donde se organizaban brillantes conversaciones sobre literatura y música. Proust, admirador y «enamorado», según se declara, de una hija bellísima del matrimonio, apodada Kiki, se cartearía con ella desde esa fecha.

Beaulincourt, Condesa de

Hija del mariscal de Castellane y de Cornélia Greffulhe, Sophie de Castellane (1818-1904) era tía abuela de Boni de Castellane. Casada con el marqués de Contades en primeras nupcias, durante el Segundo Imperio vivió en medio de aristocráticos amantes, entre ellos el conde de Fleury, embajador de Francia en Rusia y uno de los modelos de Norpois. Al morir el marqués de Contades en 1858, se casó con el conde de Beaulincourt. Proust, que fue invitado a su salón en mayo de 1897, la designa como uno de los modelos de Mme. de Villeparisis —que como ella hacía flores de papel— en una carta a Montesquiou de abril de 1921.

Beaumont, Conde y condesa de

Etienne de Beaumont, amigo de Paul Morand, y su esposa —de soltera Édith de Taisne— abrieron salón en su palacete de la calle Masseran. Durante la guerra, financió una ambulancia destinada al frente, cuyos enfermeros llevaban un uniforme, diseñado por el conde, que los hacía parecerse «a almirantes rusos», aunque dejando libertad para que cada uno lo interpretase a su manera; Bernard Fay, que perteneció a la sección, concluye (Les Précieux) que el equipo de enfermeros terminó pareciéndose a un «circo ambulante». Para esas ambulancias reclutó Beaumont artistas excluidos del ejército, entre ellos a Jean Cocteau. Proust frecuenta durante la guerra la casa de Beaumont, quien, al terminar la contienda, sólo piensa en dar fiestas y espectáculos en los que se exhibía disfrazado de Cupido y dando pasos de ballet; a su alrededor gravitan figuras como Cocteau, Raymond Radiguet —los condes de Beaumont son los protagonistas de El baile del conde de Orgel—, Max Jacob, Valentine Hugo, Marie Laurencin, Sert, Diaghilev, etc.; el conde apelaba a algunos de estos pintores para poner en escena sus fiestas de disfraces.

«En más de un aspecto, es un personaje proustiano, providencia de los memorialistas a quienes suministra incansablemente rasgos chuscos o entrañables, ya que su ridiculez corre parejas con su generosidad». (Diesbach): a Proust le cedió, por ejemplo, la fotografía de su tía Jeanne de Beaumont, de soltera Castries, gran amiga de Gambetta. Proust acudirá a casa de los Beaumont en la noche de fin de año de 1921 y en su última salida mundana de 1922: a principios de octubre de ese año, tras una cena en su casa a la que se ha empeñado en ir, Proust se siente enfermo: esa bronquitis será el principio del fin.

Bénardaky, Marie

Hija de Nicolás Bénardaky y de Marie Lebrock, había nacido en Rusia hacia 1875. Proust la conoció, como a su hermana Nelly,

durante el verano de 1886, y jugó con ellas en los Champs-Elysées, adonde el niño Marcel Proust iba casi todos los días. Ambas aparecerán en Jean Santeuil con sus verdaderos nombres y su verdadero domicilio, en un palacete particular del número 65 de la calle de Chaillot, aledaño a los Champs-Elysées. Acudían al parque acompañadas por su aya. Marie, «muy bonita y cada vez más exuberante», escribe Proust a un condiscípulo a los dieciséis años, es según Jean Santeuil «una joven rusa de grandes cabellos negros, ojos claros y burlones, mejillas rosas, y que brillaba con esa salud, con esa vida y con esa alegría que faltaban a Jean». El enamoramiento juvenil de Proust por Marie —más tarde escribirá que había sido «la ebriedad y la desesperación de [su] infancia»— fue cortado en seco por los progenitores de ambos. «Uno de los dos grandes amores de mi vida» terminaría casándose en 1898 con el príncipe ruso Michel Radziwill, del que tendrá una hija antes de divorciarse en 1915. La memoria sentimental de Proust la convirtió en uno de los modelos de Gilberte en A la busca del tiempo perdido.

Bénardaky, Mme.

Marie Lebrock o Leibrok, esposa de Nicolás Bénardaky, y madre de Marie y Nelly, compañeras de juegos de Marcel Proust en los Champs-Élysées, fue una de las mujeres más hermosas de las reuniones mundanas del París de fin de siglo. De «inmensa fortuna y vida de placeres» —en Jean Santeuil se habla de las «costumbres ligeras» de Mme. Kossichef, apellido con el que ella y su marido pasan por esa obra de Proust—, causó sensación en un baile de disfraces donde, a media noche, apareció disfrazada de valquria: Paul Nadar, que hizo varias fotografías suyas, la retrató con ese atuendo, creado por el modisto Worth. Cuñada de la condesa Vera de Tayllerand y del embajador Nisard —uno de los posibles modelos de Norpois—, al parecer sólo se interesaba por el champán y el amor.

Bénardaky, Nicolás

Polaco nacido en San Petersburgo en 1838, tras lograr una gran fortuna comerciando con té. Nicolás Bénardaky se convirtió en maestro de ceremonias de la corte de Rusia. Había realizado un matrimonio desigual con Marie Lebrock, de reputación dudosa, que no mejoró cuando se trasladó a París, a un palacete del número 65 de la calle de Chaillot. Quizás esa reputación hizo que Mme. Proust tratase de restringir las relaciones de Marcel con sus dos hijas, Marie y Nelly, que se convierten en compañeras de juegos de Marcel en los Champs-Élysées desde el verano de 1886; ambas pasaron con sus verdaderos nombres a Jean Santeuil, donde sus padres figuran como M. y Mme. Kossichef. Nicolás, coleccionista, como Swann, de porcelanas de China, Sajonia y Sévres, objetos de plata, muebles antiguos, tabaqueras, etc., escribió obras humorísticas, ilustradas por Caran d'Ache, sobre el mundo ruso.

Béraud, Jean

Nacido en San Petersburgo, Jean Béraud (1849-1935) vivió la vida de los salones aristocráticos y artísticos del París de fin de siglo; amigo de los impresionistas, en sus telas pintó escenas de la vida burguesa parisina; conoció a Proust en 1896, y al año siguiente asistía, de testigo de Proust, al duelo con Jean Lorrain (6 de febrero de 1897). Amigo íntimo del otro testigo del duelo, Gustave de Borda, sirvió a Proust como uno de los múltiples modelos del pintor Elstir en A la busca del tiempo perdido. También fue testigo del duelo que enfrentó al conde Robert de Montesquiou con Henri de Régnier tras el incendio del Bazar de la Charité.

Berl, Emmanuel

Ensayista y pariente de Henri Bergson, Emmanuel Berl (1892-1976) escribió desde el frente a Proust una carta en la que le expresaba su admiración: le había encaminado hacia el escritor no el parentesco de ambos con Bergson, sino Mme. Duclaux, que le había dado a leer Sésamo y lirios. Proust, entusiasmado, le mandó a las trincheras Por la parte de Swann y largas cartas «enterradas en el fango de Lorena con el resto de mi impedimenta». Al término de la primera guerra mundial, de la que Berl salió inválido, menudearon las visitas y las cartas entre ambos, pero la amistad duró poco por incomprensión mutua en un tema central: tras su primera visita, Berl se pregunta si «su falta de interés por la homosexualidad no constituía una tara insuperable».

Proust, al que describe «con su cara de sátrapa al acecho, sus grávidas mejillas macilentas», obligó a su nuevo amigo «a establecer entre mi pensamiento y mi comportamiento una relación cuya necesidad veía, cosa que yo nunca había sentido… Cada una de sus frases entroncaba con todo el conjunto de su pensamiento. Por ello sus ideas, con resultarme familiares, me conmocionaron. Enseñaba la soledad del hombre y la fatalidad de las pasiones». En cierta ocasión, al afirmar Berl que el amor feliz podía existir, Proust le arrojó sus zapatillas a la cabeza. La diferencia de temperamento y de criterios haría que Berl abandonase a Proust sintiendo «más ingratitud que admiración».

Como ensayista, Berl dejó dos títulos importantes, Mort de la Morale bourgeoise (1929) y Mort de la Pensée bourgeoise (1930), donde denuncia el tradicionalismo de esa clase burguesa, que le impide cualquier tipo de evolución. Sobre Proust escribió en Sylvia.

Berncastel, Adéle

Abuela materna de Proust (1824-1890), de una rica familia de comerciantes enclavada en la alta burguesía israelita de París. De exquisita educación y pianista excelente, era aficionada a la literatura, sobre todo a los clásicos del Grand Siécle francés, en especial las Mémoires át Saint-Simon y las cartas de Mme. de Sévigné. En el salón

de su tía Amélie, casada con el tutor de Adéle y de sus hermanas, huérfanas a temprana edad, Adolphe Crémieux, había conocido a los últimos románticos, entre ellos Musset, Victor Hugo, Lamartine, Rossini y George Sand. En otros salones del Segundo Imperio —el de la condesa d'Haussonville, el de la princesa Mathilde— paseará el talante liberal de la burguesía saintsimoniana en el que había sido educada. Casada con Nathé Weil en 1845, influirá en los gustos adolescentes de Proust, a quien inicia en los gabinetes de lectura que abre y pone de moda la Tercera República, y en el teatro. Su muerte sumió, tanto a Proust como a su madre, en un dolor profundo que se refleja en la correspondencia entre ambos (Corr, t. I, pág. 144). Adéle Berncastel presta parte de sus rasgos —recuerdos de los veranos infantiles, como los golpes que daba contra la pared de la habitación que la separaba de su nieto en el Hotel des Roches Noires de Trouville— a la abuela del Narrador, sobre todo en la etapa de Combray. Será su propia hija, Jeanne Proust, madre del novelista, quien ayude a éste a completar el personaje de la abuela.

Bernhardt, Sarah

Henriette Rosine Bernard (1844-1928), que utilizó el seudónimo de Sarah Bernhardt, fue la actriz más importante de finales del siglo XIX y principios del XX para la sociedad francesa; en la Comédie-Française interpretó a los grandes clásicos —Racine, Hugo, Corneille—, alcanzando su mayor éxito en el papel de Fedra, según el texto de Racine, que sostuvo sobre las tablas hasta 1914 (nos han llegado fotografías de Nadar con la Bernhardt encarnando al personaje). Tras dimitir como miembro de la Comédie-Française, creó su propia compañía, con la que recorrió el mundo en medio de un éxito que nadie hasta entonces había conseguido. Tras estrenar La dama de las camelias, de Dumas hijo, La Samaritana y L'Aiglon de Edmond Rostand, fue la primera en atreverse a estrenar el Lorenzaccio, obra de Musset considerada hasta entonces irrepresentable, en la que asumió

el papel del protagonista masculino. Pese a la amputación de una pierna (1915), encarnó la protagonista de Athalie de Racine en 1920.

Su «voz de oro», la pureza musical de su dicción —muy cercana a la monotonía—, una languidez y una belleza simbolistas, la riqueza de sus trajes y una vida llena de excentricidades le ganaron una popularidad inmensa, que impresionó al joven Proust. En 1895, Proust viaja con Reynaldo Hahn hacia Belle-Isle-en-mer, pueblo que la actriz ha convertido en su corte veraniega; los dos amigos se alojan en el mejor hotel, pero pronto huyen «de la aridez pestilencial de Belle-lle, del calor asfixiante de Quiberon» hacia Beg-Meil. Según Hahn, que más adelante se convertirá en biógrafo de la Bernhardt, ambos visitaron a la actriz, que será el modelo sobre el que Proust construya la Berma en Phèdre.

Bibesco, Alexandre

Hijo de un príncipe reinante de Valaquia que no fue reconocido al nacer por su padre, Alexandre Bibesco empezó llevando el apellido Maurocordato de su madre. Pero un arreglo familiar le permitió usar el de su progenitor. Hombre de cultura y gran bibliófilo, se casó con la hija de un político rumano, Hélène Kostaki Epureano, que abrió en su casa de la calle de Courcelles un salón musical, y con la que tuvo tres hijos: Emmanuel, Antoine y la condesa Odón de Montesquiou. Primos de los Brancovan, los Bibesco llevan una vida poco convencional: Alexandre parece cualquier cosa menos un príncipe, hasta el punto de que los hijos sentían vergüenza de cruzarse con él por la calle. Seis años después de enviudar de su esposa, se casó en 1908 con una actriz del Ambigú, provocando la irritación de toda su familia.

Bibesco, Antoine

Hijo del príncipe rumano Alexandre Bibesco, Antoine Bibesco (1871-1951) conoció a Proust en 1899, presentado por una sobrina de

su madre, la poeta Anna de Noailles. Antoine sigue estudios diplomáticos y Proust lo describe como secretario de la legación de su país, Rumania, en la capital francesa en «Le salón de Mme. Madeleine Lemaire». (Le Figaro, 11 de mayo de 1903). Es en 1901, a su regreso del servicio militar en Rumania, cuando traba amistad íntima con el novelista, que se enamora de él y que le escribirá, durante esa etapa primera de su amistad, una carta diaria, además de algunos poemas y acrósticos.

«Titán formidable y encantador», Antoine, con perfil de emperador romano, coqueto, vanidoso, burlón hasta la maldad, egoísta, con «el maravilloso egoísmo del hombre que todo lo espera de quienes le aman, pero que no da nada», según el propio Proust es un «espíritu cruel y delicioso» que sólo ama mujeres: «No ceso de enterarme de nuevas historias de mujeres que has querido violar», reconocerá Proust, que encontró en él, como en su hermano Emmanuel, en Pierre Lavallée, en Armand de Guiche o en Léon Daudet, alguien «que había sabido adivinarle, descubrirle, adorarle (…) y que, cada uno a su manera, contribuyeron con convicción, fervor y perseverancia, a revelar paso a paso quién era Marcel Proust y qué iba a dar al mundo» (testimonio postal de D. Mayer a Yves Tadié, Marcel Proust, pág. 460). Gran aficionado a las catedrales, como su hermano Emmanuel, ocupará platónicamente el corazón de Proust al enamorarse Lucien Daudet del conde Clary.

En 1902 moría la princesa Hélène Bibesco y Proust se ofrece para acompañar a Antoine a Rumania, donde va a ser enterrada; pero en los primeros meses de ese año, la naturaleza de sus relaciones había cambiado: Bibesco se convierte en confidente del amor de Proust por Bertrand de Fénelon. Los hermanos Bibesco y Bertrand de Fénelon habían fundado una sociedad secreta en la que admitieron a Proust y que los obligaba a estar «al corriente de las opiniones de los demás sobre él, y él me comunicaría lo que los otros decían de mí».

Bibesco, Antoine: Aux Enfers avec Marcel Proust, 1948. —«The Heart-lessness of Marcel Proust», en Cornill Magazine (verano de 1950).

Bibesco, Princesa

Marthe Lahovary (1887-1973), de origen rumano, estaba emparentada con los Bibesco y los Noailles, y además con los Guiche, los Greffulhe y los Montesquiou. En 1905 se casó con su primo el príncipe Georges Bibesco. Conoció a Proust tarde, el 10 de mayo de 1911, en el baile de L'Intransigeant, en el hotel Carlton, y trató de evitar al escritor, quien, no obstante, elogió su primer libro, Les huit Paradis. Distancia que la princesa mantuvo con Proust —al que sólo vio en media docena de ocasiones como máximo—, y que no le impidió publicar, cuando el autor de A la busca del tiempo perdido ya había muerto, dos libros de recuerdos —más ajenos que propios— del escritor.

Durante la guerra, la amistad común del abate Mugnier —con quien la princesa Bibesco mantuvo una correspondencia de gran interés, publicada bajo el título de La vie d'une amitié, (1951)— unió la vida social de ambos: en junio de 1922 acompañó a Antoine Bibesco y a la esposa de éste a visitar a Proust por última vez, pero Céleste Albaret impidió la visita a la habitación del enfermo porque «el señor teme mucho el perfume de las princesas». En 1924 se reveló como novelista con Le Perroquet vert y se lanzó a una carrera narrativa de cierto éxito en la que pinta a la aristocracia cosmopolita en cuyo medio vivió en París.

Bibesco, Princesa: Au bal avec Marcel Proust, 1928. Le Voyageur voilé, 1947. Le Confesseur et les poètes, 1970.

Billy, Robert de

Diplomático, Robert de Billy (1869-1953) conoció a Proust siendo ambos soldados del tercer regimiento de artillería de Orléans, durante una cena que les ofreció el prefecto del Loiret, Paul Boegner. Cuarenta años más tarde Billy recordará a aquel soldado, embutido en un capote que le estaba muy grande, «cuyo porte y palabra no se avenían con el ideal militar». Fue Billy quien puso a Proust en relación con

Edgar Aubert. Más tarde volverán a encontrarse en la Escuela de Ciencias Políticas: Billy, que se decide por la carrera diplomática —la ejercerá en Inglaterra, Bulgaria, Grecia y Japón— y se la aconseja a Proust, se casa el 4 de junio de 1895 con Jeanne Mirabaud, hija de un gran financiero, gobernador de la Banca de Francia. Experto en arte medieval, y buen lector de Ruskin, Billy era aficionado a realizar excursiones por Auvernia y el Poitu para ver iglesias románicas, llevando como breviario el libro de Emile Male L'Art religieux du XIIIe siècle en France, que prestaría a Proust. El 9 de agosto de 1904, éste hizo en el yate Hélène del suegro de Billy una excursión que, arrancando de Le Havre, llegó por la costa normanda hasta Dinard; al tercer día, tras visitar Dinan, Proust, que ha sufrido un ataque de asma, abandona el yate en esa última ciudad y regresa a París en el primer tren. Punteada por una correspondencia constante, la amistad entre Billy y Proust duró toda la vida del escritor, que solía contar sus cuitas financieras a este diplomático que era al mismo tiempo yerno del dueño del banco Mirabaud.

Bizet, Jacques

Hijo del compositor Georges Bizet (1838-1875), el autor de Carmen, y de Geneviéve Halévy (1849-1926) —más tarde Mme. Straus—, fue condiscípulo de Proust en el Cours Pape Carpentier y luego en el Liceo Condorcet. Pero su amistad real con Proust empieza en 1887, en el seno de la pandilla de escolares que formaron con su primo Halévy, Gregh, La Salle, Dreyfus, etc. En la primavera de 1888, recibió de Proust tres cartas en las que éste le declaraba su amor: «Mi único consuelo cuando estoy verdaderamente triste es amar y ser amado. Y eres realmente tú quien responde a esto, el tú que ha tenido tantos sinsabores al principio del invierno, el tú que me ha escrito el otro día una carta exquisita», misiva que Halévy copia en su diario y anota: «Este pobre Proust está absolutamente loco». Mme. Proust prohibió a su hijo visitar a Bizet o recibirle. La frialdad con que Bizet y su primo, Daniel Halévy, también destinatario de cartas amorosas,

respondieron a Proust, no impide que la madre del primero, Mme. Straus, los reciba en su salón y los invite a estrenos, por ejemplo al de Germinie Lacerteux, de Edmond de Goncourt, en el Odéon (15 de diciembre de 1888, fecha en la que Proust empieza a reconocer de forma definitiva su fracaso amoroso).

Bizet siguió la carrera de medicina, pero sus aficiones lo llevarían por otros caminos: además de colaborar en Le Banquet, intentó el teatro, montando en 1897 una revista satírica, Les lauriers sont coupés, donde uno de los actores imitaba la voz de Proust. Antidreyfusista, como lo era también el salón de su madre, se mantuvo fiel a la amistad de Proust, a quien, siendo director de la compañía de alquiler de coches «Taximétres Unic», recomendó tres chóferes, Jossien, Odilon Albaret y Alfred Agostinelli. Pero alcoholizado y morfinómano, perseguido por su amante Alice Sachs —abuela del escritor contemporáneo Maurice Sachs, que convertirá esa relación amorosa en trama de su novela Le Sabbat—, Jacques Bizet se suicidó quince días antes de la muerte de Proust, el 7 de noviembre de 1922.

Blanc, Jean

Proust conservó hasta 1908 en su servidumbre a este ayuda de cámara de su padre. Blanc fue quien despertó a los Yeatman en febrero de 1900 a altas horas de la noche para preguntarles qué había pasado con el corazón de Shelley. Apenas deja huellas en la vida de Proust, a quien sirve de modelo para el criado Augustin, de Jean Santeuil, como testigo de la disputa de Jean con sus padres.

Blanche, Jacques-Émile

Pintor nacido y muerto en París (1861-1942), hijo de un médico alienista famoso: Antoine-Émile Blanche (1820-1893) dirigía un sanatorio psiquiátrico en Auteuil, junto a París, donde tenía abierto un

salón frecuentado por artistas y escritores. Aunque también había estudiado en el Liceo Condorcet, Blanche no conocerá a Proust hasta 1891, en alguno de los salones que ambos frecuentaban: «Un espíritu singular, entrañable y esquivo a un tiempo —escribe Ferdinand Bac, en sus Souvenirs inédits, del J.-E. Blanche de esa época—, un talento prodigioso, fino, elegante, siempre; de un gusto exquisito, un tanto demasiado exclusivo en su refinamiento, pero un auténtico artista a la par que auténtico escritor».

Sin embargo, la descripción que Léon Daudet deja de él en sus recuerdos es totalmente opuesta: «Pertenece a la raza de las comadres trágicas, enemista a la gente con el pretexto de reconciliarla, embrolla los asuntos más sencillos, propala chismes y patrañas infamantes, ejerce de arpía de gran corazón». Tras un primer período de amistad entre Blanche y Proust —momento en que el pintor hace un retrato a lápiz y el famoso cuadro de la camelia en el ojal—, la relación continuará acompañada de sombras. Proust apreció mucho durante toda su vida ese retrato de «la camelia», del que habla en Jean Santeuil y con el que ilustrará la edición de lujo de A la sombra de las muchachas en flor (1920), Casado con la hija de un influyente académico, John Lemoine, y a pesar de vivir con su esposa y con sus dos hermanas, «se le atribuían costumbres depravadas», según Ferdinand Bac. Blanche, que dejó una galería de retratos de importantes artistas de ese período —Mallarmé, Gide, James Joyce, Stravinski—, dedicará a Proust la primera parte su libro Propos de peint (1919), para el que escritor hizo un prólogo. Muerto el autor de A la busca del tiempo perdido, Blanche escribirá sobre Proust en Mes modèles (1928) de una forma que contrasta con su amistad en vida.

Blum, Léon

Antes de ocupar un puesto de primer plano en el socialismo francés, Léon Blum (1872-1950) se había interesado por el periodismo y la literatura. Compañero, como su hermano René, de Proust en el Liceo Condorcet, y miembro de la clase media judía, Blum participó

en el comité de redacción de la revista Le Banquet, en 1892; esteta y algo dandy en su juventud, sufrió la influencia del joven Barrés y de su culto al yo. Las relaciones entre Proust y Blum nunca fueron buenas: el novelista sintió desde el principio por el que más tarde sería presidente de la República (junio de 1936-junio de 1937) tras la victoria del Frente Popular, una aversión cuya causa ha sido atribuida a la similitud de temperamentos: «Proust reconoce en Blum sus propios defectos y ve en él la caricatura de lo que es en realidad», asegura Diesbach; y Alfred Fabre-Luce llega más lejos: «Como él, pero de otra manera, con molesta insistencia de cortesana, Proust reclamaba más de lo que él daba». (Vingt-cinq annés de liberté, I, pág. 114). Pese a ese odio casi visceral, volverán a encontrarse en la «Academia Canaca» de Marie de Heredia y en «La Revue Blanche», en cuyas páginas Blum reseña elogiosamente Los placeres y los días (1 de junio de 1896): «M. Proust ha aunado todos los géneros y todas las seducciones. Por eso, las bellas damas y los jóvenes leerán con placer emocionado tan hermoso libro», al que no deja de calificar de «demasiado primoroso y bonito», e inferior a las posibilidades de su autor.

Esa antipatía menguó mucho al enterarse Proust, en 1919, de que Blum trabajaba para conseguirle la cruz de la Legión de Honor, condecoración que ambos recibieron el 23 de septiembre de 1920. Ensayista de primer plano durante las dos primeras décadas, con libros clarividentes sobre escritores como Goethe y Stendhal, citará a Proust en sus Souvenirs sur L'Afaire (1935), donde acompaña la historia del caso Dreyfus con sus recuerdos de los medios literarios de 1900.

Blum, René

Hermano de Léon Blum, René (1878-1942) fue también compañero de Proust en el Liceo Condorcet. Hijo de un comerciante de cintas judío de clase media, se dedicó a la literatura y el periodismo como secretario de redacción de la revista Gil Blas. Siendo secretario del joven editor Bernard Grasset, en febrero de 1913

recibe una carta de Proust rogándole su mediación para presentar a Grasset el manuscrito de A la busca del tiempo perdido, ofreciéndose el autor a pagar no sólo los gastos de impresión sino los de publicidad, a cambio de que se publique sin demora: «Llevo trabajando mucho tiempo en esta obra, he puesto en ella lo mejor de mi pensamiento, ahora reclama una tumba que esté concluida antes de que se llene la mía (…). Y esto sólo es posible pagando [yo] la edición».

Tres días más tarde, Proust le escribe otra carta para darle las gracias por el éxito de su gestión. En noviembre, Blum le pide como adelanto, para Gil Blas, el episodio de la magdalena en la taza de té, que terminará siendo sustituido, a petición de Grasset, por un fragmento «más indiscreto», la «Soirée en casa de Mme. de Saint-Euverte» (noviembre de 1913). René Blum también medió en plena guerra, en 1916, entre el novelista y su editor cuando Proust quiso romper el contrato con Grasset para que Gallimard se hiciese cargo de la publicación del segundo volumen, A la sombra de las muchachas en flor, y reeditase el primero. Después de la muerte de Proust, fue director artístico del teatro de Montecarlo y en 1930 publicó Comment parut «Du côté de chez Swann». Detenido por los alemanes y deportado como judío, murió en un campo de concentración. Proust puso alguno de los rasgos de René Blum en el personaje de Bloch.

Borda, Gustave de Maestro de esgrima, amigo íntimo del pintor Jean Béraud y, junto a éste, testigo de Proust en su duelo con Jean Lorrain el 6 de febrero de 1897. Veterano combatiente de 1870, a su muerte, en 1907, Proust le dedicará (Le Figaro, 26 de diciembre, firmado D.; Contre Sainte-Beuve, págs. 549-550) una necrológica en la que pondera de «este caballero del Romancero» su arte como esgrimidor, duelista y testigo: «La última persona, si nuestra memoria es exacta, a la que asistió sobre el terreno en calidad de segundo, fue nuestro colaborador, M. Marcel Proust, que siempre ha mantenido por él un verdadero culto».

Bourget, Paul

Novelista y ensayista, Paul Bourget (1852-1935) empezó dedicándose a la lírica con varios volúmenes recogidos en Poésies (1885-1887). A partir de ese momento se volcó en el género narrativo con gran éxito de lectores hasta el final de la primera guerra mundial: en sus novelas pintaba la burguesía y el mundo aristocrático de los salones que frecuentó desde la última década del siglo, creando situaciones sentimentales que rozaban lo dramático y resolvían los problemas mediante los compromisos convencionales, pero sin llegar nunca a la sátira de ese mundo; ni sus tesis ni su forma de escribir encontraron eco después de la primera guerra mundial; algunas todavía conservan interés desde el punto de vista histórico: por ejemplo, Le disciple es una denuncia de la peligrosa influencia del cientificismo ateo. Su mayor aportación fueron los Essais de psychologie contemporaine (1883) y Nouveaux essais (1886), con visiones, novedosas para la época, sobre Baudelaire, Taine, Stendhal, etc., que más tarde Bourget modificó; y sobre todo, Physiologie de l'amour moderne (1890), que supuso para Proust (por ejemplo, en varios relatos cortos: «El final de los celos», «Antes de la noche») una reflexión sobre los celos, que pueden nacer de los sentidos, del corazón o de la cabeza.

Bourget conoció a Proust en los salones de Mme. Straus, de la princesa Mathilde, de la condesa Potocka y, sobre todo, en el de Laure Hayman, amante de Bourget, que la había tomado por modelo de su novela corta Gladys Harvey. En el momento en que se conocen (finales de 1888). Bourget escribe a Hayman, jugando con el retruécano con que ésta identificaba a Proust: «Su Saxe psicológico, el pequeño Marcel, como usted lo llama, es sencillamente exquisito, a juzgar por la carta que tuvo usted la delicadeza de mandarme (…). Dígaselo usted, y que una vez que me haya quitado de encima el trabajo en que estoy metido tendré mucho gusto en conocerle», adivinando el novelista que Proust había agradecido el regalo del volumen de Gladys Harvey que Hayman le había hecho para que el autor leyese la carta. La influencia del estilo y los temas de Bourget son perceptibles en Los placeres y los días; pero el novelista mundano supo lo que iba a ocurrir: «Dejarán de gustarle mis libros, porque le gustan demasiado».

En el momento del caso Dreyfus, Bourget, pese a sus relaciones con la familia judía de los Kann y a sus amores con Marie Kann, se pasó al bando antidreyfusista. No serían las únicas diferencias con Bourget, que en octubre de 1907, en su discurso de recepción a Maurice Donnay en la Academia Francesa, hizo profesión de fe antisemita: consternado por el tono de ambos discursos, Proust escribe que los dos académicos le parecen «beatas encantadas de poder soltar una palabra un poco fuerte delante del cura». De Bourget tomó Proust rasgos para Bergotte.

Brach, Paul

Joven poeta y novelista, uno de los «visitantes de la noche» del último año de vida de Proust, Paul Brach (1893-1939) le envió en junio de 1922 una reproducción, aparecida el 10 de junio en L'Illustration, del cuadro de Tissot Le Balcón du Cercle de la rué Royale en 1867, donde figuran Charles Haas, el príncipe Edmond de Polignac, el marqués du Lau, el marqués de Gallifet y Saint-Maurice, en la terraza del club. El 15 de julio de ese año, con Edmond Jaloux, Brach y Proust acudieron a un bar de moda en la calle Boissy-d'Anglas, promocionado por Cocteau que lo había bautizado con el título de una de sus farsas —Le Boeuf sur le toit, estrenada con música de Milhaud y decorados de Dufy—, y donde una partida de «chulos inverosímiles» no tarda en convertir el local en campo de batalla: «Creí que los encantadores tiempos de los duelos iban a renacer para mí, pero parece que los asaltantes no son gentes con las que pueda uno batirse», escribirá el novelista a Jaloux, que se había marchado antes de la pelea, en la que Proust estuvo a punto de recibir un «pollo muy caliente» seguido de un cubo de agua helada en la cabeza. Recomendado a Gallimard por Proust, Brach conseguirá publicar en octubre de 1922 su novela Gérard et son témoin en la N. R. F. se encargó de editar, junto a Robert Proust, la Correspondance générale de su amigo.

Brancovan, Princesa de

Rachel Rallouka Musurus, princesa Bassaraba de Brancovan, hija de Musurus Pachá, uno de los últimos grandes diplomáticos del Imperio otomano, se casó con el príncipe Grégoire de Brancovan. Madre de Constantin, de Hélène —casada con el príncipe Alexandre de Caraman-Chimay— y de Anna de Noailles, a la muerte de su marido, en 1886, repartió su existencia entre su casa de Amphion y su mansión de la avenida Hoche, donde había abierto un salón musical. «Amiga de Panderewski y gran música ella misma», escribirá Proust de ella en una carta durante su estancia en Amphion, donde la princesa lo acoge en el verano de 1893. Apoyó a la nueva música finisecular —Panderewski, Enesco, Fauré—, y en su salón Proust, que la utilizaría como modelo de la marquesa viuda de Cambremer, conoció al pianista Léon Delafosse.

Brancovan, Príncipe de

Hijo de Grégoire de Brancovan y de Rachel Musurus, Constantin Bassaraba de Brancovan (nacido en 1875) conoció a Proust en la casa Bassaraba de Amphion, a orillas del lago Leman, en el verano de 1893, durante el que Proust se alojó en el Hotel Splendide. Hermano de Anna de Noailles, era un apasionado de la cultura francesa que se introdujo en el mundo de la literatura gracias al periodista y escritor Abel Hermant: no tardó en lanzar una revista, La Renaissance Latine, («orinal de los Brancovan, que sirve a toda la familia», según Montesquiou), donde apareció un resumen de la traducción de Proust de La Biblia de Amiens de Ruskin (febrero-marzo de 1903).

Durante un momento, las relaciones se enturbiaron: aduciendo la mala salud de Proust, Brancovan adjudicó la critica teatral a Gastón Rageot que había ofrecido al novelista: «Es preferible que no asuma usted la responsabilidad de una sección regular que le produciría mucho cansancio y hastío…»; no era la primera vez que Proust se sentía ofendido por el príncipe: en 1899, durante sus vacaciones en

Evian y su anual paso por Amphion, Constantin había insinuado que en su enfermedad había una gran dosis de imaginación, y que podría curarla con una vida más sana; más tarde, se sorprende de que Proust haya podido traducir a Ruskin cuando su inglés apenas le da para pedir una comida en un restaurante de Londres. Pero en 1905 las diferencias se han suavizado y el 15 de junio «La Renaissance Latine» publica el ensayo «Sobre la lectura» de Proust.

Brames, Mme. Sauvage de

Louise Lacuée de Cessac (1842-1914), tía de Robert de Montesquiou, fue confidente de los amores de Proust y de Reynaldo Hahn en sus inicios, e introdujo al primero en los secretos de ciertos mecanismos mundanos que luego él trasladaría a su novela. Para su sobrino, valía tanto ella sola como «el concilio de Trento». Proust la describirá en Contre Sainte-Beuve, diciendo que su empolvado «hace más fresco todavía el rosado y encantador rostro, de rasgos teñidos de finura, de majestad y de malicia, perfil de medalla afinado de gracia francesa y cuya alta inteligencia hace ley en todas partes». Proust mantuvo esa amistad hasta la muerte de la condesa, a la que invitaba a menudo a las cenas que daba en su casa o en el Ritz.

Brunschvicg, Léon

Condiscípulo de Proust en el Liceo Condorcet, Léon Brunschvicg (1869-1944) se dedicó a la enseñanza de la filosofía. Dio clases particulares a Robert Proust y enseñó en La Sorbona. Miembro de la Academia de Ciencias Morales (1920) y paladín del idealismo, explicó sus teorías neokantianas en L'idealisme contemporain (1921), su libro de mayor influencia. Su trabajo más conocido en el tiempo fue la edición de los Pensamientos de Pascal. De una clase superior a la suya, Proust leyó atentamente su Introduction à la vie de L'esprit, y,

aunque no mantuvieron trato constante, Proust le dedicó un ejemplar de La Bible d'Amiens en el momento de su salida a la luz.

Calmette, Gastón

El periodista Gastón Calmette (1858-1914) fue redactor primero y director de Le Figaro desde 1900 hasta el 16 de marzo de 1914, fecha en la que fue asesinado. Léon Daudet había presentado a Calmette y a Proust, para quien en 1900 se abrían las puertas del periódico, donde publicó numerosos artículos. El escritor se lo agradeció a Calmette invitándole a cenar el 1 de julio de 1907 en el Ritz. Proust se quejaría al periodista del silencio con que Le Figaro había acogido la aparición de Sésamo y lirios; aunque «de veras, la cosa carece de importancia», en su carta sugería varios nombres, y fue uno de ellos, André Beaunier, el que firmó la crítica que apareció el 5 de junio de 1906 en el periódico.

Fue Proust también quien, al leer en Le Figaro del 25 de enero de 1907 el parricidio cometido por Henri Van Blarenberghe sobre su madre, se ofrece a Calmette para escribir un artículo sobre el crimen y la relación que él mantenía con ambos, el célebre Sentimientos filiales de un parricida. Pese a que adjuntó una carta ditirámbica para Calmette y una nota: «Que corten lo que quieran, pero que no modifiquen una sola palabra del final», al redactor jefe, Cardane, le pareció inmoral la conclusión y la eliminó calificándola de «verdadera apología del matricidio»; el cruce de cartas subsiguiente, de queja por un lado, de justificación por parte de Calmette, no romperá una amistad más interesada por parte del escritor que del periodista. Sus intentos de publicar un adelanto de «Combray» en Le Figaro, pese a las buenas palabras del director toparán con el silencio en 1910, por lo que, como «no sé quién ha podido perjudicarme ante Calmette, con quien mantenía tan buenas relaciones», decide no seguir publicando en ese periódico sus artículos. Sin embargo, en 1911, a través del periodista, Proust conseguirá la intervención de su hermano, el doctor Calmette, para obtener la licencia absoluta del

ejército; un encuentro entre ambos, durante un período de descanso en Houlgate, no disipa las dudas que Proust tiene sobre el aprecio sentido por Calmette hacia una obra de la que, según le anuncia en una carta, «puedo decir como el carnicero: he puesto la cabeza y las entrañas, no hay falso peso».

En marzo de 1912 le enviará un pasaje sobre los «espinos blancos», que Le Figaro publica adjudicándole el título «En el umbral de la primavera». (21 de marzo de 1912). La amistad volvió a enfriarse —por parte de Proust, ya que Calmette no parece haberse interesado mucho ni por la persona ni por su obra— tras pedir el novelista al director de Le Figaro que realizase gestiones para buscar editor —lo intentará con Fasquelle— a su novela. Consciente de la distancia que Calmette impone a su relación y a las peticiones de publicar adelantos de su novela, decide comprarle un regalo, una pitillera de Tiffany, que él mismo deja sobre el escritorio del director, mientras éste, que ha mirado el paquetito distraídamente, prosigue una conversación sobre las elecciones presidenciales; más tarde, en 1913, cuando aparezca Por la parte de Swann, Calmette se convertirá en el dedicatario del primer tomo de A la busca del tiempo perdido.

Al salir el libro, Proust le envía un ejemplar, sobre el que escribe una queja: «En más de una ocasión he sentido que no tiene usted gran aprecio por lo que yo escribía. Si alguna vez tiene tiempo de leer algo esta obra, sobre todo en la segunda parte, me parece que por fin llegará a conocerme»; en la carta que acompañaba el envío, además de mendigar una reseña del libro, o una reseña de la entrevista que le habían hecho a Proust en Le Temps, le hace reproches por el «menosprecio» con que Le Figaro trata la obra de colaboradores como él. Calmette, como periodista desinteresado por la literatura, aceptó la dedicatoria con la misma indiferencia que un año antes la pitillera. La reseña de Le Figaro, firmada por Francis Chevassu, será una decepción para Proust.

En 1914, Le Figaro lanzó una campaña contra el ministro progresista Joseph Caillaux amenazando con revelar datos escabrosos sobre el posibilismo político de Caillaux y el pasado de su esposa; el 16 de marzo ésta se presentó en el despacho de Calmette y de un disparo acabó con su vida; ese mismo día, Proust visitó el periódico

para ver el pasillo «donde esa horrenda mujer caminó tras él»; de la idea que tuvo de enviar su pésame a Mme. Ballot, amante del director de Le Figaro, lo disuadieron viejos amigos como Robert Dreyfus y Jacques Bizet.

Caraman-Chimay, Princesa

Hélène de Brancovan, hija de la princesa Bassaraba de Brancovan y hermana de Constantin y de Anna de Noailles, era una mujer de cierto talento y un encanto tranquilo que al principio sedujo a Proust más que la brillantez de su hermana Anna. Casada con el príncipe Alexandre de Caraman-Chimay, hermano de la condesa de Greffulhe, Proust veía con frecuencia al matrimonio en casa de los Bassaraba. En 1906, pese a que el antidreyfusismo del marido había provocado cierta distancia, Proust dedicó a Hélène el prólogo de Sésamo y lirios.

Cardan e, Jules

A Jules Cardan, secretario de Le Figuro, que firmaba «Cardane», Proust le había dado una cena de homenaje en 1903; era redactor jefe del periódico cuando en 1907, tras el parricidio de Henri Van Blarenberghe, Proust envió el artículo Sentimientos filiales de un parricida; Cardane cortó el párrafo final, pese a la advertencia del autor de que podía eliminarse cualquier cosa menos ese párrafo, diciendo al mensajero a quien Proust había enviado con las pruebas corregidas: «¡Si cree que alguien va a leer su artículo, aparte de él mismo y unas pocas personas que le conocen!». No sería la primera ni la última vez que Cardane acortaba los artículos de Proust; por razones de espacio, en algún caso hasta sesenta líneas: en la crítica al libro de Mme. de Noailles Les Éblouissements, por ejemplo; en el caso de Sentimientos filiales de un parricida el corte se debió sin embargo al hecho de no haber apreciado Cardane en el texto «una censura insuficiente del parricidio».

Casa-Fuerte, Illán, marqués de

Sobrino nieto de la emperatriz Eugenia e hijo del marqués de ese título, Pedro Álvarez de Toledo, y de Flavie Lefebvre de Balsorano, Illán de Casa-Fuerte (nacido en 1882) es uno de los dandis más elegantes de la sociedad mundana en 1899, cuando Lucien Daudet se lo presenta a Proust. La belleza del joven de origen español ha turbado incluso a Gabriel D'Annunzio —le servirá de modelo para Aldo, el protagonista de Forse che si, forse che no (1910)— y no deja de impresionar a Proust, que tiene en común con él una enfermedad: el asma, y que le ofrece un linaje aristocrático internacional y un temperamento de artista, como demuestran sus aspiraciones de autor y traductor —de D'Annunzio entre otros—. Su madre, una de las beldades de la época, desempeñaba el papel de egeria de poetas como D'Annunzio y Montesquiou. Cuando Illán de Casa-Fuerte se casa en 1905, Proust le escribe para decirle que sigue queriéndole todavía y para saber si ese «afecto persistente» sigue agradándole: «Una palabrita, Illán, para decirme si seguimos siendo amigos»; afecto que se reforzará en 1907, como demuestra una correspondencia que durará toda la vida de Proust.

En sus memorias, Illán de Casa-Fuerte relata el día de su encuentro: «si nos hicimos amigos fue porque había entre nosotros afinidades creadas por las mismas angustias, los mismos ahogos, en suma: un parentesco en el sufrimiento». Describe a Proust en el Grand-Guignol, teatro donde se representaban dos piezas de terror y un vodevil pícaro, como un hombre «con el cuello del abrigo levantado sobre una camisa de frac bastante arrugada».

Castellane, Boni de

El marqués Boni de Castellane (1867-1932), elegante, de cabellos rubios «tan dorados como si hubiesen absorbido todos los rayos de sol», fue uno de los dandis de la Belle Epoque, que en 1895 se había casado con Miss Anna Gould, hija de una de las mayores fortunas

norteamericanas, labrada en los ferrocarriles. Boni construirá con ese dinero el Palacio Rosa, entre la avenida Malakoff y la avenida del Bois, donde dio suntuosas fiestas.

En 1906 la sociedad francesa se apasionará por su divorcio: Anna Gould, que ve menguar su fortuna y está harta de las infidelidades de su marido, consigue el divorcio para casarse con un primo de Boni de Castellane, el príncipe de Sagan —también arruinado—, con quien el marido se enfrentaría, llegando incluso al escupitajo y a una paliza a bastonazos en el atrio de Sainte-Clotilde. Boni de Castellane, que regresó a casa de sus padres dejando a su mujer el Palacio Rosa, no perdió el favor del faubourg Saint-Germain; para conjurar su ruina económica, se dedicó a trabajar en un campo que conocía, el de las antigüedades. En 1924 y 1925 publicó dos tomos de memorias en los que no menciona a Proust: Comme j'ai découvert L'Amérique y L'Art d'être pauvre. Sin embargo, ambos se escribían cartas muy amistosas y el novelista lo utilizaría como uno de los modelos de Saint-Loup.

Catusse, Mme. Anatole

Esposa del futuro senador de Tarn-et-Garonne de ese nombre, Mme. Catusse era una vieja amiga de la madre de Proust que, como ésta, tomaba las aguas en Salies de Béarn. En una carta a su abuela del verano de 1886, Proust ponderará la belleza física y moral de esta mujer que, durante toda su vida, será su confidente y consejera para asuntos prácticos, desde compras a venta de mobiliario (1917), además de ayudarle en mudanzas y faenas domésticas, de las que se encarga con fidelidad y afecto casi maternal. De voz «deliciosamente pura y maravillosamente dramática», Mme. Catusse canta a Massenet y a Gounod, según recuerda Proust en sus cartas. En 1946 se publicó la abundante correspondencia entre ambos.

Clermont-Tonnerre, Duquesa de

Élisabeth de Gramont, marquesa y luego duquesa de Clermont-Tonnerre (1875-1954), era pariente de Montesquiou y hermanastra del duque de Guiche. Mujer de cultura muy superior a la de su ambiente, conoció a Proust en 1903 y desde ese momento entabló con él una amistad basada en mutuas confidencias. En septiembre de 1907, durante sus «vagabundeos arqueológico-espirituales», Proust visitó el castillo de Glisolles de los Clermont-Tonnerre, que le habían ofrecido un hospedaje que el escritor prefirió tener en Évreux durante esas vacaciones; la visita quedará reflejada en su artículo «Impresiones de ruta en automóvil», aparecido el 19 de noviembre de ese año, aunque sin nombrar a los duques ni citar el castillo, y calificándola de visita a unos parientes.

Después de la guerra, la duquesa se unió a Miss Nathalie Barney, a la que Proust visitará en su casa del número 20 de la calle Jacob. Fue de las pocas personas que asistió al entierro del «pobre Montesquiou, por más que todo me induzca a pensar que no está muerto», le escribirá Proust, sobre quien la duquesa publicó dos libros: Marcel Proust, 1948. Clermont-Tonnerre, E. de: Robert de Montesquiou et Marcel Proust, 1925.

Cocteau, Jean

Alumno del Liceo Condorcet, Jean Cocteau (1889-1963) se inició a la literatura en el clima de los salones parisienses poco antes de 1910, y desde el primer momento se vio acompañado por el éxito. Nació a ese mundo con las primeras hazañas de la aviación y los primeros ballets rusos; encontró su primer peldaño mundano en el salón de Mme. de Chévigné, provocando con sus maquillajes y su estrafalaria forma de vestir —el propio Cocteau reconocerá más tarde que ante su vestimenta hasta su madre se había echado a llorar— el escándalo entre los viejos habitués de la descendiente del marqués de Sade; fue en el momento de los ballets rusos, en 1910, cuando este «príncipe de la juventud» que frecuentaba a Luden Daudet, Anna de Noailles, André Germain, Reynaldo Hahn —había diseñado el escenario de un

ballet con música del venezolano, Le Diable bleu— y otros amigos de Proust, conoció al autor de Los placeres y los días.

A diferencia de Proust, que se esconde, Cocteau no tiene apuro alguno en hablar de unos gustos y costumbres sexuales que confiesa incluso con impertinencia, y cuya exhibición molesta al autor de Sodoma y Gomorra. Acogió la aparición de Por la parte de Swann con un artículo muy elogioso en «L'Excelsior», calificando la novela de «miniatura gigante, llena de espejismos, figuras, jardines superpuestos, juegos con el espacio y el tiempo (…). Se pasea uno, con un sólido hilo en los dedos, entre los espejos multiplicados de ese prodigioso laberinto a cielo abierto».

Durante la guerra frecuenta las cenas dadas en el Ritz por la princesa Soutzo, lo mismo que Proust, que visitará en ese período el número 10 de la calle d'Anjou, donde viven la duquesa de Chévigné en la planta baja y Cocteau en la quinta. La amistad de Jean Cocteau con la duquesa se interfiere en la relación de Proust y Cocteau: «Jean, querido, Marcel acaba de mandarme su libro. Sé bueno y señálame todos los pasajes en los que habla de mí». A partir de esa lectura, la de Chévigné dejará de dirigir la palabra a Proust. Aludiendo a esta pelea, el ingenioso Cocteau responde a un Proust que se queja de la negativa de la duquesa a leer su libro: «Fabre ha escrito un libro sobre los insectos, pero no ha pedido a los insectos que lo lean».

Desde el principio de su relación, Cocteau provoca en Proust admiración y recelo ante un reconocimiento tan fulgurante por parte de una sociedad que a él lo había tenido tanto tiempo a sus puertas; y, dejándose entretener por el personaje frenéticamente exhibicionista que fue Cocteau, lo utiliza como modelo para el dandy de Balbec, Octave. A pesar de los elogios que Cocteau había dedicado a Proust, su éxito póstumo le sorprendió; casi medio centenar de páginas de su diario, Le passé défini, se convirtieron luego en un ajuste de cuentas vengativo.

Colette

Gabrielle Sidonie, conocida como Colette en el mundo de las letras (1873-1954), trabó relación con Proust en 1896, en el salón de Mme. Arman de Caillavet, con la que ella y su marido no tardaron en pelearse por la corte que Willy, marido de Colette, se empeñó en hacer a Jeanne Pouquet, esposa de Gastón Arman de Caillavet; Proust, que en ese momento la admiraba como escritora, terció en la pelea y no volvió a mantener trato con Colette, rechazando en 1913 la propuesta de Louis de Robert de enviarle Por la parte de Swann por ser la novelista miembro del jurado del premio Goncourt.

En 1919, al leer la carta de la heroína de la novela de Colette Mitsou, Proust confiesa haber llorado, aunque el estilo peque «de lindo… con una punta de preciosista». En 1920, ambos recibieron a la vez la cruz de la Legión de Honor. Colette dejó un retrato despectivo de Proust: «Hermosos ojos, aquel pequeño, una sospecha de blefaritis… Me comparó —¡siempre mi pelo corto!— con Mirtocleia, con un joven Hermes, con un amorcillo de Proudhon. (…). Mi pequeño cumplimentador, excitado por sus propias fascinaciones, no me dejaba en paz».

Colomb, Georges

Profesor de ciencias naturales de Marcel Proust en 1883-1884 en el Liceo Condorcet, Georges Colomb (1856-1945) ya era famoso por su originalidad: imparte su asignatura con cierta irreverencia, familiaridad con los alumnos y sentido del humor, haciendo hincapié en los aspectos pintorescos o ridículos de los seres. Después de salir del Condorcet trabajó en laboratorios de botánica y en la enseñanza hasta 1936. Con el seudónimo de «Christophe» publicó tres libros de aventuras burlescas: La Famille Fenouillard (1895). Le Sapeur Camembert (1896) y L'idée fixe du savant Cosinus (1899).

Cottin, Céline

Esposa de Nicolás Cottin, Céline entra al servicio de Proust en 1907 como doncella y cocinera. Como cocinera, prepara de forma tan magnífica como Félicie Fiteau el «boeuf á la mode»; el 12 de julio de 1909, Proust le agradece en una nota su boeuf aux carottes en gelée, que será el de Françoise, donde relaciona ese plato con su escritura: «Ojalá pudiese acertar como usted con lo que voy a hacer esta noche, ojalá mi estilo sea tan brillante, tan claro, tan sólido como su gelatina, mis ideas tan sabrosas como sus zanahorias y tan alimenticias y frescas como su carne». Tuvo un hijo en el bulevar Haussmann y por indicación de Proust leerá algunos libros, de las Mémoires d'outre-tombe de Chateaubriand y novelas de Zola hasta poemas de Musset, que el propio Proust le copiaba.

En 1913, cuando Por la parte de Swann aparece en las librerías, Cottin tendrá que ser operada urgentemente por Robert Proust en el hospital Broca; para sustituirla llega al bulevar Haussmann, en principio de modo temporal, Céleste Albaret, cuya primera tarea será llevar a domicilio los ejemplares de Swann que Proust dedica a sus amigos. Al regresar del hospital y ver su puesto ocupado por quien, además, la llama «la engatusadora», Céline provoca una serie de incidentes tragicómicos contra Céleste que terminan por hartar a Proust y provocan su despido.

Al morir su marido de una pleuresía contraída en el frente, Céline hará responsable a Proust: «Siempre encerrado con el señor, en aquel invernadero caliente, sin aire, con aquel horno que calentaba… En el frente, al aire libre, mi marido cogió una pleuresía. El señor me ha dicho: "¡Me acusa usted de la muerte de Nicolás!". Y era cierto». Proust deberá movilizar en ese momento «mis ojos, mi pluma (y mis fondos) en dirección de su viuda». De Céline Cottin Proust tomó el temperamento nervioso y autoritario para atribuírselo a Françoise en A la busca del tiempo perdido; y también su belicismo; la joven quería «ver cómo es la guerra»; Proust le escribe a principios de julio de 1915: «Siempre le he dicho que, a pesar de lo que usted piensa de la utilidad de las guerras, esta desgracia era muy grande».

Gracias a una entrevista de Paul Guth con Céline Cottin («Le Figaro Littéraire», 25 de septiembre de 1954) conocemos pormenores de la vida cotidiana de Proust, desde la composición de las cenas

hasta las reglas de su aseo o el método de aireación y ventilación de una casa sometida al régimen impuesto por el asmático.

Cottin, Nicolás

Ayuda de cámara de Adrien Proust, Nicolás Cottin (1873-1916) había trabajado antes como crupier de casino. Por su afición a las cartas y a la bebida, el doctor Proust, que lo había despedido, recomendó a su hijo que no lo emplease. Proust puso una condición a Cottin y a su esposa Céline, contratada también como doncella y cocinera, en 1907: no tendrían vacaciones. La pareja, a la que Proust pagaba el doble del salario normal de la época, se adaptó a los extravagantes horarios de Proust, y Cottin, «de una corpulencia sanchopancesca», además de recadero y ayuda de cámara, hizo las veces de secretario a ratos, ordenando los folios manuscritos de su novela o las cartas, y de contrincante en las partidas de dominó. Cottin, al que Proust califica de «encantador, abnegado, con clase y cuidadoso», no tarda en volver «a venerar a Dionisos». La pareja tuvo un hijo en el bulevar Haussmann. Abandonó el servicio de Proust al ser movilizado durante la guerra para convertirse en cocinero del general Joffre, muriendo poco más tarde de una pleuresía contraída en el frente.

Courbaud, Claude

Profesor de letras de Proust en 1885-1886 en el Liceo Condorcet, Claude Courbaud tiene 53 años en esa fecha, y sus superiores le reprochan su falta de «finura de juicio y elegancia en el lenguaje»; además de carecer de imaginación, estaba considerado como «un tanto agrio; es hombre desalentado y desalentador». Algunos de sus rasgos aparecen en el personaje del profesor Brichot, un habitué del clan de los Verdurin; y Proust adjudicará su apellido («el viejo padre

Courveau») al preceptor de Palamédes, futuro barón de Charlus, y de su hermano Basin de Guermantes en Sodoma y Gomorra.

Crémieux, Adolphe

Fue el miembro más eminente de la familia Berncastel. Famoso por su elocuencia, Adolphe Crémieux colaboró en el ascenso de Luis Felipe al poder en 1848, con quien fue ministro de Justicia hasta el golpe de Estado de 1851. Con el Segundo Imperio, volvió a la vida pública como diputado y ministro de Justicia en el gobierno provisional de 1870. Retirado a la vida privada, animó las reuniones intelectuales y políticas desde el salón abierto por su mujer, al que acudían personalidades de muy distintos campos, desde escritores como George Sand, Lamartine y Alejandro Dumas, a músicos como Rossini, Meyerbeer y Halévy, pasando por políticos o pensadores como el duque de Broglie o Proudhon; en ese salón se crió Adéle Berncastel, la abuela de Proust, y sus hermanas, que, huérfanas a temprana edad, fueron acogidas por Crémieux, a quien consideraron un padre.

La tradición intelectual de Crémieux pervivirá durante generaciones en su familia: una de sus nietas se casará con el escultor Paul Landowski y será madre del compositor de ese apellido; otra, casada con el pintor Jules Lecomte du Nouy, será la primera traductora de Las piedras de Venecia, de Ruskin.

Croisset, Francis de

Franz Wiener (1877-1937), judío de origen belga, afrancesó su nombre y eligió por patronímico el de la casa de campo de Flaubert, Croisset. Llegado a París, se abre camino en la buena sociedad como autor dramático, apoyado por Octave Mirbeau y Clemenceau. Elegante, brillante y perfumado, usa pitillera y compra su ropa en Londres; desde el principio muestra una ambición que lo llevará lejos

y que denuncian, según Ferdinand Bac, sus rasgos fisonómicos, una cara «como crispada por una ambición continua, con la obsesión conquistadora de un caballo que estira el cuello en una carrera al acercarse a la meta». Proust recurrió a él cuando, para ayudar a Louis d'Albuféra, trató de apoyar la carrera teatral de su amante, Louisa de Mornand.

Autor de obras de bulevar desde 1900, facilitará frecuentemente entradas de teatro a Proust, que mantiene con él una amistad bastante íntima, hasta el punto de pensar en acompañarle a Bruselas, siempre que se lo permitan sus padres, al estreno del mayor éxito de Croisset, Cherubin, o de escribirle: «Como yo, usted está herido por el delirio de persecución». El éxito sobre los escenarios se vio acompañado por el éxito social: en 1910 se casa con la hija de la condesa de Chévigné. La frecuente correspondencia entre Croisset y Proust desaparece casi por completo a partir de 1912, aunque no por eso dejaron de mantener una amistad que sólo se vio turbada cuando la suegra de Croisset dejó de dirigir la palabra a Proust, al sentirse retratada en el personaje de la duquesa de Guermantes. En 1915, a la muerte de Gastón Arman de Caillavet, sustituyó a éste en la pareja que formaba con Robert de Flers como autor de comedias ligeras de gran éxito popular. También escribió en colaboración con otros autores menores como E. Arene y M. Léblanc. Proust se fijó en él para la metamorfosis final de Bloch en el Jacques de Rozier que lleva monóculo y adopta el «chic inglés». (El tiempo recobrado).

Cucheval, Víctor

Profesor de latín de Proust en el curso de 1887-1888 en el Liceo Condorcet, Víctor Cucheval tenía en ese momento 57 años; hombre basto y, según Proust en una carta a su condiscípulo Dreyfus (1888), «hosco maestro de escuela», aunque «en todo lo demás es excelente y descansa un poco de los imbéciles que redondean las frases. No puede, no sabe hacerlas. Es una pura delicia. Es el ideal del buen profesor y no es en absoluto aburrido». Su apellido se prestaba a

burlas como las que en A la busca del tiempo perdido se hacen contra Cambremer; el propio Proust aprovecharía para burlarse del apellido en «Le Salón de la princesse de Polignac». (Le Figaro, 6 de septiembre de 1903), cuando, durante una recepción, el ujier, después de pedirle dos veces su apellido, pregunta al dueño de la casa: «Este señor dice que se llama M. Cucheval, ¿hay que anunciarle?». (Contre Sainte-Beuve, pág. 466).

Chévigné, Condesa Adhéaume de

La condesa de Chévigné se llamaba Laure de Sade (1860-1936) y tenía lazos de parentesco con el marqués de Sade, de los que se mostraba orgullo-sa. Beldad de la época que dictaba la moda, recibía en su salón, considerado uno de los más cerrados del París elegante. Proust habría trabado conocimiento con ella en 1891, en los salones de Mme. Straus y de Mme. Lemaire; «tuve crisis cardíacas cada vez que la veía», le confesará más tarde. Proust, deslumbrado por su belleza y su elegancia —que la hacen parecer una diosa-pájaro— llegaba a acecharla a la puerta de su casa y a seguirla en sus paseos matinales.

El escritor frecuentó el salón de esta mujer con la que mantuvo una amistad alimentada por una correspondencia continua, aunque a la condesa las cartas de Proust, según su nieta Marie-Laure de Noailles, le servían para «probar» los hierros de rizar el pelo de su doncella; confesará incluso haber ayudado a su abuela «a quemar decenas de cartas de aquel indiscreto». La amistad empieza a resquebrajarse pronto, aunque sigan encontrándose en la vida social, para terminar rompiéndose cuando la de Chévigné se sienta retratada en la duquesa de Guermantes. Proust terminaría vengándose de esta mujer que en el pasado se había mostrado indiferente a su admiración: «Salvo que es [la duquesa de Guermantes] virtuosa, se parece un poco a la gallina coriácea que tomé antaño por un ave del paraíso y que, como un loro, sólo sabía contestarme: "¡Me espera Fitz-James!", cuando quería capturarla bajo los árboles de la avenida

Gabriel. Convirtiéndola en un poderoso buitre, evito al menos que la tomen por una vieja urraca». La condesa pidió a Cocteau que le señalase los pasajes del libro en que se refería a ella, y decidió negarse a volver a oír hablar de su autor, de quien declaraba que no debía haberlo recibido nunca. Proust lamentará por carta esa ruptura: «Ser despreciado a veinte años de distancia por una misma persona, en formas tan incomprensibles (…) es una de las únicas penas que puede sentir al final de su vida un hombre que ha renunciado a todo» (septiembre de 1921). La hija de la condesa de Chévigné, Marie-Thérése, se casará con Francis de Croisset.

Chevilly, Marie

Hermana de Pierre de Chevilly, Proust conoció a Marie en Humilly, en casa de su padre, un viejo aristócrata y encarnizado antidreyfusista que se extraña de que Proust se aloje en sus vacaciones —principios de septiembre de 1899— en el Hotel Splendide de Évian, por estar infestado de judíos, y le aconseja otro de Thonon, donde «la sociedad es más francesa, menos cosmopolita». Proust conquista en esos viajes veraniegos a toda la familia Chevilly. A Marie, a la que Proust encontraba «encantadora» y a la que verá más tarde en París, le contestará cuando, ante su queja de que aquella gente le aburría —Proust prepara ya Jean Santeuil—, la joven le pregunte la razón por la que se dedica a ellos: «Precisamente porque no me gustan quiero escribir sobre ellos». Durante una expedición a Coudrée, Proust recitará a Marie versos de La Maison du berger de Vigny, como el Narrador a Albertine en Sodoma y Gomorra. Marie, que casi parece enamorada de Proust, contó las primeras visitas del escritor a casa del conde de Chevilly en Montjoux en un artículo, «Proust en Savoie», publicado en 1973 y 1974.

Chirade, Mme.

Lechera parisiense, con tienda abierta en la calle Fontaine, cuya belleza le descubre Daniel Halévy a Proust en 1888; le parece tan hermosa como Salambó: «¿Crees que es posible acostarse con ella?», le pregunta a Halévy. Pocos días más tarde, ambos amigos compran un ramo de flores y, mientras el segundo se queda en la calle, Proust entra en la tienda y le ofrece el ramo: «¿Dijo una palabra, balbuceó una frase? No lo sé, sólo me acuerdo de que vi pasar una sonrisa por el rostro femenino, y al mismo tiempo que sonreía aquel hermoso rostro hacía no». (Daniel Halévy, Paysages parisiens, pág. 127).

Cholet, Armand-Pierre

Teniente del 76 regimiento de artillería de Orléans donde Proust hace su servicio militar, con el que trabó amistad; descrito como un oficial «de una inteligencia fuera de lo corriente», regalará a Proust su fotografía con la dedicatoria: «Para el voluntario Marcel Proust, de uno de sus verdugos». Hombre culto, miembro de varios círculos, entre ellos el Jockey Club, escribirá un Voyage en Turquie et en Asie (1892), que Proust reseña con el título de «Choses d'Orient» en el número 3 de Littérature et Critique, probablemente con la intención de mantener esa amistad en el mundo civil; pero en un encuentro casual, al saludo de Proust Cholet respondió con otro glacial que impidió a su antiguo compañero de armas abordarle; la escena, interpretada por Robert de Saint-Loup y el Narrador, pasará a La parte de Guermantes. En Jean Santeuil el teniente Cholet se convierte en Guy de Brucourt.

Dabescat, Olivier

Primer maître d'hôtel del Ritz, de origen vasco, que después de haber trabajado en el hotel del Princess Restaurant, y luego en el Ritz de Londres, había secundado a Marie-Louise Ritz desde 1902 para conseguir que la firma se hiciera un hueco entre los locales más

prestigiosos de París. Célebre cuando el novelista empiece a frecuentar el Ritz, Dabescat servirá personalmente a Proust, que suele acudir a las once y media y puede hablar durante horas con el maître: Dabescat le suministrará abundante información sobre la clientela, formada en ese momento por la alta aristocracia inglesa, el rey español Alfonso XIII, el rey de Portu gal, la reina María de Rumania, como contó C. Wixler, mozo que solía atender a Proust y que terminó como maître d'hôtel del Ritz. Proust, que conversaba con Dabescat en la mesa o paseando por el Bois de Boulogne, no siempre fue fiel a ese restaurante: en 1917 solía refugiarse en el Crillon por creerse «obligado a demasiada cortesía respecto a Olivier». Dabescat se negó, incluso después de la muerte de Proust, a informar a nadie de sus relaciones y conversaciones con el escritor, quien, además de citarle en el pastiche sobre Saint-Simon (revisión de 1918), lo utilizará para trazar el personaje de Aimé, el maître d'hôtel Balbec primero y de un restaurante parisiense en A la sombra de las muchachas en flor, donde informará al Narrador sobre la doble vida de Albertine.

Darlu, Alphonse

Profesor de filosofía de Marcel Proust (1849-1921), que en 1885 entró a formar parte del profesorado del Liceo Condorcet: pertenecía a una estirpe de enseñantes de filosofía creada por la reciente República preocupados por formar las mentes en los liceos, más que en la Universidad, y convencidos de la necesidad de «profundizar en la práctica de la verdad», como explicó en su obra L'Enseignement de la Morale. En 1888, Proust se convertía en alumno suyo: la noche misma de la inauguración del curso, el futuro novelista escribía a quien más tarde había de calificar como «el hombre que más influencia ha tenido sobre mi pensamiento» una carta (Correspondance générale, I, págs. 121-122) en la que le confiesa su «enfermedad» moral, un desdoblamiento que le impide encontrar placer en las obras literarias. En la dedicatoria de Los placeres y los días, Proust lo mencionará como «el gran filósofo cuya palabra inspirada, más segura de durar

que un escrito, ha engendrado en mí como en tantos otros el pensamiento».

Más tarde, sin embargo, en una nota de su traducción de Sésamo y lirios, Proust negará tener deudas con Darlu, que «ha sido el único hombre que ha tenido influencia sobre mí, y la he reconocido como mala». La filosofía de Darlu, un espiritualismo idealista templado por el racionalismo, de esencia totalmente laica, pasará a ser la del Narrador de A la busca del tiempo perdido. De Darlu aprendió Proust a despreciar el materialismo y el positivismo; tomó con él clases particulares que se prolongaban durante el trayecto de casa del adolescente a la del profesor y, sobre todo, en el umbral de este domicilio, para gran diversión de la familia del profesor. En 1893 éste creó La Revue de métaphysique et de morale, donde aparecieron notas de lectura y algunos textos de conferencias.

Daudet, Mme.

Julia Allard (1847-1940), secretaria y esposa de Alphonse Daudet, conoció a Proust en su salón en febrero de 1894; en ese momento el novelista, admirador del marido y amigo de sus dos hijos, Léon y Lucien, que sólo cuenta quince años, conquistó a Mme. Daudet: «Jamás he conocido joven tan educado como M. Proust», a pesar de que su marido exclame un día: «¡Marcel Proust es el mismísimo diablo!». Mientras toma notas sobre su marido y las amistades que lo visitan con destino a la posteridad, Mme. Daudet despliega una amabilidad «encantadora pero muy burguesa».

Daudet, Alphonse

Por Alphonse Daudet (1840-1897), el famoso autor de Cartas desde mi molino, Proust sentía un afecto que había nacido de la lectura juvenil de ese título; presentado al famoso escritor a finales de 1894, no deja de escribirle: «No puedo expresarle, señor, cuán

emocionado estoy ante su bondad. Mis sueños más hermosos cuando era niño no habrían podido prometerme nada tan inverosímil ni tan delicioso como ser recibido un día tan graciosamente por el Maestro que ya me inspiraba admiración y un respeto apasionado».

Pero Marcel siente más afecto por la persona que por el escritor realista, «demasiado simplista de inteligencia», y adivina entre ambos una comunidad de destino: «Nada más acostarse, sus dolores se vuelven intolerables y, todas las noches, traga una botella de doral para dormirse. Yo no podía entender cómo a pesar de todo podía seguir escribiendo». Proust, amigo de sus hijos Léon y Lucien, cena frecuentemente en casa de Daudet durante los tres años que a éste le quedan todavía, aunque critica en su correspondencia el materialismo de sus conversaciones, su mal gusto, capaz de hacer a sus invitados preferir Musset a Baudelaire, y, sobre todo, una mentalidad que explica el genio de un artista por «los hábitos físicos o la raza», en la línea de la crítica que luego hará a Sainte-Beuve.

El 19 de diciembre de 1897 Proust lamenta la muerte del escritor, ocurrida tres días antes, en un artículo en La Presse: «La personne d'Alphonse Daudet oeuvre d'art», en el que no dedica una sola línea a su obra. Daudet servirá a Proust como uno de los numerosos modelos de Bergotte.

Daudet, Léon

Hijo del novelista Alphonse Daudet y hermano de Lucien, Léon (1867-1942) conoció a Proust en casa de su padre, a finales de 1894. Cuando Proust mantenía ya relaciones con su hermano Lucien, pasará algo más de una semana con Léon en el Grand-Hôtel de France et d'Angleterre de Fontainebleau: «Con el claro de luna, bien abrigados, dábamos los dos largos paseos por el bosque, donde Marcel me confiaba sus proyectos literarios, que su cumplimiento superó. Aquel querido Marcel era un desollado vivo, que ya hacía, con sus desolladuras, un tapiz de punto, de un brillo y de una novedad admirable». Hombre inteligente, con gran don de gentes, gracia

personal e ingenuidad desconcertante, después de abandonar la medicina —que inspiró sus primeras novelas, entre ellas Les Morticoles (1894) donde figuran varios amigos de Proust—, se dedicó al periodismo, al ensayo —Le voyage de Shakespeare— y a la novela de costumbres, antes de dedicarse a la política.

Fundador con Charles Maurras del periódico «L'Action Française», dejaría en sus páginas numerosos artículos de gran violencia en los que se daban la mano la indecencia y la gracia, en un estilo vehemente de gran riqueza verbal. A pesar de que Léon Daudet profesaba un antisemitismo radical, del que se convirtió en apóstol a través de sus artículos y sus escritos, mantuvo una amistad cálida y constante con Proust, que apreciaba su estilo aunque no participara de su ideología. Sus intrigas y presiones hicieron obtener a Proust el premio Goncourt por A la sombra de las muchachas en flor. Proust, que le debe el conocimiento de Gastón Calmette, le dedicará La parte de Guermantes I, calificándole de «incomparable amigo».

Daudet odiaba la homosexualidad, pero no llegó a enterarse de la relación que unió a Proust y a su hermano hasta mucho más tarde; cuando, tras un fracaso amoroso y a punto de suicidarse, Lucien le confiesa haber mantenido una relación homosexual con Proust, Léon «se llevó tal disgusto que se pasó llorando tres días sin parar». (A. Germain, Les Clés de Proust). En el lecho de muerte, Proust mandó a Céleste llevar un ramo de flores a Léon, que acababa de escribir un artículo sobre él.

Daudet, Lucien

Hijo del novelista Alphonse Daudet, Lucien (1878-1946) conoció a Proust cuando éste, siete años mayor, empezó a frecuentar la casa de su padre, a fínales de 1894. Inteligente, nervioso, sensible, esnob, de belleza perfecta que él mismo era el primero en admirar, «guapo, delgado, moreno de piel mate, rostro penetrable, voz cálida y metálica. Su apostura física y genuinamente meridional corría pareja

con una elegancia destacada y tan violenta como el control de sus resentimientos». (F. Bac, Souvenirs inédits).

Atraído desde la adolescencia por la aristocracia —«Habría dado todo por que nuestro apellido se escribiese con una D con apóstrofo»— y la vida de la alta sociedad, en 1896 se convierte en galán de la emperatriz Eugenia, a quien ha conocido a través de Montesquiou, y sobre la que escribirá tres de sus quince libros; también se dedicó a la pintura: en 1906, un año antes de que al parecer dejase los pinceles para convertirse en escritor, hizo una exposición (Flores y retratos) cuyo catálogo prologó Anna de Noailles; se le atribuye un retrato de Proust, quien, según la correspondencia entre ambos, admiraba su pintura.

La amistad con el adolescente que Lucien era se transformó para Proust en amor cuando el novelista concluyó su relación con Reynaldo Hahn. Una alusión irónica a esos amores, que Jean Lorrain, escritor mundano y también homosexual, hizo en la reseña que el 3 de febrero de 1897 dedicó en Le Journal a Los placeres y los días, movió a Proust, ofendido, a retar a Lorrain a duelo, que se celebró tres días más tarde. No duró mucho la relación: tras una pelea, Proust parece haber dicho a Lucien: «Cuando los seres se alejan, querría poder hacerlos desaparecer»; le acusaba de que, con él, el amor no podía durar más de dieciocho meses; y Daudet confesará a su vez ajean Cocteau: «Marcel es genial. Pero es un insecto atroz. Usted lo comprenderá un día».

Pese a poner fin a su relación amorosa, siguieron siendo amigos íntimos: Lucien será uno de los primeros en leer Swann antes de su publicación y se encargará de hacer una reseña en Le Figaro cuando aparezca ese libro. Hasta el último momento de la vida de Proust, ambos mantendrán una amistad sin fisuras: «Quizá sea una de las pocas personas a las que Proust haya amado por sí misma, sin pensar nunca en su utilidad para un personaje de su libro. Pero quizá tampoco ofrecía un tipo bastante notable», escribe Céleste Albaret.

Daudet entregó un paquete de cartas de Proust a Robert de Saint Jean (1901-1987), que han sido leídas por escasas personas; según Angelo Rinaldi se trata de cartas «sin perífrasis intercambiadas por los

dos amantes. ¡Ah!, deberá creerse mi palabra si afirmo que no se aburrían cuando estaban juntos».

Daudet, Lucien: L'Impératrice Eugénie, 1911. L'Inconnue (L'Impératrice Eugénie), 1923: Autour de soixante lettres de Marcel Proust, 1928. Dans L'ombre de L'impératrice Eugénie y Lettres intimes adressés á Mme. Alphonse Daudet, 1935.

Deacon, Gladys

El 10 de octubre de 1906, esta joven de gran belleza se aloja encima de Proust en el Hotel des Réservoirs; su apellido estaba ligado al escándalo: su padre había asesinado en 1892 en Cannes a un diplomático francés, Emile Abeille, por ser amante de su esposa. Las tres hijas del matrimonio triunfaban en el mundo de la alta sociedad galante en Londres, París, Roma o Nueva York. Gladys seduciría con su belleza griega a figuras mayores del arte de la época, desde varones como Henry James, Robert de Montesquiou («parece un arcángel»), Giraudoux («Cuando habla, es como si estallase vidrio»), Gabriele D'Annunzio, Rodin, Berenson y Hermán von Kayserling hasta mujeres como Virginia Woolf, que se enamoró de ella nada más verla. Proust la visitará una noche que estaba ausente, y pasa el rato hablando con su madre.

La marquesa de Clermont-Tonnerre trató de casarla, por medio de Proust, con Léon Radziwill, pero Gladys Deacon, que había perseguido al duque de Marlborough, casado con Consuelo Vanderbilt, alcanzará su sueño en 1921, al divorciarse ese matrimonio. Proust asistirá el 15 de junio de 1921 a una cena dada por Mme. Hennessy para celebrar el desposorio, y nueve días más tarde a su matrimonio civil en el consulado de Gran Bretaña. Servirá de modelo para el personaje de Miss Forster en A la busca del tiempo perdido.

Delafosse, Léon

Pianista y compositor (1874-1951) de origen social modesto y de gran belleza, consiguió a los trece años el primer premio del Conservatorio. Proust lo conoció tocando el piano en 1894, en el salón del conde Saussine. Delafosse, a imitación del conde, había musicado un poema, «Baisers», de Montesquiou, a quien no conocía; fue Proust quien se lo presentó, brindándoselo «como víctima propiciatoria para mitigar el resentimiento que sentía nacer contra él en el cazador de murciélagos». (Diesbach, pág. 146). De todos modos, ambos se disputaron a Delafosse, «nuestro pequeño músico», llegando Proust a reprochar por carta a Fauré haber jugado un papel de alcahuete contra él.

Durante tres años, Delafosse fue el favorito del conde, que le puso el apelativo de «el Angel», y que, como ocurría cuando se cansaba de sus protegidos, empezó a odiarlo en cuanto sus relaciones comenzaron a deteriorarse: «Procure que pueda más mi amor por su arte que el horror que me inspira su persona (…). La gente mediocre jamás comprende el esfuerzo que hacemos para descender hasta ellos y jamás sube hasta nosotros», le escribirá Montesquieu: el modo de su ruptura anuncia el de Charlus en A la busca del tiempo perdido.

A partir de 1897, Delafosse busca otros protectores o protectoras, sobre todo una vieja dama suiza que no le dejaba tocar más que en París, Ginebra y Montecarlo, y sólo para oyentes aristocráticos. Proust solía encontrarlo en casa de la princesa Rachel de Brancovan, donde tocaba. Compuso, antes de morir en el olvido, numerosas piezas para piano, entre ellas una balada dedicada a Flavia de Casa-Fuerte. Delafosse se jactaba de haber servido a Proust de modelo para Charles Morel; y lo es, al menos en su ambición, aunque otros rasgos pertenezcan a Alfred Douglas, al secretario de Proust Henri Rochat, etc.

Desjardins, Paul

Profesor y moralista, Paul Desjardins (1859-1940) tuvo a Proust como alumno durante sus estudios de derecho. En realidad, con él

estudió «a esos grandes filósofos-poetas, Heráclito, Lucrecio», y en su libro Devoir présent (1892) —«todos los servidores consagrados a algo que existe fuera de ellos, ciudad, religión, justicia, verdad o incluso belleza concebidos como modo de adoración»— Proust aprendió a despreciar el diletantismo para orientar sus reflexiones hacia la necesidad del deber, la ley moral y la acción. En el «Bulletin pour L'action moral», asociación fundada en 1982 por Desjardins, Proust leyó las primeras traducciones al francés de textos de Ruskin entre 1893 y 1903, así como fragmentos de novelistas ingleses que luego figurarán entre sus preferidos, como Thomas Hardy y George Eliot.

Esa asociación se convertiría en «L'Union pour la Verité» durante el caso Dreyfus. A partir de 1910, Desjardins organizó en la abadía de Pontigny las «décadas», conversaciones que reunirán durante diez días de verano a intelectuales franceses y europeos para discutir temas de arte, filosofía y moral hasta 1914; tras la interrupción de la guerra, se reanudaron en 1922-1939, y más tarde, bajo la dirección de la hija del filósofo, Anne Heurgon, en el castillo de Cerisy. Proust proyectó en varias ocasiones asistir a esas décadas.

La influencia de agitación y de acción de Desjardins supera la importancia de su obra escrita. Dejó en Hommage a Proust un retrato del «niño de 1888»; «Aquel joven príncipe persa de grandes ojos de gacela, de párpados lánguidos; respetuoso, onduloso, cariñoso, inquieto; buscador de delicias, para quien nada era soso; irritado ante los obstáculos que la naturaleza pone a las tentativas del hombre —sobre todo del hombre que él era, tan frágil; esforzándose por convertir en algo activo lo pasivo que parecía su destino; lanzado hacia lo más, hacia el exceso, hasta en su bondad encantadora; de buena gana dibujaría yo a este niño romántico, de memoria».

Doazan, Barón

Jacques Doazan (1840-1907), primo de Mme. Aubernon, disfrutaba de una baronía creada durante el Imperio. Obeso, con el bigote teñido, maquillado y perfumado hasta el exceso, se había

arruinado en el pasado por un violinista polaco; también tuvo por secretario al argentino Gabriel Yturri, que le fue robado por Robert de Montesquiou. Proust, lo conoció en el salón de su prima en 1892. Y André Gide lo reconoció en la descripción física de Charlus; el propio Proust, en el momento en que teme que Montesquiou se vea reflejado en ese personaje, le escribe que, para crearlo, «pensé por un instante en el difunto barón Doazan (…) pero luego renuncié y construí un Charlus mucho más amplio, totalmente inventado».

Dreyfus, Alfred

Hijo de un industrial alsaciano israelita, el capitán Alfred Dreyfus (1859-1935), que ya se había visto frenado en su promoción debido a sus orígenes judíos, fue detenido en 1894 bajo la acusación de haber pasado secretos militares a Alemania. Tras un proceso a puerta cerrada, fue condenado el 22 de diciembre de ese año a degradación militar y confinamiento de por vida en la isla del Diablo, en la colonia francesa de Guayana. Dos años después, el comandante Picquart, demostrando la falsedad de los documentos que habían servido para condenarle, debidos a otro oficial de origen húngaro, el comandante Esterházy, vuelve a llevar a los tribunales el caso. Absuelto Esterházy, empieza a pedirse la revisión del proceso de Dreyfus: un artículo de Émile Zola publicado en enero de 1898, en «L'Aurore», exigiendo del presidente de la República justicia, hace que el affaire Dreyfus estalle dividiendo profundamente a la opinión pública, que se reparte en dos campos: dreyfusistas y antidreyfusistas.

Al año siguiente, el caso es revisado y Dreyfus condenado a diez años de cárcel en consideración a circunstancias atenuantes, para terminar obteniendo gracia en septiembre de 1899. En 1903, el caso será revisado a instancias del ministerio de Justicia: Dreyfus será rehabilitado, reintegrado en el ejército y condecorado con la Legión de Honor: esta sentencia suponía la victoria de la izquierda socialista y radical frente a la derecha clerical, nacionalista y antisemita. Marcel Proust intervendrá en el caso: la noche del 23 de enero de 1898, día

de la publicación del «J'Accuse» de Zola, el novelista encabeza un Manifiesto de intelectuales, que pasa a la firma de todos sus conocidos en los medios aristocráticos y artísticos que frecuentaba: recibió negativas —de su padre, de Mme. de Caillavet, de Léon Daudet, por ejemplo— y apoyos —de su madre, de sus condiscípulos y amigos Bizet, Halévy, Flers, La Salle, Gregh, etc.—; la campaña que llevó a cabo le permitirá jactarse más adelante de haber sido «el primer dreyfusard».

En las páginas de Jean Santeuil queda reflejado ese período de agitación y apasionamiento de Proust, que alteró su modo de vida para asistir a las sesiones del juicio contra Zola por su artículo J'Accuse, y que comenzó el 7 de febrero de 1898: el autor de Los Rougon Macquart fue condenado a un año de cárcel y a una multa; no parece que Proust haya seguido las sesiones del siguiente juicio provocado por la apelación de Zola.

Dreyfus, Robert

Ensayista e historiador, al que Proust conoció en su niñez, en los juegos de los Champs-Élysées, y a quien volvió a encontrar en el Liceo Condorcet. Tercer miembro de la «pequeña sociedad de los cuatro amigos». (Jean Santeuil, págs. 258-259) y confidente del novelista durante toda su vida, conoció de primera mano desde las tentativas amorosas de Proust hacia sus compañeros Bizet y Halévy («So pretexto de amar a un compañero como a un padre, lo ama como a una mujer (…), ¿es un p…, es un loco, es un cuentista?», dice Proust de sí mismo confesándose a Dreyfus), hasta la génesis y el desarrollo de Ala busca del tiempo perdido. En 1926 publicó Souvenirs sur Marcel Proust, (en la colección «Cahiers verts», dirigida por Halévy, y titulada así en recuerdo de la Revue vert de sus años escolares), con información de primera mano y basada en sus confidencias adolescentes y en su correspondencia, de capital importancia para el conocimiento de ese período de la vida del autor de A la busca del tiempo perdido. Participó en la redacción de la revista escolar creada

por Halévy Le Banquet, y se dedicó al periodismo. Acogió con elogios, desde las páginas de Le Figuro, en el momento de su publicación, los dos primeros títulos de la novela de Proust, que escribe sobre el ejemplar de A la sombra de las muchachas en flor que le dedica: «A Robert Dreyfus, en recuerdo de las muchachas de los Champs-Élysées y de los bailes…».

Ephrussi, Charles

Judío nacido en Odesa, en una familia de banqueros y exportadores de trigo, Charles Ephrussi (1849-1905) vivió en la corte de Viena y llegó a París a los veinticinco años, frecuentando la ópera y los salones de la princesa Mathilde, de Mme. Straus y de Mme. Lemaire. Dirigió «La Gazette des Beaux-Arts», y su suplemento, «La Chronique des arts et de la curiosité», en cuyas páginas colaboraron Taine, Bourget, Laforgue, el joven Berenson y el propio Proust. Ephrussi fue uno de los primeros en apoyar a los impresionistas y en comprar cuadros de Degas, Manet, Monet, Pisarro, Moreau, Puvis de Chavannes y Renoir —que lo representó en su Déjeneur des canotiers, cuadro pintado en 1881 que Proust atribuye a Elstir y sitúa en la colección del duque de Guermantes—, con destino al palacete familiar del número 11 de la avenida de Iéna.

Había conocido a Proust, amigo de su hermanastra Mme. Léon Fould, protectora proustiana en la etapa de Saint-Moritz, en el salón de la princesa Mathilde; y el novelista lo invitó a una cena con velada literaria en la que reunió, el 24 de abril de 1899, a los partidarios de Dreyfus. En 1905, en el momento de la muerte de Ephrussi, Proust evoca «su vida tan armoniosa, tan poblada de imágenes de belleza». Hasta el final de su vida, Proust citará en sus cartas el nombre de este amigo, al que considera uno de los iniciadores de su educación artística, a quien también dedica en Jean Santeuil un fragmento, «Un amateur de peinture», y cuya monografía sobre Durero leyó atentamente. El personaje le serviría para modelar la faceta de crítico

de arte de Charles Swann, cuyo nombre, como el de Charles Haas, lleva el personaje de la ficción.

Fauré, Gabriel

El compositor Gabriel Fauré (1845-1924) había estudiado con Camille Saint-Saéns, a quien Reynaldo Hahn prefería, frente a Proust, partidario de Fauré, cuya música había leído y tocaba antes de conocer al músico personalmente. El encuentro se produjo en casa de Mme. Louis Stern, en 1895; dos años más tarde, le escribe: «No sólo amo, admiro y adoro su música, he estado y sigo estando enamorado de ella; mucho antes de que usted me conociese». Proust invita a cenar a distintas casas de amigos al compositor, que ha sido para él, según confiesa a la condesa de Noailles, una pasión. En 1915, declara a Antoine Bibesco haber utilizado la Ballade de Fauré para los movimientos espaciados de la sonata de Vinteuil, para la que también empleará la Sonata para violín y piano. Hasta esa fecha es frecuente la relación del escritor y del músico, cuyas obras hace tocar a menudo en conciertos en casa de sus amistades o en el Ritz. A partir de 1916, Fauré desaparece prácticamente de la vida y la correspondencia de Proust.

Faure, Lucie y Antoinette

Hijas de Félix Faure, presidente de la República Francesa; los Faure recibían los sábados en su salón a un selecto grupo de amigos del que formaba parte Adrien Proust, que introdujo en ese círculo a su hijo. Pero Proust ya conocía a las hijas Faure: pertenecían al grupo de niñas con las que jugaba en los Champs-Élysées. Lucie (1866-1917), escritora y especialista en Dante («Les femmes dans L'oeuvre de Dante», 1902), se casó con el historiador y luego académico Georges Goyau; mantuvo amistad durante toda su vida con Proust, que pidió ser enterrado con un rosario que Lucie le trajo de una visita a

Jerusalén. Antoinette, la hermana menor de Lucie, de largas pestañas, en quien se pensó para esposa de Proust, fue la primera que sometió al adolescente compañero de juegos —tenía probablemente quince años— a un cuestionario con el objetivo «de arrancar (…) a quien responde a él su autorretrato. Por eso [las preguntas] versan sobre las cualidades y los defectos, los gustos, las ocupaciones, las pasiones, las relaciones con los hombres y las mujeres, y finalmente el sentido de la vida». (Tadié).

Fénelon, Bertrand de

Amigo de Antoine Bibesco, que se lo presentó a Proust en 1901, Bertrand, conde de Salignac-Fénelon iba a suceder en el corazón del autor de Jean Santeuil a Clément de Maugny. Miembro de la sociedad secreta de amigos formada en torno a los Bibesco, Proust se enamora de Fénelon de una forma adolescente: en 1902, pide a Antoine Bibesco que le transmita su simpatía: «Dígale a Fénelon que me inspira gran simpatía y que me haría muy feliz si a cambio de la mía, muy grande, me concediese un pedacito de la que rompe para dispersarla entre tantas personas».

Las cartas a Bibesco permiten apreciar el nacimiento y desarrollo de una pasión hecha de sutilezas, de sobrentendidos, de delicias experimentadas por Proust, como la de apoyarse en el brazo de Fénelon durante una excursión a Coucy con el grupo de amigos. Proust somete «al pobre muchacho a quien yo le importo un comino» a un cerco cuyo entusiasmo conoce toda la pandilla de amigos, menos el interesado, con quien en octubre de 1902 hace un viaje a Brujas —que dejará sus huellas en la novela a través de las ciudades: Amberes, Dordrecht, Delft, Haarlem, Amsterdam— para visitar una exposición de primitivos flamencos; viaje que terminó en fracaso absoluto, como deja traslucir en una carta a su madre: «Estoy aquí desde ayer, me encuentro en un estado sentimental tan desastroso que tengo miedo a envenenar con mi tristeza el viaje del pobre Fénelon y le he dejado respirar lejos de mis gemidos».

En Amberes se separan, con la promesa de volver a reunirse; en el hotel de Dordrecht Proust escribe tres versos: «Dordrecht, lugar tan bello / tumba / de mis ilusiones queridas». Proust se confiesa impotente para luchar «contra esta Sirena clásica de ojos azul de mar que viene en línea recta de Telémaco y cuyas huellas ha debido de encontrar M. Bérard cerca de la isla de Calipso».

El enamoramiento duró casi año y medio. A su regreso de Holanda, Fénelon le comunica que ha sido destinado a la embajada de Francia en Constantinopla: Proust pasa las noches llorando; el 6 de diciembre, acompañado por Georges de Lauris, Fénelon acude a la calle Haussmann para despedirse de Proust; un comentario despectivo de Fénelon contra la sordidez burguesa del piso, donde a pesar de la estación no está encendida la chimenea, hace estallar a Proust, que la emprende a puñetazos con Fénelon y termina arrancando el forro de la chistera: el Narrador hará lo mismo con la chistera nueva de Charlus (La parte de Guermantes).

Proust culpó a su madre, que había ordenado apagar la chimenea, del incidente: «Por tú culpa me encontraba en tal estado de nervios que cuando el pobre Fénelon ha venido con Lauris, a una frase, muy desagradable, debo decirlo, que me ha dicho, me he abalanzado sobre él a puñetazos (sobre Fénelon, no sobre Lauris) y sin saber lo que hacía he cogido el sombrero nuevo que acababa de comprarse, lo he pisoteado, destrozado y luego le he arrancado el forro. Como podrías creer que exagero, uno a esta carta un trozo del sombrero para que veas que es verdad». La reconciliación fue inmediata, y Proust acudió a la estación para despedir al joven diplomático que había de convertirse en el modelo principal de Saint-Loup.

Posteriormente, Proust vio a Fénelon con ocasión de algún permiso, vacación o traslado del diplomático —Washington, París, Cristianía—. Todavía en 1912, Proust escribe a Albert Nahmias: «Hace más de siete u ocho años que no nos vemos ni escribimos. Esto no impide que hayamos estado mil veces más unidos de lo que usted lo estará nunca conmigo ni que nuestros corazones no hayan cambiado en el silencio y la distancia».

En agosto de 1914, Fénelon se alistó como voluntario en el ejército: en la primera batalla del Artois, en Mametz, el 17 de

diciembre de 1914, es dado por desaparecido; cuando la hermana de Fénelon, la marquesa de Montebello, escriba a Proust que un oficial ha visto caer mortalmente herido a Bertrand, se niega a creerlo: «Pienso tanto en él que, habiéndome dormido un instante, le he visto, le he dicho que le había creído muerto. Ha estado muy gentil». La noticia de su muerte aparecerá confirmada y publicada el 15 de marzo de 1915: en Sodoma y Gomorra se acordará de su «amigo más querido, el ser más inteligente, bueno y valiente, inolvidable para todos los que le conocieron, Bertrand de Fénelon».

Las cartas de ese momento están cargadas del mismo dolor que emplea el Narrador para hablar de la muerte de Saint-Loup —aunque de hecho la muerte de Saint-Loup es la de Robert d'Humiéres, acaecida a primeros de mayo de 1915. Según Paul Morand, (Le Visiteur du soir), Bertrand de Fénelon, perseguido por las damas por su belleza, era homosexual, pero Proust lo supo muy tarde. Y la reserva o el rechazo que Fénelon mantuvo hacia él durante el viaje a Holanda le parecieron entonces injustos, provocando una decepción que «contribuyó sin duda alguna a modificar el personaje de Saint-Loup y a hacerlo menos simpático». (Diesbach).

Feydeau de Brou, Mme.

La marquesa Feydeau de Brou, cuyas veladas musicales frecuentó Proust siguiendo a Reynaldo Hahn, había acompañado al duque d'Aumale a Argelia, hecho que le mereció el apodo cariñoso de «el viejo zuavo». Más que por sus veladas musicales, su casa era célebre por su fiesta anual, a la que acudían los embajadores extranjeros, y en la que los invitados tenían que llevar los alimentos y los refrescos. Proust acudió más a los jueves de su hija, la marquesa de Saint-Paul.

Finaly, Horace

Condiscípulo de Proust en el Liceo Condorcet, Horace Finaly (1871-1945) era hijo de un rico banquero judío que invitó en más de una ocasión al adolescente Proust a pasar con ellos sus vacaciones: en 1889, a Ostende, uno de los balnearios más elegantes de Europa; y en 1892, a Les Frémonts, antigua propiedad de los Baignéres comprada ahora por el banquero. De gran cultura, aunque melancólico y metafísico según Gregh, terminaría convirtiéndose en director de la Banque de Paris et des Pays Bas.

La presencia de Louis de la Salle en Les Frémonts en ese verano de 1892 ayuda a Proust a soportar a Horace, cuya cultura, tan amplia que podía leer a los clásicos griegos en el original, no impedía una grosería de comportamiento que Proust refleja en el personaje de Bloch, al que sirve de modelo; también fue modelo para el Móise de Bella, de Giraudoux. Según Gregh, Proust cortejó a su hermana Marie. Horace y Marcel mantuvieron esa amistad durante toda su vida: Proust le pidió asesoramiento para sus inversiones, y en 1921 colocación para su secretario Henri Rochat, demanda que fue atendida por Horace.

Finaly, Mme. Hugo

Eugénie Ellenberger (1850-1938), esposa del banquero Hugo Finaly y madre de Horace, condiscípulo de Proust, tenía un salón frecuentado por el dramaturgo Georges de Porto-Riche, administrador de la Bibliothéque Mazarine, donde Proust empezará a trabajar. Su tío, Horace de Landau, que había representado a los Rothschild en Italia y era célebre por su cultura, su biblioteca y sus frases ingeniosas además de por su dinero, compró a Arthur Baignéres la villa de Les Frémonts, en Trouville, para regalársela a su sobrina Eugénie. En cuanto a su marido, «hubiese encarnado perfectamente a Polonio. Se habría imaginado a su hijo Hamlet-Horacio con traje de esgrima gritando: "Una rata, una rata", y traspasándolo a través del tapiz». (F. Gregh, L'Âge d'or, pág. 164). Estuvo al frente de la Banque de Paris et des Pays-Bas, cargo que traspasó a su hijo Horace.

Finaly, Marie

Hermana de Horace Finaly (1873-1918) por la que, según Fernand Gregh, Proust sintió cierta inclinación durante las vacaciones que pasó en 1892 en Les Frémonts, invitado por los Finaly. «Mlle. Marie tiene el aire pintado por Dante Rossetti», escribe en su correspondencia Proust, aficionado, como ella, a la música. Marie se casó en 1897 con Thomas de Barbarin, y murió víctima de una gripe española contraída durante la guerra, en la que había servido como enfermera voluntaria. Además de ser uno de los primeros modelos de Albertine, en Los placeres y los días aparece bajo el nombre de Assunta en «Sonata claro de luna».

Fiteau, Félicie

Vieja criada de M. y Mme. Proust, Félicie Fiteau o Felicité Fitau, de «afecto delicioso y sencillo», servirá también a Proust hasta julio de 1907; era tía de Robert Ulrich, empleado por el escritor como recadero y secretario ocasional. Excelente cocinera que preparaba uno de los platos que Proust comparaba con su estilo literario, el boeuf mode, serviría, junto con Marie, otra doncella de los Proust (que, enamorada al parecer del escritor fue despedida por su madre en marzo de 1905), para el retrato de la Françoise de Contre Sainte-Beuve.

Fitz-James, Mme.

Rosalie de Gutmann, casada con el conde Robert de Fitz-James, era hija de un banquero austríaco de raza judía. Proust le fue presentado en 1894; y desde ese momento frecuentó su salón de la calle de Constantinei al que acudían literatos y académicos. Conocida como «Rosa Malheur». (Rosa Desgracia), por alusión a la pintora Rosa Bonheur y a las infidelidades de su marido, tenía fama de simple, la

marquesa de Harcourt le dirá un día: «Rosa, todo el mundo te encuentra muy tonta. Pero yo no soy de esa opinión». (A. Germain, La Bourgeoisie qui brûle, pág. 185). Guardaba en su secreter la lista de todos los matrimonios de aristócratas de las grandes casas europeas con judíos.

Flers, Robert de

Condiscípulo de Proust en el Lyceo Condorcet, Robert Pellevé, futuro marqués de Flers (1872-1927), siguió el mismo camino del escritor: hizo su carrera de derecho y luego la licenciatura de letras. Vástago de una antigua familia de la nobleza normanda, empezó por acudir al salón de Mme D'Aubernon; en la primavera de 1892 se une íntimamente a Proust, que lo asocia a la redacción de Le Banquet; en enero de 1893, en una carta a Robert de Billy, Proust le confiesa: «No hay nada que haya cambiado mucho en mi vida sentimental, salvo que he encontrado un amigo (…). Es el joven y fascinante, inteligente, y bueno, y cariñoso Robert de Flers».

Robert conseguirá llevar a Proust a las conferencias de Cuaresma del padre Vignot. Espléndido conversador, elegante, seductor y lleno de simpatía, seguirá una carrera meteórica que no buscó: periodista, director literario de Le Figaro, encargado de negocios en Bucarest, donde fascinará a la reina María, y autor de comedias llevadas a la pantalla en los años veinte y treinta y de vodeviles de gran éxito —en colaboración con Gastón Arman de Caillavet, y, a la muerte de éste, con Francis de Croisset—, terminó ingresando en la Academia Francesa (1920), de la que se había burlado, junto a Gastón, en L'Habit vert.

Dejó, además relatos de viajes, alguna novela y libretos para óperas cómicas y para una opereta de Reynaldo Hahn (Ciboulette, con Croisset, 1922). Una fotografía en la que está con Proust, triunfante, y con Lucien Daudet concitará las iras de Mme. Proust, que prohibió a su hijo mostrarla. En 1898, Proust publicará un artículo con su nombre por título en «La Revue d'art dramatique».

Forain, Jean-Louis

Pintor costumbrista, y caricaturista, Jean-Louis Forain (1852-1931) conoció a Proust en uno de los salones mundanos que más frecuentó en su juventud, el de Mme. Straus, y que abandonó durante el caso Dreyfus. Fundador con Caran d'Ache de la revista antisemita «Psst», formaría parte de la Liga nacionalista de extrema derecha junto con Charles Maurras y Léon Daudet. Proust seguirá manteniendo relaciones sociales con él, por ejemplo, en el verano de Cabourg de 1908, le ofrece una cena junto al pintor Sert y a Missia Godebska.

Forssgren, Ernst

Ayuda de cámara de Proust, que lo conoce en 1914, en un período en el que la guerra apenas ha dejado en París hombres aptos para el trabajo. Debido a su origen sueco, no fue llamado a filas; estudiaba en la Sorbona y había servido en casa del príncipe Orlov para costearse los estudios; declarada la guerra, el príncipe redujo su servidumbre; un anuncio de periódico lo lleva a casa de Proust la víspera de la marcha de éste a Cabourg, junto con Céleste que, desde el primer momento, sintió celos del joven. Según confesión de Forssgren, en ese mes de septiembre de 1914 habría mantenido en Cabourg un amorío con la mujer de un marino, dando a entender además que, en ciertos momentos de expansión, Proust le besaba y juraba que nunca había amado tanto a nadie como a él.

Céleste, en sus memorias, lo acusará de vanidoso y de ser «tan pagado de sí mismo que por lo menos se creía el rey de Suecia, si no Dios». De ayuda de cámara que jugaba con Proust a las Céleste, en sus memorias, lo acusará de vanidoso y de ser «tan pagado de sí mismo que por lo menos se creía el rey de Suecia, si no Dios». De ayuda de cámara que jugaba con Proust a las damas, a las cartas, etc., pasó a ser secretario y confidente. Sin embargo, en octubre era llamado a Suecia para cumplir su servicio militar; terminará emigrando a Estados Unidos, donde vivió en condiciones precarias.

En noviembre de 1922, Proust recibe una carta de Forssgren que le anuncia su paso por París y su alojamiento en el Riviera Hotel. En estado casi agónico, el 8 de noviembre Proust se levanta de la cama y lo espera en el hotel desde las once de la noche hasta las tres de la mañana; Forssgren se presentará al día siguiente en casa del escritor, pero su hermano Robert Proust le prohíbe pasar a la habitación donde el novelista agoniza. Forssgren sirvió de modelo —uno más— a Morel. Los recuerdos de Forssgren fueron publicados por J. Bersani y Michel Raimond en Cahiers Marcel Proust, «Etudes Proustiennes II», págs. 119-142.

France, Anatole

Anatole France (1844-1924) es el gran clásico vivo de la literatura francesa en el momento en que Proust lo conoce, en 1889, en el salón de Mme. Arman de Caillavet, donde, como amante de la anfitriona, el autor de Le lys rouge reina y dicta normas, exhibido por la dueña de la casa. La prosa seudoclásica de Anatole France suponía para Proust, desde sus primeras lecturas, la cima de la lengua francesa; cuando se lo presentan, no es el «dulce Vate de cabellos blancos» que suponía, sino un hombre todavía joven de cuarenta y cinco años, torpe de modales, que, como crítico literario de Le Temps, es la voz de la burguesía liberal, antes de pasar a convertirse en el filósofo socializante y anticlerical de la primera guerra.

La atención piadosa que Proust manifiesta en esa etapa hacia el maestro no tarda en convertirse en análisis de la lengua francesa, pobre y decolorada, que France emplea con gran sutileza para conseguir el triunfo. France dedicará a Proust una novela corta, L'Etui de nacre, y éste responderá dedicándole «Violante o la mundanidad» y pidiéndole que prologue Los placeres y los días; France encuentra en Proust elementos de «un Bernardin de Saint-Pierre depravado y de un Petronio ingenuo», «descuella en narrar los dolores elegantes, los sufrimientos artificiales, que se asemejan cuando menos en crueldad a los que no dispensa la naturaleza».

Cuando muere Mme. de Caillavet —France la había abandonado y huido, aprovechando una gira por Sudamérica, con una actriz, Jeanne Brindeau, provocando la muerte de dolor de su egeria—, Proust da el pésame al novelista, que contesta: «Querido compañero de los días felices, crea, usted que oculta su sufrimiento y muestra su buen corazón, que [sus] palabras, dulces como usted, me han emocionado los pocos días demasiado largos que me quedan de vida». No fue mucho el dolor de este novelista, que contratará como ama de llaves a la antigua doncella de Mme. de Caillavet, Anna Laprévotte, con la que acabará casándose. A partir de Los placeres y los días, los dos escritores siguieron caminos distintos: antes de recibir en 1921 el premio Nobel, France podrá reconocer en uno de los primeros tomos de A la busca del tiempo perdido sus amores de finales de siglo con Mme. de Caillavet, en la pareja Mme. Verdurin y Bergotte, personaje que fue creado por Proust a partir de múltiples rasgos de France.

Gallifet, Gaston-Auguste, marqués de

General y político francés, Gaston-Auguste Gallifet (1830-1909) era miembro del círculo de los Greffulhe, que dejó numerosos personajes en A la busca del tiempo perdido. Gallifet, amigo íntimo de Charles Haas, había luchado en México y en Sedán antes de reprimir con mano de hierro la Comuna. Encarnación del nacionalismo más cerrado, fue nombrado ministro de la Guerra en 1899, siendo Waldeck-Rousseau presidente del Consejo —ambos fueron las dos personalidades principales del gobierno de la revisión, que se coció en el salón de los Greffulhe—, después de las primeras escaramuzas del caso Dreyfus; Gallifet trató de cerrar el caso cuando en su orden del día al ejército dijo una frase lapidaria y célebre: «El incidente está zanjado». Figura en el cuadro de Tissot que representa Le Cercle de la rué Royale, donde aparece con Haas, Edmond de Polignac, etc. Proust parece acordarse de él cuando compara el monóculo de Froberville con «una herida monstruosa… gloriosa de

tener… pero indecente de exhibir», aludiendo a la herida en el abdomen que Gallifet recibió durante la guerra de México.

Gallifet, Marquesa de

Prima hermana de Mme. de Baignéres, la marquesa de Gallifet era, según Proust, que la veía frecuentemente tras su divorcio del marqués de Gallifet, «una de las beldades del Imperio». En 1862, había acompañado al príncipe de Gales cuando éste veraneaba en Dieppe; Proust solía verla en casa de los Baignéres o en la residencia Les Roches, en Trouville, del príncipe de Sagan. Algunos memorialistas de la época hablan de las bromas que este último gastaba al marqués de Gallifet sobre el punto que tenían en común: el de maridos engañados.

Gallimard, Gastón

Hijo de un coleccionista de cuadros, Gastón Gallimard (1881-1975) había sido alumno del Condorcet antes de convertirse, durante un tiempo, en secretario de Robert de Flers. Proust lo conoció en la casa de verano del nuevo amante de Louisa de Mornand, Robert Gangnat, en Blonville, en 1908, y esa misma noche cenan los tres en el Grand-Hôtel de Cabourg. Tres años más tarde, su diletantismo literario le convierte en hombre de negocios y en administrador de una editorial, La Nouvelle Revue Française, fundada en 1911, donde poco a poco van apareciendo nombres de jóvenes escritores de calidad como Paul Claudd, André Gide, Léon-Paul Fargue, con el director de escena Jacques Copeau como asesor principal en esos primeros momentos.

Será Copeau quien aconseje a Proust enviar el texto mecanografiado de su novela directamente a Gallimard, el 2 de noviembre de 1912. Una primera opinión favorable —mientras Proust entabla relaciones con otro editor, con Fasquelle— terminará

convirtiéndose en rechazo total: el informe del lector editorial —André Gide— calificaba la obra de novela mundana, escrita por un mundano, y Jacques Copeau, responsable de la revista de la editorial, se negaba a publicar un adelanto en sus páginas.

Una vez aparecido el primer tomo, Por la parte de Swann, en la editorial Grasset, cuando el estallido de la guerra interrumpe la publicación del segundo, Gallimard envía mensajeros a Proust para tantear el terreno sobre una posible recuperación del libro, André Gide será el primer emisario, para abrir las puertas a una correspondencia entre editor y autor: «Ya que tiene usted a bien considerar como mala suerte que lo hayamos rechazado, permítame decirle hoy por fin que la mala suene ha sido nuestra, y lo más lamentable es que toda la responsabilidad recae sobre nosotros. Hemos sido estúpidamente necios. Me avergüenza pensarlo. (…). Con todo, debe saber usted, y así se lo habrá dicho Gide, que en la Nouvlle Revue Française tiene usted amigos».

Será el príncipio de unas negociaciones difíciles que culminarán con el traspaso de los derechos de edición de A la sombra de las muchachas en flor y la novela completa a Gallimard; no sin problemas ni reproches por parte de Proust, como demuestra la correspondencia entre ambos. Pese a las afectuosas dedicatorias que Proust escribe a Gallimard en los ejemplares de los distintos volúmenes que publica su editorial, no parece que el aprecio de Proust por su editor haya sido, según Celeste Albaret, mucho.

Gallou, Ernestine

Sirvienta muy vinculada durante treinta y tres años a Élisabeth Proust y a la familia Amiot, tíos de Proust, en cuya casa pasó éste los veranos de su infancia. Antigua campesina, «mansa y sumisa con los amos, se muestra altiva y seca con los criados que tiene bajo sus órdenes, (…) llegando a mostrar en su autoridad cierto sadismo que Proust evocará a la hora de trazar el carácter de la anciana Françoise». (Diesbach). Esta criada, que con el nombre de Félicie aparece en el

prólogo «Sobre la lectura», es de una fidelidad perruna con su ama y de una crueldad sádica con sus compañeros y con los animales. Fue el modelo mis antiguo para el personaje de Françoise, ideado además con rasgos de otros criados del propio Proust.

Gangnat, Robert

Agente general de la Sociedad de Autores Dramáticos, Robet Gangnat (1867-1910) conoció a Proust a través de Louisa de Mornand, que al ser abandonada por Albuféra buscó un nuevo protector en 1906. Las relaciones entre ambos no dejaban de ser tumultuosas, y Proust intervino como pacificador igual que había intervenido en la relación de la actriz y su amigo Albuféra, quien, sin saberlo el nuevo amante, seguía pasando dinero a Louisa. En el verano de 1908, Gangnat alquila cerca de Cabourg, en Bénerville, un chalet donde el entonces joven diletante Gastón Gallimard será presentado a Proust. La esposa de Gangnat, igual que la de Henry Dreyfus, hermano de su amigo Roben, será de gran ayuda moral para Proust en períodos concretos de depresión: por ejemplo en el verano de 1910, cuando su amigo Georges de Lauris se casó sin invitarle a la boda.

Gaucher, Máxime

Profesor de francés y griego de Proust en el curso de 1887-1888 en el Liceo Condorcet, Máxime Gaucher, nacido en 1829, gozaba de algún prestigio literario como crítico de la Revue littéraire y de la Revue Bleue. Sus superiores le acusan de «libertad de doctrina, que raya a veces en el escepticismo literario y alienta prematuramente la emancipadón intelectual de los alumnos». De estilo brillante y suntuoso en sus versos —que Proust utilizará para caracterizar el estilo de Bergotte y la ampulosidad de frase de Bloch—, Gaucher enferma

gravemente ese mismo año y es sustituido por los profesores Dupré y Dauphine.

La mordacidad de Gaucher queda unida al estilo que luego seria el de Proust en una anécdota contada por Robert Dreyfus (Souvenirs sur Marcel Proust): Eugéne Manuel, poeta mediocre y candidato perpetuo a la Academia Francesa, a la vez que inspector general de enseñanza, en una de sus inspecciones al Condorcet pidió a Gaucher que el mejor de sus alumnos leyese su última redacción. Cuando Eugéne Manuel empezó a oír la voz de Proust y la prolijidad del texto, preguntó a Gaucher «¿No tiene usted, entre los últimos de la clase, un alumno que escriba más clara y correctamente el francés?». La mordacidad de Gaucher jugó en su respuesta con el apellido del poeta inspector general: «Ninguno de mis alumnos escribe en francés de manuel (= manual)».

Gaucher, «con mucho el mejor profesor de retórica», según Proust, ejerció una notable influencia sobre el novelista, aunque, pese a apreciar las condiciones de escritor de Proust, en algunas ocasiones era «presa de un ataque de risa ante unas audacias de estilo que, en el fondo, le encantaban. Una de las alegrías de sus últimos días fue haber descubierto entre sus alumnos a un escritor nato», según los recuerdos del condiscípulo Pierre Lavallée (Correspondance génerale, t. IV).

Gautier-Vignal, Louis, conde

Escritor y ensayista. Louis Gautier-Vignal (1888-1982) era hijo de un antiguo y acaudalado cónsul de Rumania en Niza; fue presentado a Proust por Lucien Daudet en 1913.

Tras la muerte de Agostinelli, Proust trató de conocer a través de Gautier-Vignal pormenores del accidente, pero el conde, que rara vez visitaba Niza, sólo pudo informarle de los cursos de los jóvenes pilotos.

Esto facilita una relación que el propio escritor define en términos exactos: «Gautier-Vignal es, cómo diría yo, más bien un amigo de mi

libro que mío. Me malinterpretaría usted creyendo que pretendo renegar de una persona que me parece sumamente delicada, simpática, y que ha sido tan amable (y posee notable inteligencia). Lo que quiero decir es que lo conozco poco, desde hace poco tiempo. Ello no impide que nos profesemos gran simpatía; he tenido en él a un lector asiduo y además comprensivo, y en varias ocasiones se ha mostrado servicial y encantador conmigo». (Con, t. XIV, pág. 50, febrero de 1915). Proust recomendó, por ejemplo, a Émile, hermano de Agostinelli, al padre de Louis, que lo contrató como chófer; y pidió a Louis conseguirle, a través de sus amigos ginebrinos, un nuevo somnífero aparecido en Suiza: «Cuando se los llevé, tuve remordimientos por haberme hecho cómplice de la funesta alternancia de narcóticos y estimulantes que por fuerza tenía que desgastar su organismo, ya tan endeble».

Amigo de Gide, de Cocteau, de Jacques de Lacretelle, de la princesa Soutzo, etc., Gautier-Vignal, que se jactaba de haber explicado la filosofía de Kant a Proust, dejó un libro de recuerdos sobre éste, además de varios ensayos sobre cultura italiana, desde Pico de la Mirándola a Maquiavelo. Gautier-Vignal, Louis: Proust connu et inconnu, 1976.

Gazeau, Alexandre

Profesor de historia de Proust en el curso de 1886 en el Liceo Gondorcett que dirigirá de 1907 a 1915, Alexandre Gazeau estaba considerado por sus superiores como «el más amable de los profesores, a la vez que uno de los más inteligentes, de los más entrañables. (…). Sus alumnos lo adoran». Presentó a Proust al Concours genéral de 1887, que se celebraba en la Sorbona y en el que participaban los mejores alumnos de los institutos franceses.

Germain, André

Heredero del Crédit Lyonnais, André Germain, amigo de la juventud de Proust, que lo conocería en casa de los Daudet, era hijo de un padre viejo y trató de escapar al yugo de una madre caprichosa; su retrato, no demasiado favorable, lo hizo J. Blanche: «rasgos de cotorra y de lechuza en aquel rostro de naricilla ganchuda y ojos enormes». Despreciado por su propia madre, que encargó a Ferdinand Bac apadrinarlo en el mundo de las letras, Germain se convertiría en benefactor de poetas pobres y artistas famélicos a cambio de sus elogios. «Joven con cara de anciano endeble, (…) tez de jovencita erótica…», sorprendió a todos anunciando su boda con Edmée Daudet, hija del autor de Cartas desde mi molino y hermana de Lucien y Léon, amigos íntimos de Proust.

No tardó en huir del entorno de los Daudet, dejando parte de su fortuna para recobrar la libertad, según le dijo Barrés: «Parece usted un joven príncipe florentino a quien han asesinado para arrebatarle su herencia». Amigo de Jean Cocteau, Lucien Daudet, Maurice Rostand, etc., al aparecer Sodoma y Gomorra escribirá una reseña venenosa en Les Écríts nouveaux (julio de 1921), insinuando que Proust y sus personajes comparten las tendencias sexuales, y describiéndole como «una vieja solterona, institutriz en casa de gente muy encopetada, que se hubiese convertido en amante de un ayuda de cámara». Germain, André: Les Clés de Proust, 1953.

Gide, André

El escritor André Gide (1869-1951) había conocido a Proust en 1891, año en que se funda La Revue Blanche, que tiene en Verlaine, Mallarmé, Barrés, Léon Blum, Lorrain, José María de Heredia y el propio Gide unos colaboradores interesados por derroteros muy diversos y de edades muy distintas. En 1893, Proust empezará a publicar en esa revista parte de los textos que más tarde aparecieron recogidos en Los placeres y los días. Ambos escritores no se frecuentaron mucho en ese primer período de su vida. Sus relaciones cobrarán intensidad a partir del momento en que Gallimard funda La

Nouvelle Revue Française, con Copeau, Jean Schlumberger y André Gide como directores o asesores principales. En ese momento Gide es un escritor famoso que ya ha publicado Les Cahiers d'André Walter, Les Nourritures terrestres, L'Immoraliste, La porte étroite, etcétera.

Cuando en 1912 Proust busca editor para su novela, en la que, según él mismo confiesa, hay un volumen «sumamente indecente» y cuya composición es «muy estricta, pero de un orden demasiado complejo como para resultar perceptible en primera instancia», La Nouvelle Revue Française es una de las direcciones a las que envía su texto mecanografiado. Fue Gide quien se encargó de hojearlo; y en primera instancia no comprendió el «orden complejo»; Proust le parecía «un esnob, un diletante, un escritor de salón» que podía perjudicar la reputación de la naciente N. R. F.; tampoco captó ninguna fuerza profunda: «Me equivocaba. Tenía una enorme fuerza profunda».

Tampoco entendió Gide aquella escritura compleja, sustentada en metáforas, que no tardó en desanimarlo en la lectura: en una carta de disculpa, citará el pasaje en que la tía Léonie aparece con «una frente donde las vértebras se transparentaban», como causa de su irritación, junto a otras impropiedades del lenguaje, errores como comer al mediodía un pollo matado por la mañana, etc. Proust sostendrá la leyenda de que el paquete del manuscrito, cuidadosamente preparado por Nicolás Cottin, le fue devuelto sin abrir, como demostraba el peculiar nudo que hacía su ayuda de cámara. Al aparecer en Grasset Por la parte de Swann, Gide comprenderá su error, que tratará de enmendar en cartas al autor: «No me separo de su libro desde hace varios días; me saturo de él con delicia, me recreo en él (…). Rechazar ese libro habrá sido el más grave error de la N. R. F., y (pues me avergüenza ser en buena parte responsable de ello) uno de los pesares, de los remordimientos más dolorosos de mi vida». (10/11 de enero de 1914).

Dos meses más tarde, el 20 de marzo, empieza a hacer gestiones para que la N. R. F. se encargue de los siguientes volúmenes. En julio, al aparecer en la revista un largo fragmento de La parte de Guermantes, Gide felicita a Proust por la creación del barón de Charlus, «admirable

retrato con el que habrá contribuido usted a esa confusión que suele establecerse entre el homosexual y el invertido. (…). Charlus, que no es más que un individuo, pasará por un prototipo y se prestará a generalizaciones».

Gide negociará a partir de 1915 la cesión de los derechos a Gallimard de A la busca del tiempo perdido, y Proust lo convertirá en confidente de sus reproches al editor por las erratas, los tiempos de publicación, la inexistencia de publicidad, etc. Durante los últimos años, la correspondencia constante entre estos dos hombres que nunca serán amigos afronta temas de primera magnitud: desde confesiones por parte de Proust de su tipo de sexualidad hasta sentimientos de culpabilidad, discusiones literarias, opiniones sobré los personajes de A la busca del tiempo perdido, etc. Pese a esa corresponderán parece que la amistad entre Gide y Proust no dejó de estar cargada de reticencias: la ausencia de Gide en el entierro del 22 de noviembre de 1922 fue muy comentada por los escritores y amigos que acompañaron la ceremonia. Y las opiniones que deja Gide en su Journal también están cargadas de distancia; lo describe «gordo, o, mejor dicho hinchado» y recuerda conversaciones sobre la homosexualidad mantenidas a la cabecera de Proust enfermo (Journal, sobre todo mayo de 1921).

Giraudoux, Jean

Dramaturgo y diplomático, Jean Giraudoux (1882-1944) se dedicó al periodismo y la novela en las primera décadas del siglo. Conoció a Proust a través de Paul Morand en 1918, cuando acababa de casarse y de conseguir un puesto en el ministerio de Asuntos Extranjeros; ese mismo año dedica Proust su libro «a la manera de». Elpenor. En junio de 1919 escribió un artículo sobre la reedición de Swann, explicando el argumento y haciendo un retrato del autor que desagradó éste, por no haber escrito «de mí, nada exacto». Aunque Proust hizo un pastiche sobre su estilo en La parte de Guermantes, mantuvo correctas relaciones con él. Una vez muerto Proust, Giraudoux sustituyó los

éxitos del estilo brillante de sus novelas por un ahondamiento temático, que se expresó sobre todo en el teatro: la etapa dramática, que se inicia en 1928, pule el estilo, deja di lado la pesadez de las obras de tesis o el vacío del teatro de bulevar para mezclar poesía y fantasía y abordar temas cada vez más graves sin pesadez, con un idealismo que tuvo su mejor ejemplo en la obra póstuma La loca de Chaillot (1945), que nada añadía a títulos como La guerra de Troya no tendrá lugar, Ondina, Sodoma y Gomorra, etc.

Godebska, Missia

Mujer de gran belleza, Missia Godebska (1872-1950) era de origen polaco. Estuvo casada con Thadée Natanson uno de los fundadores de La Revue Blanche; en segunda nupcias, con Alfred Edwards, director y cofundador de Le Matín y Le Petit Sou, anteriormente casado con la hija del doctor Charcot y cuñado de Waldeck-Rousseau. Proust conoció a la pareja en 1907 en el Grand-Hôtel de Cabourg, donde les acompañaba su amante,' la actriz lesbiana Lantelme, que serviría de modelo a Léa y a Rachel. Divorciada de nuevo, abrió un salón donde recibía al todo París artístico, de Maurice Ravel a Stravinski, Coco Chanel y el pintor español José María Sert, con quien se casó en 1914. A Proust le sirvió de modelo para la princesa Yourbélétieff.

Gramont, Agénor, duque de

Representante de la alta aristocracia del Segundo Imperio, el duque de Gramoííit (1879-1962) conoció a Proust en el salón de la princesa Mathilde. Casado en primeras nupcias con la princesa Isabelle de Beauvau-Craon, tuvo una hija, Élisabeth, futura marquesa y duquesa de Clermont-Tonnerre. De su segundo matrimonio, con Marguerite de Rothschild, tuvo a Armand, duque de Guiche, gran amigo de Proust. La fortuna que aportaba su segunda esposa le permitió construir el castillo de Valliéres —réplica de Chambord,

había sido propiedad de José Bonaparte, del último de los Condé, de la baronesa de Feuchéres, con los estanques de Montefontaine, que pintaron Watteau y Corot—, donde el 14 de junio de 1904 recibió a Proust, en la cena que festejaba el próximo matrimonio de Armand con una hija del conde de Greffulhe; el de Gramont desconfiaba de su consuegro por su conducta desenfadada que no seguía las normas propias de un aristócrata. En esa cena, al llegar Proust al libro de firmas de los visitantes, el duque de Gramont le advirtió: «Su nombre, señor Proust, pero no pensamiento»; frase que Proust atribuirá al duque de Guermantes, del que Gramont es uno de los modelos. Desde esa fecha, Proust llamará siempre al duque «Su nombre pero no pensamiento».

Gramont, Duquesa de

Marguerite de Rothschild (1855-1905), casada con Agénor, duque de Gramont, conoció a Proust en diciembre de 1893. Éste, gran amigo de su hijo Armand de Guiche, penetrará gracias a ella y a su hermana, Berthe de Rothschild, princesa de Wagram, en la mejor sociedad parisina. En 1905, cuando muere la duquesa de Gramont, tras asistir a los funerales Proust escribirá a su amigo Armand de Guiche una carta en la que se pone en el lugar de la madre: «Pensar que su madre tal vez ha sentido que lo dejaba a usted, tal vez ha creído que nunca volvería a verlo, a verlo a usted que era para ella toda su felicidad, ese pensamiento es el que me mata».

Grandjean, Charles

Bibliotecario del Senado y amigo de la princesa Mathilde, al que Proust acude en busca de consejos cuando el padre del novelista le apremia a buscar un trabajo; el 4 de noviembre de 1893 empieza a escribirle cartas —11 durante ese mes— en las que Proust va desechando todas las propuestas del bibliotecario, hasta decidirse (8

de diciembre) por «los museos, sin embargo, en última instancia elegirá el puesto de bibliotecario no remunerado en la Bibliothéque Mazarme».

Grasset, Bernard

Primer editor de A la busca del tiempo perdido, Bernard Grasset (1881-1959) era abogado de profesión en Montpellier cuando se sintió atraído por la literatura y por Parts. En 1907 creó una pequeña editorial, imaginativa y artesanal, a base de autores desconocidos entonces pero de futuro prometedor, que se cumplió en casos como los de Jean Giraudoux, Martin du Gard y Charles Péguy. En febrero de 1913, por iniciativa de Proust, René Blum propone a Grasset la edición de A la busca del tiempo perdido, pagada por el autor: cuatro días después de la primera carta de Proust a Blum, le llega a Grasset el manuscrito del primer volumen y el 11 de marzo se redacta un proyecto de contrato; tras enviarle Proust un adelanto de 1750 francos, el texto entra en la imprenta; las correcciones que aporta el autor a las primeras galeradas «transforman de tal manera su texto primitivo que, en muchas partes, será más sencillo recomponer totalmente el texto», según el editor; Proust se ofrece a pagar el coste de las nuevas pruebas.

El 14 de noviembre de 1913 aparecen 1750 ejemplares, en vez de los 1250 previstos, de Por la parte de Swann, y al mes siguiente Grasset piensa en una segunda edición: interesado en el libro, hace en persona la lista para enviar 382 ejemplares de cortesía, en la que figuran novelistas extranjeros como George Bernard Shaw, Máximo Gorki y Thomas Hardy. Además, anima a Proust para que presenté su libro a los premios Goncourt y Fémina.' Pero el 20 de marzo de 1914, André Gide, al enterarse de que el contrato que liga a Proust con Grasset no otorga a éste preferencia sobre futuras obras del autor, se ofrece como responsable de la Nouvelle Revue Française —que el año anterior había rechazado la publicación de la novela— a editar los dos volúmenes siguientes.

Proust inicia entonces un período de tanteos y coqueteos con los dos editores, Grasset y Gallimard que interrumpirá la guerra: el segundo volumen, previsto para el otoño de 1914, deberá esperar a que concluya la contienda: pero para entonces ya se hablan hecho unas pruebas de imprenta de A la sombra de las muchachas en flor que permiten conocer la amplitud de las adiciones que Proust aportaría luego al texto definitivo. Gallimard despliega mientras tanto todos sus poderes de seducción: visitas de André Gide a casa de un Proust enfermo, referencia a la movilización de Grasset debido a la guerra, promesa de comprar a Grasset los derechos del primer volumen, publicación inmediata de A la sombra de las muchachas en flor… Si al principio Proust había esgrimido el «deber moral» que le ataba a Grasset, en 1916 va decidiéndose por Gallimard a espaldas de su primer editor; René Blum servirá de nuevo de mediador entre el novelista y Grasset: «Lo que me pide me ha dolido y sorprendido más en mi dedicación de editor que en mis intereses. Si pese a tales consideraciones Marcel Proust insiste en una ruptura, tengo, créame, demasiado orgullo para retener a un autor que ha perdido la confianza en mí y pienso facilitar que recobre total libertad».

El tono de esta carta de Grasset a René Blum ofende a Proust, que escribe a su editor con el encabezamiento de «Muy señor mío» en vez del habitual «Querido amigo», y donde, en alusión teatral, recuerda a Grasset que «por menos» se había batido en dudo con Jean Lorrain. En agosto de 1916 Grasset termina dando su consentimiento para que Proust cambie de editor: «Era muy natural que yo no renunciase a un autor al que aprecio mucho sin manifestarle mí tristeza, y desde luego no había razón para que se sintiese usted ofendido, pero no quiero aumentar con mis cosas sus preocupaciones y su pena. Y aunque me cueste, renuncio a publicar el segundo volumen de A la busca del tiempo perdido».

Los tratos con Gallimard tampoco serán fáciles; ante cualquier problema, Proust recuerda a La Nouvelle Revue Française el «sacrificio» que había hecho abandonando a Grasset, o utiliza a éste, que en 1919 le pidió la primicia de A la sombra de las muchachas en flor para publicarla por entregas en Nos loisirs, revista que acaba de fundar junto a Paul Dupuy. En 1921, Proust acepta una oferta de

Grasset para editar en una colección titulada «Le Román», dirigida por Edmond Jaloux, una antología de sus mejores páginas; pero Gallimard se niega a autorizarlo, prometiendo a Proust, cuando A la busca del tiempo perdido esté concluida, sacar un tomo de Fragmentos escogidos en una colección así titulada que, copiando la idea de Grasset, acababa de iniciar con páginas de André Gide.

Greffúlhe, Conde

Henry Greffúlhe (1844-1932), descendiente de Luis XIV a través de Mlle. de Vintimille y de los La Rochefoucauld, es de hecho heredero de banqueros belgas de sangre bátava. Orgulloso de su estirpe, de su fortuna, de su poder y de su influencia, altera las costumbres de la aristocracia francesa, que perturba con su pintoresquismo, su frivolidad, su carácter áspero, con su indiscreción y con su falta de pudor y de delicadeza.

A diferencia de su esposa, desprecia las artes y a los artistas, empezando por su primo Monresquiou; según Ferdinand Bac en sus Souvenirs inédits, el conde Greffulhe «había sentado el principio de que cuando alguien era amigo suyo no podía apreciar a su esposa, y de que cuando alguien era confidente de ésta, había que renunciar a conocerle a él». Pese a todo, el principal prestigio de su mundanidad reside en la condesa Greffulhe, a la que engaña sin tapujos y sin esconderse, y de la que se siente celoso. El pintor Blanche lo calificará de "rey de baraja", y Proust como una especie de buen rey Yvetot borracho. La familia tiene en la calle d'Astorg tres palacetes unidos por pasillos, donde se hospedan algunos soberanos europeos que pasan de incógnito por París. Proust lo convertirá en el modelo del duque de Guermantes en A la busca del tiempo perdido.

Greffulhe, Condesa

Élisabeth de Caraman-Chimay (1860-1952), hija del príncipe de Chimay y prima de R. de Montesquiou, pasaba por ser una de las bellezas de la época que dictaba las leyes de la moda en París. A los dieciocho años se había casado con el conde Henry Greffulhe; mujer inteligente, se interesaba por la moda y los protocolos de la mundanidad, pero también por las letras, las artes y las ciencias: alentó y patrocinó, por ejemplo, los trabajos de Branly sobre la telegrafía sin hilos, y los Ballets rusos de Diaghilev.

Su sueño de convenirse en escritora no pasó de unos cuadernos de pensamientos y notas que llegó a mostrar a Edmond de Goncourt, quien la convenció de que su publicación podía perjudicar su prestigio. Su salón era frecuentado por la mejor aristocracia francesa y europea, que se mezcla en sus palacetes de la calle de Astorg con el gran mundo parisiense; Proust, que la ve por primera vez en 1893, escribe a Montesquiou: «Nunca he visto una mujer tan hermosa». Por fin conseguirá ser presentado a la condesa en mayo de 1894, a la que le unirá durante muchos años una amistad de rendida admiración; deslumbrado por su elegancia, por sus toilettes, por la teatralidad constante de su presentación en sociedad, Proust la utilizará como modelo de la duquesa de Guermantes.

Guiche, Armand, duque de

Hijo primogénito de Agénor, duque de Gramont, casado en segundan nupcias con Marguerite de Rothschild, Armand de Guiche (1879-1962) heredó de su madre unas dotes sociales e intelectuales que lo convertirán en brillante jugador de polo y en físico de renombre internacional por sus investigaciones en aerodinámicas, en óptica, que lo llevaron a ser elegido miembro del Institut de France y de la Academia de Ciencias. Hermano de Élisabeth de Gramont, duquesa de Clermont-Tonnerre, elegante, «joven, guapo, divertido, tenía gracejo, ingenio, disposición para las artes, las ciencias, con una chispa de impertinencia que le sentaba muy bien… apostrofaba a las

mujeres con placer un tanto libertino», según Ferdinand Bac (Souvenirs inédits).

Proust lo conoció en casa de Anna de Noailles, y mantuvo relación con él en el café Weber. En el ejemplar de Los placeres y los días le escribió una dedicatoria ambigua: «Al duque de Guiche, al auténtico más que al real, al que pudo haber sido, más que al que es… ofrezco este retrato, ya muy poco pareado, de un yo que no llegó a conocer». En 1904 se casó con Élaine (1882-1958), hija de los condes de Greffulhe, causando en Proust la misma melancolía que le había producido la pérdida de Louis d'Albuféra cuando se casó. Proust, que visitará el castillo familiar de los Guiche, en Vallières, cerca de Montefontaine, asiste a la boda el 14 de noviembre de ese año y regala a su amigo un revólver en un suntuoso estuche decorado por Frédéric de Madrazo. En 1925, Armand asumirá el título de duque de Gramont a la muerte de su padre.

Muerto Proust, Armand hablará de la finura de las observaciones de su amigo, al que visitaba por la noche, después de acudir al teatro, y a quien Proust recibía en el comedor y en su cuarto. Sus breves "Souvenirs sur Marcel Proust" se publicaron en 1956.

Guerne, Condesa de

Marie-Thérése, condesa de Guerne, hermana del conde de Ségur, tenía abierto uno de los principales salones musicales de la buena sociedad parisina, donde ella misma cantaba dúos acompañada, bien por su hermano, bien por Reynaldo Hahn; éste estrenará en su casa de la avenida Bosquet, núm. 3, los coros de Esther, donde todas las gracias del relato bíblico y de la tragedia raciniana están transpuestas y como exaltadas.

Para Proust es «una de las dos o tres mayores cantantes vivas» por su voz "espiritualizada". Sobre las relaciones entre el conde de Ségur y su hermana corrían por el faubourg Saint-Germain rumores molestos que el ingenio malévolo de una amiga de Proust, Laure Baignéres denuncia, según los Souvenirs inédits de Ferdinand Bac «Acabo de oír

algo sublime: ¡Mme. de Gueme y su hermano han tocado El incesto de Gkick! Proust le dedicará un salón firmado por Echo —nombre de la ninfa— en Le Figaro. (7 de mayo): La comtesse de Gueme. (Contre Sainte-Beuve págs. 503-506).

Guillemot, Charles

Profesor de letras (francés, latín y griego) de Marcel Proust en 1884-1885 en el Liceo Condorcet, Charles Guillemot tiene 54 años, es de «espíritu poco abierto», según su director, autoritario y seco. Proust, que parece haber sentido aprecio por Guillemot, obtendrá buenas notas en su asignatura; en Contre Sainte-Beuve (págs. 315-321) aparecen algunas de las redacciones que el futuro novelista hará para este profesor.

Haas, Charles

Pese a su origen judío, a Charles Haas (1832-1902), hijo de un apoderado de la banca Kothschild muerto cuando Charles tenía seis años, se le abrieron las puertas de las casas más encumbradas del faubourg Saint-Germain, y llegó a ser admitido, tras cuatro intentonas inútiles, en el Jockey Club (1871), apadrinado por dos apellidos aristocráticos; asiduo del palacio de Compiégne, del Elíseo en los tiempos de Mac-Mahon, de Sandringhain junto al príncipe de Gales, futuro Eduardo VII, administrador de varias sociedades de los Rothschild, elegante, exquisito y de gustos artísticos refinados, fue nombrado por Merimée en 1868 inspector de Monumentos Históricos.

Puso también sus conocimientos al servicio de los coleccionistas, orientándolos ante el nuevo arte con un gusto exquisito e innovador; «pertenecía, según Boni de Castellane, a esa categoría de ociosos llenos de ingenio e inútiles que eran como un lujo en la sociedad de entonces y cuyo mérito principal consistía en chismorrear, antes de la

cena, en el Jockey o en casa de la duquesa de la Trémoïlle». Seductor, mantuvo su vida privada en una discreción que autorizaba todas las fantasías; no correspondió al amor que despertó en Sarah Bernhardt: lo demuestran unos apasionadas cartas de la actriz, que se veía tratada por Haas como una mujer ligera a pesar de haberle confesado su «adoración». Y concluía sus aventuras amorosas de un modo galante que convertía a sus amadas en amigas; puede verse en la carta de despedida de la Bernhardt: «Todo esto es muy dramático para un ser ligero como usted; Tal vez le haga mucha gracia. ¡Mejor! ¡Yo lloraré mucho tiempo! Adiós, mi querido Charles, siento por usted una; ternura indefinible. Le adoro».

En 1868 posó para el cuadro titulado Le Cercle de la rue Royale, del pintor James Tissot, donde aparece al lado de otros amigos de Proust, como el príncipe Edinond de Polignac, el marqués de Gallifet, el conde J. de Rochechouart, Gastón de Saint-Maurice, etc. Murió el 12 de julio de 1902, a causa de una congestión cerebral en su domicilio de la avenida de Villiers, y a sus funerales asistió la más alta aristocracia francesa. Tuvo por amiga a las mayores beldades de la época: la marquesa de Gallifet, la princesa de Sagan, la condesa de Pourtalés, la princesa Murat, Mme. Meredith Howland, y varias conocidas más de Proust. Fue presentado a éste poco antes de 1890, en el salón de Mme. Straus, cuando Haas mantenía una relación amorosa con Mme. d'Audiffret, de quien en 1881 había tenido una hija, y que inspiró ciertos rasgos de Odette de Crécy. No fue grande la intimidad ni la amistad entre Haas y Proust, que en La prisionera, pocos meses antes de morir, escribe; «Y sin embargo, querido Charles Swann (…) aquél al que usted debía de considerar como un pequeño imbécil ha hecho de usted el héroe de una de sus obras, y se vuelve a hablar de usted (…). Si en el cuadro de Tissot que representa el balcón del Cercle de la rué Royale, donde usted está entre Gallifet, Edmond de Polignac y Saint-Maurice, se habla tanto de usted es porque se ve que hay algunos rasgos suyos en el personaje de Swann».

Proust admiraba en Haas su imparable ascenso social, que le había abierto todas las puertas pese a su origen judío: amigo de todos, de republicanos y bonapartistas, de legitimistas y orleanistas, de la emperatriz. Eugenia y de la princesa Mathilde al mismo tiempo, Haas

«posee una única regla de conducta, una única moral, un solo entorno: la elegancia, una elegancia que encarna de maravilla con su figura de dandy entrado en años, fiel a las modas de la juventud». (Diesbach, pág. 81). En Jean Santeuil (págs, 465-468) ya aparece una sombra de Haas bajo el nombre de vizconde de Perrotin; y el propio Proust confesará en 1913: «Haas es la única persona, no que yo haya querido pintar, sino en última instancia que ha estado (rellenada por lo demás por mi de una humanidad diferente), que ha estado en el punto de partida de mi Swann». Y en una carta de 1920: «El prototipo de Swann era M. Charles Haas, Haas el amigo de príncipes, el israelita del Jockey. Pero no era más que un punto de partida. Mi personaje evoluciona de forma muy distinta».

Hahn, María

Hermana mayor de Reynaldo, Maria Hahn conoció a Proust en 1895 y convivió alguna temporada con la pareja formada por su hermano y el escritor, que pasaron quince días, por ejemplo, en el pabellón Luis XVI, del bosque de Saint-Germaine-en-Laye, propiedad de su hermana Clarita. De «confidente de mis pensamientos» la califica en una carta Proust, que la utiliza para elegir un regalo destinado a sus amigos los d'Alton o para informarse sobre los vestidos diseñados por Fortuny. En una carta, respuesta a otra de Maria que en junio de 1899 se había casado con el pintor Raimundo de Madrazo, padre de Frédéric, en la que le comunica que el pintor se ha inspirado en los cuadros de Carpaccio, Proust le explica la intriga para la que necesita esos datos: Elstir, Albertine. Venecia, y para desarrollar el leitmotiv "Fortuny", poco desarrollado, pero capital, jugará sucesivamente un papel, sensual, poético y doloroso». Maria le prestará un estudio de Ludwig y Milmenti sobre Carpaccio. Amiga fiel de Proust, asistirá a sus funerales acompañada por Diaghilev.

Hahn, Reynaldo

De origen venezolano, Reynaldo Hahn (1875-1947) había nacido en Caracas en el seno de una familia procedente de las Provincias Unidas de Holanda. Su padre, Carlos Hahn natural de Hamburgo, se había expatriado a Venezuela, donde había hecho fortuna creando vías férreas, lineas telegráficas, el teatro de Caracas, y donde se había casado con Elena María Echenagusia, descendiente de emigrados vascos que también se habían enriquecido. Trasladada su familia a París cuando tiene tres años de edad, este niño prodigio de la música, que fue alumno de Massenet y de Saint-Saéns en el Conservatorio, no volverá nunca a Venezuela; compositor desde los ocho años, recorre a esa edad los salones mundanos como pianista y cantante; a los dieciocho ya había compuesto las melodías de su primera publicación musical (1891), en la que figuran sus partituras más recordadas, entre ellas «Si mes vers avaient des ailes». Moreno, de ojos oscuros, aterciopelados y brillantes, de labios sensuales, parece «un mignon de Enrique III y un compañero de César Borgia». (Maurice Duplay, Mon ami Marcel Proust), y está dotado de una penetración psicológica capaz de captar lo imperceptible, hasta el punto de que un día Alphonse Daudet le dirá: «Tiene usted sentidos de mosca». A los dieciséis años, su brillo de artista y su encanto personal habían seducido a la bailarina más célebre de la época, Cléo de Mérode, apariencia amorosa de una inclinación sexual que no engañaba a los expertos de los círculos mundanos, donde Hahn resplandecía cantando e interpretando al piano un repertorio amplísimo en el que, además de Schubert, Schumann y Gounod, figuran sus propias melodías: «Cabeza levemente reclinada hacia atrás, boca melancólica, un tanto desdeñosa, dejando escapar el rítmico caudal de la voz más hermosa, triste y cálida que jamás haya existido, ese instrumento de música genial llamado Reynaldo Hahn encoge todos los corazones, anega todos los ojos, con el escalofrío de admiración que propaga a lo lejos y que nos hace temblar, que nos doblega a todos, uno tras otro, en silenciosa y solemne ondulación de los trigos mecidos por el viento»: así describe Proust a Reynaldo Hahn en «Le Salón de Madeleine Lemaire». (Contre Sainte-Beuve, pág. 463). De la presencia de Proust en ese mismo salón, Hahn escribe en una carta: «… Proust extático y soñador, muchacho de primerísimo orden,

músico vibrante como un arpa eólica con todas las armonías dispersadas». También será en el salón de Mme. Lemaire donde Proust oiga por primera vez la Sonata en re menor para violín y piano de Saint-Saéns, punto de partida de la «pequeña frase» de la sonata de Vinteuil. Músico y escritor se han conocido precisamente en ese salón, el 22 de mayo de 1894; durante dos años vivirán el amor apasionado de dos caracteres nacidos para amarse; y cuando la pasión vaya disolviéndose con el tiempo, se convertirá en una amistad profunda a la que no pondrá fin la muerte de Proust: hasta la de Hahn, el retrato que Blanche hizo de Proust el 1 de octubre de 1891 permanecerá en el dormitorio del músico. A lo largo de su vida, los dos amigos convivirán durante las vacaciones, harán viajes juntos — por ejemplo a Venecia, en 1900, en compañía de una prima de Hahn, Marie Nordlinger y de la madre de Proust. Sin embargo, a pesar de la identidad de caracteres, sus gustos musicales difieren: la formación clásica de Hahn le impide comprender la admiración de Proust por Wagner y Debussy; sus ideas también; para Hahn, la música es únicamente expresión de los sentimientos; para Proust, en 1895, «la esencia de la música es despertar en nosotros ese fondo misterioso (e inexpresable para la literatura y en general para todos los modos de expresión finitos, que se sirven o de palabras y por consiguiente de ideas, cosas determinadas, o de objetos determinados— pintura, escultura) de nuestra alma, que comienza allí donde lo finito y todas las artes que tienen por objeto lo finito se detienen, allí donde la ciencia se detiene también, y que por eso se puede llamar religioso». (Corr, 1.1, págs. 388-389). La carrera musical de Hahn, que había despegado a finales de siglo con gran éxito en los salones de la buena sociedad y en la ópera cómica (L'Île du rêve, 1898), proseguirá con operetas (Ciboulette, 1923; Brummel, 1931; Malvina, 1935); óperas de menor repercusión (La Carmélite, 1902; Le marchand de Venise, 1935); música para obras de teatro, de ballet, y música de cámara vinculada a la tradición de Saint-Saéns. Ejerció la crítica musical en Le Figaro, y escribió La Grande Sarah (1930), libro de recuerdos sobre Sarah Bernhardt; publicó fragmentos de su diario íntimo (Notes), y textos sobre música: Du chant, que en febrero de 1921 dedica «A mi querido Marcel, a mi pequeño y gran Marcel», Thèmes et variations,

L'Oreille au guet. (1937). Dirigió el teatro del Casino de Cannes y, al término de la segunda guerra mundial, fue nombrado director de la Ópera de París. La gran pasión que Hahn inspiró a Proust, y que demuestra su correspondencia, articula en secreto «Un amor de Swann», pero no dio lugar a ningún homenaje o recuerdo en A la busca del tiempo perdido; únicamente un guiño: Cottard se disfraza en cierta ocasión de almirante de L'Île du rêve. Proust, Marcel: Lettres à Reynaldo Hahn, ed. de Ph. Kolb, Gallimard, 1956.

Halévy, Daniel

Daniel Halévy (1872-1962), hijo de Ludovic Halévy, escritor, académico y colaborador con Henri Meilhac en la mayoría de los libretos de las operetas de Offenbach, era además sobrino del compositor Fromental Halévy, autor de La Juive, y también de Mme. Straus, cuya correspondencia con Proust publicará Halévy en 1936. Como Proust, tenía un antepasado judío que había llegado de Alemania. Condiscípulo del novelista en el Condorcet desde 1886, dos años más tarde recibió de Proust algunas cartas de amor a las que respondió con el silencio (cf. Écrits de jeunesse). Fue uno de los principales promotores de revistas escolares, entre ellas La Revue Bleu y Le Banquet (1892), en las que Proust escribía la crítica literaria y dramática.

En esos años de adolescencia, la pandilla Halévy, Gregh, La Salle, Dreyfus, Bizet, Proust y algunos otros, mantendrá fuertes relaciones de amistad: con los tres primeros, Proust escribirá en el verano de 1893 una novela epistolar «a cuatro manos» en la que los papeles se repartieron así: Halévy era el abate, Gregh el poeta, La Salle el amante y Proust la mujer. Se mantuvo siempre fiel a la amistad con Proust, que lo apreciaba como escritor, a pesar de la diferencia de ideas: Halévy se vinculó desde temprana edad a Péguy y evolucionó hacia las tesis nacionalistas al terminar la primera guerra mundial. Firmó junto con Proust el «manifiesto de los ciento cuatro» en favor de Dreyfus en 1898, escribió ensayos sobre Péguy, Michelet y Nietzsche,

y dirigió en la editorial Grasset una colección, los «Cahiers verts», donde publicó a todos los grandes escritores franceses de entre-guerras (no a Proust, unido a Gallimard).

En su libro de recuerdos, Pays parisiens, habla de esos años escolares, de los «inmensos ojos orientales» de Proust, que parece «una especie de arcángel turbado y turbador». En el Liceo Condorcet no fueron fáciles las relaciones de esa pandilla de amigos: «Nos incomodaba la intuición de una diferencia, de una distancia, de una inconmensurabilidad invisible y real entre nosotros», que las cartas de amor que Proust dirige a sus amigos no alivian precisamente. «Pobre, desdichado muchacho, éramos unos brutos con él», termina escribiendo Halévy tras narrar el ambiente de burla y algunas escenas de la crueldad que ejercían en ocasiones con el futuro escritor de A la busca del tiempo perdido: «Sus gentilezas, sus tiernas efusiones, sus caricias (incapaces como éramos de comprender a un corazón tan herido), las llamábamos a veces amaneramientos, poses, y en más de una ocasión se lo dijimos a la cara; su ojos se volvían entonces más tristes».

Hanotaux, Gabriel

Historiador, ministro de Asuntos Extranjeros (1894-1898) y embajador en Roma (1920), Gabriel Hanotaux (1853-1944) era amigo del doctor Adrien Proust; intervino para que Proust consiguiera un puesto en la biblioteca Mazarine en 1895 y largos permisos. Sirvió de modelo al novelista para el lenguaje diplomático de Norpois, aunque fue a su jefe de gabinete, Duroc, a quien Proust utilizó más de cerca.

Harrison, Alexander

Pintor norteamericano nacido en Filadelfia en 1853, alumno de Géróme y Bastien Lepage y vinculado a Monet y a Rodin. Afincado en Bretaña, había obtenido la medalla de oro y la Legión de Honor en la

Exposición Universal de 1889. Proust lo conocerá en 1895, en Beg-Meil, donde pasa los meses de septiembre y octubre con Reynaldo Hahn, visitará su estudio y contemplará sus cuadros, marinas y playas: en Jean Santeuil recordará «un fascinante efecto de sol de Harrison —tela que había dado al huésped (…) y donde, por el poder que tienen la ternura y el talento, el pintor mostraba la región a quien aún no la conocía con todo lo que sólo revela a la larga una vinculación de todos los instantes». Harrison, modelo del escritor C. en Jean Santeuil, lo será también del pintor Elstir en las circunstancias del encuentro con el Narrador y las marinas. En compañía de Marie Nordlinger, Proust visitará el taller parisiense de Harrison, en cuyas paredes colgaban marinas de Beg-Meil.

Hauser, Lionel

Asesor financiero, Lionel Hauser (1868-1958) era hijo de un médico establecido en Sevilla, que había atendido como médico de cabecera a la reina española María Cristina. Proust lo había conocido en 1882, en casa de su tío Louis Weil, en Auteuil. El tío de Hauser, Léon Neuburger, lo recomendó a Proust como asesor financiero, después de que hubo hecho una carrera internacional en la banca: Hamburgo, Londres, Barcelona, San Petersburgo. Cuando vuelve a encontrarse con Proust, Hauser tiene cuarenta años y trabaja en París como apoderado de la empresa Warburg de Nueva York.

Desde esa fecha hasta su muerte, mantendrá con el escritor una correspondencia continua sobre asuntos financieros; pero la personalidad de Hauser va mucho más allá de esa labor; enemigo de las medias tintas, aconseja a Proust sabiendo que sus opiniones no serán seguidas por aquel inversor que le encargaba comprar valores sólo porque el nombre le seducía: «Te ruego que no me hagas cómplice de tus inversiones en esa clase de valores. Aquella vez en que, cediendo a tus instintos especulativos, mandé comprar para ti acciones de la Pakeftahrt, sentí demasiada angustia como para que se me ocurra seguirte de nuevo por ese camino». Valores de nombres

exóticos, acciones de bancos desconocidos, inversiones disparatadas: las propuestas de Proust provocan en Hauser respuestas en las que el consejero económico asume en ocasiones el papel de padre. La intimidad entre ambos llegará al tuteo —hecho muy infrecuente en los corresponsales de Proust.

A medida que avanza el conocimiento entre ellos, ante los caprichos de su cliente, y convencido de la imposibilidad de hacerle entrar en razón, Hauser empleará la ironía e incluso el sarcasmo: «Recibo tu carta de ayer que me confirma en mi convicción de que el hombre es víctima de su destino. Dado que por otra parte no conozco suficientemente bien a los clásicos como para saber a qué se expone uno cuando se atreve a intervenir entre un marido y una esposa golpeada por éste, me guardaré muy mucho de intentar convencerte y aún menos de persuadirte». Convencido de su ruina inminente, Proust utilizará los ruegos, las lágrimas, los melindres y las grandes frases para tratar de conseguir la bendición de Hauser a sus disparatadas ideas financieras, sin conseguirlo.

Cansado de ver desatendidos sus consejos, en 1920 Hauser le envía una carta dimitiendo de su ingrata función de tutor; un comentario sobre la falta de psicología de su cliente le parecerá a Proust ultrajante; tres meses más tarde, el novelista volvía a pedirle consejo: la ironía de la respuesta provoca un carteo donde los reproches y acusaciones de los dos amigos sirven para poner de relieve la inteligencia, la ironía y los caracteres de ambos (véase sobre todo el tomo XIX de la Correspondance de la edición Kolb). El abundante número de cartas forma de hecho una obra independiente, sobre todo porque junto a las de Proust también se conservan las de Lionel Hauser.

Haussonville, Conde d'

Biznieto de Mme. de Staél, Gabriel-Paul-Othenin de Cléron, conde d'Haussonville (1843-1924), asumió la jefatura del partido orleanista, realizando a la muerte del conde de Chambord, en 1883, la unión

con los legitimistas. Aunque la obra de este estudioso de la literatura sobre figuras históricas o literarias como Mme. de La Fayette, Mme. Necker o Sainte-Beuve apenas tenía importancia, su peso en la Academia Francesa, donde había ingresado en 1888, era enorme, sobre todo por la importancia del salón de su esposa. Enfrentado a su propio medio social por su tibieza en la defensa de los principios del Antiguo Régimen, será acusado por Maurras y Bourget de tener «ideas sociales» avanzadas, pese a lo cual Proust no consiguió ganarse a este espíritu moderado para la causa dreyfusista.

En las vacaciones de 1899, Proust hará desde Évian una visita a su casa de Coppet, a orillas del lago de Ginebra: «Es exquisito llegar a Coppet un día mortecino y dorado del otoño, cuando las viñas son de oro sobre el lago azul, a esa morada un poco fría del siglo dieciocho, totalmente conjunto histórico y vivo, habitada por unos descendientes que tienen a la vez "estilo" y vida», escribirá en «Le salón de la comtesse d'Haussonville». En el conde d'Haussonville, Proust encontró un material en bruto del Antiguo Régimen; aparece citado en A la busca del tiempo perdido en dos ocasiones; Proust utiliza su aspecto imponente, y la majestuosidad de su presencia, y adjudica a los Guermantes una reverencia característica con la que el conde solía acoger a sus invitados.

Haussonville, Condesa d'

Paulina d'Harcourt (1846-1922), condesa d'Haussonville, recibía en su salón literario de la calle Saint-Dominique a representantes aristocráticos del Antiguo Régimen y a miembros de la Academia Francesa, a la que su marido pertenecía desde 1888. De porte regio, con unos modales que guardaban siempre las distancias —así la describe Proust en Le salon de la contesse d'Haussonville, que apareció en Le Figaro el 4 de enero de 1904 con la firma de «Horatio»— tiene un ingenio republicano e incluso una mordacidad que va más allá de los principios conservadores, pero sin olvidar

nunca la importancia de su posición ni las consideraciones debidas a su rango.

En las paredes de ese salón, que Proust frecuentó, colgaba el retrato de una antepasada de su marido, Béatrix de Lillebone, del que la marquesa de Villeparisis hablará a Bloch. Antidreyfusista encarnizada, estará ausente de la casa solariega de Coppet cuando Proust vaya a verla, en día de visita pública. Aparece en Jean Santeuil como duquesa de Réveillon, y Proust la utiliza para describir la elegancia de los Guermantes y algunas de las características de Oriane.

Hayman, Laure

Descendiente del pintor de ese apellido que fue maestro de Gainsborough, e hija de un ingeniero nacido en los Andes que murió precozmente, Laure Hayman (1851 1932) conoció a Proust a principios del otoño de 1888; esta mujer galante de altos vuelos tiene entonces 37 años y es amante de Louis Weil, tío de Proust. Entonces ya era una cortesana célebre que había tenido amores «reales» con el duque de Orléans, el Rey de Grecia y el pretendiente al trono de Serbia. Proust se declara enamorado de Hayman y le hace una corte asidua acudiendo al salón que tiene en su casa, en el número 4 de la calle La Pérouse —ese nombre recibirá la calle en que vive Odette de Crécy—, donde reinaba su admirador y amante Paul Bourget que la convirtió en protagonista de un relato, «Gladys Harvey».

Laure regaló a Proust un ejemplar, encuadernado con seda floreada de una de sus faldas, del libro Pastels, donde estaba recogido ese relato, mientras Bourget, que nada más conocerle habla de su «preciosa inteligencia que apunta», escribió en la dedicatoria: «A Marcel Proust. No ame a una Gladys Harvey». Proust gastó cantidades inmensas de dinero en flores, sobre todo crisantemos, para esta mujer que, al reconocerse en Odette de Crécy, dirigió a Proust una áspera carta en la que lo trataba de «monstruo» y que estuvo a punto de acabar con la larga amistad que habían mantenido. Laure Hayman,

antes de ser uno de los modelos principales de Odette de Crécy, sirvió a Proust en Los placeres y los días, donde queda dibujada en la cortesana Heldémone, y en Jean Santeuil, donde la pinta bajo los rasgos de Françoise S., de la que está enamorado Jean. Como Odette, poseía una colección de porcelana de Sajonia y llamaba a Proust: «Mi pequeño Saxe psicológico». Con cincuenta años, Laure Hayman, tras unas decepciones amorosas, se dedicó a la escultura.

Heath, Willie

Joven inglés de religión protestante, convertido al catolicismo a los doce años, a quien Proust conoció en la primavera de 1893. No se sabe cuáles fueron las relaciones entre ambos —las cartas de Proust a Heath fueron destruidas por la familia de éste—, pero, en la larga dedicatoria que le hace de Los placeres y los días, Proust declara que ambos tenían «el sueño, casi el proyecto de vivir cada vez más el uno con el otro, en un círculo de mujeres y de hombres magnánimos y selectos, bastante lejos de la necedad, del vicio y de la maldad para sentir[se] al abrigo de sus vulgares flechas».

El 6 de junio de 1893, Proust invita a cenar a su casa a diez amigos, entre ellos Heath, que se sienta a la izquierda de Mme. Proust. En principio, Los placeres y los días iba a estar dedicado a Edgar Aubert y a Heath, semejantes en su ardor religioso y en su precoz muerte, porque Heath murió de fiebre tifoidea «con una resignación heroica» el 3 de octubre de 1893; al parecer, ciertos escrúpulos de la familia Aubert impidieron que el libro estuviese dedicado también a él.

Helleu, Paul

Pintor y grabador, Paul Helleu (1859-1927) pasaba parte del año en la costa normanda, donde pintaba marinas, regatas y yates. Protegido por Montesquiou, estaba integrado en el grupo de pintores

llamados «los japoneses» por su gusto por las artes de Extremo Oriente: Blanche, Degas, Whistler… Fue Montesquiou quien se lo presentó a Proust en 1895; a partir de ese momento mantuvieron relaciones amistosas, sobre todo durante las vacaciones de Cabourg de 1907 y 1912: «Incluso físicamente es encantador», escribe Proust, que pondera la exquisitez de la decoración de su domicilio parisino: «Tiene la naturaleza muy sencilla de los artistas».

A su afición por las regatas y por las toilettes de las mujeres en los yates tal vez remitan las conversaciones de Elstir y del Narrador sobre la elegancia femenina en el mar. Proust apreciaba el talento de este pintor para los paisajes y marinas, pero no para los retratos; el que Helleu hizo de la condesa Greffulhe «no se parece a usted», escribirá Proust a esta beldad que lo fascinaba. En 1908, en el que será el último viaje de Proust a Bretaña, anuncia al pintor su visita: «Pienso (…) en ese bello minuto apagado y dorado, en el puerto que tenía el aire de una especie de vestíbulo nacarado de Infinito». En ese viaje, alaba el cuadro Otoño en Versalles que Helleu tiene en su estudio y que el pintor le regala. Muerto Proust, hizo durante dos horas una punta seca del cadáver. Helleu fue modelo principal de Elstir, nombre que sustituye al Harrison de Jean Santeuil y que es un anagrama prerrafaélista formado por los apellidos de Helleu y Whistler.

Hennessy, Mme.

Marguerite de Mun, Mme. Hennessy, compartirá las salidas nocturnas que, después de la guerra, Proust hace acompañado por la princesa Soutzo, Mme. de Chévigné, Mme. Fritz-James, Mme. de Ludre, etc. Una invitación a cenar permite conocer el régimen alimentario que Proust sigue en 1818: «No tengo ninguna especie de régimen, como de todo, bebo de todo, creo que no me gustan todos los vinos blancos del mundo, la cerveza, la sidra. Mi único régimen sería que me permitiese usted [Mme. Hennessy] llevar una botella de Contrexéville o de Évian de las que beberé un poco en otro vaso».

El 16 de junio Proust cenará en su casa para celebrar los esponsales de Gladys Deacon su antigua vecina en el Hôtel des Réservoires en 1906, con el duque de Marlborough. Y al año siguiente, el 12 de Junio acude al palacete del número 85 de la calle de la Faisanderie_ «La mansión más hermosa de París», donde la anfitriona da una cena en la que Proust verá por última vez a Jeanne Pouquet y en la que tendrá un cruce de palabras con el escritor Marcel Prévost, quien pretendía que sus admiradores confundían sus nombres y al que por error llegaban en ocasiones cartas dirigidas a Proust.

Heredia, Marie de

Hija del poeta parnasiano José María de Heredia, Marie de Heredia (1875-1963) conoció a Proust en el salón de su padre, al que el novelista asistió en los inicios de su vida social. La mayor de las tres hijas del poeta organizó a sus adoradores en una Académie canaque, en la que sus miembros sustituían los discursos por gestos y muecas. Marie oficiaba de «reina de la Academia» y Proust de «secretario perpetuo». Marie se vio obligada a casarse con el poeta Henri de Régnier, que se había ofrecido a reflotar las finanzas de los Heredia; no se lo perdonó nunca y terminará convirtiéndose en amante del todo París literario —de Bernstein, Henriot, Vaudoyer, Edmond Jaloux —, amigos todos ellos de Proust.

Marie se dedicó a escribir poemas y novelas; como poeta (Les Poésies de Gérard d'Houville, 1930) sufre la influencia de Régnier, y su nostalgia por los climas exóticos y la preferencia por los temas funerarios queda a medio camino entre Leconte de Lisie y Jammes. También escribió relatos cuyo mayor valor era la delicadeza de las impresiones: Le temps d'aimer (1908); Le Séducteur (1914); Jeune Fille (1916), Enfantines et amoureuses (1946).Proust abandonó pronto el salón de los Heredia, donde encontró, en vez de admiradores del poeta parnasiano, un erotismo rayano en la pornografía propiciado por Pierre Louys y un culto caballeresco y decimonónico de la mujer.

Hermant, Abel

Novelista y dramaturgo, Abel Hermant (1862-1950) publicó su primera novela en 1884, consiguiendo éxito con narraciones realistas y cuadros de costumbres escritos con un estilo vivaz que llega a la sátira; entre sus cincuenta títulos narrativos los mejores son los que pintan la nobleza exótica, que conoció muy de cerca, de finales del XIX y principios del XX. Como periodista, cultivó el género satírico y la crítica de teatro en Gil Blas y en Le Figaro. Casado con la hija del editor Charpen tier, y unido a los hijos de Brancovan, conoció a Proust en el salón de la casa veraniega que éstos tenían en Amphion, a orillas del lago Leman; según Ferdinand Bac, era un «emboscado» que «sólo había penetrado en su intimidad para traicionarlos. Se le sentía disfrazado de yerno para sorprender los rasgos cómicos de su suegra, y de esposo para plagiar los de la esposa». En Le Faubourg y La Discorde, en el que todo París reconoce a varios miembros y amigos de los Brancovan, que se sintieron traicionados, desnudará el mundillo parisino de la época. Dejó unos Souvenirs de la vie frivole (1923) y unos Souvenirs de la vie mondaine (1935), que también son atractivos documentos sobre la vida social y mundana del período. Miembro de la Academia Francesa, fue excluido de ella acusado de colaboracionista durante la invasión nazi de Francia. Cuando apareció La Bible d'Amiens, Proust esperó inútilmente un artículo elogioso de Hermant, que sin embargo se lo hizo a la aparición de A la sombra de las muchachas en flor reseña que no agradó a Proust por no haber entendido el crítico la composición de la novela y creer que se trataba de recuerdos. En las novelas de Hermant, a Proust le desagrada el purismo efectista de su estilo, su incapacidad para ver la distancia que hay entre los personajes de la vida mundana descritos por éste y los que él mismo ve; criticando esa transcripción de la vida vivida —que para él no es auténtica obra de creación—, utilizará a Hermant como modelo de Morel cuando adopta legalmente a un joven: aunque no puede ignorar la fama de Hermant, apodado «Bel au bras d' Hermant» (juego de palabras que en francés suena fonéticamente muy parecido a Belle au bois dormant = Bella Durmiente del bosque), Proust escribió a Mme. Straus: «No puedo creer que haya querido adornar

con las apariencias infinitamente respetables del incesto una trivial aventura de homosexualidad. Estoy convencido de que no tiene tales gustos». Proust, que ve en esa adopción un equivalente del matrimonio, remata la carta: «Es cierto que la homosexualidad muestra más delicada, porque todavía se resiente de su puro origen, la amistad, y retiene alguna de sus virtudes» (Corr, t. VIII, pág. 72, a Mme. de Noailles).

Hervey de Saint-Denis, Marquesa d'

Hija natural del último príncipe reinante de Parma, se había casado con el marqués d'Hervey de Saint-Denis (1823-1892), sinólogo, miembro de la Academia de Inscripciones y Bellas Artes en 1878, a quien cita en Sodoma y Gomorra. Proust, que la conoció ya viuda, la describe en «Une fête llittéraire à Versailles». (Essais et articles, pag 360) y hace de ella un modelo para Mme. d'Orvillers. Volvió a casarse con Jacques de Waru, sobrino de Mme. de Chévigné.

Hervieu, Paul

Novelista y dramaturgo, Paul Hervieu (1857-1915), conoció a Proust en el salón de Mme. Straus. Tanto en sus novelas (La Bétise parisienne, 1884; L'Inconnu, 1887; L'Armature, 1895) como en sus obras de teatro (La Loi de L'Homme, 1900; La Course du Flambeau, 1901; Le Dédale, 1903; Connais-toi, 1909), Hervieu describió una sociedad pervertida, guiada por los instintos más bajos; sus personajes escénicos, didácticos y moralizantes, se desenvolvían en estructuras sólidamente construidas que les permitieron resistir el paso del tiempo. Una novela epistolar de Hervieu, Peints par eux-mémes, fue el origen de la «novela por cartas» que el equipo de Le Banquet — Proust, Halévy, La Salle y Fernand Gregh escribió en el verano de 1893. Elegante y frío en la vida social, negó su voto a Por la parte de

Swann en 1914, cuando concurrió al premio de la Academia Francesa.

Hinnisdaél, Thérése d'

La Marquesa de Lévis, Thérése d'Hinnisdael se relacionará con Proust después de la primera guerra mundial, desde la distancia de su clase aristocrática. Esta mujer, de aspecto antiguo y mágico, aficionada a la literatura por esnobismo, encarnación pura del faubourg Saint-Germain —Mme. Verdurin será la caricatura feroz de esa clase social imbuida de pruritos intelectuales y artísticos—, participa en reuniones mundanas junto a Proust en casa de Mme. Daudet y en las cenas de la princesa Soutzo; llegó a invitar al novelista al antiguo palacio familiar de la calle Varenne; pero ante la conminación de su padre: «No se recibe a escritores», anulará la cita. En una cena de la princesa Soutzo, bailará ante Proust y Paul Morand algunos números que sorprenden y encantan a Proust al ver «que con la mayor naturalidad del mundo podía entregarse a las danzas más 1922, y seguir siendo soporte heráldico y unicornio de blasón».

Howland, Mme. Meredith

Proust fue presentado en el salón de Mme. Meredith Howland (Adélaide Torrance) en 1893; esta dama americana, una de las beldades del Segundo Imperio, había conocido en su juventud a Lamartine, a Baudelaire y a aquella sociedad que a finales de siglo ya pertenecía a la historia. Recibía en su palacete del 24 bis de la calle de Berri, donde, según la duquesa de Guermantes en El tiempo recobrado, «tenía a todos los hombres». Durante sus vacaciones en Saint-Moritz, en agosto de 1893, Proust, que las pasó con La Salle y Montesquiou, éste acompañado por Mme. Howland, escribe «Melancólico veraneo de Mme. de Breyves», que dedica a Mme. Howland, amante del novelista francés Fromentin, autor de una

novela célebre, Dominique. El Journal de los Goncourt insinúa que Mme. Verdurin es la Madeleine de Fromentin. En su salón se conocieron Charles Haas y Edgar Degas. Su cuñada, Hortense Howland, presentó a Montes quieu a Gustave Moreau, con quien el poeta mantuvo correspondencia.

Humiéres, Robert, vizconde d'

Traductor de Kipling, Robert d'Humiéres (1868-1915) era un hombre de mundo que se rodeaba de estetas y que trató de formar una sociedad secreta con jóvenes agregados de embajadas extranjeras. Durante la última etapa en París de Oscar Wilde, recién salido de la cárcel de Reading, fueron muchos los que, tras festejarlo antes, le dieron la espalda: sólo Robert de Humiéres asistió al entierro del poeta inglés.

Homosexual confeso, ayudó a Proust —que encabezaba sus cartas: «Querido Mowgli, hombrecito»— en su traducción de Ruskin y publicó un artículo sobre La Bible d'Amiens cuando apareció. A este amigo, «tiernamente amado», dirá Proust en el momento de su muerte, un escándalo lo llevó durante la guerra a pedir destino en un regimiento de zuavos para no separarse de algunos amigos: cuando cargaba al frente de su compañía en mayo de 1915, una bala en el corazón lo mató: «Lloro día y noche a Fénelon y a D'Humiéres como si se hubieran ido ayer». Proust, que utilizó alguno de sus rasgos, asigna ese destino trágico a Robert de Saint-Loup, que, como d'Humiéres, une el heroísmo a la homosexualidad.

Indy, Vincent d'

Compositor discípulo de César Franck, Vincent d'Indy (1851-1931) conoció a Proust en el salón del conde de Saussine. El libro que dedicó a su maestro sirvió a Proust para el personaje de Vinteuil. En cuanto a la música de d'Indy, el 30 de enero de 1913 Proust oyó a

través del teatrófono Fervaal, que le parece «de una sequedad abrumadora» salvo el «delicioso entreacto» y el preludio del tercer acto, «que tiene cierto parentesco musical con la frase de la sonata para piano y violín de Fauré».

Jaloux, Edmond

Crítico y novelista, Edmond Jaloux (1878-1949) se dedicó con profusión al periodismo; sus trabajos críticos se abrieron a las literaturas extranjeras contemporáneas y románticas, con ensayos sobre Rilke, Goethe, etc. De los cincuenta títulos novelescos, en su época algunos fueron apreciados por el sentido del misterio y la poesía de las cosas: Le reste est silence, 1909, Fumées dans la campagne (1918), Au-dessus de la ville (1920), etc. Amigo de Lauris, conocería a Proust en 1910; en septiembre de 1920 formaba parte del jurado que iba a conceder el premio Blumenthal, que Proust quería dar a Riviére; también era jurado Henri Bergson, con quien el creador de Swann mantiene ese día una discusión sobre los narcóticos y el insomnio: «Veré siempre a Proust y a Bergson, de pie delante de una ventana, uno fuerte a pesar de su estado enfermizo, el pecho abombado, la cabeza echada hacia atrás, embutido en su abrigo, el otro delgado, débil casi inmaterial. (…). Los dos parecían grandes pájaros nocturnos», recordará Jaloux.

En 1920, impresionado por una vieja novela de Jaloux, Les sangsues, de 1904, Proust le escribe para hablar de «la ferocidad con que un camarada [de la escuela san Louis Gonzaga] hace morir a su hermano menor (…). Y en un momento siempre el mismo de mi sueño me pregunté cómo la piedad y el sadismo están dosificados (suponiendo que haya mezcla) en ese pasaje atroz y sobrecogedor». El 15 de julio de 1922, Jaloux, Paul Brach y Proust acuden a un bar de moda en la calle Boissy-d'Anglas, Le Boeuf sur le toit, donde unos «chulos inverosímiles» no tardan en convertir el local en campo de batalla: «Creí que los encantadores tiempos de los duelos iban a renacer para mí, pero parece que los asaltantes no son gentes con las

que pueda uno batirse», escribirá a Jaloux, que se había ido poco antes de la pelea, en la que Proust estuvo a punto de recibir un «pollo muy caliente» seguido de un cubo de agua helada en la cabeza.

Jaloux, Edmond:

Avec Marcel Proust, 1953.

Jallifier, Régis

Profesor de historia de Marcel Proust en 1884-1885 en el Liceo Condorcet, Régis Jallifier, que tiene en ese momento 38 años, mantendrá excelentes relaciones con el novelista durante toda su vida, como demuestran las cartas entre ambos; dio clases particulares a Proust, que sintió gusto por la historia. Figura con el nombre de Jaconnier en Jean Santeuil.

Joinville d'Artois, Juliette

Personaje misterioso de la infancia de Proust; esta joven vivía en Mirougrain, cerca de Illiers, acompañada únicamente por un criado sordomudo, en una propiedad construida con dólmenes sacados de los campos de alrededor, a la que ella misma denominaba «El Templo». Escribió un libro de versos, Á travers le coeur. Se la considera uno de los modelos de Mlle. de Vinteuil.

Jonciéres, Léonce de

Pintor de género, Léonce de Jonciéres (1878-1949) conoció a Proust en las vacaciones de 1907 en Cabourg. Bien acogido por el

pintor, Proust lo califica enseguida de «galán muy gentil»: «A mi llegada he sido recibido —azar— por ese amable galán (Leandro u Octavio muy prorrogados) en casa de los Tapirs que se llama Léonce de Jonciéres». Tres semanas más tarde, ese pintor que hace pensar a Proust en los galanes Leandro y Octavio de Los enredos de Scapin de Moliere, se convertía en «el ser más idiota que jamás he visto». Proust lo utilizó para el personaje del «galán» deportivo y artista de genio que es Octave, y que además tiene reflejos de Plantevignes y de Cocteau.

Jossien

Mecánico —todavía no se llamaban chóferes— de la compañía «Taximétres automobiles Unic» de Monaco, creada por los Rothschild y Georges Bizet y administrada por Jacques Bizet, en cuya casa trabaja como criada la cuñada de Jossien. Proust lo contrató entre octubre de 1907 y abril de 1908, lo mismo que a Agostinelli y a Albaret, tanto en París como en Cabourg: en el período vacacional lo llevaba durante sus excursiones normandas. Jossien, que además era sastre, inspiraría en la novela el nombre de Jupien (= jupe, falda), personaje que al principio había recibido el de Joliot.

Joyce, James

El autor de Ulises, James Joyce (1882-1941), conoció a Proust la noche del 18 de mayo de 1922, durante una cena que Sydney Schiff su esposa dieron en el Ritz con motivo del estreno de Le Renard de Stravinski; entre los comensales figuraban, además del compositor, Diaghilev y sus bailarines, Picasso, Proust y Joyce, que llegó tarde, de mal humor y vestido de calle. Apenas se habían leído: en 1920, Joyce conocía algunas páginas de Proust: «No le encuentro ningún talento particular, pero soy un mal crítico». No coinciden los testimonios de los testigos sobre la conversación mantenida por ambos; parece que

Joyce se quejó de su vista mientras Proust se lamentaba de su estómago. Acabada la cena, Joyce sube al taxi de Odilon Albaret con Proust, enciende un cigarrillo y baja la ventanilla; Schiff, indignado, le hace tirar el cigarrillo y subir el cristal. Cortésmente, Proust se disculpa por no conocer la obra de Joyce, que responde: «Nunca he leído a M. Proust». En uno de sus cuadernos, Joyce anota: «Proust, vida analítica e inmóvil. El lector termina las frases antes que él». En una carta a Sylvia Beach, se burlará diciendo haber leído: «A la busca de las sombrillas perdidas por varias muchachas en flores por la parte de Suan y Gomorra y Cía, por Marcel Proyst y James Joust».

En la correspondencia de los meses que le quedan por vivir, Proust no hará ninguna alusión a esa noche; Joyce, en cambio, en una carta del 25 de noviembre de 1922, ocho días después de la muerte de Proust, comenta: «Su nombre ha sido asociado con frecuencia al mío. En París la gente no parece sorprendida de su muerte pero cuando lo vi el pasado mayo no tenía pinta de estar enfermo. De hecho parecía tener diez años menos de su edad».

La Béraudiére, Condesa de

Marie-Thérése Trinidad Brochion, condesa de La Béraudiére (1872-1958) era amante del conde Greffulhe, al que abandonaba a menudo; durante la guerra, por ejemplo, se lanzó a la «acción» visitando trincheras y hospitales y sirviendo de enfermera. Proust visitó a la pareja, tanto juntos como por separado; en junio de 1915, por ejemplo, visita a la condesa, mujer «encantadora, por todos los conceptos, y de una gran vivacidad y franqueza de espíritu»; era, de parte de Proust, una especie de oscura venganza contra la Greffulhe que no se interesaba por su obra; en cuanto a La Béraudiére, según Celeste Albaret, «no sabía qué hacer para atraer su interés [de Proust]». No tardaría en abandonar al conde, que al final de su vida fue engañado y humillado por Mme. de la Béraudiére —como el duque de Guermantes por Odette—; sin embargo, la condesa luchó denodadamente por conseguir la herencia de Greffulhe.

La Gandara, Antonio de

De padre español y madre inglesa, Antonio de La Gandara (1862-197) perteneció al entorno artístico de Robert de Montesquiou, con quien terminaría tras una disputa; retratista y pintor, hizo el dibujo de Daudet en su lecho de muerte, y entre otros retratos pintó los de la princesa de Caraman-Chimay, de la condesa Greffulhe, de Louisa de Mornand; también hizo dos dibujos satíricos de sus antiguos amigos Montesquieu y Delafosse, cuya ruptura servirá a Proust para describir las relaciones entre Charlus y Morel.

Proust achacará a La Gandara un retrato de Jean Santeuil —en realidad el que le había hecho J.-E. Blanche- para esbozar su autorretrato literario: «Ese año, La Gandara expuso en el Champs-de-Mars un retrato de Jean Santeuil. Sus antiguos compañeros del Henri IV no hubiesen reconocido desde luego al escolar desordenado, siempre desaliñado, despeinado, cubierto de manchas, de actitud febril o abatida, gesto más expresivo que no ve, mirada exaltada si estaba solo, tímida y vergonzosa si se encontraba en presencia de alguien, siempre pálido, rasgos descompuestos, ojerosos por la agitación, el insomnio o la fiebre, nariz demasiado abultada entre las mejillas hundidas y los grandes ojos pensativos, únicos en derramar cierta belleza, con su luz y su tormento, sobre aquel rostro irregular y enfermizo, en el brillante joven que parecía posar ante todo París, sin timidez ni arrogancia, contemplándolo con sus hermosos ojos alargados y blancos cual almendra tierna, ojos más capaces de contener un pensamiento que de poseer alguno por el momento, cual un estanque profundo pero vacío…». (Jean Santeuil, pág. 675).

La Rochefoucauld, Aimery, Conde de

Primo hermano del conde de Montesquiou, Aimery de La Rochefoucauld (1843-1928) mantenía una altivez aristocrática que rivalizaba con la de su pariente. Padre de Gabriel de La Rochefoucauld, servirá a Proust para sus retratos de viejos nobles.

Célebre en la sociedad parisina por sus ocurrencias llenas de ingenio —distintas Memorias de la época las recogen—, su esposa tenía abierto salón donde se exigía el respeto más firme al rango y la etiqueta.

En una carta, Proust afirma haberse fijado en una breve novela de Balzac, Gobseck, y haber espigado frases «a lo Aimery de La Rochefoucauld», así como rasgos del carácter de este conde, «por supuesto no para copiarlos sino para inspirarme en ellos». En A la busca del tiempo perdido dará al príncipe de Guermantes determinadas actitudes del conde, y atribuirá al duque de Guermantes algunas de sus frases más ingeniosas y célebres.

La Rochefoucauld, Gabriel de

Hijo del conde Aimery de La Rochefoucauld, primo de Montesquiou, Gabriel (1875-1972) se relacionó con Proust a partir de 1904; elegante, culto, dreyfusista, carece de los prejuicios aristocráticos de su padre, pero comparte su afición a las mujeres y a la vida nocturna y —aludiendo a su antepasado, el autor de las Máximes, le apodan «el La Rochefoucauld de chez Maxim's»— a la cultura: «Este gran joven lleva en la frente, como dos piedras preciosas hereditarias, los claros ojos de su madre», anota Proust. Cronista en el periódico Le Figaro, aficionado al deporte, también se dedicará a la literatura, y propondrá a Proust el manuscrito de su novela L'Amant et le Médecin, teniendo luego en cuenta las observaciones del autor de A la busca del tiempo perdido.

De carácter autobiográfico, narraba el amor frustrado de un joven con una mujer casada, que motivó el viaje de Gabriel con Pierre Loti a Constantinopla. Reflejo de la sociedad mundana, al parecer Proust sale retratado en ella con el nombre de un enfermo imaginario, Larti, que no se siente atraído por las mujeres. La mujer casada real, la condesa des Garets, se suicidó en 1904, al anunciarse el compromiso de Gabriel con Odile de Richelieu; la boda tuvo lugar en febrero de 1905 y supuso un distanciamiento de Proust, quien en enero de 1904

escribía en una carta: «Empiezo a amarle mucho». Odile de Richelieu, medio judía, era hija de Alice Heine (1858-1925), que la había tenido del duque de Richelieu (1847-1880); al quedar viuda, se había casado con el príncipe Alberto I de Monaco, de quien se separaría en 1902 conservando el título de princesa y el tratamiento de Alteza Serenísima; en A la busca del tiempo perdido será uno de los modelos de la princesa de Luxembourg.

La Salle, Louis, Conde de

Louis-Georges Séguin, conde de La Salle (1872-1915), fue condiscípulo de Proust en el Liceo Condorcet; compañero también de vacaciones en Trouville, en la finca Les Frémonts, estuvo asociado a las revistas juveniles que el grupo de alumnos creó desde ese Liceo. Participó en la redacción de Le Banquet (1892), e hizo el servicio militar en compañía de Halévy, en Fontainebleau, donde Proust visitará a ambos. Si en 1898 firmó el «Manifiesto de los intelectuales» a favor de Dreyfus y de Zola, luego se acercó a las posiciones nacionalistas de Léon Daudet, con quien frecuentaba el café Weber. Casado con Madeleine de Pierrebourg, de la que se divorció, murió durante la guerra. Había publicado un libro de poemas, Le joueur de songes (1895), y una novela, Le Reactionnaire.

Lacretelle, Jacques de

Heredero de una dinastía de literatos, Jacques de Lacretelle (1888-1985) no consiguió el éxito hasta su segunda novela, Silbermann (1922), que describe la adolescencia parisina de un judío inteligente y rico perseguido por sus compañeros de un liceo católico. Estudió en el Liceo Jeanson-de-Sally y en Cambridge, y conoció a Proust antes de la guerra, pero no fue hasta 1917 cuando empezó a convertirse en «visitante de la noche», al que «daba gusto contemplar», escribe Proust a Maurice Druon.

En 1918, en una larga dedicatoria del ejemplar de Por la parte de Swann, le escribirá: «No hay claves para los personajes de este libro, o hay ocho o diez para uno solo». Intimo de los Brancovan y de Abel Hermant, conseguirá con La Bonifas (1925), novela inspirada en Gomorra, en la que traza un sombrío cuadro psicológico, su mejor texto narrativo. Después de la segunda guerra, abandonó en parte la narración para centrarse en los estudios literarios y en el relato de sus viajes por Grecia, España e Italia.

Laurent, Méry

Amiga de Reynaldo Hahn, que será su albacea y heredero, Méry Laurent, que había trabajado como actriz ligera en el Châtelet, era amante del doctor Evans, dentista de Napoleón III, cuando Proust fue presentado en su salón en 1897; entre los poetas y pintores que lo frecuentaban, Méry Laurent había ido eligiendo a sus amantes: por ejemplo, Mallarmé y Manet. Suministró a Proust algunos detalles para Odette, entre ellos su afición por el arte japonés.

Lauris, Georges, Conde de

Georges de Lauris conoció a Proust hacia 1900, sucediendo a Albuféra en su amistad; confidente del novelista durante la redacción de Contre Sainte-Beuve, será utilizado por Proust para intentar reanudar sus relaciones con Bertrand de Fénelon, invitándole por ejemplo a ver, con varios amigos más, una obra de moda, Le Circuit: «Pienso con frecuencia en él y me alegraré de volver a verlo, siempre que no menoscabe nuestra amistad», escribe a Lauris, a quien no tarda en reprochar, en otoño de 1909, haberlo alejado de Fénelon. Lauris asistió en casa del novelista a una pelea en la que, tras unas palabras desagradables de Fénelon, Proust saltó sobre él, y Lauris hubo de separarlos.

Destinatario de una abundante correspondencia y confidente de extrañas confesiones de Proust en ese período, a él comunicó el novelista su intento de irse de París con una mujer. Proust le envió para su lectura la primera redacción de «Combray», que el conde devolvió con dos cartas llenas de elogios. En el otoño de 1910, Lauris anuncia su matrimonio con Madeleine de Pierrebourg —que había estado casada con un antiguo condiscípulo de Proust en el Liceo Condorcet, Louis de La Salle: «Celebro que esa criatura deliciosa y lastimada haya encontrado al hombre a quien tengo por más inteligente, guapo, mejor incluso en la medida en que al trasplantar su sensibilidad a su inteligencia ha conseguido la maduración de una dulce bondad que no era quizá la originaria»—, pero no invita a Proust a su boda, mientras que Fénelon era testigo del marido; el novelista se ve obligado a sospechar que si no le han invitado ha sido porque sentían vergüenza de su persona. En A la busca del tiempo perdido, el conde de Lauris presta algunas de sus características a Saint-Loup.

Lavallée, Pierre

Condiscípulo de Proust en el Liceo Condorcet, Pierre Lavallée (1872-1946) pertenece a una familia influyente; será compañero del novelista en su época inicial de salones —Mme. Arman, Madeleine Lemaire— pese a los reproches de la madre de Lavallée: «Me parece muy amable, pero confieso que me desesperaría viéndote llevar la vida que lleva». En las líneas con que Proust le dedica Los placeres y los días, el novelista reconoce su amistad, la comunidad de sueños, de «sentido oculto a los demás, de profundidad conocida sólo por ellos». En la primavera de 1895, Proust lo visita en la propiedad familiar del castillo de Segrez (Saint-Sulpice-de-Faviéres), pero un ataque de asma le obliga a regresar inmediatamente a París; la hermana de Pierre, Anne-Marie, por la que Proust finge suspirar, siente antipatía por aquel amigo «indolente y pesado» que la molesta con su galantería pasada de moda.

En 1900, Lavallée se casa y se traslada a la calle de Vézelay, donde Proust será conocido por los hijos de su amigo como «el señor que viene de noche», hasta que en una ocasión, a las tres de la mañana, el portero impida el paso al novelista: hacia 1906 su amistad ha desaparecido por completo, lo cual no obsta para que Lavallée asista a los funerales de Proust. Tras seguir estudios de derecho, Lavallée fue en 1910 conservador de la Biblioteca y del museo de la escuela de Bellas Artes; en 1938 trabajó en el Gabinete de dibujos del Louvre; publicó numerosos libros sobre pintura francesa del siglo XII al XVIII, así como monografías sobre Fragonard, Delacroix, Watteau y Oudry.

Le Cuziat, Albert

De origen bretón, Albert Le Cuziat, nacido en 1881, llegó a París recomendado por el cura de su pueblo en busca de trabajo; lo encontró como lacayo en casa de un príncipe polaco, donde lo conoció el príncipe Constantin Radziwill, que logró que el polaco se lo cediese para convertirlo en primer lacayo de los doce que Radziwill, de prácticas homosexuales públicas, había reclutado. Luego pasó a servir sucesivamente en distintas casas aristocráticas: los Greffulhe, el príncipe Orlov, el duque de Rohan. Con los años, había ido perdiendo su belleza de perfil clásico pero había ganado, con el trato de sus amos, distinción y elegancia, además de una cultura de la aristocracia que hizo de él un especialista del Gotha europeo: conocimientos que no se limitaban a la etiqueta, los linajes y las estirpes, sino también a los vicios más secretos de cada uno de sus miembros. Proust lo había conocido en 1911, cuando servía en casa del príncipe Orlov, y lo invitó a su casa del bulevar Haussmann en más de una ocasión para consultarle detalles sobre los usos aristocráticos, consultas que el escritor pagaba generosamente.

Con sus ahorros, poco después de esa fecha, Le Cuziat logró independizarse para terminar comprando, en el número 11 de la calle de L'Arcade, el palacete Marigny, que convirtió en casa de citas para

homosexuales, donde, gracias a sus conocimientos, encontraba pupilos y clientes aristocráticos de exigencias especiales o extravagantes. Proust, que lo llamaba «mi Gotha viviente», fue a conocer el Hotel Marigny, que nada más inaugurarse ya era conocido en París como el «Templo del Impudor», y le regaló varios muebles, heredados de sus padres, para adornarlo (como el Narrador los de la tía Léonie al burdel que frecuenta Bloch). Hipócritamente, Proust se quejará a Celeste Albaret del uso dado por Le Cuziat a esos muebles, «que el muy bribón me había pedido (…) para arreglarse su habitación personal (…) los utilizaba para menesteres repugnantes. Nunca le hubiera creído capaz de semejante vileza».

Proust, visitante asiduo del Hotel Marigny, «resulta improbable que haya desempeñado otro papel que el de mirón, hecho que confirma el relato que hará en A la busca del tiempo perdido de la sesión de flagelación del barón de Charlus a la que asiste casualmente el Narrador. (…). También puede pedir a algún pupilo, debidamente adoctrinado por Albert, que se preste a sus caprichos, en los que hay más curiosidad intelectual que placer de los sentidos». (Diesbach). En 1917, Proust le envía frecuentes mensajes por medio de Céleste, que odiaba a Le Cuziat y a quien define como «carente de elegancia, con unos ojos azules, fríos como los de un pez». Proust, que le dedicará un ejemplar de Sésamo y lirios, lo utilizó como modelo para el personaje de Jupien.

Legrand, «Cloton».

Clotilde de Foumes, fallecida en 1944, conocida como «Cloton», se había casado con Gastón Legrand y era una «de las mujeres más lanzadas de París». Proust, que frecuentó su salón en los primeros tiempos de su vida mundana, la empleó como modelo de Mme. Leroi, y se inspiró en ella —y en Mme. Jacques de Waru— para el retrato que publicó el 29 de abril de 1922 en Le Figaro de la princesa d'Orvillers, «hija natural del duque de Parma».

Lemaire, Mme.

Jeanne-Magdeleine Coll (1845-1928), que según Dumas hijo era la persona que más rosas había creado después de Dios, era sobrina de una miniaturista del Segundo Imperio, Mme. Herbelin (1820-1904), casada con un tal Lemaire que dio su apellido a la pintora de flores, paisajes, personajes, etc. Mujer de gran corpulencia, un poco viril, y no sobrada de inteligencia, dirigía un brillante salón en su hotelito del número 3 de la calle Monceau, cerca de la calle de Courcelles.

Su casa, saqueada durante los motines populares de octubre de 1886, reunía los martes —y cualquier otro día de la semana con la menor de las excusas— a los artistas del momento: actores, cantantes, poetas (Coquelin, Massenet, Saint-Saéns, Emma Calvé, Réjane, Reynaldo Hahn), además de aristócratas como la princesa Mathilde, la emperatriz de Alemania, el rey de Suecia, etc. Sus cuadros de rosas se vendían a precio de oro; y esas mismas flores aparecían en los abanicos de las damas de la aristocracia, en los menús de las casas más afortunadas, en los programas de teatro y en libros, que ilustraba en profusión, entre ellos la primera edición (1896) de Los placeres y los días, a petición de Proust, que le dedicó un artículo en Le Figuro: «La cour aux lilas et L'atelier des roses. Le salón de Mme. Madeleine Lemaire», (Contre Sainte-Beuve, pág. 457). Las evocaciones de su figura y de su salón no son tan elogiosas en los diarios de Edmond de Goncourt —que la tacha de malvada y lenguaraz, de embrollar amistades para luego arreglarlas— ni en los recuerdos de Léon Daudet.

Proust, que acudía a su salón con Reynaldo Hahn, conoció en él a Robert de Montesquiou. Autoritaria, aficionada a las «ejecuciones» cuando no se acataban sus gustos artísticos o musicales, y llamada por sus fieles «la Patrona», Mme. Lemaire servirá de modelo tanto a Mme. Verdurin como a Mme. de Villeparisis.

Lemaitre, Jules

Novelista y dramaturgo, Jules Lemaitre (1853-1914) empezó publicando sus críticas literarias en La Revue Blanche y en La Revue des Deux Mondes, y las teatrales, que apasionaban a Proust, en Le Journal des Débats. Proust, sobre quien influyó en esa primera etapa, lo conoció probablemente en el salón de Mme. Arman de Caillavet, que Lemaitre frecuentaba lo mismo que los de Mme. Aubernon y Mme. Straus; durante el caso Dreyfus, Lemaitre abandonó este último llevado por su ideario nacionalista, que lo impulsó a dirigir la Liga de la Patria Francesa y sumarse más tarde a las filas de «L'Action Française».

Lemaitre, aficionado a los pastiches, fue quien animó a Proust a cultivar el género, en el que no se iniciaría hasta 1908, y quien en 1909 lo felicitó por su pastiche sobre Henri de Régnier. Cuando murió su amante, Mme. de Loynes, Marie Scheikévitch «emboscada tras el coche fúnebre» persiguió a Lemaitre. Como escritor, empezó con poemarios de factura parnasiana (Les Médaillons, 1880; Petites orientales, 1883), para luego dedicarse a relatos más inspirados por la literatura que por la vida. En sus estudios sobre los clásicos —Rousseau, Racine, Fénelon, Chateaubriand— practicó una crítica impresionista de escaso valor histórico pero de apreciaciones exactas y gusto delicado.

Su obra teatral, hoy olvidada, tiene sus mejores títulos en La Bonne Hélène (1896), estrenada por Réjane; Proust escribió sobre esa pieza un artículo no publicado en el que, citando el Fedro platónico, refiere la historia de la ceguera del poeta Estesícoro, que perdió la vista por haber hablado mal de Elena y que la recuperó al desdecirse de sus palabras; y en Le mariage de Télémaque (1910), escrita en colaboración con M. Donnay.

Lorrain, Jean

Seudónimo de Paul Duval (1855-1906); hijo de una familia burguesa de Fécamp, empezó haciendo estudios clásicos y, tras una crisis de misticismo que le inspiró la idea de abrazar la carrera

sacerdotal, terminó probando la pintura —después de pasar por la carrera de las armas— y dedicándose a la poesía, a la crítica literaria y a la crónica del París mundano y elegante de fin de siglo. Alcanzó gran fama por sus críticas maliciosas en Le Journal y L'Echo de Paris, por su elegancia agresiva y su inmoralismo decadente. Abusó de forma sistemática de estupefacientes, sobre todo durante el último período de su vida.

Se movía en ambientes oscuros de los bajos fondos —los refleja, por ejemplo, en Poussiere de Paris (1896)—, que le permiten hostigar a la burguesía y ridiculizar la vanidad, los falsos talentos y las famas inmerecidas. De estilo artificial y pretencioso, sus obras más características llevan por título; Monsieur de Bougrelon (1897), La Dame turque (1898), Monsieur de Phocas (1901). Grueso y abotargado —en 1921, André Gide dirá que Proust le recordaba un poco en ese momento a Jean Lorrain—, aludió irónicamente, en su crítica, firmada como Raitif de la Bretonne (Le Journal, 3 de febrero de 1897), de Los placeres y los días, a la relación amorosa de Proust y Lucien Daudet: después de atacar a France por prologar el libro, advierte que será Alphonse Daudet quien escriba las páginas iniciales de la próxima obra del autor, porque el autor de Cartas desde mi molino «no puede negar nada a su hijo Lucien».

Ataque desconcertante, por parte de un escritor homosexual y mundano, que ofende a Proust: al día siguiente, mientras demuestra «una sangre fría y una firmeza que parecían incompatibles con sus nervios», según Reynaldo Hahn, Proust envía a Lorrain dos padrinos, el pintor Jean Béraud y Gustave de Borda, esgrimidor profesional; el poeta, por su parte, elegirá para ese cometido al novelista y dramaturgo Paul Adam (1862-1920) y al pintor y crítico de arte Octave Uzanne; el resultado del duelo (6 de febrero de 1897) a pistola era previsible: en la torre de Villebon, en el Bois de Meudon, dos disparos al aire por parte de los contendientes lavan la afrenta.

Detalles físicos de Lorrain sirvieron de modelo al barón de Charlus. A partir de ese duelo, olvidándose de Proust, Lorrain volvió sus pullas contra Montesquiou, uno de sus blancos preferidos: además de burlarse de sus versos, Lorrain aludirá al bastón del conde para insinuar que éste era uno de los caballeros que, el 4 de mayo de

1897, cuando se incendió el Bazar de la Charité (en la calle Jean-Goujon), se había abierto paso en medio de las llamas y saltado por encima de los cuerpos carbonizados —murieron varios cientos de personas— a bastonazo limpio; Lorrain calificará ese bastón de «garrote para mujeres vivas, tenazas para mujeres muertas, ya tristemente célebres en los anales de la elegancia masculina». El incendio había de costarle a Montesquiou un duelo con Henri de Régnier. De Lorrain, aparecieron postumas las Lettres á [sa] mére, que dan una imagen más favorable de su personalidad.

Loynes, Condesa de

Amante de Jules Lemaitre, fallecida en 1908; durante el Segundo Imperio había sido cocotte; su salón se convirtió durante el caso Dreyfus en centro ultranacionalista al que acudía, entre otros, Maurice Barres. Proust utilizó su salón como modelo para el de Mme. Swann durante la época del caso Dreyfus.

Madrazo, Frédéric de

Hijo del pintor español Raimundo de Madrazo, casado (1889) en segundas nupcias con Marie Hahn, hermana de Reynaldo, Frédéric de Madrazo (1878-1938), pintor de segunda fila aficionado al piano y al canto, era conocido por la sociedad mundana parisiense como «Coco». Amigo de Proust desde su etapa del salón de Mme. Lemaire, quiso acompañar a éste en el viaje que hizo a Venecia en 1900 junto a su madre y a Reynaldo Hahn, pero tuvo que quedarse en Roma.

Cuando, durante la guerra, Proust necesitó un ayuda de cámara —todos los hombres sanos estaban en el frente—, Frédéric le envió uno de sus protegidos, minado por la tuberculosis, al que contrató por un tiempo muy breve, porque también fue llamado a filas. Hizo dos retratos de Marie Nordlinger y de su primo Reynaldo Hahn. Proust

utilizó a Frédéric de Madrazo como modelo para el escultor y pintor Ski, que aparece en Sodoma y Gomorra.

Martel, Condesa

Sobrina biznieta de Mirabeau, Sybille de Mirabeau, condesa de Martel (1849-1932), era amiga de la madre de Proust. Dedicada a la literatura con el seudónimo de Gyp, dejó en sus novelas una evocación de los ambientes mundanos en cuadros impresionistas y levemente satíricos. Contó su juventud describiendo los medios aristocráticos en que vivió en varios libros: Souvenirs d'une petite fille (1927-1928), Du temps des cheveux et des chevaux (1929), La Joyeuse Enfance de la III République (1931). En estos textos cita anécdotas, vividas por ella misma, de la infancia y adolescencia de Proust, al que conoció en los Champs-Élysées jugando con Antoinette Faure; a los pocos días volvió a verle comprando las obras de Moliere y de Lamartine en la librería de Calmann-Lévy. Proust invitó a su hijo, el vizconde de Martel, a una cena en homenaje a Willie Heath, dada en su casa el 6 de junio de 1893 y presidida por los padres del escritor.

Martin du Gard, Maurice

Periodista y escritor, Maurice Martin du Gard (1896-1970) dirigía Écrits nouveaux, donde en 1921 apareció una crítica poco favorable para La parte de Guermantes firmada por André Germain. Proust quiso retar a duelo a Martin du Gard, pero, resueltas las diferencias, ambos terminaron cenando el 7 de febrero de 1922 con la princesa Soutzo. En su libro de recuerdos Les Mémorables, narra el entierro de Proust, al que asistió como curioso y durante el que arrojó una mirada sarcástica sobre los asistentes: «duques, príncipes, embajadores, el Jockey, la Unión, botines abotonados, monóculos, rayas engominadas… Entre la multitud, encumbrada judería y destacada

pederastia parisiense entrada en años, maquillada, uñas pintadas, ojos escudriñadores…».

En otro pasaje habla de las citas que Proust mantenía en un hotel de las afueras de París, donde, mientras estaba con un joven disfrazado de agente de policía, en la habitación contigua degollaban un pollo (Les Memorables, 1.1, págs. 244, 263-264).

Mathilde, Princesa

Hija de Jéróme Bonaparte, que fue rey de Westfalia, y de la princesa Catalina de Wurtemberg, la princesa Mathilde (1820-1904) vivió un matrimonio efímero con un noble ruso —el príncipe Demidov, sobrino del zar Nicolás I—, para luego abrir uno de los salones mundanos más famosos del Segundo Imperio; sobrina de Napoleón I y prima de Napoleón III, cuando Proust le fue presentado por Mme. Straus en el salón de la calle de Berri, en 1891, el antiguo esplendor de treinta años antes ha pasado; las conversaciones brillantes y el tono intelectual —Flaubert, Mérimée, Sainte-Beuve, Théophile Gautier, Taine, Alexandre Dumas, Eugéne Giraud— han sido sustituidos por artistas y escritores mediocres, funcionarios oscuros, cotilleos y disputas; cuentan mucho los elogios de los invitados a las acuarelas de la princesa: «Mi hermana tiene mucho gusto, pero es malo», decía el príncipe Napoleón. Edmond de Goncourt dejará en su Journal impresión negativa de la mediocridad absoluta del salón, de los invitados y de las pretensiones artísticas de la anfitriona; y Léon Daudet unas páginas feroces y caricaturescas.

La princesa apreciaba la presencia de Proust, que terminaría describiendo en términos elogiosos el salón y a la anfitriona en el artículo «Un salón historique. Le salón de S. A. I. la princesse Mathilde», («Le Figaro», febrero de 1903). La princesa llamaba a Proust «Claudius Popelin», en recuerdo del esmaltista de ese nombre que había sido su esposo secreto y que la había abandonado para irse con su dama de compañía, Marie Abbattucci. Proust la hace figurar como persona real en A la sombra de las muchachas en flor y salpica

con algunos de sus rasgos al personaje Mme. de Villeparisis, y quizás a la Mme. Verdurin de El tiempo recobrado.

Maugny, Rita de

Dueña del castillo de Lausenette, cerca de Thonon, la vizcondesa de Maugny, de origen alemán y polaco, recibió a Proust en su castillo, cerca de Evian, durante las vacaciones de septiembre de 1899; aficionada a la pintura, «cuando ibas a casa de los Maugny te invitaban nada más entrar a contemplar los grandes álbumes repletos de personajes ferozmente distorsionados, por lo común políticos… pero eran caricaturas demasiado recargadas para el gusto francés. Rita acusaba los defectos del rostro con crueldad que rebasaba los límites, más que gracia inspiraban horror». Su marido, Clément de Maugny —con quien, en el verano de 1899, Proust hará una excursión ruskiniana para ver el panorama de los Alpes desde las colinas de Thonon—, muy orgulloso del talento artístico de su esposa, pedirá a Proust que la ayude a publicar esos dibujos. Después de la guerra, Proust prologará un álbum de caricaturas de Rita de Maugny.

Maupassant, Guy de

Proust llegó a conocer a Guy de Maupassant (1850-1893), discípulo y amigo de Flaubert, en los salones de su primera juventud: en el de Mme. Straus y, sobre todo, en el de su amante la condesa Potocka. Y también lo trató en casa de Jacques-Émile Blanche en 1892, durante su posado para el retrato de la camelia en el ojal: Antoine Blanche, padre del pintor, cuidaba en su casa de salud —el palacete de la princesa Lamballe, en la actualidad la embajada de Turquía, en la avenida de Ankara— a los enfermos nerviosos, sobre todo a artistas y escritores, y en ella acabó sus días el autor de Bola de sebo. Maupassant, que en Jean Santeuil aparece con su oficio de novelista bajo la sigla C., mantuvo relaciones con la condesa Potocka,

que dejó algunos de sus rasgos en la duquesa de Guermantes, y con Marie Kann: ambas mujeres sirvieron a Maupassant de modelos para Notre coeur.

Mauriac, François

El novelista François Mauriac (1885-1970), que terminaría consiguiendo el premio Nobel de 1952, conoció a Proust en 1918, en casa de Mme. Daudet: «Me pareció más bien pequeño, embutido en un traje muy ajustado, con unos espesos cabellos negros sombreando unas pupilas dilatadas, al parecer, por las drogas. (…). Me clavó una mirada de nocturno cuya fijeza me intimidaba». Mauriac, que cenó a partir de esa fecha en varias ocasiones con Proust, saludó la aparición A la sombra de las muchachas en flor con una reseña en La Revue des jeunes, en agosto de 1921.

En febrero de ese año había visitado a Proust —a quien Mauriac parece «encantador»— en la calle Hamelin: al día siguiente le escribía una carta: «Usted es el único que admiro sin segundas intenciones y sin esfuerzo (…). Entro en el encantamiento de sus libros como, de niño, en los de Jules Verne y de Féval». Sin embargo, en su «Journal d'un homme de trente ans», el tono de Mauriac es otro: «Este último mes, extraña cena a las 10 de la noche a la cabecera de Proust: sábanas dudosas, olor a cerrado, cabeza de judío, con su barba de diez días, vuelto a la suciedad ancestral. Conversación que prolonga sus libros». La publicación de Guermantes II suscita en él admiración ante algunas de sus escenas, como la muerte de la abuela y la visita a casa del barón de Charlus. Pero con Sodoma sus sentimientos se vuelven contradictorios: «admiración, repulsión, terror, desagrado» ante lo que califica de «este fruto terrible».

En cambio, Proust, que en junio de ese año lee Préséances, elogia en carta a Mauriac «la vida interior», aunque confiesa no entenderlo: «nada que yo ame más y en que me refleje menos. Debemos de ser extrañamente diferentes uno del otro». Mauriac asistió al entierro de Proust en compañía de Barres. Según Tadié, Proust no ejerció ninguna

influencia sobre Mauriac, pero fue para éste «una referencia constante y una especie de ángel guardián, con el dedo puesto sobre la boca». El tiempo unió los apellidos de Proust y Mauriac: el hijo del autor de Nido de víboras y también escritor, Claude Mauriac (1885-1970), se casó en 1951 con Marie Claude, hija de la sobrina de Proust, Suzy Adrienne Mante-Proust (1903-1986).

Meyer, Arthur

Hijo de un sastre judío de Le Havre, Arthur Meyer (1844-1924) consiguió, tras desaires y hambres, el puesto de director de «Le Gaulois», el periódico más tradicionalista y mundano de París. Antes, en 1886, había cometido lo que todo París consideró un crimen: en un duelo, agarró la punta de la espada de su adversario con la mano mientras hundía la suya en el cuerpo de la víctima. Pero el incidente no tardó en ser olvidado. Para contentar a sus lectores del faubourg Saint-Germain, se declaró antidreyfusista desde el primer momento: se había fijado como meta penetrar en el mundo cuyos ecos reflejaba «Le Gaulois»: sus modales y maneras de figurín y su empaque le hicieron acreedor al apodo de «el duque Jean».

No es muy buena la opinión que de Meyer tienen Proust y sus amigos: Léon Daudet llegará a escribir de su capacidad de adaptación: «Convierte en nudo de corbata la culebra que traga, en condecoración el escupitajo, en silloncito la patada en el trasero. Es una marioneta imposible de derrumbar que siempre cae de pie. Para aplastarlo definitivamente —en el supuesto de que fuese posible— sería preciso no verlo mientras se le aplasta».

Pese a todo, a principios de siglo, Meyer es una de las personas con mayor fortuna e influencias en un París que se burla de él caricaturizándolo. Pero a los sesenta años, para entroncar con la aristocracia se casó con una joven de veinticuatro, Marguerite de Turenne, descendiente de la antigua familia de mariscales de ese apellido cuya fortuna había tocado fondo. «Meyer está como embriagado. Notifica su boda a todos los soberanos o por lo menos a

los duques (…). Se ha encontrado con Barres y le ha dicho: "Voy a Versalles, ¿quiere usted que salude de su parte a mi primo Luis XIV"?», le cuenta Proust a Reynaldo Hahn en una carta de septiembre de 1904.

La «alianza del sable con el judiastro», como la califica la prensa satírica, tuvo lugar el 8 de octubre, con François Coppée y Arthur Méziéres como testigos del director de Le Gaulois. A raíz de la boda, las desdichas que sobrevinieron a Meyer volvieron simpática su figura: «Cuando me casé con mi mujer para salvar a una gran y noble familia de la miseria, París me lapidó con su desprecio. Desde que he quedado deshonrado por su abandono, París me corona con su respeto y su entusiasta simpatía… Acabaré mi larga carrera tardíamente ensalzado por haber sido engañado». (Ferdinand Bac, Souvenirs inédits).

Mirabaud, Paul

Gobernador del Banco de Francia, Paul Mirabaud (1908) era yerno de uno de los mejores amigos de Proust, Robert de Billy. En carta a su madre, Proust lo describe como «un dios sajón inmenso y fuerte» con la misma figura de su hija. En su yate Hélène Proust intentó una excursión marítima por las costas normandas, pero un ataque de asma y el mal tiempo lo obligaron a abandonar el viaje a los tres días y regresar a París. A su muerte, cuando su biblioteca fue vendida, Proust compró dos obras eróticas de Verlaine, Femmes y Hombres.

Monaco, Princesa de

Alice Furtado-Heine (1858-1925), descendiente de una acaudalada dinastía judía de Francfort, los Furtado-Heine, y también del poeta alemán Heinrich Heine, y emparentada con Louis d'Albuféra a través de Anna Masséna, hija de Paule Hurtado-Heine, se casó con el duque de Richelieu (1847-1880); a la muerte de éste

contrajo matrimonio (1889) con el príncipe Alberto I de Monaco, del que se separaría en 1902 con derecho a utilizar el título y el tratamiento de Alteza Serenísima. Alice era madre además de Odile de Richelieu, que en 1905 se casaba con otro amigo de Proust, Gabriel de La Rochefoucauld. A Proust, que la había conocido en Cabourg hacia 1894, le sirvió de modelo —uno más— para la princesa de Luxembourg.

Montebello, Condesa de

Albertine de Briey, casada con el conde Jean de Montebello, tenía abierto un salón que Proust frecuentaba, lo mismo que las Noailles, en particular Anna, Maurice Barres, Paul Morand, etc. Mujer de frases agudas y respuesta rápida según Morand (Journal) y Barres (Journal 1898), tenía en Trouville una magnífica villa de estilo Luis XIII. Proust bautizó con su nombre a la principal figura femenina de A la busca del tiempo perdido.

Montesquiou-Fezensac, Robert, Conde de

Entre los antepasados de Robert de Montesquiou (1855-1921) figuraban mariscales de Francia, generales, embajadores, gobernadores, D'Artagnan, el héroe de Los tres mosqueteros de Dumas; pretendía incluso que su estirpe se remontaba a Meroveo. Engreído, delgado, elegante y rebuscado, ojos de un negro resplandeciente, pelo ondulado, y con un bastón célebre, era, cuando Proust lo conoce (1893) en el salón de Mme. Lemaire, el símbolo de la elegancia masculina de París, hasta el punto de ser elegido por Huysmans como modelo del protagonista de À rebours, el caballero Des Esseintes, encarnación del preciosismo y la decadencia del siglo, y por Edmond Rostand para el Pavo real de Chantecler.

Los salones más cerrados lo tuvieron por invitado de excepción; además de sus antepasados y su elegancia, además de sus mansiones

edificadas en la Edad Media, tiene por principal domicilio parisiense un palacete llamado Palacio de las Musas, en el 95 de la calle Charles-Laffitte, en Neuilly, cuya decoración sorprende a los visitantes por su mezcolanza de historia, refinamiento, baratijas y mal gusto —él mismo la describe en Les Pas effacés; y Edmond de Goncourt la califica de «batiburrillo de objetos incongruentes». Fue poeta simbolista, amigo de escritores como Mallarmé y Verlaine, al que hacía llegar ayudas pecuniarias, de pintores como Gustave Moreau y Whistler, a quien encargó un retrato, del vidriero Gallé, al que protegió, etcétera.

La poesía de este aristócrata para los poetas, y de este poeta para los aristócratas, está hecha de un simbolismo en el que la recuperación de términos obsoletos, arcaicos o extraídos de lenguajes esotéricos es la piedra angular de un esteticismo que terminaría impidiendo la comprensión, considerada por Montesquiou como una concesión al vulgo. Dejó una veintena de volúmenes, en su mayoría poemarios (Les Roseaux pensants, 1897; Le Pays des aromates, 1900; Professionnelles beautés, 1905; y sobre todo sus elegías escritas durante la guerra: Les Offrandes blessées, Sabliers et Lacrymatoires, el libro de memorias citado, Les Pas effacés 1923, un ensayo sobre la poeta Marceline Desbordes-Valmore…

Apenas queda nada de todo eso, pero el personaje que los escribió ha pervivido como la encarnación más perfecta del estetismo de la Belle Époque. Su figura, sus agudezas, sus frases, su ingenio, más para la conversación que para la literatura, su insolencia, los motivos de alguno de sus duelos —con Henri de Régnier, por ejemplo— se pasean por todas las Memorias de ese período convirtiéndolo en una figura irrepetible por su teatralidad social: «A la vez que alzaba la mano, la inflexión de su voz se elevaba de modo estridente, como la trompeta en una orquesta, o caía, quejumbrosa y lastimera, mientras se le arrugaba la frente o las cejas formaban un hirsuto acento circunflejo», escribe Élisabeth de Gramont.

Montesquiou tiene treinta y ocho años cuando es presentado a Proust, que acaba de cumplir veintidós: el conde lo tenía todo para deslumbrar a Marcel: alcurnia de pasado medieval que le abría las puertas de la más alta aristocracia, elegancia, cultura y, en medio de

un estetismo de perfumes y piedras preciosas en los dedos, una insolencia que no teme ganarse enemigos.

Las relaciones entre Montesquiou y Proust irán variando con el tiempo: elogios desmesurados, disculpas por no asistir a fiestas, presentaciones o recitales mutuos; en resumen, una relación tensa donde la amistad imposible respeta unos límites que los convertirían en enemigos encarnizados; relación hecha por parte de ambos de recelos y prudencias, de reproches y declaraciones —falsas— de admiración. Tras la sorpresa y la fascinación inicial, Proust vio en el conde la puerta anhelada hacia la aristocracia, hasta el punto de pedirle que lo presente «a algunas de esas amigas junto a las que se le suele evocar con tanta frecuencia (la condesa Greffulhe, la princesa de Léon)», puerta que el conde no estaba dispuesto a abrirle fácilmente; para conseguirlo, Proust elogiará una y otra vez su obra y su personalidad, en artículos (por ejemplo, «Un professeur de beauté», publicado en 1905; reseñas elogiosas de sus libros de versos, etc.) y también en una correspondencia donde las opiniones de Proust, que quiere concitarse la amistad de Montesquiou, rayan en la cursilería.

El propio Proust ajustaría cuentas con esas «debilidades» obligadas: el estilo Montesquiou se convertirá en burla en boca del barón de Charlus: «Volver todo esto más Montesquiou de tono», anota en uno de sus cuadernos; los lectores contemporáneos reconocieron perfectamente los pastiches, imitación de aquellas baratijas que Montesquiou hacía con el lenguaje. El conde también se reconoció en el barón de Charlus, y hubo de soportar las mentiras inquietas con que Proust, para desviar sus sospechas, apunta que la «clave» era el barón Doazan, a quien Montesquiou había «robado» el secretario, Gabriel Yturri, llorado amargamente por el conde en «Le Chancelier des fleurs» cuando el argentino murió en 1908. Robert de Montesquiou fallecería a los sesenta y seis años tras una crisis de uremia. En sus memorias póstumas dejó un elogio, escrito en 1920, bastante frío de Proust: «La persona de Marcel Proust, desde hace mucho llena de gracias para mí, me inspira tanta amistad como simpatía admirativa me dicta su talento». Clermont-Tonnerre, E. de: Robert de Montesquiou et Marcel Proust, París, 1925.

Jullian, Ph.:

Robert de Montesquiou, un prince 1900, París, 1987.

Morand, Paul

Hijo del poeta, dramaturgo y pintor Eugéne Morand, Paul Morand (1888-1976) siguió la carrera diplomática; destinado a la embajada de Londres en 1913, conoció a Proust en septiembre de 1915 a través de Henri Bardac, aunque en 1913 Bertrand de Fénelon ya le había hablado de aquel novelista que se pagaba sus libros y era «muy difícil en amistad». Colaborador de la N. R. F., publicó en mayo de 1917 en Le Mercure de France una novela breve, «Clarisse ou L'Amitié», a la que Proust dedicó un artículo: «Pour un ami (remarques sur le style)», empleado por Morand como prólogo al volumen que la recogía, junto a otros dos relatos más con el marco común de Londres por geografía de ficción, bajo el título de Tendres Stocks (1921); artículo y prólogo en el que Proust habla más de sí mismo y de sus teorías que de Morand, al que reprocha el empleo de imágenes manidas, y a cuyos éxitos femeninos alude.

Con anterioridad, Morand había publicado un poemario, Lampes à arc, donde aparece una «Ode á Marcel Proust» en la que el retrato que hace de Proust no agradó nada a éste por las alusiones que dejaba traslucir a su vida nocturna. Desde 1916, Morand llevaba un Journal d'un attaché d'ambassade (publicado parcialmente en 1948), que ofrece preciosos datos sobre el período y sobre Proust. La amistad, sazonada por una abundante correspondencia donde al lado de las opiniones literarias hay confesiones y efusiones de ambos escritores, alcanzó una intimidad cierta, aunque, salvo su dedicación literaria y su afición al gran mundo, sean muy pocas las cosas que unen a ambas personalidades. «Es dulce como un monaguillo —escribirá Proust a la princesa Soutzo, con quien Morand contraerá matrimonio en 1927—, refinado como un Stendhal y un Mosca a la vez, y a un tiempo áspero e implacable como un Rastignac que fuese terrorista».

Muerto Proust, Morand siguió en la diplomacia, aceptando del gobierno de Vichy, durante la segunda guerra mundial, el nombramiento de embajador en Bucarest, y haciendo una brillante carrera literaria formada casi por cien títulos, hoy bastante olvidada debido a la exactitud con que pintó los trazos menos generales de una época muy especial. Dedicó al autor de A la busca del tiempo perdido uno de ellos, recogiendo sus confidencias y cartas destinadas tanto a él como a su esposa, la princesa Soutzo.

Morand, Paul:

Le visiteur du soir, 1949.

Mornand, Louisa de

Louise Montaud, nombre real de la actriz Louisa de Mornand (1884-1963), era amante de Louis d'Albuféra cuando éste se la presentó a Proust en 1903. Poco dotada para las tablas, en las que, gracias a la recomendación de sus amigos, Proust entre ellos, logró encarnar algunos papeles secundarios de 1903 a 1910, terminaría por abandonarlas prácticamente; en los años treinta consiguió algunos papeles en películas como Violetas imperiales (dirigida por Henri Roussell), Fanatismo y canción de París, El Rosario, y A las puertas de París. Pero en 1935 su carrera cinematográfica estaba acabada. Destinataria de cartas y poemas de Proust, que medió en las desavenencias de la pareja, éste le regaló un ejemplar de La Bible d'Amiens con una dedicatoria: «A quienes no logran triunfar con usted, o sea a todo el mundo, dejan de gustarles las demás mujeres», seguida por un pareado: «A quien no puede poseer a Louisa de Mornand / No le queda ya sino el pecado de Onán». Louisa regaló a Proust dos fotografías dedicadas, y en abril de 1903 le permitió pasar una noche en su casa.

En 1906 rompió con Louis d'Albuféra, que se había casado en octubre de 1904 con Anna Masséna, y por su vida pasaron otros amigos o conocidos de Proust: Robert Gangnat, el actor Jean Signoret, etc. Muerto Proust, Louisa aludió a la existencia de una intimidad amorosa en la que —según una entrevista de 1928 aparecida en el periódico Candide— «por parte de Proust [había] una viva pasión teñida de afecto y de deseo, y, por la mía, un cariño que era más que camaradería y que llegaba realmente al corazón». Acababa de publicar Lettres et Vers á Mesdames Laure Hayman et Louisa de Mornand —con prólogo de Robert Proust y Fernand Noziére—, donde recogía cartas y billetes del escritor, que vendió, dejando entrever que el pudor le impedía publicar otras, más íntimas y alusivas a una relación carnal entre ambos. Lo esencial de su correspondencia corresponde a los años 1904-1905, y se trata de respuestas de Proust a peticiones de la actriz en busca de algún papel en el teatro o de artículos de elogio a su trabajo.

Los amigos de Proust vieron en la campaña de lanzamiento del libro y en las afirmaciones de Louisa de Mornand un intento de sacar partido a su amistad con un escritor famoso. Aunque la familia de Louis d'Albuféra siguió pasándole una pensión, Louisa de Mornand, fracasada en el teatro y en el cine, fue hundiéndose en la miseria y acabó sus días en un hospital donde murió a consecuencia de una fractura del cuello del fémur. Proust la utilizó como modelo de la actriz Rachel, amante de Saint-Loup: Louis d'Albuféra, al reconocer un episodio de sus relaciones con la actriz en la pelea entre Rachel y Saint-Loup en el teatro des Mathurins, rompió de forma definitiva con Proust.

Mugnier, Arthur

Sacerdote católico, Arthur Mugnier (1853-1944) empezó como vicario de Sainte-Clotilde, parroquia muy aristocrática. «Capellán de los salones y hermanito de los ricos, ingenuamente fascinado por el trato con una aristocracia cuyas taras y lagunas —entre otras una

extraordinaria indigencia intelectual— se le antojan ampliamente compensadas por el fasto de las fiestas y la pompa de la vida cotidiana». (Diesbach, pág. 155), Mugnier convirtió a la religión al novelista Huysmans, autor de A rebours, cuyo protagonista, el caballero Des Esseintes, tiene por modelo al conde Robert de Montesquiou.

Hombre de gran cultura y modales exquisitos, al que la jerarquía eclesiástica no miraba con buenos ojos por su amistad con un viejo sacerdote modernista, el padre Loison, empezó a frecuentar los salones aristocráticos en 1896; no tardó en convertirse en limosnero del faubourg Saint-Germain y en corresponsal de los principales personajes mundanos, desde la princesa Bibesco hasta Montesquiou, Montherlant, Barres y Proust, que probablemente lo conoció en 1917, en las cenas que la princesa Soutzo daba en el Ritz. Proust aprecia las paradojas del abate, que transcribe en sus cartas (del estilo «Hay un infierno, pero nadie dentro»); lo escucha con atención porque le gusta lo «picante», el «perfume» de sus palabras. Al día siguiente de la muerte de Proust, el abate fue a recogerse ante el cadáver de su amigo, como, según Céleste Albaret, el escritor había deseado; y durante muchos años celebró una misa de aniversario por Proust en Saint-Pierre-de-Chaillot.

Mugnier, Abbé:

Journal 1879-1939, París, 1985.

Murat, Princesa

Marie de Rohan-Chabot, princesa Lucien Murat y más tarde condesa Charles de Chambrun, era, según testimonio de Bac, «una adorable comediante de altos buenos. (…). Desaliñada, era pródiga, nada gazmoña, y se contentaba con poco con tal de llevar una vida movida, de conocer gente y países nuevos, de que hubiera amor y

diversión. Criatura terrible, criatura encantadora, formaba parte de esa noble y amorosa bohemia a la que pertenecían la Grande Mademoiselle y la duquesa de Berry, jacarandosas, de pierna ligera y el corazón en la mano».

Su madre había dado el célebre baile «de la princesa de Léon» en 1880; y ella, que ya había tenido varias aventuras amorosas y vive en ese momento con Henry Bernstein, enamora a Proust, que asistió a varias veladas suyas y a una cena que la princesa dio en el Ritz para cerrar el año 1918. Cuando Proust publica la segunda versión de su pastiche sobre Saint-Simon, en el que introduce a la princesa y se burla de las pretensiones de los Murat a títulos, apelativos y privilegios reservados a miembros de las familias reales, etc., se agrían sus relaciones por ese ataque a los Murat; ataque que provocó la reconciliación de las dos hermanas Murat, «sobre todo por la ira que les produce ver atacada a la nobleza de Imperio», y de su cuñado Louis d'Albuféra. Aun así, «desde que he escrito que el apellido de los Murat no podía equipararse al de los Gramont, la princesa Murat me sigue saludando, mientras que el duque de Gramont me ha retirado totalmente el saludo».

Nahmias, Albert

Ben Nahmias (1886-1979), hijo de Albert Nahmias, hombre de negocios turco y corresponsal de finanzas de «Le Gaulois», y de Ana Bailen de Guzmán, de origen ecuatoriano, conoció a Proust en 1908; al año siguiente, Proust le daba consejos sobre sus relaciones con una amante; a partir de ese momento se inicia entre ambos una relación amistosa y laboral: en primer lugar, como asesor financiero de Proust y como hombre de confianza para apuestas en el Casino: a espaldas de Lionel Hauser, Proust entrega fondos a Nahmias para que se los invierta; no fueron muy afortunadas las actividades bursátiles a las que Nahmias le empuja en 1911 y 1912; a finales de 1911, Nahmias secunda a miss Hayward —mecanógrafa del Grand-Hôtel de Cabourg, que durante ese verano había empezado a pasar a máquina los

manuscritos de Proust— en la tarea de desentrañar la enrevesada escritura del autor, y de recabar informaciones para éste, que le pregunta pormenores para el episodio en que Swann busca a Odette de Crécy por restaurantes y bares, si se podía ir después de apagadas las farolas de gas a ellos con una mujer, etcétera.

En los cuadernos, paginados de forma distinta, en los que Proust inserta hojas con explicaciones, Nahmias tiene que desentrañar el galimatías, descubrir lagunas, corregir distracciones del autor —nombres de personajes que ha olvidado—, etc. La meticulosidad de su trabajo es tanta que en ocasiones llega a proponer dos versiones de un mismo pasaje, una vez pasado a limpio y «a claro», para que Proust elija; éste, consciente del trabajo ímprobo de Nahmias, se deshace en elogios y miramientos con su amigo: «¿Sigue usted deseando descifrar los enigmas esfíngicos de mi caligrafía? Si es así, puedo mandarle cuadernos que rebasan en oscuridad cuanto usted ha visto. Pero sólo si lo desea. No lo haga para darme gusto…».

En junio de 1912, la copia mecanografiada de Por la parte de Swann está concluida y Proust puede enviarla a dos posibles editores en ese momento, Calmette y Fasquelle. En el verano de 1912, Nahmias veranea con sus padres en la villa Berthe, de Cabourg, no lejos del Grand-Hôtel, en compañía de sus hermanas, Anita y Estie, dos de las «muchachas en flor». Los tres, Albert y sus hermanas, servirán de modelos para Albertine, según Antoine Bibesco. La amistad entre Proust y el «pequeño Albert», que se perfuma demasiado y se viste de manera rebuscada, tiene, a pesar de las amistades femeninas de Nahmias, ribetes amorosos por parte del primero: «¿Por qué no puedo yo cambiar de sexo, de cara y de edad, tomar el aspecto de una joven y bonita mujer para abrazarle a usted con todo mi corazón?», le escribe en noviembre de 1911.

En otra carta hay rastros de sentimiento pasional, con reproches semejantes a los que Swann hace a Odette en «Un amor de Swann»: cierta noche de ese verano de 1912, habían quedado citados en el malecón; pero Nahmias atropella con su coche a un perro y no acude a la cita; sin perder un minuto, Proust, de regreso en el hotel, le envía una áspera carta de ruptura, dominada por la ira y el amor propio herido, con acusaciones sobre su carácter y exigiéndole la devolución

de la carta. La reconciliación no tardó en llegar, y Nahmias, que en ese verano se relaciona con una joven que más tarde firmará sus cuadros como Valentine Hugo, reanuda su trabajo de secretario. Durante el verano de 1913 se convierte en confidente de la relación de Proust con Agostinelli y desempeña un papel decisivo en su desenlace: por encargo de Proust busca un detective tras la fuga del chófer el 1 de diciembre de 1913, viaja a Mónaco a fin de tratar de convencerle para que regrese, y negocia con la familia del joven su vuelta a París a cambio de una renta que Proust pagaría al padre. Albert Nahmias, cuyo nombre prefigura el de Albertine, a la pregunta de si él era el modelo de ese personaje, contestó: «Eramos varios».

Nisard, Armand

Casado con la condesa de Perchenstein, hermana de la condesa de Talleyrand, Vera de Bénardaky, Armand Nisard (1841-1925) fue director de Asuntos Extranjeros y embajador de Francia en el Vaticano de 1898 a 1904, fecha en la que, tras las leyes de laicización de la enseñanza, el presidente Combes decidió retirar su embajador de la Santa Sede. Amigo de Adrien Proust, mantuvo relación con él durante las vacaciones de Evian en 1900, lo mismo que con Proust, que calificará de «muy amable pero muy sordo» al tío de Marie de Bénardaky, que no había apoyado con el calor requerido por la amistad la candidatura de Adrien Proust a la Academia de Ciencias Morales y Políticas: el embajador Norpois, del que será uno de los modelos, apoya con la misma tibieza al padre del Narrador.

Noailles, Anna de

La poeta Anna de Noailles (1876-1933), hija de los príncipes Bassaraba de Brancovan, hermana de Constantin y de Hélène, princesa de Caraman-Chimay, estaba emparentada con los Maurocordato y los Bibesco. En 1897 se casó con el conde Mathieu

de Noailles, primo de Montesquiou. Conoció a Proust en 1898, en la villa de verano de la familia, en Amphion, cerca de Evian, donde el novelista pasaba sus vacaciones.

La joven condesa, conocida como poeta precoz, de un lirismo basado en Jammes y acento romántico, sorprendería en 1901 a la crítica francesa con su primer libro, Le Coeur innombrable. Inteligente, burlona, vivaracha, dueña de una gran fortuna y emparentada con los mejores linajes, Anna de Noailles despreciaba las obligaciones de su apellido: «¿Podía ser de otro modo con una mujer que pisoteaba las cosas más sagradas, que hablaba con ligereza de la religión, de la nobleza, que llegaba a cenar con una hora de retraso (…), que recibía a un montón de autores de libros execrables, que, en el caso Dreyfus, había tomado abiertamente partido contra el ejército y hecho causa común con los peores anarquistas?», escribe Proust, al hacer su retrato en Jean Santeuil (pág. 524).

Lo tenía todo —linaje y fortuna especialmente— para deslumbrar a un Proust que se declara enamorado de ella y de sus versos, que organiza cenas para homenajearla, con recitales de sus poemas en boca de la actriz Cora Laparcerie incluidos; los tiempos de Montesquiou han pasado, y en sus cenas Proust sustituye sus versos por los de la condesa, que poco antes de la aparición de su primer libro ha sufrido una depresión que la ha mantenido internada de diciembre de 1900 a febrero de 1901; en ese momento, para Proust «lo que constituía la naturaleza misma de la poesía de esta gran poeta no aparecía nunca en lo que decía y, antes bien, por sus bromas continuas, por sus burlas de tal o cual persona que hablaba de la primavera, del amor, etc., más bien habría parecido que despreciaba esas cosas. (…). No es que sus poesías no fuesen sinceras, sino que, al contrario, expresaban algo que en ella era tan profundo que ni siquiera había podido pensar en ello, hablar de ello, definirlo como una cosa diferente de sí». (Jean Santeuil, pág. 520).

Para Jean-Yves Tadié, Proust esboza la estética de El tiempo recobrado a partir de Anna de Noailles: «Con su sensibilidad despertando, Marcel sintió que aquella joven estaba siempre triste, y que encontraba en la melancolía "un punto de partida de sueños exaltados"». Proust saludará la aparición de sus libros con elogios

superlativos y desmesurados, hasta el punto de escribir que La Domination (novela de 1905) es «la mayor belleza literaria que conozco», y que Anna de Noailles con este libro «ha dado un último salto… y tocado, no lo desconocido, sino lo absoluto». La crítica literaria no comparte esa opinión tan halagüeña sobre éste y otros títulos de la condesa, que le merecen los calificativos de «endeble (…), traducida del rumano» a juzgar por el estilo. La exaltación proustiana ante versos y novelas de Anna de Noailles ha sido explicada «por su afán de ganarse, con los sufragios de Mme. de Noailles, el apoyo de su clan familiar para saludar así sus propias obra». (Diesbach).

Para Tadié, el romanticismo trasnochado de la condesa le recordaba a los poetas de su juventud; «Debió de parecerle un joven y bello prodigio; en esa sensibilidad neorromántica que fluye en los metros de Chénier, de Lamartine, de Musset, vuelve a encontrar los poetas en los que había aprendido a amar en su infancia, temas cercanos a los suyos y sobre todo la adoración de la sensación y de la naturaleza. Por eso compara esa obra con lo que le resulta más querido, "el olor de las flores del espino blanco"». Como poeta, Noailles es fiel al helenismo de los parnasianos, a France, a Leconte de Lisie, gustos que están muy cerca de los que Proust muestra en Los placeres y los días y en Jean Santeuil. Su belleza, su fortuna, su apellido, la delicadeza de sus confesiones, que la habían convertido en poeta, no le sirvieron al llegar la guerra del 14: había pasado de moda; no pertenecía a ninguna de las corrientes del siglo, y las vanguardias, de Apollinaire a los surrealistas, arrinconaron a esta autora que no supo crear un lenguaje y cuyo lirismo carecía de arte.

La correspondencia de Proust con Anna de Noailles demuestra la confianza que el novelista tiene en ella y que permite a la poeta estar cerca de la génesis del Contre Sainte-Beuve y de A la busca del tiempo perdido. El 23 de septiembre de 1920, recibió al mismo tiempo que Proust y que Colette la cruz de la Legión de Honor. Anna de Noailles dejará su retrato en Jean Santeuil, en el personaje de la vizcondesa Gaspard de Réveillon, que acababa de casarse y de publicar poemas.

Nordlinger, Marie

Prima de Reynaldo Hahn (1876-1961), Marie Nordlinger, inglesa de nacimiento aunque de origen germano-italiano, llegó a París para seguir estudios de pintura y escultura, antes de trabajar con el maestro del «art nouveau». Siegfried Bing, que había empezado como importador de piezas de China y Japón, y que luego apoyó a Gallé, Whistler y Carriére. Proust la conoció en casa de los Hahn en 1896, manteniendo con la joven una amistad intensa, dados su parentesco con Reynaldo y Marie, su afición por las catedrales y su conocimiento de Ruskin, que lo llevó a pedirle ayuda cuando se enfrentó a la tarea de traducir La Bible d'Amiens; ambos corrigieran las pruebas de ese texto durante el viaje a Venecia que Proust realizó junto a su madre, Reynaldo Hahn y Marie en mayo de 1900; con ella y con Hahn visitará Padua para contemplar de cerca los frescos del Giotto en la capilla de la Virgen, en la Arena, y los de Mantegna en los Eremitani.

Durante esa etapa de trabajo en común, Marie Nordlinger le inició en el arte japonés, dándole a conocer los «árboles enanos»; sabiendo que Proust no soportaba las flores debido a su asma, Marie le regaló unos comprimidos japoneses coloreados que, al contacto con el agua, se esponjaban y se convertían en flores, muñecas o casas, que iban a tener reflejo en el episodio de la magdalena: «Gracias por estas flores maravillosas y escondidas que esta noche me han permitido "hacer una primavera" como dice Madame de Sévigné, primavera fluviátil e inofensiva». Sin embargo, cuando se enfrente a Sésamo y lirios, Marie no estará a su lado para ayudarle hasta el final porque la prima de Hahn ha conocido a un multimillonario de Detroit, Charles L. Freer, dueño de una colección de cuadros de Whistler.

La correspondencia entre ambos hasta 1908 fue abundante, aunque sólo se hayan conservado 41 cartas; tras la muerte de su madre, Proust le escribió cartas que Marie destruyó: «Desvelaba su herida con abandono tan total que juzgué un deber sustraerlas a ojos indiferentes». Agradecido por su ayuda en la traducción de Ruskin, Proust le regaló un texto de Whistler, The Gentle Art of Making enemies, y ella le ofreció una acuarela que había hecho en 1898 y que Proust, en el momento de su muerte, encargó a Céleste enviar a

Reynaldo Hahn. Marie realizó un medallón de cobre con la efigie de Adrien Proust para la tumba del doctor, que fue colocado en 1904, fecha en la que Marie ya se había trasladado a Estados Unidos. Sólo volverá a ver a su amigo en dos ocasiones, durante dos visitas a Europa en 1905 y en 1908. En 1942, esta amiga de Proust de la que Frédéric de Madrazo dejó un retrato, publicó las 41 cartas conservadas de Proust bajo el título de Lettres à una amie.

Pâris, Marqués de

François, marqués de Pâris (1875-1958), pertenecía a la familia De Lareinty, propietaria del castillo de Guermantes (Seine-et-Marne), nombre de sonoridad «anaranjada», dirá Proust, amigo de François, a quien quiso visitar en ese castillo; con éste y otros amigos, Georges de Lauris, los hermanos Bibesco, etc., realizó varias excursiones «artísticas» por Laon, Soissons, Senlis, etc. El castillo y el apellido habían pertenecido en el pasado a un próspero financiero, un tal Pronde, señor de Guermantes. Proust empezaría utilizando ese título en un estudio, Le Balzac de M. de Guermantes, antes de convertir su propiedad, a través de A la busca del tiempo perdido, en uno de los castillos más célebres de la historia de Francia.

Peter, Rene

Hijo de un antiguo colega de Adrien Proust en la academia de medicina, René Peter era amigo de Reynaldo Hahn, de Fouquiéres y de Debussy, de quien terminó escribiendo una biografía. Autor dramático, sobre todo de obras en colaboración —su mayor éxito fue Je ne trompe pas mon mari, escrita con Feydeau—, vio y visitó durante una larga etapa a Proust, que lo llama «el alma compasiva de Versalles» y que sintió por él profundo afecto: «Peter es delicioso de recursos (…), de una gentileza de modales incansable conmigo, y con

usted de un afecto, de una admiración y de una ternura que me conmueven», escribe Proust a Hahn.

En 1907, Peter visita a menudo a Proust, cuando éste se encuentra en el Hotel des Réservoirs, y ambos deciden escribir en colaboración una obra de teatro cuyo argumento figura en la carta a Hahn: «Un matrimonio se adora, afecto inmenso, santo, puro (por supuesto, no casto), del marido por su mujer. Pero el hombre es un sádico y al margen del amor por su mujer mantiene relaciones con putas con las que disfruta mancillando sus buenos sentimientos. Y por fin, como el sádico necesita emociones cada vez más fuertes, acaba mancillando a su mujer mencionándola a esas putas, pidiéndoles que la escarnezcan y escarneciéndola él mismo (cinco minutos después se siente asqueado). En una ocasión, mientras está hablando así, entra su mujer en la habitación sin que él se dé cuenta, no puede dar crédito a lo que oye, cae al suelo. Luego abandona a su marido, él le suplica, ella se niega a escucharle. Las putas quieren volver, pero el sadismo le resulta ya demasiado doloroso, y, tras una postrera tentativa por reconquistar a su mujer que ni siquiera le contesta, se mata». (Corr, VI, pág. 216).

Este esquema escénico recuerda La Confesión de una joven y la escena entre Mlle. Vinteuil y su amiga. También en carta a Hahn, Proust asegura haber escrito con Peter una féerie «indeciblemente bella con horribles vulgaridades, pero dos actos de los cinco y la idea son míos».

Pierrebourg, Baronesa de

La baronesa Marguerite Thomas-Galline (1856-1943) se había separado del barón Aimery Harty de Pierrebourg, y había abierto un salón en el que reinaba su amante, el escritor Paul Hervieu, y al que Proust acudía. Al aparecer Por la parte de Swann, Proust le pidió que hiciese gestiones en favor de su libro ante los miembros de la academia Goncourt. La baronesa, alegando que no los conocía demasiado, sugirió a Proust que pretendiese más bien el premio de la

Academia. Su hija Madeleine de Pierrebourg se casará en 1910 en segundas nupcias con el conde de Lauris; éste, que había sido confidente de Contre Sainte-Beuve, y uno de los modelos de Saint-Loup, de la misma forma que su esposa lo será de Gilberte, provocó, al no invitar a Proust a su boda, una amarga carta de reproche por parte del escritor. Plantevignes, Marcel. Hijo de un fabricante de corbatas parisino, Marcel Plantevignes aún no ha cumplido los veinte años cuando conoce a Proust en Cabourg, en agosto de 1907. Algo esnob, y deseoso de amistades y relaciones brillantes, se une a Proust, al que sirve en el verano de 1908 de paje, recadero y secretario para resolver los problemas domésticos de su estancia en el hotel. Esa intimidad iba a provocar la advertencia de una dama, que pone en guardia al joven contra las costumbres «muy especiales» de Proust; la aquiescencia del joven sulfura a Proust, que se indigna porque Plantevignes no ha salido en su defensa: una carta servirá para que sea despedido: «Como quiera que jamás me han seducido esas costumbres del Renacimiento, me apresuro a manifestarle el desprecio que me inspiran y mi deseo de no volver a verle. Ha echado usted tontamente por tierra una amistad que hubiese podido ser muy hermosa».

El fabricante de corbatas, tras leer la carta, se presenta en el Grand-Hôtel exigiendo una explicación, a lo que Proust responde retándole a duelo. Sus dos padrinos, D'Alton y Pontcharra, le convencerán para que abandone la idea. Plantevignes volvió entonces al hotel como amigo y ayudante de Proust, que lo utiliza en A la sombra de las muchachas en flor como modelo de Octave. Dejó un libro de recuerdos sobre su amistad con el escritor.

Plantevignes, Marcel:

Avec Marcel Proust, 1966.

Polignac, Pierre de

Conde de Polignac y duque de Vaientinois, Pierre de Polignac, sobrino segundo del príncipe de su apellido, había seguido la carrera diplomática; cuando conoce a Proust en 1917, está a punto de partir para Pekín; las afinidades entre ambos los unirán por un momento; pero Pierre, el último aristócrata al que Proust habría amado, se casa en 1920 con Charlotte Grimaldi, hija que el príncipe de Monaco había tenido con una costurera y a la que había reconocido en 1900; el príncipe Alberto I admitiría ese reconocimiento y otorgaría a la joven el título de duquesa de Vaientinois y de princesa heredera.

Matrimonio tan sorprendente, propiciado por Poincaré, no dejó de irritar a Proust: «Esta vez que había una gran amistad, se marcha usted para siempre». Durante su luna de miel, Polignac, que ya había alcanzado la dignidad de príncipe, recibió numerosas cartas de Proust, a las que sólo contestó para pedirle que no siguiera escribiéndole: «Todavía no estaba enfadado con él en la época que siguió a su matrimonio y puedo asegurar que nunca ha sido tan gentil. Pero, en fin, estoy enfadado». En La parte de Guermantes II, Proust cuenta anécdotas mordaces y ridículas de Pierre de Valentinois, conde de Nassau convertido en gran duque heredero de Luxemburgo, para el que el de Polignac sirve de modelo.

Polignac, Princesa de

Winnaretta Singer (1865-1943), hija de Isaac Singer, el industrial norteamericano que inventó la máquina de coser que lleva su apellido, y de una francesa, se aficionó desde muy joven a la música —conoció a Gabriel Fauré a los 16 años y fue una de sus amigas más fieles—, y a la pintura —a los veinte años ya había comprado un lienzo de Manet. Casada en 1887 con el príncipe Louis de Scey-Montbéliard —que ni era príncipe ni disponía de fortuna—, no tardó en anular esa boda; en 1893, esta mujer, descrita como «metálica y fría», inteligente y feroz, volvía a casarse con el príncipe Edmond de Polignac, treinta años mayor que ella: su amor se limitará a exhibirse en la vida mundana de la Belle Époque: ni a él le interesaban las

mujeres ni a ella los hombres: en Sodoma y Gomorra Proust hablará de esa unión.

El salón de los Polignac, protectores de músicos, pintores y escritores, era frecuentado por todas las figuras del momento; amigos ambos de Wagner, acuden todos los años a Bayreuth; Ravel les dedica su Pavana para una infanta difunta. Winnaretta, amiga de Robert de Montesquiou, que había propiciado el conocimiento y la boda con Polignac, se peleará con él antes de ese matrimonio, lo que le valdrá numerosos epigramas maledicentes del conde, que dejó un ácido retrato de esta mujer, bajo el nombre de Vinaigretta, en Les Quarante Bergères. En 1900, los Polignac compran el palacio Manzoni en Venecia, y en su palacete de la avenida Henri-Martin celebran todos los años exposiciones en las que la princesa llega a mostrar sus propios ensayos pictóricos. Proust dedicará en 1903 un artículo a «Le salón de la princesse Edmond de Polignac», viendo en la pareja una prefiguración de los Guermantes que utilizará en El tiempo recobrado.

Después de la muerte de su marido, la princesa de Polignac, que volvió a casarse con un aventurero belga, seguirá dedicándose al mecenazgo, a la pintura, a la traducción (Walden, de Thoreau): protegió a Diaghilev y ayudó a músicos como Ravel, Poulenc y Stravinski, y a su muerte dejó su palacete del número 43 de la avenida Henri-Martin (en la actualidad, avenida Georges Mandel) para la Fundación Singer-Polignac.

Proust frecuentó sus salones y acudió a muchas reuniones mundanas que también contaban con la presencia de la princesa, a la que pidió permiso para dedicar al príncipe de Polignac A la sombra de las muchachas en flor. Pero Winnaretta Singer no se lo concedió.

Polignac, Príncipe de

Edmond, príncipe de Polignac (1834-1901), era hijo del ministro ultramontano de Carlos X cuyas ordenanzas desencadenaron la revolución de 1830. El príncipe no siguió la carrera de su padre, sino que, atraído por la pintura, la música y la cultura, llegó a componer —

música religiosa, melodías, etc.— e inventó las audiciones musicales acompañadas de proyecciones de arte mediante la linterna mágica. Con Charles Haas, posó en 1867 para el célebre cuadro de Tissot sobre el Cercle de la rué Royale. Partidario del general Boulanger, en 1889 se presentó en Nancy a las elecciones por esa agrupación, pero no tardó en renunciar en favor de Maurice Barres.

Cuatro años más tarde, Robert de Montesquiou y la condesa Greffulhe arreglaban su matrimonio con Winnaretta Singer, treinta años menor que él. Pero el príncipe estaba más interesado en la música que en las mujeres; además de reunir artistas y gentes de la aristocracia en el salón de su esposa, en su atelier de la calle Cortambert Edmond de Polignac daba conciertos de música propia y ajena: fue ahí donde Proust oyó la sonata de Fauré y los cuartetos de Beethoven. «Maniático insoportable» para su familia según Proust, sirvió a éste para trazar la figura del músico Baldassare Silvande (Los placeres y los días) y su entierro, al que Proust asistió, para describir el de Saint-Loup.

En A la sombra de las muchachas en flor, Proust pone alguno de sus retruécanos y bromas en boca de Bergotte, y en Sodoma y Gomorra hablará del matrimonio de los Polignac. Proust pretendía dedicar A la sombra de las muchachas en flor al príncipe, pero como su viuda negó el permiso solicitado tuvo que dejarla escrita en su correspondencia: «A la memoria querida y venerada del príncipe de Polignac / Homenaje de aquél a quien testimonió tanta bondad y que todavía admira, en el recogimiento del recuerdo, la singularidad de un arte y de un espíritu delicioso».

Porel, Jacques

Hijo de la actriz Réjane y de un director de teatro, Jacques Porel era amigo de Paul Morand y de Jacques Truelle; había conocido a Proust en Cabourg, en 1911. En la primavera de 1919, cuando Proust se ve obligado a abandonar su casa, Porel le ofreció una planta de la vivienda de su madre, en el 8 bis de la calle Laurent-Pichat, donde

vivió de junio a octubre. Proust lo define como «agradable y encantador como una bocanada de viento una tarde de verano», según Céleste. Al morir Réjane en 1920, Porel le pidió un artículo para la N. R. F., pero, enfermo, Proust no pudo complacerle.

En el momento de la muerte de Proust, el 19 de noviembre, Porel acudió a la casa: «Permanecí a su cabecera hasta las cuatro de la mañana. Me había hablado de todos, de todo. De nuestros amigos, de sus libros preferidos». Y Porel deslizó en el dedo de Proust un camafeo que Anatole France le había regalado a su madre el día del estreno de Le lys rouge. Las relaciones entre Porel, gaseado durante la guerra en 1917 y sin trabajo, y su esposa, Anne-Marie Dudval-Foule, con la actriz servirán a Proust para describir la vejez de la Berma, que insiste en actuar a fin de obtener dinero para su hija y su yerno. Porel escribió unas interesantes memorias, Fils de Réjane, donde habla de sus encuentros con Proust.

Porto-Riche, Georges de

Dramaturgo y poeta, Georges de Porto-Riche (1849-1930) cultivó la pintura de la pasión amorosa y de las relaciones sentimentales de la pareja en numerosas obras dramáticas; pero el éxito no le llegó hasta 1891, con Amoureuse. Como poeta, publicó en los años setenta dos volúmenes de versos. Frecuentó los principales salones de la época, desde el de la princesa Mathilde a los de Mme. de Straus y la princesa Bibesco. Firmó el «Memorial de los intelectuales» en favor de Dreyfus. Proust acudirá a ver sus obras de teatro, cenará con él en casa de sus padres, y mantendrá correspondencia con este escritor, hoy olvidado, que en 1923 entraba en la Academia Francesa. Tres años antes, había sido nombrado administrador de la Bibliothéque Mazarine.

En una entrevista de 1904, en que recuerda a los autores de teatro olvidados, Proust afirma que sus dos dramaturgos preferidos son Paul Hervieu y Porto-Riche; en 1917, al aparecer la obra Le Marchand d'estampes, alaba la obra y el prólogo del autor; y en 1920 hará lo

mismo con un conjunto de ensayos de Porto-Riche, Anatomie sentimentale, cuyo título le parece «un título de gloria».

Potocka, Condesa

Emmanuelle Pignatelli (1852-1930), biznieta de papa, se había casado con el conde Nicolás Potocki, uno de los apellidos más ilustres de Polonia. Convertida en devoradora de hombres, no tardó en ser abandonada por su marido; Proust la conoció en 1894 y acudió a su salón, frecuentado por aristócratas como Gabriel de La Rochefoucauld y literatos y artistas como Paul Bourget, el pintor Blanche, el Doctor Pozzi, Montesquieu, Forain, Fauré y Maupassant, que fue su amante y que la utilizó como modelo, junto con Marie Kann, para la heroína de su novela Notre coeur. Sus fieles la llamaban «la Sirena» y también «la Patrona», como a Mme. Verdurin. Bella y despiadada, «tiene una mentalidad liberada de todo prejuicio, pero fiel a supersticiones sociales», dice Proust en «Le salón de la comtesse Potocka», que publicó en Le Figaro el 13 de mayo de 1904, con la firma de «Horatio».

No agradó el artículo a esta encarnación, para Proust, de dos heroínas, una balzaquiana, stendhaliana la otra, de dos de sus libros preferidos: Les Secrets de la princesse de Cadignan y La Chartreuse de Parme. Terminó retirándose a Auteuil, adonde la siguieron sus fieles. Su destino final fue trágico: durante la segunda guerra mundial, arruinada, abandonada por todos, famélica, fue encontrada un día devorada por sus perros y las ratas.

Pouquet, Jeanne

Hija de un agente de cambio y bolsa, y prometida de Gastón Arman de Caillavet cuando Proust la conoce en el salón de su futura suegra, Jeanne Pouquet (1874-1961) soportará de mala gana a sus dieciséis años el «acoso» del novelista hasta su matrimonio con

Gastón en abril de 1893. «Me producía usted la límpida impresión de un manantial», le escribe Marcel en 1922. Como en el caso de otras amistades masculinas, Proust se rinde ante la prometida de Gastón, quien terminará enfadándose cuando Proust pida una fotografía de Jeanne; ésta, a quien Proust parecía «un agradable chiflado», vivió convencida de que «en la descripción del amor de Marcel por Gilberte [en los Champs-Elysées], encuentro casi palabra por palabra las evocaciones de su amor por mí, cuyo recuerdo él agrandaba interminablemente en unas cartas que yo destruí de forma tan absurda», según escribe en 1947 a su hija Simone. Aun así, en 1928 publicó Quelques lettres de Marcel Proust. Después de la muerte de Gastón, Jeanne Pouquet se casó con su primo Maurice Pouquet.

Prévost, Marcel

Novelista, Marcel Prévost (1862-1941) había trabajado como ingeniero de Tabacos hasta 1890, fecha en la que decidió consagrarse a la literatura. Al año siguiente, el éxito de La Confession d'un amant suponía la primera piedra de una carrera llena de éxitos tanto en la narrativa como en el teatro: Lettres de Femmes (1891-1897), donde denuncia la inmoralidad de la juventud burguesa, lo mismo que Les Demi-Vierges, novela cuya versión teatral fue interpretada en 1905 por Louisa de Mornand. Falto de finura para el análisis psicológico y la verdad humana, sus novelas le dieron en su época una celebridad que lo llevó a la Academia Francesa (1908) y a la dirección de la Revue de Paris desde 1922 a su muerte, donde rechazó un artículo de Proust sobre una novela de Barres: «Conoces el horror que me inspiran las novelas de Marcel Prévost», escribe Proust a Reynaldo Hahn.

El 16 de junio de 1922, durante una gran recepción en casa de Mme. Hennessy, Prévost saludó a Proust diciendo que sus admiradores confundían sus nombres en los sobres de sus cartas, a lo que con sequedad el autor de A la busca del tiempo perdido replicó que se confundían «únicamente de iniciales». En esa misma velada

Proust hace una «pequeña bufonada», un diálogo entre dos invitados que al día siguiente envía a la anfitriona: «Un hombre negro, despeinado, que tiene pinta de estar muy enfermo. Por su pinta enseguida me había dado cuenta de que no era de nuestro mundo. — Calle, usted es un genio. Tiene la fiebre del heno… Es el famoso Marcel Prévost, el autor de los Don Juane».

Proust, Adrien

Padre de Marcel, Adrien Proust (1834-1903) había estudiado en el colegio de Chartres gracias a una beca. Bachiller en letras y en ciencias, renunció a la carrera sacerdotal que le propuso su padre para matricularse en París en medicina, carrera que se prestaba mejor que cualquier otra al ascenso social. Alumno de eminentes especialistas de la época, como Ambroise Tardieu y Fauvel, en 1862 lee su tesis sobre el «pneumotórax idiopático» y alcanza el grado de doctor; al año siguiente ganaba un puesto en una clínica de París y tres más tarde conseguía la cátedra, mientras el cólera se abatía sobre la ciudad en 1866. Jefe de clínica en el hospital de la Charité, empezará en él su carrera de médico higienista; la gran lucha que desarrolla contra el cólera se basa en la idea de los cordones sanitarios; con una visión intemacionalista de la medicina, intentará convencer a los distintos gobiernos de que sólo los cordones sanitarios pueden frenar las epidemias procedentes de Asia o África.

Tras la publicación de su Essai sur L'hygiène internationale, ses applications contre la peste, la fievre jaune et le choléra asiatique, sería comisionado en 1869 por el gobierno para investigar las vías de penetración del cólera en Europa; para ello, viaja a Rusia, Astracán y Persia, visitando en el camino de vuelta La Meca, Turquía y Egipto; en Persia, será recibido por el sha, que le obsequia con unas alfombras que acompañarán a Proust en los distintos inmuebles que ocupe a lo largo de su vida; en Constantinopla lo recibirá Alí Pachá, gran visir. Fruto del viaje será un libro, en el que aboga por Egipto como barrera natural europea contra el cólera, porque esta enfermedad recorre la

ruta de las Indias en sentido inverso; más tarde publicará La Défense de L'Europe contre le choléra, galardonada en 1873 por el Institut de France. Elevado desde ese momento a figura importante de la especialidad, recibirá el título de caballero de la Legión de Honor (1870), será elegido miembro de la Academia de Medicina (1879) y ocupará los cargos de inspector general de servicios sanitarios (1884) y de catedrático de higiene de la facultad de Medicina de París (1885).

Los títulos, las misiones y los honores recaerán sobre este hombre que el 3 de septiembre de 1870 se había casado con Jeanne Weil, a la que había conocido en los medios gubernamentales a los que el médico había accedido gracias a su importancia científica, y en los que los Weil —y sus parientes y valedores los Crémieux-estaban instalados: en ese momento acababa de llegar a París la noticia de la capitulación del Emperador ante los prusianos, y la situación política era confusa, a pesar de que un hombre de la familia Weil-Berncastel, Adolphe Crémieux, pasaba a formar parte del gobierno provisional. Marcel Proust describirá el retrato oficial de su padre, firmado por Lecomte du Nouy: «Un profesor, con su toga de raso escarlata con forro de armiño como la de un dogo (es decir un duque) de Venecia encerrado en el palacio ducal. (...). Es decir un profesor, era tan virtuoso, tan apegado a nobles principios, pero tan despiadado hacia cualquier elemento extraño como aquel otro duque, excelente pero terrible, que era M. de Saint-Simon». (La parte de Guermantes). A su muerte, el profesor Adrien Proust dejaba una veintena de volúmenes sobre higiene y neurología.

En el momento de su matrimonio el médico tiene treinta y seis años; la joven veintiuno; el marido profesa la religión católica; Jeanne Weil no quiere renegar de la fe de sus antepasados aunque no sea practicante, y la boda se celebra sin ceremonia religiosa; sus hijos serán educados en la religión del padre, y la propia Mme. Proust, durante sus estancias en Illiers no se negará a acudir a la iglesia con el resto de la familia. Al año siguiente de su boda, el matrimonio Proust se instala en el número 8 de la calle Roy, en unas circunstancias muy críticas: tras el asedio de París en 1870, los disturbios de la Comuna volvían insegura la ciudad: una bala perdida roza al médico camino del hospital de la Charité, donde trabajaba como jefe de clínica, por

lo que el matrimonio se traslada a casa del tío Louis Weil, en Auteuil, donde nacerá Marcel Proust el 10 de julio de 1871. De regreso a París, alquilan un nuevo domicilio en el número 9 del bulevar Malesherbes, donde la familia vivirá treinta años.

En primavera y a principios del verano, durante toda su vida, los Proust pasarán su tiempo a caballo entre Auteuil y París: Adrien Proust acude todas las mañanas desde Auteuil a su trabajo en el hospital de la Charité o al Hôtel-Dieu (desde 1900); en verano y en las vacaciones de Pascua, Adrien regresará con su familia a Illiers, a casa de su hermana Élisabeth Amiot. En 1898, los Proust cambian su lugar de vacaciones: las pasan en Évian, en el Hotel Splendide, con su hijo mayor, Marcel. Dos años más tarde, Adrien Proust, que tiene entre su clientela importantes personalidades de la vida social, se muda al número 45 de la calle de Courcelles, a un piso que refleja su ascenso social, lo mismo que sus amistades: desde Félix Faure, presidente de la República, a diplomáticos y a los mejores médicos de la época.

De su responsabilidad como médico de la Opéra-Comique, le quedará a Proust un recuerdo que se transforma en la novela en el retrato de Odette disfrazada de Miss Sacripant pintada por Elstir: la foto vestida de hombre que la cantante Marie Van Zandt —que aparecerá en Jean Santeuil—, también relacionada con Luis Weil, había regalado y dedicado a Adrien Proust el 23 de octubre de 1881. En la novela hay un trasunto de las relaciones a intervalos fijos de Adrien Proust con Laure Hayman en la trasposición de Cottard —apellido que, con una sola t, era el de un médico compañero de estudios de Adrien— con Odette, descubiertas por la esposa del médico tras la muerte de éste.

Las relaciones de Adrien Proust y su hijo son de una complejidad que, en Jean Santeuil sobre todo, se refleja como una imagen negativa: la hostilidad entre padre e hijo; en A la busca del tiempo perdido la imagen del padre del Narrador se ha liberado de los defectos con que la cargaba Jean Santeuil y pierde buena parte de esos rasgos hostiles para convertirse en sentimiento de culpabilidad: el padre desempeña un alto cargo en un ministerio y goza de un prestigio que no le sirve para ser elegido miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas; admirado por su esposa y temido por su

hijo, los defectos del padre de Santeuil se reparten en A la busca del tiempo perdido en otros personajes, sobre todo en el doctor Cottard, en quien hay elementos vitales del doctor Proust como las infidelidades hacia la esposa y la muerte por exceso de trabajo. A lo largo de su novela, Proust va dejando alusiones a esa figura paterna: por ejemplo, a su desprecio por «mi tipo de inteligencia» corregido por la ternura, para terminar en una indulgencia ciega sobre lo que el Narrador hace. Las diferencias de temperamento entre ambos, que dieron lugar a disputas violentas y a muestras de vivo interés por su salud, alcanzaron su punto culminante en el momento del caso Dreyfus, cuando Adrien se enfrentó a sus dos hijos, ardientes partidarios del capitán condenado, lo mismo que su esposa: en ese momento llegó a negarse a hablar con Marcel y Robert.

A su muerte, Adrien Proust dejaba una fortuna considerable evaluada en 1.650.000 francos oro (27 millones de francos de 1990, cerca de 700 millones de pesetas); dos años más tarde, Proust sumaría a esa herencia la materna: 1.743.573 francos, más el inmueble del bulevar Haussmann evaluado en 568.119 francos, que deberán repartirse los dos hermanos.

Proust, Élisabeth

Tía paterna de Marcel Proust (1828-1886), hija de Louis-François-Valentin Proust y de Catherine-Virginie Torcheux, tenderos. A los diecinueve años se casó con Jules Amiot, del que tuvo tres hijos: Mathilde (1851-1884), André (1853-1926) y Fernand (muerto en 1931); la primera, se casará y vivirá en Argelia toda su vida; el segundo, que también residió en Argelia mucho tiempo, se aficionó a la pintura como su padre, que le dejó en herencia el almacén de novedades textiles; será Fernand sin embargo quien trabaje ese negocio.

Tras dar a luz a su tercer hijo, Elisabeth Proust, convertida en enferma imaginaria, fue recluyéndose en su habitación para terminar viviendo en la cama de donde no volvió a salir y donde recibe, entre

lágrimas, a sus visitas, a las que anuncia su inminente muerte, en especial al párroco de Illiers y a la dama de compañía de su madre. Morirá de cáncer intestinal en 1886, tres años antes que su madre y dos después que su hija Mathilde. Proust la utilizará como modelo de la tía Léonie en Por la parte de Swann, acompañada por la fiel Ernesdne Gallou, que estuvo 33 años a su servicio y que prestó muchos de sus rasgos a Françoise, la criada del Narrador.

Proust, Robert

Dos años después de Marcel nace su hermano Robert Proust (1873-1935), que también pasó por el Liceo Condorcet, donde consiguió buenas notas en las disciplinas científicas y donde también tuvo por profesores a Léon Brunschvicg y a Darlu; pasó luego a la facultad de medicina, para empezar a trabajar en 1893 como interno en un hospital. Alumno de uno de los mayores especialistas de la época en urología, el doctor Guyon, Robert Proust se dedica a la cirugía, especialidad de la que será uno de los primeros representantes en Francia; fue, por ejemplo, el primero en practicar la ablación de la próstata; al lado de otra eminencia médica, de quien fue ayudante, el doctor Pozzi, hizo en 1910, en el hospital Broca, la primera operación a corazón abierto. Más tarde, se concentró en el estudio de tumores y en radiología, creando en el hospital Tenon un centro anticanceroso al que en 1972 se impuso su nombre; sus contactos con Marie Curie dejarán un encendido elogio de la famosa científica, para quien Robert Proust es el único «que comprende nuestros trabajos porque tiene conocimientos de matemáticas». Escribió varios libros sobre su especialidad médica.

En 1903 su padre le había hecho contraer matrimonio, en contra de la voluntad de Mme. Proust, con la hija de una de las amigas del especialista en el cólera: Marthe Dubois-Amiot (1878-1953). Marcel actuó como testigo en la boda de esa pareja que, al final de la guerra, atravesará por una crisis que bordeó el divorcio: alojada no lejos de su lugar de trabajo, Robert mantenía una amante; Marcel sirvió, sobre

todo durante la guerra, de mensajero y recadero entre ambos. Del matrimonio nació una hija, bautizada como Adrienne y llamada más tarde Suzy Mante-Proust.

Se ha tratado de explicar el asma de Proust como una enfermedad surgida de la necesidad de afecto del niño Marcel ante el nacimiento de su hermano menor; sin embargo, las relaciones entre ambos estuvieron soldadas por una profunda amistad en la que Proust ejerció siempre una actitud protectora hacia su hermano menor: «Tuvo siempre para mí el alma fraterna y benévola de un hermano mayor, pero además yo sentía en él como la supervivencia de nuestros queridos desaparecidos y, hasta su último día, siguió siendo más que el guardián de esa supervivencia moral; era todo mi pasado; toda mi juventud estaba encerrada en su individualidad», escribe Robert Proust en 1923, en el Hommage á Marcel Proust.

En el momento de la muerte del escritor, Robert acudió a su cabecera y se encargó de ordenar esos instantes llamando a médicos y a dibujantes o fotógrafos como Man Ray para que hiciesen los últimos retratos de Proust; luego se ocupó de ordenar los textos póstumos y de dirigir la publicación de los tres títulos que «completaban» la novela: La prisionera, Albertine desaparecida (La fugitiva) y El tiempo recobrado. Fundó la Asociación de Amigos de Marcel Proust y animó a su hija Suzy Mante-Proust a velar por la memoria del escritor.

Proust, Valentín

Abuelo paterno de Proust, Louis-François Valentín Proust (1801-1855) había heredado de su padre el oficio de tendero en Illiers, ciudad en la que el apellido Proust figura ya en el siglo XVI entre las notabilidades del pueblo. Instalado en la plaza del Mercado, frente a la iglesia Saint-Jacques, vendía a ésta cirios; su negocio prosperó con la venta de velas de estearina, más cómodas que las candelas de sebo. Casado en 1827 con Virginie Torcheux, del matrimonio sobrevivirían dos hijos: Françoise-Élisabeth, casada con Jules Amiot, y Adrien, al que destinó al sacerdocio, pero que se dedicó a la medicina.

Radziwill, Constantin, príncipe

Heredero de un encumbrado apellido de la nobleza polaca, de origen lituano y boyardo desde el siglo XV, el príncipe Constantin Radziwill nació en 1850 y se casó con Louise Blanc, de la Société des bains de mer de Monaco, auténtica soberana de ese principado, que aportó al matrimonio su gran fortuna. Era dueño del castillo de Ermenonville —donde el marqués de Girardin había acogido a un Jean-Jacques Rousseau perseguido— y de un palacio en la plaza de Iéna.

Fue célebre por sus costumbres homosexuales y sus doce guapos y vigorosos criados —entre ellos Albert Le Cuziat—, «ataviados desde el alba con pana azul y calzón corto, lucían cabellos rubios rizados con tenacillas e inspiraban tanto respeto que nadie se atrevía a pedirles cosa alguna», según Élisabeth de Gramont, duquesa de Clermont-Tonnerre en carta a Proust. Son muchos los testimonios de la época sobre este personaje: «… un gran señor de una urbanidad exquisita. Muy espiritual, conservaba, incluso en la intimidad, cierto estilo que imponía respeto… me recibía vestido con un pijama rosa suave, y todo el mundo estaba de acuerdo en que sus adornos de perlas blancas y rosas eran maravillosos». (André de Fouquiéres, Cinquante ans de panache). Montesquiou le dedicó dos versos que manifestaban el odio del príncipe Radziwill por el sexo femenino: «Hablar de mujeres es incivil / en casa de Constantin Radziwill». Proust, que lo conoció en sus residencias por su amistad con el hijo, y de quien cuenta historias picantes en alguna carta, lo utilizaría de modelo para el príncipe de Guermantes y para el padre del príncipe de Foix, amigo de Saint-Loup.

Radziwill, Léon, príncipe

Hijo del príncipe Constantin Radziwill, Léon (1880-1927) era conocido por su apodo de «Loche» (= babosa). Proust lo conoció a finales de 1902, justo en el momento en que Bertrand de Fénelon

parte hacia la embajada de Constantinopla. Era «un joven lleno de fantasía, de ironía y de encanto, que no amaba nada tanto como la compañía de los escritores y artistas». Sin embargo, Proust queda decepcionado muy pronto —en el invierno de 1903-y escribe en el comedor mismo del castillo de Ermenonville un retrato cruel de este otro modelo de Saint-Loup: «En lo físico es, al tiempo que infinitamente delicado, tan zafio que ofrece más bien el aspecto de un bloque de piedra que el de una estatua, (…) una mirada estúpida que se detenga rasgo a rasgo en el rostro de Loche descubrirá fácilmente su estupidez. (…). Su propia dicción, de jocosa lentitud y falsa afabilidad, parecerá agarrotada por la tontería y la ingenuidad. (…). Alma puta, se entrega al primero que aparece, o más bien es incapaz de darse, lleno de sentimientos nobles, generoso, sensible, no aferrado a nada vulgar, ni al dinero, ni a la celebridad, ni a la sociedad (…) capaz de hacer mil cosas por un amigo, excepto ser su amigo, si esta palabra implica preferencia, fidelidad, seguridad, perseverancia, etc». (Contre Sainte-Beuve, pág. 477).

En 1905, Proust le enviaba una carta de ruptura: «No quiero volver a verle. Tampoco quiero que volvamos a escribirnos…». En ese año, Radziwill se casa con Claude de Gramont, sin invitar a Proust a la boda; ocho días después, el marido estaba harto de un matrimonio que fue disuelto en 1906 y anulado por el Vaticano. Una vez desvanecido el deslumbramiento inicial por este aristócrata emparentado con toda la Europa principesca, la amistad prevalecerá y Radziwill será uno de los visitantes más frecuentes de Proust, junto con Reynaldo Hahn y Antoine Bibesco. Radziwill, que morirá trágicamente en Montecarlo, serviría de modelo no sólo para el hijo del príncipe de Foix, sino también para el marqués de Cambremer.

Renán, Ernest

Célebre escritor y filósofo de finales del siglo XIX, Ernest Renán (1823-1892) se había especializado en el estudio del hebreo, que no se le permitió enseñar por considerarse audaz su pretensión de

estudiar los textos religiosos de esa lengua desde el punto de vista estrictamente histórico. Proust, que lo había conocido durante una cena en casa de sus padres, lo visitó al día siguiente (17 de enero de 1889) para que le dedicase La vie de Jésus, el libro de mayor éxito de Renán, al que calificará de «la bella Elena del cristianismo». Lo trató además en algunos salones, sobre todo en el de Mme. D'Haussonville: en el artículo que dedica a ese salón habla sobre todo del filósofo; en 1908 hará un pastiche sobre el estilo de este escritor al que Bergotte debe su nariz en forma de caracol.

Régnier, Henri de

Hijo de una familia noble, Henri de Régnier (1864-1936) empezó imitando a los parnasianos, pero no tardó en frecuentar los martes el salón de Mallarmé, camino de una estética simbolista a la que le convierten Moréas y La Tailhéde. Casado con la hija de José María de Heredia, poetisa con el seudónimo de Gérard d'Houville, sufrirá la influencia del autor de Trophées, que lo aparta del simbolismo. Como novelista, género al que empieza a dedicarse en la última década del siglo XIX, redactó obras de amor en las que exalta la belleza femenina con una prosa que une la cultura clásica y el sueño romántico, el refinamiento simbolista y la inquietud de los modernistas. Conoció a Proust en casa de José María de Heredia: la belleza y sensualidad de las tres hijas de este poeta enamoraban a los artistas que pasaban por su salón; Marie de Heredia, la más inteligente de las tres, decidió reunir a sus adoradores en una Academia canaca, en la que las palabras y los discursos eran sustituidos por muecas.

Durante una recepción en casa de la baronesa de Rothschild, Henri de Régnier, molesto con la pretenciosidad de Montesquiou, le hizo una observación sobre su bastón, diciéndole que le sentaría mejor un abanico. Estaba reciente el incendio del Bazar de la Charité, donde varios caballeros habían saltado despavoridos sobre los cadáveres abriéndose paso a bastonazos; aunque Montesquiou no estaba en el Bazar, Jean Lorrain ya había identificado los bastonazos

con el bastón del conde; ofendido por la insinuación, Montesquiou y Régnier se enfrentaron en duelo a pistola, con el resultado de una herida leve en la mano de Montesquiou.

Entre Proust y Régnier se produjo un roce en septiembre de 1908; en un artículo del poeta sobre autores de pastiches, no citaba a Proust; éste hizo entonces uno sobre el estilo algo empalagoso de Régnier, con mucho tacto para no ofenderle; Régnier lo encontró «muy parecido»; la redacción de Le Figaro había cortado el único pasaje que habría podido molestar al yerno de Heredia.

Régnier insinuó a Proust que presentase su candidatura a la Academia Francesa, para luego, cuando éste se animó a hacerlo, indicarle que debía esperar a que ingresasen antes otros candidatos: «Espere a la próxima vacante». Más tarde, en 1920 gestionó junto con Barres, Léon Daudet y otros amigos la concesión de la Legión de Honor a Proust.

Réjane

Gabrielle Réju (1856-1920) es una de las grandes actrices de vodevil de finales de siglo; su amistad con Antoine y su Théâtre Libre la hará evolucionar hacia el naturalismo precisamente en la última década del XIX: considerada como la actriz más moderna y más sensible de su época, interpretó Amoureuse, de Porto-Riche (1891), La parisienne, de Becque (1893), Casa de muñecas, de Ibsen (1894), etc., alcanzando renombre internacional con un repertorio en el que figuraba Aristófanes al lado de Dumas hijo, Daudet y los Goncourt. En 1906 fundó el Théâtre Réjane, que estrenó en Francia El pájaro azul de Maeterlinck. En 1891, Proust invita a dos condiscípulos, Jacques Baignéres y Jacques Bizet, y a la madre de este último, Mme. Straus, a la reposición de Germinie Lacerteux, de Edmond de Goncourt: «En el pasado contraje, al oír a Réjane interpretar a Safo y a Germinie Lacerteux, una tristeza recurrente cuyos accesos intermitentes, después de tantos años, todavía se apoderan de mí», escribirá Proust al final de sus días.

Sin embargo, su trato con la actriz no se producirá hasta 1919, cuando Proust se aloje durante cinco meses en el cuarto piso del palacete particular de Réjane, en el número 8 bis de la calle Laurent-Pichat, alojamiento ofrecido por el hijo de la artista, Jacques Porel: la hermosa actriz del pasado ya no era más que una anciana enferma del corazón que iba a morir al año siguiente. Para Proust, verla actuar supuso una «revolución» que le arrancaba lágrimas: «Salla yo con los ojos tan rojos que espectadores sensibles se me acercaban creyendo que alguien me había pegado». Fue uno de los modelos de la Berma, sobre todo en el período de la vejez, cuando se ve obligada a trabajar a fin de conseguir dinero para su hija y su yerno.

Risler, Edouard

Amigo de Reynaldo Hahn y pianista, Édouard Risler (1873-1929), hijo del pintor de historia Auguste Risler, consiguió el primer premio del Conservatorio en 1896. El 21 de mayo de 1895, llegado expresamente de Chartres donde hacía el servicio militar, interpretará la música compuesta por Hahn para el recital de unos poemas que Proust acababa de publicar en «Le Gaulois», titulados Portraits de peintres, en casa de Madeleine Lemaire. Gran intérprete luego de Liszt y Beethoven, con éxitos internacionales que avalaron su carrera, mantendrá con Proust una amistad que permitirá a éste llamarlo para sustituir a Gabriel Fauré —tras el pago de 1000 francos— para la primera cena que ofreció después del fallecimiento de su madre, en el Ritz, en honor del director de Le Figaro, Gastón Calmette.

Robert, Louis de

Novelista, Louis de Robert (1871-1937) había conocido a Proust en 1898, en el momento en que el caso Dreyfus alcanzaba su tensión culminante. Empleado de la casa Edison, asistió con Proust al proceso contra Émile Zola por su artículo J'Accuse y le presentó al coronel

Picquart cuando éste recobró la libertad. Louis de Robert, uno de los raros admiradores de Los placeres y los días, que había leído en casa de Pierre Loti, sufrió luego una larga enfermedad que lo retiró a la vida privada después de haber publicado algunas novelas.

En 1909 saca a la luz Le román du malade, de carácter autobiográfico, sobre la lucha contra la muerte con la voluntad como principal arma. El estilo y el tema hicieron merecedor a ese libro de encendidos elogios de Proust, que veía en la enfermedad de Robert similitudes personales: «Acaso piense usted que yo era por todo eso el lector elegido de Le román du malade. Me hizo presentir, ay, que la vida no había sido mejor para usted». Las relaciones entre el arte y el sufrimiento se convertirán, a partir de la lectura de ese libro, en un punto importante de la estética proustiana. La antigua simpatía entre ambos volverá a renacer y Louis de Robert se convertirá en consejero de la «novela de enfermo» que Proust escribe, y cuyo primer volumen Robert será el primero en leer, lo que le hace acreedor, por parte de Proust, al título de «primer amigo de Swann». A ruegos de Proust, Robert sondeará para la publicación de ese manuscrito al editor Ollendorff, cuyo director literario, Alfred Humblot, da una respuesta perentoria que se volverá célebre: «Querido amigo, puede que sea muy duro de mollera, pero no puedo entender que un señor necesite treinta páginas para describir cómo da vueltas y más vueltas en la cama antes de conciliar el sueño. Por más que me devano los sesos…».

Poco después, y una vez conseguido el contrato con Grasset, Proust envió a Robert las segundas galeradas pidiéndole consejo y sugerencias para los pasajes morosos, supresiones, anotaciones, etc. En 1913, Proust le rogó hacer gestiones ante los miembros del Goncourt con vistas a conseguir ese premio para Por la parte de Swann; volvería a hacerle ese mismo ruego en 1919 al aparecer el segundo volumen de la novela; en la primera ocasión, Robert le sugirió que enviase su libro a Colette; la muerte de Agostinelli cortó en seco las aspiraciones del novelista, que anuncia a Robert «un disgusto que deja muy lejos de su pensamiento cuanto afecta al libro y con mayor motivo el premio Goncourt».

Robert, Louis de:

Comment debuta Marcel Proust, 1925. —De Loti à Proust, 1929.

Riviére, Jacques

Novelista y crítico, Jacques Riviére (1886-1925) trabajaba en La Nouvelle Revue Française desde 1909. Conoció a Alain Fournier (1886-1914), con cuya hermana se casó. Durante la guerra, fue hecho prisionero, y de esa experiencia nacieron dos libros: L'Allemand, Souvenirs et réflexions (1918) y Carnet de guerre: agût-septembre 1914, que apareció póstumo en 1929. En 1919 se convirtió en director de la «Nouvelle Revue Française», la revista de la editorial del mismo nombre, que abrió a numerosos jóvenes aunque frenando las formas más audaces de las vanguardias. En su esfuerzo por dar a conocer los valores de la época siguiente, editó a Joyce y a Proust. Al aparecer Por la parte de Swann, Riviére, joven secretario de la N. R. F. en 1914, le había enviado en esa fecha una carta entusiasta, a la que Proust respondió con otra donde hay una frase clave: «Por fin encuentro un lector que adivina que mi libro es una obra dogmática y una construcción». Sería el principio de una amistad que convertirá a Riviére en paladín de la obra de Proust desde ese momento.

En 1919, cuando Gallimard firma el contrato para editar A la sombra de las muchachas en flor, Riviére se hace cargo del texto, que lee minuciosamente, pidiendo a Proust aclaraciones, proponiéndole correcciones, en una tarea ímproba que Proust agradeció. En 1920, el novelista rogó al doctor Roussy que atendiese gratuitamente a Riviére, que sufría de neurastenia: su salud era endeble y no ganaba suficiente dinero en la N. R. F.; y a finales de verano, consiguió, como miembro del jurado del premio Blumenthal, que la dotación de 12.000 francos fuese a parar a Riviére; poco después, quiso recomendar su novela Aimée, que había dedicado a Proust, para el premio Balzac, pero Riviére le prohibió cualquier intervención ante Léon Daudet en su favor. El propio Proust sintió en su carne la independencia radical de

Riviére, que al día siguiente del premio Blumenthal le devolvió un artículo halagüeño sobre una obra reciente de Léon Daudet escrito para La Nouvelle Revue Française. Al leer Sodoma y Gomorra I, Riviére se confiesa conmocionado por el libro y, desconocedor de la sexualidad de Proust, le escribe: «Había oído demasiadas veces a mi alrededor falsear la noción de amor como para no experimentar un delicioso alivio oyendo hablar de ello a una persona tan sana, tan equilibrada como usted».

Gran admirador de Proust, trató de disuadirle, y lo consiguió, de presentar su candidatura a la Academia: «No es usted un escritor agresivo, ni hirsuto, conforme, y es una de las cualidades que más me gustan de su escritura; pero por más que haga, es usted demasiado vívido, demasiado positivo, demasiado auténtico para esa gente. La mayoría de ellos son incapaces de comprenderle: su sueño es demasiado profundo». Dejó una abundante correspondencia amistosa y editorial con Alain Fournier, Paul Claudel y Proust.

Riviére, Jacques:

Avec Marcel Proust (1914-1922), 1976.

Rochat, Henri

Joven de origen suizo que en 1918 trabajaba como camarero en el Ritz; Proust pide que lo adscriban a su mesa, y Rochat empieza a vestir con una elegancia y una calidad que, según el maître d'hôtel, Camille Wixler, no podía permitirse: «Mi educación a esa edad no me permitía imaginar lo que pasaba, pero luego un día supe por boca misma de M. Proust de qué se trataba. Me hizo comprender que ciertas especies del género humano no estaban hechas como otras». Las exigencias financieras del suizo hacen que Proust se queje a Lionel Hauser de las penas de corazón que sufre desde hace dos meses: «Cuando no ama uno a gente del mundo sino del pueblo, o

casi, esas penas de amor se acompañan por regla general de considerables dificultades financieras». La correspondencia proustiana del período confiesa a varios amigos esos amores ancilares, dando incluso cifras de gastos.

En 1919 Rochat empieza a trabajar con Proust en calidad de secretario, aunque, a pesar de su carácter «huraño y silencioso, con esos humos que se dan muchos suizos», según Céleste Albaret, sirve sobre todo para entretener a su amo jugando con él a las damas: «Ando embarcado en negocios sentimentales sin salida, sin alegría, continuos generadores de fatiga, de sufrimientos, de absurdos gastos», escribe el novelista a Mme. Straus. Rochat terminó instalándose en casa de Proust, en el bulevar Haussmann primero y luego en la calle Laurent-Pichat, donde pasaba el día encerrado en su cuarto, al que a veces acudía una muchacha que presentó como su novia. Declara tener ambiciones mayores que la de criado: quiere dedicarse a la pintura, y cuando Proust pretende dictarle algo adopta aires de artista incomprendido: «Cree que pinta. (…). En mi trabajo, me cansa más que ayudarme…». Según Céleste Albaret, Rochat, al que Proust pronto empezó a no pedir nada, «se quedaba en su cuarto, garrapateando su pintura, o salía. Casi no se le veía». Aun así, vivió allí dos años. «La suerte de Henri es incierta. No puedo decir que eso sería invitus como Tito. Pero dimitiere [le] es duro de proferir». Proust, que ya una vez le había pagado un viaje a Suiza para que buscase trabajo, terminará despidiendo a Céleste por el clima envenenado de las relaciones entre los criados y sus enfrentamientos.

No tardará en volver a llamarla, en trasladarse a la calle Hamelin y en pedir ayuda (1921) a Horace Finaly, director de la Banque de Paris et des Pays-Bas. El 12 de mayo de 1920, cuando Proust conversa en su casa con Paul Morand, y después de que Henri, «que acaba de levantarse y que hace su aparición en un pijama terriblemente chirriante», salga, confiesa a su amigo que cada salida de Rochat le supone «diez mil francos de deudas»; por fin, Finaly encuentra un empleo para Rochat en la sucursal bonaerense del banco. A principios de junio de ese año, Rochat embarca para Argentina y desaparece de la vida de Proust, que visita a la novia, abandonada, para consolarla. Albertine debe a este personaje su gusto por el dibujo y la pintura,

aunque también sirvió a Proust para Morel en su faceta de «mentiroso y malvado», como lo califica Reynaldo Hahn.

Rostand, Maurice

Hijo del autor de Cyrano de Bergerac, Maurice Rostand (1891-1968) empezó escribiendo versos que en pleno siglo XX recuperaban el acento romántico. Amigo de Cocteau y de Lucien Daudet, compartía con ellos la pasión por el maquillaje, que a Proust le parecía un exhibicionismo peligroso. Cocteau pidió a Maurice Rostand que interviniese ante Eugéne Fasquelle, editor de Edmond Rostand, para publicar el primer tomo de A la busca del tiempo perdido. Pero a Fasquelle no le interesó. Rostand quiso conocer a Proust a principios de 1913; Proust le dio una cita descabellada: a las seis de la mañana en el pórtico de Notre-Dame, que hizo desistir al hijo del dramaturgo. Terminó conociéndole, en compañía de Mme. Scheikévitch, y fue invitado esa misma noche a cenar en casa de Proust; «Se puso a leerme, con su extraordinaria voz rota, el principio de Por la parte de Swann».

Al aparecer ese primer volumen, Rostand publicó un artículo muy elogioso en Comædia, que enfureció al novelista, porque lo comparaba con Pascal, Leonardo y Shakespeare. En sus memorias, publicadas bajo el título de Confession d'un demi-siècle, Rostand asegura haber visitado varias veces la casa de Proust, neutralizando su perfume de Guerlain con esencia de eucalipto. Después de sus inicios poéticos, Rostand escribió numerosas novelas —la más famosa, la pacifista L'Homme que j'ai tué, fue llevada al cine por Ernst Lubitsch, con Lionel Barrymore en el papel protagonista, en 1932, bajo el título de Broken Lullaby— y piezas de teatro, sacadas unas de sus narraciones y otras originales como La Gloire (1921), Le Phénix (1923) y Le Procés d'Oscar Wilde.

Sagan, Boson, príncipe de

Elegante de la sociedad aristocrática parisiense, Boson, príncipe de Sagan (1832-1910), solía reunirse en el foyer de la Comédie-Française con la flor y nata de la aristocracia mundana: con el general Gallifet —del que solía burlarse por el punto en común que los unía: el de maridos engañados—, Charles Haas, Robert de Fitz-James y Luis de Turenne. El 2 de enero 1908 protagonizó un escándalo que fue la comidilla del todo París. Llegó a las manos, ante el pórtico de Sainte-Clotilde, con su primo Boni de Castellane, divorciado de Anna Gould; Sagan, que se encontraba en bancarrota, había pedido a ésta en matrimonio. En el altercado, tras los insultos vino un escupitajo de Castellane; al tratar de evitarlo, el de Sagan tropezó, circunstancia que aprovechó su pariente para darle una tunda de palos. En julio de ese año Sagan se casaba con la rica heredera; pero poco después sufriría una parálisis que lo postró en una silla de ruedas, como le ocurre al barón de Charlus, a quien Jupien tiene que llevar en una silla semejante.

Sagan, Princesa de

Jeanne Seilliére, princesa Boson de Sagan, pertenecía a una aristocracia creada durante el II Imperio. Beldad de la época, tuvo una juventud galante aunque su conducta a final de siglo estaba toda hecha de melindres y de un falso empaque cortesano que denunciaba precisamente lo que quería ocultar: su reciente ennoblecimiento. Fue una de las admiradoras de Charles Haas, quien participó en el célebre baile que la princesa dio en 1885, al que los invitados acudieron disfrazados de animales. Proust la conoció en Villa Personne, cerca de Trouville, donde la familia Sagan pasaba sus vacaciones, y donde ella paseaba seguida, como la princesa de Luxembourg, por un pequeño criado negro.

Saint-Marceaux, Mme. de

Mlle. Jourden, hija de un comerciante de tejidos de El beuf, se casó en segundas nupcias con el escultor René de Saint-Marceaux, autor de la «Juana de Arco» del pórtico de la catedral de Reims. En su palacete del núm. 100 del bulevar Malesherbes, Mme. de Saint-Marceaux recibía los viernes a músicos y melómanos. Proust, que mantuvo correspondencia con la dueña de la casa, acudirá a sus viernes los primeros años de vida mundana arrastrado por Reynaldo Hahn.

Saint-Paul, Marquesa de

Diana Feydeau de Brou, una vez convertida en marquesa de Saint-Paul, abrió las puertas de su salón, en la calle Nitot, a la mejor aristocracia del faubourg Saint-Germain; amante del príncipe Napoleón, al que ha cerrado los ojos en Roma, la marquesa cultiva, mima y defiende sobre todo a los músicos: Reynaldo Hahn presentará en su salón a Proust, que pudo apreciar la mordacidad de esta mujer que recibía el sobrenombre de «Serpent á sonares», y que serviría de modelo principal a Mme. de Saint-Euverte; en su salón dedicado a Mme. Lemaire (Le Figaro, 1903), Proust la describe reclutando en él a sus invitados, como hace Mme. de Saint-Euverte en la soirée de la princesa de Guermantes.

Saint-Saéns, Camille

Compositor y pianista, Camille Saint-Saéns (1835-1921) es uno de los grandes nombres de la renovación musical francesa de finales del siglo XIX, que fundó con Fauré, Franck, Lalo, Bizet, Duparc y Massenet la Sociedad Nacional de Música. Profesor de Reynaldo Hahn, algunos biógrafos les adjudican una pasión amorosa iniciática para el discípulo que otros biógrafos niegan. Sea como fuere, cuando Proust lo conoce en 1895 en casa de Mme. Lemaire, las relaciones del compositor con Hahn no son buenas: «Que cante su música si quiere,

pero que deje la mía tranquila», contesta el maestro cuando le preguntan si Hahn puede cantar una de sus melodías en el salón de Mme. Lemaire.

En ese año, a ruegos de Hahn, Proust escribe dos artículos elogiosos en «Le Gaulois» sobre Saint-Saéns: «Genio inspirado de la música, dotado de una sensibilidad profunda», aunque el autor de A la busca del tiempo perdido no apreciase mucho su música ni su forma de interpretar al piano, hasta el punto de compararle con Anatole France: «Idéntica naturaleza de estilista, idéntico saber disimulado, idéntica aplicación hábil y afortunada de los principios establecidos, idéntico gusto, idéntica gracia discreta, idéntica confianza en sí mismo, en su pluma, idéntica facilidad basada en la posesión completa y por así decir innata de la técnica». Sin embargo, de la Sonata en re menor para piano y violín Saint-Saéns arranca la «pequeña frase» de Vinteuil, que es el leitmotiv de los amores de Swann y Odette de Crécy, y que Hahn tocaba a menudo para Proust.

Saussine, Henri, Conde de

Músico y crítico musical, además de aficionado a la escritura, el conde de Saussine, descrito por Ferdinand Bac como «palabrero, mareante, ingenioso, epiléptico», recibirá los elogios de Proust por su libro Le Nez de Cléopâtre; en ese momento (1893), Proust pensaba en él como uno de sus introductores en los salones más aristocráticos. El conde abrió su propio salón en el 16 de la calle Saint-Guillaume, donde se reunían, según Proust, «duques sin altanería y novelistas sin pretensiones (…) [y mujeres] que se percatan de la belleza sin comprenderla». Gracias a él, Proust empezó a estimar las óperas de Wagner, las sinfonías de Franck, de d'Indy, y mejoró su cultura musical; en su salón conoció al pianista Léon Delafosse y probablemente a Gabriel Fauré. En La Revue Blanche aparecerá en julio de 1893 un poema de Proust, «Eventail», dedicado a Saussine. Y en mayo de 1894, el novelista asistió al estreno de su partitura

Fantasie, compuesta para cuatro voces y cuarteto con letra de poemas de Les Chauves-Souris, de Montesquiou.

Schiff, Sydney

Escritor inglés que utilizó el seudónimo de Stephen Hudson, Sydney Schiff (1868-1944) era hermano de Edith Gautier-Vignal, a su vez suegra de Louis. Entusiasmado con la lectura de Por la parte de Swann, dedicó en 1919 a Proust su novela Richard Kurt y le pidió fragmentos de A la sombra de las muchachas en flor para publicarlos en su revista «Arts and Letters», antes de conocerlo personalmente, además de invitarle a su casa de Londres si quería trabajar en un ambiente de «sosiego y afecto». De paso por París con su mujer, Schiff se reunirá con Proust el 2 de mayo de 1922 en el Ritz, donde ambos celebran la aparición de Sodoma y Gomorra. Mecenas de escritores y artistas junto con su mujer, Violet Beddington (1875-1962) —a la que Proust llamará «el Ángel violeta. (...). Flor escondida, olorosa y maravillosa cuyo pedúnculo y eflorescencia pintó minuciosamente Leonardo de Vinci en los dibujos que tal vez haya visto usted en la biblioteca ambrosiana»—, el 18 de mayo de 1922 invitará a Proust a la cena que el matrimonio Schiff daba en el Hotel Majes-tic para celebrar el estreno de Le Renard, de Stravinski, y a la que asisten el compositor, Picasso, Diaghilev, sus bailarines y James Joyce: será la única vez que el autor de Ulises se encuentre con Proust.

Los Schiff, a quienes Proust invita para presentarles a su cuñada Marthe y a su sobrina, ofrecieron a ésta pasar una temporada en su casa londinense, pero la idea de que a sus dieciocho años la joven cruce sola el Canal de la Mancha escandaliza a Proust. «Sólo ustedes me han parecido lo que siempre uno busca», escribe Proust en el ejemplar de Sodoma y Gomorra II que dedica a la pareja. Schiff trabajó para que A la busca del tiempo perdido fuese traducida al inglés y, muerto el primer traductor de esa lengua, Scott-Moncrieff, cuyo trabajo critica en cartas a Proust, él mismo se hizo cargo de la versión de El tiempo recobrado (Chatto Windus, 1931). Como

novelista, Schiff cultivó novelas y relatos de corte modernista —uno consagrado a Céleste Albaret, Céleste, publicado por T. S. Eliot en su revista «The Criterion»—, hoy totalmente olvidados en Inglaterra.

Scheikévitch, Marie

Hija de un abogado ruso y nacida en San Petersburgo, Marie Scheikévitch se había casado con el hijo del pintor Carolus Duran, y al abandonarla éste hizo un intento de suicidio que luego trató de olvidar con un amor desenfrenado por la vida y sobre todo por los hombres célebres. En París quiso convertirse en egeria de los salones, persiguiendo a Jules Lemaitre, Anatole France, Gastón Calmette, Proust, etc. Presentó sus escritos a France y a Lemaitre, quienes reconocieron que no habían visto nunca nada semejante. «Es cierto, dirá France cuando le pregunten si es verdad esa opinión, que ella ha hecho correr, pero no tenemos por qué decir en qué consiste tal singularidad».

En sus Souvenirs d'un temps disparu (1935) habla de su amistad con Proust, quien, agradeciéndole sus cumplidos y tratando de distanciar sus amistades veraniegas de su vida en París, llega a escribirle: «Menos mal que no tengo memoria y que olvido muy pronto a las personas que me han agradado». En esos Souvenirs insinúa que sus relaciones cobraron cierto «tono afectuoso». En una carta a Reynaldo Hahn desde Cabourg, de 1912, Proust habla de la egeria: «Como aquí ando muy desprovisto, la menor mujer agradable me turba un poco y le manifiesto a mi pesar una simpatía que después no mantengo». Intermedió ante Calmette para la publicación de algún artículo de Proust, que tal vez se fijó en ella para el retrato de Mme. Timoléon d'Amoncourt, en Sodoma y Gomorra. Por los elogios y gestiones que hizo al aparecer Por la parte de Swann Proust le dedicó un ejemplar con una carta capital sobre Albertine: «Preferiría presentarle a los personajes que todavía usted no conoce, sobre todo el que juega el papel más importante y guía la peripecia: Albertine» (noviembre, 1915), antes de hacer un resumen de su papel en A la

sombra de las muchachas en flor, La prisionera y Albertine desaparecida, demostrando que en ese momento ya estaban escritos los borradores de esos tres títulos.

Schlumberger, Gustave

Historiador de Bizancio, Gustave Schlumberger (1844-1929) abandonó una tarde de octubre de 1897 —en compañía de Lemaitre y de Forain— el salón de Mme. Straus, tras una fuerte discusión con el marido de la anfitriona a propósito del caso Dreyfus. A partir de ese momento, rompió con todos sus amigos judíos, acusándolos de defender su inocencia no por creer en ella sino por ser correligionarios del capitán. En 1908, la candidatura de Schlumberger a la Academia francesa arranca de la pluma de Proust una carta furibunda a Mme. Straus y un artículo —rechazado por Le Figaro debido a su virulencia, y luego perdido—, además de un retrato burlesco del «famoso falso sabio Humberger» en el Cahier 36 de los manuscritos de A la busca del tiempo perdido. Algunos de sus rasgos se encuentran en Brichot y en «el historiador de la Fronda». La enemistad era recíproca; en sus memorias, Schlumberger dejará su recuerdo de Proust: «Sobre un taburete, a los pies de Mme. Geneviéve Straus, se veía siempre al extraño Marcel Proust, todavía adolescente, que, después, escribió libros admirados por unos, muy incomprensibles para otros, entre los que me encuentro». (Mes souvenirs, 1944-1928,1934).

Sem

El caricaturista Georges Coursaut, llamado «Sem», gozó de gran predicamento entre los escritores a raíz de la publicación de Les Sportsmens. Fue amigo de Montesquiou, a quien caricaturizó —lo mismo que a sus amigos— en las poses declamatorias que adoptaba en sus fiestas recitando versos propios; el conde habla de ellas en

Professionnelles Beautés. Amigo también de Proust, trató de convencerle de la escasa importancia que para la historia del arte tenían los primitivos italianos. En 1907, durante las vacaciones, Proust acompaña en taxi a Sem de Trouville a Cabourg, y en cada curva un buey suelto se lanza sobre el coche; en su correspondencia Proust transcribe la frase de Sem: «Me propone usted un paseo y me lleva a una corrida en plenas pampas». Sert, José María Pintor español, José María Sert (1874-1945) había nacido en una familia de la alta burguesía textil de Barcelona, en cuyos ambientes bohemios modernistas pasó la juventud. En 1899 se trasladó a París donde vivió sin apenas interrupciones hasta el final de sus días. En un taller del último piso de su palacete de la calle Barbert-de-Jouy primero, y de la avenida de Ségur después, trabajó para distintos medios artísticos: los ballets de Diaghilev o varias representaciones teatrales (Le soulier de satin, de Paul Claudel, entre ellas).

En 1914 se casó con Missia Godebska, ya divorciada en dos ocasiones. Experto en decoraciones murales para residencias de aristócratas y millonarios en Europa y América —desde el palacio del marqués de Salamanca de Madrid, a un pabellón de caza de los Rothschild en Chantilly, pasando por el hotel Waldorf Astoria y el Rockefeller Center de Nueva York, la Sociedad de Naciones de Ginebra, o la catedral de Vic (murales destruidos durante un incendio a comienzos de la guerra civil, rehechos luego por el pintor, que desde el principio se había puesto al servicio del bando franquista)—, verá a menudo a Proust en la vida social, tanto en Cabourg como en París; el escritor propuso en una ocasión editar Pastiches et Mélanges con una página manuscrita y un dibujo del pintor español; al novelista le fascinaban sobre todo los trajes diseñados por Sert para La leyenda de José, de Diaghilev, que compara con los vestidos de Carpaccio y de Fortuny.

Sorel, Albert

Historiador de la Revolución francesa, Albert Sorel (1842-1906) estaba escribiendo su libro mayor, L'Europe et la Révolution Française (1885-1904), en el momento en que Proust acude (1890-1891) a sus clases en la Escuela Libre de Ciencias Políticas. La opinión de Proust sobre esta figura de la historiografía francesa aparece en Jean Santeuil: «Se le miraba como a un hombre de genio que deleita, como a un histérico que interesa, uno volvía encantado a casa no sabiendo si volvía de la Sorbona o de la Salpétriére». Aunque más tarde no mantuvieron una relación continuada, Sorel, en el momento de reseñar la traducción de Proust de La Bible d'Amiens, habla de su lenguaje: «Escribe, cuando medita o sueña, un francés dúctil, evanescente, envolvente, con infinitas derivaciones de tonalidades y matices, pero siempre traslúcido, y que a veces trae a la memoria los vidrios en que Gallé encierra sus lianas».

Soutzo, Princesa

Hélène Chrissoveloni, descendiente de una familia de arcontes de la isla griega de Quíos, había nacido en Galatz, en Moldavia. Oficialmente era esposa del príncipe Dimitri Soutzo, agregado militar de la embajada rumana en Francia, del que se hallaba separada de hecho —no lo hará legalmente hasta 1924— en el momento en que conoce a Paul Morand, que la presentó a Proust el 4 de marzo de 1917, y con el que se casará en 1927. Dueña de una gran fortuna procedente de un banco griego propiedad de su padre y de los campos de petróleo rumano, residía en un palacete de la avenida Charles-Floquet, tan espacioso que, por ser difícil de calentar en tiempos de guerra, se alojaba en un apartamento del hotel Ritz, adonde Proust acudía a cenar varias veces a la semana durante ese período, además de asistir a las brillantes recepciones y cenas que la princesa daba para sus invitados de calidad, o que ofrecía, pálido y agotado, el propio Proust, que en esas fechas convirtió el Ritz en su cuartel general, y que dirige la conversación de manera brillante,

contando anécdotas que llegan a sorprender en ocasiones a Paul Morand por su antisemitismo.

Como en otros casos de relaciones amorosas de amigos —Louis d'Albuféra y Louisa de Mornand, por ejemplo—, Proust se convierte en tercero de la pareja que forman Morand y la princesa Soutzo. De pequeña estatura, muy hermosa —Paul Nadar la fotografió en 1909—, orgullosa de su estirpe e inteligente, mantendrá con Proust una abundante correspondencia, en la que una amistad profunda se mezcla con declaraciones de amor, y que Morand publicará en Le Visiteur du soir.

Standish, Mme.

Hélène des Cars (1848-1933), casada con Henry Standish, estaba considerada como una de las mujeres más elegantes de la época y era célebre por su parecido con la reina Alejandra: «Epatante de elegancia marinada, de simplicidad artificiosa». Personalidad notable y de las más discretas de la sociedad parisiense, había sido amante del general de Gallifet y del futuro Eduardo VII de Inglaterra, y había difundido entre las parisinas la moda del «chic inglés».

Hélène Standish y su prima Mme. Greffulhe invitaron en mayo de 1912 a Proust a un ensayo de Sumurum, pantomima escenificada por Max Reinhardt; Proust pide inmediatamente a Mme. de Caillavet información sobre los atuendos de esas damas para su novela, rogándole el secreto porque «las dos mujeres a quienes vestiré —como dos maniquíes— con sus atavíos no guardan la menor relación con ellas, porque mi novela no tiene clave alguna». Proust empleará esa información para oponer las toilettes de la princesa y de la duquesa de Guermantes en la Ópera, en La parte de Guermantes, «dos formas de comprender la toilette, la elegancia, muy diferentes, muy opuestas». Cuando Proust se traslada a la calle Hamelin, su casa está al lado del palacete de Mme. Standish, a quien Proust saca a escena con su propio nombre en Sodoma y Gomorra.

Straus, Émile

Hijo según los rumores de un Rothschild, este abogado israelita se había labrado su propia fortuna ejerciendo su profesión en la Compañía de Ferrocarriles del Norte. Buen coleccionista de arte, compró en ese momento pintura simbolista, modernista e impresionista (Moreau, Monet, Pisarro). En 1886 se casó con Geneviéve Halévy, viuda de Georges Bizet; muy celoso y enamorado de su esposa, fue aceptado a condición de que le permitiese seguir viendo a sus viejos amigos artistas. Ayudó a Proust como abogado en algunos contratos editoriales y en algunas ventas de mobiliario. Es uno de los principales modelos de Swann, que se desvive por el éxito social de su mujer; y también del duque de Guermantes, que ríe y repite las ocurrencias de su esposa.

Straus, Mme.

Geneviéve Halévy (1849-1926), hija del compositor Jacques-Fromental Halévy, se casó con un antiguo alumno de su padre, el compositor Georges Bizet (1838-1875); a la muerte de éste, a quien el fracaso de Carmen llevó prácticamente al suicidio según sus contemporáneos, se casó en 1886 con el abogado Emile Straus. Edmond de Goncourt hará en su Journal un retrato profundo de Mme. Straus y de su salón, al que acudían sus amigos de la época de Bizet, músicos, actores, pintores y algunos escritores que no figuran entre los grandes de la época: Degas, Lemaitre, Bourget, Hervieu, Lucien Guitry, Réjane. Proust, condiscípulo de su hijo Jacques Bizet en el Liceo Condorcet, será presentado en su salón en 1888.

Mujer profundamente generosa, neurasténica, de una bondad natural que salpicaba con ocurrencias mordaces llenas de ingenio que la hicieron célebre en la mundanidad parisina, lo mismo que sus suntuosas toilettes, será fiel a la amistad de Proust: una voluminosa correspondencia entre ambos lo atestigua. Para Proust, que al principio hizo la corte a Mme. Straus inundándola de crisantemos, era

una mujer singular porque suponía «un género de vida» hecho de encanto, elegancia, ingenio y cariño. Cuando Proust inició la redacción de A la busca del tiempo perdido, Mme. Straus puso a su disposición sus cuadernos de notas, en los que apuntaba frases y anécdotas de los escritores y músicos que pasaban por su salón. Será uno de los modelos de la duquesa de Guermantes, sobre todo en sus réplicas y ocurrencias mordaces.

Talleyrand-Périgord, Condesa de

Véra de Bénardaky, hermana de Nicolás Bénardaky y viuda de un diplomático, abre su salón en la avenida Montaigne al mundo de la diplomacia, gracias a su hermana, casada en segundas nupcias con el embajador Armand Nisard; acuden el conde Vandal, Robert de La Sizeranne y personalidades que dan brillo a sus reuniones, lo cual no mejora la opinión que sobre ella tiene, por ejemplo, Mlle. Malakov: «Ha conseguido buenos resultados. Sólo hay una persona que desentona en su casa… ¡ella!». Pero la propia condesa confesó su truco a Ferdinand Bac (Souvenirs inédits, libro VI): «Siempre me he hecho pasar por más tonta de lo que soy y estar mejor de lo que me encuentro».

Torcheux, Virginie

Abuela paterna de Proust, Catherine-Virginie Torcheux (1808-1889) se casará con Valentín Proust en 1828. El matrimonio tendrá tres hijos: una niña nacida en 1826, muerta a los seis años; Élisabeth, que se casará con Jules Amiot, y Adrien Proust. Viuda a los cuarenta y cinco años, seguirá al frente de la tienda familiar. Cuando Virginie Torcheux muere, Proust, que no la menciona en su correspondencia ni en su obra aunque pasó sus veranos infantiles en Illiers, tiene once años.

Trarieux, Gabriel

Condiscípulo de Proust en la Escuela Libre de Ciencias Políticas, el poeta simbolista Gabriel Trarieux (nacido en 1870) también fue compañero suyo en la redacción de Le Mensuel (1890-1891) y de Le Banquet (1892-1893). Proust, que lo persigue para leer sus versos a este poeta que se cree innovador, ensayó en él sus primeras armas como crítico literario, exigiendo a su poesía traducir «el murmullo de las voces interiores»; en sus poemas encuentra reminiscencias de Verlaine y Laforgue, «que a su vez descienden directamente de Racine y de A. de Musset». Proust desea que sume a ese influjo los de Amiel y Sully Prudhomme, y que busque, por el camino de los «sufrimientos que vienen del corazón», la melancolía, el sentimiento y la sinceridad, los tres puntos de arranque de la «teoría» proustiana de la escritura.

Turenne, Louis, Conde de

Elegante aristócrata, Louis, conde de Turenne, casado con una Fitz-James, era amigo de Charles Haas y del príncipe de Gales, cuya vida mundana acompañaba. Frecuentó los salones de Mme. Straus, de la princesa Mathilde y de la condesa Greffulhe con su célebre monóculo, que Proust, que lo trató en esos salones, colgará de los ojos de M. de Palancy y de M. de Bréauté (Por la parte de Swann). Se creía entendido en arte mientras su fortuna —como la de los Fitz-James— iba deteriorándose hasta el punto de tener que casar (8 de octubre de 1904) a su hija Marguerite, de veinticuatro años, con Arthur Meyer, hombre de sesenta; en una carta, Proust recuerda que, años antes de esa mesalliance, durante una cena en su casa, el conde le había pedido que «distribuyera los sitios de forma que estuviese lo más lejos posible de Meyer». La boda, saludada como gran escándalo por la prensa satírica, fue calificada de «alianza del sable con el judiastro».

Ulrich, Robert

Sobrino de Félicie Fitau, antigua cocinera de los Proust, Robert Ulrich, nacido hacia 1881, sirvió a Proust de recadero para todo y de secretario a ratos hasta 1907, año en el que, por ejemplo, lo envía a la redacción de Le Figaro con el artículo Sentimientos filiales de un parricida. El joven vive en el bulevar Haussmann mientras Proust le busca un empleo recomendándolo a sus amigos: «Muy distinguido y bien de aspecto, escribe bien (…), modales muy gentiles, muy serios, pero sin instrucción más profundizada».

Pasa muchas noches fuera de casa, con una amante cuyas cartas encontró y leyó Proust, muy divertido con la ingenua vulgaridad de la autora; para Ulrich, en cambio, era pura inteligencia, y Proust transcribe sus palabras en una carta a Reynaldo Hahn: «Esa mujer no es guapa, pero me acuesto con ella porque es extraordinariamente inteligente, como puede ver usted en sus cartas». En espera del anhelado empleo, Proust lo utiliza ocasionalmente como secretario hasta 1907; luego, en 1909, en Cabourg, de donde Ulrich tiene que desaparecer porque, tras corromper a una muchacha, los padres le siguen la pista: «En tales condiciones no puedo traérmelo a Cabourg, donde parecería que lo oculto». En 1913 se presenta, hambriento y sin trabajo, en el bulevar Haussmann, y Proust consigue encontrarle un empleo a través de la mujer de Jacques Bizet. Modelo del criado Joseph Périgot en A la busca del tiempo perdido, como lo confirma la carta de la amante de Ulrich que Proust cita en carta a Reynaldo Hahn.

Vaudoyer. Jean Louis

Poeta y novelista, Jean-Louis Vaudoyer (1883-1963) empezó a publicar versos en 1906; Les Compagnons du rêve están adscritos a la férula de su amigo Henri de Régnier. Novelista de obras que no han sobrevivido al paso del tiempo, tuvo más importancia como crítico de arte y como autor de visiones clásicas y generales de Italia, sus artistas

y los paisajes: (Les Délices de L'Italie (1924), Beautés de la Provence (1926), L'Italie retrouvée (1950), etc. Conservador del Museo Carnavalet y administrador de la Comédie-Française durante la Ocupación, Vaudoyer era un valor de época cuyo mérito, pese a la amistad y a la admiración que por él sentía como crítico de arte, Proust valoró correctamente: al recibir Dix-sept Sonnets de Vaudoyer, ensalza la belleza de la edición añadiendo que confiere valor a la obra.

Será el primer amigo, junto con Lauris, a quien Proust explique por carta la extensión de su novela: «Mi libro tendrá cerca de 800 o 900 páginas». Entusiasmado con la exposición de pintura holandesa presentada en mayo de 1921 en el Jeu de Paume, Vaudoyer escribió en «L'Opinión» un artículo: su pasaje sobre el «pequeño lienzo de pared amarilla» de la Vista de Delft impresionó a Proust, que el día 24 envía a Odilon Albaret a recoger a su amigo para ir juntos a ver la muestra; en la escalera de su casa, Proust sufre un primer vértigo, que se repite tras un buen rato de contemplación de ese cuadro que tanto le había impresionado durante su viaje a Holanda de 1902. «Proust conocía perfectamente a Vermeer —escribe Vaudoyer a Jacques Riviére en 1923—; lo amaba con la pasión más fiel. Puedo contarle (…) de qué forma utilizó (si es que se puede decir), para la Muerte de Bergotte, una visita que hicimos juntos una mañana de mayo (o de junio), en 1921, a la exposición holandesa del Jeu de Paume, donde figuraba la Vista de Delft. (…). Esa mañana (…), Proust se encontraba muy doliente: ¡puede imaginarse el esfuerzo que había tenido que hacer para estar a las once de la mañana en el jardín de las Tullerías! Varias veces fue a sentarse en ese "canapé circular" de donde rueda Bergotte para morir. Todavía le oigo pedir disculpas con esa tierna abundancia con que te dejaba confuso. Terminó pidiéndome que nos fuésemos para volver a su casa. Pero luego, en el coche (…) se encontró un poco mejor y quiso ir a ver los Ingres».

Vuillard, Édouard

Alumno del Liceo Condorcet, el pintor Édouard Vuillard (1868-1940) pertenecía al círculo de los Bibesco, donde Proust lo conoció en 1904; había colaborado con viñetas en La Revue Blanche de Thadée Natanson, desempeñando un papel en la ruptura de éste con Misia Godebska. Proust se relacionará con él en París y en Cabourg; en 1903, hizo un dibujo en Ermenonville, durante una cena del círculo de los Bibesco, que Proust quiso conseguir al año siguiente por ser «un punto de coincidencia único entre su admirable talento que fecunda con frecuencia mi memoria y una hora deliciosa y perfecta de mi vida». Proust estaba muy interesado por el lenguaje y la forma de hablar de Vuillard, cuyas expresiones pondrá en boca de Elstir; para el pintor, que ratificó la autenticidad de la pasión de Proust por la pintura, «de las pocas líneas que he tenido de él he conservado el recuerdo de un ser atento y mucho más deseoso de conocer que de ironizar, como el mundo que frecuentaba». Como pintor, Vuillard pasó por los Nabis y eligió por tema de su pintura los escenarios íntimos; al filo del siglo regresó al naturalismo de sus inicios y, junto con Bonnard, fue el principal representante del movimiento intimista. Fue uno de los primeros en utilizar la cámara fotográfica para captar a sus parientes y amigos en los escenarios de su vida habitual, casas y jardines, que luego utilizaba para la composición.

Wagram, Princesa de

Berthe de Rothschild, princesa Alexandre de Wagram, era hermana de la duquesa de Gramont; Proust fue invitado en alguna ocasión a las recepciones que daba; en una de julio de 1894, «por fin he visto (ayer, en casa de Mme. de Wagram) a la condesa Greffulhe (…). Lucía un tocado de una gracia polinesia, y unas orquídeas malvas que le bajaban hasta la nuca (…) pero todo el misterio de su belleza radica en la chispa, en el enigma de sus ojos. Jamás he visto mujer tan hermosa. No pedí que me la presentaran (…) [pues] se me figura que al hablar con ella me invadiría una dolorosa turbación».

Walewski, Charles

Hijo del conde Alexandre Walewski, hijo natural de Napoleón I y de María Walewska y ministro de Asuntos Extranjeros durante el Segundo Imperio, Charles Walewski (1848-1914) era capitán del 76 regimiento de artillería en el que Proust hizo su servicio militar. Corría el rumor de que era hijo natural de Napoleón III, de quien su madre Anne Ricci —emparentada con las más antiguas familias de Florencia — fue durante un tiempo amante; de ahí la vivacidad de la voz, semejante a la del primer Emperador, que el capitán de Borodino — trasunto de Charles Walewski— tiene en La parte de Guermantes. Pero el rumor era falso. Para Proust, el príncipe de Borodino, que ya aparece en Jean Santeuil, encarna la nobleza de Imperio, pero no la de los advenedizos, sino la de sangre, porque, por parte de su abuela María Walewska, Charles era biznieto de Stanislas Augusto Poniatowski, último rey de Polonia.

Weil, Adéle

Hermana de Louis Weil, se casó con Joseph Lazarus, propietario de una relojería; su nieta, Louise Neuburger se casará con Henri Bergson.

Weil, Baruch

Bisabuelo materno de Proust, Baruch Weil (t 1828) era oriundo de Alsacia, tierra de asilo para judíos; trabajó junto a su padre en la fábrica de porcelana de Niederwiller hasta que, confiscada la fábrica por la Revolución, se afincó en París. En la capital francesa consiguió crear su propia manufactura de porcelanas, cuya calidad compite con la de Sévres. Según reza su tumba en el Pére-Lachaise, fue «miembro del Comité de las Escuelas, administrador jefe del Temple (calle en la que vivía), vicepresidente del Comité Israelita de París».

De su primer matrimonio, en 1801, con Hélène Choubach, tuvo dos hijos, Godchaux y Benjamin; de su segunda boda, otros dos, Moise y Nathé: el parto de este último se llevó la vida de Sarah Nathan, y Baruch Weil se casó con su cuñada, Marguerite Nathan, de la que nacieron Louis, Abraham Alphonse y Adéle Weil, una de cuyas nietas se casará con Henri Bergson. Sus dos hijos mayores seguirán la misma norma, y se casarán con las dos hermanas Berncastel.

Weil, Georges

Tío materno de Proust (1847-1906), hijo de Nathé Weil y de Adéle Berncastel. Siguió la carrera de derecho, fue abogado en la Corte de Apelación de París y juez más tarde, y publicó varios estudios sobre legislación. Muy ligado al joven Proust, con quien paseaba por el Bois de Boulogne, era de salud frágil: «Tengo un tío muy enfermo del estómago desde hace varios años, extremadamente neurasténico», escribirá Proust en su correspondencia. A la muerte de su hermana Jeanne en 1905, y doliente de una enfermedad de uremia, guardó cama el último año de su vida, recibiendo entonces las visitas de Proust.

Weil, Jeanne

Jeanne Clémence Weil (1849-1905), madre de Marcel Proust, hija de Nathé Weil y de Adéle Berncastel, había nacido en el seno de una familia judía vinculada al saintsimonismo; estudió inglés y alemán, lenguas que tradujo, además de tocar el piano; gran lectora que frecuentaba la biblioteca familiar o los gabinetes de lectura de la época que prestaban libros, en contacto con su madre adquirió una cultura literaria, musical y pictórica que tendrá un imponente reflejo en las cartas a su hijo, donde las referencias literarias a lecturas compartidas son constantes; en especial, Mme. de Sévigné, la escritora preferida por la abuela de A la busca del tiempo perdido, a

su lado figuran Mme. du Deffand, Racine, Balzac, Loti, Musset, George Sand, Tolstoi, France, Gautier, Michelet: «Ha muerto haciéndome una cita de Moliere y una cita de Labiche. Me dijo de la enfermera que salía un momento, al dejarnos solos: "Su partida no podría resultar más a propósito. Que mi pequeño no tema, su mamá no le abandonará. Sería divertido ver que yo estoy en Ètampes y mi ortografía en Arpajon" y luego ya no pudo seguir hablando. Sólo una vez vio que me contenía para no llorar y frunció las cejas, hizo la mueca sonriendo, y en su habla ya tan embrollada, distinguí: "Si no sois romano, sed digno de serlo"».

A los veinticuatro años, Jeanne Weil se casa el 3 de septiembre de 1870, sin ceremonia religiosa dada la diferencia de religiones de los contrayentes, con el doctor Adrien Proust, que tiene treinta y seis, al que ha conocido a través de un agente de cambio, un tal Cabanellas, amigo de los Weil. Ese mismo día llega a París la noticia de la capitulación en Sedán. Dieciséis días más tarde el ejército alemán sitiaba París durante cuatro meses, al cabo de los cuales entró en la ciudad.

En la primavera de 1871, estalla la revolución de la Comuna, por lo que la familia Proust se retira a Auteuil, a la casa de Louis Weil, donde el 10 de julio Jeanne da a luz a Marcel Proust. Su segundo y último hijo, Robert, nacerá dos años más tarde, en mayo de 1873. Las condiciones de gestación de Proust —sitio de la ciudad, estallido de la Comuna— suelen citarse como causas de la debilidad del niño, empezando por el propio escritor que atribuía su mala salud a las angustias y privaciones que sufrió su madre en ese período. En 1906, poco después de la muerte de Mme. Proust, Marcel escribe a Barres: «Toda nuestra vida no había sido más que un entrenamiento, enseñarme a pasarme sin ella para el día en que me dejaría, y esto desde mi infancia, cuando se negaba a volver diez veces para darme las buenas noches antes de salir a una velada, cuando yo veía al tren llevársela cuando me dejaba en el campo, cuando más tarde en Fontainebleau y ese verano mismo en que ella había ido a Saint-Cloud donde con cualquier pretexto yo la telefoneaba a cada hora. Esas ansiedades que terminaban con unas pocas palabras dichas por teléfono, o con su visita a París, o con un beso, con qué fuerza las

siento ahora que sé que nada podrá ya calmarlas». (Corr, t. VI, pág. 2). Fiel a la tradición judía, aunque no practique su religión, no se convertirá al catolicismo, pese a que a lo largo de su vida acepte las costumbres sociales del entorno familiar de los Proust.

En 1898, Jeanne Weil tuvo que ser operada de un cáncer, que dejará secuelas en la vida vacacional de la familia; a partir de 1900 elegirán Evian y Dieppe sobre todo para tomar baños de mar; en septiembre de 1905, estando con Marcel en Évian, una nefritis la obliga a regresar a París, donde la uremia —enfermedad que también había sufrido su madre— terminará con su vida el 26 de ese mismo mes. Durante dos días, junto al cuerpo, Marcel, «llorando y sonriendo al cadáver a través de sus lágrimas», se despide de su madre. Fue enterrada sin ceremonia religiosa: «Mi vida ha perdido desde ahora su única meta, su única dulzura, su único amor, su solo consuelo. He perdido a aquélla cuya vigilancia incesante me aportaba en paz, en ternura, la única miel de mi vida», escribe Proust a Robert de Montesquiou. Culta, Jean Weil someterá su hogar, y por tanto a su hijo, a unas preocupaciones de orden, de disciplina, de higiene y de ahorro que, en el caso de Marcel, obtendrán pocos resultados; nunca conseguirá que Proust se adapte a un horario «diurno», ni que tenga el menor sentido de la «higiene» y de los remedios y medicamentos que requiere su asma. Pese a sus ruegos de que mantenga un «poquitito de orden» en sus gastos, Marcel no dejará de derrochar sin sentido el dinero —propinas desmesuradas, regalos— por todas partes. Por testamento, Jeanne Weil hereda la mayor parte de la fortuna de 1.650.000 francos oro (27 millones de francos de 1990) dejados por su marido; de ellos, a Marcel le corresponden 250.00 francos (4.250.000 francos de 1990), pero su madre no le permitirá disponer de la suma: ella misma se encarga de pagarle «una pequeña pensión», lo cual da lugar a vivas disputas entre madre e hijo, que también se rebela contra el espíritu ecónomo de la madre: el ahorro de calefacción en casa llega a tal grado que, en 1902-1903, Proust se queja a su madre de que los amigos que lo visitan tienen que permanecer con el abrigo puesto: en su intento por normalizar la vida del hijo, Mme. Proust ha prohibido a Marie, la criada, alimentar con leña la chimenea por la noche. La sobreprotección que Mme. Proust

ejerció sobre su hijo, enfermo desde la infancia, se convirtió más tarde en vigilancia de la vida y de las amistades de un Proust que se refugia siempre en respuestas evasivas, y que hace del conocimiento de su intimidad amorosa por parte de la madre uno de los temas capitales de su obra desde La Confesión de una joven, donde la madre de la protagonista paga con la vida ese descubrimiento.

Weil, Louis

Tío abuelo de Proust, hermanastro de Nathé Weil (1816-1896) y dueño, sobre todo, de la propiedad y casa del número 96 de la calle La Fontaine, donde nacerá el novelista y donde pasará sus vacaciones infantiles y adolescentes. Abogado de carrera y presidente del tribunal de casación de París, Louis Weil abandonó pronto las leyes para ser administrador del Banco de Crédito durante el Segundo Imperio y convertirse luego en industrial dedicado a la manufactura de botones y objetos de mercería, con fábrica que daba empleo a unos quinientos obreros y con tienda abierta en París, considerada como la más importante de la ciudad. Gracias a su matrimonio en 1844 con Émilie Oppenheim, hija de un banquero de Hamburgo, incrementó considerablemente su patrimonio.

Viudo en 1870 y sin hijos, se retiró a Auteuil sin abandonar la vida social; todo lo contrario, fue «amigo de las horizontales, el protector de Laure Hayman». (Duplay, M., Mon ami Marcel Proust, pág. 18). Aficionado al mundo de los escenarios, poseía una abundante colección de fotos de actrices, cantantes y demi-mondaines, que eran su compañía preferida; Proust encontró esa colección en su casa del bulevar Haussmann —donde el novelista vivirá más tarde, ocupando la habitación en que había muerto Louis Weil—, entre ellas una fotografía de Marie van Zandt, disfrazada de hombre, que le servirá de modelo para la Miss Sacripant del pintor de A la busca del tiempo perdido, Elstir.

Logró penetrar en la alta burguesía parisiense, cuyos salones frecuentó; consiguió títulos como caballero de la Legión de Honor,

oficial de Academia, miembro honorario de la Comisión de valores de aduanas, etc. En su correspondencia, Proust habla de él en términos balzaquianos como de «un Nucingen algo menos rico». El género de vida alegre que llevaba desagradaba al resto de la familia.

Su aventura más deslumbrante fue con esa cortesana célebre, Laure Hayman, con quien también había mantenido relaciones amistosas Adrien Proust, padre del novelista —se supo en el momento de su muerte—, para quien era el colmo de la elegancia, la juventud, la belleza y la inteligencia. Pese a que Louis Weil quiso ser enterrado sin pompa ni acompañamiento, Laure Hayman envió una gran corona, sin presentarse para no perturbar a la familia, escrúpulo por el que Proust la riñe en su correspondencia. De carácter ingenioso y cáustico, Louis Weil prestará a Proust los rasgos más sobresalientes del personaje del tío Adolphe del Narrador, cuyo modelo comparte con otro tío de Proust, Jules Amiot.

Weil, Moise

Tío abuelo de Proust (1809-1874), hijo de Baruch Weil y Sarah Nathan, Mo'ise era arquitecto de la ciudad de Beauvais, cargo más honorífico que lucrativo; se casó con Amélie Berncastel (1821-1911), hermana de la abuela de Proust, por lo que los lazos de parentesco eran dobles; los Weil, de tradición republicana, emparentaron así con un tío de Amélie, Adolphe Crémieux (1796-1880), ministro de Justicia en 1848 y 1870 que había abolido la esclavitud en las colonias, había suprimido la pena de muerte por crímenes políticos y se había enfrentado a Mac-Mahon. El matrimonio tuvo cuatro hijas: Jenny (1846-1922), Hélène (1847-1925), Claire (1849-1929) y Adéle, nacida en 1850.

Los Proust mantuvieron, sobre todo, relación con la segunda, Hélène, casada con un descendiente de un mariscal del Imperio, nombrado duque de Istria, Casimir Bessiére, gerente de una compañía de seguros; el tío Louis Weil hubo de ayudar económicamente a los Bessiére, sobre todo desde la muerte del marido, que dejaba dos hijos

y una hija, Amélie, con la que Proust mantuvo en su adolescencia una especie de idilio; según confesó a Céleste Albaret, llegó a pensar en el matrimonio, al que Mme. Proust se opuso con firmeza.

Weil, Nathé

Abuelo materno de Proust (1814-1896), hijo de Baruch Weil y de Sarah Nathan. Socio comanditario de agentes de cambio y corredor de bolsa en el mercado libre, al casarse en 1845 con Adéle Berncastel se titula «rentista». Proust le pidió consejo en numerosas ocasiones para sus inversiones en bolsa; y también préstamos de dinero para acudir a casas de citas, adonde su padre lo enviaba para intentar luchar contra la masturbación del adolescente; en 1888 le reclama por carta trece francos: «He aquí por qué. Tenía tanta necesidad de ver a una mujer para dejar mis malos hábitos de masturbación que papá me ha dado 10 francos para ir al burdel, pero 1.º, en mi emoción he roto un orinal, 3 francos, 2.º, en esa misma emoción no he podido joder. Así pues heme aquí como antes esperando a cada hora 10 francos para vaciarme además de esos 3 francos de orinal. Pero no me atrevo a pedir de nuevo el dinero tan pronto a papá y he creído que tú estarías dispuesto a acudir en mi ayuda en esta circunstancia que como sabes es no sólo excepcional sino también única».

La familia de Nathé Weil vivió en el segundo piso del 40 bis de la calle du Faubourg-Poisonniére, en una casa de seis habitaciones: ese 40 bis, pero del bulevar Malesherbes, se convertirá en A la busca del tiempo perdido en residencia del tío abuelo Adolphe. Apasionado por el teatro y la ópera, Nathé Weil y familia, sólo practicaban el judaismo en las grandes fiestas y utilizaban esporádicamente el yiddish, por diversión o para no ser entendidos por la servidumbre. Conservador, dejará la educación de sus dos hijos —Georges y Jeanne— en manos de su esposa. Perteneciente a la burguesía media, le gusta discutir de política con su hermanastro, de ideología más liberal, Louis Weil, cuya casa en Auteuil visita todos los días para regresar a dormir a París. En el ambiente familiar eran legendarios sus hábitos caseros, su

horror a los viajes, y su avaricia, que no fue óbice para que Proust le pidiese, y obtuviese, adelantos y préstamos, por ejemplo para abonarse a la La Revue Bleue o pagarse una prostituta. Proust compartía con él sus tendencias políticas conservadoras.

Whistler, James

Pintor nacido en Estados Unidos, James A. McNeill Whistler (1834-1903) conocía París desde 1855, cuando estudió a los pintores clásicos en el Louvre; y tras establecerse en Londres vivió con frecuencia en Francia. Partidario de la pintura por sí misma, exenta de todo tipo de ideas, literarias o morales, puso a muchos de sus cuadros nombres musicales, sugiriendo una analogía con la abstracción musical. Sus retratos y paisajes, muy sutiles, contrastaban con la agresividad de su carácter; cuando en 1877, Ruskin diga de su cuadro Nocturno en negro y oro: la caída del cohete que era como «arrojar un cubo de pintura a la cara del público», el pintor demandará por libelo al crítico, que terminó siendo condenado a un cuarto de penique sin costas; el proceso llevó a la ruina a Whistler. En París, el pintor se relaciona con el grupo llamado «los japoneses»; Jacques-Émile Blanche, Degas, Helleu, Montesquiou…

En 1891 hará dos retratos del conde Montesquiou, que verá en él la imagen ideal de la perfección; fue el conde quien prestó a Proust —en el momento en que éste se hallaba más interesado por las tesis ruskinianas— el libro de Whistler The Gentle Art of Making enemies donde refiere, entre otras cosas, la historia de su litigio con Ruskin, que había conmocionado a la sociedad londinense. Cuando Proust conoce a este enemigo de Ruskin, está en la cima del éxito: gracias a Reynaldo Hahn, Proust vio una noche a Whistler: «Y me ha dicho que Ruskin no entendía absolutamente nada de cuadros». Pero Proust conocía la pintura del americano desde 1894, por lo menos, cuando uno de los retratos de Montesquiou fue expuesto en la «Société Nationale des Beaux-Arts». (1894); la admiración por su pintura —además de tener en su habitación, totalmente desnuda, una fotografía

del cuadro de la madre de Carlyle del pintor— lleva a Proust a hablar, en A la sombra de las muchachas en flor, de un cuadro de Charlus parecido a una armonía negro y blanco de Whistler, de una mariposa —con ella firmaba Whistler— al pie de una «armonía gris y rosa», o a dar distintas descripciones o retratos de mujeres que son trasposiciones de cuadros de ese pintor cuyo nombre se le escapa a Saint-Loup: «Es bello como Whistler».

En El tiempo recobrado, M. Verdurin está escribiendo un libro sobre este pintor que aporta al personaje de Elstir —casi anagrama del apellido inglés, al que se mezcla la última sílaba de otro impresionista inglés formado en Francia, Philip Wilson Steer (1860-1942)-muchas de sus concepciones artísticas. Cuando en 1905 Marie Nordlinger, especialista en el pintor, le haga observar que Whistler está pasándose de moda en Francia, Proust contesta: «Si el que ha pintado las Venecia en turquesa, las Amsterdam en topacio, las Bretaña en ópalo, si el retratista de Miss Alexander (…) no es un gran pintor, es como para pensar que no lo ha habido nunca». Y tratará de conciliar las teorías artísticas de los dos enemigos irreconciliables: «Whistler tiene razón al decir (…) que el arte es distinto de la moral. Y sin embargo Ruskin también emite una verdad, de un plano distinto, cuando dice que todo gran arte es moralidad».

Wilde, Oscar

El poeta y dramaturgo inglés (1856-1900) pasó en París distintas etapas de su vida: en pleno triunfo primero, y, tras la condena por homosexualidad y la cárcel de Reading, en el exilio y la pobreza. Precedido por su mala reputación, y por el reciente éxito de su novela El retrato de Dorian Gray, publicada en marzo, Wilde llega a finales de 1891 a la ciudad del Sena como great event de los salones, en los que le acogen Pierre Louys, Marcel Schwob y Jules Renard, heterosexuales notorios, mientras Robert de Montesquiou, André Gide —que según el Journal de Renard se enamoró del poeta inglés— o Paul Bourget lo evitan por temor a verse comprometidos; la impresión

física que produce no es buena dada su gordura, su vestimenta antigua, sus manos cargadas de anillo y sus flores; pero sus ocurrencias y aforismos recorren las mesas de los salones.

Frecuentó los de Mme. Straus y Mme. Arman de Caillavet. Fue el pintor Jacques-Émile Blanche quien presentó a Proust a Wilde en el salón de esta última o en casa de Arthur Baignéres: «Se miraron con una curiosidad compleja», escribe Fernand Gregh. Después de hablar de literatura inglesa e interesarse por Ruskin, Proust lo invita a su casa del bulevar Malesherbes, pero a Wilde no le agradó la decoración ni el mobiliario, y menos todavía la perspectiva de cenar con los padres de Proust, por lo que se despidió en el acto. No brotó la menor chispa de simpatía entre ambos; Proust lo citará en Contre Sainte-Beuve (pág. 273) recordando su referencia a un personaje de Esplendores y miserias de las cortesanas, de Balzac, Lucien de Rubempré, «sin saber que él mismo se volvería Lucien de Rubempré». Y en Sodoma y Gomorra evocará su destino trágico como símbolo del destino del invertido que, condenado, no puede encontrar «una almohada donde reposar su cabeza».

Yeatman, Léon

Amigos de Proust desde 1893, Léon Yeatman y su esposa eran expertos aficionados al arte, y con ellos el novelista hizo varias excursiones «ruskinianas» en busca de catedrales y restos arqueológicos: Rouen, Abbeville, etc. El itinerario del viaje a Holanda de 1902 que Proust hizo con Bertrand de Fénelon fue programado por Yeatman, que incluso les indicó las lecturas que debían prepararlo. Yeatman se encargó de imitar la voz de Proust en la parodia que Jacques Bizet ideó (18-20 de marzo de 1897) de Los placeres y los días, titulada Les lauriers sont coupés. Proust mantendrá con la pareja Yeatman, dreyfusista de primera hora, una amistad a prueba de molestias: en febrero de 1900, Proust envía a su criado a altas horas de la noche a casa de los Yeatman para preguntar «qué ha sido del corazón de Shelley» después de que lord Byron hubiese mandado

quemar su cadáver. En otra ocasión, al regresar a su domicilio los Yeatman se encontraron a Proust en su portería: «La portera está indispuesta, y como su marido tenía que ir a la farmacia, le he ofrecido sustituirle mientras os esperaba».

Yturri, Gabriel

Cuando rondaba los quince años, Gabriel Yturri (1868-1905), oriundo de Tucumán (Argentina), emigró con su familia a París; luego trabajó en los grandes almacenes del Louvre, donde lo descubrió el barón Doazan, que hizo de él su secretario. A Doazan se lo «robó». Robert de Montesquiou, a quien Yturri se unió de por vida de una forma tan absoluta y admirativa que no suscitó censuras en un medio tan riguroso como el faubourg Saint-Germain. Recadero y mensajero permanente de Montesquiou, de quien se convirtió en sombra («Me gustaría extender bajo sus queridos pasos cansados una alfombra de rosas sin espinas»), Proust llegará a comparar la relación del conde e Yturri con la de san Pablo y Timoteo. Durante la enfermedad de diabetes que terminó con su vida el 6 de junio de 1905, Proust, enfermo, envió en dos ocasiones a su madre para recabar noticias de su estado de salud.

Diccionario 2

Personajes de «A la busca del tiempo perdido».

Abogado de París

Abogado célebre, está de vacaciones en casa de los Cambremer en Sodoma y Gomorra. Aficionado a la pintura, prefiere Le Sidaner a Monet y a Elstir, y promete al Narrador pedirle su opinión sobre Poussin e invitarle a su casa de París, junto con Le Sidaner, para que vea su colección de pintura.

Abuela del Narrador

Bathilde, llamada sobre todo por el nombre de su esposo, Mme. Amédée, es la abuela materna del Narrador. Según la cronología imprecisa de la novela, ha nacido hacia 1820, y en su infancia fue amiga de la marquesa de Villeparisis. De carácter dulce y sereno, encarna «la raza intacta» de Combray y ama el aire libre y la espontaneidad. Mujer culta, busca en sus regalos una dimensión cultural, y compra para su nieto novelas de George Sand, que lee al

niño la madre. Adora a Mme. de Sévigné y las Memoires de Mme. de Beausergent, que siempre lleva consigo. Entre el Narrador y su abuela se establecen fuertes vínculos de cariño: es ella quien va con él por primera vez al teatro, para ver a la Berma en una representación de Phèdre, y quien lo acompaña a Balbec durante su primera estancia en esa localidad balnearia; cuando el joven, eufórico por el alcohol que ha tomado contra su asma, se derrumba, lo instala en su habitación: sin embargo, durante todas las vacaciones le oculta que ella se encuentra enferma. En el Grand Hôtel, la amistad de la abuela con su vieja amiga de la infancia permitirá al Narrador conocer a Saint Loup primero, y al barón de Charlus después. Y, gracias a la insistencia de la abuela para que visite a Elstir, el Narrador entra en contacto con la pandilla de muchachas.

La amabilidad de Mme. Amédée se extiende, salvo en el caso de Bloch, a los amigos del Narrador: regala al sobrino de su amiga Mme. de Villeparisis, Robert de Saint Loup, unas cartas de Proudhon. Y el día en que éste le proponga fotografiarla, se arregla para parecer más joven y hermosa, ocultando bajo un sombrero su rostro desfigurado por un ataque; a su nieto le sorprende esa coquetería, que desaprueba y que crea tensión entre ambos (A la sombra de las muchachas en flor). La enfermedad, que ha ocultado hasta ese momento, estalla en La parte de Guermantes: en los Champs-Elysées sufre, después de visitar al doctor Du Boulbon, un ataque que trata de ocultar, ahora en vano, al Narrador. Su agonía y muerte no tardan en producirse, sin que cause demasiado dolor en su nieto.

Durante la segunda estancia del Narrador en Balbec, al agacharse para quitarse los zapatos, el recuerdo de la abuela vuelve inopinadamente a su cabeza: recuerda haber hecho el mismo gesto la primera noche de la primera estancia y haber estado seguro de tener a la abuela a su lado. Es entonces cuando toma conciencia de su muerte: ese descubrimiento del dolor diferido que constituye «las intermitencias del corazón» le sume en una melancolía profunda en la que reviven el dolor de su madre en el momento de la muerte de la abuela, y los motivos por los que se había dejado fotografiar por Saint-Loup —que le explica Françoise; el Narrador hará de la abuela y de su bondad, de sus gustos literarios, de su nobleza de corazón, de su

carencia de amor propio, de su amor por la grandeza y la elegancia un referente: empleará expresiones que le pertenecían, verá que su madre se le parece cada vez más, hablará a Albertine como la Abuela le hablaba a él. En una de las últimas menciones a la Abuela, el Narrador relaciona su muerte con la de Albertine: cree que a lo largo de su vida ha cometido un doble asesinato con ambas por su «ternura únicamente egoísta». Modelo: la madre de Proust y su abuela materna, Mme. Nathé Weil.

Abuelo del Narrador

El abuelo materno del Narrador, llamado Amédée, encarna los prejuicios y modos de vida de la burguesía de Combray; amigo del padre de Swann, sigue recibiendo a éste aunque con cierta distancia impuesta por su matrimonio con Odette; siente curiosidad por la gente, le gusta hablar de Swann y de sus relaciones sociales entre la alta sociedad. Rompe con el tío Adolphe, cuyo modo de vida desaprueba, por la visita que su nieto le hace cuando está acompañado de la «dama de rosa»; desconfía de los judíos y entona pasajes de operetas o versos de la Esther de Racine cuando el Narrador presenta en casa algún amigo de ese origen, como Bloch. También desconfía de los Verdurin (Por la parte de Swann). Comparado con el papel que desempeña la Abuela, el de Amédée es escaso, y está visto desde el afecto del nieto por su esposa, que sufría viendo a su marido beber coñac pese a sus ruegos; a la muerte de la Abuela, Amédée también responde de modo convencional. En El tiempo recobrado el Narrador recordará su afición a las genealogías y su erudición en materia de alianzas burguesas. Modelo: el abuelo materno de Proust, Nathé Weil, que no era antisemita.

Adolphe, Tío

Tío abuelo del Narrador, dispone de un pequeño gabinete en Combray, adonde deja de acudir tras varias disputas con su familia, que no aprecia su forma de vida porque frecuenta actrices y cocottes. Durante una visita que hace a su domicilio parisiense, el Narrador conoce a la «dama de rosa». (Odette de Crécy); de vuelta en casa, cuenta ese encuentro a sus padres dando lugar a una disputa más de sus familiares con el tío Adolphe, a quien luego el Narrador fingirá no ver cuando se cruce con él. También se peleará con Swann cuando trate de mediar en las desavenencias entre éste y Odette. Morel se acordará con afecto de este personaje que vivía en un hotelito, en el 40 bis del bulevar Malesherbes. Modelos: Louis Weil, tío abuelo de Proust y amante de la cortesana Laure Hayman, y, para ciertos rasgos, Jules Amiot, tío también de Proust.

Agrigento, Príncipe de

Conocido como «Gri-Gri» en el círculo de Guermantes, este descendiente de la casa de Aragón cuyos antepasados habían reinado en Sicilia, posee un castillo entre Martinville y Guermantes, cerca de la casa de campo de Gilberte. Pese a ello, a ojos del botones del hotel de Balbec pasa por un pelagatos. Amigo de Swann, le pide que lo presente a su mujer en A la sombra de las muchachas en flor; desde entonces frecuentará el salón y el palco de Odette. Aunque, para el Narrador, al principio no sea más que un vulgar «abejorro», llega a penetrar en su intimidad. Terminará casándose con una joven, viuda de un hombre muy rico. En la matinée de la princesa de Guermantes comunica a ésta que se encuentra muy enfermo; y, después de la guerra, al Narrador le parece «hermoseado» por la vejez (El tiempo recobrado).

Aimé

Maître d'hôtel del Grand-Hôtel de Balbec, sólo prestará atención al Narrador y a su abuela cuando sepa que se relacionan con aristócratas. Comunica al Narrador los informes que tiene sobre la culpabilidad de Dreyfus. Da además mucha importancia al dinero, y se fija atentamente en las propinas del Narrador. Más tarde (La parte de Guermantes), y cuando trabaja en un restaurante de París, lo encuentran Saint-Loup, Rachel y el Narrador, a quien en La fugitiva servirá de confidente sobre la doble vida de Albertine, a la que espía en un río de Touraine con unas jóvenes lavanderas. Interviene en los tejemanejes de Nissim Bernard por los pasillos del Grand-Hôtel de Balbec tras un empleado, y, en la segunda estancia del Narrador en Balbec, enseñará a éste una carta que le ha escrito Charlus. También le revelará las relaciones homosexuales de Saint-Loup con un liftier en La fugitiva. Modelos: varios maîtres d'hôtel: en primer lugar, el del Ritz, Olivier Dabescat; luego Héctor, del Hotel des Réservoirs; y Charles, de Larue.

Albaret, Céleste

Doncella de una dama extranjera en el Grand-Hôtel de Balbec (Sodoma y Gomorra), desempeña, junto con su hermana Marie Gineste, el papel de «recadera» del Narrador, que mantiene con ella una amistad pura. El Narrador la aprecia por su genio lingüístico, para el que está dotada como un poeta; de su lenguaje también volverá a hablarse en La prisionera. Cuando el Narrador concluye sus vacaciones, la muchacha, a la que Françoise tilda de «engatusadora», derrama lágrimas de pena. Modelo: Céleste Gineste, ama de llaves de Proust y esposa de su mecánico Odilon Albaret.

Albertine

Es Gilberte la primera que habla al Narrador de esta sobrina de Mme. Bontemps, de la que, antes de conocerla en Balbec, ya ha oído

que es taimada como un mono. Poco apreciada por Gilberte, Albertine encarna un tipo de mujer que contrasta con el ideal del Narrador: morena, descarada, dura incluso con sus propias amigas. Después de verla pasar con su bicicleta y su polo negro, y soñar con ella, el Narrador se entera de que Albertine Simonet es amiga de Elstir, que será quien se la presente. Aunque el Narrador se enamora de ella, finge amar a otra muchacha de la pandilla, Andrée. Su intento de besarla, una noche en que Albertine se hospeda en el Grand-Hôtel, fracasa; pese a ello, Albertine le regalará un lapicerito de oro. Más tarde, Albertine lo visita en París y el Narrador se enamora hasta el punto de pensar en casarse con ella. La Madre del Narrador, a la que Albertine no agrada, está dispuesta a admitir la relación siempre que haga feliz a su hijo. Vuelven a encontrarse durante la segunda estancia en Balbec del Narrador, que no se separa de ella en Sodoma y Gomorra, aunque se inquieta por sus costumbres, por sus relaciones amorosas con Mlle. Vinteuil y con Andrée.

De regreso a París (La prisionera), y viviendo bajo el mismo techo, las mentiras de la joven alimentan los celos del Narrador, que hace vigilar sus pasos en París y en Touraine, adonde Albertine termina huyendo: Aimé, el maître d'hôtel de Balbec, seguirá a la joven hasta la casa de su tía Mme. Bontemps. El Narrador también le envía a Saint-Loup para que regrese, al tiempo que le manda un telegrama suplicante. En ese mismo momento recibe otro de Mme. Bontemps anunciándole la caída de caballo y muerte de Albertine. Al dolor del Narrador se mezclan unos celos, alimentados de forma retrospectiva por el conocimiento y las pruebas de las relaciones homosexuales de Albertine.

Un viaje a Venecia le permitirá alcanzar la indiferencia absoluta respecto a ese amor que el Narrador termina considerando como la realización del «amor» ideal, presente dentro de su corazón desde su pasión por Gilberte. Aunque el pasado todavía resucita alguna vez, una alusión de Mme. de Guermantes a Albertine no hace ya mella alguna en el Narrador, a quien el dolor por esa pérdida ha animado a trabajar.

«Ser de fuga» por excelencia, Albertine permanecerá siempre envuelta en sombra y misterio para el Narrador, que sólo accede de

forma fragmentaria a retazos de la vida de esta mujer: es precisamente esa parte oculta la que lo arrastra hacia ella y la que origina su amor y la tortura de sus celos. Modelos: Alfred Agostinelli especialmente, cuyas últimas cartas llegó a transcribir Proust, cuando el joven escape a Niza, adonde el escritor envía a Albert Nahmias para que intente hacerle volver a París, poco antes de que en un vuelo de aprendizaje Agostinelli caiga al mar. Proust utiliza también algunos trazos de secretarios y amigos como Albert Nahmias, Henri Rochat y Albert le Cuziat, además de una amiga de sus juegos infantiles en los Champs-Élysées, Marie Finaly, y de Marie de Chevilly, a quien recitó La Maison du berger como el Narrador hace, en Sodoma y Gomorra, con Albertine.

Albon, El viejo d'

Personaje del círculo de Guermantes, que sonríe al reconocer en una frase de la duquesa «el espíritu Guermantes».

Alix

«Marquesa del quai Malaquais» de la que sólo se conoce el nombre. Con un peinado a lo María Antonieta, es «una de las tres viejas Parcas» que acuden al salón de su rival, Mme. de Villeparisis, y trata de dar cierta apariencia de vida a la decadencia de su salón.

Ambressac, Demoiselles d'

El Narrador las conoce en Balbec; parientes de Mme. de Villeparisis —de una de ellas, de Mlle. Daisy, se rumorea que está de novia con Saint-Loup, hecho que éste habrá de negar rotundamente a pesar de ser un buen partido—, caen mal a Albertine, que las

desprecia por su vulgaridad. Mlle. Daisy terminará casándose con el duque de Châtellerault, conocido como «Bibi».

Ambressac, Mme. d'

Madre de las señoritas d'Ambressac, asiste en La parte de Guermantes a una representación de Phèdre en la Ópera, interpretada por la Berma; antes de pasar a la sala, se encarga de quitarle el abrigo al duque d'Aumale.

Amigo de Bloch

En El tiempo recobrado felicita a Rachel al mismo tiempo que Bloch.

Amigo del Narrador

Se encarga de cuidar de la amante del Narrador durante un viaje de éste a Tansonville.

Amoncourt, Mme. Timoléon d'

Esta mujer encantadora, de gran belleza e ingenio y costumbres honestas, asiste en Sodoma y Gomorra a una velada de la princesa de Guermantes, donde, con gran desagrado del duque de Guermantes, elogia a D'Annunzio y a Ibsen, a los que trata como amigos y de quienes posee manuscritos. El Narrador, antes de conocerla, la llama «la dama morena».

Andrée

Una de las muchachas de la pandilla de Balbec, la mayor en edad y la mejor amiga de Albertine. Será confidente de los amores del Narrador por ésta, y sustituta suya en su corazón cuando el joven decida dejar de amar a Albertine. Al principio le parece más fina, más amable que la muchacha de la bicicleta, pero no tarda en descubrir una maldad real bajo sus apariencias de gentileza; con los años, irá acentuándose en Andrée su carácter agrio y celoso. En La prisionera, el Narrador le encarga vigilar a Albertine, pero no tardan en asaltarle las dudas, sobre todo cuando Andrée le revele que una noche en que se había cruzado con él en la escalera había fingido no soportar el olor de unas flores para marcharse cuanto antes. Las dudas del Narrador sobre las relaciones entre Andrée y Albertine —un día, al despertar, lo primero que Albertine pronuncia, todavía casi en sueños, es el nombre de Andrée— quedarán disipadas a la muerte de La fugitiva: Andrée le confiesa la naturaleza de sus relaciones amorosas y llegará a explicarle —con dos versiones distintas— los motivos de la huida de Albertine. Andrée termina casándose (La fugitiva) con el lechuguino jugador de golf de Balbec, Octave, al que no dudaba en calumniar, y convirtiéndose en la mejor amiga de Gilberte de Saint-Loup. Modelo: Anna, amante de Alfred Agostinelli, a quien éste hará pasar por esposa suya.

Argencourt, Conde d'

El conde, y luego marqués d'Argencourt, está casado con una plebeya a la que el círculo Guermantes no admite; este diplomático belga entra en escena (La parte de Guermantes) durante una recepción de su pariente Mme. de Villeparisis, en la que elogia a su prima, la duquesa de Guermantes, con la que habla de Las siete princesas de Maeterlinck, autor al que aprecia. Antidreyfusista, no vacila en mostrarse insolente con Bloch. Siente desconfianza hacia Charlus cuando, en la calle, se encuentre con éste y el Narrador; aunque

engaña a su mujer con una joven que sueña con recibir a Charlus en su casa, poco más tarde este antiguo perseguidor de invertidos, muy celoso y algo impotente que en La prisionera está rodeado de homosexuales, no duda en buscar la compañía del barón. Denunciado por Morel, será detenido y liberado inmediatamente. El Narrador vuelve a encontrarlo (El tiempo recobrado) en el «baile de las cabezas» en el que, extrañamente maquillado de viejo mendigo, ha perdido toda su altivez y se ha convertido en un «gagá sublime».

Arpajon, Mme. d'

La vizcondesa y luego condesa d'Arpajon había sido amante del duque de Guermantes antes de que éste se enamorase de Mme. de Surgis-le-Duc. Aparece en la velada de Guermantes, donde quedan puestas de relieve su incultura y su ingenuidad, hasta el punto de dar pena a Oriane de Guermantes, que la llama «Phili» y no duda en denigrarla ante la princesa de Parma. En esa velada, no se atreve a presentar al Narrador al príncipe. Mojada por el surtidor del jardín, provocará la risa de los asistentes. Frecuenta el salón de Odette Swann, al que presta cierto «tono», y no duda en recibir a la antigua cocotte en su casa. Aparecerá en La prisionera, en la velada de Mme. Verdurin, con la que no duda en mostrarse insolente. En El tiempo recobrado el Narrador vuelve a encontrarla en el salón del príncipe de Guermantes, envejecida; poco después, Mme. de Guermantes le anuncia su muerte.

Balleroy, Mme. de

Tía abuela de una sobrina de la duquesa de Guermantes; envía al Narrador en La prisionera una carta de amor, poco después de la fuga de Albertine.

Baveno, Marquesa de

La princesa d'Epinay cuenta a esta prima de Oriane de Guermantes el retruécano que a su pariente se le ha ocurrido sobre el barón de Charlus, a quien ha llamado «Taquín el soberbio», jugando con el nombre de Tarquino.

Beauserfeuil, General de (Beaucerfeuil o Beaucerfeil).

Durante la velada de la duquesa de Guermantes en Sodoma y Gomorra, mantiene una discusión sobre genealogía con el duque; y durante la soirée de la princesa de ese título, escucha a hurtadillas cuando Swann habla del «Sindicato».

Beausergent, Marqués de

*Hermano de Mme. d'Argencourt, asiste en La parte de Guermantes a la velada de la Berma en la Ópera desde el palco de Mme. de Cambremer. El Narrador volverá a encontrarlo en El tiempo recobrado, en el «baile de las cabezas» del príncipe de Guermantes: pese a la rigidez que le presta la arteriosclerosis, no le parece que este dandy haya cambiado mucho. Quizá se aluda a él con el nombre de Conde de ***, un viejo coronel, en ese mismo libro.*

Beausergent, Mme. de

Tía de Basin de Guermantes y hermana de Mme. de Villeparisis y de la princesa de Hannover, terminará convirtiéndose en Mme. d'Hatzfeld. También escribe unas memorias que tienen por referente real las escritas por Mme. de Boigne, y que son, junto a las Lettres de Mme. de Sévigné, la lectura favorita de la abuela del Narrador.

Beautreillis, General de

Durante la velada de la duquesa de Guermantes, este antidreyfusista discute con Mme. d'Arpajon.

Belloeuvre, Gilbert de

Joven jugador de golf de Balbec, agradable y con conversación, aunque estúpido, a quien el Narrador evoca retrospectivamente en La fugitiva.

Bergotte

Personaje clave de A la busca del tiempo perdido. Es Bloch el primero en hablar al Narrador de este escritor muy admirado y leído por los personajes de la novela. Luego el protagonista hablará sobre él con Swann, que le facilita un acercamiento: lo conoce personalmente y su hija pasea a menudo con él. La amistad con Gilberte —que regalará al Narrador un opúsculo del escritor sobre Racine— propicia su presentación durante una cena en casa de los Swann. La diferencia entre lo que el Narrador había imaginado y la realidad física de Bergotte le decepciona.

Antes de ese primer encuentro, Norpois ha emitido severos juicios sobre el estilo, las ideas e incluso la vida privada de este escritor al que la duquesa de Guermantes, cuyo salón frecuenta, aprecia; lo cual no obsta para que, según Bréauté, que lo cuenta durante una velada en casa de la princesa de Guermantes, haya escrito y representado una breve pieza teatral burlándose del príncipe de ese apellido (Sodoma y Gomorra). Son varios los personajes que lo admiran: desde Charlus, que una noche ofrece al Narrador un libro de Bergotte, hasta el doctor Du Boulbon, que habla de su obra con la abuela del Narrador durante la agonía de ésta. Célebre y enfermo, reinará en el salón de los Swann, exhibido por la anfitriona como un trofeo: sufre

insomnios, vive, harto del mundo, encerrado en casa, pero visita a menudo durante varias horas al Narrador en la etapa de la enfermedad de la abuela (La parte de Guermantes). Su muerte —traslado del desmayo que sufrió Proust en 1921 cuando visitaba con Vaudoyer en el Jeu de Paume la exposición de pintura holandesa— será narrada en La prisionera: el viejo escritor se derrumba mientras contempla la Vista de Delft de Vermeer. Modelos: el primero en importancia es el novelista Anatole France, que en Jean Santeuil también había servido para el pintor y escultor de ese mismo nombre. Hay que sumarle rasgos del Ruskin que descubre a Proust el secreto de la belleza y de la verdad, de Bergson, de Renán, de Daudet, de Bourget.

Berma

Es Swann el primero en hablar al Narrador de esta actriz célebre que, para el joven, encarna la esencia del arte escénico: la negativa de sus padres a dejarle ir y el temor a un empeoramiento de su enfermedad terminarán siendo vencidos por los elogios de Norpois. Por fin puede admirarla en una función de Phèdre, pero lo que le provoca es decepción. El reconocimiento de su talento interpretativo será, para el Narrador, retrospectivo, y estará elaborado a partir de los elogios de Bergotte y de una segunda audición, en la velada de gala de la Opera. En El tiempo recobrado, el Narrador vuelve a encontrarla, vieja y enferma de muerte: para paliar los derroches económicos de su hija y su marido, no duda en ofrecer Phèdre de nuevo en una matinée a la que no acude nadie; todos sus invitados han preferido el salón de la nueva princesa de Guermantes (Mme. Verdurin). La amargura de su rostro durante esa «comida funeraria» en su casa será el principio del fin: el golpe de gracia se lo da Rachel, al notificarle que su hija y su yerno también se han ido a la matinée de la duquesa. Modelos: Sarah Bernhardt para las reflexiones del Narrador sobre lo genial y el genio, y la Réjane —ésta, sobre todo, en sus últimos momentos, junto con su hijo Jacques Porel y su nuera.

Berma, Hija y yerno de la

La hija de la Berma es una actriz que rivaliza con su madre, y que no tendrá, lo mismo que su marido, piedad alguna con ella, a pesar de que, enferma y vieja, quiera volver a los escenarios sólo por ayudar a su hija, que pretende vivir en medio del lujo. El matrimonio no sólo la explota sino que se muestra cruel con ella haciéndose invitar por Rachel a la matinée de la Princesa de Guermantes; la noticia matará a la vieja actriz. Modelos: Jacques Porel, hijo de la Réjane, y su esposa, aunque Proust presta tintes trágicos a una realidad basada —al contrario de los personajes ficticios— en el amor mutuo de la actriz y su hijo.

Bernard, Nissim

Tío de Mme. Bloch, recibirá en su villa al Narrador y a Saint-Loup; amanerado y «precioso», será ridiculizado constantemente por los Bloch, padre e hijo, debido a su afición a inventar historias, que le ha granjeado fama de mentiroso. Durante la segunda estancia del Narrador en Balbec, mantiene a un empleado del Grand-Hôtel, al que dejará su fortuna; sin embargo, en esa misma época le engaña con el mozo de una granja vecina (Sodoma y Gomorra). La familia desconoce sus costumbres sexuales y las desventuras de sus amoríos. En La prisionera, Bloch le forzará a prestar 5000 francos a Morel. Modelo: un tío de Mme. Finaly, el barón Horace de Landau.

Blandais, Mme.

Esposa del notario de Le Mans de ese apellido que pasa sus vacaciones en Balbec y forma parte del grupo de burgueses provincianos del Grand-Hôtel. La atención excesiva que presta a los «juerguistas», a los aristócratas que acuden a la estación balnearia, irrita a su círculo, y, sobre todo, al decano de abogados de Cherburgo.

El Narrador hablará de ella a Saint-Loup y a sus camaradas en Donciéres.

Blatin, Mme.

El Narrador entra en contacto con esta anciana de apariencia bondadosa en los Champs-Élysées, donde lee los Debats mientras el protagonista juega con Gilberte. Más tarde la juzgará amanerada y pretenciosa y tendrá que compartir la opinión de su madre, que la considera una loca. En casa de los Swann, que se burlan de ella, se cuenta su encuentro en el Jardín de Aclimatación con un cingalés, que terminó tratándola de «camello».

Bloch, Albert

Joven judío, amigo del Narrador y algo mayor de edad que él. Es el primero en hablarle de Bergotte; sus opiniones de diletante sobre Musset, Racine, etc., que expresa con un lenguaje pomposo heredado de sus lecturas de la literatura griega y, sobre todo, del estilo de Leconte de Lisle, sorprenden al Narrador, que lo invita a su casa; pero desagrada a todos por su petulancia y termina siendo expulsado de ella por ciertas insinuaciones sobre el pasado de una de las tías del protagonista. En Balbec, Bloch trata de intimar con Saint-Loup por las posibilidades sociales que le ofrece, pero tanto para éste como para Mme. de Villeparisis —a una de cuyas recepciones acude como autor dramático en La parte de Guermantes—, resulta antipático por su falta de tacto, su torpeza y su maledicencia; y también desagrada a todo el mundo, desde Françoise a Albertine. La marquesa de Villeparisis, por ejemplo, fingirá dormir al final de su matinée para no saludarlo al despedirse.

Funcionario en un Ministerio, no tiene empacho en fingirse antisemita, en hablar mal de sus propios amigos —de Saint-Loup, del Narrador mismo. Su dreyfusismo activo —presenta a la firma del

príncipe de Guermantes y de Swann el manifiesto en favor de la revisión del proceso— le abre las puertas del salón de los Swann —Odette le conocía de antes con el nombre de Moreul—, donde discutirá el caso con Norpois. Agrada sin embargo a Charlus, que provoca una disputa entre Bloch y el Narrador. En La prisionera presionará a su tío Nissim Bernard para que preste 5000 francos a Morel, favor que éste, antisemita en ese momento, no le agradece. Al inicio de la guerra, su discurso es belicista, creyendo que su miopía ha de salvarlo del frente (El tiempo recobrado), pero una vez movilizado su discurso adquiere profesiones de fe rotundamente antimilitaristas. Mientras su fama como autor empieza a consolidarse, casa a su hija con un católico. Durante el «baile de las cabezas», el Narrador lo reconoce a pesar de sus envejecimiento: ahora utiliza el seudónimo de Jacques du Rozier, frecuenta la alta sociedad y practica un chic inglés que incluye el uso del monóculo. Françoise llegará a acusarle de plagiario por emplear para sus artículos ideas que saca de los artículos del Narrador. Modelos, distintas personas han prestado rasgos a Bloch, desde Léon Brunschvicg, filósofo que trabajó sobre Pascal, hasta el poeta Pierre Quillard, que utilizaba la jerga «homérica» que Proust presta al lenguaje de Bloch, pasando por su amigo Horace Finaly; la anglomanía y la frialdad de Jacques du Rozier proceden de Francis de Croisset, autor dramático de éxito rápido, yerno de Mme. de Chevigné.

Bloch, Salomon

Padre del anterior, a quien el Narrador conoce en Balbec durante una cena a la que Bloch lo invita junto con Saint-Loup. Célebre en su familia por su estereoscopio, que sólo enseña en ocasiones excepcionales, lo es más todavía por su tacañería y su avaricia. Emite juicios tajantes sobre Bergotte, al que conoce pero a quien no ha leído. Se precia de ser reaccionario y muere durante la guerra, ante la conmoción que le provoca ver Francia invadida. A partir de ese momento, su hijo manifiesta adoración por su memoria. Modelo: el

banquero judío Hugo Finaly, padre de Horace, amigo y asesor financiero de Proust.

Bloch, Hermanas de

Durante la cena del Narrador en su casa, son dos las hermanas de Albert Bloch, al que admiran; luego, sólo se hablará de una: en compañía de su prima Esther Lévy, atrae la atención de Albertine en el casino de Incarville. Durante la segunda estancia del Narrador en Balbec, escandalizará al Grand-Hôtel paseando sin el menor escrúpulo cogida del brazo de Léa, cuyo lesbianismo es conocido.

Bontemps, M.

Jefe de gabinete del ministro de Obras Públicas o, en otros pasajes, de Correos, ha sido diplomático en Austria. Tío de Albertine, representa a ojos de Swann el «tipo de la burguesía reaccionaria de ideas estrechas»: dreyfusista tardío, cuando ya todo el mundo lo es, no goza de buena fama entre la alta sociedad. En La fugitiva, el Narrador consigue, a través de Saint-Loup, 30.000 francos para sus campañas políticas, con la idea de que influya sobre Albertine y convenza a la joven para que regrese a París.

Bontemps, Mme.

Tía de Albertine —de la que no se ocupa mucho; de ahí que la joven no la aprecie demasiado y esposa del anterior, que consigue entrar en el círculo de los Verdurin y mantiene relaciones con Odette Swann, que la invita a cenar junto con el príncipe de Agrigento y los Cottard. De escasa cultura, trata de ascender en la escala social a través de los salones. Durante su enamoramiento de Albertine, el

Narrador intenta acercarse a Mme. Bontemps, antidreyfusista convencida, que quiere deshacerse de su sobrina; sueña, primero, con un marido rico; luego, en casarla con el Narrador, hasta el punto de cerrar los ojos a la cohabitación de los dos jóvenes. En La prisionera, descubre al Narrador aspectos de la vida de Albertine —su relación con Andrée en Balbec, por ejemplo— y pone al desnudo parte de las mentiras de la joven. El Narrador buscará su mediación para hacer que Albertine, ya «fugitiva» y refugiada en su casa de Touraine, regrese a su lado. Es Mme. Bontemps quien le anuncia la noticia de la muerte de Albertine a consecuencia de una caída del caballo. Durante la guerra, y protegida por Mme. Verdurin, Mme. Bontemps convierte su salón en uno de los más prestigiosos de París y alcanza la meta de su vida: instalarse, como reina casi de la época del Directorio, en el faubourg Saint-Germain.

Borodino, Príncipe de

Este personaje, descendiente de una familia ennoblecida durante el Imperio, está muy apegado a su rango y exige los respetos que cree debidos a su estirpe; lo cual no impide que esté mal visto por Mme. de Villeparisis. Aparece en La parte de Guermantes, en Donciéres, como capitán de caballería del regimiento de Saint-Loup, a quien facilita el permiso necesario para que el Narrador duerma en el cuartel; más tarde, conseguirá un permiso para que Saint-Loup pueda ir a Brujas con Rachel.

Botones del Grand-Hôtel de Balbec

Este botones, que está orgulloso de su familia, encanta a Aimé, el maître d'hôtel, de Balbec, por la forma maravillosa en que se quita el sombrero para saludar; es lo único que sabe hacer.

Bouillon, Cyrus de

Padre de la marquesa de Villeparisis, recibía en su castillo a grandes celebridades literarias; entre ellas, Chateaubriand, de quien la familia solía burlarse por repetir siempre lo mismo sobre la luna en sus paseos nocturnos. Por error, en el texto se le llama una vez Florimond de Guise, que era el abuelo de Mme. de Villeparisis.

Bouillon, Duque de

Hermano de Mme. de Villeparisis y tío de Oriane de Guermantes, a quien el Narrador toma, durante la velada en casa de la princesa de ese título, por un pequeño burgués, por el notario de Combray.

Bréauté-Consalvi, Hannibal, marqués de

Llamado «Baba» por sus amigos del círculo de Guermantes, el marqués de Bréauté-Consalvi —el texto de Proust lo titula en alguna ocasión de conde— aparece en Por la parte de Swann en el salón de Mme. de Saint-Euverte, entre el grupo de elegantes y árbitros de la moda de la vida social; su monóculo llama la atención del Narrador. Hijo de una Choiseul, según una carta anónima dirigida a Swann es uno de los amantes de Odette, con la que mantiene durante dos años un amor apasionado (Sodoma y Gomorra). Durante mucho tiempo ha sido, además, amigo de Swann. En una velada de la duquesa de Guermantes volverá a encontrarse con el Narrador, a quien confunde con un famoso organista y luego con el agregado de la Legación sueca, y al que presenta al príncipe de Guermantes. Finge despreciar la alta sociedad, en la que pasa por hombre culto y erudito. La duquesa de Guermantes, vieja amiga suya con la que habla de botánica durante la velada de La parte de Guermantes, será quien dé al Narrador la noticia de su enfermedad y su rápida muerte. Modelos: el conde Louis de Turenne y el marqués de Breteuil, portadores ambos

de monóculo y considerados por la buena sociedad como entendidos en arte.

Brichot

Este profesor de la Sorbona pertenece al clan de los Verdurin, del que ha estado a punto de distanciarle su amor por una lavandera. Encarna el tipo de profesor pedante que no duda en dar lecciones de etimología a sus contertulios. Pese a los elogios de la «Patrona», ésta, que lo llama «Chochotte», apenas lo aprecia y no le hace ningún caso. Se enamora de la joven marquesa de Cambremer, de quien también lo separa Mme. Verdurin; sus penas de amor lo llevan, casi ciego, a la morfina. Su estima por Charlus —que sigue sus cursos en la Sorbona— no le impedirá convertirse en cómplice de la «Patrona» cuando ésta decida «ejecutar» al barón para atraerse al violinista Morel. El Narrador lo encuentra en la calle, la víspera de una recepción en casa de Mme. Verdurin (La prisionera), mejorado de su enfermedad. Antidreyfusista y miembro de la Liga de la Patria Francesa, se gana con sus artículos ultranacionalistas, muy diferentes de sus ideas anteriores a la guerra, el favor del faubourg Saint-Germain, las burlas de Charlus y la irritación de Mme. Verdurin.

Cambremer, Marqués de

Hijo de la marquesa Zélia de Cambremer y cuñado de Legrandin, este gentilhombre de la Baja Normandía vive en su castillo de Féterne, cerca de Balbec, dedicado a la caza. Su esposa da a este gran señor de la comarca el apodo de «Canean». Antisemita —aunque por cortesía elogie delante del Narrador a un coronel judío— y de cultura escasa —sólo conoce dos fábulas de La Fontaine que cita constantemente—, en Sodoma y Gomorra llamará la atención del Narrador por sus ojos azules y su nariz torcida, su manera de vestir y una amabilidad vulgar que lo impulsa a interesarse por los ahogos del

Narrador; también los sufre su hermana, que en El tiempo recobrado estará ya curada. Visita a los Verdurin, con los que terminará peleándose, en La Raspeliére; en la velada, da una lección sobre las armas de su apellido —sobre el que Charlus hará un juego de palabras brutal (Cambremerde), y manifiesta gran admiración por el profesor Cottard y sus retruécanos. En la matinée de Guermantes, donde vuelve a interesarse por los ahogos del Narrador, éste se fija en su cambio físico y en las grandes bolsas que tiene bajo los ojos.

Cambremer, Marquesa viuda de

Zélia de Cambremer, de soltera Du Mesnil-La-Guichard, es una melómana de talento que adora a Chopin, al que interpreta muy bien. Aparece en Por la parte de Swann, en la recepción en casa de Mme. de Saint-Euverte a la que asisten Swann y la princesa des Laumes, que se burlan de su apellido. Sus intentos por penetrar en la alta sociedad del faubourg Saint-Germain tienen poco éxito: Mme. Verdurin no la admite en su salón y la duquesa de Guermantes la desprecia; sólo la princesa de Parma le cede su palco para una representación de la Berma en la Ópera. No es una esnob, sino una mujer sencilla que, para ascender en esa sociedad, da numerosas recepciones en su castillo de Féterne y acude a las matinées de otras casas sabiendo que les agrada su presencia. Durante la segunda estancia del Narrador en Balbec, lo visitará con un entusiasmo que le hace perder la dentadura postiza. Termina vendiendo su castillo de Féterne a los Verdurin, a quienes alquila el de la Raspeliére (Sodoma y Gomorra). Entre sus hijos figuran el marqués de su apellido, por el que siente pasión, y Mme. de Gaucourt, que sufre los ahogos del asma. Participa, ya muy vieja, en la matinée de la princesa de Guermantes (El tiempo recobrado). Modelos: la princesa de Brancovan, sobre cuya mansión de Bassaraba, en Amphion, construye Proust el castillo de Féterne, y Mme. d'Haussonville, de la que toma algunos rasgos.

Cambremer-Legrandin, Marquesa de

Renée-Elodie, hermana de Legrandin, está casada con el marqués de Cambremer. Su esnobismo la lleva a despreciar tanto la inteligencia como la amabilidad de su suegra, a quien la enfrentan sus gustos musicales; ferviente partidaria de Wagner y del Peleas y Melisenda de Debussy, desprecia a Chopin hasta que el Narrador le hace cambiar de opinión diciéndole que Debussy lo admiraba. También desprecia a su marido por su bonachonería. Mujer cultivada —aunque de cultura postiza—, inteligente y aficionada al chismorreo, vive la mayor parte del año en el campo y aparece, recién casada, en la velada de Mme. de Saint-Euverte, donde despierta la admiración de Bréauté y de Froberville. Aprecia a Saint-Loup y a la duquesa de Guermantes, en cuyo círculo pretende entrar.

En Sodoma y Gomorra visita el castillo de Féterne, recién comprado a los Cambremer por los Verdurin; critica con su marido la disposición que los nuevos propietarios han dado al castillo, del que sólo salvan los candelabros, y se muestra impertinente con ellos. Enamorada de Swann, tal vez haya sido amante de Saint-Loup; por su parte, Brichot siente pasión por esta mujer que en La fugitiva lamenta el matrimonio de su hijo, al que no ama, con Mlle. d'Oloron, sobrina de Jupien, a la que enseguida toma ojeriza. Después de la guerra, el Narrador la ve en una matinée del príncipe de Guermantes; ahora la marquesa muestra indiferencia hacia ese apellido y ese mundo. Modelo: la condesa d'Haussonville.

Cambremer, Leonor de

Hijo del marqués de Cambremer y de su esposa Renée-Elodie, Léonor frecuenta el mundo literario; este mujeriego de inteligencia notable, dotado para la música, elegante y refinado, comparte los hábitos sexuales de su tío Legrandin y de Charlus, que media para que se case con una joven a la que el barón ha adoptado, Mlle. d'Oloron,

sobrina de Jupien (La fugitiva). El Narrador descubrirá en El tiempo recobrado el gran parecido físico que tiene con su tío.

Camus

Tendero de Combray, proveedor de la tía del Narrador, en Por la parte de Swann. Modelo: un tendero de Illiers, apellidado Légué, aunque en esa población había otra tienda cuyo propietario se llamaba Camus.

Caprarola, Princesa de

En Sodoma y Gomorra, esta princesa inteligente y agradable, aficionada a llevar la contraria a las ideas admitidas, visita a Mme. Verdurin con la intención de «robarle» fieles.

Cartier

Hermano de Mme. de Villefranche, es amigo de La Trémoïlle, que no duda en soltarle una dura crítica: casi sería engrandecerlo emparentarlo con el joyero de ese apellido. Bréauté lo aprecia, pero la duquesa de Guermantes lo considera un pelma (La prisionera).

Céline, Tía

Hermana de la abuela del Narrador, que en Combray, junto a otra tía llamada en ese pasaje Flora, agradece a Swann el vino que éste ha regalado a la familia; solteronas de aspiraciones elevadas, le dan las gracias de una forma ininteligible, que ellas creen sutil y refinada.

Permanece en Combray, haciendo música, durante la agonía de la abuela.

Citri, Marquesa de

Presente en la velada de la princesa de Guermantes (Sodoma y Gomorra), esta mujer de carácter negativo siente horror por las gentes de la alta sociedad y lo critica todo, empezando por su anfitriona.

Coignet

Ayuda de cámara del barón de Charlus en La parte de Guermantes.

Cottard, Doctor

Médico de los Verdurin, en cuyo salón, a pesar de su prestigio como gran clínico y de la seguridad de diagnóstico, que supera, según sus anfitriones, al doctor Potain, da muestras de estupidez, sobre todo con su gusto por los retruécanos, su afición a las locuciones hechas y sus bromas, carentes de la menor gracia. Falto de seguridad en sí mismo y de sentido crítico, Swann lo aprecia a pesar de sus defectos, mientras que para Bergotte es un imbécil al que soporta a duras penas. Consultado durante la agonía de la abuela del Narrador, Cottard ya había asistido, y curado, a éste en su infancia, prescribiéndole un régimen a base de leche. En Sodoma y Gomorra, célebre ahora en su oficio, adquiere mayor seguridad. El Narrador se encontrará con él varias veces: en Incarville, en el trenecito camino de La Raspeliére… Charlus, que al principio lo toma por un invertido, le requiere como testigo para su falso duelo, pero, con gran tristeza de su parte, Cottard no puede servirle en ese cometido. Más tarde, aparecerá citado

elogiosamente en el Journal de los Goncourt. Movilizado durante la guerra como coronel médico, muere de agotamiento y extenuación. Modelos: distintos médicos del entorno familiar de Proust, como los doctores Doyen, Broca y Guyon, aficionados a los retruécanos y a los chistes fáciles. Otros nombres son el doctor Pozzi, y quizá el conde Albert Vandal, por sus quevedos y un tic que le hacía guiñar los ojos. El nombre deriva de un condiscípulo del padre del novelista, el doctor Cotard.

Cottard, Mme.

Léontine Cottard, esposa del anterior, también forma parte del círculo de los Verdurin; amiga de salones y visitas a la alta sociedad, inculta a pesar de sus frases solemnes, es amiga de Odette, cuyas relaciones con Forcheville oculta a Swann cuando éste se la encuentra en un ómnibus (A la sombra de las muchachas en flor). Amable y cortés, durante la agonía de la abuela ofrecerá a los padres del Narrador su «camarista». En Sodoma y Gomorra, su marido tiene que despertarla bruscamente porque se duerme después de la comida en el salón de los Verdurin en La Raspeliére. Modelo: la esposa del Dr. Pozzi.

Courvigaux, M. de

Miembro de una familia que odia a los Guermantes; durante la matinée que da la princesa de ese apellido en El tiempo recobrado, el Narrador lo encuentra increíblemente rejuvenecido.

Courvoisier, Vizconde Adalbert de

Sobrino de Mme. de Gallardon, este homosexual vergonzante al que el Narrador encuentra en el Templo del Impudor, asiste a la soirée de la princesa de Guermantes (El tiempo recobrado). Su homosexualidad no le impide «redoblar su celo prolífico con su mujer». Pertenece al grupo de los Courvoisier que no tiene problemas con los Guermantes.

Crécy, Pierre de Verjus, conde de

Erudito en genealogía, este gentilhombre pobre, distinguido pero indiscreto, es invitado por el Narrador en Sodoma y Gomorra a Balbec. En La prisionera el Narrador se enterará de que había sido el primer marido de Odette Swann, que le había sacado hasta el último céntimo. En su vejez vive de una pensión que le pasa Charles Swann.

Crécy, Odette de

Véase Swann, Mme.

Criquetot, Condesa de

El Narrador conoce la existencia y el parentesco con los Cambremer de esta condesa, Éleonore de Cambremer de soltera, por medio de su esquela de defunción en Sodoma y Gomorra.

Chanlivault, Mme. de

Hija de Mme. de Charleval y tía de M. de Chaussepierre, aparece en la soirée de Mme. de Saint-Euverte. Oriane de Guermantes se burla

de su apellido y del de su madre, que le recuerdan los de personajes de Moliére o de Labiche.

Charlus, Palaméde, barón de

Palaméde Guermantes, hermano menor del duque de Guermantes y de la condesa de Marsantes, une a su título de barón de Charlus los de duque de Brabante, doncel de Montargis, príncipe d'Oléron, de Carency, des Dunes y de Viareggio. Es un gran señor, de altivez aristocrática, hijo de una duquesa de Baviera, elegante hasta el refinamiento, inteligente y de gran cultura artística y literaria que le permite hablar con inteligencia sobre Balzac o Moliére, y que seduce a la abuela del Narrador citándole las palabras de Mme. de Sévigné sobre la amistad. Esteta y petimetre empolvado, conocedor exquisito de las toilettes femeninas (a veces le apodan «la costurera»), Charlus es un personaje de sensibilidad extrema, conocido entre sus íntimos por el apodo de «Memé», que ha llorado durante mucho tiempo la muerte de su mujer, una princesa de Borbón. Esa misma inteligencia le sirve para burlarse de personas como Mme. de Saint-Euverte o utilizar la crueldad y ser cómplice en la caída de personajes como la condesa Molé (La prisionera). En su juventud, formó parte de un grupo de jóvenes aristócratas conocidos como «Las tres Gracias», árbitros de la elegancia en la sociedad del faubourg Saint-Germain y celadores de las invitaciones a cualquier recepción. Experto en el Gotha europeo, conoce personalmente a la realeza del continente y desprecia a la nobleza creada por el Imperio.

El primero en hablar de Charlus al Narrador es su sobrino Saint-Loup durante su estancia en Balbec, donde el barón, amigo de Swann, pasa por ser amante de Odette, a quien escolta en sus salidas y de cuya vida es el mayor confidente; sin saber quién era, el Narrador lo ha visto en el pasado, vestido de dril, acompañando a Odette y a Gilberte en Tansonville. Sospechoso de ser quizás un rata de hotel o un loco para el Narrador, éste no tarda en serle presentado en Combray por Mme. de Villeparisis. Tras una extraña invitación a cenar

en los aposentos de su tía, visita al joven en su cuarto del hotel para prestarle un libro de Bergotte. En París, volverá a encontrárselo en una recepción, de la que saldrán juntos; en el camino de regreso a casa, Charlus va descubriendo al Narrador su pensamientos sobre política, los judíos —es antidreyfusista radical, «más que cualquiera de las personas que yo había conocido»—, los Guermantes y su tía Mme. de Villeparisis. Para el Narrador, el comportamiento de Charlus es incomprensible desde el primer día en que lo vio merodear junto al Grand-Hôtel de Balbec: le confirman esa rareza la afectuosidad y la frialdad alternativas y sin motivo, una escena con un cochero borracho, su afán por convertirse en protector del Narrador al final de La parte de Guermantes II, donde le hace una escena terrible, seguida de una semirreconciliación que al Narrador le costará comprender hasta que descubra en Sodoma y Gomorra la verdadera personalidad y el carácter del barón, a quien sorprende seduciendo al chalequero Jupien: el barón es un invertido que trata de ocultar esa inclinación sexual en los primeros contactos con las personas, para luego ir dejándola aflorar poco a poco.

Su comportamiento en sociedad es igual de equívoco: mientras la princesa de Parma está secretamente enamorada de él, Charlus se extasía, aunque finja indiferencia, ante los dos bellos hijos de Mme. Surgis-le-Duc. El Narrador volverá a encontrarlo en la estación de Donciéres, acompañado por el violinista Charles Morel, a quien ha convertido en su nuevo protegido: esta pasión será desmenuzada largamente en confidencias del barón al Narrador, hasta el duelo imaginado por Charlus para hacer que Morel, que le ha abandonado de forma brusca, regrese (Sodoma y Gomorra). En La prisionera, sus planes llegarán más lejos: intentará casar a Morel con una sobrina de Jupien, a la que el barón termina adoptando. Pese a las apariencias que pretende dar, el clan de los Verdurin, donde reina, está en el secreto de su homosexualidad, que ejerce cierta fascinación sobre los fieles de la «Patrona»; es precisamente en el salón de ésta donde se produce su pelea definitiva con Morel, quien, instigado por las calumnias de Mme. Verdurin, le hace una escena de la que el barón tendrá que salir, presa de pánico, apoyado en el brazo de la reina de Nápoles. No tarda en enfermar gravemente y en experimentar una

rápida transformación moral. Una vez que Morel ha desaparecido definitivamente de su vida, se enamora del joven Cambremer, al que casa con la sobrina de Jupien, a la que Charlus ha cedido un título, el de Mlle. d'Oloron.

En El tiempo recobrado, el Narrador, que ha ido percibiendo el cambio y la decadencia física de Charlus desde que lo conociera en Balbec, lo encuentra en una habitación del Templo del Impudor que regenta Jupien, encadenado y haciéndose flagelar por un joven; ahora hace gala del esnobismo de la canalla, de los «inferiores»; germanófilo convencido, critica a Norpois y a Brichot y habla sobre el espíritu de la guerra, sobre su idea de París como una posible Pompeya. Un nuevo encuentro de Charlus con Morel termina en una denuncia del pianista que lleva al barón brevemente a la cárcel. El Narrador vuelve a encontrarlo convaleciente de un ataque de apoplejía, en los Champs-Élysées: mantiene intactas su inteligencia y su memoria, pero su voz apenas es perceptible; el tiempo le ha dado «la majestad shakespeariana de un rey Lear». Modelo: el principal es Robert de Montesquiou, aunque el barón de Charlus tiene rasgos del barón Doazan —enamorado de un pianista polaco—, de Oscar Wilde, del conde Aimery de La Rochefoucauld, muy orgulloso de su alcurnia, y del príncipe Boson de Sagan para la etapa final de la enfermedad y muerte.

Charmel

Uno de los lacayos de Charlus, cuyo nombre procede del portero del domicilio de la actriz Réjane, en la calle Laurent-Pichat, donde Proust vivió del 30 de junio al 1 de octubre de 1919. En Sodoma y Gomorra, Charlus pretende que Morel adopte ese nombre.

Châtellerault, Duque de

Apodado «Bibi», este Guermantes, pariente de Charlus —que no hace caso de su saludo y a quien parece una peste—, asiste a la matinée de Mme. de Villeparisis, también tía suya, donde se niega a discutir sobre el affaire Dreyfus con Bloch por ser éste judío. De camino a la soirée de la princesa de Guermantes (Sodoma y Gomorra), es abordado por un joven que le hace proposiciones, y al que luego encuentra como ujier en el palacete de su prima la princesa: el relato traslada una aventura real ocurrida entre Albert Le Cuziat y el joven conde de S. Tan cobarde como imprudente, el duque será expulsado del Jockey Club por hacer trampas con las cartas. Después de pedir en matrimonio a Mlle. de Forcheville, terminará casado con Daisy d'Ambressac. En la matinée del príncipe de Guermantes aparece extrañamente maquillado y el Narrador lo compara con un viejecito de Combray.

Châtellerault, Príncipe de

En Sodoma y Gomorra, se encuentra en el restaurante donde Saint-Loup y el Narrador están cenando.

Chaussegros, Mme. de

La marquesa de Chaussegros aparece brevemente en la velada de la duquesa de Guermantes; dice conocer al Narrador, a quien acoge con afecto sin que el joven sepa quién es.

Chaussepierre, Mme. de

Hija de Mme. de Charleval, aparece con aire desdichado en Sodoma y Gomorra, durante la matinée de la princesa de Guermantes, donde la duquesa de este apellido se niega a saludarla. La modestia

de su vida y los pequeños conciertos que da en su casa hacen que pase inadvertida (La prisionera).

Chaussepierre, M. de

Suegro de la anterior y hermano de Mme. de Chanlivault —apellido que en algún pasaje se convierte probablemente por error en Charleval—, de Mme. de Sennencour y de la vizcondesa du Merlerault.

Chaussepierre, M. de

Hijo del anterior, y vicepresidente del Jockey, que en La prisionera consigue ser elegido presidente de ese Club frente al duque de Guermantes.

Chenouville, M. de

En su familia, el apellido se pronuncia «Ch'nouville»; es tío de los Cambremer, que en Sodoma y Gomorra cenan en su casa.

Chevrigny, M. de

Hidalgo normando, también llamado Chevregny, que vive en sus tierras, cerca de Féterne. De mal gusto literario, se siente orgulloso de su estirpe; está emparentado con los Cambremer. En Sodoma y Gomorra toma a veces el trenecito.

Chevrigny

Lacayo del barón de Charlus, a quien éste invita a almorzar en el Grand-Hôtel de Balbec.

Chófer del Narrador

Joven culto y elegante, vigila por encargo del Narrador a Albertine durante el día que la joven pasa en Versalles, escapando de las presiones (Sodoma y Gomorra). El Narrador terminará preguntándose si el chófer no está de acuerdo con su amada.

Dama de los Débats, La vieja

Véase Blatin, Mme.

Decano del Colegio de Abogados de Cherburgo

Pasa sus vacaciones en Balbec, junto a otros burgueses de provincias, de los que destaca por recibir a los Cambremer a su mesa y mantener relaciones con estos aristócratas. Por error, en otro momento de A la sombra de las muchachas en flor Proust lo designa decano de Caen. En Sodoma y Gomorra, el Narrador se entera de su muerte durante su segunda estancia en Balbec. Modelo: un abogado apellidado Ployel con el que los Proust coincidían durante sus vacaciones en Évian.

Dechambre

Violinista del clan de los Verdurin, favorito de la «Patrona», cuya muerte anunciará Brichot en Sodoma y Gomorra, aunque propone no comunicársela a Mme. Verdurin para no echar a perder la velada. El texto no explica en ninguna parte que este personaje sea el mismo que aparece al piano en el salón de los Verdurin interpretando el andante de la Sonata de Vinteuil en Por la parte de Swann. Modelo: Édouard Risler, pianista favorito de Mme. Lemaire.

Delage, Suzanne

Sobrina nieta de Mme. Blandais, de quien Mme. Bontemps cree erróneamente que ha sido amiga de infancia del Narrador.

Deltour, General

Secretario de la presidencia de la República, asiste en La prisionera a la velada de los Verdurin en que Morel toca el piano. El barón de Charlus pretende su ayuda para conseguir una condecoración para Morel.

Dieulafoy, Profesor Georges

Doctor al que, en La parte de Guermantes, la familia del Narrador recurre durante la agonía de la abuela y a quien el duque de Guermantes quiere recomendar.

Du Boulbon, Doctor

Médico alienista, recomendado por Bergotte al Narrador (A la sombra de las muchachas en flor) en vez de Cottard, que odia la

presencia de su rival en Balbec. En Guermantes I, ausculta a la abuela del Narrador al comienzo de su enfermedad, y la hace hablar de Bergotte. Modelos: distintos médicos del entorno de Proust: el doctor Le Reboulet, que atendía al faubourg Saint-Germain; el doctor Alfred Chambón, médico del Grand-Hôtel de Cabourg.

Ducret

Ayuda de cámara del barón de Charlus (Guermantes, II).

Duras, Duquesa de

Aparece en el concierto de Morel durante la soirée de los Verdurin, y es elogiada por Charlus (La prisionera). Mme. Verdurin, sin embargo, se dedica a vetar su presencia donde puede. Tras enviudar de su primer marido, Mme. Verdurin se casa con el duque de Duras, por lo que, durante los dos años que todavía vive éste, Mme. Verdurin lleva ese apellido.

Duroc, Comandante

Profesor de estrategia en el cuartel de Donciéres; dreyfusista, para su alumno Saint-Loup es un verdadero esteta de la estrategia (La parte de Guermantes).

E..., Profesor

Médico a cuya consulta lleva el Narrador a su abuela y que emite una opinión pesimista sobre la enfermedad. Durante la soirée de la princesa de Guermantes, no conoce a ninguno de los invitados, hasta

encontrar al Narrador, a quien se queja de hipertermia y que le confirma la muerte de su antigua paciente (Sodoma y Gomorra).

Égremont, Vizcondesa de

Frecuenta el salón de la princesa d'Épinay, a la que, de manera discreta, sirve en un papel de criada durante una recepción.

Elstir

Saint-Loup y el Narrador conocerán a este pintor —cuyo nombre parece ser resultado de la mezcla de los de Paul Helleu y Whistler—, apodado «Biche» o «Tiche» en el salón de los Verdurin, en un restaurante de Rivebelle, población cercana a Balbec (A la sombra de las muchachas en flor). Invitado a visitarle en su atelier, el Narrador sólo irá a verle «por obediencia» a su abuela, descubriendo entonces que Elstir es la llave que puede permitirle entrar en conocimiento de la pandilla de muchachas. En la conversación anterior a la aparición de Albertine, Elstir revoluciona la visión que el Narrador tiene sobre el arte hablándole de la iglesia de Balbec, de sus estatuas, de la alta poesía, y llamando su atención sobre sus marinas y algunos cuadros en que ha pintado Les Creuniers o la iglesia de Carquethuit. Para Elstir, la esencia del arte no está en el objeto, sino en la visión de ese objeto; su opinión sobre hechos hasta ese momento despreciados por el joven —las regatas, las carreras de caballos, la toilette de las mujeres— supone un giro en su reflexión sobre la vida de balneario. Durante esa primera visita al atelier, el Narrador descubrirá el dibujo de una mujer travestida como Miss Sacripant, cuya identidad adivina enseguida: Odette de Crécy, de la que tal vez Elstir ha sido amante; eso asegura al menos una carta anónima recibida por Swann. Durante una merienda que Elstir da a petición del Narrador, éste puede conocer por fin a Albertine.

En Guermantes, Saint-Loup pondera como crítico de arte de inteligencia exquisita a Elstir. A través de Saint-Loup, el Narrador, con la disculpa de ver los cuadros que el duque de Guermantes posee de Elstir, se acercará a la duquesa, que apenas aprecia al pintor; y su marido, a quien le parecen excesivos sus precios, terminará cambiándolos. Tampoco lo aprecia Mme. Verdurin, en cuyo salón Elstir se entregaba a farsas y bromas que contrastan, en la mente del Narrador, con el pintor de genio en que se ha convertido (Sodoma y Gomorra). A pesar del pasado, Elstir será el único que en El tiempo recobrado lamente la muerte de la «Patrona». Modelos: distintos pintores: Gustave Moreau por sus cuadros mitológicos; Renoir por sus cuadros de paseos en barca; Monet por sus catedrales y sus marinas; el inglés Alexander Harrison, a quien Proust visitó en su taller acompañado por Marie Nordlinger, también por sus marinas.

Elstir, Mme.

Tras una primera impresión negativa que sobre Mme. Elstir recibe en su primera visita al atelier del pintor, el Narrador ve en ella una encarnación de la belleza y de la elegancia, a pesar de la sencillez de sus toilettes. En Sodoma y Gomorra, esta mujer que fue la causa de la ruptura de Elstir con los Verdurin es tratada por la «Patrona», que se burla de ella por el abandono en que la tiene su marido, de «pelandusca». Modelo: la esposa del pintor Paul Helleu, sólo para los rasgos externos, no para las relaciones con su marido.

Épinay, Princesa de

Victurnienne d'Épinay, a veces confundida con una prima de la duquesa Oriane de Guermantes, Mme. d'Heudicourt, celebra cada visita de la duquesa a su salón —antidreyfusista— con una alegría que trata de contagiar a sus invitados pidiéndole que repita sus ocurrencias y frases más aplaudidas; entre ellas, el retruécano sobre «Taquín el

Soberbio» aplicado a Charlus (Guermantes). En Sodoma y Gomorra visita el salón de Odette, sorprendiéndose ante la brillantez de sus recepciones.

Eudoxia, Reina

Emperatriz de Oriente, esposa del rey Teodosio, protectora durante cierto tiempo de los Vaugoubert. Durante una recepción oficial, se dedica a hablar únicamente con Mme. de Vaugoubert, con gran irritación de las esposas de los ministros franceses; el incidente arruina la carrera diplomática de su marido (La prisionera). Modelo: la emperatriz Alejandra y Mme. de Montebello, durante una recepción en 1901.

Eugéne, M.

Diputado de «L'action Liberale», cliente asiduo del Templo del Impudor en El tiempo recobrado.

Eulalie

Confidente de la tía Léonie, a la que visita en Combray a menudo para entretenerla y charlar de la vida del pueblo. Coja y sorda, desagrada a Françoise, que ve en ella una rival y que sólo empezará a apreciarla después de su muerte.

Faffenheim-Munsterburg-Weinigen, Príncipe de

Primer ministro alemán, apodado «el príncipe Von», y a veces «el Rhingrave» por el Narrador. Tiene la ambición ser elegido

correspondiente de la Academia de Ciencias Morales y para ello trata de conseguir el apoyo de Norpois en la matinée de Mme. de Villeparisis (Guermantes I): reacio al principio, el embajador terminará ayudándole. También está presente en la velada de la duquesa de Guermantes, con quien habla de Rachel, y en la que hace confidencias al Narrador. Este probable dreyfusista elogia a Guillermo II de Alemania aunque arremete contra sus gustos artísticos, por anticuados, y se muestra crítico con los monarcas ingleses y con el rey de Bulgaria.

Féré, M. y Mme.

Gentes muy «chic»; en su honor dará una cena en el castillo de Féterne la marquesa de Cambremer (Sodoma y Gomorra).

Fezensac, Mme. de

Tía abuela de una sobrina de la duquesa de Guermantes (La prisionera).

Fierbois, Marqués de

Pariente de los Guermantes, que sorprende por sus exagerados y rimbombantes saludos.

Filósofo noruego

Frecuenta el círculo de los Verdurin, donde se esfuerza por hablar bien el francés y se interesa por nombres de árboles; sin embargo, la mayoría de las veces permanece callado durante las cenas en la

Raspeliére, donde el Narrador comenta con él los temas de las discusiones que Bergson y Proust mantuvieron en 1920 y de las que fue testigo Edmond Jaloux (Sodoma y Gomorra). Modelo: el filósofo sueco Algot Ruhe, traductor de Bergson, que también había publicado una reseña de Por la parte de Swann en 1917.

Flora, Tía

Tía abuela del Narrador (también llamada a lo largo del texto Victoire); junto a su hermana Céline, da las gracias de una forma complicada, que ambas creen refinada, a Swann por el vino que éste ha regalado a la familia; como su hermana, es una solterona con aspiraciones elevadas, que permanecerá en Combray para escuchar música durante la agonía de la abuela.

Foggi, Príncipe Odón

*Príncipe de nacionalidad italiana, casado con la hermana del gran duque N***; cuñado de Mme. Doudeauville, encuentra en Venecia a la marquesa de Villeparisis y a Norpois: cuando éste le comunique que Giolitti podría resultar elegido Presidente del Consejo, el príncipe Foggi regresa precipitadamente a Roma.*

Foix, Príncipe de

Padre del amigo de Saint-Loup, que se ha esforzado por impedir la homosexualidad de su hijo. Sin embargo, la muerte del príncipe será muy lamentada en el Templo del Impudor, el prostíbulo masculino de Jupien, que frecuentaba. Modelo: el príncipe Constantin Radziwill.

Foix, Príncipe de

Hijo del anterior, a quien Saint-Loup y el Narrador —a quien el príncipe prestará su capa— encuentran en el restaurante un día de intensa bruma; forma parte de un grupo de quince jóvenes aristócratas, entre ellos Saint-Loup; pese a la amistad que los une, en la soirée de la duquesa de Guermantes cuenta que ha encontrado a Saint-Loup en brazos de Rachel después de su ruptura. Modelo: Loche Radziwill, amigo de Proust e hijo del príncipe Constantin.

Forcheville, Conde de

Gentilhombre normando, cuñado de Saniette, a quien Odette de Crécy introduce en el círculo de los Verdurin. Su rancia estirpe, que cree más antigua que la de los La Rochefoucauld, no le impide demostrar su vulgaridad y su estupidez. Con el apoyo de Mme. Verdurin, se convierte en amante de Odette confirmando las sospechas de Swann, que sueña con él encarnado en la figura de Napoleón III (Por la parte de Swann). En La prisionera, tras la muerte de Swann, se casa con Odette, dilapida su fortuna y adopta a su hija Gilberte, que se convierte entonces en Mlle. de Forcheville.

Forestelle, Marqués de

Dueño de un castillo en los alrededores de Compiégne, cerca de Pierrefonds; amigo de Swann, éste piensa en visitarle durante sus ataques de celos de Odette. En la velada de Mme. de Saint-Euverte será uno de los «monóculos» del Narrador.

Forestier, Robert

En Guermantes, Mme. Bontemps lo confundirá con un amigo de la infancia del Narrador.

Françoise

Cocinera de la tía Léonie y luego de la familia del Narrador. Orgullosa de su talento culinario, servicial con los amos y cruel con los animales y con el resto de los criados, es mujer compasiva siempre que las muertes o los sufrimientos estén lejos o lea la descripción de una enfermedad en un libro. A la muerte de su ama, que llora amargamente, pasa a servir a los padres del Narrador, yendo siempre con éste a sus paseos por los Champs-Élysées. Elogiada por Norpois por su «boeuf à la mode», emite opiniones acertadas sobre los amigos del Narrador; acompaña a la abuela y a éste a sus vacaciones de Balbec, haciéndose amiga de los criados del Grand-Hôtel, sin que ello redunde en provecho de sus amos; al contrario, termina por prohibir que los llamen para no molestarlos.

Desempeña junto al Narrador el papel de madre, emitiendo opiniones sobre sus amistades, reprobando sus salidas matinales, compartiendo el «orgullo» familiar. Abnegada durante la agonía de la abuela (Guermantes), molesta a todos con sus reflexiones y sus manías: más tarde, contará al Narrador detalles que éste ignora de los inicios de esa enfermedad. No tolera que los demás criados se acerquen a sus amos y para ello sigue su vieja costumbre de Combray: hacerlo todo ella misma; por eso detesta la amistad del Narrador con Marie Gineste y Céleste Albaret (Sodoma y Gomorra). La llegada de Albertine a casa del Narrador para convivir con él (La prisionera) pone a prueba su paciencia: odia a Albertine, a la que impone sus hábitos cotidianos, además de inducir al joven a sospechar de su amor, y de facilitar el acercamiento de una joven lechera. Aunque intente detener a Albertine en el momento de su fuga, se alegrará de la muerte de la joven. Belicista al principio, cuando llega la guerra sufre mucho leyendo la descripción de las atrocidades que se cometen; en el frente morirá su sobrino, al que había intentado salvar de la guerra por todos

los medios; le llorará lo mismo que a Saint-Loup, aunque a las lágrimas por éste también se mezcle cierta curiosidad.

El Narrador, que declara que «tal vez sólo el genio instintivo de Françoise [le] hubiese agradado» cuando evoca a las mujeres amadas por él, aprecia sobre todo su lenguaje, un habla campesina que supone la supervivencia de los tiempos antiguos, por su semejanza con el estilo de Saint-Simon. En el momento en que el Narrador empieza a escribir (últimas páginas de El tiempo recobrado), es Françoise quien le sugiere la idea de utilizar papelajos, llegando a comparar su trabajo con una especie de colaboración. Modelos: Ernestine Gallou, criada de su tía Elisabeth Amiot en Illiers, y varias criadas de Proust, sobre todo su ama de llaves Céleste Albaret.

Françoise, Hija de

Marguerite Bazireau permanece a la fuerza en Combray durante la agonía de la abuela del Narrador. Según su madre, que no consigue entender su argot, se ha «parisizado». (Guermantes). Ayuda al Narrador, con quien no mantiene buenas relaciones y que se sorprende ante su argot, a terminar la mecanografía de su novela. Reaparece en El tiempo recobrado, sin que en apariencia haya envejecido. Modelo: Yvonne Albaret, sobrina de Céleste, que se encargó en la primavera de 1922 de pasar a máquina la correspondencia de Proust y de terminar la mecanografía de La prisionera y La fugitiva.

Franquetot, Vizcondesa de

También llamada por el texto condesa de F. o Mme. de F., es prima de Mme. de Cambremer; aparece en la soirée musical de Mme. de Saint-Euverte siguiendo atentamente la música; muchos años después, el Narrador volverá a encontrarla, muy envejecida, en el «baile de las cabezas».

Froberville, Coronel de

Sobrino del general de Froberville, asiste a una velada en casa de la princesa de Guermantes, y habla con la duquesa de ese apellido y con Bréauté. Arruinado y con pocas distracciones, se alegra de que adelanten la fiesta anual de Mme. de Saint-Euverte, benefactora suya; lo cual no impide que también se alegre del fracaso de sus garden-parties.

Froberville, General de

Amigo de la princesa des Laumes y de Swann, aparece en la velada de Mme. de Saint-Euverte, donde es uno de los «monóculos» que sorprenden al Narrador. Pide a Swann que lo presente a la joven Mme. de Cambremer, por la que siente rendida admiración. Modelos: el general de Gallifet, amigo de Charles Haas, y el conde Léon de Tinseau, que acudía, monóculo en ristre, a las veladas de la duquesa de Gramont.

Furcy, Condesa de

Americana que asiste en El tiempo recobrado a una matinée del príncipe de Guermantes, donde comete un error sobre la alcurnia del apellido de Forcheville.

G.

Escritor que acude a la matinée de Mme. de Villeparisis y discute largamente de literatura con la duquesa de Guermantes, que lo considera un amigo y no un escritor.

Gallardon, Marquesa de

De soltera Courvoisier, se halla emparentada con los Guermantes; pese a ello, durante una velada en el salón de Mme. de Saint-Euverte, no consigue que la princesa des Laumes acepte una invitación para ir a su casa. Tampoco es mejor la opinión que de ella tienen sus propios parientes, sobre todo la duquesa de Guermantes, que no la recibe pero que se muestra amable con ella durante la velada en casa de la princesa de Guermantes, lo cual hace variar las opiniones de la marquesa sobre su prima. En esa soirée presenta, sin éxito, a su sobrino Adalbert al barón de Charlus.

Galopin, M.

Pastelero de Combray, en cuya tienda compra una tarta Mme. Goupil. Ambos apellidos están sacados de Illiers; de un médico el primero, y de su hija, Mme. Goupil tras su matrimonio.

Gaucourt, Mme. de

Hermana del marqués de Cambremer que sufre ahogos semejantes a los del Narrador, según cuenta su hermano a éste (Sodoma y Gomorra). En la matinée del príncipe de Guermantes también le informará el marqués de su curación.

Gemelos, Los

Botones del Grand-Hôtel de Balbec, de costumbres absolutamente distintas. Modelos: gemelos del Ritz; uno de ellos se marchó a Suiza con Lord Northcliffe.

Gerente del Grand-Hôtel de Balbec

Cuando el Narrador llega a Balbec para su segunda estancia, acude a recogerlo a la estación; pero su amabilidad queda reducida a nada por su torpeza durante la enfermedad de la abuela del Narrador, que apreciaba sus gazapos.

Gilberte

Hija de Charles Swann y de Odette, que a la muerte de su padre se convertirá en Mlle. de Forcheville —apellido del nuevo marido de su madre, que la ha adoptado—, en marquesa de Saint-Loup tras casarse con este amigo del Narrador y, por último, en duquesa de Guermantes, sin que el texto haya hablado de la muerte de Oriane de Guermantes, que utiliza ese título a lo largo de A la busca del tiempo perdido. El Narrador la conoce desde Combray; durante un paseo en el parque de Tansonville divisa a una niña rubia acompañada por su madre y por un señor al que años más tarde reconocerá como Charlus (Por la parte de Swann). Es la misma que encontrará años después en los Champs-Elysées, donde su relación empieza en el juego del marro. Su amistad con Bergotte confiere a la joven gran prestigio a ojos del Narrador que, enamorado de ella, sufrirá las ansias y angustias del amor y de los celos en fases intermitentes: las visitas a casa de los Swann para merendar con Gilberte y sus amigas enseñan al Narrador el carácter profundo de la joven, que carece de corazón y de sentimientos; ni siquiera su padre, al que dice amar por encima de todo, supone nada para una joven de la que, entre desgarros, el Narrador irá distanciándose para acercarse a la belleza y la elegancia de Mme. Swann. La ruptura con ese primer gran amor, tras tantas intermitencias del corazón, se produce el día en que, eufórico, lleva a Gilberte un espléndido regalo y se cruza con ella del brazo de quien él cree que es un hombre. Se hace hueco entonces en el corazón del Narrador la indiferencia, aunque continúa visitando a Mme. Swann (A la sombra de las muchachas en flor).

En La prisionera, el Narrador se entera de que Gilberte mantuvo en el pasado una relación con un joven y siente el dolor de unos celos retrospectivos que la indiferencia termina borrando. Sin embargo, ha habido un momento (Sodoma y Gomorra) en que el amor por Gilberte y por Albertine se han cruzado: Albertine reconocerá haberla conocido algo y el Narrador analiza esos dos amores como resultado de un perfecto contraste. En La fugitiva, una mujer, que según el portero del palacete de Guermantes se llama Mlle. d'Eporcheville, lanza al Narrador una mirada de fuego; pero éste no reconoce a Gilberte. Y cuando telegrafía a Saint-Loup en medio de una gran agitación, su amigo le sume en la decepción al declararle que la ha conocido en una casa de citas. El Narrador no conseguirá identificarla como Gilberte hasta que vuelve a encontrarla en una recepción de la duquesa de Guermantes: ahora es una rica heredera, esnob, que trata de olvidar su pertenencia a la burguesía del faubourg Saint-Germain —e incluso el apellido de su padre y sus orígenes judíos— para codearse con la aristocracia. Es la propia Gilberte la que anuncia por carta al Narrador su boda con Saint-Loup: deja entonces de frecuentar a los burgueses del faubourg para concentrarse en el ámbito de los Guermantes; el Narrador, al que los Saint-Loup reciben en su residencia habitual de Tansonville —durante los paseos con Gilberte por el parque fluirá el recuerdo del pasado, y las confidencias explicarán algunos misterios, aunque ella se niegue a hablarle de Albertine—, indica en un pasaje que Mme. Saint-Loup terminará convirtiéndose en duquesa de Guermantes. Embarazada, abandonada y engañada por su marido, cuya homosexualidad ignora, Gilberte ha intentado imitar a Rachel para atraerse a un Saint-Loup que mantiene relaciones amorosas con Morel.

Durante la guerra (El tiempo recobrado), y tras la muerte de Saint-Loup en el frente, Gilberte se retira a Tansonville, donde tendrá que albergar al estado mayor alemán de la zona. Luego mantendrá de vez en cuando entrevistas con el Narrador, que en el «baile de las cabezas» la toma por Odette: le cuesta reconocer en la Gilberte gruesa a la niña de cabellos dorados de su recuerdo, que se ha vuelto amiga inseparable de Andrée y respira desprecio hacia el mundo de los Guermantes; si había ambicionado entrar en él, ahora que

pertenece a la familia mantiene relaciones conflictivas con la princesa de Guermantes —la antigua Mme. Verdurin. Modelos: para la Gilberte joven, Antoinette Faure y Marie Bénardaky, compañeras de juegos de Proust en los Champs-Elysées; y Jeanne Pouquet, esposa de su amigo Gastón Arman de Caillavet.

Gineste, Marie

Como su hermana Celeste Albaret, sirve a una dama extranjera en el Grand-Hôtel de Balbec, donde la conocerá el Narrador, a quien encanta su peculiar lenguaje. La joven lamentará la partida de éste de Balbec al término de las vacaciones.

Gisèle

Una de las muchachas de la pandilla de Balbec, odiada por Andrée, y la primera en poner fin a sus vacaciones por tener que examinarse. Un cruce de miradas con el Narrador hará que éste sueñe relaciones amorosas con Gisèle si la acompaña a la estación. Envía a sus amigas su examen de composición francesa, que ha versado sobre Esther, de Racine, trabajo que Albertine admira y que Andrée critica con crueldad (A la sombra de las muchachas en flor). El Narrador volverá a encontrarla en Passy: la breve conversación que mantienen alimenta las sospechas del Narrador sobre el amor de Gisèle por Albertine. Más tarde, al declararle Andrée que Gisèle es su mejor amiga, se confirman sus sospechas sobre el lesbianismo de esta joven (La prisionera).

Goupil, Mme.

Dama de Combray, hija del doctor Percepied; durante su boda, el Narrador, fascinado, ve por primera vez a la duquesa de Guermantes (Por la parte de Swann). Años más tarde escribirá al Narrador para felicitarle por un artículo suyo en Le Figaro (Sodoma y Gomorra).

Grouchy, Conde de

Invitado a cenar por los Guermantes, llega tarde, recibiendo una fría acogida de parte de la duquesa. El príncipe de Guermantes lo considera una nulidad.

Guastalla, Duque de

Miembro de la familia Iéna, está considerado como un esnob por los Guermantes, y Charlus no le reconoce el derecho a llevar ese título (Sodoma y Gomorra).

Guermantes, Barón de

Joven que aparece en La parte de Guermantes y que hay que distinguir del barón Charlus.

Guermantes, Basin, duque de

Nacido en 1836, ha llevado el título de príncipe des Laumes hasta la muerte de su padre y se ha convertido, según su hermano Charlus, en el duodécimo duque de Guermantes. También es hermano de la condesa de Marsantes. En su infancia era un modelo de gracias juveniles, según lo describe su prima Mme. de Beausergent en sus Mémoires. Está casado con su prima Oriane, a la que engaña desde el

día siguiente de la boda; pese a ello, se siente muy orgulloso de la inteligencia de su mujer, a la que procura dar ocasión para que brille en sociedad, y de sus frases ingeniosas, que repite; debido a su conducta, en la época del «baile de las cabezas». (El tiempo recobrado) los esposos no vivirán ya juntos. Amigo del padre del Narrador, cuya casa visita durante la enfermedad de la abuela (La parte de Guermantes), afecta espontaneidad y sencillez. Sus opiniones sobre artistas y escritores están siempre viciadas por conceptos ajenos a los cuadros o a las obras. El Narrador, que lo ha conocido en casa de la marquesa de Villeparisis —donde el duque hace una entrada solemne y donde da muestras de insolencia—, lo visitará para contemplar los cuadros que posee de Elstir. Al ver su insensibilidad, el Narrador llega a la conclusión de que se trata de un necio, opinión que confiesa a Charlus sin saber que es su hermano.

El duque se cree libre de prejuicios, pero sus preocupaciones se vuelcan sobre la etiqueta y las precedencias nobiliarias: sólo le preocupan las toilettes, y estallará en cólera ante el vestido negro y los zapatos rojos de su mujer. Carente de delicadeza y de verdadera elegancia, le gusta brillar en sociedad, y para conseguirlo se acompaña de un cuadernito donde tiene apuntadas citas o expresiones brillantes. Grosero, se niega a creer que su pariente Amanien d'Osmond esté en la agonía, porque esa noche se celebra una fiesta a la que irá disfrazado de Luis XI y no quiere perdérsela (Sodoma y Gomorra). Antidreyfusista que deplora la opinión contraria de Swann —aunque admite el dreyfusismo de Saint-Loup— en el affaire, al retorno de una cura de aguas se convierte al dreyfusismo porque las damas de las que se ha enamorado se muestran favorables a la revisión del proceso; el affaire, por otro lado, le hará fracasar en su deseo de convertirse en presidente del Jockey Club. Sufre por la reputación de su hermano y llega a insinuar, para paliarla, que Mlle. d'Oloron es en realidad hija de Charlus. Durante la guerra, se manifiesta anglofilo, pero califica a Caillaux de traidor cuando cambia de opinión por influencia de una inglesa (El tiempo recobrado). En ese momento ya tiene por amante a Odette de Forcheville, cuya hija Gilberte va a casarse con su nieto y heredero, Robert de Saint Loup. El Narrador lo verá por última vez en el «baile de las cabezas», donde

esta «ruina soberbia» sigue cultivando sus veleidades tiránicas y siendo amante de Odette, que se burla de él. Modelos: Emile Straus, el conde Greffúlhe, el príncipe de Sagan —que Proust también utilizó para su hermano Charlus— y el conde d'Haussonville (para el período de la vejez).

Guermantes, Duque de

Padre de Basin, duque de Guermantes, del barón de Charlus y de Mme. de Mareantes, y suegro de la duquesa Oriane, esposa del primero.

Guermantes, Duquesa de

Madre de Basin, duque de Guermantes, del barón de Charlus y de Mme. de Mareantes, y suegra de la duquesa Oriane, esposa del primero.

Guermantes, Duquesa de

Véase Gilberte Swann.

Guermantes, Oriane, duquesa de

Nacida en 1842 en el seno de la familia Guermantes, se ha casado con su primo Basin y ha llevado el título de princesa des Laumes hasta la muerte de su suegro. Para la mente del Narrador será un personaje mítico por su antepasada legendaria, Genoveva de Brabante, hasta que la vea por primera vez en Combray, cuando la duquesa asiste a la boda de la hija de doctor Percepied. Pese a la decepción, Oriane se

convierte en una fijación amorosa del Narrador, que viaja a Donciéres para que su amigo Saint-Loup, sobrino de la duquesa, le recomiende a su tía; fijación que crece sobre todo cuando su familia se instala en un palacete en una de cuyas alas residen los duques; la pasión amorosa sigue convirtiéndola en un ser fabuloso e impulsa al Narrador a acechar todos los días el paso de la elegante duquesa por la calle para tener el placer de verla y saludarla; durante una velada en la Ópera, con la Berma en el escenario, el Narrador la compara, deslumbrado por su belleza, con una diosa de las aguas (Por la parte de Swann). Pese a sus intentos, el Narrador no será invitado a una soirée de la duquesa hasta La parte de Guermantes: desaparecido el amor, mantiene una admiración sin límites por esta mujer inteligente, que aprecia a Wagner y que es un oráculo en materia de «mundanidades»; cuando el Narrador quiere hacer regalos a Albertine, consulta regularmente a la duquesa sobre toilettes.

La duquesa de Guermantes ejerce sobre el Narrador una influencia que nace de la igualdad de gustos: totalmente espontánea y natural, le encanta la conversación. Al Narrador le impresiona sobre todo su entonación, el lenguaje que utiliza, que es el «de un viejo autor francés». Gusta de ocurrencias y frases ingeniosas que no le importa cargar de maldad. Maledicente, es capaz de burlarse sin piedad de Mme. de Gallardon o de Mme. de Chaussepierre, de criticar la relación de Saint-Loup con Rachel, de mostrar falta de delicadeza con Swann, al que aprecia: cuando éste le anuncia que se encuentra gravemente enfermo, finge no creerle. Pese a ello, la duquesa de Guermantes es muy sensible al dolor de los suyos: lamenta profundamente la muerte de Saint-Loup, acusando a Gilberte —a la que odia, y a la que califica de «pequeño horror»— de no haber llorado a su marido; o se apiada sinceramente de la familia imperial rusa tras la revolución bolchevique.

Con el tiempo, sobre su carácter irá imponiéndose la altivez y la insolencia de los Guermantes: por ejemplo, aunque es muy amiga de Swann, se niega a recibir en vida del marido a Odette y a su hija. Pero también esa altivez se embota, y terminará saludando a Mme. de Gallardon; y después de la guerra se relaciona con Mme. de Cambremer o Rachel, con las que antes no habría cruzado palabra (El

tiempo recobrado). El Narrador podrá apreciar el cambio que se ha operado en ella en el «baile de las cabezas»: ahora dice tonterías, y defiende por ejemplo a Rachel, a la que asegura haber «lanzado», y de la que se había burlado en la matinée de la marquesa de Villeparisis; pero sigue sufriendo por la relación del duque con Odette. Modelos: desde la condesa de Chevigné (su elegancia) a la condesa Greffúlhe, Mme. Straus, la duquesa Alain de Rohan (por sus ocurrencias), Mme. Standish (por sus toilettes) y Mme. de Goussencourt, dueña del castillo de Saint-Éman, a la que Proust solía ver en Illiers, durante la misa.

Guermantes, Gilbert, príncipe de

Primo del duque de Guermantes, a diferencia de éste es más frío en un primer contacto con la gente, pero más sincero. El Narrador, que ha oído hablar de su antisemitismo, de su carácter «feudal» y de su rigidez para las jerarquías nobiliarias —sienta a su mujer a su izquierda por ser de una familia menos noble que la suya—, le será presentado durante la soirée que el príncipe da en su casa al principio de Sodoma y Gomorra; haciendo un aparte con Swann durante esa velada, se declara dreyfusista convencido, aunque su posición y su rango le impidan declararlo abiertamente; no obstante, manda decir misas por el capitán judío. Un criado revela sus inclinaciones homosexuales. El Narrador volverá a encontrarlo cerca de Balbec, en La Raspeliére, donde intenta pasar una velada con Morel, en la casa de citas de Maineville, pero lo impide una estratagema de Charlus. En El tiempo recobrado, después de la guerra, invita al Narrador, a quien le cuesta reconocerle, a una matinée en su nuevo domicilio de la avenida du Bois: envejecido, viudo y arruinado por la derrota de los alemanes, se ha casado con Mme. Verdurin. Modelos: el conde Aimery de La Rochefoucauld, el príncipe Constantin Radziwill y Luis de Talleyrand-Périgord, que en 1917 se casó con una viuda rica, Mme. Cecilia Blumenthal.

Guermantes, Marie-Hedwige, princesa de

Duquesa de Baviera y hermana del duque de ese título, Marie-Gilbert, como se la llama en el faubourg, es una mujer de gran belleza, elegancia e ingenio, casada con el príncipe Gilbert de Guermantes; el Narrador la ve por primera vez en el palco de la duquesa Oriane, durante una función de la Berma (La parte de Guermantes). Para su prima Oriane, que la obliga a romper su trato con Mme. Swann, es «un poco idiota» y tiene ideas de otro tiempo. Rodeada de misterio, logra un salón muy exclusivo gracias a su maestría en el arte de recibir y a su particular modo de elegir los invitados; aunque a veces rompe los usos, sus soirées se consideran carentes de innovación. Dreyfusista a escondidas de su marido, se dice enamorada de Charlus, quien confesará al Narrador que la princesa es la mujer más bella del mundo (Sodoma y Gomorra). En El tiempo recobrado el Narrador se enterará de su muerte. Modelos: la condesa Henri Greffulhe (por su belleza y sus suntuosas toilettes, que contrastaban con las de Mme. de Chevigné y de Mme. Standish), y la condesa Jean de Castellane, duquesa de Baviera, que tenía ese mismo nombre de Marie-Hedwige.

Guermantes, Princesa de

Madame Verdurin, en su tercer matrimonio.

Guermantes, Mariscal de

Abuelo de Oriane, duquesa de Guermantes.

Guermantes-Brassac, Mlle. de

Sobrina de la princesa de Guermantes, de la que se rumorea que va a casarse con Robert de Saint-Loup; en la parte final de la novela será presentada por error como hija del príncipe de Guermantes.

Herweck, M. d'

Músico bávaro, que la duquesa de Guermantes presenta a su marido, con gran irritación de éste por parecerle indigno de su trato (Sodoma y Gomorra).

Heudicourt, Mme. Zénaíde d'

Prima de Oriane de Guermantes, cuya inteligencia pone en duda la duquesa, al tiempo que niega que sea maledicente; para Breauté es mujer de gran avaricia.

Howsler

Dos hermanos, que sirven de criados de los Verdurin en La Raspeliére, llevan ese nombre; por las intrigas de Morel, a uno, cochero, le propina una tunda de palos el resto de la servidumbre; y los dos deberán dejar la casa de los Verdurin (Sodoma y Gomorra).

Hunolstein, Mme. d'

En el círculo de Guermantes recibe el apodo de «Pequeña» precisamente porque es enorme. El príncipe de Guermantes se negará a recibirla al pie de las escaleras. (Sodoma y Gomorra).

Iena, Príncipe y princesa d’

En La parte de Guermantes, estos miembros de una familia de la nobleza de Imperio, amigos del duque de Guermantes, aparecen en labios de Oriane de Guermantes, que se burla de ellos diciendo que tienen nombre de puente. Su mobiliario Imperio le parece, además, horroroso. Charlus llega incluso a negarles su derecho al título que ostentan.

Israels, Lady y sir Rufus

Personajes judíos evocados en A la sombra de las muchachas en flor. Sir Rufus se dedica a las finanzas como banquero y es el prohombre judío más influyente del momento, hasta el punto de que para Bloch y su padre se trata de un personaje regio; Lady Israels, tía de Swann, hará pasar su tarjeta a la duquesa de Guermantes y a Gilberte, que declaran no conocerla; excesivamente rica, hace campaña en contra de Odette (La fugitiva). A Charlus le escandaliza que sean dueños de un castillo que ha pertenecido a los Guermantes. En el texto, el apellido vacila entre Israels e Israel.

Janville, M. de

Proust da este nombre, procedente de un pueblo del sur de Cabourg, a la persona que anuncia al duque de Guermantes —cuando éste entra en la soirée de la princesa de ese apellido—, que su pariente Amanien d’Osmond está agonizando y ha recibido la extremaunción (Sodoma y Gomorra).

Jeannette

Prometida de Théodore en El tiempo recobrado.

Jupien

Primo hermano de Odette de Crécy, este chalequero tiene su taller en el patio del palacete de los Guermantes, donde también vive la familia del Narrador. Hombre de inteligencia «literaria por naturaleza», es apreciado por Françoise al principio. A su taller acude la abuela para que le repase una capa de buen paño. El Narrador sorprenderá un día a Jupien y a Charlus, descubriendo que son invertidos (Sodoma y Gomorra). Fiel al barón, que lo protege, vigilará a Morel en la casa de citas de Maineville para intentar sorprenderlo en delito de infidelidad. Para Mme. Verdurin, es un antiguo galeote al que la policía no pierde de vista. En La prisionera, Charlus y Morel van a tomar regularmente el té a su casa, donde su sobrina provoca en Morel el deseo de gozar de su doncellez sin casarse. La joven terminará siendo adoptada por Charlus, que le cede el título de Mlle. d'Oloron y la casa con el joven Cambremer. Jupien contará toda su vida al barón, por ejemplo, que Odette es prima hermana suya, y le servirá de espía y hombre de confianza para sus placeres. El Narrador lo encuentra durante la guerra convertido en gerente del Templo del Impudor, que ha comprado para alegrar la vejez de su protector: Charlus se hace flagelar en ese prostíbulo. Y de nuevo volverá a encontrárselo en el «baile de las cabezas», acompañando a un Charlus disminuido por un ataque y casi ciego, que trae a la mente del Narrador la figura del rey Lear. Modelo: Gabriel de Yturri, protegido de Robert de Montesquiou; Albert Le Cuziat, dueño del palacete Marigny; y Minesuishi, criado japonés del viejo conde Clary, impotente y medio ciego.

Jupien, Hija o sobrina de

Marie-Antoinette, hija o sobrina de Jupien, que de las dos formas aparece en el texto, trabaja como costurera en el taller del chalequero y, gracias a su esfuerzo, consigue una clientela de damas de la mejor sociedad. De niña ha cometido una «falta» que impide a Morel, que

se ha fijado en ella y que le promete matrimonio, ver cumplido su deseo de hacerse con su doncellez. Aunque la muchacha parece enamorada de él, Morel se muestra grosero y llega a insultarla. El barón de Charlus la adopta, le cede su título de Mlle. d'Oloron y consigue que se case con el hijo de los Cambremer. Pero, cuidando a Jupien de una fiebre tifoidea, muere a las pocas semanas de su matrimonio.

Lechera, Pequeña

Françoise se la presenta al Narrador para que le lleve una carta; pero la pequeña lechera renuncia al recado y el Narrador la despide tras darle una buena propina (La prisionera).

Léonie, Tía

Viuda del tío Octave del Narrador, se la conoce por el nombre de su esposo: Mme. Octave. Desde la muerte del marido, se ha encerrado en su casa de Combray y guarda cama: desde su ventana controla la vida del pueblo en conversaciones con Françoise, su criada, que luego heredará la familia del Narrador, y con visitas como el párroco o Eulalie. Los domingos por la mañana desayuna con el Narrador, al que ofrece un trozo de magdalena mojado en el té: del recuerdo que el paladar del Narrador tiene de ese sabor brotará toda la infancia de Combray. Su trato con Françoise y con su amiga Eulalie está hecho de cariño y sospechas, de afecto y despotismo. Tras contarle su familia un paseo a Tansonville, sueña vagamente con ir por última vez a ese parque. A su muerte, legará al Narrador parte de su fortuna y de sus muebles, que terminan siendo vendidos a una tienda de antigüedades o regalados a una casa de citas. El texto confunde en ocasiones a la tía Léonie y a la tía abuela, adjudicándoles el mismo parentesco, tía. Modelo: Elisabeth Amiot, tía de Proust, a la que siempre conoció guardando cama en Illiers.

Leroi, Mme. Blanche

Amiga y rival de Mme. de Villeparisis, cuyo salón es más elegante y refinado que el de ésta, que se burla de ella con Oriane de Guermantes y finge despreciarla cuando habla con el Narrador (La parte de Guermantes). En El tiempo recobrado, vuelve a utilizar ese mismo desdén, cuando ya nadie sabe qué ha sido de Mme. Leroi. Modelo: Mme. Cloton Legrand y Mme. Laure Baignéres.

Letourville, Duquesa de

Convaleciente todavía, se cruza con un Charlus muy enfermo que le dirige un saludo, que la duquesa no comprende, cuando el barón acude a la matinée del príncipe de Guermantes.

Letourville, Joven M. de

Salido de Saint-Cyr, asiste a la matinée del príncipe de Guermantes, y escribe al Narrador una carta en la que, sorprendentemente, le trata de viejo amigo (El tiempo recobrado). Modelo: el marqués Illán de Casa-Fuerte.

Lévy, Esther

Prima de Bloch, que provoca escándalo paseándose en público por Balbec del brazo de Lea y conviviendo con ella. En compañía de una hermana de Bloch, atrae la atención de Albertine en el casino de Incarville. Más tarde, mantiene relaciones con otra joven. El Narrador, que ha pedido a Bloch una foto de Esther, sospecha en La prisionera que Albertine se ha relacionado amorosamente con ella. Al principio la joven lo niega, pero termina confesando que le dio una fotografía suya.

Liftier del Grand-Hôtel de Balbec

Liftier, liftman o ascensorista del Grand-Hôtel de Balbec, con pretensiones de elegancia, a quien el Narrador denomina «el maravilloso organista». Su lenguaje relaciona nombres que conoce con los que no conoce, y en su boca Mme. de Cambremer se convierte en Mme. de Camembert, cuando comunica al Narrador la visita de esta dama (Sodoma y Gomorra). Forma parte, según el Narrador, del proletariado moderno: finge independencia, habla y escupe al mismo tiempo, se angustia por la falta de propinas y no duda en toser, estando acatarrado, en las narices de «Marcel». Según Aimé, ha mantenido alguna relación con Saint-Loup. En agosto de 1914, se enrola en la aviación (El tiempo recobrado).

Luxembourg, Duque de

Padre de Mlle. d'Entragues, con la que Robert de Saint-Loup trata de casarse en La fugitiva.

Luxembourg, Duquesa de

Tía de Saint-Loup y cuñada de Charlus —que pasa sus vacaciones en su casa cerca de Balbec—, de la que se habla en Sodoma y Gomorra. Asiste a la gala de la Ópera donde la Berma interpreta Phèdre. El texto la llama a veces Mme. de Luxembourg, lo mismo que a la princesa de ese apellido.

Luxembourg, Gran Duque, heredero de

Sobrino de la princesa de Luxembourg, se queja en Balbec, donde todavía lleva el título de conde de Nassau, de la ausencia de la bandera de Luxemburgo entre las de las demás naciones. Durante la

enfermedad de la abuela del Narrador, escribe a éste cartas conmovedoras. El gran duque, que terminará casándose con la hija de un príncipe riquísimo, es objeto de constantes burlas y calumnias —de Saint-Loup y del príncipe de Foix, de la duquesa de Guermantes—, mientras que, para el Narrador, es uno de los jóvenes más notables que conoce (La parte de Guermantes). Modelo: el conde Pierre de Polignac, que se casó con la duquesa de Valentinois, heredera del príncipe de Monaco.

Luxembourg, Princesa de

Amiga de la marquesa de Villeparisis, ambas se encontrarán durante un paseo que esta última da en Balbec con el Narrador y su abuela, que le son presentados. Ofrece golosinas al joven. Pasea acompañada de un pequeño criado negro vestido de raso rojo, y el grupo de burgueses del Grand-Hôtel la toma, lo mismo que a su amiga, por una demi-mondaine. No siempre es fácil distinguirla en el texto de la duquesa de Luxembourg, tía de Saint-Loup y cuñada de Charlus: ambas reciben en ocasiones el nombre de Mme. de Luxembourg. Modelos: la princesa de Sagan, que se hacía acompañar en Trouville por un criado negro; y la princesa Albert de Mónaco.

Madre del Narrador

La madre del Narrador comparte con la abuela algunas características: por ejemplo, la tierna pasión de ambas por el niño, o su afición por la lectura de Mme. de Sévigné; con el paso de los años, y a partir de la muerte de la abuela, la madre irá pareciéndose cada vez más a su progenitora; y llega un momento en que, para el Narrador, la madre se convierte en la abuela. La madre, sin embargo, mantiene con el Narrador una relación distinta: su cariño está templado por rechazos para endurecerlo, provocando la ansiedad del niño, que sufre al despedirse de ella por las noches y que convierte el

beso de despedida en símbolo umbilical con la madre en Combray. Contra toda esperanza, y con el permiso del padre, la madre pasa una noche con él, leyéndole una novela de George Sand, François le Champí, regalo de la abuela. Cuando ese cordón esté a punto de romperse, trata de animarle: por ejemplo, cuando se marcha a Balbec con la abuela.

Será la madre quien le ofrezca la magdalena que, mojada en el té, remite su memoria a la infancia de Combray. Durante la segunda estancia del Narrador en Balbec, la madre desaprueba la relación con Albertine, aunque acepte la idea de un matrimonio cuando regresen a París; pero será la primera en alegrarse al conocer la ruptura entre ambos. Ausente de La prisionera y ya enferma, después de capitular ante el defecto, capital para ella, de su hijo: su falta de voluntad, le escribe cartas recomendándole que regularice su situación con la joven. En La fugitiva parte para Venecia con su hijo, viaje que hicieron juntos Proust y su madre en la realidad.

La relación del Narrador con su madre tiene dos momentos claves: en la infancia, las escenas del beso de buenas noches (Por la parte de Swann); y la enfermedad y muerte de la madre (La parte de Guermantes). El personaje, que derrocha amor y generosidad hacia el Narrador, apenas tiene vida social propia: a lo largo de la novela mantiene posturas sociales burguesas, por ejemplo frente a los Swann, cuyo matrimonio reprueba pese a la amistad que une a Charles a la familia, y ante Norpois, secundando a su marido en la amistad con el diplomático. La admiración por su esposo y el amor por su madre y por su hijo constituyen la regla de su vida.

Maître d'hôtel de la familia del Narrador

Victor, que a veces recibe el título de ayuda de cámara, afirma su independencia respecto del Narrador para todo lo que no dependa de su servicio. Dreyfusista, es amigo de gastar bromas, sobre todo a Françoise, a la que durante la guerra lee los periódicos complaciéndose en atormentarla con las atrocidades cometidas.

Admira el comportamiento de Saint-Loup en el frente y lanza predicciones pesimistas sobre el resultado de la contienda. Su hijo trata de escapar del frente.

Malta, Princesa de

Viuda joven de un hombre muy rico, aparece durante la matinée del príncipe de Guermantes anunciando que la marquesa d'Arpajon, amante del duque de Guermantes, ha muerto hace un año (El tiempo recobrado).

Manchester, Duquesa Consuelo de

Amiga de la duquesa de Guermantes, con la que sale de compras por Londres (La prisionera).

Marguerite

Véase Françoise, Hija de Marsantes, Aymard de Saint-Loup, conde Padre de Saint-Loup, a quien el texto llama «conde» unas veces y otras «marqués». Fue presidente del Jockey Club durante diez años y resultó muerto durante la guerra de 1871. Nissim Bernard lo conoció en Niza. Su hijo le reprocha haber preferido las óperas cómicas a la obra de Wagner.

Marsantes, Marie-Aymard, condesa de

Hermana del duque de Guermantes y del barón de Charlus, y viuda del anterior, ama profundamente a su hijo, el marqués Robert de Saint-Loup: se entristece viéndole irse de la matinée de la

marquesa de Villeparisis, porque esperaba pasar el fin del día con él. No se muestra amable con Odette al principio de su matrimonio, pero más tarde cambiará de postura y conseguirá imponerla a los Guermantes; tampoco acepta la relación, que consigue romper, de su hijo con Rachel; ésta, en venganza, la criticará por su antidreyfusismo. Para el Narrador, que aprecia su vocabulario, es «una santa sin ninguna mancha de brutalidad». (La parte de Guermantes). Más tarde consigue que su salón se convierta en uno de los más refinados. Tras un primer intento para que su hijo se case con Mlle. d'Ambressac, logra que lo haga con Gilberte Swann, convertida en rica heredera en La fugitiva, e impide luego que la pareja se divorcie. En El tiempo recobrado acepta por codicia que en su casa se vean el duque de Guermantes y su amante, Odette, que ahora lleva el apellido de Forcheville.

Mathilde, Princesa

Personaje auténtico, prima de Napoleón III, a la que es presentado el Narrador. Mantiene una larga conversación con Odette en el Jardín de Aclimatación. Véase este nombre en el Diccionario de relaciones de Proust.

Maurice

Empleado del Templo del Impudor de Jupien, de gran parecido con Morel, que se encarga de flagelar con cadenas e insultar a Charlus, que le reprocha no ser lo bastante violento; joven de buen corazón y principios virtuosos, confiesa al barón, para contentarle, la autoría del asesinato de un joven joyero que probablemente no ha cometido.

Mole, Condesa

Aparece en La parte de Guermantes dejando su tarjeta en casa de la duquesa de ese apellido una mañana. Pero es en Sodoma y Gomorra donde surge como reina de la época, llegando a visitar a Mme. Verdurin, que la llama Mme. de Molé. El barón de Charlus, que en el pasado la admiraba, lanza a través de Morel una campaña de calumnias contra ella, provocando su caída mundana y su muerte (La prisionera). Sin embargo, reaparece durante la guerra defendiendo a Charlus, cuyo cambio respecto a ella nunca ha comprendido, o renegando cobardemente de Brichot ante Mme. Verdurin. Mucho más tarde, invitará al Narrador, que no acepta, a cenar (El tiempo recobrado).

Monserfeuil, General de

Saint-Loup pretende conseguir un nuevo destino a través de este general, al que la duquesa de Guermantes considera sin crédito ni poder (La parte de Guermantes).

Monteriender, Condesa de

Aparece en la velada de Mme. de Saint-Euverte pronunciando una frase estúpida sobre las mesas giratorias. Modelo: Mme. de Galbois, dama de honor de la princesa Marhilde (Por la parte de Swann).

Montmorency, Éliane de

Amiga del Narrador, que acude a su casa sólo por el placer de subir la escalera húmeda y oír la campanilla, que le recuerdan las de Eulalie de Combray. La duquesa de Guermantes la considera idiota, y

Charlus cuenta en el salón de los Verdurin una burla que le ha hecho (La prisionera).

Montpeyroux, Condesa de

Hermana de la vizcondesa de Vélude, en el círculo de Guermantes se la conoce como «Pequeña», precisamente por su obesidad sin que se enfade (La parte de Guermantes). Ese mismo apodo da el texto a Mme. de Montpeyroux, cuyo apellido de soltera es Hunolstein. Véase Hunolstein, Mme. d'.

Montrose, Duquesa de

Anuncia al duque de Guermantes, pocas horas antes de la soirée de la princesa de Guermantes, que su primo Amanien d'Osmond está cada vez peor (Sodoma y Gomorra).

Moreau, A. J.

Conocido como «A. J.», es amigo y colega del padre del Narrador en el Ministerio; le regala una entrada para la velada de gala de la Ópera donde la Berma representa Phèdre.

Morel, Charles

Apodado Charlie, Charlie, Charly (y «Bobette» en sus cartas a Saint-Loup), este guapo violinista es hijo de un ayuda de cámara del tío abuelo del Narrador. En La parte de Guermantes visita a éste para rogarle que no hable a nadie de su origen social, y en Sodoma y Gomorra inventa que su padre era intendente de las tierras de la

familia del Narrador. Sirve como músico en un regimiento de artillería de Donciéres, en cuya estación se encuentra con el Narrador y el barón de Charlus, que rápidamente entabla relación con él. No le será fácil esta pasión a Charlus, que debe satisfacer sus constantes peticiones de dinero y que, por su amigo, se ve obligado a visitar a los Verdurin en La Raspeliére, donde una intriga de Morel provoca el apaleamiento y el despido del cochero de los Verdurin y de su hermano. Insolente y simpático alternativamente, tanto con Charlus —con el que se comporta de modo cruel— como con el Narrador, Morel se dejará enternecer únicamente en el momento en que Charlus va a celebrar un falso duelo; lo cual no impide que lo engañe con el príncipe de Guermantes, con quien queda citado en una casa de tolerancia de Maineville (Sodoma y Gomorra). Vigilado por el barón, Morel se acerca a la sobrina de Jupien prometiendo casarse con ella; pero sólo pretendía «coger» su doncellez imposible, porque la muchacha tendrá que confesar que en su infancia había cometido una «falta»: Morel le hará una escena violenta e insultante (La prisionera), de la que sólo se arrepiente por miedo a su protector, Charlus, que admira todo en él, incluso su éxito con las mujeres. Partidario de esa boda, Charlus termina adoptando a la sobrina de Jupien con el título de Mlle. d'Oloron. En una de las recepciones de los Verdurin Morel ejecutará por primera vez la Sonata de Vinteuil.

Ese mismo miedo a ser abandonado le impulsa a ser cruel con Charlus, con quien rompe tras una larga discusión con los Verdurin, que le hacen confidencias calumniosas de Charlus durante una soirée que precisamente éste ha preparado en su honor. En La fugitiva, el Narrador conoce la relación en el pasado de Morel con Albertine —a la que presentaba jovencitas en Balbec— y con Saint-Loup, que ahora lo mantiene. Durante la guerra (El tiempo recobrado), se convierte en la estrella del salón de los Verdurin, donde todos saben que ha desertado del frente, aunque a pesar de la «Patrona» terminará alistándose. Su odio contra Charlus lo lleva a difamar en la prensa, de acuerdo con Mme. Verdurin, a su antiguo protector: el Narrador media entre ambos para que se encuentren, y, aunque se entrevista con el barón, dejará de hacerlo confesando que tiene miedo por haber recibido amenazas de muerte: una carta postuma de Charlus revela las

causas de ese miedo. Detenido al final de la guerra como desertor y enviado al frente donde se comporta con valentía, terminará siendo condecorado; el Narrador lo encuentra respetado y lleno de honor en el «baile de las cabezas» de Guermantes. Modelos: el pianista Léon Delafosse, al que protegió Robert de Montesquiou, para los rasgos ambiciosos; Alfred Douglas, compañero de Oscar Wilde, en su crueldad; Henri Rochat, secretario de Proust, en su comportamiento con Mlle. Jupien.

Morienval, Baronesa de

Aparece durante la soirée de gala de la Ópera, donde la Berma representa Phèdre, en el palco de la princesa de Guermantes (La parte de Guermantes). En El tiempo recobrado, pone de manifiesto su ignorancia preguntando a Gilberte de Saint-Loup si Les Deux Pigeons, poema recitado por Rachel, es obra de La Fontaine.

Mortemart, Marie-Thérése de

Prima de Charlus y del duque de Guermantes. Asiste a la soirée de los Verdurin en La prisionera, y Charlus le cuenta la burla que ha hecho de Eliane de Montmorency. Aficionada a la música, pretende dar una soirée en su casa en la que toque Morel.

Nápoles, Reina de

Reina destronada, vive modestamente en el exilio parisino. Aparece en el concierto de Morel en La prisionera, donde da muestras de gran bondad; pese a ello, en el salón de los Guermantes se la calumnia y se cuenta que durante la muerte trágica de una de sus hermanas se reía. En la soirée en casa de los Verdurin de La prisionera

será la única que se enfrente a la «Patrona», lo cual le granjea la estima de Mme. Verdurin. Habiendo olvidado el abanico en ese salón, regresa en su busca y asiste avergonzada a la escena en que Charlus es maltratado por todos los invitados: le ofrece entonces su brazo para salir y trata de consolarlo. A ojos de Charlus, la reina de Nápoles encarna la nobleza auténtica, la del corazón. Modelo: Marie-Sophie Amélie de Wittelsbach (1841-1925), hermana de Isabel, emperatriz de Austria, y esposa del último rey de Nápoles, Francisco II, derrocado en 1861. Vivía modestamente, retirada en Neuilly.

Narrador

El «yo» que, salvo en «Un amor de Swann» —donde el sujeto está en tercera persona—, encarna al Narrador de A la busca del tiempo perdido recibe en dos ocasiones el nombre de «Marcel» en La prisionera. Ese nombre es el único dato que ofrece la novela del estado civil del Narrador, cuyo retrato no hace nunca y del que apenas opinan los personajes que mantienen relaciones con él. Por Albertine, el lector sabrá que todo el mundo lo aprecia y lo busca, desde la marquesa de Cambremer a la duquesa de Guermantes. Joven burgués parisino, nacido hacia 1880-1881, pasa sus vacaciones en Combray, lugar natal de su padre. Tiene una salud frágil que le impide viajar a Venecia en su juventud y le obliga a pasar temporadas en un sanatorio, sobre todo al final de la novela. Desde la infancia se declara a sí mismo un ser hipernervioso y muy sensible, capaz de cóleras, como la que lo arrebata haciéndole pisotear el sombrero del barón de Charlus, y de una delicadeza que lo tortura durante la agonía de su abuela. Desde la primera página de la novela ofrece la imagen de un insomne que recuerda hechos, lugares, sentimientos y personas del pasado. Su situación frente al mundo es la de un espectador privilegiado de la sociedad burguesa de Combray y de la mundana del faubourg Saint-Germain, cuyos movimientos observa como testigo y como oyente.

Los tres grandes amores del Narrador en la novela son Gilberte Swann, la duquesa de Guermantes y Albertine; si su pasión por la primera se cuenta en A la sombra de las muchachas en flor, la última ocupará una parte muy amplia de la novela, desde Sodoma y Gomorra hasta La fugitiva. El amor platónico por la duquesa se narra en La parte de Guermantes. Esa relación amorosa de Albertine y del Narrador es una especie de réplica de los amores de Swann y Odette: como dos líneas paralelas, siguen la misma evolución, las mismas fases: enamoramiento, celos (La prisionera) y caída en la indiferencia (La fugitiva). Los celos de ambos personajes masculinos tienen por referentes a Odette y Albertine, dos seres misteriosos que se les escapan. También su pasión por el arte, la pintura (Elstir), la arquitectura (las iglesias, sobre todo la de Balbec), la literatura (Bergotte) y la música (Vinteuil), acerca a Swann y al Narrador. Pero a diferencia del marido de Odette, que nunca concluirá su estudio sobre Vermeer y que se queda en diletante, el Narrador pasa de sus veleidades literarias al estadio de creador poniéndose a escribir en las últimas páginas la novela que el lector acaba de leer.

Nassau, Conde de

Véase Luxembourg, Gran Duque, heredero de.

Nassau, Princesa Alix de

Antigua cocotte del gran mundo, que visita a Mme. de Villeparisis con un peinado a lo María Antonieta. Reaparece muchos años más tarde en la matinée del príncipe de Guermantes, demostrando amnesia. El texto parece confundirla con la princesa d'Orvillers, que también goza de una posición mundana bastante falsa.

Niévre, Princesa de

Prima de Mme. de Guermantes, que la detesta; en La fugitiva piensa en casar a su hijo con Gilberte Swann, pero no se atreve a declararlo en público por temor a su prima.

Norpois, Barón de

Sobrino del embajador Norpois, con quien aparece en La parte de Guermantes.

Norpois, Marqués de

Antiguo embajador, es colega en el Ministerio del padre del Narrador, con quien hará un viaje a España durante la estancia del muchacho en Balbec con la abuela. El aprecio que parece sentir por el padre del Narrador le lleva a cenar a casa de la familia, donde Françoise luce sus talentos culinarios, y donde el antiguo embajador emite opiniones perentorias sobre lo divino y lo humano: desde la Berma a Swann y a Bergotte. Pero anima las aficiones literarias del Narrador, convenciendo al padre de que la literatura es una carrera tan noble por lo menos como la diplomacia; gracias a su apoyo, el Narrador podrá ir a ver su primera representación de la Berma (A la sombra de las muchachas en flor). Sin embargo, al Narrador le aconseja la diplomacia y el abandono de sus sueños de escritor. En La parte de Guermantes, el Narrador volverá a encontrarlo en el salón de su antigua amante, la marquesa de Villeparisis, aunque intenta ocultarle la relación que mantiene con ella. Durante esa matinée se muestra poco favorable a la candidatura del padre del Narrador al Institut, del que Norpois forma parte, por prematura, mientras a su espalda pacta ese nombramiento para el príncipe de Faffenheim. Las opiniones que, hablando con Bloch, emite en esa misma velada sobre el affaire Dreyfus, son imprecisas. En La fugitiva, el Narrador lo

encuentra envejecido, muchos años después, en Venecia, en compañía de la marquesa, todavía con deseos de intervenir en la vida política: de ahí sus maquinaciones con el príncipe de Foggi para obtener un puesto en Constantinopla, donde, según la embajadora de Francia en Turquía, dejó un buen recuerdo. Durante la guerra, escribirá artículos pomposos llenos de tópicos que le valen abundantes críticas de parte de Charlus, entre otras la de emplear de forma sistemática el verbo «saber»; aunque los manuscritos de Proust confunden constantemente a Norpois en esta última aparición con Brichot. Estuvo casado con una La Rochefoucauld. Modelos: el conde Benedetti, asiduo del salón de la princesa Mathilde; el conde de Fleury, embajador en San Petersburgo y amante de la princesa Sophie de Beaulaincourt, uno de los modelos de Mme. de Villeparisis; distintos amigos de Adrien Proust en el Ministerio de Asuntos Extranjeros. En cuanto a las opiniones que Proust pone en su boca, están tomadas en buena medida de los artículos del editorialista de La Revue de Deux Mondes en 1895, Framçois Charmes.

Octave

Hijo de un importante industrial y pariente de los Verdurin, aparece en «A la sombra de las muchachas en flor» como jugador de golf y bacarrá que escandaliza a la buena sociedad de Balbec. Amigo de Albertine, es un joven petimetre, elegante y deportivo, que no duda en emitir opiniones equivocadas sobre Mme. de Cambremer y la marquesa de Villeparisis. En La fugitiva lo vemos convertido en un escritor de talento y de éxito que, después de abandonar a Rachel, de la que ha sido amante, se casa con Andrée, quien, creyéndose despreciada, había calumniado a su padre. Tiempo atrás, había llegado a pedir en matrimonio a Albertine.

Dado de baja por enfermedad durante la guerra, cae en la misantropía y vive apartado de casi todo el mundo. Para el Narrador, que lo culpa de ser tal vez una de las causas que lo apartan de Albertine, es un mal amigo a pesar de sus éxitos literarios. Modelos:

Jean Cocteau, en sus rasgos de artista y de dandy; varios jóvenes que Proust conoció en Cabourg; y para la época de misantropía y alejamiento del mundo, el propio Proust.

Orgeville, Mlle. d'

Joven de buena familia, apellidada La Croix L'Evéque, que frecuenta una casa de citas, según cuenta Saint-Loup al Narrador. Éste cree recordar su apellido y haberla conocido como Mlle. d'Eporcheville, deformación que de Forcheville hace el portero de Mme. de Guermantes. La joven terminará resultando ser Gilberte Swann, con el apellido de su padrastro Forcheville.

Orsan, M. d'

Amigo de Swann, de quien éste sospecha que es amante de Odette de Crécy en Por la parte de Swann.

Orvillers, Princesa Paulette d'

Hija natural del duque de Parma, aparece en Sodoma y Gomorra llegando tarde a casa de princesa de Guermantes. El Narrador la reconoce como la mujer que lo saludaba por la calle sin que supiese quién era. Mantiene una posición bastante falsa en la sociedad. En el texto proustiano parece confundirse con otro personaje, con la princesa de Nassau.

Osmond, Amanien, marqués d'

Primo hermano del duque de Guermantes, apodado «Mamá» en el círculo de su familia. Según Charlus, en el pasado fue amante de Odette, a la que raptó, y se tuvo que batir en duelo con Swann. Cuando se encuentra en la agonía, varios parientes y amigos del duque de Guermantes anuncian a este último el estado en que se encuentra, pero el duque, que se prepara para acudir a una fiesta que no quiere perderse, se niega a creerlos; cuando le anuncian su muerte, se encoge de hombros y dice que exageran (Sodoma y Gomorra).

Padre del Narrador

El padre del Narrador apenas aparece en la novela. Trabaja en el Ministerio (de Asuntos Extranjeros), donde tiene por colega a Norpois, y desea ser elegido miembro del Institut. Frío aparentemente en las relaciones con su hijo, le molesta el cariño que el niño siente por su madre, que le parece excesivo, y encuentra ridículo el beso de buenas noches que el Narrador exige de ella; pero en ocasiones se muestra indulgente, y autoriza a su esposa a pasar toda una noche con el Narrador (Por la parte de Swann). Los consejos de Norpois durante la cena a la que el antiguo embajador acude (A la sombra de las muchachas en flor) le hacen variar el destino que prepara para su hijo, permitiéndole asistir al teatro y mirando con mejores ojos sus ambiciones literarias.

Obsesionado por la meteorología, y dotado de un gran sentido de la orientación, mantiene amistad en Combray con Legrandin, cuyo comportamiento deja de sorprenderle cuando llega a la conclusión de que es un esnob con ambiciones aristocráticas que no quiere compartir; por eso no le facilita una carta de presentación para su hermana, Mme. de Cambremer, que podría abrir puertas aristocráticas a la familia. Obligará a la abuela a cambiar el itinerario que ha previsto para ir con su hijo a Balbec —siguiendo el mismo que hiciera en otro tiempo Mme. de Sévigné—, mientras él viaja a España con Norpois. Expulsa de su casa a Bloch, a quien tiene por idiota, y se pelea con el tío Adolphe, que ha presentado a la «dama de rosa» a su

hijo. Después de su muerte, el Narrador comprenderá que la frialdad de este hombre que ha dedicado su vida al trabajo no era más que una máscara de su extraordinaria sensibilidad, que él mismo se le parece mucho y que ha heredado su repentino y arbitrario deseo de amenazar a los seres que más amaba.

Palancy, M. de

Uno de los «monóculos» del Narrador en la soirée de Mme. de Saint-Euverte (Por la parte de Swann). Pertenece al Jockey Club y asiste desde el palco de la princesa de Guermantes a la soirée de gala de la Ópera donde la Berma interpreta Phèdre (La parte de Guermantes). Modelo: «El monóculo de M. de Palancy es el del pobre y querido Louis de Turenne», escribe Proust en una dedicatoria a Lacretelle.

Parma, Princesa de

Esta mujer, nada esnob, que acoge en su salón a toda la aristocracia francesa y extranjera, incluida la gente que la duquesa de Guermantes se niega a conocer, organiza las mejores soirées que se dan en París. El Narrador le será presentado en una velada de los Guermantes; a pesar de su linaje, la princesa se muestra amable y humilde —por educación y por considerar el salón de los Guermantes como un lugar privilegiado—, y sorprende con sus frases ingeniosas al Narrador, cuyos «snowboots» elogia, impidiendo que los invitados los encuentren ridículos y avergüencen al joven. En La fugitiva, la madre del Narrador le hace una visita, que concluye al cabo de diez minutos porque se ha quedado sola. Pocos días más tarde, la princesa visita a la madre durante varias horas. Aunque los rumores hablan de una relación inmoral de la princesa con la duquesa de Guermantes, son falsos. Interviene como intermediaria en el matrimonio de Leonor de

Cambremer y la hija-sobrina de Jupien, Mlle. d'Oloron, adoptada por Charlus.

Párroco de Combray

Visitante asiduo de la tía Léonie del Narrador, este sacerdote es aficionado a las etimologías y a la historia local, y prepara un libro sobre los nombres de la región de Balbec, cuyas etimologías criticará Brichot (Por la parte de Swann). Modelo: el canónigo Joseph Marquis, antiguo abad de Illiers, que publicó en 1907 un libro erudito titulado Illiers; también visitaba a menudo a Elisabeth Amiot, tía paterna de Proust.

Percepied, Doctor

Médico de Combray, que se encuentra con la familia del Narrador durante un paseo y la lleva en su coche. Durante ese episodio se produce en el Narrador la revelación de los campanarios de Martinville (Por la parte de Swann). Sabe hacer reír a todos sus oyentes contando historias de los Vinteuil; ha encontrado al marido cerca del cementerio después de llorar sobre la tumba de su mujer. Invita a la duquesa de Guermantes, a la que ha atendido profesionalmente, a la boda de su hija, que se convierte en Mme. Goupil: gracias a esa boda, el Narrador ve en carne y hueso a la duquesa idealizada hasta entonces. Modelo: el doctor Galopin de Illiers, que toma el apellido del factor de ese pueblo.

Perdreau, Abad

Párroco de Combray, al que sólo se cita en una ocasión: cuando tía Léonie ve pasar bajo la ventana a su sobrina.

Périgot, Joseph

Lacayo de Françoise, que sirve al Narrador: aficionado a las citas poéticas lee sus cartas y le pide prestados libros de versos, algunos de los cuales envía a su familia de Combray. Un día deja sobre la mesa del Narrador una carta a su familia (La parte de Guermantes).

Pierre, M.

Historiador de la Fronda, frecuenta el salón de Mme. de Villeparisis. Acude a la matinée de la marquesa para ver el retrato de la duquesa de Montmorency. Tímido y amable con la duquesa de Guermantes, será objeto de las burlas del duque cuando se discuta sobre la palabra «mentalidad».

Plassac, Walpurge, Marquesa de

Hija del conde de Bréquigny y prima de Oriane de Guermantes; anuncia al duque de Guermantes el fatal estado en que se encuentra Amanien d'Osmond, cuando éste se prepara para acudir a una fiesta (Sodoma y Gomorra).

Poiré, Abad

Confesor del faubourg Saint-Germain, y en concreto del príncipe y la princesa de Guermantes, que recibe de ambos por separado la petición de que oficie misas por el capitán Dreyfus. Revelará al príncipe que su mujer es una dreyfusista convencida (Sodoma y Gomorra).

Pommeliére, Marquesa de

Sobre esta marquesa, a la que en el círculo de Guermantes llamaban «la Pomme» (abreviación de su apellido: «manzana»), habla al Narrador la princesa de Guermantes en Sodoma y Gomorra.

Poncin, M. y Mme.

Presidente de la Audiencia de Caen que veranea en el Grand-Hôtel de Balbec con su esposa (A la sombra de las muchachas en flor). Años más tarde, es promovido a comendador de la Legión de Honor; finge alegría al enterarse del regreso del Narrador a Balbec y pesar por la muerte de su abuela, y trata de ser invitado por los Cambremer, como el Narrador. El texto lo confunde con un viejo banquero —sobre el que salta Andrée—, lo convierte en presidente de la Audiencia de Rennes en otro pasaje y también lo apellida Toureuil. En cuanto a su esposa, se dedica a recabar información sobre los clientes del Grand-Hôtel, a criticar a la gente que pasea y a burlarse de la princesa de Luxembourg, sobre la que aporta al grupo de burgueses informaciones erróneas.

Portefin, Berthe, duquesa de

Mme. de Villeparisis se la recomienda a la duquesa de Guermantes para que le ayude a servir el té en La parte de Guermantes.

Poullein

Lacayo de los Guermantes, que sólo puede ver a su prometida cuando el duque de Guermantes quiere; por eso se niega a comunicarle la noticia de la muerte de su primo Amanien d'Osmond

(Sodoma y Gomorra); además, la duquesa se empeña en cambiarle los días de salida porque tampoco quiere que salga con la joven.

Poussin, Mme.

Bañista de Combray, a la que la familia del Narrador conoce como «Tú me dirás noticias». La madre del Narrador la encuentra en Balbec (Sodoma y Gomorra). Su yerno, notario de Combray, ha huido con la caja fuerte.

Primo «sin flores ni coronas».

Miembro de la familia del Narrador, que siempre acude a velar a los moribundos y está presente en la agonía de la abuela.

Putbus, Baronesa

Enamorado de la doncella de esta mujer, cuyas costumbres le intrigan, el Narrador hablará de ella con Saint-Loup. Luego pretende ser presentado por Oriane, duquesa de Guermantes, que le niega el favor. En Venecia, permite que su madre regrese sola a París con la esperanza de verla, pero en el último momento prefiere coger el tren junto a su madre. La baronesa es una de las escasas amigas íntimas de la princesa Sherbatoff (Sodoma y Gomorra), que sólo mantiene relación con Mme. Verdurin y la gran duquesa Eudoxia. En La prisionera, durante una reunión en casa de los Verdurin, Elstir cuchichea historias indecentes al oído de la baronesa, que pertenece al mundo de los invertidos.

Rachel

El Narrador conoce a esta joven judía, a la que llama «Rachel cuando del señor» (letra de un aria de La judía) en un prostíbulo (A la sombra de las muchachas en flor) al que lo ha llevado Bloch; pero se limita a hablar con ella. Más tarde vuelve a encontrarla convertida en actriz y en amante de Saint-Loup, a quien hace sufrir y que se la presenta (La parte de Guermantes) en los inicios de su carrera teatral. El Narrador tendrá que intervenir en las frecuentes disputas entre ambos. Los Guermantes desaprueban la relación de su pariente con esta joven judía a la que creen malvada, a la que invitan a recitar en su salón y de la que se burlan: la duquesa la encuentra ridícula. Después de su ruptura con Saint-Loup, desaparece de la novela para reaparecer en La fugitiva como amante de Octave, del que está realmente enamorada. Pero el joven la abandona para casarse con Andrée. Pese a su ruptura, en Saint-Loup ha dejado un germen de amor que impulsa a Gilberte, tras su matrimonio, a intentar parecerse a ella para agradar al marido. En El tiempo recobrado, Rachel se ha vuelto una actriz célebre; el Narrador la encuentra recitando versos en la matinée del príncipe de Guermantes, amiga ahora de la duquesa, que ha propiciado en buena medida su éxito: convertida en una «inmunda vieja», saluda al Narrador, a quien le cuesta reconocer en aquella mujer feísima a la antigua joven del prostíbulo. Tiene celos de la Berma, de la que echa pestes y a la que asesta un golpe que será fatal aceptando recibir a su hija y a su yerno el mismo día que la actriz da una recepción a la que no acude nadie. Modelos: las actrices Louisa de Mornand, amante de su amigo Louis d'Albuféra; Mlle. Marsy, amante de Boni de Castellane; Ginette Lantelme, que también sirvió a Proust para Léa; la demi-mondaine Emilienne d'Alençon, mantenida de Jacques d'Uzés; y rasgos de Cléo de Mérode, Liane de Pougy, Méry Laurent…

Rampillon, Mme. de

La duquesa de Guermantes la llama «la horrenda» durante la soirée de Mme. de Saint-Euverte en Por la parte de Swann; más tarde,

en Sodoma y Gomorra vuelve a burlarse de ella, llamándola «madre». Rampillon y criticando su escote.

Rémi

Cochero de Swann, a quien llama Lorédan, por su parecido con Loredano, un dux de Venecia. Ayuda a su amo a buscar por París a Odette, que no le aprecia y trata de convencer a Swann para que lo despida (Por la parte de Swann).

Rey de una isla de Oceanía

Aparece en A las sombra de las muchachas en flor, veraneando en Balbec con su amante y derrochando dinero, para gran envidia del grupo de burgueses provincianos.

Ristori, Mme.

Adélaide Ristori es una actriz italiana, estimada por Alix y despreciada por la marquesa de Villeparisis (La parte de Guermantes).

Rosemonde

Una de las muchachas de la pandilla de Balbec, a la que el Narrador vuelve a encontrar durante su segunda estancia. Albertine será pensionista en la casa de sus padres en Incarville (A la sombra de las muchachas en flor).

Rousseau, Mme.

Vecina de Combray, de cuya muerte habla tía Léonie al principio de Por la parte de Swann.

Saint-Candé, M. de

Uno de los «monóculos» del Narrador en la velada de Mme. de Saint-Euverte. Modelo: «Para el monóculo de M. de Saint-Candé he pensado en el de M. de Bethmann, no el alemán —aunque lo sea un poco de origen—, el pariente de los Hottinguer».

Saint-Euverte, Mme. de

La marquesa Diane de Saint-Euverte da, en «Un amor de Swann», una gran soirée a la que asiste buena parte de los personajes claves del faubourg Saint-Germain: la princesa des Laumes —luego duquesa de Guermantes—, la marquesa de Gallardon, las señoras de Cambremer y de Franquetot, el general de Froberville, Charles Swann, que oirá la sonata de Vinteuil. En Sodoma y Gomorra será Saint-Euverte quien asista a una soirée de la princesa de Guermantes, después de haber recibido a cenar en su casa a los duques de este título; acude para asegurarse de la presencia de los invitados en su garden-party anual, que celebra al día siguiente; pero tiene que soportar cobardemente las maldades y groserías que sobre ella y sus recepciones lanza el barón de Charlus. Reaparece en El tiempo recobrado, después de la guerra, en la matinée del príncipe de Guermantes, donde Charlus, muy enfermo, la saluda respetuosamente cuando antes no se dignaba dirigirle la palabra. Modelo: la marquesa Diane de Saint-Paul.

Saint-Euverte, Mme. joven de

Esposa de uno de los nietos de la marquesa de ese apellido, de la familia de los La Rochefoucauld. El Narrador la encuentra en El tiempo recobrado en casa de la princesa de Guermantes, vestida con un estilo Imperio y tendida en una chaise-longue que causa en el Narrador un efecto Mme. Récamier.

Saint-Ferréol, Mme. de

Hermana de M. de Vermandois, será presentada en casa de Mme. de Villeparisis a Saint-Loup, que finge no saber quién es. Pero la duquesa de Guermantes se propone visitarla.

Saint-Fiacre, Vizcondesa de

Durante el «baile de las cabezas» el Narrador no reconoce en esta mujer envejecida y desfigurada por la cocaína a la joven que había conocido en su juventud (El tiempo recobrado).

Saintine

Amigo de Charlus, y «flor» del círculo de Guermantes, terminará siendo rechazado por la duquesa tras su matrimonio con una burguesa poco noble, hecho que Oriane calificará de deshonroso. Aunque siga viéndole, el propio Charlus critica ese matrimonio (La prisionera).

Saint-Joseph, General de

Según la Duquesa de Guermantes, el general de Saint-Joseph ejerce mayor influencia sobre el gobierno que el general de Monserfeuil (La parte de Guermantes).

Saint-Loup, Mlle.

Hija de Robert de Saint-Loup y de Gilberte Swann, presentada al Narrador por su madre en la matinée del príncipe de Guermantes; tiene en ese momento dieciséis años, y a ojos del Narrador, al que devuelve la idea del Tiempo pasado, reúne las dos partes del sueño de su infancia: la de Guermantes y la de Méséglise. Su belleza «se parece a mi juventud». Terminará casándose con un oscuro hombre de letras. Modelo: Simone, hija de Gastón de Caillavet y de Jeanne Pouquet.

Saint-Loup en-Bray, Robert, marqués de

Hijo de la condesa de Marsantes, es el amigo del Narrador en la novela. Se conocen en Balbec, durante la primera estancia del Narrador (A la sombra de las muchachas en flor), cuando desde la guarnición de Donciéres, donde sirve como oficial de carrera, acude a visitar a su tía abuela, la marquesa de Villeparisis, que será quien lo presente al joven y a su abuela; poco después, Saint-Loup presentará al Narrador a su tío, el barón de Charlus. Gran lector de Nietzsche y de Proudhon en esa época, agrada a la abuela —que le regala unas cartas manuscritas de este último— y entabla con el Narrador una amistad que recorre A la busca del tiempo perdido, más allá incluso de su muerte. Espíritu brillante y cultivado, avanzado en ideas, sin prejuicios de clase, con gusto por el arte, refinado hasta el punto de que podría suponerle afeminado quien no conociese su éxito con las mujeres, de gran belleza, rubio y de buen corazón, Saint-Loup ha caído en ese momento en las garras, según su familia, de una mala mujer —Rachel— que le hace despreciar la vida social y lo ha convertido al dreyfusismo. Siempre muy atento a la salud del

Narrador, a quien considera un intelectual, lo acoge en Donciéres, la ciudad donde está acantonado su regimiento (La parte de Guermantes): le revela entonces su pasión por la estrategia militar cuando alcanza carácter estético y le hace partícipe de las inquietudes que le procura su amante. Para ver a Rachel, que inicia su carrera en las tablas, Saint-Loup conseguirá un permiso que sólo sirve para nuevas discusiones y el crecimiento de sus celos; una disputa en un teatro terminará con una bofetada de Saint-Loup en público a un periodista. El disgusto de su familia y un viaje a Marruecos le hacen recapacitar: Saint-Loup rompe con su amante, abandona el dreyfusismo y recomienda al Narrador las casas de citas.

En Sodoma y Gomorra los celos del Narrador ven fantasmas en los breves encuentros entre Albertine y Saint-Loup, que en La fugitiva sirve de correo a las pretensiones de aquél: viaja a Touraine, a casa de Mme. de Cambremer, donde Albertine se ha refugiado, para hacerla volver a París. Tras el rumor de su matrimonio con una sobrina de la princesa de Guermantes, Saint-Loup se casa con Gilberte Swann, a cuya madre no quiso siquiera ser presentado hace tiempo y a la que ahora hace regalos espléndidos. Desde el primer momento engaña y miente a Gilberte aunque la ama. Pero su pasión homosexual se dirige a Morel, a quien mantiene, y sobre cuyo carácter y conducta establece semejanzas con el comportamiento de Rachel, a la que sigue pasando una pensión espléndida. En una visita que, al principio de El tiempo recobrado, hace el Narrador a Tansonville, éste percibirá su cambio, la mengua de su sensibilidad, sus mentiras.

En agosto de 1914 vuelve a encontrarse con el Narrador, al que expone sus teorías en materia de estrategia militar sin que el Narrador se dé cuenta de su patriotismo. Desde el frente, le escribirá largas cartas que ponen de manifiesto su sensibilidad literaria y su desprecio por la germanofobia que ha invadido la vida francesa. Durante un permiso visita al Narrador; y también el Palacio del Impudor de Jupien, donde pierde su cruz de guerra. Dos días después de regresar al frente muere heroicamente, como un verdadero Guermantes, en combate: llorado por su mujer y por su tía la duquesa, será enterrado en Combray. Modelos: el grupo de «jóvenes duques» formado por Bertrand de Fénelon, Gabriel de La Rochefoucauld y el marqués

d'Albuféra, que se reconoció como Saint-Loup en las peleas del personaje con Rachel y rompió su amistad con Proust; Boni de Castellane, Gustave de Waru, sobrino de Mme. de Chévigné, y el teniente Cholet, al que Proust conoció durante su voluntariado en Orléans.

Saniette

Este archivero, cuñado de Forcheville, pertenece al clan de los Verdurin, donde su timidez y su amabilidad lo convierten en hazmerreír de la «Patrona» y de su marido durante sus recepciones. Para no parecer aburrido, inventa una historia sobre el duque de la Trémoïlle durante una cena a la que asiste Swann, que le corrige. Terminará siendo «ejecutado» por los Verdurin, que utilizan como verdugo a su propio cuñado (Por la parte de Swann). El Narrador volverá a encontrarse con este dreyfusista, que sin embargo es católico practicante, en Sodoma y Gomorra, en el trenecito camino de Balbec. Ha reanudado su amistad con los Verdurin, que en su castillo de La Raspeliére siguen tratándolo con grosería, sobre todo cuando comete faltas de discreción: por ejemplo, anuncia de manera inoportuna durante una soirée la muerte de la princesa Sherbatoff. La noticia de su ruina económica, causada por malas inversiones financieras, le hace sufrir un ataque; los Verdurin, sin que nadie lo sepa, le pasan entonces una renta que le permite seguir viviendo en su piso, cuidado por Cottard durante algunos años todavía. Según otras páginas, el ataque se produce en el patio de los Verdurin, tras ser expulsado de su casa por la «Patrona», y provoca su muerte a las pocas semanas.

Saumoy, Guy

Joven de Balbec al que el Narrador evoca en La fugitiva como un tipo completamente loco y curioso que podía ser interesante.

Sazerat, Mme.

Vecina de Combray con la que la familia del Narrador se cruza regularmente, y a la que Eulalie se empeña en llamar Mme. Sazerin. Un día, esta dreyfusista se topa en París con el padre del Narrador, al que saluda fríamente por saberle antidreyfusista. Pero termina reconciliándose con la familia. En Venecia encuentra al Narrador y a su madre y, al tener conocimiento de la presencia de Mme. de Villeparisis, antigua amante de su padre, pide que se la señalen: la ruina en que sumió a su familia la ha forzado a vivir en Combray. En El tiempo recobrado invita a la madre del Narrador a sus tés de los miércoles; aparecerá por última vez en el «baile de las cabezas», donde el Narrador logra reconocerla gracias a su nombre.

Sebran, Marquesa de

Tiene el salón más elitista de París, tres años después de la matinée de Guermantes (El tiempo recobrado).

Sherbatoff, Princesa

Princesa de origen ruso, rechazada por la sociedad aristocrática, entre la que sólo cuenta con tres amigas: la gran duquesa Eudoxia, Mme. Verdurin y la baronesa Putbus. La primera vez que la ve, el Narrador la toma por una alcahueta gorda y vulgar; dos días después, en casa de los Verdurin, se entera de que ha sido una mujer de gran belleza y de que pertenece al clan, en el que, dada su escasez de relaciones, hace el papel de «fiel de fieles». Reniega de la alta sociedad, de sus vanidades, del esnobismo, pero no es más que una ficción: su antiesnobismo está hecho de fracasos de esnobismo. Reservada y tímida, recomienda al Narrador y a Brichot no hablar en presencia de Mme. Verdurin de la muerte de Dechambre para no provocar su dolor. Cuando, en La Raspeliére, con su habitual falta de

tacto, Saniette comunica que la princesa acaba de morir, los Verdurin se niegan a renunciar a su soirée (La prisionera). Según el Journal de los Goncourt, la princesa habría disparado un revólver contra el archiduque Rodolfo.

Sidonia, Duque de

Grande de España, conoce al barón de Charlus durante una soirée de la princesa de Guermantes; durante su larga conversación con él, manifiesta sus inclinaciones sexuales, que son las mismas del barón.

Silistrie, Princesa de

Prima de Oriane, que acude a su casa para anunciar al duque de Guermantes que su primo Amanien d'Osmond está en las últimas (Sodoma y Gomorra). En La fugitiva sueña con casar a su hijo con Gilberte Swann, ahora rica heredera, y trata de que la condesa de Marsantes, que también codicia a Gilberte para su hijo, abandone ese proyecto.

Ski

Diminutivo de Viradobetski, escultor de origen polaco del clan de los Verdurin; sus talentos se extienden además al piano y a la pintura. El Narrador se encuentra con él en el trenecito de Balbec, y le parece muy feo. Revelará a Cottard que Charlus es «de la cofradía». (Sodoma y Gomorra), y se burlará del barón y, más tarde, de Morel, en conciliábulo con Cottard y Mme. Verdurin. Reaparece en La prisionera, en la velada de los Verdurin, donde toca el piano sin que nadie se lo pida, y en El tiempo recobrado, en la matinée del príncipe de Guermantes, donde el Narrador califica su persona de «ensayo

informe», no más modificado que un fruto o una flor que se ha secado.

Souvré, Duquesa de

Desea ardientemente ser presentada en el salón Guermantes, pero el duque rechaza la proposición de recibirla que le hace la princesa de Parma (La parte de Guermantes). En Sodoma y Gomorra presentará al Narrador al príncipe de Guermantes de manera ineficaz y con gran cobardía.

Stermaria, M. de

Noble de una oscura y antigua familia de Bretaña, muy aferrado a las prerrogativas de su casta; orgulloso y rudo, obliga al Narrador y a su madre a dejar la mesa que ocupan en el comedor del Grand-Hôtel de Balbec porque es la suya. Sin embargo, mantendrá algún trato con el decano del colegio de Abogados, por la amistad de éste con los Cambremer (A la sombra de las muchachas en flor).

Stermaria, Mlle. de

Hija del anterior, de nombre Alix, que pasa sus vacaciones en el Grand-Hôtel de Balbec, donde el Narrador se enamora de ella. En La parte de Guermantes Saint-Loup la encuentra en Tánger, y anima al Narrador a invitar a cenar a la joven, que está de paso por París. Después de haber aceptado la invitación y creado en el Narrador las ansias de la expectativa, Mlle. de Stermaria la cancela y no acude a la cita. Después de un matrimonio que fracasa a los tres meses de la boda, conseguirá casarse por amor convertida en Mme. de Stermaria.

Surgis-le-Duc, Marquesa de

Mujer de belleza espléndida, querida de Basin de Guermantes en el momento en que se celebra la soirée de la princesa de ese apellido (Sodoma y Gomorra). Acogida amablemente por Charlus, le presentará a sus hijos; pero cuando se entere de sus inclinaciones sexuales, les prohibirá todo trato con él, preocupada por la moralidad; pese a ese prurito de moralismo, ha llevado una vida escandalosa con la idea de recuperar lo que poseía al nacer. Para el Narrador, su apellido está cargado de poesía: derivaría de un M. Leduc que habría desposado a una Mlle. de Surgis; pero Swann echa por tierra esas deducciones.

Surgis-le-Duc, Arnulphe de

Hijo menor de la marquesa de Surgis-le-Duc, que sobresale por su ignorancia, su belleza y su mala vista. Asiste a una soirée de la princesa de Guermantes, donde el barón de Charlus, a quien es presentado, se interesa por su belleza.

Surgis-le-Duc, Victurnien de

Hijo mayor de la marquesa de Surgis-le-Duc, presentado durante una soirée de la princesa de Guermantes al barón de Charlus, que se interesa en él por tener el mismo nombre que un personaje de Balzac, Victurnien d'Esgrignon (Le Cabinet des Antiques) y por su belleza.

Swann, Charles

Hijo de un agente de cambio, acude a cenar regularmente a la casa de la familia del Narrador en Combray. Veranea cerca de allí con su mujer, Odette, y su hija Gilberte, en su gran propiedad de

Tansonville, situada en dirección a Méséglise, y que se convierte en uno de los dos polos en que la familia divide el mundo de Combray: La parte de Guermantes y la parte de Méséglise, o de Swann. Sus relaciones con la flor y nata de la vida mundana de París, que incluyen alguna cabeza coronada como el príncipe de Gales, son desconocidas por los vecinos de Combray, que han visto con malos ojos el matrimonio de Swann con su antigua amante, Odette de Crécy, hasta el punto de que todos, incluida la madre del Narrador, se niegan a recibir a la esposa. Sus cenas en casa de la familia no agradan al Narrador, que cuando Swann los visita se queda sin el beso de buenas noches de la madre. Pero sus sentimientos cambiarán cuando vea en Swann al padre de Gilberte, la niña con la que juega en los Champs-Élysées: establece entonces una relación con la familia Swann, que pasa por distintas etapas y termina permitiéndole conocer de cerca a este hombre culto, inteligente y distinguido, que le introduce por el camino del arte y la literatura, presentándole por ejemplo al gran escritor del momento, Bergotte, y acercándole a los pintores italianos, a la arquitectura eclesial de Balbec, a Vermeer, pintor holandés sobre el que Swann viene escribiendo desde hace años un estudio.

El episodio principal de la vida de Swann, que coincide en sus fases con el enamoramiento del Narrador por Gilberte y por Albertine, es su amor por Odette de Crécy, que relata, en su fase inicial, anterior al matrimonio, una de las tres divisiones de Por la parte de Swann: «Un amor de Swann»: cuando conoce a Odette de Crécy, la joven no es ni su tipo de mujer —a Swann le gustan las mujeres pequeñas, redondas y rosadas— ni tiene encantos intelectuales que puedan satisfacer sus gustos; pero Odette le somete a un cerco que termina en pasión espoleada por los celos: una noche en que Odette se pierde y casi es pillada en falta, la mujer se entrega a Swann; en esa etapa inicial de posesión física y amor, ambos oirán la pequeña frase de la Sonata de Vinteuil, que se convierte en el «himno nacional de su amor»: más tarde se dará cuenta de su error al asimilar la felicidad de la pequeña frase con el placer del amor. Introducido por Odette en el salón de los Verdurin, donde se acogen mal los rumores de sus contactos con la aristocracia, no tardará en ser «ejecutado» por la

Patrona, que favorece las relaciones de Odette con otro habitual, Forcheville: tras las ansias y angustias de su amor encelado, y pese a los anónimos que ha venido recibiendo sobre el pasado de mantenida de su mujer, cuando su pasión por Odette se ha enfriado, está al tanto de sus traiciones y aparece la indiferencia, se casa con ella: para él se ha convertido en la encarnación de la Seforá de Botticelli, y sobre su mesa, como si fuese el retrato de Odette, hay una reproducción del fresco del pintor italiano. Por otro lado, durante esa etapa de amor por Odette, Swann ha seguido prefiriendo las mujeres humildes, doncellas, cocineras o modistillas.

En A la sombra de las muchachas en flor, Swann ya está casado con Odette, a la que no ama y a la que engaña: pese a ello, cuando alguna de las mentiras de Odette queda al descubierto —la noche en que la buscó desesperadamente por el París nocturno, su relación con Forcheville, otra noche en que llamó a su puerta y no le abrió, sus relaciones sexuales con otras mujeres, etc.— despiertan en Swann celos retrospectivos. Traslada entonces ese amor hacia su hija y sigue aislado socialmente. Los Guermantes, que no reciben a Odette, se distancian más de Swann en el momento del affaire, por su dreyfusismo (La parte de Guermantes). La duquesa, que aprecia la inteligencia y la elegancia de Swann, llega a excusar ese matrimonio hasta cierto punto, pero sigue negándose a recibir a Odette; y a pesar de la enfermedad de Swann, se negará a creer en la inminencia de su muerte para mantener ese rechazo. La enfermedad ha ido minando el cuerpo de Swann, que goza en Saint-Germain del prestigio de su «sangre real»; para el faubourg, Swann es hijo natural del duque de Berry, que fue amante de su madre. En Sodoma y Gomorra, todavía acudirá a una soirée del príncipe de Guermantes, que se lo lleva al jardín, en un aparte que los invitados interpretan como expulsión de la casa: en realidad, como poco después contará al Narrador, el príncipe le explica las razones que lo han convertido en dreyfusista, aunque no puede declarar públicamente sus ideas. Resignado a la muerte, Swann desea ser enterrado con honores militares a pesar de su dreyfusismo, llevándose a la tumba su gran dolor: que la duquesa no haya recibido a Odette y a su hija.

En La prisionera, el Narrador se entera de su muerte, que lamenta emocionado: en ese momento comprende que Swann ha sido su iniciador en las artes, el que le ha hecho descubrir la literatura, la pintura, y la arquitectura, el que ha sido su modelo, aunque mantiene diferencias con Swann: éste es un diletante que se eterniza en su estudio sobre Vermeer, imposibilitado para la creación e incapaz de dar forma a los movimientos y estados de ánimo en que lo sumergen las impresiones que recibe, tanto de la vida como de la estética. Modelos: Charles Haas, sobre todo; Charles Ephrussi, en el aspecto artístico; Émile Straus en el derroche económico para conseguir el triunfo social de su mujer; y Nicolás Bénardaky, padre de dos compañeras de juegos infantiles de Proust para el Swann de los Champs-Élysées.

Swann, Odette de Crécy, Mme.

Esposa de Charles Swann, nacida en 1852, rechazada por la mejor sociedad de Combray, incluida la familia del Narrador, por su pasado de mantenida.

En el primer encuentro del Narrador —durante una visita a casa de su tío Adolphe—, la conoce como «la dama de rosa»; también la ve, vestida de blanco, en Tansonville, acompañada por una niña de cabellos dorados (Gilberte) y un señor (el barón de Charlus), que en Combray pasa por su amante. «Un amor de Swann» narra en tercera persona la historia de sus amores con Swann, cuando Odette es una habitual del salón de los Verdurin, donde presenta sucesivamente a Swann y al conde de Forcheville. No tarda en conseguir que se enamore de ella, pese a no ser su tipo de mujer. El sutil cerco de Odette, donde los celos y las mentiras juegan un papel importante, da sus frutos; cuando está segura del amor de Swann, no duda, amparada por Mme. Verdurin, en engañarle con Forcheville y en ausentarse durante largos viajes y cruceros que, por lo demás, paga su amante (Por la parte de Swann).

Deslumbrado por la belleza de esta mujer de toilettes maravillosas, el Narrador, que ha trabado amistad con su hija en los Champs-Elysées y que frecuenta a la familia, acechará su paso en la alameda de las Acacias, en el Bois de Boulogne; y cuando, a través de su hija Gilberte Swann, penetre en la intimidad de la familia, contemplará a Odette seguida de numerosos hombres, entre ellos Swann, atrayendo la admiración de los paseantes en los Champs-Elysées. De hecho, cuando su amor por Gilberte empiece a enfriarse, seguirá acudiendo al domicilio de los Swann únicamente por el placer de verla.

Una vez casada con Swann (A la sombra de las muchachas en flor), Odette quiere terminar con su pasado de cocotte; la novela narra la evolución de su salón y su intento de ascensión social, que no verá culminado; la buena sociedad sigue manteniéndola apartada, pese a los esfuerzos de Odette por acercarse a sus ideas: frente al dreyfusismo de Swann, Odette mantendrá su salón dentro del antidreyfusismo y formará parte de las ligas de mujeres antisemitas; su posición le abre algunas puertas, como las de la marquesa de Villeparisis, pero en una soirée de ésta la duquesa de Guermantes se niega a saludarla (La parte de Guermantes). Ha cambiado además su estilo de vida, de decoración: el japonismo que invadía su domicilio de la calle de La Pérouse en su etapa de amante de Swann ha desaparecido de su mobiliario. En Sodoma y Gomorra la duquesa sigue negándose a que le sea presentada, a pesar de que su salón va adquiriendo importancia, con Bergotte como estrella principal y con invitados que pertenecen al círculo Guermantes, como Louis de Turenne, el príncipe de Agrigento o incluso Hannibal de Bréauté; se permite incluso, cuando Mme. Verdurin consigue acceder a la mejor sociedad, negar su pasada amistad.

En La fugitiva, tras la muerte de su marido, se casa con Forcheville, que adopta a Gilberte y derrocha buena parte de la fortuna que les ha dejado Swann. Y trata de impedir que Gilberte se case con Saint-Loup, que sin embargo se convierte en protector generoso de ambas. Después de la guerra (El tiempo recobrado), el Narrador —que ha descubierto que estuvo casada con un conde de Crécy al que arruinó, y que es prima hermana de Jupien— la encuentra, siempre hermosa, como si el tiempo respetase su belleza, convertida «en un desafío a las

leyes de la cronología» y en querida del duque de Guermantes: su ascensión social ha llegado a la cumbre; no le importa que sus propios invitados la desprecien, se siente satisfecha de sí misma. Pero sigue siendo la cocotte de siempre, la que engañaba a Swann y engaña ahora al duque con amantes de uno y otro sexo: Elstir, que habría sido su amante, la había pintado en el pasado travestida como Miss Sacripant.

Odette es el retrato de la cocotte fin de siglo, elegante, falsamente refinada, adepta de la moda y de la sociedad mundana, a las que termina imponiéndose. Para Swann, su vida, sus costumbres y sus sentimientos serán siempre un misterio, lo mismo que para el Narrador los de Albertine; ambas mujeres son seres de fuga, que se escapan a quienes más cerca viven de ellas, Modelos; numerosas amigas y conocidas de Proust, desde Lauro Hayman, amante de su tío Louis Weil —que se sintió retratada—, Mme. Straus, Marguerite de Pierrebourg, Mme. de La Béraudière —amante del viejo conde Greffulhe—, y Clomesnil, cocotte de la época en la que Proust pensó «un instante, cuando se pasea en el Tiro de Pichón».

Swann, M.

Padre de Charles Swann, agente de cambio, con quien la familia del Narrador mantiene trato en Combray.

Swann, Mme.

Madre de Charles Swann, amante del duque de Berry, de quien, según algunos rumores del faubourg Saint-Germain, Charles sería hijo.

Théodore

Dependiente de la tienda de ultramarinos de Camus, en Combray, que también sirve en la iglesia como chantre, encargado del mantenimiento del templo y acompañante de las visitas a la cripta. En Combray goza de mala fama, a pesar de su cara ingenua de ángel, y Gilberte contará al Narrador que, de niños, jugaba con él y otros muchachos de Roussainville-le-Pin a juegos prohibidos. En La prisionera, aparece como cochero de un amigo de Charlus, antes de convertirse en farmacéutico en Méséglise, protegido, como homosexual, por Legrandin; desde ahí escribirá al Narrador una carta —firmada con su apellido, Sanilon (Sautton)— para felicitarle por un artículo en Le Figaro. Su hermana será doncella de la baronesa Putbus. Modelo: Víctor Ménard, recadero de la tienda Legué y monaguillo en Illiers.

Teodosio II

Rey de un país oriental que visita oficialmente París y cuyo discurso en el Elíseo es comentado por Norpois, que habló largo rato con él, durante su cena en casa del Narrador (Por la parte de Swann). Modelo: la visita del zar Nicolás II a París en octubre de 1896.

Tía abuela del Narrador

Prima del abuelo del Narrador y madre de la tía Léonie, es la propietaria de la casa de Combray. Su pasatiempo favorito consiste en hacer rabiar a la abuela del Narrador y a Swann. Tuvo una juventud tormentosa, según Bloch, quien por esta insinuación será expulsado de la casa de la familia. Disfruta diciendo cosas desagradables a todo el mundo, incluidas las personas que ama; sin embargo, su gran sentido del deber la impulsa a dejar su fortuna a una sobrina con la que se ha peleado y con la que no se habla, pero a la que le corresponde la herencia. En el texto no está clara la filiación de la tía abuela del Narrador; a veces se la denomina «tía», en otras se la

confunde con la tía Léonie; se la declara también «prima de mi abuela» en un pasaje donde su hija Léonie es «prima hermana de mi abuela».

Tours, Vizcondesa de

La duquesa de Guermantes ve a esta mujer encantadora, apellidada Lamarzelle, en casa de la princesa d'Épinay (La parte de Guermantes).

Trania, Princesa de

Aparece en casa de Mme. de Forcheville, cuando Odette ya se ha convertido en amante del duque de Guermantes (El tiempo recobrado).

Tresmes, Mme. de

Dorothée Tresmes, hija del conde de Bréquigny, va a casa del duque de Guermantes para anunciarle que su pariente Amanien d'Osmond está en la agonía (Sodoma y Gomorra).

Trombert, Mme.

Frecuenta el salón de Odette, a cuyo té acude regularmente (A la sombra de las muchachas en flor).

Turquía, Embajadora de

El Narrador entra en contacto con esta mujer en el salón de la duquesa de Guermantes (Sodoma y Gomorra). Ambiciosa y malvada, utiliza la calumnia como arma; pese a ello, la princesa de Guermantes hará un gran elogio de esta mujer que es, para el Narrador, un ejemplo de sadismo.

Valcourt, Édith, Mme. de

Amiga de Mme. de Mortemart, asiste a la soirée de los Verdurin en que Morel da un concierto. Sin embargo, su amiga —secundada por Charlus— la excluirá del concierto que con el mismo artista se va a dar en su casa (La prisionera).

Vallenéres, M.

Archivero que asiste a la matinée de la marquesa de Villeparisis, a la que sirve de secretario y gerente a ratos. Antidreyfusista y secretario de los comités antirrevisionistas del proceso, Mme. de Villeparisis le pedirá que haga de doncella, lo que le vale las burlas de los invitados. Descubrirá la palabra «mentalidad» al duque de Guermantes (La parte de Guermantes).

Varambon, Mme. de

Dama de honor de la princesa de Parma, y mujer excelente pero limitada y estúpida: durante la soirée de la duquesa de Guermantes cree que el Narrador es pariente del almirante Jurien de la Graviére (La parte de Guermantes). En El tiempo recobrado la duquesa de Guermantes se acuerda de ella. Modelo: la baronesa de Galbois, dama de honor de la princesa Mathilde.

Vaudémont, Marqués Maurice de

Uno de los dos amigos del joven rico que, con su amante, una actriz del Odéon, forma grupo aparte en el Grand-Hôtel de Balbec; suelen ir a cenar a Rivebelle. A través de Maurice de Vaudémont, el aristocrático amigo invita al Narrador a almorzar (A la sombra de las muchachas en flor).

Vaugoubert, Marqués de

Diplomático francés que, según Norpois, fue el artífice del acercamiento entre Francia y el Estado del rey Teodosio II, que lo menciona elogiosamente durante un discurso oficial en el Elíseo (A la sombra de las muchachas en flor). En la soirée de la princesa de Guermantes revela su inclinación homosexual en un aparte con Charlus en que le habla de jóvenes diplomáticos (Sodoma y Gomorra); el barón se negará más tarde a salir con él por su escaso cuidado para ocultar esas inclinaciones y su manía de feminizar los nombres. A raíz de la segunda visita del rey Teodosio, será revocado de su puesto tras un incidente: la reina Eudoxia habla largamente con su mujer, irritando a las esposas de sus superiores (La prisionera). Durante la guerra, pierde a su hijo y se derrumba de dolor (El tiempo recobrado). Modelo: el marqués de Montebello, embajador francés en San Petersburgo, revocado en 1902 a raíz de un incidente cortesano de su esposa.

Vaugoubert, Marquesa de

Esposa del anterior, con quien asiste a la soirée de la princesa de Guermantes; de aire masculino, lleva la voz cantante en el matrimonio; su marido hace de ella un retrato muy breve: «Era un hombre». (Sodoma y Gomorra). Sin querer, y a pesar de su gran inteligencia, provoca la desgracia de su marido monopolizando la

conversación de la reina Eudoxia en detrimento de las esposas de los ministros franceses. Modelo: la esposa del marqués de Montebello, que durante la visita de los zares no se quitó el sombrero cuando lo hizo la reina Alejandra, imitada por todas las damas de la concurrencia. Al parecer, el peinado era un postizo unido al sombrero.

Vaugoubert

Hijo de los anteriores, que mira apasionadamente al Narrador. Será herido siete veces durante la guerra antes de resultar muerto (El tiempo recobrado).

Vélude, Vizcondesa de

Hermana de la condesa de Montpeyroux, y, como ésta, de una gordura enorme que motiva las burlas del círculo Guermantes (La parte de Guermantes).

Vendedora de cristalería

Joven veneciana, de la que el Narrador se enamora durante su viaje a Venecia, y a la que desea llevar a París (La fugitiva).

Verdurin, M.

Este personaje vicario, dominado por su mujer cuyas opiniones refrenda siempre, posee dos nombres en la novela: Auguste y Gustave. Secunda a su mujer en los odios y «ejecuciones» que se producen en su salón, y gusta de la intriga, la hipocresía social y la siembra de

cizaña. Por sí mismo, se muestra cruel, insolente y cobarde con Saniette: aprovechándose de la timidez del archivero, lo maltrata regularmente de manera agresiva; pero cuando Saniette sufre un ataque y está arruinado, propone a su mujer crearle una renta para que no tenga que abandonar su piso. Amigo de Cottard, declara no dar ninguna importancia a los títulos aristocráticos, pese a lo cual se precia de conocer la jerarquía nobiliaria cuando, por torpeza, otorga la prelación a Cottard frente a Charlus.

En verano alquila en Normandía la propiedad de La Raspeliére, adonde acuden los fieles del salón de su mujer. M. Verdurin sólo toma las riendas de las decisiones del matrimonio en una ocasión: cuando amonesta a Morel por sus relaciones con Charlus, incitándole a la ruptura para no acabar mal. Vive en el mundo de su salón y no le gusta cambiar sus hábitos, hasta el punto de replicar con una frase del duque de Guermantes cuando Saniette le anuncie la muerte de una habitual del salón, la princesa Sherbatoff: «Usted siempre exagera», para no renunciar a su recepción. Siente horror ante la idea de su propia muerte, que se produce durante la guerra, poco después de la de su amigo Cottard. El Narrador terminará enterándose por el Journal de los Goncourt de que, antes de casarse y darse a la morfina, era un gran crítico de arte en la La Revue, autor de un libro sobre Whistler y uno de los primeros defensores de la pintura de Elstir, para quien era «el cerebro que había tenido de su pintura la visión más justa». Modelos: Albert Arman de Caillavet y Émile Straus.

Verdurin, Mme.

Sidonie Verdurin, esposa del anterior, llamada «la Patrona» por los fieles de su salón, abre su casa de la calle Montalivet y luego su palacete del quai Voltaire los miércoles —de los que hace una «obra de arte»— para escuchar música y hablar de política o del tema que ella impone; tanto el salón como su ficción de amor por el arte y el buen gusto tienen un objetivo: darse a conocer en la mundanidad de París y cumplir su sueño de elevación social. Mujer de la burguesía

que odia a los «pelmas» de la aristocracia al principio de la novela, encarna el ejemplo de una ascensión: terminará reinando en el faubourg Saint-Germain como esposa del duque de Guermantes, con el que se casa en terceras nupcias. De cultura superficial, convierte su salón en templo de la música, arte en el que se declara entendida: durante las audiciones, marca esa sensibilidad musical con gestos que sus habituales conocen perfectamente: hay composiciones capaces de enfermarla porque su hiper-sensibilidad musical es incapaz de soportar tanta belleza; cuando esto ocurre, hunde su cabeza entre las manos indicando a sus fieles que la música ha empezado a alterar sus nervios. También se precia de entendida en arte, hasta el punto de afirmar que ha enseñado a Elstir a hacer ramilletes y le ha dado a conocer las flores para sus naturalezas muertas, o de proteger los ballets rusos cuando llegan a París. Con Elstir, al que en el clan de los Verdurin se conoce como «Biche» —también «Tiche»—, terminará rompiendo después de su matrimonio Brichot, Cottard, Ski, Elstir, Saniette, la princesa Sherbatoff —«fiel de fieles», a cuya muerte afecta indiferencia—, Mme. Bontemps —su mejor amiga— y, en distintas etapas, Odette de Crécy, Charles Swann, el conde Forcheville, Bergotte, su sobrino Octave, escritor de prestigio, etc., forman el núcleo más firme de sus «habitués», a los que controla con mano férrea tanto en su tiempo —teme que se le escapen en vacaciones— como en sus sentimientos: obliga a Brichot a romper con una lavandera a la que tiene por amante. Desde el primer momento se convierte en egeria de los amores de Odette de Crécy y Charles Swann, que no le gusta cuando se entera de que tiene por amigos a duques y príncipes: después de declararlo un «pelma», interfiere en esos amores colocando una noche a Forcheville y a Odette en su carruaje al tiempo que despide a Swann, y alejándola de París con viajes y cruceros; pese a ello, todos sus esfuerzos son inútiles para provocar una ruptura definitiva entre ambos («Un amor de Swann»).

En el momento del affaire Dreyfus, esta anticlerical, y a la vez antisemita, se muestra partidaria de la revisión del proceso del capitán judío: por su salón pasan los principales protagonistas del caso, desde Mme. Zola durante el proceso de su marido a Picquart y Fernand Labori (La parte de Guermantes). En Sodoma y Gomorra su salón va

adquiriendo importancia, sobre todo como salón musical; alquila el castillo de La Raspeliére, cerca de Balbec, a Mme. de Cambremer, plantándose allí con su propio mobiliario: desprecia el mal gusto de los propietarios y finge no querer tratarlos por pertenecer a la nobleza; terminará peleándose con la marquesa de Cambremer porque ésta, aunque invita a algunos fieles de la «Patrona» como Cottard, no acepta a los Verdurin. Reúne, al igual que su marido, defectos y vicios como hipocresía social, despotismo y crueldad: de ésta da muestras con todos sus fieles, pero sobre todo con Brichot, muy enfermo en el momento en que le obliga a romper con la lavandera y con Mme. de Cambremer, de la que el profesor de la Sorbona se ha enamorado. También interviene en los amores de Albertine con el Narrador, que más tarde se enterará por las páginas de un pastiche del Journal de Edmond de Goncourt, de que en su juventud fue la «Madeleine» de Fromentin; según el Journal alentó el talento de Elstir y era una conocedora entusiasta de Normandía, aunque permanezca ajena a las bellezas de su paisaje.

En La prisionera está a punto de ver destruido su sueño de ascensión social: en una soirée en su casa, los invitados de Charlus —a quien había declarado «fiel de fieles»—, que son con los que ella sueña codearse, no sólo no le dirigen la palabra sino que se burlan de ella. Una vez convencida de que no puede convertir al barón en un «habitué» de su salón, Charlus pasa a ser su «bestia negra», y lo perseguirá de por vida con su odio: su mayor victoria consiste en lograr que Morel rompa con Charlus, a quien acusa, sin éxito, de espionaje al servicio de Alemania —lanzará la misma acusación contra la reina de Nápoles. Pero poco a poco va introduciendo al faubourg Saint-Germain en su casa: el éxito de los Ballets Rusos, de los que se ha convertido en protectora, atraen a su salón a los bailarines y a figuras como Stravinski y Straus; por sus puertas pasan el conde de Haussonville, el duque de Duras, la condesa Molé y los Guermantes: ahora ha dejado de odiar a los «pelmas». (El tiempo recobrado).

Muerto M. Verdurin, se casa con el duque de Duras, arruinado, que le da su primer título y le abre definitivamente las casas palaciegas. Y a la muerte del duque, se convierte en princesa de

Guermantes tras casarse con el príncipe de ese título, viudo y también arruinado, y de quien es prima por su segundo matrimonio Durante la guerra, la antigua Mme. Verdurin está en la cumbre de su fama: se la puede ver apreciar el sabor de su primer cruasán, que ha conseguido gracias a Cottard, mientras los periódicos de la mañana narran el naufragio del Lusitania; en ese período, junto a su amiga Mme. Bontemps, se convierte en una de las reinas de París, anfitriona de la famosa matinée de la princesa de Guermantes en El tiempo recobrado. Modelos: Léontine de Caillavet, que también recibía los miércoles y se creía perseguida por los «pelmas»; Mme. Aubernon, autoritaria y despótica con sus fieles, a los que también llevaba a su casa de campo; Mme. Lemaire, a la que sus habituales llamaban «la Patrona»; Mme. Menard-Dorian; Mme. de Saint Victor y Cecilia Blumenthal, que, al enviudar en 1917, se casó con Louis de Talleyrand Périgord.

Villemandois, Marqués de

Sobrino de la duquesa de Guermantes, que aparece en la matinée que da la princesa de ese título en El tiempo recobrado, y pide ser presentado al Narrador; termina acordándose de él, pero no de su antigua enemistad.

Villemur, Mme. de

Durante una soirée en casa de la princesa de Guermantes, el pintor Detaille admira su cuello, permitiendo a la princesa presentarla al artista (Sodoma y Gomorra).

Villeparisis, Marquesa de

Madeleine de Bouillon, nacida hacia 1820, tía de los duques de Guermantes y marquesa de Villeparisis, es una de las amigas de la infancia del Narrador, con quien se encuentra en el Grand-Hôtel de Balbec durante la primera estancia del niño; ahí pasea en su coche a la abuela y al Narrador por los alrededores, y los presenta a su sobrino nieto Saint-Loup y a su sobrino el barón de Charlus. En el salón del castillo de sus padres ha conocido a Chopin, Liszt, Lamartine, Hugo, Balzac y Chateaubriand: al hablar de sus gustos literarios, Proust la convierte en abanderada de las teorías críticas de Sainte-Beuve. Amable, liberal y afectando sencillez, engaña al Narrador, a quien le cuesta creer que sea una Guermantes; el prestigio de ese apellido no le conmueve como en el caso de los duques, porque conoce a la marquesa desde la infancia.

A duras penas logra reconstruir su historia: muy bella en su juventud, hizo un matrimonio «desigual» con el duque d'Havre —padre de Mme. Sazerat, al que arruinó enseguida y abandonó luego— que provocó el rechazo de la familia Guermantes. Desde La parte de Guermantes trata de reconstruir un salón que pueda ser digno de su apellido, y donde el Narrador encuentra a M. de Norpois, viejo amante de la marquesa, a Charlus, Saint-Loup, la condesa de Marsantes, la duquesa de Guermantes, etc.; pero el camino está sembrado de obstáculos que ella misma pone: recibe, por ejemplo, a Odette Swann, rechazada por los demás salones de su familia. La larga charla que mantiene con el Narrador en el trenecito de Balbec (Sodoma y Gomorra) terminará provocando la ruptura de éste con la princesa Sherbatoff. Aficionada al arte, pinta cuadros de flores.

El Narrador vuelve a encontrarla, envejecida, jorobada y espantosa, en Venecia, acompañada por su viejo amante M. de Norpois (La fugitiva). Poco más tarde, en El tiempo recobrado, se entera de su muerte, ocurrida en el ostracismo del mundo aristocrático; ha dejado unas Memorias. Modelos: la condesa Sophie de Beaulaincourt, tía abuela de Boni de Castellane, que pagó un error de juventud cuando quiso recuperar la situación social debida a su apellido; pintaba flores, lo mismo que Mme. Lemaire; Mme. Finaly, con la que Proust paseaba en coche por Normandía en 1892; y Mme. de Boigne, autora de unas Mémoires.

Vinteuil, M.

Compositor y organista de aldea, antiguo profesor de piano de las tías abuelas y de la abuela del Narrador; vive retirado con su hija en Montjouvain, cerca de Combray, donde su hija tiene mala reputación. Conserva los prejuicios de la burguesía y se niega a recibir a la mujer de Swann, por considerar escandaloso su matrimonio. Pese a llevar su bondad y su cortesía hasta el escrúpulo, critica las nuevas costumbres de la juventud y conoce las lésbicas de su hija, que le hacen sufrir; pero acepta bajo su techo a una de sus amigas. Durante su enfermedad, causada en parte por ese sufrimiento, será cuidado por una eminencia de la medicina, el doctor Potain; una vez muerto, su memoria es profanada por su hija en una escena sádica con su amiga. Swann oye en el salón de los Verdurin su sonata —y más tarde asiste, en La prisionera, al estreno de su Septeto, dirigido por Morel—, y no consigue creer que ese personaje, al que ha tratado en Combray, pueda ser un gran compositor reconocido y el autor de esa música que se convierte en el himno de su amor por Odette (Por la partee de Swann) y que es comparable a Wagner. La «pequeña frase» de la sonata creada por Vinteuil recorrerá la vida de Swann y la novela, con Albertine y Morel como intérpretes.

Vinteuil, Mlle.

Hija del anterior, vive con una amiga de mala reputación que escandaliza a la burguesía de Combray. De voz masculina y aires rudos de chico, por su mirada pasaba a menudo una expresión dulce y delicada. El Narrador las encuentra un día en Montjouvain besándose y escupiendo sobre el retrato de Vinteuil, que ya ha muerto (Por la parte de Swann): la escena, cargada de sadismo, hará pensar más tarde al Narrador en la adoración que debía de sentir por su padre, y que era la condición misma del sacrilegio de esa joven. En Sodoma y Gomorra el Narrador descubre, aterrado, que las mejores amigas de Albertine son Mlle. Vinteuil y su amante Léa: la escena de

Montjouvain vuelve a su mente y le hace preguntarse por las costumbres de Albertine. En La prisionera, al saber que Mlle. Vinteuil estará en la soirée de Mme. Verdurin, consigue convencer a Albertine para que no vaya: el propio Charlus se alegra de que no acudan, porque Mlle. Vinteuil y sus amigas lo escandalizan. Las preguntas que el Narrador hace a Albertine sobre su relación con la hija del músico no le aclaran gran cosa y alimentan sus sospechas de que le miente. Pese al terror que le inspira, el Narrador reconoce que, junto con su amiga, ha contribuido a asegurar la gloria musical de su padre. Modelos: la hija del compositor Ernest Guiraud, y Juliette Joinville d'Artois, que vivía, aislada, cerca de Illiers.

Vinteuil, Amiga de Mlle.

De mayor edad que la hija del músico, esta amiga cuyo nombre no se dice, ya tiene mala reputación en Combray cuando se instala en la casa de Montjouvain; tiene talento para la música, y tras la muerte del compositor se dedica a rebuscar en sus papeles y a asegurar la fama póstuma del padre de su amiga, sobre cuya fotografía, en una escena de erotismo sádico que el Narrador contempla por la ventana, ha escupido (Por la parte de Swann). Es ella quien descifra la partitura del Septeto de Vinteuil que Morel estrena. También hizo de madre con Albertine; cuando ésta se lo confiese al Narrador, provocará pánico en el joven, aunque más tarde la propia Albertine le diga que esa confesión era otra mentira (Sodoma y Gomorra). Aunque su presencia y la de Mlle. Vinteuil están anunciadas en la soirée de los Verdurin, ninguna de las dos acude.

Viradobetski

Véase Ski.

Virelef, Mme. de

En La fugitiva Mme. de Virelef duda en invitar a su palco a Gilberte Swann y a la duquesa de Guermantes al mismo tiempo.

Vladimiro, Gran Duque

Personaje real, que durante la soirée de la princesa de Guermantes se ríe de Mme. D'Arpajon, que ha sido empapada por un surtidor.

Yourbeletieff, Princesa

Princesa rusa, amiga de Mme. Verdurin; ambas protegen a los Ballets rusos, a cuyas representaciones asisten (La prisionera).

Diccionario 3

Lugares de «A la busca del tiempo perdido».

Balbec

Población balnearia en Normandía —o en Bretaña— donde el Narrador pasa sus primeras vacaciones con su abuela (A la sombra de las muchachas en flor). En principio, la ciudad está situada en la costa normanda, y el atractivo que ofrece para el Narrador es su iglesia persa: de ahí ese nombre de resonancias libanesas y una sílaba final propia de topónimos normandos. En esas primeras vacaciones entra en contacto con Mme. de Villeparisis, que lo presenta a Roben de Saint-Loup primero y luego a su sobrino Charlus. El conocimiento del pintor Elstir servirá para que el Narrador trabe amistad con la pandilla de muchachas entre las que se encuentra Albertine. Volverá a Balbec en dos ocasiones más; durante su segunda estancia, acompañado ahora por su madre, el Narrador profundiza su amistad con Charlus y traba contacto con Morel, el clan de los Verdurin y Mme. de Cambremer y su familia (Sodoma y Gomorra). Largos paseos y excursiones con Albertine por la región —el «auténtico país de los cimerios»— le permiten amar sus paisajes, que relaciona con la

Francia inmemorial. La tercera visita a Balbec será más breve (La fugitiva).

Los centros de la estación balnearia de Balbec son: el Grand-Hôtel, donde se alojan el Narrador, su abuela y su madre en sus distintas estancias, edificado por la pluma de Proust a partir del Hotel des Roches-Noires de Trouville, el Splendide de Évian y el Grand-Hôtel de Cabourg; el Casino, lugar elegido por la pandilla de muchachas para bailar y divertirse: en él surgirán las primeras inquietudes del Narrador al ver bailar a Albertine y a Andrée en una postura que más tarde le explicará parte de la sexualidad de Albertine.

Proust construye Balbec a partir de las playas visitadas en sus vacaciones desde la infancia: Trouville, Dieppe y Cabourg, sobre todo; en segundo lugar, Évian, donde veraneaban sus padres; Beg-Meil, en Bretaña, que conoció con Reynaldo Hahn.

Carquethuit

Nombre de lugar, situado cerca de Doville, en Normandía, cuyo puerto pinta Elstir en El puerto de Carquethuit —descrito como una mezcla de dos cuadros del inglés Turner, Plymouth y Scarboroug—; el pintor recomienda al Narrador visitarlo (A la sombra de las muchachas en flor).

Carqueville

Población de Normandía, cerca de Balbec, a la que Mme. de Villeparisis lleva al Narrador y a su abuela (A la sombra de las muchachas en flor). Aunque el Narrador acude para admirar la belleza de su iglesia, luego se dedica a intentar seducir a unas muchachas campesinas que encuentra.

Chantepie, Bosque de

Bosque cercano a Balbec, también conocido como Canteloup, por el que el Narrador pasea en coche con Mme. de Villeparisis primero y luego con Albertine (Sodoma y Gomorra).

Combray

Población que Proust terminará situando en el Este de Francia, cerca del frente, durante la guerra de 1914; en ella se desarrolla el relato esencial de Por la parte de Swann —da título a la primera de sus partes: «Combray»—, narrando las vacaciones de la familia del Narrador, oriunda de esa localidad. Supone el primer contacto del niño narrador con el mundo externo, cuando todavía está unido a su madre por el cordón umbilical del beso de buenas noches: la casa de la tía Léonie, el pequeño jardín, los dos rumbos que toman los paseos de la familia, con la parte de Méséglise —o parte de Swann- y la de Guermantes, encarnación de dos símbolos: el de la vida social de Swann, con sus sueños de arte y cultura, y el de los Guermantes, o del prestigio fabuloso del mito. Ambas partes esbozan todas las relaciones futuras del Narrador: la parte de Swann, las familiares, con sus escenas de interior y paz doméstica, paisajes de espinos blancos y lilos, y las amorosas, con Gilberte vista por primera vez en su propiedad de Tansonville, acompañada por Mme. Swann y Charlus. En La parte de Guermantes se anudan los sueños de una irrealidad que terminará concretándose en el contacto físico con sus personajes, con la duquesa Oriane vista en la iglesia, y el mundo del prestigio y la magia cuya genealogía le hace remontarse hasta los antepasados de los duques, hasta Gilberto el Malo y Genoveva de Brabante. En una primera etapa, la Combray narrativa estaba situada cerca del lugar familiar de Illiers, en la región de Chartres, a 24 kilómetros de esa capital. En 1914 Proust la sitúa entre Reims y Laon, muy cerca de las líneas alemanas, que terminarán ocupando parcialmente Combray.

Creuniers, los

Paraje de acantilados pintado por Elstir en A la sombra de las muchachas en flor; cuyo resultado sobre el lienzo se asemeja a una catedral rosa; el Narrador visitará ese lugar —visita encarecidamente recomendada por Elstir— guiado por Andrée, después de la fallida partida de hurón. El paraje real se halla en la región de Trouville.

Donciéres

Ciudad normanda, cerca de Balbec, donde está acantonado el regimiento de Robert de Saint-Loup, que invita al Narrador a visitarle. No lo hará en A la sombra de las muchachas en flor, entretenido como está por su pasión por las muchachas. En La parte de Guermantes, sin embargo, pasa unos días, alojándose en su hotel y describiendo la vida de la guarnición y las maniobras militares, que dan pie a Saint-Loup y a sus amigos para largas charlas sobre estrategia militar, elevada a categoría de arte. Proust dota la ciudad de plaza, catedral, restaurante y un apeadero, Donciéres-la-Goupil. En esa ciudad, en la que Saint-Loup se convierte en amante de Mme. de Cambremer y Charlus entabla su relación con el violinista Morel, el Narrador estará acompañado por Albertine. Proust ha construido Donciéres a partir de Orléans —donde hizo su servicio militar—, Fontainebleau —donde pasó una temporada con Léon Daudet en 1896, y donde cumplieron su servicio militar amigos como Daniel Halévy y Louis de la Salle, a los que visitó— y Versalles.

Doville

Estación de ferrocarril de Balbec, donde termina el recorrido del trenecito utilizado por los habituales del clan Verdurin para ir al castillo de La Raspeliére (Doville-Féterne). (Sodoma y Gomorra).

Féterne

Nombre del castillo de los Cambremer, situado en Normandía, donde Mme. de Cambremer da sus matinées para la buena sociedad local. Proust utiliza como modelo la villa Bassaraba, de los Brancovan, en Amphion, a orillas del lago Léman.

Guermantes

Castillo situado a 10 leguas de Combray, poblado por los personajes y escenas de los vitrales de la iglesia en las ensoñaciones infantiles del Narrador. Esa residencia de los duques de Guermantes es uno de los dos rumbos que toman los paseos de la familia: rumbo o «parte» cuyo referente real es el pueblo de Saint-Eman, cerca de Illiers. El nombre está sacado de un castillo construido según planos de Le Nótre durante el reinado de Luis XIV, a varios kilómetros al Este de París. Y como modelos Proust utilizó los castillos de Goussencourt, en Saint-Eman, y de Villebon, cercanos ambos a Illiers.

Hudimesnil

Pueblo próximo a Balbec, que el Narrador visita durante un paseo con la marquesa de Villeparisis y su abuela (A la sombra de las muchachas en flor): viendo su campanario y tres árboles cercanos al pueblo, y sin que adivine el motivo, el Narrador experimenta una sensación de felicidad semejante a la que le habían producido los campanarios de Martinville.

Maineville

Población cercana a Balbec, que posee una «casa de mujeres» donde Charlus quiere sorprender a Morel en infidelidad: prepara para

ello una intriga que desbarata los proyectos del violinista Morel.

Martinville-le-Sec

Población aledaña a Combray, cuyos dos campanarios ve el Narrador durante un paseo en que el doctor Percepied lo recoge junto a sus padres; a esos dos campanarios se añade el de Vieuxvicq; en el propio coche siente una felicidad que propicia la escritura inmediata de sus impresiones (Por la parte de Swann). El referente real probable es Marcheville, localidad cercana a Illiers.

Méséglise

Población situada a varios kilómetros de Combray, que constituye uno de los dos rumbos por los que la familia del Narrador orienta sus paseos; también recibe el nombre de «parte de Swann» por estar situada en él la propiedad de Tansonville, camino de Méséglise-la-Vineuse. El otro rumbo, totalmente opuesto, es Guermantes. El Narrador desconoce que entre ambas partes existe un camino que las une hasta que al final de la novela se lo confiesa Gilberte. El modelo es una aldea, Méséglise, situada al noroeste de Illiers.

Mirougrain

Finca de los alrededores de Combray, perteneciente a tía Léonie, que la frecuentaba antes de encerrarse definitivamente en su cuarto (Por la parte de Swann). Proust la construye sobre una casa de campo habitada por una extraña joven, Juliette Joinville d'Artois, personaje utilizado a su vez como uno de los modelos de Mlle. Vinteuil.

Montjouvain

Casa del músico Vinteuil y de su hija, a la que en una ocasión acuden los padres del Narrador para oír a su dueño tocar el piano. En esta casa ocurre una de las escenas claves: el Narrador sorprende fortuitamente, desde un talud, a Mlle. Vinteuil y a su amiga besándose y escupiendo sobre el retrato del padre ya muerto (Por la parte de Swann).

París

La capital de Francia ocupa un lugar importante en la novela; en ella transcurre «Un amor de Swann», la primera parte de A la sombra de las muchachas en flor, La parte de Guermantes —casi íntegramente —, y los tres últimos volúmenes. Pese a esta presencia, el Narrador describe poco la ciudad, salvo su evolución y desarrollo por el Oeste —zona a la que se traslada la alta sociedad y donde el príncipe de Guermantes se construirá su palacete (El tiempo recobrado)—, la vida de la ciudad durante los bombardeos alemanes y alguna zona: los jardines de los Champs-Élysées —donde juega en la infancia con Gilberte—, el faubourg Saint-Germain, el Bois de Boulogne —adonde acude para pasear y, sobre todo, para ver a Odette—, y el Trocadéro —donde el Narrador manda a Françoise en busca de Albertine.

Pierrefonds

Castillo cerca de Compiégne que Odette visita acompañada por los Verdurin durante sus primeras relaciones con Swann (Por la parte de Swann).

Raspeliére, La

Castillo de los Cambremer, próximo a Balbec, que los Verdurin alquilan en Sodoma y Gomorra; los nuevos inquilinos entran sin respetar nada, ni el mobiliario ni la decoración, en nombre de su «buen gusto», hasta el punto de que el jardinero se queja a Mme. de Cambremer. En ese castillo, el clan Verdurin sigue celebrando en verano sus soirées, a las que los habituales se dirigen en el trenecito de Balbec que tiene su término en Doville. Proust utiliza principalmente como modelo la villa «Les Frémonts», en Trouville, propiedad de una familia amiga, los Baignéres, y la casa de campo de Mme. Aubernon, en Louveciennes, llamada «Coeur volant».

Rivebelle

Localidad balnearia, cercana a Balbec, adonde acuden regularmente a cenar Saint-Loup y el Narrador durante la primera estancia de éste (A la sombra de las muchachas en flor). En ese restaurante ven por primera vez a Elstir. Proust construye el nombre sobre Riva-Bella, pueblo cercano a Cabourg, y Belle-Rive, a orillas del lago de Ginebra.

Roussainville-le-Pin

Pequeña población cercana a Combray, dotada de torreón, en la ruta de Méséglise; a su mercado acude Françoise los sábados, alterando la organización de ese día de la semana. También a Roussainville iba Gilberte a jugar de niña. A menos de dos kilómetros al Sur de Illiers, una pequeña aldea lleva el nombre de Roussainville; y otra, al Norte de Illiers, el de Bailleau-le-Pin.

Saint-André-des-Champs

Iglesia cercana a Combray, de pórtico con esculturas a cuyas caras se asemejan las de François y Théodore, el mozo de la tienda de Camus. Proust utiliza Notre-Dame-des-Champs, de Châteaudun, y la de Saint-Loup-de-Naud como referentes góticos.

Saint-Hilaire

Nombre de la iglesia de Combray, a cuyo alrededor se organiza la vida de la ciudad, y cuyo campanario resulta visible desde cualquier punto de esa población; desde él se divisa, según explica el párroco durante una visita a tía Léonie, una espléndida perspectiva del valle circundante. En esa iglesia verá el Narrador por primera vez a la duquesa de Guermantes, en la capilla de Gilberto el Malo, el día de la boda de la hija del médico del pueblo, el doctor Percepied (Por la parte de Swann).

Tansonville

Residencia de Swann, cerca de Combray, en la parte de Méséglise. Durante un paseo con su padre y su abuelo, el Narrador divisa a una niña a la que más tarde encontrará en los Champs-Élysées, Gilberte, acompañada por Mme. Swann y por el barón de Charlus. Los padres del Narrador no visitan la finca desde el matrimonio de Swann con Odette de Crécy. En un repecho cercano a la casa, por donde caminan durante sus paseos, está el matorral de espinos blancos, de los que el Narrador se despedirá emotivamente, en un pasaje célebre, al término de sus vacaciones en Combray. En La fugitiva, Gilberte Swann, convertida en Mme. Saint-Loup, se instala en Tansonville, donde recibe unos días la visita del Narrador; durante la guerra, Gilberte se refugia también en esa finca, que será invadida por los alemanes (El tiempo recobrado). Proust da ese nombre, el de un castillo situado a tres kilómetros de Illiers, a la figuración novelesca del jardín del Pré-Catelan, de su tío Jules Amiot.

Thiberzy

Pequeña localidad en los alrededores de Combray, a la que van en busca de una comadrona para que ayude en el parto de la fregona (Por la parte de Swann).

Venecia

Desde Por la parte de Swann, Venecia vive en la ensoñación del Narrador, pero debe renunciar a su primer proyecto de viajar a esa ciudad italiana por enfermedad. En La prisionera será la presencia de Albertine la que haga imposible el viaje. En La fugitiva lo realiza por fin, acompañado por su madre.

Vieuxvicq

Localidad cercana a Combray, cuyo campanario se mezcla, durante la perspectiva de un paseo en el carruaje del doctor Percepied, con los dos campanarios de Martinville.

Vivonne

Curso de agua de Combray, situado en La parte de Guermantes, cuyo manantial, que no consigue encontrar, convertirá el Narrador en la entrada de los Infiernos. Proust tomó por modelo el Loira, prestándole el nombre de un regato de Illiers, el Thironne.

Bibliografía

I. Estudios bibliográficos

Alden, Douglas W.: Marcel Proust and his French Critics. Los Ángeles, Lyman-house, 1940.

Bonnet, Henri: Marcel Proust de 1907 a 1914. —Bibliographie générale. 2 vols. Nizet, 1971 y 1976.

Chantal, René de: Marcel Proust critique littéraire. Les Presses de L'Université de Montréal, Montreal, 1967.

Graham, Víctor E.: Bibliographie des études sur Marcel Proust et son oeuvre. Droz, Ginebra, 1976.

Tadié, Jean-Yves: «Bibliographie thématique» in Proust, Belfond, 1983.

Rancoeur, René: «Bibliographie de Marcel Proust, 1971-1982», in Études proustiennes, I-VI. Gallimard, 1973-1987.

II. Obra de Marcel Proust

Les Plaisirs et les Jours. Illustrations de Madeleine Lemaire, préface d'Anatole France et quatre piéces pour piano de Reynaldo Hahn. Calmann-Lévy, París, 1896.

John Ruskin, La Bible d'Amiens. Traduction, notes et préface par Marcel Proust. Mercure de France, París, 1904.

John Ruskin, Sésame et les lys. Traduction, notes et préface par Marcel Proust. Mercure de France, 1906.

À la recherche du temps perdu, I: Du côté de Chez Swann. Bernard Grasset, París, 1913. (2.a edición, Gallimard, N. R. F., 1919).

Pastiches et mélanges. Gallimard, N. R. F., París, 1919.

À la recherche du temps perdu, II: À L'ombre des jeunes filles en fleurs. Gallimard, N. R. F., París, 1919.

À la recherche du temps perdu: Le Côté de Guermantes I. Gallimard, N. R. F., París, 1920.

À la recherche du temps perdu: Le Côté de Guermantes II: Sodome et Gomorrhe I.Gallimard, N. R. F., París, 1921.

À la recherche du temps perdu: Sodome et Gomorrhe II. Gallimard, N. R. F., París, 1922.

À la recherche du temps perdu: La Prisonniére (Sodome et Gomorrhe III). Gallimard, N. R. F., París, 1923.

À la recherche du temps perdu: Albertine disparue. Gallimard, N. R. F., París, 1925.

Chroniques. Gallimard, París, 1927.

À la recherche du temps perdu: Le Temps retrouvé. Gallimard, N. R. F., París, 1927.

Oeuvres complètes de Marcel Proust. Gallimard, N. R. F., París, 1929-1935, 18 vols.

Jean Santeuil. Gallimard, 1952.

Contre Sainte-Beuve, suivi de Nouveaux Mélanges. Gallimard, N. R. F., París, 1954.

Textes retrouvés, recueillis et présentés par Philip Kolb et Larkin B. Price, avec une bibliographie des publications de Proust (1892-1967). Urbana-Chicago, Londres, University of Illinois Press, 1968. [Ed. francesa: Gallimard, París, «Cahiers Marcel Proust», n.º 3, 1971].

Les Pastiches de Marcel Proust, édition critique et commentée par Jean Milly. Colin, París, 1970.

Jean Santeuil, précedé de Les Plaisirs et les Jours, édition établie par Pierre Clarac avec la collaboration d'Yves Sandre. Gallimard, «Bibliothéque de la Pléiade», París, 1971.

Contre Sainte-Beuve, précedé de Pastiches et mélanges, et suivi de Essais et articles, édition établie par Pierre Clarac avec la collaboration d'Yves Sandre. Gallimard, «Bibliothéque de la Pléiade», París, 1971.

Le Carnet de 1908, établi et présenté par Philip Kolb. Gallimard, París, «Cahiers Marcel Proust», n.º 8, 1976.

L'Indifférent. Préfacede Philip Kolb. Gallimard, París, 1978.

Matinée chez la princesse de Guermantes. Cahiers du «Temps retrouvé», édition critique établie par Henri Bonnet en collaboration avec Bernard Brun. Gallimard, París, 1982.

Poêmes. Présentés et annotés par Claude Francis et Fernande Gontier. Gallimard, París, «Cahiers Marcel Proust», n.º 10, 1982.

Albertine disparue. Édition originale de la derniére versión revue par L'auteur établie par Nathalie Mauriac et Étienne Wolff. Grasset, París, 1987.

Écrits de jeunesse 1887-1895. Textes rassemblés, établis, présentés et annotés par Anne Borrel, avec la collaboration de Alberto Beretta Anguissola, Florence Callu, Jean-Pierre Halévy, Pierre-Edmond Robert, Marcel Troulay et Michelle Bonduelle. Institut Marcel Proust International, Illiers-Combray, 1991.

Philippe Sollers: L'oeil Proust. Les Dessins de Marcel Proust. Stock, 1999.

III. Ediciones modernas de À la recherche du temps perdu

À la recherche du temps perdu. Texte établi et présente par Pierre Clarac et André Ferré. Gallimard, «Bibliothéque de la Pléiade», París, 1954, 3 vols.

À la recherche du temps perdu. Édition établie sous la direction de Jean Milly. Édition du texte, Introduction, Notes, Bibliographie par Bernard Brun et Anne Herschberg-Pierrot (Du Côté de chez Swann), Daniéle Gasiglia-Laster (À L'ombre des jeunes filles en fleurs), Elyane Dezon-Jones (Le Côté de Guermantes), Emily Eells-Ogée (Sodome et Gomorrhe), Jean Milly (La Prisonniére, La Fugitive, Le Temps retrouvé). Garnier-Flammarion, París, 10 vols, 1984-1987.

À la recherche du temps perdu. Introduction et préfaces par Bernard Rafalli. Texte établie par André Alain Morello (Du côté de chez Swann), Michelle Berman (À L'ombre des jeunes filles en fleurs, Sodome et Gomorrhe), Jo Yoshida (Le Côté de Guermantes), Thierry Laget (La Prisonniére, La Fugitive, Le Temps retrouvé). Editions Robert Laffont, París, 3 vols, 1987.

À la recherche du temps perdu, I. Édition publiée sous la direction de Jean-Yves Tadié, avec, pour ce volume, la collaboration de Florence Callu, Francine Goujon, Eugéne Nicole, Pierre-Louis Rey, Brian Rogers et Jo Yoshida. Gallimard, «Bibliothéque de la Pléiade», [edición completa en 4 vols.] París, 1987.

À la recherche du temps perdu, II. Édition publiée sous la direction de Jean-Yves Tadié, avec, pour ce volume, la collaboration de Dharntipaya Kaotipaya, Thierry Laget, Pierre-Louis Rey et Brian Rogers. Gallimard, «Bibliothéque de la Pléiade», París, 1988.

À la recherche du temps perdu, III. Édition publiée sous la direction de Jean-Yves Tadié, avec, pour ce volume, la collaboration de Antoine Compagnon et de Pierre-Edmond Robert. Gallimard, «Bibliothéque de la Pléiade», París, 1988.

À la recherche du temps perdu, IV. Édition publiée sous la direction de Jean-Yves Tadié, avec, pour ce volume, la collaboration de Yves Baudelle, Anne Chevalier, Eugéne Nicole, Pierre-Louis Rey, Pierre-Edmond Robert, Jacques Robichez et Brian Rogers. Gallimard, «Bibliothéque de la Pléiade», París, 1989.

À la recherche du temps perdu. Texte établi, presenté et annoté por Elyane Dezon-Jones (Du côté de chez Swann), Eugéne Nicole (À l'ombre des jeunes filles en fleurs, Le temps retrouvé), Bernard Brun (Le Côté de Guermantes I et II), Françoise Leriche (Sodome et Gomorrhe I et II), Nathalie Mauriac Dyer (La Prisonniére, suivi de Albertine disparue, La Fugitive). Librairie Genérale Française, «Le Livre de Poche», 1992-1993.

Oeuvres romanesques completes. CD-Rom. Champion Électronique, París, 1998.

IV. Correspondencia

1. Correspondencia general

Correspondance générale. Edición, clasificada por corresponsales, de Robert Proust, Paul Brach (para los cinco primeros) y de Paul Brach y Suzy Mante-Proust para el último. 6 vols, Plon, 1930-1936. [Selección muy incompleta, correspondiente únicamente a 1921-1922]

Correspondance. Edición de Philip Kolb. I-XXI vols, Plon, 1970-1993.

2. Selección de correspondencias particulares

Lettres á André Gide. Ides et Calendes, Neuchátel, 1949.

Lettres de Marcel Proust á Bibesco. Clairefontaine, Lausana, 1949.

Correspondance avec sa mere (1887-1905). Edición de Philip Kolb. Plon, 1953.

Lettres à Reynaldo Hahn. Edición de Philip Kolb, Gallimard, 1956.

Lettres retrouvées. Plon, 1966.

Marcel Proust y Jacques Riviére, Correspondance (1914-1922). Edición de Philip Kolb, Gallimard, 1976.

Marcel Proust y Gastón Gallimard. Correspondance (1912-1922). Edición de P. Fouché, Gallimard, 1989.

Mon cher petit. Cartas a Lucien Daudet. Gallimard, 1991.

Marcel Proust y D. Halévy. Correspondance. Fallois, 1992.

V. Bibliografía general sobre Proust

La enorme cantidad de estudios proustianos obliga a que esta bibliografía sólo sea indicativa: proporciona las principales herramientas de trabajo y obras para un acercamiento de distintos niveles: desde el biográfico hasta el interpretativo. En la selección, he primado sobre todo aquellos libros de recuerdos y memorias escritas por personas que mantuvieron relación directa con Marcel Proust, como amigos, como adversarios, como críticos, o simplemente como espectadores de una vida que pasó a su lado, y que a la hora de hacer sus memorias dejaron constancia de alguno de sus encuentros o de la influencia que Proust ejerció sobre ellos. Cuando existe, en algunos casos doy referencia de la edición española.

1. Testimonios biográficos y recuerdos

Albaret, Celeste: Monsieur Proust. Recuerdos recogidos por Georges Belmont. Robert Laffont, 1973.

Bac, Ferdinand: Intimités de la IIIe République. 3 vols. Hachette, 1935.

Berl, Emmanuel: Sylvia. Gallimard, 1952.

Bernard, S.: Á L'ombre de Marcel Proust. Nizet, 1979.

Bibesco, Princesa Marthe: Au bal avec Marcel Proust. Gallimard, 1928. [Trad. española: En el baile con Marcel Proust. Icaria, Barcelona, 1988]. Le Voyageur voilé. La Palatine, Ginebra, 1947. [Trad. española: Marcel Proust, el visitante velado. Pre-Textos, Valencia, 1982].

Billy, Robert de: Marcel Proust. Lettres et conversations. Éditions Les Portiques, 1930.

Blanche, Jacques-Émile: Mes modèles. Stock, 1928. La Pêche aux souvenirs. Flammarion, 1949.

Bordeaux, Henry: Histoire d'une vie. Plon, 1951.

Casa-Fuerte, Illán de: Le Dernier des Guermantes. Memoires. Julliard, 1994.

Castellane, Boni de: Mémoires. Perrin, 1986.

Cattaui, Georges: L'Amitié de Proust. Gallimard, 1935. Marcel Proust. Documents iconographiques. Pierre Cailler, Ginebra, 1957. Proust perdu et retrouvé. Plon, 1964.

*Catusse, Mme. Anatole: Marcel Proust, Lettres à Madame C***. Janin, 1947.*

Clermont-Tonnerre, E. de: Robert de Montesquiou et Marcel Proust. Flammarion, 1925. Marcel Proust. Flammarion, 1948.

Cocteau, Jean: Portraits-souvenirs 1900-1914. Grasset, 1935. Le Passé défini. Gallimard, 1983.

Daudet, Léon; Souvenirs des milieux littéraires, politiques, artistiques et médicaux. 2 vols. Nouvelle Librairie Nationale, 1920. Le Román et les nouveaux écrivains. Le Divan, 1925. Souvenirs et polémiques. Robert Laffont, colección «Bouquins», 1992.

Daudet, Luden: Dans L'ombre de l'ímpératrice Eugénie. Gallimard, 1935. «Autour de soixante lettres de Marcel Proust». «Cahiers Marcel Proust», n.º 5, Gallimard, 1929.

David, André: Soixante-quinze annees de jeunesse du vivant des héros de Marcel Proust. André Bonne, 1974.

Dreyfus, Robert: De Monsieur Thiers á Marcel Proust, Plon, 1939. Souvenirs sur Marcel Proust. Grasset, 1926.

Duplay, Maurice: «Mon ami Marcel Proust, souvenirs intimes». «Cahiers Marcel Proust», n.º 5, Gallimard, 1972.

Faÿ, Bernard: Les Précieux. Perrin, 1966.

Fouquier, Marcel: Jours heureux d'autrefois: une société et son époque, 1885-1938. Albín Michel, 1941.

Fouquiéres, André de: Cinquante ans de panache. Pierre Horay, 1951. Mon París et ses Parisiens: le quartier Monceau. Pierre Horay, 1954.

Francis, Claude, y Gontier, Fernand: Marcel Proust et les siens. Plon, 1981.

Gautier-Vignal, Louis: Proust connu et inconnu. Robert Laffont, 1976. Germain, André: De Proust à Dada. Le Sagittaire. Simón Kra, 1924. Portraits parisiens. G. Crés, 1918. La Bourgeoisie qui brüle, propos d'un témoin, 1890-1940. Éditions Sun, 1951. Les Clés de Proust. Editions Sun, 1953.

Gide, André: Journal 1889-1939. Gallimard, «Pléiade», 1948.

Goncourt, E. y J. de: Journal. 4 vols. Fasquelle-Flammarion, 1956 [3 vols. Robert Laffont, «Bouquins», 1989].

Gramont, Edmond, duc de: Les Marroniers en fleur, Mémoires II. Grasset, 1929.

Gregh, Fernand: L'Age d'or, Souvenirs d'enfance et de Jeunesse. Grasset, 1947. Mon amitié avec Marcel Proust, Souvenirs et lettres inédits. Grasset, 1958.

Gyp, Condesa de Mattel: La Joyeuse Enfance de la IIIe République. Calmann-Lévy, 1931.

Hahn, Reynaldo: Notes, Journal d'un musicien. Plon, 1933.

Halévy, Daniel: Pays parisiens. Grasset, 1932.

Hugo, Jean: Le Regard de la mémoire. Actes Sud. 1983.

Jaloux, Edmond: Avec Marcel Proust. La Palatino. Ginebra, 1953.

Lacretelle, Jacques de: Les Aveux étudiés. Gallimard, 1934. Les vivants et leur ombre. Grasset, 1977.

Lauris, Georges de: Souvenirs d'une belle époque. Amiot-Dumont, 1948.

Mauriac, Claude: L'Oncle Marcel. Grasset, 1988. Proust. Le Seuil, 1953. [Trad. española; Proust por él mismo. Compañía General de Ediciones, México, 1958].

Mauriac, François: Du Côté de chez Proust. La Table Ronde, 1947.

Maurois, André: Le Monde de Marcel Proust, Hachette, 1960.

Maurois, Michelle: L'Encre dans le sang. Flammarion, 1982. Les Cendres brülantes. Flammarion, 1986. Déchirez cette lettre. Flammarion, 1990.

Montesquiou, Robert de: Les Pas effacés. 3 vols. Émile-Paul, 1923.

Morand, Paul: Le Visiteur du soir. La Palatine, Ginebra, 1949. Premiere visite a Marcel Proust. Les Bibliophiles. Le Cheval ailé. Ginebra, 1948. Journal d'un attache'd'ambassade. Gallimard, 1948.

Mugnier, Pérc: Journal 1879-1939. Mercure de France, 1985.

Nordlinger, Marie: «Proust as I knew him». London Magazine, agosto de 1954.

Plantevignes, Marcel: Avec Marcel Proust. Nizet, 1966.

Porel, Jacques: Fils de Réjane. 2 vols. Plon, 1951-1952.

Pouquet, Jeanne Maurice: Le Salón de Madame Arman de Caillavet. Hachette, 1926.

Robert, Louis de: Comment débuta Marcel Proust. N. R. F., 1925. De Loti a Proust, Souvenirs et confidences. Flammarion, 1928.

Rostand, Maurice: Confessions d'un demi-siècle. La Jeune Parque, 1948.

Sachs, Maurice: Au temps du Boeuf sur le toit. Éditions de La Nouvelle Revue critique, 1939. Le Sabbat, souvenirs d'une jeunesse orageuse. Correa, 1945.

Scheikévitch, Marie: Souvenirs d'un temps disparu. Plon, 1935. «Marcel Proust et Céleste». Ouvres libres, n.º 168, mayo de 1960.

Schlumberger, Gustave: Mes souvenirs 1844-1928. 2 vols. Plon, 1934.

Souday, Paul: Proust, Gide et Valéry. Kra, 1927.

2. Biografías

Diesbach, Ghislain de: Proust. Perrin, 1991. [Traducción española de Javier Albiñana, Editorial Anagrama, 1996].

Duchéne, Roger: L'ímpossible Marcel Proust. Robert Laffont, 1994.

Hayman, Ronald: Proust: A Biography. Harper Collins, Nueva York, 1990.

Maurois, André: À la recherche de Marcel Proust. Hachette, 1949. [Trad. española: En busca de Marcel Proust. Plaza y Janés, Barcelona, 1951].

Painter, George D.: Marcel Proust, A Biography. Chatto and Windus, I, 1959; II, 1965. [Traducción española: Andrés Bosch. Editorial Lumen, 1967].

Picon, Jéróme: Passion Proust. L'album d'une vie. Textuel, 1999.

Tadié, Jean-Yves: Marcel Proust: biographie. Gallimard, 1996.

3 Estudios críticos

Abraham, Pierre: Proust. Recherches sur la création intellectuelle. Rieder, 1930.

Bardèche, Maurice: Marcel Proust romancier. 2 vols. Les Sept couleurs, 1971.

Bataille, Georges: La littérature et le mal. Gallimard, 1957. [Trad. española: La literatura y el mal. Taurus, Madrid, 1959 y 1971]. L'experience interieure. Gallimard, 1954 [Trad. española de Fernando Savater: La experiencia interior, págs. 160-180, Taurus, 1972].

Baudry, Jean-Louis: Proust, Freud et L'autre. Minuit, 1984.

Beckett, Samuel: Proust. Grove Press, Nueva York, 1931. [Trad. española: Proust por Beckett. Nostromo, Madrid, 1975; y Península-Edicions 62, Barcelona, 1989].

Benjamín, Walter: Iluminaciones, I Trad. española de Jesús Aguirre, Taurus, Madrid, 1971.

Benoist-méchin, Jacques: Retour á Marcel Proust. Amiot, 1957. Á le preuve du temps. Julliard, 1989.

Bersani, Leo: Marcel Proust: the fictions of life and art. Oxford University Press, 1965.

Bonnet, Henri: Les Amours et la sexualité de Marcel Proust. Nizet, 1985.

Boyer, Philippe: Le Petit Pan de mur jaune. Sur Proust. Le Seuil, 1987.

Bowie, Malcolm: Proust Among the Stars. Harper Collins Publishers, 1998. [Ed. española: Proust entre las estrellas. Trad. de Mariano Antolín Rato. Alianza Editorial, 2000].

Brunet, Étienne: Le Vocabulaire de Proust. Etude quantitative. Index de À la recherche du temps perdu. 3 vols. Slatkine-Champion, 1983.

Butor, Michel: Répertoires I, II, IV. Minuit, 1960, 1964, 1974. [Ed. española: Sobre literatura, II. Seix Barral, Barcelona, 1967].

Celly, Raoul: Répertoire des thémes de Marcel Proust. Gallimard, «Cahiers Marcel Proust», n.º 7, 1935.

Curtius, Ernst-Robert: Proust, in Franzosischer Geistim neuen Europa. Stuttgart, 1925. [Trad. española: Marcel Proust y Paul Valéry. Losada, Buenos Aires, 1941].

Cznoniczer, Élisabeth: Quelques antecedents d'«À la recherche du temps perdu». Droz, 1957.

Chardin, Philippe: Le román de la conscience malheureuse. Droz, 1982.

Daniel, Georges: Temps et mystifications dans «À la recherche du temps perdu». Minard, 1957.

Daudet, Charles: Répertoire des personnages de «À la recherche du temps perdu». Gallimard, «Cahiers Marcel Proust», n.º 2, 1928.

Deleuze, Gilíes: Marcel Proust et les signes. PUF 1964 (2.a ed. aumentada, 1970). [Trad. española: Proust y los signos. Anagrama, Barcelona, 1972].

Descombes, Vincent: Proust. Philosophie du román. Éditions de Minuit, 1987.

Doubrovsky, Serge: La Place de la Madeleine. Mercure de France, 1974.

Fernandez, Ramón: Proust ou la généalogie du román moderne. Grasset, 1943, (reed. 1979).

Feuillerat, Albert; Comment Marcel Proust a composé son román. New Haven, Yale University Press, y Ginebra, Droz, 1934.

Fiser, Emeric: L'esthétique de Marcel Proust. Rieder, 1932.

Fontanille, Jacques: Le Savoir partagé. Sémiotique et théorie de la connaissance chez Marcel Proust. París-Amsterdam-Filadelfia, Hadés-Benjamin, 1987.

Fraise, Luc: Le processus de la création chez Marcel Proust. Le fragment expérimental José Corti, 1988

Gaubert, Serge: Proust ou le román de la difference. Presses Universitaires, Lyon, 1980.

Genette, Gérard: Figures III. Seuil, 1972. [Trad. española de Carlos Manzano, Lumen, 1989].

Henry, Anne: Marcel Proust. Théories pour une esthétique. Klincksieck, 1981.

Jullien, Dominique: Proust et ses modeles. José Corti, 1989.

Kilmartin, Terence: A Reader's Guide to Remembrance of Things Past. Random House, Nueva York, 1984.

Lattre, Alain de: La Doctrine de la réalité chez Proust. 3 vols. José Corti, 1979-1985. Le Personnage proustien. José Corti, 1984.

Lelong, Yves: Proust, la santé du malheur. Librairie Seguier, 1987.

Kristeva, Julia: Le temps sensible: Proust et L'expérience littéraire. Gallimard, 1994.

Macchia, Giovanni: L'Angelo della Notte. Rizzoli, Milán, 1979. [Trad. francesa: L'ange de la nuit. Sur Proust. Gallimard, 1993].

Mein, Margaret: Themes proustiens. Nizet, 1979. Proust et la chose envolée. Nizet, 1986.

Miguet-Ollagnier, Marie: La Mythologie de Marcel Proust. Les Belles Lettres, 1982.

Milly, Jean: Proust et le style. Minard, 1970. La phrase de Proust. Des phrases de Bergotte aux phrases de Vinteuil. Larousse, 1975. Marcel Proust dans le texte et L'avant-texte. Flammarion, 1985. La Longueur des phrases dans «Combray». Slatkine-Champion, 1986.

Muller, Marcel: Les voix narratives dans «À la recherche du temps perdu». Droz, Ginebra, 1963.

Murphy, Jonathan: Sight or Cite. Aspects of the Visual in Proust. Tesis doctoral. Cambridge, 1994.

Newman, Pauline: Dictionnaire des idées dans L'oeuvre de Marcel Proust. Mouton, La Haya, 1968.

Picon, Gaétan: Lecture de Proust. Mercure de France, 1963.

Poulet, Georges: Études sur le temps humain. Plon, 1950-1968. L'Espace proustien. Gallimard, 1965.

Raimond, Michel: Marcel Proust romancier. SEDES, 1984.

Recanati, Jean: Profils juifs de Marcel Proust. Buchet-Chastel, 1979.

Revel, Jean-François: Sur Proust. Julliard, 1960. [Trad. española: Sobre Proust. FCE, México, 1986].

Richard, Jean-Pierre: Proust et le monde sensible. Seuil, 1974.

Rivers, J. E.: Monster of Time: Sexuality and Sexual Inversión in «À la recherche du temps perdu». University of Virginia Press, 1982.

Riviére, Jacques: Quelques progris dans l'étude du coeur humain: Proust et Freud. Les Cahiers de L'Occident, 1927.

Rogers, Brian G.: Proust's Narrative Techniques. Droz, Ginebra, 1965.

Shattuck: Proust. Collins / Fontana, Glasgow, 1974.

Spitzer, Leo: «Le style de Marcel Proust», en Etudes de style. Trad. francesa: Gallimard, 1971.

Tadié, Jean-Yves: Proust et le román. Gallimard, 1971. Lectures de Proust. Colin, 1971. Proust. Belfond, 1983.

Vial, André: Proust: Âme profonde et naissance d'une esthétique. Nizet, 1971.

Vogely, Máxime A.: A Proust Dictionary. Whiston Publishing Company, Troy, 1981.

Wllson, Edmund: AxeL's Castle. Nueva York. Scribner, 1931. [Trad. española: El castillo de Axel. Cupsa, 1977].

Zima, Peter Vaclav: Le Désir du mythe. Une lecture sociologique de Marcel Proust. Nizet, 1973.

4. Miscelánea, Homenajes

Hommage à Marcel Proust, 1871-1922. La Nouvelle Revue Française, enero de 1923; «Cahiers Marcel Proust», núm. 1, 1927.

Centenaire de Marcel Proust, «Europe», agosto-sept, 1970, febrero-marzo 1971.

Quennel, Peter (et altres): Marcel Proust, 1871-1922. A Centenary Volume. Weidenfeld and Nicholson, Londres, 1972. [En torno a Marcel Proust. Trad. de Pablo Recondo. Alianza Editorial, Madrid, 1974].

Varios: «Marcel Proust. Homenaje en el cincuentenario de su muerte», Revista de Occidente, noviembre, 1972.

Recherche de Proust. Obra colectiva bajo la dirección de Gérard Genette y Tzvetan Todorov, Le Seuil, 1980.

Proust, «L'Arc», 47,1977; 1991.

Varios: Album Proust. Mondadori. Madrid, 1988.

Le Monde de Proust. Fotografías de Paul Nadar. Éditions CNMHS, París, 1991.

Marcel Proust. L'Ecriture et les arts. Catálogo de la Exposición organizada por la Bibliothéque National de France en colaboración con el Musée d'Orsay, bajo la dirección de Jean-Yves Tadié (9 de noviembre de 1999-6 de febrero de 2000).

Marcel Proust. Jean-Yves Tadié. CD-Rom. Gallimard Multimedia, 1999.

5. Publicaciones periódicas sobre Marcel Proust

Bulletin d'informations proustiennes. Presses de L'École Normal Supérieure. Periodicidad anual desde 1970.

Bulletin Marcel Proust. Société des amis de Marcel Proust et des amis de Combray, 1950-1995, núm. 1, 1950.

Cahiers, Marcel Proust. Gallimard (1927-1935); nueva serie, 18 vols, comprendiendo Etudies proustiennes, ts. I-VI, 1970.

Proust Research Association Newsletter. The University of Kansas, Laurence, 1969.

VI. Bibliografía española

1. Traducciones

En busca del tiempo perdido. Trad. de Pedro Salinas, José María Quiroga, Consuelo Berges. 7 vols. Alianza Editorial. Madrid, 1966.

Jean Santeuil. Trad. Consuelo Berges. Alianza Editorial, Madrid, 1971.

Obras completas de Marcel Proust. Trad. Consuelo Berges, Fernando Gutiérrez y otros. 3 vols. Plaza y Janés. Barcelona, 1971.

Ensayos literarios (Contra Sainte-Beuve). Trad. José Cano Tembleque. Edhasa, Barcelona, 1971.

Los placeres y los días. Parodias y misceláneas. Trad. Consuelo Berges. Alianza Editorial, Madrid, 1975.

El indiferente — Antes de la noche. Trad. Luis Maristany. La Novela Corta, Barcelona, 1978.

En busca del tiempo perdido, I: Hacia el lado de la quinta de Swann A la sombra de las muchachas en flor. Trad: Julio Gómez de la Serna. Aguilar, Madrid, 1981.

Unos amores de Swann. Trad. Pedro Salinas. Salvat, Barcelona, 1985.

Un amor de Swann. Edición de Javier del Prado y Elena Carbajo. Cátedra, Madrid, 1988.

Un amor de Swann. Trad. de Carlos Pujol. Planeta, Barcelona, 1982.

Albertine desaparecida. Trad. de Javier Albiñana. Anagrama, Barcelona, 1988.

Confesión de una joven y otros cuentos de noche y crimen («Confesión de una joven», «Antes de la noche», «Violante o la mundanidad», y «El final de los celos», «Sentimientos filiales de un parricida»), Trad. de M. Armiño. Editorial Valdemar, Madrid, 1999.

2. Estudios y ensayos

Benedetti, Mario: Marcel Proust y otros ensayos. Número. Montevideo, 1951.

Cano, José Luis: «Proust visto por los españoles», en El escritor y su aventura. Plaza y Janés, Barcelona, 1966.

Castro, Carmen: Marcel Proust o el vivir escribiendo. Revista de Occidente, Madrid, 1952.

Del Prado, Javier: Para leer a Proust. Palas Atenea, Madrid, 1990.

Elduayen, Luis Gastón: Proust tras la huella de Chateaubriand. Salamanca, 1980.

Gómez Pin, Víctor: Proust: el ocio y el mal. Montesinos, Barcelona, 1985.

Maristany, Luis: «Informe crítico: Proust en España», en Voces. Marcel Proust. Montesinos, Barcelona, [1985].

Matamoro, Blas: Por el camino de Proust. Anthropos. Barcelona, 1988.

Ortega y Gasset, José: El espectador, VIII. Revista de Occidente, Madrid, 1934.

Quiñonero, Juan Pedro: Proust y la revolución. Taurus, Madrid, 1972.

Tollinchi, Esteban: La conciencia proustiana. Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, 1978.

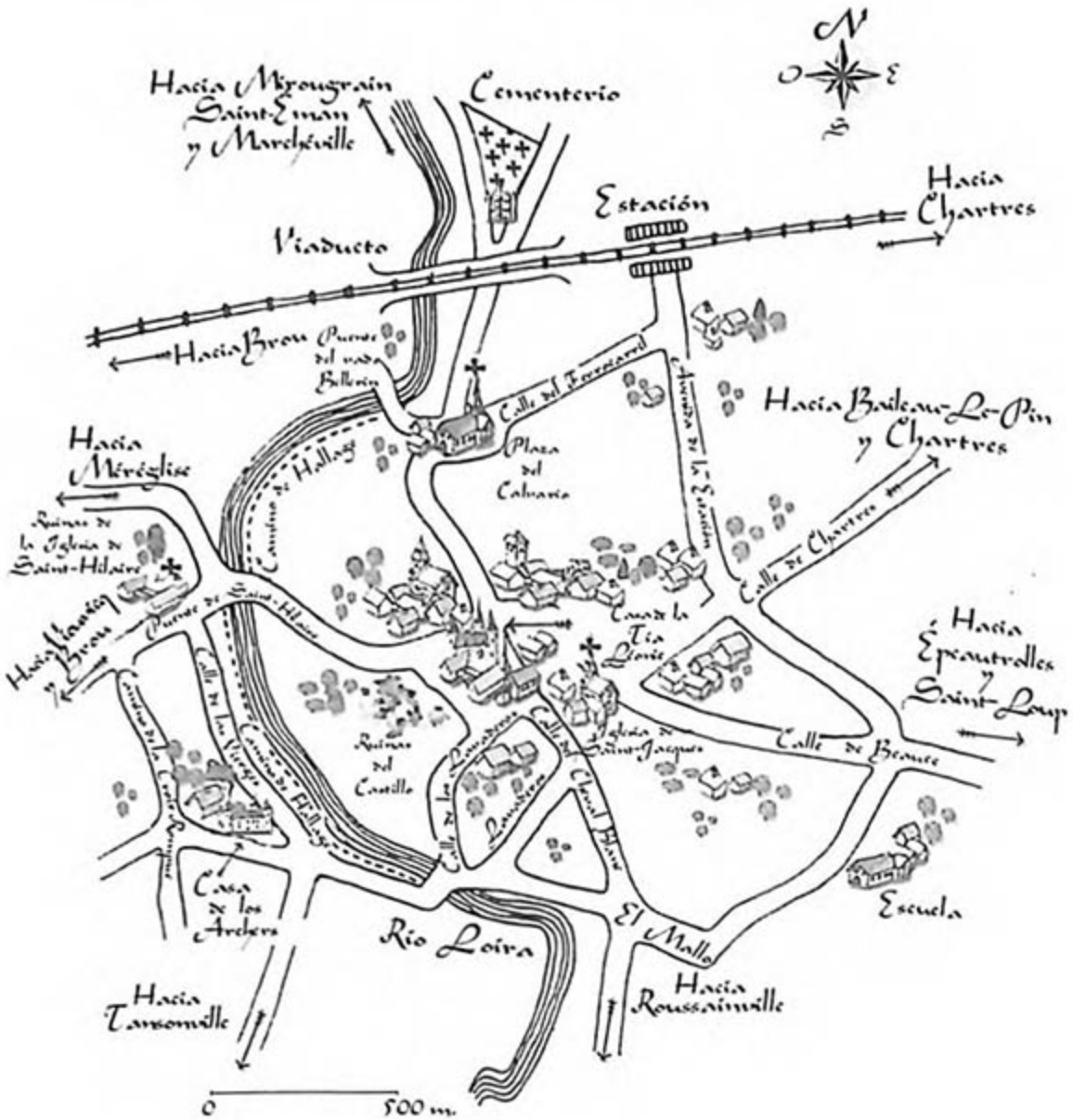
Torres Bodet, Jaime: Tiempo y memoria en la obra de Proust. México, 1967.

Valdivielso, Jaime: Bajo el signo de Orfeo. Lezama Lima y Proust. Orígenes. Madrid, 1980.

Vizcaíno, José Antonio: Marcel Proust. Madrid, 1969.

ALBUM

Los padres de Marcel Proust. Mme. Proust fotografiada por Paul Nadar en noviembre de 1904. A la izquierda retrato al natural, luego retocado por el fotógrafo.
El profesor Adrien Proust, por Nadar en noviembre de 1886.



Plano de Illiers

(Composición: M. Aguilar Almagro)

Illiers, lugar originario de la familia Proust, donde Marcel pasó sus vacaciones infantiles; modelo de la Combray de *A la busca del tiempo perdido.*
(Composición: M. Aguilar Almagro)

La plaza del mercado de Illiers.

Marcel Proust, en 1889, voluntario en el 76o Regimiento je Infantería je Orléans.

Dibujo-retrato de Proust en 1891 por Jacques-Émilc Blanche

Foto de Proust en la época de los salones, en los últimos años de siglo.

Marcel Proust en un canapé, hacia 1896.

El conde Robert de Montesquoiu, poreta para la aristócracia y aristrócata para los poetas en 1985, por Nadar.
Árbitro de la elegancia parisiense de fin de siglo

Árbitro de la elegancia parisiense de fin de siglo.

Élisabeth de Caraman-Chimay, condesa Greffulhe, encarnación para Proust de la belleza y la elegancia de la alta sociedad parisina. Proust le fue presentado en 1894, dos años antes de que Nadar hiciera esta fotografía de la condesa.

Gaston Calmette, director de Le Figaro, a quien Proust dedicó Por la parte de Swann; foto de Nadar de 1889.

Laura Hayman en 1879, por Nadar. Desde sus diecisiete años Proust acudió al salón literario de esta demi-mondaine que le llamaba «mi pequeño Saxe psicológico».

Sarah Bernhardt en Phèdre, de Racine.
Foto de Paul Nadar de 1893

La actriz Gabrielle Réju, Réjane, uno de los modelos de la Berma, fotografiada por Nadar.

ÉDITIONS DE LA NOUVELLE REVUE FRANÇAISE

ŒUVRES DE MARCEL PROUST

À LA RECHERCHE DU TEMPS PERDU 3 VOLUMES

DU CÔTÉ DE CHEZ SWANN.. I

À L'OMBRE DES JEUNES FILLES EN FLEURS.. II

SOUS PRESSE

LE CÔTÉ DE GUERMANTES.. III

Mme de Sonnac : le duchesse de Guermantes, Saint-Loup à Doncières, Le salon de Mme de Villeparisis, Mort de son grand oncle, Albertine nouvelle, Dîner chez la duchesse de Guermantes, L'esprit des Guermantes, M. de Charlus combattu à son désespoir. Les ombres marges de la duchesse.

SODOME ET GOMORRHE. — I IV

Révélation pénible de ce qu'est M. de Charlus. Soirée chez la princesse de Guermantes. Second séjour à Balbec ; Les jeunes filles en fleurs. L. Je serre contre mon cœur la petite chienne de fer. Les transvestissements d'un esprit. H. Personnages et quatre bourgeois de Balbec, avec la collectif d'hommes Albertine.

SODOME ET GOMORRHE. — II. — LE TEMPS RETROUVÉ.. V

Vie en commun avec Albertine. Les Verdurin se brouillent avec M. de Charlus. Disparition d'Albertine. La chanson vieille France. Mlle de Forcheville. Séparation à mon réveil. Départ à Venise. Nouvel accueil de Robert de Saint-Loup. M. de Charlus pendant la Guerre : son opinion, son physique. Matinée chez la Princesse de Guermantes. L'affaire compromettante. Le Temps retrouvé.

PASTICHES ET MÉLANGES.. .. .. I VOLUME

MARCEL PROUST

À LA RECHERCHE
DU TEMPS PERDU

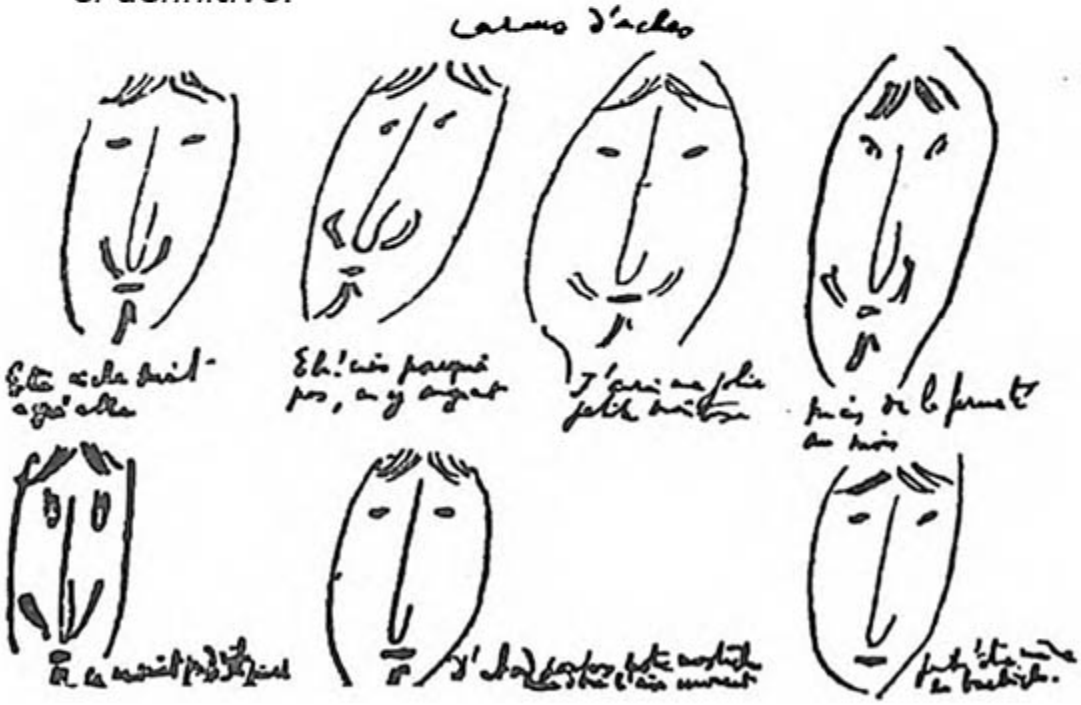
TOME I

DU CÔTÉ DE CHEZ SWANN

nrf

PARIS
ÉDITIONS DE LA
NOUVELLE REVUE FRANÇAISE
35 & 37, RUE MADAME

Portada de la reedición de Por la parte de Swann, en la Nouvelle Revue Française; anuncia también el plan de la obra completa, que no fue el definitivo.

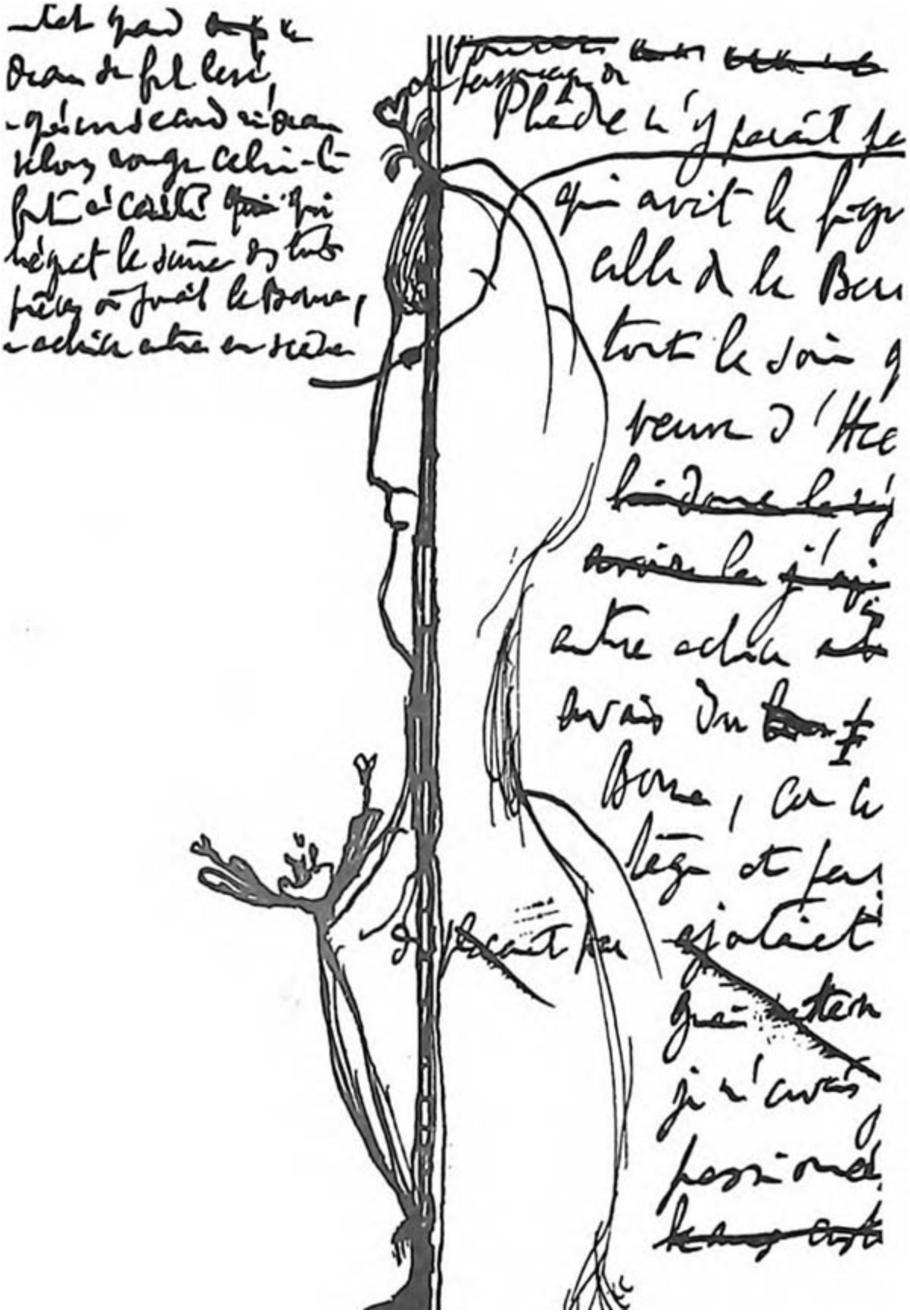


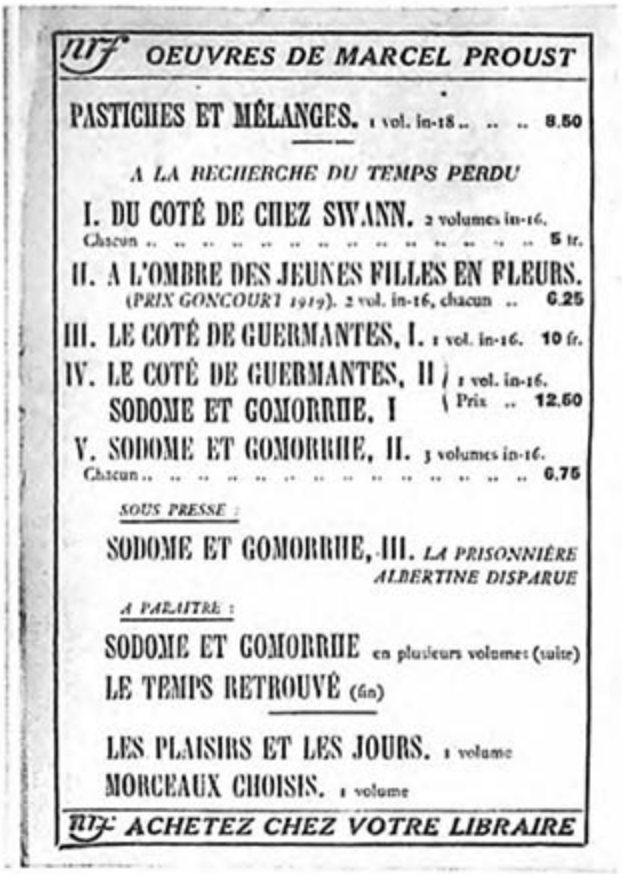
Dibujos de Proust, que los titula «Carans d'aches» y escribe al pie anotaciones y comentarios sobre los rasgos.

Céleste Albaret, ama de llaves de Proust,y autora de su libro de memoriasMonsieur Proust.

*Dibujo de Proust en el borrador "**A la sombra de las***

***muchachas en flor**” junto a las páginas dedicadas al teatro.*





NRF OEUVRES DE MARCEL PROUST

PASTICHES ET MÉLANGES. 1 vol. in-18 .. .. .. 8.50

A LA RECHERCHE DU TEMPS PERDU

I. DU COTÉ DE CHEZ SWANN. 2 volumes in-16. Chacun .. .. 5 fr.

II. A L'OMBRE DES JEUNES FILLES EN FLEURS. (*PRIX GONCOURT 1919*). 2 vol. in-16, chacun .. 6.25

III. LE COTÉ DE GUERMANTES, I. 1 vol. in-16. 10 fr.

IV. LE COTÉ DE GUERMANTES, II } 1 vol. in-16.
SODOME ET GOMORRHE, I } Prix .. 12.50

V. SODOME ET GOMORRHE, II. 3 volumes in-16. Chacun 6.75

SOUS PRESSE :

SODOME ET GOMORRHE, III. *LA PRISONNIÈRE ALBERTINE DISPARUE*

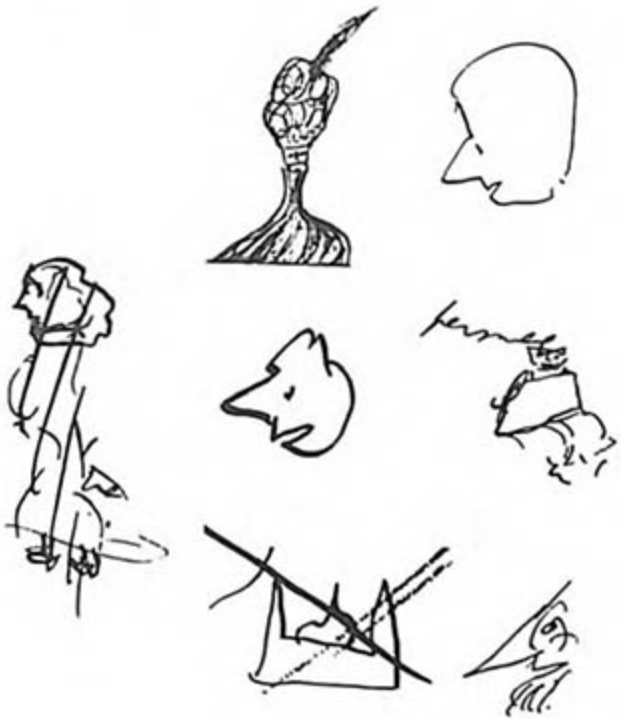
A PARAITRE :

SODOME ET GOMORRHE en plusieurs volumes (suite)
LE TEMPS RETROUVÉ (fin)

LES PLAISIRS ET LES JOURS. 1 volume
MORCEAUX CHOISIS. 1 volume

NRF ACHETEZ CHEZ VOTRE LIBRAIRE

Anuncio de las obras de Proust en la *Nouvelle Revue Française,* 1 de enero de 1923.



Dibujos de Proust de distintos personajes de su novela, repartidos por los cuadernos de *A la busca del tiempo perdido.*

Dibujo de Proust en los borradores de A la sombra muchachas en flor, en las páginas en que el Narrad expresa su temor a no poder ir a escuchar a la Be

Marcel Proust en 1921, a la salida de la exposición

Vermeer

SODOMA Y GOMORRA

A MONSIEUR GASTON CALMETTE
Como testimonio de profunda
y afectuosa gratitud

MARCEL PROUST

I

Primera aparición de los hombres-mujeres, descendientes de aquellos habitantes de Sodoma que se salvaron del fuego del cielo[2].

La femme aura Gomorrhe et l'homme aura Sodome.

(La Mujer tendrá Gomorra y el Hombre tendrá Sodoma).

Alfred de Vigny[3]

COMO ya sabemos, mucho antes de ir aquel día (el día en que tenía lugar la soirée de la princesa de Guermantes) a hacer al duque y la duquesa la visita que acabo de contar, yo había espiado su regreso y llevado a cabo, durante mi acecho, un descubrimiento que concernía en particular a M. de Charlus, pero tan importante en sí mismo que hasta aquí, hasta el momento de poder darle el lugar y la extensión deseados, he aplazado su relato[4]. Había abandonado, como ya he dicho, el maravilloso observatorio, tan cómodamente dispuesto en lo alto de la casa, desde donde se abarcan las accidentadas cuestas por las que se sube hasta el palacete de Bréquigny, y que están alegremente decoradas a la italiana por el campanil rosa de la cochera perteneciente al marqués de Frécourt. Me había parecido más práctico, cuando pensé que el duque y la duquesa estaban a punto de volver, apostarme en la escalera. Echaba algo de menos mi retiro de altura. Pero a aquella hora, que era la que seguía al almuerzo, no lo echaba tanto de menos porque no habría visto, como por la mañana, a los minúsculos personajes de cuadros en que se convertían a distancia los lacayos del palacete de Bréquigny y de Tresmes, emprender la lenta ascensión de la abrupta cuesta, con un plumero en la mano, entre las anchas hojas transparentes de mica que tan agradablemente resaltaban sobre los contrafuertes rojos. A falta de la contemplación del geólogo, tenía al menos la del botánico y miraba por los postigos de la escalera el pequeño arbusto de la duquesa y la preciosa planta[5], expuestos en el patio con la misma insistencia que se pone en hacer salir a los jóvenes casaderos, y me preguntaba si, por un azar providencial, el improbable insecto ¡ría a visitar el pistilo ofrecido y desdeñado[6]. Como la curiosidad me iba enardeciendo poco a poco, bajé hasta la ventana de la planta baja,

también abierta y cuyos postigos estaban cerrados sólo a medías. Oía con toda claridad, disponiéndose a salir, a Jupien, que no podía descubrirme detrás de mi cortinilla donde permanecí inmóvil hasta el momento en que me hice bruscamente a un lado por temor a ser visto por M. de Charius, que, barrigudo, avejentado por la luz plena del día, encanecido, atravesaba lentamente el patio para dirigirse a casa de Mme. de Villeparisis. Se había precisado una indisposición de Mme. de Villeparisis (consecuencia de la enfermedad del marqués de Fierbois, con quien el barón estaba personalmente peleado a muerte) para que, acaso por primera vez en su existencia, M. de Charius hiciese una visita a semejante hora. Porque, con esa singularidad de los Guermantes, que, en lugar de amoldarse a la vida mundana, la modificaban con arreglo a sus costumbres personales (no mundanas, como creían, y dignas por consiguiente de que se humillase ante ellas esa cosa sin valor, la mundanidad por eso Mme. de Marsantes no tenía día de visita, pero todas las mañanas recibía a sus amigas de diez a doce), el barón, que reservaba ese tiempo para la lectura, la búsqueda de antiguallas, etc., nunca hacía una visita sino entre las cuatro y las seis de la tarde. A las seis iba al Jockey o a pasear al Bois. Al cabo de un instante hice un nuevo movimiento de retroceso para no ser visto por Jupien; pronto sería su hora de salir para la oficina, de donde no volvía sino a la hora de la cena, y eso no siempre desde que, hacía una semana, su sobrina se había marchado con sus aprendizas al campo, a casa de una cliente, para terminar un vestido. Luego, dándome cuenta de que nadie podía verme, decidí no moverme más por miedo a perderme, si el milagro llegaba a producirse, la llegada casi imposible de esperar (a través de tantos obstáculos, de distancia, de adversidades contrarias, de peligros) del insecto enviado de tan lejos como embajador a la virgen que desde hacía mucho prolongaba su espera. Yo sabía que esa espera no era más pasiva que en la flor macho, cuyo estambres se habían vuelto espontáneamente para que el insecto pudiese recibirla con más facilidad; de la misma manera, la flor-mujer que estaba allí, si venía el insecto, arquearía con coquetería sus «estilos» y, para que la penetrase mejor, haría imperceptiblemente, como una jovencita hipócrita pero ardiente, la mitad del camino. Las leyes del mundo

vegetal están regidas a su vez por leyes cada vez más altas. Si la visita de un insecto, es decir, el aporte de la semilla de otra flor, es habitualmente necesaria para fecundar una flor, ello se debe a que la autofecundación, la fecundación de la flor por sí misma, como los matrimonios repetidos en una misma familia, traería consigo la degeneración y la esterilidad, mientras que el cruce operado por los insectos da a las generaciones siguientes un vigor desconocido por las anteriores. Pero ese impulso puede ser excesivo, desarrollarse desmesuradamente la especie; entonces, así como una antitoxina defiende de la enfermedad, así como el cuerpo tiroides regula nuestra gordura, así como la derrota viene a castigar el orgullo, la fatiga al placer, y así como el sueño nos descansa a su vez de la fatiga, así un acto excepcional de autofecundación llega en el momento indicado a dar su vuelta de tuerca, a echar el freno, haciendo que vuelva a la norma la flor que se había salido de forma exagerada. Mis reflexiones habían seguido una pendiente que describiré más adelante, y ya había sacado yo de la aparente astucia de las flores una consecuencia sobre toda una parte inconsciente de la obra literaria cuando vi a M. de Charius que salía de casa de la marquesa. Sólo habían pasado unos minutos desde su entrada. Quizá se había enterado por su anciana pariente en persona, o sólo por un criado, de la gran mejoría o, más bien, de la curación completa de lo que en Mme. de Villeparisis no había sido otra cosa que un malestar. En ese momento en que creía que nadie lo miraba, con los párpados entornados contra el sol, M. de Charius había relajado en su rostro aquella tensión, amortiguado aquella vitalidad ficticia que mantenían en él la animación de la charla y la fuerza de la voluntad. Pálido como un mármol, de nariz robusta, sus finos rasgos no recibían ya de una mirada voluntariosa una significación distinta que alterase la belleza de su modelado; ahora, nada más que un Guermantes, parecía ya esculpido, él, Palaméde XV, en la capilla de Combray. Mas aquellos rasgos genéricos de roda una familia cobraban sin embargo en el rostro de M. de Charius una finura más espiritualizada, más dulce sobre todo. Lamentaba yo por él que adulterase habitualmente con tantas violencias, rarezas desagradables, habladurías, dureza, susceptibilidad y arrogancia, que ocultase bajo una brutalidad postiza la amenidad, la

bondad que, en el momento en que salía de casa de Mme. de Villeparisis, veía yo exhibirse de forma tan ingenua en su rostro. Guiñando los ojos contra el sol, casi parecía sonreír; encontré en su cara vista así, en reposo y como al natural, un no sé qué tan afectuoso, tan desarmado, que no pude por menos de pensar cuánto se habría enfadado M. de Charius de haber podido saber que lo estaban mirando; porque en lo que me hacía pensar aquel hombre que estaba tan prendado, que tanto alardeaba de virilidad, a quien todo el mundo parecía odiosamente afeminado, en lo que me hacía pensar de pronto, hasta tal punto tenía fugazmente sus rasgos, su expresión, su sonrisa, ¡era en una mujer!

Iba a desplazarme de nuevo para que no pudiese verme; no tuve tiempo para ello ni necesidad. ¡Lo que vi! Cara a cara, en aquel patio donde seguramente nunca se habían encontrado (porque M. de Charlus sólo iba al palacete Guermantes por la tarde, a las horas en que Jupien estaba en su oficina), el barón, que de pronto había abierto de paren par sus ojos entornados, miraba con una atención extraordinaria al antiguo chalequero en el umbral de su tienda, mientras éste, clavado súbitamente en el sitio delante de M. de Charlus, arraigado como una planta, contemplaba maravillado la gordura del avejentado barón. Pero, cosa más sorprendente todavía, al cambiar la actitud de M. de Charlus, la de Jupien se puso inmediatamente, como obedeciendo a las leyes de un arte secreto, en armonía con ella. El barón, que ahora trataba de disimular la impresión que había sentido, pero que, a despecho de su indiferencia afectada, parecía no alejarse sino de mala gana, iba, venía, miraba al vacío de la manera que creía más favorable para realzar la belleza de sus pupilas, adoptaba un aire fatuo, despreocupado, ridículo. Y Jupien, abandonando en el acto el aire humilde y bondadoso que yo siempre le había conocido, había erguido —en perfecta simetría con el barón— la cabeza, daba a su talle un porte favorable, apoyaba con impertinencia grotesca su puño en la cadera, sacaba el trasero, adoptaba posturas con la coquetería que habría podido tener la orquídea para el abejorro providencialmente aparecido. No sabía yo que pudiese tener un aire tan antipático. Pero también ignoraba que fuese capaz de representar de improviso su papel en aquella especie

de escena de dos mudos, que (aunque fuese la primera vez que se encontraba en presencia de M. de Charlus) parecía haber sido largamente ensayada; —esa perfección no se consigue espontáneamente sino cuando, en el extranjero, se encuentra a un compatriota, con quien el entendimiento se produce entonces por sí solo, dado que el intérprete es idéntico, y aunque no se hayan visto nunca.

Por lo demás, aquella escena no era positivamente cómica, teñida como estaba de algo extraño o, si se quiere, de una naturalidad cuya belleza iba en aumento. Por más que M. de Charlus hubiese adoptado un aire despegado y bajado distraídamente los párpados, los alzaba por momentos lanzando entonces sobre Jupien una mirada atenta. Pero (sin duda porque pensaba que una escena semejante no podía prolongarse de forma indefinida en aquel lugar, o por razones que se comprenderán más tarde, o, en última instancia, por ese sentimiento de la brevedad de toda cosa que nos hace desear que cada tiro dé en el blanco, y que vuelve tan emocionante el espectáculo de cualquier amor), cada vez que M. de Charlus miraba a Jupien, se las arreglaba para que su mirada fuese acompañada de una palabra, lo que la volvía infinitamente distinta de las miradas dirigidas habitualmente a una persona a la que se conoce poco o a la que no se conoce; miraba a Jupien con esa fijeza peculiar de quien está a punco de deciros: «Perdóneme la indiscreción, pero lleva usted un largo hilo blanco colgando de la espalda», o bien: «No creo equivocarme, pero usted también debe de ser de Zurich, me parece haberle visto con frecuencia en la tienda de antigüedades», Una pregunta así parecía formular intensamente a Jupien, cada dos minutos, la ojeada de M. de Charlus, como esas frases interrogativas de Beethoven, indefinidamente repetidas a intervalos iguales y destinadas —con una exagerada profusión de preparaciones— a introducir un nuevo motivo, un cambio de tono, una «repetición». Pero precisamente la belleza de las miradas de M. de Charlus y de Jupien consistía, en cambio, al menos provisionalmente, en que aquellas miradas no parecían tener por finalidad conducir a algo. Aquella belleza, era la primera vez que yo veía al barón y a Jupien manifestarla. En los ojos de uno y otro, lo que acababa de surgir era el cielo, no de Zurich, sino

de alguna ciudad oriental cuyo nombre aún no había yo adivinado. Con independencia del asunto que pudiese retener a M. de Charlus y al chalequero, su acuerdo parecía concluido y no ser aquellas inútiles miradas otra cosa que preludios rituales, semejantes a las fiestas que se dan antes de un matrimonio concertado. Más cerca todavía de la naturaleza —y la multiplicidad de estas comparaciones es tanto más natural cuanto que un mismo hombre, si lo examinamos durante algunos minutos, parece sucesivamente un hombre, un hombre-pájaro o un hombre-insecto, etc.—, se hubiera dicho dos pájaros, macho y hembra, el macho tratando de avanzar, la hembra —Jupien—, sin responder con señal alguna a esa maniobra, pero mirando a su nuevo amigo sin asombro, con una fijeza desatenta, considerada evidentemente más excitante y la única útil desde el momento en que el macho había dado los primeros pasos y se limitaba a alisarse las plumas. Finalmente, la indiferencia de Jupien no pareció bastarle; de aquella certeza de haber conquistado a hacerse perseguir y desear no había más que un paso, y Jupien, decidiéndose a dirigirse a su trabajo, salió por la puerta cochera. Pero no fue sino después de haber vuelto dos o tres veces la cabeza cuando escapó a la calle, a la que el barón, temblando ante la idea de perder su pista (silboteando con aire fanfarrón, no sin gritar un «hasta luego» al porrero que, medio borracho y ocupado en atender a unos invitados en su antecocina, ni siquiera le oyó), se lanzó rápidamente para alcanzarle. En el mismo instante en que M. de Charlus había cruzado la puerta silbando como un gran abejorro, otro, éste de verdad, hacía su entrada en el patio. ¡Quién sabe si no era el esperado desde hacía tanto tiempo por la orquídea, el portador de aquel polen tan raro sin el cual ella permanecería virgen! Pero me distraje de seguir los rerozos del insecto porque, al cabo de unos minutos, solicitando más mi atención, Jupien (acaso para recoger un paquete que más tarde se llevó y que, en medio de la emoción que le había causado la aparición de M. de Charlus, había olvidado, acaso simplemente por una razón más natural) volvió, seguido por el barón. Éste, decidido a precipitar las cosas, pidió fuego al chalequero, pero inmediatamente observó: «Le pido a usted fuego, pero veo que se me han olvidado mis puros». Las leyes de la hospitalidad prevalecieron sobre las reglas de la

coquetería: «Entre, se le dará todo lo que quiera», dijo el chalequero, en cuyo rostro el desdén dejó paso a la alegría. La puerta de la tienda se cerró tras ellos y ya no pude oír más. Había perdido de vista al abejorro, no sabía si era el insecto que la orquídea necesitaba, pero ya no dudaba, en el caso de un insecto rarísimo y una flor cautiva, de la posibilidad milagrosa de que se uniesen cuando M, de Charlus (simple comparación entre las providenciales casualidades, cualesquiera que sean, y sin la menor pretensión científica de relacionar ciertas leyes de la botánica con lo que a veces, de un modo tan impropio, se llama homosexualidad), que, desde hacía años, no iba a aquella casa sino a las horas en que Jupien no estaba, por el azar de una indisposición de Mme. de Villeparisis había encontrado al chalequero y, con él, la buena fortuna reservada a hombres del tipo del barón por uno de esos seres que hasta pueden ser, como veremos, infinitamente más jóvenes que Jupien y más hermosos, el hombre predestinado para que éstos tengan su parte de voluptuosidad en esta tierra: el hombre al que sólo le gustan los viejos caballeros.

Por otra parte, lo que acabo de decir aquí es algo que no debía comprender hasta unos minutos más tarde, tanto se adhieren a la realidad esas propiedades de ser invisible, hasta que una circunstancia la haya despojado de ellas. En cualquier caso, por el momento me sentía muy contrariado por no oír la conversación del antiguo chalequero y del barón. Reparé entonces en la tienda por alquilar, sólo separada de la de Jupien por un tabique extremadamente delgado. Para dirigirme a ella no tenía más que subir a nuestro piso, ir a la cocina, bajar por la escalera de servicio hasta los sótanos, recorrerlos por dentro a todo lo ancho del patio y, llegado al sitio del subsuelo donde el ebanista serraba, hasta hacía unos meses solamente, sus maderas, y donde Jupien pensaba meter el carbón, subir los pocos escalones que daban acceso al interior de la tienda. De este modo, haría todo el camino a cubierto, no sería visto por nadie. Era el itinerario más prudente. No fue el que seguí, sino que, pegado a las paredes, di la vuelta al patio por fuera procurando no dejarme ver. Creo que, si no me vieron, lo debo más a la casualidad que a mi prudencia. Y para el hecho de haber tomado una decisión tan imprudente cuando el camino por los sótanos era tan seguro

encuentro tres explicaciones posibles, suponiendo que haya alguna. En primer lugar, mi impaciencia. Luego, tal vez un oscuro recuerdo de la escena de Montjouvain, escondido frente a la ventana de Mlle. Vinteuil[7]. En realidad, las cosas de este género a las que asistí tuvieron siempre, en su puesta en escena, el carácter más imprudente y menos verosímil, como si revelaciones semejantes no debieran ser otra cosa que la recompensa a un acto lleno de riesgos, aunque en parte clandestino. En fin, apenas me atrevo, debido a su carácter de puerilidad, a confesar la tercera razón, que fue, estoy seguro, inconscientemente determinante. Desde que, para verificar —y ver desmentidos— los principios militares de Saint-Loup, había seguido con todo detalle las guerras de los bóers[8], me había visto llevado a leer antiguos relatos de exploraciones, de viajes. Esos relatos me habían apasionado y trataba de aplicarlos a la vida corriente para darme más ánimo. Cuando los ataques me habían obligado a permanecer varios días y varias noches seguidas no sólo sin dormir, sino sin acostarme, sin beber y sin comer, cuando el agotamiento y el sufrimiento llegaban a tal punto que temía no poder superarlos, pensaba entonces en algún viajero atrojado a la playa, envenenado por hierbas malsanas, tiritando de fiebre bajo sus ropas empapadas de agua de mar y que, sin embargo, se recuperaba al cabo de dos días, reemprendía su ruta al azar en busca de unos habitantes cualesquiera que quizá fuesen antropófagos. Su ejemplo me tonificaba, me devolvía la esperanza, y sentía vergüenza de haber tenido un momento de desánimo. Pensando en los bóers, que teniendo frente a ellos a las tropas inglesas no temían exponerse cuando habían de atravesar, antes de llegar a una espesura, parces de campo raso: «Sería ridículo, pensaba, que fuese más pusilánime cuando el teatro de operaciones es simplemente nuestro propio patio, y cuando yo, que acabo de batirme varias veces en duelo[9] sin miedo alguno con motivo del caso Dreyfus, el único acero que puedo temer es el de la mirada de los vecinos que no tienen otra cosa que hacer que mirar al patio».

Pero cuando estuve en la tienda, evitando hacer crujir lo menos posible el suelo y dándome cuenta de que el ruido más ligero en la

tienda de Jupien se oía desde la mía, pensé en lo imprudentes que habían sido Jupien y M. de Charius y en lo mucho que les había ayudado la suerte.

No me atrevía a moverme. El palafrenero de los Guermantes, aprovechando sin duda su ausencia, había trasladado a la tienda en que me encontraba una escalera de mano guardada hasta entonces en la cochera. Y si me hubiera subido a ella, habría podido abrir el tragaluz y oír como si estuviese en la casa misma de Jupien. Pero temía hacer ruido, Además, era inútil. Ni siquiera hube de lamentar no haber llegado a mi tienda unos minutos después. Pues, por lo que oí en los primeros momentos en la de Jupien, y que no fue otra cosa que sonidos inarticulados, supongo que Rieron pocas las palabras que se pronunciaron. Verdad es que eran tan violentos aquellos sonidos que, de no haber sido repetidos regularmente, siempre una octava más alto, por un gemido paralelo, habría podido creer que una persona estaba degollando a otra cerca de mí y que, luego, el asesino y su víctima resucitada tomaban un baño para borrar las huellas del crimen. Más tarde llegué a la conclusión de que hay una cosa tan ruidosa como el sufrimiento, y es el placer, sobre todo cuando a él se añaden —a falta del miedo a tener hijos, y aquí no podía darse el caso a pesar del ejemplo poco probatorio de la Leyenda dorada[10]— cuidados inmediatos de limpieza. Por fin, pasada una media hora (durante la cual me había encaramado a paso de lobo a mi escala para mirar por el tragaluz que no abrí), se entabló una conversación. Jupien rechazaba enérgicamente el dinero que M. de Charius quería darle.

Pasada otra media hora, M. de Charius salió. «¿Por qué lleva la barbilla afeitada de esa manera?, le dijo al barón en tono zalamero. ¡Queda tan bien una bella barba!» —«¡Bah!, qué asco», respondió el barón. Sin embargo todavía remoloneaba en el umbral de la puerta y pedía a Jupien información sobre el barrio. «¿No sabe usted nada del castañero de la esquina, no el de la izquierda, es un horror, sino en los pares, un mocetón muy moreno? Y el farmacéutico de enfrente tiene un ciclista muy amable que lleva las medicinas». Estas preguntas molestaron sin duda a Jupien porque, irguiéndose con el despecho de

una gran coqueta traicionada, respondió: «Ya veo que tiene usted un corazón de alcachofa». Proferido en un tono dolido, glacial y amanerado, este reproche debió de afectar a M. de Charlus, quien, para borrar la mala impresión producida por su curiosidad, dirigió a Jupien, en voz demasiado baja para que distinguiese yo bien las palabras, un ruego que sin duda requería prolongar su escancia en la tienda y que emocionó al chalequero lo bastante para borrar su dolor, porque miró la cara del barón, gorda y congestionada bajo su pelo gris, con la expresión inundada de felicidad de quien acaba de ser profundamente halagado en su amor propio, y, decidido a conceder a M. de Charlus lo que éste acababa de pedirle, Jupien, tras algunas observaciones desprovistas de cualquier distinción, como «¡Vaya culo que tiene usted!», dijo al barón con aire sonriente, emocionado, agradecido y de superioridad: «¡Sí, anda, grandullón!»

«Si vuelvo al asunto del conductor de tranvía[11], continuó M. de Charlus con tenacidad, es porque, aparte de todo, podría presentar algún interés para la vuelta. Me pasa lo mismo que al califa que recorría Bagdad y le tomaban por un simple mercader[12], que condesciendo a ir detrás de alguna curiosa personilla cuya silueta me ha divertido». Hice en este punto la misma observación que había hecho sobre Bergotte. Si alguna vez tuviese que responder ante un tribunal, el barón no usaría frases adecuadas para convencer a los jueces, sino esas frases bergottescas que su peculiar temperamento literario le sugería espontáneamente y le hacía sentir placer al emplearlas. De igual modo, M. de Charlus utilizaba con el chalequero el mismo lenguaje que hubiera usado con las gentes de mundo de su círculo, exagerando incluso sus tics, bien porque la timidez contra la que se esforzaba en luchar le empujase a un orgullo excesivo, bien porque, impidiéndole dominarse (pues nos sentimos más cohibidos ante alguien que no pertenece a nuestro ambiente), le forzara a desvelar, a poner al desnudo su propia naturaleza, que desde luego era orgullosa y un tanto alocada, como decía Mme. de Guermantes. «Para no perder su pista, continuó, salto como un profesorzuelo, como un médico joven y guapo, al mismo tranvía que la personilla, de la que hablamos en femenino sólo por seguir la regla (como

decimos, hablando de un príncipe: ¿Se encuentra enferma Su Alteza?). Si cambia de tranvía, cojo, quizá junto con los microbios de la peste, esa cosa increíble que llaman "correspondencia", un número, y que, aunque me lo entregan a mi, ¡no siempre es el número 11. Así cambio hasta tres o cuatro veces de "coche". A veces, a las once de la noche me encuentro en la estación de Orléans[13] ¡y tengo que volver a casa! ¡Y si sólo fuese de la estación de Oriéans! Por ejemplo, una vez que no había conseguido entablar conversación antes, llegué hasta Orléans[14] mismo en uno de esos horribles vagones en los que, entre triángulos de labores llamadas de malla», se tiene por única vista la fotografía de las principales obras maestras arquitectónicas de la red. No había más que un asiento libre, frente a mí tenía, como monumento histórico, una "vista" de la catedral de Orléans, que es la más fea de Francia[15], y tan fastidiosa de mirar así, contra mi voluntad, como si me hubieran obligado a mirar sus torres en la bola de cristal de esos portaplumas ópticos que dan oftalmías. Me bajé en Aubraís al mismo tiempo que mi personilla, a quien por desgracia su familia (cuando yo le suponía todos los defectos salvo el de tener una familia) esperaba en el andén. No tuve más consuelo, mientras esperaba el tren que me devolvería a París, que la casa de Diana de Poitiers[16]. Por mucho que haya encantado a uno de mis regios antepasados, hubiese preferido una belleza más viva. Por eso, para remediar el aburrimiento de esos regresos en solitario, me habría gustado bastante conocer a un mozo de los wagonsdits, a un conductor de ómnibus. Pero no debe sorprenderle, concluyó el barón, todo esto no es más que una cuestión de género. Con los jóvenes de la buena sociedad, por ejemplo, no deseo ninguna posesión física, pero no me quedo tranquilo hasta que no los he tocado, no quiero decir materialmente, sino tocado su cuerda sensible. Cuando, en lugar de dejar mis cartas sin respuesta, un joven no cesa de escribirme y está a mi disposición moral, me siento apaciguado, o al menos lo estaría si no me embargase ya la preocupación por otro. Es bastante curioso, ¿verdad? A propósito de jóvenes de la buena sociedad, ¿no conoce a ninguno entre los que vienen por aquí?» —«No, pequeño mío. ¡Ah!, sí, uno moreno, muy alto, con monóculo, que siempre está

riendo y volviéndose». — «No caigo en quién puede ser». Jupien completó el retrato, M. de Charlus no conseguía dar con la persona de que se trataba, por ignorar que el antiguo chalequero era uno de esos, más numerosos de lo que se cree, que no recuerdan el color del pelo de las personas que conocen poco. Pero a mí, que conocía ese defecto de Jupien, y que sustituí moreno por rubio, el retrato me pareció que correspondía cabalmente al duque de Châtellerault. «Volviendo a los jóvenes que no penenecen al pueblo, continuó el barón, en este momento me tiene sorbido el seso un hombrecillo extraño, un pequeño burgués inteligente que se porta conmigo de un modo increíblemente descortés. No tiene ni la más remota noción del prodigioso personaje que soy y del microscópico vibrión que él representa. Después de todo, qué importa, ese borriquito puede rebuznar cuanto le dé la gana ante mi augusta capa de obispo». —«¡Obispo!, exclamó Jupien, que no había comprendido nada de las últimas frases pronunciadas por M. de Charlus, pero a quien la palabra obispo dejó pasmado. Pero si esto no tiene demasiado que ver con la religión», dijo. «Tengo tres papas en mi familia[17]», respondió M. de Charlus, y el derecho a vestir de rojo merced a un título cardenalicio, puesto que la sobrina de mi tío abuelo el cardenal aportó a mi abuelo el título de duque, por el que fue sustituido. Veo que las metáforas le dejan a usted sordo y la historia de Francia indiferente. Por lo demás, añadió, quizá menos a modo de conclusión que de advertencia, el atractivo que sobre mí ejercen las jóvenes personas que me huyen, claro está que por miedo pues sólo el respeto les impide abrir la boca pata gritarme que me aman, exige de ellas un rango social eminente. Aun así, su fingida indiferencia puede producir, pese a todo, el efecto exactamente contrario. Tontamente prolongada, termina por desalentarme. Por tomar un ejemplo en una clase que le será a usted más familiar, cuando se hicieron reparaciones en mi palacete, para no provocar celos entre todas las duquesas que se disputaban el honor de poder decirme que me habían alojado, me fui a pasar unos días al «hotel», como suele decirse. Conocía a uno de los camareros de piso, y le hablé de un pequeño «botones» que cerraba las portezuelas y que se mostró

refractario a mis proposiciones. Finalmente irritado, para probarle que mis intenciones eran puras mandé ofrecerle una suma ridiculamente elevada para que subiese sólo a hablar conmigo cinco minutos en mi habitación. Le esperé inútilmente. Le tomé entonces tal asco que salía por la puerta de servicio para no ver la cara de aquel miserable bribonzuelo. Después supe que no había recibido ninguna de mis cartas, que habían sido interceptadas, la primera por el camarero de piso, por envidia, la segunda por el portero de día que era virtuoso, la tercera por el portero de noche que amaba al joven botones y se acostaba con él a la hora en que se levantaba Diana. Mas no por ello desapareció mi asco, y si me trajesen al botones en bandeja de plata como una simple pieza de caza, lo rechazaría con un vómito. Pero, por desgracia, hemos estado hablando de cosas serias y ahora no nos queda tiempo para lo que yo esperaba. Mas podría prestarme usted grandes servicios, haciendo de intermediario; pero, ¿qué digo?, basta esa idea para devolverme algunos bríos y siento que nada ha terminado».

Desde el principio de esta escena, y ante mis ojos por fin abiertos, se había operado en M. de Charlus una revolución tan completa, tan inmediata como si le hubiese tocado una varita mágica. Hasta entonces, como no había comprendido, no había visto. El vicio (se habla así por comodidad del lenguaje), el vicio de cada uno de nosotros nos acompaña a la manera de aquel genio que era invisible para los hombres mientras ignorasen su presencia. La bondad, el engaño, el nombre, las relaciones mundanas, no se dejan descubrir, y cada cual los lleva escondidos. El propio Ulises no reconocía al principio a Atenea[18]. Pero los dioses son inmediatamente perceptibles para los dioses, el semejante también lo es enseguida para el semejante, y así lo había sido M. de Charlus para Jupien. Hasta ese momento me había encontrado ante M. de Charlus de la misma manera que un hombre distraído que, delante de una mujer encinta en cuya cintura grávida no ha reparado, se obstina, mientras ella le repite con una sonrisa: «Si, estoy un poco cansada en este momento», en preguntarle indiscretamente: «Pero ¿qué le pasa?». Mas que alguien le diga: «Está embarazada», y de pronto se fija en el vientre y ya no

verá otra cosa. Es la razón la que abre los ojos; un error disipado nos proporciona un sentido más.

Aquellos a quienes no gusta remitirse, como a ejemplos de esta ley, a los señores de Charlus conocidos suyos, y de los que durante mucho tiempo no habían sospechado lo más mínimo hasta el día en que, sobre la superficie homogénea del individuo semejante a los otros han venido a surgir, trazados en una tinta hasta entonces invisible, los caracteres que componen la palabra amada por los antiguos griegos, no tienen, para convencerse de que el mundo que les rodea aparece al principio a sus ojos desnudo, despojado de mil ornamentos que ofrece a otros más instruidos, más que recordar cuántas veces, en la vida, han estado a punto de cometer un error. Nada, en el rostro sin caracteres de tal o cual hombre, podía hacerle suponer que era precisamente el hermano, o el novio, o el amante de una mujer de la que iban a decir: «¡Qué camello!» Pero entonces, por suerte, una palabra susurrada por un vecino detiene en sus labios el vocablo fatal. Inmediatamente aparecen, como un Mane, Thecel, Phares[19], estas palabras: es el novio, o es el hermano, o es el amante de la mujer, a quien no conviene llamar en su presencia «camello». Y, por sí sola, esta nueva noción bastará para determinar todo un agrupamiento, la retirada o el avance de la fracción de las nociones, ahora completadas, que se tenían sobre el resto de la familia. Por más que a M. de Charlus se acoplara otro ser que lo diferenciaba del resto de los hombres, como al centauro el caballo, por más que ese ser hubiese hecho cuerpo con el barón, nunca me habría dado cuenta. Ahora lo abstracto se había materializado, el ser por fin comprendido había perdido de golpe su poder de permanecer invisible y la transmutación de M. de Charlus en una persona nueva era tan completa que no sólo los contrastes de su cara, de su voz, sino, retrospectivamente, los altibajos mismos de sus relaciones conmigo, todo lo que hasta ese momento había parecido incoherente a mi inteligencia, se tornaba inteligible, se mostraba evidente, como una frase que, sin ofrecer ningún sentido mientras está descompuesta en letras dispuestas al azar, expresa, si los caracteres se encuentran

colocados en el orden debido, un pensamiento que ya no podremos olvidar.

Además, ahora comprendía por qué un momento antes, cuando le había visto salir de casa de Mme. de Villeparisis, había podido ocurrírseme que M. de Charlus tenía aires de mujer: ¡era una mujer[20]! Pertenecía a la raza de esos seres menos contradictorios de lo que parecen, cuyo ideal es viril precisamente porque su temperamento es femenino, y que en la vida son semejantes, tan sólo en apariencia, a los demás hombres; allí donde cada uno lleva, inscrita en esos ojos con los que ve todas las cosas en el universo, una silueta tallada en la faceta de la pupila, para ellos no es la silueta de una ninfo, sino de un efebo. Raza sobre la que pesa una maldición, obligada a vivir en la mentira y el perjurio, pues sabe que su deseo, aquello que para toda criatura constituye la mayor dulzura de vivir, se considera punible y vergonzoso, inconfesable; obligada a renegar de su Dios, pues hasta los cristianos, cuando comparecen como acusados en los tribunales[21], deben, delante de Cristo y en su nombre, defenderse como de una calumnia de lo que es su vida misma; hijos sin madre, a la que no tienen más remedio que mentir incluso a la hora de cerrarle los ojos; amigos sin amistades, a pesar de todas las que inspira su encanto frecuentemente reconocido y que su corazón, con frecuencia bueno, sentiría; pero ¿puede darse el nombre de amistades a esas relaciones que sólo vegetan a favor de una mentira, y que el primer impulso de confianza y de sinceridad al que se viesen tentados les haría rechazar con repugnancia, a menos que tengan enfrente un espíritu imparcial, incluso símpatótico, que, sin embargo, engañado respecto a ellos por una psicología convencional, atribuirá al vicio confesado el afecto mismo que le es más ajeno, del mismo modo que ciertos jueces suponen y excusan más fácilmente el asesinato en los invertidos y la traición en los judíos por razones sacadas del pecado original y de la fatalidad de la raza? En fin —al menos de acuerdo con la primera teoría que esbozaba ya entonces, destinada como veremos a modificarse luego, y en la que precisamente esto les habría contrariado más que nada si esa contradicción no hubiera sido sustraída a sus ojos por la ilusión misma

que les hacia ver y vivir—, amantes para quienes está casi cerrada la posibilidad de ese amor cuya esperanza les da fuerza para soportar tantos riesgos y soledades, ya que se han enamorado precisamente de un hombre que no tendría nada de mujer, de un hombre que no sería invertido y que, por lo tanto, no puede amarlos; de modo que su deseo sería insaciable por siempre si el dinero no ¡es proporcionase hombres de verdad, y si la imaginación no acabase haciéndoles tomar por hombres de verdad a los invertidos a quienes se han prostituido. Sin honor, salvo precario, sin libertad, salvo provisional hasta que se descubra el crimen; sin posición, salvo inestable, como para el poeta festejado la víspera en todos los salones, aplaudido en todos los teatros de Londres, y echado al día siguiente de todos los hoteluchos sin poder encontrar una almohada donde reposar la cabeza[22], dando vueltas a la muela como Sansón y diciendo como él:

Les deuxsexes mourront chacun de son cote[23].

(Los dos sexos morirán cada uno por su lado).

Excluidos incluso, salvo los días de gran infortunio en que la mayoría se congrega en torno a la victima como los judíos en torno a Dreyfus, de la simpatía —a veces de la compañía— de sus semejantes, a los que dan el disgusto de ver lo que son, pintado en un espejo que, al no favorecerles, denuncia todas las taras que no habían querido observar en sí mismos y que les hace comprender que lo que ellos llamaban su amor (y a lo que, jugando con la palabra, habían incorporado, por sentido social, todo cuanto la poesía, la pintura, la música, la tradición caballeresca, el ascetismo, han podido añadir al amor) deriva no de un ideal de belleza libremente elegido por ellos, sino de una enfermedad incurable; también como los judíos (salvo algunos que sólo quieren tratarse con los de su raza y siempre tienen en la boca las frases rituales y las bromas consagradas), huyendo unos de otros, buscando a los que menos se les parecen y menos los aceptan, perdonando sus desaires, embriagándose con sus

complacencias; pero, unidos también a sus semejantes por el ostracismo que los golpea, por el oprobio en que han caído, han terminado asumiendo, merced a una persecución semejante a la de Israel, las características físicas y morales de una raza, a veces bellas, a menudo horribles, encontrando (a pesar de todas las burlas con que aquel que, más mezclado, mejor asimilado a la raza adversa, es relativamente en apariencia el menos invertido, hace sufrir a quien ha seguido siéndolo más) un poco de alivio en la frecuentación de sus semejantes, e incluso un apoyo en su existencia, hasta el punto de que, negando incluso que formen una raza (cuyo nombre es la mayor injuria), a quienes logran ocultar su pertenencia a ella los desenmascaran gustosos, menos por hacerles daño, cosa que no detestan, que por excusarse a sí mismos, y van a buscar, como un médico la apendicitis, la inversión hasta en la historia, complaciéndose en recordar que Sócrates era uno de ellos, igual que los israelitas dicen que Jesús era judío, sin darse cuenta de que no había anormales cuando la homosexualidad era la norma, ni anticristianos antes de Cristo, que sólo el oprobio hace el crimen, porque sólo ha dejado subsistir a los que eran refractarios a toda predicación, a todo ejemplo, a todo castigo, en virtud de una disposición innata, tan particular que repugna más al resto de los hombres (aunque pueda ir acompañada de altas cualidades morales) que ciertos vicios inconciliables con ellas como el robo, la crueldad, la mala fe, mejor comprendidos y por tanto más disculpados por el común de los hombres; formando una masonería mucho más extendida, más eficaz y menos sospechosa que la de las logias, porque descansa en una identidad de gustos, de necesidades, de hábitos, de peligros, de aprendizaje, de saber, de tráfico, de glosario, y en la que, hasta los miembros mismos que desean no conocerse, se reconocen inmediatamente merced a unos signos naturales o convencionales, involuntarios o deliberados, que indican al mendigo la presencia de uno de sus semejantes en el gran señor a quien cierra la portezuela de su coche, al padre en el novio de su hija, al que había querido curarse, confesarse, al que tenía que defenderse, en el médico, en el sacerdote, en el abogado a los que se ha dirigido; obligados, rodos ellos, a proteger su secreto, pero partícipes de un

secreto ajeno que el resto de la humanidad no sospecha y que hace que las novelas de aventura más inverosímiles les parezcan verdaderas; pues en esa vida novelesca, anacrónica, el embajador es amigo del presidiario, el principe, con una cierta libertad de modales que le viene de su educación aristocrática y que un pequeño burgués tembloroso no tendría, al salir de casa de la duquesa va a reunirse con el granuja; parte reprobada de la colectividad humana, pero parte importante, que se sospecha allí donde no existe, exhibida, insolente, impune allí donde no se la adivina; que cuenta con adeptos en todas partes, en el pueblo, en el ejército, en el templo, en el presidio, sobre el trono; que vive, en fin, al menos una gran mayoría, en intimidad cariñosa y peligrosa con los hombres de la otra raza, provocándolos, jugando con ellos a hablar de su vicio como si no fuese suyo, juego facilitado por la ceguera o la falsía de los demás, juego que puede prolongarse años y años hasta el día del escándalo en que esos domadores son devorados; obligados hasta ese momento a ocultar su vida, a apartar los ojos de donde querrían fijarse, a fijarlos allí de donde querrían apartarse, a cambiar el género de muchos adjetivos en su vocabulario, imposición social ligera comparada con la imposición interior que su vicio, o lo que impropiamente así se llama, les impone, no ya ante los demás, sino ante sí mismos, y de modo que no parezca un vicio a sus propios ojos. Pero algunos, más prácticos, más impacientes, que carecen de tiempo para hacer su trato y renunciar a la simplificación de la vida y a esa ganancia de tiempo que puede resultar de la cooperación, han hecho para uso propio dos sociedades, la segunda de las cuales está compuesta exclusivamente por gentes semejantes a ellos.

Sorprende esto en quienes son pobres y vienen de provincias, faltos de relaciones, sin otra cosa que la ambición de ser un día médico o abogado célebre, con la cabeza aún vacía de opiniones y un cuerpo sin encantos, al que esperan embellecer rápidamente, igual que comprarían para su cuartito del Barrio Latino unos muebles a imitación de los que han de ver y tomar por modelo en casa de los que ya han «llegado» en la profesión provechosa y seria en que ellos mismos desean encuadrarse y volverse ilustres; en éstos, su gusto particular, heredado a pesar suyo como la predisposición para el

dibujo, para La música, para la ceguera, quizá sea la única originalidad viva, despótica y que determinadas noches les obliga a faltar a cierta reunión útil para su carrera con personas de quienes, por lo demás, adoptan los modos de hablar, de pensar, de vestirse, de peinarse. En su barrio, donde, dejando a un lado eso, sólo se tratan con condiscípulos, maestros o algún paisano «llegado» y protector, no han tardado en descubrir a otros jóvenes atraídos hacia ellos por el mismo gusto particular, igual que en una ciudad pequeña llegan a intimar el profesor de secundaria y el notario porque los dos aman Ja música de cámara y los marfiles de la Edad Media; aplicando al objeto de su distracción el mismo instinto utilitario, el mismo espíritu profesional que los guía en su carrera, vuelven a encontrarlos en reuniones a las que ningún profano es admitido, como no lo es a las que reúnen a amantes de tabaqueras antiguas, de estampas japonesas, de flores raras, y en las que, por el placer de instruirse, por la utilidad de los intercambios y por el temor a las competiciones, reina a un mismo tiempo, como en un mercado de filatélicos, el entendimiento estrecho de los especialistas y las feroces rivalidades de los coleccionistas. Por otra parte, en el café en que tienen su mesa, nadie sabe de qué tipo es la reunión, si de una sociedad de pesca, de secretarios de redacción o de hijos del Indre[24], hasta tal punto es correcto su porte, reservados y fríos sus modales, y hasta tal punto no se atreven a mirar, salvo a hurtadillas, a los jóvenes a la moda, a los jóvenes «leones» que, unos metros mis allá, alardean de sus amantes, y entre quienes aquellos que los admiran sin atreverse a levantar los ojos sabrán, pero sólo veinte años más tarde, cuando unos estén en vísperas de ingresar en una academia y sean los otros viejos hombres de club, que el más seductor, ahora un corpulento y canoso Charius, era en realidad como ellos, pero en otra parte, en otro mundo, bajo otros símbolos externos, con signos extraños cuya diferencia les indujo a error. Pero las agrupaciones son más o menos avanzadas; y lo mismo que la «Unión de izquierdas» difiere de la «Federación socialisca[25]» y tal sociedad de música mendelssohniana de la Schola Can corum[26], ciertas noches, en otra mesa, hay extremistas que dejan asomar una pulsera bajo los puños postizos, a veces un collar

en el escoce del cuello, que obligan a una bandada de colegiales, con sus miradas insistentes, sus risitas contenidas o en alto, sus caricias recíprocas, a salir corriendo, y son servidos, con una cortesía bajo la que se incuba la indignación, por un camarero que, como las noches en que sirve a dreyfusistas, estaría encantado de ir a buscar a la policía si no lo estuviera más de ganarse las propinas.

A estas organizaciones profesionales opone la inteligencia el gusto de los solitarios, y sin demasiados artificios de un lado, pues en esto no hace más que imitar a los solitarios mismos, convencidos de que no hay nada más diferente del vicio organizado que lo que a ellos les parece un amor incomprendido, con cierto artificio pese a todo, porque estas distintas categorías corresponden, tanto como a tipos psicológicos diversos, a momentos sucesivos de una evolución patológica o simplemente social. Y es muy raro, en efecto, que los solitarios no lleguen, un día u otro, a fundirse dentro de tales organizaciones, a veces por simple cansancio, por comodidad (de la misma manera que quienes han sido más firmes adversarios acaban por hacerse instalar el teléfono en su casa, por recibir a los léna, o por comprar en Potin[27]. Por lo demás, generalmente son bastante mal recibidos, porque, en su vida relativamente pura, la falta de experiencia, la saturación a que les han reducido sus ensoñaciones, han impreso en ellos con más fuerza esas características peculiares de afeminamiento que los profesionales han procurado borrar. Y es preciso confesar que, en algunos de estos recién llegados, la mujer no sólo está interiormente unida al hombre, sino que es horrorosamente visible, agitados como están, en un espasmo histérico, por una risa aguda que convulsiona sus rodillas y sus manos, no pareciéndose más al común de los hombres que esos monos de ojos melancólicos y ojerosos, de pies prensiles, que visten de smoking y llevan una corbata negra; de manera que el trato con los nuevos adeptos es considerado, por personas menos castas que ellos, comprometedor, y su admisión difícil; se los acepta, sin embargo, y entonces se benefician de esas facilidades con las que el comercio, las grandes empresas, han transformado la vida de los individuos, haciéndoles asequibles artículos hasta entonces demasiado caros de adquirir e incluso

difíciles de encontrar, y que ahora los sumergen con la plétora de lo que, cuando estaban solos, no habían podido llegar a descubrir en medio de la mayor muchedumbre. Pero incluso con esos innumerables exutorios, la coerción social es todavía demasiado pesada para algunos, reclutados sobre rodo entre aquellos en quienes no se ha ejercido la coerción mental y que creen su clase de amor más rara todavía de lo que es. Dejemos a un lado por el momento a quienes, porque el carácter excepcional de su inclinación les hace creerse superiores a ellas, desprecian a las mujeres, hacen de la homosexualidad privilegio de los grandes genios y de las épocas gloriosas y, cuando tratan de hacer que otros compartan su gusto, no se afanan tanto con los que parecen más predispuestos a ello, igual que el morfinómano hace con la morfina, como con los que les parecen dignos, por celo de apostolado, de la misma manera que otros predican el sionismo, el rechazo del servicio militar, el saint-simonismo, el vegetarianismo y la anarquía. Algunos, si por la mañana se les sorprende cuando todavía están acostados, muestran una admirable cabeza de mujer, hasta ral punto su expresión es general y simboliza a todo el sexo; hasta el mismo pelo lo afirma; es tan femenina su inflexión; suelto, cae de forma tan natural en trenzas sobre la mejilla que nos asombra que la joven, la muchacha, la Calacea, que despierta apenas en el inconsciente de ese cuerpo de hombre donde está encerrada[28], haya sabido de manera tan ingeniosa, por sí misma, sin haberlo aprendido de nadie, aprovechar las menores fisuras de su cárcel, encontrar lo necesario para su vida. Verdad es que el joven que tiene esa cabeza deliciosa no dice: «Soy una mujer». Incluso si —por tantas posibles razones— vive con una mujer, puede negarle que él lo sea, jurarle que no ha tenido nunca relaciones con hombres. Pero que ella lo mire tal como acabamos de mostrarlo, acostado en la cama, en pijama, con los brazos desnudos, desnudo el cuello bajo los cabellos negros: el pijama se ha convertido en un camisón de mujer, su cabeza en la de una bonita española. La amante se espanta ante estas confidencias hechas a su mirada, más veraces de lo que podrían serlo las palabras, los actos mismos, y que por otra parte los actos, si no lo han hecho ya, no podrán dejar de

confirmar, porque toda criatura persigue su placer; y si esa criatura no es demasiado viciosa, lo busca en un sexo opuesto al suyo. Mas, para el invertido, el vicio comienza, no cuando anuda relaciones (porque pueden imponerlas demasiadas razones), sino cuando busca su placer con las mujeres. El joven que hemos intentado pintar era de modo tan evidente una mujer que las mujeres que lo miraban con deseo estaban destinadas (a menos que tuvieran un gusto particular) a la misma decepción de aquellas que, en las comedias de Shakespeare, terminan siendo defraudadas por una joven disfrazada que se hace pasar por un adolescente[29]. El engaño es el mismo, el propio invertido lo sabe, adivina la desilusión que, dejado a un lado el disfraz, ha de sufrir la mujer, y siente hasta qué punto es para el sexo una fuente de fantasiosa poesía ese error. Por lo demás, aunque no confiese, ni siquiera a su exigente amante (siempre que ésta no sea gomorrita): «Soy una mujer», pese a todo, con qué astucias, ¡con qué agilidad, con que obstinación de planta trepadora no busca la mujer inconsciente y visible el órgano masculino! Basta con mirar esa cabellera rizada sobre la blanca almohada para comprender que por la noche, si ese joven se desliza por entre los dedos de sus padres, a pesar de ellos y a pesar de sí mismo, no será para ir a buscar mujeres. Podrá su querida castigarlo, encerrarlo, al día siguiente el hombre-mujer habrá encontrado el medio de unirse a un hombre, igual que la campánula lanza sus zarcillos allí donde haya un azadón o un rastrillo. Si admiramos en el rostro de ese hombre delicadezas que nos seducen, una gracia, una gentileza natural desconocida en los hombres, ¿porqué hemos de sentirnos desolados al saber que ese joven busca a los boxeadores? Son aspectos diferentes de una misma realidad. Más aún, aquel que nos repugna es el más atractivo, más atractivo que todas las delicadezas, porque representa un admirable esfuerzo inconsciente de la naturaleza: el reconocimiento del sexo por sí mismo, a pesar de los engaños del sexo, parece la tentativa inconfesada por evadirse hacia lo que un error inicial de la sociedad ha puesto lejos de él. Algunos, sin duda los que tuvieron la infancia más tímida, apenas se preocupan del tipo material de placer que reciben, con tai de poder referirlo a un rostro masculino. Otros, en

cambio, dotados sin duda de sentidos más violentos, localizan de modo más imperioso su placer material. Éstos quizá escandalicen a Ja gente de tipo medio con sus confesiones. Acaso vivan de forma menos exclusiva bajo el satélite de Saturno[30], pues para ellos las mujeres no están excluidas del todo como para los primeros, a cuyos ojos no existirían éstas sin la conversación, la coquetería y los amores cerebrales. Pero los segundos buscan a las que aman a las mujeres: pueden procurarles un joven, aumentar el placer que sienten al estar con él; más aún, pueden, del mismo modo, disfrutar con ellas del mismo placer que con un hombre. De donde se deduce que, en quienes aman a los primeros, sólo despierta sus celos el placer que éstos podrían recibir de un hombre, el único que les parece una traición, dado que no participan del amor a las mujeres, dado que sólo lo han practicado como hábito y para reservarse la posibilidad del matrimonio, imaginándose tan poco el placer que pueda proporcionar que les resulta imposible soportar que le guste al hombre al que aman; mientras que los segundos inspiran a menudo celos por sus amores con mujeres. De hecho, en las relaciones que mantienen con ellas, encarnan, para la mujer que ama a las mujeres, el papel de otra mujer, y la mujer les ofrece al mismo tiempo poco más o menos lo que encuentran en el hombre, hasta el punto de que el amigo celoso sufre sintiendo que aquel a quien ama está ligado a la que para él es casi un hombre, y, al mismo tiempo, casi siente que se le escapa porque, para esas mujeres, es algo que él no conoce, una especie de mujer. No hablemos tampoco de esos jóvenes alocados que, por una especie de infantilismo, por hacer rabiar a sus amigos, por escandalizar a sus padres, manifiestan una especie de encarnizamiento en elegir ropas que parecen vestidos de mujer, en pintarse los labios y darse sombra en los ojos; dejémoslos a un lado, porque volveremos a encontrarlos más tarde, cuando hayan sufrido demasiado cruelmente la pena de su afectación: se pasan toda la vida tratando inútilmente de reparar con un empaque severo, protestante, el daño que se hicieron cuando se dejaron arrastrar por el mismo demonio que empuja a ciertas jóvenes del faubourg Saint-Germain a vivir de manera escandalosa, a romper con todos los usos, a

escarnecer a su familia, hasta el día en que se ponen con perseverancia y sin éxito a subir de nuevo la cuesta que tan divertido les había parecido bajar, o, mejor dicho, que no habían podido dejar de bajar. Dejemos, en fin, para más tarde a los que han concluido un pacto con Gomorra. Hablaremos de ellos cuando M. de Charlus los conozca. Dejemos a todos los que, de esta o de aquella variedad, aparecerán cuando llegue su turno, y, para acabar esta primera exposición, digamos únicamente unas palabras de aquellos de los que habíamos empezado a hablar hace un momento, de los solitarios. Considerando su propio vicio más excepcional de lo que es, se fueron a vivir solos desde el día en que lo descubrieron, después de haberlo llevado mucho tiempo dentro de sí sin conocerlo, mucho más tiempo simplemente que otros. Pues nadie sabe al principio que es invertido, o poeta, o esnob, o malvado. El colegial que aprendía versos de amor o contemplaba imágenes obscenas, si se apretaba entonces contra un compañero, imaginaba no hacer otra cosa que comulgar con él en un mismo deseo de la mujer. ¿Cómo había de creer que es distinto a los demás cuando reconoce la sustancia de lo que siente leyendo a Mme. de Lafayette, a Racine, a Baudelaire, a Walter Scott, cuando su capacidad de observarse a sí mismo es demasiado pequeña para darse cuenta de lo que pone de su cosecha, y cuando, si el sentimiento es el mismo, el objeto difiere, que lo que desea es Rob Roy y no Diana Vemon[31]? En muchos, y debido a una prudencia defensiva del instinto que precede a la visión más clara de la inteligencia, el espejo y las paredes de su cuarto desaparecen bajo cromos que representan a actrices, y hacen versos como:

Sólo a Cloé amo en el mundo,
es divina, es rubia,
y de amor mi corazón inunda.

¿Hemos de situar, por ello, en el inicio de esas vidas una inclinación que luego no volverá a encontrarse, como esos rizos

rubios de los niños, destinados más tarde a volverse los más morenos? Quién sabe si las fotografías de mujeres no son un comienzo de hipocresía, un comienzo también de horror para los otros invertidos. Pero es precisamente a los solitarios a quienes resulta más dolorosa la hipocresía. Tal vez el ejemplo de los judíos, de una colonia diferente, no sea siquiera bastante eficaz para explicar el escaso poder que sobre ellos tiene la educación, y con qué arte consiguen volver, no digo a algo tan sencillamente atroz como el suicidio (al que los locos, por más precauciones que se tomen, vuelven, y, salvados del río al que se han tirado, se envenenan, se procuran un revólver, etc.), sino a una vida cuyos indispensables placeres los hombres de la otra raza no sólo no comprenden, no imaginan y odian, sino que sentirían horror ante su frecuente peligro y la vergüenza permanente. Para pintarlos, quizá haya que pensar, si no en lo animales que no se domestican, en los leoncillos que se supone domesticados pero que siguen siendo leones, por lo menos en los negros, a quienes desespera la confortable existencia de los blancos, y que prefieren los riesgos de la vida salvaje y sus incomprensibles alegrías. Cuando llega el día en que se descubren incapaces de mentir a los demás y de mentirse a sí mismos a la vez, se van a vivir al campo, huyendo de sus semejantes (que creen poco numerosos) por horror de la monstruosidad o miedo a la tentación, y del resto de la humanidad por vergüenza. No habiendo alcanzado nunca la verdadera madurez, caídos en la melancolía, de vez en cuando, un domingo sin luna, salen a pasear por un camino hasta un cruce donde, sin haberse dicho una sola palabra, ha ido a esperarles uno de sus amigos de infancia que vive en un castillo vecino. Y vuelven a empezar los juegos de antaño, sobre la hierba, en la oscuridad, sin mediar palabra. Durante la semana, se ven uno en casa del otro, charlan de cualquier cosa, sin una sola alusión a lo que ha ocurrido, exactamente como si no hubieran hecho nada y nada debieran volver a hacer, salvo un poco de frialdad, de ironía, de irritabilidad y de rencor, aveces de odio, en sus relaciones. Después, el vecino emprende un duro viaje a caballo, y, a lomos de mula, escala picos, duerme en la nieve; su amigo, que identifica su propio vicio, como una debilidad de temperamento, con la vida casera y tímida, comprende que el vicio ya no podrá subsistir en su amigo

emancipado, a tantos miles de metros sobre el nivel del mar. Y, en efecto, el otro se casa. Pero el abandonado no se cura (salvo los casos en que veremos que la inversión es curable). Exige recibir en persona, por la mañana, en la cocina, la nata fresca de manos del joven lechero y, las noches en que los deseos lo excitan demasiado, se extravía y llega al punto de poner en el camino a un borracho, de arreglarle la camisa a un ciego. Verdad es que, algunas veces, la vida de ciertos invertidos parece cambiar, su vicio (como se dice) no aparece ya en sus costumbres; pero nada se pierde: una sortija escondida se encuentra; si la cantidad de orines de un enfermo disminuye, es porque transpira más, pero la excreción tiene que producirse siempre. Un día, ese homosexual pierde a un primo joven, y por su dolor inconsolable comprendemos que en este amor, casto acaso y más interesado en conservar la estima que en conseguir la posesión, los deseos habían pasado por transferencia, lo mismo que en un presupuesto, sin cambiar nada en el total, determinados gastos pasan a otro ejercicio. Como sucede con esos enfermos en quienes una crisis de urticaria hace desaparecer por algún tiempo sus indisposiciones habituales, el amor puro por un joven pariente parece haber reemplazado momentáneamente, en el invertido, por metástasis, unos hábitos que, un día u otro, volverán a ocupar el sirio del mal vicariante y curado.

Mientras tanto, el vecino casado del solitario ha vuelto: ante la belleza de la joven esposa y la ternura que su marido le manifiesta, el día en que el amigo se ve obligado a invitarlos a cenar, él se avergüenza del pasado. El!a, que ya se encuentra en estado interesante, debe volver temprano a casa, dejando a su marido; cuando le llega la hora de retirarse, éste pide que le acompañe un trecho a su amigo, que al principio no abriga ninguna sospecha, pero que en el cruce se ve derribado en la hierba, sin una palabra, por el alpinista que pronto será padre. Y vuelven a empezar los encuentros hasta el día en que llega a instalarse no lejos de allí un primo de la joven esposa, con la que ahora pasea siempre el marido. Y éste, si el abandonado va a verle y trata de acercarse a él, lo rechaza furibundo, indignado de que el otro no haya tenido el tacto de presentir el asco que ahora le inspira. Sin embargo, una vez se presenta un

desconocido enviado por el vecino infiel; pero, demasiado atareado, el abandonado no puede recibirle y sólo más tarde comprende con qué finalidad había venido el forastero.

El solitario, entonces, languidece en soledad. No tiene otros placeres que ir a la vecina estación balnearia para pedir un informe a cierto empleado de ferrocarril. Pero a éste lo han ascendido, ha sido trasladado al otro extremo de Francia; el solitario ya no podría ir a preguntarle el horario de trenes, los precios de primera, y antes de volver para seguir soñando en su torre, como Griselda[32], remolonea en la playa cual una extraña Andrómeda[33] que ningún Argonauta vendrá a liberar, como una medusa estéril que ha de perecer sobre la arena, o bien, dominado por la pereza, se queda, antes de la salida del tren, en el andén, lanzando sobre la muchedumbre de viajeros una mirada que parecerá indiferente, desdeñosa o distraída a los de otra raza, pero que, como el centelleo luminoso con que se adornan ciertos insectos para atraer a los de su misma especie, o como el néctar que ofrecen ciertas flores para atraer a los insectos que han de fecundarlas, no engañaría al degustador casi inencontrable de un placer demasiado singular, demasiado difícil de colocar que se le ofrece, ni al cofrade con quien nuestro especialista podría hablar el insólito lenguaje; a lo sumo, algún pordiosero del andén aparentará interesarse por ese lenguaje, pero sólo por un beneficio material, como los que en el Collége de France[34], en la sala donde el profesor de sánscrito habla sin oyente, van a seguir la clase pero sólo para calentarse. ¡Medusa! ¡Orquídea! Cuando sólo seguía mi instinto, en Balbec la medusa me repugnaba; pero si sabía mirarla, como Michelet, desde el punto de vista de la historia natural y de la estética, veía una deliciosa girándula azul celeste[35]. Con el terciopelo transparente de sus pétalos, ¿no son como las malvas orquídeas del mar? Como tantas criaturas del reino animal y del reino vegetal, como la planta que producirá la vainilla pero que, separado en ella por un tabique el órgano macho del órgano hembra, permanece estéril si los pájaros-mosca o ciertas pequeñas abejas no transportan el polen de unas a otras o si el hombre no las fecunda de manera artificial[36], M. de Charius (y aquí la palabra fecundación debe tomarse en su sentido

moral, dado que en el sentido físico la unión del macho con el macho es estéril, aunque no resulte indiferente que un individuo pueda encontrar el único placer que es capaz de gozar, y «que en este mundo toda criatura» pueda dar a alguien «su música, su llama o su perfume[37]»), M. de Charius era de esos hombres que pueden calificarse de excepcionales porque, por numerosos que sean, la satisfacción, tan fácil en otros, de sus necesidades sexuales depende de la coincidencia de demasiadas condiciones, y demasiado difíciles de encontrar. Para hombres como M. de Charius (y a reserva de los apaños queirán apareciendo poco a poco y que ya han podido presentirse, exigidos por la necesidad de placer que se resigna a consentimientos parciales), el amor mutuo, al margen de las dificultades tan grandes, a veces insuperables, que encuentra en el común de los seres, les añade otras tan especiales que lo que siempre es muy raro para todo el mundo se vuelve para ellos casi imposible; y si se produce un encuentro verdaderamente afortunado o la naturaleza así lo presenta a sus ojos, su dicha, mucho más aún que la del enamorado normal, tiene algo de extraordinario, de selecto, de profundamente necesario. El odio de Capuletos y Mónteseos[38] no era nada comparado con los impedimentos de todo género que han sido superados, con las eliminaciones especiales que la naturaleza ha tenido que hacer sufrir a los azares, en sí mismos ya poco comunes, que propician el amor, antes de que un antiguo chalequero, a punto de ir tranquilamente a su oficina, titubee, deslumbrado, delante de un cincuentón barrigudo. Ese Romeo y esa Julieta pueden creer con todo derecho que su amor no es capricho de un instante, sino una verdadera predestinación preparada por las armonías de su temperamento, no sólo por el temperamento propio, sino por el de sus ascendientes, por su más remota herencia, hasta el punto de que el ser con el que se acoplan les pertenece desde antes del nacimiento, de que los ha atraído con una fuerza comparable a la que dirige los mundos en que hemos pasado nuestras vidas anteriores. El señor de Charius me había distraído de mirar si el abejorro aportaba a la orquídea el polen esperado por ella desde hacía tanto tiempo, y que únicamente podía recibir gracias a un azar tan improbable que podía

denominarse una especie de milagro. Pero también era un milagro aquello a lo que yo acababa de asistir, casi del mismo género, y no menos maravilloso.

Cuando consideré ese encuentro desde este punto de vista, todo me pareció impregnado de belleza. Las tretas más extraordinarias que la naturaleza ha inventado para forzar a los insectos a asegurar la fecundación de las flores, que, sin ellos, no podría serlo porque la flor macho está demasiado lejos de la flor hembra —o aquella que, si es el viento el que debe asegurar el trasporte del polen, lo vuelve mucho más fácil de separar de la flor macho, mucho más fácil de atrapar de pasada por la flor hembra, suprimiendo la secreción del néctar, que ya no sirve puesto que no hay insectos que atraer, e incluso el brillo de las corolas que los atraen, y la treta que, a fin de que la flor quede reservada para el polen que necesita, que sólo puede fructificar en ella, le hace secretar un licor que la inmuniza contra los demás pólenes, no me parecían más maravillosas que la existencia de la subvariedad de invertidos destinada a asegurar los placeres del amor al invertido que envejece: los hombres atraídos no por todos los hombres, sino— merced a un fenómeno de correspondencia y de armonía comparable a los que regulan la fecundación de las flores heteroestiladas triformes como el Lythrum salicaria[39] sólo por hombres mucho mayores que ellos. De esta subvariedad acababa Jupien de ofrecerme un ejemplo, menos impresionante sin embargo que otros, que cualquier apasionado por la herboristería humana, cualquier botánico moral, podrá observar, pese a su rareza, y que les presentará a un frágil joven esperando las insinuaciones de un robusto y barrigudo cincuentón, permaneciendo tan indiferente a las insinuaciones de otros jóvenes como estériles permanecen las flores hermafroditas de estilo corro de la Prímula veris cuando las fecundan otras Prímula veris también de estilo corto, mientras que acogen con alegría el polen de las Prímula veris de estilo largo. Por otra parte, y por lo que se refiere a M. de Charlus, más tarde me di cuenta de que para él había diversos tipos de conjunciones, algunas de las cuales, por su multiplicidad, por su instantaneidad apenas visible, y sobre todo por la falta de contacto entre los dos actores, recordaban más

todavía a esas flores que en un jardín son fecundadas por el polen de una flor contigua a la que nunca tocarán. Había, en efecto, ciertas criaturas a las que le bastaba hacer ir a su casa, tener durante unas horas bajo el dominio de su palabra, para que su deseo, encendido en algún encuentro, se aplacase. La conjunción se realizaba sólo merced a las palabras, y con la misma simplicidad con que puede verificarse en los infusorios. Algunas veces, como seguramente le había ocurrido conmigo la noche en que fui convocado por él después de la cena Guermantes, la satisfacción se producía gracias a una violenta reprimenda que el barón lanzaba al rostro del visitante, igual que ciertas flores rocían a distancia, gracias a un resorte, al insecto inconscientemente cómplice y desconcertado[40]. El señor de Charlus, pasando de dominado a dominante, se sentía purgado de su propia inquietud y, calmado, despedía al visitante que de repente había dejado de parecerle deseable. Por último, como la inversión misma se debe a que el invertido se parece demasiado a la mujer para poder tener relaciones útiles con ella, se acoge a una ley más alta por la que tantas flores hermafroditas permanecen infecundas, es decir, a la esterilidad de la autofecundación. Verdad es que los invertidos a la busca de un macho suelen contentarse a menudo con un invertido tan afeminado como ellos. Pero basta con que no pertenezcan al sexo femenino, del que tienen en sí mismos un embrión del que no pueden servirse como les ocurre a tantas flores hermafroditas e incluso a ciertos animales hermafroditas, por ejemplo el caracol, incapaces de fecundarse a sí mismos, pero capaces de serlo por otros hermafroditas. Por eso los invertidos, que invocan gustosos el antiguo Oriente o la edad de oro de Grecia, se remontarían más lejos aún, a aquellas épocas de prueba en que no existían ni las flores dioicas ni los animales unisexuados, a ese hermafroditismo originario cuyas huellas parecen conservar algunos rudimentos de óiganos machos en la anatomía de la mujer y de órganos femeninos en la anatomía del hombre[41]. La mímica, al principio incomprensible para mí, de Jupien y de M. de Charlus me parecía tan curiosa como esos gestos tentadores dirigidos a los insectos, según Darwin, por las flores llamadas compuestas, que alzan los semiflorones de sus cabezuelas

para ser vistas de más lejos, como esa heteroestilada que gira sus estambres y los curva para abrir paso a los insectos, o que les ofrece una ablución; y tan curiosa, simplemente incluso, como los perfumes de néctar, como el brillo de las corolas, que atraían en ese momento a los insectos en el patio. A partir de ese día, M. de Charlus debía cambiar la hora de sus visitas a M. de Villeparisis, no porque no pudiese ver a Jupien en otra parte y con mayor comodidad, sino porque para él, lo mismo que para mí, el sol de la carde y las flores del arbusto estaban ligadas sin duda en su recuerdo. Por otro lado, no se limitó a recomendar los Jupien a Mme. de Villeparisis, a la duquesa de Guermantes, a toda una brillante clientela que fue tanto más asidua de la joven bordadora cuanto que las pocas damas que se habían resistido, o sólo se habían retrasado, fueron objeto de terribles represalias de parte del barón, ya para que sirviesen de ejemplo, ya porque habían despertado su furia y se habían rebelado contra sus proyectos de dominación. Hizo cada vez más lucrativo el empleo de Jupien hasta que lo tomó definitivamente como secretario y lo colocó en las condiciones que más tarde veremos. «¡Ah!, ese Jupien sí que es un hombre afortunado», decía Françoise, que tenía cierta tendencia a disminuir o a exagerar las bondades según la beneficiasen a ella o a los demás. Por otra parte, en este caso no tenía necesidad de exagerar ni por lo demás sentía envidia, apreciaba sinceramente a Jupien. «¡Ah, es tan buena persona el barón, añadía, tan distinguido, tan devoto, tan correcto! Si yo tuviera una hija casadera y fuese del mundo de los ricos, se la daría al barón con los ojos cerrados». — «Pero, Françoise, decía dulcemente mi madre, esa joven habría tenido muchos maridos. Acuérdese de que ya se la ha prometido a Jupien». —«¡Ah, diablo!, respondía Françoise, es que también ése haría muy feliz a una mujer. Aunque haya ricos y pobres miserables, a la naturaleza no le importa. El barón y Jupien son la misma clase de personas».

Por lo demás, yo exageraba mucho entonces ante aquella revelación primera el carácter electivo de una conjunción tan seleccionada. Cierto que cada uno de los hombres parecidos a M. de Charlus es una criatura extraordinaria, porque, pese a no hacer concesiones a las posibilidades de la vida, busca esencialmente el amor de un hombre de la otra raza, es decir, de un hombre que ama a

las mujeres (y que por consiguiente no podrá amarle); contrariamente a lo que yo creía en el patio, donde acababa de ver a Jupien dando vueltas alrededor de M. de Charlus como la orquídea insinuándose al abejorro, estos seres excepcionales a los que se compadece son multitud, como se verá en el curso de esta obra, por una razón que no se revelará hasta el final, y ellos mismos se quejan de ser demasiado numerosos más bien que demasiado pocos. Porque los dos ángeles que fueron apostados a las puertas de Sodoma para saber si sus habitantes, dice el Génesis[42], habían hecho realmente todas aquellas cosas cuyo clamor había subido hasta el Eterno, habían sido, de lo que no puede uno sino alegrarse, muy mal elegidos por el Señor, quién hubiera debido confiar la tarea únicamente a un sodomita. A éste, las excusas: «Padre de seis hijos, tengo dos queridas, etc.» no le habrían hecho bajar benévolamente la flamígera espada[43] ni suavizar las sanciones; habría respondido: «Sí, y tu mujer sufre la tortura de los celos. Pero aun cuando no hayas escogido a esas mujeres en Gomorra, pasas tus noches con un guardián de rebaños del Hebrón». E inmediatamente le habría hecho dar media vuelta y dirigirse a la ciudad que iba a destruir la lluvia de fuego y de azufre. En cambio, dejaron escapar a todos los sodomitas vergonzantes, incluso cuando, al ver a un muchacho, volvían la cabeza, como la mujer de Lot, sin ser por ello convertidos, como ella, en estatuas de sal[44]. De suerte que tuvieron una numerosa posteridad en la que sigue siendo habitual ese gesto, semejante al de las mujeres desvergonzadas que, aparentando mirar un muestrario de zapatos colocados detrás de una vitrina, vuelven la cabeza hacia un estudiante. Estos descendientes de los sodomitas, tan numerosos que puede aplicárseles el otro versículo del Génesis: «Si alguien puede contar el polvo de la tierra, también podrá contar esa posteridad[45]», se han asentado por toda la tierra, han tenido acceso a todas las profesiones y entran con tal facilidad en los clubs más cerrados que, cuando un sodomita no es admitido, las bolas negras son en su mayoría de sodomitas, pero de sodomitas que se dedican a incriminar la sodomía por haber heredado la mentira que permitió a sus antepasados abandonar la ciudad maldita. Es posible que un día vuelvan a ella. Desde luego, forman en todos los países

una colonia oriental, cultivada, musical, maledicente, dotada de deliciosas cualidades y de insoportables defectos. Las páginas que siguen darán una visión más profunda de ellos; pero se ha querido, de manera provisional, prevenir el funesto error que consistiría, de la misma forma que se ha alentado un movimiento sionista, en crear un movimiento sodomita y en reconstruir Sodoma. Pero, en cuanto llegasen, los sodomitas abandonarían la ciudad para dar la impresión de no serlo, tomarían mujer, mantendrían queridas en otras ciudades donde, por supuesto, encontrarían todas las distracciones convenientes. Sólo irían a Sodoma los días de extrema necesidad, cuando su ciudad estuviese vacía, en esos períodos en que el hambre hace salir del bosque al lobo; en otras palabras, todo ocurriría en última instancia como en Londres, en Berlín, en Roma, en Retrogrado[46] o en París.

En cualquier caso, ese día, antes de mi visita a la duquesa, no sólo no llegué tan lejos con el pensamiento, sino que me sentía desolado porque, por prestar atención a la conjunción Jupien-Charlus, quizá había dejado de ver la fecundación de la flor por el abejorro.

II

CAPÍTULO I

El señor de Charlus en sociedad. — Un médico. — Faceta característica de Mme. de Vaugoubert. — Mme. d'Arpajon, el surtidor de Hubert Roben y la jovialidad del gran duque Vladimiro. — Mme. d'Amoncourt, Mme. de Citri, Mme. de Saint-Euverte, etc. — Curiosa conversación entre Swann y el príncipe de Guermantes. —Albertine al teléfono. — Visitas en espera de mi segunda y última estancia en Balbec. — Llegada a Balbec. —Las intermitencias del corazón.

COMO no tenía prisa por llegar a aquella soirée de los Guermantes a la que no estaba seguro de haber sido invitado[47], me entretuve fuera sin hacer nada; pero la luz estival no parecía tener más prisa que yo en moverse. Aunque eran más de la nueve, era ella la que en la plaza de la Concorde daba al obelisco de Luxor un aspecto de turrón rosa[48]. Luego modificó su color cambiándolo en una materia metálica, de modo que el obelisco no sólo se hizo más precioso, sino que pareció más delgado y casi flexible. Daba la impresión de que habría podido torcerse, de que acaso alguien ya había falseado ligeramente aquella joya. La luna estaba ahora en el cielo como un

gajo de naranja delicadamente pelado, aunque algo mordido. Pero más tarde estaría hecha del oro más resistente. Agazapada y totalmente sola tras ella, una pobre estrellita iba a servir de única compañía a la solitaria luna, mientras ésta, sin dejar de proteger a su amiga, pero más audaz y yendo hacia adelante, blandiría como un arma irresistible, como un símbolo oriental, su amplia y maravillosa media luna de oro.

Delante del palacete de la princesa de Guermantes encontré al duque de Châtellerault[49]; ya no me acordaba de que media hora antes aún me perseguía el temor —que por lo demás no tardaría en volver a dominarme— de ir sin haber sido invitado. Nos inquietamos, y, a veces, mucho después del momento del peligro, olvidado gracias a la distracción, nos acordamos de esa inquietud. Saludé al joven duque y entré en el palacio. Pero primero debo anotar aquí una circunstancia mínima, que permitirá comprender un hecho que no tardaría en ocurrir.

Había una persona que, tanto aquella noche como las precedentes, pensaba mucho en el duque de Châtellerault, sin sospechar por lo demás quién era: se trataba del ujier (llamado en aquella época el aboyeur)[50] de Mme. de Guermantes. El señor de Châtellerault, lejos de ser uno de los íntimos de la princesa —aunque primo suyo—, era recibido en su salón por primera vez. Sus padres, reñidos con ella desde hacía diez años, se habían reconciliado quince días antes, y, obligados a estar ausentes de París esa noche, habían encargado a su hijo representarlos. Pero unos días antes, el ujier de la princesa había encontrado en los Champs-Élysées a un joven que le había parecido encantador, pero cuya identidad no había conseguido establecer. Y no porque el joven no se hubiese mostrado tan amable como generoso. Todos los favores que el ujier imaginaba que había de conceder a un caballero tan joven, fue él por el contrario quien los recibió. Pero M. de Châtellerault era no menos timorato que imprudente; y absolutamente decidido a no revelar su incógnito cuando no conocía a la persona con la que trataba; mucho mayor habría sido su miedo —aunque infundado— de haberlo sabido. Se había limitado a hacerse pasar por un inglés, y a todas las preguntas

apasionadas del ujier, deseoso de volver a verse con una persona a la que debía tanto placer y tantas larguezas, el duque se había limitado a responder, a lo largo de la Avenue Gabriel: I do not speak french[51]

Aunque, a pesar de todo —debido al origen materno de su primo —, el duque de Guermantes hiciese ostentación de no encontrar rastro alguno de Courvoisier en el salón de la princesa de Guermantes-Baviére, el espíritu de iniciativa y la superioridad intelectual de esta dama se valoraba generalmente de acuerdo con una innovación que, en ese círculo, no se encontraba en ninguna otra parte. Después de la cena, y cualquiera que fuese la importancia de la reunión que había de seguir, los asientos, en casa de la princesa de Guermantes, se hallaban dispuestos formando pequeños grupos que, llegado el caso, se daban la espalda. La princesa daba muestras entonces de su sentido social yendo a sentarse, como por preferencia, en uno de ellos. Pero no dudaba en elegir y atraer a determinado miembro de otro grupo. Si, por ejemplo, había hecho fijarse a M. Detaille[52]*, quien naturalmente había asentido, en el bonito cuello que tenía Mme. de Villemur, la cual, sentada en otro grupo, les daba la espalda, la princesa no dudaba en levantar la voz: «Madame de Villemur, M. Detaille, como gran pintor que es, está admirando su cuello». Madame de Villemur captaba en la frase una invitación directa a la conversación; con la destreza que da la costumbre de montar a caballo, hacía girar lentamente su silla en un arco de tres cuartos de circunferencia y, sin molestar lo más mínimo a sus vecinos, quedaba casi frente por frente de la princesa. «¿No conoce a M. Detaille?», preguntaba la dueña de la casa, que no se conformaba con la hábil y púdica «conversión» de su invitada. «No le conozco, pero conozco sus obras», respondía Mme. de Villemur en un tono respetuoso, insinuante, y con un sentido de la oportunidad que muchos envidiaban, no sin dirigir al célebre pintor, a quien la interpelación no había bastado para presentarle de una manera formal, un imperceptible saludo. «Venga, señor Detaille, decía la princesa, quiero presentarle a Mme. de Villemur». Ésta ponía entonces tanto ingenio para hacer un sitio al autor del Reve*[53] *como el que un momento antes había aplicado para volverse hacia él. Y la princesa*

buscaba una silla para ella misma, porque, en realidad, si había interpelado a Mme. de Villemur, sólo había sido por tener un pretexto y dejar el primer grupo, donde había pasado los diez minutos reglamentarios, y conceder la misma duración de su presencia al segundo. Al cabo de tres cuartos de hora, codos los grupos habían recibido su visita, que, cada vez, parecía no haber sido guiada sino por el azar y ¡as predilecciones, pero cuyo objetivo principal era, ante todo, poner de relieve la naturalidad con que «una gran dama sabe recibir». Mas ahora empezaban a llegar los invitados a la soiríey la dueña de ¡a casa se había sentado no lejos de la entrada —erguida y altiva, en su majestad casi regia, los ojos llameantes por su propia incandescencia— entre dos Altezas sin ninguna hermosura y la embajadora de España.

Yo hacía cola detrás de varios invitados que habían llegado antes que yo. Tenía frente a mí a la princesa, cuya belleza no es desde luego el único recuerdo, entre tantos otros, de aquella fiesta. Pero aquel rostro de la dueña de la casa era tan perfecto, estaba acuñado como una medalla un espléndida, que para mí ha conservado una virtud conmemorativa. La princesa solía decir a sus invitados, cuando se los encontraba días antes de una de sus soirées: «¿Vendrá usted, verdad?», como sí tuviese un vivo deseo de hablar con ellos. Pero como, por el contrario, no tenía que hablarles de nada, en cuanto los tenía delante se limitaba, sin levantarse, a interrumpir un instante su vana conversación con las dos Altezas y la embajadora y a dar las gracias diciendo; «¡Qué amable por venir!», no porque considerase que el invitado había dado muestras de amabilidad viniendo, sino para subrayar la suya; acto seguido, lanzándolo a la corriente, añadía: «Encontrará a M. de Guermantes en la entrada de los jardines», de manera que fuesen a saludarlo y la dejasen tranquila. Había algunos a los que ni siquiera decía nada, limitándose a mostrarles sus admirables ojos de ónice, como si solamente hubieran ido a una exposición de piedras preciosas.

La primera persona en pasar antes que yo era el duque de Châtellerault.

Teniendo que responder a todas las sonrisas, a todos los apretones de mano que le llegaban del salón, no había visto al ujier. Pero el

ujier lo había reconocido desde el primer momento. Aquella identidad que tanto había deseado saber, iba a conocerla enseguida. Al preguntar a su «inglés» de la antevíspera qué nombre debía anunciar, el ujier no sólo estaba emocionado sino que se consideraba indiscreto, indelicado. Le parecía que estaba a punto de revelar a todo el mundo (que sin embargo no sospecharía nada) un secreto que se sentía culpable de sorprender de aquella manera y de proclamar públicamente. Al oír la respuesta del invitado: «El duque de Châtellerault», se sinrió turbado por tal orgullo que enmudeció un instante. El duque le miró, lo reconoció, se creyó perdido, mientras el criado, que se había sosegado y tenía suficientes conocimientos heráldicos para completar por sí mismo aquel apelativo demasiado modesto, gritaba con una energía profesional aterciopelada por una ternura íntima: «¡Su Alteza Monseñor el duque de Châtellerault!» Pero ahora me tocaba a mí ser anunciado. Absorto en la contemplación de la dueña de la casa que aún no me había visto, no había pensado en las funciones, para mí terribles —aunque de forma distinta que para M. de Châtellerault—, de aquel ujier vestido de negro como un verdugo, rodeado de un tropel de criados con las libreas más alegres, robustos mocetones dispuestos a apoderarse de un intruso y ponerlo en la puerta. El ujier me preguntó mi nombre, se lo dije de forma tan maquinal como el condenado a muerte se deja atar al tajo. Acto seguido levantó majestuosamente la cabeza y, antes de que pudiese rogarle que me anunciase a media voz mirando por mi amor propio en caso de no estar invitado, y por el de la princesa de Guermantes si lo estaba, gritó las sílabas inquietantes con una fuerza capaz de sacudir la bóveda del palacete.

El ilustre Huxley[54] (ése cuyo sobrino ocupa actualmente un puesto preeminente en el mundo de la literatura inglesa) cuenta que una de sus enfermas no se atrevía a hacer vida social porque a menudo, en el mismo sillón que le indicaban con un gesto cortés, veía sentado a un anciano. Estaba convencida de que, o el gesto de invitación, o la presentía del anciano, era una alucinación, porque nadie le habría indicado un sillón ya ocupado. Y cuando Huxley, para curarla, la obligó a volver a las veladas, tuvo un instante de penosa

vacilación preguntándose si la amable señal que le hacían era real, o si, obedeciendo a una visión inexistente, iba a sentarse en público sobre las rodillas de un señor de carne y hueso. Su breve incertidumbre fue cruel. Menos acaso que la mía. Desde el momento en que sentí el trueno de mi nombre como el ruido previo de un posible cataclismo, me vi obligado a avanzar con aire decidido hacia la princesa, para defender en cualquier caso mi buena fe y como si no me atormentase ninguna duda.

Me vio cuando ya me encontraba a unos pasos de ella y, cosa que ya no me permitió seguir dudando de haber sido víctima de una maquinación, en vez de permanecer sentada como para los demás invitados, se levantó y vino hacia mí. Un segundo después pude lanzar el suspiro de alivio de la enferma de Huxley cuando, tomada la decisión de sentarse en el sillón, lo encontró libre y comprendió que la alucinación era el anciano. La princesa acababa de tenderme la mano con una sonrisa. Permaneció unos instantes de pie, con esa gracia particular de la estancia de Malherbe que termina así:

Et pour leur filtre honneur les Anges se lever[55].

(Y los ángeles levantarse para hacerles honor).

Se disculpó de que la duquesa no hubiese llegado todavía, como si, en su ausencia, yo debiese aburrirme. Para este saludo, ejecutó a mi alrededor, reteniéndome la mano, un giro lleno de gracia, en cuyo torbellino me sentía arrastrado. Casi estaba esperando que me entregase entonces, como una animadora de cotillón, un bastón con puño de marfil, o un reloj de púbera. A decir verdad, no me dio nada de eso, y, como si en lugar de bailar el boston[56] *estuviese escuchando un sacrosanto cuarteto de Beethoven y temiese turbar sus sublimes acentos, interrumpió en ese punco la conversación, o mejor dicho no la comenzó y, todavía radiante por haberme visto entrar, me indicó simplemente el lugar en que se encontraba el príncipe.*

Me alejé de ella y no me atreví a acercarme de nuevo, comprendiendo que no tenía absolutamente nada que decirme y que, en su inmensa buena voluntad, aquella mujer maravillosamente alta y hermosa, noble como lo eran tantas grandes damas que con tanta altivez subieron al cadalso, no habría podido hacer otra cosa, salvo atreverse a ofrecerme agua de melisa, que repetirme lo que ya me había dicho dos veces: «Encontrará al príncipe en el jardín». Pero ir en busca del príncipe suponía sentir que, bajo otra forma, renacían mis dudas.

En cualquier caso, tenía que encontrar alguien que me presentase. Se oía, dominando todas las conversaciones, el inagotable parloteo de M. de Charius, que charlaba con Su Excelencia el duque de Sidonia, a quien acababa de conocer. De profesión a profesión, uno se reconoce, y de vicio a vicio también. El señor de Charius y el señor de Sido— nía habían olfateado inmediatamente cada uno el vicio del otro, que era, para ambos, el de ser monologuistas en sociedad, hasta el punto de no poder soportar ninguna interrupción. Dándose cuenca enseguida de que el mal no tenía remedio, como dice un célebre soneto[57], habían tomado la determinación, no de callarse, sino de hablar cada uno sin preocuparse de lo que pudiese decir el otro. Esto había provocado aquel barullo confuso, producido en las comedias de Moliére por varias personas que dicen en el mismo momento cosas diferentes. Con su voz retumbante, el barón estaba seguro de imponerse, de cubrir la voz débil de M. de Sidonia, sin que por ello se desanimase este último, dado que, cuando M. de Charius recobraba un instante el aliento, el intervalo era colmado por el susurro del grande de España, que, imperturbable, había continuado su discurso. Habría querido pedir a M. de Charius que me presentase al príncipe de Guermantes, pero temía (con sobrada razón) que estuviese enfadado conmigo. Me había portado con él de la manera más ingrata, despreciando por segunda vez sus ofrecimientos y no dándole señales de vida desde la noche en que tan afectuosamente me había acompañado a casa. Y eso que no podía aducir como disculpa anticipada la escena que acababa de ver, aquella misma tarde, entre Jupien y él. No tenía sospechas de nada parecido. Cierto que poco

tiempo antes, cuando mis padres me reprochaban mi pereza y no haberme tomado la molestia de escribir unas líneas a M. de Charius, yo les había reprochado violentamente pretender que aceptase por la fuerza unas proposiciones deshonestas[58]*. Pero sólo la cólera, el deseo de encontrar la frase que más desagradable pudiera resultarles, me habían dictado esa mentirosa respuesta. En realidad, no había imaginado nada sensual, ni siquiera sentimental, bajo los ofrecimientos del barón. Había dicho aquello a mis padres como puro delirio. Mas, en ocasiones, el futuro habita en nosotros sin que lo sepamos, y nuestras palabras, creyendo mentir, diseñan una realidad inminente.*

Sin duda, M. de Charius me hubiese perdonado mi falta de gratitud. Pero lo que le ponía furioso es que mi presencia aquella noche en casa de la princesa de Guermantes, como desde hacía algún tiempo en la de su ptima, parecía desafiar su solemne declaración: «En esos salones sólo se entra por mí». Falta grave, delito acaso inexpiable, yo no había seguido la vía jerárquica. El señor de Charlus sabía de sobra que los rayos que blandía contra quienes no se plegaban a sus órdenes, o contra quienes habían incurrido en su odio, empezaban a pasar, según muchas personas, y por más furia que pusiese en ellos, por rayos de cartón, y ya no tenían fuerza para echar a nadie de ningún sitio. Pero quizá creyese que su poder disminuido, grande todavía, seguía intacto a ojos de novicios como yo. Por eso me pareció muy poco oportuno, desde su punto de vista, pedirle un favor en una fiesta en laque mi sola presencia parecía un irónico mentís a sus pretensiones.

En ese momento me detuvo un hombre bastante vulgar, el profesor E…[59]*. Le había sorprendido verme en casa de los Guermantes. No lo estaba yo menos de encontrarle a él allí porque nunca se había visto, ni volvió a verse después, en casa de la princesa, semejante personaje. Acababa de curar al príncipe, después de que le hubiesen administrado los sacramentos, de una neumonía infecciosa, y el particular agradecimiento que por él sentía Mme. de Guermantes explicaba que, rompiendo con las costumbres, se le hubiese invitado. Como no conocía absolutamente a nadie en aquellos salones ni podía*

deambular indefinidamente solo por ellos como un ministro de la muerte, al reconocerme había sentido la necesidad, por primera vez en su vida, de decirme una infinidad de cosas, lo que le permitía adoptar un semblante: ésa era una de las razones que le habían dirigido hacia mí. Había otra. Para él era de mucha importancia no cometer nunca un error de diagnóstico. Pero su correspondencia era tan abundante que no siempre recordaba muy bien, cuando sólo había visto una vez a un enfermo, si la enfermedad había seguido con exactitud el curso que le había asignado. Quizá el lector no haya olvidado que, en el momento del ataque de mi abuela, yo la había llevado a casa de este doctor la noche en que estaban cosiéndole tantas condecoraciones. Al cabo de tanto tiempo, ya no se acordaba de la esquela que en aquel momento se le había enviado. «Su señora abuela murió ya, ¿verdad?, me dijo con una voz en la que una cuasi certidumbre calmaba una ligera aprensión. ¡Ah, claro! Por lo demás, desde el primer instante en que la vi mi pronóstico fue totalmente sombrío, me acuerdo muy bien».

Así fue como el profesor E… se enteró, o volvió a enterarse, de la muerte de la abuela, y debo decir en su elogio, que es el de todo el cuerpo médico, que lo hizo sin manifestar, sin sentir quizá ninguna satisfacción. Los errores de los médicos son innumerables. Suelen pecar de optimismo en cuanto al régimen, de pesimismo en cuanto al desenlace. «¿Vino? En cantidad moderada no puede hacerle daño, en última instancia es un tonificante… ¿El placer físico? Después de todo es una función. Se lo permito sin abusar, ya me entiende. En todo, el exceso es un defecto». Qué tentación de pronto para el enfermo renunciar a esos dos resucitadores, el agua y la castidad. En cambio, si se tiene algo en el corazón, un poco de albúmina, etc., los días están contados. Resulta sencillo atribuir alteraciones graves, pero funcionales, a un cáncer imaginario. Inútil continuar con unas visitas que no podrían atajar un mal ineluctable. Sí el enfermo, abandonado a sí mismo, se impone entonces un régimen implacable, y luego se cura o cuando menos sobrevive, el médico, al verse saludar por él en la avenida de 1'Opera cuando lo creía desde hacía mucho tiempo en el Pére-Lachaise[60], verá en ese sombrerazo un gesto de burlona

insolencia. Un inocente paseo dado delante de sus narices y en sus mismas barbas no irritaría más al presidente de un tribunal que, dos años antes, dictó una condena a muerte contra el vagabundo, que no parece temer nada. Los médicos (no se trata de todos, desde luego, y no dejamos de omitir, mentalmente, admirables excepciones) se sienten por lo general más descontentos, más irritados por la invalidación de su veredicto que contentos con su ejecución. Lo cual explica que el profesor E…, sintiendo sin duda cierta satisfacción intelectual al ver que no se había equivocado, sólo supiera hablarme tristemente de la desgracia que nos había afligido. No parecía interesado en abreviar la conversación, que le proporcionaba un semblante y un motivo para seguir allí. Me habló del extraordinario calor de aquellos días, pero, a pesar de ser hombre culto y de que hubiera podido expresarse en buen francés, me dijo: «¿Es que no sufre usted con esta hipertermia?». Y es que la medicina ha hecho algunos pequeños progresos en sus conocimientos desde la época de Moliere, pero ninguno en su vocabulario. Mi interlocutor añadió: «Lo que hay que hacer es evitar las sudaciones que produce, sobre todo en los salones sobrecalentados, un tiempo como éste. Puede remediarlo si, cuando vuelva a casa, tiene ganas de beber, con el calor» (lo cual, evidentemente, quiere decir bebidas calientes)[61].

Debido a la forma en que había muerto la abuela, me interesaba el tema, y recientemente había leído en un libro de un gran sabio que la transpiración era perjudicial para los riñones, ya que expulsaba por la piel lo que debía salir por otra parte. Lamentaba yo aquel tiempo de canícula en que había muerto la abuela y no estaba lejos de considerar' lo culpable de su muerte. No le hablé de ello al doctor E. … pero él, por sí mismo, me dijo: «La ventaja de este tiempo muy caliente, en que la transpiración resulta muy abundante, es que el riñón se alivia otro tanto». La medicina no es una ciencia exacta.

Pegado a mí, el profesor E… no pedía otra cosa que no dejarme. Mas yo acababa de ver, haciendo a la princesa de Guermantes grandes reverencias a derecha e izquierda, después de haber retrocedido un paso, al marqués de Vaugoubert. Hacía poco que lo había conocido a través de M. de Norpois y esperaba encontrar en él

alguien capaz de presentarme al dueño de la casa. Las proporciones de esta obra no me permiten explicar aquí merced a qué incidentes de juventud M. de Vaugoubert era uno de los poquísimos hombres de mundo (quizás el único) que se hallaba, como se dice en Sodoma, «en confidencias» con M. de Charlus[62]. Pero si nuestro ministro ante el reyTeodosio tenía algunos de los defectos mismos del barón, únicamente aparecían como un pálido reflejo. Sólo bajo una forma infinitamente atenuada, sentimental y tonta presentaba aquellas alternancias de simparía y odio por las que el deseo de agradar, seguido del temor —igualmente imaginario— a ser, si no despreciado, al menos descubierto, hacía pasar al barón. Puestas en ridículo por una castidad, por un «platonismo» (a los que, como gran ambicioso, había sacrificado cualquier placer desde la edad de las oposiciones), por su nulidad intelectual sobre todo, estas alternancias se presentaban sin embargo en M. de Vaugoubert. Pero mientras en M. de Charlus las alabanzas inmoderadas eran entonadas con un verdadero alarde de elocuencia, y sazonadas con las burlas más sutiles y mordaces, capaces de señalar a un hombre para siempre, en M. de Vaugoubert, en cambio, la simpatía venía expresada con la trivialidad de un hombre de tercer orden, de un hombre del gran mundo y de un funcionario, y los agravios (por regla general inventados de principio a fin, como en el caso del barón) por una malevolencia sin tregua pero sin ingenio, tanto más sorprendente cuanto que solía estar en contradicción con las palabras que el embajador había dicho seis meses antes y repetiría quizá dentro de un tiempo: regularidad en el cambio que daba una poesía casi astronómica a las diversas fases de la vida de M. de Vaugoubert, aunque, de no ser por esto, nadie hubiera hecho pensar menos que él en un astro.

El saludo que me devolvió no tenía nada de lo que habría tenido el de M. de Charlus. En aquel saludo M. de Vaugoubert ponía, además de las mil gracias que creía propias del gran mundo y de la diplomacia, un aire desenvuelto, fogoso, sonriente, a fin de parecer, por un lado, encantado con la existencia —aunque interiormente rumiaba las desilusiones de una carrera sin ascensos y amenazada por

la jubilación—, por otro, joven, viril y encantador, mientras, sin atreverse siquiera a mirarlas en el espejo, veía las arrugas fijarse alrededor de un rostro que hubiera querido conservar lleno de seducciones. No es que hubiese deseado conquistas efectivas, cuya sola idea le aterrorizaba por el qué dirán, por el escándalo, por los chantajes. Habiendo pasado de un desenfreno casi infantil a la abstinencia absoluta desde el día en que pensó en el Quai d'Orsay y concibió aspiraciones a una gran carrera, parecía una ñera enjaulada que lanza en todas direcciones miradas que expresaban miedo, apetencia y estupidez. La suya era la de quien olvida que los pequeños granujas de su adolescencia ya no eran unos críos, y, cuando un vendedor de periódicos le gritaba en las narices: La Preste[63]!, más aún que de deseo se estremecía de espanto creyéndose reconocido y descubierto.

Pero, a falta de los placeres sacrificados a la ingratitud del Quai d' Orsay, M. de Vaugoubert —y por eso habría deseado seguir gustando todavía— tenía bruscos arrebatos sentimentales. Sólo Dios sabe con cuántas cartas abrumaba al ministerio, qué argucias personales desplegaba, cuántos anticipos conseguía a cuenta de Mme. de Vaugoubert (a quien por su corpulencia, su alto linaje, su aire masculino y, sobre todo, por la mediocridad del marido, se creía dorada de eminentes capacidades, y que desempeñaba las auténticas funciones de ministro), para conseguir que ingresase entre el personal de la legación, sin ninguna razón válida, un joven desprovisto de todo mérito. Verdad es que unos meses, unos años después, a poco que el insignificante agregado pareciese, sin la sombra de una mala intención, haber dado muestras de frialdad hacia su superior, éste, creyéndose despreciado o traicionado, ponía el mismo ardor histérico en castigarlo como antes en favorecerlo. Removía cielo y tierra para que lo trasladasen y el director de Asuntos Políticos recibía todos los días una carta: «¿A qué espera para librarme de ese granuja? Métale en vereda por su propio bien. Porque lo que está necesitando es pasarlas moradas». De ahí que el puesto de agregado ante el rey Teodosio fuese poco agradable. Pero, en todo lo demás, gracias a su perfecto sentido común de hombre de mundo, M. de Vaugoubert era

uno de los mejores agentes del gobierno francés en el extranjero. Cuando más tarde un hombre supuestamente superior, jacobino, experto en todos los campos, le sustituyó, no tardó en estallar la guerra entre Francia y el país en que reinaba ese rey.

Como a M. de Charlus, a M. de Vaugoubert no le gustaba ser el primero en saludar. Uno y otro preferían «responder», siempre temerosos de las habladurías que la persona a la que, de otro modo, hubiesen tendido la mano, había podido oír de ellos desde que no se habían visto. En mi caso, M. de Vaugoubert no tuvo que plantearse ese problema, porque yo había sido el primero en ir a saludarle, aunque sólo fuese por la diferencia de edad. Me respondió con aire maravillado y entusiasta, agitando continuamente los ojos como si a uno y otro lado hubiera tenido alfalfa que estuviese prohibido pacer. Pensé que era oportuno solicitarle mi presentación a Mme. de Vaugoubert, antes que la del príncipe, de quien no pensaba hablarle sino luego. La idea de ponerme en relación con su mujer pareció colmarle de alegría tanto por él como por ella, y con paso decidido me llevó hacia la marquesa. Al llegar ante ella, tras señalarme con la mano y los ojos con todas las muestras de consideración posibles, permaneció sin embargo mudo y se retiró al cabo de unos instantes, con aire bullicioso, para dejarme a solas con su mujer. Ésta me había tendido enseguida la mano, pero sin saber a quién dirigía esa muestra de amabilidad, porque me di cuenta de que M. de Vaugoubert había olvidado cómo me llamaba yo, quizá ni siquiera me había reconocido, y no habiendo querido, por cortesía, confesármelo, había convertido la presentación en una simple pantomima. De modo que no había adelantado nada; ¿cómo podía presentarme al dueño de la casa una mujer que no sabía mi nombre? Además, me veía obligado a hablar unos minutos con Mme. de Vaugoubert. Y esto me fastidiaba desde dos puntos de vista. No quería eternizarme en aquella fiesta porque había quedado con Albertine (le había dado un palco para Phêdre) en que vendría a verme poco antes de medianoche. No es que estuviese enamorado de ella en absoluto; obedecía, haciéndola venir esa noche, a un deseo puramente sensual, por más que estuviésemos en esa tórrida época del año en que la sensualidad liberada visita de buena gana los órganos del gusto y busca sobre todo

la frescura. Más que del beso de una muchacha, tiene sed de una naranjada, de un baño, de contemplar incluso esa luna pelada y jugosa que quitaría la sed al cielo. Pero sin embargo, contaba con librarme al lado de Albertine —que además me recordaba el frescor de las olas— de la nostalgia que tantos rostros encantadores no habrían dejado de provocar en mí (porque la soirée daba la princesa era tanto de jóvenes como de señoras). Por otra parte, el de la imponente Mme. Vaugoubert, borbónico y taciturno, carecía de cualquier atractivo.

En el ministerio se decía, sin sombra alguna de malicia, que en el matrimonio era el marido el que llevaba las faldas y la mujer los pantalones. Y en esto había más verdad de lo que se pensaba. Madame de Vaugoubert era un hombre. Que hubiese sido siempre así o se hubiera convertido en lo que yo la veía, poco importa, porque en uno y otro caso nos encontramos ante uno de los más emocionantes milagros de la naturaleza, capaces, sobre todo el segundo, de acercar el reino humano al reino de las flores. En la primera hipótesis —si la futura Mme, de Vaugoubert había sido siempre tan pesadamente hombruna—, la naturaleza, con una treta diabólica y benéfica, da a la muchacha el engañoso aspecto de un hombre. Y el adolescente al que no le gustan las mujeres y quiere curarse, recurre lleno de alegría al subterfugio de descubrir una novia que le evoca la imagen de un descargador de mercado. En el caso contrario, si la mujer no posee al principio los caracteres masculinos, los adquiere poco a poco para agradar al marido, incluso de manera inconsciente, gracias a esa especie de mimetismo por el que ciertas flores asumen la apariencia de los insectos que quieren atraer. El dolor de no ser amada, de no ser hombre, la viriliza. Incluso dejando a un lado el caso que nos ocupa, ¿quién no ha observado que las parejas más normales terminan pareciéndose, y en ocasiones hasta intercambian sus respectivas cualidades? Un antiguo canciller alemán, el príncipe de Bülow, se había casado con una italiana[64]. A la larga se vio en el Pincio[65] lo mucho que el esposo germánico había adquirido de finura italiana, y la princesa italiana de rudeza alemana. Por salirnos hasta un punto excéntrico de las leyes que estamos trazando, todos conocen a un

eminente diplomático francés cuyo origen era recordado tan sólo por su apellido, uno de los más ilustres de Oriente[66]. Con la madurez, con la vejez, se ha revelado en él el oriental que nadie había sospechado nunca, y, viéndolo, lamenta uno la ausencia del fez que lo completaría.

Volviendo a las costumbres muy desconocidas del embajador cuya silueta ancestralmente abultada acabamos de evocar, Mme. de Vaugoubert encarnaba el tipo adquirido o predestinado cuya imagen inmortal es la princesa Palatina[67], siempre en traje de amazona, y que habiendo tomado del marido algo más que la virilidad, asimilando los defectos de los hombres que no gustan de mujeres, denuncia en sus cartas de comadre las relaciones que tienen entre sí todos los grandes señores de la corte de Luis XIV. Una de las causas que vuelven más masculino todavía el aspecto de mujeres como Mme. de Vaugoubert es que el abandono en que las deja su marido, la vergüenza que por eso sienten, van marchitando en ellas cuanto tienen de mujer. Acaban por adoptar las cualidades y los defectos que el marido no posee. A medida que él va siendo más frívolo, más afeminado, más indiscreto, van volviéndose ellas como la efigie sin encanto de tas virtudes que el esposo debería practicar.

Huellas de oprobio, de enojo, de indignación, empañaban el rostro regular de Mme. de Vaugoubert. Por desgracia, me daba cuenta de que me miraba con interés y curiosidad, como a uno de aquellos jóvenes que gustaban a M. de Vaugoubert y que tanto habría deseado ella ser, ahora que su marido, al hacerse viejo, prefería la juventud. Me miraba con la atención de esas gentes de provincias que, en el catálogo de una tienda de novedades de ropa, copian el traje sastre que tan bien sienta a la graciosa persona dibujada (en realidad la misma en todas las páginas, pero ilusoriamente multiplicada en criaturas distintas gracias a la diferencia de las poses y la variedad de las toilettes). La atracción vegetal que empujaba hacia mí a Mme. de Vaugoubert era tan fuerte que llegó hasta cogerme del brazo para que la llevase a beber un vaso de naranjada. Pero conseguí soltarme alegando que iba a marcharme pronto, y que aún no me había hecho presentar al dueño de la casa.

La distancia que me separaba de la entrada de los jardines donde él estaba hablando con varias personas no era muy grande. Pero me daba tanto miedo como si, para franquearla, hubiese tenido que exponerme a un fuego continuo.

Muchas mujeres a las que, a mi parecer, habría podido pedir que me presentasen estaban en el jardín, donde, a pesar de fingir una admiración exaltada, no sabían muy bien qué hacer. Las fiestas de este género suelen, por lo general, anticiparse. Apenas tienen realidad hasta el día siguiente, cuando ocupan la atención de las personas que no fueron invitadas. Si un verdadero escritor, liberado del necio amor propio de tantos literatos, leyendo el artículo de un crítico que siempre le ha testimoniado la mayor admiración, ve citados los nombres de autores mediocres pero no el suyo, no tiene tiempo de detenerse en lo que para él podría ser motivo de asombro: sus libros lo reclaman. Pero una mujer de mundo no tiene nada que hacer y al ver en Le Fígaro: «Ayer el príncipe y la princesa de Guermantes dieron una gran soirle, etc.», exclama: «¡Cómo! ¡Si hace tres días estuve hablando una hora con Marie-Gilbert y no me dijo nada!», y se devana tos sesos para saber qué paso en falso ha podido dar con los Guermantes. Debemos decir que, en todo lo concerniente a las recepciones de la princesa, el estupor era a veces tan grande entre los invitados como entre los que no lo eran. Porque estallaban de hecho en los momentos menos previsibles, y convocaban a personas a las que Mme. de Guermantes había olvidado durante años. Y son tan insignificantes casi todas las gentes de mundo que cada uno de sus pares únicamente adopta, para juzgarlos, la medida de su amabilidad: invitado, los aprecia; excluido, los detesta. En cuanto a estos últimos, si, en efecto, la princesa, aun cuando fuesen amigos suyos, no los invitaba, eso dependía a menudo de su temor a irritar a «Palaméde», que los había excomulgado. Por eso podía estar seguro de que la princesa no había hablado de mí a M. de Charlus, porque de otro modo no me hubiese encontrado allí. El barón estaba ahora acodado delante del jardín, al lado del embajador de Alemania[68], en la rampa de la gran escalinata que llevaba al palacete, de suerte que los invitados, a pesar de las tres o cuatro admiradoras que se habían

agrupado en torno suyo y casi lo tapaban, se veían obligados a ir a saludarle. Él respondía llamando a cada uno por su nombre. Y se oía sucesivamente: «Buenas noches, Monsieur de Hazay, buenas noches Madame de la Tour du Pin-Verclause, buenas noches Madame de la Tour du Pin-Gouvernet[69], Philibert, buenas noches, mi querida embajadora, etc.». Era una continua algarabía interrumpida por recomendaciones benévolas o preguntas (cuya respuesta no escuchaba), y que M. de Charlus dirigía en tono dulzón, artificial, para expresar indiferencia, y benigno: «Tenga cuidado de que la pequeña no coja frío, los jardines son siempre un poco húmedos. Buenas noches Madame de Brantes[70]. Buenas noches Madame de Mecklembourg[71]. ¿También ha venido su niña? ¿Con su delicioso vestido rosa? Buenas noches, Saint-Géran». Desde luego, en esta actitud había orgullo. El señor de Charlus sabía que era un Guermantes y que ocupaba un lugar preponderante en aquella fiesta. Pero no se trataba sólo de orgullo, y esa palabra misma de fiesta evocaba, para el hombre dotado de sensibilidad estética, el sentido lujoso, singular, que puede tener si esa fiesta se da no en casa de personas del gran mundo, sino en un cuadro del Carpaccio o del Veronés[72]. Y hasta es más probable que el príncipe alemán que era M. de Charlus imaginara la fiesta que ocurre en el Tannhäuser[73], y se viera a sí mismo como el margrave que, a la entrada de la Warburg, dirige amables palabras condescendiente a cada uno de los invitados, mientras su paso por el castillo o el parque es saludado por la larga frase, cien veces repetida, de la famosa «Marcha».

Pero tenía que decidirme. De hecho, reconocía bajo los árboles a unas mujeres con las que estaba más o menos relacionado, pero parecían transformadas porque estaban en casa de la princesa y no en la de su prima, y porque las veía sentadas no ante un plato de Sajonia sino bajo las ramas de un castaño. La elegancia del ambiente no tenía nada que ver. Aunque hubiera sido infinitamente menor que en casa de «Oriane», yo habría sentido la misma turbación. Basta que en nuestro salón se vaya la electricidad y haya que sustituirla por lámparas de aceite para que todo nos parezca cambiado. Fue Mme. de Souvré[74] la que me sacó de mi incertidumbre. «Buenas noches,

me dijo viniendo hacia mí. ¿Hace mucho que no ha visto a la duquesa de Guermantes?» Tenía una habilidad especial para dar a este tipo de frases una entonación válida para demostrar que no las pronunciaba por pura estupidez, como esas personas que, no sabiendo de qué hablar, os abordan mil veces citando una amistad común, a menudo muy vaga. En la mirada puso, por el contrario, un sutil hilo conductor que significaba: «No crea que no le he reconocido. Usted es el joven que conocí en casa de la duquesa de Guermantes. Me acuerdo muy bien». Por desgracia, el velo protector que sobre mí extendía aquella frase de apariencia insulsa y de intención delicada era extremadamente frágil y se desvaneció en cuanto quise utilizarlo. Cuando se trataba de apoyar una solicitud ante algún poderoso, Mme. de Souvré tenía el arte de hacer creer al mismo tiempo al solicitante que lo recomendaba y al alto personaje que no le importaba lo más mínimo, de modo que su comportamiento de doble sentido le abría un crédito de gratitud con el primero sin crearle ninguna deuda con el otro. Animado por la buena disposición de aquella señora a pedirle que me presentara a M. de Guermantes, ella aprovechó un momento en que las miradas del dueño de la casa no estaban vueltas hacia nosotros, me cogió marernaimenre por los hombros y, sonriendo a la cara vuelta del príncipe que no podía veda, me empujó hacia él con un gesto de simulada protección y calculada ineficacia que me dejó al pairo casi en mi punto de partida. Así es la vileza de las gentes de mundo.

La de una dama que vino a saludarme llamándome por mi nombre fue todavía mayor. Yo me esforzaba por recordar el suyo mientras le hablaba; me acordaba perfectamente de haber cenado con ella, me acordaba de las palabras que me había dicho. Pero mi atención, dirigida hacia la región interior donde estaban estos recuerdos de aquella mujer, no conseguía descubrir su nombre. Sin embargo allí estaba. Mi pensamiento se había empeñado en una especie de juego con él para captar sus contornos, la letra inicial, y terminar desvelándolo por completo. Era trabajo perdido, sentía poco más o menos su masa, su peso, pero, por lo que se refiere a sus formas, al confrontarlas con el tenebroso cautivo agazapado en la noche interior, me decía: «No es eso». Verdad es que mi mente habría podido crear

los nombres más difíciles. Por desgracia, no se trataba de crear, sino de reproducir. Cualquier acción de la mente es fácil, si no está sometida a lo real. En este caso, no podía evitar que lo fuese. Por fin, de golpe, vino el nombre entero: «Madame d'Arpajon[75]». Me equivoco al decir que vino, porque no creo que surgiese en mí por una propulsión de sí mismo. Tampoco creo que los leves y numerosos recuerdos referidos a aquella dama, y a los que no cesaba de pedir ayuda (mediante exhortaciones del tipo: «Claro, es la señora amiga de Mme. de Souvré, que siente por Víctor Hugo una admiración tan ingenua, una especie de mezcla de espanto y de horror[76]»), no creo que todos esos recuerdos, revoloteando entre su nombre y yo, hayan servido de nada para sacarlo a flote. En ese gran juego del escondite que tiene lugar en la memoria cuando se quiere encontrar un nombre, no se produce una serie de aproximaciones graduadas. No se ve nada, y luego, de golpe, aparece el nombre exacto y muy distinto de lo que uno creía adivinar. No ha sido él el que ha acudido a nosotros. No, creo más bien que, a medida que vivimos, no hacemos sino alejarnos de la zona en que un nombre es algo nítido, y que, gracias a un ejercicio de voluntad y de atención que aumentaba la agudeza de mi mirada interior, de pronto había conseguido perforar la semioscuridad y ver claro. En cualquier caso, si entre el olvido y el recuerdo hay transiciones, esas transiciones son inconscientes. Porque los nombres intermedios por los que pasamos antes de encontrar el nombre verdadero son, de hecho, falsos, y no nos acercan para nada a él. Hablando con propiedad, ni siquiera son nombres, sino a menudo simples consonantes que luego no se encuentran en el nombre encontrado. Además, ese trabajo de la inteligencia que pasa de la nada a la realidad es tan misterioso que, después de todo, esas consonantes falsas podrían ser cables previos, torpemente tendidos para ayudarnos a aferrarnos al nombre exacto. «Todo esto, dirá el lector, no nos enseña nada sobre la escasa complacencia de la dama en cuestión; pero ya que se ha detenido tanto tiempo, permítame, señor autor, hacerle perder un minuto más para decirle lo molesto que resulta que, tan joven como es usted (o como era su héroe si no es usted), tuviese ya tan poca memoria como para no poder recordar el

nombre de una señora a la que conocía perfectamente». En efecto, es muy molesto, señor lector. Y más triste de lo que usted supone cuando se percibe el anuncio del tiempo en que los nombres y las palabras desaparecerán de la zona clara del pensamiento, y en que deberemos renunciar por siempre a repetirnos los nombres de las personas que mejor hemos conocido. De hecho es molesto que, desde la juventud, nos cueste tanto encontrar nombres que conocemos de sobra. Mas si ese achaque sólo ocurriera con nombres apenas conocidos, muy lógicamente olvidados, y de los que no quisiéramos tomarnos el trabajo de acordarnos, sería un achaque no exento de ventajas. «¿Qué ventajas, dígame?» Eh, caballero, lo cierto es que sólo la enfermedad hace notar y comprender, y permite descomponer, los mecanismos que de otro modo no conoceríamos. Un hombre que todas las noches cae como una masa en su lecho y ya no vive hasta el momento de despertarse y levantarse, ese hombre, ¿pensará alguna vez en hacer, si no grandes descubrimientos, al menos pequeñas observaciones sobre el sueño? Apenas sabe si duerme. Un poco de insomnio no es inútil para apreciar el sueño, para proyectar alguna luz en esa noche. Una memoria sin fallos no puede estimular con eficacia el estudio de los fenómenos de la memoria. «En fin, ¿le presentó M. d'Arpajon al príncipe?» No, pero cállese y permítame continuar mi relato.

Madame d'Arpajon fue más vil todavía que Mme. de Souvré, aunque su vileza tenía más excusas. Era consciente de que siempre había tenido poco poder en sociedad. Ese poder se había debilitado más todavía por la relación que había mantenido con el duque de Guermantes; el abandono de éste le dio el golpe de gracia. El mal humor que provocó en ella mi ruego de presentarme al príncipe la decidió a un silencio con el que, con suma ingenuidad, quiso fingir que no había oído lo que le había dicho. No se dio cuenta siquiera de que la rabia la hacía fruncir el ceño. O quizá, por el contrario, se dio cuenta, no se preocupó de la contradicción y la utilizó como una lección de discreción que podía darme sin mostrarse excesivamente grosera, quiero decir una lección muda y no por ello menos elocuente.

Además, Mme. d'Arpajon estaba muy contrariada; muchos ojos se habían alzado hacia un balcón renacentista en cuyo ángulo, en vez

de las estatuas monumentales que con tanta frecuencia se aplicaban en aquel sitio en esa época, se asomaba, no menos escultural que ellas, la magnífica duquesa de Surgis-le-Duc, que acababa de suceder a Mme. d'Arpajon en el corazón de Basin de Guermantes. Bajo el ligero tul blanco que la protegía del frescor de la noche se veía, grácil y como en vuelo, su cuerpo de Victoria[77]. No me quedaba otro remedio que recurrir a M. de Charlus, que se había retirado a una estancia de la planta baja con acceso al jardín. Tuve todo el tiempo que quise (pues se fingía absorto en una partida de whist simulada que le permitía aparentar que no veía a la gente) para admirar la voluntaria y artística sencillez de su frac, que, con unos pocos detalles que sólo un sastre habría conseguido distinguir, parecía una «Armonía» en negro y blanco de Whistler[78]; negro, blanco y rojo, más bien, porque M. de Charlus llevaba, prendida con un ancho cordón a la pechera del traje, La cruz de esmalte blanco, negro y rojo, de caballero de la Orden religiosa de Malta[79]. En ese instante, la partida del barón fue interrumpida por Mme. de Gallardon, que acompañaba a su sobrino, el vizconde de Courvoisier, joven de hermoso rostro y aire impertinente. «Primo, dijo Mme. de Gallardon, permítame presentarle a mi sobrino Adalbert. Adalbert, éste es el famoso tío Palaméde del que siempre estás oyendo hablar». —«Buenas noches, Mme. de Gallardon», respondió M. de Charlus. Y añadió sin mirar siquiera al joven: «Buenas noches, señor», con gesto huraño y una voz tan violentamente descortés que todo el mundo se quedó pasmado. Quizá M. de Charlus, sabiendo que Mme. de Gallardon tenía dudas sobre sus costumbres y que en cierta ocasión no había podido resistir el placer de aludir a ellas, intentaba cortar de raíz todo lo que la marquesa habría podido imaginar si hubiese acogido amablemente a su sobrino, al mismo tiempo que hacía una clamorosa profesión de indiferencia frente a los jóvenes; acaso no le había parecido que el tal Adalbert hubiese respondido a las palabras de su tía con aire suficientemente respetuoso; acaso, deseoso de cruzar más tarde su espada con un primo tan atractivo, quería concederse la ventaja de una agresión previa, como los soberanos que, antes de emprender una acción diplomática, la apoyan con una acción militar.

No era tan difícil como yo creía que M. de Charlus accediese a mi solicitud de presentarme. Por una parte, en el curso de aquellos últimos veinte años, aquel Don Quijote se había batido contra tantos molinos de viento (a menudo parientes que, según pretendía, se habían portado mal con él), había prohibido tantas veces que tal «persona imposible de recibir» fuera invitada en casa de estos o aquellos Guermantes, que éstos empezaban a tener miedo de pelearse con todos los amigos que apreciaban, a privarse, hasta su muerte, del trato de ciertos recién llegados que les inspiraban curiosidad, por asumir los estentóreos pero inexplicados rencores de un cuñado o primo que habría querido que, por él, abandonasen mujer, hermanos, hijos[80]. Más inteligente que los demás Guermantes, M. de Charlus se daba cuenta de que, ahora, sus exclusiones sólo se tenían en cuenta una vez de cada dos y, anticipándose al futuro, temiendo que un día fuese de él de quien prescindiesen, había empezado a sacrificar algo, a rebajar, como suele decirse, sus pretensiones. Además, si era capaz de hacer insoportable la vida durante meses, durante años, a un individuo odiado —no habrían tolerado que se le enviara una sola invitación, y antes se habría batido como un mozo de cuerda con una reina, ya que la calidad del obstáculo carecía de importancia para él —, en cambio sus estallidos de cólera eran demasiado frecuentes para no resultar bastante fragmentarios. «¡Ese imbécil, ese granuja!, habrá que ponerle en su sitio, barrerlo hasta la cloaca donde por desgracia no será inofensivo para la salubridad ciudadana», chillaba, incluso estando solo en su casa, cuando leía una carta que consideraba irreverente, o al recordar una conversación que le habían contado. Pero una nueva cólera contra un segundo imbécil disipaba la anterior, y, a poco que el primero se mostrase deferente, la crisis que había provocado era olvidada, sin que hubiese durado lo bastante para formar un fondo de odio sobre el que edificar. Por eso, a pesar de su mal humor contra mí, cuando le pedí que me presentase al príncipe, quizá hubiese conseguido mi propósito de no habérseme ocurrido la desdichada idea de añadir por escrúpulo, y para que no pudiera suponerme la indelicadeza de haber entrado por si acaso contando con él para quedarme: «Ya sabe que los conozco muy bien, la

princesa ha sido muy gentil conmigo». —«Pues si los conoce, ¿qué necesidad tiene de mí para que le presente?», me replicó en un tono tajante y, dándome la espalda, prosiguió su simulada partida con el Nuncio, el embajador de Alemania y un personaje que yo desconocía.

Entonces, desde el fondo de aquellos jardines donde en otro tiempo el duque d'Aiguillon criaba animales raros[81], llegó hasta mí, por las puertas abiertas de par en par, el rumoroso soplido de una nariz que aspiraba tantas elegancias y no quería perderse nada de ellas. El ruido se acercó, yo me lancé al azar en su dirección, aunque a mi oído las palabras «buenas noches» fuesen susurradas por M. de Bréauté, no como el sonido de un cuchillo mellado y herrumbroso que pasan por la muela para afilarlo, y menos todavía como el chillido del jabato devastador de tierras labrantías, sino como la voz de un posible salvador. Menos poderoso que Mme. de Souvré, pero no tan escasamente servicial en el fondo, en mucho mejores términos con el príncipe de lo que lo estaba Mme. d'Arpajon, haciéndose acaso ilusiones sobre mi posición en el ámbito de los Guermantes, o acaso conociéndola mejor que yo, sin embargo me costó cierto trabajo en un primer momento captar su atención, porque, con las aletas de la nariz dilatadas y las papilas estremecidas, se volvía a todas partes, desencajando curiosamente su monóculo como si se hubiera encontrado delante de quinientas obras maestras. Pero una vez oída mi demanda, la acogió satisfecho, me acompañó hasta el príncipe al que me presentó con actitud golosa, ceremoniosa y vulgar, como si le ofreciera, recomendándoselos, una bandeja de periťs fours. Así como la acogida del duque de Guermantes era, cuando quería, amable, impregnada de amistad, cordial y familiar, la del príncipe me pareció acompasada, solemne, altiva. Apenas me sonrió, me llamó en tono grave «Señor». Muchas veces había oído yo al duque burlarse de la altivez de su primo. Pero a las primeras palabras que me dijo y que, por su frialdad y su seriedad, ofrecían el mayor contraste con el lenguaje de Basin, comprendí enseguida que el hombre fundamentalmente desdeñoso era el duque, quien desde la primera visita os hablaba «de igual a igual», y que, de los dos primos, el hombre realmente sencillo era el príncipe. Encontré en su reserva un

mayor sentimiento, no diré de igualdad, porque para él no hubiera sido imaginable, sino al menos de la consideración que se puede conceder a un inferior, como ocurre en todos los ambientes fuertemente jerarquizados, en los Tribunales, por ejemplo, en una Facultad, donde un fiscal general o un «decano» conscientes de su alto cargo quizá ocultan más sencillez real, y cuando se los conoce mejor, más bondad, más sencillez auténtica, más cordialidad en su tradicional altivez que otros más modernos en la afectación de una camaradería jocosa. «¿Piensa usted seguir la carrera de su señor padre?», me dijo con aire distante, pero interesado. Respondí de forma sumaria a su pregunta, comprendiendo que sólo ¡a había hecho por pura cortesía, y me alejé para dejarle recibir a los que iban llegando.

Divisé a Swann, quise hablarle, pero en ese momento vi que el príncipe de Guermantes, en lugar de recibir sin moverse el saludo del marido de Oderte, lo había arrastrado inmediatamente consigo, con la potencia de una bomba de aspiración, al fondo del jardín, para, como me dijeron ciertas personas, «ponerlo en la calle».

Distraído entre toda aquella gente, hasta el punto de que sólo dos días después, y por los periódicos, supe que una orquesta checa había tocado toda la soiréey que, de minuto en minuto, se habían sucedido los fuegos de Bengala, sólo recuperé cierta capacidad de atención al pensar que iba a ver el célebre surtidor de Hubert Robert[82].

En un claro protegido por hermosos árboles, muchos de ellos tan antiguos como él, se veía el surtidor desde lejos, plantado aparte, esbelto, inmóvil, endurecido, que sólo ofrecía al soplo de la brisa la caída más ligera de su penacho pálido y trémulo. El siglo XVIII había depurado la elegancia de sus líneas, pero, al fijar el estilo del surtidor, parecía haber detenido su vida; a aquella distancia, se recibía, más que la sensación del agua, la impresión del arte. Hasta la misma nube húmeda que perpetuamente se formaba en su cima conservaba el carácter de la época como las que se congregan en el cielo alrededor del palacio de Versalles. Pero, de cerca, uno se daba cuenta de que, aun respetando, como las piedras de un palacio antiguo, el diseño inicialmente trazado, eran aguas siempre nuevas que, lanzándose y queriendo obedecer las remotas órdenes del arquitecto, las cumplían

exactamente sólo en la medida en que parecían violarlas, pues sólo sus mil saltos dispersos podían dar a distancia la impresión de un único chorro. En realidad, éste se interrumpía tan a menudo como la dispersión de la caída, cuando de lejos me había parecido inflexible, denso, de una continuidad sin laguna. Acercándose uno algo más, se veía que esa continuidad, en apariencia totalmente lineal, estaba asegurada en todos los puntos de la ascensión del chorro, en todas las partes donde habría debido romperse, por la entrada en liza, por la continuación lateral de un chorro paralelo que subía más alto que el primero, y era relevado a mayor altura, aunque ya fatigosa para él, por un tercero. Más de cerca todavía, unas gotas sin fuerza caían de la columna de agua cruzándose al pasar con sus hermanas ascendentes, y, rotas a veces, atrapadas en un remolino de aire agitado por aquel inagotable chorro, flotaban antes de zozobrar en la taza. Contraponían con sus vacilaciones, con su trayecto en sentido inverso, y difuminaban con sus blandos vapores la rectitud y la tensión de aquel tallo, rematándolo con una nube oblonga hecha de mil gotitas, pero pintada en apariencia de un color pardo dorado e inmutable que ascendía a sumarse, infrangible, inmóvil, esbelto y rápido, a las nubes del cielo. Por desgracia, bastaba un golpe de viento para lanzarlo oblicuamente a tierra; a veces, hasta un simple chorro desobediente cambiaba de dirección y, si la multitud temeraria y contemplativa no se hubiese mantenido a respetuosa distancia, la habría mojado hasta los tuétanos.

Uno de estos pequeños incidentes, que de hecho sólo se producían cuando se alzaba la brisa, resultó bastante desagradable. Alguien había hecho creer a Mme. d'Arpajon que el duque de Guermantes —en realidad aún no había llegado— estaba con Mme. de Surgís en las galerías de mármol rosa a las que se accedía por la doble columnata, abierta en su interior, que se alzaba del brocal de la taza. Y en el instante en que Mme. d'Arpajon se disponía a entrar en una de las columnatas, un fuerte golpe de cálida brisa torció el chorro de agua inundando por completo a la bella dama: el agua chorreó desde el escote hasta el interior del vestido dejándola tan empapada como sí la hubiesen sumergido en un baño. No lejos de ella resonó entonces un trueno acompasado, lo bastante fuerte para poder hacerse

oír por todo un ejército, y sin embargo prolongado por períodos, como si se dirigiera, no al conjunto, sino sucesivamente a cada parte de las tropas; era el gran duque Vladimiro[83], que se reía con toda su alma viendo la inmersión de Mme. d'Arpajon, una de las cosas más divertidas, según le gustaba decir más tarde, a las que nunca hubiese asistido. Cuando algunas personas caritativas hacían notar al moscovita que unas palabras suyas de condolencia quizá resultasen oportunas y serían bien recibidas por aquella mujer que, a pesar de sus cuarenta años bien cumplidos, y mientras se secaba con su echarpe sin solicitar la ayuda de nadie, salía del apuro pese al agua que mojaba maliciosamente el brocal de la taza, el gran duque, hombre de buen corazón, pensó que debía hacer algo y, apenas apagados los últimos redobles militares de la risa, se oyó un nuevo trueno más violento todavía que el otro. «¡Bien por la vieja!», chillaba dando palmadas como en el teatro. A Mme, d'Arpajon no pareció entusiasmarle el elogio de su agilidad a expensas de su juventud. Y a alguien que, ensordecido por el ruido del agua que el trueno de Monseñor conseguía pese a todo dominar, le decía: «Me parece que su Alteza Imperial le ha dicho algo», le replicó: «A mí no, era a Mme. Souvré».

Atravesé los jardines y subí de nuevo la escalinata donde la ausencia del príncipe, retirado aparte con Swann, había incrementado en torno a M. de Charlus la multitud de invitados, lo mismo que cuando Luis XIV no estaba en Versalles había más gente en casa de Monsieur, su hermano[84]. El barón me detuvo al paso, mientras detrás de mí se acercaban para saludarle dos damas y un joven.

«Qué agradable verle aquí», me dijo, tendiéndome la mano. «Buenas noches, señora de La Trémoïlle, buenas noches, mi querida Herminie». Pero el recuerdo, sin duda, de lo que me había dicho sobre su papel de jefe en el palacete Guermantes le inspiraba el deseo de aparentar, ante cualquier cosa que le disgustaba pero que no había podido impedir, una satisfacción a la que su impertinencia de gran señor y su vivacidad de histérico dieron de repente una forma de excesiva ironía. «Es agradable, continuó, pero sobre todo muy curioso». Y se echó a reír con carcajadas que parecían manifestar al

mismo tiempo su alegría y la impotencia de la palabra humana para expresarla, mientras algunas personas, conociendo lo reacio que era a permitir confianzas y su inclinación a las «salidas» insolentes, se acercaban curiosas y con una prisa casi indecente que las hacía volar más que correr. «Vamos, no se enfade, me dijo tocándome dulcemente el hombro, ya sabe que le aprecio. Buenas noches, Antioche, buenas noches, Louis-René. ¿Ha ido a ver el surtidor?, me preguntó en un tono más afirmativo que interrogativo. ¿Es muy bonito, verdad? Es maravilloso. Podría quedar todavía mejor, desde luego, suprimiendo ciertas cosas, y entonces no habría nada parecido en toda Francia. Pero tai como está, ya es una de las cosas más notables. Bréauté le dirá que ha sido un error poner lamparillas, tratando de hacer olvidar que fue él quien tuvo esa idea absurda. Aunque, en fin de cuentas, no ha conseguido sino afearla muy poco. Es mucho más difícil desfigurar una obra maestra que crearla. De cualquier modo, ya teníamos la vaga sospecha de que Bréauté era menos genial que Hubert Roben».

Volví a la fila de visitantes que entraban de nuevo en la casa. «¿Hace mucho que no ha visto a mi deliciosa prima Oriane?», me preguntó la princesa que había abandonado hacía poco su sillón de la entrada y con quien yo regresaba a los salones. «Tiene que venir esta noche, la he visto por la tarde, añadió la dueña de la casa. Me lo ha prometido. Creo, además, que viene usted con nosotras dos a la cena de la reina de Italia[85], en la embajada, el jueves. Estarán rodas las Altezas imaginables, que nos intimidarán mucho». No podían intimidar en absoluto a la princesa de Guermantes, en cuyos salones abundaban, y que decía: «Mis pequeños Coburgo» como habría dicho: «Mis pequeños perros». Por eso, Mme. de Guermantes había dicho: «Nos intimidarán mucho» por simple estupidez, que entre la gente de mundo supera incluso a la vanidad. Sobre su propia genealogía sabía menos que un agregado de historia. Por lo que se refiere a sus amistades, trataba de demostrar que conocía los apodos que les habían puesto. Por ejemplo, después de preguntarme si cenaba la semana siguiente en casa de la marquesa de la Pommeliére, a quien frecuentemente llamaban «la Pomme», la princesa, tras

obtener de mí una respuesta negativa, permaneció callada unos instantes. Luego, sin otro motivo que una exhibición deliberada de erudición involuntaria, de trivialidad y de conformidad con el espíritu dominante, añadió: «La Pomme es una mujer bastante agradable».

Precisamente mientras la princesa estaba hablando conmigo hacían su entrada el duque y la duquesa de Guermantes. Pero no pude en el momento acercarme a ellos porque me vi cogido al vuelo por la embajadora de Turquía[86], quien, señalándome a la dueña de la casa, de la que acababa de separarme, exclamó agarrándome por el brazo: «¡Ah, qué mujer tan deliciosa la princesa! ¡Qué ser superior a todos! Me parece que si yo fuese hombre, añadió con un poco de bajeza y de sensualidad orientales, consagraría mi vida a esa criatura celestial». Le respondí que me parecía encantadora, en efecto, pero que conocía más a su prima la duquesa. «Pues no hay comparación, me dijo la embajadora. Oriane es una encantadora mujer de mundo que debe su ingenio a Mémé y a Babal, mientras que Marie-Gilbert es alguien».

Nunca me ha gustado mucho que me digan así, sin posibilidad de réplica, lo que debo pensar de las personas que conozco. Y no había ningún motivo para que la embajadora de Turquía tuviese sobre el valor de la duquesa de Guermantes un juicio más justo que el mío. Por otro lado, y también esto explicaba mi irritación contra la embajadora, los defectos de un simple conocido, y hasta los de un amigo, son para nosotros auténticos venenos contra los que afortunadamente estamos «mitridatados[87]». Pero, sin aportar el menor aparato de comparación científica y dejando a un lado la anafilaxia, digamos que, en el seno de nuestras relaciones de amistad o puramente mundanas, hay una hostilidad momentáneamente curada, pero recurrente por accesos. En general se sufre poco de estos venenos mientras las personas sean «naturales». Diciendo «Babal» y «Mémé» para designar a personas que no conocía, la embajadora de Turquía suspendía los efectos del «mitridatismo» que solía volvérmela tolerable. Me irritaba, lo cual era tanto más injusto cuanto que no me hablaba así para hacerme creer que era íntima de «Mémé», sino debido a una instrucción demasiado rápida que la inducía a nombrar

a aquellos nobles señores según lo que creía ser la costumbre del país. Había dado clases unos pocos meses y sin esforzarse demasiado. Pero, pensando en ello, encontré otro motivo para el desagrado que sentía por permanecer junto a la embajadora. No hacía tanto tiempo que, en casa «Oriane», esa misma personalidad diplomática me había dicho, en tono serio y motivado, que la princesa de Guermantes le resultaba francamente antipática. Creí oportuno pasar por alto aquel cambio de actitud: lo había provocado la invitación a la fiesta de aquella noche. La embajadora era perfectamente sincera al decirme que la princesa de Guermantes era una criatura sublime. Ella lo había pensado siempre. Pero como hasta entonces nunca había sido invitada a casa de la princesa, había creído oportuno dar a la situación de no invitada la forma de una abstención voluntaria por principios. Ahora que ya había sido invitada y verosímilmente lo sería en el futuro, su simpatía podría expresarse libremente. Para explicar las tres cuartas partes de las opiniones que se tienen de la gente, no es necesario llegar hasta el despecho amoroso, hasta la exclusión del poder político. El juicio permanece incierto: una invitación rechazada o recibida lo determina. Por lo demás, la embajadora de Turquía, como decía la duquesa de Guermantes, que pasó conmigo la inspección de los salones, «quedaba bien». Y sobre todo era muy útil. Las verdaderas estrellas del gran mundo están cansadas de aparecer en él. Quien siente curiosidad por contemplarlas debe a menudo emigrar a otro hemisferio, donde están poco menos que solas. Pero las mujeres del tipo de la embajadora otomana, recién llegadas al gran mundo, no dejan de brillar, por así decir, en todas parres a la vez. Son útiles para esa especie de representaciones que reciben el nombre de loirée, de reunión, a las que se harían arrastrar, moribundas, antes que perdérselas. Son las comparsas con las que siempre se puede contar, empeñadas en no perderse una sola fiesta. Por eso, los jóvenes bobos, ignorando que se trata de falsas estrellas, ven en ellas las reinas del chic, cuando lo cierto es que se necesitaría toda una lección para explicarles las razones por las que Mme. Standish[88], a la que no conocen y que se dedica, apartada del mundo, a pintar almohadones, es tan gran dama por lo menos como la duquesa de Doudeauville[89].

En la vida de todos los días, los ojos de la duquesa de Guermantes eran distraídos y un poco melancólicos; únicamente los hacía brillar con una llama de inteligencia cuando debía saludar a un amigo, igual que sí éste hubiese sido una frase ingeniosa, una pulla deliciosa, un regalo para exquisitos cuya degustación difunde una expresión de sutileza y de alegría en el semblante del entendido. Pero en las grandes soirées, como tenía que saludar a demasiada gente, pensaba que habría sido fatigoso, después de cada saludo, apagar la luz cada vez. Como un gourmet de literatura que, yendo al teatro a ver un estreno de un maestro de la escena, manifiesta su propia certeza de no pasar una mala velada ajustando los labios, mientras entrega sus localidades a la acomodadora, a una sonrisa sagaz y avivando la mirada con una aprobación maliciosa, así se encendía la duquesa, nada más llegar, para toda la soirée. Y mientras entregaba su abrigo de noche, de un bellísimo rojo Tiepolo[90], que dejó ver un verdadero dogal de rubíes que le encerraba el cuello, después de haber echado sobre su vestido esa última mirada rápida, minuciosa y completa de modista, típica de una mujer del gran mundo, Oriane se aseguró del centelleo de sus ojos no menos que de sus demás joyas. Por más que algunas «buenas lenguas» como M. de Jouville se precipitaran hacia el duque para impedirle entran «¿Pero no sabe que el pobre Mamá está en artículo de muerte? Acaban de administrarle la extremaunción». —«Lo sé, lo sé, respondió M. de Guermantes rechazando al importuno para entrar. El viático ha producido un efecto prodigioso», añadió sonriendo de placer al pensar en el baile de máscaras, decidido a no perdérselo después de la soirée del príncipe[91]. «No queríamos que se supiese que habíamos vuelto», me dijo la duquesa. No sospechaba ella que la princesa había desmentido de antemano esa afirmación al contarme que había visto un momento a su prima, que le había prometido acudir. El duque, después de abrumar durante cinco minutos a su mujer con una larga mirada: «Le he hablado a Otiane de las dudas que usted tenía». Ahora, al ver que no estaban fundadas y que no tenía que dar ningún paso para intentar disiparlas, ella las declaró absurdas y se burló de mí largo rato: «¡Qué ocurrencia, pensar que no le habíamos invitado! ¡Siempre se está

invitado! Además, estaba yo. ¿Cree que no habría podido conseguir que le invitasen en casa de mi prima?» Debo decir que, posteriormente y a menudo, hizo cosas mucho más difíciles por mí; no obstante, me guardé mucho de interpretar sus palabras en el sencido de que había sido demasiado reservado. Empezaba a conocer el valor exacto del lenguaje hablado o mudo de la amabilidad aristocrática, amabilidad feliz por derramar un bálsamo en el sentimiento de inferioridad de aquellos con quienes se ejerce, pero no hasta el punto de disiparla, porque en tal caso perdería su razón de ser. «Pero si usted es igual a nosotros, si no mejor», parecían decir, con todas sus acciones, ¡os Guermantes; y lo decían de la manera más gentil que pueda imaginarse, para ser amados, admirados, pero no para ser creídos; captar el carácter ficticio de esa amabilidad es lo que ellos llamaban estar bien educados; creer real la amabilidad era la mala educación. Además, poco tiempo después recibí una lección que acabó de enseñarme, con la exactitud más cabal, la extensión y los límites de ciertas formas de la amabilidad aristocrática. fue en una marinee de la duquesa de Monrmorency[92] en honor de la reina de Inglaterra; se formó una especie de pequeño cortejo para ir al buffet y en cabeza caminaba la soberana del brazo del duque de Guermantes. Yo ¡legué en ese preciso momento. Con su mano libre, el duque me hizo, por lo menos a cuarenta metros de distancia, mil señales de llamada y de amistad cuyo significado parecía darme a entender que podía acercarme sin miedo, que nadie me comería crudo en lugar de los sandwichs. Mas yo, que empezaba a perfeccionarme en el lenguaje de las cortes, en lugar de acercarme siquiera un paso, me incliné profundamente, pero sin sonreír, como habría hecho con alguien apenas conocido, y seguí mi camino en sentido opuesto. Si hubiese escrito una obra maestra, los Guermantes no me habrían honrado menos que por aquel saludo. No sólo no pasó desapercibido a ojos del duque, que sin embargo ese día hubo de responder al saludo de más de quinientas personas, sino que tampoco escapó a los de la duquesa: cuando se encontró con mi madre, se lo contó, guardándose mucho de decirle que había hecho mal, que habría debido acercarme. Le dijo que a su marido le había maravillado mi

saludo, que era imposible encerrar en él mayor número de cosas. No cesaron de reconocer en aquel saludo toda clase de méritos, sin mencionar, no obstante, el que les había parecido más precioso, a saber, su discreción, y tampoco cesaron de hacerme cumplidos que, como me resultó evidente, eran menos una recompensa por el pasado que una indicación para el futuro, análoga a la que delicadamente impartía a sus alumnos el director de un establecimiento educativo: «No olvidéis, queridos niños, que estos premios son menos para vosotros que para vuestros padres, para que vuelvan a enviaros el año siguiente». Así es como Mme. de Marsantes, cuando alguien de un ambiente distinto entraba en su medio, hacía en su presencia el elogio de las personas discretas «que se encuentran cuando una las busca y que se hacen olvidar el resto dei tiempo», de la misma manera que se advierte de forma indirecta a un criado que huele mal que el uso de los baños es perfecto para la salud.

Mientras estaba hablando con Mme. de Guermantes, antes incluso de que ésta hubiese abandonado el vestíbulo, oí una voz de un timbre que, desde entonces, debía distinguir sin posibilidad de error. Era, en este caso particular, la de M. de Vaugoubert hablando con M. de Charius. Un clínico no tiene necesidad de que el enfermo en observación se levante la camisa ni de escuchar su respiración; basca la voz. ¡Cuántas veces, después, me vi sorprendido en un salón por la entonación o la risa de cierto hombre que, por lo demás, reproducía perfectamente el lenguaje de su profesión o los modales de su medio, afectando una distinción severa o una grosera familiaridad, pero cuya voz falsa bastaba para decir: «Es un Charius» a mi oído ejercitado como el diapasón de un afinador! En ese momento, por delante de M. de Charius desfiló todo el personal de una embajada, saludándole. Aunque mi descubrimiento de la clase de enfermedad en cuestión datase apenas de aquel mismo día (cuando había visto a M. de Charius con Jupien), no habría tenido necesidad, para emitir un diagnóstico, de hacer preguntas ni de auscultar. Pero M. de Vaugoubert parecía inseguro mientras hablaba con M. de Charius. Sin embargo, habría debido saber a qué atenerse después de las dudas de la adolescencia. El invertido se cree el único de su especie en el universo; sólo más tarde se figura —otra exageración— que la

excepción única es el hombre normal. Pero, ambicioso y timorato, M. de Vaugoubert no se había entregado desde hacía mucho a lo que para él hubiese sido el placer. La carrera diplomática había tenido sobre su vida el mismo efecto que si hubiese ingresado en una orden religiosa. Combinada con la asidua asistencia a la Escuela de Ciencias Políticas, le había consagrado desde sus veinte años a la castidad del cristiano. Por eso, como cada sentido pierde vigor y vivacidad, y se atrofia cuando no se usa, M. de Vaugoubert, lo mismo que el hombre civilizado que ya no sería capaz de los ejercicios de fuerza ni de la finura de oído del hombre de las cavernas, había perdido la particular perspicacia que rara vez le faltaba a M. de Charlus; y en las mesas oficiales, canto en París como en el extranjero, el ministro plenipotenciario no llegaba siquiera a reconocer a los que, bajo el disfraz del uniforme, eran en el fondo sus semejantes. Algunos nombres pronunciados por M. de Charlus, que se indignaba si le citaban por sus inclinaciones, pero que siempre se divertía divulgando las de los demás, produjeron en M. de Vaugoubert un desconcierto delicioso. No es que, después de tantos años, pensase aprovechar.alguna buena ocasión. Pero aquellas revelaciones rápidas, semejantes a las iluminaciones que en las tragedias de Racine hacen saber a Atalía y a Abner que Joás pertenece a la raza de David, que Ester sentada en la púrpura tiene por padres a unos judiachos, transformando el aspecto de la legación de X... o de determinada sección del Ministerio de Asuntos Extranjeros, volvían retrospectivamente aquellos palacios tan misteriosos como el templo de Jerusalén o el salón del trono de Susa[93]. Ante aquella embajada, cuyo personal joven acudió en pleno a estrechar la mano de M. de Charlus, M. de Vaugoubert adoptó la expresión maravillada de Elisa cuando, en Esther, exclama:

Ciel! quel nombreux essaim d'innocentes brautés
S'offre a mes yeux en foule et sort de tous côtés!
Que/le aimable pudeur sur leur visage est peinte[94]!

(¡Cielo! ¡Qué numeroso enjambre de inocentes bellezas / se ofrece a mis ojos en tropel y de todas partes sale! / ¡Qué amable pudor en su rostro está pintado!)

Deseoso luego de más «información», dirigió sonriendo a M. de Charlus una mirada tontamente inquisitiva y concupiscente: «Claro, por supuesto», dijo M. de Charlus, con el aire docto de un erudito hablando a un ignaro. Acto seguido, M. de Vaugoubert (cosa que molestó mucho a M. de Charlus) no despegó la vista de aquellos jóvenes secretarios que el embajador de X… en Francia, viejo reincidente, no había escogido al azar[95]. El señor de Vaugoubert permanecía en silencio, yo sólo veía sus miradas. Pero, acostumbrado desde mi infancia a prestar, incluso a lo que es mudo, el lenguaje de los clásicos, hacía recitar a los ojos de M. de Vaugoubert los versos con que Ester explica a Elisa que Mardoqueo, por celo hacia su religión, ha tenido buen cuidado de rodear a la reina únicamente de doncellas de su misma fe.

Cependant son amour pour notre nation
A peuplé ce palais de filles de Sion,
Jeunes et tendres fleurs par le sort agitées,
Sous un ciel étranger comme moi transplantées.
Dans un lieu séparé de profanes témoins,
Il (el excelente embajador) met à les former
son étude et ses soins[96].

(Mientras su amor por nuestra nación / ha poblado este palacio de hijas de Sión, / jóvenes y tiernas flores por el destino agitadas, / bajo un cielo extranjero como yo trasplantadas. / En un lugar apartado de testimonios profanos, / él pone todo su estudio y sus cuidados en formarlas).

Finalmente, M. de Vaugoubert habló, y no sólo con la mirada. «Quién sabe, dijo con melancolía, si no existe lo mismo en el país donde resido». — «Es probable, respondió M. de Charlus, empezando

por el rey Teodosio, aunque no sé nada concreto sobre él». —¡Oh, no, en absoluto!» —«Entonces no debiera permitirse parecerlo hasta ese punto. ¡Si hasta hace mohines! Pertenece al género "queridita", el género que más detesto. No me atrevería a dejarme ver con él por la calle. Además, debe usted conocerle por lo que es, es más conocido que la ruda». — «Está usted completamente equivocado. Además, es encantador. El día que se firmó el acuerdo con Francia, el rey me dio un abrazo. Nunca he sentido tanta emoción». — «Era el momento para decirle lo que usted deseaba». —«¡Oh, Dios mío, qué horror si llega a tener la menor sospecha! Pero no tengo ningún miedo a ese respecto». Palabras que yo oí porque no estaba lejos y que me indujeron a recitar mentalmente:

Le roi jusqu'â ce jour ignore qui je suis
Et ce secret toujours tient ma langue enchainée[97].

«El rey, hasta este día, ignora quién yo soy, / [Aquel por quien el cielo regula mi destino / sobre] y este secreto tiene siempre mi lengua encadenada».

Este diálogo a medias mudo, a medías hablado, sólo había ducado unos instantes, y yo no había dado más que unos pasos en los salones con la duquesa de Guermantes cuando una damita morena, extraordinariamente bonita, la detuvo:

«Me gustaría mucho verla. D'Annunzio[98]*, que la vio a usted desde un palco, le ha escrito a la princesa de T… una carta en la que dice que nunca ha visto nada más hermoso. Daría toda su vida por diez minutos de conversación con usted. En cualquier caso, incluso si usted no puede o no quiere, la carta está en mi poder. Debería darme una cita. Hay ciertas cosas secretas que no puedo decir aquí. Veo que no me reconoce, añadió dirigiéndose a mí; le conocí en casa de la princesa de Parma (donde yo nunca había estado). El emperador de Rusia querría que enviasen a su padre a Petersburgo. Si pudiese venir a mi casa el martes, precisamente estará Isvolski*[99]*, y hablaría con*

usted. Tengo un regalo que hacerle, querida, añadió volviéndose hacia la duquesa, y no se lo haría a nadie más. Los manuscritos de tres obras de Ibsen[100], que él mismo me ha hecho llegar a través de su viejo enfermero. Me quedaré con una y le daré las otras dos».

Al duque de Guermantes no le hicieron gracia aquellos ofrecimientos. Al no estar seguro de si Ibsen o D'Annunzio estaban muertos o vivos, ya estaba viendo a escritores y a dramaturgos yendo a visitar a su mujer y haciéndola figurar en sus obras. Quienes pertenecen al gran mundo tienden a imaginar los libros como una especie de cubo con una de las caras levantada para permitir que el autor «mera» rápidamente dentro a las personas que conoce. Algo evidentemente desleal, y propio de gentes de escasa categoría. Cierto que no sería molesto verlos «de pasada», porque, gracias a ellos, leyendo un libro o un artículo, uno conoce «el revés de las carras», y se puede «quitar las máscaras». Pese a todo, lo más juicioso es atenerse a los autores muertos. Para M. de Guermantes sólo era «perfectamente decente» el señor que hacía las necrológicas en Le Gaulois[101]. Éste, por lo menos, se contentaba con citar el nombre de M. de Guermantes al frente de las personalidades «especialmente» notables en los entierros en que el duque había firmado en el libro. Cuando este último prefería que su nombre no figurase, en lugar de firmar enviaba una carta de pésame a la familia del difunto expresándoles sus sentimientos de dolor. Si, luego, esa familia hacía publicar en el periódico: «Entre las cartas recibidas, citemos la del duque de Guermantes, etc.», no era culpa del gacetillero, sino del hijo, hermano o padre de la difunta, con los que el duque, calificándolos de arribistas, estaba decidido a romper todo trato desde ese momento (cosa que él, desconociendo el significado de las locuciones, denominaba «andar en dimes y diretes»). Lo cierro es que los nombres de Ibsen y D'Annunzio, y su incierta supervivencia, hicieron fruncir el ceño del duque, que aún no estaba bastante lejos de nosotros para no haber oído las diversas amabilidades de Mme. Timoléon d'Amoncourt. Era una mujer deliciosa, de una inteligencia y una belleza tan seductoras que uno solo de esos dos rasgos hubiera bastado para agradar. Pero, nacida fuera del ambiente en que ahora

vivía, al principio sólo había aspirado a un salón literario y se había hecho amiga— nunca amante, era de costumbres muy puras, sucesiva y exclusivamente de grandes escritores, que le regalaban todos sus manuscritos y escribían libros para ella¡cuando el azar le permitió introducirse en el faubourg Saint-Germain, esos privilegios literarios le resultaron muy provechosos en ese medio. Su situación actual le permitía no tener que dispensar otras gracias que las que su presencia derramaba. Pero, habituada en el pasado a volverse indispensable con intrigas y favores, perseveraba en esa conducta aunque ya no fuesen necesarios. Siempre tenía un secreto de Estado que revelaros, un potentado al que presentaros, una acuarela de maestro que ofreceros. En todas estas seducciones inútiles había, desde luego, un poco de mentira, pero convertían su vida en una comedia de centelleantes complicaciones, y era cierto que de ella dependían nombramientos de prefectos y generales.

Mientras caminaba a mi lado, la duquesa de Guermantes dejaba flotar ante sí la luz azulada de sus ojos, pero de forma vaga, a fin de evitar a las personas con las que no le interesaba entrar en relación y cuyo amenazador escollo adivinaba a veces de lejos. Avanzábamos entre una doble hilera de invitados, que, sabiendo que nunca conocerían a «Oriane», querían por lo menos mostrársela, como una curiosidad, a su mujer: «Ursule, corra, corra, venga a ver a Mme. de Guermantes que habla con ese joven». Y no faltaba mucho, era evidente, para que se subieran a las sillas para ver mejor, como en el desfile del 14 de julio o en el Grand Prix[102]. No es que la duquesa de Guermantes tuviera un salón más aristocrático que su prima. A casa de la primera iban gentes que la segunda nunca hubiese querido invitar, sobre todo debido a su marido. Nunca habría recibido a Mme. Alphonse de Rothschild, que, íntima amiga de Mme. de La Trémoïlle y de Mme. de Sagan[103], como la misma Oriane, frecuentaba mucho la casa de esta última. Lo mismo ocurría con el barón Hirsch[104], a quien el príncipe de Gales había llevado a casa de Oriane, pero no a casa de la princesa, a quien habría desagradado, y también con diversas grandes personalidades bonapartístas o incluso republicanas, que interesaban a la duquesa pero a las que el príncipe, legitimista

convencido, no hubiese querido recibir. Su antisemitismo, que también era de principios, no cedía ante ninguna elegancia, por acreditada que estuviese, y si recibía a Swann, de quien era amigo de siempre, y a quien era el único Guermantes que llamaba Swann y no Charles, era porque, sabiendo que la abuela de Swann, protestante casada con un judío, había sido amante del duque de Berri[105], se esforzaba de vez en cuando por prestar fe a la leyenda que hacía del padre de Swann un hijo natural del príncipe. Según esta hipótesis, por lo demás falsa, Swann, hijo de un católico a su vez hijo de un Borbón y una católica, era totalmente cristiano.

«¿Cómo, no conoce usted estos esplendores?», me dijo la duquesa, hablándome del palacete en que estábamos. Pero después de haber celebrado el «palacio» de su prima, se apresuró a añadir que prefería mil veces «su humilde agujero». «Esto es admirable para venir de visita. Pero me moriría de pena si tuviese que quedarme a dormir en unas habitaciones donde han ocurrido tantos acontecimientos históricos. Me haría el efecto de haberme quedado después de cerrar, de haber sido olvidada, en el castillo de Blois, de Fontainebleau o incluso en el Louvre, y de tener por único recurso contra la tristeza decirme que estoy en la habitación donde fue asesinado Monaldeschi[106]. Como manzanilla, es insuficiente. Vaya, ahí está Mme. de Saint-Euverte. Hace un rato hemos cenado en su casa. Como mañana da su gran feria anual, pensaba que se habría ido a dormir. Pero no puede perderse una fiesta. Si ésta se hubiera celebrado en el campo, habría montado en una alfombra antes que faltar».

En realidad, Mme. de Saint-Euverte había ido, aquella noche, menos por el placer de no perderse una fiesta en casa de otros que por asegurarse el éxito de la suya, a reclutar a los últimos asistentes y en cierto modo a pasar revista in extremis a las tropas que al día siguiente debían realizar brillantes evoluciones en su garden-party. Porque desde hacía bastantes años, los invitados a las fiestas Saint-Euverte ya no eran del todo los mismos de otro tiempo. Las notabilidades femeninas del círculo Guermantes, tan escasas entonces —colmadas de atenciones por la dueña de la casa—, habían ido llevando poco a poco a sus amigas. Al mismo tiempo, merced a un trabajo

paralelamente progresivo, pero de sentido inverso, Mme. de Saint-Euverte había reducido de año en año el número de personas desconocidas en el mundo elegante. Se había dejado de vera una, luego a otra. Durante algún tiempo funcionó el sistema de «hornadas» que permitía, gracias a fiestas sobre las que se extendía un velo de silencio, invitar a los excluidos a divertirse sólo entre sí, lo cual dispensaba de invitarlos con la gente bien. ¿De qué podían quejarse? ¿No tenían (panem el circenses[107]) sus petitfours y un bello programa musical? De ahí que, en simetría por así decir con las dos duquesas exiliadas que en el pasado, cuando daba sus primeros pasos el salón Saint-Euverte, sostuvieron visiblemente, como dos cariátides, el vacilante techo, en los últimos años sólo se pudo ver, mezcladas con el gran mundo, a dos personas heterogéneas, la vieja Mme. de Cambremer y la mujer de hermosa voz de un arquitecto, a la que a menudo había que pedirle que cantase. Pero al no conocer ya a nadie en casa de Mme. de Saint-Euverte, mientras lloraban a sus compañeras perdidas y se daban cuenta de que importunaban, parecían a punto de morir de frío como dos golondrinas que no han emigrado a tiempo. Por eso, al año siguiente no fueron invitadas; Madame de Franquetot trató de interceder en favor de su prima, a quien tanto gustaba la música. Mas, al no poder conseguir para ella una respuesta más explícita que las siguientes palabras: «¡Siempre se puede entrar a escuchar un poco de música si eso le divierte, no es ningún crimen!», Mme. de Cambremer no consideró la invitación suficientemente calurosa y se abstuvo.

Ante semejante transmutación, operada por Mme. de Saint-Euverte, de un salón de leprosos en un salón de grandes damas (última forma, aparentemente ultrachic, que había tomado), podía asombrar que la persona que, al día siguiente, daba la fiesta más brillante de la temporada tuviese necesidad de ir la víspera a dirigir un supremo llamamiento a sus tropas. Y es que la preeminencia del salón Saint—Euverte sólo existía para quienes la vida mundana consiste únicamente en leer la crónica de las matinées y de las sofriesen Le Gaulois o Le Fígaro[108] sin haber asistido jamás a ninguna. A estos mundanos que sólo ven el mundo a través del periódico, era más que

suficiente la enumeración de las embajadoras de Inglaterra, de Austria, etc., de las duquesas d'Uzés[109], de La Trémoïlle, etc., etc., para imaginar fácilmente el salón Saint-Euverte como el primero de París, cuando de hecho era uno de los últimos. No es que las crónicas fueran falsas. La mayoría de las personas citadas habían estado presentes, desde luego. Pero todas y cada una habían acudido tras una serie de súplicas, cortesías, favores, y con la sensación de conceder un gran honor a Mme. de Saint-Euverte. Tales salones, menos buscados que huidos, y a los que se va, por así decir, por compromiso, sólo ilusionan a las lectoras de los «Ecos de sociedad». Se cuelan en una fiesta realmente elegante en la que la dueña de la casa, pudiendo reunir a todas las duquesas que anhelan figurar «entre los elegidos», sólo invita a dos o tres, y no permite que el nombre de sus invitados aparezca en el periódico. Por eso estas mujeres, que desconocen o desprecian el poder conseguido hoy por la publicidad, son elegantes para la reina de España[110], pero desconocidas para la multitud, porque la primera sabe quiénes son y la segunda lo ignora.

No era una de ellas Mme. de Saint-Euverte, y como buena libadora había ido a recolectar para el día siguiente a todo el que estaba invitado. No lo estaba M. de Charius, que siempre se había negado a ir a su casa. Pero se había peleado con tanta gente que Mme. de Saint — Euverte podía cargar su negativa en la cuenta de su carácter.

Desde luego, si allí sólo hubiese estado Oriane, Mme. de Saint-Euverte habría podido no haberse molestado, ya que la invitación se había hecho de viva voz y, además, aceptada con esa deliciosa gracia engañosa en cuya práctica destacan esos académicos de cuya casa sale emocionado el candidato, convencido de que puede contar con su voto. Pero no era la única que allí estaba. ¿Iría el príncipe de Agrigento? ¿Y Mme. de Durfort[111]? Por eso, para vigilar la cosecha, Mme. de Saint— Euverte había creído más oportuno trasladarse en persona; insinuante con unos, imperativa con otros, anunciaba a todos, con medias palabras, diversiones inimaginables que nunca podrían volver a ver, y prometía a cada uno que encontraría en su casa a la persona que deseaba, o al personaje que tenía necesidad de encontrar. Y esa especie de función de la que estaba investida una vez

al año —como ciertas magistraturas del mundo antiguo— de persona que ha de dar al día siguiente el garden-party más importante de la temporada, le confería una momentánea autoridad. Sus listas estaban hechas y cerradas, de modo que, mientras recorría despacio los salones de la princesa para verter sucesivamente en cada oído: «No me olvide mañana», saboreaba la gloria efímera de apartar la mirada, sin dejar de sonreír, cuando veía algún adefesio que quería evitar o algún hidalgüelo a quien una antigua camaradería de colegio había hecho admitir en casa de «Gilbert», y cuya presencia en su garden-party no le sería de ninguna utilidad. Prefería no dirigirle la palabra para poder decir después: «Hice mis invitaciones verbalmente, y por desgracia no le vi[112]». De este modo, ella, simple Saint-Euverte, hacía con sus ojos escrutadores una «selección» entre los invitados que componían la wiréede la princesa. Y se creía, actuando así, una verdadera duquesa de Guermantes.

Sobre ésta es preciso decir que no repartía con la libertad que podría suponerse sus saludos y sus sonrisas. Desde luego, cuando los negaba, en parte lo hacía voluntariamente: «Es que ésa me fastidia, decía, ¿por qué voy a verme obligada a hablarle de su fiesta toda una hora?»

Se vio pasar a una duquesa muy morena, a la que su fealdad y estupidez, y ciertos extravíos de conducta, habían desterrado no de la sociedad, pero sí de ciertas intimidades elegantes. «¡Ah!, susurró Mme. de Guermantes con el golpe de vista infalible y desencantado del entendido a quien enseñan una joya falsa, ¡aquí reciben a eso!». La sola vista de la dama medio tarada y cuyo rostro estaba plagado de lunares con pelos negros bastaba a Mme. de Guermantes para apreciar el mediocre valor de aquella soirée, Aunque se habían educado juntas, había roto todo trato con aquella dama; sólo respondió a su saludo con un gesto de cabeza de lo mis seco. «No comprendo, me dijo a modo de excusa, que Marie-Gilbert nos invite con toda esta hez. Podría decirse que están aquí todas las parroquias. Todo estaba mucho mejor en casa de Mélanie Pourtalés[113]. Podía recibir al Santo Sínodo[114] y al Templo del Oratorio[115] si le divertía, pero por lo menos esos días no nos hacía ir[116]».

Pero en muchos casos era por timidez, por miedo a una escena de parce del marido, por lo que no quería recibir artistas, etc. («Marie-Gilbert» protegía a muchos, había que tener cuidado para no verse abordado por alguna ilustre cantante alemana), por cierto temor también al nacionalismo que ella, como depositarla, igual que M. de Charlus, del espíritu de los Guermantes, despreciaba desde el punto de vista mundano (ahora, para glorificar al Estado Mayor, se anteponía un general plebeyo a ciertos duques), pero al que, sin embargo, sabiendo que era considerada «malpensante», hacia amplias concesiones, hasta el punto de dudar, en aquel ambiente antisemita, de tender la mano a Swann. En este punto no tardó en tranquilizarse, al saber que el príncipe no había dejado entrar a Swann y había tenido con él «una especie de altercado». Ella no se arriesgaba a tener que conversar en público con el «pobre Charles», a quien prefería mimar en privado.

«¿Y quién será esa otra?», exclamó Mme. de Guermantes viendo a una damita de aspecto algo excéntrico, con un vestido negro tan sencillo que se hubiera dicho una pobre desgraciada, hacerle, como a su marido, un gran saludo. No la reconoció, y, como a veces le daban aquellas insolencias, se irguió como ofendida y clavó en ella los ojos sin responder. «¿Quién es esa persona, Basin?», preguntó sorprendida mientras M. de Guermantes, para reparar la descortesía de Oriane, saludaba a la dama y estrechaba la mano del marido. «Pues es Mme. de Chaussepierre, ha sido usted muy descortés». —«No sé qué es Chaussepierre». —«El sobrino de la vieja Chanlivault». —«No conozco nada de todo eso. ¿Quién es la mujer, por qué me saluda?» —Pero si la conoce usted de sobra, es la hija de Mme. de Charleval, Henriette Montmo— rency». —«¡Ah!, pero si conocí mucho a su madre, era encantadora, muy inteligente. ¿Por qué se ha casado con toda esa gente que no conozco? ¿Dice usted que se llama Mme. de Chaussepierre?», dijo la duquesa, silabeando esta última palabra en tono interrogativo y como si temiese equivocarse. El duque le lanzó una mirada dura. «¡Llamarse Chaussepierre no es tan ridículo como usted parece creer! El viejo Chaussepierre era hermano de la Charleval[117] ya citada, de Mme. de Sennencour y de la vizcondesa

du Merlerault. Son gente bien». — «¡Ah!, basta, exclamó la duquesa, que, como una domadora, nunca quería dar la impresión de dejarse intimidar por las miradas devoradoras de la fiera. Me divierte usted mucho, Basin. No sé adonde ha ido a sacar esos nombres, pero le felicito. No conocía Chaussepierre, pero he leído a Balzac, no crea que es usted el único, y hasta he leído a Labiche. Aprecio a Chanlivault, no odio a Charleval, pero confieso que du Merlerault es la obra maestra. Además, hay que reconocer que Chaussepierre tampoco está mal. Cómo es posible que haya coleccionado todo eso. Usted que quiere hacer un libro, dijo dirigiéndose a mí, debería recordar Charleval y du Merlerault. No encontrará nada mejor». —«Se encontrará, simplemente, con un proceso, e irá a la cárcel; le da usted muy malos consejos, Oriane». —«Espero por él que tenga a su disposición personas más jóvenes si le da por pedir malos consejos, y sobre todo por seguirlos. ¡Pero si no pretende hacer nada peor que un libro!» Bastante lejos de nosotros, una joven maravillosa y altiva destacaba dulcemente con un vestido blanco, todo de tul y diamantes. Madame de Guermantes la contempló hablando delante de todo un grupo imantado por su gracia. «Su hermana es siempre la más bella; esta noche está preciosa», dijo la duquesa, mientras cogía una silla, al príncipe de Chimay[118], que pasaba a su lado. El coronel de Froverbille (tenía por tío al general del mismo nombre) vino a sentarse a nuestro lado, lo mismo que M. de Bréauté, mientras M. de Vaugoubert, contoneándose (por un exceso de cortesía que conservaba incluso cuando jugaba al tenis, tanto que, a fuerza de pedir permiso a los personajes importantes antes de alcanzar la pelota, hacía perder el partido inevitablemente a su bando), volvía junto a M. de Charlus (hasta entonces casi envuelto en la inmensa falda de la condesa Mole, a quien hacía profesión de admirar entre todas las mujeres), y pot casualidad en el momento en que varios miembros de una nueva misión diplomática en París saludaban al barón. A la vista de un joven secretario de expresión singularmente inteligente, M. de Vaugoubert miró a M. de Charius con una sonrisa de la que visiblemente brotaba una sola pregunta. Al señor de Charius no le habría desagradado, desde luego, comprometer a alguno, pero

sentirse él comprometido por aquella sonrisa que venía de otro y que sólo podía tener un significado, le irritó. «No sé absolutamente nada, le ruego que se guarde sus curiosidades para usted mismo. A mí me dejan más que frío. Además, en este caso particular, mete usted la pata de medio a medio. Creo que ese joven es absolutamente lo contrario». Pero en este punto, M. de Charius, irritado por haber sido denunciado por un tonto, no decía la verdad. Si la hubiese dicho, el secretario habría sido una excepción en aquella embajada. De hecho, estaba compuesta por personalidades muy diversas, varias de ellas sumamente mediocres, de modo que, si alguien buscara el criterio por el que habían sido elegidos, sólo podía descubrir uno, su inversión. Poniendo al frente de aquella pequeña Sodoma diplomática a un embajador al que, en cambio, le gustaban las mujeres con una exageración cómica de compadre de revista que llevaba a la baqueta su batallón de travestidos, parecía que se hubiese obedecido a la ley de los contrastes. A pesar de lo que tenía ante los ojos, no creía en la inversión. No tardó en dar una prueba casando a su hermana con un encargado de negocios a quien tenía, muy equivocadamente, por un mujeriego. Desde entonces su presencia se volvió algo embarazosa y pronto fue sustituido por una Excelencia nueva que aseguró la homogeneidad del conjunto. Otras embajadas trataron de rivalizar con ésa, pero no pudieron disputarle el primer premio (como ocurre con el concours général[119], que siempre lo gana cierto liceo) y hubieron de transcurrir más de diez años para que, tras haberse introducido unos cuantos agregados heterogéneos en aquel conjunto tan perfecto, otro pudiese arrancarle por fin la funesta palma e ir en cabeza.

Perdido el temor de tener que hablar con Swann, ahora Mme. de Guermantes sólo sentía curiosidad por el tema de la conversación que éste había tenido con el dueño de la casa. «¿Sabe de qué han hablado?», preguntó el duque a M. de Bréauté. «He oído decir, respondió éste, que sobre una obrita en un acto que el escritor Bergotte había hecho representar en casa de Swann. Una cosa deliciosa, por cierto. Pero, al parecer, el actor se había caracterizado de Gilbert, cuyo retrato, por lo demás, era lo que había querido hacer

el señor Bergotte». —«Vaya, me habría divertido ver cómo imitaban a Gilbert», dijo la duquesa con una sonrisa soñadora. «Y sobre esa pequeña representación, continuó M. de Bréauté adelantando su mandíbula de roedor, Gilbert le ha pedido explicaciones a Swann, que se ha limitado a responder algo que a codo el mundo le ha parecido muy ingenioso. "¡Nada de eso, no se le parece en nada, usted es mucho más ridículo!". Por lo demás, prosiguió M. de Bréauté, parece que esa pequeña obrita era encantadora. Madame Molé estuvo y se divirtió a rabiar». —«¿Cómo, Mme. Mole va a casa de Swann?, dijo la duquesa extrañada. ¡Ah!, lo habrá arreglado Mémé. Es lo que siempre acaba ocurriendo en esos sitios. Un buen día, a todo el mundo le da por ir, y yo, que me he autoexcluido por principio, me encuentro sola aburriéndome en mi rincón». Después del relato que acababa de hacerle M. de Bréauté, la duquesa de Guermantes (si no sobre el salón Swann, al menos sobre la eventualidad de encontrarse con Swann dentro de un instante) ya había adoptado, como se ve, un nuevo punco de vista. «La explicación que usted nos da, le dijo a M. de Bréauté el coronel de Froberville, es de todo punto falsa. Tengo mis razones para saberlo. El príncipe le ha echado pura y simplemente una bronca a Swann, dándole a conocer, como decían nuestros padres, que no debe aparecer por su casa, dadas las opiniones de que hace gala. Y en mi opinión, mi tío Gilbert ha tenido mil veces razón no sólo echándole esa bronca, sino que hace más de seis meses que habría debido terminar con ese dreyfusísta confeso».

El pobre M. de Vaugoubert, transformado ahora de jugador de tenis demasiado remolón en una inerte pelota de tenis lanzada sin miramientos, se encontró proyectado hacia la duquesa de Guermantes, a la que presentó sus respetos. Fue bastante mal recibido, porque Oriane vivía convencida de que todos los diplomáticos —o políticos— de su mundo eran unos estúpidos.

El señor de Froberville se había beneficiado forzosamente del trato de favor que desde hacía poco se otorgaba a los militares en la sociedad. Por desgracia, si la mujer con la que se había casado estaba realmente emparentada con los Guermantes, también era cierto que pertenecía a la rama de los parientes más pobres, y como él, por su parte, había perdido su propia fortuna, apenas tenían amistades y eran

de esas gentes a las que se da de lado salvo en las grandes ocasiones, cuando tenían la suerte de perder o casar a un pariente. En esos casos sí participaban plenamente de la comunión del gran mundo, como los católicos de boquilla que sólo se acercan a la sagrada mesa una vez al año. Su situación material habría sido incluso desastrosa de no ser por Mme. de Saint-Euverte que, fiel al cariño que había sentido por el difunto general de Froberville, había ayudado de todos los modos posibles a la familia, procurando vestidos y distracciones a las dos niñas. Pero el coronel, que pasaba por buena persona, no tenía el alma agradecida. Envidiaba los esplendores de una bienhechora que siempre estaba ponderándolos sin tregua ni medida. El garden-party anual era para él, su mujer y sus hijas, un placer maravilloso que no se hubieran perdido por todo el oro del mundo, pero un placer envenenado por la idea de las alegrías que Mme. de Saint-Euverte sacaba de él para su orgullo. El anuncio de ese garden-party en los periódicos, que luego, a renglón seguido de un minucioso relato, añadían maquiavélicamente: «Volveremos sobre esta hermosa fiesta», los detalles complementarios sobre las toilettes, publicados durante varios días seguidos, todo eso hacía tanto daño a los Froberville que, bastante escasos de placeres y seguros de que podían contar con el de esa matinée, llegaban cada año a desear que el mal tiempo desluciese su éxito, a consultar el barómetro y a disfrutar por anticipado con delicia las primicias de una tormenta que pudiese echar a perder la fiesta.

«No discutiré de política con usted, Froverbille, dijo M. de Guermantes, pero, por lo que se refiere a Swann, puedo decir francamente que su comportamiento con nosotros ha sido incalificable. Presentado en sociedad en su momento por nosotros, por el duque de Chartres[120], me dicen que ahora es abiertamente dreyfusista. Nunca lo habría creído de alguien como él, un fino entendido, una cabeza de primer orden, un coleccionista, un apasionado por los libros antiguos, miembro del Jockey, un hombre rodeado de la estima de todos, un conocedor de las direcciones buenas que nos mandaba el mejor oporto que se pueda beber, un diletante, un padre de familia. ¡Ah, cómo me ha engañado! Y no

hablo de mí, que ya se sabe que soy un viejo chocho cuya opinión no cuenta, una especie de desharrapado, pero, aunque sólo fuera por Oriane, no habría debido hacerlo, habría debido renegar abiertamente de los judíos y de los partidarios del condenado».

«Si, aunque sólo fuese por la amistad que siempre le ha demostrado mi mujer, continuó el duque, quien consideraba evidentemente que condenar a Dreyfus por alta traición, prescindiendo de la opinión que sobre su culpabilidad pudiese uno tener en su fuero interno, constituía una especie de agradecimiento por la forma en que uno había sido recibido en el faubourg Saint-Germain, habría debido desolidarizarse. Porque, pregunte a Oriane, le tenía verdadero afecto». Pensando que un tono ingenuo y sereno daría un valor más dramático y sincero a sus palabras, ¡a duquesa dijo coa voz de colegiala, como si se limitase a dejar salir la verdad de su boca y diese únicamente a sus ojos una expresión algo melancólica: «¡Es cierto, no tengo por qué ocultar que sentía un cariño sincero por Charles!». —«Ya ve, no soy yo el que la obliga a decirlo. Y, con todo eso, lleva su ingratitud hasta ser dreyfusista».

«A propósito de dreyfusiscas, dije yo, parece que también lo es el príncipe Von». —«¡Ah!, hace usted bien en hablarme de él, exclamó M. de Guermantes, había olvidado que me ha invitado a comer en su casa el lunes. Pero, sea dreyfusista o no, me da perfectamente igual porque es extranjero. Me importa un rábano. Con un francés no es lo mismo. Cierto que Swann es judío. Pero hasta el día de hoy —perdóneme, Froberville— yo había tenido la debilidad de creer que un judío puede ser francés, quiero decir un judío honorable, un hombre de mundo. Y Swann lo era en el pleno sentido de la palabra. ¡Pues bien!, me obliga a reconocer que me había equivocado, ya que toma partido por el tal Dreyfus (que, culpable o no, no pertenece en absoluto a su ambiente, y al que nunca habría conocido) frente a una sociedad que le había adoptado, que le había tratado como a uno de los suyos. Ni que decir tiene que todos hubiéramos salido fiadores de Swann, yo habría respondido de su patriotismo como del mío. ¡Ah, qué mal nos lo agradece! Confieso que nunca me lo habría esperado de él. Lo juzgaba mejor. Era inteligente (en su género, por supuesto). Sí, ya sé que había cometido la locura de ese vergonzoso matrimonio.

Mire, ¿sabe a quién le dolió mucho el matrimonio de Swann? A mi mujer. Oriane tiene a veces, ¿cómo diría?, una afectación de insensibilidad. Pero en el fondo siente con una fuerza extraordinaria». Encantada con este análisis de su carácter, Mme. de Guermantes escuchaba a su marido con aire de modestia, pero sin decir nada, por escrúpulo de asentir al elogio, y sobre todo por miedo a interrumpirle. Si M. de Guermantes hubiera seguido hablando una hora sobre el mismo tema, ella se habría movido menos que si estuviera escuchando música. «¡Pues bien!, recuerdo que cuando se enteró del matrimonio de Swann, se sintió ofendida; le pareció que estaba mal de parte de una persona a la que habíamos demostrado tanta amistad. Quería mucho a Swann; y le dio mucha pena. ¿No es cierto, Oriane?» Madame de Guermantes se creyó en la obligación de responder a una pregunta tan directa sobre un punto de hecho que, sin que se notara, le permitiría confirmar las alabanzas que daba por concluidas. En tono tímido y sencillo, y con una expresión tanto más estudiada cuanto que trataba de parecer «sentida», dijo con reservada dulzura: «Es cierto, Basin no se equivoca». —«Y sin embargo no era del todo lo mismo. Qué quiere usted, el amor es el amor, aunque en mi opinión no debe traspasar ciertos límites. A un joven, a un mocoso que se deja arrastrar por las utopías, aún le perdonaría. ¡Pero Swann, un hombre inteligente, de una delicadeza demostrada, un fino experto en cuadros, un íntimo del duque de Chartres, del propio Gilbert!». El tono con que M. de Guermantes decía aquello era, por lo demás, perfectamente simpático, sin sombra de la vulgaridad que muchas veces demostraba. Hablaba con una tristeza levemente indignada, pero en él todo respiraba esa dulce gravedad en que consiste la fascinación untuosa y profunda de ciertos personajes de Rembrandt, el burgomaestre Six[121], por ejemplo. Se notaba que, para el duque, la cuestión de la inmoralidad de la conducta de Swann en el Casa ni siquiera se planteaba de lo incuestionable que era; la aflicción que sentía era la de un padre viendo a uno de sus hijos, por cuya educación ha hecho los mayores sacrificios, arruinar voluntariamente la magnífica posición que le ha conseguido, deshonrando con calaveradas que los principios o los prejuicios familiares no pueden

consentir en un nombre respetado. Cierto que M. de Guermantes no había manifestado un asombro tan profundo y doloroso antes, cuando se enteró de que Saint-Loup era dreyfusista. Pero, en primer lugar, consideraba a su sobrino como un muchacho mal encaminado en quien nada puede asombrar hasta que no haya sentado la cabeza, mientras que Swann era lo que M. de Guermantes llamaba «un hombre ponderado, un hombre con una posición de primer ordeno. En segundo lugar, y sobre todo, había pasado un tiempo bastante largo durante el cual, sí, desde el punto de vista histórico, los acontecimientos parecían justificar en parte la tesis dreyfusista, la oposición antidreyfiisista había redoblado su violencia, y de puramente política que era al principio se había vuelto social. Ahora era una cuestión de militarismo, de patriotismo, y las oleadas de cólera levantadas en la sociedad habían tenido tiempo de tomar esa fuerza que jamás tienen al principio de una tempestad. «Véa usted, prosiguió M. de Guermantes, incluso desde el punto de vista de sus queridos judíos, dado que tanto se empeña en apoyarlos, Swann ha cometido una pifia de un alcance incalculable. Demuestra que todos están secretamente unidos y que, en cierto modo, están obligados aprestar apoyo a cualquiera de su raza, aunque no lo conozcan. Es un peligro público. No hay duda de que hemos sido demasiado tolerantes, y la metedura de pata que comete Swann tendrá tanta más resonancia cuanto que lo apreciábamos y hasta lo recibíamos, y casi era el único judío que conocíamos en nuestro ambiente. Es fácil decir: Ah uno disce omnes[122]». (La satisfacción de haber encontrado en el momento justo, en su memoria, una cita tan oportuna, iluminó sólo con una sonrisa de orgullo la melancolía del gran señor traicionado).

Yo tenía muchas ganas de saber exactamente quí había pasado entre el príncipe y Swanny de ver a este último, si aún no había abandonado la soirée. «Le diré, me respondió la duquesa, a la que había hecho partícipe de mi deseo, que no estoy muy interesada en verle porque, según me han contado hace un rato en casa de Mme. de Saint-Euverte, parece que Swann, antes de morir, querría presentarme a su mujer y a su hija. Dios mío, me da una pena infinita que esté enfermo, pero, para empezar, espero que no sea tan grave. Y luego,

en fin, que no es una razón, porque realmente sería demasiado fácil, A un escritor sin talento le bastaría decir: "Vote por mí en la Academia porque mi mujer se va a morir y quiero darle esta última alegría". Si estuviésemos obligados a conocer a todos los moribundos, se acabarían los salones. Mi cochero podría pretender: "Mi hija está muy mal, haga que me reciban en casa de la princesa de Parma". Adoro a Charles, y me daría mucha pena negárselo, por eso prefiero evitar que me lo pida. Espero de todo corazón que no esté moribundo, como dice, pero francamente, si así fuese, para mí no sería el momento de conocer a esas dos criaturas que me han privado durante quince años del más agradable de mis amigos, y que se me pegarían como una lapa cuando ya ni siquiera pudiese aprovechar para verle, ¡porque estaría muerto!»

Pero M. de Bréauté no había dejado de rumiar el mentís que le había infligido el coronel de Froberville. «No dudo de la exactitud de su relato, querido amigo, dijo, pero el mío también viene de buena fuente. Ha sido el príncipe de La Tour d'Auvergne quien me lo ha contado».

«Me sorprende que un hombre de su cultura diga todavía el príncipe de La Tour d'Auvergne, le interrumpió el duque de Guermantes, usted sabe que no lo es por nada del mundo. Sólo queda un miembro de esa familia. Y es el tío de Oriane, el duque de Bouillon[123]».

«¿El hermano de Mme. de Villeparisis?», pregunté yo acordándome de que ésta era una señorita de Bouillon. «Exactamente. Oriane, Mme. de Lambresac está saludándola». En efecto, por momentos se veía formarse y pasar como una estrella fugaz una débil sonrisa destinada por la duquesa de Lambresac a alguna persona a la que había reconocido. Pero, en lugar de precisarse en una afirmación activa, en un lenguaje mudo pero claro, aquella sonrisa se ahogaba casi al punto en una especie de éxtasis ideal que no distinguía nada, mientras la cabeza se inclinaba en un gesto de bendición beata, similar al que dedica a la muchedumbre de comulgantes un prelado un tanto reblandecido. No lo estaba en absoluto Mme. de Lambresac. Pero ya conocía yo ese género peculiar de distinción fuera de uso. En

Combray y en París todas las amigas de mi abuela tenían la costumbre de saludar, en una reunión mundana, con un aire tan seráfico como si hubieran visto a un conocido en la iglesia, en el momento de la elevación o durante un entierro, y le lanzasen un débil saludo destinado a terminar en plegaria. Y una frase de M. de Guermantes iba a completar la comparación que yo hacía: «Pero usted conoce al duque de Bouillon, me dijo M. de Guermantes. Salía hace un rato de mi biblioteca cuando usted entraba, un señor de pequeña estatura y muy blanco». Era el que yo había tomado por un pequeño burgués de Combray, y cuyo parecido con Mme. de Villeparisis advertía ahora, pensando en ello. La semejanza de los saludos evanescentes de la duquesa de Lambresac con los de las amigas de la abuela había empezado a interesarme, mostrándome que en los medios estrechos y cerrados, sean de pequeña burguesía o de alta nobleza, las viejas maneras persisten, permitiéndonos como a un arqueólogo descubrir qué podía ser la educación, y la parte de alma que refleja, en tiempos del vizconde d'Arlincourt[124] y de Loísa Puget[125]. Mejor dicho, la absoluta conformidad externa entre un pequeño burgués de Combray de su edad y el duque de Bouillon me recordaba ahora (cosa que tanto me había sorprendido ya cuando había visto al abuelo materno de Saint-Loup, el duque de la Rochefoucauld, en un daguerrotipo en el que era parecidísimo, por la ropa, por la expresión y por las maneras, a mí río abuelo) que las diferencias sociales, por no decir las individuales, se funden a distancia en la uniformidad de una época. La verdad es que la semejanza en el vestir y también la reverberación en el rostro del espíritu de la época ocupan en una persona un lugar tanto más relevante que su casta; casta que tiene su importancia, pero sólo en el amor propio del interesado y en la imaginación de los demás, y no es preciso recorrer las galerías del Louvre para darse cuenta de cómo un gran señor de la época de Luis Felipe difiere mucho menos de un burgués de los tiempos de Luis Felipe que de un gran señor de los tiempos de Luis XV.

En ese instante, un músico bávaro de largos cabellos que protegía la princesa de Guermantes saludó a Oriane. Ésta respondió con una inclinación de cabeza, pero el duque, furioso al ver que su mujer

saludaba a alguien al que él no conocía, que tenía una facha tan singular y que, por lo que M. de Guermantes creía saber, gozaba de una reputación pésima, se volvió hacia su mujer con aire interrogativo y terrible, como si dijese: «¿Quién diablos es ese ostrogodo?». La situación de la pobre Mme. de Guermantes ya era bastante complicada, y si el músico hubiese tenido un poco de lástima de aquella esposa mártir se habría alejado lo más deprisa posible. Pero, fuese por el deseo de sacudirse la humillación que acababan de infligirle en público, en presencia de los más viejos amigos del círculo del duque, presencia que tal vez había motivado en parte su silenciosa inclinación, y para demostrar que si había saludado a Mme. de Guermantes lo había hecho con pleno derecho y no sin conocerla, fuese obedeciendo a la oscura e irresistible inspiración de la metedura de pata que le impulsó —en un momento en que hubiera debido fiarse más de la inteligencia— a aplicar la letra misma del protocolo, el músico se acercó más a Mme. de Guermantes y le dijo: «Señora duquesa, querría solicitar de usted el honor de ser presentado al duque». Madame de Guermantes era muy desgraciada. Pero, después de todo, por más que fuese una esposa engañada, seguía siendo la duquesa de Guermantes y no podía dar la impresión de haber sido despojada de su derecho de presentar a su marido a las personas que conocía. «Basin, dijo, permítame presentarle a M. d'Herweck».

«No le pregunto si piensa ir mañana a casa de Mme. de Saint-Euverte, dijo el coronel de Froberville a Mme. de Guermantes para disipar la penosa impresión producida por la intempestiva petición de M. d'Herweck. Estará todo París». Entretanto, volviéndose con un solo movimiento y como si fuese de una sola pieza hacia el indiscreto músico, el duque de Guermantes, haciéndole frente, monumental, mudo, furibundo, como un Júpiter tonante, permaneció inmóvil así unos segundos, con los ojos llameantes de ira y de asombro y el pelo encrespado como si saliera de un cráter. Luego, como arrebatado por un impulso, que era lo único que podía permitirle hacer la cortesía que le habían solicitado, y después de haber dado la impresión, con su actitud de desafío, de demostrar a toda la concurrencia que no conocía al músico bávaro, cruzando a la espalda las dos manos enguantadas de blanco, se inclinó hacia adelante y asestó al músico

un saludo tan profundo, impregnado de tanto estupor y tanta rabia, tan brusco, tan violento, que el artista retrocedió temblando mientras se inclinaba para no recibir un formidable cabezazo en el vientre. «Pero es que precisamente no estaré en París», respondió la duquesa al coronel de Froberville. «Le diré (aunque no debería confesarlo) que he llegado a mi edad sin conocer los vitrales de Montfort-l'Amaury[126]. Es vergonzoso, pero así es. Por eso, para reparar esa culpable ignorancia, me he prometido ir a verlos mañana». El señor de Bréauré sonrió con expresión de sutil inteligencia. Comprendió, en efecto, que si la duquesa había podido llegar a su edad sin conocer los vitrales de Montfort-l'Amaury, aquella visita artística no asumía de golpe el carácter urgente de una intervención «en caliente» y, después de haber sido diferida durante más de veinticinco años, fácilmente habría podido ser aplazada veinticuatro horas. El proyecto formado por la duquesa era simplemente la sentencia, follada a la manera de los Guermantes, de que el salón Saint-Euverte no era decididamente una casa bien de verdad, sino una casa donde se invitaba a la gente para adornarse con sus nombres en la crónica del Gaulois[127], una casa que conferiría un sello de suprema elegancia a aquellas, o en todo caso a aquella, si no era más que una, que evitasen dejarse ver allí. La delicada diversión de M. de Bréauré, duplicada por ese placer poético que saboreaban las gentes de mundo viendo a Mme. de Guermantes hacer cosas que su posición menos elevada no les permitía imitar, pero cuya sola vista provocaba la sonrisa del aldeano unido a su gleba que ve a unos hombres más libres y más afortunados pasar por encima de su cabeza, ese delicado placer no tenía nada que ver con el éxtasis de gozo, disimulado pero infinito, que inmediatamente se apoderó de M. de Froberville.

Los esfuerzos que hacía M. de Froberville para que no se oyese su risa le habían hecho ponerse colorado como un gallo; pese a ello, con sus palabras entrecortadas por hipos de alegría, consiguió exclamar en tono misericordioso: «¡Oh, pobre tía Saint-Euverte, le va a costar una enfermedad! ¡Es increíble, la pobre mujer no tendrá a su duquesa, vaya disgusto, seguro que le da algo!», añadió, retorciéndose de risa. Y en su ebriedad, no podía dejar de recurrir a los pies ni de frotarse las

manos. Sonriendo con un ojo y con una sola comisura de la boca a M. de Froberville, cuya amable intención apreciaba aunque no tanto su intolerable aburrimiento, Mme. de Guermantes acabó por decidirse a dejarle. «Escuche, voy a verme obligada a decirle adiós», le dijo levantándose con un aire de resignación melancólica, y como si para ella fuese una desgracia. Bajo el encantamiento de sus ojos azules, su voz dulcemente musical hacía pensar en el poético lamento de un hada. «Basin quiere que vaya a ver un rato a Marie». En realidad, estaba harta de oír a Froberville, que no dejaba de expresarle su envidia por ir a Montfort-l'Amaury cuando, y la duquesa lo sabía de sobra, era la primera vez que oía hablar de aquellos vitrales y cuando, por otro lado, por nada del mundo se hubiera perdido la matinée Saint-Euverte. «Adiós, apenas he hablado con usted, es lo que ocurre en sociedad, no nos vemos, no nos decimos las cosas que quisiéramos decirnos; pero, en la vida, en todas partes ocurre lo mismo. Esperemos que, después de la muerte, funcionen mejor las cosas. Por lo menos, no será necesario ir siempre escotada. Aunque, ¿quién sabe? Puede que rengamos que exhibir los huesos y los gusanos en las grandes solemnidades. ¿Por qué no? Mire, ahí tiene a la vieja Rampillon, ¿le parece que hay mucha diferencia entre eso y un esqueleto con un vestido escotado? Cierto que está en su perfecto derecho, porque tiene lo menos cien años. Ya era uno de los monstruos sagrados ante los que me negué a inclinarme cuando di mis primeros pasos en sociedad. La creía muerta hace muchísimo: además, ésa podría ser la única explicación del espectáculo que nos ofrece. Es impresionante y litúrgico. ¡Es puro "Camposanto[128]"!». La duquesa se había alejado de Froberville, que se le acercó. «Quisiera decirle otra cosa». Algo molesta: «¿Qué otra cosa?», le dijo ella, altiva. Y él, remiendo que en el último momento la duquesa no sintiese el encanto de Montfort-l'Amaury: «No me había atrevido a decírselo a causa de Mme. de Saint-Euverte, para no apenarla, pero ya que usted no piensa ir puedo decide que me alegro por usted, ¡porque en su casa hay sarampión!» — «¡Oh, Dios mío!, dijo Oriane, que tenía miedo a las enfermedades. Aunque a mí no me importa, ya lo tuve. Y no se puede tener dos veces». —«Eso es lo que dicen los médicos; conozco a gente que lo

ha tenido hasta cuatro. En fin, ya está avisada». En cuanto a él, habría sido necesario que hubiese cogido realmente aquel sarampión y que lo tuviese clavado en cama para resignarse a perderse la fiesta Saint-Euverte, esperada desde hacía tantos meses. ¡Qué placer a la vista de tantas elegancias!, el placer todavía mayor de constatar el fracaso de ciertas cosas y, sobre todo, el de poder vanagloriarse durante mucho tiempo de haberse rozado con las primeras, y de deplorar, exagerándolas o inventándolas, las segundas.

Aproveché que la duquesa cambiaba de sitio para levantarme también e ir hacia el fumoir en busca de noticias de Swann. «No crea una palabra de lo que ha contado Babal, me dijo ella. La pequeña Molé nunca habría ido a meterse en medio. Nos lo dice para atraernos. No reciben a nadie y nadie los invita. Él mismo lo confiesa: "Nos quedamos los dos solos al amor de la lumbre". Como siempre dice nos, no como el rey, sino refiriéndose a su mujer, no insisto. Pero estoy al corriente de todo», añadió la duquesa. Nos cruzamos con dos jóvenes cuya notable y diferente belleza tenía su origen en una misma mujer. Eran los dos hijos de Mme. de Surgis, la nueva querida del duque de Guermantes. Resplandecían con las perfecciones de su madre, pero distintas en cada uno. Por uno había pasado, ondulante en un cuerpo viril, la real prestancia de Mme. de Surgís, y la misma palidez ardiente, rotácea y sagrada, afluía a las marmóreas mejillas de la madre y de este hijo; pero su hermano había recibido la frente griega, la nariz perfecta, el cuello de estatua, los ojos infinitos; así hecha de diferentes dones que la diosa había repartido, su doble belleza ofrecía el placer abstracto de pensar que la causa de semejante hermosura los trascendía; se hubiera dicho que los principales atributos de su madre habían encarnado en dos cuerpos diferentes; que uno de los jóvenes era la estatura y el colorido de la madre, el otro su mirada, como los seres divinos que no eran más que la fuerza y la belleza de Júpiter o de Minerva[129]. Imbuidos de un gran respeto por M. de Guermantes, del que decían: «Es muy amigo de nuestros padres», el mayor creyó prudente sin embargo no ir a saludar a la duquesa, sabedor, aunque quizá sin comprender las razones, de la enemistad de ¿sea hacia su madre, y al vernos volvió

ligeramente la cabeza. El menor, que siempre imitaba a su hermano porque, estúpido y más miope, no se atrevía a tener la menor opinión personal, inclinó la cabeza con el mismo ángulo, y ambos se escabulleron hacia la sala de juego, uno en pos del otro, como dos figuras alegóricas.

En el momento de llegar a esa sala me cerró el paso la marquesa de Citri, todavía hermosa pero casi con la espuma en la boca. De linaje bastante noble, había buscado y hecho un brillante matrimonio casándose con M. de Citri, cuya bisabuela era una Aumale-Lorraine. Pero una vez saboreada esa satisfacción, su carácter negador la había llevado a sentir por la gente del gran mundo un horror que no excluía completamente la vida mundana. En una velada, no sólo se burlaba de todo el mundo, sino que ponía en esa burla ral violencia que ni la risa misma era lo bastante áspera y se convertía en silbidos guturales; «¡Ah!, me dijo, señalándome a la duquesa de Guermantes que acababa de dejarme y ya estaba a cierta distancia, lo que me revuelve es que pueda llevar una vida de este tipo». ¿Era la frase de una santa furibunda, asombrada de que los gentiles no lleguen por sí solos a la verdad, o la de una anarquista hambrienta de sangre? En cualquier caso, aquel apóstrofe carecía de cualquier justificación. En primer lugar, la «vida que llevaba» Mme. de Guermantes difería poquísimo (dejando a un lado la indignación) de la de Mme. de Citri. A Mme. de Citri la pasmaba que la duquesa fuese capaz de un sacrificio mortal como el de asistir a una soiríe de Marie-Gilbert. En este caso particular debemos decir que Mme. de Citri apreciaba mucho a la princesa, dama, en efecto, de gran bondad, y sabía que, acudiendo a su soiríe, le causaba un gran placer. Por eso, para ir a aquella fiesta, había anulado una cita con una bailarina a la que suponía gran talento y que debía iniciarla en los misterios de la coreografía rusa. Otra razón que restaba algún valor a la rabia concentrada que sentía Mme. de Citri viendo a Oriane saludar a tal o cual invitado, era que Mme. de Guermantes, aunque en un estado mucho menos avanzado, presentaba los síntomas del mal que hacía estragos en Mme. de Citri. Ya hemos visto, por otra parte, que llevaba sus gérmenes desde la cuna. En última instancia, más inteligente que Mme. de Citri, Mme. de Guermantes habría tenido más derechos que ella a ese nihilismo (que

no era más que mundano), pero también es verdad que ciertas cualidades ayudan a soportar los defectos del prójimo más de lo que contribuyen a hacerlos sufrir; y, en general, un hombre de gran talento prestará menos atención a la estupidez de otro de lo que lo haría un estúpido. Hemos descrito la clase de talento de la duquesa con suficiente detenimiento como para convencer de que, si no tenía nada en común con una inteligencia elevada, de todos modos era ingenio, un ingenio capaz de utilizar (como un traductor) diferentes formas de sintaxis. Y nada de esto parecía autorizar a Mme. de Citri a despreciar cualidades tan similares a las suyas. Todo el mundo le parecía idiota, pero en su conversación, en sus cartas, se mostraba por lo general inferior a las personas que trataba con tanto desprecio. Tenía además tal necesidad de destrucción que, cuando casi renunció a la vida mundana, los placeres que entonces buscó sufrieron uno tras otro su terrible poder disolvente. Una vez abandonadas las soirées por las sesiones de música, empezó a decir: «¿A usted le gusta oír eso, música? ¡Ah, Dios mío!, depende del momento. ¡Lo aburrido que puede ser! ¡Ah! Beethoven, ¡qué lata!» Sobre Wagner, y luego sobre Franck y sobre Debussy, ni siquiera se tomaba la molestia de decir «¡qué lata!», sino que se limitaba a pasarse la mano por la cara como un barbero[130]. Y al cabo de poco tiempo, no había nada que no la aburriese. «¡Son tan aburridas las cosas bellas! ¡Ah!, los cuadros, es como para volverse loca. Cuánta razón tiene usted, es tan aburrido escribir cartas». Acabó por declararnos que la vida misma era algo muy latoso, sin que se supiera bien el término de comparación que tenía en la cabeza.

No sé si fue por lo que la duquesa de Guermantes había dicho de aquella estancia el primer día que cené en su casa, pero lo cierto es que la sala de juego o famoir, con su pavimento historiado, sus trípodes, sus figuras de dioses y de animales que te miraban, las esfinges tendidas en los brazos de los sillones, y sobre todo la inmensa mesa de mármol o de mosaico esmaltado, cubierta de signos simbólicos más o menos imitados del arte etrusco y egipcio, aquella sala de juego me hizo el efecto de una verdadera cámara mágica. Y, en un sillón acercado hasta la mesa resplandeciente y augural, M. de

Charlus, sin tocar una sola carta, insensible a lo que pasaba a su alrededor, incapaz de darse cuenta de que yo acababa de entrar, parecía precisamente un mago que aplicase todo el poder de su voluntad y de su mente a sacar un horóscopo. No sólo se le salían los ojos de la cara como a una Pitia sobre su trípode, sino que, para que nada lo distrajese de una carea que exigía el cese de todo movimiento, hasta del más simple, había dejado junto a él (como un matemático que no quiere hacer nada hasta que no haya resuelto su problema) el puro que poco antes tenía en la boca, por no disponer ahora de la libertad de espíritu necesaria para fumar. Al ver las dos divinidades agazapadas que llevaba en sus brazos el sillón colocado frente a él, hubiera podido creerse que el barón intentaba descubrir el enigma de la esfinge, si es que no era más bien el de un joven Edipo de carne y hueso sentado precisamente en aquel sillón donde se había instalado para jugar. Pero la figura a la que M. de Charlus aplicaba, con tanta contención, todas sus facultades intelectuales, y que, a decir verdad, no pertenecía al género de figuras que habitualmente se estudian morí geométrico, era la que le proponían las lineas de la cara del joven marqués de Surgís; parecía ser, por lo profundamente absorto que estaba M. de Charlus ante ella, algún jeroglífico, alguna adivinanza, algún problema de álgebra cuyo enigma estuviera tratando de penetrar o cuya fórmula intentase deducir. Frente a él, los signos sibilinos y las figuras inscritas sobre aquella Tabla de la Ley parecían el grimorio que iba a permitir al viejo brujo saber en qué sentido se orientaban los destinos del joven. De pronto se dio cuenta de que yo estaba mirándole, levantó la cabeza como si saliese de un sueño y me sonrió ruborizándose. En ese momento, el otro hijo de Mme. de Surgís se acercó al que jugaba, a mirar sus cartas. Cuando M. de Charlus supo de mis labios que eran hermanos, su rostro no pudo disimular la admiración que le inspiraba una familia creadora de obras maestras tan espléndidas y tan distintas. Y el entusiasmo del barón habría sido todavía mayor de haber sabido que los dos hijos de Mme. de Surgis-le-Duc no sólo eran de la misma madre sino del mismo padre. Los hijos de Júpiter son distintos, pero fue porque primero se casó con Metis, en cuyo destino estaba dar a luz hijos prudentes, luego con Temis, y más tarde con Eurinomo, y con

Mnemósine, y con Leto, y sólo en último lugar con Juno[131],. Sin embargo, de un solo padre, Mme. de Surgís había dado a luz dos hijos que habían heredado las bellezas de la madre, pero unas bellezas distintas.

Por fin tuve el placer de ver entrar a Swann en aquella estancia que era muy grande, tanto que en un primer momento no me vio. Píacer mezclado a tristeza, a una tristeza que cal vez no sentía el resto de los invitados, pero que para ellos se traducía en esa especie de fascinación que ejercen las formas inesperadas y singulares, de una muerte próxima, de una muerte que ya se lleva, como dice el pueblo, en la cara. Y con un estupor casi descortés en el que había curiosidad indiscreta, crueldad, un recogimiento a la vez sereno y preocupado sobre uno mismo (mezcla a la vez de suave mari magno y de memento guia pulvis[132], hubiera dicho Roben), todas las miradas se clavaron en aquel rostro cuyas mejillas, como una luna menguante, había roído minuciosamente la enfermedad; mejillas que, salvo desde cierto ángulo, desde el ángulo bajo el que sin duda Swann se miraba, parecían difuminarse como un decorado inconsistente al que sólo una ilusión óptica puede añadir cierra apariencia de espesor. Fuese por causa de la ausencia de aquellas mejillas que ya no estaban allí pata disminuirla, fuese porque la arteriosclerosis, que también es una intoxicación, la enrojeciese como hubiera hecho la embriaguez o la deformase como hubiera hecho la morfina, la nariz de polichinela de Swann, durante tanto tiempo reabsorbida en un rostro agradable, parecía ahora enorme, tumefacta, carmesí, más semejante a la de un viejo hebreo que a la de un extraño Valois[133]. Por otra parte, quizá en esos últimos días la raza hacía reaparecer más acusado el tipo físico que la caracteriza, junto con el sentimiento de una solidaridad moral con los demás judíos, solidaridad que Swann parecía haber olvidado toda su vida, y que, injertados unos en otros, la enfermedad mortal, el caso Dreyfus, la propaganda antisemita, habían despertado. Hay algunos israelitas, por lo demás bastante finos y delicados hombres de mundo, en quienes permanecen en reserva y entre bastidores, para salir a escena en un momento dado de su vida, como en una comedia, un villano y un profeta. Swann había llegado a la

edad del profeta. Cierto que con su cara, de la que habían desaparecido, bajo la acción de la enfermedad, segmentos enteros como en un bloque de hielo que se derrite y del que se desprenden trozos completos, había cambiado mucho. Pero no podía dejar de sorprenderme lo mucho que había cambiado para mi. No podía llegar a comprender cómo a aquel hombre excelente, culto, con el que no me desagradaba en absoluto encontrarme, había podido rodearlo yo de tal misterio que su aparición en los Champs-Élysées hacía latir mi corazón hasta el punto de sentir vergüenza cuando me acercaba a su esclavina forrada de seda, hasta el punto de no poder llamar a la puerta del piso en que vivía un ser como él sin verme sobrecogido por una turbación y un espanto infinitos; todas estas cosas habían desaparecido no sólo de su morada sino de su misma persona, y la idea de hablar con él podía resultarme más o menos agradable, pero no alteraba para nada mi sistema nervioso.

Y, además, ¡cuánto había cambiado desde aquella misma tarde incluso, cuando me lo había encontrado —sólo unas pocas horas antes— en el gabinete del duque de Guermantes! ¿Había habido realmente, entre él y el príncipe, una escena que lo había alterado? No había motivos para suponerlo. Por mínimos que sean los esfuerzos exigidos a una persona muy enferma, no tardan en transformarse en un desgaste excesivo. A poco que, ya cansado, se la exponga al calor de una velada, su cara se descompone y vuelve lívida como hace en menos de un día una pera demasiado madura, o la leche a punto de cortarse. Además, a Swann le clareaba el pelo por algunos sirios, y, como decía Mme. de Guermantes, necesitaba un peletero, parecía alcanforado, y mal alcanforado. Iba a cruzar el fumoir para hablar con Swann cuando, desgraciadamente, una mano se abatió sobre mí hombro: «Buenas noches, pequeño, estoy en París por cuarenta y ocho horas. He pasado por tu casa y me han dicho que estabas aquí, de modo que es a ti a quien debe mi tía el honor de mi presencia en su fiesta». Era Saint-Loup. Le dije lo hermosa que me parecía aquella casa. «Sí, pero demasiado monumento histórico. Yo la encuentro espantosa. No nos pongamos cerca de mi tío Palaméde, porque nos atraparía. Como Mme. Molé (que es quien ahora está en el candelero) acaba de irse, se encuentra completamente desamparado. Parece que

ha sido un verdadero espectáculo, no se ha separado de ella ni un metro, y no la ha soltado hasta que no la ha tenido metida en el coche. No es que guarde rencor a mi tío, sólo que me parece raro que mi consejo de familia, que siempre se ha mostrado tan severo conmigo, esté compuesto precisamente por los parientes que más juergas se han corrido, empezando por el más calavera de todos, mi tío Charlus, que es mi tutor suplente: ha tenido tantas mujeres como Don Juan y a su edad todavía no para. En cierto momento poco faltó para que me nombrasen un consejo judicial. Pienso que cuando todos estos viejos mujeriegos se reunían para examinar la cuestión y me convocaban para sermonearme y decirme que daba demasiados disgustos a mi madre no debían de poder mirarse a la cara sin echarse a reír. Ya verás la composición del consejo, parecen haber elegido adrede a los que más faldas han levantado». Dejando aparte a M. de Charius, sobre quien no me parecía más justificado el asombro de mi amigo, aunque por otras razones que, por lo demás, debían modificarse más tarde en mi mente, Robert se equivocaba al considerar extraordinario que unos parientes que han cometido locuras, o que las siguen cometiendo todavía, puedan impartir lecciones de sensatez a un joven.

Aunque los únicos motivos fuesen el atavismo y las semejanzas familiares, es inevitable que el tío que corre con la tarea del sermón tenga poco mas o menos los mismos defectos que el sobrino al que debe amonestar. Por otra parte, el tío resuelve su carea sin ninguna hipocresía, engañado como está por la facultad que tienen los hombres de creer en cada nueva circunstancia que se trata «de otra cosa», facultad que les permite adoptar errores artísticos, políticos, etc., sin darse cuenta de que son los mismos que, diez años atrás, tomaron por verdades referidas a otra escuela de pintura que condenaban, a otro asunto político que juzgaban merecedor de su odio, en los que ahora vuelven a creer y a los que se adhieren sin reconocerlos bajo un nuevo disfraz. Además, aunque las culpas del tío sean distintas de las del sobrino, la herencia puede no ser, en cierta medida, la ley causal, porque no siempre el efecto se asemeja a la causa, como la copia al original, y aun cuando las faltas del tío sean peores, puede tranquilamente tenerlas por menos graves.

Cuando M. de Charius acababa de lanzar sus indignadas reconvenciones a Robert, quien, por otra parte, desconocía las verdaderas inclinaciones de su río en esa época, e incluso si hubiera sido la época en que el barón reprobaba sus propias inclinaciones, habría podido ser perfectamente sincero, considerando desde el punto de vista del hombre de mundo que Robert era infinitamente más culpable que él. ¿No había estado a punto Robert, en el momento en que a su tío le habían encargado hacerle entrar en razón, de ser descerrado de su mundo? ¿No había faltado poco para que los socios del Jockey le echaran bolas negras[134]? ¿No se había convertido en objeto de irrisión por los disparatados gastos que hacía por una mujer de la categoría más baja, por su amistad con gentes como autores, actores y judíos, ninguno de los cuales pertenecía al gran mundo, por sus opiniones que no se diferenciaban de las de los traidores, por el dolor que causaba a todos los suyos? ¿Cómo podía compararse aquella vida tan escandalosa con la de M. de Charius, que, hasta el presente, había sabido, no sólo conservar, sino engrandecer su posición de Guermantes desempeñando en sociedad un papel absolutamente privilegiado de personaje buscado, adulado por los círculos más selectos, y que, casado con una princesa de Borbón[135], mujer eminente, había sabido hacerla feliz y había consagrado a su memoria un culto más ferviente, más puntual de lo que se acostumbra en el gran mundo, resultando en última instancia tan buen marido como buen hijo?

«Pero ¿estás seguro de que M. de Charlus ha tenido tantas amantes?», le pregunté yo, no desde luego con la intención diabólica de revelar a Robert el secreto que había descubierto, sino algo molesto por oírle sostener un error con tanta certidumbre y suficiencia. Se limitó a encogerse de hombros en respuesta a lo que creía ingenuidad de mi parte. «De todos modos, no le reprocho nada, me parece que hace muy bien». Y empezó a esbozarme una teoría que le hubiera horrorizado en Balbec (donde no se contentaba con escarnecer a los seductores, la muerte le parecía el único castigo proporcionado a ese delito). Y es que entonces todavía estaba enamorado y celoso. Llegó incluso a elogiarme las casas de citas.

«Sólo en ellas puede encontrar uno la medida de su zapato, eso que en el regimiento llamamos nuestro gálibo». Ya no sentía por sitios de esa clase la repugnancia que le había sublevado en Balbec cuando yo aludí a ellos, y ahora, después de oírle, le dije que Bloch me había llevado a uno; pero Robert me replicó que el lugar al que iba Bloch debía de ser «de lo más miserable, el paraíso del pobre». «Aunque, bueno, eso depende: ¿dónde era?» Dije vaguedades, porque recordé que era en él, en efecto, donde se pagaba un luis por aquella Rachel a la que Robert había amado tanto[136]. «En cualquier caso, yo te llevaré a otros mucho mejores, con mujeres que te sorprenderán». Al oírme expresar el deseo de que me llevase cuanto antes a las que conocía y que debían de ser en efecto muy superiores a la casa que me había indicado Bloch, mostró un pensar sincero por no poder hacerlo aquella vez ya que se marchaba al día siguiente. «Lo dejaremos para la próxima ocasión, dijo. Ya verás, hay hasta jovencitas, añadió con aire misterioso. Hay una pequeña señorita de… creo que d'Orgeville[137], ya te lo diré exactamente, es hija de gente de lo más fino; la madre es más o menos una La Croix-l'Évéque, gentes de lo mejore!to, incluso algo emparentadas, salvo error, con mi tía Oriane. Además, basta mirar a la pequeña para darse cuenta de que es hija de gente bien (por un momento sentí extenderse sobre la voz de Robert la sombra del genio de los Guermantes, que pasó como una nube, pero a gran altura y sin detenerse). Me da que puede ser un asunto maravilloso. Los padres siempre están enfermos y no pueden ocuparse de ella. Caramba, la pequeña se entretiene y cuento contigo para que le encuentres distracciones a esa niña».

—«¡Oh!, ¿cuándo volverás?». —«No sé, pero si no te atienes exclusivamente a las duquesas (el título de duquesa es para la aristocracia el único que designa un rango particularmente brillante, algo así como el de princesas para el pueblo), en otro género está la primera doncella de Mme. Purbus[138]».

En ese momento entró Mme. de Surgís en el salón de juego buscando a sus hijos. Al verla, M. de Charlus fue a su encuentro con una amabilidad que sorprendió tanto más agradablemente a la marquesa cuanto que esperaba una gran frialdad de parte del barón,

quien desde siempre se había erigido en paladín de Oriane y en el único de la familia-casi siempre complaciente con las exigencias del duque por su herencia.y por celos de la duquesa que mantenía implacablemente a distancia a las queridas de su hermano. Por eso Mme. de Surgís hubiese comprendido muy bien los motivos de la actitud que temía en el barón, pero no sospechó en absoluto los de la acogida totalmente opuesta que recibió de él. Lleno de admiración, le habló del retrato que Jacquet[139] había hecho de ella en otro tiempo. Admiración que se exaltó incluso hasta un entusiasmo que, si en parte era interesado para impedirá la marquesa alejarse, para «engancharla», como Roben decía de las tropas enemigas cuando se quiere obligar a sus efectivos a quedar sujetos en un punto determinado, acaso también fuera sincero. De hecho, si codos se complacían admirando en los hijos el porte de reina y los ojos de Mme. de Surgís, el barón podía sentir un placer inverso, pero igual de vivo, viendo aquellos encantos reunidos en haz en la madre, como en un retrato que no inspira por sí mismo deseos, pero alimenta, con la admiración estética que inspira, los que despierta. Éstos venían a prestar retrospectivamente un encanto voluptuoso al retrato de Jacquet, y en ese momento el barón lo habría adquirido gustoso para estudiaren él la genealogía fisiológica de los dos jóvenes Surgis.

«Ya ves que no exageraba, me dijo Roben. Fíjate en el entusiasmo de mi tío con Mme. de Surgis. Incluso en este caso, me asombra. Si Oriane lo supiese, se pondría hecha una furia. Francamente, hay mujeres de sobra para no ir a caer precisamente sobre ésa», añadió; como todos los hombres que no están enamorados, se figuraba que uno escoge a la persona que se ama después de mil cavilaciones y por diversas cualidades y conveniencias. Por otro lado, además de engañarse sobre su tío por creerle inclinado a las mujeres, en su rencor Robert hablaba de M. de Charlus con excesiva ligereza. No siempre se es impunemente el sobrino de alguien. Y es que, muchas veces, por su mediación se transmite un hábito hereditario antes o después. Hasta podría hacerse toda una galería de retratos, aprovechando el título de la comedia alemana Tío y sobrino[140], en la que se vería al tío velando, celosa aunque involuntariamente, para

que el sobrino termine por parecérsele. Y aun añadiré que esa galería sería incompleta si no figurasen en ella los tíos que no tienen ningún parentesco real por no ser más que tíos de la mujer del sobrino. De hecho, los señores de Charius están tan persuadidos de ser los únicos buenos maridos y, además, los únicos de quienes una mujer no tiene celos, que generalmente, por el afecto que sienten por su sobrina, la hacen casarse también con otro Charius. Cosa que enreda bastante la madeja de los parecidos. Y al afecto por la sobrina se une a veces el afecto por su prometido. Matrimonios de este tipo no son raros, y a menudo resultan, como suele decirse, felices.

«¿De qué estábamos hablando? ¡Ah!, de esa rubia alta, la doncella de Mme. Putbus. También le gustan las mujeres, aunque pienso que a ti eso te da lo mismo; puedo decirte con toda franqueza que nunca he visco criatura más hermosa». —«¿Puedo imaginármela algo Giorgione[141]?» —«¡Locamente Giorgione! ¡Ah!, si tuviese tiempo cuando paso por París, ¡qué cosas estupendas podrían hacerse! Y luego, pasar a otra. Porque el amor, hazme caso, es una broma pesada, yo ya estoy de vuelta». No tardé en darme cuenta, con sorpresa, de que también estaba de vuelta de la literatura, cuando en nuestro último encuentro sólo me había parecido decepcionado de los literatos («Casi todos son canalla y camarilla», me había dicho), lo cual podía explicarse por su justificado rencor respecto a ciertos amigos de Rachel. En efecto, la habían persuadido de que nunca tendría talento si dejaba que Robert, «hombre de otra raza», influyese sobre ella, y con ella se burlaban de él, en su presencia, durante las cenas que les daba. Pero, en realidad, el amor de Robert por las Letras no tenía nada de profundo, no era una emanación de su verdadera naturaleza, sólo un derivado de su amor por Rachel, y se había borrado con éste al mismo tiempo que su horror por los adeptos del placer y su respeto religioso por la virtud de las mujeres.

«¡Qué aspecto más extraño tienen esos dos jóvenes! Fíjese qué curiosa pasión por el juego, marquesa», dijo M. de Charius indicando a Mme. de Surgís sus dos hijos, como si no supiese en absoluto quiénes eran. «Deben de ser dos orientales, tienen ciertos rasgos característicos, quizá son turcos», añadió para seguir confirmando su

fingida inocencia y manifestar al mismo tiempo una vaga antipatía que, cuando luego diese paso a la amabilidad, demostraría que ésta sólo iba dirigida a la cualidad de hijos de Mme. de Surgís, porque no había comenzado sino cuando el barón supo quines eran. También es probable que M. de Charlus, cuya insolencia era un don natural que ejercitaba lleno de alegría, aprovechase el minuto durante el que se presumía que ignoraba quiénes eran aquellos dos jóvenes para divertirse a expensas de Mme. de Surgis y entregarse a sus burlas habituales, igual que Scapin aprovecha el disfraz de su amo para administrarle una tunda de palos[142].

«Son mis hijos», dijo Mme. de Surgis, con un rubor que no habría tenido de haber sido más perspicaz sin ser más virtuosa. Habría comprendido entonces que el aire de absoluta indiferencia o de burla exhibida por M. de Charlus frente a un joven no era sincera, del mismo modo que la admiración completamente superficial que manifestaba a una mujer no expresaba el verdadero fondo de su naturaleza. La mujer a la que podía dirigir indefinidamente las palabras más cumplimenteras, bien podría sentir celos de la mirada que el barón, sin dejar de hablar con ella, lanzaba a un hombre en el que luego fingía no haberse fijado. Porque esa mirada era muy distinta de las que M. de Charlus tenía para las mujeres; una mirada particular, que salía de lo más hondo, y que incluso en una soirée no podía dejar de correr ingenuamente hacia los jóvenes, lo mismo que las mi radas de un Sastre revelan su profesión por la forma inmediata que tienen de fijarse en la ropa.

«¡Oh, qué curioso!», respondió no sin insolencia M. de Charlus, en el tono de quien tiene que imponer a su pensamiento un largo recorrido para llevarlo a una realidad tan distinta de la que fingía haber supuesto. «Pues no los conozco», añadió, temiendo haber ido demasiado lejos en la expresión de la antipatía y haber paralizado así en la marquesa la intención de hacérselos conocer. «¿Me permitiría presentárselos?», preguntó tímidamente Mme. de Surgis». «¡Oh, no, no, Dios mío! Como puede figurarse, por mí, encantado, pero quizá no sea un personaje demasiado divertido para dos muchachos tan

jóvenes», salmodió M. de Charlus, con la titubeante frialdad de quien se deja arrancar un favor.

«Arnulphe, Victurnien, venid enseguida», dijo Mme. de Surgis. Victurnien se levantó con decisión. Arnulphe, que sólo veía por los ojos de su hermano, le siguió dócilmente.

«Ahora ha llegado el turno de los hijos, me dijo Roben. Es para morirse de risa. Hasta al perro de la casa se esfuerza por complacer[143]. Y lo más gracioso es que mi tío detesta a los gigolós. Y mira con qué seriedad los escucha. Si hubiera sido yo el que hubiera querido presentárselos, me habría mandado a paseo. Oye, voy a tener que ir a saludar a Oriane. Dispongo de tan poco tiempo para estar en París que quiero tratar de ver aquí a todas las personas a las que, si no, habría tenido que dejarles tarjeta».

«¡Qué educados parecen, qué modales tan exquisitos!», estaba diciendo M. de Charlus. «¿Usted cree?», respondía Mme. de Surgís, extasiada.

Swann, que me había visto, se acercó a Saint-Loup y a mí. La alegría judía era en Swann menos sutil que las bromas del hombre de mundo. «Buenas noches, nos dijo. ¡Dios mío!, los tres juntos, van a pensar en una reunión de Sindicato. Un poco más, ¡y van a buscar dónde está la caja!». No se había dado cuenta de que M. de Beauserfeuil estaba justo a su espalda y le oía. El general frunció involuntariamente las cejas. La voz de M. de Charlus resonaba muy cerca de nosotros: «¿Cómo? Se llama usted Victurnien, como en el Cabinet des Antiques[144]», decía el barón para prolongar la charla con los dos jóvenes. «De Balzac, sí», respondió el mayor de los Surgís, que jamás había leído una sola línea de ese novelista, pero a quien su profesor le había señalado, hacía unos pocos días, la similitud de su nombre con el de Esgrignon. Madame de Surgís estaba encantada viendo a su hijo brillar y a un M. de Charlus extasiado ante tanta sabiduría.

«Parece que Loubet[145] está de nuestro lado, de fuente totalmente segura», dijo a Saint-Loup, pero en esta ocasión en voz más baja para que no le oyese el general, Swann, para quien las amistades republicanas de su mujer se volvían más interesantes desde que el

caso Dreyfus era el centro de sus preocupaciones. «Le digo esto porque sé que está comprometido a fondo con nuestra causa».

«Bueno, no tanto; se equivoca usted de medio a medio, respondió Roben. Es un asunto mal planteado en el que lamento mucho haberme mecido. Yo no pintaba nada en él. Si volviese a empezar, me mantendría totalmente al margen. Soy soldado, y ante todo estoy con el ejército. Si te quedas un momento con M. Swann, vuelvo a buscarte enseguida, voy a saludar a mi tía». Pero vi que era con Mlle. d'Ambressac con quien iba a hablar y me apenó la sospecha de que me había mentido sobre su posible noviazgo. Recobré la tranquilidad cuando supe que había sido presentado media hora antes por Mme. de Marsantes, que deseaba aquella boda porque los Ambresac eran riquísimos.

«En fin, dijo M. de Charlus a Mme. de Surgís, me parece un joven instruido, que ha leído, que sabe quién es Baizac. Y me agrada todavía más encontrarlo donde se ha vuelto más raro encontrarlos, en casa de uno de mis pares, en casa de uno de los nuestros», añadió recalcando estas palabras. Por más que los Guermantes aparentasen considerar iguales a todos los hombres, en las grandes ocasiones en que se encontraban con personas de «alcurnia» y, sobre todo, de menos «alcurnia», a las que deseaban y podían halagar, no dudaban en sacar los viejos recuerdos de familia. «Antiguamente, continuó el barón, aristócratas quería decir los mejores, por la inteligencia, por el corazón. Y aquí tenemos al primero de los nuestros que veo que sabe quién es Victurnien d'Esgrignon. No, me equivoco al decir que es el primero. También hay un Polignacy un Montesquiou[146], añadió M. de Charlus, sabiendo que esta doble asimilación no podía por menos de embriagar a la marquesa. Por lo demás, los hijos de usted tienen a quien salir, su abuelo materno era dueño de una célebre colección del siglo xvin. Yo le enseñaré la mía si me hace el honor de venir a almorzar un día, dijo al joven Victurnien. Le enseñaré una curiosa edición del Cabinet des Antiques con correcciones de puño y letra de Balzac. Me encantaría poder confrontar los dos Victurnien».

No podía decidirme a dejar a Swann, que había llegado a ese grado de fatiga en que el cuerpo de un enfermo no es más que una

retorta donde se observan reacciones químicas. Su cara estaba marcada por unos puntítos azul Prusia que parecían no pertenecer al mundo viviente, y despedía ese tipo de olor que, en el liceo, después de los «experimentos», vuelve tan desagradable seguir en una clase de «Ciencias». Le pregunté si no había tenido una larga conversación con el príncipe de Guermantes y si no quería contarme lo que había pasado. «Sí, me dijo, pero antes vaya un momento con M. de Charlus y Mme. de Surgís, le esperaré aquí».

Y es que M. de Charlus, que había propuesto a Mme. de Surgis dejar aquella estancia demasiado caliente e ir a sentarse con ella un momento a otra, no había pedido a los hijos que fueran con su madre, sino a mí. De este modo, después de haberles puesto el cebo, hacía ver que no se interesaba por los dos jóvenes. Además, me brindaba una cortesía fácil, dado que Mme. de Surgis-le-Duc no estaba demasiado bien vista.

Desgraciadamente, nada más sentarnos en un vano sin salidas, acertó a pasar Mme. de Saint-Euverte, blanco de las burlas del barón. Quizá para disimular o despreciar abiertamente los malos sentimientos que inspiraba a M. de Charlus y demostrar, sobre todo, su amistad íntima con una dama que tan familiarmente hablaba con él, la marquesa saludó con un desdén amistoso a la célebre belleza, que le respondió mirando por el rabillo del ojo a M. de Charius con una sonrisa burlona. Pero el vano era tan estrecho que cuando Mme. de Saint-Euverte quiso, detrás de nosotros, seguir reclutando a sus invitados para el día siguiente, se encontró aprisionada y no pudo zafarse con facilidad, momento precioso que M. de Charius, ansioso de lucir su verba insolente ante los ojos de la madre de los dos jóvenes, se guardó mucho de no aprovechar. Una pregunta tonta que le hice sin malicia le proporcionó ocasión para una cantinela triunfal que la pobre Mme. de Saint-Euverte, casi inmovilizada detrás de nosotros, no podía dejar de oír sin perder una sola palabra. «¿Sabe que este joven impertinente, le dijo a Mme. de Surgís señalándome, acaba de preguntarme, olvidando el obligado escrúpulo de ocultar necesidades de esa clase, si iba a ir a casa de Mme. de Saint-Euverte, que es lo mismo, creo yo, que preguntarme si tengo un cólico? En cualquier caso trataré de aliviarme en un lugar más confortable que en

casa de una persona que, si no me falla la memoria, celebraba su centenario cuando yo empezaba a hacer vida social, por supuesto no en su casa. Y sin embargo, ¿quién más interesante de escuchar que ella? ¡Cuántos recuerdos históricos, vistos y vividos de la época del Primer Imperio y de la Restauración, cuántas historias íntimas también que desde luego no tenían nada de "santo", pero debían de ser muy "verdes", si hemos de dar crédito al muslo todavía ligero de la venerable brincadora! Lo que me impediría hacerle preguntas sobre esas apasionantes épocas es la sensibilidad de mí aparato olfativo. Ya es suficiente con acercarse a la dama. De repente me digo: "¡Oh, Dios mío, ha reventado el pozo negro!", y es simplemente que la marquesa ha abierto la boca para invitar a alguien. Y, ya me comprende, si tuviese la desgracia de ir a su casa, el pozo negro se multiplicaría en un terrible tonel de porquería. Y sin embargo tiene un nombre místico que siempre me hace pensar con júbilo, aunque se le haya pasado hace mucho la fecha de su jubileo, en ese estúpido verso llamado "delicuescente": Ah!, verte, combien verte était mon âme ce jour-la[147] *Pero yo necesito un verdor más limpio. Me dicen que la infatigable andarina ofrece garden-parties, yo llamaría a eso "invitados a pasear por las cloacas". ¿Va a ir usted allí a emporcarse?», preguntó a Mme. de Surgis, que esta vez se vio en un apuro. Porque, queriendo fingir con el barón que no iba a ir, y sabiendo que habría dado varios días de su propia vida antes que perderse la matinée Saint-Euverte, decidió salir adelante tirando por el camino de en medio, es decir, por la incertidumbre. Pero esa incertidumbre adoptó una forma tan estúpidamente diletante y tan mezquinamente modisteril que M. de Charlus, sin el menor escrúpulo por ofender a Mme. de Surgís, a la que sin embargo deseaba agradar, se echó a reír para demostrarle que «aquello no colaba».*

«Siempre admiro a la gente que hacen proyectos, dijo ella; yo muchas veces en el último momento me vuelvo atrás. Un simple problema de traje de verano puede cambiar las cosas. Actuaré según la inspiración del momento».

Por mi parte, estaba indignado ante el infame discursito que M. de Charlus acababa de pronunciar. Habría querido colmar de atenciones

a la anfitriona de garden-parties. Desgraciadamente, en la vida social, como en la vida política, las víctimas son tan cobardes que no se puede odiar mucho tiempo a los verdugos. Madame de Saint-Euverte, que había conseguido zafarse del vano cuya entrada nosotros bloqueábamos, rozó involuntariamente al pasar al barón, y, con un reflejo de esnobismo que aniquilaba toda su cólera, quizá con una esperanza incluso de entrar en materia que no debía utilizar por primera vez: «¡Oh!, perdón, señor de Charlus, espero no haberle hecho daño», exclamó como si se arrodillase delante de su amo. Éste sólo se dignó responder con una amplia sonrisa irónica y apenas concedió un «buenas noches» que, como si sólo se diese cuenta de la presencia de la marquesa una vez que ella había sido la primera en saludarle, era un insulto más. Por último, con una bajeza suprema que me hizo sufrir por ella, Mme. de Saint-Euverte se acercó a mí y, llevándome aparte, rae dijo al oído: «Pero ¿qué le he hecho yo a M. de Charlus? Aseguran que no me encuentra suficiente campara él», dijo riéndose a mandíbula batiente. Yo me quedé muy serio. Por un lado, me parecía estúpido que fingiese creer o querer hacer creer que, en realidad, no había nadie más chic que ella. Por otro, las gentes que ríen con tanta energía de lo que dicen, y que no es nada gracioso, nos dispensan, cuando se hacen cargo de la hilaridad, de participar en ella.

«Otros aseguran que está ofendido porque no le invito. No es él quien me anima mucho a hacerlo. Se diría que me hace ascos (la expresión me pareció floja). Trate de enterarse y venga mañana a decírmelo. Y si siente remordimiento y quiere acompañarle, tráigale. No hay pecado sin perdón. Hasta me gustaría bastante que viniese, porque fastidiaría a Mme. de Surgis. Le dejo carta blanca. Tiene usted un olfato finísimo para todas estas cosas y no quiero dar la impresión de andar mendigando invitados. En cualquier caso, con usted cuento sin falta».

Pensé que Swann debía de cansarse esperándome. Además, no quería volver a casa demasiado tarde a causa de AJbertine, y, despidiéndome de Mme. de Surgis y de M. de Charlus, fui en busca de mi enfermo al salón de juego. Le pregunté si lo que le había dicho al príncipe durante su entrevista en el jardín era lo que M. de Bréauté (a

quien no le nombré) nos había contado y que estaba relacionado con una piececira de Bergotte. Se echó a reír: «No hay ni una palabra de verdad, ni una sola, es pura invención y habría sido completamente estúpido. Realmente es inaudita esta generación espontánea del error. No le pregunto quién le ha dicho eso, pero sería realmente curioso, en un marco tan delimitado como éste, ir remontando paso a paso para saber cómo se ha formado esa historia. Además, ¿cómo puede interesar a la gente lo que el príncipe me ha dicho? La gente es muy curiosa. Yo nunca he sido curioso, salvo cuando he estado enamorado y cuando he tenido celos. ¡Y para lo que me sirvió! ¿Es usted celoso?». Le dije a Swann que nunca había sencido celos, que ni siquiera sabía lo que eran. «¡Estupendo!, le felicito. Cuando uno lo es sólo un poco, no resulta del todo desagradable desde dos puntos de vista. De un lado, porque eso permite a la gente que no es curiosa interesarse por la vida de los otros, o, al menos, de otra persona. Y del otro, porque hace sentir muy bien la dulzura de poseer, de subir a un coche con una mujer, de no dejarla ir sola. Pero esto sólo ocurre en el primerísimo inicio del mal o cuando la curación es casi completa. En el intervalo, es el más atroz de los suplicios. Por lo demás, hasta esas dos dulzuras de que le hablo, debo decirle que las conocí poco: la primera, por culpa de mi naturaleza, que no es capaz de reflexiones muy prolongadas; la segunda, debido a las circunstancias, por culpa de la mujer, quiero decir de las mujeres de las que he estado celoso. Pero no tiene importancia. Incluso cuando las cosas han dejado de interesarnos, no es absolutamente indiferente que nos hayan interesado, porque siempre fue por alguna razón que escapaba a los demás. Advertimos que el recuerdo de esos sentimientos sólo está dentro de nosotros; y es dentro de nosotros donde debemos entrar para contemplarlo. No se burle demasiado por esta jerga idealista, pero lo que quiero decirle es que he amado mucho la vida y he amado mucho las artes. Pues bien, ahora que estoy demasiado cansado para vivir con los otros, esos viejos sentimientos tan personales, tan míos, me parecen, es la manía de todo coleccionista, muy preciosos. Me abro a mí mismo mi corazón como una especie de vitrina, miro uno por uno tantos amores que los demás no habrán conocido. Y de esa colección por la que ahora siento más apego

todavía que por las otras, me digo, un poco como Mazarino[148] de sus libros, aunque por lo demás sin la menor angustia, que sería una lástima dejar todo eso. Mas volvamos a la conversación con el príncipe, sólo se la contaré a una persona, y esa persona va a ser usted». Estaba molestándome, para oírle, la conversación que prolongaba indefinidamente, muy cerca de nosotros, M. de Charlus, que había vuelto a la sala de juego. «¿Y también lee usted? ¡Qué es lo que hace?», preguntó al conde Arnulphe que no conocía siquiera el nombre de Balzac. Pero su miopía, que le hacía ver todo muy pequeño, le creaba la ilusión de que veía muy lejos, de modo que, rara poesía en un escultural dios griego, en sus pupilas se inscribían una especie de distantes y enigmáticas estrellas.

«Y si fuéramos a dar una vuelta por el jardín», le dije a Swann, mientras el conde Arnulphe, con una voz ceceante que parecía indicar que su desarrollo, por lo menos mental, no era completo, respondía a M. de Charlus con una precisión complaciente e ingenua; «¡Oh!, lo mío es más bien el golf, el tenis, el balón, las carreras a pie y sobre todo el polo». Como Minerva, que, después de subdividirse, había dejado de ser en cierta ciudad la diosa de la Sabiduría y había encarnado una parte de sí misma en una divinidad puramente deportiva, hípica, «Atenea Hippia». Y también iba a Saint-Moritz a esquiar porque Palas Tritogenia[149] frecuenta las altas cumbres y atrapa a los jinetes. «¡Ah!», respondió M. de Charlus con la sonrisa trascendente del intelectual que no se toma siquiera la molestia de disimular que está burlándose, pero que, por otra parte, se siente tan superior a los demás y desprecia tanto la inteligencia de los que son menos brutos, que apenas los diferencia de los que lo son más con tal de que puedan resultarle agradables de otra manera. Dirigiendo la palabra a Arnulphe, M. de Charlus estimaba que le confería por eso mismo una superioridad que codo el mundo debía envidiar y reconocer. «No, me respondió Swann, estoy demasiado cansado para caminar, mejor sentémonos en algún rincón, no me tengo de pie». Era cierto, y, sin embargo, empezar a hablar con él ya le había devuelto cierta vivacidad. Y es que en el cansancio más real hay, sobre todo en la gente nerviosa, una parte que depende de la atención y que sólo se

conserva merced a la memoria. Nos sentimos súbitamente cansados en cuanto tememos estarlo, y para reponernos de la fatiga basta olvidarla. Cierto que Swann no era del todo uno de esos infatigables agotados que llegan deshechos, desmadejados, sin poder tenerse en pie, y que se reaniman en la conversación como una flor en el agua y durante horas pueden sacar de sus propias palabras Ejerzas que, por desgracia, no transmiten a quienes los escuchan, y que parecen cada vez más abatidos a medida que quien habla se siente más despierto. Pero Swann pertenecía a esa fuerte raza judía, de cuya energía vital y de cuya resistencia a la muerte también parecen participar los individuos mismos en cuanto tales. Golpeados, cada uno de ellos, por enfermedades particulares, como la raza lo está por la persecución, se debaten indefinidamente en unas agonías terribles que pueden prolongarse más allá de todo plazo verosímil, cuando ya no se ve más que una barba de profeta rematada por una inmensa nariz que se dilata para aspirar e] último aliento, antes de que llegue la hora de las plegarias rituales y dé comienzo el puntual desfile de los parientes lejanos que avanzan con movimientos mecánicos, como en un friso asirio.

Fuimos a sentarnos, pero antes de alejarse del grupo que M. de Charius formaba con los dos jóvenes Surgís y su madre, Swann no pudo dejar de echar sobre la blusa de la marquesa largas miradas de experto, dilatadas y concupiscentes. Se puso el monóculo para ver mejor y, mientras hablaba conmigo, lanzaba de vez en cuando una mirada en dirección a la dama. «Ésta es, palabra por palabra, me dijo cuando estuvimos sentados, mi conversación con el príncipe, y si recuerda lo que le he dicho hace un momento, verá por qué le elijo a usted por confidente. Y también por otra razón, que sabrá algún día. "Mi querido Swann, me ha dicho el príncipe de Guermantes, me perdonará si, desde hace algún tiempo, he dado la impresión de evitarle. (Yo no había notado nada, porque, enfermo como estoy, soy el primero en rehuir a todo el mundo). En primer lugar, había oído decir, y así lo preveía yo, que mantenía usted en el desdichado asunto que divide al país opiniones totalmente opuestas a las mías. Y me habría resultado excesivamente penoso que las profesase usted en mi presencia. Mi susceptibilidad era can grande que, hace dos años,

cuando la princesa oyó a su cuñado, el gran duque de Hesse[150], decir que Dreyfus era inocente, no se contentó con interrumpirle vivamente, sino que no me lo contó para no contrariarme. Casi por la misma época había venido a París el príncipe real de Suecia[151], y, habiendo oído decir probablemente que la emperatriz Eugenia[152] era dreyfusista, la había confundido con la princesa (extraña confusión, me concederá usted, entre una mujer del rango de mi esposa y una española de bastante menos buen linaje de lo que se dice, y casada con un simple Bonaparte), y le había dicho: 'Princesa, me siento doblemente feliz de verla, pues ya sé que tiene las mismas ideas que yo sobre el caso Dreyfus, cosa que no me extraña porque Vuestra Alteza es bávara. Por lo que el príncipe se ganó la siguiente respuesta: 'Monseñor, no soy más que una princesa francesa, y pienso como codos mis compatriotas'. Pues bien, mi querido Swann, hace año y medio aproximadamente, una conversación que tuve con el general de Beauserfeuil me hizo sospechar que se habían cometido, no un error, sino graves ilegalidades, en la conducción del proceso"».*

Fuimos interrumpidos (Swann no quería que nadie oyese su relato) por la voz de M. de Charlus que (sin preocuparse de nosotros, por lo demás) pasaba acompañando hasta la puerta a Mme. de Surgis y se detuvo intentando retenerla más tiempo, bien a causa de sus hijos, bien por ese deseo, común a todos los Guermantes, de no ver acabar el minuto presente, que los sumía en una especie de ansiosa inercia. A este propósito, Swann me hizo saber algo más tarde una cosa que despojó, para mí, al nombre de Surgis-le-Duc, de toda la poesía que Le había encontrado. La marquesa de Surgis-le-Duc disfrutaba de una posición mundana mucho mayor, y de alianzas mucho mejores, que su primo el conde de Surgis, que vivía en sus tierras en medio de la pobreza. Pero la palabra que remataba el título, «le Duc», no tenía en absoluto el origen que yo le atribuía y que me había llevado a relacionarla, en mi imaginación, con Bourg-l'Abbé, Bois-le-Roi[153], etc. Sencillamente, un conde de Surgis se había casado, durante la Restauración, con la hija de un industrial riquísimo, M. Leduc, o Le Duc, hijo a su vez de un fabricante de productos químicos, el hombre más rico de su tiempo, que era par de Francia. El rey Carlos X había

creado para el hijo nacido de ese matrimonio el marquesado de Surgis-le-Duc, dado que el marquesado de Surgis ya existía en la familia. El añadido del apellido burgués no había impedido a esa rama emparentar, gracias a su enorme fortuna, con las primeras familias del reino. Y la actual marquesa de Surgis-le-Duc, de alto linaje, habría podido gozar de una posición de primer orden. Un demonio de perversidad[154] la había impulsado, con desprecio de una posición segura, a huir del domicilio conyugal, a vivir de la manera más escandalosa. Luego, aquel mundo que había despreciado a los veinte años cuando lo tenía a sus pies, le había faltado cruelmente a los treinta, cuando ya nadie, salvo raras amigas fieles, la saludaba desde hacía diez años, y había emprendido la laboriosa tarea de reconquistar, pieza por pieza, lo que poseía al nacer (no son infrecuentes estos casos de ida y vuelta).

En cuanto a los grandes señores con los que estaba emparentada, de los que en otro tiempo había renegado y que a su vez habían renegado de ella, la duquesa aducía, para justificar la alegría de volver a ganárselos, los recuerdos de infancia que podría evocar con ellos. Y diciendo esto para disimular su esnobismo, mentía, pero quizá menos de lo que pensaba. «¡Basin es toda mi juventud!», decía el día en que el duque volvió a ella. Y, de hecho, era un poco verdad. Pero había calculado mal cuando lo eligió como amante. Porque todas las amigas de la duquesa de Guermantes iban a tomar partido por Oriane y de este modo Mme. de Surgis descendería por segunda vez la pendiente que tanto trabajo le había costado volver a subir. «¡Bueno!, estaba diciéndole M. de Charlus, que se empeñaba en prolongar la conversación. Ponga mis respetos al pie del bello retrato. ¿Cómo anda? ¿Qué es de él?» —«Pero si usted sabe, respondió Mme. de Surgis, que ya no lo tengo. Mi marido no quedó contento con él». —«¡No quedó contento! Una de las obras maestras de nuestra época, comparable con la duquesa de Châteauroux pintada por Nattier[155], y que, además, ¡pretendía perpetuar a una diosa no menos majestuosa y terrible! ¡Oh, qué cuellecito azul! Debo decir que Vermeer nunca pintó una tela con tanta maestría, no lo digamos demasiado alto porque, si nos oye, Swann saltará sobre nosotros para vengar a su

pintor favorito, el maestro de Delft». La marquesa, volviéndose, dirigió una sonrisa y tendió la mano a Swann, que se había levantado para saludarla. Pero casi sin disimulo, bien porque una vida ya avanzada le hubiese privado sea de la voluntad moral, por indiferencia hacia la opinión, sea del poder físico, por la exaltación del deseo y el debilitamiento de los resortes que ayudan a ocultarlo, en cuanto Swann vio, mientras estrechaba la mano de la marquesa, sus senos muy de cerca y desde arriba, hundió una mirada atenta, seria, absorta, casi preocupada, en las profundidades de la blusa, mientras sus narices, embriagadas por el perfume de la mujer, palpitaron como una mariposa cuando está a punto de posarse sobre la flor que ha vislumbrado. Luego, bruscamente, se arrancó del vértigo que lo había sobrecogido, y la propia Mme. de Surgís, aunque molesta, sofocó un profundo suspiro, tan contagioso es a veces el deseo. «El pintor se molestó, le dijo a M. de Charlus, y se llevó el cuadro. Me han dicho que ahora estaba en casa de Diane de Saint-Euverte». —«Nunca creeré, replicó el barón, que una obra maestra tenga tan mal gusto».

«Le está hablando de su retrato. De ese retrato le hablaría yo tan bien como Charlus, me dijo Swann, afectando un tono indolente y picaro y siguiendo con la vista a la pareja que se alejaba. Y seguramente me causaría más placer que a Charlus», añadió. Le pregunté si lo que se decía de M. de Charlus era cierto, y al hacerlo mentía doblemente porque, si no sabía que nunca se hubiera dicho nada, en cambio sabía muy bien desde hacía poco que sí era cierro lo que yo quería decir. Swann se encogió de hombros, como si yo hubiese proferido un absurdo. «O sea, que es un amigo delicioso. Pero debo añadir que es puramente platónico. Es más sentimental que otros, eso es todo; por Otra parte, como nunca va muy lejos con las mujeres, eso ha dado una especie de crédito a los rumores insensatos a que usted se refiere. Puede ser que Charius quiera mucho a sus amigos, pero tenga por seguro que eso no ha ocurrido nunca salvo en su cabeza y en su corazón. Por fin parece que vamos a tener dos segundos de tranquilidad. Así pues, el príncipe de Guermantes continuó: "He de confesarle que la idea de una posible ilegalidad en la instrucción del proceso me resultaba extraordinariamente penosa por el culto que, como usted sabe, tengo por el ejército; volví a hablar

con el general, y, desgraciadamente, no me quedó ninguna duda al respecto. Debo decirle con franqueza que, en todo esto, la idea de que un inocente pudiera sufrir la más infamante de las penas ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Pero, atormentado por esa idea de ilegalidad, me puse a estudiar lo que no había querido leer, y entonces me asaltaron dudas, en esta ocasión no sólo sobre la ¡legalidad sino sobre la inocencia. No creí que tuviese que hablar de ello a la princesa. Dios sabe que se ha vuelco tan francesa como yo. A pesar de todo, desde que me casé con ella, he puesto tanta coquetería en mostrarle en roda su belleza nuestra Francia, y lo más espléndido que tiene para mí, su ejército, que me resultaba demasiado cruel hacerle partícipe de mis sospechas, que en verdad sólo alcanzaban a unos cuantos oficiales. Pero pertenezco a una familia de militares, no quería creer que unos oficiales pudieran equivocarse. Volví a hablar de nuevo con Bcauserfeuil, me confesó que se habían urdido maquinaciones culpables, que la nota tal vez no fuera de Dreyfus, pero que existía prueba flagrante de su culpabilidad. Era el documento Henry[156]. Y pocos días después se sabía que era una falsificación. Desde entonces, a escondidas de la princesa, me puse a leer todos los días Le Silcle. L'Aurore[157]; al poco tiempo dejé de tener dudas, ya no podía dormir. Confié mis sufrimientos morales a nuestro amigo el abate Poiré, en quien encontré, para mi asombro, la misma convicción, y le encargué decir misas por Dreyfus, por su desdichada mujer y por sus hijos[158]. Uno de esos días, cierta mañana que iba yo al aposento de la princesa, vi a su doncella escondiendo algo que tenía en la mano. Le pregunté riendo qué era; se puso colorada y no quiso decírmelo. Siempre he tenido plena confianza en mi mujer, pero ese incidente me turbó mucho (y sin duda también a la princesa, a quien su camarera habla debido contárselo}, porque mi querida Marie apenas me habló luego durante el almuerzo. Ese día le pregunté al abate Poiré si podría decir mi misa por Dreyfus a la mañana siguiente". ¡Qué lata!», exclamó Swann a media voz, interrumpiéndose. Alcé la cabeza y vi al duque de Guermantes que venía hacia nosotros. «Perdón por molestarles, hijos míos. Pequeño, dijo dirigiéndose a mí, vengo como enviado de Oriane ante usted.

Marie y Gilbert le han pedido que se quede a cenar a su mesa con cinco o seis personas solamente: la princesa de Hesse[159], Mme. de Ligne[160], Mme. de Tárente[161], Mme. de Chexteuse[162], y la duquesa d'Arenberg[163]. Desgraciadamente, nosotros no podemos quedarnos, porque vamos a una especie de fiestecilla». Yo escuchaba, pero cada vez que tenemos algo que hacer en un momento concreto encargamos dentro de nosotros mismos a cierto personaje acostumbrado a esta clase de tarea que esté atento a la hora y nos avise a tiempo. Este servidor interno me recordó, como le había pedido hacía unas horas, que Albertine, muy lejos en ese instante de mi pensamiento, debía ir a mi casa nada más salir del teatro. Por eso rechacé la cena. No es que no me encontrase a gusto en casa de la princesa de Guermantes. Pera los hombres pueden tener diversas clases de placeres. El verdadero es aquel por el que dejan el otro. Mas este último, aunque aparente, o aunque sólo sea aparente, puede dar el pego respecto al primero, tranquiliza o desorienta a los celosos, extravía el juicio de la gente. Y sin embargo, para que lo sacrificásemos al otro bastaría un poco de felicidad o un poco de sufrimiento. A veces, para nosotros no existe todavía un tercer orden de placeres, más serios, pero más esenciales, y su virtualidad se manifiesta únicamente despertando pesares, desalientos. Y serán esos placeres sin embargo a los que nos entregaremos más tarde. Por dar un ejemplo totalmente secundario: en tiempo de paz, un militar sacrificará la vida mundana al amor, pero, una vez declarada la guerra (y sin que sea preciso que intervenga ninguna idea del deber patriótico), sacrificará el amor a la pasión, más fuerte que el amor, de luchar. Por más que Swann se declarase feliz por contarme su historia, me daba perfectamente cuenta de que aquella conversación conmigo, a causa de la hora tardía y porque estaba demasiado enfermo, era una de esas fatigas por las que, quienes se dan cuenta de que están matándose por trasnochar, por los excesos, tienen al volver a casa un remordimiento exasperado, semejante al que tienen los hijos pródigos por el loco derroche al que se han entregado una vez más, y que sin embargo no les impedirá volver a tirar al día siguiente el dinero por la ventana. A partir de cierto grado de debilitamiento, sea provocado por

la edad o por la enfermedad, todo placer ganado a expensas del sueño, al margen de los hábitos, todo desarreglo, se vuelve un fastidio. El hablador sigue hablando por cortesía, por excitación, pero sabe que la hora en la que todavía habría conseguido dormirse ya ha pasado, y sabe también los reproches que se dirigirá a sí mismo durante el insomnio y el cansancio que han de seguirle. Y mientras tanto, hasta el placer momentáneo se ha agotado, el cuerpo y la mente están demasiado desamueblados de sus fuerzas para acoger agradablemente lo que parece una diversión al interlocutor. Se asemejan a un piso en un día de partida o de mudanza, cuando las visitas que recibimos sentados en los baúles y los ojos pendientes en el péndulo son un incordio. «Por fin solos, me dijo; ya no sé por dónde iba. Me parece que ya le he dicho que el príncipe había preguntado al abate Poiré sí podría decir su misa por Dreyfus. "No, me respondió el abate (digo me, me dijo Swann, porque es el príncipe el que me habla, ¿comprende?), porque tengo otra misa que me han encargado decir también esta mañana por él'. —'¿Cómo?, le dije, ¿hay otro católico aparte de mí convencido de su inocencia?' —'Eso parece'. —'Pero la convicción de ese otro partidario debe de ser menos antigua que la mía'. —'Sin embargo, ese partidario ya me encargaba misas cuando usted aún seguía creyendo culpable a Dreyfus'. —'¡Ah!, ya veo que no se trata de alguien de nuestro medio'. —'¡Al contrario!'. —'¿De veras? ¿Hay dreyfusistas entre nosotros? Me está usted intrigando: me gustaría franquearme con él, si es que conozco a ese pájaro raro'. —'Lo conoce'. —'¿Y se llama?'. —'La princesa de Guermantes'. Mientras yo temía ofender las opiniones nacionalistas y la fe francesa de mi querida esposa, ella había tenido miedo de alarmar mis opiniones religiosas, mis sentimientos patrióticos. Pero, por su lado, pensaba como yo, aunque desde hacía más tiempo que yo. Y lo que su doncella escondía cuando yo entraba en su habitación, lo que salía a comprarle todos los días, era L'Aurore. Querido Swann, desde ese momento pensé en el placer que le proporcionaría a usted diciéndo— le que mis ideas en este punto eran afines a las suyas; perdóneme por no haberlo hecho antes. Si recuerda el silencio que he mantenido con la princesa, no habrá de extrañarle que pensar como usted me haya apartado de su presencia todavía más que pensar de manera distinta.

Porque me resultaba infinitamente penoso abordar el tema. Cuanto más creo que se ha cometido un error, crímenes incluso, más sangra mi amor por el ejército. Nunca habría supuesto que opiniones semejantes a las mías podían inspirarle el mismo dolor; pero el otro día vinieron a decirme que usted había deplorado enérgicamente las injurias al ejército y que los dreyfusistas aceptasen aliarse con sus ofensores. Eso me ha decidido, y confieso que me ha resultado cruel confesarle lo que pienso de ciertos oficiales, por suerte poco numerosos, pero para mí es un alivio no tener ya que mantenerme alejado de usted y, sobre todo, que comprenda que si he podido tener otros sentimientos, ha sido porque no tenía ni una duda sobre los sólidos fundamentos de la sentencia emitida. En cuanto he tenido una, ya sólo podía desear una cosa, la reparación del error". Le confieso que estas palabras del príncipe me han emocionado profundamente. Si usted le conociese como yo, si supiese de dónde ha tenido que volver para llegar a esto, sentiría admiración por él, y la merece. Por otra parte, su opinión no me sorprende: ¡es de un carácter tan recto!» Swann olvidaba que aquella misma carde me había dicho, en cambio, que las opiniones en el caso Dreyfus estaban determinadas por el atavismo. Sólo había hecho excepción de la inteligencia, porque gracias a ella Saint-Loup había llegado a vencer el atavismo, y a convertirlo en un dreyfusista. Pero acababa de ver que esa victoria había durado muy poco y que Saint-Loup se había pasado al otro campo. Por eso, ahora adjudicaba a la rectitud del corazón el papel atribuido poco antes a la inteligencia. De hecho, siempre descubrimos a posteriori que nuestros adversarios tenían una razón para ser del partido que son, razón que nada tiene que ver con lo justo que pueda haber en ese partido, y que quienes piensan como nosotros es porque les ha obligado a ello la inteligencia, en caso de que su naturaleza moral sea demasiado baja para ser invocada, o su rectitud cuando su inteligencia resulta escasa.

Ahora Swann consideraba indistintamente inteligentes a los que eran de su opinión, a su viejo amigo el príncipe de Guermantes y a mi camarada Bloch, a quien había mantenido a distancia hasta entonces y al que invitó a almorzar. Swann interesó mucho a Bloch diciéndole que el príncipe de Guermantes era dreyfusista. «Habría que pedirle

que firmase nuestros llamamientos en favor de Picquart; con un nombre como el suyo, haría un efecto formidable». Pero Swann, uniendo a su ardiente convicción de israelita la moderación diplomática del hombre de mundo, cuyas costumbres estaban demasiado arraigadas en él para poder desprenderse de ellas tan tardíamente, no quiso autorizar a Bloch que enviase al príncipe, ni siquiera como iniciativa personal, una circular para que la firmase. «No puede hacer eso, no hay que pedir imposibles, repetía Swann. Estamos ante un hombre encantador que ha recorrido miles de leguas para venir hasta nosotros. Puede sernos muy útil. Si firmase ese llamamiento, se comprometería simplemente ante los suyos, sería castigado por nuestra causa, tal vez se arrepentiría de sus confidencias y no volvería a hacerlas». Es más, Swann no permitió utilizar su propio nombre. Le parecía demasiado hebraico para no producir mala impresión. Además, aunque aprobaba cuanto se refería a la revisión, no quería verse envuelto en la campaña antimilitarista. Llevaba, cosa que nunca había hecho hasta entonces, la condecoración que había ganado, como todo joven movilizado, en el 70[164], y añadió a su testamento un codicilo pidiendo que, en contra de sus disposiciones anteriores, se rindiesen honores a su grado de caballero de la Legión de Honor. Decisión que congregó en torno a la iglesia de Combray a todo un escuadrón de aquellos jinetes por cuyo futuro lloraba en otra tiempo Franqoise, cuando consideraba la eventualidad de una guerra[165]. En resumen, Swann se negó a firmar la circular de Bloch, de modo que, si a ojos de muchos pasaba por dreyfusista rabioso, a mi condiscípulo le pareció tibio, infectado de nacionalismo, y patriotero.

Swann se separó de mí sin estrecharme la mano para no verse obligado a despedirse en aquella sala donde tenía demasiados amigos, pero me dijo: «Debería ir usted a ver a su amiga Gilberte. No sabe cómo ha crecido, cómo ha cambiado, no la reconocería. ¡Y la haría tan feliz!». Yo no amaba ya a Gilberte. Para mí era como una muerta a la que se ha llorado mucho tiempo; luego vino el olvido, y, aunque resucitase, ya no podría insertarse en una vida que ya no está hecha para ella. Ya no tenía deseo de vetla, ni tampoco ese deseo de

demostrarle que no estaba interesado en verla y que, cuando la amaba, me prometía demostrarle todos los días cuando ya no la amase.

Por eso, como la única impresión que quería dar, frente a Gilberte, era haber deseado con todo mi corazón volver a verla, y habérmelo impedido circunstancias como se dice «ajenas a mi voluntad» y que de hecho sólo se producen, al menos con cierta continuidad, cuando la voluntad no las contrarresta, lejos de acoger con reserva la invitación de Swann no me despedí de él hasta que no me prometió explicar con todo detalle a su hija los contratiempos que me habían privado, y que seguían privándome, de ir a verla. «De todos modos, le escribiré en cuanto vuelva a casa, añadí. Pero no deje de decirle que es una carra de amenazas, porque dentro de uno o dos meses quedaré completamente libre, y entonces que tiemble, porque iré a su casa con tanta frecuencia como antes».

Antes de dejar a Swann, le dije unas palabras sobre su salud. «No, no es que vaya tan mal, me respondió. Además, como le decía, estoy bastante cansado y dispuesto a aceptar de antemano con resignación lo que pueda ocurrir. Aunque le confieso que sería una lata morirme antes de que acabe el caso Dreyfus. Todos esos canallas cuentan con más de un triunfo en el saco. No dudo de que, al final, resultarán vencidos, pero lo cierto es que son muy poderosos, tienen apoyos en todas partes. En cuanto parece que las cosas van algo mejor, todo se viene abajo. Me gustaría vivir lo suficiente para ver a Dreyfus rehabilitado, y a Picquart coronel[166]».

Cuando Swann se hubo marchado, volví al gran salón donde se encontraba aquella princesa de Guermantes con la que entonces no sabía yo que llegaría a tener lazos tan estrechos en el futuro. Al principio no me quedó al descubierto la pasión que tuvo por M. de Charlus. Sólo noté que el barón, a partir de cierta época y sin sentir contra la princesa de Guermantes ninguna de aquellas enemistades que, en su caso, no sorprendían a nadie, y mientras seguía demostrándole tanto afecto, si no más, parecía descontento e irritado cada vez que le hablaban de ella. Nunca incluía su nombre en la lista de las personas con las que deseaba cenar.

Cierto es que, antes, ya había oído yo a un hombre de mundo muy malévolo decir que la princesa estaba muy cambiada, que se había enamorado de M. de Charlus, pero me había parecido una maledicencia absurda y me había indignado. Había notado lleno de asombro que cuando yo contaba algo sobre mí, y en cierto punto del relato intervenía M. de Charlus, la atención de la princesa alcanzaba de repente un grado más alto, como el de un enfermo que, oyéndonos hablar de nosotros, y por lo tanto de una forma distraída y despreocupada, reconoce de pronto en una palabra el nombre de la enfermedad que sufre, cosa que le interesa y alegra a la vez. Por ejemplo, si yo le decía: «Precisamente M. de Charlus me contaba…», la princesa volvía a empuñar las riendas sueltas de su atención. Y en una ocasión en que, delante de ella, se dijo que M. de Charlus tenía en ese momento un interés bastante vivo por cierta persona, vi con asombro insertarse en los ojos de la princesa ese rasgo peculiar y momentáneo que traza en las pupilas algo así como el surco de una hendidura, y que procede de una idea que nuestras palabras han removido sin darse cuenta en la persona con quien hablamos, idea secreta que no se traducirá en palabras, pero que emergerá de las profundidades removidas por nosotros a la superficie momentáneamente alterada de la mirada. Pero, si mis palabras habían turbado a la princesa, no sospeché de qué manera.

Además, poco tiempo después, ella misma empezó a hablarme de M. de Charlus, y sin demasiados rodeos. Si hacía alusión a los rumores que unas pocas personas hacían correr sobre el barón, era sólo para negarlos como invenciones absurdas e infames. Pero, por otra parte, decía: «En mi opinión, si una mujer se enamorase de un hombre del inmenso valor de Palaméde debería tener la suficiente altura de miras, la suficiente abnegación, para aceptarle y comprenderle en bloque, tal como es, para respetar su libertad, sus fantasías, para tratar sólo de allanarle las dificultades y consolarle de sus penas». Y, con estas palabras sin embargo tan vagas, la princesa de Guermantes sacaba a la luz lo que trataba de magnificar, igual que hacía a veces el propio M. de Charlus. ¿No he oído yo en varias ocasiones a este último decir a personas que hasta entonces no estaban seguras de si se le calumniaba o no: «Yo, que he tenido tantos altibajos en mi vida, que

he conocido a toda clase de gente, tanto ladrones como reyes, y debo decir incluso, con una ligera preferencia por los ladrones, que he perseguido la belleza en todas sus formas, etc.», y con estas palabras que creía hábiles, y desmintiendo rumores de los que nadie sospechaba que hubiesen corrido (o haciendo a la verdad, por gusto, por medida, por afán de verosimilitud, una concesión que sólo a él le parecía mínima), quitaba a unos sus últimas dudas sobre él, e inspiraba a los otros, a los que aún no las tenían, las primeras. Porque el más peligroso de todos los recelos es el de la culpa misma en el ánimo del culpable. El conocimiento permanente que de ella tiene le impide suponer hasta qué punto es generalmente ignorada, lo fácil que sería creer una mentira completa, y darse cuenta, en cambio, del grado de verdad en que empieza para los demás, en unas palabras que él cree inocentes, la confesión. Además, habría hecho muy mal de todos modos en tratar de callarla, pues no hay vicio que no encuentre en el gran mundo suficientes apoyos complacientes, y se ha visto poner patas arriba la disposición de un castillo para que una hermana durmiera con su hermana en cuando se supo que no la amaba sólo como hermana. Pero lo que me reveló de improviso el amor de la princesa fue un hecho particular sobre el que no insistiré aquí, porque forma pane de un relato totalmente distinto en el que M. de Charlus dejó morir a una reina, antes que faltar a la cita con el peluquero que debía rizarle el pelo con tenacillas, por un cobrador de ómnibus ante el que se sintió singularmente intimidado[167]*. Sin embargo, para agorar el tema del amor de la princesa, digamos cuál fue la minucia que me abrió los ojos. Ese día iba yo sólo con ella en coche, Justo al pasar por delante de una oficina de correos, me mandó detenerme. No había llevado lacayo. Sacó a medias una carca de su manguito e inició el movimiento de apearse para echarla en el buzón. Quise detenerla, ella opuso una débil resistencia, y en el acto ambos nos dimos cuenta de haber cometido, ella un gesto comprometedor porque parecía proteger un secreto, yo un gesto indiscreto al oponerme a esa protección. Fue ella quien se recobró antes. De repente, poniéndose muy colorada, me entregó la carta, ya no me*

atreví a cogerla, pero al echarla en el buzón vi, sin querer, que estaba dirigida a M. de Charius.

Volviendo atrás y a esa primera soirle en casa de la princesa de Guermantes, fui a despedirme de ella porque su primo y su prima me llevaban y tenían mucha prisa. Sin embargo, M. de Guermantes quería despedirse de su hermano. Como a Mme. de Surgís le había dado tiempo, en una puerta, de decir al duque que M. de Charius había estado encantador con ella y con sus hijos, esa extraordinaria gentileza de su hermano, la primera que el barón tuviera nunca en ese orden de ideas, emocionó profundamente a Basin despertando en él sentimientos familiares siempre dispuestos a despertarse. En el momento en que nos despedíamos de la princesa, quiso, pero sin dar expresamente las gracias a M. de Charius, expresarle su ternura, bien porque de hecho le costase contenerla, bien para que el barón recordase que una acción como la de aquella noche no pasaba desapercibida a los ojos de un hermano, de la misma manera que, con el fin de crear para el futuro asociaciones de recuerdos saludables, se da azúcar a un perro que ha hecho algo bien. «¡Bueno, hermanito!, dijo el duque cerrando el paso a M. de Charius y cogiéndole cariñosamente del brazo, ¿así es como se pasa delante del hermano mayor sin el más mínimo saludo? No te veo nunca, Mémé, y no sabes cuánto lo echo de menos. Buscando viejas cartas he encontrado precisamente algunas de la pobre mamá, todas tan llenas de cariño hacia ti». —«Gracias, Basin», respondió M. de Charius con voz alterada, porque nunca podía hablar sin emocionarse de su madre. «Deberías dejarme instalar un pabellón en Guermantes para ti», continuó el duque. «¡Qué hermoso es ver a los dos hermanos tan afectuosos el uno con el otro!», dijo la princesa a Oriane. «¡Ah!, si es por eso, no creo que haya muchos hermanos así. Les invitaré juntos, me prometió. ¿No se lleva usted mal con él, verdad?… Pero ¿qué es lo que pueden tener que decirse?», añadió en tono inquieto, porque no le llegaban con claridad sus palabras. Siempre había tenido ciertos celos del placer que M. de Guermantes sentía hablando con su hermano de un pasado del que mantenía a cierta distancia a su mujer. Se daba cuenta de que, cuando se sentían felices de estar así, el uno junto al otro, y ella, sin poder reprimir por más tiempo su curiosidad

impaciente, se les acercaba, su llegada no les hacía gracia. Pero aquella noche, a esos celos habituales se añadía otro. Porque si Mme. de Surgís había referido a M. de Guermantes las bondades que su hermano había tenido para que se las agradeciera, unas amigas fieles de la pareja Guermantes se habían creído, entretanto, en el deber de advertir a la duquesa que la amante de su marido había sido vista en íntima conversación con el hermano de éste. Y Mme. de Guermantes se inquietaba. «Acuérdate de lo felices que éramos en otro tiempo en Guermantes, continuó el duque dirigiéndose a M. de Charlus. Si fueses alguna vez en verano, volveríamos a la buena vida de entonces. ¿Te acuerdas del viejo compadre Courveau[168]: "¿Por qué es inquietante Pascal? Porque es in… in…" —"Quieto…", completó M. de Charlus como si todavía estuviese contestando a su profesor. "¿Y por qué es inquieto Pascal? Porque es in… porque es in…" —"Inquietante". — "Muy bien, queda usted aprobado, tendrá desde luego una mención y la señora duquesa le regalará un diccionario chino"». —«¿Te acuerdas, Basin? En esa ¿poca yo estaba chiflado por las cosas chinas». — «Ya lo creo que me acuerdo, querido Mémé, y aquel viejo jarrón que te había traído Hervey de Saint-Denis[169], todavía estoy viéndolo. Nos amenazabas con irte a pasar definitivamente ¡a vida en China, de lo enamorado que estabas de ese país; ya te gustaba andar de picos pardos. ¡Ah!, realmente has sido un tipo especial, porque bien puede decirse que nunca te han importado nada los gustos de todo el mundo…» Pera nada más decir estas palabras, el duque se puso colorado como un cangrejo, como suele decirse, porque conocía, si no las costumbres, al menos la reputación de su hermano. Como nunca le hablaba de aquello, le molestaba más haber dicho algo que podía dar la impresión de aludirlas, y más todavía que se le notara esa molestia. Tras un segundo de silencio: «Quién sabe, dijo para borrar sus últimas palabras, a lo mejor estabas enamorado de una china antes de amar a tantas blancas y gustarles, a juzgar por cierta dama a quien has proporcionado un gran placer hablando con ella. Ha quedado encantada contigo». El duque se había prometido no hablar de Mme. de Surgís, pero en medio de la desazón que acababa de sembrar en sus ideas la mecedura de pata

cometida, se había lanzado sobre la más cercana, que era precisamente la que no debía aparecer en la conversación, aunque ella la hubiese motivado. Pero M. de Charlus había advertido el rubor de su hermano. Y, como los culpables que no quieren parecer confusos cuando en su presencia se habla del delito que se presume que no han cometido y se creen en la obligación de prolongar una conversación peligrosa: «Me encanta lo que me dices, respondió, pero quiero volver sobre tu frase anterior que me parece profundamente verdadera. Decías que nunca he tenido las ideas de todo el mundo, no decías las ideas, decías los gustos, ¡qué razón tienes! Nunca me han importado nada los gustos de todo el mundo, ¡qué razón tienes! Decías que yo tenía gustos especiales». —«No, nada de eso», protestó M. de Guermantes, que en realidad no había dicho esas palabras y tal vez no creía en la realidad de lo que designan aplicada a su hermano. Por otra parte, ¿se creía con derecho a atormentarle por singularidades que, en cualquier caso, habían sido lo bastante dudosas o lo bastante secretas para no perjudicar en nada la incomparable posición del barón? Es más, intuyendo que el prestigio de su hermano iba a ponerse al servicio de sus propias queridas, el duque se decía que aquello bien merecía a cambio alguna complacencia; si en ese momento hubiera conocido alguna relación «especial» de su hermano, con la esperanza del apoyo que éste podía prestarle, unida al piadoso recuerdo de otros tiempos, M. de Guermantes la habría pasado por alto, cerrando los ojos y, en caso necesario, echándole una mano. «Bueno, Basin; buenas noches, Palaméde, dijo la duquesa que, consumida de rabia y de curiosidad, no podía seguir aguantando, si ha decidido pasar la noche aquí más valdría que nos quedásemos a cenar. Hace media hora que nos tiene a Marre y a mí de pie». El duque se separó de su hermano con un significativo abrazo y los tres descendimos la inmensa escalinata del palacete de la princesa.

A ambos lados de los escalones más altos había varias parejas diseminadas esperando que les trajeran su carruaje. Tiesa, aislada entre su marido y yo, la duquesa aguardaba en la parte izquierda de la escalera, envuelta ya en su abrigo a lo Tiepolo, cerrado el cuello con el broche de rubíes, devorada con la vista por las mujeres, por los hombres, que trataban de descubrir el secreto de su elegancia y su

belleza. Esperando su coche en el mismo escalón que Mme. de Guermantes, pero en el extremo opuesto, Mme. de Gallardon, que había perdido hacía mucho toda esperanza de recibir algún día la visita de su prima, le daba la espalda aparentando no verla, y sobre todo para no ofrecer la prueba de que la duquesa no la saludaba. Madame de Gallardon estaba de un humor pésimo porque algunos caballeros que estaban con ella se habían creído obligados a hablarle de Oriane; «No tengo ningún interés en verla, les había respondido, además, la he visto hace un momento, empieza a envejecer; y parece que no puede hacerse a la idea. Hasta el propio Basin lo dice. Y, diablos, lo comprendo, porque como no es nada inteligente, como es mala como la tiña y muy maleducada, se da cuenta de que, cuando deje de ser bella, no le quedar! nada de nada».

Yo me había puesto el abrigo, cosa que M. de Guermantes, que temía los resfriados, me reprochó, cuando bajaba conmigo, por el calor que hacía. Y la generación de aristócratas que ha pasado más o menos por las manos de Monseñor Dupanloup[170] habla un francés tan malo (excepto los Castellane[171]) que el duque expresó así su pensamiento: «Más vale no estar cubierto antes de salir fuera, al menos en tesis general». Vuelvo a ver toda aquella salida, vuelvo a ver, a menos que me equivoque situándolo en aquella escalinata, retrato desprendido de su marco, al príncipe de Sagan[172], para quien debió de ser la última soirée mundana, descubriéndose para presentar sus respetos a la duquesa, imprimiendo, con la mano enguantada de blanco que hacía juego con la gardenia del ojal, una revolución tan amplía a su sombrero de copa que sorprendía que no fuese un fieltro emplumado del antiguo régimen, varios de cuyos rostros ancestrales estaban exactamente reproducidos en el de aquel gran señor. Sólo permaneció un momento junto a ella, pero sus actitudes, incluso de un instante, bastaban para componer todo un cuadro vivo y casi una escena histórica, Además, como murió después y yo apenas le había visto en vida, hasta tal punto se convirtió para mí en un personaje de historia, de historia mundana por lo menos, que llego a asombrarme a veces al pensar que una mujer, que un hombre a quienes conozco, son su hermana y su sobrino.

Mientras nosotros bajábamos la escalinata, la subía con un aire de languidez que le sentaba muy bien, una mujer que representaba unos cuarenta años aunque tuviese más. Era la princesa d'Orvillers, hija natural, según decían, del duque de Parma[173], y cuya dulce voz se escandía con un vago acento austríaco. Avanzaba, alta, inclinada, con un vestido de seda blanca floreado, dejando palpitar su pecho delicioso, jadeante y anheloso, a través de un arnés de diamantes y zafiros. Sacudiendo la cabeza como una yegua real a la que molestara su ronzal de perlas, de un valor inestimable y de peso incómodo, posaba aquí y allá sus miradas dulces y encantadoras, de un azul que, a medida que empezaba a marchitarse, se volvía más tierno todavía, y dirigía con la cabeza a la mayoría de los invitados que estaban a punto de irse un gesto amistoso. «¡A buenas horas llega usted, Pauiettel», dijo la duquesa. «¡Ah, no sabe cuánto lo siento! Pero me ha sido materialmente imposible», respondió la princesa d Orvillers, que había tomado de la princesa de Guermantes este tipo de frases, pero añadiéndoles su natural dulzura y el tono de sinceridad sugerido por la energía de un acento lejanamente tudesco en una voz tan cierna. Parecía aludir a complicaciones vitales demasiado largas de explicar, y no vulgarmente a otras ¡oírles, aunque en ese momento viniese de varias. Mas no eran éstas las que la obligaban a llegar tan carde. Como el príncipe de Guermantes había prohibido a su mujer, durante muchos años, recibir a Mme. d'Orvillers, ésta, una vez revocada la prohibición, se limitó a responder a las invitaciones, para no dar la impresión de estar ávida de ellas, depositando simples tarjetas. Al cabo de dos o tres años de esta práctica, empezó a presentarse en persona, pero muy tarde, como si saliese del teatro. Así aparentaba no tener mucho interés en la soirle, ni en ser vista en ella: simplemente iba a hacer una visita al príncipe y a la princesa, sólo por ellos, por simpatía, cuando ya se habían marchado las tres cuartas partes de los invitados y podía «disfrutar mejor de ellos». «¡Qué bajo está cayendo Oriane!, gruñó Mme. de Gallardon. No comprendo cómo Basin le consiente que hable con Mme. d'Orvillers. Desde luego, M. de Gallardon no me lo hubiese permitido». En cuanto a mí, había reconocido en Mme. d'Orvillers a la mujer que, en las cercanías

del palacete Guermantes, me lanzaba largas miradas lánguidas, se volvía y se detenía ante los escaparates de las tiendas. Madame de Guermantes me presentó, Mme. d' Orvillers estuvo encantadora, ni demasiado amable ni incómoda. Me miró como a todo el mundo con sus ojos dulces… Pero, cuando luego volví a encontrarla, nunca más debía yo recibir de ella una sola de aquellas insinuaciones con las que parecía ofrecerse, Hay miradas particulares, en las que uno tiene la impresión de ser reconocido, que un joven nunca recibe de ciertas mujeres —ni de ciertos hombres— hasta el día en que te conocen y saben que eres amigo de ciertas personas con las que también ellos están relacionados.

Anunciaron que el carruaje ya se había acercado. Madame de Guermantes se recogió la falda roja como para apearse o subir al coche, pero cediendo ral vez a un remordimiento, o al deseo de complacer y, sobre todo, de aprovechar la brevedad que la imposibilidad material de prolongarlo imponía a un acto tan aburrido, miró a Mme. de Gallardon; luego, como si acabase de verla en ese instante, poseída por una inspiración, volvió a recorrer, antes de bajar, toda la longitud del peldaño y al llegar a su extasiada prima le tendió la mano. «¡Cuánto tiempo!», le dijo la duquesa que, para no tener que desarrollar todo lo que semejante fórmula habría implicado en términos de quejas y de legítimas excusas, se volvió con expresión asustada hacia el duque, quien, mientras tanto, había bajado conmigo hasta el coche, echando pestes al ver que su mujer se había ido hacia Mme, de Gallardon e interrumpía la circulación de los demás carruajes. «¡La verdad es que Oriane sigue siendo muy guapa!, dijo Mme. de Gallardon. La gente se divierte diciendo que hay frialdad entre nosotras, pero, por razones que no tenemos necesidad de comunicar a los demás, podemos estar años sin vernos, tenemos demasiados recuerdos comunes para que nada nos pueda separar nunca, y, en el fondo, ella sabe de sobra que me quiere más que a tanta gente que ve a diario y que no es de su rango». Madame de Gallardon era, en realidad, como esos enamorados desdeñados que quieren a toda costa hacer creer que son más amados que aquellos a los que su hermosa favorece. Y (por los elogios prodigados, sin preocuparse de la contradicción con lo que había dicho poco antes, al

hablar de la duquesa de Guermantes) demostró indirectamente que conocía a fondo las máximas que deben guiar en su carrera a una gran dama de mundo que, en el momento mismo en que su toilette más espléndida excita, junto con la admiración, la envidia, debe, para desarmar esta última, saber cruzar toda una escalinata. «Por lo menos tenga cuidado de no mojarse los zapatos» (había caído un ligero chaparrón), dijo el duque, furioso todavía por haber tenido que esperar.

Durante la vuelta, debido a la estrechez del cupé, los zapatos rojos[174] se encontraron inevitablemente bastante cerca de los míos, y Mme. de Guermantes, temiendo incluso haber llegado a tocarlas, le dijo al duque: «Este joven se verá obligado a suplicarme, como en no sé qué caricatura: "Señora, dígame ahora mismo que me ama, pero no me pise de ese modo los pies"». Mas mi pensamiento estaba bastante lejos de Mme. de Guermantes. Desde que Saint-Loup me había hablado de una joven de alto linaje que frecuentaba una casa de citas, y de la doncella de la baronesa Putbus, era en estas dos personas en las que, formando bloque, se habían resumido los deseos que me inspiraban a diario tantas beldades de dos clases, de un lado las vulgares y magníficas, las majestuosas doncellas de gran casa hinchadas de orgullo y que dicen «nosotras» al hablar de las duquesas, y del otro esas muchachas de las que que a veces me bastaba, incluso sin haberlas visto pasar en coche o a pie, haber leído su nombre en la crónica de un baile para enamorarme y, después de haber buscado concienzudamente en el anuario de castillos dónde pasaban el verano (dejándome engañar muchas veces por un nombre parecido), ponerme a soñar sucesivamente con ir a visitar las llanuras del Oeste, las dunas del Norte, los bosques de pinos del Mediodía. Pero por más que fundiese toda la materia carnal más exquisita para componer, según el ideal que me había trazado Saint-Loup, la muchacha ligera y la doncella de Mme. Putbus, a mis dos bellezas poseíbles les faltaba lo que desconocía mientras nos las hubiera visto, el carácter individual. Iban a resultar inútiles todos mis esfuerzos por imaginar, durante los meses en que mi deseo apuntaba más bien hacia las jóvenes, cómo estaba hecha, quién era aquella de la que me había

hablado Saint-Loup; y durante los meses en que habría preferido una doncella, la de Mme. Putbus. Pero ¡qué tranquilidad, después de haber estado perpetuamente atormentado por mis inquietos deseos de tantos seres fugaces cuyo nombre muchas veces ni siquiera sabía, que en cualquier caso tan difíciles eran de encontrar, más aún de conocer, imposibles quizá de conquistar, haber sacado de toda aquella belleza dispersa, fugaz, anónima, dos especímenes selectos, provistos de su ficha descriptiva, y que estaba seguro, al menos, de poder conseguir cuando quisiera! Aplazaba la hora de dedicarme a ese doble placer, como la del trabajo, pero la certeza de tenerlo cuando quisiese me dispensaba casi de cogerlo, como esos sellos soporíficos que basta tener al alcance de la mano para no necesitarlos y dormirse. Ya no deseaba en todo el universo más que a dos mujeres, de las que no conseguía, cierto, imaginarme el rostro, pero de las que Saint-Loup me había enseñado los nombres y garantizado su complacencia. De modo que, si con sus palabras de hacía un momento, había impuesto un duro trabajo a mi imaginación, a cambio había procurado un apreciable alivio, un reposo duradero, a mi voluntad.

«¡Bueno!, me dijo la duquesa, aparte de sus bailes, ¿no puedo serle de alguna utilidad? ¿Ha encontrado un salón donde le gustaría que lo presentase?» Temía, le respondí, que el único que me importaba fuese demasiado poco elegante para ella. «¿Cuál es?», preguntó con voz amenazadora y ronca, casi sin abrir la boca. «La baronesa Putbus». Esta vez simuló una ira auténtica. «¡Ah!, no, eso sí que no, creo que está burlándose de mí. Ni siquiera sé por qué azar conozco el nombre de ese monstruo. Pero si es la hez de la sociedad. Es como si me pidiese que lo presente a mi mercera. Ni eso, porque mi mercera es encantadora. Está usted algo loco, mi pobre pequeño. En cualquier caso, le pido por favor que sea educado con las personas a las que lo he presentado, que les deje tarjetas, que vaya a verlas y no les hable de la baronesa Putbus, a quien no conocen». Pregunté sí Mme. d'Orvillers no era un tanto ligera. «¡Oh!, nada de eso, se confunde usted, sería más bien mojigata. ¿Verdad, Basin?» —«Sí, en cualquier caso no creo que nunca haya habido nada que decir sobre ella», dijo el duque.

«¿Quiere venir con nosotros al baile de disfraces?, me preguntó. Le prestaría una capa veneciana y sé de alguien que se alegraría muchísimo, en primer lugar Oriane, eso no vale la pena decirlo, pero también la princesa de Parma. No hace más que cantar sus alabanzas, y sólo ve por sus ojos. Tiene usted la suerte —porque está algo pasada — de que sea de una pudicia absoluta. Si no, seguro que le habría tomado por su chichisbeo, como se decía en mi juventud, una especie de galán».

No era el baile de disfraces lo que me interesaba, sino la cita con Albertine. Por eso rechacé la invitación. El coche se había detenido, el lacayo ordenó abrir la puerta cochera, los caballos piafaron hasta que no estuvo abierta de par en par, y el coche se adentró en el patio. «Hasta la vista», me dijo el duque. «A veces he lamentado vivir tan cerca de Marie, me dijo la duquesa, porque, aunque la quiero mucho, quiero un poquito menos verla. Pero nunca he lamentado tanto esa proximidad como esta noche, porque eso me hace pasar tan poco tiempo con usted». —«Vamos, Oriane, basta de cháchara». La duquesa habría querido que yo entrase un momento en su casa. Se rió mucho, y también el duque, cuando dije que no podía porque precisamente estaba esperando la visita de una joven. «Vaya una hora para recibir sus visitas», me dijo ella. «Venga, querida, démonos prisa, dijo M. de Guermantes a su mujer. Son las doce menos cuarto y el tiempo de ponernos los disfraces…» Tropezó, delante de la puerta, severamente bloqueada por ellas, con dos damas de bastón que no habían dudado en descender nocturnamente de su cumbre para impedir un escándalo: «Basin, hemos querido avisarle, no vaya a ser que le vean en ese baile; el pobre Amanien acaba de morir, hace una hora[175]». El duque se alarmó un momento. Veía que se le desmoronaba el famoso baile de máscaras desde el momento en que aquellas malditas montañesas le habían avisado de la muerte de M. d' Osmond. Pero se rehízo enseguida y lanzó a las dos primas una respuesta en la que su determinación de no renunciar a un placer se compadecía con su incapacidad para asimilar exactamente los giros de la lengua francesa. «¡Ha muerto! ¡Qué va, exageran, exageran[176]!». Y sin ocuparse más de las dos parientes que, provistas

de sus alpenstocks[177], se disponían a hacer la ascensión nocturna, corrió a preguntar a su criado por las últimas nuevas: «¿Ha llegado ya mi casco?» —«Sí, señor duque». —«¿Tiene un agujerito para respirar? ¡No quiero morir asfixiado, qué diablos!» —«Sí, señor duque». —«¡Ah!, maldición, es una noche de desgracia. Oriane, se me ha olvidado preguntar a Babal si los zapatos de punta retorcida eran para usted». —«Pero, querido, ya que está allí el sastre de 1'Opéra-Comique, él nos lo dirá. Aunque no creo que vayan bien con las espuelas que usted lleva». —«Vamos a buscar al sastre, dijo el duque. Adiós, pequeño, le diría que encrase con nosotros mientras nos probamos, para que se divierta. Pero nos pondríamos a hablar, van a ser las doce y no podemos llegar tarde para que la fiesta esté completa».

También yo tenía prisa por dejar a M. y Mme. de Guermantes cuanto antes. Phédre acababa hacia las once y media. Calculando el tiempo del trayecto, Albertine ya debía de haber llegado. Fui derecho a Franco i se: «¿Ha venido Mlle. Albertine?». —«No ha venido nadie».

¡Dios mío!, ¿significaba aquello de que no vendría nadie? Estaba sobre ascuas, ahora la visita de Albertine me parecía, por más incierta, tanto más deseable.

También Fránjense estaba enfadada, pero por una razón totalmente distinta. Acababa de sentar a su hija a la mesa para una suculenta cena. Pero al oírme llegar, viendo que no le daba tiempo a quitar los platos y a disponer las agujas y el hilo como si se tratase de una labor y no de una cena: «Acaba de tomarse un poco de sopa, me dijo Françoise, la he obligado a chupar unos huesos», para disminuir así todo lo posible la cena de su hija, y como si su abundancia hubiera sido un delito. Hasta en el almuerzo o en la cena, si yo cometía el error de entrar en la cocina, Françoise fingía que ya había terminado e incluso se excusaba diciendo: «Había pensado tomar un bocado, o picar algo». Pero se tranquilizaba uno enseguida al ver la cantidad de platos que cubrían la mesa y que Françoise, sorprendida por mi entrada imprevista, como el malhechor que no era, no había tenido tiempo de hacer desaparecer. Luego añadió: «Anda, vete a la cama, ya has trabajado bastante por hoy (porque quería hacer creer

que su hija no sólo no nos costaba nada y que vivía de privaciones, sino que encima se mataba a trabajar para nosotros). En la cocina no haces más que estorbar y sobre todo molestar al señor, que espera visita. Vamos, vete arriba», prosiguió, como si estuviese obligada a recurrir a su autoridad para mandar a la cama a su hija, que, desde el momento en que la cena había fracasado, seguía allí sólo por cubrir las apariencias, y si yo me hubiera quedado allí cinco minutos más se habría marchado por propia iniciativa. Y volviéndose hacia mí, con ese hermoso francés popular y sin embargo un tanto personal que era el suyo: «No ve el señor que se le cae la cara de ganas de dormir». Yo estaba encantado de no tener que hablar con la hija de Françoise.

Ya he dicho que era de un pequeño pueblo pegado al de su madre, ysin embargo totalmente distinto por la naturaleza del terreno, los cultivos, el dialecto y, sobre todo, por ciertas particularidades de sus habitantes. De modo que la «carnicera» y la sobrina de Françoise se entendía muy mal, pero tenían un punto en común: cuando salían para hacer un recado, se quedaban horas «en casa de la hermana» o «en casa de la prima», incapaces como eran de terminar una conversación, conversación durante la que desaparecía el motivo que había determinado su salida hasta el punto de que si a la vuelta se les decía: «Entonces, ¿qué, estará visible a las seis y cuarto el señor marqués de Norpois?», ni siquiera se les ocurría darse un golpe en la frente.diciendo: «¡Ah!, se me ha olvidado», sino: «¡Ah!, no entendí que el señor me había pedido eso, creía que sólo tenía que saludarle». Si «se les iba el santo al cielo» de este modo por una cosa dicha una hora antes, en cambio era imposible quitarles de la cabeza lo que una vez habían oído decir a la hermana o a la prima. Por ejemplo, si la carnicera había oído decir que los ingleses nos habían declarado la guerra en el 70 a la vez que los prusianos (por más que yo me empeñase en explicar que ese hecho era falso), cada tres semanas la carnicera me repetía en una conversación: «Por culpa de esa guerra que los ingleses nos hicieron en el 70 a la vez que los prusianos». —«Pero si le he dicho cien veces que está usted equivocada». Y ella replicaba, demostrando que nada había hecho vacilar su convicción: «En codo caso, no es una razón para guardarles rencor. Desde el 70 ha pasado mucha agua bajo los puentes, etc.». En otra ocasión,

predicando una guerra con Inglaterra que yo desaprobaba, decía: «Desde luego lo mejor sería que no hubiese guerra; pero como no se puede hacer otra cosa, lo mejor es empezarla enseguida. Como explicaba hace poco la hermana, desde aquella guerra que los ingleses nos hicieran en el 70, los tratados comerciales nos arruinan. Cuando los hayamos derrotado, no dejaremos entrar en Francia un solo inglés sin pagar trescientos francos de entrada, como nosotros ahora para ir a Inglaterra».

Tal era, además de una gran honradez y, cuando hablaban, de una sorda obstinación por no dejarse interrumpir, por volver a empezar veinte veces en el punto donde estaban si alguien las interrumpía, cosa que terminaba por dar a sus palabras la solidez inquebrantable de una fuga de Bach, el carácter de ¡os habitantes de aquella pequeña localidad que no contaba con quinientos habitantes y que rodeaban sus castaños, sus sauces, sus campos de patatas y de remolachas.

La hija de Françoise, en cambio, creyéndose una mujer moderna y apartada de caminos demasiado viejos, hablaba el argot parisino sin dejar que se le escapase ninguna de sus chocarrerías anejas. Al decirle Françoise que yo venía de casa de una princesa: «¡Ah!, seguramente de la princesa que asó la manteca[178]». Viendo que no esperaba visita, aparentó creer que yo me llamaba Charles. Le respondí ingenuamente que no, y esto le permitió colocar; «¡Ah, pensaba que sí! Y me decía Charles attend(charlatán[179])». No era de muy buen gusto. Pero me sentí menos indiferente cuando, para consolarme del retraso de Albertine, me dijo: «Creo que puede esperarla por siempre jamás. No vendrá. ¡Ah, las chulillas de hoy día!»

Así se diferenciaba su modo de hablar del de su madre; pero lo más curioso es que el habla de su madre no era el mismo que el de su abuela, natural de Bailleau-le-Pin[180], que estaba muy cerca del pueblo de Françoise. Sin embargo, los dos dialectos diferían ligeramente, como los dos paisajes respectivos. El pueblo de la madre de Françoise, en cuesta y descendiendo aun barranco, estaba poblado de sauces. Y muy lejos de allí, en cambio, había en Francia una pequeña región donde se hablaba un dialecto casi idéntico al de Méséglise. Descubrirlo me supuso un gran fastidio. En cierta ocasión,

en efecto, encontré a Françoise charlando largamente con una doncella de la casa, que era de esa región y hablaba ese dialecto. Se entendían bastante bien, yo no comprendía nada, ellas lo sabían y no por eso dejaban, disculpadas, según creían, por la alegría de ser paisanas aunque hubiesen nacido tan lejos una de otra, de hablar en mi presencia aquella lengua extraña, como se hace cuando no se quiere que le entiendan a uno. Estos pintorescos estudios de geografía lingüística y de camaradería ancilar continuaron cada semana en la cocina, sin que a mí me procurasen ninguna satisfacción.

Como cada vez que se abría la puerta cochera el portero apretaba un botón eléctrico que iluminaba la escalera, y como no había inquilinos que no hubiesen regresado, dejé inmediatamente la cocina y volví a sentarme en la antesala, espiando por el punto donde la cortina un poco estrecha, que no cubría por completo la puerta acristalada de nuestro piso, dejaba pasar la oscura raya vertical creada por la semioscuridad de la escalera. Si de golpe aquella raya se volvía de un rubio dorado, era que Albertine acababa de entrar y dos minutos después la tendría a mi lado; nadie más podía venir a esa hora. Y permanecía allí, sin poder apartar mis ojos de la raya que se obstinaba en seguir oscura, me inclinaba hacia adelante para estar seguro de ver bien; pero, por más que mirara, el negro trazo vertical, a despecho de mi apasionado deseo, no me daba la embriagadora alegría a la que me habría abandonado de haberlo visto mudarse, merced a un encantamiento súbito y significativo, en una luminosa barra de oro. ¡Cuánta inquietud de mi parte por aquella Albertine en la que no había pensado ni tres minutos durante la soirée Guermantes! Pero, despertando sentimientos de espera experimentados en otro tiempo por otras muchachas, sobre todo por Gilberte cuando tardaba en llegar, la posible privación de un simple placer físico me infligía un cruel sufrimiento moral.

Tuve que volverá mi cuarto. Françoise me siguió. Ahora que ya había regresado de mi soirée, le parecía inútil conservar la rosa que tenía en el ojal y se acercó para quitármela. Su gesto, recordándome que Albertine podía no venir ya, y obligándome también a confesar que deseaba estar elegante para ella, me causó una irritación aumentada por el hecho de que, al desasirme violentamente, chafé la

flor y Françoise me dijo: «Habría sido mejor dejarme que se la quitase y no estropearla de este modo». Además, hasta sus menores palabras me irritaban. Cuando se espera, se sufre tanto la ausencia de lo que uno desea que no puede soportarse ninguna otra presencia.

Cuando Françoise hubo salido del cuarto, pensé que, si era para terminar teniendo ahora coquetería con Albertine, resultaba muy desagradable haberme presentado tantas veces a ella tan mal afeitado, con una barba de varios días, las noches en que la dejaba venir para reanudar nuestras caricias. Tenía la impresión de que, sin preocuparse de mí, me dejaba solo. Para embellecer un poco mi cuarto, por si Albertine todavía llegaba, y porque era una de las cosas más bonitas que yo tenía, puse por primera vez desde hacía años, sobre la mesa que había junto a mi cama, la cartera adornada con turquesas que Gilberte había encargado hacerme para envolver el opúsculo de Bergotte[181], y que durante tanto tiempo había querido yo guardar conmigo mientras dormía, junto a la canica de ágata. Pero no menos, quizá, que la ausencia de Albertine, que seguía sin venir, su presencia en ese momento en una «otra parte» que evidentemente le había parecido más agradable y que yo desconocía, me causaba un sentimiento doloroso que, a despecho de ¡o que le había dicho, hacía apenas una hora, a Swann sobre mi incapacidad de ser celoso, habría podido mudarse, si hubiera visto a mi amiga a intervalos menos espaciados, en una ansiosa necesidad de saber dónde, con quién pasaba su tiempo. No me atrevía a mandar a nadie a casa de Albertine, era demasiado tarde, pero, con ¡a esperanza de que, si acaso estaba cenando con unas amigas en un café, se le ocurriese telefonearme, giré el conmutador y, restableciendo la comunicación con mi cuarto, la corté entre la centralita y la portería, a la que habitualmente estaba unida a aquella hora. Tener un receptor en el pequeño pasillo al que daba el cuarto de Françoise hubiera sido más sencillo, menos incómodo, pero inútil.

Los progresos de la civilización permiten a cada cual poner de manifiesto cualidades insospechadas o nuevos vicios que los vuelven más queridos o más insoportables para sus propios amigos. Por ejemplo, el descubrimiento de Edison[182] habla permitido a Franqoise

adquirir un defecto más, que era negarse, por más útil o urgente que pudiera ser, a servirse del teléfono. Cuando intentábamos enseñarle su uso, siempre encontraba el modo de escabullirse, como otros en el momento de ser vacunados. Por eso se habla puesto el teléfono en mi habitación, y, para evitar que molestase a mis padres, su sonería habla sido reemplazada por un simple zumbido de rueda. Por miedo a no oírlo, no me movía. Y era tal mi inmovilidad que, por primera vez en muchos meses, oí el tictac del péndulo. Fránjense vino a terminar de arreglar las cosas. Hablaba conmigo, pero yo detestaba aquella conversación, bajo cuya continuidad uniformemente trivial mis sentimientos cambiaban de minuto en minuto, pasando del temor a la ansiedad, de la ansiedad a la decepción más absoluta. En contraste con las palabras vagamente satisfechas que me creía obligado a dirigirle, sentía grabarse en mi cara tal aflicción que pretendí sufrir de reumatismo para explicar el desacuerdo entre mi indiferencia simulada y aquella expresión ¿olorosa; temía además que las palabras de Françoise, aunque las pronunciase a media voz (no por Albertine, pues creía pasada hacía mucho la hora de su posible venida), me impidiesen oír la llamada salvadora que ya no llegaría. Por fin Françoise se fue a dormir; la despedí con una dulzura ruda, para que el ruido que hiciese al irse no cubriera el del teléfono. Y de nuevo me puse a escuchar, a sufrir; cuando esperamos, del oído que recoge los ruidos a la mente que los examina y analiza, y de la mente al corazón al que transmite sus resultados, el doble trayecto es tan rápido que ni siquiera podemos apreciar su duración, y parece que escuchamos directamente con el corazón.

Me torturaba la incesante vuelta del deseo, cada vez más ansioso y nunca satisfecho, de una llamada; luego, en el punto culminante de una atormentada ascensión en las espirales de mi angustia solitaria, desde el fondo de un París populoso y nocturno que de pronto se acercó a mí, junto a mi biblioteca, oí de improviso, mecánico y sublime, como en Tristáne el «echarpe agitado» o el «caramillo del pastor», el ruido de peonza del teléfono[183]. Corrí hacia él, era Albertine. —«¿No le molesto telefoneándole a esta hora?» —«No, no…», respondí sofocando mi alegría, porque lo de la hora importuna

lo decía sin duda para excusarse devenir dentro de un momento, tan tarde, no porque no fuese a venir.

«¿Va a venir?», pregunté con un tono de indiferencia. «Pues… no, si no tiene absoluta necesidad de mí».

Una parte de mí a la que la otra quería unirse estaba en Albertine. Era preciso que viniese, pero no se lo dije al principio; como estábamos en comunicación, me dije que siempre podría obligarla en el último segundo a venir a mi casa, o a permitirme correr a la suya. «Sí, estoy cerca de mi casa, dijo, y un poco lejos de la suya; no había leído bien su nota. Acabo de encontrarla y he tenido miedo a que no estuviese esperándome». Me daba cuenta de que mentía y era ahora cuando, en mi rabia, más aún por necesidad de molestarla que de verla, quería obligarla a venir. Mas antes me empeñaba en rechazar lo que enseguida trataría de conseguir. Pero ¿dónde estaba? A sus palabras se mezclaban otros sonidos: la bocina de un ciclista, la voz de una mujer que cantaba y una charanga lejana resonaban con tanta claridad como la voz amada, como para demostrarme que era desde luego Albertine en su ambiente actual la que en ese momento estaba a mi lado, como un terrón de tierra con el que se han sacado todas las gramíneas que lo rodeaban. Los mismos ruidos que yo oía golpeaban también su oído y estorbaban su atención; detalles de verdad, ájenos al tema, inútiles en sí mismos, tanto más necesarios para revelaros la evidencia del milagro: trazos sobrios y fascinantes, descriptivos de alguna calle parisiense, trazos penetrantes también, y crueles, de una soirée desconocida que, al salir de Phêdre, habían impedido a Albertine venir a mi casa. «Empiezo por advertirle que no es para hacerla venir, porque a esta hora me molestaría mucho…, le dije, me caigo de sueño. Además, en fin, mil complicaciones. Pero quiero dejar claro que en mi carra no había equívoco posible. Y usted me respondió que estaba de acuerdo. De modo que, si no lo había entendido, ¿qué pretendía decirme?» —«Dije que estaba de acuerdo, pero no recordaba muy bien sobre qué, Pero veo que está enfadado, eso me disgusta. Lamento haber ido a Phêdre. Si hubiera sabido que iba a traer tantos problemas…», añadió, como todas las personas que, en falta por alguna cosa, aparentan creer que es otra la que se les reprocha. «Phèdre tío tiene nada que ver con mi enfado, dado que fui

yo quien le pedí que fuese», — «Entonces está disgustado conmigo, es una lástima que sea demasiado tarde, si no habría ido a su casa, pero iré mañana o pasado mañana para pedirle excusas». —«¡Oh, no, Albertine, por favor, después de haberme hecho perder una velada, déjeme en paz por lo menos los próximos días! No estaré libre hasta dentro de dos o tres semanas. Escuche, si le molesta que quedemos así, con la impresión de habernos peleado, y en el fondo quizá tenga usted razón, entonces, cansancio por cansancio, prefiero, dado que he estado esperándola hasta este momento y que todavía está usted fuera de casa, que venga ahora mismo, tomaré café para despertarme», «¿No sería posible dejarlo para mañana? Porque la dificultad…». Al oír estas palabras de excusa, pronunciadas como si no fuese a venir, sentí que al deseo de volver a ver el aterciopelado rostro que, ya en Balbec, orientaba cada una de mis jornadas hacia el momento en que, ante el mar malva de septiembre, estaría junto a aquella flor rosa, intentaba dolorosamente unirse un elemento muy distinto. Aquella terrible necesidad de un ser, había aprendido yo a conocerla en Combray en relación a mi madre, hasta el punto de querer morirme si de su parte venía Françoise a decirme que no podría subir. Ese esfuerzo del antiguo sentimiento por combinarse, por formar un solo elemento con otro, más reciente, que tenía como único objeto voluptuoso la superficie coloreada, la carnación rosada de una flor de playa, ese esfuerzo termina muchas veces por hacer (en el sentido químico) un cuerpo nuevo, destinado a durar sólo unos instantes. Aquella noche al menos, y por mucho tiempo todavía, los dos elementos permanecieron disociados. Pero, con las últimas palabras oídas al teléfono, ya empecé a comprender que la vida de Albertine estaba situada (no materialmente, desde luego) a tal distancia de mí que siempre necesitaría fatigosas exploraciones para alcanzarla, sino, además, organizada como las fortificaciones de campaña y, para mayor seguridad, de esa clase que más tarde se ha dado en llamar «camufladas». Albertine, por otro lado, formaba parre, aunque en un nivel social superior, de esa categoría de personas a quienes la portera promete a vuestro cartero entregarles la carta en cuanto vuelvan — hasta el día en que descubrís que es precisamente ella, la persona que conocimos fuera y a la que nos hemos permitido escribir, la portera,

de modo que es cierto que vive— aunque en la portería —en la dirección que os indicó (que, por otra parte, es una pequeña casa de citas con la portera de alcahueta)—, o que da como señas un inmueble donde es conocida por unos cómplices que no os dirán su secreto, de donde le harán llegar vuestras cartas, pero donde no vive, donde todo lo más ha dejado sus cosas. Existencias dispuestas en cinco o seis líneas de repliegue, de suerte que cuando se quiere ver a esa mujer, o tener noticias de ella, resulta que siempre ha ido uno a llamar demasiado a la derecha, o demasiado a la izquierda, o demasiado adelante, o demasiado atrás, y de las que durante meses, durante años, puede uno ignorarlo todo. En el caso de Albertine, me daba cuenta de que nunca sabría nada, de que entre el múltiple entrelazamiento de detalles reales y de hechos mendaces nunca conseguiría aclararme. Y que siempre seria así, a menos de meterla en la cárcel (aunque de la cárcel también se fuga uno) hasta el final. Aquella noche, esta convicción sólo me transmitió una inquietud, en la que, sin embargo, sentía estremecerse una especie de preludio de largos sufrimientos.

«No, le contesté, ya le he dicho que no estaré libre antes de tres semanas, y mañana no más que otro día». —«Bueno, entonces… trataré de darme prisa… es una lata, porque estoy en casa de una amiga que…». Me daba cuenta de que no se había creído que aceptaría su propuesta de venir, propuesta que por lo tanto no era sincera, y quería ponerla entre la espada y la pared. «¿A mí qué puede importarme su amiga? Que usted venga o no, es cosa suya, no soy yo quien le pide que venga, es usted la que me lo ha propuesto». —«No se enfade, cojo al vuelo un coche de punto y dentro de diez minutos estoy en su casa». Así, desde aquel París de las profundidades nocturnas del que yo ya había emanado hasta mi cuarto, midiendo el radio de acción de un ser lejano, el mensaje invisible, lo que iba a surgir y aparecer después de aquella primera anunciación, era la misma Albertine que había conocido en otro tiempo bajo el cielo de Balbec, cuando, mientras ponían la mesa, los camareros del Grand-Hótel eran cegados por la luz del crepúsculo, cuando, por estar totalmente abiertos los ventanales, las imperceptibles brisas del atardecer pasaban libremente desde la playa donde se demoraban los

últimos paseantes al inmenso comedor donde los primeros comensales no se habían sentado todavía, y cuando en el espejo situado detrás del mostrador pasaba el reflejo rojo del casco y se demoraba mucho el reflejo gris del humo del último barco para Rivebelle. Ya no me preguntaba las razones del retraso de Albertine, y cuando Françoise entró en mi habitación para decirme: «Mademoiselle Albertine ha llegado», si respondí sin mover siquiera la cabeza fue sólo por disimular: «¿Cómo viene tan tarde Mlle. Albertine?» Pero, alzando entonces los ojos hacia Franco i se como por curiosidad de tener una respuesta suya que debía corroborar la aparente sinceridad de mi pregunta, vi con admiración y rabia que, capaz de rivalizar con la misma Berma en el arte de hacer hablar a la inanimada indumentaria del vestuario y a los rasgos de la cara, Fránjense había sabido aleccionar a su blusa, a sus cabellos —los más blancos, traídos a la superficie, eran exhibidos como una partida de nacimiento—, a su cuello curvado por el cansancio y la obediencia. Ellos la compadecían por haber sido sacada del sueño y del ligero trasudor de la cama en medio de la noche, a su edad, obligada a vestirse a toda prisa, con el riesgo de coger una pleuresía. Por eso, temiendo haber dado la impresión de querer disculparme por la tardía llegada de Albertine: «De todos modos, estoy muy contento de que haya venido, todo va estupendamente», y dejé estallar mi profunda alegría. Que sin embargo no duró pura mucho tiempo, frente a la rápida respuesta de Françoise. Ésta, sin proferir la menor queja, aparentando incluso sofocar lo mejor que podía una tos irresistible, y limitándose a cruzar sobre el pecho su chal como si tuviese frío, empezó por contarme todo lo que le había dicho a Albertine, además de preguntarle por la salud de su tía. «Precisamente estaba diciéndoie que el señor debía de tener miedo a que la señorita no viniese, porque no es desde luego hora de venir, es casi de madrugada. Pero la señorita debía de estar en sitios donde se divertía mucho porque ni siquiera me ha dicho que estaba molesta por haber hecho esperar al señor, me ha respondido como si no le importase nada: "¡Más vale tarde que nunca!"» Y Fran— piise añadió estas palabras que me partieron el corazón: «Diciendo eso, se ha traicionado. Quizá no quería quedar al descubierto, pero…»

No tenía motivos para extrañarme demasiado. Acabo de decir que, cuando se le encargaba algún recado, Fránjense muy pocas veces daba cuenta, si no de lo que había dicho y sobre lo que se extendía de buena gana, al menos de la respuesta esperada. Pero si excepcionalmente nos repetía las palabras que nuestros amigos habían dicho, por breves que fueran, solía arreglárselas, llegado el caso mediante la expresión, mediante el tono con que, según decía, habían sido acompañadas, para prestarles algo ofensivo. Eventualmente aceptaba haber sufrido de un proveedor al que la habíamos enviado una afrenta, por lo demás probablemente imaginaria, siempre que, al ir dirigida a ella que nos representaba, que había hablado en nuestro nombre, esa afrenta nos alcanzase de reboce. La única solución era responderle que había entendido mal, que sufría manía persecutoria y que no podían estar juramentados contra ella todos los comerciantes. Por otro lado, sus sentimientos me importaban poco. No así los de Albertine. Y al repetirme aquellas palabras irónicas: «¡Más vale tarde que nunca!», Fránjense me evocó al punto los amigos en cuya compañía había acabado Albertine su velada, apreciando más por tanto su compañía que la mía. «Es cómica, trae un sombrerito plano que le da una pinta rara, con esos ojos tan grandes, y sobre todo con ese abrigo que mejor habría mandado a la remendadora porque está todo raído. Me da risa», añadió, como burlándose de Albertine, Françoise, que rara vez compartía mis impresiones, pero sentía la necesidad de dar a conocer las suyas. Me habría gustado aparentar que no había comprendido lo que aquella risa significaba, desdén y burla, pero, para devolver golpe por golpe, repliqué a Fránjense, aunque no conociese el sombrerito del que hablaba: «Lo que usted llama "sombrerito plano" es una cosa sencillamente encantadora…». —«O sea, que es una birria», dijo Françoise, expresando esta vez con toda franqueza su verdadero desprecio. Entonces (en un tono suave y lento para que mi respuesta engañosa pareciese expresión no de mi cólera sino de la verdad, y, a la vez, sin perder tiempo para no hacer esperar a Albertine), dirigí a Françoise estas crueles palabras: «Es usted excelente, le dije en tono melifluo, es usted muy amable, tiene mil cualidades, pero sigue estando en el mismo punto que el día en que llegó a París, lo mismo

para entender de cosas de vestir que para pronunciar bien las palabras y no cometer gazapos». Reproche que era particularmente estúpido, porque esas palabras francesas que tan orgullosos estamos de pronunciar exactamente no son a su vez sino «gazapos» cometidos por bocas galas que pronunciaban incorrectamente el latín o el sajón, por no ser nuestra lengua sino la pronunciación defectuosa de algunas otras. El genio lingüístico en estado vivo, el futuro y el pasado del francés, eso es lo que hubiera debido interesarme en los errores de Françoise. La «remendadora» por la «remendona» ¿no era tan curioso como esos animales supervivientes de épocas lejanas, como la ballena o la jirafa, que nos muestran las fases por las que ha pasado la vida animal? «Y, añadí, si después de tantos años no ha conseguido aprender, no aprenderá usted nunca. Puede consolarse, eso no le impide ser una bellísima persona, hacer maravillosamente el estofado de vaca en gelatina y mil cosas más. El sombrero que a usted le parece tan poca cosa está copiado de un sombrero de la princesa de Guermantes que ha costado quinientos francos. De todos modos, pienso regalarle muy pronto uno todavía más bonito a Mlle. Albertine». Sabía que lo que más podía molestar a Françoise era que yo gastase el dinero en personas que a ella no le gustaban. Me respondió con unas palabras que volvió poco inteligibles un repentino ahogo. Cuando más tarde supe que sufría una enfermedad de corazón, ¡qué remordimientos tuve por no haber renunciado nunca al placer feroz y estéril de replicar de aquel modo a sus palabras! Franqoise detestaba además a Albertine porque, siendo pobre, Albertine no podía aumentar lo que Françoise consideraba la suma de mis superioridades. Cada vez que Mme. de Villeparisis me invitaba, sonreía con benevolencia. En cambio le indignaba que Albertine no practicase la reciprocidad. Me había visto obligado a inventar supuestos regalos de Albertine, a cuya existencia Fránjense nunca prestó ni la menor sombra de fe. Esa falta de reciprocidad le chocaba en materia alimentaria sobre todo. Que Albertine aceptase las cenas de mamá si a nosotros no nos invitaban a casa de Mme. Bontemps (que, por lo demás, sólo pasaba en París la mitad del tiempo, pues su marido aceptaba «misiones» como antes, cuando estaba harto del ministerio) le parecía de parte de mi amiga una falta de delicadeza

que criticaba indirectamente recitando aquel estribillo popular de Combray:

Comamos mi pan.
—Me parece bien,
—Comamos el tuyo.
—No tengo más hambre.

Simulé que estaba escribiendo. «¿A quién escribe usted?», me dijo Albertine al entrar. —«A una amiga mía muy guapa, a Gilberte Swann. ¿No la conoce?» —«No». Renuncié a preguntar nada a Albertine sobre su velada, me daba cuenta de que terminaría haciéndole reproches y que, dada la hora que era, no tendríamos tiempo de reconciliarnos lo suficiente para pasar a los besos y las caricias. Por eso quería empezar por ellos sin la menor duda desde el primer minuto. Además, aunque estaba algo calmado, no me sentía feliz. La pérdida de toda brújula, de toda dirección, que caracteriza la espera, persiste todavía después de la ¡legada de la persona que esperamos y, sustituyendo en nosotros a la calma que nos hacía pintarnos su venida como un placer intenso, nos impide disfrutar de ninguno. Allí estaba Albertine: mis nervios alterados, incapaces de frenar su agitación, todavía seguían esperándola. «¿Puedo coger un vale, Albertine[184]?» —«Todos los que quiera», me dijo ella con toda su bondad. Nunca la había visto tan guapa. «¿Otro más?» —«Sabe de sobra que me gusta mucho, muchísimo». —«Y a mí mil veces más, me respondió ella. ¡Oh, qué cartera más bonita tiene usted ahí!» —«Cójala, se la doy como recuerdo…» «Es usted muy gentil…». Nos curaríamos para siempre de todo sentimentalismo si intentásemos, al pensar en la persona amada, tratar de ser el que seremos cuando hayamos dejado de amarla. La cartera, la canica de ágata de Gilberte, todo aquello había sido importante durante un tiempo sólo en virtud de un estado puramente interior, dado que ahora sólo eran para mí una cartera, una canica cualquiera.

Le pregunté a Albertine si quería beber algo. «¡Me parece que estoy viendo ahí naranjas y agua, me dijo. Será perfecto». Y así pude saborear, con sus besos, aquella frescura que me parecía superior a ellos en casa de la princesa de Guermantes. Y la naranja exprimida en el agua parecía entregarme, a medida que bebía, la vida secreta de su maduración, su benéfico influjo sobre ciertos estados de este cuerpo humano que pertenece a un reino tan diferente, su impotencia para hacerlo vivir, y al mismo tiempo, a cambio, los juegos de irrigación por los que podía serle favorable, cien misterios que la fruta revelaba a mi aparato sensitivo, en modo alguno a mi inteligencia.

Cuando Albertine se hubo marchado, recordé que había prometido a Swann escribir a Gilberte y me pareció más gentil hacerlo enseguida. Fue sin emoción, y como poniendo la última línea en un aburrido trabajo de clase, como tracé en el sobre el nombre de Gilberte Swann con el que en el pasado cubría mis cuadernos para hacerme la ilusión de cartearme con ella. Y es que, si en otro tiempo era yo quien escribía ese nombre, ahora el hábito había confiado esa tarea a uno de los muchos secretarios de que se rodea. Éste podía escribir el nombre de Gilberte con absoluta calma porque, recientemente colocado en mi casa por el hábito, recientemente entrado a mi servicio, no había conocido a Gilberte y únicamente sabía, sin poner ninguna realidad bajo esas palabras, sólo porque me había oído hablar de ella, que era una muchacha de la que yo había estado enamorado.

No podía acusarle de sequedad. El ser en que me había convertido respecto a ella era el «testigo» mejor elegido para comprender lo que ella misma había sido: la cartera, la canica de ágata se habían vuelto simplemente para mí, respecto de Albertine, lo que habían sido para Gilberte, lo que habrían sido para cualquier persona que no hubiese proyectado sobre ellas el reflejo de una llama interior. Pero ahora había en mí una nueva turbación capaz de alterar a su vez el verdadero poder délas cosas y de las palabras. Y dado que Albertine me dijo, para darme de nuevo las gracias: «¡Me gustan tanto las turquesas!», le respondí: «No deje que mueran éstas», confiándole así, como a unas piedras, el futuro de nuestra amistad, que sin embargo

no era más capaz de inspirar un sentimiento a Albertine de lo que lo había sido para conservar el que en otro tiempo me unía a Gilberte.

Se produjo en esa época un fenómeno que sólo merece ser mencionado porque se encuentra en todos los períodos importantes de la historia. En el mismo momento en que yo escribía a Gilberte, M. de Guermantes, nada más volver del baile de disfraces, todavía con el casco en la cabeza, pensaba que al día siguiente tendría que ponerse oficialmente de luto, y decidió que le convenía adelantar ocho días la cura de aguas que debía hacer. Cuando volvió al cabo de tres semanas (y estoy anticipándome a los acontecimientos, dado que no he hecho más que terminar mi carta a Gilberte), los amigos del duque que lo habían visto, superada la inicial indiferencia, transformarse en un antidreyfusista furibundo, enmudecieron de sorpresa al oírle (como si la cura no hubiera obrado solamente sobre la vejiga): «Bueno, se hará la revisión del proceso y saldrá absuelto; no se puede condenar a un hombre contra el que no hay nada. ¿Alguna vez han visto ustedes alguien más chocho que Froverbille? ¡Un oficial que prepara a los franceses para la carnicería (para decir la guerra)! ¡Extraños tiempos!». Lo cierto es que, en el intervalo, el duque de Guermantes había conocido en las aguas a tres encantadoras damas (una princesa italiana y sus dos cuñadas). Al oírles cambiar impresiones sobre los libros que leían, sobre una obra de teatro que ponían en escena en el Casino, el duque había comprendido en el acto que estaba frente a mujeres de una altura intelectual superior y con las que, como decía, no tenía nada que hacer. Por eso le había complacido más la invitación a jugar al bridge que le hizo la princesa. Pero, nada más llegar a su casa, cuando, en el fervor de su antidreyfusismo sin matices, le dijo: «Bueno, ¿ya no se habla de la revisión del famoso Dreyfus?», la respuesta de la princesa y de sus cuñadas le había dejado completamente estupefacto: «Nunca hemos estado tan cerca de esa revisión. No se puede retener en presidio a quien no ha hecho nada». — ¿Ah? ¿Ah?», había balbuceado al principio el duque, como quien descubre un apodo extraño que se hubiera usado en aquella casa para ridiculizar a alguien que, hasta entonces, le había parecido inteligente. Pero así como, al cabo de unos días, por cobardía y

espíritu de imitación, se grita: «¡Eh, Jojotte[185]!», sin saber por qué, a un gran artista al que oyen llamar así, en aquella casa el duque, todavía muy embarazado por la nueva usanza, decía sin embargo: «Naturalmente, si no hay nada contra él». A las tres encantadoras damas les parecía que no iba bastante deprisa y lo trataban con alguna dureza: «En el fondo, ninguna persona inteligente ha podido pensar que hubiera algo». Cada vez que surgía un hecho «aplastante» contra Dreyfus, el duque, creyendo que eso iba a convertir a las tres encantadoras damas, corría a anunciárselo; pero ellas se echaban a reír y no encontraban la menor dificultad en demostrarle, con gran finura dialéctica, que el argumento carecía de valor y era completamente ridículo. El duque había vuelto a París dreyfusista rabioso. Y, desde luego, no pretendemos que las tres encantadoras damas fuesen, en este caso, mensajeras de verdad. Pero conviene señalar que cada diez años, cuando se ha dejado a un hombre poseído por una convicción auténtica, ocurre que una pareja inteligente, o una sola dama fascinante, empiezan a frecuentarle y al cabo de unos meses lo conducen a opiniones contrarias. Y en este punto hay muchas naciones que se comportan como el hombre sincero, muchas naciones que hemos dejado llenas de odio hacia un determinado pueblo y que, seis meses después, han cambiado sus sentimientos e invertido sus alianzas.

Dejé de ver a Albertine por algún tiempo, pero, a falta de Mme. de Guermantes, que ya no decía nada a mi imaginación, seguí viendo otras hadas y sus respectivas moradas, tan inseparables de su persona como lo es del molusco que la fabricó y que se refugia en ella la valva de nácar o de esmalte, o la torrecilla almenada de su concha. No habría sabido clasificar a aquellas damas, sobre todo porque el problema era insignificante e imposible no sólo de resolver sino de enunciar. Antes que a la dama, había que alcanzar su fabuloso palacio. Pero una recibía siempre después de almorzar los meses de verano; y antes de llegar a su casa, había sido preciso bajar la capota del coche de punco, y el sol pegaba con tal fuerza que, sin darme cuenta, su recuerdo iba a formar parte de la impresión del conjunto. Estaba convencido de ir simplemente al Cours-la-Reine[186] en

realidad, antes de haber llegado a la reunión, que un hombre práctico quizá no se hubiera tomado en serio, sentía, como en un viaje a través de Italia, un deslumbramiento, unas delicias de las que ya no se separaría nunca el palacete en mi memoria. Además, debido al calor de la estación y de la hora, la dama había cerrado herméticamente los postigos en los vastos salones rectangulares de la planta baja donde recibía. Al principio me costaba reconocer a la dueña de la casa y a sus visitas, incluida la duquesa de Guermantes, que con su voz ronca me invitaba a ir a sentarme a su lado, en un sillón de Beauvais que representaba El rapto de Europa[187]. Luego iba distinguiendo en las paredes los amplios tapices del siglo XVTII que representaban navíos de mástiles floridos de malvarrosas, bajo los que me encontraba como en el palacio no del Sena sino de Neptuno, a orillas del río Océano[188], donde la duquesa de Guermantes se transfiguraba en una especie de divinidad marina. No acabaría si me pusiese a enumerar todos los salones distintos de éste. Basca su ejemplo para mostrar la forma en que introducía en mis juicios mundanos unas impresiones poéticas que jamás tenía en cuenta en el momento de hacer la suma, de modo que, cuando calculaba los méritos de un salón, nunca me salían las cuentas.

Cierto es que estas causas de error estaban lejos de ser las únicas, peto ya no tengo tiempo, antes de partir hacia Balbec (donde, para mi desgracia, voy a pasar una segunda temporada que será también la última), de hacer descripciones de la alta sociedad, que han de encontrar su sitio mucho más tarde. Digamos tan sólo que, a esa primera razón falsa (mi vida relativamente frívola y que hacía suponer mi amor por el gran mundo) de mi carra a Gilberr y del retorno a los Swann que parecía indicar, Odette habría podido añadir otra no menos inexacta. Y es que ese salón estaba a punto de volverse muy chic. Hasta ahora me he limitado a imaginar los distintos aspectos que la alta sociedad adopta para una misma persona suponiendo exclusivamente que el gran mundo no cambia: si la misma dama que no conoce a nadie va a casa de todo el mundo, y otra que tenía una posición eminente es dada de lado, sentimos la tentación de ver únicamente en todo ello uno de esos altibajos puramente personales

que de vez en cuando provocan en un mismo ambiente, a consecuencia de especulaciones de Bolsa, una ruina clamorosa o un enriquecimiento inesperado. Pero no es sólo esto. En cierta medida, las manifestaciones mundanas (muy inferiores a los movimientos artísticos, a las crisis políticas, a la evolución que lleva al gusto público hacia el teatro de ideas, luego hacia la pintura impresionista, después hacia la música alemana y compleja, más tarde hacia la música rusa y sencilla, o hacia las ideas sociales, las ideas de justicia, la reacción religiosa, los sobresaltos del patriotismo) no son sin embargo más que su reflejo lejano, quebrado, incierto, confuso, cambiante. De modo que ni siquiera los salones pueden describirse en una inmovilidad estática que ha podido convenir hasta aquí al estudio de los caracteres, que también habrán de ser, por así decir, arrastrados en una especie de movimiento histórico. El gusto por la novedad que lleva a los hombres de mundo más o menos sinceramente ávidos de informarse sobre la evolución intelectual a frecuentar los ambientes donde pueden seguirla, les hace preferir, habitualmente, alguna anfitriona hasta entonces inédita, capaz de representar en toda su frescura las esperanzas de mentalidad superior tan marchitas y ajadas en las mujeres que han ejercido durante mucho tiempo el poder mundano, y que ya no estimulan su imaginación, porque conocen sus puntos fuertes y sus puntos débiles. Y así, cada época queda personificada en mujeres nuevas, en un nuevo grupo de mujeres que, estrechamente unidas a lo que suscita la curiosidad más reciente, parecen, con su modo de vestir, surgir sólo en ese momento como una especie desconocida nacida del último diluvio, bellezas irresistibles de cada nuevo Consulado, de cada nuevo Directorio. Pero muchas veces ¡as nuevas anfitrionas son simplemente, como cierros hombres de Estado en su primer ministerio, aunque hacía cuarenta años llamaban a todas las puertas sin que nadie se las abriese, unas mujeres desconocidas en sociedad pero que no por eso dejaban de recibir, desde hacía mucho, y a falta de algo mejor, a unos «pocos íntimos». Cierto que no siempre era éste el caso, y cuando, con la prodigiosa eflorescencia de los Ballets rusos[189] que reveló uno tras otro a Bakst[190], Nijinski[191], Benois[192], el genio de Stravinski[193],

apareció la princesa Yourbeletieff[194], joven madrina de todos estos grandes hombres nuevos, llevando en la cabeza una inmensa y trémula aigrette desconocida por las parisinas y que todas procuraron imitar, pudo creerse que aquella maravillosa criatura había sido traída en sus innumerables equipajes, y como su más preciado tesoro, por los bailarines rusos; pero cuando veamos, en rodas las representaciones de los «Rusos», invariablemente sentada a su lado, en su palco de proscenio, como una verdadera hada ignorada hasta ese día por la aristocracia, a Mme. Verdurin, podremos responder a las gentes de mundo, dispuestas a creer a Mme. Verdurin recién desembarcada con la compañía de Diaghilev[195], que esa dama ya había existido en distintas épocas y pasado por diversos avatares de los que éste sólo difería en ser el primero que por fin le aportaba, con seguridad desde entonces y a un paso cada vez más rápido, el éxito can larga y tan vanamente esperado por la Patrona. Cierto que, para Mme. Swann, la novedad que ella representaba no tenía el mismo carácter colectivo. Su salón habría cristalizado alrededor de uri hombre, de un moribundo que había pasado casi de improviso, en el momento en que su talento se agotaba, de la oscuridad a la gran gloria. El entusiasmo por las obras de Bergotte era inmenso[196]. Pasaba todo el día, exhibido, en casa de Mme. Swann, que susurraba a un hombre influyente: «Yo le hablaré, hará un artículo sobre usted». Bergotte estaba, desde luego, en situación de hacerlo, e incluso de hacer una obra en un acto para Mme. Swann. Más cerca de la muerte, se encontraba un poco menos mal que cuando venía a casa a preguntar por la salud de mi abuela. Y es que unos violentos dolores físicos le habían impuesto un régimen. La enfermedad es el más escuchado de los médicos: con la bondad, con la ciencia, nos limitamos a prometer; con el sufrimiento, le obedecemos.

Desde luego, el pequeño clan de los Verdurin suscitaba ahora un interés mucho más vivo que el salón ligeramente nacionalista, más literario todavía, yante todo bergottista, de Mme. Swann. El pequeño clan era de hecho el centro activo de una larga crisis política que había alcanzado su máximum de intensidad: el dreyfusismo. Pero las gentes de mundo eran en su mayoría tan antirrevisionistas que un

salón dreyfusista parecía algo tan imposible como en otra ¿poca un salón comunero. La princesa de Caprarola[197], que había conocido a Mme. Verdurin con motivo de una gran exposición organizada por ella, había ido, desde luego, a hacerle una larga visita con la esperanza de corromper a algunos elementos interesantes del pequeño clan y agregarlos a su propio salón, y en esa visita la princesa (en una mala imitación de las duquesas de Guermantes) había sostenido opiniones contrarias a las corrientes y decretado la estupidez de la gente de su mundo, cosa que a Mme. Verdurin le había parecido de una gran valentía. Más tarde, sin embargo, esa valentía no iba a ser suficiente para atreverse a saludar, bajo el Alego de las miradas de damas nacionalistas, a Mme. Verdurin en las carreras de Balbec. A Mme. Swann, en cambio, los antidreyfusistas le agradecían que fuera «bienpensante», actitud que, casada con un judío, tenía doble mérito. Sin embargo, las personas que nunca habían ido a su casa imaginaban que sólo recibía a algunos oscuros israelitas y a discípulos de Bergotte. Así es como se relega a mujeres mucho más cualificadas que Mme. Swann al último rango de la escala social, sea debido a sus orígenes o porque no les gusta cenar fuera, ni ir a soirées, en las que no se las ve nunca, achacándose erróneamente esas ausencias a que no habrían sido invitadas, bien porque nunca hablan de sus amistades mundanas sino sólo de literatura y de arte, bien porque las personas que frecuentan su casa lo ocultan, o porque, para no pecar de descortesía con los demás, son ellas quienes ocultan que las reciben, por mil razones, en fin, que terminan convirtiendo a ésta o a aquélla, a ojos de algunos, en la mujer a la que no se recibe. Éste era el caso de Odette. Madame d'Épinoy[198], que fue a visitarla con motivo de una colecta que promocionaba en favor de la «Patria Francesa[199]» como si hubiera ido a casa de su mercera, convencida además de no encontrar únicamente más que caras no sólo despreciadas sino desconocidas, se quedó clavada en el sitio cuando se abrió la puerta, no del salón que ella suponía, sino de una sala mágica donde, como por obra de un cambio a la visca en una féerie, reconoció en una serie de deslumbrantes comparsas, semicendidas en divanes, sentadas en sillones y llamando a la dueña de la casa por su

nombre de pila, a las altezas y duquesas que tanto le costaba a ella, la princesa d'Épinoy, atraer a su casa, y a las que en ese momento, bajo la benévola mirada de Odette, el marqués de Lau[200], el conde Louis de Tutenne[201], el príncipe Borghése[202], el duque d' Estríes[203], servían de reposteros y de escanciadores llevándoles la naranjada y los petits fours. Como, sin darse cuenta, la princesa d'Épinoy tendía a situar la calidad mundana en el interior de las personas, se vio obligada a desencarnar a Mme. Swann y a reencarnarla en una mujer elegante. La ignorancia sobre la vida real de las mujeres que no la exhiben en los periódicos tiende así, sobre ciertas situaciones (contribuyendo con ello a diversificar los salones), un velo de misterio. En el caso de Odette, al principio, algunos hombres de la más alta sociedad, curiosos por conocer a Bergotte, habían ido a cenar a su casa en la intimidad. Madame Swann había tenido el tacto, adquirido hacía poco, de no alardear de ello; sus huéspedes encontraban en aquella casa —recuerdo cal vez del cogollito cuyas tradiciones Odette había conservado después del cisma— su sitio en la mesa, etc. Odette se los llevaba con Bergotte, a quien esa costumbre acababa por otra parte matando, a los estrenos interesantes. Esos hombres hablaron de ella a algunas mujeres de su mundo capaces de interesarse por tanta novedad. Estaban convencidas de que Odette, íntima de Bergotte, había colaborado más o menos en sus obras, y la creían mil veces más inteligente que a las mujeres más notables del Faubourg, por la misma razón por la que ponían toda su esperanza política en ciertos republicanos sólidos como M. Doumer[204] y M. Dechanel[205], mientras que veían Francia al borde del abismo si era confiada a los monárquicos que iban a cenar a sus casas, a los Charette[206], a los Doudeauville[207], etc. Este cambio de la situación mundana de Odette se realizaba por su parte con una discreción que la volvía más segura y más rápida, pero sin que nada permitiese sospecharla al público inclinado a remitirse a las crónicas del Gaulois[208] para juzgar los progresos o la decadencia de un salón, de modo que un día, en el ensayo general de una comedia de Bergotte dado en una sala de las más elegantes a beneficio de una obra de caridad, fue un verdadero golpe de efecto ver entrar en el palco central, que era el del

autor, y sentarse al fado de Mme. Swann, a Mme. de Matsantes y a la que, gracias a la progresiva retirada de la duquesa de Guermantes (harta de honores, y anulándose para ahorrar energía), estaba convirtiéndose en la leona, en la reina de la época: la condesa Molé. «Cuando ni siquiera sospechábamos que había empezado a subir, dijeron de Odette cuando se vio entrar a la condesa Molé en el palco, ya estaba en la cima».

De suerte que Mme. Swann podía creer que, si me acercaba de nuevo a su hija, era por esnobismo.

A pesar de sus brillantes amigas, Odette no dejó de escuchar la obra con atención extremada, como si estuviese allí sólo para oírla, del mismo modo que en el pasado cruzaba el Bois por higiene y para hacer ejercicio. Algunos hombres menos solícitos con ella tiempo atrás fueron al balcón del palco, molestando a todo el mundo, para acercarse, colgados de la mano, al imponente círculo que la rodeaba. Y ella, con una sonrisa todavía más de amabilidad que de ironía, respondía pacientemente a sus preguntas, aparentando más calma de la que se hubiera creído y que tal vez era sincera, pues aquella exhibición no era más que la exhibición tardía de una intimidad habitual y discretamente ocultada. Detrás de aquellas tres damas que atraían todos los ojos estaba Bergotte, rodeado por el príncipe de Agrigento, el conde Louis de Turenne y el marqués de Bréauté. Y no es difícil comprender que, para hombres recibidos en todas partes y que sólo podían esperar un aumento de prestigio buscando la originalidad, la demostración del propio valor que creían exhibir dejándose atraer por una anfitriona de gran reputación intelectual, y en cuyo salón esperan encontrar a todos los autores dramáticos y a todos los novelistas de moda, era más excitante y vivaz que aquellas ¡oiría en casa de la princesa de Guermantes que, sin nuevos programas ni atractivos nuevos, se sucedían de año en año más o menos parecidas a la que hemos descrito tan detalladamente. En ese gran mundo, el de los Guermantes, del que la curiosidad iba apartándose un tanto, las nuevas modas intelectuales no encarnaban en diversiones a su imagen como en aquellas ingeniosas comedietas de Bergotte escritas para Mme. Swann, como en aquellas auténticas

sesiones de Salud Pública[209] (si la alta sociedad hubiera podido interesarse en el caso Dreyfus) que reunían, en casa de Mme. Verdurin, a Picquart, Clemenceau, Zola, Reinach[210] y Labori.

*También Gilbert servía a la posición social de su madre, porque un tío de Swann acababa de dejar a la joven casi ochenta millones de francos y, en consecuencia, el faubourg Saint-Germain empezaba a pensar en ella. El reverso de la medalla era que Swann, además moribundo, tenía opiniones dreyfusistas; pero ni siquiera esto perjudicaba a su mujer, la favorecía incluso. No la perjudicaba porque se decía: «Está chocho, es un pobre idiota, no hay que preocuparse de él, sólo importa su mujer, y es encantadora». Y hasta el dreyfusismo de Swann jugaba en favor de Odette. Abandonada a sí misma, quizá se hubiese dejado llevar con las mujeres chic a concesiones excesivas que habrían supuesto su perdición. Mientras que las noches en que arrastraba a su marido a cenar al faubourg Saint-Germain, Swann, apartado por su hurañía en un rincón, no se privaba, si veía a Odette tratar de que la presentasen a alguna dama nacionalista, de reprender a Odette en voz alta: «Pero Odette, está usted loca. Le ruego que se tranquilice. Sería una vulgaridad de su parte hacerse presentar a una antisemita. Se lo prohíbo». Las gentes de mundo tras las que todos corren no están acostumbradas ni a tanto orgullo ni a tanta mala educación. Por primera vez veían a alguien que se creía «más» que ellos. Aquellos gruñidos de Swann pasaban de boca en boca, y las tarjetas con un pico doblado llovían en casa de su mujer. Cuando Odette visitaba a Mme. d'Arpajon, a su alrededor se creaba una viva y simpática corriente de curiosidad. *;No le molesta que se la haya presentado?, decía Mme. d'Arpajon. Es una delicia. A mí me la presentó Marie de Marsantes». —«No, nada de eso, al contrario, parece que es de lo más inteligente, es encantadora. Hasta deseaba conocerla; ¿puede darme su dirección?» Mme. d'Arpajon le contaba a Mme. Swann lo mucho que se había divertido en su casa dos días antes, confiándole que, por ella, había dejado gustosamente de ir a casa de Mme. de Saint-Euverte. Y era cierto, porque preferir a Mme. Swann era una muestra de inteligencia, lo mismo que ir al concierto en vez de ir a un té. Pero si Mme. de Saint-Euverte iba a*

casa de Mme. d'Arpajon cuando Odette estaba allí, como Mme. de Saint-Euverte era muy esnob y a Mme. d'Arpajon, pese a tratarla de arriba abajo, le interesaban sus recepciones, Mme. d'Arpajon no presentaba a Odette para que Mme. de Saint-Euverte no supiese quién era. La marquesa se figuraba que debía de ser alguna princesa que salía muy poco para que ella nunca la hubiese visto, prolongaba su visita, respondía indirectamente a lo que Odette decía, pero Mme. d'Arpajon seguía mostrándose inflexible. Y cuando, vencida, Mme. de Saint-Euverte se marchaba: «No la he presentado, decía la anfitriona a Odette, porque a la gente no le gusta mucho ir a su casa y ella no hace más que invitar; no habría podido usted librarse de ella». —«¡Oh!, no importa», decía Odette no sin pesar. Y se quedaba con la idea de que a la gente no le gustaba ir a casa de Mme. de Saint-Euverte, cosa que, en cierra medida, era cierto, y llegaba a la conclusión de que su posición social era muy superior a la de Mme. de Saint-Euverte, aunque la marquesa tuviese una muy elevada y Odette ninguna todavía.

No se daba cuenta, y aunque rodas las amigas de Mme. de Guermantes se tratasen con Mme. d'Arpajon, cuando ésta invitaba a Mme. Swann Odette decía con algún escrúpulo: «Voy a casa de Mme. d'Arpajon, pero, aunque quizá me encuentre usted algo anticuada, me molesta por Mme. de Guermantes» (a quien, por lo demás, no conocía). Los hombres distinguidos pensaban que si Mme. Swann tenía pocos conocimientos en el gran mundo era porque debía de ser una mujer superior, probablemente una gran música, y que sería una especie de título extramundano, como para un duque ser doctor en ciencias, ir a su casa. Las mujeres totalmente nulas se sentían atraídas hacia Odette por una razón opuesta; al enterarse de que iba al concierto Colonne[211] y se declaraba wagneriana, deducían que debía de ser una «bromista», y la idea de conocerla las excitaba mucho. Pero, inseguras de su propia situación, temían comprometerse en público dando la impresión de tratarse con Odette y, si en un concierto de caridad veían a Mme. Swann, volvían la cabeza por considerar imposible saludar delante de Mme. de Rochechouart[212] a una mujer que era muy capaz de haber ido a Bayreuth[213] —lo cual

quería decir que había hecho de todo. Todo el mundo, cuando está de visita en casa ajena, se vuelve distinto. Por no hablar de las maravillosas metamorfosis que ocurrían en la casa de las hadas, en el salón de Mme. Swann, hasta el propio M. de Bréauté, avalorado de pronto por la ausencia de su habitual entorno, por el aire de satisfacción de que hacía gala por encontrarse allí tan a gusto, como si, en lugar de ir a una fiesta, se hubiese calado los anteojos para encerrarse a leer la Revue des Deux Mondes[214], por el rito misterioso que parecía celebrar yendo a visitar a Odette, hasta el mismo M. de Bréauté parecía un hombre nuevo. Habría dado cualquier cosa por ver las alteraciones que, en aquel ambiente nuevo, hubiera sufrido la duquesa de Monrmorency-Luxembourg[215]. Pero era una de las personas a las que jamás se podría presentar a Odette. Madame de Mont— moreney, mucho más condescendiente con Oriane de lo que ésta era con ella, me dejaba pasmado cuando me decía de Mme. de Guermantes: «Conoce a gente de talento, todo el mundo la quiere, estoy convencida de que si hubiera sido un poco más constante, habría conseguido hacerse un salón. La verdad es que no le interesaba mucho, y hace muy bien, es feliz así, buscada por todos». Si Mme. de Guermantes no tenía un «salón», entonces ¿qué era un «salón»? El pasmo que me causaron estas palabras no fue mayor que el que yo mismo provoqué en Mme. de Guermantes cuando le dije que me gustaba mucho ir a casa de Mme. de Moncmorency. Para Oriane era una vieja cretina. «Todavía yo, estoy obligada, decía, es mi tía, ¡pero usted! Si no es capaz siquiera de atraerse a la gente agradable». Madame de Guermantes no se daba cuenta de que la gente agradable me dejaba frío, de que, cuando ella me decía «salón Arpajon», yo veía una mariposa amarilla, y «salón Swann» (Mme. Swann recibía en invierno de seis a siete), una mariposa negra con las alas acolchadas de nieve. Todavía este último salón, que en puridad no lo era, la duquesa lo juzgaba, aunque inaccesible para ella, disculpable para mí, debido a las «personas de talento». ¡Pero Mme. de Luxembourg! Si yo ya hubiera «producido» algo que hubiese dado que hablar, ella habría llegado a la conclusión de que una parte de esnobismo puede convivir con el talento. Y llevé su decepción al colmo: le confesé que

no iba a casa de Mme. de Montmorency (como ella creía) para «tomar notas» y «hacer un estudio». Por otro lado, Mme. de Guermantes no se equivocaba más que los novelistas mundanos que analizan cruelmente desde fuera el comportamiento de un esnob o supuesto tal, pero que nunca se sitúan dentro de él, en la época en que en la imaginación florece toda una primavera social. Yo mismo, cuando quise analizar el gran placer que sentía yendo a casa de Mme. de Montmorency, quedé algo decepcionado. Vivía en el faubourg Saint-Germain, en una antigua mansión llena de pabellones separados por pequeños jardines. Sajo la bóveda, una pequeña estatua atribuida a Falconet[216] representaba una fuente de la que, de hecho, rezumaba una humedad perpetua. Un poco más allá, la portera, siempre con los ojos enrojecidos, bien de pena, de neurastenia, de jaqueca o de resfriado, no te contestaba nunca, te hacía un gesto vago para indicar que la duquesa sí estaba y dejaba caer de sus párpados algunas gotas encima de un tazón lleno de «nomeolvides». El placer que me producía ver la estatuilla, que me hacía pensar en un jardinerito de escayola que había en un jardín de Combray, no era nada comparado con el que me inspiraban la gran escalinata húmeda y sonora, llena de ecos como la de ciertos establecimientos balnearios de otro tiempo, con jarrones llenos de cinerarias —azul sobre azul— en la antesala y, sobre todo, el tintineo de la campanilla, que era exactamente el de la habitación de Eulalie. Aquel tintineo llevaba mi entusiasmo al colmo, pero me parecía demasiado humilde para poder explicárselo a Mme. de Montmorency, de modo que esta dama siempre me veía inmerso en un arrobo cuya causa nunca adivinó.

LAS INTERMITENCIAS DEL CORAZÓN[217]

Mi segunda llegada a Balbec fue muy distinta de la primera. El director, que había ido en persona a esperarme a Pont-á-Couleuvre, no se cansaba de repetir lo mucho que apreciaba a su clientela titular, lo que me hizo temer que me ennobleciese hasta que comprendí que, en la oscuridad de su memoria gramatical, «titular» significaba simplemente «habitual[218]*». Además, a medida que aprendía nuevas lenguas, hablaba peor las antiguas. Me anunció que me había alojado en lo más alto del hotel. «Espero, dijo, que no vea en ello una falta de cortesía, me disgustaba darle una habitación de la que usted es indigno, peto lo he hecho en consideración al ruido, porque de esta manera no tendrá a nadie encima de usted que le canse los témpanos (quería decir tímpanos). Puede estar tranquilo, mandaré cerrar las ventanas para que no den golpes. En eso soy intolerable» (la frase no expresaba su pensamiento, que era que siempre sería inflexible en este punto, aunque quizá sí el de sus camareros de piso). Las habitaciones, de todos modos, eran las mismas de mi primera estancia. No estaban más abajo, pero yo había ascendido en la estima del director. Podría mandar encender fuego si eso me agradaba (pues por orden de los médicos había anticipado a Pascua mi partida), pero temía que hubiese fixura en el techo. «Sobre todo, antes de encender una llama, espere a que la precedente se haya consumado (por consumido). Pues lo importante es evitar prender fuego en la chimenea, sobre todo porque, para alegrar un poco el ambiente, he mandado poner encima un gran adorno de falsa porcelana china antigua, que podría estropearse».*

Me informó, con profunda tristeza, de la muerte del decano del colegio de abogados de Cherburgo: «Era un viejo rutinero», dijo

(probablemente quería decir marrullero), y me dio a entender que su muerte se había visto acelerada por una vida de desarreglos, que significaba desengaños. «Ya había observado yo hace algún tiempo que después de la cena se acunaba en el salón (sin duda porque se adormilaba). Últimamente había cambiado tanto que, de no saber quién era, al verle, apenas resultaba irreconocido (por irreconocible sin duda)».

Feliz compensación: el primer presidente de Caen acababa de recibir la «corbeta» de comendador de la Legión de Honor. «Seguro y cierto que tiene capacidades, pero parece que se la han dado sobre todo por su gran "impotencia"». Por lo demás, ya se hablaba de esa condecoración en L'Écho de París[219] de la víspera, del que el director sólo había leído «el primer fárrago» (por párrafo). Ahí sí que era bien servida la política de M. Caillaux[220]. «Después de todo me parece que tienen razón, dijo. Nos pone demasiado bajo la cúpula de Alemania» (bajo la férula). Como temas de este género tratados por un hostelero me resultaban aburridos, dejé de escuchar. Pensaba en las imágenes que me habían decidido a volver a Balbec. Eran muy distintas de las de otro tiempo, la visión que iba a buscar era tan esplendorosa como brumosa la primera; no por eso debían decepcionarme menos. Las imágenes elegidas por el recuerdo son tan arbitrarias, tan estrechas, tan inaprensibles como las que la imaginación había formado y la realidad destruido. No hay razón para que, fuera de nosotros, un lugar real posea los cuadros de la memoria más bien que los del sueño. Y además, tal vez una realidad nueva nos haga olvidar, y aun detestar, los deseos que nos han movido al viaje.

Los que me habían inducido a ir a Balbec se debían en parte al hecho de que los Verdurin (cuyas invitaciones nunca había aprovechado, y que desde luego estarían encantados de recibirme si iba a su casa de campo para disculparme por no haber podido visitarles nunca en París), sabiendo que varios fieles pasarían las vacaciones en aquella costa, habían alquilado precisamente por ello, para toda la estación, uno de los castillos de M. de Cambremer (La Raspeliére[221]), y habían invitado a Mme. Putbus. La noche en que lo supe (en París), cometí la locura de mandar a nuestro joven lacayo a

informarse de si la baronesa pensaba llevar a Balbec a su camarista. Eran las once de la noche. El portero tardó mucho tiempo en abrir y de milagro no envió a paseo a mi mensajero ni llamó a la policía, se limitó a recibirlo muy mal, proporcionándole pese a todo la información deseada. Dijo que, en efecto, la primera doncella acompañaría a su ama, primero a las aguas en Alemania, luego a Biarritz, y por último a casa de Mme. Verdurin. Entonces me había quedado tranquilo y feliz de tener tela que cortar. Había podido eximirme de esos seguimientos por las calles en los que me encontraba desprovisto, ante las bellezas ocasionales, de esa carta de presentación que sería para el «Giorgione» haber cenado esa misma noche, en casa de los Verdurin, con su ama. Por otra parte, quizá se hubiera hecho una mejor idea de mí al saber que conocía, no sólo a los burgueses inquilinos de La Raspeliére, sino también a sus propietarios, y sobre todo a Saint-Loup, quien, no pudiendo recomendarme a distancia a la doncella (que desconocía el apellido de Robert), había escrito para mí una calurosa carta a los Cambremer. Pensaba que, dejando a un lado la utilidad de que podrían serme, Mme. de Cambremer, la nuera, Legrandin de soltera, me interesaría si hablaba conmigo. «Es una mujer inteligente, me había asegurado. Hasta cierto punto, por supuesto. No te dirá cosas definitivas (las cosas "definitivas" habían sustituido a las cosas "sublimes" en el lenguaje de Robert, que cada cinco o seis años modificaba algunas de sus expresiones favoritas sin dejar de conservar las principales), pero es todo un carácter, tiene personalidad, intuición, lanza la frase justa en el momento oportuno. De vez en cuando es irritante, dice tonterías para "hacer gran mundo", lo cual es doblemente ridículo, porque no hay nadie menos elegante que los Cambremer; no siempre está a la última, pero, en conjunto, sigue siendo una de las personas más soportables de trato».

En cuanto recibieron la recomendación de Robert, los Cambremer, por un esnobismo que les hacía desear ser indirectamente amables con Saint-Loup, o por agradecimiento a lo que había sido para uno de sus sobrinos en Donciéres, y más probablemente, sobre codo, por bondad y tradiciones hospitalarias, habían escrito una serie de largas carras proponiendo que yo viviese en su casa, y, si prefería ser más

independiente, ofreciéndose a buscarme alojamiento. Cuando Saint-Loup les contestó que me instalaría en el Grand-Hótel de Balbec, respondieron que, por lo menos, esperaban mi visita en cuanto llegase, y si se retrasaba demasiado no dejarían de ir en mi busca pata invitarme a sus garden-parties.

Nada, desde luego, vinculaba de un modo esencial a la doncella de Mme. Putbus con la región de Balbec; no sería a mis ojos como la campesina que, solo en la carretera de Méséglise[222], tantas veces había llamado en vano, con toda la fuerza de mi deseo. Pero hacía mucho que ya no trataba de extraer de una mujer algo así como la raíz cuadrada de su misterio, que las más de las veces no sobrevivía a una simple presentación. En Balbec, adonde no había ido desde hacia mucho, tendría por lo menos la ventaja, a falta de la necesaria relación inexistente entre la región y aquella mujer, de que la costumbre no suprimiría allí mi sentido de la realidad, como ocurría en París, donde, bien en mi propia casa, bien en una habitación conocida, el placer sentido junto a una mujer no podía darme ni por un instante, en medio de las cosas cotidianas, la ilusión de que me abría la puerta a una vida nueva. (Porque si la costumbre es una segunda naturaleza, nos impide conocer la primera, de la que no posee ni sus crueldades ni sus encantos). Y esa ilusión, quizá habría podido tenerla en un lugar nuevo donde la sensibilidad renace ante un rayo de sol, y donde precisamente acabaría exaltándome la doncella que provocaba mí deseo: pero, como se verá, las circunstancias hicieron, no sólo que esa mujer no fuese a Balbec, sino que yo temiese más que nada que pudiera ir, con lo que el principal objetivo de mi viaje no fue ni alcanzado ni siquiera buscado. Cierto que Mme. Putbus no debía ir al principio de la estación a casa de los Verdurin; pero esos placeres que hemos elegido pueden ser lejanos si su llegada está segura y si en la espera podemos entregarnos, hasta entonces, a la pereza de intentar agradar y a la impotencia de amar. Además, no iba a Balbec con un espíritu tan práctico como la primera vez; en la imaginación pura hay siempre menos egoísmo que en el recuerdo; y no ignoraba que iba a encontrarme precisamente en uno de esos lugares donde pululan las bellas desconocidas; una playa no

las ofrece menos que un baile, y pensaba de antemano en los paseos delante del hotel, en el dique, con ese mismo género de placer que me habría procurado Mme. de Guermantes si, en lugar de hacer que me invitaran a cenas brillantes, hubiese facilitado más a menudo mi nombre, para sus listas de caballeros, a las dueñas de casa donde se bailaba. Hacer amistades femeninas en Balbec me resultaría tan fácil como difícil me había sido en el pasado, porque ahora contaba allí con tantas relaciones y apoyos como me faltaban en mi primer viaje.

Me vi sacado de mi ensoñación por la voz del director, cuyas disertaciones políticas no había escuchado. Cambiando de tema, me habló de la alegría del primer presidente al saber mi llegada, y de su intención de venir a verme a mi cuarto aquella misma noche. Me asustó canto la idea de esta visita (porque empezaba a sentirme cansado) que le rogué que la impidiese como fuera (cosa que me prometió) e hiciese, para mayor seguridad, que sus empleados montasen la guardia en mi piso la primera noche. No parecía apreciarlos mucho. «Me veo obligado a correr todo el tiempo detrás de ellos porque carecen demasiado de inercia. Si no estuviese siempre encima, no se moverían. Pondré al liftier de plantón a su puerta». Pregunté si por fin. era «jefe de botones». «Todavía no es bastante viejo en la casa, me respondió. Hay compañeros más antiguos que él, y sería un escándalo. Hay que andar con granulaciones en todo. Reconozco que, delante del ascensor, tiene una buena aptitud (por actitud). Pero todavía es demasiado ¡oven para situaciones como ésas. Contrastaría con otros que son demasiado antiguos. Además le falta un poco de seriedad, que es la cualidad primitiva (sín duda la cualidad primordial, la cualidad más importante). Debe conseguir un poco más de plomo en el ala (mi interlocutor quería decir en la cabeza). Además, basta fiarse de mí. Conozco bien el patio. Antes de ponerme los galones como director del Grand-Hótel, hice mis primeras armas a las órdenes de M. Paillard[223]». Impresionado por esta comparación, di las gracias al director por haber ido en persona hasta Pont-á-Couleuvre. «¡Oh!, de nada. Sólo me ha hecho perder un tiempo infinito» (por ínfimo). Además, habíamos llegado.

Alteración de toda mi persona. Ya la primera noche, como sufría

una crisis de fatiga cardíaca, tratando de domar el sufrimiento me agaché despacio y con prudencia para descalzarme. Pero nada más tocar el primer botón de mí botina se hinchó mi pecho, lleno de una presencia desconocida, divina, me sacudieron los sollozos, corrieron las lágrimas de mis ojos. El ser que venía en mi ayuda, que me salvaba de la sequedad del alma, era el mismo que, unos años antes, en un momento de angustia y soledad idénticas, en un momento en que ya no tenía nada de mí, había entrado y me había devuelto a mí mismo, pues era yo y más que yo (el continente que es más que el contenido, y venía a traérmelo). Acababa de vislumbrar en mi memoria, inclinado sobre mi cansancio, el rostro tierno, preocupado y decepcionado de mi abuela, tal como había estado aquella primera noche de llegada[224]; el rostro de la abuela, no de aquella que me había sorprendido y reprochado echarla tan poco de menos, y que de ella no tenía más que el nombre, sino de mi verdadera abuela, cuya realidad viva volvía yo a encontrar, por primera vez.desde los Champs-Élysées donde había sufrido su ataque, en un recuerdo involuntario y completo. Esa realidad no existe para nosotros hasta que no ha sido recreada por nuestro pensamiento (de otro modo, codos los hombres que han estado implicados en una batalla gigantesca serían, codos ellos, grandes poetas épicos); y así, en aquel deseo enloquecido de precipitarme en sus brazos, sólo en ese instante —más de un año después de su entierro, debido a ese anacronismo que tantas veces impide al calendario de los hechos coincidir con el de los sentimientos vine a saber que estaba muerta. Había hablado de ella muchas veces desde aquel momento, y también pensado en ella, pero bajo mis palabras y mis pensamiento de joven ingrato, egoísta y cruel, nunca había habido nada que se pareciese a mi abuela, porque en mi frivolidad, en mi amor al placer, en mi acostumbramiento a verla enferma, sólo conservaba dentro de mí en estado virtual el recuerdo de lo que había sido. En cualquier momento que la consideremos, nuestra alma total no tiene mis que un valor casi ficticio, pese al nutrido balance de sus riquezas, porque unas veces unas, otras veces otras, están indisponibles, ya sean además riquezas efectivas o riquezas puramente imaginarias, y en mi caso, por

ejemplo, tanto como del antiguo nombre de Guermantes, de aquéllas, mucho más graves, del recuerdo verdadero de mi abuela. De hecho, a las perturbaciones de la memoria están unidas las intermitencias del corazón. Seguramente es la existencia de nuestro cuerpo, semejanre para nosotros a un vaso en el que estaría encerrada nuestra espiritualidad, lo que nos induce a suponer que todos nuestros bienes interiores, nuestras alegrías pasadas, todos nuestros dolores, están perpetuamente en nuestra posesión. Quizá sea igual de inexacto creer que escapan y vuelven. En cualquier caso, si permanecen en nosotros, la mayor parte del tiempo es en una región desconocida donde no nos son de ninguna utilidad, y donde hasta las más usuales son rechazadas por recuerdos de orden diferente que excluyen toda simultaneidad con ellas en la conciencia. Pero si reconstruimos el marco de sensaciones en que están conservadas, tienen a su vez el mismo poder de expulsar cuanto les resulta incompatible, de instalar en nosotros, en solitario, el yo que las ha vivido. Pero, como el que yo acababa repentinamente de volver a ser no había existido desde aquella noche tan lejana en que la abuela me había desnudado a mi llegada a Balbec, fue con absoluta naturalidad, no después de la jornada actual que ese yo ignoraba, sino —como si en el tiempo hubiera series diferentes y paralelas— sin solución de continuidad, inmediatamente después de aquella primera noche del pasado, como me adherí al instante en que la abuela se había inclinado hacia mí. El yo que yo era entonces y que había desaparecido hacía tanto tiempo, estaba de nuevo tan cerca de mí que aún me parecía oír las palabras pronunciadas inmediatamente antes, y que no eran sin embargo más que un sueño, de la misma manera que un hombre mal despierto cree percibir muy cerca de sí los ruidos de su sueño que se desvanece. Yo ya sólo era aquel ser tratando de refugiarse en los brazos de su abuela, de borrar las huellas de sus penas dándole besos, aquel ser que tanto me habría costado imaginar cuando era uno u otro de los que se habían sucedido en mí desde hacía algún tiempo, tanto como los esfuerzos, por lo demás estériles, que ahora hubiese necesitado para sentir los deseos y alegrías de uno de los que, al menos por un tiempo, había dejado de ser. Me acordaba de que, una hora antes del momento en que la abuela se había inclinado así, envuelta en su bata,

hacia mis botines, mientras vagaba en la calle sofocante de calor, delante de la pastelería, había pensado que nunca podría, tanta era la necesidad que tenía de abrazarla, aguardar la hora que aún tendría que pasar sin ella. Y ahora que renacía esa misma necesidad, estaba seguro de que podía esperar horas y horas, de que nunca más volvería a verla a mi lado; y no hacía más que descubrirlo porque, sintiéndola por vez primera viva, verdadera, hinchiendo mi corazón hasta romperlo, al volver por ñn a encontrarla acababa de saber que la había perdido para siempre. Perdida para siempre; no podía comprender y me esforzaba por sufrir el dolor de esa contradicción: de un lado, una existencia, una ternura que sobrevivían en mí tal como las había conocido, es decir, hechas para mí, un amor en el que todo encontraba en mí su complemento, su meta, su constante dirección de tal modo que el genio de los grandes hombres, todos los genios que habían podido existir desde el principio del mundo, no hubieran valido a ojos de mi abuela lo que uno solo de mis defectos; y de otro lado, nada más revivir como presente aquella felicidad, sentirla transida por la certeza, lanzándose como un dolor físico de repetición, de una nada que había borrado mi imagen de esa ternura, que había destruido esa existencia y abolido retrospectivamente nuestra mutua predestinación, que había hecho de mi abuela, en el momento en que volvía a encontrarla como en un espejo, una simple extraña que un azar ha hecho pasar unos años a mi lado, como habría podido pasarlos junto a otro cualquiera, pero para quien, antes y después, yo no era nada, no sería nada.

En vez de los placeres que había tenido en los últimos tiempos, el único que hubiera podido gozar en ese momento habría sido disminuir, retocando el pasado, los dolores que mi abuela había sentido en otro tiempo. Y no la recordaba sólo con aquella bata, vestimenta apropiada, hasta el punto de volverse casi simbólica, para las fatigas, sin duda malsanas pero también dulces, que se tomaba por mí; poco a poco iban volviendo a mi mente todas las ocasiones que, dejándole ver, exagerándole llegado el caso mis sufrimientos, había aprovechado para causarle una pena que luego yo me figuraba borrada por mis besos, como si mi cariño hubiera sido tan capaz como mi felicidad de hacer la suya; y, peor aún, yo, que ahora ya no

concebía otra felicidad que la de poder volver a encontrarla difundida en mi recuerdo sobre los trazos de aquel rostro modelados y plegados por la ternura, había puesto entonces un empeño insensato en tratar de extirparle hasta los más pequeños goces, como ese día en que Saint-Loup había hecho la fotografía de la abuela y en que, esforzándome por ocultarle la puerilidad casi ridicula de la coquetería que ponía en posar, con su sombrero de anchas alas, en una semipenumbra favorecedora, no pude dejar de murmurar algunas palabras impacientes y ofensivas que, lo noté en una contracción de su rostro, habían dado en el blanco, la habían herido; era a mí a quien aquellas palabras desgarraban ahora, cuando ya era imposible para siempre el consuelo de mil besos[225].

Pero ya nunca podría borrar aquella contracción de su rostro, ni tampoco aquel sufrimiento de su corazón, o, mejor dicho, del mío; porque si es verdad que los muertos no existen ya sino en nosotros, es a nosotros mismos a quienes herimos sin tregua cuando nos obstinamos en recordar los golpes que tes hemos asestado. Por crueles que fuesen esos dolores, me aferraba a ellos con todas mis fuerzas, porque los sentía como efecto del recuerdo de mí abuela, como prueba de que ese recuerdo estaba bien presente dentro de mí. Me daba cuenta de que sólo por el dolor la recordaba realmente, y habría querido que los clavos que fijaban en mi corazón su memoria se hundiesen en él con mayor fuerza todavía. No trataba de mitigar el sufrimiento, de embellecerlo, de fingir que la abuela sólo estaba ausente y momentáneamente invisible, dirigiendo a su fotografía (la que Saint-Loup había hecho y que tenía yo conmigo) palabras y plegarias como a un ser separado de nosotros pero que, conservando su individualidad, nos conoce y sigue unido a nosotros por una armonía indisoluble. Nunca lo hice, porque no sólo quería sufrir, sino respetar también la originalidad de mi sufrimiento tal como lo había sufrido de repente, sin quererlo, y pretendía continuar sufriéndolo, con arreglo a sus leyes, cada vez que reaparecía aquella contradicción tan extraña de la supervivencia y de la nada entrecruzadas dentro de mí. De una impresión tan dolorosa y en la actualidad incomprensible, podía saber, no desde luego si un día sacaría un poco de verdad, sino

que, si alguna vez lograba extraer ese poco de verdad, sólo podría extraerlo de ella, de aquella impresión tan particular, tan espontánea, de esa impresión que no había sido ni trazada por mi inteligencia ni atenuada por mi pusilanimidad, sino como de la muerte misma, de la brusca revelación de la muerte, que, como el rayo, había abierto en mí, según un gráfico sobrenatural e inhumano, un doble y misterioso surco. (En cuanto al olvido de mi abuela en que había vivido hasta entonces, n¡siquiera podía pensar en aferrarme a él para sacar alguna verdad, ya que en sí mismo no era otra cosa que una negación, la debilitación del pensamiento obligado, por su incapacidad para recrear un momento real de la vida, a sustituirlo por imágenes convencionales e indiferentes). Sin embargo, como el instinto de conservación y la ingeniosidad con que la mente nos preserva del dolor quizá ya empezaban a echar, sobre unas ruinas todavía humeantes, los primeros cimientos de su obra útil y nefasta, saboreaba la dulzura, acaso excesiva, de recordar este o aquel juicio del ser querido, de recordármelos como si todavía hubiera podido pronunciarlos, como si ella existiese, como si yo continuase existiendo para ella. Pero en cuanto conseguí dormirme, en esa hora, más verídica, en que mis ojos se cerraron a las cosas exteriores, el mundo del sueño (en cuyo umbral la inteligencia y la voluntad momentáneamente paralizadas ya no podían disputarme a la crueldad de mis impresiones verdaderas) reflejó, refractó la dolorosa síntesis de la supervivencia y de la nada, en la profundidad orgánica y ahora translúcida de unas visceras misteriosamente iluminadas. Mundo del sueño en que el conocimiento interno, puesto bajo dependencia de las alteraciones de nuestros órganos, acelera el ritmo del corazón o de la respiración, porque una misma dosis de espanto, de tristeza, de remordimiento, obra con un poder centuplicado si se inyecta así en nuestras venas; cuando, para recorrer las arterias de la ciudad subterránea, nos hacemos a la mar en las olas negras de nuestra propia sangre como en un Leteo[226] interior de séxtuples repliegues, grandes figuras solemnes se nos aparecen, nos abordan y nos abandonan, dejándonos anegados en llanto. En vano busqué ¡a de mí abuela cuando atraqué bajo los sombríos pórticos; sabía sin embargo

que aún existía, pero con una vida disminuida, tan pálida como la dei recuerdo; crecía la oscuridad, y el viento; no llegaba mi padre, que debía conducirme hasta ella. De pronto me faltó la respiración, sentí el corazón como endurecido, acababa de recordar que desde hacía muchas semanas se me había olvidado escribir a la abuela. ¿Qué iba a pensar ella de mí? «Dios mío», me decía, qué desdichada debe de sentirse en ese cuartito que han alquilado para ella, tan pequeño como para una vieja criada, donde está completamente sola con la persona que le han puesto para cuidarla y donde no puede moverse, porque sigue estando un poco paralizada, y donde no ha querido levantarse ni una sola vez. Creerá que la he olvidado desde que está muerta, ¡qué sola y abandonada debe de sentirse! ¡Oh!, tengo que correr a verla, no puedo esperar un minuto, no puedo esperar a que mi padre llegue, pero ¿adonde? ¿Cómo he podido olvidar la dirección? ¡Con tal de que todavía me reconozca! Cómo he podido olvidarla durante meses. Está oscuro, no encontraré el camino, el viento me impide avanzar; pero ahí está mi padre que pasea delante de mí; le grito: «¿Dónde está la abuela? Dime la dirección. ¿Está bien? ¿Seguro que no le falta de nada?» —«Claro que no, me dice mi padre, puedes estar tranquilo. La que la cuida es una persona ordenada. De vez en cuando le mandamos una pequeña cantidad para que pueda comprarle lo poco que necesita. Algunas veces pregunta por ti. Hasta le han dicho que ibas a escribir un libro. Y pareció contenta. Se enjugó una lágrima». Entonces creí recordar que, poco después de su muerte, la abuela me había dicho sollozando humildemente, como una vieja criada despedida, como una extraña: «Me permitirás verte alguna vez de todos modos, no me dejes pasar muchos años sin visitarme. Piensa que has sido mi nieto, y que las abuelas no olvidan». Y volviendo a ver el rostro tan sumiso, tan desdichado, tan dulce que tenía, quería echar a correr inmediatamente y decirle lo que entonces habría debido responderle: «Pero, abuela, si me verás siempre que quieras, sólo ce tengo a ti en el mundo, ya no te dejaré nunca». ¡Cuánto ha debido de hacerle llorar mi silencio después de cantos meses como hace que no he ¡do a donde ella está acostada! ¿Qué habrá pensado? Y file sollozando yo también como le dije a mi padre: «Deprisa, deprisa, su dirección, llévame». Pero él: «Es que… no sé si

podrás verla. Además, ya sabes que está muy débil, muy débil, ya no es la misma, me temo que ha de resultarte más bien penoso. Y no me acuerdo del número exacto de la avenida». — «Pero dime tú que sabes, no es cierto que los muertos ya no vivan. No puede ser verdad, pese a lo que digan, porque la abuela existe todavía». Mi padre sonrió tristemente. «¡Oh!, muy poco, ¿sabes?, muy poco. Creo que harías mejor si no fueses. No le falta de nada. Acabamos de arreglarlo todo». —«Pero ¿está sola a menudo?» —«Sí, pero es mejor para ella. Es mejor que no piense, podría hacerla sufrir. Muchas veces se sufre pensando. Además, ¿sabes?, está muy apagada. Te dejaré la indicación precisa para que puedas ir; pero no veo qué podrías hacer allí ni creo que la vigilante te dejase verla». —«Sin embargo sabes de sobra que siempre viviré a su lado, ciervos, ciervos, Francis Jammes, tenedor». Pero ya había atravesado yo el río de tenebrosos meandros, había remontado a la superficie donde se abre el mundo de los vivos y por eso, aunque seguía repitiendo: «Francis Jammes, ciervos, ciervos, sucintamente[227]», la secuencia de estas palabras ya no me ofrecía el sencido límpido y la lógica que con tanta naturalidad expresaban para mí un momento antes todavía, y que ya no conseguía recordar[228]. Ni siquiera lograba comprender por qué la palabra Atas[229], que acababa de decirme mi padre, había significado inmediatamente: «Ten cuidado de no coger frío», sin ninguna duda posible. Se me había olvidado cerrar los postigos y evidentemente la luz del día me había despertado. Pero no pude soportar tener ante los ojos aquellas olas del mar que la abuela podía contemplar en el pasado horas y horas; la imagen nueva de su belleza indiferente se completaba al punto con la idea de que no las veía: habría querido taparme los oídos a su fragor, porque la plenitud luminosa de la playa abría ahora un vacío en mi corazón; todo parecía decirme, como aquellas alamedas y prados de césped de un jardín público donde tiempo atrás, siendo muy niño, la había perdido: «No la hemos visto», y bajo la rotundidad del cielo pálido y divino me sentía oprimido como bajo una inmensa campana azulada que cerrase un horizonte en el que la abuela no estaba. Para no ver nada más, me volví hacia la pared, pero por desgracia lo que tenía frente a mí era aquel tabique que en el pasado

servía entre nosotros dos de mensajero matutino, aquel tabique que, dócil como un violín para devolver todos los matices de un sentimiento, transmitía con tanta exactitud a la abuela mi temor a despertarla y, al mismo tiempo, si ya estaba despierta, a que no me oyera y no se atreviese a moverse, y que luego, inmediatamente, como la réplica de un segundo instrumento, me anunciaba su llegada y me invitaba a la calma. No tenía valor para acercarme a aquel tabique, como tampoco lo tenía para acercarme a un piano que hubiera tocado la abuela y que aún vibraría con su toque. Era consciente de que ahora podría llamar, incluso con más fuerza, pero que ya nada podría despertarla, que yo no oiría ninguna respuesta, que la abuela no vendría. Y sólo pedía a Dios, si existe un paraíso, poder dar en él, contra aquel tabique, los tres golpecitos que mi abuela reconocería entre mil, y a los que respondería con aquellos otros tres golpes que querían decir: «No te agites, ratoncito, comprendo tu impaciencia, pero voy enseguida», y que me dejase quedarme junto a ella toda la eternidad, que no sería demasiado larga para nosotros dos.

El director vino a preguntarme si no quería bajar. Por si acaso, había supervisado mi «colocación» en el comedor. Al no verme, empezó a temer que hubiese sufrido los ahogos de otras veces. Esperaba que sólo se tratase de un ligero «dolor de garganta» y me aseguró haber oído decir que se calmaban con la ayuda de lo que él llamaba el «calipto».

Me entregó un mensaje de Albertine. Ese año no debía ir a Balbec, pero, habiendo cambiado de proyectos, se encontraba desde hacía tres días, no en el mismo Balbec, sino a diez minutos del trenecito, en una estación vecina. Temiendo que el viaje me hubiese fatigado, se había abstenido aquella primera noche, pero me preguntaba cuándo podría recibirla. Pregunté si había venido en persona, no para verla, sino para evitar verla. «Por supuesto, me respondió el director. Y le gustarla que fuese cuanto antes, siempre que no tenga usted razones completamente necesitadas. Como puede ver, concluyó, aquí le desea todo el mundo, en definitiva». Pero yo no quería ver a nadie.

Y sin embargo, la víspera, al llegar, me había sentido invadir por el encanto indolente de la vida de baños de mar. El mismo / silencioso,

en esta ocasión por respeto, no por desdén, y colorado de placer, había puesto en marcha el ascensor. Al elevarme a lo largo de la columna ascendente, yo había atravesado de nuevo lo que la primera vez había sido para mí el misterio de un hotel desconocido, donde, cuando se llega como simple turista sin protección ni prestigio, cada cliente habitual que entra en su habitación, cada joven mujer que baja a cenar, cada camarera que pasa por los corredores extrañamente delineados, y la muchacha venida de América con su dama de compañía y que baja a cenar, lanzan sobre nosotros una mirada en la que no leemos nada de lo que habríamos querido. Esta vez, en cambio, había sentido el placer, muy tranquilizador, de subir a un hotel conocido, donde me sentía en mi casa, donde había realizado una vez más esa operación que siempre hay que volver a empezar, más larga, más difícil que abatir los párpados, y que consiste en posar sobre las cosas el alma que nos es familiar en lugar de la suya, que nos asustaba. Sin sospechar el repentino cambio de alma que me esperaba, me pregunté si ahora no habría sido mejor ir siempre a hoteles distintos en los que cenar por primera vez, en los que el hábito aún no habría matado en cada piso, delante de cada puerta, el dragón terrorífico que parecía vigilar una existencia encantada, en los que tendría que acercarme a esas mujeres desconocidas que los palaces, los casinos y las playas no hacen, a la manera de vastos poliperos, sino reunir y obligar a vivir en comunidad.

Había sentido placer con todo, hasta con el hecho mismo de que el aburrido primer presidente tuviese tanta prisa por verme; para primer día, veía las olas, las azuladas cadenas montañosas del mar, sus glaciares y cascadas, su elevación y despreocupada majestad —sólo con sentir, por primera vez desde hacía tanto tiempo, al lavarme las manos, la fragancia especial de los jabones excesivamente perfumados del Grand-Hótel—, fragancia que, en la medida en que parecía pertenecer a un mismo tiempo al momento presente y a la temporada anterior, flotaba entre uno y otra como el auténtico encanto de una vida particular en la que sólo se vuelve a casa para cambiarse de corbata. Las sábanas de la cama, demasiado finas, demasiado ligeras, demasiado amplias para poder remeterlas y sujetarlas, y que quedaban hinchadas alrededor de las mantas en

volutas móviles, me hubieran entristecido en otro tiempo. Pero se limitaron a mecer, sobre la redondez incómoda y abombada de sus velas, el sol glorioso y lleno de esperanzas de la primera mañana. Mas ésta no tuvo tiempo de surgir. Aquella misma noche, la atroz y divina presencia había resucitado, Rogué al director que se fuese, que no dejara entrar a nadie. Le dije que me quedaría en la cama y rechacé su ofrecimiento de mandar a buscar la excelente droga a la farmacia. Le encantó que la rechazase porque temía que el olor del «calipto» molestase a los clientes. Cosa que me valió este cumplido: «Está usted en el movimiento» (quería decir; «en lo cierto»), y la siguiente recomendación: «Tenga cuidado de no salir a la puerta, porque he hecho "inducir" de aceite las cerraduras; si algún empleado se permitiese llamar a su habitación, sería "rodado" a golpes. Y que lo tengan por dicho, porque no me gustan los "repetimientos" (evidentemente esto quería decir: no me gusta repetir dos veces las cosas). Pero, para entonarse un poco, ¿no querría un poco de vino añejo del que abajo tengo una buena conserva (sin duda por reserva)? No se lo traeré en una bandeja de plata como la cabeza de Ionathán[230], y le advierto que no es château-lafite[231], pero es casi equívoco (por equivalente). Y como es ligero, podríamos hacer que le frían un lenguadito». Rechacé todo, pero me sorprendió oír el nombre del pescado (la solé) pronunciado como el árbol «le saule» por un hombre que había debido de pedir tantos en su vida[232].

A pesar de las promesas del director, poco más tarde me trajeron la tarjeta con el pico doblado de la marquesa de Cambremer. Dispuesta a visitarme, la vieja dama había mandado preguntar si me encontraba en el hotel y, al enterarse de que no había llegado sino la víspera y que me encontraba indispuesto, no había insistido, y (no sin detenerse, desde luego, delante de la farmacia o de la mercería, para que el lacayo, saltando del asiento, entrase a pagar alguna cuenta o a hacer provisiones) se había vuelto a Féterne en su vieja calesa de ocho ballestas tirada por dos caballos. Por otra parte, muy a menudo se oía el rodar y se admiraba el fasto de aquella calesa en las calles de Balbec y de algunas otras pequeñas localidades costeras situadas entre Balbec y Féterne. Mas no eran esas paradas en las tiendas de sus

proveedores el motivo de aquellos paseos. Al contrario, solían tener por meta alguna merienda, o garlen party, en casa de algún hidalgüelo rural o de algún burgués absolutamente indignos de la marquesa. Pero ésta, a pesar de dominar desde muy arriba, por su linaje y fortuna, a la pequeña nobleza de los alrededores, tenía tanto miedo, en su gran bondad y en su sencillez perfectas, a decepcionar a cualquiera que la hubiese invitado, que acudía a las reuniones mundanas más insignificantes de la vecindad. Desde luego, antes que hacer tanto camino para ir a escuchar, en el calor de un asfixiante saloncito, a una cantante las más de las veces sin talento y a la que, en su condición de gran dama de la región y de música famosa, tendría luego que felicitar con exagerados cumplidos, Mme. de Cambremer hubiese preferido salir a pasear o quedarse en sus maravillosos jardines de Féterne a cuyo pie van a morir, entre flores, las adormecidas olas de una pequeña bahía. Mas era consciente de que su probable venida había sido anunciada por el dueño de la casa, se tratase de un noble o de un burgués exento del pago de impuestos de Maineville-la-Teinturiére o de Chattoncourt-l'Orgueilleux[233]. Pero si Mme. de Cambremer hubiese salido aquel día sin hacer acto de presencia en la fiesta, este o aquel invitado procedente de una de las pequeñas playas diseminadas a lo largo de la costa habría podido oír y ver la calesa de la marquesa, privándola de la excusa de no haber podido salir de Féterne. Por otro lado, aunque esos anfitriones habían visto a menudo a Mme. de Cambremer dirigirse a conciertos dados en casas de personas indignas, según ellos, de recibirla, la ligera disminución que a sus ojos sufría el prestigio de la excesivamente compasiva marquesa se esfumaba al punto cuando eran ellos los que recibían, y se preguntaban enfebrecidos si acudiría o no a su pequeña merienda. ¡Qué alivio para las inquietudes que venían sintiendo desde hacía varios días si, después del primer fragmento cantado por la hija de los anfitriones o por algún aficionado en vacaciones, un invitado anunciaba (signo infalible de que la marquesa acudiría a la matinée) haber visto los caballos de la famosa calesa parados delante del relojero o del droguero! Entonces, Mme. de Cambremer (que de hecho no tardaría en entrar seguida de su nuera y de los invitados que

en aquel momento alojaba en su casa, y para los que había pedido el permiso, concedido con mucha alegría, de llevarlos consigo) recuperaba entonces todo su lustre a ojos de los anfitriones, para quienes la recompensa de su esperada venida acaso había sido causa determinante e inconfesada de la decisión que habían tomado un mes antes: infligirse la molestia y los gastos de dar una matinée. Al ver a la marquesa presente en su merienda, lo que recordaban no era ya la complacencia con que acudía a las de los vecinos pocos cualificados, sino la antigüedad de su familia, el lujo de su castillo, la descortesía de su nuera, Legrandin de soltera, que, con su arrogancia, daba tono a la bonhomía algo sosa de la suegra. Ya se figuraban estar leyendo en la crónica mundana del Gaulois, la gacetilla que ellos mismos cocinarían en familia, con todas las puertas bien cerradas con llave, sobre «el rinconcito de Bretaña donde uno se divierte de firme, la matinée selectísima de la que nadie se despide sin haber hecho prometer a los anfitriones la promesa de una pronta repetición». Todos los días esperaban el periódico, ansiosos por no haber visco todavía figurar en él su matinée, y temiendo haber recibido a Mme. de Cambremer sólo para sus invitados y no para la multitud de lectores. Por fin llegaba el bendito día: «La temporada es excepcionalmente brillante en Balbec este año. Están de moda los pequeños conciertos de tarde, etc.» Gracias a Dios, el nombre de Mme. de Cambremer había sido bien ortografiado y «citado al azar», pero en cabeza. Ya sólo quedaba mostrarse molesto por aquella indiscreción de los periódicos, que podía provocar rencillas con las personas a las que no se había podido invitar, y preguntar hipócritamente delante de Mme. de Cambremer quién había podido cometer la perfidia de enviar aquel eco de sociedad del que la marquesa, benévola y gran dama, decía: «Comprendo que pueda molestarles, pero por lo que a mí se refiere estoy encantadísima de que se sepa que vengo a su casa».

En la tarjeta que me entregaron, Mme. de Cambremer había garabateado que daba una matinée dos días más tarde. Y desde luego, apenas dos días antes, por más cansado de la vida mundana que yo pudiese estar, habría sido un verdadero placer para mí disfrutarla trasplantada a aquellos jardines donde, directamente en el suelo, gracias a la exposición de Féterne, crecían las higueras, las palmeras,

los planteles de rosales, incluso en el mar, a veces de un azul y de una calma mediterráneos, y sobre el que el pequeño yate de los propietarios iba a buscar, antes del comienzo de la fiesta, a las playas del otro lado de la bahía, a los invitados más importantes, sirviendo con su velamen tendido contra el sol, cuando todo el mundo había llegado, de comedor para merendar, y volviendo a zarpar al atardecer llevándose a los que había traído. Lujo delicioso, pero tan costoso que, en parte para hacer frente a los gastos que entrañaba, Mme. de Cambremer había tratado de aumentar sus ingresos de distintos modos, en particular alquilando, por primera vez, una de sus propiedades, muy distinta de Féterne: La Raspeliére. Sí, dos días antes, una marinee similar, poblada por pequeños nobles desconocidos, en un marco nuevo, ¡cómo me hubiera apartado de la «alta vida» parisiense! Pero ahora los placeres ya no tenían ningún sentido para raí. Escribí, pues, a Mme. de Cambremer para disculparme, igual que una hora antes había mandado despedir a Albertine: la pena había abolido en mí la posibilidad del deseo de forma tan completa como una fiebre alta anula el apetito. Mi madre debía llegar al día siguiente. Me parecía que era menos indigno de vivir a su lado, que la comprendería mejor, ahora que toda una vida extraña y degradante había hecho sitio al flujo de los desgarradores recuerdos que ceñían y ennoblecían mí alma, al igual que la suya, con su corona de espinas. Así lo creía; en realidad hay una gran distancia entre las penas verdaderas como era la de mamá —que nos privan literalmente de la vida por mucho tiempo, a veces para siempre, cuando hemos perdido al ser amado—, y esas otras penas, pasajeras pese a todo como debía de ser la mía, que se dan tanta prisa en marcharse cuanto han tardado en llegar, que no conocemos sino mucho después del suceso porque, para sentirlas, hemos tenido la necesidad de «comprenderlo»; penas como las que siente tanta gente y de las que la que a mí me torturaba entonces sólo se diferenciaba por esa modalidad del recuerdo involuntario.

En cuanto a una pena tan profunda como la de mi madre, yo mismo debía conocerla un día, y se verá en la continuación de este relato, pero no era entonces ni así como me la figuraba. Sin embargo, lo mismo que un recitador, que debería saber su papel y estar en su

puesto desde mucho tiempo antes, pero que acaba de llegar en el último segundo y sólo ha leído una vez lo que tiene que decir, sabe disimular con habilidad suficiente cuando llega el momento en que debe dar la réplica para que nadie pueda darse cuenta de su retraso, así mi pena, tan reciente, me permitió al llegar mi madre hablarle como si siempre hubiese sido la misma. Ella se limitó a pensar que la vísta de aquellos lugares en que yo había estado con mi abuela (y no era así por lo demás) la había despertado. Entonces, asustado, y porque sentía un dolor que no era nada comparado con el suyo pero que me abría los ojos, me di cuenta por primera vez de todo lo que ella podía sufrir. Por primera vez comprendí que aquella mirada fija y sin lágrimas (causa de la escasa lástima que le tributaba Françoise) que tenía desde la muerte de la abuela había anclado en aquella incomprensible contradicción del recuerdo y de la nada. Además, aunque siguiese con sus velos negros, vestida con más cuidado en aquel país nuevo, me sorprendía más la transformación que se había producido en ella. Decir que había perdido toda alegría es decir poco: fundida, congelada en una especie de imagen implorante, parecía tener miedo a ofender con un movimiento demasiado brusco, con un sonido de voz demasiado alto, a la dolorosa presencia que nunca la dejaba. Pero, apenas la vi entrar con su manto de crespón, me di cuenta sobre todo —cosa que en París se me había escapado— de que ya no era mi madre a quien tenía ante los ojos, sino mi abuela. Así como, en ¡as familias reales y ducales, a la muerte del jefe el hijo asume su título y de duque d'Orléans[234], de príncipe de Tárento[235] o de príncipe des Laumes, se convierte en rey de Francia, duque de La Trémoïlle, duque de Guermantes, así a menudo, merced a un suceso de otro orden y de origen más profundo, el muerto se apodera del vivo que se convierte en su sucesor semejante, en el continuador de su vida interrumpida. Acaso la gran pena que, en una hija como era mamá, sigue a la muerte de su madre, no haga sino romper antes la crisálida, apresurar la metamorfosis y la aparición de un ser que se lleva dentro y que, de no ser por esa crisis que hace quemar las etapas y saltar de un solo golpe varias fases, no habría sobrevenido sino más despacio. Acaso en la nostalgia dolorida de la persona que ya no

existe haya una especie de sugestión que termina haciendo aflorar a nuestros rasgos unas similitudes que por otra parte teníamos en potencia; y, sobre todo, una detención de nuestra actividad más particularmente individual (en el caso de mi madre, el buen sentido, la alegría burlona heredada de su padre), que no temíamos ejercer mientras vivía la persona amada, aunque fuese a su costa,, y que contrarrestaba el carácter que habíamos heredado exclusivamente de esa persona. Una vez muerta tendríamos escrúpulos de ser otro, sólo admiramos lo que ella era, lo que ya éramos nosotros, aunque mezclado con otra cosa, y que desde ese momento vamos a ser de manera exclusiva. En este sencido (y no en ese otro tan vago, can falso en que se entiende la mayoría de las veces) puede decirse que la muerte no es inútil, que el muerto sigue actuando sobre nosotros. Actúa incluso más que un vivo porque, como la verdadera realidad no se capta sino por la mente, como es el objeto de una operación intelectual, realmente sólo conocemos aquello que nos vemos obligados a recrear con el pensamiento, aquello que la vida de todos los días nos oculta… En suma, en ese culto de la pena por nuestros muertos, consagramos una idolatría a lo que amaron. Mi madre no sólo no podía separarse del bolso de la abuela, más precioso ahora que si hubiera sido de zafiros y diamantes, de su manguito, de todas aquellas prendas que acentuaban todavía más el parecido de aspecto entre ambas, sino ni siquiera de los volúmenes de Mme. de Sévigné que la abuela siempre llevaba consigo, ejemplares que mi madre no hubiera cambiado por el manuscrito mismo de las Cartas. Antes le gastaba bromas a la abuela, que no le escribía una sola vez sin citar una frase de Mme. de Sévigné o de Mme. de Beausergent[236]. En cada una de las tres cartas que recibí de mamá antes de su llegada a Balbec, me citó a Mme. de Sévigné, como si esas tres cartas no hubiesen sido dirigidas por ella a mí, sino por mi abuela a ella. Quiso bajar al dique a ver aquella playa de la que la abuela le hablaba todos los días al escribirle. Desde la ventana, la vi, toda de negro, con el antucas[237] de su madre en la mano, avanzar con paso tímido y piadoso por la arena que unos pies queridos habían hollado antes que ella, y parecía que anduviese a la búsqueda de una muerta que las

olas debían traer. Para no dejarla cenar sola, tuve que bajar con ella. El primer presidente y la viuda del decano del colegio de abogados me pidieron que los presentase. Y era tan sensible a todo lo que tenía relación con la abuela que experimentó una emoción infinita, conservó eterna gratitud y recuerdo de lo que le dijo el primer presidente, del mismo modo que, en cambio, soportó indignada que la mujer del decano no tuviese una palabra de recuerdo para la muerta. En realidad, la abuela no le preocupaba al primer presidente más que a la mujer del decano. Las palabras emocionadas del uno y el silencio de la otra, aunque mi madre viese en ello contraste tan decisivo, no eran otra cosa que dos modos distintos de expresar esa indiferencia que nos inspiran los muertos. Mas creo que a mi madre le sonaron sobre todo dulcísimas las palabras en que, a pesar mío, dejé traslucir un poco de mi sufrimiento; Éste no podía sino hacer feliz a mamá (pese a todo el cariño que sentía por mí), como todo lo que garantizaba a mi abuela una supervivencia en los corazones. Todos los días siguientes mi madre bajó a sentarse en la playa para hacer exactamente lo que su madre había hecho, y leía sus dos libros preferidos, las Memorias de Mme. de Beausergent y las Cartas de Mme. de Sévigné. Ni ella ni ninguno de nosotros había podido soportar que llamaran a esta última la «espiritual marquesa», como tampoco que llamasen a La Fon— taine «el bueno de La Fontaine[238]». Pero cuando leía en las Cartas estas palabras: «Hija mía», tenía la impresión de oír a su madre hablándole.

Tuvo la mala suerte, en una de aquellas peregrinaciones en que no quería ser molestada, de encontrar en la playa a una dama de Combray, seguida de sus hijas. Creo que se llamaba Mme. Poussin. Pero nosotros siempre la llamábamos «Ya me lo' dirás», porque mediante esta frase perpetuamente repetida advertía a sus hijas de los males que estaban buscándose, diciendo por ejemplo a una que se frotaba los ojos: «Cuando cojas una buena oftalmía, ya me lo dirás». Dirigió de lejos a mamá largos saludos desconsolados, no en señal de condolencia, sino por educación. Si no hubiésemos perdido a la abuela y no hubiéramos tenido más que razones para ser felices, ella habría hecho lo mismo. Por vivir bastante retirada en Combray, en un

inmenso jardín, nunca encontraba nada suficientemente dulce, y hacía sufrir enduizamientos a las palabras y a los nombres mismos de la lengua francesa. Le parecía demasiado duro llamar cuiller a la pieza de plata que usaba para sus jarabes y por eso decía cueiller; hubiese tenido miedo a tratar con excesiva brusquedad al dulce cantor de Telémaco llamándole rudamente Knelon —como yo mismo hacía con conocimiento de causa, dado que tenía por amigo más querido a la criatura más inteligente, buena y valerosa, inolvidable para todos los que le conocieron, Bertrand de Fénelon[239]—, y por eso no decía nunca sino «Fénelon», por parecerle que el acento agudo le añadía cierra suavidad. El yerno, no tan dulce, de esta Mme. Poussin, y cuyo nombre he olvidado, era notario en Combray; se llevó la caja e hizo perder a mi tío, en particular, una cantidad bastante considerable. Pero la mayor parte de los habitantes de Combray estaban en tan buenos términos con los demás miembros de la familia que no se produjeron rencores y se contentaron con compadecer a Mme. Poussin. No recibía nunca, pero cada vez que alguien pasaba delante de su verja todos se paraban para admirar sus admirables enramadas, sin poder distinguir nada más. Apenas si nos molestó en Balbec, donde sólo la encontré una vez, en el momento en que decía a su hija que se comía las uñas: «Cuando tengas un buen panadizo, ya me lo dirás».

Mientras mamá leía en la playa, yo me quedaba solo en mi habitación. Recordaba el último período de la vida de la abuela y todo lo relacionado con él, la puerta de la escalera que se había quedado abierta cuando habíamos salido para su último paseo. En contraste con todo esto, el resto del mundo apenas parecía real y mi sufrimiento lo envenenaba por completo. Mi madre acabó por obligarme a salir. Pero, a cada paso, algún aspecto olvidado del Casino, de la calle en que la primera noche, mientras la esperaba, me había llegado hasta el monumento de Duguay-Trouin[240], me impedía, como un viento contra el que no se puede luchar, seguir adelante; bajaba los ojos para no ver. Y cuando recuperaba algunas fuerzas, volvía hacia el hotel, hacia aquel hotel donde sabía que ahora era imposible, por más tiempo que debiese esperar, encontrar de

nuevo a la abuela como la había encontrado en el pasado, la primera noche que llegué. Como era la primera vez que salía, muchos criados a los que aún no había visto me miraron curiosos. En la puerta misma del hotel, un joven botones se quitó la gorra para saludarme y volvió a ponérsela enseguida. Pensé que Aimé le había «pasado la consigna», según su expresión, de tener cierras atenciones conmigo. Pero en el mismo momento vi que volvió a quitársela para otra persona que entraba. La verdad es que lo único que aquel joven sabía hacer en la vida era quitarse y volver a ponerse la gorra, y lo hacía a la perfección. Habiendo comprendido que era incapaz de otra cosa y que descollaba en ésa, la realizaba el mayor número de veces posible al día, lo que le valía de parte de los clientes una simpatía discreta pero general, y una gran simpatía también de parte del portero a quien correspondía la tarea de contratar a los botones y que, hasta este raro pájaro, no había conseguido encontrar uno al que no tuviesen que despedir al cabo de una semana, para gran asombro de Aimé, que decía: «Sin embargo, en este oficio apenas si se les pide otra cosa que ser atentos, no debería de ser tan difícil». El director también estaba empeñado en que tuviesen lo que él calificaba de bella «presencia», con lo que pretendía decir que permaneciesen en su sitio, o más bien confundiendo esa palabra con «prestancia». El aspecto del prado de césped que se extendía detrás del hotel había sido modificado por La creación de unos cuantos arriates floridos y la eliminación, no sólo de un arbusto exótico, sino del botones que, el primer año, decoraba exteriormente la entrada con el grácil tallo de su figura y la singular coloración de su pelo[241]. Había seguido a una condesa polaca que lo había contratado como secrerario, imitando en esto a sus dos hermanos mayores y a su hermana mecanógrafa, arrancados del hotel por personalidades de distintos países y sexos que se habían enamorado de su encanto. Sólo quedaba el más pequeño, en el que no se interesaba nadie porque era bizco. Se ponía muy contento cuando la condesa polaca y Los protectores de los otros dos venían a pasar un tiempo al hotel de Balbec. Porque, aunque envidiaba a sus hermanos, los quería, y de esta forma podía cultivar durante algunas semanas los sentimientos familiares. ¿No tenía acaso la abadesa de

Fontevrault[242] La costumbre, abandonando para ello a sus monjas, de ir a compartir la hospitalidad que ofrecía Luis XIV a aquella otra Mortemart, su amante, Mme. de Montespan[243]? En cuanto a él, era el primer año que estaba en Balbec; aún no me conocía, pero habiendo oído a sus compañeros más antiguos hacer seguir, cuando me hablaban, mi nombre al apelativo de «señor», los imitó desde la primera vez con el aire satisfecho de quien manifiesta sus conocimientos sobre una personalidad que consideraba conocida, o de quien se acomoda a una costumbre que hace cinco minutos ignoraba pero que le parece indispensable no contravenir. Yo comprendía perfectamente el encanto que aquel gran palace podía ofrecer a ciertas personas. Estaba organizado como un teatro, y una gran cantidad de comparsas lo animaba hasta los telares. Aunque el cliente no fuese más que una especie de espectador, estaba perpetuamente metido en el espectáculo, no como en esos teatros donde los actores representan una escena en el patio de butacas, sino como sí la vida del espectador se desarrollase en medio de las suntuosidades de la escena. El jugador de tenis podía entrar con chaqueta de franela blanca, el portero se había puesto su frac azul con galones de plata para entregarle sus cartas. Si nuestro jugador de tenis no quería subir a pie, no por eso dejaba de mezclarse con los actores teniendo a su lado, para manejar el ascensor, al lift suntuosamente ataviado. Los corredores de cada piso escondían una fuga de camaristas y de courrière, bellas en el mar como el friso de las Panateneas[244], y hasta cuyas pequeñas habitaciones llegaban los aficionados a la belleza femenina ancilar por sabios y tortuosos itinerarios. Abajo, era el elemento masculino el que dominaba y convertía este hotel, debido a la extremada e indolente juventud de los sirvientes, en una especie de tragedia judeocristiana que, después de tomar cuerpo, se representase perpetuamente. Por eso, al verlos, no podía menos de decirme para mis adentros, no desde luego los versos de Racine que me habían venido a la mente en casa de la princesa de Guermantes mientras M, de Vaugoubert contemplaba a los jóvenes secretarios de embajada saludando a M. de Charlus, sino otros versos de Racine, sacados esta vez no de Esther sirio de Athalie[245]: porque

desde el hall, que en el siglo XVII se denominaba los pórticos, montaba guardia «un peuple florissant[246]» de jóvenes botones, sobre todo a la hora de la merienda, como los jóvenes israelitas de los coros de Racine. Mas no creo que uno solo de ellos hubiese podido dar siquiera la vaga respuesta que Joás encuentra para Atalía cuando ésta pregunta al príncipe niño: «Quel est done t/otre emploi[247]?», porque no tenían ninguno. A lo sumo, si a cualquiera de ellos le hubiesen preguntado, como la vieja reina:

Mais tout ce peuple enfermé dans ce lieu,
A quoi s'occupe-t-il[248]?

(Pero, todo este pueblo encerrado en este lugar, / ¿en qué se ocupa?)

habría podido decir:

Je vois l'ordre pompeux de ces cérémonies[249]

(Veo el orden pomposo de estas ceremonias)

… y contribuyo a él. A veces, uno de los jóvenes comparsas iba hacia algún personaje más importante, luego esa joven belleza regresaba al coro y, siempre que no fuese el momento de una pausa contemplativa, todos entrelazaban sus evoluciones inútiles, respetuosas, decorativas y cotidianas. De hecho, excepto su «día de salida», loin du monde élevés[250]» y sin pisar suelo que no fuese sagrado, llevaban la misma existencia eclesiástica que los levitas en Athalie, y ante aquella troupejeune et fidile[251] que evolucionaba a los pies de las gradas cubiertas de alfombras magníficas, podía preguntarme si penetraba en el Grand-Hôtel de Balbec o en el templo de Salomón.

Subía directamente a mi habitación. Mis pensamientos apenas se apartaban de los últimos días de la enfermedad de la abuela, de

aquellos sufrimientos que yo revivía, aumentándolos con ese elemento, más difícil aún de soportar que el sufrimiento mismo de los otros, y que les añade nuestra cruel piedad; cuando creemos que nos limitamos a recrear los dolores de un ser querido, nuestra piedad los exagera; pero acaso sea ésta la que está en lo cierto, más que la conciencia que tienen de esos dolores quienes los sufren, y a los que queda oculta esa tristeza de su vida, esa tristeza que en cambio la piedad ve y por la cual se desespera. Sin embargo, en un nuevo impulso mi piedad habría superado los sufrimientos de la abuela si entonces hubiera sabido lo que ignoré mucho tiempo, que la víspera de su muerte, en un momento de lucidez y después de cerciorarse de que yo no estaba allí, había cogido la mano de mamá y, pegando a ella sus labios febriles, le había dicho: «Adiós, hija mía, adiós para siempre».Y acaso sea también este recuerdo lo que mi madre no ha dejado nunca de mirar tan fijamente. Luego volvían a mí los dulces recuerdos. Ella era mi abuela y yo era su nieto. Las expresiones de su rostro parecían escritas en una lengua reservada sólo para mí; en mi vida, ella lo era todo, los demás sólo existían respecto a ella, respecto a las opiniones que ella me daría sobre ellos; pero no, nuestras relaciones fueron demasiado fugaces para no haber sido accidentales. Ya no me conoce, nunca la volveré a ver. No habíamos sido creados únicamente el uno para el otro, era una extraña. De aquella extraña, estaba contemplando yo la fotografía hecha por Saint-Loup. Mamá, que había encontrado a Albertine, había insistido en que la viese debido a las cosas amables que mi amiga le había dicho sobre la abuela y sobre mí. Por eso yo le había dado una cita. Advertí al director para que la hiciese esperar en el salón. Me dijo que la conocía hacía mucho tiempo, a ella y a sus amigas, mucho antes de que hubiesen alcanzado «la edad de la pureza», pero que estaba enfadado con ellas por cosas que habían dicho del hotel. «No deben de ser demasiado "ilustradas" para hablar así. A menos que las hayan calumniado». No me costó mucho comprender que «pureza» quería decir «pubertad». Lo de «ilustradas», en cambio, me puso en un aprieto mayor. Quizás era una confusión con «iletradas», que a su vez podía ser confusión con «letradas». Mientras llegaba la hora de bajar en busca de Albertine, tenía los ojos fijos, como en un dibujo que a

fuerza de mirarlo se termina por no ver, en la fotografía que Saint-Loup había hecho, cuando, de golpe, volví a pensar; «Es la abuela, yo soy su nieto», como un amnésico recupera su nombre, como un enfermo cambia de personalidad. Entró Fran<;oise para anunciarme la llegada de Albertine y al ver la fotografía: «Pobre señora, realmente es ella, hasta tiene su lunar en la mejilla; ese día que el marqués la fotografió, estaba muy enferma, se había encontrado mal dos veces. "Sobre todo, Françoise, me había dicho, que no se entere mi nieto". Y bien que lo ocultaba, en compañía de gente siempre estaba alegre. Aunque a veces, por ejemplo, me daba la impresión de que estaba algo monótona de cabeza. Pero se le pasaba enseguida. Y luego me dijo algo así: "Por si me pasase algo, él debería tener un retrato mío. Nunca me he hecho ni uno". Entonces me mandó a decirle al señor marqués, recomendándole que no le contase al señor que era ella quien lo había pedido, si no podría sacarle su fotografía. Pero cuando volví a decirle que sí, ya no quería, porque creía encontrarse con muy mala cara. "Sería todavía peor, me dijo, que no tener ninguna fotografía". Pero como no era tonta, terminó por arreglarse tan bien, poniéndose un gran sombrero de ala vuelta que le caía por delante, que no dejaba ver gran cosa si no estaba a plena luz. Estaba muy contenta con su fotografía, porque en ese momento no pensaba que volvería de Balbec. Por más que le decía: "Señora, no debe hablar así, no me gusta oír hablar así a la señora", se le había metido esa idea en la cabeza. Y la verdad es que hacía varios días que ya no podía comer. Por eso insistía para que el señor saliese a cenar fuera con el señor marqués. Entonces, en vez de dirigirse a la mesa, fingía leer y, en cuanto arrancaba el coche del marqués, subía a acostarse. Algunos días quería avisar a la señora para que viniese a verla por última vez. Pero luego tenía miedo de impresionarla, dado que no le había dicho nada. "Más vale que se quede con su marido, ¿verdad, Françoise?"»

Mirándome, Fran<;oise me preguntó de pronto si me «sentía indispuesto». Le dije que no; y ella: «Bueno, aquí me tiene charlando con usted. A lo mejor ha llegado ya su visita. Tengo que bajar. No es persona para este sitio. Además, con la prisa que siempre tiene, podría haberse marchado. No le gusta esperar. ¡Ah!, ahora la señorita Albertine es alguien». —«Se equivoca, Françoise, está bastante bien,

demasiado bien para este sitio. Pero vaya a avisarle de que hoy no podré verla».

¡Qué exclamaciones compasivas habría despertado en Françoise si me hubiera visto llorar! Lo oculté cuidadosamente. Si no lo hubiese hecho, habría tenido su simpatía. Pero yo le di la mía. No nos ponemos bastante en el corazón de estas pobres sirvientas que no pueden vernos llorar, como si llorar nos hiciese mal; o quizá les haga mal a ellas, porque Françoise, cuando yo era pequeño, me había dicho: «No llore así, no me gusta verle llorar así». No nos gustan las grandes frases, los testimonios, y hacemos mal, de ese modo cerramos nuestro corazón al patetismo de los campos, a la leyenda que la pobre criada, despedida, acaso injustamente, por hurto, coda pálida y, de golpe, más humilde, como si ser acusada fuese un crimen, cuenta invocando la honradez de su padre, los principios de su madre, los consejos de la abuela. Cierto que esos mismos sirvientes que no pueden soportar nuestras lágrimas son los mismos que sin ningún escrúpulo nos harán pillar una pleuresía porque a la camarera del piso de abajo le gustan las corrientes de aire y no sería cortés suprimirlas. De hecho, es preciso que los mismos que tienen razón, como Françoise, dejen también de tenerla, para hacer de la Justicia una cosa imposible. Hasta los humildes placeres de las sirvientas provocan el rechazo o la burla de sus amos. Pues siempre se trata de una minucia, pero tontamente sentimental, antihigiénica. Por eso pueden decir: «Hay que ver, es lo único que pido en todo el año, y no me lo conceden». Y sin embargo los amos concederían mucho más, siempre que no fuese estúpido o peligroso para ellas —o para ellos—. Claro que, a la humildad de la pobre criada que, temblando, está dispuesta a confesar lo que no ha hecho, diciendo «me iré esta misma noche si es preciso», no puede uno resistirse. Pero también es preciso ser capaces de no permanecer insensibles, a pesar de la trivialidad solemne y amenazadora de las cosas que dice, de su herencia materna y de la dignidad del «terruño», ante una vieja cocinera que se adorna con una vida y una ascendencia honrada, que sostiene la escoba como un cetro, que recita su papel por lo trágico, entrecortándolo con sollozos, irguiéndose con majestad. Ese día recordé o imaginé escenas parecidas, las relacioné con nuestra vieja

criada y, desde entonces, a pesar de todo el mal que fue capaz de hacerle a Albertine, amé a Franqoise con un cariño, cierto que intermitente, pero dei género mis fuerte, de ese que tiene como base la piedad.

Desde luego sufrí todo el día permaneciendo delante de la fotografía de la abuela. Me torturaba. Menos sin embargo de lo que hizo por la noche la visita del director. Mientras le hablaba de la abuela y él renovaba sus condolencias, le oí decirme (porque le gustaba emplear las palabras que pronunciaba mal): «Es como el día en que su señora abuela tuvo aquel sinécope, yo quería avisarle, por la clientela, ¿me comprende?, porque.hubiese podido perjudicar a la casa. Habría sido mejor que se fuese aquella misma noche. Pero me suplicó que no dijese nada y me prometió que no tendría más sinécopes o, en caso contrario, al primero se marcharía. El encargado del piso sin embargo me informó de que había tenido otro. Pero la verdad es que ustedes eran viejos clientes a los que tratábamos de tener contentos y como nadie se quejó…». De modo que la abuela había sufrido síncopes y me los había ocultado. Quizá en el momento en que menos amable era yo con ella, en que, encontrándose mal, se veía obligada a esforzarse a estar de buen humor para no irritarme y a fingir buena salud para no ser expulsada del hotel. «Sinécope» es un término que, pronunciado así, nunca habría imaginado, que aplicado a otros tal vez me habría parecido ridículo, pero que en su extraña novedad sonora, parecida a la de una disonancia original, tuvo durante mucho tiempo el poder de despertar en mí las sensaciones más dolorosas.

Al día siguiente, a ruegos de mamá, fui a tumbarme un poco en la arena, o más bien en las dunas, allí donde puede uno esconderse detrás de sus repliegues, y donde sabía que Albertine y sus amigas no podrían encontrarme. Mis párpados, entrecerrados, no dejaban filtrarse más que una sola luz, toda rosa, la de las paredes internas de mis ojos. Luego se cerraron del todo. Entonces se me apareció la abuela sentada en un sillón. Tan débil que parecía estar menos viva que las demás personas. Sin embargo yo la oía respirar; a veces un signo demostraba que había comprendido lo que mi padre y yo nos decíamos. Pero por más que la abrazase, no conseguía despenar una

mirada afectuosa en sus ojos, ni un poco de color en sus mejillas. Ausente de sí misma, parecía no quererme, no conocerme, no verme quizá. No podía yo adivinar el secreto de su indiferencia, de su abatimiento, de su descontento silencioso. Me llevé aparte a mi padre. «De todos modos ya lo ves, le dije, no se puede negar, ha captado cada cosa exactamente. Es la ilusión completa de la vida. Si pudiéramos hacer venir a tu primo, que sostiene que los muertos han dejado de vivir. Hace ya más de un año que está muerta y de hecho sigue viva. Pero ¿por qué no quiere abrazarme?» —«Mira cómo se le cae la pobre cabeza». —«Pero le gustaría ir dentro de un rato a los Champs—Élysées». «¡Es una locura!» —«¿Estás realmente convencido de que podría hacerle mal, de que podría morirse más? No es posible que haya dejado de quererme. Aunque siga abrazándola, ¿no volverá a sonreírme nunca más?». —«¡Qué quieres, los muertos son los muertos!»

Unos días más tarde, la fotografía que Saint-Loup había hecho me proporcionaba dulzura al mirarla; no despertaba el recuerdo de lo que Francoise me había dicho porque no me había abandonado e iba acostumbrándome a él. Pero, frente a la idea que, ese día, me hacía de su estado tan grave, tan doloroso, la fotografía, aprovechando aún las estratagemas empleadas por mi abuela y que lograban engañarme incluso después de haberme sido reveladas, me la mostraba tan elegante, tan despreocupada, bajo el sombrero que ocultaba un poco su rostro, que la veía menos desdichada y menos enferma de lo que había imaginado. Y sin embargo, aunque sus mejillas tenían, sin ella saberlo, una expresión propia, algo de plúmbeo, de despavorido, como la mirada de un animal que ya se sintiera elegido y señalado, la abuela tenía un aire de condenada a muerte, un aire involuntariamente sombrío, inconscientemente trágico que a mí se me escapaba pero que impedía a mamá mirar aquella fotografía, aquella fotografía que le parecía menos una fotografía de su madre que de su enfermedad, de un insulto que aquella enfermedad hacía al rostro brutalmente abofeteado de la abuela.

Luego, un día me decidí a mandar recado a Albertine de que no tardaría en recibirla. Y es que, una mañana de gran calor prematuro, los mil chillidos de los niños que jugaban, de los bañistas que se

gastaban bromas, de los vendedores de periódicos, me habían descrito con rasgos de fuego, en pavesas entrelazadas, la playa ardiente que las pequeñas olas venían una tras otra a regar con su frescor; había comenzado entonces el concierto sinfónico mezclado al chapoteo del agua en que los violines vibraban como un enjambre de abejas extraviado en el mar. Inmediatamente había deseado oír de nuevo la risa de Albertine, ver otra vez a sus amigas, a aquellas muchachas recortándose contra las olas que habían permanecido en mi recuerdo como el encanto inseparable, la flora característica de Balbec; y había decidida enviar por medio de Françoise un recado a Albertine, para la semana siguiente, mientras el mar, creciendo dulcemente, recubría por completo, cada vez que una ola rompía con corrientes de cristal, la melodía cuyas frases parecían separadas unas de otras como esos ángeles tañedores de laúd que se alzan en la cima de la catedral italiana, entre las crestas de pórfiro azul y de jaspe espumoso. Pero el día en que Albertine vino, el tiempo había vuelto a estropearse y refrescar, y no tuve además ocasión de oír su risa; estaba de un humor pésimo. «Balbec está aburrido este año, me dijo. Procuraré no quedarme mucho tiempo. Estoy aquí desde Pascua, ya sabe, eso es más de un mes. No hay nadie. Si le parece divertido». A pesar de la reciente lluvia y del cielo cambiante de un minuto para otro, después de haber acompañado a Albertine hasta Épreville, porque Albertine hacía, según su expresión, de «lanzadera» entre esa pequeña playa, donde estaba la villa de Mme. Bontemps[252], e Incarville, donde vivía «cogida a pensión» por los padres de Rosemonde, me fui a pasear solo por aquella gran carretera que tomaba el coche de Mme. de Villeparisis cuando íbamos de paseo con la abuela; unos charcos de agua que el sol que entonces brillaba aún no había secado, convertían el suelo en una verdadera ciénaga, y yo pensaba en mi abuela que tiempo atrás no podía dar dos pasos sin llenarse de barro. Pero cuando hube llegado a la carretera quedé deslumbrado. Allí donde en el mes de agosto, con la abuela, sólo había visto las hojas y el emplazamiento por así decir de los manzanos, ahora estaban éstos hasta perderse de vista en plena floración, de una magnificencia inaudita, con los pies en el barro y en toilette de baile, sin tomar la

menor precaución para no echar a perder el más espléndido caso de color rosa que jamás se hubiera visto y que relumbraba con los rayos del sol; el horizonte lejano del mar proporcionaba a los manzanos una especie de fondo de estampa japonesa; si alzaba la cabeza para mirar el cielo entre las flores, que daban a su azul sosegado un tono casi violento, parecían apartarse para mostrar la profundidad de aquel paraíso. Por debajo de aquel azul, una brisa ligera pero fría hacía temblar levemente los enrojecidos ramilletes. Unos paros azules iban a posarse en las ramas y saltaban entre las flores, indulgentes, como si toda aquella belleza viviente hubiera sido creada de forma artificial por un entusiasta del exotismo y los colores. Pero si conmovía hasta las lágrimas era porque, por lejos que llegase en sus efectos de arte refinado, se notaba que era una belleza natural, que aquellos manzanos estaban allí en pleno campo como campesinos en una carretera principal de Francia. Luego, a los rayos del sol les sucedieron súbitamente los de la lluvia; rayaron todo el horizonte, encerrando la hilera de manzanos en su red gris. Pero los manzanos seguían irguiendo su belleza, florida y rosada, en el viento que se había vuelto glacial bajo el chaparrón que caía: era una jornada de primavera[253].

CAPÍTULO II

Los misterios de Albertine. — Las muchachas que Albertine ve en el espejo. — La dama desconocida, — El liftier. — Múdame de Cambremer. — Los placeres de M. Ntssim Bernard. — Primer esbozo del carácter extraño de Marel. —M. de Charlus cena en casa de los Verdurin

TEMIENDO que el placer hallado en aquel paseo solitario debilitase en mí el recuerdo de la abuela, procuraba reavivarlo en el sufrimiento moral tan grande que la había afligido; a mi reclamo, ese sufrimiento trataba de construirse en mi corazón, echaba en él sus inmensos pilares; pero mi corazón era sin duda demasiado pequeño para ella, yo carecía de fuerza para sobrellevar un dolor tan grande, mi atención flaqueaba en el momento en que ese sufrimiento se reformaba por entero, y sus arcos se desmoronaban antes de haberse reunido igual que se derrumban las olas antes de haber completado su bóveda. Sin embargo, habrían bastado mis sueños cuando estaba dormido para hacerme saber que mi dolor por la muerte de la abuela menguaba, pues aparecía en ellos menos oprimida por la idea que yo me hacía de su nada. Seguía viéndola enferma, pero en vías de restablecerse, laencontraba mejor. Ysiellaaludíaalo que había sufrido, yo le cerraba la boca con mis besos, asegurándole que ahora estaba curada para siempre. Habría querido hacer constatar a los escépticos que la

muerte es realmente una enfermedad de la que se vuelve. Sólo que ya no encontraba en mi abuela la rica espontaneidad de antes. Sus palabras no eran más que una respuesta debilitada, dócil, simple eco casi de mis palabras; la abuela ya no era otra cosa que el reflejo de mi propio pensamiento.

Aunque todavía fuese yo incapaz de sentir otra vez un deseo físico, sin embargo Albertine empezaba de nuevo a inspirarme una especie de deseo de felicidad. Ciertos sueños de ternura compartida, siempre flotantes en nosotros, se asocian de buen grado, por una especie de afinidad, al recuerdo (siempre que éste se haya vuelto ya algo vago) de una mujer con la que hemos tenido placer. Era un sentimiento que rraia a mi memoria unos aspectos del rostro de Albertine más dulces, menos alegres, bastante diferentes de los que el deseo físico me hubiera evocado; y como también era menos acuciante que este último, hubiese preferido diferir su realización hasta el invierno siguiente, sin tratar de volver a ver a Albertine en Balbec, antes de su partida. Pero incluso en medio de un dolor todavía vivo renace el deseo físico. En la cama donde me obligaban a guardar reposo mucho tiempo cada día, deseaba que Albertine viniese a reanudar nuestros juegos del pasado. ¿No ocurre que, en el mismo cuarto en que han perdido un hijo, dos esposos, pronto de nuevo entrelazados, dan un hermano al pequeño muerto? Procuraba distraerme de ese deseo yendo hasta la ventana a mirar el mar del día. Como el primer año, los mares, de un día a otro, rara vez eran los mismos. Pero, además, apenas si se parecían a los de aquel primer año, bien porque ahora era la primavera con sus tormentas, bien porque, aun cuando yo hubiese ido en la misma época que La primera vez, unos tiempos distintos, más mudables, habrían podido desaconsejar esta costa a ciertos mares indolentes, vaporosos y frágiles que yo había visto dormir en la playa en los días ardientes, alzando imperceptiblemente su seno azulado con una blanda palpitación, bien, sobre todo, porque mis ojos, enseñados por Elstir a retener precisamente los elementos que en el pasado dejaba voluntariamente de lado, contemplaban largamente lo que el primer año no sabían ver. Aquella oposición, que tanto me sorprendía entonces, entre los paseos agrestes que daba en compañía de Mme. de Villeparisis y aquella

fluida, inaccesible y mitológica proximidad del Océano eterno, había dejado de existir en mi mente. Y había días en que, ahora, el mar mismo me parecía, por el contrario, casi rural. En los días, bastante raros, de verdadero buen tiempo, el calor había trazado sobre las aguas, como a campo traviesa, una ruta polvorienta y blanca tras la que sobresalía, como un campanario rural, la fina punta de un barco de pesca. Un remolcador del que sólo se veía la chimenea humeaba a lo lejos como una fábrica apartada, mientras, solitario en el horizonte, un recuadro blanco y abombado, pintado seguramente por una vela pero que parecía compacto y como calcáreo, hacía pensar en el ángulo soleado de algún edificio aislado, hospital o escuela. Y las nubes y el viento, los días en que éste se sumaba al sol, completaban si no el error del juicio, al menos La ilusión de La primera mirada, la sugestión que despierta en la imaginación. Pues la alternancia de espacios de colores nítidamente contrastados como los que, en el campo, resultan de la contigüidad de cultivos diferentes, las desigualdades violentas, amarillas y como fangosas de la superficie marina, los espigones, los taludes que ocultaban a la vista una barca en la que una cuadrilla de ágiles marineros parecía estar segando, todo esto daba la impresión de transformar el océano, los días de tormenta, en algo tan variado, tan consistente, tan accidentado, tan populoso, tan civilizado como la tierra transitable por la que yo iba en otro tiempo y por la que volvería a pasear dentro de poco. Y una vez, sin poder resistir más mi deseo, en lugar de acostarme de nuevo me vestí y fui en busca de Albertine a Incarville, Le pediría que me acompañase hasta Douville, donde pensaba visitar, en Féterne a Mme. de Cambremer, y en La Raspeliére a Mme. Verdurin. Mientras tanto, Albertine me esperaría en la playa y volveríamos juntos por la noche. Fui a coger el trene— cito local del que Albertine y sus amigas me habían enseñado en el pasado todos los apodos usados en la región, donde lo llamaban unas veces Tortuoso por sus innumerables rodeos, Cafetera porque no avanzaba, Transatlántica a causa de una espantosa sirena que tenía para que se apartasen los transeúntes, el Decauville[254] y el Funi, no porque fuese un Funicular, sino porque trepaba por la escollera, ni siquiera en sentido estricto un decauvillf,

salvo porque tenía una vía de 60, el S.A.G., porque iba de Balbec a Grattevast[255] pasando por Angerville, el tram y el TS.N. porque formaba parte de la línea de tranvías del sur de Normandía[256]. Me instalé en un vagón donde estaba solo; hacía un sol espléndido, se ahogaba uno; bajé la cortinilla azul que sólo dejaba pasar una raya de sol. Pero de pronto vi a la abuela ral como estaba sentada en el tren cuando partimos de París para Balbec, cuando, afligida por verme tomar cerveza, había preferido no mirarme, cerrar los ojos y aparentar que dormía. Yo que, tiempo atrás, no podía soportar el sufrimiento que ella sentía cuando mi abuelo tomaba coñac, le había infligido éste, ni siquiera únicamente el de verme tomar, a invitación de otro, una bebida que ella consideraba funesta para mí, sino que también la había forzado a dejarme en libertad de beber lo que me diese la gana; peor aún, con mis rabietas, con mis crisis de ahogos, la había obligado a ayudarme a beber, a aconsejármelo, en una resignación suprema cuya imagen muda, desesperada, tenía en mi memoria, con los ojos cerrados para no ver. Semejante recuerdo, como un golpe de varita mágica, me había devuelto de nuevo el alma que estaba perdiendo desde hacía algún tiempo: ¿qué habría podido hacer de Rosemonde[257] si mis labios estaban entera y exclusivamente recorridos por el deseo desesperado de besar a una muerta? ¿Qué habría podido decir a los Cambremer y a los Verdurin cuando mi corazón palpitaba tan fuerte porque en ¿1 se reformaba a cada momento el dolor que mi abuela había sufrido? No pude continuar en aquel vagón. Cuando el tren se detuvo en Maineville-la-Teinturiirc, me apeé renunciando a mis proyectos. Desde hacía algún tiempo, Maineville había adquirido una importancia considerable y una reputación singular porque un director de numerosos Casinos, comerciante de bienestar, había construido no lejos de allí, con un lujo de mal gusto capaz de rivalizar con el de un paletee, un establecimiento sobre el que más carde volveremos, y que, hablando con franqueza, era la primera casa pública para gente c/rtcque se había tenido la idea de construir en las costas de Francia. Era la única. Cada puerto tiene la suya, por supuesto, pero sólo para los marineros y para los amantes de lo pintoresco a quienes gusta ver, muy cerca de

la iglesia inmemorial, a la patrona casi can vieja como la iglesia, venerable y mohosa, plantada en el umbral de su puerta malfamada esperando el regreso de los barcos de pesca.

Apartándome de la deslumbrante casa de «placer», insolentemente levantada allí pese a las protestas que las familias dirigían inútilmente al alcalde, alcancé la escollera y seguí sus sinuosos caminos en dirección a Balbec. Oí, sin responderle, la llamada de los espinos blancos. Vecinos menos suntuosos de las flores de manzano, las encontraban demasiado macizas, aun reconociendo la frescura de la tez que tienen las muchachas en los rosados pétalos de esos grandes productores de sidra. Sabían que, con una dote mucho menor, eran sin embargo más buscados y que, para resultar atractivos, les bastaba una blancura algo arrugada.

Cuando volví, el portero del hotel me entregó una esquela de duelo en la que figuraban el marqués y la marquesa de Gonneville, el vizconde y la vizcondesa d'Amfreville, el conde y la condesa de Berne— ville, el marqués y la marquesa de Graincourt, el conde d'Amenon— court, la condesa de Maineville, el conde y la condesa de Franquetot, la condesa de Chaverny, de soltera d'Aigleville[258], de la que terminé comprendiendo la causa de su envío cuando reconocí los nombres de la marquesa de Cambremer, de soltera du Mesnil La Guichard, del marqués y de la marquesa de Cambremer, y cuando vi que la muerta, una prima de los Cambremer, se llamaba Éléonore-Euphrasie-Humbertine de Cambremer, condesa de Criquetot. En toda la extensión de aquella familia provinciana, cuya enumeración ocupaba varias líneas finas y apretadas, ni un solo burgués, y por otra parte ni un solo título conocido, sino toda la pandilla de nobles de la región que hacían cantar sus nombres —los nombres de todas las localidades interesantes de la comarca— en los alegres finales en ville, en court, a veces más sordos (en tot). Vestidos con las tejas de su castillo o con el revoque de su iglesia, con la cabeza vacilante que apenas sobrepasaba la bóveda o el cuerpo principal del edificio, y sólo para coronarse con la lucernaria normanda o los palomares del techo en atalaya, daban la impresión de haber convocado la reunión de todos los bonitos pueblos escalonados o dispersos en cincuenta

leguas a la redonda y haberlos dispuesto en formación cerrada, sin una laguna, sin un intruso, en el compacto damero rectangular de la aristocrática esquela ribeteada de negro.

Mi madre había vuelto a subir a su cuarto, meditando esta frase de Mme. de Sévigné: «No veo a ninguno de los que quieren apartarme de vos; en palabras encubiertas es que quieren impedirme que piense en vos, y eso me ofende[259]», porque el primer presidente le había sugerido que debía distraerse. Y a mí me susurró: «Es la princesa de Parma». Se disipó mi miedo nada más ver que la mujer que el magistrado me indicaba no tenía ninguna relación con Su Alteza Real. Pero como había mandado reservar una habitación donde pasar la noche al volver de casa de Mme. de Luxembourg, la noticia había causado en muchos el efecto de hacerles tomar a toda dama nueva que llegaba por la princesa de Parma —y en mí, el de hacerme subir a encerrarme en mi desván. No hubiese querido quedarme solo. Apenas eran las cuatro. Pedí a Frangoise que fuese en busca de Albertine para que viniera a pasar las últimas horas de la tarde conmigo.

Creo que mentiría si dijese que ese día comenzó la dolorosa y perpetua desconfianza que Albertine terminaría inspirándome, y con mayor razón el carácter particular, sobre todo gomorreo, que esa desconfianza debía asumir. Cierto es que ese día —aunque no era el primero— mi espera resultó un tanto ansiosa. Una vez que se hubo marchado, Francoise tardó tanto que empecé a desesperar. Yo no había encendido ninguna lámpara. Apenas quedaba luz de día. El viento hacía restallar la bandera del Casino. Y, más débil aún en el silencio de la playa invadida por la marea alta, y como una voz que tradujese y acrecentase la vaguedad enervante de aquella hora inquieta y falsa, un organillo de Berbería parado delante del hotel tocaba valses vieneses. Por fin llegó Francoise, pero sola. «He ido lo más deprisa posible, peto ella no quería venir porque no le parecía estar suficientemente arreglada. SÍ no ha estado una hora de reloj untándose pomadas, poco le ha falcado. Esto va a ser una verdadera perfumería. Ya viene, se ha quedado atrás para arreglarse delante del espejo. Creía que me la encontraría aquí». Pasó todavía bastante tiempo antes de que Albertine llegara. Pero esta vez su alegría, su

amabilidad, disiparon mi tristeza. Me anunció (contrariamente a lo que me había dicho otro día) que se quedaría toda la temporada y me preguntó si no podríamos vernos todos los días, como el primer año. Le respondí que en ese momento estaba demasiado triste y que más bien mandaría a buscarla de vez en cuando en el último momento, como en París. «Si alguna vez se siente apenado o se lo pide el corazón, no dude, me dijo, mande a buscarme, vendré corriendo, y si no teme que el hotel se escandalice me quedaré todo el tiempo que usted quiera». Cuando la trajo, Françoise me había parecido contenta, como siempre que se había tomado un trabajo por mí y había conseguido complacerme. Pero Albertine en cuanto tal no tenía nada que ver con aquella alegría, y al día siguiente Franjeóse debía decirme estas profundas palabras: «El señor no debería ver a esa señorita. Veo de sobra la clase de carácter que tiene, le dará disgustos». Cuando bajé para acompañar a Albertine vi en el comedor iluminado a la princesa de Parma. No hice más que mirarla, arreglándomelas para no ser visto. Pero confieso que encontré cierta grandeza en aquella regia cortesía suya que me había hecho sonreír en casa de los Guermantes. Es un principio que los soberanos están en todas partes en su casa, y el protocolo lo traduce en usos muertos y sin valor, como ese que obliga al anfitrión a tenet en la mano el sombrero, en su propia morada, para demostrar que ya no está en su casa sino en la del príncipe. Aunque tal vez la princesa de Parma no se formulase esta idea, estaba tan imbuida de ella que todos sus actos, espontáneamente inventados para la ocasión, la traducían. Al levantarse de la mesa dio una espléndida propina a Aimé, como si él hubiese estado allí sólo por ella y como si ella recompensase, al marcharse de un castillo, a un mayordomo destinado a su servicio. Además, no se limitó a la propina, sino que, sonriéndole graciosamente, le dirigió algunas palabras amables y halagüeñas con que su madre La había provisto. Un poco más y le habría dicho que el hotel estaba tan bien cuidado como floreciente era Normandía, y que prefería Francia a todos los países del mundo. Otra moneda se deslizó de las manos de la princesa para el sumiller, al que había mandado llamar y a quien se empeñó en expresarle su satisfacción como un general que acaba de pasar una revista. El /^llegaba en ese preciso momento para traerle

una respuesta; también tuvo su frase, su sonrisa y su propina, todo ello envuelto en palabras alentadoras y humildes destinadas a demostrarles que Su Alteza no era más que cualquiera de ellos. Como Aimé, el sumiller, el lifty los demás pensaron que sería descortés no sonreír hasta las orejas a una persona que les sonreía, pronto la princesa se vio rodeada por un grupo de domésticos con los que habló con benevolencia; como semejantes modales no eran frecuentes en los falaces, las personas que pasaban por la plaza, desconociendo su nombre, creyeron tener delante a una habítate de Balbec, y que, por ser de extracción mediocre o por algún interés profesional (quizá fuese la mujer de un comisionista de champán), se diferenciaba menos de la servidumbre que la clientela realmente chic. Por mi parte, pensé en el palacio de Parma, en los consejos a medias religiosas, a medias políticos, impartidos a aquella princesa, que se comportaba con el pueblo como si tuviese que ganarse sus favores para reinar un día; más aún, como si ya reinase.

Volví a subir a mi cuarto, pero ya no estaba solo. Oía a alguien tocar suavemente unos trozos de Schumann[260]. Cierto, puede ocurrir que las personas, incluso las que más amamos, se saturen de la tristeza o de la irritación que emana de nosotros. Hay sin embargo una cosa cuya capacidad de exasperación no alcanzaría jamás una persona: es un piano.

Albertine me había hecho tomar nota de las fechas en que debía ausentarse e ir a casa de unas amigas a pasar unos días, y también me había hecho apuntar su dirección por si la necesitaba alguna de aquellas noches, pues ninguna vivía demasiado lejos. De este modo, para encontrarla, se anudaron de forma espontánea en torno a ella, de muchacha en muchacha, ramilletes de flores. Me atrevo a confesar que muchas de sus amigas —yo no la amaba todavía— me dieron en una playa o en otra instantes de placer. Aquellas jóvenes y complacientes compañeras no me parecían muy numerosas. Pero, hace poco, cuando de nuevo he pensado en ello, sus nombres han vuelto a mi memoria. He calculado que, en esa sola temporada, doce de ellas me dieron sus débiles favores. Luego recordé otro nombre, y fueron trece. Sentí entonces una especie de temor infantil a quedarme

en ese número. Pensaba, ay, que había olvidado a la primera, a Albertine, que ya no estaba, y que fue la decimocuarta.

Retomando el hilo del relato, yo había anotado los nombres y las direcciones de las muchachas en cuya casa la encontraría el día que ella no estuviese en Incarville, pero había pensado que más bien podía aprovechar esos días para visitar a Mme. Verdutin. Por otra parte, los deseos que sentimos por diferentes mujeres no siempre tienen la misma fuerza. Cierta noche no podemos pasarnos sin una que, luego, apenas nos preocupará durante uno o dos meses. Además, entre las causas de alternancia que no es el momento de analizar aquí, después de las grandes fatigas carnales, la mujer cuya imagen obsesiona nuestra momentánea senilidad es una mujer a Ja que apenas besaríamos en la frente. En cuanto a Albertine, rara vez la veía, y sólo las noches muy espaciadas en que no podía pasarme sin ella. Si de mí se apoderaba ese deseo cuando estaba demasiado lejos de Balbec para que Francoise pudiese ir hasta ella, enviaba al lifii Épreville, a La Songe, a Saint-Fri— choux, rogándole que terminara su trabajo un poco antes. El //^entraba en mi habitación pero dejando la puerta abierta porque, aunque hiciese a conciencia su «tarea», que era muy dura por consistir en una larga serie de limpiezas desde las cinco de la mañana, no podía decidiese a soportar la fatiga de cerrar una puerta y, si se le hacía notar que estaba abierta, retrocedía y, llegando al esfuerzo máximo, la empujaba ligeramente. Con el orgullo democrático que lo caracterizaba y que no alcanzan en las carreras liberales los miembros de profesiones bastante numerosas, abogados, médicos, literatos, que se limitan a llamar a otro abogado, a otro literato o a otro médico, «mi cofrade», ¿1, utilizando de pleno derecho un término reservado a los cuerpos restringidos, como los académicos por ejemplo, me decía hablando de un botones que era tifien días alternos: «Voy a ver si me sustituye mi colega». Este orgullo no le impedía, siempre que se tratase de mejorar lo que él llamaba sus honorarios, aceptar por sus recados unas remuneraciones que le habían valido el odio de Francoise; «Sí, la primera vez que se le ve, una le daría la comunión sin necesidad de confesarse, pero hay días que es tan educado como la puerta de una cárcel. Todo eso no es más que sacacuartos». Categoría en la que había incluido con frecuencia a

Eulalie y en la que, ay, por todas las desgracias que un día debía acarrear, ya clasificaba a Albertine, porque muchas veces me veía pedir a mamá, para la amiga de escasa fortuna, algún pequeño objeto, baratijas, cosa que a Francoise le parecía inexcusable porque Mme. Bonremps sólo tenía una criada para todo. En un momento, el lifi, después de quitarse lo que yo hubiese llamado su librea y él denominaba su túnica, reaparecía con sombrero de paja y bastón, cuidando sus andares y con el cuerpo erguido, por haberle recomendado su madre no caer nunca en el estilo «obrero» o «botones». Así como gracias a los libros la ciencia se vuelve accesible a un obrero que deja de ser obrero cuando ha terminado su trabajo, así, gracias al canotier y al par de guantes, la elegancia se volvía accesible al lifi, quien, una vez concluido aquella noche su trabajo de hacer subir a los clientes, se creía, como un joven cirujano que se ha quitado la bata, o como el oficial de alojamiento Saínt-Loup su uniforme, transformado en un perfecto hombre de mundo. No carecía por lo demás de ambición, ni tampoco de talento para manipular su jaula y no dejarle a uno parado entre dos pisos. Pero su modo de expresarse era defectuoso. Creía yo en su ambición porque decía hablando del portero, del que dependía: «Mi portero», en el mismo tono con que un hombre que poseyera en París lo que el botones hubiese llamado «un hotel particular», hubiera hablado a su portero. En cuanto al lenguaje del lifiier, es curioso que, pese a oír cincuenta veces al día a los clientes llamar: «Ascensor», nunca dijese sino «acensor». Había algunas partí' cularidades extremadamente irritantes en aquel lifiier: a cualquier cosa que le dijese me interrumpía con una locución; «¡Es lógico!», o «¡Lógico!», que parecía indicar que, o mi observación era tan evidente que a cualquiera se le hubiese ocurrido, o que se atribuía todo el mérito por haber sido él quien había llamado mi atención sobre aquel punto. «¡Es lógico!», o ¡Lógico!», exclamado con la mayor de las energías, salía cada dos minutos de su boca por cosas que nunca se le hubieran ocurrido, lo cual me irritaba tanto que inmediatamente me ponía a decir lo contrarío para demostrarle que no entendía absolutamente nada. Pero a mi segunda aserción, aunque fuese inconciliable con la primera, no dejaba de responder: «¡Es lógico!», o «¡Lógico!», como si estas palabras fuesen inevitables.

También me costaba mucho perdonarle que emplease ciertos términos específicos de su oficio, perfectamente adecuados por ello en su sentido propio, únicamente en sentido figurado, lo que les daba una intención ingeniosa bastante tonta, por ejemplo el verbo «pedalear». Nunca lo utilizaba cuando había hecho un recado en bicicleta. Pero si lo había hecho a pie, si se había apresurado para llegar a tiempo, para indicar que había caminado deprisa decía: «¡Imagínese lo que he pedaleado!» El lifiieren más bien bajito, mal hecho y bastante feo. Pese a ello, cada vez que se le hablaba de un joven alto, esbelto y delgado, decía: «¡Ah!, sí, ya sé, uno que precisamente es de mi tamaño». Y un día en que yo esperaba una respuesta que debía traerme, al oír que alguien subía la escalera, el ruido de los pasos me había hecho abrir de impaciencia la puerta de mi cuarto y había visto a un botones hermoso como Endimión[261], de facciones increíblemente perfectas, que venía en busca de una señora a la que yo no conocía. Cuando regresó el lifiier, al decirle con cuánta impaciencia había esperado su respuesta, le conté que me había parecido oírle subir, pero que era un botones del Hótel de Normandie. «¡Ah!, sí, ya sé cuál, me dijo, sólo hay uno, un chico de mi estatura. Y de cara también se me parece tanto que podrían confundirnos, se diría que es mi hermano». En fin, se empeñaba en aparentar que lo comprendía rodo al vuelo; y no había terminado uno de contarle algo cuando decía: «Sí, si, sí, sí, sí, comprendo perfectamente», con una decisión y un tono inteligente que durante algún tiempo me engañaron; pero las personas, a medida que las vamos conociendo, son como un metal sumergido en un compuesto corrosivo, y se las ve perder poco a poco sus cualidades (como a veces sus defectos). Antes de hacerle mis recomendaciones, vi que había dejado la puerta abierta; se lo indiqué, por miedo a que nos oyeran; condescendió a mi deseo y volvió después de disminuir su abertura; «Es por darle gusto. Pero en el piso sólo estamos nosotros dos». Inmediatamente oí pasar a una persona, luego a dos, luego a tres. Aquello me irritaba por la posible indiscreción, pero sobre todo porque veía que no le sorprendía en absoluto, que para él era un ir y venir normal. «Sí, es la doncella de al lado que va a buscar sus cosas.

¡Oh!, no tiene importancia, es el sumiller que sube las llaves. No, no, no es nada, puede usted hablar, es mi colega que empieza su turno». Y como las razones que todos tenían para pasar no atenuaban mi enojo porque pudiesen oírme, ante mi orden terminante fue, no a cerrar la puerta, empresa superior a las fuerzas de aquel ciclista que deseaba una «moto[262]», sino a empujarla un poco más. «Así estamos completamente tranquilos». Tanto lo estábamos que entró una americana y se retiró pidiendo disculpas por haberse equivocado de habitación. «Tráigame a esa muchacha, le dije, después de haber dado yo mismo un portazo con todas mis fuerzas (provocando la llegada de otro botones, para asegurarse de que no había ninguna ventana abierta). Recuérdelo bien: Mlie. Albertine Simonet. Además está en el sobre. Debe decirle simplemente que es de mi parte. Vendrá con mucho gusto», añadí para animarle a no humillarme demasiado. —«¡Es lógico!» —«No, al contrario, no es nada lógico que venga encantada. Es muy incómodo venir de Ber— neville aquí». —«¡Comprendo!» —«Dígale que venga con usted». —«Sí, sí, sí, sí, comprendo perfectamente», respondía con aquel tono decidido y sagaz que hacía mucho tiempo había dejado de producirme «buena impresión» por saber que era casi mecánico y escondía bajo su aparente resolución mucha vaguedad y estupidez. «¿A qué hora volverá?» —«Tardaré no poco», decía el lifi quien, llevando al límite la regla decretada por Belisa para evitar la repetición de dos negaciones, se contentaba siempre con una partícula negativa[263]. «Puedo ir, desde luego. Precisamente han suprimido las salidas hace poco porque había un salón de veinte cubiertos para el almuerzo. Y me tocaba salir dentro de un rato. Es justo que salga un poco esta noche. Me llevo la bici. Así lo haré rápido». Y una hora después llegaba diciéndome: «El señor ha espetado bastante, pero la señorita ha venido conmigo. Está abajo».

—«¡Ah!, gracias, ¿no estará enfadado conmigo el portero?» —«¿El señor Paul? No sabe siquiera adúnde he ¡do. Ni el jefe de la puerta puede decir nada». Pero una vez en que le había dicho: «Me la tiene que traer sin falta», me respondió sonriendo: «Ya sabe que no la he encontrado. No está en casa, Y no he podido quedarme más tiempo;

tenía miedo a terminar como mi colega, que ha sido envoyé del hotel (pues el lift, que decía rentrerpan una profesión en la que se entra por primera vez: me gustaría mucho rentreren correos», a modo de compensación, o para suavizar la cosa si se hubiese tratado de ¿1, o insinuarla con más dulzura y mayor perfidia si se trataba de otro, suprimía la r y decía: «Sé que le han envoyé)[264]». No era por maldad por lo que sonreía, sino debido a su timidez. Creía disminuir la importancia de su falta tomándola a broma. Del mismo modo, al decirme: «Ya sabecpie no la he encontrado», no es que pensase que, en efecto, yo ya lo sabía. Al contrario, estaba seguro de que lo Ignoraba y, sobre todo, estaba asustado. Por eso decía «ya lo sabe», para evitarse la angustia que sufriría cuando pronunciase las frases destinadas a hacérmelo saber. Nunca deberíamos enfadarnos contra quienes se ponen a bromear cuando les cogemos en falta. Si lo hacen, no es por burla, sino porque tiemblan ante la idea de que podamos estar descontentos. Testimoniemos una gran compasión, manifestemos una gran dulzura a los que ríen. Semejante a un verdadero ataque, la turbación había producido en el lifino sólo un rubor apoplético sino una alteración del lenguaje, que de pronto se volvió familiar. Terminó explicándome que Albertine no estaba en Épreville, que no debía volver a casa hasta las nueve y que si a veces, lo que quería decir por casualidad, regresaba antes, Je darían el recado, y en cualquier caso ella estaría conmigo antes de la una de la mañana.

No fue aquella noche sin embargo cuando empezó a tomar consistencia mi cruel desconfianza. No, para decirlo de una vez y aunque el hecho no ocurrió sino unas semanas más tarde, nació de una observación de Cottard[265]. Ese día, Albertine y sus amigas habían querido arrastrarme al Casino de Incarville, y por suerte para mí, no me habría reunido con ellas (quería hacer una visita a Mme. Verdurin, que me había invitado varias veces) si no me hubiese visto detenido en Incarvi— lle por una avería del trenecito cuya reparación iba a exigir algún tiempo. Mientras paseaba sin rumbo en espera de que la acabasen, me encontré de improviso frente a frente con el doctor Cottard, que iba a Incarville para una consulta. Dudé en saludarle, porque no había respondido a ninguna de mis cartas. Mas

la amabilidad no se manifiesta del mismo modo en todo el mundo. Al no verse obligado por su educación a las mismas reglas fijas del saber vivir que la gente de mundo, Cottard estaba lleno de buenas intenciones que se ignoraban, que se negaban, hasta el día en que tenía ocasión de manifestarlas. Se disculpó, había recibido mis cartas desde luego, había informado de mi presencia a los Verdurin, que tenían muchas ganas de verme y a cuya casa me aconsejaba ir. Pretendía incluso llevarme esa misma noche, dado que, de vuelta, cogería el mismo trenecito local para ir a cenar con ellos. Como yo dudaba y aún faltaba un poco de tiempo para su tren, como la reparación iba para rato, le hice entrar en el pequeño Casino, uno de aquellos que me habían parecido tan tristes la noche de mi primera llegada, lleno ahora del bullicio de las muchachas que, a falta de caballeros, bailaban entre sí. Andrée vino hacia mí haciendo glissades; yo contaba con irme enseguida a casa de los Verdurin en compañía de Cottard cuando definitivamente rechacé su propuesta, dominado por un deseo vivísimo de quedarme con Albertine. Es que acababa de oírla reír. Y aquella risa evocaba al instante las rosadas carnaciones, las perfumadas paredes contra las que parecía ir a frotarse aquella risa y de las que, acre, sensual y reveladora como un aroma de geranio, parecía transportar consigo algunas partículas casi pondera— bles, irritantes y secretas.

Una de las muchachas que yo no conocía se puso al piano, y Andrée pidió a Albertine que bailase un vals con ella. Concento, en aquel pequeño Casino, con la idea de que iba a quedarme con aquellas muchachas, hice observar a Cottard lo bien que bailaban. Pero él, desde el punto de vista especial del médico, y con una mala educación que no tenía cuenta alguna de que yo conocía a aquellas muchachas a las que sin embargo me había visto saludar, me respondió: «Sí, pero los padres son muy imprudentes dejando que sus hijas adquieran semejantes costumbres. Yo, desde luego, no permitiría a las mías que viniesen a este lugar. ¿Son por lo menos bonitas? No distingo sus rasgos, Eh, mire, añadió indicándome a Albertine y a Andrée que bailaban un vals lento, apretadas una contra otra, he olvidado los lentes y no veo bien, pero desde luego están en el colmo del goce. No todos saben bien que las mujeres gozan sobre todo por

los senos. Y fíjese, los suyos se tocan completamente». En efecto, no había cesado ni un instante el contacto entre los de Andrée y los de Albertine. No sé si ellas oyeron o adivinaron la reflexión de Cottard, pero se separaron ligeramente una de otra sin dejar de valsar. En ese momento Andrée le dijo algo a Albertine y ésta se echó a reír con la misma risa penetrante y profunda que yo había oído poco antes. Pero la turbación que esta vez me produjo sólo me resultó cruel; Albertine parecía manifestar en ella, haciéndoselo comprobar a Andrée, algún estremecimiento voluptuoso y secreto. Sonaba como los primeros o los últimos acordes de una fiesta desconocida. Me marché con Cottard, distraído mientras hablaba con él, pensando sólo de vez en cuando en la escena que acababa de ver. No es que la conversación de Cottard fuese interesante. En ese momento, además, se había vuelto agria porque acabábamos de ver al doctor du Boulbon, que no nos vio. Había ido a pasar un tiempo al otro lado de la bahía de Balbec, donde tenía muchas consultas. Y, aunque Cottard tuviese la costumbre de declarar que no ejercía la medicina en vacaciones, había alimentado la esperanza de conseguir en aquella costa una clientela selecta, proyecto para el que du Boulbon resultaba un obstáculo. Desde luego, el médico de Balbec no podía preocupar a Cottard. Sólo era un médico muy concienzudo que sabía todo y al que no se podía hablar de la menor comezón sin que indicase al instante, en una fórmula compleja, la pomada, loción o linimento convenientes. Como decía Marie Gineste[266] en su gracioso lenguaje, sabía «encantar» a las heridas y a las llagas. Pero no tenía prestigio. Desde luego había dado a Cottard un pequeño disgusto. Desde que éste intentaba cambiar su cátedra por la de terapéutica, se había especializado en intoxicaciones. Las intoxicaciones, peligrosa innovación de la medicina, útil para renovar las etiquetas de los farmacéuticos, en las que no hay producto que no sea calificado como absolutamente no tóxico, al contrario de lo que ocurre con las drogas similares, e incluso desintoxicante. Es la propaganda de moda; apenas si sobrevive en la parte inferior, en letras ilegibles, como débil huella de una moda anterior, la seguridad de que el producto ha sido cuidadosamente antiseptizado. Las intoxicaciones también sirven para

tranquilizar al enfermo, feliz cuando se entera de que su parálisis no es más que un malestar tóxico. Pero a un gran duque que había ido a pasar unos días en Balbec se le había hinchado terriblemente un ojo y había mandado llamar a Cottard, quien, a cambio de unos cuantos billetes de cien francos (el profesor no se molestaba por menos), había imputado la inflamación a un estado tóxico y prescrito un régimen desintoxicante. Como el ojo no se deshinchaba, el gran duque se conformó con el médico ordinario de Balbec, quien en cinco minutos extrajo una mota de polvo. Al día siguiente la hinchazón había desaparecido. Rival más peligroso sin embargo resultaba una celebridad en enfermedades nerviosas. Era éste un hombre colorado, jovial, no sólo porque la frecuentación del decaimiento nervioso no le impedía gozar de buena salud, sino también porque tranquilizaba a sus enfermos con la amplia risa de sus buenos días y hasta luego, sin perjuicio de ayudar con sus brazos de atleta a ponerles luego la camisa de fuerza. No obstante, cuando se hablaba con él en sociedad, fuese de política o de literatura, escuchaba con una atención benévola, como diciendo: «¿De qué se trata?», evitando pronunciarse enseguida, como si se hubiese tratado de una consulta. Pero en última instancia, por más talento que tuviese, era un especialista. Por eso toda la rabia de Cottard se había vuelto hacia du Bouibon. De todos modos, me separé pronto, para regresar al hotel, del profesor amigo de los Verdurin, prometiéndole ir a verlos.

El mal que me habían hecho sus palabras sobre Albertine y Andrée era profundo, pero los peores sufrimientos no los sentí de forma inmediata, como ocurre con esos envenenamientos que sólo actúan al cabo de cierto tiempo.

La noche en que lift había ido en su busca, Albertine no vino, pese a las promesas de éste. Los atractivos de una persona son, sin duda, causa menos frecuente de amor que una frase de este tipo: «No, esta noche no estaré libre». Si estamos con amigos, es una frase a la que apenas prestamos atención; nos sentimos alegres toda la noche, no nos ocupamos de cierta imagen que, durante todo ese tiempo, permanece inmersa en la solución necesaria; al volver a casa, encontramos el cliché, que está desarrollado y perfectamente nítido. Nos damos cuenta de que la vida ya no es la vida que la víspera

habríamos dejado por cualquier bagatela, porque, aunque seguimos sin temer a la muerte, ya no nos atrevemos a pensar en la separación.

Por otro lado, a partir, no de la una de la mañana (hora que el liftier había indicado), sino de las tres, ya no sentí como otras veces el sufrimiento de ver disminuir mis probabilidades de que apareciese. La certeza de que ya no vendría me aportó una calma completa, un frescor; aquella noche era simplemente una noche como tantas otras en que no la veía: ésta era la idea de partida. Y, desde ese instante, el pensamiento de que la vería al día siguiente u otros días, destacando sobre aquella bagatela aceptada, se volvía dulce. A veces, en las noches de espera, la angustia se debe a algún medicamento que hemos tomado. Falsamente interpretada por quien sufre, éste cree estar ansioso por la persona q ue no viene. En tal caso, el amor nace, como ciertas enfermedades nerviosas, de la explicación inexacta de una enfermedad penosa. Explicación que no conviene rectificar, al menos por lo que concierne al amor, sentimiento que (cualquiera que sea su causa) es erróneo siempre.

Al día siguiente, cuando Albertine me escribió que acababa de volver a Épreville, que por lo tanto no había recibido a tiempo mi nota, y que vendría, si yo se lo permitía, a verme aquella noche, detrás de las palabras de su carta, como detrás de las que me había dicho en cierta ocasión por teléfono, me pareció sentir la presencia de placeres, de seres que había preferido a mí. De nuevo una vez más me vi totalmente sacudido por la curiosidad dolorosa de saber qué había podido hacer, por el amor latente que siempre llevamos en nosotros; durante un momento pude creer que ese amor iba a unirme a Albertine, pero se limitó a estremecerse sin moverse del sitio y sus últimos rumores se apagaron sin que se pusiera en marcha.

Había comprendido mal durante mi primera estancia en Balbec —y quizá le había pasado lo mismo a Andrée— el carácter de Albertine. Había creído que se trataba de frivolidad ingenua si todas nuestras súplicas no lograban retenerla y hacer que no acudiese a un gardon—party, a un paseo en burro, a una comida campestre. En mi segunda estancia en Balbec, sospeché que esa frivolidad sólo era una apariencia, y el garden-party una pantalla, si no una invención. Bajo distintas formas ocurría lo siguiente (ocurría, quiero decir, desde mi

punto de vista, desde mi lado del cristal, que no era ni mucho menos transparente, y me impedía saber lo que había de cierro al otro lado). Albertine me hacía las más apasionadas protestas de cariño. Miraba la hora porque debía ir a visitar a una señora que, al parecer, recibía todos los días a las cinco en Infrcville. Atormentado por una sospecha y no encontrándome además bien, le suplicaba que se quedase conmigo. Era imposible (ni siquiera podía quedarse más de cinco minutos) porque aquella señora, poco hospitalaria y susceptible, y, aseguraba Albertine, aburridísima, se ofendería. «Pero se puede dejar de ir a una visita». — «No, mí ría me ha enseñado que, ante codo, hay que ser educada». —«Pues muchas veces la he visto a usted no serlo». —«No es lo mismo, esta señora se lo tomaría a pecho y me buscaría un disgusto con mi tía. No van demasiado bien las cosas entre ella y yo. Se empeña en que vaya a verla una vez». — «Pero si recibe todos los días…» Al darse cuenta de que estaba «pillada», Albertine modificaba el argumento. «Claro que recibe todos los días. Pero hoy ha citado en su casa a unas amigas. Así nos aburriremos menos». — «En resumen, Albertine, que prefiere usted a la señora y sus amigas antes que a mí, puesto que, para no correr el riesgo de hacer una visita aburrida, prefiere dejarme solo, enfermo y desolado». — «Me daría igual que la visita fuese aburrida. Me sacrifico por ellas. Las llevaré de vuelta a casa en mi carricoche. Si yo no voy, no tendrían ningún otro medio de transporte». Le hice notar a Albertine que había trenes hasta las diez de la noche desde Infreville. «Sí, es cierto, pero, ya sabe, es posible que nos pidan que nos quedemos a cenar. Es muy hospitalaria». — «Bien, no acepte». —«Entonces se enfadaría mi tía». —«Además, puede cenar y coger el tren de las diez». — «Viene un poco justo». —«Entonces nunca podré salir a cenar y volver en tren. Verá, Albertine, haremos una cosa muy sencilla: creo que un poco de aire me sentará bien; ya que usted no quiere dejar de visitar a esa señora, la acompañaré hasta Infreville. No tema, no iré hasta la Tour Élitabeth (la villa de la señora), no veré ni a la señora ni a sus amigas». Albertine parecía haber recibido un golpe tremendo. Sus palabras se entrecortaban. Dijo que los baños de mar no le sentaban bien. «Si le molesta que la acompañe…» —«Pero ¿cómo puede decir eso? De sobra sabe que no hay nada que me

agrade tanto como salir con usted». Se había operado un brusco viraje. «Ya que viene de paseo conmigo, me dijo, ¿por qué no vamos al otro lado de Balbec y cenamos juntos? Sería tan delicioso. En el fondo, esa parte de la costa es mucho más bonita. Empiezo a estar hasta la coronilla de Infreville y de todos esos rinconci— tos verde espinaca». —«Pero la amiga de su tía se enfadará si no va usted a verla». —«Bueno, ya se le pasará». — «No, no hay necesidad de enfadar a la gente». — «Pero si ni siquiera se dará cuenta, recibe todos los días; que vaya mañana, pasado mañana, dentro de ocho días o dentro de quince, servirá igual». —«¿Y sus amigas?» —«¡Oh! me han dejado plantada tantas veces! Ahora me toca a mí». — «Pero por la parte que me propone no hay tren después de las nueve». —«¡Vaya un problema! Las nueve es perfecto. Además, no hay que dejarse detener nunca por los problemas de vuelta. Siempre encontraremos una carrera, una bici y, en último término, siempre tenemos las piernas». — «Siempre se encuentra, Albertine, con qué facilidad resuelve usted las cosas. Por la parte de Infreville, donde las pequeñas estaciones de madera están pegadas unas a otra, sí. Pero por la parte de… no es lo mismo». — «Pues incluso por esa parte. Le prometo traerle sano y salvo». Tenía la impresión de que Albertine renunciaba por mí a algo ya arreglado que no quería decirme, y que alguien iba a sentirse tan desdichado como yo lo estaba. Viendo que sus planes no eran posibles, dado que me empeñaba en acompañarla, renunciaba de manera decidida. Sabía que no era irremediable. Porque, como todas las mujeres que tienen varias cosas en su vida, disponía de ese punto de apoyo que nunca se debilita: la duda y los celos. No es que procurase excitarlos, al contrario. Pero los enamorados son tan suspicaces que enseguida huelen la mentira. Y como Albertine no era mejor que cualquier otra, sabía por experiencia (sin adivinar ni por lo más remoto que lo debía a los celos) que siempre podía recuperar a las personas que había dejado plantadas una noche. La desconocida persona que abandonaba por mí sufriría, la amaría más (Albertine no sabía que era por eso), y para no seguir sufriendo volvería por sí misma hacia ella, como habría hecho yo. Pero yo no quería dar un disgusto a nadie, ni cansarme, ni adentrarme por la terrible vía de las investigaciones, de la vigilancia multiforme, innumerable. «No,

Albertine, no quiero estropearle su diversión, vaya a ver a su señora de Infreville, o en última instancia a la persona que se oculta bajo ese nombre, a mí me da igual. La verdadera razón por la que no voy con usted es que usted no lo desea, que el paseo que daría conmigo no es el que usted querría dar, y la prueba está en que se ha contradicho más de cinco veces sin darse cuenta». La pobre Albertine temió que sus contradicciones, de las que no se había dado cuenta, hubieran sido más graves, por no saber exactamente las mentiras que había inventado: «Es muy posible que me haya contradicho. El aire del mar me hace desvariar. Digo siempre unos nombres por otros». Y (prueba de que, ahora, habría necesitado muchas dulces afirmaciones para que yo la creyese) volví a sentir el dolor de una herida al oírle confesar algo que en mí sólo era una débil suposición. «Bueno, de acuerdo, me voy, dijo en tono trágico, no sin mirar la hora para ver si no se le hacía tarde para la otra persona, ahora que yo le proporcionaba el pretexto para no pasar la velada conmigo. Qué malo es usted. Lo cambio todo para pasar una buena velada con usted y es usted el que no quiere, y encima me acusa de embustera. Nunca le había visto tan cruel. El mar será mi tumba. No volveré a verle jamás. (Al oír estas palabras mi corazón palpitó, aunque estaba seguro de que ella volvería al día siguiente, como así ocurrió). Me ahogaré, me tiraré al agua». — «Como Safo[267]». — «Otro insulto más; no sólo tiene dudas sobre lo que digo, sino también sobre lo que hago». — «Pero, querida, si no lo hacía con ninguna intención, se lo juro, usted sabe que Safó se arrojó al mar». —«Sí, sí, no tiene ninguna confianza en mí». Vio que eran menos veinte en el péndulo; tuvo miedo a perderse lo que debía hacer y, eligiendo la despedida más breve (de la que, por lo demás, se excusó viniendo a verme al día siguiente; probablemente ese día siguiente la otra persona no estaba libre), huyó a la carrera gritando: «Adiós para siempre», en tono desolado. Y acaso estaba desolada. Porque, sabiendo lo que hacía en ese momento mejor que yo, más severa y a la vez más indulgente consigo misma de lo que yo lo era con ella, quizá tuviese, de todos modos, la duda de que yo no querría volver a recibirla, dada la forma en que me había dejado. Pues

creo que estaba interesada en mí, hasta el punto de que la otra persona estaba más celosa que yo mismo.

Unos días después, en Balbec, mientras estábamos en el salón de baile del Casino, entraron la hermana y la prima de Bloch[268], que se habían vuelto muy bonitas, pero a las que no saludé en atención a mis amigas, dado que la más joven, la prima, vivía, y lo sabía todo el mundo, con la actriz a la que ella había conocido durante mi primera estancia. Tras una alusión que alguien hizo en voz baja, Andrée me dijo: «¡Oh!, en eso soy como Albertine, no hay nada que nos horrorice más a las dos». En cuanto a Albertine, poniéndose a charlar conmigo en el sofá donde estábamos sentados, había dado la espalda a las dos muchachas de malas costumbres. Sin embargo, me había dado cuenta de que, antes de ese movimiento, cuando habían aparecido Mlle. Bloch y su prima, por los ojos de mi amiga había pasado esa atención brusca y profunda que daba a veces al rostro de la traviesa muchacha una expresión seria, grave incluso, y la dejaba triste después. Pero Albertine había vuelto inmediatamente hacia mí sus miradas, que sin embargo permanecieron singularmente inmóviles y soñadoras. Como Mlle. Bloch y su prima terminaron marchándose después de reírse a carcajadas y lanzar unos gritos poco apropiados, pregunté a Albertine si la rubita (la que era la amiga de la actriz) no era la misma que la víspera había ganado el premio en el desfile de carrozas de flores. «¡Ah!, no sé, dijo Albertine, ¿es que hay una que es rubia? Debo decirle que no me interesan mucho, no las he mirado nunca. ¿Es que hay una que es rubia?», preguntó con aire inquisitivo y displicente a sus tres amigas. Referida a personas con las que Albertine se cruzaba todos los días en el dique, aquella ignorancia me pareció demasiado recalcada para no ser fingida. «Tampoco parece que ellas nos miren mucho más», le dije a Albertine, quizá en la hipótesis, que sin embargo yo no consideraba de manera consciente, de que a Albertine le gustaran las mujeres, a fin de quitarle rodo pesar demostrándole que ella no había atraído la atención de aquellas dos, y que, en general, ni las más viciosas suelen fijarse en muchachas a las que no conocen. «¿Que no nos han mirado?, me respondió una Albertine atolondrada. No han hecho otra cosa rodo el tiempo».

—«¿Cómo puede usted saberlo, le dije, si les daba la espalda?» —«Bueno, ¿y aquello?», me respondió señalándome, empotrado en la pared de enfrente, un gran espejo que yo no había advertido, y en el que ahora comprendía que mi amiga, mientras hablaba conmigo, no había dejado de clavar sus bel los ojos llenos de preocupación.

A partir del día en que Cottard entró conmigo en el pequeño Casino de Incarville, y a pesar de no compartir yo la opinión que él había emitido, Albertine no volvió a parecerme la misma; su vista encendía mi cólera. Yo mismo había cambiado en la misma medida en que ella me parecía distinta. Había dejado de quererla bien; en su presencia, en su ausencia cuando sabía que podían repetírselo, hablaba de ella de la forma más ofensiva. Pero había treguas. Un día supe que ambas, Albertine y Andrée, habían aceptado una invitación a casa de Elstir. Seguro de que lo habían hecho pensando que, a la vuelta, podrían divertirse como colegialas imitando a las muchachas de malas costumbres y encontrar en ello un placer inconfesado de vírgenes que me encogía el corazón, sin anunciarme, para molestarlas y privar a Albertine del placer con que contaba, llegué de improviso a casa de Elstir. Pero sólo encontré a Andrée. Albertine había elegido otro día en el que también debía ir su tía. Entonces me dije que probablemente Cottard se había equivocado; la favorable impresión que me había producido la presencia de Andrée sin su amiga se prolongaba y alimentaba en mí disposiciones más dulces hacia Albertine. Pero no duraron más tiempo que el frágil bienestar de esas personas delicadas sujetas a mejorías pasajeras, y que por la menor cosa vuelven a caer enfermas. Albertine incitaba a Andrée a juegos que, sin llegar demasiado lejos, acaso no eran del rodo inocentes; como la sospecha me hacía daño, terminé por alejarla. Pero nada más curarme de ella, renacía bajo otra forma. Acababa de ver a Andrée apoyar mimosamente la cabeza sobre el hombro de Albertine con uno de aquellos graciosos movimientos tan suyos, besarla en el cuello entrecerrando los ojos; o bien habían cambiado una mirada; unas palabras escapadas a alguien que las había visto juntas y solas yendo a bañarse, pequeñeces como las que flotan habitualmente en la atmósfera que nos rodea, donde la mayoría de la gente las absorbe de la mañana a la noche sin que por ello sufra su salud ni se altere su

humor, pero que resultan morbosas y generadoras de nuevos sufrimientos para alguien predispuesto. Además, a veces, sin que hubiese vuelto a ver a Albertine, sin que nadie me hubiera hablado de ella, encontraba en mi memoria una postura de Albertine junto a Giséle que en su momento me había parecido inocente; ahora bastaba para destruir la calma que había conseguido recuperar, no tenía necesidad siquiera de ir a respirar fuera gérmenes peligrosos, me había intoxicado yo mismo, como habría dicho Cottard. Pensaba entonces en todo lo que había sabido del amor de Swann por Odette, de qué forma Swann había sido engañado coda su vida. En el fondo, y puesto a pensarlo, la hipótesis que me permitió ir construyendo poco a poco todo el carácter de Albertine e interpretar dolorosamente cada momento de una vida que ya no podía controlar por entero, fue el recuerdo, la idea fija del carácter de Mme. Swann, tal como me habían contado que era. Esos relatos contribuyeron a hacer que en el futuro mi imaginación jugase a suponer que Albertine, en vez de ser una buena muchacha, habría podido tener la misma inmoralidad, la misma capacidad de engaño que una antigua furcia, y pensaba en todos los sufrimientos que me habrían esperado en ese caso si alguna vez hubiera debido amarla.

Un día, delante del Grand-Hótel donde nos habíamos reunido en el malecón, acababa yo de dirigir a Albertine las palabras más duras y más humillantes y Rosemonde decía: «¡Ah!, de todos modos, cuánto ha cambiado usted con ella, antes no existía más que ella, era ella la que se llevaba la palma, y ahora no sirve ni para dar de comer a los perros». Para recalcar todavía más mi actitud hacia Albertine, estaba empleando todas las atenciones posibles con Andrée, quien, aunque afectada por el mismo vicio, me parecía más excusable por hallarse enferma y neurasténica, cuando vimos llegar al trotecillo de sus dos caballos, por la calle perpendicular al malecón en cuya esquina estábamos, la calesa de Mme. de Cambremer. El primer presidente, que en ese momento se dirigía hacia nosotros, se aparró de un salto al reconocer el vehículo para que no le viesen en nuestra compañía; luego, cuando pensó que Jas miradas de la marquesa podrían cruzarse con las suyas, se inclinó lanzando un sombrerazo inmenso. Pero el coche, en vez de continuar como parecía probable por la calle de la

Mer, desapareció detrás de la entrada del hotel. Habían pasado algo más de diez minutos cuando el lifi llegó, jadeando, para avisarme: «Ha venido la marquesa de Camembert para ver al señor. He subido a la habitación, he buscado en el salón de lectura, no podía encontrar al señor. Por suerte se me ocurrió la idea de mirar en la playa». Apenas había terminado su relato cuando, seguida por su nuera y un señor muy ceremonioso, avanzó hacia mí la marquesa, que probablemente venía de una matinée o de un té en las cercanías, muy encorvada bajo el peso menos de la vejez que de la multitud de objetos de lujo con que le parecía más cortés y más digno de su rango ir cubierta para parecer lo más «vestida» posible a las personas a las que acababa de ver. Este «desembarco» de los Cambremer en el hotel era, en suma, lo que tanto temía mi abuela en el pasado cuando quería que no se enterase Legrandin de que quizá iríamos a Balbec. Entonces mamá se reía de aquellos temores inspirados por un suceso que tenía por imposible. Y sin embargo, se producía ahora, pero por otras vías y sin que Legrandin tuviese nada que ver. «¿Puedo quedarme si no le molesto?, me preguntó Albertine (en cuyos ojos perduraban, traídas por la crueldad de lo que yo acababa de decirle, unas lágrimas en las que me fijé sin aparentar verlas, pero no sin alegrarme), tenía que decirle algo». Un sombrero de plumas rematado a su vez por un alfiler de zafiro se había posado de cualquier modo sobre la peluca de Mme. de Cambremer, como una insignia cuya exhibición es necesaria, pero suficiente, indiferente el lugar, convencional la elegancia y superfina la inmovilidad. A pesar dei calor, la buena señora se había puesto una manteleta de azabache, a modo de dalmática, y sobre ella pendía una estola de armiño cuya presencia parecía relacionada, no con la temperatura y la estación, sino con el carácter de la ceremonia. Y sobre el pecho de Mme. de Cambremer colgaba, a modo de una cruz pectoral, un tortillo de baronesa unido a una cadenica. El señor era un abogado célebre de París, de familia nobiliaria, que había ido a pasar tres días a casa de los Cambremer. Era uno de esos hombres a quienes su consumada experiencia profesional lleva a despreciar un tanto su profesión y que por ejemplo dicen: «Sé que soy un buen abogado, por eso ya no me divierte defender pleitos», o «Ya no me interesa seguir operando; sé que opero bien». Inteligentes, amitos, ven brillar en

torno a su propia madurez, que el éxito ha retribuido con creces, esa «inteligencia», ese temperamento de «artista» que sus colegas les reconocen y que les confiere algo parecido al buen gusto y al discernimiento. Se apasionan por la pintura no de un gran artista, sino de un artista de todos modos muy notable, y en la compra de sus obras gastan los grandes beneficios que tes procura su carrera. Le Sinader[269] era el artista elegido por el amigo de los Cambremer, persona por lo demás muy agradable. Hablaba bien de los libros, pero no de los libros de los verdaderos maestros, sino de los que hacen alarde de maestría. El único defecto fastidioso de aquel aficionado era el empleo constante de ciertas expresiones hechas, por ejemplo; «en su mayor parte», dando así a aquello de lo que quería hablar un matiz de cosa importante e incompleta a un tiempo. Madame de Cambremer había aprovechado, según me dijo, una mariné que unos amigos suyos habían dado aquel día no lejos de Balbec para venir a verme, como le había prometido a Robert de Saint-Loup. «¿Sabe que vendrá pronto a pasar unos días por aquí? Su tío Charlus está de vacaciones en casa de su cuñada, la duquesa de Luxembourg, y M. de Saint-Loup aprovechará la ocasión para ir a saludar a su tía y al mismo tiempo ver de nuevo su antiguo regimiento, donde es muy querido y muy apreciado. Recibimos con frecuencia a oficiales que nos hablan de él con infinitos elogios. Qué amable sería de su parte si los dos nos hiciesen el placer de venir a Féterne». Le presenté a Albertine y a sus amigas. Madame de Cambremer dijo nuestros nombres a su nuera. Ésta, tan glacial con los pequeños nobles que las relaciones de vecindad de Féterne la obligaban a tratar, tan llena de reserva por miedo a comprometerse, me tendió en cambio la mano con una sonrisa radiante, segura y contenta como estaba ante un amigo de Robert de Saint-Loup, y de quien éste, más atento a la sutileza mundana de lo que quería dejar ver, le había dicho que estaba muy ligado a los Guermantes. Al contrario de su suegra, Mme. de Cambremer tenía de hecho dos formas infinitamente distintas de cortesía. A lo sumo, habría sido la primera, seca, insoportable, la que me hubiese concedido de haberla conocido a través de su hermano Legrandin. Pero para un amigo de los Guermantes no tenía sonrisas

suficientes. La sala más cómoda del hotel para recibir era el salón de lectura, aquel lugar antes tan terrible donde yo entraba y volvía a salir ahora diez veces al día con toda libertad, cual dueño, como esos locos poco afectados que viven hace tanto tiempo en un asilo que el médico les ha confiado la llave. Por eso propuse a Mme. de Cambremer llevarla allí. Y como aquel salón ya no me inspiraba ninguna timidez ni tampoco me ofrecía encanto alguno, porque el rostro de las cosas cambia para nosotros como el de las personas, le hice esa propuesta sin ninguna turbación. Pero la marquesa la rechazó, prefiriendo quedarse fuera, y nos sentamos al aire libre, en la terraza del hotel. Allí encontré, y recogí, un volumen de Mme. de Sévigné que mamá no había tenido tiempo de llevarse en su precipitada huida cuando se enceró de que llegaban visitas para mí. Temía tanto como la abuela aquellas invasiones de extraños y, por miedo a no poder escaparse si se dejaba rodear, desaparecía con una rapidez que a mi padre y a mí siempre nos hacía burlarnos de ella, Madame de Cambremer llevaba en la mano, junto con la empuñadura de una sombrilla, varios bolsos bordados, un canastillo, una escarcela de oro de la que pendían unos hilos de granates y un pañuelo de encaje. Me parecía que hubiera sido más cómodo para ella dejarlos sobre una silla; pero tenía la impresión de que hubiese resultado inconveniente e inútil pedirle que abandonase los ornamentos de su gira pastoral y de su sacerdocio mundano. Mirábamos el mar calmo sobre el que unas cuantas gaviotas dispersas flotaban como corolas blancas. Debido al nivel desimple «médium» al que nos rebaja la conversación mundana, y también a nuestro deseo de agradar, no con la ayuda de cualidades propias que nosotros mismos ignoramos, sino délo que, en nuestra opinión, han de apreciar quienes están con nosotros, me puse instintivamente a hablara Mme. de Cambremer, de soltera Legrandin, en el tono que hubiese podido emplear su hermano. «Tienen, dije, refiriéndome a las gaviotas, una inmovilidad y una blancura de ninfeas». Y, de hecho, era como si ofreciesen un blanco inerte a las pequeñas olas que las balanceaban, hasta el punto de que éstas, por contraste, parecían animadas de una intención, cobrar vida, al perseguirlas. La marquesa madre no se cansaba de celebrar la soberbia vista del mar que teníamos en Balbec, y me

envidiaba, ella que desde La Raspeliére (donde por lo demás no vivía aquel afio) sólo veía las olas de muy lejos. Tenía dos singulares costumbres derivadas a un tiempo de su exaltado amor por las arres (sobre todo por la música) y de su insuficiencia dental. Cada vez que hablaba de estética, sus glándulas salivares, como las de ciertos animales en el momento del celo, entraban en tal fase de hipersecreción que la boca desdentada de la vieja dama dejaba pasar, por la comisura de unos labios ligeramente bigotudos, unas cuantas gotas a un sitio que no era el suyo. Se las tragaba al punto con un gran suspiro, como alguien que recupera la respiración. Por último, cuando se trataba de una belleza musical demasiado extraordinaria, en su entusiasmo alzaba los brazos y profería unos cuantos juicios sumarios, enérgicamente masticados que, llegado el caso, le salían por la nariz. Nunca se me había ocurrido pensar que la vulgar playa de Balbec pudiese ofrecer, en efecto, una «vista de mar», y las simples palabras de Mme. de Cambremer cambiaban mis ideas a este respecto. Por el contrario, y se lo dije, siempre había oído celebrar la vista incomparable desde La Raspeliére, situada en la cumbre de la colina, y desde la que, en un gran salón de dos chimeneas, toda una hilera de ventanas da, por el fondo de los jardines, entre el follaje, al mar hasta más allá de Balbec, mientras la otra hilera contempla el valle. «¡Qué amable es usted y qué bien dicho: el mar entre el follaje! Es encantador, se diría… un abanico». Y por una aspiración profunda destinada a recuperar la saliva y secar el bigote sentí que el cumplido era sincero. Pero la marquesa de soltera Legrandin permaneció fría para demostrar su desprecio no por mis palabras sino por las de su suegra. Por otra parte, no sólo despreciaba su inteligencia, también deploraba su amabilidad, temiendo siempre que la gente no se hiciese una idea suficientemente adecuada de los Cambremer. «¡Y qué bonito es el nombre!, dije yo. Sería interesante conocer el origen de todos esos nombres». — «El de éste se lo puedo decir, me respondió con dulzura la vieja dama. Es una mansión de la familia, de mi abuela Arrachepd[270], no es una familia ilustre, pero sí una buena y antiquísima familia de provincia». — «¿Cómo que no es ilustre?, le interrumpió en tono seco la nuera. Sus armas ocupan todo un vitral de

la catedral de Bayeux[271], y la iglesia principal de Avranches[272] contiene sus monumentos funerarios. Si le divierten esos viejos nombres, añadió, llega usted con un año de retraso. Habíamos hecho nombrar para el curato de Criquetot, pese a las dificultades que hay para cambiar de diócesis, al deán de una región en la que personalmente poseo tierras, muy lejos de aquí, en Combray, donde el buen sacerdote se daba cuenta de que estaba volviéndose neurasténico. Pot desgracia, anciano como era, el aire del mar no le sentó bien; su neurastenia aumentó y se volvió a Combray. Pero, mientras fue vecino nuestro, se entretuvo en consultar todos los viejos mapas, y ha escrito un breve opúsculo bastante curioso sobre los nombres de la región[273]. Y además le tomó gusto, porque parece haber dedicado estos últimos años a escribir una gran obra sobre Combray y sus alrededores. Ya le mandaré su folleto sobre los alrededores de Féterne. Es un trabajo de benedictino. En él leerá cosas muy interesantes sobre nuestra vieja Raspeliére, de la que mi suegra habla con demasiada modestia». —«En cualquier caso, respondió Mme. de Cambremer madre, este año La Raspeliére no es nuestra y no me pertenece. Pero se nota que tiene usted temperamento de pintor; debería dibujar, y me gustaría tanto enseñarle Féterne, que es mucho mejor que La Raspeliére». Porque desde que los Cambremer habían alquilado esta última propiedad a los Verdurin, su posición dominante había dejado bruscamente de parecerles lo que había sido a sus ojos durante tantos años, es decir, una posición que ofrecía la ventaja, única en la comarca, de tener vistas al mar y al valle al mismo tiempo, y, a cambio, le habían encontrado de pronto —y a posteriori— el inconveniente de que siempre había que subir y bajar para llegar o para salir de ella. En resumen, se hubiera dicho que si Mme. de Cambremer la había alquilado era menos por aumentar sus rentas que por dar descanso a sus caballos. Y se declaraba encantada de poder disponer, al fin, del mar de forma continuada y tan cerca en Féterne, ella que, durante tanto tiempo, salvo los dos meses que pasaba allí, sólo lo había visto desde lo alto y como en un panorama. «¡Lo descubro a mis años, decía, y cómo lo disfruto! ¡Me hace tanto bien! Alquilaría La Raspeliére gratis para verme obligada a vivir en Féterne».

«Volviendo a temas más interesantes, prosiguió la hermana de Legrandin que llamaba "Madre" a la vieja marquesa, pero que, con el paso de los años, había adoptado con ella maneras insolentes, hablaba usted de ninfeas: supongo que conoce las que ha pintado Claude Monet[274]. ¡Qué genio! Me interesa todavía más porque cerca de Com— bray, ese pueblo donde le he dicho que tenía tierras…» Pero prefirió no hablar demasiado de Combray. «¡Ah!, seguramente es la serie de la que nos habló Elstir, el más grande de los pintores contemporáneos!», exclamó Albertine que hasta ese momento no había dicho nada. ¡Ah!, se ve que a la señorita le gusta el arte», exclamó Mme. de Cambremer, sorbiendo, con una profunda inspiración, un chorro.de saliva. «La señorita me permitirá que prefiera a Le Sinader», dijo el abogado sonriendo con aire de entendido. Y como en otro tiempo había apreciado, o visto apreciar, ciertas «audacias» de Elstir, añadió: «Elstir estaba dotado, e incluso estuvo a punto de formar parte de la vanguardia, pero no sé por qué no continuó, echó a perder su vida». Madame de Cambremer dio la razón al abogado por lo que se refería a Elstir, pero, con gran disgusto de su invitado, comparó a Monct con Le Sinader. No puede decirse que fuera estúpida; rebosaba de una inteligencia que para mí resultaba del todo inútil. Precisamente ahora, al declinar el sol, las gaviotas eran amarillas, como las ninfeas en otra tela de esa misma serie de Monet. Dije que la conocía y (como seguía imitando el lenguaje del hermano cuyo nombre aún no me había atrevido a citar) añadí que era una lástima que no se le hubiese ocurrido la idea de venir la víspera, porque a la misma hora habría podido admirar una luz de Poussin[275]. Si un hidalgüelo normando, desconocido de los Guermantes, se hubiese permitido decirle que habría debido venir la víspera, Mme. de Cam— bremer-Legrandin se habría erguido sin duda con aire ofendido. Pero yo habría podido tratarla con mucha más familiaridad todavía sin que por ello abandonase su dulzura blanda y empalagosa; en el calor de aquel hermoso atardecer podía libar a mi antojo en el gran pastel de miel que Mme. de Cambremer era tan raras veces, y que sustituyó a las pastas que a mí no se me ocurrió ofrecer. Pero el nombre de Poussin, sin alterar la amenidad de Ja mujer de

mundo, provocó las protestas de la diletante. Al oír este nombre, Mme. de Cambremer dejó oír en seis ocasiones prácticamente seguidas ese pequeño chasquido de la lengua contra los labios que sirve para echar, a un niño que está cometiendo una tontería, una reprimenda por haber empezado y darle a entender al mismo tiempo la prohibición de continuar. «En nombre del cielo, después de un pintor como Monet, que es simplemente un genio, ¿cómo se le ocurre nombrarme a un viejo vulgar sin talento como Poussin? Lisa y llanamente le diré que me parece el más terrible de los pelmas. ¡Qué quiere, a eso yo no lo puedo llamar pintura! Monet, Degas, Manee[276], sí, ésos sí son pintores! Es muy curioso, añadió fijando una mirada escrutadora y extasiaría en un punto vago del espacio donde estaba viendo su propio pensamiento, es muy curioso, antes prefería a Manet. Abora, sigo admirando a Manet, por supuesto, pero creo que quizá prefiero a Monet. ¡Ah, las catedrales!» Ponía tanto escrúpulo como complacencia en informarme sobre la evolución que había seguido su gusto. Y se notaba que las fases por las que había pasado ese gusto no eran menos importantes, según ella, que las diferentes maneras de Monet mismo. Por lo demás, no me sentía halagado por el hecho de que me hiciese la confidencia de sus predilecciones, pues ni siquiera ante la provinciana más estúpida podía permanecer cinco minutos sin sentir la necesidad de confesarlas. Cuando una dama noble de Avranches, incapaz de distinguir a Mozart de Wagner, decía delante de Mme. de Cambremer: «No hemos tenido ninguna novedad interesante durante nuestra estancia en París, hemos estado una vez en la Opéra-Comique, daban Pelléas et Mélisande[277], algo horrible», Mme. de Cambremer no sólo hervía sino que sentía la necesidad de exclamar: «¡Todo lo contrario, es una pequeña obra maestra!», y de «discutir». Quizá fuese una costumbre de Combray, aprendida de las hermanas de mi abuela, que llamaban a eso: «luchar por la buena causa», y a las que les gustaban las cenas en las que sabían que todas fas semanas tendrían que defender a sus dioses frente a los filisteos. De la misma manera, a Mme. de Cambremer le gustaba «calentarse la sangre» «riñendo» sobre arte como otros sobre política. Tomaba partido por

Debussy como lo habría tomado por una amiga cuya conducta hubieran criticado. Sin embargo, debía darse cuenta de que diciendo: «¡Pero si es una pequeña obra maestra!», no podía improvisar, en la persona a la que ponía en su sitio, toda la progresión de cultura artística a cuyo término se hubiesen puesto de acuerdo sin necesidad de discutir. «Tendré que preguntar a Le Sinader qué piensa de Poussin, me dijo el abogado. Es un hombre muy cerrado, muy silencioso, pero ya sabré yo tirarle de la lengua».

«Además, continuó Mme. de Cambremer, me horrorizan las puestas de sol, es romántico, es de ópera. Por esa misma razón detesto Ja casa de mi suegra, con sus plantas del Mediodía. Ya lo verá, parece un parque de Montecarlo. Por eso prefiero la ribera que tienen ustedes aquí. Es más triste, más sincera; hay un caminito desde el que no se ve el mar. Los días de lluvia no hay más que barro, es todo un mundo. Es como en Venecia, detesto el Gran Canal y no conozco nada más emocionante que las pequeñas callejuelas. Además, es una cuestión de ambiente». — «Pero, le dije, dándome cuenta de que la única manera de rehabilitar a Poussin a ojos de Mme. de Cambremer era hacerle saber que de nuevo se había puesto de moda, M. Degas asegura que no conoce nada más bello que los Poussin de Chautilly[278]». — «¿Sí? No conozco los de Chantilly, me dijo Mme. de Cambremer que no quería tener una opinión distinta a la de Degas, pero puedo hablar de los del Louvre, que son un horror». — «También los admira muchísimo». — «Tendré que volver a verlos. Todo esto es un poco antiguo en mi cabeza», replicó después de un instante de silencio y como si el juicio favorable que desde luego no tardaría en emitir sobre Poussin debiera depender, no de la noticia que yo acababa de comunicarle, sino del examen suplementario y esta vez definitivo que pensaba hacer sufrir a los Poussin del Louvre para poder desdecirse. Conten tándome con lo que era un principio de retractación, porque, si aún no admiraba los Poussin, se reservaba para una segunda deliberación, a fin de no seguir torturándola más tiempo le dije a su suegra que me habían hablado mucho de las flores admirables de Féterne. Modestamente habló del jardincillo de cura que tenía en la parte de atrás y al que por la mañana, empujando una

*puerta, iba en bata a dar de comer a sus pavos reales, a coger los huevos puestos por las gallinas y a cortar unas zinnias o unas rosas que, en el camino de mesa, haciendo a los huevos a la crema o a las frituras un festón de flores, le recordaban sus alamedas. Es verdad que tenemos muchas rosas, me dijo, nuestra rosaleda está casi demasiado cerca de la casa en que vivimos, hay días que termina dándome dolor de cabeza. Es más agradable desde la terraza de La Raspelicrc, donde el olor de las rosas llega con el viento, pero donde ya marea menos». Me volví hacia la nuera. «Ese olor de rosas que sube hasta las terrazas es puro Pelmas[279], le dije, para halagar su entusiasmo modernista. Tiene tanta fuerza en la partitura que, como tengo hay-fevery rose-fever[280], me hacía estornudar cada vez que oía esa escena». —«¡Qué obra maestra Pelleas[281]!, exclamó Mme. de Cambremer; me tiene enamorada»; y acercándose a mí con los gestos de una mujer salvaje que hubiera querido hacerme arrumacos, ayudándose con los dedos para golpear las notas imaginarias, se puso a tararear algo que supuse que para ella debía de ser la despedida de Peleas**, prosiguiendo con vehemente insistencia como si fuese importante que Mme. de Cambremer me recordase en ese momento la escena en cuestión, o quizá más bien me demostrase que la recordaba. «Creo que es más bello todavía que Panifal, añadió, porque en Par— sifalalss mayores bellezas viene a unirse cierto halo de frases melódicas, es decir, caducas por ser melódicas». — «Ya sé que es usted una gran música, señora, dije volviéndome a la marquesa madre. Me gustaría mucho oírla». Mme. de Cambremer-Legrandin miró el mar para no tomar parre en la conversación. Convencida de que lo que amaba su suegra no era la música, consideraba el talento, supuesto en su opinión, y de los más notables en realidad, que se le reconocía, como un virtuosismo sin ningún interés. Cierto que la única alumna todavía viva de Chopin[282] declaraba con razón que la forma de tocar, el «sentimiento» del Maestro, sólo se había transmitido, a través de ella, a Mme. de Cambremer, pero tocar como Chopin estaba lejos de ser una referencia para la hermana de Legrandin, que no despreciaba a nadie tanto como al músico polaco. «¡Oh, han echado a volar!», exclamó Albertine señalándome las gaviotas que, liberándose por un*

instante de su incógnito de flores, ascendían todas juntas hacia el sol. Leurs ailes de géants les empêchent de marcher[283] *dijo Mme. de Cambremer, confundiendo las gaviotas con los albatros. «Me gustan mucho, las veía en Amsterdam, dijo Albertine. Huelen el mar, lo ventean incluso a través de las piedras de las calles». —«¡Ah!, ha estado usted en Holanda; ¡conoce los Vermeer?», preguntó imperiosa Mme. de Cambremer y con el mismo tono con que habría dicho: «¡Conoce a los Guermantes?», porque el esnobismo cuando cambia de objeto no cambia de acento. Albenine contestó que no: creía que le hablaban de personas vivas. Pero no se notó. «Me encantaría tocar un poco de música para usted, me dijo Mme. de Cambremer. Pero, como sabe, sólo toco cosas que ya no interesan a su generación. Fui educada en el culto a Chopin», dijo en voz baja porque temía a su nuera y sabía que para ella, convencida de que Chopin no era música, tocarlo bien o tocarlo mal eran expresiones carentes de sentido. Reconocía que su suegra tenía habilidad técnica, que perlaba los pasajes. «Nunca me harán decir que mi suegra es música», concluía Mme. de Cambremer-Legrandin. Como se creía «avanzada» y (sólo en arte) «nunca bastante a la izquierda», según decía, se figuraba no sólo que la música progresa, sino que progresa en una sola línea, y que Debussy era en cierto modo un ultra— Wagner todavía un poco más avanzado que Wagner. No se daba cuenta de que, si Debussy no era tan independiente de Wagner como ella misma había de creer dentro de unos años, ya que después de todo siempre utilizamos las armas conquistadas para acabar de liberarnos de aquel a quien momentáneamente hemos vencido, sin embargo, tras la saturación de obras demasiado completas donde todo está expresado que empezaba a sentirse, intentaba satisfacer la necesidad contraria.*

Había desde luego teorías que momentáneamente sostenían esa reacción, semejantes a las que, en política, prestan su apoyo a leyes contra las congregaciones[284]*, a las guerras en Oriente*[285] *(enseñanza contra natura, peligro amarillo, etc,, etc.) Se decía que a una época dominada por la prisa le convenía un arce rápido, exactamente igual que se habría dicho que la guerra futura no podía durar más de quince días, o que con los ferrocarriles se dejarían de*

lado los rinconcitos tan apreciados por las diligencias y destinados sin embargo a ser revaíorizados por el auto. Se recomendaba no cansar la atención del oyente, como si no dispusiésemos de atenciones distintas y no dependiese precisamente del artista despertar las más altas. De hecho, los que bostezan de fatiga después de leer diez líneas de un artículo mediocre habían hecho todos los años el viaje a Bayreuth para oír la Tetralogía. Además, llegaría el día en que, durante un tiempo, Debussy sería declarado tan frágil como Massenet, y los sobresaltos de Melisenda rebajados al rango de los de Manon[286]. Porque las teorías y las escuelas, como los microbios y los glóbulos, se devoran entre sí y aseguran con su lucha la continuidad de la vida. Pero ese tiempo no ha llegado todavía.

Así como en la Bolsa cuando se produce un movimiento al alza lo aprovechan toda una categoría de valores, así se benefician de la reacción cierto número de autores despreciados, bien porque no merecían ese desprecio, o simplemente porque —permitiendo entonces decir, al exaltarlos, algo nuevo— habían incurrido en él. Y hasta se iba a buscar, en un pasado aislado, algún talento independiente en cuyo prestigio no parecía que debiese influir el movimiento actual, aunque, según decían, uno de los nuevos maestros citaba su nombre de manera favorable. A menudo era porque ún maestro, cualquiera que sea, y por exclusiva que deba ser su escuela, juzga a partir de un sentimiento original, hace justicia al talento dondequiera que se encuentre, e incluso a menos que al talento, a cierta inspiración agradable que saboreó en el pasado, vinculada a un momento amado de su adolescencia. Otras veces porque ciertos artistas de otra época han realizado, en un simple fragmento, algo que se parece a lo que el maestro ha ido comprendiendo poco a poco que él mismo había querido hacer. En ese antiguo ve entonces una especie de precursor; ama en él, bajo otra forma, un esfuerzo momentáneo, parcialmente fraternal. Hay trozos de Turner en la obra de Poussin, una frase de Flaubert en Montcsquieu[287]. Y también, aveces, ese rumor sobre la predilección del maestro era resultado de un error, nacido no se sabe dónde y propalado en la escuela. Pero el nombre citado se beneficiaba

entonces de la firma bajo cuya protección había entrado justo a tiempo, pues si en la elección del maestro hay alguna libertad, un gusto verdadero, las escuelas en cambio sólo se mueven en la dirección marcada por la teoría. Así es como la inteligencia, siguiendo su curso habitual que avanza por digresiones, virando una vez en un sentido, la vez siguiente en el sencido opuesto, había arrojado luz desde arriba sobre cierto número de obras a las que la necesidad de justicia, o de renovación, o el gusto de Debussy, o su capricho, o unas palabras que quizá no había dicho, había añadido las de Chopin. Celebradas por unos jueces en quienes se tenía plena confianza, beneficiándose de la admiración suscitada por Peiléas, habían conquistado un nuevo esplendor, y hasta quienes no las habían vuelto a oír estaban tan deseosos de amarlas que lo hacían a pesar suyo, aunque con la ilusión de hacerlo libremente. Pero Mme. de Cambremer— Legrandin se quedaba una parte del año en provincia. Y aun en París, dada su mala salud, vivía mucho tiempo en su cuarto. Verdad es que este inconveniente se reflejaba sobre todo en su preferencia por expresiones que Mme. de Cambremer creta de moda y que habrían sido más adecuadas al lenguaje escrito, matiz que no captaba porque las sacaba más de la lectura que de la conversación. Y ésta es necesaria, no canto para el conocimiento exacto de ¡as opiniones como para el de las expresiones nuevas. Sin embargo, aquella rehabilitación de los Nocturnos aún no había sido anunciada por la crítica[288]. La noticia se había difundido únicamente a través de charlas de «jóvenes». Madame de Cam— bremer-Legrandin la desconocía. Tuve el placer de hacerle saber, pero dirigiéndome para ello a su suegra, como cuando, en el billar, para dar a una bola se juega por la banda, que Chopin, lejos de estar pasado de moda, era el músico preferido de Debussy[289]. «Vaya, qué divertido», me dijo la nuera con una sonrisa sutil, como si sólo fuera una paradoja lanzada por el autor de PelUas. Pero ahora ya no había ninguna duda de que escucharía a Chopin con respeto e incluso con gusto. Por eso mis palabras, que habían dado la hora del rescate para la marquesa madre, pusieron en su cara una expresión de gratitud hacia mí, y sobre todo de alegría, Le brillaron los ojos como los de Latude en la

comedia titulada Latude ou Trente-crnq ans de capttvité[290], y su pecho aspiró el aire marino con esa dilatación que tan bien subrayó Beethoven en Fidelio cuando sus prisioneros respiran por fin «ese aire que vivifica[291]». En cuanto a la marquesa madre, tuve la impresión de que iba a posar en mi mejilla sus labios bigotudos. «¡Cómo! ¿Le gusta Chopin? Le gusta Chopin, le gusta Chopin», exclamó en un acceso de apasionada gangosidad, lo mismo que hubiera podido decir: «¡Cómo! ¿También conoce usted a Mme. de Franquetot?», con la diferencia de que mis relaciones con Mme. de Franquetot le habrían resultado profundamente indiferentes, mientras que mi conocimiento de Chopin la sumió en una especie de delirio artístico. La hipersecreción salivar no fue suficiente. Renunciando incluso a tratar de comprender el papel de Debussy en la reinvención de Chopin, sólo dedujo que mi juicio era favorable. El entusiasmo musical se apoderó de ella. «¡Elodie! ¡Elodie! ¡Le gusta Chopin!» Sus senos brincaron y batió el aire con los brazos. «¡Ah!, ya me había olido que usted era músico, exclamó. Siendo jjartista como usted lo es, comprendo que le guste. ¡Es tan bueno!» Y su voz era tan pedregosa como si, para expresarme su amor por Chopin, imitando a Demóstenes se hubiera llenado la boca con todas las piedrecillas de la playa. Por fin llegó el reflujo, alcanzando hasta el velete que no tuvo tiempo de poner a salvo y que fue traspasado, hasta que por último la marquesa enjugó con su pañuelo bordado la baba de espuma con que el recuerdo de Chopin acababa de mojar sus bigotes.

«Dios mío, me dijo Mme. de Cambremer-Legrandin, creo que mí suegra está retrasándose demasiado, olvida que tenemos a cenar a mi tío de Ch'nouvilie. Y a Canean no le gusta esperar». Canean me resultó incomprensible y pensé que tal vez se trataba de un perro. En cuanto a los primos de Ch'nouvilie, es lo siguiente. Con la edad se había atenuado en la joven marquesa el placer que sentía pronunciando su nombre de esa manera. Y sin embargo, tiempo atrás había decidido casarse para saborear ese placer. En otros grupos mundanos, cuando se hablaba de los Chenouville, tenían la costumbre (por lo menos cada vez que la partícula iba precedida de un nombre acabado en vocal, porque en caso contrario estaba uno

obligado a apoyarse en el de, dado que la lengua se negaba a pronunciar Madam'd' Ch'nonceaux) de sacrificar la emuda de la partícula. Se decía: «Monsieur d'Chenou— ville». Entre los Cambremer, la tradición era inversa, pero igual de perentoria. Era la emuda de Chenouville la que se suprimía en todos los casos. Aunque el nombre fuese precedido de mon cautín o de ma cousine, siempre era de «Ch'nouvilie» y nunca de Chenouville. (En cuanto al padre de esos Chenouville, lo llamaban nuestro onde, porque en Féterne no eran lo bastante «crema» para pronunciar nuestro «onk», como habrían hecho los Guermantes, cuya jerga voluntaria era tan difícil de comprender como el antiguo francés o un moderno patois, ya que suprimía las consonantes y nacionalizaba los nombres extranjeros). Toda persona que entrara en la familia recibía inmediatamente sobre este punto de los Ch'nouvilie una advertencia que Mlle. Legrandin-Cambremer no había necesitado. Cierto día, durante una visita, al oír a una muchacha decir: «mi tante d'Uzai», «mi onkde Rouam, no había reconocido en el acto los ilustres nombres que ella misma solía pronunciar: Uz.es y Rohan[292]», y sintió el asombro, el apuro y la vergüenza de quien, en la mesa, encuentra delante un instrumento recién inventado cuyo uso desconoce y con el que no se atreve a empezar a comer. Pero durante esa noche y el día siguiente había repetido con arrobo: «mi fttnre d'Uzai», suprimiendo la s final, supresión que la víspera la había dejado atónita pero que, ahora, le parecía tan vulgar no conocerla que cuando una de sus amigas le habló de un busto de la duquesa d'Uzés, Mlle. Legrandin le había replicado de mal humor y en tono altanero: «Por lo menos podría pronunciar usted como es debido: Mame d'Uzai». Desde entonces había comprendido que, en virtud de la transmutación de las materias consistentes en elementos cada vez más sutiles, la fortuna considerable y tan honrosamente adquirida que su padre le había transmitido, la completa educación que había recibido, su asidua asistencia a la Sorhona, tanto a los cursos de Caro[293] como a los de Brunetiére[294], y a los conciertos Lamoureux[295], todo esto debía volatilizarse, encontrar su sublimación última en el placer de poder decir un día: «mi tante d'Uzai». No excluía ese placer de su ánimo

que continuase frecuentando, al menos en los primeros tiempos que seguirían a su matrimonio, no a ciertas amigas a las que apreciaba y que estaba resignada a sacrificar, sino a otras a las que apreciaba y a las que quería poder decir (porque se casaría para eso): «Voy a presentarle a mi tante d'Uzai», y cuando vio que esa alianza era demasiado difícil: «Voy a presentarle a mi tía de Ch'nouville» y «Haré que la inviten a cenar con los Uzai». Su matrimonio con M. de Cambremer había procurado a Mlle. Legrandin ocasión de decir la primera de estas frases, pero no la segunda, porque el ambiente que frecuentaban sus suegros no era el que había creído y con el que seguía soñando. Por eso, después de haberme dicho de Saint-Loup (adoptando para ello una expresión de Robert, pues, si para conversar con ella yo hablaba como Legrandin, ella, obedeciendo a una sugestión inversa, me respondía en el dialecto de Robert, sin saber que a éste se lo había prestado Rachel), acercando el pulgar al índice y entrecerrando los ojos como si mirase algo infinitamente delicado que había conseguido captar: «Tiene una bonita calidad de espíritu»; hizo su elogio con tanto ardor que cualquiera habría dicho que estaba enamorada de él (por lo demás, se había pretendido que en el pasado, cuando estaba en Donciéres, Robert había sido su amante); en realidad lo hacía simplemente para que yo se lo repitiese, y terminar con: «Usted tiene mucho trato con la duquesa de Guermantes. Yo no me encuentro bien, apenas salgo, y sé que ella está confinada en un círculo de amigos selectos, cosa que me parece muy bien, por eso la conozco muy poco, pero sé que es una mujer absolutamente superior». Sabiendo que Mme. de Cambremer apenas la conocía, y por hacerme tan pequeño como ella, pasé por alto el tema y contesté a la marquesa que yo había conocido sobre todo a su hermano, M. Legrandin. Al oír este nombre, adoptó el mismo aire evasivo que yo había tenido para Mme. de Guermantes, pero uniéndole una expresión de descontento, por pensar que yo había dicho aquello para humillarla a ella, no a mí. ¿La corroía la desesperación de haber nacido Legrandin? Eso pretendían al menos las hermanas y las cuñadas de su marido, nobles damas de provincia que no conocían a nadie ni sabían nada, y envidiaban la inteligencia de Mme. de Cambremer, su instrucción, su riqueza, los atractivos físicos que había

tenido antes de caer enferma. «No piensa en otra cosa, eso es lo que la mata», decían aquellas malévolas cuando hablaban de Mme. de Cambremer a quien quiera que fuese, pero preferiblemente a un plebeyo, bien, si era fatuo y estúpido, para avalorar, subrayando con esa afi rmación la vergüenza de ser plebeyo, la amabilidad que demostraban con él, bien, si era tímido y fino y se aplicaba la frase a sí mismo, para darse el gusto de infligirle indirectamente una insolencia, aun cuando lo acogiesen de buena gana. Mas si aquellas señoras creían decir la verdad hablando asi de su cufiada, estaban en un error. La marquesa no sufría por haber nacido Legrandin, porque había perdido hasta ese recuerdo. La ofendió que yo se lo recordase y guardó silencio como sí no hubiese comprendido, por parecerle superfluo aporcar una precisión, ni siquiera una confirmación a mis palabras.

«Nuestros parientes no son la causa principal de que debamos acortar nuestra visita, me dijo Mme. de Cambremer madre, a quien probablemente aburría más que a su nuera el placer de decir: "Ch'nou — ville". Pero por no cansarle con la presencia de tanta gente, el sefior, me dijo indicándome al abogado, no se ha atrevido a traer hasta aquí a su mujer y a su hijo. Nos esperan paseando por la playa y deben de empezar a aburrirse». Pedí que me los señalaran exactamente y corrí en su busca. La mujer tenía una cara redonda como ciertas flores de la familia de las ranunculáceas, y en el rabillo del ojo una marca vegetal bastante grande. Y dado que las generaciones de los seres humanos conservan sus caracteres como una familia de plantas, el mismo signo que aparecía en el rostro marchito de la madre, y que hubiera podido contribuir a la clasificación de una variedad, crecía bajo el ojo del hijo. Mi solicitud con su mujer y su hijo conmovió al abogado. Mostró interés por mi estancia en Balbec: «Debe de sentirse un poco desorientado, porque aquí, en su mayoría, son extranjeros». Y me miraba al hablarme porque, como no le gustaban los extranjeros aunque tuviese muchos entre su clientela, quería asegurarse de que yo no era hostil a su xenofobia, en cuyo caso se hubiera batido en retirada diciendo: «Naturalmente, Mme. X… puede ser una mujer encantadora. Es una cuestión de principios». Como en esa época yo no tenía ninguna

opinión sobre los extranjeros, no di indicios de desaprobación, y él se sintió en terreno seguro. Llegó incluso a pedirme que fuese un día a su casa de París, a ver su colección de Le Sinader, y llevar conmigo a los Cambremer, de los que, evidentemente, me creía íntimo. «Le invitaré con Le Sinader, me dijo, convencido de que, desde ese momento, yo no viviría más que en la espera de aquel fausto día. Ya verá qué hombre tan exquisito. Y le encanarán sus cuadros. Naturalmente, yo no puedo rivalizar con los grandes coleccionistas, pero creo que soy el que tiene el mayor número de sus telas preferidas. Le interesarán todavía más viniendo de Balbec, porque son marinas, al menos en su mayoría». La mujer y el hijo, provistos de su carácter vegetal, escuchaban con recogimiento. Se tenía la impresión de que su palacete de París era una especie de templo de Le Sinader. Los templos de esa clase no son inútiles. Cuando el dios tiene dudas sobre sí mismo, tapa fácilmente las fisuras de su opinión mediante los testimonios irrecusables de personas que han dedicado su propia vida a la obra del artista.

A una señal de la nuera, Mme. de Cambremer iba a levantarse y me decía: «Ya que no quiere alojarse en Féterne, ¿por qué no viene por lo menos a almorzar un día a la semana, mañana por ejemplo?» Yen su bondad, para decidirme, añadió: «Volverá a encontrar al conde de Crisenoy[296]», a quien yo no había perdido en absoluto, por la simple razón de que no lo conocía. Empezaba a hacer brillar ante mis ojos nuevas tentaciones, pero se detuvo en seco. El primer presidente, quien, al volver, había sabido que la marquesa se hallaba en el hotel, la había buscado disimuladamente por todas partes, luego la había esperado y, fingiendo que se la encontraba por casualidad, se acercó para presentarle sus respetos. Comprendí que Mme. de Cambremer no tenía ningún interés en hacerle extensiva la invitación a almorzar que acababa de dirigirme. Sin embargo, él la conocía hacía mucho más tiempo que yo, por ser desde hacía años uno de aquellos habitué; Ai las matinéesáe Féterne que tanto había envidiado durante mi primera estancia en Balbec. Pero la antigüedad no lo es todo para las gentes de mundo. Y prefieren reservar los almuerzos a las relaciones nuevas que todavía les provocan curiosidad, sobre todo

cuando llegan precedidas de una prestigiosa y cálida recomendación como la de Saint-Loup. Madame de Cambremer calculó que el primer presidente no había oído lo que me había dicho, pero le dirigió, para calmar los remordimientos que sentía, las palabras más amables. En la plena luz del sol que inundaba en el horizonte la costa dorada, habicualmente invisible, de Rivebelle, distinguíamos, apenas separadas del luminoso azul, saliendo de las aguas, rosadas, argentinas, imperceptibles, las campanitas del ángelus que sonaban en los alrededores de Féterne. «También esto es bastante Pelléas, le hice notar a Mme. de Cambremer-Legrandin. Ya sabe a qué escena me refiero[297]». — «Claro que lo sé»; pero «no tengo ni idea» era lo que proclamaban su voz y su rostro, que no se amoldaban a ningún recuerdo, y su sonrisa sin apoyo, en el aire. La marquesa madre no podía creerse que las campanas llegasen hasta allí y se levantó pensando en la hora. «De hecho, dije yo, por regia general esta costa no se ve desde Balbec, n i tampoco se la oye. El tiempo tiene que haber cambiado y haber ampliado al doble el horizonte. A menos que vengan a buscarla, porque veo que la hacen marcharse; para usted son la campana de la cena». El primer presidente, poco sensible a las campanas, miraba furtivamente el malecón, que lamentaba ver tan despoblado aquella noche. «Es usted un verdadero poeta, me dijo Mme. de Cambremer. Se le nota tan vibrante, tan artista; venga, le tocaré Chopin», añadió levantando los brazos con aire extasiado y pronunciando las palabras con una voz ronca que parecía hacer rodar piedrecillas. Luego vino la deglución de la saliva, y la vieja dama enjugó instintivamente con su pañuelo el ligera cepillo, llamado a la americana, de sus bigotes. El primer presidente me hizo sin querer un gran favor agarrando a la marquesa del brazo para llevarla a su coche, pues cierta dosis de vulgaridad, de audacia y de gusto por la ostentación dicta una conducta que otros vacilarían en asumir, y que está lejos de desagradar en el gran mundo. Estaba además, desde hacía tantos años, mucho más acostumbrado que yo. A pesar de bendecirle, no me atreví a imitarle y eché a andar al lado de Mme. de Cambremer-Legrandin, quien quiso ver el libro que yo llevaba en la mano. El nombre de Mme. de Sévigné le hizo torcer el gesto; y

empleando una palabra que había leído en cierros periódicos, pero que en la conversación, en femenino y aplicada a una escritora del siglo XVII, hacía un efecto raro, me preguntó: «¿Le parece a usted verdaderamente talentosa[298]?» La marquesa dio al lacayo la dirección de un pastelero por cuya tienda tenía que pasar antes de tomar la carretera, rosada con el polvo del crepúsculo, donde azuleaban en forma de grupas los acantilados escalonados. Preguntó a su viejo cochero si uno de sus caballos, que era friolento, había tenido calor suficiente, si al otro no le hacía daño el casco. «Le escribiré para lo que debemos concertar, me dijo a media voz. He visco que hablaba usted de literatura con mi nuera, es una mujer adorable», añadió aunque no lo pensase, pero había cogido la costumbre —conservada por bondad— de decirlo para no dar la impresión de que su hijo se había casado por dinero. «Además, añadió en una última masticación entusiasta, ¡es tan jarttistta!» Después subió al coche, balanceando la cabeza, levantando el puño de su sombrilla, y se alejó por las calles de Balbec, sobrecargada con los ornamentos de su sacerdocio, como un viejo obispo en gira de confirmación.

«Le ha invitado a almorzar, me dijo en tono severo el primer presidente cuando, tras haberse alejado el coche, volví con mis amigas. Estamos un poco fríos. Cree que no le hago caso. Diablo, con lo fácil que soy de tratar. Si alguien me necesita, siempre estoy ahí, dispuesto a responder: "Presente". Pero han querido atraparme. ¡Ah, eso sí que no, añadió en tono astuto y levantando el dedo como quien distingue y argumenta, eso no lo permito! Es atentar contra la libertad de mis vacaciones. Me he visto obligado a decir: "¡Alto ahí!" Usted parece llevarse muy bien con ella. Cuando tenga mi edad, ya verá que la vida social es muy poca cosa, y lamentará haber dado tanta importancia a esas naderías Bueno, voy a dar una vuelta antes de la cena. ¡Adiós, muchachos!», gritó para el foro, como si ya estuviese a cincuenta pasos.

Cuando me despedí de Rosemonde y de Gisele, éstas vieron con asombro que Albertine permanecía quiera, que no las seguía. «Venga, Albertine, ¿qué haces?, ¿has visto La hora que es?» —«Podéis marcharos, les respondió con autoridad. Tengo que hablar con él»,

añadió señalándome con aire sumiso. Rosemonde y Gisele se miraron, llenas de un respeto nuevo hacia mí. Yo gozaba sintiendo que, por un momento al menos, a los ojos mismos de Rosemonde y de Gisele, era para Albertine algo más importante que la horade volver, que sus amigas, y podía incluso compartir con ella graves secretos en los que no habían de intervenir. «¿No te veremos esta noche?» —«No sé, dependerá de éste. Por si acaso, hasta mañana». —«Subamos a mi habitación», le dije cuando sus amigas se hubieron alejado. Cogimos el ascensor; ella guardó silencio delante del lift, Estar habitualmente obligado a recurrir a la observación personal y a la deducción para conocer los pequeños asuntos de los señores, esas gentes extrañas que hablan entre sí y no les dirigen la palabra, desarrolla en los «empleados» (como el lifillamaba a los domésticos) una mayor capacidad de adivinación que en los «patronos». Los órganos se atrofian o se vuelven más fuertes o más sutiles según crezca o disminuya la necesidad que tenemos de ellos. Desde que existe el ferrocarril, la necesidad de no perder el tren nos ha enseñado a tener en cuenta los minutos, cuando entre los antiguos romanos, que no sólo tenían una astronomía más sumaria sino también un ritmo de vida menos agitado, apenas existía la noción no ya de minutos, sino incluso de horas fijas. Por eso el Zt/r había comprendido, y esperaba contárselo a sus camaradas, que Albertine y yo estábamos preocupados. Pero nos hablaba sin parar porque carecía de tacto. Mientras canto, yo veía pintarse en su cara, en lugar de la impresión habitual de amistad y de alegría por hacerme subir en su ascensor, una expresión de abatimiento y de inquietud extraordinarios. Como ignoraba la causa, para tratar de distraerle, y aunque más preocupado por Albertine, le dije que la señora que acababa de marcharse se llamaba marquesa de Cambremer y no de Camcmbert. En el piso por el que en ese momento pasábamos, distinguí, llevando una almohada, a una camarera feísima que me saludó con respeto, con la esperanza de una propina cuando me marchase. Me habría gustado saber si era la misma que tanto había deseado yo la noche de mi primera llegada a Balbec[299], pero nunca conseguí tener esa certeza. El Zí^ me juró, con la sinceridad de la mayor parte de los falsos testigos, pero sin

abandonar su expresión desesperada, que había sido la marquesa quien le había pedido anunciarla con el nombre de Camembert. Y a decir verdad era muy lógico que hubiese entendido un nombre que ya conocía. Además, como poseía sobre ¡a nobleza y la naturaleza de los nombres con que se crean los títulos las nociones extremadamente vagas que también tienen muchas personas que no son lifiters, el nombre de Camembert le había parecido perfectamente verosímil, y nada sorprendente que, si el queso era universalmente conocido, hubieran sacado un marquesado de una fama tan gloriosa, a menos que la celebridad del queso no viniese dada por la del marquesado. Sin embargo, como veía que yo no quería dar la impresión de haberme equivocado, y era consciente de que a los señores les gusta ver obedecidos sus caprichos más fútiles y aceptadas sus mentiras más evidentes, me prometió, como buen doméstico, decir en lo sucesivo Cambremer. Cierto es que ningún tendero del pueblo ni campesino alguno de los alrededores, donde el nombre y la persona de los Cambremer eran perfectamente conocidos, habrían podido cometer nunca el error del lift. Pero el personal del «Grand—Hótel de Balbec» no era en absoluto del lugar. Venía directamente, junto con todos los materiales, de Biarritz, de Niza y de Montecarlo, de donde una parte se había dirigido a Deauville, otra a Diñar, mientras la tercera se reservaba para Balbec.

Pero el dolor ansioso del lifi no hacía sino crecer. Para que se le olvidara de aquel modo demostrarme su aprecio con sus habituales sonrisas, alguna desgracia tenía que haberle ocurrido. Acaso le habían «enviado». En tal caso me prometí procurar que se quedase, dado que el director me había prometido ratificar cuanto yo decidiese concerniente al personal. «Usted siempre puede hacer lo que quiera, yo rectifico por adelantado». De repente, nada más salir del ascensor, comprendí la angustia, el aire aterrado del lifi. Debido a la presencia de Albertine, no le había dado los cien sous que solía darle al subir. Y aquel imbécil, en lugar de comprender que yo no quería hacer ostentación ante terceros de propinas, se había echado a temblar, suponiendo que se había acabado de una vez por todas, que nunca más volvería a darle nada. Se imaginaba que yo había caído en la «miseria» (como habría dicho el duque de Guermantes), y esa

suposición no le inspiraba ninguna piedad hacia mí, sino una terrible decepción egoísta. Me dije que era menos irracional de lo que mi madre pensaba cuando no me atrevía a dejar de dar un día la suma exagerada, pero febrilmente esperada, que había dado la víspera. Pero también el significado atribuido por mí hasta ese momento, y sin la menor duda, a la habitual expresión de alegría del tifien, la que no dudaba en ver una señal de afecto, también me pareció menos seguro. Viendo al lifiier dispuesto, en su desesperación, a arrojarse de un quinto piso, me preguntaba si, en caso de que nuestras respectivas condiciones sociales cambiasen, a raíz por ejemplo de una revolución, el lifi, convertido en burgués, en vez de maniobrar gentilmente para mí el ascensor no me hubiese echado fuera, y si no hay en ciertas clases del pueblo más doblez que en la buena sociedad donde, por supuesto, los comentarios maledicentes se reservan para nuestra ausencia, pero donde, si fuésemos desdichados, no nos tratarían de manera insultante.

No puede decirse, sin embargo, que en el hotel de Balbec fuese el lifiel más interesado. Desde este punto de vista el personal se dividía en dos categorías: de un lado, los que hacían diferencias entre los clientes, más sensibles a la propina razonable de un viejo noble (en condiciones, además, de evitarles los 28 días[300] recomendándolos al genera] de Beautreillis) que a la esplendidez desconsiderada de un rastacueros[301] que con ello demostraba incluso su Falta de buenas maneras, que sólo en su presencia recibía el nombre de bondad. De otro lado, aquellos para quienes nobleza, inteligencia, celebridad, posición social y modales, era algo inexistente, recubierto por una cifra. Para éstos no había más que una jerarquía, el dinero que se tiene, o más bien el que se da. Acaso el propio Aimé pertenecía a esa categoría, pese a sus pretensiones de un gran saber mundano debido al gran número de hoteles en que había servido. A lo sumo añadía un cariz social y de conocimiento de las familias a ese género de apreciación, diciendo, por ejemplo, de la princesa de Luxembourg: «¿Hay mucho dinero ahí?» (con la interrogación trataba de informarse, o de controlar definitivamente los informes que había tomado antes de procurar a un cliente un chefpata París, o antes de reservarle una

mesa, a la izquierda, en la entrada, con visca al mar, en Balbec), Pese a esto, sin dejar de ser interesado, no lo hubiera exhibido con la estúpida desesperación del lift. Además, la ingenuidad de éste quizá simplificaba las cosas. La comodidad de un gran hotel, de una casa como era en el pasado la de Rachel, es que, sin necesidad de intermediarios, la vista de un billete de cien francos, y con mayor motivo si es de mil, aunque en tai ocasión se dé a otro, hace que en la cara hasta entonces helada de un empleado o de una mujer aparezca una sonrisa y ofrecimientos. En política, en cambio, en las relaciones de amante a querida, hay demasiadas cosas interpuestas entre el dinero y la docilidad. Tantas que, incluso Jos mismos en quienes el dinero despierta la sonrisa, son incapaces a menudo de seguir el proceso interno que los une; se creen, son más delicados. Además, eso depura la conversación educada de los «Ya sé lo que me queda por hacer, mañana me hallarán en el depósito de cadáveres». Por eso se encuentran en la sociedad educada tan pocos novelistas, tan pocos poetas, tan pocas de codas esas criaturas sublimes que hablan precisamente de lo que no se debe decir.

Tan pronto como quedamos solos y nos adentramos por el pasillo, Albertine me dijo: «¿Qué tiene usted contra mí?» ¿Me había resultado más penosa a mí mismo mi dureza con ella? ¿Se trataba únicamente por mi parte de una estratagema inconsciente destinada a llevar a mi amiga a esa actitud de temor y súplica respecto de mí que me permitiría interrogarla y quizá saber cuál de las dos hipótesis que sobre ella venía formulando hacía tiempo era la verdadera? Lo cierto es que, cuando oí su pregunta, de pronto me sentí feliz como quien alcanza un objetivo largo tiempo deseado. Antes de responderle, la llevé hasta mi puerta. Al abrirse, ésta dejó fluir la luz rosada que llenaba la habitación y transformaba la muselina blanca de las cortinas echadas contra el crepúsculo en jirones de aurora. Fui hasta la ventana; las gaviotas habían vuelto a posarse en las olas; pero ahora eran rosa. Se lo hice notar a Albertine: «No cambie de conversación, me dijo, sea franco como lo soy yo». Mentí. Le declaré que tenía que escuchar una confesión previa, la de una gran pasión que desde hacía algún tiempo sentía por Andrée, y lo hice con una naturalidad y una franqueza dignas del teatro, pero que en la vida apenas tenemos salvo

para los amores que no se sienten. Repitiendo la mentira que ya había empleado con Gilberte antes de mi primera estancia en Balbec[302], pero variándola, y para que me creyese mejor cuando ahora le decía que ya no la amaba, llegué hasta dejar escapar que tiempo atrás había estado a punto de enamorarme de ella, pero que había pasado demasiado tiempo, que para mí no era más que una buena amiga y que, aunque lo hubiese querido, ya no podría volver a tener hacia ella sentimientos más apasionados. Por otra parte, insistiendo así ante Albertine en aquellas declaraciones de frialdad hacia ella, no hacía —a causa de una circunstancia y en vista de un fin particulares-sino volver más sensible, subrayar con más fuerza, ese ritmo binario que adopta el amor en todos los que, dudando demasiado de sí mismos, no consiguen creer que una mujer pueda amarlos nunca, ni tampoco que ellos mismos puedan amarla verdaderamente. Se conocen lo bastante para saber que con las más diferentes sentían las mismas esperanzas, las mismas angustias, inventaban las mismas novelas, pronunciaban las mismas palabras, para así haberse dado cuenta de que sus sentimientos, sus acciones, no están en relación estrecha y necesaria con la mujer amada, sino que pasan a su lado, la salpican, la rodean como la marea que rompe contra las rocas, y el sentimiento de su propia inestabilidad aumentaba todavía más en ellos la sospecha de que esa mujer, de la que tanto querrían ser amados, no los ama. Si esa mujer no es más que un simple accidente puesto frente al surgimiento de nuestros deseos, ¿por qué el azar habría hecho que fuésemos nosotros el objeto de los suyos? Por eso, a pesar de tener la necesidad de manifestarle todos esos sentimientos, tan diferentes de los sentimientos simplemente humanos que nuestro prójimo nos inspira, esos sentimientos tan especiales que son los sentimientos amorosos después de haber dado un paso adelante confesando a la que amamos nuestra ternura por ella, nuestras esperanzas, temerosos enseguida de desagradarle, confusos también ante la idea de que las palabras que le hemos dirigido no habían sido forjadas expresamente para ella, que nos han servido, que volverán a servirnos para otras, que si no nos ama no puede comprendernos y que entonces hemos hablado con la falta de gusto, con el impudor del pedante que dirige a

ignorantes frases sutiles no apropiadas para ellos, ese temor, esa vergüenza traen consigo el contrarritmo, el reflujo, la necesidad —aunque en un primer momento sea a costa de retroceder, de retirar vivamente la simpatía anteriormente confesada— de reanudar la ofensiva y de recuperar la estima, el dominio; podemos apreciar ese doble ritmo en los diversos períodos de un mismo amor, en todos los períodos correspondientes de amores similares, en todos los seres que saben analizarse mejor que apreciarse. Pero si ese doble ritmo estaba algo más vigorosamente acentuado de lo habitual en aquel discurso que estaba dirigiendo a Albertine, era simplemente para permitirme pasar con mayor rapidez y más energía al ritmo opuesto que escandiría mi ternura.

Como si a Albertine hubiera debido costarle creer lo que le decía sobre mí imposibilidad de volver a amarla porque el intervalo había sido demasiado largo, yo apuntalaba lo que definía como una rareza de mi carácter con ejemplos sacados de personas con las que, por culpa suya o mía, había dejado pasar el momento de amarlas sin conseguir luego volver a encontrarlo, por mucho que lo intentara. De este modo parecía que quisiese excusarme con ella, como si se tratara de una descortesía, por mi incapacidad para volver a amarla, y, al mismo tiempo, tratar de hacerle comprender las razones psicológicas como si fuesen particulares, sólo mías. Pero al justificarme de este modo, al extenderme sobre el caso de Gilberte, con la que de hecho había sido rigurosamente cierto lo que tan poco lo era aplicado a Albertine, no hacía sino volver mis afirmaciones más plausibles cuanto más fingía creer que lo fuesen poco. Sintiendo que Albertine apreciaba lo que ella creía mi «franqueza», y que reconocía en mis deducciones la claridad de la evidencia, me disculpé de la primera diciéndole que sabía lo mucho que desagrada uno cuando dice la verdad, y que ésta, por otro lado, debía parecerle incomprensible. Albertine, en cambio, me dio las gracias por mi sinceridad y añadió que, además, comprendía perfectamente un estado de ánimo tan natural y tan frecuente.

Después de hacer a Albertine la doble confesión de un sentimiento imaginario por Andrée, y hacia ella misma de una indiferencia que, para que pareciese completamente sincera y sin exageración, le

aseguré incidentalmente, y como por escrúpulo de cortesía, que no debía tomarse demasiado al pie de la letra, pude por fin, sin temor de que Albertine sospechase en ella ninguna clase de amor, hablarle con una dulzura que yo mismo me había prohibido hacía mucho tiempo y que me pareció deliciosa. Casi acariciaba a mi confidente; al hablarle de su amiga a la que yo amaba, me venían las lágrimas a los ojos. Pero, yendo al grano, terminé diciéndole que ya sabía ella lo que era el amor, sus susceptibilidades, sus sufrimientos, y que quizá, como amiga ya antigua para mí, se empeñaría en poner término a las grandes penas que me causaba, no directamente puesto que no era ella a quien yo amaba, si me atrevía a repetírselo sin ofenderla, sino indirectamente, hiriéndome en mi amor por Andrée. Me interrumpí para mirar y señalar a Albertine un gran pájaro solitario y presuroso que lejos, delante de nosotros, azotando el aire con el batir regular de sus alas, pasaba a toda velocidad por encima de la playa, salpicada aquí y allá de reflejos semejantes a trociros de papel rojo desgarrados, atravesándola en toda su longitud, sin aminorar su marcha, sin apartar su atención, sin desviarse de su camino, como un emisario que va a llevar muy lejos un mensaje urgente y esencial. «¡Ésepor lo menos va derecho a su meta!», me dijo Albertine con aire de reproche. —«Habla usted así porque no sabe lo que yo habría querido decirle. Pero es tan difícil que prefiero renunciar; estoy seguro de que se ofendería; y sólo conseguiríamos esto: yo habría perdido una buena amiga y no sería más feliz con la que amo». —«Pero si le juro que no me enfadaré». Tenía una expresión tan dulce, tan melancólicamente dócil, como si esperase de mí su felicidad, que me costaba trabajo contenerme y no besar —casi con La misma clase de placer que habría sentido besando a mi madre— aquel rostro nuevo que ya no ofrecía el mohín despierto y ruboroso de una gata traviesa y perversa de naricilla rosa y respingona, sino que, en la plenitud de su abrumada tristeza, parecía fundirse en la bondad con amplias coladas lisas e inclinadas. Haciendo abstracción de mi amor como de una locura crónica sin relación con ella, poniéndome en su lugar, me enternecía ante aquella valiente muchacha acostumbrada a ser tratada con modales amables y leales, y a la que el buen amigo que había podido creer que yo era para ella, perseguía desde hacía semanas,

persecuciones que por fin habían llegado a su punto culminante. Y como me situaba en un punto de vista puramente humano, exteriora nosotros dos, y en el que mi amor celoso se esfumaba, sentía por Albertine una piedad profunda, que lo hubiera sido menos de no haberla amado. Por otra parte, en esa oscilación ritmada que va de la declaración de amor a la pelea (el medio más seguro, el más eficazmente peligroso para trenzar, con movimientos opuestos y sucesivos, un nudo que no se deshaga y nos ligue indisolublemente a una persona), en el seno del movimiento de retroceso que constituye uno de los dos elementos del ritmo, ¿de qué sirve distinguir aún los reflujos de la piedad humana que, opuestos al amor, aunque inconscientemente acaso tengan la misma causa, producen en todos los casos los mismos efectos? Más tarde, al recordar el conjunto de todo lo que hemos hecho por una mujer, nos damos cuenta a menudo de que los actos inspirados por el deseo de demostrar que amamos, de hacernos amar, de ganar favores, no ocupan mucho más espacio que los debidos a la necesidad humana de reparar los propios yerros hacia el ser que amamos, por simple deber moral, como si no lo amáramos. «Pero, en fin, qué es lo que he hecho mal?», me preguntó Albertine. Llamaron; era el lifi; la tía de Albertine, que pasaba delante del hotel en coche, se había detenido por si acaso para ver si estaba allí y llevarla a casa. Albertine mandó responder que no podía bajar, que cenasen sin esperarla, que no sabía a qué hora volvería. «¿No se enfadará su tía?» —«¡Imagínese! Lo entenderá perfectamente». De modo que —por lo menos en aquel momento, que quizá no se repetiría— una conversación conmigo era a ojos de Albertine, debido a una serie de circunstancias, algo de una importancia tan evidente que se la debía supeditar a cualquier otra cosa, y a la que —remitiéndose, desde luego, de manera instintiva a una jurisprudencia familiar que contemplaba tales conjeturas en las que, cuando estaba en juego la carrera de M. Bontemps, no se retrocedía ante un viaje— mi amiga estaba segura de que a su tía le parecería completamente natural que se sacrificase la hora de la cena. Aquella hora lejana que pasaba sin mí, en casa de los suyos, Albertine había hecho que se deslizase hasta mí, me la daba; yo podía emplearla a mi capricho. Terminé atreviéndome a decirle lo que me habían contado sobre su

clase de vida, y que, a pesar de la profunda repugnancia que me inspiraban las mujeres aquejadas del mismo vicio, no me había preocupado hasta que me dijeron el nombre de su cómplice, y que fácilmente podía comprender, por lo enamorado que estaba de Andrée, el dolor que había sentido. Acaso hubiera sido más hábil añadir que también me habían dicho el nombre de otras mujeres, pero que me resultaban indiferentes. Mas la brusca y terrible revelación de Cotrard había entrado en mí desgarrándome, tal como era, en bloque, pero nada más. Y así como antes nunca se me habría ocurrido por mí mismo la idea de que Albertine amaba a Andrée, o al menos pudiese tener con ella juegos e intercambios de caricias, si Cottard no me hubiera hecho fijarme en su actitud mientras bailaban, tampoco habría podido pasar de esta idea a otra, tan distinta para mí, la de que Albertine pudiese tener con otras mujeres que no fueran Andrée relaciones para las que ni siquiera habría podido invocar la excusa del afecto. Antes incluso de jurarme que aquello no era cierto, Albertine manifestó, como toda persona a quien acaban de revelar que se ha hablado así de ella, cólera, pena y, respecto al desconocido calumniador, la rabiosa curiosidad de saber quién era y el deseo de verse careada con él para poder confundirlo, Pero me aseguró que, a mí por lo menos, no me guardaba rencor. «Si hubiera sido cierto, se lo habría confesado. Pero Andrée y yo, las dos, sentimos el mismo horror por esas cosas. Por supuesto que no hemos llegado a nuestra edad sin ver mujeres con el pelo corto, con ademanes de hombre y de esa clase que usted dice, y nada nos da más asco». Albertine sólo me daba su palabra, una palabra perentoria que no se apoyaba en pruebas. Y precisamente eso era lo que mejor podía calmarme, pues los celos pertenecen a esa familia de dudas enfermizas que elimina mucho más la energía de una afirmación que su verosimilitud. Además, lo propio del amor es volvernos a un tiempo más desafiantes y más crédulos, hacernos sospechar de la que amamos más deprisa que de cualquier otra, y prestar más fácilmente fe a sus denegaciones. Se necesita amar para preocuparse por el hecho de que no todas las mujeres son honestas, que es tanto como decir para darse cuenta de ese hecho; y también se precisa amar para desear, es decir para asegurarse de que existen. Es humano buscar el dolor y liberarse de él

cuanto antes. Las afirmaciones que son capaces de lograrlo nos parecen fácilmente verdaderas, no se ponen demasiados reparos a un calmante que actúa. Y además, por múltiple que sea el ser que amamos, en cualquier caso puede presentarnos dos personalidades esenciales, según que nos parezca como nuestro, o como un ser que dirige sus deseos a otra parte y no a nosotros. La primera de esas personalidades posee el poder particular que nos impide creer en la realidad de la segunda, el secreto específico para aplacar los sufrimientos causados por esta última. El ser amado es sucesivamente el mal y el remedio que suspende y agrava el mal. Sin duda, me había preparado hacía mucho, mediante el poder que sobre mi imaginación y sobre mi facultad de emocionarme ejercía el ejemplo de Swann, para creer verdadero lo que temía en lugar de lo que habría deseado. Por eso la dulzura que me daban las afirmaciones de Albertine estuvo a punto de quedar comprometida un momento porque me acordé de la historia de Odette. Pero me dije que si era justo ponerse en lo peor, no sólo cuando, para comprender los sufrimientos de Swann, me había esforzado por ponerme en su lugar, sino ahora que se trataba de mí mismo, buscando la verdad como si se hubiese tratado de otro, no era preciso sin embargo que, por crueldad para conmigo mismo, hiciese como el soldado que elige el puesto más peligroso en lugar de ir a donde puede ser más útil, y cayese en el error de tener una suposición por más cierta que las otras por el solo hecho de set la más dolo ros a. ¿No había un abismo entre Albertine, muchacha de una familia burguesa bastante buena, y Odette, cocotte vendida por la madre desde su infancia? No había comparación posible entre la palabra de una y la de la otra. Además, Albertine no tenía en absoluto el mismo interés en mentirme que Odette en mentir a Swann. Y encima, Odette le había confesado a Swann lo que Albertine acababa de negar. Por lo tanto, habría cometido un error de razonamiento tan grave —aunque inverso— como si me hubiese inclinado hacia determinada hipótesis porque me hacía sufrir menos que las otras, sin tener en cuenta esas diferencias de hecho entre las situaciones, y reconstruyendo la vida real de mi amiga únicamente por lo que había sabido de la de Odette. Delante de mí tenía una nueva Albertine, cierto que ya entrevista varias veces hacia el final de mi primera

estancia en Balbec, sincera, buena, una Albertine que, por cariño hacia mí, acababa de perdonarme mis sospechas y trataba de disiparlas. Me hizo sentarme a su lado en mi cama. Le di las gracias por lo que me había dicho, asegurándole que nuestra reconciliación era cosa hecha y que nunca volvería a ser duro con ella. Le dije que, de todos modos, debería volver a cenar. Me preguntó si yo no estaba bien así. Y atrayendo mi cabeza para una caricia que antes nunca me había hecho todavía y que acaso debía yo a nuestra riña recién terminada, pasó ligeramente su lengua por mis labios intentando abrirlos. Al principio los mantuve cerrados. «¡Cómo se hace usted el malo!», me dijo.

Habría debido marcharme aquella noche para no volver a verla nunca. Ya entonces presentía que, en el amor no compartido —lo que equivale a decir en el amor, porque hay seres para quienes no existe amor compartido—, de la felicidad sólo se puede disfrutar ese simulacro que me era ofrecido en uno de esos momentos únicos en los que la bondad de una mujer, o su capricho, o el azar, aplican sobre nuestros deseos, con una coincidencia perfecta, las mismas palabras, las mismas acciones que si fuésemos amados realmente. Lo sensato hubiera sido considerar con curiosidad, poseer con delicia aquella pequeña parcela de felicidad sin la cual me habría muerto sin haber sospechado lo que puede ser para corazones menos difíciles o más favorecidos; suponer que formaba parte de una felicidad profunda y duradera que sólo se me manifestaba entonces; y, para evitar que el día siguiente diera un desmentido a aquel fingimiento, no tratar de pedir un favor más para añadirlo al que sólo se debía al artificio de un minuto de excepción.

Habría debido abandonar Balbec, encerrarme en la soledad, permanecer en ella en armonía con las últimas vibraciones de la voz que, por un instante, había sabido volver enamorada, sin exigirle otra cosa que no dirigirse más a mí, por miedo a que una nueva palabra, que en lo sucesivo no podía dejar de ser diferente, viniese a herir con una disonancia el silencio sensitivo en el que, como gracias a una especie de pedal, habría podido sobrevivir mucho tiempo dentro de mí la tonalidad de la felicidad.

Tranquilizado por la explicación con Albertine, de nuevo empecé a vivir más al lado de mi madre. Le gustaba hablarme con dulzura de la época en que la abuela era más joven. Temiendo que me hiciese algún reproche por las tristezas con que quizá había ensombrecido yo el final de aquella vida, mi madre volvía gustosa a menudo a los años en que mis primeros estudios habían procurado a la abuela satisfacciones que hasta ese momento siempre se me habían ocultado. Volvíamos a hablar de Combray, Mi madre me dijo que por lo menos allí yo leía y que lo mismo debería hacer en Balbec, si no trabajaba. Le contesté que, precisamente para rodearme de los recuerdos de Combray y de los bonitos platos pintados, me gustaría volver a leer Las Mil y una noches. Como antes en Combray cuando me regalaba libros por mi cumpleaños, mi madre hizo traer a escondidas, para darme una sorpresa, tanto Las Mil y una noches de Galland como Las Mil noches y una noche de Mardrus[303]. Pero después de echar una ojeada a las dos traducciones, a mi madre le hubiera gustado que me atuviese a la de Galland, aún temiendo influirme, debido al respeto que tenía por la libertad intelectual, por miedo a intervenir torpemente en la vida de mi pensamiento, y por la idea de que, siendo mujer, por un lado creía carecer de la necesaria competencia literaria, y por otro que no debía juzgar las lecturas de un joven por lo que chocaba a su sensibilidad. Al hojear cierros cuentos, se había sentido escandalizada por la inmoralidad del argumento y la crudeza de la expresión. Pero sobre todo, mi madre, que conservaba religiosamente, como reliquias, no sólo el broche, el antucas, el abrigo y el tomo de Mme. de Sévigné, sino también el modo de pensar y el lenguaje de su madre, buscando en toda ocasión el juicio que ésta hubiese emitido, no podía dudar de la condena que la abuela habría pronunciado contra el libro de Mardrus. Se acordaba de que en Combray, cuando antes de salir de paseo por la parte de Méséglise leía yo a Augustin Thierry[304], la abuela, satisfecha de mis lecturas, de mis paseos, se indignaba sin embargo al ver llamar Mérowig a aquel cuyo nombre seguía estando unido al siguiente hemistiquio: «Puís rlgne Mérovée[305]», se negaba a decir «Carolingios» en vez de «Carlovingios», a los que permanecía fiel. Además, yo le había contado lo que la abuela pensaba de los

nombres griegos que Bloch, inspirándose en Leconte de Lisie, daba a los dioses de Homero, llegando incluso, para las cosas más simples, a considerar como un deber religioso, en el que pensaba que consistía el talento literario, la adopción de una ortografía griega. Por ejemplo, si en una carta tenía que decir que el vino que se bebía en su casa era un verdadero néctar, escribía un verdadero néktar, con una k, lo que le permitía sonreír burlonamente al oír el nombre de Lamartine. Y si una Odisea de la que estaban ausentes los nombres de Ulises y de Minerva dejaba de ser para ella la Odisea, ¿qué habría dicho viendo deformado desde la portada el título de sus Mil y una noches, al no encontrar ahora, transcritos exactamente como había estado acostumbrada a decirlos desde siempre, los nombres inmortalmente familiares de Shéhérazade, de Dinarzade[306], y donde el fascinante Califa y los poderosos Genios apenas eran reconocibles, rebautizados como estaban, si es Lícito emplear esa palabra para cuentos musulmanes, el uno en «Khalifat», los otros en «Gennis»? A pesar de todo, mi madre me entregó las dos obras y yo le dije que las leería los días en que me sintiera demasiado cansado para salir de paseo.

Pero esos días no eran, por otro lado, muy frecuentes. íbamos a merendar como antes «en pandilla», Albertine, sus amigas y yo, al malecón o a la granja Marie-Antoinette. Pero había veces que Albertine me daba una gran alegría. Me decía: «Hoy quiero estar un poco a solas con usted, será más agradable vernos solos los dos». Entonces decía que tenía que hacer, que además no debía rendir cuentas a nadie, y para que las otras, si de todos modos iban a pasear y a merendar sin nosotros, no pudiesen encontrarnos, nos íbamos los dos solos como dos amantes a Bagatelle o a la Croix d' Heulan, mientras la pandilla, a la que nunca se le hubiese ocurrido buscarnos allí y donde además no iba nunca, se quedaba indefinidamente en Marie-Antoinette con la esperanza de vernos llegar. Recuerdo los calores de aquellos días, cuando de la frente de los mozos de la granja que trabajaban a pleno sol caía una gota de sudor, una gota vertical, regular, intermitente, como la gota de agua de un depósito, alternando con la caída del fruto maduro que se desprendía del árbol en los «cercados» vecinos; todavía hoy, esos calores siguen siendo, junto

con el misterio de una mujer escondida, la parte más consistente de cualquier amor que se presente en mi vida. Por una mujer de la que me hablan y en la que no pensaría un instante, postergo por conocerla rodas las citas de la semana, si es una semana en la que hace un día de ésos, y si he de verla en alguna granja aislada. Y aunque sepa que esa clase de tiempo y de cica no le pertenecen, no deja de ser el cebo, aunque sobradamente conocido, en el que me dejo coger y que basta para engancharme. Sé que, con tiempo frío y en una ciudad, a esa mujer habría podido desearla, pero sin acompañamiento de sensibilidad novelesca, sin enamorarme; no por eso el amor es menos fuerte una vez que, gracias a las circunstancias, me ha encadenado, es simplemente más melancólico, como llegan a serlo en la vida nuestros sentimientos por las personas a medida que nos vamos dando cuenca del papel cada vez más breve que ocupan en ellos, y de que el nuevo amor que tan duradero desearíamos, menguando en la misma medida en que nuestra vida mengua, ha de ser el último.

Aún había poca gente en Balbec, pocas muchachas. En ocasiones veía a una u otra parada en la playa, sin ningún placer aunque muchas coincidencias pareciesen certificar que era la misma que me había hecho sentirme desesperado por no poder acercarme a ella en el momento en que salía con sus amigas del picadero o de la escuela de gimnasia. Si era la misma (y me guardaba de decírselo a Albertine), la muchacha que me había parecido embriagadora no existía. Mas no podía tener la certeza porque el rostro de aquellas muchachas no ocupaba un espacio preciso en la playa, no ofrecía una forma permanente, contraído, dilatado, transformado como estaba por mi propia expectativa, por la inquietud de mi deseo o por un bienestar que se basca a sí mismo, por los distintos vestidos que llevaban, por la rapidez de su paso o su inmovilidad. Vistas de muy cerca, sin embargo, dos o tres me parecían adorables. Cada vez que veía a una, sentía ganas de llevarla a la avenida de los Tamarindos, o a las dunas, y mejor todavía al acantilado. Pues, aunque en el deseo, si lo comparamos con la indiferencia, entra ya esa audacia que es un inicio, siquiera unilateral, de realización, de cualquier modo entre mi deseo y la acción, que sería mi petición de besarla, siempre se interponía todo el «blanco» indefinido de la vacilación, de la timidez.

Entonces entraba en la pastelería-heladería, bebía uno tras otro siete u ocho vasos de oporto. Inmediatamente, en lugar del intervalo imposible de colmar entre mi deseo y la acción, el efecto del alcohol trazaba una línea que casaba los dos. Se acabaron la vacilación o el miedo. Estaba convencido de que la muchacha iba a volar hasta mí. Me acercaba a ella y por sí mismas salían las palabras de mis labios; «Me gustaría dar un paseo con usted. ¿No quiere que vayamos al acantilado, donde no nos molestará nadie detrás del bosquecillo que protege del viento la casa desmontable que ahora está deshabitada?»

Todas las dificultades de la vida se habían allanado, ningún obstáculo impedía ya que nuestros dos cuerpos se enlazasen. Ningún obstáculo al menos para mí. Porque para ella, que no había bebido oporto, no se habían volatilizado. De haberlo hecho, y de haber perdido el universo alguna realidad a sus ojos, el sueño tanto tiempo acariciado que entonces le habría parecido súbitamente realizable tal vez no hubiera sido caer en mis brazos.

Las muchachas no sólo eran poco numerosas sino que, en aquella estación que todavía no era «la estación», se quedaban poco tiempo. Recuerdo a una de cutis de un rojizo de coleo, ojos verdes, dos mejillas encendidas, y cuya cara ambigua y ligera hacía pensar en las semillas aladas de ciertos árboles. No sé qué brisa la trajo a Balbec ni qué otra se la volvió a llevar. Fue tan brusca su desaparición que durante varios días sentí una pena que me atreví confesar a Albertine cuando terminé comprendiendo que se había ido para siempre.

Hay que decir que algunas eran, o muchachas que yo no conocía en absoluto, o que no había visto desde hacía años. A veces, antes de dar el paso hacia ellas, les escribía. ¡Qué alegría si su respuesta me hacía creer en un amor posible! En el comienzo de una amistad con una mujer, y aun cuando no esté destinada a materializarse luego, no podemos separarnos de esas primeras cartas recibidas. Queremos tenerlas todo el tiempo con nosotros, como bellas flores recién recibidas, fresquísimas todavía, y que sólo dejamos de contemplar para respirar su fragancia más de cerca. Es agradable leer de nuevo la frase que sabemos de memoria y, en esas otras aprendidas menos literalmente, queremos comprobar el grado de ternura de una expresión. ¿Ha escrito: «Su querida carta»? Pequeña desilusión en la

dulzura que respiramos, y que debe atribuirse bien a que hemos leído demasiado deprisa, bien a la escritura ilegible de la corresponsal; no ha escrito: «y su querida carta», sino: «al ver esta carta». Pero es tan tierno todo lo demás. ¡Ojalá lleguen mañana otras flores iguales! Luego, ya no basta con eso, habría que confrontar las palabras escritas con las miradas, con la voz. Concertamos una cita, y —acaso sin que ella haya cambiado— allí donde esperábamos, por la descripción hecha o nuestro personal recuerdo, encontrar al hada Viviana[307]>, encontramos al Gato con botas[308]. Aun así, le damos una cita para el día siguiente, porque de todos modos sigue siendo ella, y lo que deseábamos es ella. Mas tos deseos por una mujer con la que se ha soñado no vuelven absolutamente necesaria la belleza de este o de aquel ser concreto. Estos deseos son simplemente el deseo de determinada criatura; vagos como perfumes, como el estoraque era el deseo de Protirea, el azafrán el deseo etéreo, las aromas el deseo de Hera, la mirra el perfume de las nubes, el maná el deseo de Niké, el incienso el perfume del mar. Pero estos perfumes cantados por los Himnos órficos son mucho menos numerosos que las divinidades que los aprecian. La mirra es el perfume de las nubes, pero también de Pro — tógonos, de Neptuno, de Nereo, de Leto, el incienso es el perfume del mar, pero también de la bella Dike, de Temis, de Circe, de las nueve Musas, de Eos, de Mnemósine, del Día, de Dikaiósine. En cuanto al estoraque, el maná y las aromas, no acabaríamos nunca de enumerar las divinidades que los inspiran, de lo numerosas que son. Anfietes tiene todos los perfumes salvo el incienso, y Gaia únicamente rechaza las habas y las aromas. Lo mismo me pasaba a mí con aquellos deseos de muchachas que tenía. Menos numerosos que ellas, se trocaban en desilusiones y en tristezas bastante parecidas unas a otras. Nunca me gustó la mirra. Siempre la reservé para Jupien y para la princesa de Guermantes, porque es el deseo de Protógonos «el de los dos sexos, el del mugido del toro, el de las numerosas orgías, memorable, inenarrable, que desciende, gozoso, hacia los sacrificios de los Orgiofantes[309]».

Pero no tardó la temporada en alcanzar su esplendor: todos los días llegaba alguien y la frecuencia súbitamente creciente de mis

paseos, sustituyendo a la deliciosa lectura de Las Mil y una noches, tenía una causa ajena al placer y que los envenenaba todos. La playa estaba ahora pablada de muchachas, y como la idea que me había sugerido Cottard, más que infundirme nuevas sospechas, me había vuelto insensible y frágil por ese lado, y atento a no dejar que se formasen en mí tales sospechas, cuando una joven llegaba a Balbec me sentía a disgusto y proponía a Albertine las excursiones más alejadas para que no pudiese conocerla y, a ser posible, ni siquiera pudiese ver a la recién llegada. Como es lógico, me daban más miedo todavía aquellas cuya mala conducta era sabida o conocida su mala reputación; trataba de convencer a mi amiga de que esa mala reputación no se fundaba en nada, de que era calumniosa, quizá, sin confesármelo, por un temor, todavía inconsciente, a que intentara relacionarse con la depravada, o a que lamentase no poder buscarla por mi causa, o a que creyese, por el número de ejemplos, que un vicio tan extendido no es condenable. Negándolo de cada culpable, no tendía nada menos que a pretender que el safismo no existe. Albertine asumía mi incredulidad con el vicio de ésta o de aquélla: «No, creo que sólo es una actitud de la que quiere presumir, es para darse tono». Pero en ese momento casi me arrepentí de haber defendido la inocencia, porque me desagradaba que Albertine, tan severa en el pasado, pudiera pensar que ese «tono» fuese algo tan halagüeño$_t$ tan seductor como para inducir a una mujer libre de esos gustos a asumir su apariencia. Hubiera querido que ninguna otra mujer viniese más a Balbec; temblaba pensando que, como poco más o menos era la época en que Mme. Putbus debía llegar a casa de los Verdurin, su doncella, cuyas preferencias Saint-Loup no me había ocultado, pudiese ir de excursión hasta la playa y, si era un día en que no me encontraba al lado de Albertine, tratar de corromperla. Llegaba a preguntarme, dado que Cottard no me había ocultado que los Verdurin me tenían en mucha consideración, aun cuando no quisiesen dar la impresión, como el decía, de que corrían detrás de mí, s¡no podría, prometiéndoles a cambio llevarles a su casa de París a todos los Guermantes del mundo, conseguir de Mme. Verdurin que,

con un pretexto cualquiera, advirtiese a Mme. Putbus que no podía tenerla en su casa y la hiciese marcharse cuanto antes.

A pesar de estas ideas, y como sobre todo era la presencia de Andrée lo que me alarmaba, el apaciguamiento procurado por las palabras de Albertine aún no se había desvanecido por completo. Sabía, además, que pronto no había de necesitarlo, ya que Andrée debía marcharse con Rosemonde y Giséle casi en el mismo momento en que llegaba todo el mundo y sólo les quedaban unas semanas para estar con Albertine. Y en esas semanas, además, Albertine dio la impresión de organizar todo lo que hacía, todo lo que decía, con la mira puesta en destruir mis sospechas si alguna me quedaba, o en impedir que volviesen a nacer. Se las arreglaba para no quedarse nunca a solas con Andrée, e insistía, cuando volvíamos, para que la acompañase hasta su puerta, para que fuese a recogerla cuando debíamos salir. Mientras, Andrée se tomaba por su parte el mismo trabajo, parecía evitar a Albertine. Y este aparente acuerdo entre ambas no era el único indicio de que Albertine había debido de poner a su amiga al corriente de nuestra conversación y de pedirle que tuviese la gentileza de calmar mis absurdas sospechas.

Por esa época se produjo en el Gran-Hótel de Balbec un escándalo que no contribuyó precisamente a cambiar el curso de mis tormentos. La hermana de Bloch mantenía desde hacía un tiempo, con una antigua actriz, relaciones secretas que no tardaron en resultarles insuficientes. Les parecía que ser vistas juntas añadía perversidad a su placer, querían bañar sus peligrosos escarceos en las miradas de todos. La cosa empezó por caricias, que en última instancia podían atribuirse a una intimidad amistosa, en el salón de juego, junto a la mesa de bacarrá. Luego se envalentonaron. Y finalmente una noche, en un rincón ni siquiera oscuro del gran salón de baile, en un diván, no se molestaron más que si hubiesen estado en su cama. Dos oficiales que estaban no lejos de allí con sus mujeres se quejaron al director. Por un momento se pensó que sus protestas tendrían alguna eficacia. Pero tenían en su contra que, habiendo venido por una noche desde Netteholme, donde vivían, a Balbec, no podían ser de ninguna utilidad al director. En cambio, incluso sin saberlo, y por más observaciones que pudiese hacerle el director, sobre Mlle, Bloch

planeaba la protección de M. Nissim Ber— natd. Hay que decir por qué, El señor Nissim Bernard practicaba en el más alto grado las virtudes familiares. Todos los años alquilaba en Balbec una magnífica villa para su sobrino, y ninguna invitación habría podido impedirle que volviese a cenar a su casa, que era en realidad la de ellos. Pero en cambio nunca almorzaba en ella. A mediodía siempre estaba en el Grand-Hótel. Y es que mantenía, como otros, a un bailarín de ópera, a un «empleado», bastante parecido a los botones de que hemos hablado y que nos hacían pensar en los jóvenes israelitas de Esthery de Athalie. A decir verdad, los cuarenta años que separaban a M. Nissim Bernard del joven empleado habrían debido preservar a éste de un contacto poco placentero. Pero como dice Racine con tanta sabiduría en los mismos coros:

Mon Dieu, qu'une vertu naissante
Parmi tant de périls marche à pas incertains!
Qu'une âme qui te cherche et veut être innocente,
Trouve d'obstacle à ses desseins[310].

(¡Dios mío, con qué inciertos pasos avanza / una virtud naciente entre tantos peligros! / ¡Cuántos obstáculos a sus designios halla / un alma que te busca y quiere ser inocente!)

Y aunque el joven empleado había sido loin du monde élevé[311] *(«Lejos del mundo criado»), en el Temple-Palace de Balbec no había seguido el consejo de Joás:*

Sur la richesse et l'or ne mets point ton appui[312]*? («No te apoyes ni en la riqueza ni en el oro».)*

Quizá se había dado a sí mismo una razón pensando: Les pécheurs couvrent la terre[313] («Los pecadores cubren la tierra»). Aunque así fuese, y aunque M. Nissim Bernard no esperase un plazo tan breve, desde el primer día,

Et soit frayeur encor ou pour le caresser,
De ses bras innocents il se sentit presser[314].

(«Y sea espanto aún, o para acariciarlo, / de sus brazos inocentes se siente oprimir»).

Y al segundo día, M. Nissim Bernard, paseando al empleado «l'abord contagieux altérait son innocence[315]» (El contacto contagioso alteraba su inocencia. Desde entonces, la vida del muchacho había cambiado. Aunque seguía llevando el pan y la sal, como su jefe directo se lo mandaba, todo su rostro cantaba:

De fleurs en fleurs, de plaisirs en plaisirs.
Promenons nos désirs,
De nos ans passagers le nombre est incertain.
Hâtons-nous aujourd'hui de jouir la vie!
L'honneur et les emplois
Sont le prix d'une aveugle et douce obéissance,
Pour la triste innocence
Qui viendrait élever la voix![316]

(«De flor en flor, de placer en placer, / paseamos nuestros deseos. / De nuestros años pasajeros incierto es el número. / ¡Démonos prisa hoy a gozar de la vida! / El honor y los cargos / precio son de una ciega y dulce obediencia, / Por la triste inocencia / ¿quién querría alzar la voz?»).

Desde ese día, M. Nissim Bernard nunca había dejado de ir a ocupar su sitio en el almuerzo (como lo hubiese hecho en el patio de butacas alguien que mantiene a una figurante, una figurante de un género muy caracterizado y que todavía espera su Degas). Para M. Nissim Bernard era una delicia seguir en el comedor, y hasta en las lejanas perspectivas donde, bajo su palmera, reinaba la cajera, las evoluciones del adolescente afanado en el servicio, en el servicio de todos, y menos en el de M. Nissim Bernard desde que éste lo mantenía, bien porque el joven monaguillo considerase superfluo testimoniar la misma gentileza a alguien del que ya se creía suficientemente amado, bien porque ese amor le irritase o porque temiese que, una vez descubierto, le haría perder otras ocasiones. Pero hasta esa misma frialdad agradaba a M. Nissim Bernard por todo lo que disimulaba; fuese por atavismo hebraico o por profanación del sentimiento cristiano, se complacía singularmente, fuese judía o católica, en la ceremonia raciniana. De haberse tratado de una verdadera representación de Esthero de Athalie, M. Bernard habría lamentado que la diferencia de siglos no le permitiese conocer al autor, Jean Racine, a fin de obtener para su protegido un papel mayor. Pero como la ceremonia del almuerzo no emanaba de ningún escritor, se limitaba a mantener buenas relaciones con el director y con Aimé para que el «jeune ísraéli— te» fuera ascendido a las funciones deseadas, subjefe o incluso jefe de camareros. Se le habían ofrecido las del sumiller. Peto M. Bernard le obligó a rechazarlas porque entonces no habría podido ir todos los dias a verle correr por el comedor verde y a que le sirviera como a un extraño. Y ese placer era tan fuerte que todos los años M. Bernard volvía a Balbec y almorzaba siempre fuera de su casa, hábitos en los que M. Bloch veía, en el primero un gusto poético por la hermosa luz, las puestas de sol de aquella costa preferida a cualquier otra; en el segundo, una manía inveterada de viejo solterón.

A decir verdad, este error de los parientes de M. Nissim Bernard, que no sospechaban la verdadera razón de su anual retorno a Balbec, ni de lo que ¡a pedante Mme. Bloch llamaba sus «infidelidades culinarias», ese error era una verdad más profunda y de segundo

grado. Porque el propio M. Nissim Bernard ignoraba cuánto amor a la playa de Balbec, a la vista que el restaurante tenía sobre el mar, y cuántas costumbres maniáticas podían entrar en el placer que sentía manteniendo como a una bailarina de otra clase, que todavía espera su Degas, a uno de sus sirvientes, que también eran muchachas. Por eso M. Nissim Bernard mantenía con el director de aquel teatro que era el hotel de Balbec, y con el director de escena y regidor Aimée —cuyo papel en todo este asunto no era de los más límpidos—, excelentes relaciones. Ya intrigarían un día para obtener un buen papel, quizá un puesto de maitre d'hotel. Mientras, el placer de M. Nissim Bernard, por poético y serenamente contemplativo que fuese, recordaba un poco la actitud de esos mujeriegos que siempre saben —el Swann del pasado, por ejemplo— que frecuentando la buena sociedad terminarán por encontrar a su querida. Bastaba con que M. Nissim Bernard se sentase para ver al objeto de sus deseos avanzar por el escenario llevando en la mano una bandeja con fruta o con puros. Por eso todas las mañanas, después de haber besado a su sobrina, de haberse preocupado por los trabajos de mi amigo Bloch y de haber dado de comer a sus caballos unos terrones de azúcar ofrecidos en la palma de la mano, tenía una prisa febril por llegar al almuerzo del Grand-Hótel. Si la casa se le hubiese incendiado, o la nieta hubiera sufrido un ataque, se habría marchado de todos modos. Por eso temía como a la peste los catarros, que le habrían obligado a guardar cama —porque era hipocondríaco— y le hubieran puesto en la necesidad de pedir a Aimé que le mandase a casa, antes de la hora de la merienda, a su joven amigo.

Le gustaba además todo el laberinto de pasillos, de reservados, de salones, de guardarropas, de despensas, de galerías que era el hotel de Balbec. Por atavismo de oriental le gustaban los serrallos, y cuando salía por la noche se le veía explorar furtivamente los recovecos.

Mientras, aventurándose hasta los subsuelos y tratando pese a todo de no ser visto y evitar el escándalo, M. Nissim Bernard, en su búsqueda de los jóvenes levitas, hacía pensar en estos versos de La Juive:

O Dieu de nos pères,
Parmi nous descends,
Cache nos mystères
A l'oeil des méchants[317]

«¡Oh Dios de nuestros padres!, / desciende entre nosotros, / oculta nuestros misterios / al ojo de los malvados».

… yo subía en cambio a la habitación de dos hermanas que habían acompañado a Balbec, en calidad de doncellas, a una anciana señora extranjera. Era lo que el lenguaje de los hoteles llamaba dos coumires, y también el de Franjeóse, quien se figuraba que un courriero una coitrriere estaban allí para hacer recados, dos «recaderas[318]*». En cuanto a los hoteles, se han quedado, más noblemente, en la época en que se cantaba: «¡Es un correo diplomático!*[319]*».*

Pese a lo difícil que era, para un cliente, ir a las habitaciones de courriires, y viceversa, no tardé en hacer una amistad muy viva aunque muy pura, con aquellas dos jóvenes, Mlle. Marie Gineste y Mme. Céleste AJbarer[320]*. Nacidas al pie de las altas montañas del centro de Francia, a la orilla de riachuelos y torrentes (el agua pasaba por debajo de la casa de la familia haciendo girar un molino, y había llegado a devastarla varias veces con inundaciones), parecían haber conservado su naturaleza. Marie Gineste era por lo general más precisa y brusca, Céleste más blanda y lánguida, tranquila como un lago, pero con terribles prontos de agitación en los que su furia recordaba el peligro de las crecidas y de los torbellinos líquidos que se llevan por delante todo y todo lo destrozan. Venían a menudo a verme por la mañana, cuando yo todavía estaba acostado. Nunca he conocido personas tan voluntariamente ignorantes, que no habían aprendido absolutamente nada en la escuela, y en cuyo lenguaje hubiese sin embargo algo tan literario que, salvo por la naturaleza casi salvaje de su tono, hacía pensar en unas palabras afectadas. Con una familiaridad que no retoco, a pesar de los elogios (que no figuran aquí*

para alabarme, sino para alabar el raro talento de Céleste) y las críticas, asimismo falsas pero muy sinceras, que esas palabras parecen comportar hacia mí, mientras yo mojaba los cruasanes en la leche, Céleste me decía: «¡Oh!, diablillo negro de pelos de arrendajo, ¡qué profunda malicia!, no sé en qué pensaba su madre cuando le hizo, porque tiene usted todo de pájaro. Mira, Marie, ¿no se diría que se alisa las plumas y tuerce el cuello con la misma elegancia? Parece tan ligero que cualquiera diría que está aprendiendo a volar. ¡Ah!, ha tenido suerte de que quienes lo crearon le hicieron nacer entre los ricos; ¿qué habría sido de usted, con lo derrochón que es? Mírale cómo tira el cruasán porque ha tocado la leche. Y mírale, está derramando la leche, espere a que le ponga una servilleta porque usted no sabría arreglárselas, nunca he visto a nadie tan tonto y tan torpe como usted». Se oía entonces el ruido más regular de corrente de Marie Gineste, que reprendía furiosa a su hermana: «Vamos, Céleste, cállate de una vez. ¿Estás loca para hablar al señor de esa manera?» Céleste se limitaba a sonreír; y como yo no soportaba que me pusiesen al cuello una servilleta: «Pero mírale, Marie, ¡bing!, se ha enderezado como una serpiente. Como una verdadera serpiente, de veras». Era pródiga, por otra parte, en comparaciones zoológicas, porque según ella nunca se sabía cuándo estaba yo dormido, revoloteaba toda la noche como una mariposa y de día era tan rápido como esas ardillas, «¿sabes, Marie?, como las que se ven en casa, tan ágiles que ni con los ojos se las puede seguir». — «Pero, Céleste, ya sabes que no le gusta tener una servilleta al cuello cuando come». — «No es que no le guste, lo hace para decir que no se puede ir contra su voluntad. Es un señor y quiere demostrar que es un señor. Le cambiarán diez veces las sábanas si es necesario, pero él no habrá dado su brazo a torcer. A las de ayer ya les tocaba, pero hoy acaban de ponerle otras y habrá que cambiárselas otra vez. ¡Ah!, qué razón tenía yo al decir que no estaba hecho para nacer entre los pobres. Mira, se le está erizando el pelo, se le ahueca de rabia como las plumas de los pájaros. ¡Pobre plumoncillo!» En ese punto ya no era sólo Marie la que protestaba, sino yo, pues no me sentía señor para nada. Pero Céleste nunca creía en la sinceridad de mi modestia y, cortándome la palabra: «¡Ah!, granujilla, qué dulzura, qué perfidia,

astuto entre los astutos, malo entre los malos! ¡Ah, Moliéte!» (Era el único nombre de escritor que conocía, pero me lo aplicaba entendiendo por él una persona capaz a un tiempo de escribir obras y de representarlas). «Celeste», gritaba en tono imperioso Marie, quien, ignorando el nombre de Moliére, temía que fuese una nueva injuria. Céleste volvía a sonreír: «¿No has visto en su cajón su fotografía de cuando era niño? Y quería hacernos creer que siempre le vestían de una manera muy sencilla. Y ahí le tienes, con su bastoncito, todo pieles y puntillas como nunca las tuvo ningún príncipe. Y eso no es nada comparado con su inmensa majestad y con su bondad todavía más profunda». —«Así que ahora te dedicas a hurgar en sus cajones», tronaba el torrente Marie. Para calmar los temores de Marie yo le preguntaba qué pensaba sobre lo que hacía el señor Nissim Bernard. «¡Ah!, señor, es de las cosas que nunca habría podido creer que existiesen: tenía que venir aquí», y, ganándole la partida por una vez a Céleste con una frase más profunda: «¡Ah!, ya ve, señor, nunca se puede saber lo que puede haber en una vida». Para cambiar de tema le hablé de la de mi padre, que trabajaba noche y día. «¡Ah!, señor, son vidas que no se guardan nada para sí, ni un minuto, ni un placer, todo, absolutamente todo es un sacrificio por los demás, son vidas regaladas.., Mira, Céleste, nada más que para poner la mano en la colcha y coger el cruasán, mira qué distinción. Puede hacer las cosas más insignificantes, y se diría que toda la nobleza de Francia, hasta los Pirineos, se mueve en cada uno de sus gestos».

Anonadado por aquel retrato tan poco verídico, yo callaba; Céleste lo interpretaba como una astucia más. «¡Ah!, frente que pareces tan pura y que escondes tantas cosas, mejillas amistosas y frescas como el interior de una almendra, manitas de raso todo despeluchado, uñas como garras», etc. «Mira, Marie, mira, se bebe la leche con un recogimiento que me dan ganas de ponerme a rezar. ¡Qué aire tan serio! Deberían sacarle el retrato en este momento. Si parece un niño. ¿Se le ha quedado el cutis claro de tanto beber leche como los niños? ¡Ah, juventud! ¡Ah, qué piel tan bonita! Nunca se hará usted viejo. Tiene suerte, nunca tendrá que levantar la mano sobre nadie, porque sus ojos saben imponer su voluntad. Anda, y encima ahora se enfada. Se tiene de pie, todo derecho como una evidencia».

A Frant¿oise no le gustaba nada que aquellas dos zalameras, como las llamaba, viniesen a darme conversación. El director, que espiaba todo lo que ocurría por medio de sus empleados, me hizo observar incluso con toda seriedad que no era digno de un cliente hablar con unas caurriéres, Pero como a mí las «zalameras» me parecían superiores a todas las clientes del hotel, me limité a echarme a reír en sus narices, convencido de que no comprendería mis explicaciones. Y las dos hermanas seguían viniendo. «Mira, Marie, qué rasgos tan finos. ¡Oh miniatura perfecta, más bella que la más preciosa que podría verse en una vitrina, porque tiene movimientos y palabras como para quedarse escuchándolas días y noches».

Es un milagro que una señora extranjera haya podido llevárselas, porque, sin saber historia ni geografía, detestaban sin ningún miedo a los ingleses, a los alemanes, a los rusos, a los italianos, a la «chusma» de extranjeros y sólo les gustaban, con excepciones, los franceses. Su cara había conservado de tal modo la humedad de la arcilla maleable de sus ríos que, en cuanto se hablaba de un extranjero alojado en el hotel, para repetir lo que había dicho Céleste y Marie aplicaban sobre sus caras la de él, su boca se volvía su boca, sus ojos los suyos, y uno habría querido conservar aquellas admirables máscaras de teatro. Céleste, aparentando que sólo se limitaba a repetir lo que había dicho el director, o algún amigo mío, llegaba a insertar en su pequeño relato palabras falsas que, sin parecerlo, pintaban maliciosamente todos los defectos de Bloch, o del primer presidente, etc. Era, bajo la forma de informe de un simple encargo al que se había prestado amablemente, un retrato inimitable. Nunca leían nada, ni siquiera un periódico. Un día, sin embargo, encontraron encima de mi cama un libro. Eran unos poemas admirables pero oscuros de Saint-Léger Léger. Céleste leyó unas páginas y me dijo: «Pero ¿está usted bien seguro de que son versos, no serían más bien adivinanzas[321]?» Evidentemente, para una persona que había aprendido en su infancia una sola poesía: «Ici-bas tous les lilas mearent[322]», el salto era demasiado brusco. Creo que su obstinación en no querer aprender nada tenía algo que ver con la insalubridad de su región. Sin embargo, no estaban menos dotadas que un poeta, con más modestia de la que los poetas suelen tener.

Pues si Céleste había dicho algo notable y yo, por no recordarlo bien, le pedía que me lo repitiese, aseguraba haberlo olvidado. Jamás leyeron libros, pero tampoco los escribirán nunca.

Franfoise quedó bastante impresionada al saber que los dos hermanos de aquellas mujeres tan simples se habían casado, uno con la sobrina del arzobispo de Tours, el otro con una pariente del obispo de Rodez[323]. Al director, eso no le hubiera dicho nada. Celeste reprochaba a veces a su marido que no la comprendía, y a mí me extrañaba que él pudiese soportarla. Porque, en ciertos momentos, agitada, furiosa y destruyéndolo todo, era detestable. Se dice que el liquido salado que es nuestra sangre no es otra cosa que la supervivencia interior del elemento marino primitivo. Del mismo modo creo que Céleste, no sólo en sus arrebatos, sino también en sus horas de depresión, conservaba el ritmo de los riachuelos de su comarca. Cuando estaba agotada, se quedaba como ellos: verdaderamente seca. Nada entonces habría podido reavivarla. Luego, de pronto, la circulación volvía a su gran cuerpo magnífico y ligero. El agua corría en la opalina transparencia de su piel azulada. Sonreía al sol y se volvía más azul todavía. En esos momentos era realmente celeste.

Aunque la familia de Bloch jamás hubiese sospechado la razón por la que su tío nunca almorzaba en casa y lo había aceptado desde el principio como una manía de viejo solterón, debida acaso a las exigencias de unas relaciones con alguna actriz, todo lo que afectaba a M. Nissim Bernard era «tabú» para el director del hotel de Balbec. Y por eso, sin haber hecho siquiera referencia al tío, en última instancia no se había atrevido a llamar la atención a la sobrina, recomendándole, eso sí, un poco de discreción. Pero la muchacha y su amiga, que durante unos días se habían creído excluidas del Casino y del Grand-Hótel, al ver que todo se arreglaba, se sintieron felices de mostrar a los padres de familia que las mantenían apartadas que podían permitírselo todo impunemente. No llegaron desde luego hasta el punto de repetir la escena pública que había escandalizado a todo el mundo. Pero poco a poco, insensiblemente, sus modales volvieron a ser los mismos. Y una noche en que yo salía del Casino medio

apagado con Albertine y con Bloch, a quien habíamos encontrado, pasaron abrazadas, sin dejar de besarse, y al llegar a nuestra altura lanzaron cloqueos, risas, gritos indecentes. Bloch bajó los ojos aparentando que no había reconocido a su hermana, mientras yo me torturaba pensando que aquel lenguaje particular y atroz tal vez iba dirigido a Albertine.

Otro incidente atrajo más aún mis preocupaciones por la parte de Gomorra. En la playa había visto a una hermosa joven esbelta y pálida cuyos ojos disponían en torno a su centro unos rayos tan geométricamente luminosos que hacían pensar, ante su mirada, en una especie de constelación. Pensé en lo mucho más hermosa que era esta joven que Albertine y que sería más sensato renunciar a la otra. A lo sumo, por el rostro de aquella bella mujer había pasado la garlopa invisible de una gran bajeza de vida, de la constante aceptación de expedientes vulgares, tanto que sus ojos, aunque más nobles que el resto de la cara, no debían irradiar sino apetitos y deseos. Pero al día siguiente vi que aquella joven, situada a cierta distancia de nosotros en el Casino, no cesaba de posar en Albertine los fuegos intermitentes y giratorios de sus miradas. Se hubiera dicho que le hacía señales como con la ayuda de un faro. Sufría yo pensando que mi amiga viese que le prestaban tanta atención, temía que aquellas miradas incesantemente encendidas tuvieran el significado convencional de una cita amorosa para el día siguiente. Quién sabe, tal vez aquella cita no fuese la primera. Podía ocurrir que la joven de ojos radiantes hubiera venido a Balbec otro año. Acaso porque Albertine ya había cedido a sus deseos o a los de una amiga, se permitía ahora dirigirle aquellas brillantes señales. Más que reclamar algo para el presente, se sentían autorizadas a hacerlo por las buenas horas del pasado.

En este caso, aquella cita no debía de ser la primera, sino la continuación de entrevistas ocurridas en años precedentes. Y de hecho, las miradas no decían: «¿Quieres?» Desde el momento en que vio a Albertine, había vuelto decididamente la cabeza hacia ella, lanzándole luminosas miradas cargadas de memoria, como si temiera y la dejara atónita que mi amiga no se acordase. Albenine, que la veía muy bien, permaneció flemáticamente inmóvil, y por eso la otra, con el mismo género de discreción de un hombre que ve a su antigua

querida con otro amante, dejó de mirarla y de ocuparse de ella como si no hubiera existido.

Pero unos días después tuve la prueba de los gustas de aquella joven y también de la probabilidad deque hubiese conocido a Albertine en el pasado. A menudo, cuando, en la sala del Casino dos muchachas se deseaban, se producía como un fenómeno luminoso, una especie de reguero fosforescente que iba de la una a la otra. Digamos de paso que, precisamente con la ayuda de tales materializaciones, aun cuando fuesen imponderables, por medio de esos signos astrales que inflaman toda una parte de la atmósfera la dispersada Gomorra tiende en cada ciudad, en cada aldea, a reunir a sus miembros separados, a refundar la ciudad bíblica mientras por todas partes los nostálgicos, los hipócritas, y a veces los valientes exiliados de Sodoma prosiguen los mismos esfuerzos, con vistas, incluso, a una reconstrucción intermitente.

Una vez vi a la desconocida que Albertine había aparentado no reconocer justo en el momento en que pasaba la prima de Bloch. Los ojos de la joven refulgieron, pero era evidente que no conocía a la damisela israelita. La veía por primera vez, sentía un deseo, alguna mínima duda, de ningún modo la misma certidumbre que ante Albertine, una Albertine de cuya complicidad debía de estar tan segura que, ante su frialdad, había experimentado la sorpresa de un forastero acostumbrado a París pero que vive en otra parte y que, cuando vuelve a pasar unas semanas, ve que en el solar del pequeño teatro en que solía pasar buenas veladas han construido un banco.

La prima de Bloch fue a sentarse a una mesa donde se puso a hojear una revista. No tardó mucho la joven en ir, con aire distraído, a sentarse a su lado, Pero enseguida, por debajo de la mesa, habrían podido verse sus pies inquietos, y confundirse luego sus piernas y sus manos. Siguieron las palabras, se enrabió la conversación, y el ingenuo marido de la joven, que la buscaba por todas partes, quedó asombrado al encontrarla haciendo proyectos para aquella misma noche con una joven que él no conocía. Su mujer le presentó a la prima de Bloch como una amiga de la infancia, bajo un nombre ininteligible porque había olvidado preguntarle cómo se llamaba. Pero la presencia del marido hizo dar un paso más a su intimidad, porque

se tutearon, dado que se habían conocido en el convento, incidente del que bastante más tarde se rieron mucho, lo mismo que del marido burlado, con una alegría que dio ocasión a nuevas ternezas.

En cuanto a Albertine, no puedo decir que tuviese maneras demasiado libres con una muchacha en ninguna parte, en el Casino o en la playa. En esas maneras llegaba incluso a encontrar yo un exceso de frialdad y de falta de significado que, más que buena educación, parecía una argucia destinada a desviar las sospechas. Con esta o aquella muchacha tenia una forma rápida, helada y decente de contestar en voz muy alta: «Sí, iré al tenis hacia las cinco. Iré a bañarme mañana por la mañana hacia las ocho», dejando plantada inmediatamente a la persona a la que acababa de decírselo — comportamiento que tenía una apariencia terrible de querer engañar, como si Albertine tratase de dar una cita, o más bien como si, habiéndola dado en voz baja, dijese en voz alta aquella frase, de hecho insignificante, para no «llamar la atención». Y cuando luego la veía yo coger su bicicleta y salir a toda velocidad, no podía dejar de pensar que iba a encontrarse con aquella a la que apenas había hablado.

A lo sumo, cuando alguna bella joven se apeaba del automóvil en el rincón de la playa, Albertine no podía dejar de volverse. Y se apresuraba a explicar: «Estaba mirando la nueva bandera que han puesto delante de los baños. Ya podían haberse gastado un poco más. La otra estaba bastante estropeada. Pero realmente ésta me parece todavía más fea».

En cierta ocasión, Albertine no se contentó con la frialdad, y eso me hizo aún más desdichado. Me sabía disgustado porque pudiese ver algunas veces a una amiga de su tía, que tenía «mala fama» y a veces venía a pasar dos o tres días a casa de Mme. Bontemps. Albertine me había dicho, por gentileza, que no la saludaría. Y cuando esa mujer iba a Incarville, Albertine decía: «A propósito, ya sabe usted, está aquí. ¿No se lo han dicho?», como para demostrarme que no la veía a escondidas. Un día que me lo estaba diciendo, añadió: «Sí, me la he encontrado en la playa y, por grosería, he estado a punto de rozarla al pasar, casi la he empujado». Cuando Albertine me lo dijo, me vino a la memoria una frase de Mme. Bontemps en la que nunca había

vuelto a pensar, cuando en mi presencia le había dicho a Mme. Swann lo descarada que era su sobrina Albertine, como si fuese una cualidad, y de qué manera, hablando con no sé qué mujer de funcionario, le había dicho que el padre de esa mujer había sido marmitón. Pero las palabras de las personas que amamos no conservan mucho tiempo su pureza; se echan a perder, se pudren. Una o dos noches después volví a pensar en la frase de Albertine y me pareció que ya no denunciaba la mala educación de la que estaba tan orgullos» —y que no podía sino hacerme sonreír—, sino una cosa muy distinta, y que Albertine, tal vez incluso sin un objetivo preciso, para excitar los sentidos de aquella señora o para recordarle malévolamente antiguas proposiciones, acaso aceptadas tiempo atrás, la había rozado rápidamente y luego, temiendo que llegase a enterarme por haber ocurrido en público, había querido prevenir de antemano una interpretación desfavorable[324].

Por lo demás, mis celos de las mujeres a las que acaso amaba Albertine, iban a cesar bruscamente.

Estábamos Albertine y yo en Balbec, delante de la estación del trenecito local. Debido al mal tiempo, nos habíamos hecho llevar por el ómnibus del hotel. No lejos de nosotros estaba M. Nissim Bernatd, que tenía un ojo amoratado. Desde hacía poco engañaba al joven de los coros de Athalie con el mozo de una granja bastante acreditada de los alrededores, Aux Cerisiers. Este muchacho colorado, de rasgos toscos, parecía tener por cabeza un tomate. Un tomate exactamente idéntico servía de cabeza a ju hermano gemelo. A los ojos del observador desinteresado, ese parecido perfecto entre dos gemelos es algo bastante hermoso: es como si la naturaleza, momentáneamente industrializada, hubiese empezado a producir en serie. Por desgracia, el punto de vista de M. Nissim Bernard era totalmente distinto, aquel parecido sólo era externo. El tomate nº 2 se entregaba con frenesí a hacer exclusivamente las delicias de las damas, mientras el tomate nº 1 no desdeñaba condescender con los gustos de ciertos caballeros. Y

cada vez que M. Nissim Bernard, sacudido, así como por un reflejo, por el recuerdo de las agradables horas pasadas con el tomate n" 1, se presentaba en Aux Cerisiers, miope como era (aparte de que no era necesaria la miopía para confundirlos), el viejo israelita, interpretando sin saberlo el papel de Anfitrión[325], se dirigía al hermano gemelo y le decía: «¿Quieres darme cita para esta noche?» La respuesta inmediata era un sólido «correctivo». Correctivo que incluso llegó a repetirse en el transcurso de una misma comida, en la que continuaba con el otro la conversación iniciada con el primero. A la larga, le hizo sentir tal repugnancia, por asociación de idea, hacia los tomates, incluidos los comestibles, que si oía a un viajero pedirlos a' su lado en el Grand-Hótel, le susurraba: «Perdóneme, señor, si me dirijo a usted sin conocerle. Pero he oído que pedía usted tomates. Hoy están podridos. Se lo digo por su bien, a mí me da lo mismo, no los tomo nunca». El forastero daba efusivamente las gracias a aquel vecino filántropo y desinteresado, llamaba de nuevo al camarero y fingía haber cambiado de idea: «No, lo he pensado mejor, nada de tomates». Aimé, que conocía la escena, se reía para sus adentros y pensaba: «¡Este viejo picaro de M. Bernard!... una vez más se las ha arreglado para hacer que cambien la comanda». Mientras esperaba el tranvía que venía con retraso, M. Bernard no parecía interesado en saludarnos a Albertine y a mí, a causa de su ojo amoratado. Menos todavía lo estábamos nosotros en hablarle. Sin embargo, habría sido casi inevitable si, justo en ese momento, una bicicleta no se nos hubiera echado encima a toda velocidad; de ella saltó, sin aliento, el lift. Madame Verdurin había telefoneado nada más salir nosotros para invitarme a cenar dos días más tarde; pronto se verá por qué. Luego, después de haberme dado los detalles de la llamada, el lifi nos dejó y, como esos «empleados» demócratas que aparentan independencia en su trato con los burgueses y entre ellos restablecen el principio de autoridad, queriendo decir que el portero y el cochero podrían enfadarse si se retrasaba, añadió; «Me voy corriendo a causa de mis jefes».

Las amigas de Albertine se habían marchado por algún tiempo. Mi intención era distraerla. Aun suponiendo que la hiciese feliz pasar las

tardes ella y yo solos en Balbec, yo sabía que, en el fondo, la felicidad nunca se deja poseer por completo y que Albertine, todavía en la edad (de la que algunos nunca pasan) en que no se ha descubierto que esa imperfección depende de quien recibe la felicidad, no de quien la da, hubiera podido sentir la tentación de adjudicarme la causa de su decepción. Prefería yo que la imputase a las circunstancias que, preparadas por mí, no nos permitirían estar juntos a solas, impidiéndole al mismo tiempo quedarse en el Casino y en el malecón sin mí. Por eso le había pedido ese día que me acompañara a Donciéres, adonde ¡ría a ver a Saint-Loup. Con ese mismo propósito de tenerla ocupada, le aconsejaba la pintura que tiempo atrás había aprendido. Mientras trabajase, no se preguntaría si era feliz o desdichada. También de buena gana la hubiese llevado a cenar de vez en cuando a casa de los Verdurin y de los Cambremer, que desde luego habrían recibido encantados a una amiga presentada por mí, pero antes debía asegurarme de que Mme. Putbus no seguía estando en La Raspeliére. Sólo podría enterarme si iba yo mismo, y como sabía de antemano que dos días más tarde Albertine estaba obligada a ir a los alrededores con su ría, había aprovechado para enviar un telegrama a Mme. Verdurin preguntándole si podría recibirme el miércoles. Si Mme. Putbus estaba allí, me las arreglaría para ver a su doncella, para cerciorarme de si había peligro de que viniese a Balbec, y en ral caso saber cuándo, para poder llevar lejos ese día a Albertine. El trenecito local, dando una vuelta que no existía cuando yo lo había tomado con la abuela, pasaba ahora por Donciires— la-Goupil, gran estación de donde salían trenes importantes y, en particular, el expreso en el que yo había ido a ver desde París a Saint-Loup yen el que luego había vuelto. Debido al mal tiempo, fue el ómnibus del Grand-Hótel el que nos llevó, a Albertine y a mí, a la estación del pequeño tranvía, a Balbec-Plage.

El trenecito aún no había llegado, pero se veía, perezoso y lento, el penacho de humo que había dejado a lo largo de su ruta y que ahora, reducido a sus solos medios de nube poco móvil, trepaba lentamente las verdes cuestas del acantilado de Ctiquetot. Por fin, lentamente, acabó por llegar el pequeño tranvía, al que la nube había precedido tomando una dirección vertical. Los viajeros que iban a cogerlo se

apartaron para dejarle sitio, pero sin apresurarse, conociendo su marcha bonachona, casi humana, y porque, guiado como la bicicleta de un principiante por las señales complacientes del jefe de estación, bajo la poderosa tutela del maquinista no había peligro de que atropellase a nadie y se habría parado donde uno hubiese querido.

Mi telegrama explicaba la llamada telefónica de los Verdurin y era tanto más oportuno cuanto que los miércoles (dos días después era, precisamente, miércoles) era día de cena de gala para Mme. Verdurin, tanto en La Raspeliére como en París, cosa que yo ignoraba. Madame Verdurin no daba «cenas», pero tenía «miércoles». Sus miércoles eran obras de arte. Aun sabiendo que no los había iguales en ninguna parte, Mme. Verdurin introducía matices entre ellos. «Este último miércoles no estaba a la altura del anterior, decía. Pero creo que el próximo será uno de los más conseguidos que haya dado en mi vida». A veces, llegaba incluso a confesar: «Este miércoles no era digno de los otros. En compensación, le reservo una gran sorpresa para el siguiente». En las últimas semanas de la temporada de París, antes de partir para el campo, la Patrona anunciaba el fin de los miércoles. Era una ocasión para estimular a los fieles: «Ya no quedan más que tres miércoles, ya no quedan más que dos, decía en el mismo tono que si el mundo estuviese a punto de acabarse. No se pierda el próximo miércoles para la clausura». Pero era una clausura ficticia, porque advertía: «Ahora, oficialmente, ya no hay más miércoles. Por este año era el último. Pero de todos modos estaré aquí el miércoles. Haremos miércoles entre nosotros; quién sabe, esos pequeños miércoles íntimos quizá sean los más agradables». En La Repeliere los miércoles eran forzosamente restringidos, y como si encontraban a un amigo de paso lo invitaban para tal o cual noche, casi todos los días era miércoles. «No recuerdo bien el nombre de los invitados, pero sé que está la señora marquesa de Camembert», me había dicho el lifi; el recuerdo de nuestras explicaciones sobre los Cambremer no había conseguido suplantar definitivamente el de la palabra antigua, cuyas sílabas familiares y llenas de sentido acudían en ayuda del joven empleado cuando se enredaba con aquel nombre difícil, e inmediatamente eran preferidas y readoptadas, no por pereza y como una vieja costumbre

indesarraigable, sino por la necesidad de lógica y de claridad que satisfacían.

Nos apresuramos a buscar un vagón vacío donde me fuese posible besar a Albertine durante todo el trayecto. Después de no haber encontrado nada, subimos a un compartimento donde ya estaba instalada una señora de cara enorme, fea y vieja, de expresión masculina, muy endomingada, y que leía La Revue delDeuxMonda. A pesar de su vulgaridad, era pretenciosa en sus gestos, y me d ivertí preguntándome a qué categoría social podía pertenecer; no tardé en llegar a la conclusión de que debía de ser la patrona de alguna importante casa de putas, una alcahueta de viaje. Su cara, sus modales lo proclamaban. Hasta entonces nunca había sabido que estas damas leyesen La Revue des Deux Mondes. Albertine me la señaló no sin guiñar el ojo mientras sonreía. La dama mostraba un aire de extrema dignidad; y como, por mi parte, tenía conciencia de estar invitado al día siguiente[326] en la terminal de la línea del trenecito, en casa de la célebre Mme. Verdurin, de que en una estación intermedia me esperaba Robert de Saint-Loup, y de que algo más lejos podría hacer feliz a Mme. de Cambremer aceptando su hospitalidad en Féterne, mis ojos centelleaban de ironía considerando a aquella dama importante que, por su atuendo rebuscado, las plumas de su sombrero y su Revue des DeuxMondes, parecía creerse un personaje más considerable que yo. Esperaba que la dama no se quedaría mucho más que M. Nissim Bernard y se apearía, a más tardar, en Toutainville, pero no. El tren paró en Épreville, ella siguió sentada. Lo mismo en Montmartin-sur-Mer, en Parville-la-Bingard, en Incarville, de suerte que, por desesperación, cuando el tren dejó Saint-Frichoux[327] que era la última estación antes de Donciéres, empecé a abrazar a Albertine sin preocuparme por la señora. En Donciéres, Saint-Loup había venido a esperarme a la estación, con las mayores dificultades, me dijo, porque a casa de su tía, donde se alojaba, mi telegrama sólo le había llegado en el último momento y por eso, como no había podido disponer sus compromisos por adelantado, sólo podía dedicarme una hora. Pero esa hora me pareció, por desgracia, demasiado larga porque, nada más apearnos del vagón, Albertine sólo

prestó atención a Saint-Loup. No hablaba conmigo, apenas me respondía si yo le dirigía la palabra, me rechazó cuando me acerqué a ella. En cambio, con Robert se reía con su risa tentadora, le hablaba con locuacidad, jugaba con el perro que traía y, mientras provocaba al animal, aprovechaba para rozar a su amo. Recordé que, el día en que Albertine se había dejado besar por mí por primera vez, dediqué una sonrisa de gratitud al desconocido seductor que, causando en ella una modificación tan profunda, me había simplificado a tal punto la tarea. Ahora pensaba en él con horror. Robert había debido darse cuenta de que Albertine no me era indiferente, porque no respondió a sus carantoñas, y esto la puso de mal humor contra mi; luego Robert me dirigió la palabra como si yo estuviese solo, aumentando con ello, cuando se dio cuenta, la estima de mi amiga. Robert me preguntó si no quería tratar de ver, entre los amigos con los que me hacía cenar todas las noches durante mi estancia en Donciéres, a los que todavía quedaban. Y como él mismo caía en el tipo de fastidiosa pretensión que criticaba: «¿De qué te sirve haber coqueteado con ellos con tanta perseverancia si no quieres volver a verlos?», decliné su propuesta por no querer arriesgarme a separarme de Albertine, pero también porque ahora me sentía lejos de ellos. De ellos, es decir, de mí. Deseamos apasionadamente la existencia de otra vida en la que seríamos iguales a lo que somos en ésta. Pero no reflexionamos que, sin necesidad de esperar esa otra vida, en ésta, al cabo de unos años, somos infieles a lo que hemos sido, a lo que queríamos seguir siendo por toda la eternidad. Aun sin suponer que la muerte nos modifique más que esos cambios que se producen en el curso de la vida, si en esa otra vida encontrásemos el yo que hemos sido, nos apartaríamos de nosotros mismos como de esas personas a las que hemos estado vinculados pero a las que no hemos visto hace mucho —por ejemplo, los amigos de Saint-Loup que tanto me gustaba volver a encontrar todas las noches en el Faisan Doré y cuya conversación, ahora, sólo me habría resultado importuna y molesta. Desde este punto de vista, y dado que prefería no ir en busca de lo que me había agradado, un paseo por Donciéres habría podido darme la impresión de prefigurar la llegada al paraíso. Soñamos mucho con el paraíso, o mejor dicho, con numerosos paraísos sucesivos, pero todos ellos son, mucho antes de

que uno muera, paraísos perdidos, además de que en ellos nos sentiríamos perdidos.

Nos dejó en la estación. «Pero a lo mejor tienes que esperar una hora, me dijo. Si la pasas aquí, seguro que ves a mi tío Charlus que dentro de un rato coge el tren para París, diez minutos antes del tuyo. Yo ya me he despedido de él porque tengo que volver antes de la hora de su tren. No he podido hablarle de ti porque aún no había recibido tu telegrama». A los reproches que le hice cuando Saint-Loup nos hubo dejado, Albertine me respondió que, con su frialdad hacia mí, había intentado, por si acaso, evitar la idea que habría podido hacerse Robert si, en el momento de la llegada del tren, me hubiese visto inclinado sobre ella y con el brazo alrededor de su cintura. De hecho, Robert se había fijado en esa actitud (yo no le había visto, en caso contrario me hubiese sentado con más corrección al lado de Albertine) y había tenido tiempo de decirme al oído: «¿Son éstas las muchachas tan remilgadas de las que me has hablado y,que no querían tratos con Mlle. de Stermaria porque la encontraban de mal tono?» En efecto, yo le había dicho a Robert con toda franqueza, cuando había ido desde París a verle a Donciéres y en un momento en que hablábamos de Balbec, que no había nada que hacer con Albertine, que era la virtud misma. Y ahora que hacía mucho había descubierto, por mí mismo, que era falso, deseaba con más Fuerza todavía que Roberr creyese que era cierto. Me hubiera bastado decirle que amaba a Albertine. Era de esas personas que saben renunciar a un placer por evitar a un amigo sufrimientos que sentirían como si fuesen propios. «Sí, es muy niña. Pero ¿no sabes nada de ella?», añadí inquieto. «Nada, salvo que os he visto en la acritud de dos enamorados».

«El comportamiento que usted ha tenido no evitaba nada», le dije a Albertine cuando Saint-Loup nos hubo dejado. «Es cierto, me contestó, he sido torpe, le he dado un disgusto, lo siento mucho más que usted. Verá como nunca vuelve a suceder; perdóneme», me dijo tendiéndome la mano con aire triste. En ese momento, por el fondo de la sala de espera donde estábamos sentados vi pasar lentamente, seguido a cierta distancia por un empleado que llevaba sus maletas, a M. de Charlus.

En París, donde sólo lo encontraba con ocasión de alguna soirée, inmóvil, embutido en un frac negro, mantenido en la vertical por su orgulloso enderezamiento, por su afán de agradar, por los fuegos artificiales de su conversación, no me daba cuenta de lo mucho que había envejecido. Ahora, en un temo de viaje claro que le hacía parecer más gordo, andando y contoneándose, balanceando una panza que sobresalía y un trasero casi simbólico, la crueldad de la plena luz del día descomponía en colorete sobre sus labios, en polvos de arroz fijados con cold-cream sobre la punta de la nariz, en negro sobre el bigote teñido cuyo color de ébano contrastaba con el pelo entrecano, todo lo que a la luz de las lámparas hubiese parecido la animación de la tez en una persona todavía joven.

Mientras hablaba con él, pero brevemente a causa de su tren, miraba al vagón de Albertine para darle a entender que ya iba enseguida. Cuando volví la cabeza hacia M. de Charlus, me pidió que llamase a un militar, pariente suyo, que estaba al otro lado de la vía, exactamente como si fuese a subir a nuestro tren, pero en sentido inverso, en la dirección que se alejaba de Balbec. «Está en la banda del regimiento, me dijo M. de Charlus. Como usted tiene la suerte de ser bascante joven y yo la desgracia de ser bastante viejo para que pueda usted evitarme cruzar e ir hasta allá…» Me sentí obligado a ir hacia el militar indicado y vi, en efecto, en las liras bordadas en su cuello, que formaba parre de la banda. Pero en el momento en que iba a cumplir mi encargo, cuál no fue mi sorpresa, y puedo decir que mi placer, al reconocerá Morel, el hijo del ayuda de cámara de mi tío, y que tantas cosas me hacía recordar. Se me olvidó hacer el encargo de M, de Charius. «Pero, cómo, ¿está usted en Donciéres?» — «Sí, y rne han destinado a la banda, al servicio de baterías». Pero en esa respuesta había un tono seco y altanero. Se había vuelto muy «presumido» y evidentemente mi vista, recordándole la profesión de su padre, no le resultaba agradable. De pronto vi a M. de Charius precipitarse sobre nosotros. Mi retraso, evidentemente, le había impacientado. «Esta noche desearía oír un poco de música, le dijo a Morel sin más preámbulos, pago quinientos francos por la velada, quizá podría interesar a alguno de sus amigos, si lo tiene en la banda». Por más que conociese la insolencia de M. de Charius, me

dejó atónito que ni siquiera saludase a su joven amigo. Por lo demás, el barón no me dio tiempo para reflexionar. Tendiéndome afectuosamente la mano: «Hasta la vista, querido», me dijo para darme a entender que no me quedaba más que irme. Por otra parte, yo ya había dejado demasiado tiempo sola a mi querida Albertine. «Mire, le dije al subir de nuevo al vagón, la vida de los baños de mar y la vida de viaje me hacen comprender que el teatro del mundo dispone de menos decorados que de actores y de menos actores que de "situaciones"». —«¿Por qué me dice eso?» —«Porque M. de Charius me ha pedido que le mandase a uno de sus amigos a quien, justo en ese instante, en el andén de esta estación, acabo de reconocer como uno de los míos». Pero, mientras decía esto, estaba preguntándome cómo podía conocer el barón a Morel. La desproporción social en la que al principio yo no había pensado era demasiado inmensa. Primero se me ocurrió que era a través de Jupien, cuya hija, como se recordara, parecía estar enamorada del violinista. Lo que sin embargo seguía sorprendiéndome es que el barón, obligado a partir hacia París dentro de cinco minutos, manifestase el deseo de oír música en Donciéres. Pero al ver de nuevo en mi recuerdo a la hija de Jupien, empezaba a darme cuenta de que los «reconocimientos», expediente pobre de las obras de ficción, expresarían en cambio una parte importante de la vida si fuésemos capaces de llegar hasta lo auténticamente novelesco, cuando de repente, en un relámpago, comprendí lo ingenuo que había sido. El señor de Charius no conocía en absoluto a Morel, ni Morel a M. de Charius, quien, deslumbrado pero también intimidado por un militar que sin embargo sólo llevaba unas simples liras, había recurrido a mí, en su emoción, para que le llevase a una persona que no podía sospechar que yo conociese. En cualquier caso, el ofrecimiento de quinientos francos había debido de suplir en Morel la ausencia de relaciones anteriores, porque les vi seguir hablando sin pensar que estaban al lado de nuestro tranvía. Y al acordarme de la forma en que M. de Charlus se había precipitado hacia Morel y hacia mí, captaba su semejanza con cienos parientes suyos cuando levantaban una mujer en la calle. Sólo que el objeto apuntado había cambiado de sexo. A partir de cierta edad, y aunque dentro de nosotros se cumplan

evoluciones diferentes, cuanto más nos volvemos nosotros mismos más se acentúan los rasgos familiares. Porque la naturaleza, aun continuando armoniosamente el dibujo de su tapicería, interrumpe la monotonía de la composición gracias a la variedad de las figuras que intercala. Por lo demás, la altanería con que M. de Charlus había mirado de arriba abajo al violinista es relativa, según el punto de vista en que nos situemos. Habría sido reconocida por las tres cuartas partes de las personas del gran mundo que se inclinaban ante él, no por el prefecto de policía que, unos años más tarde, le hacía vigilar.

«El tren de París ya está anunciado, señor», dijo el empleado que llevaba las maletas. «Pero yo no cojo el tren, ponga todo eso en consigna, ¡qué diablo!», replicó M. de Charlus dando veinte francos al empleado estupefacto por el cambio y encantado por la propina. Aquella generosidad atrajo inmediatamente a una florista. «Compre estos claveles, mire qué rosa más bella, buen señor, le traerá suerte». Impacientado, M. de Charlus le tendió cuarenta sous, a cambio de los cuales la mujer le ofreció sus bendiciones y de nuevo sus flores. «Dios mío, si pudiese dejarnos tranquilos», dijo M. de Charlus dirigiéndose en tono irónico y lastimero, y como un hombre enfadado, a Morel, no sin encontrar cierta dulzura para pedirle su apoyo. «Ya es bastante complicado lo que tenemos que decirnos». Como el empleado del ferrocarril aún no estaba muy lejos, quizá M. de Charlus prefería no tener una audiencia numerosa, tal vez esas frases incidentales permitían a su timidez altanera no abordar demasiado directamente la petición de una cita. El músico, volviéndose con aire franco, imperativo y resuelto hacia la vendedora de flores, levantó hacia ella una palma que la rechazaba, dándole a entender que no interesaban sus flores y que debía marcharse lo más rápidamente posible. El señor de Charlus vio embelesado aquel gesto autoritario y viril, hecho por una mano graciosa para la que aún habría debido de resultar demasiado pesado, demasiado gravemente brutal, de una firmeza y una desenvoltura precoces que daban a aquel adolescente todavía imberbe el aire de un joven David capaz de sostener un combate contra Goliat. La admiración del barón se mezclaba involuntariamente a esa sonrisa que se nos escapa al ver en un niño una expresión demasiado seria para su edad.

«Cómo me gustaría que un joven así me acompañara en mis viajes y me ayudase en mis asuntos. ¡Cómo me simplificaría la vida!», se dijo M. de Charius.

El tren de París (que el barón no tomó) partió. Nosotros dos, Albertine y yo, subimos luego al nuestro sin que pudiese saber qué había sido de M. de Charius y Motel. «No tenemos que volver a enfadarnos nunca más, le pido perdón otra vez, me repitió Albertine aludiendo al incidente Saint-Loup. Tenemos que ser siempre cariñosos los dos, me dijo con ternura. En cuanto a su amigo Saint-Loup, si usted cree que me interesa lo más mínimo se equivoca de parte a parte. Lo único que me gusta en él es que parece apreciarle a usted mucho». —«Es muy buen muchacho», contesté, guardándome mucho de prestar a Robert imaginarias cualidades superiores como no habría dejado de hacer por amistad hacia él de haber estado con cualquier otra persona que no fuese Albertine. «Es un ser exquisito, sincero, atento, leal, con el que se puede contar para todo». Al decir esto, me limitaba, contenido por mis celos, a decir de Saint-Loup la verdad, pero también era siempre la verdad lo que decía. Mas esa verdad se expresaba en los mismos términos que había utilizado para hablarme de él Mme. de Viileparisis cuando aún no conocía yo a Saint-Loup, cuando lo imaginaba tan distinto, tan altivo, y me decía: «Les parece bueno porque es un gran señor». De igual manera, cuando la marquesa me había dicho: «Será tan feliz», me figuré, después de haberle visto delante del hotel, dispuesto a conducir, que las palabras de su tía eran puta trivialidad mundana, destinadas a halagarme. Y luego me había dado cuenta de que lo había dicho con toda sinceridad, pensando en lo que me interesaba, en mis lecturas, y por saber que eran las mismas cosas que amaba Saint-Loup, igual que más tarde tendría ocasión de decir sinceramente a alguien que, trabajando en una biografía de su antepasado La Rochefoucauld, el autor de las Máximas[328], hubiese querido ir a pedir consejos a Robert; «Será tan feliz». Y es que había aprendido a conocerlo. Pero, al verle la primera vez, no había creído que una inteligencia afín a la mía pudiera arroparse en tanta elegancia exterior de indumentaria y de actitud. Le había juzgado, por su plumaje, de una especie distinta. Ahora era

Albertine quien, quizá en parte porque Saint-Loup, por bondad hacia mí, había estado tan frío con ella, me dijo lo que yo había pensado tiempo atrás. «¡Ah!», ¿de veras es tan atento? Tengo la impresión de que a la gente siempre se le encuentran todas las virtudes cuando son del^«¿oítr^Saint-Germain». Pero que Saint— Loup perteneciese al fiu¿ourgSaint-Germain era algo en lo que yo no había pensado una sola vez en el curso de aquellos años en que, despojándose de su prestigio, me había puesto de manifiesto sus virtudes. Cambio de perspectiva para mirar a las personas, más impresionante ahora en la amistad que en las simples relaciones sociales, pero mucho más todavía en el amor, donde el deseo Lleva a una escala tan grande, aumenta a tales proporciones los menores signos de frialdad, que hubiera necesitado menos de la que manifestaba de buenas a primeras Saint-Loup pata que me creyese, desde el principio, despreciado por Albertine, para que me imaginase a sus amigas como seres maravillosamente inhumanos, y para que atribuyese sólo a la indulgencia que se siente por la belleza y por una cierta elegancia el juicio de Elstir cuando me decía de la pandilla, igual que Mme. de Villeparisis de Saint-Loup: «Son buenas chicas», Pero ¿no era éste el juicio que yo habría hecho oyendo decir a Albertine: «En todo caso, atento o no, espero no volver a verle dado que ha sido la causa de la pelea entre nosotros. No tenemos que volver a enfadarnos más. No es gentil»? Como me había dado la impresión de que le gustaba Saint-Loup, me sentía casi curado por un tiempo de la idea de que le gustasen las mujeres, figurándome que ambas cosas eran inconciliables. Y ante el impermeable de Albertine, con el que parecía haberse vuelto otra persona la infatigable errabunda de los días lluviosos, y que, ajustado, maleable y gris en aquel momento, más que proteger sus ropas contra el agua parecía haber sido mojado por ella y pegarse al cuerpo de mi amiga como si fuese a tomar la impronta de sus formas para un escultor, arranqué aquella túnica que abrazaba celosamente un pecho deseado y, atrayendo hacia mí a Albertine:

Mais toi ne veux-tu pas, voyageuse indolente,

Rêver sur mon épaule en y posant ton front?[329]

(«Mas ¿no quieres tú, viajera indolente, / soñar sobre mi hombro posando en él tu frente?»).

… le dije cogiéndole la cabeza entre las manos y mostrándole los grandes prados inundados y mudos que se extendían en el crepúsculo hasta el horizonte, cerrado por las cadenas paralelas de ondulaciones lejanas y azuladas.

Dos días después[330]*, el famoso miércoles, en aquel mismo trene — cito que acababa de tomar en Balbec para ir a cenar a La Raspeliére, puse coda mi atención en no dejar que Cottard se me escapase en Graincourt-Saint-Vast, donde una nueva llamada telefónica de Mme. Verdurin me había dicho que lo encontraría. Debía subir a mi tren y me indicaría dónde había que apearse para encontrar los coches que mandaban de La Raspeliére a la estación. Como el trenecíto sólo se detenía un momento en Graincourt, primera estación después de Donciéres, me había situado por adelantado en la portezuela por miedo a no ver a Coctard o a que él no me viese. ¡Qué temores tan infundados! No me había dado cuenta de hasta qué punto el pequeño clan había modelado a todos los habitud pat el mismo tipo, vestidos, además, con traje de cena de gala y esperando en el andén, se dejaban reconocer enseguida por cierto aire de seguridad, de elegancia y de familiaridad, por unas miradas que franqueaban, como un espacio vacío donde nada llama la atención, las apretadas hileras del público vulgar, acechando la llegada de algún haiituéque había tomado el tren en una estación anterior y animados ante la conversación inminente. Este signo de elección, que la costumbre de cenar juntos había impreso en cada uno de los miembros del grupito, no sólo los hacía reconocibles cuando, numerosos y constituyendo una fuerza, se adensaban formando una mancha más brillante en medio del rebaño de viajeros —lo que Brichot llamaba el pecus*[331]*— en cuyos apagados rostros no podía leerse ninguna noción relativa a los Verdurin, ninguna esperanza de poder cenar nunca en La*

Raspeliére. Además, aquellos viajeros vulgares habrían estado menos interesados que yo si en su presencia se hubiesen pronunciado —a pesar de la notoriedad conseguida por algunos— los nombres de aquellos fieles que a mí me sorprendía ver seguir participando en cenas mundanas, cuando varios ya lo hacían, según lo que me habían contado, antes de mi nacimiento, en una época al mismo tiempo lo bastante remota y lo bastante vaga para que me viese tentado a exagerar su lejanía. El contraste entre la continuación no sólo de su existencia, sino de la plenitud de sus fuerzas, y el aniquilamiento de tantos amigos que yo ya había visto desaparecer aquí o allá, me daba esa misma sensación que sentimos cuando en la «última hora» de los periódicos leemos precisamente la noticia que menos esperábamos, por ejemplo la de una defunción prematura y que nos parece fortuita porque las causas de las que es resultado han permanecido desconocidas para nosotros. Esa sensación es la de que la muerte no alcanza de manera uniforme a todos los hombres, sino que una ola más avanzada de su trágica marea se lleva una existencia situada en el mismo nivel de otras que las olas siguientes perdonarán mucho tiempo todavía. Más tarde habremos de ver cómo la diversidad de los muertos que circulan invisiblemente son causa de la particular sorpresa que provocan, en los periódicos, las necrologías. Además veía que, con el paso del tiempo, no sólo los datos reales que pueden coexistir con la peor vulgaridad en las conversaciones se revelan e imponen, sino también que individuos mediocres llegan a esos altos puestos, unidos en la imaginación de nuestra infancia a algunos viejos célebres, sin pensar que, después de cierto número de años, lo serían sus discípulos convertidos en maestros, y capaces ahora de inspirar el respeto y el temor que ellos mismos sentían en otro tiempo. Mas si los nombres de los fieles eran desconocidos para el pecas, su aspecto no dejaba de señalarlos a sus ojos. Hasta en el tren (cuando el azar de lo que unos y otros habían tenido que hacer durante el día reunía allí a todos), como únicamente tenían que recoger en una estación siguiente a uno aislado, el vagón en que se encontraban reunidos, designado por el codo del escultor Ski, empavesado por Le Temps[332] de Cottard, florecía de lejos como un coche de lujo e incorporaba, en la

estación precisa, al compañero retardatario. Al único al que hubieran podido escapársele, debido a su semiceguera, aquellos signos de promisión era a Brichot. Pero también uno de los babitués asumía voluntariamente con el ciego las Funciones de vigía yen cuanto se avistaba su sombrero de paja, su paraguas verde y sus anteojos azules, lo dirigía con rápida suavidad hacia el compartimento elegido. De suerte que no había ejemplo de que uno de los fieles, a menos de incurrir en las más graves sospechas de crápula, o incluso de no haber venido «por tren», no encontrase a los otros en ruta. A veces ocurría lo contrario: un fiel había tenido que ir bastante lejos aquella tarde y por lo tanto debía hacer una parre del recorrido solo antes de que el grupo se le uniese; pero, incluso aislado así, único de su especie, no dejaba de producir cierto efecto la mayoría de las veces. El Futuro hacia el que se dirigía, lo señalaba al viajero sentado en el banco de enfrente, que se decía: «Debe de ser alguien», y con la oscura perspicacia de los viajeros de Emaús[333] distinguía, aunque fílese alrededor del sombrero flexible de Cottard o del escultor Ski, una vaga aureola, y no le extrañaba demasiado que, en la siguiente estación, una multitud elegante, si era el término del trayecto, recibiese al fiel en la portezuela y se fuera con él hacia uno de los coches que esperaban, saludados todos en voz muy baja por el empleado de Douville[334], o, si era una estación intermedia, invadiese el compartimento. Es lo que hizo, y con precipitación, porque algunos habían llegado con retraso, justo en el momento en que el tren, ya en la estación, iba a arrancar, la tropa que Cottard llevó a paso de carga hacia el vagón en cuya ventana había visto mis señales. Brichot, que se encontraba entre aquellos fieles, había llegado a serlo más en el curso de los últimos años que para otros habían significado una menor asiduidad. Su vista, que disminuía progresivamente, le había obligado, incluso en París, a reducir cada vez más su trabajo en horas nocturnas. Por otro lado, tenía pocas simpatías por la Nueva Sorbona, donde las ideas de exactitud científica a la alemana empezaban a imponerse sobre el humanismo[335]. Ahora se limitaba exclusivamente a su curso y a los tribunales de examen, por eso tenía más tiempo que dedicar a la mundanidad, es decir, a las soiríesen casa de los

Verdurin, o a aquellas que a veces ofrecía a los Verdurin este o aquel fiel temblando de emoción. Verdad es que, en dos ocasiones, el amor había estado a punto de hacer lo que el trabajo ya no podía: apartar a Brichot del pequeño clan. Pero Mme. Verdurin, que «estaba ojo avizor» y además, habiéndose acostumbrado a ello en interés de su salón, había terminado encontrando un placer desinteresado en este género de dramas y de ejecuciones, la había impulsado a una ruptura irremediable con la persona peligrosa, sabiendo, como ella decía, «poner las cosas en su sitio» y «aplicar el cauterio a la llaga». Esto le había resultado particularmente fácil con una de las personas peligrosas, que era simplemente la lavandera de Brichot, y a Mme. Verdurin, que tenía libre acceso al quinto piso del profesor, rojo de orgullo cuando ella se dignaba subir a su planta, le había bastado con poner en la puerta a aquella mujer insignificante. «¡Cómo!, le había dicho la Patrona a Brichot, ¿una mujer como yo le hace el honor de venir a su casa y usted recibe a semejante criatura?» Brichot no había olvidado nunca el favor que le había hecho Mme. Verdurin impidiendo que su vejez se hundiera en el fango, y cada vez se volvía más adicto, mientras, en contraste con este rebrote de afecto y quizá conectado con él, la Patrona empezaba a cansarse de un fiel demasiado dócil, con cuya obediencia podía contar de antemano. Pero Brichot sacaba de su intimidad con los Verdurin un prestigio que lo distinguía entre todos sus colegas de la Sorbona. Estaban deslumbrados por los relatos que les hacía de unas cenas a las que nadie los invitaría nunca, por la mención en las revistas o por el retrato expuesto en el Salón[336] que habían hecho de él tal escritor o tal pintor famosos cuyo talento apreciaban los titulares de otras cátedras de la Facultad de Letras, pero cuya atención no tenían la menor probabilidad de atraer; finalmente, por la elegancia misma en el vestir del filósofo mundano, elegancia que al principio habían confundido con descuido hasta que su colega les había explicado benévolamente que, durante una visita, el sombrero de copa se suele dejar en el suelo[337], y que no es de recibo en las comidas campestres, por elegantes que sean, en las que debe ser sustituido por el sombrero flexible, que va muy bien con el smoking. Cuando el

pequeño grupo se engolfó en el vagón, durante los primeros segundos no pude siquiera dirigir la palabra a Cottard, porque estaba sofocado, no tanto por haber corrido para no perder el tren como por lo que le maravillaba haberlo cogido tan justo, Más que la alegría de un triunfo sentía casi la hilaridad de una farsa divertida. «¡Ah, sí ha sido buena!, dijo cuando se hubo repuesto, ¡Un poco más y…! ¡Dianrre, es lo que se dice cogerlo por los pelos!», añadió guiñando el ojo, no pata preguntar si La expresión era adecuada, porque ahora rebosaba de seguridad, sino por satisfacción. Por fin pudo presentarme a los demás miembros del pequeño clan. Me sentí molesto al ver que casi todos llevaban ese traje que en París se llama smoking. Había olvidado que los Verdurin iniciaban una evolución tímida hacia el gran mundo, frenada por el asunto Dreyfus, acelerada por la música «nueva», evolución que por lo demás ellos desmentían, y que seguirían desmintiendo hasta que la consiguiesen, como esos objetivos militares que un general sólo anuncia cuando los ha alcanzado, para no parecer derrotado si no los conquista. Por lo demás, el gran mundo estaba por su parte preparado para ir hacia ellos. Por el momento se limitaba a considerarlos como gentes cuya casa no frecuentaba nadie de la alta sociedad, pero que no lo lamentan en absoluto. El salón de los Verdurin pasaba por ser un templo de la Música. Se afirmaba que allí era donde Vinteuil había encontrado inspiración, alientos. Y si la sonata de Vin— teuil seguía siendo totalmente incomprendida y casi desconocida, su nombre, pronunciado como el del mayor músico contemporáneo, ejercía un prestigio extraordinario. Además, algunos jóvenes del Faubaurg estaban empeñados en que debían ser tan instruidos como los burgueses, y había tres de ellos que habían estudiado música y para los que la sonata de Vinteuil gozaba de una reputación enorme. De vuelta a casa, hablaban de él a la inteligente madre que los había impulsado a cultivarse. Y las madres, interesándose por Los estudios de sus hijos, miraban con cierto respeto a Mme. Verdurin, que seguía la partitura en su palco de proscenio. Por el momento, la mundanidad latente de los Verdurin sólo se traducía en dos hechos. Por un lado, Mme. Verdurin decía de la princesa de Caprarola[338]: «¡Ah!, es inteligente, es una mujer

agradable. Lo que no puedo soportar son los imbéciles, la gente que me aburre, eso me vuelve loca». De estas palabras una persona algo perspicaz habría deducido que la princesa de Caprarola, mujer de la más alta sociedad, había hecho una visita a Mme. Verdurin. Había llegado a pronunciar su nombre durante la visita de condolencias que había hecho a Mme. Swann cuando murió el marido de ésta, preguntándole si los conocía. «¿Cómo dice?», había respondido Odette con una tristeza repentina. «Verdurin». —«¡Ah!, ya sé, había añadido en tono desolado, no los conozco, o mejor dicho, los conozco sin conocerlos, son personas que vi en casas de amigos en otro tiempo, hace mucho, son agradables». Cuando la princesa de Caprarola se fue, Odette hubiera preferido haber dicho simplemente la verdad. Pero la mentira inmediata no era el producto de sus cálculos, sino la revelación de sus temores, de sus deseos. No negaba lo que hubiera sido oportuno negar, sino lo que habría deseado que nunca hubiese ocurrido, aún a riesgo de que el interlocutor llegara a enterarse una hora más tarde de la verdad. Poco después había recuperado la seguridad e incluso se había adelantado a las preguntas diciendo, para no dar la impresión de que las temía: «Madame Verdurin, pues claro, la he conocido enormemente», con la afectación de humildad de una gran dama que cuenta que ha cogido el tranvía. «Se habla mucho de los Verdurin desde hace algún tiempo», decía Mme. de Souvré. Con un desdén sonriente de duquesa, Odette respondía: «Pues sí, me parece que, efectivamente, se habla mucho de ellos. De vez en cuando hay así gentes nuevas que entran en sociedad», sin pensar que ella misma era una de las más nuevas. «La princesa de Caprarola ha cenado en su casa», continuó Mme. de Souvré. «¡Ah!, respondió Odette acentuando su sonrisa, no me extraña. Estas cosas siempre empiezan por la princesa de Caprarola, y luego va alguna otra, la condesa Molé, por ejemplo». Mientras decía esto, Odette aparentaba un profundo desdén por las dos grandes damas que tenían la costumbre de ser las primeras en los salones recién abiertos. Por su tono se advertía que ella, Odette, lo mismo que Mme. de Souvré, no se dejarían embarcar en semejantes galeras.

Después de la confesión que Mme. Verdurin había hecho de la inteligencia de la princesa de Caprarola, la segunda prueba de que los

Verdurin tenían conciencia del destino futuro era que (sin haberlo pedido formalmente, por supuesto) deseaban vivamente que ahora los invitados fuesen a cenar a su casa con traje de noche; a M. Verdurin, habría podido saludarle ahora sin avergonzarse su sobrino, aquel que estaba «en la pomada».

Entre los que subieron a mi vagón en Graincourt estaba Saniette, expulsado tiempo atrás de casa de los Verdurin por su primo Forcheville, pero que había vuelto. Desde la perspectiva de la vida mundana, sus defectos eran en el pasado —a despecho de unas cualidades superiores— un poco semejantes a los de Cottard, timidez, deseo de agradar, esfuerzos infructuosos para conseguirlo. Pero si la vida, haciendo adoptar a Cottard, si no en casa de los Verdurin, donde, por la sugestión que los momentos pasados ejercen sobre nosotros cuando nos hallamos en un ambiente habitual, seguía siendo en cierto modo el mismo, al menos con su clientela, en su trabajo de hospital, en la Academia de Medicina, unas apariencias de frialdad, de desprecio, de gravedad que se acentuaban cuando desgranaba ante sus complacientes alumnos sus retruécanos, había producido un auténtico corte entre el Cottard actual y el antiguo, en Saniette, en cambio, los mismos defectos se habían exagerado a medida que trataba de corregirlos. Dándose cuenta de que aburría a menudo, de que no Le escuchaban, en vez de frenarse entonces como hubiera hecho Cottard, de imponer la atención con aire de autoridad, no sólo trataba con un tono festivo de hacerse perdonar el giro demasiado serio de su conversación, sino que aceleraba su charla, simplificaba, usaba abreviaciones para parecer menos prolijo, más familiarizado con las cosas de que hablaba, y lo único que conseguía era volverlas incomprensibles, parecer interminable. Su seguridad no era como la de Cottard, que dejaba helados a sus pacientes, los cuales respondían a las personas que alababan su amenidad en la vida social: «No es el mismo hombre cuando recibe en su consulta, usted frente a la luz, y él a contraluz con esos ojos penetrantes». Era una seguridad que no imponía, se notaba que ocultaba demasiada timidez, que cualquier nadería bastaría para ponerla en fuga. Saniette, a quien sus amigos siempre habían dicho que desconfiaba demasiado de sí mismo, y que de hecho veía a personas que consideraba, con razón, muy inferiores

obtener fácilmente éxitos que a él le eran negados, ya no empezaba nunca una historia sin sonreírse ante su comicidad, por miedo a que una expresión seria no avalorase suficientemente su mercancía. A veces, dando crédito a la comicidad que él mismo parecía encontrar en lo que iba a decir, le hacían el favor de un silencio general. Pero el relato no hacía reír a nadie. Un invitado de buen corazón susurraba algunas veces a Saniette el aliento, privado, casi secreto, de una sonrisa de aprobación, haciéndoselo llegar furtivamente, sin despertar la atención, como quien desliza en la mano un billete. Pero nadie llegaba a asumir la responsabilidad, a arriesgar la adhesión pública de una carcajada. Mucho después de acabada la historia sín ninguna gracia, Saniette, desolado, se quedaba solo sonrlén— dose a sí mismo, como saboreando en ella y para sí la delectación que fingía encontrar suficiente y que los otros no habían sentido. En cuanto al escultor, Ski, así llamado por la dificultad que encontraban para pronunciar su nombre polaco, y porque él mismo pretendía, desde que vivía en cierto ambiente, no querer que le confundieran con parientes muy bien situados, pero algo aburridos y muy numerosos, tenía, a sus cuarenta y cinco años y muy feo, una especie de infantilismo, de fantasía soñadora que había conservado por haber sido hasta los diez años el niño prodigio más encantador del mundo, el preferido de todas las damas. Madame Verdurin pretendía que era más artista que Elstir. De rodos modos, con éste sólo tenía semejanzas puramente exteriores. Bastaban para que Elstir, que había visto una vez a Ski, sintiese por él la profunda repulsión que nos inspiran, más aun que las personas diametralmente opuestas a nosotros, las que se nos parecen en peor, en las que se pone de manifiesto lo que tenemos de menos bueno, los defectos de los que ya nos hemos curado, recordándonos de manera molesta lo que algunos han podido ver en nosotros antes de que nos hubiéramos convertido en lo que somos. Pero Mme. Verdurin creía que Ski tenía más temperamento que Elstir porque no había arte alguno para el que no tuviese facilidad, y por estar convencida de que hubiera impulsado esa facilidad hasta el talento de haber sido menos perezoso. Hasta la pereza le parecía a la Patrona un don más, por ser lo contrario del trabajo, para ella lote común de las personas sin genio. Ski pintaba cualquier cosa que le pidiesen, en los

gemelos de la camisa o en los dinteles de las puertas. Cantaba con voz de compositor, tocaba de memoria dando al piano la impresión de la orquesta, no tanto por su virtuosismo como por sus falsos bajos que expresaban la impotencia de los dedos para indicar la presencia de un cornetín de pistón que, además, él imitaba con la boca. En la conversación, rebuscaba sus palabras para sugerir una impresión singular, de la misma forma que retardaba un acorde que luego tocaba diciendo: «Ping», para hacer que se oyesen bien los cobres, pasaba por maravillosamente inteligente aunque en realidad sus ideas se reducían a dos o tres extremadamente cortas. Aburrido de su reputación de fancasista, se le había metido en la cabeza demostrar que era un hombre práctico, positivo: de ahí una triunfante afectación de falsa exactitud, de falso sentido común, agravados por una total falta de memoria y por informaciones siempre inexactas. Sus movimientos de cabeza, de cuello, de piernas, habrían sido graciosos de haber tenido todavía nueve años, rizos rubios, un enorme cuello de encaje y boticas de cuero rojo. Llegados antes con Cottard y Brichot a la estación de Graincourt, habían dejado a Brichot en la sala de espera y se habían ¡do a dar una vuelta. Cuando Cottard había querido volver, Ski le había respondido: «Pero si no tenemos ninguna prisa. Hoy no es el tren local, sino el tren departamental». Encantado de ver el efecto que ese matiz en la precisión producía en Cottard, añadió, hablando de sí mismo; «Sí, porque Ski ama las artes, porque modela la arcilla, creen que no es práctico. Nadie conoce la línea mejor que yo». No obstante, habían vuelto hacia la estación cuando de pronto, al ver el humo del trenecito que llegaba, Cottard, lanzando un alarido, había gritado: «No nos queda más remedio, hay que echar a correr». De hecho llegaron por los pelos, porque la distinción entre tren local y departamental nunca había existido más que en la mente de Ski, «Pero ¿no está la princesa en el tren?», preguntó con voz vibrante Brichot, cuyos enormes anteojos, resplandecientes como esos reflectores que los laringólogos se ponen en la frente para iluminar la garganta de sus enfermos, parecían haber tomado vida de los ojos del profesor, y quizá por el esfuerzo que éste hacía por acomodar su visión con ellos parecían, hasta en los momentos más insignificantes, mirar ellos mismos con una atención sostenida y una extraordinaria

fijeza. La enfermedad, por otra parte, al retirarle paulatinamente la vista a Brichot, le había revelado las bellezas de ese sentido, del mismo modo que, a menudo, es preciso que nos decidamos a separarnos de un objeto, a regalarlo por ejemplo, para mirarlo, añorarlo, admirarlo. «No, no, la princesa ha ido a acompañar hasta Maineville a los invitados de Mme. de Verdurin que cogían el tren de París. ¡Y hasta es posible que Mme, Verdurin, que tenía cosas que hacer en Saint-Mars, se haya ido con ella! En este caso, viajaría con nosotros y haríamos el camino todos juntos, sería estupendo. ¡Habrá que abrir bien los ojos en Maineville, y bien abiertos! ¡Ah!, no importa, podemos decir que estuvimos a punto de perder el vagón. Cuando he visto el tren, me he quedado de piedra. Es lo que se dice llegar en el momento psicológico. ¿Se imaginan si lo hubiéramos perdido? ¿Y a Mme. Verdurin viendo que los vagones volvían sin nosotros? ¡Vaya escena!, añadió el doctor que aún no se había repuesto de la emoción. Una locura muy poco normal. Dígame, Brichot, ¿qué le parece nuestra pequeña escapada?», preguntó el doctor con cierro orgullo. «Palabra que, en efecto, si no hubiesen encontrado ustedes el tren, respondió Brichot, habría sido, como solía decir el llorado Villemain[339], ¡una nota falsa para la banda!» Mas yo, distraído desde los primeros instantes por aquella gente que no conocía, recordé de repente lo que Cottard me había dicho en la sala de baile del pequeño Casino, y como si un invisible eslabón hubiese podido unir un órgano y las imágenes del recuerdo, la de Albertine apoyando sus senos contra los de Andrée, me causaba un dolor terrible en el corazón. Ese dolor no duró: la idea de que Albertine pudiese tener relaciones con mujeres ya no me parecía posible desde dos días antes, cuando las insinuaciones que mi amiga había dirigido a Saint-Loup habían excitado en mí unos celos nuevos que me habían hecho olvidar los anteriores. Mi ingenuidad era la de quien cree que un gusto excluye forzosamente el otro. En Arembouville, como el tranvía estaba abarrotado, subió a nuestro compartimento un granjero de camisa azul que sólo tenía un billete de tercera. El doctor, considerando que no podía permitirse que la princesa viajase en su compañía, llamó a un empleado, exhibió su tarjeta de médico de una

gran compañía de ferrocarriles y obligó al jefe de estación a hacer apearse al granjero. La escena afligió y alarmó a tal punto la timidez de Sanietteque, nada más verla iniciarse, temiendo que, por la cantidad de aldeanos que había en el andén, adquiriese las proporciones de un motín, simuló un dolor de vientre y, para que no pudiesen acusarle de tener su parte de responsabilidad en la violencia del doctor, enfiló el pasillo fingiendo buscar lo que Cottard llamaba los waters. Al no encontrarlos, contempló el paisaje desde el otro extremo del Tortuoso. «Si éstos son sus comienzos en casa de Mme. Verdurin, me dijo Brichot, interesado en hacer ostentación de sus talentos ante un "nuevo", verá que no hay ambiente donde se sienta mejor la "dulzura de vivir", como decía uno de los inventores del diletantismo, del ahí me las den todas, de muchas palabras en ismo de moda entre nuestros repipis, me refiero al señor príncipe de Talleyrand[340]». Porque cuando hablaba de esos grandes señores del pasado, le parecía ingenioso y muy «color de época» anteponer a su título la palabra señor y decía el señor duque de la Rochefoucauld, el señor cardenal de Retz, al que también llamaba de vez en cuando: «Ese struggle far liforde Gondi[341], ese "boulangista" de Marcillac[342]». Y, al hablar de Montesquieu, nunca dejaba de llamarlo, con una sonrisa: «El señor presidente Secondat de Montesquieu[343]». A un hombre de mundo inteligente le hubiera irritado esa pedantería que huele a escuela. Pero, en los modales perfectos del hombre de mundo cuando habla de un príncipe, también hay una pedantería que revela otra casta, esa en que se antepone al nombre de Guillermo las palabras «el Emperador[344]» y en que se habla en tercera persona a una Alteza. «¡Ah!, a ése, continuó Brichot hablando del "señor príncipe de Talleyrand", hay que saludarle quitándose el sombrero. Es un antepasado». —«Es un ambiente delicioso, me dijo Cottard, encontrará un poco de todo, porque Mme. Verdurin no es exclusivista: sabios ilustres como Brichot, de la alta nobleza como, por ejemplo, la princesa Sherbatoff, una gran dama rusa, amiga de la gran duquesa Eudoxia que hasta la recibe a solas en horas que no admite a nadie». En efecto, la gran duquesa Eudoxia, para evitar que la princesa Sherbatoff, a la que

desde hacía mucho no recibía nadie, fuese a su casa cuando podía haber gente, no le permitía ir sino muy temprano, cuando la Alteza no tenía a su lado a ninguna de los amigos para los que encontrarse con la princesa habría sido tan desagradable como molesto para ésta. Como desde hacía tres años, nada más salir, como una manicura, de casa de la gran duquesa, Mme. Sherbatoff se dirigía a casa de Mme. Verdurin que acababa de despertarse, y ya no la abandonaba, puede decirse que la fidelidad de la princesa superaba infinitamente incluso la de Brichot, tan asiduo sin embargo a aquellos miércoles en los que tenía la satisfacción de creerse, en París, una especie de Chateaubriand en l'Abbaye-iux-Bois[345], mientras en el campo tenía La impresión de volverse el equivalente de lo que podía ser en casa de Mme. de Châtelet[346] aquel al que siempre llamaba (con una malicia y una satis— ficción de literato): «M. de Voltaire».

Su ausencia de relaciones había permitido a la princesa Sherba— toff demostrar a los Verdurin, desde hacía unos años, una fidelidad que hacía de ella algo más que una «fiel» ordinaria, la fiel tipo, el ideal que durante mucho tiempo Mme. Verdurin había creído inaccesible y que, ahora que había llegado a la edad crítica, encontraba por fin encarnado en aquella nueva recluta femenina. Por mucho que los celos atormentasen a la Patrona, no había ninguno entre los más asiduos de sus fieles que no hubiesen «desertado» una vez. Los más hogareños se dejaban tentar por un viaje; los más continentes habían tenido alguna aventura galante; los más robustos podían coger La gripe, los más ociosos ser llamados por sus 28 días[347], los más indiferentes ir a cerrar los ojos a su madre moribunda. Y era inútil que Mme. Ver— durin les dijese entonces, como la emperatriz romana[348], que ella era el único general al que debía obediencia su legión, y, como Cristo[349] o el Kaiser[350], que quien amaba a su padre y a su madre tanto como a ella y no estaba dispuesto a dejarlos para seguirla no era digno de ella, que en vez de debilitarse en la cama o dejarse engañar por una furcia, mejor harían quedándose con ella, ella, único remedio y única voluptuosidad. Mas el destino, que a veces se complace en hermosear el final de las existencias que se prolongan demasiado, había hecho que Mme.

Verdurin conociese a la princesa Sherbatoff. Peleada con su familia, exiliada de su país, sin conocer a nadie salvo a la baronesa Putbus y a la gran duquesa Eudoxia, a cuyas casas, porque no tenía ganas de encontrarse con las amigas de la primera, y porque la segunda no tenía ganas de que sus amigas encontrasen a la princesa, sólo iba en las horas matinales en que Mme. Verdurin aún estaba durmiendo, sin haber guardado cama, que ella recordase, ni una sola vez desde la edad de doce años en que había tenido el sarampión, habiendo respondido el 31 de diciembre a Mme. Verdurin, quien, inquieta por la idea de estar sola, le había preguntado si no podría quedarse a dormir de improviso, a pesar de ser el último día del año: «¿Pero quién podría impedírmelo cualquier otro día? Además, ese día una se queda en familia, y usted es mi familia», viviendo en una pensión y cambiando cada vez que los Verdurin se mudaban, siguiéndolos en sus veraneos, la princesa había hecho realidad de forma tan perfecta, a ojos de Mm. Verdurin, el verso de Vigny:

Toi seule me parus ce qu'on cherche toujours[351].

(«Tú sola me pareciste lo que siempre se busca»).

… que la Presidenta del pequeño círculo, deseando asegurarse una «fiel» hasta en la muerte, le había propuesto que la de las dos que muriese la última se hiciese enterrar al lado de la otra. Frente a los extraños —entre los que siempre hay que contar a la persona que más mentimos porque es de la que más nos dolería sentirnos despreciados: nosotros mismos—, la princesa Sherbatoff procuraba presentar a sus tres únicas amistades —con la gran duquesa, con la Verdurin, con la baronesa Putbus— no ya como las únicas a las que cataclismos independientes de su voluntad habrían permitido emerger en medro de la destrucción de todo lo demás, sino como aquellas a las que una libre elección había hecho preferir a cualquier otra, y a las que la había empujado a limitarse cierta inclinación por la soledad y la sencillez. «No veo a nadie más», decía insistiendo en el carácter

inflexible de lo que, más que una necesidad sufrida, parecía una regla impuesta. Y añadía: «Sólo frecuento tres casas», como esos autores que, temiendo no poder llegar a la cuarta, anuncian que su obra de teatro sólo se representará tres veces. Prestasen o no fe M. y Mme. Verdurin a esta ficción, lo cierto es que habían ayudado a la princesa inculcándola en la mente de los fieles. Y éstos estaban convencidos al mismo tiempo de que, entre los millares de relaciones que se Je ofrecían, la princesa había elegido únicamente a los Verdurin, y de que los Verdurin, solicitados en vano por toda la alta aristocracia, habían consentido en hacer una sola excepción en favor de la princesa.

A sus ojos, la princesa, demasiado superior a su ambiente originario para no aburrirse en él, entre tanta gente como habría podido frecuentar sólo encontraba agradables a los Verdurin, y, a la recíproca, éstos, sordos a las insinuaciones de toda la aristocracia que se ofrecía a ellos, habían consentido una sola excepción, en favor de una gran dama más inteligente que sus pares, la princesa Sherbatoff.

La princesa era riquísima; tenía en todos los estrenos un gran palco de platea al que, con la autorización de Mme. Verdurin, llevaba a los fieles y nunca a nadie más. Los espectadores se señalaban unos a otros aquella persona enigmática y pálida que había envejecido sin encanecer, o más bien enrojeciendo como ciertos frutos duraderos y avellanados de los setos. Admiraban al mismo tiempo su poder y su humildad, ya que, siempre rodeada por un académico, Brichot, por un sabio célebre, Cottard, por el primer pianista de la época, y más tarde por M. de Charius, se esforzaba, sin embargo, por reservar expresamente el palco más oscuro, permanecía en su fondo sin ocuparse para nada del patio de butacas, vivía exclusivamente para el grupito que, poco antes de que la representación hubiese acabado, se retiraba siguiendo a aquella soberana extraña que no carecía de cierta belleza tímida, fascinante y ajada. Pero si Mme. Sherbatoff no miraba a la sala, si permanecía en la sombra, era para tratar de olvidar que existía un mundo vivo que deseaba apasionadamente y que no podía conocer; la «camarilla» en un «palco de platea» era para ella lo que para ciertos animales la inmovilidad casi cadavérica en presencia del peligro. Sin embargo, el gusto de novedad y de curiosidad que agita a

las gentes de mundo las impulsaba a prestar quizá más atención a aquella misteriosa desconocida que a las celebridades de los primeros palcos a las que todos iban a visitar. Se figuraban que era distinta de las personas que conocían, que una maravillosa inteligencia unida a una bondad adivinadora hacían gravitar en torno a ella aquel pequeño círculo de personas eminentes. Si le hablaban de alguien o le presentaban a alguien, la princesa estaba obligada a fingir una gran frialdad para mantener la ficción de su horror por el mundo. No obstante, con el apoyo de Cottard o de Mme. Verdurin, algunos nuevos conseguían conocerla, y su ebriedad al conocer a alguien era tal que olvidaba la fábula del aislamiento buscada y se prodigaba locamente por el recién llegado. Si era una persona muy mediocre, todos se extrañaban: «¡Qué singular que la princesa, que no quiere conocer a nadie, haga una excepción con un ser tan insignificante!» Pero estos conocimientos fecundantes eran raros, y la princesa vivía estrechamente confinada en el seno de los fieles.

Cottard decía mucho más a menudo: «Le veré el miércoles en casa de los Verdurin» que «Le veré el martes en la Academia». Hablaba por eso de los miércoles como de una ocupación igual de importante e ineluctable. Por otro lado, Cottard era una de esas personas poco solicitadas para las que aceptar una invitación se vuelve un deber tan imperioso como si constituyese una orden, como una citación militar o judicial. Tenía que ser requerido para una visita muy importante para que «soltase» los miércoles a los Verdurin, además de que esa importancia venía marcada más por la calidad del enfermo que por la gravedad de la enfermedad. Porque Cottard, aunque buena persona, renunciaba a las delicias de los miércoles no por la apoplejía de un obrero, sino por la coriza de un ministro. Y aun en este caso le decía a su mujer: «Discúlpame con Mme. Verdurin. Avísale que llegaré tarde. Esta Excelencia ya habría podido elegir otro día para acatarrarse». Un miércoles, su vieja cocinera se había cortado la vena del brazo, y Cottard, que ya se había puesto el smoking para ir a casa de los Verdurin, se encogió de hombros cuando su mujer le había preguntado tímidamente si no podría curar a la herida: «Pero si no puedo, Léontine, se había lamentado con un gemido; ya ves que me he puesto el chaleco blanco». Para no irritar a su marido, Mme.

Cottard había mandado a buscar a toda prisa al médico de guardia del hospital. Éste, para llegar cuanto antes, había cogido un coche, y al entrar el suyo en el patio en el momento en que el de Cottard iba a salir para llevarlo a casa de los Verdurin, se perdieron cinco minutos en maniobrar adelante y atrás. A Mme. Cottard la contrarió que el médico de guardia viese a su jefe en traje de noche. Cottard echaba pestes por el retraso, quizá de remordimientos, y partió de tan mal humor que, para conseguir disiparlo, se precisaron todos los placeres de los miércoles.

Si un cliente de Cottard le preguntaba: «¿Ve usted alguna vez a los Guermantes?», el profesor respondía con la mejor fe del mundo: «Precisamente a los Guermantes quizá no, no sé. Pero veo a toda esa gente en casa de amigos míos. Seguro que ha oído hablar usted de los Verdurin. Conocen a todo el mundo. Además, ellos por lo menos no son de esas gentes chic arruinadas. Son solventes. En líneas generales se calcula que Mme. Verdurin tiene treinta y cinco millones. Diablo, treinta y cinco millones es una buena cifra. No es de las que van con una mano delante y otra detrás. Me hablaba usted de la duquesa de Guermantes. Le diré la diferencia: Mme. Verdurin es una gran dama, la duquesa de Guermantes es probablemente una pelona. Capta usted bien el matiz, ¿verdad? En cualquier caso, vayan o no vayan los Guermantes a su casa, Mme. Verdurin recibe a gente mucho mejor, los d' Sherbatoff, los d'Forcheviile, y tutti qttanti, gente de lo más encopetado, toda la nobleza de Francia y de Navarra con la que usted podría verme hablar de igual a igual. Además, esa clase de individuos frecuenta encantada a los príncipes de la ciencia», añadía con una sonrisa de amor propio satisfecho, llevada a sus labios por la orgullosa satisfacción, no tanto de poder aplicarse ahora a sí mismo la expresión reservada tiempo atrás a los Potain, a los Chucot[352], cuanto de haber logrado finalmente emplear de forma apropiada todas aquellas que el uso autoriza y que, después de haberlas trabajado tanto tiempo, dominaba a fondo. Por eso, tras haberme citado a la princesa Sherbatoff entre las personas recibidas por Mme. Verdurin, Cottard añadía guiñando el ojo: «¿Ve usted la clase de casa, comprende lo que quiero decir?» Quería decir que era lo más chic. Pero recibir a

una dama rusa que sólo conocía a la gran duquesa Eudoxia era poco. Porque, aunque La princesa Sherbatoff no la hubiera conocido, no habría menguado la opinión que Cottard tenía sobre la suprema elegancia del salón Verdurin, ni su alegría por ser recibido en él. El esplendor con que nos parecen revestidas las personas que frecuentamos no es más intrínseco que el de esos personajes de teatro para cuyo vestuario es totalmente inútil que un director se gaste cientos de miles de francos comprando trajes de época y joyas auténticas que no producirán ningún efecto, cuando un gtan decorador dará una impresión de lujo mil veces más suntuosa proyectando un haz de luz ficticio sobre una casaca de tela basta sembrada de cuentas de cristal y sobre un manto de papel. Hay quien ha pasado su vida en medio de los grandes de la tierra, que para él no eran otra cosa que enojosos parientes o fastidiosos conocidos porque las costumbres contraídas desde Ja cuna los había despojado a sus ojos de cualquier prestigio. Pero, a cambio, basta que esos grandes se mezclen, por puro azar, con las personas más oscuras para que innumerables Cottard vivan deslumbrados por mujeres con título cuyo salón imaginaban ser el centro de las elegancias aristocráticas, y que no eran siquiera lo que eran Mme. de Viileparisis y sus amigas (grandes damas venidas a menos que la aristocracia, educada a su lado, había dejado de tratar); no, si de aquellas damas cuya amistad ha sido el orgullo de tantas gentes, éstas publicasen sus memorias y diesen en ellas los nombres de esas mujeres y los de aquellas a quienes recibían, nadie, ni Mme. de Cambremer ni Mme. de Guermantes, podría identificarlas. Pero ¡qué más da! De este modo, un Cottard tiene su baronesa o su marquesa, que para él es la «baronesa» o «la marquesa», como en Marivaux[353] la baronesa cuyo nombre no se dice nunca y de quien no se sabe siquiera que haya tenido nunca uno. Cottard está más convencido de que la aristocracia — que ignora a esa dama —se resume en ella cuanto más dudosos son los títulos, cuanto más espacio ocupan las coronas en la cristalería, en la vajilla de plata, en el papel de cartas, en los baúles. Múltiples Cottard, que han creído pasarse la vida en el corazón del faubourg Saint— Gcrmain, quizá han tenido la imaginación más

fascinada por sueños feudales que quienes vivieron efectivamente entre príncipes, de la misma manera que, para el pequeño comerciante que, a veces, va los domingos a visitar ¡os edificios de «los viejos tiempos», son en ocasiones aquellos en los que no hay una piedra que no sea del nuestro, y cuyas bóvedas han pintado en azul y tachonado con estrellas de oro los alumnos de Viollet-le-Duc, los que más sensación dan de Edad Media[354]. «La princesa estará en Maineville. Viajará con nosotros. Pero no le presentaré enseguida. Es preferible que sea Mme. Verdurin quien lo haga. A no ser que encuentre un pretexto. En tal caso, tenga por seguro que no lo dejaré escapar». —«¿De qué hablaba usted?», dijo Saniette que aparentó haber salido a tomar un poco de aire. «Citaba al señor, dijo Brichot, una frase que usted conoce bien del que a mi parecer es el primero de los "fin de siglo" (del siglo XVIII, se entiende), el llamado Charles-Maurice, abate de Périgord[355]. Había empezando prometiendo que seria un periodista buenísimo. Pero cogió un mal camino, quiero decir que se hizo ministro. La vida tiene estas desgracias. Político poco escrupuloso, además, que con desdenes de gran señor de raza no se recataba de trabajar de vez en cuando para el rey de Prusia, hay que decirlo, y murió en la piel de un cbéquard[356]>».

En Saint-Pierre-des-Ifs[357] subió una muchacha espléndida que, por desgracia, no formaba parte del pequeño grupo. No podía separar mis ojos de su carne de magnolia, de sus ojos negros, de la construcción admirable y alta de sus formas. Al cabo de un segundo quiso abrir una ventanilla porque en el compartimento hacía un poco de calor y, no queriendo pedir permiso a codo el mundo, como yo era el único que no llevaba abrigo, me dijo con una voz rápida, fresca y reidora; «No le resulta desagradable el aire, ¿verdad, señor?» Habría querido decirle: «Venga con nosotros a casa de los Verdurin», o: «Dígame su nombre y su dirección». Respondí: «No, el aire no me molesta, señorita». Y luego, sin moverse de su sitio. «El humo ¿no molesta a sus amigos?», y encendió un cigarrillo. En la tercera

estación se apeó de un salto. Al día siguiente le pregunté a Albertine quién podía ser. Porque creyendo estúpidamente que no se puede amar más que una sola cosa, celoso de la actitud de Albertine con Robert, me había quedado tranquilo respecto a las mujeres. Albertine me dijo, creo que con coda sinceridad, que no sabía. «¡Me gustaría tanto volver a encontrarla!», exclamé. «No se preocupe, siempre se vuelve a encontrar», respondió Albertine. En este caso particular se equivocaba: nunca he vuelto a encontrar ni he identificado a la hermosa muchacha del cigarrillo. Ya se verá, por otra parte, por qué razón tuve que dejar de buscarla durante mucho tiempo. Pero no la he olvidado. Pensando en ella, me ocurre a menudo que de mí se apoderan unas ganas locas. Pero estos retornos del deseo nos obligan a reflexionar que, si quisiésemos volver a encontrar a esas muchachas con el mismo placer, también tendríamos que volver a aquel año, al que luego han seguido otros diez en los que la muchacha se ha marchitado. A veces se puede encontrar de nuevo a una persona, pero no abolir el tiempo. Todo esto hasta el día imprevisto y triste como una noche de invierno en que ya no se busca más a esa muchacha, ni a ninguna otra, en que encontrar nos asustaría incluso. Porque sentimos que ya no tenemos suficientes atractivos para agradar, ni fuerza para amar. No porque seamos, desde luego, en el sentido propio del término, impotentes. Y en cuanto a amar, amaríamos más que nunca. Pero sentimos que es una empresa demasiado grande para las pocas fuerzas que nos quedan. El reposo eterno ha creado ya intervalos durante los que no se puede salir, ni hablar. Poner un pie en el escalón apropiado es una victoria lo mismo que no fallar el salto peligroso. ¡Ser visto en ese estado por una muchacha a la que amamos, incluso aunque aún tengamos el rostro y todo el pelo rubio de joven! Ya no se puede asumir la fatiga de llevar el paso de la juventud. ¡Y peor si el deseo carnal, en lugar de menguar, crece! Por él hacemos venir una mujer a la que no nos preocupamos de agradar, que no compartirá nuestro lecho más que una noche y a la que nunca volveremos a ver.

«Todavía debemos de estar sin noticias del violinista», dijo Cot—tard. El acontecimiento del día en el pequeño clan era, en efecto, la defección del violinista favorito de Mme. Verdurin. Éste, que hacía el

servicio militar cerca de Donciéres, acudía tres veces por semana a cenar a La Raspeliére, porque tenía el permiso de las doce de la noche. Pero la antevíspera, por primera vez, los fieles no habían conseguido descubrirle en el trenecito. Se había supuesto que lo había perdido. Pero por más que Mme. Verdurin hubiese enviado la carroza al tranvía siguiente, y luego al último, había regresado vacía. «Seguramente lo habrán arrestado, no hay otra explicación para su fuga. Demonio, ya se sabe, en el servicio militar, con esos muchachos, basta un brigada de mal genio». —«Será todavía más mortificante para Mme. Verdurin, dijo Brichot, si falta también esta noche, cuando nuestra amable anfi— triona recibe precisamente a cenar por primera vez a los vecinos que le han alquilado La Raspelihre, el marqués y la marquesa de Cambremer». —«Esta noche, ¡el marqués y la marquesa de Cambremer!, exclamó Cottard. Pero si yo no sabía absolutamente nada. Sabía, desde luego, como todos ustedes, que vendrían un día, pero no sabía que fuese tan inminente. Caramba, dijo volviéndose hacia mí, ¿qué le he dicho yo?: la princesa Sherbatoff, el marqués y la marquesa de Cambremer». Y después de haber repetido estos nombres arrullándose con su melodía: «Ya ve que empezamos bien, me dijo. No importa, para empezar ha dado usted en el blanco. Será una reunión excepcionalmente brillante». Y volviéndose hacia Brichot, añadió: «La Patrona debe de estar furiosa. Ya es hora de que vayamos a echarle una mano». Desde que estaba en La Raspellére, Mme. Verdurin fingía ante sus fieles que, de hecho, se veía en la obligación, y en la desesperación, de invitar una vez a los propietarios. Así conseguiría mejores condiciones para el año siguiente, decía ella, y sólo lo hacía por interés. Pero pretendía sentir tal terror, convertir en tal pesadilla una cena con gentes que no pertenecían al grupico, que siempre la iba aplazando. Si por un lado la asustaba algo por los motivos que proclamaba, aunque exagerándolos, por otro la encantaba por razones de esnobismo que prefería callar. Por lo tanto, sólo era sincera a medias; consideraba el pequeño clan una cosa tan única en el mundo, uno de esos conjuntos que exigen siglos para la constitución de otro semejante, que temblaba ante la idea de ver introducirse en él a unos provincianos

ignorantes de la Tetralogía y de los Maestros[358], que no habrían sabido interpretar su partitura en el concierto de la conversación general y eran capaces, acudiendo a casa de Mme. Verdurin, de destruir uno de los famosos miércoles, obras maestras incomparables y frágiles, semejantes a esos cristales de Venecia que una falsa nota basta para quebrar. «Además, deben de ser de lo más anti, y militaristas», había dicho M. Verdurin. «¡Ah!, si es por eso a mí me importa poco, hace demasiado tiempo que se habla de esa historia», había respondido Mme. Verdurin a quien, pese a ser sinceramente dreyfusista, le hubiera gustado encontrar en la preponderancia de su salón dreyfusista alguna recompensa mundana. Ahora bien, el dreyfu — sismo triunfaba políticamente, pero no mundanamente. Labori, Rei — nache, Picquart, y Zola[359] seguían siendo para las gentes de mundo una especie de traidores que no podían sino alejarlos del cogollito. Por eso, después de aquella incursión en política, Mme. Verdurin se empeñaba en volver al arte. Por otra parte, d' Indy, Debussy, ¿no estaban, en el caso, en el bando equivocado[360]? «Por lo que se refiere al caso, bastaría con ponerlos al lado de Brichot, dijo ella (el universitario era el único de los fieles que había tomado partido por el Estado Mayor, cosa que le había hecho bajar mucho en la estima de Mme. Verdurin). No estamos obligados a hablar eternamente del caso Dreyfus. No, la verdad es que los Cambremer me aburren». En cuanto a los fieles, tan excitados por el deseo inconfesado que tenían de conocer a los Cambremer, como víctimas del fingido fastidio que Mme. Verdurin declaraba sentir a recibirlos, repetían cada día hablando con ella los viles argumentos que ella misma aducía en favor de esa invitación, procurando volverlos irresistibles. «Decídase de una vez, repetía Cottard, y conseguirá ventajas para el alquiler, serán ellos los que paguen al jardinero y usted podrá disfrutar del prado. Todo eso bien vale aburrirse una noche. Únicamente lo digo por usted», añadía, aunque el corazón le había palpitado cierta vez que, en el coche de Mme. Verdurin, se había cruzado en el camino con el de la vieja Mme. Cambremer, y, sobre todo, fuera humillado por los empleados del ferrocarril cuando, en la estación, se encontraba al lado del marqués. En cuanto a los

Cambremer, demasiado alejados del movimiento mundano para sospechar siquiera que ciertas damas elegantes hablaban con alguna consideración de Mme. Verdurin, se la imaginaban como una persona que sólo podía conocer a bohemios, que acaso ni siquiera estaba legítimamente casada, y, en punto a gentes «de cuna», nunca vería sino a ellos. Si se habían resignado a cenar en su casa era sólo por estar en buenos términos con una inquilina con cuyo retorno esperaban poder contar más temporadas, sobre todo,desde que, el mes anterior, se habían enterado de que acababa de heredar un montón de millones. Y se preparaban para el día fatal en silencio y sin bromas de mal gusto. Los fieles ya no esperaban que viniesen nunca por las muchas veces que Mme. Verdurin había decidido delante de ellos la fecha para luego cambiarla siempre. Estas falsas resoluciones tenían por objeto, no sólo hacer ostentación del fastidio que le causaba aquella cena, sino de tener en jaque a los miembros del pequeño grupo que vivían en las inmediaciones y a veces sentían la tentación de abandonar. No es que la Patrona adivinase que el «gran día» les resultaba tan agradable como a ella, sino porque, habiéndoles convencido de que aquella cena era para ella el más terrible de los sacrificios, podía apelar a su abnegación: «¡No pueden dejarme sola cara a cara con esos chinos! Al contrario, tenemos que ser muchos para soportar el fastidio. Como es lógico, no podremos hablar de nada de lo que nos interesa. ¡Será un miércoles perdido, qué le vamos a hacer!»

«En efecto, respondió Brichot dirigiéndose a mí, creo que Mme. Verdurin, que es muy inteligente y aporta una gran coquetería a la preparación de sus miércoles, no tenía mucho interés en recibir a esos hidalgüelos de alto linaje pero de escaso espíritu. No ha podido decidirse a invitar a la vieja marquesa, pero se ha resignado al hijo y a la nuera». — «¡Ah!, ¿veremos a la marquesa de Cambremer?», dijo Cottard con una sonrisa en la que le pareció que debía poner un poco de picardía y de marivaudage[361] aunque ignoraba si Mme. de Cambremer era bonita o no, Pero el título de marquesa despertaba en él imágenes prestigiosas y galantes. «¡Ah!, yo la conozco», dijo Ski, que la había visto una vez que paseaba con Mme. Verdurin. «¿No la

conocerá en sentido bíblico?», dijo el doctor recurriendo a una de sus bromas favoritas y deslizando bajo sus lentes una mirada turbia. «Es inteligente, me dijo Ski. Naturalmente, prosiguió viendo que yo no le decía nada, y subrayando con una sonrisa cada palabra, es inteligente y no lo es, carece de instrucción, es frívola, pero tiene instinto para las cosas bellas. Se callará, pero nunca dirá una tontería. Además, tiene un color de cutis muy bonito. Sería un retrato divertido de pintar», añadió entrecerrando los ojos como si la viese posando delante de él. Como yo pensaba todo lo contrario de lo que Ski expresaba con tantos matices, me limité a decir que era hermana de un ingeniero muy distinguido, M. Legrandin. «Bueno, ya lo ve, será usted presentado a una mujer bonita, me dijo Brichot, y nunca se sabe lo que puede resultar de ahí. Cleopatra no era siquiera una gran dama, era la mujercita, la mujercita inconsciente y terrible de nuestro Meilhac[362], y ya ve las consecuencias, no sólo para ese pánfilo de Antonio, sino para el mundo antiguo». — «Ya he sido presentado a Mme. de Cambremer», respondí. — «¡Ah!, entonces se encontrará usted en territorio conocido». — «Me hará más feliz verla todavía, respondí, porque me había prometido un libro del antiguo párroco de Combray sobre los nombres de lugares de esta región[363], y voy a poder recordarle su promesa. Me interesa ese cura, y también las etimologías». —«No se fíe demasiado de las que sugiere, me advirtió Brichot; el libro, que estáen LaRaspeliére,yque me he entretenido en hojear, no me dice nada que merezca la pena; está lleno de errores. Le daré un ejemplo. El término bricq entra en la formación de una cantidad de nombres de lugares de nuestros alrededores. Al buen eclesiástico se le ha ocurrido ¡a idea bastante estrafalaria de que deriva de briga, altura, lugar fortificado[364]. Lo encuentra ya en las poblaciones célticas, latobrigos, nemetobrigos, etc., y lo sigue hasta en nombres como Briand, Brion, etc. Por volver a la comarca que tenemos el placer de atravesar en este momento con usted, Bricquebosc significaría el bosque de la altura, Bricqueville la casa de la altura, Brícquebec, donde nos detendremos dentro de un instante antes de llegar a Maineville, la altura junto al arroyo[365]. Pero no es eso en absoluto, por la sencilla razón de que bricq es la vieja palabra

normánica que designa, simplemente, un puente. Lo mismo quesear, que el protegido de Mme. de Cambremer se toma un trabajo infinito para relacionar unas veces con las palabras escandinavas floi, fio, otras con los términos irlandeses aey aer, es en cambio, sin la más mínima duda, el fiord de los daneses y significa puerto[366]. Del mismo modo, el excelente cura cree que la estación de Saint-Martin-le-Vétu, que linda con La Raspeliére, significa Saint-Martin-le-Vieux (vetusj. Cierto que la palabra vieuxha jugado un gran papel en la toponimia de esta región. Vieux deriva, generalmente, de vadum y significa vado, como en el lugar llamado Les Vieux[367]. Es lo que los ingleses llamaban Juné(Oxford, Hereford). Pero en este caso concreto, vieux deriva no de vetus, sino de vastatus, lugar devastado y desnudo. Cerca de aquí tenemos Sottevast, el vate de Serold, Brillevast, el vastde Berold. Estoy tanto más seguro del error del cura cuanto que Saint-Martin-le-Vieux[368] se llamó antaño Saint—Martin-du-Gasr e incluso Saint-Martin-de-Terregate. Pero la y y ¡agen estas palabras son la misma letra. Se dice dévaster pero también gAcher. JAcheres y ¡Atines (del alto alemán wastinna) tienen ese mismo sentido[369]. Por lo tanto, Terregate es térra vasta. En cuanto a Saint-Mars, un tiempo honni soi qui mal y pense[370]!) Saint-Merd, es Saint-Medardus, que es algunas veces Saint-Médard, Saint-Mard, Saint-Marc, Cinq— Mars, e incluso Dammas[371]. No hemos de olvidar por otra parte que, muy cerca de aquí, lugares que llevan ese mismo nombre de Mars, atestiguan simplemente un origen pagano (el dios Marte) que ha permanecido vivo en este país, aunque el buen hombre se niega a reconocerlo. Las alturas dedicadas a los dioses son, en particular, muy abundantes, como la montaña de Júpiter (Jeumont[372]). Su párroco no quiere ver nada de todo esto, y, en cambio, allí donde el cristianismo ha dejado huellas, éstas se le escapan. Ha llegado en su viaje hasta Loctudy, nombre bárbaro, dice él, cuando se trata de Lotus sancti Tudeni[373], y tampoco ha conseguido adivinar en Sammarcoles Sanctus Martialis[374]. Su párroco, continuó Brichot al ver que me interesaba, hace derivar las palabras en hon, homo, holm, del término holl (jullus), colina, cuando en realidad procede del normánico holm, isla, que usted conoce perfectamente por Estocolmo, y que tan

difundido está en roda esta región: Houlme, Engohomme, Tahoume, Robehomme, Néhomme, Quettehou[375], etc.» Estos nombres me hicieron pensar en el día que Albertine había querido ir a Amfreville-la-Bigot (del nombre de dos de sus sucesivos señores, me dijo Brichot[376]), proponiéndome luego cenar juntos en Robehomme. En cuanto a Montmartin, íbamos a pasar por allí dentro de un momento. «Néhomme, pregunté, ¿no está cerca de Carquethuit y de Clitourps?» —«Claro, Néhomme es el holm, la isla o península del famoso vizconde Nigel, cuyo nombre también ha quedado en Néville. Carquethuit y Clitourps, de los que usted me habla, son para el protegido de Mme. de Cambremer ocasión de nuevos errores. Ha visto bien, sin duda, que carque es una iglesia, la kirche de los alemanes[377]. Usted conoce Querqueville, y no hablemos de Dunkerque. Porque entonces sería mejor detenernos en esa famosa palabra de dun que para los celtas significaba una elevación. Y eso lo encontrará en toda Francia. Su abad se quedó hipnotizado ante Duneville[378]. Pero en Eure-et— Loire habría encontrado Châteaudun, Dun-le-Roi en el Cher, Duneau en el Sarthe, Dun en el Ariége, Dune-les-Places en el Niévre, etc., etc. Este dun le hace cometer un curioso error en lo que se refiere a Douvi— lle, donde nos apearemos y donde nos esperan los confortables carruajes de Mme. Verdurin. Douville, en latín donvilla, dice él. Y de hecho Douville está al pie de grandes alturas. Su párroco, que lo sabe todo, intuye sin embargo que ha metido la pata. En efecto, ha leído Domvilia en un viejo registro eclesiástico; entonces se retracta; Douville, según él, es un feudo del abad, domino ahbati, del monte Saint— Michel. Y se entusiasma, cosa bastante curiosa cuando se piensa en la vida escandalosa que desde el capitular de Saint-Clair-sur-Epte[379] se llevaba en el monte Saint-Michel, pero no sería más extraordinario que ver al rey de Dinamarca señor de coda esa costa, donde hacía celebrar el culto de Odín mucho más que el de Cristo. Por otra parte, la suposición de que la n se ha cambiado en u no me sorprende e implica una alteración menor que el correctísimo Lyon, que también viene de dun (Lugdunum[380]). Pero, en fin, el abad se equivoca. Douville nunca ha sido Donville, sino Doville, Eudonis Villa, la villa

de Eudes. Douville se llamaba antiguamente Escalecliff, la escalera de la cuesta. Hacia 1233, Eudes le Bouteiller[381], señor de Escalecliff, partió para Tierra Santa; en el momento de partir hizo donación de la iglesia a la abadía de Blanchelande[382]. Amor con amor se paga: el pueblo tomó su nombre, de donde el actual Douville. Pero debo añadir que la toponimia, en la que, por otra parte, soy muy ignaro, no es una ciencia exacta; si no tuviésemos ese testimonio histórico, Douville podría derivar perfectamente de Ouville, es decir: Les Eaux[383]. Las formas en al (Aígues-Mor— tes), de agua, se cambian muchas veces en eu, en ou. Y muy cerca de Douville había unas aguas famosas, Carquebut. Puede imaginarse la alegría del párroco al encontrar ahí alguna huella cristiana, aunque, al parecer, resultó bastante difícil evangelizar esta región dado que fue necesario que lo intentasen, uno tras otro, san Ursai, san Gofroi, san Barsanore, san Lorenzo de Brévedent, quien finalmente pasó la carea a los monjes de Baubec[384],. Pero con mítel autor se equivoca, ve ahí una forma de tofi, casucha, como en Criquetot, Ectot, Yvetot, cuando en realidad se trata de thveit terreno desbrozado, roturación, como en Braquetuit, el Thuit, Regnetuit[385], etc. Del mismo modo, aunque reconoce en Clitourps el thorp normando, que quiere decir pueblo, pretende que la primera parte del nombre deriva de clivus, pendiente, cuando procede de cliff roca[386]. Pero sus meteduras de pata más graves proceden menos de su ignorancia que de sus prejuicios. Por buen francés que uno sea, ¿hay que negar la evidencia y tomar Saint-Laurent-en— Bray por el conocidísimo sacerdote romano, cuando se trata de san Lawrence O'Toole, arzobispo de Dublin[387]? Pero, más que el sentimiento patriótico, es el prejuicio religioso de su amigo el que le hace cometer groseros errores. Por ejemplo, no lejos de la casa de nuestros anfitriones de La Raspeliére, tenemos dos Montmartin, Monrmartin— sur-Mer y Mont-Martin-en-Graignes. En cuanto a Graignes, el buen párroco no comete ningún error, ha visto perfectamente que Graignes, en latín grania, en griego krené, significa estanques, ciénagas; ¿cuántos Cresmays, Croen, Gremeville, Lengronne no podríamos citar[388]? Pero en el caso de Montmartin sil presunto lingüista quiere a toda costa que se trate de parroquias

dedicadas a san Martín. Argumenta para ello que el santo es su patrón, pero no se da cuenta de que sólo posteriormente fue tomado por ral; o más bien se ha dejado cegar por su odio al paganismo; no quiere ver que, si se hubiese tratado de san Martín se habría dicho Mont-Saint-Martin como se dice Mont-Saint-Michel, cuando de hecho el nombre de Montmartin se aplica, de modo basante más pagano, a templos consagrados al dios Marte, templos de los que ya no poseemos, es cierto, otros vestigios, pero que la presencia incontestable en los alrededores de vastos campamentos romanos haría mucho más verosímiles aun sin el nombre de Montmartin, que zanja cualquier duda[389]. Como puede ver, el librito que va a encontrar en La Raspeliére no es de los mejor hechos». Objeté que en Combray el párroco nos había señalado muchas veces etimologías interesantes. «Probablemente dominaba mejor su terreno, el viaje a Normandía lo habrá desorientado». — «Y no lo habrá curado, añadí, porque llegó neurasténico y se marchó reumático». —«¡Ah!, es culpa de la neurastenia. Ha caído de la neurastenia en la filología, como hubiera dicho mi buen maestro Poquelin[390]. Dígame, Cottard, ¿cree usted que la neurastenia pueda tener una influencia negativa sobre la filología, la filología una influencia clamante sobre la neurastenia y la curación de la neurastenia conducir al reumatismo?» —«Sin la menor duda; el reumatismo y la neurastenia son dos formas vicariantes del neuroartritismo. Se puede pasar de la una a la otra por metástasis». —«¡El eminente profesor, dijo Brichot, se expresa. Dios me perdone, en un francés tan trufado de latín y de griego como hubiera podido hacerlo el propio M. Purgón, de molieresca memoria! A mí, mi tío, quiero decir nuestro Sarcey nacional[391]…» Pero no pudo terminar su frase. El profesor acababa de sobresaltarse y de lanzar un chillido: «Diablo de…, exclamó volviendo por fin al lenguaje articulado, hemos pasado Maineville (¡ja, ja!) y hasta Reneville[392]», Acababa de ver que el tren se detenía en Saint-Mars— le-Vieux donde se apeaban casi todos los viajeros. «Sin embargo, no es posible que se hayan saltado la parada. No nos habremos dado cuenta, mientras hablábamos de los Cambremer». —«Escúcheme, Ski, atienda, voy a decirle "una buena cosa", dijo Cottard, que le había tomado gusto a

esta expresión usada en ciertos ambientes médicos. La princesa debe de estar en el tren, no nos habrá visto y habrá subido a otro compartimento. Vamos a buscarla. ¡Con tal de que todo esto no se convierta en un cisco!» Y nos llevó a todos a la busca de la princesa Sherbatoff. La encontró en el fondo de un vagón vacío, leyendo la Revue lies Deux Mondes. Había tomado desde hacía muchos años, por miedo a los desaires, la costumbre de estarse en su sitio, de quedarse en su rincón, lo mismo en la vida que en el tren, y de esperar, para dar la mano, a que la saludasen. Siguió leyendo cuando los fieles entraron en su vagón. La reconocí en el acto; aquella mujer, que podía haber perdido su posición social pero no por ello dejaba de ser de alto linaje, que en cualquier caso era la perla de un salón como el de los Verdurin, era la dama en quien dos días antes, en el mismo tren, yo había creído adivinar la patrona de una casa de citas. Su personalidad social, tan incierta, se me aclaró en cuanto supe su nombre, como cuando, después de haberle dado muchas vueltas a una adivinanza, finalmente descubrimos la palabra que vuelve claro todo lo que nos había quedado oscuro y que, en el caso de las personas, es el nombre. Saber dos días más tarde que ella era la persona a cuyo lado se ha viajado en el tren sin conseguir descifrar su rango social es una sorpresa mucho más divertida que leer en la reciente entrega de una revista la clave del enigma propuesto en la entrega anterior. Los grandes restaurantes, los Casinos, los «Tortuosos» son para las familias el museo de esos enigmas sociales. «¡Princesa, no hemos conseguido verla en Maineville! ¿Permite que nos sentemos en su compartimento?» —«No faltaba más», dijo la princesa, que sólo cuando oyó a Cottard dirigirle la palabra levantó de la revista unos ojos que, como los de M. de Charius, pero más dulces, veían muy bien a las personas de cuya presencia aparentaba no darse cuenta, Cottard, pensando que el hecho de estar invitado en casa de los Cambremer era para mí recomendación suficiente, tomó, al cabo de un momento, la decisión de presentarme a la princesa, que se inclinó con mucha cortesía, pero que dio la impresión de oír mi nombre por primera vez. «¡Maldita sea!, exclamó el doctor, mi mujer se ha olvidado de mandar que cambiasen los botones de mi chaleco blanco. ¡Ah!, las mujeres, no piensan en nada. No se case usted

nunca, hágame caso», me dijo, Y como era una de las bromas que consideraba oportunas cuando nadie tenía nada que decir, miró con el rabillo del ojo a la princesa y al resto de los fieles, que, por ser profesor y académico, sonrieron admirando su buen humor y su falta de altanería. La princesa nos informó que el joven violinista había sido encontrado. La víspera había guardado cama debido a una jaqueca, pero iría aquella noche llevando a un viejo amigo de su padre al que había encontrado en Donciéres. Ella lo había sabido por Mme. Verdurin, con quien había almorzado aquella mañana, nos dijo con una voz rápida en la que la erre arrastrada del acento ruso era dulcemente mascullada en el fondo de la garganta, como si fueran no erres sino eles. «¡Ah!, ha almorzado usted esta mañana con ella, dijo Cottard a la princesa; pero mirándome a mi porque esas palabras tenían por objeto mostrarme la gran intimidad de la princesa con Ja Patrona. ¡Usted sí que es una fiel!» —«Sí, me gusta este pequeño cíl— culo inteligente, agladable, nada malvado, muy sencillo, nada esnob y donde todos tienen ingenio hasta en la punta de las uñas». — «Maldita sea, he debido de perder mi billete, no lo encuentro», exclamó Cottard, aunque sin preocuparse demasiado. Sabía que en Douvjlle, donde dos landos estarían esperándonos, el empleado le dejaría pasar sin billete, tributándole una reverencia más profunda para dar así la explicación de su indulgencia, a saber, que había reconocido en Cottard a un habitué de los Verdurin. «No me meterán en la sala de la policía por esto», concluyó el doctor. «Decía usted, señor, le pregunté a Brichot, que cerca de aquí había unas aguas famosas; ¿cómo se sabe?» —«El nombre de la estación siguiente lo atestigua entre muchos otros testimonios. Se llama Fervaches». — «No complendo lo que quiele decil», masculló la princesa en el mismo tono en que, por cortesía, habría podido decirme: «Qué aburrido, ¿verdad?» «Pues que Fervaches, princesa, quiere decir aguas calientes, férvida[393]. Pero, a propósito del joven violinista, continuó Brichot, se me olvidaba, Cottard, hablarle de la gran noticia. ¿Sabía usted que nuestro pobre amigo Dechambre, el antiguo pianista favorito de Mme. Verdurin, acaba de morir? Es horrible». — «Era todavía joven, respondió Cottard; pero debía de tener algo de hígado, debía de tener

algo podrido por esa parte, desde hacía un tiempo daba pena mirarle». —«Pero no era tan joven, dijo Brichot; en la época en que Elstir y Swann iban a casa de Mme. Verdurin, Dechambre era ya una celebridad parisina, y, cosa admirable, sin haber recibido en el extranjero el bautismo del éxito. ¡Ah, él sí que no era un adepto del Evangelio según san Barnum[394]!» —«Se confunde usted, no es posible que en esa época fuese a casa de Mme. Verdurin, todavía estaba en panales». — «Pues, a no ser que mi vieja memoria me engañe, yo creía que Dechambre tocaba la sonata de Vinteuil para Swann cuando este amigo de los clubs, renegado de la aristocracia, no sospechaba siquiera que un día llegaría a ser el aburguesado príncipe consorte de nuestra Odette nacional». — «Es imposible, la sonara de Vinteuil se tocó en casa de Mme. Verdurin mucho tiempo después de que Swann hubiese dejado de ir», dijo el doctor que, como todas las personas que trabajan mucho y se creen en la obligación de recordar muchas cosas que suponen útiles, olvidan otras muchas, lo que les permite extasiarse ante la memoria de quienes no tienen nada que hacer. «Hace usted un flaco favor a sus conocimientos, y eso que no se ha reblandecido», dijo con una sonrisa el doctor. Brichot admitió su error. El tren se detuvo. Era La Sogne. Este nombre me intrigaba. «Cómo me gustaría saber qué quieren decir todos estos nombres», le dije a Cottard. «Pues pregúntele a M. Brichot, quizá lo sepa». —«Pues La Sogne es La Cicogne, Siconia[395]», respondió Brichot, a quien yo no veía la hora de interrogar sobre muchos otros nombres.

Olvidando que debía quedarse en su «rincón», Mme. Sherbatoff me ofreció amablemente cambiar de sirio conmigo para que yo pudiese conversar mejor con Brichot, a quien quería preguntar otras etimologías que me interesaban, y me aseguró que le era indiferente viajar delante, detrás, de pie, etc. Permanecía a la defensiva mientras ignoraba las intenciones de los recién llegados, pero en cuanto las había reconocido como amables, trataba por todos los medios de complacer a todo el mundo. Por fin el tren se detuvo en la estación de Douville-Féterne, que, situada poco más o menos a la misma distancia del pueblo de Féterne y del de Douville, llevaba debido a esa

particularidad ambos nombres. «¡Canastos!, exclamó el doctor Cottard cuando llegamos a la barrera donde se recogían los billetes y fingiendo no haberse dado cuenta hasta ese momento, no consigo encontrar mi ticket, he debido perderlo». Pero el empleado, quitándose la gorra, aseguró que no tenía importancia y sonrió respetuosamente. La princesa (que daba instrucciones al cochero como hubiese hecho una especie de dama de honor de Mme. Verdurin, quien, por causa de los Cambremer, no había podido acudir a la estación, cosa que, por otra parte, rara vez hacía) me llevó consigo, así como a Brichot, en uno de los carruajes. En el otro subieron el doctor, San ierre y Ski.

El cochero, aunque muy joven, era el primer cochero de los Verdurin, el único que tenía realmente el título de cochero; era él quien la llevaba, por el día, a dar todos sus paseos, porque conocía codos los caminos, y por la noche iba a buscar, y luego a dejar, a los fieles. En caso necesario solían acompañarle ayudantes (elegidos por él). Era un excelente muchacho, sobrio y capaz, pero con una de esas caras melancólicas en las que la mirada, demasiado fija, indica una predisposición a quemarse la sangre por cualquier nadería, incluso a la ideas negras. Pero en ese momento estaba muy feliz porque había conseguido colocar a su hermano, también excelente persona, en casa de los Verdurin. Primero atravesamos Douville. Unos cerros de hierba descendían hasta el mar en amplias dehesas a las que la saturación de la humedad y de la sal daba un espesor, una suavidad, una vivacidad de tonos extremados. Los islotes y las quebraduras de Rivebelle, mucho más cercanos aquí que en Balbec, daban a aquella parte del mar el aspecto, nuevo para mí, de un plano en relieve. Pasamos por delante de pequeños chalés, alquilados casi todos por pintores; cogimos un sendero donde unas vacas en libertad, tan asustadas como nuestros caballos, nos cerraron diez minutos el paso, y nos metimos por la ruta de la cornisa. «Pero, por los dioses inmortales, exclamó de pronto Brichot, volvamos a ese pobre Dechambre; ¿creen ustedes que Mme. Verdurin sabe? ¿Que se lo han dicho?» Mme. Verdurin, como casi todas las personas de la alta sociedad, precisamente porque necesitaba la compañía de los otros, no volvía a pensar un solo día en ellos una vez que, muertos, ya no podían ir a sus miércoles, ni a los

sábados, ni a cenar en familia. Y no podía decirse del pequeño clan, imagen en esto de todos los salones, que estuviese compuesto por más muertos que vivos, dado que, desde el momento en que uno estaba muerto, era como si nunca hubiese existido. Pero para evitar la lata de tener que hablar de los difuntos, e incluso suspender las cenas, algo imposible para la Patrona, por algún duelo, M. Verdurin fingía que la muerte de los fieles afectaba tantísimo a su mujer que, en interés de su salud, no había que hablar de ello. En cambio, y quizá precisamente porque la muerte de los otros le parecía un accidente tan definitivo y tan vulgar, la idea de la suya propia la horrorizaba y evitaba cualquier reflexión que pudiese referirse a ella. En cuanto a Brichot, como era muy buena persona y se tragaba todo lo que M. Verdurin decía de su mujer, temía por su amiga las emociones de semejante dolor. «Sí, sabe toda desde esta mañana, dijo la princesa, no han podido ocultárselo». — «¡Ah, por los mil rayos de Zeus!, exclamó Brichot, ¡ah!, ha debido de ser un golpe terrible, ¡un amigo de veinticinco años! Ése sí que era de los nuestros». — «Evidentemente, evidentemente, ¿qué quiere usted?, dijo Cottard[396]. Son circunstancias siempre penosas; pero Mme. Verdurin es una mujer fuerte, es una cerebral más aún que una emotiva». — «No comparto del todo la opinión del doctor, dijo la princesa, a quien decididamente su hablar rápido, su acento de murmullo, daban una expresión a la vez enojada y traviesa. Bajo una apariencia fría, Mme. Verdurin esconde tesoros de sensibilidad. El señor Verdurin me ha dicho que le había costado mucho impedirle ir a París para la ceremonia; se ha visto obligado a hacerle creer que todo se haría en el campo». —«¡Ah, diablos, quería ir a París! De sobra sé que es una mujer de corazón, quizá de demasiado corazón. ¡Pobre Dechambre! Como decía Mme. Verdurin no hace ni dos meses; "A su lado, Planté[397], Panderewski[398], el mismo Risler[399], no valen nada". ¡Ah!, él sí que habría podido decir, con más motivo que ese exhibicionista de Nerón, que se las arregló para burlarse incluso de la ciencia alemana misma: Qualis artifex pereo[400]! Dechambre, por lo menos, ha debido de morir en el ejercicio del sacerdocio, en olor de devoción beethoveniana; y valientemente, no tengo ninguna duda; en

buena justicia, ese oficiante de la música alemana habría merecido morir celebrando la Misa en re^i. Pero en fin de cuentas era un hombre capaz de recibir a la Pelona[401] con un trino, porque este ejecutante de genio a veces encontraba, en su ascendencia de champañés parisienizado, chulerías y elegancias de vieja guardia francesa».

[402]

Desde la altura en que ahora estábamos, el mar ya no parecía semejante, como desde Balbec, a las ondulaciones de cadenas montañosas, sino al contrario, como se muestra desde un pico, o desde una carretera que bordea la montaña, un glaciar azulado o una llanura deslumbrante, situados a menor altitud. Allí, el recorte de los remolinos parecía inmovilizado, como si hubiesen dibujado para siempre sus círculos concéntricos; el esmalte mismo del mar, que cambiaba insensiblemente de color, tomaba hacia el fondo de la bahía, donde se abría un estuario, la blancura azul de una leche en la que unas pequeñas barcas negras e inmóviles parecían pegadas como moscas. No me parecía que desde ningún otro lugar se pudiese descubrir un cuadro tan vasto. Pero en cada revuelta se le añadía una parte nueva y, cuando llegamos al fielato de Douville, el espolón del acantilado que hasta entonces nos había escondido una mitad de la bahía se retrajo, y de golpe vi a mi izquierda un golfo tan profundo como el que hasta entonces había tenido delante de mí, pero de proporciones distintas y duplicada belleza. En aquel punto tan elevado, el aire se volvía de una vivacidad y una pureza que me embriagaban. Apreciaba a los Verdurin; habernos mandado un coche me parecía de una bondad conmovedora. Me habría gustado besar a la princesa Le dije que nunca había visto nada tan hermoso. Ella también declaró que amaba aquella comarca más que cualquier otra. Pero yo sentía que para ella, como para los Verdurin, lo que contaba era, no contemplarlo como turistas, sino hacer allí buenas comilonas, recibir a personas que les agradaban, escribir cartas, leer, en suma, vivir en ella, dejando pasivamente que su belleza los bañase en vez de convertirla en objeto de su interés.

Desde el fielato, donde el carruaje se detuvo un instante, a tal altura sobre el nivel del mar que, como desde una cima, la vista del abismo azulado casi daba vértigo, abrí la ventanilla; el rumor claramente percibido de cada ola que rompía tenía en su nítida dulzura algo de sublime. ¿No era una especie de índice de medición que, trastocando nuestras impresiones habituales, nos muestra que las distancias verticales pueden asimilarse a las distancias horizontales, contrariamente a la representación que suele hacerse de ellas nuestra mente; y que, acercándonos así el cielo, no son grandes, que son todavía menos grandes para un rumor que, como hacía el de aquellas pequeñas olas, las franquea porque es más puro el medio que debe atravesar? Y en efecto, bastaba retroceder dos metros apenas detrás del fielato para dejar de distinguir aquel rumor de olas al que doscientos metros de acantilado no habían despojado de su delicada, minuciosa y dulce precisión. Me decía que mi abuela habría sentido por ese rumor la misma admiración que le inspiraban todas las manifestaciones de la naturaleza o del arte en cuya sencillez se lee la grandeza. Mi exaltación llegaba a su colmo y hacía elevarse todo lo que me rodeaba. Me había enternecido que los Verdurin hubiesen enviado a por nosotros a la estación. Se lo dije a la princesa, a quien le pareció que yo exageraba mucho una cortesía tan simple. Sé que más tarde confesó a Cottard que me encontraba muy entusiasta; él le contestó que yo era demasiado emotivo y que habría necesitado calmantes y hacer punto. Hacía yo que la princesa se fijase en cada árbol, en cada casita desmoronándose bajo sus rosas, le hacía admirar todo, habría querido estrecharla a ella misma contra mi corazón. Dijo que me veía dotado para la pintura, que debería dibujar, que le sorprendía que nadie me lo hubiese dicho todavía. Y confesó que, en efecto, aquellos lugares eran pintorescos. Cruzamos, encaramado en lo alto, el pueblecito de Englesqueville (Engleberti Villa, nos dijo Brichot). «Pero ¿está usted completamente segura, princesa, de que tendremos cena esta noche a pesar de la muerte de Dechambre?», añadió sin pensar que Ja presencia en la estación de los carruajes en que nos encontrábamos ya era una respuesta. «Sí, dijo la princesa, M. Veldulin se ha empeñado en que no se aplace, precisamente para evitar que su mujer "piense". Y además, después de tantos años en

que nunca ha dejado de recibir un miércoles, ese cambio en sus costumbres habría podido impresionarla. Está muy nelviosa esta temporada. El señor Verdurin estaba particularmente contento de que viniesen ustedes a la cena de esta noche porque sabía que sería una gran distracción para Mme. Verdurin», dijo la princesa olvidando que había fingido no haber oído hablar de mí. «Creo que harán bien en no hablar de nada delante ríeMme. Verdurin», añadió la princesa. «¡Ah!, hace usted muy bien en decírmelo, respondió ingenuamente Brichot. Transmitiré la recomendación a Cottard». El coche se detuvo un momento. Reanudó la marcha, pero el ruido que hacían las ruedas en el pueblo había cesado. Habíamos entrado en la alameda de honor de La Raspeliére, donde M. Verdurin nos esperaba en la escalinata. «He hecho bien en ponerme un smoking», dijo, constatando satisfecho que los fieles llevaban el suyo, dado que tengo invitados tan chict;. Y cuando yo me disculpaba por mi chaqueta: «Pero qué dice, está estupendamente. Aquí son cenas entre amigos. Podría ofrecerle uno de mis smokings, pero no le iría». El shake-hand[403] lleno de emoción que, al entrar en el vestíbulo de La Raspeliére, y a manera de pésame por la muerte del pianista, dio Brichot al Patrón, no provocó de parte de éste el menor comentario. Yo le hablé de mi admiración por aquella comarca. «¡Ah!, magnífico, y eso que no ha visto nada, nosotros se lo enseñaremos. ¿Por qué no viene a pasar aquí unas semanas? El aire es excelente». Brichot temía que su apretón de manos no hubiera sido comprendido. «¡Bueno, ese pobre Dechambre!», dijo, pero a media voz, temiendo que Mme. Verdurin no anduviese lejos. «Es horrible», respondió alegremente M. Verdurin. «Tan joven», insistió Brichot. Molesto ante aquellos argumentos inútiles que le hacían perder el tiempo, M. Verdurin replicó en tono apresurado y con un gemido sobreagudo, no de pena, sino de impaciencia irritada: «Bueno, sí, qu¿quiere, no podemos hacer nada, no serán nuestras palabras las que lo resuciten, ¿no le parece?» Y recobrando la dulzura junto con la jovialidad: «Vamos, mi querido Brichot, deje enseguida sus cosas. Tenemos una bullabesa que no espera. Y, sobre todo, en nombre del cielo, ¡no se le ocurra hablar de Dechambre a Mme. Verdurin! Ya sabe usted lo mucho que oculta los

sentimientos que tiene, pero su sensibilidad está realmente enferma. Sí, sí, se lo juro, cuando se ha enterado de que Dechambre había muerto, casi lloraba», dijo M. Verdurin con un tono de profunda ironía. Oyéndole se hubiera dicho que se necesitaba una especie de demencia para deplorar la pérdida de un amigo de hacía treinta años, y por otra parte se adivinaba que la unión perpetua con su mujer no impedía a M. Verdurin juzgarla en todo momento y a menudo sentir irritación. «Si le habla de eso, volverá a ponerse mala. Sería deplorable, a tres semanas de su bronquitis. En estos casos, me toca a mí hacer de enfermero. Entiéndame, acabo de dejar de serlo. Duélase todo lo que quiera del destino de Dechambre en su corazón. Piense en él, pero no diga nada. Yo apreciaba mucho a Dechambre, pero no puede usted condenarme por querer todavía más a mi mujer. Mire, ahí llega Cottard, puede ir a preguntarle». Y, en efecto, sabia que un médico de familia sabe prestar muchos pequeños favores, como prescribir, por ejemplo, que deben evitarse todos los disgustos.

Cottard, dócil, le había dicho a la Patrona: «Altérese usted así y mañana me hará treinta y nueve de fiebre», lo mismo que hubiera dicho a la cocinera: «Mañana me hará mollejas». A falta de curar, la medicina se preocupa por cambiar el sentido de los verbos y de los pronombres.

El señor Verdurin se sintió feliz al comprobar que Saniette, pese a los desaires que había sufrido dos días antes, no había desertado del cogolliro. En efecto, Mme. Verdurin y su marido habían contraído en la ociosidad instintos crueles a los que las grandes ocasiones, demasiado raras, ya no bastaban. Habían conseguido que Odetre riñese con Swann, Brichot con su amante. Volverían a hacerlo con otros, por supuesto. Pero no todos los días se presentaba la ocasión. Mientras tanto, gracias a su sensibilidad trémula, a su timidez pusilánime e inclinada al pánico, Saniette les ofrecía un entretenimiento cotidiano. Por eso, por miedo a que desertase, se apresuraron a invitarlo con palabras amables y persuasivas como hacen en el liceo los veteranos, en el cuartel los antiguos con un novato al que quieren engatusar para poder hacerse con él, con el solo fin entonces de provocarle y gastarle malas pasadas cuando ya no pueda escaparse. «Sobre todo, le recordó a Brichot Cottard que no

había oído a M. Verdurin, punto en boca delante de Mme, Verdurin». — «No rema, ¡oh Cottard!, está usted ante un sabio, como dice Teócrito[404]. Además, M. Verdurin tiene razón, ¿de qué sirven nuestros lamentos?», añadió, porque, capaz de asimilar las formas verbales y las ideas que le aporraban, pero falto de sutileza, había admirado en las palabras de M. Verdurin el más valeroso estoicismo. «De todos modos, es un gran talento que desaparece». — «¿Pero todavía están hablando de Dechambre?, dijo Verdurin que se nos había adelantado y que, viendo que no fe seguíamos, había vuelto sobre sus pasos. Escuche, le dijo a Brichot, no hay que exagerar nunca. Que se haya muerto no es una razón para convertirle en el genio que no eta. Tocaba bien, de acuerdo, pero sobre todo había encontrado entre nosotros su ambiente; trasplantado, dejaba de existir. Mi mujer se había entusiasmado con él y había labrado su fama. Ya saben cómo es ella. Diré más incluso, en interés mismo de su reputación ha muerto en el momento oportuno, en su punto, como espero que estén las damiselas de Caen, asadas con arreglo a las recetas incomparables de Pampille[405] (siempre que no hayan decidido ustedes eternizarse con sus jeremiadas en esta casba abierta a todos los vientos). De cualquier modo, no querrá usted hacernos reventar a todos porque Dechambre ha muerto, además de que, desde hacía un año, tenía que practicar escalas antes de dar un concierto para recuperar momentáneamente, muy momentáneamente, su agilidad. Por otra parte, esta noche van ustedes a oír, o al menos a conocer, porque el muy bribón suele dejar con demasiada frecuencia el arte por las carras después de cenar, a alguien que es un artista de un nivel muy distinto que Dechambre, un jovencito que mi mujer ha descubierto (como había descubierto a Dechambre, y a Panderewski y a los otros): Morel. El tipo todavía no ha llegado. Me veré obligado a enviar un coche al último tren. Viene con un viejo amigo de su familia con el que se ha encontrado y que le aburre a muerte, pero, de no traerlo, se vería obligado, para no tener líos con su padre, a quedarse en Donciéres haciéndole compañía: el barón de Charlus». Los fieles entraron. El señor Verdurin, que se había quedado atrás conmigo mientras me quitaba mis cosas, me cogió del brazo bromeando, como

hace en una cena un anfitrión que no tiene invitada que daros para acompañarla a la mesa. «¿Ha tenido buen viaje?» —«Sí, M. Brichot me ha enseñado cosas que me han interesado mucho», contesté pensando en las etimologías y porque había oído decir que los Verdurin admiraban mucho a Brichot. «Me habría sorprendido que no le hubiera enseñado nada, me dijo M. Verdurin, es un hombre tan reservado, habla tan poco de las cosas que sabe». El cumplido no me pareció muy oportuno. «Parece un hombre fascinante», dije yo. «Exquisito, delicioso, nada pedante, caprichoso, frívolo, mi mujer le adora, ¡yo también!», respondió M. Verdurin en un tono exagerado y como si recitase una lección. Sólo entonces comprendí que lo que me había dicho de Brichot era irónico. Y me pregunté si, desde los lejanos tiempos en que yo había oído hablar de él, no se había sacudido M. Verdurin la tutela de su mujer.

Al escultor le extrañó mucho saber que los Verdurin consentían en recibir a M. de Charlus. Mientras que en el fatibourg Saint-Germain, donde M. de Charlus era tan conocido, nunca se hablaba de sus costumbres (ignoradas de la mayoría, objeto de duda para otros, dispuestos a creer más bien en amistades exaltadas pero platónicas, en imprudencias, y cuidadosamente disimuladas, en última instancia, por los pocos que estaban al corriente y que se encogían de hombros cuando alguna malévola Gallardon aventuraba una insinuación), esas costumbres, apenas conocidas por unos pocos íntimos, eran en cambio criticadas diariamente lejos del medio en que el barón vivía, como ciertos disparos de cañón que sólo se oyen después de la interferencia de una zona silenciosa. Por otra parte, en aquellos ambientes de burgueses y artistas donde pasaba por ser la encarnación misma de la inversión, su grandísima posición mundana y su alta estirpe eran totalmente ignoradas debido a un fenómeno análogo al que hace que, entre el pueblo rumano, el nombre de Ronsard sea conocido como el de un gran señor, mientras su obra poética es desconocida[406]. Es más, en Rumania la nobleza de Ronsard se funda en un error. De igual modo, si en el mundo de los pintores, de la gente de teatro, M. de Charlus tenía tan mala reputación era porque se le confundía con cierto conde Leblois de Charlus con el que ni

siquiera tenía el menor parentesco, o todo lo más alguno muy lejano, y que había sido detenido, probablemente por error, en una redada muy famosa de la policía. En resumidas cuentas, todas las historias que se contaban sobre M. de Charlus se le aplicaban en falso. Muchos profesionales juraban haber tenido relaciones con M. de Charlus y lo hacían de buena fe, creyendo que el falso Charlus era el verdadero, favoreciendo ral vez el falso, a medias por ostentación, a medias por disimular el vicio, una confusión que para el verdadero (el barón que nosotros conocemos) fue perjudicial durante mucho tiempo y luego, cuando se dejó llevar por su inclinación, resultó cómoda, porque también a él le permitió decir: «No soy yo». Verdad es que, en ese momento, no era de él de quien se hablaba. Finalmente, cosa que aumentaba la falsedad de los comentarios en torno a un hecho cierto (los gustos del barón), había sido amigo íntimo y absolutamente puro de un autor que, en los ambientes teatrales, tenía, no se sabe por qué, esa reputación, que no merecía en absoluto. Cuando los veían juntos en un estreno, se decía: «Ya sabe», de la misma manera que se creía que la duquesa de Guermantes tenía relaciones inmorales con la princesa de Parma; leyenda indestructible, porque sólo se desvanecería merced a un acercamiento a esas dos grandes damas que las gentes que la repetían no alcanzarían probablemente nunca, salvo mirándolas con los gemelos en el teatro y calumniándolas con el abonado de la butaca vecina. De las costumbres de M. de Charlus, el escultor concluía, con tanta menor vacilación cuanto que no poseía sobre la familia a la que pertenecía M. de Charlus, sobre su título, sobre su nombre, ningún tipo de información, que la situación mundana del barón debía de ser bastante mala. Así como Cottard estaba convencido de que todo el mundo sabe que el título de doctor en medicina no vale nada, y el de interno de los hospitales algo, las gentes de la alta sociedad se engañan figurándose que todo el mundo posee sobre la importancia social de su nombre las mismas nociones que ellos mismos y las personas de su ambiente.

El príncipe de Agrigento pasaba por ser un rastacueros a los ojos de un botones del club al que debía veinticinco luises, y sólo recuperaba su importancia en el^w¿oar^Saint-Germain donde tenía tres hermanas duquesas, pues no es en las gentes modestas, a cuyos

ojos cuenta poco, sino en las personas brillantes enteradas de lo que es en las que el gran señor causa algún efecto. Por lo demás, M. de Charlus iba a poder darse cuenta aquella misma noche de que el Patrón tenía nociones poco profundas sobre las más ilustres familias ducales. Convencido de que los Verdurin iban a dar un paso en falso dejando introducirse en un salón tan «selecto» a un individuo corrompido, el escultor se creyó en el deber de llevar aparte a la Patrona: «Está usted totalmente equivocado, además yo nunca creo esas cosas, y aunque fuese cierto, ¡debo decirle que no sería muy comprometedor para mí!», le respondió Mme. Verdurin, furiosa, porque, siendo More! el principal elemento de los miércoles, trataba por todos los medios de no desagradarle. En cuanto a Cottard, no pudo dar su opinión porque había pedido permiso para subir un momento «a hacer un recadito» en el buen retiro[407] *y a escribir luego en el cuarto de M. Verdurin una carta muy urgente para un enfermo.*

Un gran editor de París que había venido de visita, convencido de que le pedirían quedarse, se fue brutalmente, con gran rapidez, al darse cuenta de que no era bastante elegante para el pequeño clan. Era un hombre alto y robusto, muy moreno, estudioso, con algo de tajante. Parecía una plegadera de ébano.

Madame Verdurin, que para recibirnos en su inmenso salón, donde unos trofeos de gramíneas, de amapolas, de flores del campo, cogidos ese mismo día, alternaban con el mismo motivo pintado en camafeo, dos siglos antes, por un artista de un gusto exquisito, se había levantado un momento de una partida que estaba jugando con un viejo amigo, y nos pidió permiso para terminarla en dos minutos charlando mientras tanto con nosotros. Por otra parte, lo que le dije de mis impresiones sólo le agradó a medias. Para empezar, me parecía escandaloso ver que ella y su marido volviesen a casa todos los días mucho antes de la hora de aquellas puestas de sol que pasaban por ser tan bellas vistas desde el acantilado, más todavía desde la terraza de La Raspeliére, y por las que yo habría recorrido leguas y más leguas. «Sí, es incomparable, dijo distraída Mme. Verdurin echando una ojeada a los inmensos ventanales que hacían de puerta vidriera.

Aunque lo vemos todo el tiempo, nunca nos cansamos», y volvió los ojos hacia sus cartas, Pero a mí, mi propio entusiasmo me hacía exigente. Me quejaba de no ver desde el salón las rocas de Darnetal[408], que Elsrir me había ponderado como adorables en el instante en que refractaban tantos colotes. «¡Ah!, desde aquí no puede verlas, habría que ir al final del parque, a la "Vista de la bahía". Desde el banco que hay allí abarcará usted todo el panorama. Pero no puede ir solo, se perdería. Yo le acompañaré, si quiere, añadió con desgana». —«Pero ¿qué dices? ¿No tienes bastante con los dolores que cogiste el otro día, y quieres coger otros nuevos? Ya volverá, ya verá la vista de la bahía otra vez». No insistí, y me di cuenta de que a los Verdurin les bastaba saber que aquel sol poniente era, incluso en su salón o en su comedor, una especie de pintura magnífica, una especie de precioso esmalte japonés que justificaba el elevado precio que pagaban por alquilar La Raspeliére totalmente amueblada, pero hacia el que rara vez alzaban los ojos; allí, su principal ocupación era vivir agradablemente, pasear, comer bien, conversar, recibir amigos agradables con los que compartían entretenidas partidas de billar, buenas comidas, alegres meriendas. Más tarde, sin embargo, vi con qué inteligencia habían aprendido a conocer aquellos lugares, haciendo dar a sus huéspedes paseos tan «inéditos» como la música que les hacían escuchar. El papel que las flores de La Raspeliére, los caminos a la orilla del mar, las viejas casas, las iglesias desconocidas, desempeñaban en la vida de M. Verdurin era tan notable que, quienes sólo le veían en París y sustituían la vida a orillas del mar y en el campo por lujos ciudadanos, apenas podían comprender la idea que él mismo se hacía de su propia vida y la importancia que sus alegrías le daban a sus propios ojos. Importancia que se había acrecentado todavía más por estar convencidos los Verdurin de que La Raspeliére, que pensaban comprar, era una propiedad única en el mundo. La superioridad que su amor propio les hacía atribuir a La Raspeliére justificó a sus ojos mi entusiasmo, que, de otro modo, les habría irritado un poco, por las decepciones que implicaba (como las que en otro tiempo me había causado la audición de la Berma) y que, hablando con ellos, les confesaba francamente.

«Oigo el coche que vuelve. Esperemos que los haya encontrado», murmuró de pronto la Patrona. Digamos brevemente que Mme. Verdurin, dejando aparte incluso los inevitables cambios de la edad, ya no se parecía a la que era en la época en que Swann y Odette escuchaban en su casa la pequeña frase. Ni siquiera cuando la oía sonar estaba ya obligada a la expresión arrobada de éxtasis que antaño adoptaba, porque esa expresión se había vuelto ahora su cara. Bajo el efecto de las innumerables neuralgias que la música de Bach, de Wagner, de Vin— teuil, de Debussy le habían provocado, la frente de Mme. Verdurin había adquirido proporciones enormes, como los miembros que un reumatismo termina por deformar. Sus sienes, parecidas a dos bellas esferas ardientes, doloridas y lechosas, donde gira inmortalmente la Armonía, proyectaban a cada lado unas mechas plateadas y proclamaban, en nombre de la Patrona y sin que ésta tuviese necesidad de hablar: «Sé lo que me espera esta noche». Sus rasgos ya no se tomaban la molestia de formular sucesivamente impresiones estéticas demasiado fuertes, porque en sí mismos eran una especie de expresión permanente en un rostro devastado y magnífico. Esta actitud de resignación ante los sufrimientos siempre cercanos infligidos por la Belleza, y la demostración del valor que se necesitaba para ponerse un vestido nada más acabarse de la última sonata, hacía que Mme. Verdurin conservase, hasta para escuchar la más cruel de las músicas, un rostro desdeñosamente impasible y se escondiese incluso para tragar las dos cucharadas de aspirina.

«¡Ah!, ya están aquí», exclamó M. Verdurin con alivio al ver abrirse la puerta para dar paso a Morel seguido de M. de Charius. Éste, para quien cenar en casa de los Verdurin no era desde luego acudir a una recepción de la alta sociedad, sino a un lugar de mala nota, estaba intimidado como un colegial que entra por primera vez en una casa de citas y riene mil respetos con la patrona. Por eso, el habitual deseo que M. de Charius tenía de mostrarse viril y frío se vio dominado (cuando apareció en la puerta abierta) por las tradicionales ideas de cortesía que se despiertan tan pronto como la timidez destruye una actitud ficticia y apela a los recursos del inconsciente. Cuando es en un Charius, sea noble o burgués, donde actúa ese sentimiento de cortesía instintiva y atávica hacia unos desconocidos,

es siempre el alma de una pariente de sexo femenino, auxiliadora como una diosa o encarnada como un doble, la que se encarga de introducirlo en un salón nuevo y de modelar su actitud hasta que llega ante la dueña de la casa. Cierto joven pintor, criado por una santa prima protestante, entrará con la cabeza ladeada y temblorosa, los ojos en el cielo, las manos aferradas a un manguito invisible cuya forma evocada y cuya presencia real y tutelar ayudarán al artista intimidado a franquear sin agorafobia el espacio plagado de abismos que va del vestíbulo al saloncito. La piadosa pariente, cuyo recuerdo le guía hoy, solía entrar así hace muchos años, y con un aire tan gemebundo que uno se preguntaba qué desgracia venía a anunciar cuando desde sus primeras palabras se comprendía, como ahora con el pintor, que iba a hacer una visita de digestión. En virtud de esa misma ley que quiere que la vida, en interés del acto aún no cumplido, haga servir, utilice, desnaturalice, en una perpetua prostitución, los legados más respetables, a veces los más santos, en otras ocasiones sólo los más inocentes del pasado, y aunque en ese momento generase un aspecto diferente, uno de los sobrinos de Mme. Cottard que afligía a su familia por sus modales afeminados y sus compañías, siempre hacía una entrada gozosa como si fuese a daros una sorpresa o anunciaros una herencia, iluminado con una felicidad por cuya causa hubiera sido inútil preguntarle, debido a su herencia inconsciente y a su sexo desviado. Caminaba de puntillas, a él mismo le extrañaba sin duda no llevar en la mano un tarjetero de visita, tendía la mano abriendo la boca en forma de corazón como había visto hacerlo a su tía, y su única mirada inquieta era para el espejo donde parecía querer comprobar, aunque no llevase nada en la cabeza, si su sombrero, como un día le había preguntado Mme. Cottard a Swann, no estaba torcido. En cuanto a M. de Charlus, a quien la sociedad en que había vivido proporcionaba, en ese momento crítico, ejemplos diferentes, distintos arabescos de amabilidad y, en suma, la máxima que en ciertos casos hay que conocer tratándose de simples pequeños burgueses: descubrir y aprovechar las gracias propias más raras y habitualmente guardadas en reserva, se dirigió hacia Mme. Verdurin meneándose mucho, con gesto amanerado y la misma amplitud con que un vuelo de faldas

hubiese ampliado y entorpecido sus contoneos, con un aire tan satisfecho y tan honrado como si ser presentado en su casa significase para él un supremo favor. Su rostro a medias ladeado, en el que la satisfacción rivalizaba con el buen tono, se le plegaba en pequeñas arrugas de afabilidad. Se hubiera dicho que era Mme. de Marsantes quien avanzaba, hasta tal punto brotaba en ese momento la mujer que un error de la naturaleza había puesto en el cuerpo de M. de Charlus. Cierto que el barón se había esforzado duramente por disimular ese error y adoptar una apariencia masculina. Pero, nada más conseguirlo, como mientras tanto había conservado los mismos gustos, ese hábiro de sentirse mujer le daba una nueva apariencia femenina, nacida ésta no de la herencia sino de la vida individual. Y como poco a poco llegaba a pensar, incluso en las cosas sociales, en femenino, y ello sin darse cuenta, porque no sólo a fuerza de mentir a los otros, sino también de mentirse a nosotros mismos, dejamos de darnos cuenta de que mentimos, aunque hubiese pedido a su cuerpo poner de manifiesto (en el momento en que entraba en casa de los Verdurin) toda la cortesía de un gran señor, aquel cuerpo, que había comprendido perfectamente todo lo que M. de Charlus había dejado de entender, desplegó, hasta el punto de que el barón habría merecido el epíteto de lady-like, todas las seducciones de una gran dama. Por lo demás, ¿puede separarse por entero el aspecto de M. de Charlus del hecho de que los hijos, no teniendo siempre el parecido paterno, aunque no sean invertidos y se dediquen a las mujeres, consuman en su rostro la profanación de su madre? Pero dejemos aquí lo que merecería un capítulo aparte: las madres profanadas[409].

Aunque otras razones motivaran esa transformación de M. de Charlus y fermentos puramente físicos hiciesen «trabajar» en él la materia y pasar poco a poco su cuerpo a la categoría de los cuerpos de mujer, lo cierto es que el cambio que aquí señalamos era de origen espiritual. A fuerza de creerse enfermo, uno enferma, adelgaza, no tiene ya fuerza para levantarse, sufre enteritis nerviosas. A fuerza de pensar con ternura en los hombres se vuelve uno mujer, y una falda ficticia traba vuestros pasos. En éstos, la idea fija puede modificar (como en otros casos la salud) el sexo. Motel, que le seguía, se acercó

a saludarme. Desde ese momento, a causa de un doble cambio que en él se produjo, me hizo (por desgracia no supe tenerlo en cuenta con suficiente presteza) una mala impresión. He aquí por qué. Ya he dicho que Motel, escapado de la servidumbre de su padre, se complacía por lo general en una familiaridad muy desdeñosa. El día en que me llevó las fotografías, me había dirigido la palabra sin decir una sola vez «señor» y tratándome de arriba abajo[410]*. ¡Cuál no sería mi sorpresa en casa de Mme. Verdurin al verle inclinarse profundamente ante mí, y sólo ante mí, y oír, antes incluso de que hubiese pronunciado otras frases, las palabras «respeto», «respetuosísimo» —palabras que creía imposible encontrar bajo su pluma o en sus labios— dirigidas a mí! Tuve de pronto la impresión de que tenía algo que pedirme. Llevándome aparte al cabo de un minuto: «El señor me haría un gran favor, me dijo, si esta vez se dignase hablarme en tercera persona, si ocultase por completo a Mme. Verdurin y a sus invitados la clase de profesión que mi padre ejerció en casa de su tío. Sería mejor decir que era, en su familia, administrador de propiedades tan grandes que eso casi le ponía en el mismo plano que sus padres de usted». La petición de Motel me contrariaba infinito, no porque me obligase a engrandecer la posición de su padre, cosa que me dejaba indiferente, sino el patrimonio al menos aparente del mío, lo cual me parecía ridículo. Pero su aspecto era tan infeliz, tan apremiante, que no me negué. «No, antes de cenar, me dijo suplicante, el señor tiene mil pretextos para llevar aparte a Mme. Verdurin». Eso fue, en realidad, lo que hice, tratando de realzar lo mejor que pude el brillo del padre de Morel, sin exagerar demasiado el «tren de vida» ni los «bienes inmuebles» de mis padres. Todo salió a pedir de boca, a pesar del asombro de Mme. Verdurin que había conocido vagamente a mí abuelo. Y como carecía de tacto y odiaba a las familias (ese disolvente del cogollito), después de haberme dicho que en otro tiempo había visto a mi bisabuelo y de haberme hablado de él como de alguien casi idiota que no habría comprendido al grupiro y que, según su expresión, «no era de los nuestros», me dijo: «Además, son tan aburridas las familias, uno sólo aspira a saiir de ellas»; y acto seguido me contó un rasgo del padre de*

mi abuelo que yo desconocía, aunque en casa lo hubiese sospechado (no le había conocido, pero se hablaba mucho de él): su rara avaricia (opuesta ala generosidad un poco excesivamente fastuosa de mi tío abuelo, el amigo de la dama de rosa y el patrón del padre de Morel): «Si sus abuelos tenían un administrador tan chic, eso demuestra que en las familias hay gente de todos los colores». El padre de su abuelo era tan avaro que, casi chocho al final de su vida —dicho sea entre nosotros, nunca fue una lumbrera, usted vale por todos—, no se resignaba a gastar tres sota en el ómnibus. Por eso había que mandar alguien tras él, para pagar aparte al conductor y hacer creer al viejo roñoso que su amigo M. de Persigny[411], ministro de Estado, le había conseguido el derecho a viajar gratis en los ómnibus. Por lo demás, me alegra mucho que el padre de nuestro Morel haya sido una persona tan bien. Tenía entendido que era profesor de liceo, pero da lo mismo, habré entendido mal. No tiene la menor importancia, porque le diré que aquí sólo apreciamos el valor individual, la contribución personal, lo que yo llamo la participación. Con tal de que sea artista, con tal de que, en una palabra, pertenezca a la cofradía, lo demás importa poco». La forma de serlo de Morel —por cuanto he podido saber— consistía en que le gustaban lo bastante las mujeres y los hombres para complacer a cada sexo con la ayuda de lo que había experimentado en el otro; es lo que veremos más tarde. Pero lo esencial aquí es decir que, desde que te hube dado mi palabra de intervenir cerca de Mme. Verdurin, y, sobre todo, desde el momento en que lo hice, y sin posibilidad de vuelta atrás, el «respeto» de Morel hacia mí se desvaneció como por encanto, las fórmulas respetuosas desaparecieron, e incluso me evitó durante algún tiempo, arreglándoselas para aparentar que me desdeñaba, de modo que si Mme. Verdurin quería que yo le dijese algo, que le pidiese determinado trozo de música, él seguía hablando con un fiel, luego pasaba a otro, se cambiaba de sitio si yo iba hacia él. Tenían que decirle hasta tres o cuatro veces que yo le había dirigido la palabra, y entonces me respondía con aire forzado, brevemente, a no ser que estuviésemos solos. En tal caso era expansivo, amistoso, porque su carácter no carecía de aspectos encantadores. De aquella primera

noche sin embargo saqué la conclusión de que su naturaleza debía de ser vil, de que, llegado el caso, no retrocedía ante ninguna bajeza, de que desconocía la gratitud. En esto se parecía al común de los hombres. Pero como en mí yo tenía un poco de mi abuela y me atraía la diversidad de los hombres sin esperar nada de ellos o sin quererles mal, dejé a un lado su bajeza, disfruté de su jovialidad cuando se manifestó, e incluso de lo que creo que fue una amistad sincera de su parte cuando, una vez completado el recorrido de sus falsos conocimientos de la naturaleza humana, se dio cuenta (a saltos, porque tenía extrañas recaídas en su barbarie primitiva y ciega) de que mi dulzura hacia él era desinteresada, de que mi indulgencia no se debía a una falta de clarividencia, sino a lo que él quiso llamar bondad, y sobre todo me enamoré de su arte, que no era en sustancia más que un virtuosismo admirable pero me hacía oír de nuevo o conocer (sin que él fuese, en el sentido intelectual de la palabra, un verdadero músico) tanta bella música. Por otra parte, un manager, M. de Charlus, de quien yo ignoraba esos talentos (aunque Mme. de Guermantes, que lo había conocido muy distinto en su juventud, pretendiese que le había escrito una sonata, pintado un abanico, etc.), modesto en lo que se refería a sus verdaderas superioridades, pero de primer orden, supo poner ese virtuosismo al servicio de un sentido artístico múltiple y que él duplicó. Piénsese en un artista simplemente hábil de los Ballets rusos, enseñado, desarrollado en todos los sentidos por M. de Diaghilev.

Acababa yo de transmitir a Mme. Verdurin el mensaje que me había encargado Morel, y hablaba de Saint-Loup con M. de Charlus cuando entró Cottard en el salón anunciando, como si hubiese un incendio, la llegada de los Cambremer. Madame Verdurin, para no dar la impresión, frente a nuevos como M. de Charlus (a quien Cottard no había visto) y como yo, de atribuir tanta importancia a la llegada de los Cambremer, no se movió, no respondió al anuncio de aquella nueva y se limitó a decir al doctor, abanicándose con gracia y en el mismo tono artificioso de una marquesa del Théátre-Fran^ais: «Precisamente el barón nos estaba diciendo…» ¡Aquello era demasiado para Cottard! Con menor brusquedad que en el pasado, porque el estudio y el trato con los altos rangos habían moderado su

forma de hablar, aunque siempre con esa emoción que recuperaba en casa de los Verdurin: «¡Un barón! ¿Dónde, un barón? ¿Dónde está?», exclamó buscándolo con la mirada y con un asombro rayano en la incredulidad. Con la indiferencia afectada de una dueña de casa a quien un criado acaba de romper, en presencia de los invitados, una copa valiosa, y con la entonación artificial y atiplada de un primer premio del Conservatorio que recita a Dumas hijo, Mme. Verdurin respondió indicando con el abanico al protector de Motel: «Pues el barón de Charlus, a quien voy a presentarle… El profesor Cottard». A Mme. Verdurin, por otra parte, no le desagradaba tener ocasión de encarnar el papel de gran dama. El señor de Charlus tendió dos dedos que el profesor estrechó con la sonrisa benévola de un «príncipe de la ciencia». Pero se detuvo en seco al ver entrar a los Cambremer, mientras M. de Charlus me arrastraba a un rincón para decirme algo, no sin palparme los músculos, cosa que suele hacerse en Alemania. El señor de Cambremer apenas se parecía a la vieja marquesa. Como decía ella con ternura, era «totalmente de la parte de su papá». Para quien sólo hubiese oído hablar de él, o incluso de sus cartas, llenas de vivacidad y convenientemente pulidas, su físico resultaba sorprendente. Sin duda se debían acostumbrar. Pero su nariz, para ir a situarse de través sobre la boca, había elegido, entre muchas otras quizá, la Única línea oblicua que a nadie se le hubiera ocurrido trazar en aquel rostro, y que expresaba una estupidez vulgar, agravada además por la vecindad de un colorido normando, de un rojo de manzana. Es posible que los ojos de M. de Cambremer.guardasen en sus párpados un poco de ese cielo del Cotentin[412], tan dulce en los días buenos y soleados en que el paseante se entretiene viendo paradas al borde de la carretera y contadas a cientos, las sombras de los álamos, pero aquellos párpados pesados, llenos de légañas y con mala caída sobre los ojos, habrían impedido el paso incluso a la inteligencia. Por eso, desconcertados por la estrechez de aquella mirada azul, se volvían hacia la gran nariz torcida. Por una transposición de los sen tidos, M. de Cambremer te miraba con la nariz. No era fea esa nariz de M. de Cambremer, más bien algo demasiado hermosa, demasiado fuerte, demasiado orgullosa de su

importancia. Aguileña, lustrosa, reluciente, flamante, estaba totalmente dispuesta para compensar la insuficiencia intelectual de la mirada; por desgracia, si a veces los ojos son el órgano en que se revela la inteligencia, la nariz (cualquiera que sea, por lo demás, la solidaridad íntima y la insospechada repercusión de unos rasgos sobre otros), la nariz es por regla general el órgano en que con mayor facilidad se muestra la estupidez.

Por más que la dignidad de las ropas oscuras que M. de Cambremer siempre llevaba, incluso por la mañana, tranquilizase a quienes deslumbraba y exasperaba el insolente esplendor de los trajes playeros de gentes que no conocían, resultaba incomprensible que la mujer del primer presidente declarase, en el tono sagaz y autorizado de persona con más experiencia que nadie en la alta sociedad de Alen?on, que ante M. de Cambremer uno se sentía enseguida, antes incluso de saber quién era, en presencia de un hombre de elevada distinción, de un hombre de una educación impecable, muy distinto del tipo de los que iban a Balbec, un hombre, en fin, a cuyo lado se podía respirar. Para ella, asfixiada por tantos turistas de Balbec que no conocían su mundo, M. de Cambremer era como un frasco de sales. A mí, en cambio, me pareció una de esas personas que mi abuela habría calificado enseguida de «muy mal», y, como no comprendía el esnobismo, la habría dejado pasmada que Mllc. Legrandln, que debía de ser difícil en materia de distinción y tenía un hermano «tan bien», se hubiese casado con él, A lo sumo, de la fealdad vulgar de M. de Cambremer podía decirse que era un poco de la región y tenía algo local muy antiguo; ante sus facciones defectuosas y que daban ganas de corregir, se pensaba en esos nombres de pequeños pueblos normandos sobre cuya etimología se equivocaba mi párroco porque los aldeanos, articulando mal o habiendo entendido del revés la palabra normanda o latina que los designa, han terminado por fijar en un barbarismo que ya figura en los cartularios, como hubiese dicho Brichot, un contrasentido y un vicio de pronunciación, Por lo demás, en esos pequeños pueblos la vida puede transcurrir agradablemente, y M. de Cambremer debía de tener algunas cualidades, porque si era lógico en una madre que la vieja marquesa prefiriese su hijo a su nuera, en cambio, ella, que tenía varios hijos, de los que dos al menos

no carecían de mérito, afirmaba a menudo que el marqués era, en su opinión, el mejor de la familia. Durante el poco tiempo que había pasado en el ejército, sus camaradas, a quienes parecía demasiado largo decir Cambremer, le habían dado el apodo de Canean, que por otra parte no había merecido en absoluto[413]. Sabía adornar una cena en la que estaba invitado diciendo en el momento del pescado (aunque estuviese podrido) o de las entradas: «¡Vaya, es lo que se dice una bonita bestia!» Y su mujer, que al entraren la familia había adoptado todo lo que le parecía formar parte de aquel tipo de ambiente, se ponía a la altura de los amigos de su marido y tal vez procuraba complacerle como una querida y como si hubiese compartido con él su vida de soltero, diciendo en un tono desenvuelto cuando hablaba de él a unos oficiales: «Podrán ver a Canean. Canean ha ido a Balbec, pero volverá esta noche». Estaba furiosa por comprometerse aquella noche con los Verdurin, y sólo lo hacia a ruegos de su suegra y de su marido, en interés del alquiler. Pero, no tan bien educada como ellos, no disimulaba el motivo y llevaba quince días burlándose de aquella cena con sus amigas. «Ya saben que cenamos en casa de nuestros inquilinos. Eso bien valdrá un aumento. En el fondo, tengo bastante curiosidad por saber qué han podido hacer con nuestra pobre y vieja Raspeliére (como si hubiese nacido allí y allí encontrase todos los recuerdos de los suyos). Nuestro viejo guarda me dijo ayer mismo que todo estaba irreconocible. No me atrevo a pensar en lo que debe de ocurrir allá dentro. Creo que haremos bien encargando que desinfecten todo antes de volver a instalarnos allí». Llegó altanera y taciturna, con aires de gran dama cuyo castillo, debido a una guerra, ha sido ocupado por los enemigos, pero que de todos modos se siente en casa y se empeña en demostrar a los vencedores que son intrusos. Al principio, Mme. de Cambremer no pudo verme porque me encontraba en un vano lateral con M. de Charius, quien me decía haberse enterado de labios de Morel de que su padre había sido «administrador» en mi familia, y de que él, Charius, tenía suficiente confianza en mi inteligencia y en mi magnanimidad (término común del barón y de Swann) para negarme el innoble y mezquino placer al que cualquier imbécil vulgar (ya

estaba yo avisado) no habría renunciado, en mi lugar, revelando a nuestros anfitriones detalles que éstos podrían creer humillantes. «El solo hecho de que yo me interese por él y extienda sobre él mi protección tiene algo de supereminente y abole el pasado», concluyó el barón. Mientras le escuchaba y le prometía guardar un silencio que también habría mantenido sin ¡a esperanza de pasar a cambio por inteligente y magnánimo, miraba a Mme. de Cambremer. Y me costó trabajo reconocer aquella cosa fundente y sabrosa que había tenido el otro día a mi lado a la hora de la merienda, en la terraza de Balbec, en aquella galleta normanda, dura como un guijarro, que tenía ante mi vista, en ¡a que los fieles hubiesen tratado en vano de hincar el diente[414]. Irritada de antemano por el lado bonachón que su marido tenía de su madre y que le haría asumir la expresión de sentirse honrado cuando le presentasen a los fieles, deseosa sin embargo de cumplir sus funciones de mujer de mundo, cuando le dijeron el nombre de Brichot quiso que trabase conocimiento con su marido porque había visto comportarse así a sus amigas más elegantes, pero la rabia o el orgullo se impusieron sobre la ostentación del saber vivir y dijo, no como habría debido: «Permítame presentarle a mi marido», sino «Le presento a mí marido», manteniendo de este modo en alto el pabellón de los Cambremer, a despecho de ellos mismos, porque el marqués hizo ante Brichot una reverencia ran profunda como ella había previsto. Pero todo este humor de Mme. de Cambremer cambió de pronto cuando vio a M. de Charius, al que conocía de vista. Nunca había conseguido que se lo presentaran, ni siquiera en la época de la relación que había tenido con Swann[415]. De hecho, M. de Charius, que siempre se ponía de parte de las mujeres, de parte de su cuñada contra las queridas de M. de Guermantes, de parte de Odette, entonces todavía no casada, pero vieja amante de Swann, contra las nuevas, había hecho, severo defensor de la moral y fiel protector de las familias, a Odette —y mantenido— la promesa de no permitir que le presentaran a Mme. de Cambremer. Ésta, desde luego, nunca se había imaginado que había de ser en casa de los Verdurin donde al fin podría conocer a aquel hombre inasequible. El señor de Cambremer sabía que era una alegría tan grande para ella que hasta él estaba

emocionado, y miró a su mujer como diciendo: «¿Estará contenta por haberse decidido a venir, verdad?» Por otra parce, hablaba poquísimo, sabiendo que se había casado con una mujer superior. «Yo, indigno», decía en todo momento, y citaba gustoso una fábula de La Fontaine y otra de Florian que le parecían aplicables a su ignorancia y además le permitían[416], en forma de una desdeñosa adulación, demostrar a los hombres de ciencia que no pertenecían al Jockey, que se podía tener afición a la caza y haber leído fábulas. Lo malo es que apenas si conocía más que dos. Por eso las repetía a menudo, Madame de Cambremer no era tonta, pero tenía varias costumbres muy molestas. La deformación de los nombres no tenía en ella absolutamente nada de desdén aristocrático. Nunca hubiera dicho, como la duquesa de Guermantes (que por su nacimiento hubiera debido estar, más que Mme. de Cambremer, al abrigo de este vicio ridículo), para fingir que desconocía el nombre poco elegante (cuando ahora es el de una de las mujeres de trato más buscado) de Julien de Monchâteau[417]: «una pequeña señora… Pico de la Mirándola[418]». No; cuando Mme. de Cambremer citaba mal un nombre era por benevolencia, para aparentar que no sabía algo, y cuando por sinceridad, sin embargo, lo confesaba, estaba convencida de ocultarlo desnaturalizándolo. Si, por ejemplo, defendía a una mujer, trataba de disimular, sin querer mentir a quien le suplicaba decir la verdad, que Madame de Tal era en ese momento la querida de M. Sylvain Lévy, y decía: «No… no sé absolutamente nada sobre ella, creo que le han reprochado haber inspirado una pasión a un señor cuyo nombre no sé, algo así como Cahn, Kohn, Kuhn[419]; además, creo que ese señor murió hace mucho tiempo y que entre ellos no hubo nunca nada». Procedimiento similar al de los mentirosos —aunque al revés— que, alterando lo que han hecho cuando lo cuentan a una amante o simplemente a un amigo, se figuran que la una o el otro verán inmediatamente que la frase dicha (Lo mismo que Cahn, Kohn, Kuhn) está interpolada, pertenece a una especie distinta de las que componen la conversación, es de doble fondo.

Madame Verdurin preguntó al oído de su marido: «¿Debo darle el brazo al barón de Charlus? Como tú tendrás a tu derecha a Mme. de

Cambremer, habríamos podido cruzar las cortesías». — «No, respondió M. Verdurin, porque el otro es de grado más alto (queriendo decir que M. de Cambremer era marqués), en suma, que M. de Charlus es inferior a él». — «Bueno, le pondré al lado de la princesa». Y Mme. Verdurin hizo la presentación de M. de Charlus a Mme. Sherbatoff; ambos se inclinaron en silencio, con aire de saber mucho el uno del otro y prometerse mutuo secreto. El señor Verdurin me presentó a M. de Cambremer. Antes incluso de que me hubiese dirigido la palabra con su voz fuerte y ligeramente balbuciente, su alta estatura y su rostro colorido expresaban, en su oscilación, ¡a vacilación marcial de un jefe que procura tranquilizaros y dice: «Sí, me han hablado de eso, ya lo arreglaremos; haré que le levanten el castigo; no somos chupadores de sangre, todo irá bien». Luego, estrechándome la mano: «Creo que conoce usted a mi madre», me dijo. El verbo «creer» debía de parecerle adecuado a la discreción de una primera presentación, pero no expresar ninguna duda, porque anadió: «Además tengo una carta suya para usted». El señor de Cambremer sentía una alegría ingenua volviendo a ver los lugares donde había vivido tanto tiempo. «Me reencuentro», le dijo a Mme. Verdurin mientras sus ojos se maravillaban al reconocer las flores pintadas en los entrepaños encima de las puertas y los bustos de mármol sobre sus altos zócalos. Pero podía encontrarse desorientado, porque Mme. Verdurin había introducido un gran número de bellas cosas antiguas de su propiedad. Desde este punto de vista, aunque a ojos de los Cambremer Mme. Verdurin pasase por trastornarlo todo, no era revolucionaria sino inteligentemente conservadora, en un sentido que ellos no comprendían. También la acusaban sin razón de detestar la vieja morada y de deshonrarla con simples telas en lugar de sus ricas felpas, como un párroco ignorante que reprocha a un arquitecto diocesano reponer en su sitio viejas tallas esculpidas arrumbadas que el eclesiástico había creído oportuno reemplazar por ornamentos comprados en la Place Sainr-Sulpice[420]. Por último, un jardín parroquial empezaba a sustituir delante del castillo los arriates que constituían el orgullo no sólo de los Cambremer sino de su jardinero. Éste, que veía a los Cambremer como sus únicos amos y

gemía bajo el yugo de los Verdurin como si la tierra hubiese sido ocupada momentáneamente por un invasor y una tropa de soldadotes, iba en secreto a exponer sus quejas a la propietaria desposeída, se indignaba por el desprecio en que se tenían sus araucarias, sus begonias, sus jusbarbas, sus dalias dobles, y porque se atrevieran a plantar en una mansión tan rica flores tan comunes como manzanillas y culantrillos. Madame Verdurin percibía aquella sorda oposición y estaba decidida, si alquilaba por mucho tiempo o incluso compraba La Raspeliére, a poner por condición el despido del jardinero, a quien la antigua propietaria, en cambio, apreciaba muchísimo. La había servido por nada en tiempos difíciles, la adoraba; pero, por esa rara división de ideas de la gente del pueblo, en la que el más profundo desprecio moral se inserta en la estima más apasionada, que a su vez se superpone a viejos rencores no abolidos, solía decir de Mme, de Cambremer que, en el 70, en un castillo que tenía en el Este, sorprendida por la invasión, había tenido que soportar durante un mes el contacto de los alemanes: «Lo que se le ha reprochado mucho a la señora marquesa es haberse puesto de parte de los prusianos durante la guerra y haberlos alojado incluso en su casa. En otro momento, yo lo habría comprendido; pero en tiempo de guerra, no habría debido. No está bien». De modo que le era fiel hasta la muerte, la veneraba por su bondad y certificaba que se había vuelto culpable de traición. A Mme. Verdurin le irritó el hecho de que M. de Cambremer pretendiese reconocer tan bien La Raspeliére. «Pero debe de encontrar usted algunos cambios, le respondió. En primer lugar había unos grandes diablos de bronce de Barbedienne[421] y unos coquetitos asientos de peluche que me di prisa en mandar al desván, un sitio todavía demasiado bueno para ellos». Después de haber dado esta acerba respuesta a M. de Cambremer, le ofreció el brazo para ir a la mesa. El marqués dudó un instante, diciéndose: «Realmente no puedo pasar antes que M. de Charlus». Pero pensando que éste era un viejo amigo de la casa, dado que no ocupaba el sitio de honor, se decidió a tomar el brazo que le ofrecían y expresó a Mme. Verdurin lo orgulloso que estaba por ser admitido en el cenáculo (así fue como denominó al cogollito, no sin una risita por la satisfacción de conocer ese término).

Cottard, que estaba sentado al lado de M. de Charlus, miraba a éste por debajo de sus lentes para entablar conocimiento y romper el hielo, con guiños mucho más insistentes que los de antes y no cortados por timidez alguna. Y sus miradas incitantes, aumentadas por su sonrisa, ya no cabían en el cristal de sus lentes y lo desbordaban por todas partes. El barón, propenso a ver en todo a semejantes suyos, no dudó de que Cottard lo fuese y de que le guiñaba el ojo. Inmediatamen te trató al profesor con la dureza de los invertidos, tan despectivos con las personas a las que gustan como ardientemente solícitos con las que les gustan a ellos. Indudablemente, aunque todos hablan, mintiendo, de la dulzura, siempre negada por el destino, de ser amado, es una ley general, y cuyo imperio está muy lejos de extenderse únicamente a los Charlus, que la persona que no amamos y que nos ama nos parece insoportable. A esa criatura, a una mujer de la que no diremos que nos ama sino que se nos pega como una lapa, preferimos la compañía de cualquier otra que no tendrá ni su encanto, ni su atractivo, ni su inteligencia. La primera los recuperará a nuestros ojos sólo cuando haya dejado de amarnos. En este sentido, podría verse únicamente la simple trasposición, bajo una forma divertida, de esa regla universal, en la irritación causada en un invertido por un hombre que le desagrada y le busca. Pero en él es mucho más fuerte. Por eso, mientras el común de los hombres trata de disimularla sin dejar de sentirla, el invertido se la hace sentir implacablemente a quien la provoca, de una forma que desde luego no se la haría sentir a una mujer, por ejemplo M. de Charlus a la princesa de Guermantes, cuya pasión le aburría, pero le halagaba. Mas cuando ven a otro hombre manifestar hacia ellos una inclinación particular, entonces, bien por no haberla reconocido igual a la suya, bien porque sea recuerdo molesto de que esa inclinación, embellecida por ellos siempre que sean ellos quienes la sientan, está considerada como un vicio, bien por deseo de rehabilitarse clamorosamente en una circunstancia en que nada les cuesta, bien por el temor a ser descubiertos que los asalta cuando el deseo ya no los lleva, con los ojos vendados, de imprudencia en imprudencia, bien por la rabia de sufrir, con la actitud equívoca de otro, el perjuicio que no temerían causar con la suya si ese otro les gustara, a los que no se recatan de

seguir a un joven durante leguas, de no dejar de mirarle en el teatro aunque esté con amigos, a riesgo de malquistarle con ellos, se les puede oír decir, a poco que alguien que no les gusta los mire: «Señor, ¿por quién me toma? (simplemente porque les toman por ¡o que son), no le comprendo, es inútil que insista, se equivoca», llegar en caso necesario hasta las bofetadas, y, ante alguien que conozca al imprudente, indignarse. «Pero ¿conoce usted a ese tipo horrendo? ¡Vaya una forma de mirarle que tiene!... ¡Bonitos modales!» No llegó a tanto M. de Charlus, pero adoptó la expresión ofendida y glacial que ponen, cuando alguien parece creerlas ligeras, las mujeres que no lo son, y más todavía las que lo son. Además, en presencia de un invertido el invertido ve no sólo una imagen desagradable de sí mismo, imagen puramente inanimada que sólo podría hacer sufrir su amor propio, sino otro él mismo, vivo, activo en idéntico sentido, capaz por lo tanto de hacerle sufrir en sus amores. Por eso, por instinto de conservación hablará mal del posible competidor, bien a las personas que pueden perjudicar a este último (y sin que el invertido nº 1 se preocupe de pasar por mentiroso cuando desacredita así al invertido nº 2 a los ojos de personas que pueden estar al corriente de su propia situación), bien con el joven que ha «levantado», que quizá le levanten a él y a quien trata de convencer de que las mismas cosas que le conviene hacer con él arruinarían su vida si se dejara llevar a hacerlas con el otro. Para M. de Charlus, que quizá pensaba en los peligros (totalmente imaginarios) que la presencia de aquel Cottard cuya sonrisa interpretaba erróneamente haría correr a More!, un invertido que no le gustaba no sólo era una caricatura de sí mismo, sino también un rival declarado. Si un comerciante que se dedica a un comercio raro, al llegar a la ciudad de provincias donde acaba de instalarse de por vida, ve que en la misma plaza, justo enfrente, hay un competidor que ofrece los mismos artículos, no se desanimará más que un Charius que, yendo a ocultar sus amores a una región tranquila, descubre el mismo día de la llegada en el noble del lugar, o en el peluquero, un aspecto y unos modales que no le dejan la menor duda. El comerciante empieza a odiar la mayoría de las veces a su competidor; ese odio degenera en ocasiones en melancolía, y, a poco que haya una tendencia

hereditaria algo marcada, se ha visto al comerciante, en algunas pequeñas ciudades, dar señales de locura que sólo se curan convenciéndole para que venda su «fondo» y se marche a otra parte. La rabia del invertido es más lancinante todavía. Ha comprendido que, desde el primer momento, el noble y el peluquero han deseado a su joven acompañante. Por más que repita a éste cien veces al día que el peluquero y el noble son bandidos cuya proximidad lo deshonraría, está obligado, como Harpagón[422], a velar por su tesoro, y se levanta de noche para ver si no se lo quitan. Y es eso indudablemente, más incluso que el deseo o la comodidad de hábitos comunes, y casi tanto como esa experiencia de sí mismo, que es La única verdad, lo que explica que el invertido descubra al invertido con una rapidez y una seguridad casi infalibles. Puede equivocarse un momento, pero una rápida adivinación le devuelve a la verdad. Por eso el error de M. Charius no duró mucho. El discernimiento divino le reveló al cabo de un instante que Cottard no era de su especie y que no tenía nada que temer de sus insinuaciones ni por él mismo, cosa que no habría hecho otra cosa que irritarle, ni por Motel, cosa que le hubiera parecido más grave. Recobró la calma y como todavía estaba bajo el influjo del paso de Venus andrógina, de vez en cuanto sonreía levemente a los Verdurin sin molestarse en abrir la boca, desplegando apenas una comisura de los labios, y durante un segundo encendía, mimoso, los ojos, él, tan fanático de la virilidad, exactamente como hubiera hecho su cuñada la duquesa de Guermantes. «Va usted mucho de caza, señor?», dijo Mme. Verdurin en tono desdeñoso a M. de Cambremer. «¿Le ha contado Ski que nos ha sucedido una buena?», preguntó Cottard a la Patrona. «Voy de caza sobre todo al bosque de Chantepíe», respondió M. de Cambremer. «No, no he contado nada», dijo Ski. «¿Merece ese bosque su nombre?», preguntó Brichot a M. de Cambremer, después de haberme mirado con el rabillo del ojo porque me habla prometido hablar de etimologías, pidiéndome al mismo tiempo que disimulara ante los Cambremer el desprecio que le inspiraban las del párroco de Combray. «Debo de ser muy torpe para comprender, pero no entiendo su pregunta», dijo M. de Cambremer. «Quiero decir: ¿cantan en él muchas picazas[423]!», respondió Brichot.

Cottard, mientras tanto, sufría ante la idea de que Mme. Verdurin ignorase que habían estado a punto de perder el tren. «Bueno. veamos, dijo Mme. Cottard a su marido para animarle, cuenta tu odisea». —«Pues sí, porque se sale de lo corriente, dijo el doctor, que volvió a empezar su relato. Cuando he visto que el tren estaba en la estación, me he quedado de piedra. Y todo por culpa de Ski. ¡Querido, es usted bastante estrambótico dando informaciones! ¡Y Brichot que nos esperaba en la estación!» —«Creía, dijo el universitario lanzando a su alrededor lo que le quedaba de mirada y sonriendo con sus labios sutiles, que si se había retrasado usted en Graincourt era por haberse encontrado con alguna peripatética». «¿Quiere callarse? ¡Si mi mujer le oyese!, dijo el profesor. Ha de saber que mi mujer es celosa». —«¡Ah, este Brichot, exclamó Ski, en quien la procaz broma de Brichot despertaba la obligada alegría, el mismo de siempre», aunque a decir verdad no supiese si el universitario había sido alguna vez un calavera. Y para añadir a las palabras consagradas el gesto ritual, fingió no poder resistirse a la tentación de pellizcarle la pierna. «Este pillo no cambia», continuó Ski, y sin pensar que la cuasi ceguera del universitario prestaba tristeza y comicidad a estas palabras, añadió: «¡Siempre echando el ojo a las mujeres!» —«Ya ven, dijo M. de Cambremer, lo que quiere decir conocer a un hombre culto. Quince años cazando en el bosque de Chantepie y nunca había pensado en el significado de ese nombre». Madame de Cambremer lanzó una mirada severa a su marido; no habría querido que se humillase así delante de Brichot. Y su descontento fue todavía mayor cuando a cada frase «hecha» que empleaba Canean, Cottard, que conocía sus propias virtudes y Sus defectos por haberlos aprendido con mucho esfuerzo, demostraba al marqués, dispuesto a admitir su ignorancia, que no querían decir nada. «¿Por qué tonto como un repollo? ¿Cree que Sos repollos son más tontos que otras cosas? Dice usted: repetir cien veces lo mismo. ¿Por qué precisamente cien? ¿Por qué: dormir como un tronco? ¿Por qué: rayos y centellas? ¿Por qué: armar la gorda?» Pero en ese punto era Brichot el que asumía la defensa de M. de Cambremer, explicando el origen de cada locución. Mientras tanto, Mme. de Cambremer se ocupaba sobre todo de examinar los cambios aportados por los Verdurin a La Raspeliére, a

fin de poder criticar algunos, e introducir otros, o quizá los mismos, en Féterne. «Me pregunto qué es esa lámpara totalmente torcida. Me cuesta trabajo reconocer mi vieja Raspeliére», añadió en un tono familiarmente aristocrático, como si hubiese hablado de un sirviente más para decir que le había visto nacer que con la pretensión de indicar su edad. Y como era un poco libresca en su lenguaje: «De todos modos, añadió a media voz, creo que si yo viviese en casa de otros me daría cierta vergüenza cambiarlo todo así». —«Es una lástima que no hayan venido ustedes con ellos», dijo Mme. Verdurin a M. de Charlus y a Morel, esperando que Charlus fuese de «revista» y se plegase a la norma de llegar todos en el mismo tren. «¿Está usted seguro de que Chan— tepie quiere decir picaza que canta, Chochotte[424]?», añadió para demostrar que, como gran anfitriona, tomaba parte en todas las conversaciones a la vez. «Dígame algo de ese violinista, me dijo Mme. de Cambremer, me interesa; adoro la música, y me parece que he oído hablar de él, instrúyame». Se había enterado de que Morel había ido con M. de Charlus y pretendía, invitando al primero, tratar de relacionarse con el segundo. Pero para que yo no pudiese adivinar esa razón, añadió; «También me interesa M. Brichot». Porque, a pesar de ser muy cultivada, de la misma manera que ciertas personas predispuestas a la obesidad apenas comen y andan todo el día sin dejar de engordar a ojos vistas, Mme. de Cambremer, por más que profundizase, y sobre todo en Féterne, en una filosofía cada vez más esotérica, en una música cada vez más refinada, no salía de esos estudios sino para maquinar intrigas que le permitiesen «cortar» con las amistades burguesas de su juventud y trabar relaciones que, al principio, había creído que formaban parte de la sociedad de su familia política, y que luego se había dado cuenta de que estaban situadas mucho más arriba y mucho más lejos. Un filósofo que no era bastante moderno para sus gustos, Leib— niz, dijo que es largo el trayecto de la inteligencia al corazón[425]. Y ese trayecto, Mme. de Cambremer no había tenido más fuerzas que su hermano para recorrerlo. Dejando la lectura de Stuart Mili[426] sólo por la de Lachelier[427], a medida que creía menos en la realidad del mundo exterior, ponía más encarnizamiento en tratar de lograr en él,

antes de morir, una buena posición. Enamorada del arte realista, ningún objeto le parecía bastante humilde para servir de modelo al pintor o al escritor. Un cuadro o una novela mundana le hubieran dado náuseas; un mujik de Tolstoi, un campesino de Millet[428] eran el extremo límite social que no permitía rebasar al artista. Pero franquear el que limitaba sus propias relaciones, encumbrarse hasta el trato de las duquesas era la meta de todos sus esfuerzos, hasta tal punto el tratamiento espiritual al que se sometía mediante el estudio de las obras maestras resultaba ineficaz contra el esnobismo congénito y morboso que se desarrollaba en ella. Ese esnobismo había terminado incluso por curar ciertas inclina' dones a la avaricia y al adulterio a las que de joven estaba sujeta, semejante en esto a esos estados patológicos singulares y permanentes que parecen inmunizar a quienes los sufren contra las demás enfermedades. Por otra parte, al oírla hablar no podía dejar yo de hacer justicia, sin que me produjera ningún placer hacerlo, al refinamiento de sus expresiones. Eran las mismas que, en una época dada, emplean todas las personas de la misma envergadura intelectual, de modo que la expresión refinada proporciona en el acto, como el arco del círculo, la posibilidad de describir y limitar toda la circunferencia. De ahí que esas expresiones hagan que las personas que las emplean me aburran inmediatamente como ya conocidas, pero también que pasen por superiores, y muchas veces me fueron ofrecidas como vecinas deliciosas e inapreciadas. «No ignora usted, señora, que muchas regiones foresraies reciben su nombre de los animales que las pueblan. Al lado de la foresta de Chantepie tiene usted el bosque de Chanterelne[429]». —«No sé de qué reina se trata, pero no es usted galante con ella», dijo M. de Cambremer. «Chúpese esa, Chochotte, dijo Mme. Verdurin. Y, aparte de eso, ¿ha ido bien el viaje?» —«Sólo hemos encontrado vagas humanidades que llenaban el tren. Pero, respondiendo a la pregunta de M. de Cambremer: reina en ese caso no es la mujer de un rey, sino la rana. Es el nombre que ésta ha conservado mucho tiempo en esa región, como atestigua la estación de Renneviíle, que debería escribirse Reineville[430]». —«Me parece que, para bestia hermosa, ahí tiene usted una», dijo M. de Cambremer a Mme. Verdurin, señalando

un pescado. Era uno de los cumplidos con cuya ayuda creía pagar su escote en una cena, y de paso devolver la cortesía. («Invitarlos es inútil, solía decir hablando con su mujer de algunos de sus amigos. Han estado encantados de tenernos. Eran ellos los que me daban las gracias)». «Además, debo decirle que voy casi todos los días a Renneviíle desde hace muchos años, y no he visto allí más ranas que en cualquier otra parte. Madame de Cambremer hizo venir aquí al cura de una parroquia donde ella posee muchas propiedades, y que al parecer tiene las mismas inclinaciones intelectuales que usted. Ha escrito un libro». —«Ya lo creo, lo he leído con infinito interés», respondió hipócritamente Brichot. La satisfacción que esta respuesta daba indirectamente a su orgullo hizo reír mucho rato a M. Be Cambremer. «¡Ah!, bueno, el autor, ¿cómo diría?, de esa geografía, de ese glosario, diserta largo y tendido sobre el nombre de una pequeña localidad de la que en otro tiempo nosotros fuimos, si puedo expresarme así, los señores, y que se llama Pont-á— Couleuvre. Comparado con ese pozo de ciencia, no soy evidentemente más que un vulgar ignorante, pero he ido a Pont-á-Couieuvre mil veces por cada una que haya ido él, y que me lleve el diablo si alguna vez he visto una sola de esas malditas serpientes, y digo malditas a pesar del elogio que les dedica el bueno de La Fontaine» (L'Homme et la cou— leuvre^ una de las dos fíbulas[431]). «No las ha visto, y es usted el que ha visto bien, respondió Brichot. Y, cierto, el escritor del que usted habla conoce a fondo el tema, escribió un libro notable». — «¡Y tanto!, exclamó Mme. de Cambremer, ese libro, hay que decirlo, es un verdadero trabajo de benedictino». — «Debió de consultar, sin duda, algunos pouillés[432] (se llamaban así las listas de los beneficios y curatos de cada diócesis), que han podido proporcionarle el nombre de los patronos laicos y de los coladores eclesiásticos. Pero hay otras fuentes. Uno de mis amigos más doctos también ha podido consultarlos. Y ha descubierto que el mismo lugar era denominado Pont-á-Quileuvre. Este extraño nombre le incitó a remontarse más arriba todavía, a un texto latino donde el puente que su amigo cree infestado de culebras se denomina Poní cuiaperit. Puente cerrado, que sólo se abría mediante una honesta retribución[433]». —«Habla usted

de ranas. A mí, encontrándome entre personas tan cultas, eso me hace el efecto de la rana ante el Areópago[434]» (era la segunda fábula), dijo Canean, quien, riéndose mucho, solía recurrir a esta gracia con la que estaba convencido de hacer al mismo tiempo, con humildad y oportunidad, profesión de ignorancia y exhibición de saber. En cuanto a Cottard, bloqueado por el silencio de M. de Charlus y tratando de abrir caminos en otras direcciones, se volvió hacia mí y me hizo una de esas preguntas que, si acertaba, impresionaban a sus enfermos demostrando que estaba, por así decir, dentro de su cuerpo; si por el contrario se equivocaba, le permitían rectificar ciertas teorías, ampliar los viejos puntos de vista. «Cuando usted llega a lugares relativamente elevados como éste en el que nos encontramos ahora, ¿observa que aumenta su tendencia a los ahogos?», me preguntó, seguro de hacerse admirar, o de completar sus conocimientos. El señor de Cambremer oyó la pregunta y sonrió. «No puedo decirle cuánto me divierte saber que tiene usted ahogos», me lanzó a través de la mesa. No quería decir con eso que se alegrara, aunque también fuese verdad. Porque aquel hombre excelente no podía, sin embargo, oír hablar de una desgracia ajena sin un sentimiento de bienestar y un espasmo de hilaridad que enseguida dejaban paso a la piedad de un corazón bondadoso. Pero su frase tenía otro sentido, que precisó la siguiente: «Me divierte, me dijo, porque precisamente mi hermana también los tiene». Le divertía, en suma, del mismo modo que si me hubiese oído citar como amigo mío a alguien que hubiera frecuentado mucho su casa. «Qué pequeño es el mundo», fue la reflexión que mentalmente se formuló y que vi escrita en su rostro sonriente cuando Cottard me habló de mis ahogos. Y éstos se convirtieron, a partir de esa cena, en una especie de relación común, de la que M. de Cambremer nunca dejaba de pedirme noticia, aunque sólo fuera para dársela a su hermana.

Mientras respondía a las preguntas que su mujer me hacía sobre Morel, yo pensaba en una conversación que había tenido con mi madre por la tarde. A pesar de no desaconsejarme que fuese a casa de los Verdurin si ello podía distraerme, me recordaba que era un ambiente que no habría agradado a mi abuelo y que le hubiese hecho

exclamar: «En guardia»; y mi madre había añadido: «Escucha, el presidente Toureuil[435] y su mujer me han dicho que habían almorzado con Mme. Bontemps. No me han preguntado nada. Pero he creído entender que una boda entre Albertine y tú sería el sueño de su tía. Creo que la verdadera razón es que les has caído a todos muy simpático. De cualquier modo, el lujo que se imaginan que podrías darle, las relaciones que más o menos se sabe que tenemos, no me patece que eso sea ajeno a la idea, aunque secundario. No te habría hablado de ello porque no me interesa, pero como supongo que te hablarán, he preferido adelantarme». —«Pero a ti, ¿qué te parece?», le había preguntado yo a mi madre. «Yo no me voy a casar con ella. Desde luego, puedes hacer una boda mil veces mejor. Pero creo que a tu abuela no le habría gustado que te influyésemos. En este momento no puedo decirte qué me parece Albertine, simplemente no me parece. Te diré como Mme. de Sévigné: "Tiene buenas cualidades, al menos eso creo. Pero en este comienzo, sólo puedo alabarla por negativas. No es tal cosa, no tiene el acento de Rennes. Con el tiempo quizá diga: es esto[436]". Y siempre me parecerá bien sí ha de hacerte feliz». Pero, precisamente con estas mismas palabras, que dejaban en mis manos la decisión de mi felicidad, mi madre me había puesto en esa situación de duda en que ya había estado cuando, conseguido de mí padre el permiso para ir a ver Phedn y sobre todo de ser literato, me sentí de pronto con una responsabilidad demasiado grande, con el temor a causarle un disgusto, y con esa melancolía que nos invade cuando dejamos de obedecer unas órdenes que, día a día, nos ocultan el futuro, cuando nos damos cuenta de que por ftn hemos empezado a vivir de verdad, como una persona adulta, la vida, la única vida que está a disposición de cada uno de nosotros.

Quizá lo mejor sería esperar un poco, empezar por ver a Albertine como en el pasado para tratar de saber si verdaderamente la amaba. Para distraerla, podría llevarla a casa de los Verdurin, y esto me recordó que yo mismo sólo había ido aquella noche para saber si Mme. Putbus se alojaba en aquella casa o estaba a punto de llegar. En cualquier caso, no participaba en la cena. «A propósito de su amigo Saint-Loup, me dijo Mme. de Cambremer recurriendo a una expresión

que denotaba en sus ideas una mayor coherencia de lo que sus frases hubiesen permitido creer, pues, aunque me hablaba de música, estaba pensando en los Guermantes, ya sabe que todo el mundo habla de su boda con la sobrina de la princesa de Guermantes. Debo decirle que, por lo que a mí se refiere, rodos esos cotilleos mundanos no me dan ni frío ni calor». Me invadió el temor de haber hablado sin simpatía, delante de Robert, de aquella muchacha falsamente original, y de inteligencia tan mediocre como violento era su carácter. No hay noticia de la que nos enteremos que no nos haga lamentar alguna de nuestras palabras. Respondí a Mme. de Cambremer, cosa que por lo demás era cierta, que yo no sabía nada, y que, además, la novia me parecía todavía muy joven. «Quizá por eso aún no es oficiali en todo caso se comenta mucho». — «Prefiero prevenirla», dijo en cono seco Mme. Verdurin a Mme. de Cambremer, que había oído a ésta hablarme de Morel, y creyendo que, cuando había bajado la voz para hablarme del noviazgo de Saint-Loup, seguía hablándome del violinista. «No es musiquilla lo que se hace en esta casa. Como ustedes saben, en arte, los fieles de mis miércoles, mis niños, como yo los llamo, dan miedo de lo avanzados que están, añadió con un tono de orgulloso terror. Hay veces que les digo: "Queridos míos, vais más deprisa que vuestra patrona, que sin embargo nunca ha tenido fama de asustarse ante las audacias". Cada año van un poco más lejos; veo que pronto llegara el día en que no acepten ní a Wagncr ni a d'Indy». — «Pero es magnífico estar avanzado, nunca lo está uno suficiente», dijo Mme. de Cambremer sin dejar de inspeccionar cada rincón del comedor, tratando de distinguir las cosas que había dejado su suegra de las que había llevado Mme. Verdurin, y coger así a ésta en flagrante delito de mal gusto. Mientras tanto, intentaba hablarme del tema que más le interesaba, M. de Charlus. Le parecía conmovedor que protegiese a un violinista. «Parece inteligente». —«Y de una inspiración extraordinaria para un hombre ya algo mayor», dije yo. «¡Mayor? Pues no parece mayor, mire, todavía tiene el cabello joven». (Porque hacía tres o cuatro años el término «cabello» había sido empleado en singular por uno de esos desconocidos que lanzan las modas literarias, y todas las personas bajo la misma longitud de onda de Mme. de Cambremer decían «el cabello», no sin una sonrisa

afectada. En la actualidad todavía se dice «el cabello», pero del exceso del singular renacerá el plural). «Lo que me interesa sobre todo en M. de Charius, añadió, es que se siente en él el don. Debo decirle que a mí la cultura me importa poco. Lo que se aprende no me interesa». Estas palabras no están en contradicción con el valor específico de Mme. de Cambremer, que era precisamente imitado y adquirido. Pero justamente una de las cosas que en ese momento debían saberse era que el saber no es nada y vale menos que un comino comparado con la originalidad. Como el resto, Mme. de Cambremer había aprendido que no hay que aprender nada. «Por eso, me dijo, Brichot, que tiene su lado curioso, porque no le hago ascos a una cierta erudición sabrosa, me interesa sin embargo mucho menos». Pero Brichot en ese momento sólo pensaba en una cosa: al oír que hablaban de música, temblaba ante la idea de que el tema recordase a Mme. Verdurin la muerte de Dechambre. Quería decir algo para alejar ese funesto recuerdo. Le proporcionó la ocasión M. de Cambremer con esta pregunta: «Entonces, ¿los lugares boscosos llevan siempre nombres de animales?» —«Claro que no, respondió Brichot, feliz de poder desplegar sus conocimientos ante tantos nuevos, entre los que yo le había dado la certeza de interesar por lo menos a uno. Basta con ver la cantidad de veces que, hasta en los nombres de personas, se conserva un árbol, lo mismo que un helécho en la hulla. Uno de nuestros padres conscriptos[437] se llama M. de Saulces de Freycinet[438], lo que significa, salvo error, lugar plantado de sauces y de fresnos, salix et fraxinetum[439], su sobrino M. de Sel ves reúne más árboles todavía, puesto que se llama de Selves[440], sylva[441]». A Saniette le encantaba ver que la conversación tomaba un giro tan animado. Como Brichot hablaba rodo el tiempo, podía guardar un silencio que le evitaría ser objeto de las pullas del señor y de la señora Verdurin. Y, más sensible aún en su alegría de verse liberado, se había emocionado al oír M. Verdurin, a pesar de la solemnidad desemejante cena, decirle al mayordomo que pusiera una jarra de agua junto a M. Saniette, que no bebía otra cosa. (Los generales que hacen matar el mayor número de soldados se preocupan de que estén bien

alimentados). Además, Mme. Verdurin había sonreído una vez a Saniette.

Decididamente eran buenas personas. No le torturarían más. En este momento la cena fue interrumpida por un invitado que he olvidado citar[442], un ilustre filósofo noruego que hablaba el francés muy bien pero muy despacio, por la doble razón, primero, de que, por haberlo aprendido hacía poco y no querer cometer errores (cometía sin embargo algunos), se remitía para cada palabra a una especie de diccionario interior; luego porque, como metafísico, pensaba siempre lo que quería decir mientras lo decía, cosa que, incluso en un francés, provoca cierta lentitud. Por lo demás era una criatura deliciosa, aunque semejante en apariencia a muchas otras, salvo en un punto. Aquel hombre de hablar tan lento (había un silencio entre cada palabra) se volvía de una rapidez vertiginosa para escapar nada más despedirse. Tanta precipitación inducía a creer, la primera vez, que le había dado un cólico o una necesidad más apremiante todavía.

«Mi querido… colega, dijo a Brichot, después de haber dilucidado en su interior si "colega" era el término apropiado, tengo una especie de… deseo por saber si hay otros árboles en la… nomenclatura de su bella lengua… francesa… latina… normanda. Madame (quería decir Mme. Verdurin, aunque no se atreviese a mirarla) me ha dicho que sabía usted todo. ¿No es precisamente el momento?» — «No, es el momento de comer», le interrumpió Mme. Verdurin viendo que la cena no acababa nunca. «¡Ah!, bueno, respondió el escandinavo bajando la cabeza hacia su plato, con una sonrisa triste y resignada. Peto debo hacer observar a la señora que si me he permitido esta interrogatoria… perdón, esta interrogativa… es porque mañana debo volver a París para cenar en casa de la Tour d'ATgcnt[443], o en el Hotel Meurice[444]. Mi cofrade… francés… M. Boutroux[445], debe hablarnos de las sesiones de espiritismo… perdón, de las evocaciones espirituosas… que ha controlado». — «No es tan bueno como dicen la Tour d'Argent, concluyó Mme. Verdurin irritada. Algunas veces, he cenado allí de un modo detestable». — «Pero si no me equivoco, los alimentos que se comen en casa de la señora ¿no son de la más fina

cocina francesa?» «Dios mío, no es del todo mala, respondió Mme, Verdurin, ablandada. Y si viene usted el próximo miércoles será mejor». —«Ah, me marcho el lunes para Argel, y desde allí voy al Cabo. Y cuando esté en el Cabo de Buena Esperanza, ya no podré ver a mi ilustre cofrade… perdón, ya no podré ver a mi colega». Y por obediencia, después de haber dado estas excusas retrospectivas, se puso a comer con una rapidez vertiginosa. Pero Brichot estaba demasiado satisfecho de poder exhibir otras etimologías vegetales y respondió, interesando a tal punto al noruego que éste volvió a dejar de comer, aunque haciendo seña de que podían retirarle el plato todavía lleno y pasar al siguiente. «Uno de los Cuarenta[446], dijo Brichot, se llama Houssaye, o lugar plantado de acebos; en el de un fino diplomático, d'Ormesson, encontrará el olmo, el «¿mus caro a Virgilio y que dio su nombre a la ciudad de Ulm; en el de sus colegas, M. de la Boulaye, el abedul; M. d'Aunay, el aliso; M. de Bus— siére, el boj; M. Albaret, el alburno (me prometí decírselo a Céleste); M. de Cholet, la berza; y el manzano es el nombre de M. de la Pommeraye[447], al que oímos de conferenciante, ¿se acuerda, Saniette?, en la época en que el bueno de Porel[448] había sido enviado a los confines del mundo, como procónsul en Odeonía». Al nombre de Saniette pronunciado por Brichot, M. Verdurin lanzó a su mujer y a Cottard una mirada irónica que desconcertó al tímido. «Decía usted que Cholet viene de chou, le dije a Brichot. ¿También viene de chou una estación por la que he pasado antes de llegar a Donciéres, Sainr-Frichoux?» —«No, Sainr—Frichoux es Sanctus Fructuosas, lo mismo que Sanctus Ferreolus da Saint-Fargeau, pero no es en absoluto normando[449]». — «Sabe demasiadas cosas, nos abule», cloqueó dulcemente la princesa. «Hay otros muchos nombres que me interesan, pero no puedo preguntarle todo en una vez». Y volviéndome a Cottard: «¿Ha llegado Mme. Putbus?», le pregunté. «No, a Dios gracias, respondió Mme. Verdurin que había oído mi pregunta. He intentado desviar sus veraneos hacia Venecia, por este año nos hemos librado». — «También yo tendré derecho a dos árboles, dijo M. de Charlus, porque casi tengo alquilada una casita entre Saint-Martin-du-Chéne y Saint-Pierre-des-Ifs[450]». — «Pero si

eso está muy cerca de aquí, espero que venga usted a menudo en compañía de Chartie Morel. Para los trenes bastará con que se ponga de acuerdo con nuestro grupito, está usted a dos pasos de Donciéres», dijo Mme. Verdurin, quien detestaba que no llegasen en el mismo tren y a las horas en que ella enviaba tos coches. Sabía lo dura que era la subida de La Raspeliére, incluso dando un rodeo por los caminos, por detrás de Féterne, lo cual retrasaba media hora el viaje, y temía que algunos, formando grupo aparte, no encontrasen los coches para llevarlos, e incluso que, quedándose en realidad en casa, pudiesen poner el pretexto de no haberlos encontrado en Douville-Féterne, y no haberse sentido con fuerza suficiente para hacer a pie semejante ascensión. A esta invitación, M. de Charlus se limitó a responder Inclinándose en silencio. «No todos los días debe ser soportable, parece poco comunicativo», susurró a Ski el doctor, quien, muy sencillo a despecho de una superficial capa de orgullo, no trataba de ocultar que Charlus le parecía esnob. «Probablemente ignora que en rodas las ciudades termales, e incluso en las clínicas de París, los médicos, para los que naturalmente soy el "gran jefe", tienen a honra presentarme a todos los nobles que están en esos lugares y que conmigo olvidan su altanería. Lo cual hace incluso bastante agradable para mí la estancia en las estaciones balnearias, anadió en tono ligero. Hasta en Donciéres, el mayor del regimiento, que es el médico que trata al coronel, me invitó a almorzar con él diciéndome que habría podido cenar perfectamente con el general. Y este general es un señor de algo. No sé si sus pergaminos son más o menos antiguos que los de este barón». — «No se haga ilusiones, es una corona muy pobre», respondió Ski a media voz, y añadió algo confuso con un verbo del que sólo distinguí las últimas sílabas «arder[451]», ocupado como estaba en escuchar Lo que Brichot le decía a M. de Charlus. «Probablemente no, lamento decírselo, pero no tiene usted más que un solo árbol, porque si Saint-Marcin-du-Chéne es evidentemente Sanctus Martinus juxte quercum[452], en cambio la palabra if puede ser simplemente la raíz ave, eve, que quiere decir húmedo, como en Aveyron, Lodéve, Yvette, y que puede ver sustituir en nuestros éviersde cocina. Es el «eau», que en bretón se dice Ster, Stermaria,

Sterlaer, Sterbouest, Ster-en-Dreuchen[453]». No oí el final porque, por mucho placer que sintiese al oír de nuevo el nombre de Stermaria, a pesar mío oía a Cottard, a cuyo lado estaba sentado, decirle en voz baja a Ski: «¡Ah!, pues no lo sabía. Entonces es un señor que sabe desenvolverse en la vida. ¡Vaya! ¡Es de la cofradía! Sin embargo, no tiene bolsas en los ojos. Tendré que prestar atención a mis pies por debajo de la mesa, sólo faltaría que se colase por mí. De todos modo, no me sorprende más que a medias. Veo a varios nobles en la ducha, en traje de Adán, son más o menos unos degenerados. No les dirijo la palabra porque en última instancia yo soy funcionario y eso podría perjudicarme». Saniette, a quien la interpelación de Brichot había asustado, empezaba a respirar como quien, temeroso de la tormenta, ve que al relámpago no le ha seguido ningún trueno, cuando oyó a M. Verdurin hacerle una pregunta sin dejar de dirigirle una mirada que no se apartaba del infeliz mientras hablaba, para así desconcertarle de inmediato y no darle tiempo a reponerse. «Pero usted, Saniette, siempre nos había ocultado que frecuentaba las matinéesded Odéon». Temblando como un recluta ante un sargento torturador, Saniette respondió, reduciendo al máximo las dimensiones de su frase para que tuviese mayor probabilidad de escapar a los golpes: «Una vez, en La Cherchense[454]». —«¿Qué dice?», chilló M. Verdurin en un tono a la vez asqueado y furioso, frunciendo el ceno como si no le bastara roda su atención para comprender algo ininteligible. «En primer lugar, no se entiende lo que dice, ¿qué tiene usted en la boca?», preguntó M. Verdurin cada vez más violento, y aludiendo ál defecto de pronunciación de Saniette. «Pobre Saniette, no quiero que le haga usted sufrir», dijo Mme. Verdurin en un tono de falsa compasión y para que nadie pudiese dudar de la intención insolente del marido. «Estaba en la Ch… Che…»— «Che, che, intente hablar claro, dijo M. Verdurin, ni siquiera le enciendo». Casi ninguno de los fieles contenía la risa y parecían una banda de antropófagos en quienes una herida en un blanco hubiese despertado el gusto por la sangre. Porque el instinto de animación y la ausencia de valor gobiernan tanto las sociedades como las multitudes. Y todo el mundo se ríe de alguien cuando ve que se burlan de él, sin perjuicio de venerarlo diez años

más tarde en un ambiente donde lo admiran. De esa misma manera expulsa o aclama el pueblo a los reyes. «Venga, no es culpa suya», dijo Mme. Verdurin. —«Tampoco mía, no se cena fuera de casa cuando no está uno en condiciones de articular». — «Iba por la Chercheuse d'esprit de Favart». —«Pero, ¿cómo? ¿Es La Chercheuse d'esprit lo que usted llama La Chercheuse? ¡Ah!, extraordinario, habría podido estar cien años buscando sin descubrirlo», exclamó M. Verdurin, quien sin embargo, si hubiese oído a alguien decir el título completo de determinadas obras, habría juzgado sin vacilación que no era culto, ni artista, que «no era de los suyos». Por ejemplo, había que decir El enfermo, El burgués; y quienes hubiesen añadido imaginario o gentilhombre[455] habrían demostrado que no eran «del gremio», del mismo modo que, en un salón, una persona demuestra no pertenecer al gran mundo cuando dice: M. de Montes— quiou-Fezensac en vez de M. de Montesquiou. «Pues no es tan extraordinario», dijo Saniette sofocado por la emoción, pero sonriendo aunque no tuviese ganas. Madame Verdurin no pudo contenerse: «¡Oh!, sí, exclamó burlona. Puede estar seguro de que nadie en el mundo habría podido adivinar que se tratase de La Chercheuse d'esprit». El señor Verdurin prosiguió con voz dulce y dirigiéndose al mismo tiempo a Saniette y a Brichot: «Por lo demás, La Chercheuse d'esprit es una comedia graciosa». Pronunciada en tono serio, esta sencilla frase, en la que no se podía encontrar rastro alguno de maldad, hizo tanto bien a Saniette y provocó en él tanta gratitud como un gesto amable. No pudo proferir una sola palabra y guardó un silencio satisfecho. Brichot fue más locuaz. «Es cierto, respondió a M. Verdurin, y si la hiciesen pasar por la obra de algún autor sármata o escandínavo, podrían proponer la candidatura de La Chercheuse desprit al puesto vacante de obra maestra. Pero, dicho sea sin faltar al respeto a los manes del delicado Favart, su temperamento no era ibseniano. (Inmediatamente se ruborizó hasta las orejas pensando en el filósofo noruego, quien tenía un aire infeliz porque trataba inútilmente de identificar qué vegetal podía ser el boj que Brichot había citado poco antes a propósito de Bussiére). Además, dado que en la actualidad la satrapía de Porel está ocupada por un funcionario

que es un tolstoiano de rigurosa observancia[456], podría ocurrir que viésemos Ana Karenina o Resurrección bajo el arquitrabe odeoniano[457]». —«Ya sé a qué retrato de Favart[458]> se refiere, dijo M. de Charlus. He visto un apunte bellísimo en casa de la condesa Molé». El nombre de la condesa Molé produjo fuerte impresión en Mme. Verdurin. «¡Ah!, va usted a casa de Mme. de Molé», exclamó. Pensaba que se decía «la condesa Molé», «madame Molé», simplemente por abreviar, como oía decir los Rohan, o, por desdén, como ella misma decía, madame La Trémoílle. No dudaba de que la condesa Molé, que conocía a la reina de Grecia[459] y a la princesa de Caprarola, tuviese más derecho que nadie a la partícula, y por una vez estaba decidida a concedérsela a una persona tan brillante y que se había mostrado muy amable con ella. Por eso, para subrayar que se había expresado así a propósito y no regateaba ese «de» a la condesa, continuó: «¡Pues yo no tenía ni idea de que conociese usted a Madame de Molé!», como si hubiese sido doblemente extraordinario que M. de Charlus conociese a aquella dama y Mme. Verdurin no supiese que él la conocía. Pero la alta sociedad, o por lo menos lo que M. de Charlus así denominaba, forma un todo relativamente homogéneo y cerrado. Aunque es comprensible que en la inconexa inmensidad de la burguesía un abogado diga a alguien que conoce a un compañero suyo de colegio: «Pero ¿cómo diablos conoce usted a fulano?», maravillarse en cambio de que un francés conozca el sentido de la palabra templen o firetu apenas sería más extraordinario que admirar las circunstancias que habían podido relacionar a M. de Charlus con la condesa Molé. Además, aun cuando tal conocimiento no derivase de forma completamente natural de las leyes mundanas, si hubiera sido gratuito, ¿por qué había de extrañar que Mme. Verdurin Lo ignorase si era la primera vez que veía a M. de Charlus, y si sus relaciones con Mme. Molé estaban lejos de ser la única cosa que no supiese sobre él, de quien, a decir verdad, no sabía nada? «¿Quién interpretaba esa Chercheuse d'esprit, mi querido Saniette?», preguntó M. Verdurin. Pese a darse cuenta deque la tormenta había pasado, el antiguo archivero dudaba en responder:

«Pero es que le intimidas, dijo Mme. Verdurin, te burlas de todo lo que dice, y luego quieres que responda. Vamos, diga quién lo interpretaba. Le daremos galantina para que se la lleve», añadió Mme. Verdurin, haciendo una malévola alusión a la ruina en que el propio Saniette se habla precipitado queriendo salvar a un matrimonio amigo. «Sólo recuerdo que era Mme. Samary[460], que hacía la Zerbina[461]», dijo Saniette. «¿La Zerbina? Y eso ¿qué es?», exclamó M. Verdurin como si hubiese un incendio. «Es un tipo del viejo repertorio, piense en Le Capdaine Fracasse, como si dijéramos el Salramonrañas, el Pedante[462]». —«¡Ah!, el pedante es usted. ¡La Zerbina! Pero si está chiflado», exclamó M. Verdurin. Madame Verdurin miró a sus invitados riendo como para disculpar a Saniette. «La Zerbina, se figura que todo el mundo sabe enseguida qué quiere decir eso. Es usted como M. de Longepierre, el hombre más estúpido que conozco, que el otro día nos decía familiarmente "el Banato". Nadie supo a qué se refería. Hasta que terminamos enterándonos de que era una provincia de Serbia[463]». Para poner fin al suplicio de Saniette, que me hacía más daño que a él, pregunté a Brichor si sabía qué significaba Balbec. «Balbec es probablemente una corrupción de Dalbec[464], me dijo. Habría que poder consultar los mapas de los reyes de Inglaterra, soberanos de Nor— mandía, porque Balbec dependía de la baronía de Douvres, y por eso se decía a menudo Balbec d'Outre-Mer, Balbec-en-Terre. Pero la baronía de Douvres dependía a su vez del obispado de Bayetut, y a pesar de los derechos que momentáneamente tuvieron los templarios sobre la abadía[465] a partir de Louis d'Harcourt[466], patriarca de Jerusalén y obispo de Bayeux, fueron los obispos de esta diócesis los coladores de los bienes de Balbec. Es lo que me ha explicado el decano de Douville, hombre calvo, elocuente, quimérico y buen gastrónomo, que vive en la obediencia de Brillat-Savarin[467], y me ha expuesto en términos un tanto sibilinos algunas inciertas teorías pedagógicas a la vez que me hacía comer unas admirables patatas fritas». Mientras Brichot sonreía para demostrar lo inteligente que era unir cosas tan dispares y emplear para cosas comunes un lenguaje irónicamente elevado, Saniette trataba de colocar alguna ocurrencia ingeniosa que pudiese levantarlo

de su reciente postración. La ocurrencia ingeniosa era lo que se llamaba un «poco más o menos», pero había cambiado de forma porque hay una evolución para los juegos de palabras lo mismo que para los géneros literarios, las epidemias, que desaparecen reemplazadas por otras, etc. Antes, la forma del «poco más o menos» era el «colmo». Pero ahora estaba obsoleta, ya no la empleaba nadie, sólo Cottard decía todavía algunas veces en medio de una partida de «piquet»; «¿Saben cuál es el colmo de la distracción? Confundir el edicto de Nantes con una inglesa—[468]». Los colmos habían sido sustituidos por los apodos. En el fondo, seguía siendo el viejo «poco más o menos», pero como el apodo estaba de moda nadie se daba cuenta. Por desgracia para Saniette, cuando aquellos «poco más o menos» no eran suyos y por regla general el cogollito no los conocía, los decía de una forma tan tímida que, a pesar de las risas con que los remataba para señalar su carácter humorístico, nadie los comprendía. Y si en cambio la ocurrencia era suya, como la mayoría de las veces se le había ocurrido hablando con uno de los fieles, éste la había repetido apropiándosela, y entonces ya era conocida, pero no como de Saniette. Por eso, cuando aventuraba alguna de éstas, era reconocida, pero, aunque era el autor, le acusaban de plagio. «Ahora bien, continuó Brichot, bec en normando es arroyo; está la abadía del Bec[469]; Mobec, el arroyo del pantano (moro roer quería decir pantano, como en Morville, o en Bricquemar, Alvimare, Cambremer); Bricquebec, el arroyo de la altura, que viene de briga[470], lugar fortificado, como en Bricqueville, Bricquebosc, el Bric, Briand, o bien brice, puente, que es lo mismo que Bruje en alemán (Innsbruck) y que en inglés bridge, que remata tantos nombres de lugares (Cambridge, etc.) Siguiendo con Normandía, tenemos muchos otros bec: Caudebec, Bolbec, el Robec, el Bec-Hellouin, Becquerel. Es la forma normanda del germano Bach, Offenbach, Anspach. Varaguebec, del viejo término varaigíte, equivalente de vedado, bosque, estanques reservados. En cuanto a dal continuó Brichot, es una forma de Thal, valle: Darnetal, Rosendal, e incluso, cerca de Louviers, Becdal. El río que ha dado su nombre a Dalbec es, por cierto, encantador. Visto desde una falaise (faisán alemán, no lejos de aquí, en un alto, tenemos

la bonita población de Falaise), parece estar cerca de las agujas de la iglesia, situada en realidad a gran distancia, y parece que las refleja». — «Lo creo, dije yo, es un efecto que le gusta mucho a Elstir. He visto en su casa varios apuntes». —«¡Elstir! ¿Conoce usted a Tiche[471]?, exclamó Mme. Verdurin. ¿Sabe que yo le he conocido muy íntimamente? Gracias al cielo, ya no le veo. Pero pregunte, pregunte a Cottard, a Brichot, tenía cubierto en mi casa, venía todos los días. Y puede decirse que es uno al que no le ha ido nada bien dejando nuestro cogollito. Luego le enseñaré unas flores que pintó para mí; verá qué diferencia con lo que hace hoy y que a mí no me gusta nada, ¡pero nada de de nada! ¡Y pensar que le había encargado hacer un retrato de Cottard, aparte de todos los cuadros que pintó inspirándose en mí!» —«Y al profesor le había puesto el pelo color malva, dijo Mme, Cottard, olvidando que entonces su marido ni siquiera era profesor auxiliar. ¿Le parece a usted, señor, que mi marido tiene el pelo color malva?» —«Eso no importa, dijo Mme. Verdurin levantando el mentón en señal de desprecio hacia Mme. Cottard y de admiración por la persona de quien estaba hablando, era obra de un formidable colorista, de un pintor excelente. Pero no sé, añadió dirigiéndose de nuevo a mí, si usted llama pintura a eso, a todas esas grandes diabluras de composición, a esas grandes máquinas que expone desde que ya no viene a mi casa. Yo a eso lo llamo chafarrinón, son vulgaridades, y además le falta relieve, personalidad. Hay un poco de todo el mundo en esos cuadros». — «Recupera la gracia del Xvni, pero moderna, dijo precipitadamente Saniette, tonificado y repuesto gracias a mi amabilidad. Pero prefiero a Helleu[472]». —«No tiene nada que ver con Helleu», dijo Mme. Verdurin. «Pero si es un siglo XVIII febril. Es un Watteau a vapor», y se echó a reír. «¡Oh!, conocido y requeteco— nocido, hace años que me lo sirven una y otra vez, dijo M. Verdurin, a quien Ski ya se lo había contado tiempo atrás, pero como cosa suya. Qué mala suerte, para una vez que pronuncia de modo inteligible algo realmente divertido, no es suyo». —«Me da pena, continuó Mme. Verdurin, porque era un artista dotado, ha echado a perder un excelente temperamento de pintor. ¡Ah!, si se hubiese quedado aquí. Se habría convertido en el

primer paisajista de nuestro tiempo. ¡Y ha sido una mujer la que le ha hecho caer tan bajo! No me sorprende, por otra parte, porque el hombre era agradable, pero vulgar. En el fondo era un mediocre. Debo decirle que me di cuenca enseguida. En el fondo nunca me interesó. Le apreciaba, eso fue todo. Para empezar, ¡era un sucio! ¿Le gustan a usted las personas que no se lavan nunca?» —«¿Qué es esta cosa de tonalidad tan delicada que estamos comiendo?», preguntó Ski. «Se llama motase de fresa», dijo Mme. Verdurin. «Pues está ex-qui-si— to. Habría que descorchar unas botellas de château-margaux, de château-lafite, de oporto». — «No puedo decirle cómo me divierte, él sólo bebe agua», dijo Mme. Verdurin para disimular, bajo la delicia que encontraba en aquella fantasía, el terror que le inspiraba tanta prodigalidad. «Pues no para beber, continuó Ski, nos llenará usted todos los vasos, traerán unos melocotones maravillosos, unos griñones enormes, frente al sol poniente; será fastuoso como un bello Veronés». — «Y costará casi igual de caro», murmuró M. Verdurin. «Pero llévense esos quesos tan feos de color», dijo Ski tratando de retirar el plato del Patrón, que defendió su gruyere con todas sus fuerzas. «Ya comprenderá usted que no echo de menos a Elstir, me dijo Mme. Verdurin, éste tiene más talento. Elstir es el trabajo, el hombre que no sabe dejar la pintura cuando tiene ganas de hacerlo. Es el estudiante modelo, el animal de oposiciones. Ski, en cambio, sólo piensa en su fantasía. Podrá verle encender su cigarrillo en mitad de la cena». — «Pensándolo bien, no sé por qué no quiso recibir usted a su mujer, dijo Cottard, él estaría aquí como antes». — «¿Quiere ser usted más educado? Yo no recibo a pelanduscas, señor profesor», dijo Mme. Verdurin, que en realidad había hecho todo lo posible para que Elstir volviese, incluso con su mujer. Pero, antes de que estuviesen casados, había tratado de sembrar la discordia entre ellos, le había dicho a Elstir que la mujer que amaba era estúpida, sucia, frívola, que había robado. Por una vez no había conseguido que rompiesen. Fue con el salón Verdurin con lo que Elstir había roto; y se felicitaba por ello igual que los conversos bendicen la enfermedad o los reveses que les han obligado al retiro y les han hecho conocer la vía de la salvación. «Es genial el profesor, dijo la Patrona. Diga más bien que mi salón es una casa de citas. Cualquiera diría que no sabe lo que es Mme. Elstir.

¡Antes preferiría recibir a la última de las putas! ¡Ah!, no, de esa agua no voy a beber. Debo decirle, además, que habría tenido que ser muy estúpida para tragar a la mujer cuando el marido ya no me interesa, está pasado de moda, y ni siquiera sabe dibujar». — «Es sorprendente en un hombre de esa inteligencia», dijo Cottard. «¡Oh!, no, respondió Mme. Verdurin, incluso en la época en que tenía talento, porque ese granuja lo tuvo para dar y tomar, lo que irritaba en él era su falta de inteligencia». Para emitir este juicio sobre Elstir, Mme. Verdurin no había esperado a su pelea con él ni a que no le gustase ya su pintura. Era que, incluso en los tiempos en que formaba parte del grupito, Elstir pasaba días enteros con alguna otra mujer que, con razón o sin ella, a Mme. Verdurin le parecía una «pava», conducta impropia, asu juicio, de un hombre inteligente. «No, prosiguió en tono ecuánime, creo que su mujer y él están hechos el uno para el otro. Dios sabe que no conozco criatura más aburrida en el mundo y que me volvería loca si tuviese que pasar dos horas con ella. Pero dicen que a él le parece muy inteligente. La verdad, hay que confesarlo, ¡nuestro Ticheera sobre todo excesivamente tonta/Le he visto quedarse boquiabierto ante personas que ustedes ni se imaginan, auténticos imbéciles que nunca habríamos admitido en nuestro pequeño clan. Y él les escribía, discutía con ellas, ¡él, Elstir! Eso no quita que tuviese cosas encantadoras, ¡ah!, encantadoras, encantadoras y deliciosamente absurdas, desde luego». Y es que Mme. Verdurin estaba convencida de que los hombres realmente notables hacen mil locuras. Idea falsa en la que sin embargo hay algo de verdad. Desde luego, las «locuras» de la gente son insoportables. Pero un desequilibrio que sólo se descubre a la larga es consecuencia de la aparición en un cerebro humano de delicadezas para las que habitualmente no está preparado. De modo que las rarezas de la gente encantadora exasperan, pero apenas hay personas encantadoras que no sean, además, raras. «Venga, voy a poder enseñarle ahora mismo sus flores», me dijo viendo que su marido le hacía seña de que podíamos levantarnos de la mesa. Y volvió a coger el brazo de M. de Cambremer. Nada más dejar a Mme. de Cambremer, M. Verdurin quiso disculparse con M. de Charlus y exponerle sus razones, sobre todo por el placer de conversar sobre aquellos matices mundanos con un hombre de título,

inferior momentáneamente a quienes le asignaban el puesto al que, según ellos, tenía derecho. Pero antes quiso demostrar a M. de Charlus que intelectualmente lo estimaba demasiado para pensar que pudiese prestar atención a semejantes bagatelas. «Perdóneme por hablarle de estas naderías, empezó diciendo, porque supongo que no le importan nada. Los espíritus burgueses les prestan atención, pero a los otros, a los artistas, a la personas que verdaderamente lo son, les importan un bledo. Y desde las primeras palabras que hemos cruzado, ¡he comprendido que usted lo era!» El señor de Charlus, que daba a esa locución un sentido muy distinto, se sobresaltó. Después de los guiños del doctor, la injuriosa franqueza del Patrón le dejaba sin aliento. «No proteste, mi querido señor, usted lo es, está claro como el día, continuó M. Verdurin. Tenga en cuenta que no sé si usted se dedica a este o aquel arte, pero eso no es necesario y no siempre resulta suficiente. Dechambre, que acaba de morir, tocaba perfectamente con la técnica más robusta, pero no lo era, se notaba enseguida que no lo era. Brichot no lo es. Motel lo es, mi mujer lo es, siento que usted lo es…» —«¿Qué iba a decirme?», le interrumpió M. de Charlus que empezaba a tranquilizarse sobre lo que M. Verdurin quería decir, pero que prefería que gritase más bajo aquellas palabras de doble sentido. «Nos hemos limitado a ponerle a la izquierda», respondió M. Verdurin. Con una sonrisa comprensiva, bonachona e insolente, M. de Charlus contestó: «¡Bah! ¡Eso no tiene ninguna importancia aquí!» Y soltó una risita suya muy peculiar —una risa que probablemente le venía de alguna abuela bávara o lorenesa, quien a su vez la había heredado, totalmente idéntica, de alguna antepasada, de suerte que sonaba así, inmutable, desde hacía no pocos siglos en antiguas pequeñas corres de Europa, y podía degustarse su calidad, preciosa como la de ciertos instrumentos antiguos que se habían vuelto rarísimos. Hay momentos en que, para pintar completamente a alguien, sería preciso que a la descripción se añadiese la imitación fonética, y la del personaje encarnado por Ni, de Charlus corría el riesgo de ser incompleta por faltarle esa risita tan fina, tan ligera, del mismo modo que ciertas obras de Bach nunca se interpretan exactamente porque a las orquestas les faltan esas «pequeñas trompetas» de sonido tan peculiar, para las que el autor escribió tal o

cual partitura. «Pero, explicó M. Verdurin ofendido, ha sido intencionado. Yo no le doy ninguna importancia a los títulos nobiliarios», añadió, con esa sonrisa desdeñosa que he visto a tantas personas que he conocido, contrariamente a mi abuela y a mi madre, reservar para todas las cosas que no poseen, frente a otros que de este modo, según creen, no podrán utilizarlas como arma de superioridad sobre ellos. «Pero, en fin, como precisamente estaba M. de Cambremer que es marqués, y como usted sólo es barón…» —«Permítame, respondió M. de Charlus con altanería a un M. Verdurin atónito, también soy duque de Brabante[473], doncel de Montargis[474], príncipe d'Oléron[475], de Carency, de Viareggio[476] y de las Dunas[477]. Por lo demás no tiene la menor importancia. No se atormente, añadió recobrando su fina sonrisa, que se derramó sobre estas últimas palabras: enseguida me he dado cuenta de que no estaban ustedes acostumbrados».

Madame Verdurin se me acercó para enseñarme las flores de Elstir. Si el hecho, indiferente desde hacía tiempo para mí, de cenar fuera, me había procurado en cambio, en la forma enteramente nueva de un viaje a lo largo de la costa seguido de una ascensión en coche hasta doscientos metros sobre nivel del mar, una especie de embriaguez, ésta no se había disipado en La Raspeliére. «Eh, mire esto, me dijo la Patrona mostrándome unas grandes y magníficas rosas de Elstir, pero cuyo untuoso escariara y cuya batida blancura resaltaban con un relieve un tanto cremoso sobre la jardinera donde estaban puestas. ¿Cree usted que ahora tendría bastante mano para copiarlo? ¡Qué fuerte es! Y además, hermoso como materia, sería divertido manosearlo. No puedo decirle lo divertido que era vérselas pintar. Se notaba que le interesaba buscar ese efecto». Y la mirada de la Patrona se detuvo, soñadora, en aquel regalo del artista donde se encontraban resumidos, no sólo su gran talento, sino su larga amistad que ahora sobrevivía únicamente en aquellos recuerdos que le había dejado; detrás de las flores que, tiempo atrás, Elstir había cogido para ella, Mme. Verdurin creía ver de nuevo la hermosa mano que las había pintado, una mañana, en toda su lozanía, tanto que, las unas sobre la mesa, la otra apoyada en un sillón del comedor, hubieran podido

parecer frente a frente, para el almuerzo de la Pattona, las rosas todavía vivas y su retrato, a medias fiel. Sólo a medias, porque Elstir no podía mirar una flor sin trasplantarla antes a ese jardín interior en el que siempre estamos obligados a permanecer. Había plasmado en aquella acuarela la aparición de las rosas que había visto y que sin él nunca se hubieran conocido; de modo que puede decirse que era una variedad nueva con la que aquel artista, como un ingenioso floricultor, había enriquecido la familia de las rosas. «Desde el día en que dejó el cogollito, ha sido un hombre acabado. Parece que mis cenas le hacían perder el tiempo, que yo perjudicaba el desarrollo de su genio, dijo en tono irónico. ¡Como si el trato con una mujer como yo pudiera no ser saludable para un artista!», exclamó en un arrebato de orgullo. Muy cerca de nosotros, M. de Cambremer, que ya estaba sentado, esbozó, al ver a M. de Charlus de pie, el ademán de levantarse y cederle su silla. Este ofrecimiento quizá correspondía sólo, en el pensamiento del marqués, a una intención de vaga cortesía. El señor de Charlus prefirió atribuirle el significado de un deber que el simple gentilhombre sabía que tenía que tributar a un príncipe, y pensó que la mejor manera de afirmar su derecho a esa precedencia era declinarla. Por eso exclamó: «Pero ¡qué hace! ¡Se lo ruego! ¡No faltaba más!» El tono astutamente vehemente de la protesta ya tenía algo muy «Guermantes», más acusado todavía por el gesto imperioso, inútil y familiar con que M. de Charlus cargó el peso de ambas manos, y como para obligarle a volver a sentarse, en los hombros de M. de Cambremer, que no se había levantado: «¡De ninguna manera, querido!, insistió el barón; pues sólo faltaría eso! ¡No hay ninguna razón! En nuestra época, eso se reserva para los príncipes de sangre». No impresioné más a los Cambremer que a Mme. Verdurin con mi entusiasmo por su casa. Porque permanecía frío ante las bellezas que me señalaban, y me exaltaba ante unas reminiscencias confusas; a veces, incluso, les confesaba mi decepción al encontrar alguna cosa poco conforme con lo que su fama me había hecho imaginar. Provoqué la indignación de Mme. de Cambremer al decirle que había creído que aquello era más campo. En cambio me detuve extasiado para aspirar el perfume de un aire colado que pasaba por la puerta. «Veo que le gustan las corrientes de aire», me dijeron.

Mi elogio al trozo de lustrina verde que tapaba un cristal roto no tuvo más éxito[478]. «¡Pero qué horror!», exclamó la marquesa. El colmo fue cuando dije: «Mi mayor alegría ha sido al llegar. Cuando he oído resonar mis pasos en la galería, he creído entrar en no sé qué oficina de alcaldía de pueblo donde está el mapa del distrito». Esta vez, Mme. de Cambremer me volvió decididamente la espalda.

«¿No le parece que, en conjunto, no lo hemos arreglado mal del todo?, le preguntó su marido con la misma solicitud compasiva que si hubiese preguntado a su mujer cómo había soportado una ceremonia triste. Hay cosas bonitas». Pero como la malevolencia, cuando las reglas fijas de un gusto seguro no le imponen límites inevitables, encuentra todo merecedor de crítica tanto en la persona como en la casa de quienes os han suplantado: «Sí, pero no están en su sitio. Y, después de todo, ¿son de veras tan bonitas?» —«¿Se ha fijado?, dijo M. de Cambremer con una melancolía templada por cierta firmeza, ¡hay telas de Jouy[479] que enseñan la cuerda, y cosas muy gastadas en este salón!» —«Y esa pieza de paño de grandes rosas, como la colcha de una campesina», dijo Mme. de Cambremer, cuya cultura totalmente postiza sólo se aplicaba a la filosofía idealista, a la pintura impresionista y a la música de Debussy. Y para no hacer su requisitoria únicamente en nombre del lujo, sino también del gusto: «¡Y han puesto burletes en las ventanas! ¡Qué falta de estilo! ¿Qué quiere usted? Estas gentes no saben, ¿dónde han podido aprender? Deben de ser grandes comerciantes retirados. Para lo que son, no está demasiado mal». — «Los candelabros me han parecido bonitos», dijo el marqués, sin que pudiera saberse por qué hacía una excepción con los candelabros, lo mismo que, cada vez que se hablaba de una iglesia, fuese la catedral de Chartres, de Reims, de Amiens, o la iglesia de Balbec, lo que siempre se apresuraba a citar como admirables eran: «la caja del órgano, el púlpito y las obras de misericordia». «Y del jardín, mejor no hablemos, dijo Mme. de Cambremer, Es un crimen. Esos caminos todo torcidos». Aproveché que Mme. Verdurin estaba sirviendo el café para ir a echar una ojeada a la carta que M. de Cambremer me había entregado, y en la que su madre me invitaba a cenar. Con nada de tinta, la escritura reflejaba una individualidad

que desde ese momento sería reconocible para mí entre todas, sin que fuese necesario recurrir a la hipótesis de plumas especiales, como tampoco necesita el pintor colores raros y misteriosamente fabricados para expresar su visión original. Hasta un paralítico aquejado de agrafía después de un ataque y reducido a mirar los caracteres como un dibujo sin poder leerlos, habría comprendido que Mme. de Cambremer pertenecía a una vieja familia en la que el cultivo entusiasta de las letras y las artes había dado un poco de aire a las tradiciones aristocráticas. También habría adivinado a qué años poco más o menos había aprendido simultáneamente la marquesa a escribir y a tocar a Chopin. En la época en que las personas de buena educación observaban la regla de ser amables y la denominada de los tres adjetivos, Mme. de Cambremer combinaba las dos. Un adjetivo elogioso no le bascaba, lo hacía seguir (después de una pequeña pausa) de un segundo adjetivo, y después (tras una segunda pausa) de un tercero. Pero lo que le era peculiar es que, contrariamente al objetivo social y literario que se proponía, la sucesión de tres epítetos revestía en las esquelas de Mme. de Cambremer el aspecto no de una progresión, sino de un diminuendo. En esa primera carta Mme. de Cambremer me dijo que había visto a Sainr-Loup y había apreciado más que nunca sus cualidades «únicas —raras— reales», y que él debía volver con un amigo (precisamente el que estaba enamorado de la nuera), y que si yo quería ir con o sin ellos a cenar a Féterne, estaría «encantada — feliz-contenta». Quizá porque el deseo de ser amable no era igualado en ella por la fertilidad de la imaginación y por la riqueza del vocabulario, aquella señora, decidida a lanzar tres exclamaciones, carecía de fuerza para expresar en la segunda y la tercera otra cosa que un eco debilitado de la primera. Si hubiese llegado a haber un cuarto adjetivo, de la amabilidad inicial no habría quedado nada. Finalmente, merced a cierta sencillez refinada que no debía de haber dejado de producir cierta impresión considerable en la familia e incluso en el círculo de sus relaciones, Mme. de Cambremer había tomado la costumbre de sustituir la palabra «sincero», que podía acabar teniendo un aire falso, por la de «verdadero». Y para demostrar que se trataba realmente de algo sincero, rompía el orden convencional que hubiera puesto «verdadero» antes del sustantivo y

lo plantaba audazmente detrás. Sus cartas terminaban con: «Crea en mi amistad verdadera». «Crea en mí simpatía verdadera». Por desgracia, su lenguaje había llegado a ser tan formulario que esa afectación de franqueza daba más la impresión de falsa cortesía que las fórmulas antiguas, en cuyo sentido ya no pensamos. Me perturbaba además en mi lectura el ruido confuso de las conversaciones, dominado por la voz más alta de M. de Charius, que no había dejado su tema y decía a M. de Cambremer: «Me recordaba usted, queriendo que ocupase yo su sitio, a un señor que esta mañana me ha enviado una carta poniendo como dirección: "A su Alteza el barón de Charius", y que empezaba: "Señor"». — «Cierto, su corresponsal exageraba un poco», comentó M. de Cambremer entregándose a una hilaridad discreta. El señor de Charius la había provocado; no la compartió. «Pero en el fondo, querido, contestó, fíjese que, heráldicamente hablando, es él quien está en lo cierto, y no lo convierto en una cuestión personal, como puede suponer. Estoy hablando como si se tratase de otro. Pero qué quiere, la historia es la historia, no podemos hacer nada y no está en nuestra mano rehacerla. No le citaré al emperador Guillermo, que, en Kicl, no dejó nunca de tratarme de Monseñor[480]. He oído decir que llamaba así a todos los duques franceses, lo cual es abusivo y quizá se trate simplemente de una delicada atención que, por encima de nuestra cabeza, apunta a Francia». — «Delicada y más o menos sincera», dijo M. de Cambremer. «¡Ah!, no comparto su opinión. Observe que, personalmente, un señor de último rango como ese Hohenzollern[481], además de protestante y de haber desposeído a mi primo el rey de Hannover[482], no es como para agradarme, añadió M. de Charius, a quien parecía interesar más el Hannover que Alsacia-Lorena. Pero creo profundamente sincera la inclinación del emperador hacia nosotros. Los imbéciles le dirán que es un emperador de opereta. Es, en cambio, maravillosamente inteligente. No entiende de pintura, y ha obligado a Tschudi[483] a retirar los Elstir de los museos nacionales. Pero a Luis XTV no le gustaban los maestros holandeses, también le entusiasmaba el boato, y en última instancia fue un gran monarca. Además, Guillermo II ha armado a su país desde el punto de vista

militar y naval como no hizo Luis XIV, y espero que su reino no conozca nunca los reveses que ensombrecieron, hacia su final, el reinado de aquel a quien vulgarmente llaman el Rey Sol. La República ha cometido un gran error, a mi parecer, rechazando las amabilidades del Hohenzollern, o devolviéndoselas sólo con cuentagotas. Él mismo se da perfecta cuenta y dice, con ese don de expresión que tiene: "Lo que quiero es un apretón de manos, no un sombrerazo[484]. Como hombre, es vil; ha abandonado, entregado, renegado de sus mejores amigos en unas circunstancias en las que su silencio ha sido tan miserable como grande el de ellos, continuó M. de Charius, que, dejándose llevar siempre por su inclinación, se deslizaba hacia el caso Eulenburg[485] y recordaba las palabras que le había dicho uno de los inculpados de mayor rango: "Mucha ha de ser la confianza que tiene el emperador en nuestra delicadeza para haberse atrevido a permitir semejante proceso. Pero desde luego no se ha engañado al confiar en nuestra discreción. Hasta en el cadalso habríamos cerrado la boca". Pero todo esto no tiene nada que ver con lo que se quería decir, a saber, que en Alemania nosotros, príncipes mediatizados, somos Durchlaucht[486], y que en Francia nuestro rango de Alteza era reconocido públicamente. Saint-Simon sostiene que lo cogimos por abuso[487], pero se equivoca de medio a medio. La razón que aduce, a saber, que Luis XIV nos prohibió llamarle Cristianísimo Rey, y nos ordenó llamarle Rey a secas[488], demuestra simplemente que dependíamos de él y no que tuviésemos la calidad de príncipe. De no ser así, habría habido que negársela al duque de Lorena y a tantos otros[489]. Por otra parte, varios de nuestros títulos proceden de la Casa de Lorena a través de Thérése d'Espinoy, mi bisabuela, que era hija del doncel de Commetcy[490]». Dándose cuenta de que Motel le escuchaba, M. de Charlus desarrolló con mayor amplitud las ratones de su pretensión. «Como he hecho notar a mi hermano, no es en la tercera parte del Gotha, sino en la segunda, por no decir en la primera[491], donde debería figurar la noticia histórica de nuestra familia, dijo sin darse cuenta de que Morel no sabía lo que era el Gotha. Pero es a él a quien eso atañe, es mi jefe de armas, y desde el momento en que le parece bien así y no pone objeciones, a mí no me

queda más que cerrar los ojos». — «El señor Brichot me ha interesado mucho», le dije a Mme. Verdurin, que venía hacia mí, guardándome la carta de Mme. de Cambremer en el bolsillo. «Es una mente cultivada y un buen hombre, me respondió en tono frío. Le falta evidentemente originalidad y gusto, tiene una memoria terrible. De los "abuelos" de las personas que tenemos aquí esta noche, los emigrados, se decía que no habían olvidado nada[492]. Pero tenían por lo menos la excusa, dijo apropiándose de una expresión de Swann, de que no habían aprendido nada. Brichot, en cambio, lo sabe todo, y nos lanza a la cabeza, durante la cena, pilas de diccionarios. Creo que ya no ignora usted nada del significado del nombre de tal ciudad o de tal pueblo». Mientras Mme. Verdurin hablaba, pensaba yo que me había prometido preguntarle algo, pero no conseguía acordarme de qué era. «Estoy seguro de que están hablando de Brichot, dijo Ski. ¡Jo!, Chantepie, y Freycinet… no le ha perdonado nada. Yo la estaba mirando, mi querida Parrona». —«Ya me he dado cuenta, y poco me ha faltado para explotar». Hoy no podría decir cómo iba vestida Mme. Verdurin aquella noche. Quizá tampoco lo sabía en aquel momento, porque no tengo espíritu de observación. Pero dándome cuenta de que su toilette no carecía de pretensiones, le dije algo amable e incluso admirativo. Era como casi todas las mujeres, convencidas de que el cumplido que se les hace es la estricta expresión de la verdad y un juicio emitido imparcial, irresistiblemente, como si se tratase de un objeto artístico y no tuviese nada que ver con una persona. De ahí que, con una seriedad que me hizo ruborizarme por mi hipocresía, Mme. Verdurin me devolvió esta orgullosa e ingenua pregunta, habitual en tales circunstancias: —«¿Le gusta?» —«Seguro que están hablando de Chantepie», dijo M. Verdurin acercándose a nosotros. Mientras pensaba en mi lustrina verde y en cierto olor a leña, yo había sido el único en no darse cuenta de que Brichot, al enumerar sus etimologías, había dado pie para que se riesen de él. Y como las impresiones que, para mí, daban a las cosas su valor eran de esas que los demás no sienten, o que rechazan sin pensar en ellas por insignificantes, y dado que, por consiguiente, de haber podido comunicarlas, habrían sido incomprendidas o despreciadas, me

resultaban totalmente inutilizables, presentando además el inconveniente de hacerme pasar por estúpido a ojos de Mme. Verdurin, quien podía comprobar que me había dejado «fascinar» por Brichot, como ya se lo había parecido a Mme. de Guermantes por encontrarme a gusto en casa de Mme. d'Arpajon. Sin embargo, en el caso de Brichot había otro motivo. Yo no pertenecía al pequeño clan. Y en todo clan, sea mundano, político o literario, se contrae una facilidad perversa para descubrir en una conversación, en un discurso oficial, en una novela breve, en un soneto, todo lo que el honesto lector jamás habría pensado encontrar. Cuántas veces, leyendo con cierta emoción un cuento hábilmente construido por un académico elocuente y algo anticuado, he estado a punto de decir a Bloch o a Mme. de Guermantes: «¡Qué bonito!» cuando, antes de que yo hubiese abierto la boca, cada uno de ellos exclamaba en un lenguaje diferente: «Si quiere pasar un buen rato, lea un cuento de Fulano. Nunca la estupidez humana ha llegado tan lejos». El desprecio de Bloch provenía sobre todo de que ciertos efectos de estilo, por lo demás agradables, estaban algo marchitos; el de Mme. de Guermantes de que el cuento parecía demostrar justamente lo contrario de lo que quería decir el autor, por razones objetivas que ella sabía deducir ingeniosamente y en las que yo nunca hubiera pensado. También me sorprendió ver la ironía que ocultaba la aparente amabilidad de los Verdurin hacia Brichot cuando, días más tarde, en Féterne, oí decirme a los Cambremer, ante el elogio entusiasta que yo hacía de La Raspeliére: «No es posible que sea usted sincero, después de lo que han hecho». Admitieron, cierto, que la vajilla era bonita. Pero, lo mismo que los escandalosos burletes, yo no la había visto. «En fin, ahora, cuando vuelva usted a Balbec, sabrá lo que significa Balbec», me dijo irónicamente M. Verdurin. Eran precisamente las cosas que me enseñaba Brichot las que me interesaban. En cuanto a lo que solían llamar su ingenio, era exactamente el mismo que tanto había apreciado el pequeño clan en el pasado. Hablaba con la misma facilidad irritante, pero sus palabras ya no surtían efecto, debían vencer un silencio hostil o ecos desagradables; lo que había cambiado no era lo que decía, sino la acústica del salón y las disposiciones del público. «Cuidado», dijo a media voz Mme. Verdurin señalando a

Brichot. Éste, que conservaba el oído más penetrante que la vista, lanzó sobre la Patrona una mirada, que desvió enseguida, de miope y de Filósofo. Si sus ojos eran menos eficientes, los de su espíritu, en cambio, lanzaban sobre las cosas una mirada más amplia. Veía lo poco que podía esperarse de los afectos humanos, y se había resignado. Sufría por ello, desde luego. Lo mismo que quien, en un ambiente donde está acostumbrado a agradar, adivina que le encuentran demasiado frívolo, o demasiado pedante, o demasiado torpe, o demasiado desenvuelto, etc., vuelve a su casa desdichado. A menudo es por una cuestión de opiniones, de sistema, por lo que ha parecido a los otros absurdo o anticuado. Muchas veces sabe de sobra que esos otros valen menos que él. Le sería muy fácil hacer la disección de los sofismas con los que tácitamente se le ha condenado, piensa en hacer una visita, en escribir una carta: más prudente, no hace nada y espera la invitación de la semana siguiente. Otras veces, esas caídas en desgracia, en lugar de acabar durante una velada, duran meses. Debidas a la inestabilidad de los juicios mundanos, contribuyen a aumentarla todavía más. De hecho, quien sabe que Mme. X… le desprecia, dándose cuenta de que lo aprecian más en casa de Mme. Y…, declara la superioridad de la segunda y emigra a su salón. Mas no es éste el lugar para pintar a esos hombres superiores a la vida mundana pero incapaces de realizarse fuera de ella, felices de ser recibidos, amargados por ser desconocidos, que afio tras afio descubren las taras de la dueña de la casa a la que incensaban, y el genio de otra a la que no habían apreciado en su justo valor, sin perjuicio de volver a sus primeros amores cuando hayan sufrido los inconvenientes que también tenían las segundas y hayan olvidado un tanto los de las primeras. Por estas pasajeras caídas en desgracia puede juzgarse el disgusto que provocaba en Brichot la suya, que sabía definitiva. No ignoraba que a veces Mme. Verdurin se reía públicamente de él, incluso de sus achaques, y sabiendo lo poco que debe esperarse de los afectos humanos, una vez que se sometió, no dejaba de considerar a la Patrona como su mejor amiga. Pero por el rubor que invadió el rostro del universitario, Mme. Verdurin comprendió que la había oído y se prometió ser amable con él durante la velada. No pude por menos de decirle que lo era muy poco

con Saniette. «¡Cómo que poco gentil! Pero si nos adora, no sabe usted lo que somos para él. A mi marido, a veces le enfada un poco su estupidez, y hay que reconocer que tiene motivos, pero en tales momentos, ¿por qué no se rebela más, en vez de adoptar esos aires de perro apaleado? Eso no es sincero. Y no me gusta. Lo cual no me impide que siempre trate de calmar a mi marido, porque, si fuese demasiado lejos, a Saniette no le quedaría otro camino que no volver; y eso es algo que no quiero, porque debo decirle que no tiene un céntimo y necesita cenar de vez en cuando. Además, después de todo, si se ofende, que no vuelva, no es asunto mío; cuando se tiene necesidad de los demás hay que procurar no ser tan estúpido». — «El ducado d'Aumale estuvo mucho tiempo en nuestra familia antes de entrar en la Casa de Francia[493], explicaba M. de Charlus a M. de Cambremer delante de un Morel boquiabierto, a quien, a decir verdad, toda aquella disertación estaba, si no dirigida, al menos destinada. Teníamos la precedencia sobre todos los príncipes extranjeros[494]; podría darle cien ejemplos. Cuando, en el entierro de Monsieur, la princesa de Croy[495] quiso ponerse de rodillas junto a mi trisabuela, ésta le advirtió con dureza que no tenía derecho al coj ín, que mandó retirar al oficial de servicio, y llevó la cuestión ante el rey, quien ordenó a Mme. de Croy ir a casa de Mme. de Guermantes para presentarle excusas. Y cuando el duque de Borgoña[496] vino a nuestra casa acompañado por sus escuderos con la vara en alto, obtuvimos del rey que se la hiciese bajar[497]. Sé que es poco elegante hablar de las virtudes de los suyos. Pero es bien sabido que los nuestros siempre han estado en vanguardia en el momento del peligro. Nuestro grito de armas, cuando dejamos el de los duques de Brabante[498], fue «Paso adelante[499]». De modo que, en última instancia, es bastante legítimo que ese derecho de ser en todas partes los primeros, reivindicado durante siglos en la guerra, lo hayamos obtenido luego en la Corte. Y claro está que siempre nos ha sido reconocido. También le citaré como prueba a la princesa de Badén[500]. Como había perdido la cabeza hasta el punto de pretender disputar su rango a esa misma duquesa de Guermantes de la que acabo de hablarle, y había intentado entrar la primera a ver al rey aprovechando un gesto de

vacilación que acaso tuvo mi pariente (aunque no hubiese motivos para tenerlo), el rey exclamó con fuerza: "Entrad, entrad, prima mía, Madame de Badén sabe de sobra lo que os debe[501]. Y este privilegio lo tenía como duquesa de Guermantes, aunque por sí misma perteneciese a un linaje bastante elevado, dado que por su madre era sobrina de la reina de Polonia, de la reina de Hungría, del Elector Palatino, del príncipe de Saboya-Carignan y del príncipe de Hannover, luego rey de Inglaterra[502]». — «Mæcemu atavis edite regibus[503]», dijo Brichot dirigiéndose a M. de Charlus, que respondió a la cortesía con una ligera inclinación de cabeza. «¿Cómo dice?», preguntó Mme. Verdurin a Brichot, con quien habría querido tratar de reparar sus palabras de hacía un momento. «Hablaba, Dios me perdone, de un dandy que era la flor y nata de la sociedad (Mme. Verdurin frunció el ceño), más o menos en el siglo de Augusto (tranquilizada por la lejanía de aquella flor y nata, Mme. Verdurin adoptó una expresión más serena), de un amigo de Virgilio y de Horacio, que llevaban la adulación hasta el punto de echarle en cara sus ascendencias más que aristocráticas, regias; en una palabra, estaba hablando de Mecenas, un ratón de biblioteca que era amigo de Horacio, de Virgilio, de Augusto. Estoy seguro de que M. de Charlus sabe perfectamente, y desde todos los puntos de vista, quién era Mecenas». Mirando graciosamente a Mme. Verdurin con el rabillo del ojo, porque la había oído citarse con Motel para dos días más tarde y temía no ser invitado, M. de Charlus dijo: «Creo que Mecenas era algo así como el Verdurin de la Antigüedad». Sólo a medias pudo reprimir Mme. Verdurin una sonrisa de satisfacción. Se acercó a Morel. «Qué agradable es el amigo de sus padres, le dijo. Se ve que es un hombre instruido, bien educado. Quedará bien en nuestro cogollito. ¿Dónde vive en París?» Morel guardó un silencio altivo y se limitó a pedir que jugasen una partida de cartas. Madame Verdurin exigió primero un poco de violín. Ante el asombro general, M. de Charlus, que nunca hablaba de las grandes dores que tenía, acompañó con un estilo purísimo el último trozo (inquieto, atormentado, schumannesco, aunque al fin y al cabo anterior a la sonata de Franck) de la sonata para piano y violín de Fauré[504]. Intuí que daría a Morel,

maravillosamente dotado para el sonido y el virtuosismo, precisamente lo que le faltaba, la cultura y el estilo. Pero pensé con curiosidad en lo que une, en un mismo hombre, una tara física y un don espiritual. No era muy distinto M. de Charlus de su hermano, el duque de Guermantes. Un momento antes (cosa rara), había hablado incluso un francés tan malo como el suyo. Al reprocharme (sin duda para que hablase a Mme. Verdurin en términos calurosos de Morel) que no fuera nunca a verle, como yo invocase motivos de discreción, me había respondido: «Pero desde el momento en que soy yo quien se lo pide, sólo yo podría formalizarme». Habría podido decirlo el duque de Guermantes. El señor de Charlus no era, al fin y al cabo, más que un Guermantes. Pero había bastado que la naturaleza desequilibrase su sistema nervioso suficientemente para que, en lugar de una mujer, él prefiriese, a diferencia de su hermano el duque, un pastor de Virgilio o un discípulo de Platón, y al punto unas cualidades desconocidas para el duque de Guermantes y ligadas con frecuencia a ese desequilibrio habían hecho de M. de Charlus un pianista delicioso, un pintor aficionado que no carecía de gusto, un elocuente conversador. El estilo rápido, ansioso, encantador con que M. de Charlus tocaba el trozo schumannesco de la sonata de Pauté, ¿quién habría podido descubrir que ese estilo tenía su correspondencia —no nos atrevemos a decir su causa— en unas parces completamente físicas, en las anomalías nerviosas de M. de Charius? Más tarde explicaremos esa expresión de «anomalías nerviosas», y por qué razones un griego de la época de Sócrates, un romano de la época de Augusto, podían ser lo que sabemos sin dejar de ser hombres absolutamente normales, y no hombres-mujeres como se ve hoy. Además de unas disposiciones artísticas auténticas, aunque no hubiesen dado fruto, M, de Charius había amado, mucho más que el duque, a su madre, a su mujer, e incluso muchos años después, cuando le hablaban de ellas, se Le saltaban las lágrimas, aunque superficiales, como la transpiración de un hombre demasiado gordo cuya frente se perla de sudor por cualquier cosa. Con la diferencia de que a éstos se les dice: «Tiene calor, ¿eh?», mientras se aparenta no ver las lágrimas del otro. Se, es decir. La buena sociedad; porque el pueblo se preocupa si ve llorar como sí un sollozo fuese más grave

que una hemorragia. La tristeza que siguió a la muerte de su mujer, gracias al hábito de mentir, no excluía en M. de Charius una vida que, desde luego, no estaba conforme con esa tristeza. Más tarde incluso, cometió la ignominia de dar a entender que, durante la ceremonia fúnebre, había encontrado la manera de preguntar su nombre y su dirección al monaguillo. Y acaso fuera cierto.

Acabado el trozo, me permití solicitar algo de Franck, cosa que pareció hacer sufrir tanto a Mme. de Cambremer que preferí no insistir. «No puede gustarle eso», me dijo. En su lugar pidió Feces, de Debussy[505], que le hizo exclamar: «¡Ah, es sublime!» desde la primera nota. Pero Morel se dio cuenta de que sólo sabía los primeros compases y, por travesura, sin intención alguna de engaño, atacó una marcha de Meyerbeer[506]. Como por desgracia la transición fue brevísima y no la anunció, todos creyeron que seguía siendo de Debussy, y continuaron exclamando: «¡Sublime!» Al revelar que el autor no era el de Pelléassina ef de Robert le Diable, Morel enfrió un tanto los ánimos. Madamede Cambremer apenas tuvo tiempo de sentirlo por sí misma, pues acababa de descubrir una partitura de Scaríatti[507] y se había lanzado sobre ella con un arrebato de histérica. «¡Oh!, toque esto, tenga, es divino», gritaba. Y sin embargo, de ese autor mucho tiempo despreciado, promovido hace poco a los más grandes honores, lo que ella elegía en medio de su impaciencia febril era uno de esos condenados trozos que tantas veces os han impedido dormir y que un alumno despiadado recomienza infinitas veces en el piso contiguo al vuestro. Pero Motel estaba harto de música, y como se empeñaba en jugar a las cartas, M. de Charius, para ser de la partida, habría querido un whist. «Hace un momento le ha dicho al Patrón que era príncipe, le confió Ski a Mme. Verdurin, pero no es cierro, pertenece a una sencilla familia burguesa de pequeños arquitectos». —«Quiero saber lo que decía usted de Mecenas. ¡Ah, eso sí que me divierte!», le repitió Mme. Verdurin a Brichot, con una amabilidad que embriagó al universitario. Por eso, pata brillar a ojos de la Patrona y quizás a los míos: «Pero, a decir verdad, señora, Mecenas me interesa sobre todo porque es el primer apóstol respetable de ese Dios chino que tiene hoy en Francia más

adeptos que Brahma, que el mismo Cristo, el potentísimo Dios Je—Men-Fu[508]>». Madame Verdurin no se contentaba ya, en estos casos, con hundir la cabeza entre las manos. Con la brusquedad de los insectos llamados efímeros se abatía sobre la princesa Sherbatoff; si ésta se encontraba cerca, la Patrona se aferraba a la axila de la princesa, le clavaba las uñas y durante unos instantes escondía la cabeza como un niño que juega al escondite. Disimulada por esta pantalla protectora, se presumía que reía hasta las lagrimas y así podía no pensar en nada, como esas gentes que, mientras rezan una oración algo larga, tienen la prudente precaución de sepultar la cara entre sus manos. Madame Verdurin las imitaba cuando escuchaba los cuartetos de Beethoven para demostrar que los consideraba como una oración y, al mismo tiempo, para que no se viese que dormía. «Hablo muy en serio, señora, dijo Brichot. Me parece excesivo el número de personas que hoy pasan el tiempo mirándose el ombligo como si fuera el centro del mundo. En buena doctrina, no tengo nada que objetar a no sé qué nirvana que tienda a disolvernos en el gran Todo (que, como Munich y Oxford, está mucho más cerca de París que Asntéres o Bois-Colombes[509]), pero no es de buen francés, ni siquiera de buen europeo, cuando los japoneses tal vez están a las puertas de nuestra Bizanclo, que los antimilitaristas socializados discutan gravemente sobre las virtudes cardinales del verso libre[510]». A Mme. Verdurin le pareció que ya podía soltar el hombro martirizado de la princesa y dejó reaparecer su rostro, no sin fingir que se secaba los ojos ni sin tomar dos o tres veces aliento. Pero Brichot quería que yo tuviese mi parte de festín y, habiendo aprendido en las defensas de tesis que presidía como nadie, que no hay mejor manera de halagar a la juventud que morigerándola, concediéndole importancia y haciéndose tratar por ella de reaccionario: «No quisiera blasfemar de los Dioses de la Juventud, dijo lanzándome esa mirada furtiva que un orador concede a hurtadillas a alguien presente entre el público y cuyo nombre cita. No quisiera verme condenado como hereje y relapso en la capilla mallarmeana, en la que nuestro nuevo amigo, como rodos los de su edad, ha debido de ayudar a la misa esotérica, al menos como monaguillo, y mostrarse delicuescente o Rosacruz[511].

Pero, desde luego, hemos visto a demasiados intelectuales de esos que adoran el Arte con A mayúscula y que, cuando ya no les basta alcoholizarse con Zola, se ponen inyecciones de Verlaine[512]. Convertidos en ererómanos por devoción baudelaireana, ya no serían capaces del esfuerzo viril que un día u otro puede pedirles la patria, anestesiados como están por la gran neurosis literaria en la atmósfera cálida, enervante, cargada de relentes malsanos, de un simbolismo de fumadero de opio». Incapaz de fingir la menor sombra de admiración por la retahila insulsa y abigarrada de Brichot, me volví hacia Ski y le aseguré que se equivocaba de medio a medio sobre la familia a que pertenecía M. de Charlus; me respondió que estaba seguro de sus palabras añadiendo que yo mismo le había dicho que su verdadero nombre era Gandin, Le Gandin. «Le dije, repliqué, que Mme. de Cambremer era hermana de un ingeniero, M. Legrandin. Nunca le he hablado de M. de Charlus. Hay la misma relación de parentesco entre él y Mme. de Cambremer como entre el Gran Condé y Racine[513]». — «¡Ah!, creía», dijo Ski distraído, sin disculparse por su error más de lo que se había disculpado pocas horas antes por haber estado a punto de hacernos[514] perder el tren. «¿Piensa quedarse mucho tiempo en la costa?», preguntó Mme. Verdurin a M. de Charlus, en quien presentía un fiel, y temblando ante la idea de verle regresar demasiado pronto a París. «Dios mío, nunca se sabe, respondió en un tono nasal y cansino M. de Charlus. Me gustaría quedarme hasta finales de septiembre». — «Hace bien, dijo Mme. Verdurin, es el momento de las bellas tempestades». — «A decir verdad, no sería eso lo que me haría decidirme. He descuidado mucho desde hace algún tiempo al arcángel san Miguel, mi patrón, y querría resarcirle quedándome hasta su fiesta, el 29 de septiembre, en la abadía del Monte». —«¿Le interesan mucho esas cosas?», preguntó Mme. Verdurin, que tal vez hubiera conseguido acallar su anticlerical ismo herido de no haber temido que una excursión tan larga hiciese «desertar» durante cuarenta y ocho horas al violinista y al barón. «Quizá sufra usted una sordera intermitente, respondió con insolencia M. de Charlus. Le he dicho que san Miguel era uno de mis gloriosos patronos». Luego, sonriendo con un éxtasis benévolo y los ojos fijos a

lo lejos, agudizada la voz por una exaltación que me pareció, más que estética, religiosa: «¡Es tan bello el ofertorio cuando Miguel está de pie junto al altar, con su túnica blanca, balanceando un incensario de oro y con tal profusión de perfumes que el olor sube hasta Dios!» —«Podríamos ir en grupo», sugirió Mme. Verdurin a pesar de su horror por los curas. «En ese momento, durante el ofertorio, continuó M. de Charlus, quien por otras razones, pero de la misma manera que los buenos oradores en la Cámara, nunca respondía a una interrupción y Fingía no haberla oído, sería delicioso ver a nuestro joven amigo palestrinizando y tocando incluso un aria de Bach. Él se volvería loco de alegría, el buen abad también, y ése es el gran homenaje, al menos el mayor homenaje público que puedo ofrecer a mi santo patrono. ¡Qué edificación para los fieles! Pronto hablaremos de esto al joven Angélico musical, militar como san Miguel».

Saniette, llamado para hacer de muerto, declaró que no sabía jugar al whist. Y Cottard, viendo que ya no quedaba mucho tiempo para la hora del tren, se puso a jugar enseguida una partida de icarté con Morel. Furioso, M. Verdurin se dirigió con aire terrible hacia Saniette: «¡No sabe usted jugar a nada!», exclamó, enrabietado por haber perdido la ocasión de un whist y encantado de encontrar una de insultar al antiguo archivero. Éste, aterrorizado, se las dio de ingenioso: «Sí, sé tocar[515] el piano», dijo. Cottard y Morel se habían sentado frente a frente. «Empiece usted», dijo Cottard. «¿Y si nos acercásemos un poco a la mesa de juego?, le dijo a M. de Cambremer M. de Charlus, inquieto al ver al violinista con Cottard. No es menos interesante que esas cuestiones de etiqueta que, en nuestros días, ya no significan gran cosa. Los únicos reyes que nos quedan, al menos en Francia, son los reyes de la baraja, y me parece que llegan en abundancia a la mano del joven virtuoso», añadió a renglón seguido, por una admiración hacia More! que se extendía incluso a su forma de jugar, pero también para halagarle y, por último, para explicar el movimiento con que se inclinaba sobre la espalda del violinista. «Yo corto», dijo Cottard, imitando el acento de tahúr que hacía desternillarse de risa a sus hijos[516], lo mismo que a sus alumnos y al jefe de clínica cuando el Maestro, incluso a la cabecera de un

enfermo grave, soltaba, con una máscara impasible de epiléptico, una de sus habituales gracias. «No sé muy bien cómo jugar», dijo Morel consultando a M. de Cambremer. «Como quiera, perderá de todas formas, esto o lo otro, da igual». —«¿Igual… Galli-Marié[517]?, dijo el doctor dirigiendo a M. de Cambremer una mirada insinuante y benévola. Era lo que llamábamos una verdadera diva, era un sueño, una Carmen como nunca se volverá a ver. Era la mujer del papel. También me gustaba oír a Engalli-Marié[518]». El marqués se levantó con esa vulgaridad despectiva de las personas bien nacidas que no comprenden que insultan al dueño de la casa aparentando no estar seguros de que se pueda frecuentar a sus invitados y justifican con la costumbre inglesa su empleo de una expresión desdeñosa. «¿Quién es ese señor que está jugando a las cartas? ¿A qué se dedica en la vida? ¿Qué vende? Siempre me gusta saber con quién estoy para no entablar relaciones con cualquiera. Y no he oído su nombre cuando usted me ha hecho el honor de presentarme a él». Si M. Verdurin, sintiéndose autorizado por estas últimas palabras, hubiese efectivamente presentado sus invitados a M. de Cambremer, a éste le habría parecido muy mal. Pero, sabiendo que había ocurrido exactamente lo contrario, le parecía gracioso asumir sin riesgo un tono bonachón y modesto. El orgullo que M. Verdurin sentía por su intimidad con Cot—tard no había hecho más que aumentar desde que el doctor se había convertido en un profesor ilustre. Pero ese orgullo no se expresaba ya en la forma ingenua de antes. Entonces, cuando Cottard apenas era conocido, si a M. Verdurin le hablaban de las neuralgias faciales de su mujer; «No hay nada que hacer, decía, con el ingenuo amor propio de las personas convencidas de que todo lo que ellos conocen es ilustre y que el mundo entero sabe el nombre del profesor de canto de su hija. Si el suyo fuese un médico cualquiera podría buscarse otro tratamiento, pero cuando ese médico se llama Cottard (nombre que pronunciaba como si hubiese sido Bouchard[519] o Charcot[520]), no cabe insistir». Aplicando un procedimiento inverso, basándose en la certeza de que M. de Cambremer había oído hablar desde luego del famoso profesor Cottard, M. Verdurin adoptó un aire simplón. «Es nuestro médico de cabecera, un gran corazón al que adoramos y que

se dejaría matar por nosotros; no es un médico, es un amigo; no creo que lo conozca ni que su nombre le diga nada; en cualquier caso, para nosotros es el nombre de una gran persona, de un amigo queridísimo, Cottard». Este nombre, murmurado en un tono modesto, engañó a M. de Cambremer, quien creyó que se trataba de otro. «¿Corrard? ¿No hablará usted del profesor Cottard?» Precisamente se oía la voz del citado profesor que, apurado ante una jugada, decía guardando sus cartas: «Se acabó lo que se daba». «¡Ah!, sí, en efecto, es profesor», dijo M. Verdurin. «¡Cómo! ¡El profesor Cottard! ¿No estará equivocándose? ¿Está seguro de que es el mismo, el que vive en la rué du Bac?» —«Sí, vive en la rué du Bac, 43. ¿Le conoce?» —«Pero si todo el mundo conoce al profesor Cottard. ¡Es una eminencia! Es como preguntarme si conozco a Bouffe de Saint-Blaise o a Courtois-Suffit[521]. Al oírle hablar, ya me había dado cuenta de que no se trataba de un hombre corriente, por eso me he permitido preguntarle». —«Y ahora, ¿qué debo jugar? ¿Triunfo?», preguntaba Cottard. Luego, de golpe, con una vulgaridad que habría sido irritante incluso en una circunstancia heroica, cuando un soldado quiere prestar una expresión familiar al desprecio por la muerte, pero que se volvía doblemente estúpida en el inocuo pasatiempo de las cartas, Cottard, decidiéndose a jugar un triunfo, adoptó un aire sombrío, de «cabeza loca», y, aludiendo a los que arriesgan el pellejo, jugó su carta como si hubiese sido su vida, exclamando: «¡Después de todo, me importa un bledo!» No era lo que debía jugar, pero se sintió aliviado. En medio del salón, en una amplia buraca, Mme. Cottard, cediendo al efecto, para ella irresistible, de la velada, se había entregado después de vanos esfuerzos al sueño vasto y ligero que se apoderaba de ella. Por más que se enderezase de vez en cuando y para sonreír, burlándose de sí misma, o por miedo a dejar sin respuesta alguna palabra amable que le hubiesen dirigido, volvía a caer en el sueño a pesar suyo, presa del mal implacable y delicioso. Más que el ruido, lo que así la despertaba, apenas por un segundo, era la mirada (que, por ternura, veía incluso con los ojos cerrados, y preveía, porque todas las noches se repetía la misma escena y asediaba su sueño como la hora a la que tendrá uno que levantarse),

la mirada con que el profesor indicaba a los presentes el sueño de su esposa. Al principio se limitaba a mirarla y sonreír, pues si, como médico, desaprobaba aquel sueño posterior a la cena (o, al menos, daba esta razón científica para terminar enfadándose, aunque no estaba seguro de que fuese determinante, dada la variedad de opiniones que mantenía al respecto), como marido omnipotente y guasón le encantaba burlarse de su mujer, despertarla primero sólo a medias, para que volviera a dormirse y tener el placer de despertarla de nuevo.

Ahora, Mme. Cottard estaba profundamente dormida. «¡Vamos, Léontine, que estás dormida», le gritó el profesor. «Estoy escuchando lo que dice Mme. Swann, querido», respondió débilmente Mme. Cottard, volviendo a caer en su letargía. «Es una insensatez, exclamó Cottard, dentro de un instante nos jurará que no ha dormido. Es como los pacientes que van a consulta y pretenden que no duermen nunca». — «Quizá se lo imaginan», dijo riendo M. de Cambremer. Pero al doctor le gustaba llevar la contraria tanto como hacer rabiar y sobre todo no admitía que un profano osase hablarle de medicina. «Es imposible imaginar que no se duerme», promulgó en tono dogmático. «¡Ah!», respondió inclinándose respetuosamente el marqués, como hubiese hecho Cottard en otro tiempo. «Bien se ve, prosiguió Cottard, que usted no ha administrado como yo dos gramos de triona)[522] *sin conseguir provocar la somnescencia». — «Claro, claro, admitió el marqués riéndose con petulancia, nunca he tomado trional, ni ninguna de esas drogas que dejan de producir efecto al cabo de un rato y a cambio te estropean el estómago. Cuando se pasa toda la noche cazando como yo en el bosque de Chantepie, le aseguro que no se necesita trional para dormir». —«Son los ignorantes los que dicen eso, replicó el profesor. El trional, a veces, levanta sensiblemente el tono nervioso. Habla usted de trional, pero ¿sabe siquiera lo que es?» —«Bueno… he oído decir que era un medicamento para conciliar el sueño». —«No ha respondido usted a mi pregunta, continuó en tono doctoral el profesor, que en la Facultad estaba de "examen" tres veces por semana. No le pregunto si hace dormir o no, sino qué es. ¿Puede decirme qué partes contiene de*

amilo y de etilo?» —«No, respondió, embarazado, M. de Cambremer. Prefiero un buen vaso de aguardiente o incluso de oporto 345». — «Que son diez veces más tóxicos», le interrumpió el profesor. «En cuanto al trional, aventuró M. de Cambremer, mi mujer está abonada a todo eso, sería mejor que hablase usted con ella». — «Que debe de saber poco más o menos lo mismo que usted. En cualquier caso, si su mujer toma trional para dormir, la mía, como ve, no lo necesita. Vamos, Léontine, muévete, estás anquilosándote, ¿me duermo yo acaso después de cenar? ¿Qué harás con sesenta años si ahora re duermes como una vieja? Vas a engordar, se te para la circulación… n¡siquiera me oye». — «Son malos para la salud estos suenecillos después de cenar, ¿no es así, doctor?, dijo M. de Cambremer en un intento de rehabilitarse ante Cottard. Después de una buena comida habría que hacer ejercicio». — «¡Bobadas!, respondió el doctor. Se ha extraído una cantidad idéntica de alimento en el estómago de un perro que había permanecido quieto y en el estómago de un perro que había corrido, y en el primero la digestión estaba más adelantada». —«Entonces, ¿es el sueño el que interrumpe la digestión?» —«Eso depende de si se tata de la digestión esofágica, estomacal o intestinal; es inútil darle explicaciones que no comprendería dado que no ha estudiado usted medicina. Vamos, Léontine, arriba, es hora de irnos». No era cierto, porque el doctor iba tan sólo a continuar su partida de carras, pero esperaba contrariar así de manera más brusca el sueño de la muda a la que dirigía, sin recibir ya ninguna respuesta, las más doctas exhortaciones. Sea que una voluntad de resistencia a dormir persistiese, incluso en el estado de sueno, en Mme. Cottard, sea que la butaca no prestase apoyo a su cabeza, esta última fue lanzada mecánicamente de izquierda a derecha y de arriba abajo, en el vacío, como un objeto inerte, y Mme. Cottard, con la cabeza bamboleante, daba la impresión unas veces de estar escuchando música, otras de haber entrado en la última fase de la agonía. Allí donde fracasaban las amonestaciones cada vez más vehementes de su marido triunfó el sentimiento de su propia estupidez: «El agua de mi baño está bien de calor, murmuró, pero las plumas del diccionario…, exclamó enderezándose. ¡Oh, Dios mío, qué tonta soy! ¿Qué estoy diciendo? Pensaba en mi sombrero, debo

de haber dicho una estupidez, a poco más y me quedo dormida, es ese maldito fuego». Todo el mundo se echó a reír porque no había ningún fuego.

«Están burlándose de mí, dijo riendo también Mme. Cottard, que con la mano borró de su frente, con una ligereza de hipnotizador y una habilidad de mujer que se arregla el peinado, los últimos rastros del sueño, quiero presentar mis humildes excusas a la querida señora Verdurin y saber por ella la verdad». Pero su sonrisa se entristeció enseguida, porque el profesor, que conocía el empeño de su mujer por agradarle y temblaba ante la idea de no conseguirlo, acababa de gritarle: «Mírate en el espejo, estás colorada como si tuvieras una erupción de acné, pareces una campesina vieja». — «Ya saben ustedes que es encantador, dijo Mme. Verdurin, tiene un lado muy simpático de bondad burlona. Y además, trajo a mi marido de las puertas de la tumba cuando toda la Facultad le daba por desahuciado. Pasó tres noches a su lado, sin acostarse. Por eso deben saber que, para mí, Cottard, añadió en un tono grave y casi amenazador levantando la mano hacia las dos esferas de mechas blancas de sus sienes musicales, y como si alguno de nosotros hubiese querido criticar al doctor, ¡es sagrado! Podría pedir lo que quisiera. Además, yo no le llamo doctor Cottard, ¡le llamo doctor Dios! Y aun así, diciendo esto le calumnio, porque este Dios repara en la medida de lo posible una parte de los males de los que el otro es responsable». —«Juegue triunfo», le sugirió a Morel M. de Charius con aire de felicidad. «Triunfo, probemos a ver», dijo el violinista. «Antes tenía que haber declarado su rey, observó M. de Charius, está usted distraído; ¡pero qué bien juega!» —«Tengo el rey», dijo Morel. «Es un hombre muy guapo», respondió el profesor. «¿Qué significan esos postes?, preguntó Mme. Verdurin señalando a M. de Cambremer un soberbio escudo esculpido encima de la chimenea. ¿Son sus armas?», añadió con un desdén irónico. «No, no son las nuestras, respondió M. de Cambremer. Nosotros llevamos oro en tres bandas almenadas y contralmenadas de gules con cinco piezas, cada una cargada con un trébol de oro. No, ésas son las de los Arrachepel[523], que no eran de nuestra cepa, pero de quienes heredamos la casa, y los de nuestro

linaje nunca quisieron cambiar nada. Los Arrachepel (antaño Pelvi—lain, según dicen) llevaban oro en cinco estacas despuntadas en campo de gules. Cuando emparentaron con los Féterne, su escudo cambió, aunque siguió cantonado con veinte crucecitas recruzadas a la estaca hincada en campo de oro, con un vuelo de armiño a la derecha[524]». — «Chúpate ésa», dijo muy bajo Mme. de Cambremer. «Mi bisabuela era una d'Arrachepel, o de Rachepel, como ustedes quieran, pues los dos nombres aparecen en las viejas ejecutorias, continuó M. de Cambremer, que se ruborizó vivamente porque sólo entonces se le ocurrió la idea de que su mujer le había hecho el honor de apoyarle, y temió que Mme. Verdurin se hubiese aplicado unas palabras que no se referían a ella para nada. La historia quiere que en el siglo XI, el primer Arrachepel, Macé, llamado Pelvilain, haya demostrado en los asedios una particular habilidad para arrancar las estacas[525]. De ahí el sobrenombre de Arrachepel con que fue ennoblecido, y las estacas que, como ve, persisten a través de los siglos en sus armas. Se trata de estacas que, para volver más inabordables las fortificaciones, se clavaban, se plantaban, si me permiten la expresión, en el suelo ante ellas, unidas unas a otras. Son lo que usted llamaba muy bien postes, y que no tenían nada de los palos flotantes del bueno de La Fontainc[526]. Se decía incluso que volvían inexpugnable una plaza. Evidentemente, eso hace sonreír con la artillería moderna. Pero hay que recordar que se trata del siglo XI». — «Esto carece de actualidad, dijo Mme. Verdurin, pero el pequeño campanil tiene cierto carácter». —«Tiene usted, dijo Cottard, una vena de… tururú, palabra que repetía para evitar la de Moliere[527]. ¿Sabe por qué ha sido licenciado el rey de diamantes?» —«Mucho me gustaría estar en su lugar», dijo Motel, que estaba harto de su servicio militar. «¡Ah, qué mal patriota!», exclamó M. de Charius que no pudo contenerse de pellizcar la oreja del violinista. «Entonces ¿no saben porqué ha sido licenciado el rey de diamantes?, continuó Cottard, que se empeñaba en sus bromas. Pues porque no tiene más que un ojo». — «¡Vaya adversario el suyo, doctor», dijo M. de Cambremer para demostrar a Cottard que sabía quién era. «Este joven es extraordinario, interrumpió ingenuamente M. de Charius señalando a Motel. Juega

como un dios». La observación no agradó mucho al doctor, que replicó: «Vivir para ver. A pillo, pillo y medio». — «Dama y as», anunció triunfalmente Motel, que tenía Ja suerte de su parte. El doctor inclinó la cabeza como si reconociese tanta fortuna y, fascinado, confesó; «Magnífico». — «Estamos muy contentos de cenar con M. de Charius», dijo Mme. de Cambremer a Mme. Verdurin. «¿No le conocía? Es bascante agradable. Es singular, es de una época» (le hubiera costado un gran esfuerzo decir de cuál), respondió Mme. Verdurin con la sonrisa satisfecha de un diletante, de un juez y de un ama de casa. Madame de Cambremer me preguntó si iría a Féterne con Saint-Loup. No pude contener un grito de admiración al ver la luna suspendida como un farol anaranjado en la bóveda de encinas que arrancaba del castillo. «Y eso no es nada todavía; dentro de poco, cuando la luna esté más alca y el valle iluminado, será mil veces más bello. ¡Es algo que no tiene usted en Féterne!», dijo en tono despectivo Mme. Verdurin a Mme. de Cambremer, quien no sabía qué responder por no querer despreciar su finca, sobre todo delante de los inquilinos. «¡Se quedarán todavía algún tiempo en la región, señora?», preguntó M. de Cambremer a Mme. Cottard, lo cual podía pasar por una vaga intención de invitarla y, al mismo tiempo, dispensarla de una invitación más concreta. «¡Oh!, por supuesto, señor, aprecio mucho, por los niños, este éxodo anual. Por más que se diga, tienen necesidad de aíre libre. En eso quizá soy muy primitiva porque opino que ninguna cura les va tan bien a los niños como el aire libre, aunque me demuestren lo contrario por A más B. Sus caritas ya han cambiado totalmente. La Facultad quería enviarme a Vichy; pero es demasiado sofocante, y ya me ocuparé de mi estómago cuando estos muchachotes hayan crecido un poco más. Además, el profesor, con todos esos exámenes, siempre tiene que hacer un último esfuerzo y los calores le cansan mucho. Creo que hace falta un buen descanso cuando uno está todo el año en la brecha como él. De cualquier modo, todavía nos quedaremos un mes largo». — «¡Ah!, entonces ya volveremos a vernos». — «Además, estoy obligada a quedarme porque mi marido tiene que hacer un viaje a Saboya y hasta dentro de quince días no estará aquí fijo». — «Me gusta todavía más la parte del valle que la del mar, prosiguió Mme. Verdurin. Tendrán un tiempo

espléndido para volver». — «Aún habría que ver si han enganchado los coches, por si usted se empeña en regresar esta noche a Balbec, me dijo M. Verdurin, aunque yo no veo la necesidad. Mañana por la mañana le llevarían en coche. Seguramente hará buen tiempo. Las carreteras son estupendas». Respondí que era imposible. «Pero, de todos modos, todavía no es hora, objetó la Patrona. Déjelos tranquilos, tienen tiempo de sobra. ¿Qué ganarían llegando a la estación una hora antes? Están mejor aquí. Y usted, mi pequeño Mozart, le dijo a Motel, sin osar dirigirse directamente a M. de Charlus, ¿no quiere quedarse? Tenemos unas hermosas habitaciones que dan al mar». —«Es que no puede, respondió M. de Charlus por el absorto jugador que no había oído. Sólo tiene el permiso de medianoche. Tiene que volver a dormir, como un niño obediente y sensato», añadió con voz complaciente, amanerada, insistente, como si encontrase cierta voluptuosidad sádica en emplear esa casta comparación y, de paso, en hacer notar su voz en todo lo concerniente a Morel, tocándolo, si no con la mano, con unas palabras que parecían palparle.

Del sermón que Brichot me había dirigido, M, de Cambremer había sacado la conclusión de que yo era dreyfusista. Como él era lo más antidreyfusista posible, por cortesía hacia un enemigo se puso a hacerme el elogio de un coronel judío que siempre había sido muy justo con un primo de los Chevrigny y le había hecho obtener la promoción que merecía. «Y mi primo era de ideas absolutamente opuestas», dijo M. de Cambremer, pasando por alto qué ideas eran aquéllas, pero que intuí tan antiguas y mal formadas como su cara, unas ideas que algunas familias de ciertas pequeñas ciudades debían de tener desde hacía mucho tiempo. «Bueno, ya sabe, esto me parece muy bello», concluyó M. de Cambremer. Cierto es que casi nunca solía emplear la palabra «bello» en el sentido estético en que habría designado, para su madre o su mujer, obras diferentes, pero obras de arte. El señor de Cambremer recurría más bien a ese calificativo al felicitar por ejemplo a una persona delicada que había engordado un poco. «Pero ¿ha ganado usted tres kilos en dos meses? ¡Pues sepa que eso es algo bellísimo!» Habían servido refrescos en una mesa. Madame Verdurin invitó a los señores a ir personalmente a elegir la

bebida que prefiriesen. El señor de Charlus fue a beber un vaso y volvió deprisa a sentarse junto a la mesa de juego y ya no se movió. Madame Verdurin le preguntó: «¿Ha probado usted mi naranjada?» Entonces, M. de Charlus, con una sonrisa graciosa, en un cono cristalino que rara vez tenía y con mil muecas de la boca y muchos contoneos del talle, respondió: «No, he preferido la de al lado, un zumo de fresa, creo, está delicioso». Es curioso que cierra clase de actos secretos tenga por consecuencia exterior una manera de hablar o de gesticular que los revela. Si un señor cree o no en la Inmaculada Concepción, o en la inocencia de Dreyfus, o en la pluralidad de los mundos, y prefiere callárselo, no se encontrará en su voz ni en su modo de andar nada que deje percibir su pensamiento. Pero oyendo a M. de Charlus decir con aquella voz aguda y con aquella sonrisa y aquellos movimientos de brazos: «No, he preferido la de al lado, el zumo de fresa», se podía decir: «Vaya, le gusta el sexo fuerte», con la misma certeza que permite a un juez condenar a un criminal que no ha confesado, a un médico un afectado de parálisis general que tal vez ignora su enfermedad pero que ha cometido tales errores de pronunciación que de ellos puede deducirse que habrá muerto antes de tres años. Quizá las personas que por la forma de decir: «No, he preferido la de al lado, el zumo de fresa» sacan la conclusión de un amor considerado antifísico, no tienen necesidad de tanta ciencia, Pero es que la relación entre el signo revelador y el secreto es más directa. Sin que nos lo digan exactamente, nos damos cuenta de que es una dulce y risueña dama quien nos responde, y si parece amanerada es porque se hace pasar por un hombre y no estamos habituados a ver hacer tantos remilgos a los hombres. Y acaso es más gracioso pensar que, desde hace mucho tiempo, cierto número de mujeres angélicas han sido incluidas por error en el sexo masculino, donde, desterradas, y batiendo inútilmente las alas hacia unos hombres a los que inspiran repulsión física, saben arreglar un salón, adornan «interiores». A M. de Charlus no le preocupaba que Mme. Verdurin estuviese de pie y seguía instalado en su butaca para estar más cerca de Morel. «¿No le parece un crimen, dijo Mme. Verdurin al barón, que esta criatura que podría encantarnos con su violín se haya sentado en una mesa de ecarte? ¡Cuando se toca el violín como lo

toca él!» —«Juega bien a ¡as cartas, lo hace rodo bien, es tan inteligente», dijo M. de Charlus, sin perder de vista el juego para seguir dando consejos a Morel. No era ésta, por otra parte, la única razón para no levantarse de su butaca ante Mme. Verdurin. Con la singular amalgama que había hecho de sus concepciones sociales, de gran señor y al mismo tiempo de aficionado al arte, en lugar de ser cortés a la manera en que lo hubiera sido un hombre de su mundo, imaginaba, con Saint-Simon por modelo, una especie de cuadros vivos; yen aquel momento se divertía imitando al mariscal d'Huxelles[528], que le interesaba además por otros conceptos, y de quien se dice que era tanta su vanagloria que no se levantaba de su asiento, fingiendo indolencia, delante de lo más distinguido que había en la Corte. «Dígame, Charlus, dijo Mme. Verdurin, que empezaba a tomarse confianzas, ¿no tendría usted en su faubourg algún viejo arruinado que pudiera servirme de portero?» —«Pues sí... sí..., respondió M. de Charlus sonriendo con aire bonachón, pero no se lo aconsejo». —«¿Porqué?» —«Temería por usted que las visitas elegantes no pasasen de la portería». Fue la primera escaramuza entre ellos. Madame Verdurin apenas le prestó atención. Por desgracia, tendrían otras en París. El señor de Charlus siguió sin moverse de su silla. Por otra parte, no podía por menos de sonreír imperceptiblemente viendo confirmarse sus máximas favoritas sobre el prestigio de la aristocracia y la cobardía de los burgueses en la sumisión, tan fácilmente conseguida, de Mme. Verdurin. La Patraña no parecía extrañada en absoluto por la postura del barón, y si se decidió a dejarlo fue sólo porque le preocupaba verme acosado por M. de Cambremer. Pera antes quería aclarar la cuestión de las relaciones de M. de Charlus con la condesa Molé. «Me ha dicho usted que conocía a Mme. de Molé. ¿Va a su casa?», preguntó, dando a las palabras: «ir a su casa» el sentido de ser recibido en ella, de haber recibido de ella la autorización para ir a verla. El señor de Charlus respondió con una inflexión de desprecio, una afectación de exactitud y un tono de salmodia: «Pues sí, a veces». Este «a veces» inspiró dudas a Mme. Verdurin, que volvió a preguntar: «¿Y ha visto allí al duque de Guermantes?» —«¡Ah!, no me acuerdo». —«¡Ah!, dijo

Mme. Verdurin, ¿no conoce al duque de Guermantes?» —«Pero ¿cómo no voy a conocerle?», respondió M. de Charlus, cuya boca se onduló con una sonrisa. Aquella sonrisa era irónica; pero como el barón temía dejar ver un diente de oro, la quebró con un reflujo de sus labios, de modo que la sinuosidad resultante fue la de una sonrisa de benevolencia: «¿Por qué dice: Cómo no voy a conocerle?» —«Pues porque es mi hermano», respondió en tono negligente M. de Charlus, dejando a Mme. Verdurin sumida en la estupefacción y en la incertidumbre de saber si su invitado se burlaba de ella, era un hijo natural o hijo de otro matrimonio. La idea de que el hermano del duque de Guermantes se llamase barón de Charlus no se le ocurrió. Se dirigió hacia mí; «Acabo de oír que M. de Cambremer le invitaba a cenar. A mí, como usted comprenderá, me da lo mismo. Pero, por su propio interés, espero que no vaya. En primer lugar, porque está infestado de pelmas. ¡Ah!, si a usted le gusta cenar con condes y marqueses de provincias que nadie conoce, irá bien servido». —«Creo que me veré obligado a ir una o dos veces. Por otra parte, no soy muy libre, porque tengo una joven prima a la que no puedo dejar sola (me parecía que ese pretendido parentesco simplificaba las cosas para salir con Albertine). Y, con los Cambremer, como ya se la he presentado…» —«Haga lo que quiera. Pero se lo advierto: es terriblemente malsano; si pilla una fluxión de pecho, o esos encantadores y pequeños reumatismos de las familias, ¿qué saldrá ganando?» —«¿Pero no es un sitio precioso?» —«Sssssí… Si se quiere. Con coda franqueza le diré que prefiero cien veces la visca sobce este valle desde aquí. En primer lugar, no habría cogido la otra casa aunque nos hubiesen pagado, porque el aire del mar es fatal para M. Verdurin. A poco que su prima sea nerviosa… Pero, además, me parece que usted es nervioso… tiene ahogos. ¡Bueno!, usted verá. Vaya una vez y no dormirá en ocho días, pero no es cosa nuestra». Y sin pensar en lo que su nueva frase iba a tener de contradictorio con las anteriores: «Si le divierte ver la casa, que no está mal, bonica sería decir demasiado, pero, en fin, es divertida con su viejo foso y su viejo puente levadizo, dado que tendré que ceder y cenar allí una vez, bueno, vaya ese día, procuraré llevar a todo mi pequeño círculo, y entonces será agradable. Pasado mañana iremos a Arembouville en

coche. La ruta es magnífica, hay una sidra deliciosa. Venga con nosotros. También vendrá usted, Brichot. Y también usted, Ski, Será una excursión que, desde luego, mi marido ya debe de haber organizado. No sé muy bien a quiénes ha invitado. ¿Está usted entre ellos, señor de Charlus?» El barón, que sólo oyó esta frase e ignoraba que se hablase de una excursión a Arembouville, se sobresaltó: «Extraña pregunta», murmuró en un tono burlón que hirió a Mme. Verdurin. «Además, me dijo ella, en espera de la cena Cambremer, ¿por qué no trae aquí a su prima? ¿Le gusta la conversación, la gente inteligente? ¿Es agradable? ¿Sí? Pues entonces muy bien. Venga con ella. Los Cam— btemer no son los únicos en el mundo. Comprendo que se sientan felices invitándole, no consiguen que vaya nadie. Su prima encontrará aquí un aire estupendo, y siempre hombres inteligentes. En cualquier caso espero que no me deserte el próximo miércoles. He oído que tenía usted una merienda en Rivebelle con su prima, M. de Charlus y no sé quién más. Debería apañárselas para trasladar aquí todo eso, sería precioso un pequeño desembarco en masa. Las comunicaciones son de lo más fácil, y los caminos fascinantes; si hace falta, mandaré a buscarles. Además de que no sé qué puede atraerle de Rivebelle, está infestado de gentes equívocas. Quizá crea usted en la reputación de sus tortas. Mi cocinero las hace mucho mejor. Ya le daré yo a probar la torta normanda, la de verdad, y unos hojaldres, no le digo más. ¡Ah!, pero si a usted le gusta la porquería que sirven en Rivebelle, eso sí que no, yo no asesino a mis invitados, señor, y, aunque yo quisiera, mi cocinero se negaría a hacer esa cosa innombrable y se cambiaría de casa. Esas tortas de allí no se sabe de qué están hechas. Sé de una pobre muchacha a la que le provocó una peritonitis que se la llevó en tres días. Sólo tenía diecisiete años. Es triste para su pobre madre, añadió Mme. Verdurin con una expresión melancólica bajo las esferas de sus sienes cargadas de experiencia y dolor. Aunque, en fin, vaya a merendar a Rivebelle si le divierte que le maten y tirar el dinero por la ventana. Pero, por favor, le encargo una misión de confianza: cuando den las seis, tráigame aquí a toda su gente, no deje que ninguno vuelva a casa por su cuenta, en desbandada. Puede traer a quien usted desee. Y esto no se lo digo a todo el mundo. Pero estoy segura de que sus amigos son

simpáticos, veo enseguida que nos entendemos. Además del cogollito, precisamente el miércoles vienen personas muy agradables. ¿No conoce a la joven señora de Longpont? Es encantadora y muy inteligente, nada esnob, ya verá lo mucho que le gusta. Y también ella ha quedado en traer a toda una pandilla de amigos, añadió Mme. Verdurin para demostrarme que era buena gente y animarme con el ejemplo. Veremos quién tiene más influencia y trae a más gente, si Barbe de Longpont o usted. Y además creo que deben traer también a Bergotte, añadió con aire vago, dado que la presencia de aquella celebridad resultaba bastante improbable según una nota aparecida en los periódicos de la mañana, anunciando que la salud del gran escritor inspiraba las más vivas inquietudes. En fin, ya verá que es uno de mis miércoles más logrados, no quiero tener mujeres pesadas. Y no se le ocurra juzgar por el de esta noche, ha sido un auténtico fracaso. No lo niegue, no puede haberse aburrido más que yo, a mí misma me ha parecido una lata. ¡Pero debe saber que no siempre será como esta noche! Y no me refiero a los Cambremer, que son imposibles, pero he conocido personas de la alta sociedad que pasaban por agradables, pues bien, no lo eran nada comparadas con mi cogollito. Le he oído decir que Swann le parecía inteligente. En primer lugar, a mi entender, eso es muy exagerado, pero, por no hablar del carácter del hombre, que siempre me pareció profundamente antipático, solapado y taimado, a menudo le he tenido a cenar los miércoles. Y puede preguntar a los demás: comparado incluso con Brichot, que está lejos de ser un águila, que es un buen profesor de secundaria al que, de todos modos, yo hice ingresar en el Instituí, Swann no era nada. ¡Era de un gris!» Y como yo emitiese un parecer contrario: «Es así». No quiero decirle nada contra él, dado que es amigo suyo; por otra parte, le quería a usted mucho, me habló de usted de una forma deliciosa, pero pregunte a los otros si, durante nuestras cenas, dijo alguna vez algo interesante. Y ésa es, en última instancia, la piedra de toque. Bueno, no sé por qué, pero en mi casa Swann no suponía nada, no daba nada de sí. Y encima, lo poco que valía lo consiguió aquí. Aseguré que era muy inteligente: «No, si usted creía eso era sólo porque lo conocía desde hacía mucho menos tiempo que yo. En el fondo, se tarda poco en saber quién es. A mí, me aburría a muerte.*

(Traducción: Swann iba a casa de los La Trémoille y de los Guermantes y sabía que yo no iba). Y puedo soportar cualquier cosa, menos el aburrimiento. ¡Ah, eso sí que no!» El horror al aburrimiento era ahora, en Mme. Verdurin, la razón encargada de explicar la composición del pequeño círculo. Aún no recibía duquesas porque era incapaz de aburrirse, lo mismo que de hacer un crucero a causa del mareo. Pensaba yo que lo que Mme. Verdurin decía no era absolutamente falso, y mientras los Guermantes habrían declarado a Brichot el hombre más estúpido que nunca hubiesen conocido, yo no estaba seguro de si en el fondo no era superior, ya que no al propio Swann, al menos a quienes, poseyendo el espíritu de los Guermantes, tuviesen el buen gusto de evitar y el pudor de sonrojarse de sus pedantescas face— cias; me lo preguntaba como si la naturaleza de la inteligencia pudiera resultar aclarada en cierto modo por la respuesta que yo mismo me daría, y con la seriedad de un cristiano influido por Port-Royal que se plantea el problema de la Gracia [529]. «Verá, continuó Mme. Verdurin, cuando se recibe a gentes de mundo junto con personas realmente inteligentes, personas de nuestro ambiente, entonces se puede ver la diferencia; el hombre de mundo más ingenioso en el reino de los ciegos aquí no es más que un tuerto. Encima, desagrada a los otros, que ya no se sienten a gusto. Hasta el punto de que llego a preguntarme si, en lugar de probar fusiones que lo echan todo a perder, no sería mejor tener seríes sólo para los pelmas y disfrutar así plenamente de mi cogollito. En conclusión: vendrá usted con su prima. Está decidido. Bien. Por lo menos, aquí los dos tendrán qué comer. En Féterne se sufre hambre y sed. ¡Ah!, a propósito, si le gustan las ratas, vaya inmediatamente, quedará bien servido. Y le tendrán todo el tiempo que quiera. Naturalmente, se morirá de hambre. Yo, cuando vaya, cenaré antes de salir. Y para que sea más divertido, debería usted pasar a recogerme. Haríamos una buena merienda y cenaríamos a la vuelta. ¿Le gustan las tartas de manzana? ¿Sí? Pues nuestro cocinero las hace como nadie. Ya ve, tenía yo razón al decir que usted estaba hecho para vivir aquí. ¿Por qué no se viene? Sepa que en mi casa hay mucho más sitio de lo que parece. Si no lo digo es para no atraer pelmas. Podría alojarse con su

prima. Ella gozaría de un aire muy distinto al de Balbec. Con el aire de aquí, yo sostengo que curo a los incurables. Palabra que los he curado, y no sólo ahora. Porque en el pasado viví muy cerca, en un sitio que yo había descubierto, que había alquilado por un mendrugo de pan y que tenía mucho más carácter que su Raspeliére. Se lo enseñaré si damos un paseo. Pero debo admitir que, incluso aquí, el aire es realmente tonificante. Aunque no quiero hablar demasiado, sólo faltaría que los parisienses se aficionasen a mi pequeño rincón. Es la suerte que siempre he tenido. En fin, dígaselo a su prima. Les daremos dos bonitas habitaciones sobre el valle, y ya verá lo que es por la mañana, con el sol en medio de la bruma. ¿Y quién es ese Robert de Saint-Loup del que hablaba?, preguntó con aire inquieto porque había oído que tenía que ir a verle a Donciéres y temía que él me hiciese deserrar. Si no es un pelma, ¿por qué no lo trae aquí? He oído hablar de él a Morel; creo que es uno de sus mejores amigos», dijo Mme. Verdurin mintiendo descaradamente, porque Saint-Loup y Morel no conocían siquiera la existencia el uno del otro. Pero como había oído que Saint-Loup conocía a M. de Charius, pensaba que era a través del violinista y quería aparentar que estaba al corriente. «¿No estudia por casualidad medicina, o literatura? Sepa que, si usted necesita recomendaciones para algún examen, Cottard lo puede todo, y que yo hago de él lo que quiero. En cuanto a la Academia, para más adelante, porque creo que aún no tiene la edad, dispongo de varios votos. Su amigo estaría aquí entre gente conocida y quizá le gustaría ver la casa. Donciéres no es nada del otro mundo. En fin, haga usted lo que quiera, lo que mejor le parezca», concluyó sin insistir para no dar la impresión de que trataba de conocer a gente de la nobleza, y porque su pretensión era que el régimen bajo el que hacía vivir a los fieles, la tiranía, recibiese el nombre de libertad. «Pero ¿qué te pasa?», dijo a M. Verdurin, viéndole dirigirse con gestos de impaciencia a la terraza de tablas que, sobre un lado del salón, avanzaba a pico sobre el valle, como un hombre que se ahoga de rabia y necesita tomar el aire. «¿Ha sido Saniette el que ha vuelto a enfadarte? Pues si sabes que es idiota, aprende a controlarte para no ponerte de esta manera… No me gusta esto, añadió volviéndose hacia mí, porque es malo para él, le congestiona. Pero también debo decir que algunas veces hay que

tener una paciencia de ángel para soportar a Saniette y, sobre rodo, acordarse de que acogerle es una obra de caridad. Por mi parte, confieso que el esplendor de su estupidez sirve más bien para alegrarme. Supongo que ha oído usted, después de la cena, su ocurrencia: "No sé jugar al whist, pero sé tocar el piano". Qué estupidez, ¿verdad? Es grande como el mundo, y además mentira, pues no entiende de ninguna de las dos cosas. Pero mi marido, bajo sus rudas apariencias, es muy sensible, muy bueno, y esa especie de egoísmo de Saniette, siempre preocupado por la impresión que va a causar, le saca de sus casillas… Vamos, querido, cálmate, sabes de sobra que Cottard te ha dicho que era malo para tu hígado. Y luego lo pago yo, dijo Mme. Verdurin. Saniette vendrá mañana con su pequeña crisis de nervios y lágrimas. ¡Pobre hombre! Está muy enfermo. Pero, en fin, no es una razón para que mate a los demás. Y por otra parte, incluso en los momentos en que sufre demasiado, en que uno querría compadecerle, su estupidez impide que te conmuevas. Es demasiado estúpido. Basta con que le digas con coda cortesía que esas escenas os hacen mucho daño a los dos, que no vuelva: como eso es lo que más teme, tendrá un efecto calmante sobre sus nervios», sugirió Mme. Verdurin a su marido.

Apenas se distinguía el mar por las ventanas de la derecha. Pero las del otro lado mostraban el valle sobre el que ahora había caído la nieve del claro de luna. De vez en cuando se oía la voz de Morel y la de Cottard. «¿Lleva usted un triunfo?» —«Yes». —«¡Ah!, son bastante buenas», le dijo a Morel, en respuesta a su pregunta, M. de Cambremer, porque había visto que el juego del doctor estaba lleno de triunfos. «La dama de diamantes, dijo el doctor. Es un triunfo, ¿no le parece? Corto y robo… Pero ya no hay Sorbona, dijo el doctor a M. de Cambremer, sólo queda la Universidad de París [530]». El señor de Cambremer confesó que no entendía por qué le hacía el doctor aquella observación. «Creía que hablaba usted de la Sorbona, continuó el doctor. Le había entendido decir: que son buenas, añadió guiñando el ojo para indicar que era una gracia [531]. Espere, dijo señalando a su adversario, estoy preparándole una jugada digna de Trafálgar[532]». Y para el doctor la jugada debía de ser excelente,

porque en medio de su alegría, riéndose, empezó a mover voluptuosamente los dos hombros, gesto que en su familia, en el «estilo» Cottard, era una señal casi zoológica de satisfacción. En la generación anterior, ese movimiento iba acompañado por el gesto de frotarse las manos como sí se las enjabonasen. Al principio, el propio Cottard había utilizado simultáneamente la doble mímica, pero un buen día, sin que se supiese a qué intervención conyugal, o quizá magistral, se debió, el frotamiento de las manos había desaparecido. El doctor, hasta en el dominó, cuando obligaba a su adversario a «robar» y a coger el seis doble, lo que para él constituía el mayor de los placeres, se contentaba con el movimiento de hombros. Y cuando —con la menor frecuencia posible— iba a su tierra natal por unos días y volvía a encontrarse con su primo hermano, que todavía estaba en el frotamiento de manos, al volver decía a Mme. Cottard: «He encontrado muy ordinario al pobre René». «¿Tiene usted alguna cosilla?, dijo volviéndose hacia Morel. ¿No? Entonces juego este viejo David[533]». —«¡Pues entonces tiene usted cinco y ha ganado!» —«Bonita victoria, doctor», dijo el marqués. «Una victoria a lo Pirro[534], dijo Cottard volviéndose hacia el marqués y mirando por encima de sus lentes para juzgar el efecto de su gracia. Si todavía tenemos tiempo, le dijo a Morel, le concedo la revancha. Me corresponde hacerlo. ¡Ah!, no, ya están ahí los coches, lo dejaremos para el viernes y le enseñaré una jugada que no es moco de pavo». El señor y la señora Verdurin nos acompañaron fuera. La Patrona estuvo particularmente cariñosa con Saniette para asegurarse de que volvería al día siguiente. «No me parece que vaya usted bastante abrigado, bijito, me dijo M. Verdurin, a quien su mucha edad autorizaba el uso de ese apelativo paterna!. Se diría que el tiempo ha cambiado». Estas palabras me Llenaron de alegría, como si la vida profunda, el surgimiento de diversas combinaciones que implicaba[535] en la naturaleza, debiesen anunciar otros cambios, relativos en este caso a mi vida, y crear en ella nuevas posibilidades. Antes de ponernos en marcha, bastó abrir la puerta que daba al parque para sentir que otro «tiempo» ocupaba desde hacía un instante La escena; brisas frescas, voluptuosidad estival, se elevaban en la pineda (donde tiempo atrás

soñaba con Chopin Mme. de Cambremer) y casi imperceptiblemente, en meandros acariciadores, en caprichosos remolinos, comenzaban sus ligeros nocturnos. Rechacé la manta que había de aceptar las noches siguientes, cuando Albertine estuviera allí, más por el secreto del placer que contra el peligro del frío. Fue inútil buscar al filósofo noruego. ¿Le había dado un cólico? ¿Había renido miedo a perder el tren? ¿Había ¡do a buscarlo un aeroplano? ¿Había sido raptado en una especie de asunción? El caso es que había desaparecido sin que tuviésemos tiempo de darnos cuenta, como un dios. «Hace usted mal, me dijo M. de Cambremer, hace un frío de perros». — «¿Por qué de perros?», preguntó el doctor. «Cuidado con los ahogos, continuó el marqués. Mi hermana no sale nunca de noche. Además, su salud es más bien precaria en este momento. En cualquier caso, no se quede así, sin nada en ¡a cabeza, póngase enseguida el sombrero». —«No se trata de ahogos a frigore», sentenció Cottard. —«¡Ah, ah!, dijo M. de Cambremer inclinándose, si ésa es su opinión…» —«¡Aviso al lector!», dijo el doctor deslizando sus miradas fuera de los lentes para sonreír. El señor de Cambremer se rió, pero convencido de tener razón, insistió: «Sin embargo, dijo, cada vez que mi hermana sale de noche tiene una crisis». —«Es inútil porfiar, respondió el doctor, sin darse cuenta de su descortesía. Además, no ejerzo la medicina a la orilla del mar, a menos que me llamen para una consulta. Aquí estoy de vacaciones». Quizá lo estaba más aún de lo que hubiese querido. Como M. de Cambremer le había dicho al subir con él al coche: «Tenemos la suerte de tener también cerca de nosotros (no en su lado de la bahía, sino en el otro, aunque es muy estrecha en ese punto) a otra celebridad médica, el doctor du Boulbon», Cottard, que generalmente, por deontología, se abstenía de criticar a sus colegas, no pudo dejar de exclamar, como había hecho delante de mí el día funesto en que habíamos ido al pequeño Casino: «Pero eso no es un médico. Hace medicina literaria, la suya es una terapéutica de fantasista, charlatanismo. De todos modos, mantenemos buenas relaciones. Tomaría el barco para ir a verle una vez si no me viese obligado a ausentarme». Pero por el tono que empleó Cottard para hablar de du Boulbon a M. de Cambremer, deduje que el barco en el que hubiera ido gustoso a verle se parecería mucho a ese navio que,

para ir a destruir las aguas descubiertas por otro médico literario, Virgilio (que también les robaba toda su clientela), habían flecado los doctores de Salerno, y que naufragó con ellos durante la travesía[536]. «Adiós, mi querido Saniette, no deje de venir mañana, ya sabe que mi marido le aprecia mucho. Aprecia su ingenio, su inteligencia; sí, usted ya lo sabe, le gusta adoptar modales bruscos, pero no puede pasarse sin verle. Es siempre lo primero que me pregunta: "¿Viene Saniette? ¡Me gusta tanto verle!"» —«Yo nunca he dicho eso», dijo M. Verdurin a Saniette con una franqueza simulada que parecía conciliar perfectamente las palabras de la Patraña con la forma en que él trataba a Saniette. Luego, mirando el reloj, evidentemente para no prolongar la despedida en la humedad de la noche, recomendó a los cocheros que no se retrasasen, pero que fueran prudentes en la bajada, y aseguró que llegaríamos antes que el tren. Éste debía depositar a los fieles, a uno en una estación, a otro en otra, acabando por mí, dado que ninguno iba más allá de Balbec, y empezando por los Cambremer. Para que sus caballos no subieran de noche hasta La Raspeliére, éstos tomaron el tren con nosotros en Douville-Féterne. De hecho, la estación más cercana a su casa no era ésa, que, ya un tanto alejada del pueblo, lo está todavía más del castillo, sino La Sogne. Al llegar a la estación de Douville-Féterne, M. de Cambremer se empeñó en dar «la moneda», como decía Franqoise, al cochero de los Verdurin (precisamente el simpático y sensible cochero de ideas melancólicas), porque M. de Cambremer era generoso, y esto le venía «de la parte de su mamá». Pero, sea porque en este punto interviniese «la parte de su papá», —sea porque, al ver mal, podía dar, por ejemplo, un sou por un franco, sea porque el destinatario nó pudiera darse cuenta de la importancia del don que le hacían—, al dar sentía el escrúpulo de cometer un error. Por eso le hizo notar esa importancia al cochero: «Es un franco lo que le doy, ¿verdad?», le dijo, haciendo brillar la moneda a la luz y para que los fieles pudiesen repetírselo a Mme. Verdurin. «¿Es así?, veinte sous, como el viaje es tan corto». Él y Mme. de Cambremer nos dejaron en La Sogne. «Le diré a mi hermana, me repitió, que sufre usted ahogos, estoy seguro de que le interesará». Comprendí que quería decir: la alegrará. En cuanto

a su mujer, empleó al despedirse de mí dos de esas abreviaciones que, incluso escritas, me chocaban entonces en una carta, aunque luego nos hayamos acostumbrado a ellas, pero que, dichas, todavía hoy me dan la impresión de tener, en su deliberado descuido, en su estudiada familiaridad, algo de insoportablemente pedante. «Contenta de haber pasado la velada con usted, me dijo; saludos a Saint-Loup, si le ve». Al decirme esta frase, Mme. de Cambremer pronunció Saint— Loupe. Nunca he sabido quién había pronunciado así en su presencia, o qué le había hecho creer que se debía pronunciar así. Lo cierto es que, durante varias semanas, pronunció Saint-Loupe, y que un hombre que la admiraba mucho y estaba totalmente identificada con ella hizo lo mismo[537]. Si otras personas decían Saint-Lou, ellos insistían, decían con fuerza Saint-Loupe, bien para darles indirectamente una lección, bien para distinguirse de ellos. Pero, evidentemente, algunas damas más brillantes que Mme. de Cambremer le dijeron, o le hicieron comprender de manera indirecta, que no había que pronunciar así, y que lo que tenía por una originalidad era un error que la haría pasar por poco enterada de las cosas del gran mundo, porque poco tiempo después Mme. de Cambremer volvía a decir Saint-Lou, y su admirador abandonaba también toda resistencia, bien porque ella le hubiese corregido, bien porque él se hubiera dado cuenta de que la marquesa no hacía sonar la final y hubiese llegado a la conclusión de que, para que una mujer de tanta valía, de tanta energía y de tanta ambición,- hubiese cedido, debía de tener sus buenas razones. El peor de sus admiradores era su marido. A Mme. de Cambremer le gustaba gastar a los demás bromas a menudo muy impertinentes. Cuando se encarnizaba así conmigo o con cualquier otro, M. de Cambremer se ponía a mirar a la víctima riendo. Como el marqués era bizco —cosa que presta una intención ingeniosa a la alegría, incluso en los imbéciles—, el efecto de aquella risa era devolver un poco de pupila a lo blanco, de otro modo total, del ojo. Lo mismo que un claro pone un poco de azul en un cielo guateado de nubes. El monóculo, por otra parte, protegía, como un cristal sobre un cuadro valioso, esa delicada operación. En cuanto a la intención misma de la risa, sería difícil decir si era amable. «¡Ah, pillo! Bien puede decir que es usted digno de

envidia. Goza de los favores de una mujer de gran ingenio», o mordaz: «Bien, señor mío, espero que se las arregle, va a tragarse unos cuantos sapos», o servicial: «Ya sabe, aquí estoy yo, me tomo la cosa a risa porque es pura broma, pero no permitiré que le maltraten», o cruelmente cómplice: «No quiero poner mi granito de sal, pero ya lo ve, disfruto con todas las vejaciones que mi mujer le prodiga. Me parto de risa, lo cual quiere decir que yo, el marido, apruebo. Y si se le ocurriera la fantasía de rebelarse, tendría que vérselas conmigo, caballerete. Empezaría por administrarle un par de bofetadas, y de las buenas, luego iríamos a cruzar las espadas en el bosque de Chantepie».

Sea lo que fuere de estas distintas interpretaciones de la hilaridad del marido, las chifladuras de la mujer no duraban mucho. Entonces M. de Cambremer dejaba de reírse, desaparecía la momentánea pupila y, como se había perdido desde hacía unos minutos la costumbre del ojo totalmente blanco, confería a aquel colorado normando algo a la vez exangüe y estático, como si el marqués acabase de salir de una operación o implorase al cielo, bajo su monóculo, las palmas del martirio.

CAPÍTULO III

Tristezas de M. de Charius. — Su duelo ficticio. — Las estaciones del «Transatlantique». — Cansado de Albertine, quiero romper con ella.

ME caía de sueño. Me subió en ascensor hasta mí piso no el liftier, sino el botones bizco, que entabló conversación para contarme que su hermana seguía con aquel señor tan rico, y que, una vez que tuvo el antojo de volver a casa en lugar de portarse como es debido, su señor había ido a buscar a la madre del botones bizco y de sus más afortunados hermanos, la cual había devuelto inmediatamente a la insensata a casa de su amigo. «Ha de saber, señor, que mi hermana es una gran dama. Toca el piano, habla español. Y no la tomaría usted por la hermana del simple empleado que le sube en el ascensor, pero no se priva de nada; la señora tiene su propia doncella, y no me sorprendería que un día tuviese su propio coche. Es muy guapa, si usted la viese, un poco demasiado soberbia, pero, caramba, es fácil comprenderlo. Es muy inteligente. No se va nunca de un hotel sin aliviarse en un armario, en una cómoda, para dejar un pequeño recuerdo a la camarera que tenga que limpiar. A veces también hace eso en un coche, y después de haber pagado la carrera se esconde una esquina para divertirse viendo renegar al cochero que debe volver a lavar su coche. También mi padre tuvo suerte con mi hermano pequeño encontrándole ese príncipe indio que había conocido en otro tiempo. Desde luego, es totalmente distinto. Pero la posición es

magnífica. Si no fuese por los viajes, sería de sueño. Por el momento, soy el único que se ha quedado en la calle. Pero nunca se puede saber. Mi familia tiene suerte; quién sabe si no seré un día presidente de la República. Pero le estoy haciendo parlotear (yo no había dicho una sola palabra y empezaba a dormirme escuchando las suyas). Buenas noches, señor. ¡Oh!, gracias, señor. Si todo el mundo tuviese tan buen corazón como usted, no habría desgraciados. Pero, como dice mi hermana, tendrá que haberlos siempre para que, ahora que soy rica, pueda jorobarles un poco. Perdóneme la expresión. Buenas noches, señora.

Quizá cada noche, mientras dormimos, aceptamos el riesgo de vivir sufrimientos que consideramos nulos y no acontecidos porque los sentiremos durante un sueño que creemos privado de conciencia. En efecto, las noches en que volvía tarde de la Raspeliére, tenía mucho sueño. Peto en cuanto llegaron los fríos, no conseguía dormirme enseguida porque el fuego alumbraba como si hubiesen encendido una lámpara. Pero sólo era una llamarada, y —también como una lámpara, como la luz del día cuando cae la noche— su resplandor demasiado vivo no tardaba en bajar; y yo entraba en el sueño, que es como un segundo apartamento que tuviésemos y al que, dejando el nuestro, nos habríamos retirado a dormir. Tiene sonidos propios, y a veces nos vemos violentamente despertados por el ruido de un timbre que nuestros oídos oyen con toda claridad aunque nadie haya llamado. Tiene sus criados, sus visitantes particulares que vienen a buscarnos para salir, de modo que nos disponemos a levantarnos cuando, debido a nuestra casi inmediata transmigración al otro apartamento, el de la vigilia, estamos obligados a constatar que la habitación está vacía, que no ha venido nadie. La raza que allí habita, como la de los primeros humanos, es andrógina. Al cabo de un instante aparece un hombre bajo el aspecto de una mujer. Las cosas tienen allí cierta aptitud para convertirse en hombres, los hombres para convertirse en amigos y enemigos. El tiempo que, durante esos sueños, transcurre para el durmiente es absolutamente distinto del tiempo en el que se consuma la vida del hombre despierto. Unas veces su curso es mucho más rápido, un cuarto de hora parece una jornada; a veces mucho más largo, creemos no haber

echado más que un ligero sueño, y hemos dormido todo el día. Entonces, en el carro del sueño descendemos a unas profundidades donde el recuerdo ya no puede alcanzarle, y ante las que el espíritu se ha visto obligado a desandar su camino. Los caballos del sueño, semejantes a los del sol, avanzan con paso tan constante, en una atmósfera donde ya no puede detenerlo la menor resistencia, que se precisa alguna piedrecilla aerolítica ajena a nosotros (disparada desde el azul ¿por qué Desconocido?) para alcanzar el sueño regular (que, de otro modo, no tendría ninguna razón para acabarse y perduraría con un movimiento uniforme por los siglos de los siglos) y hacerle, con un brusco viraje, volver hacia lo real, quemar las etapas, atravesar las regiones vecinas de la vida —donde enseguida el durmiente oirá, de ésta, los rumores casi vagos todavía, pero ya perceptibles, aunque deformados— y aterrizar bruscamente en el despertar. De esos sueños profundos nos despertamos entonces en una aurora, sin saber quiénes somos, sin ser nadie, nuevos, dispuestos a todo, porque el cerebro se ha vaciado de ese pasado que, hasta ese instante, era la vida. Y acaso es todavía más hermoso cuando el aterrizaje del despertar se produce brutalmente y nuestros pensamientos del sueño, escamoteados por una capa de olvido, no tienen tiempo de volver progresivamente antes de que cese el sueño. Entonces, de la negra tormenta que nos parece haber atravesado (pero ni siquiera decimos nosotros) salimos yacentes, sin pensamientos: un «nosotros» que carecería de contenido. ¿Qué martillazo ha recibido el ser o la cosa que ahí yace para que lo ignore todo, estupefacta hasta el momento en que la memoria acude para devolverle la conciencia o la personalidad? Además de que, para estas dos clases de despertar, no hay que dormirse, ni siquiera profundamente, bajo la ley de la costumbre. Pues la costumbre vigila todo lo que aprisiona en sus redes; hay que escapar, coger el sueño en el momento en que creíamos hacer algo muy distinto a dormir, coger, en una palabra, un sueño que no permanezca bajo la tutela de lo previsible, que no vaya acompañado, ni siquiera a hurtadillas, de la reflexión.

En sueños como los que acabo de describir, y que eran la mayor parte del tiempo los míos cuando la víspera había cenado en la Raspeliére, todo ocurría al menos como si fuera así, y de ello puedo

dar testimonio yo, el extraño ser humano que, esperando que la muerte lo libere, vive con los postigos cerrados, no sabe nada del mundo, permanece inmóvil como un búho y, como éste, sólo ve un tanto claro en las tinieblas. Todo ocurre como si fuese así, aunque tal vez una sola capa de estopa haya impedido al durmiente percibir el diálogo interior de los recuerdos y la incesante verborrea del sueño, Pues (cosa que, por lo demás, puede explicarse igual de bien en el primer sistema, más vasto, más misterioso, más astral) en el momento en que se produce el despertar, el durmiente oye una voz interior que le dice: «¿Irá a esa cena esta noche, amigo mío? ¡Sería tan agradable!», y piensa; «Sí, qué agradable será, iré»; luego, al acentuarse el despertar, recuerda de repente: «A la abuela sólo le quedan unas semanas de vida, asegura el doctor». Hace sonar la campanilla, llora ante la idea de que no será, como antes, su abuela, la abuela moribunda, sino un indiferente camarero quien venga a responderle. Por otra parte, cuando el sueño lo llevaba tan lejos del mundo habitado por el recuerdo y el pensamiento, a través de un éter donde estaba solo, más que solo, sin tener siquiera ese compañero en el que uno se ve a sí mismo, estaba fuera del tiempo y de sus medidas.

Ya entra el camarero, y él no se atreve a preguntarle la hora, porque ignora si ha dormido, cuántas horas ha dormido (se pregunta si no será cuántos días, hasta tal punto regresa con el cuerpo deshecho y la mente descansada, el corazón nostálgico, como de un viaje demasiado lejano para no haber durado mucho tiempo). Cierto que no puede pretenderse que sólo hay un tiempo único, por la fútil razón de que basta mirar el péndulo para comprobar que no ha sido más que un cuarto de hora lo que habíamos creído una jornada. Pero en el momento en que ¡o constatamos somos, precisamente, un hombre despierto, sumido en el tiempo de los hombres despiertos, hemos desertado del otro tiempo. E incluso quizá más que de otro tiempo: de otra vida. Los placeres que tenemos en el sueno no los anotamos en la cuenta de los placeres sentidos en el curso de la asistencia. Por sólo aludir al más vulgarmente sensual de todos, ¿quién de nosotros no ha sentido al despertar cierta irritación por haber experimentado mientras dormíamos un placer que no podemos renovar indefinidamente ese día sin riesgo de cansarnos demasiado? Es como un bien perdido.

Hemos tenido placer en otra vida que no es la nuestra. Sufrimientos y placeres del sueño (que generalmente se desvanecen muy deprisa al despertar), si los hacemos figurar en un balance, no será en el de la vida corriente.

He dicho dos tiempos; quizá no haya más que uno, no porque el del hombre despierto valga para el durmiente, sino quizá porque la otra vida, aquella en que dormimos no está —en su parte profunda— sometida a la categoría del tiempo. Me lo figuraba cuando al día siguiente de las cenas en la Raspeliére me dormía de manera tan profunda. Y era por lo siguiente: empezaba a desesperarme, al despertar, viendo que, después de haber llamado diez veces el camarero, no había venido. A la undécima entraba. No era más que la primera. Las otras diez sólo eran esbozos, en mi sueño que todavía duraba, del campanillazo que yo deseaba. Mis manos yertas no se habían movido siquiera. Pero aquellas mañanas (y es lo que me obliga a decir que el sueño tal vez ignore la ley del tiempo), mi esfuerzo por despertarme consistía sobre todo en un esfuerzo por hacer entrar el bloque oscuro, no definido, del sueño que acababa de vivir en los marcos del tiempo. No es tarea fácil; el sueno, que no sabe si hemos dormido dos horas o dos días, no puede proporcionarnos ningún punto de referencia. Y si no lo encontramos fuera, al no conseguir volver a entrar en el tiempo, nos dormimos de nuevo durante cinco minutos que nos parecen tres horas.

Siempre he dicho —y experimentado— que el más poderoso de los hipnóticos es el sueño. Después de haber dormido profundamente dos horas, de haberse batido con tantos gigantes y haber entablado tantas amistades para siempre, es mucho más difícil despertarse que después de haber tomado varios gramos de veronal. Por eso, mientras razonaba sobre todo esto, quedé sorprendido al enterarme por el filósofo noruego[538], que lo sabía por M. Boutroux[539], «su eminente colega —perdón—, su cofrade», lo que M. Bergson pensaba de las singulares alteraciones de la memoria debidas a los hipnóticos[540]. «Desde luego, le habría dicho M. Bergson a M. Boutroux de creer al filósofo noruego, tomados de vez en cuando en dosis moderadas, los hipnóticos no influyen sobre esa sólida memoria de nuestra vida

cotidiana, tan bien instalada en nosotros. Pero hay otras memorias, más elevadas, y también más inestables. Uno de mis colegas da un curso de historia antigua. Me ha dicho que, si la noche anterior había tomado un sello para dormir, le costaba trabajo, durante su clase, recordar las citas griegas que necesitaba. El médico que le había recomendado esos sellos le aseguró que no influían para nada en la memoria. "Quizá sea que no tiene que hacer usted citas griegas", le había contestado el historiador no sin cierto orgullo sarcástico».

No sé si esta conversación entre M. Bergson y M. Boutroux es exacta. El filósofo noruego, tan profundo y tan lúcido por otra parte, tan apasionadamente atento, podría haber entendido mal. Personalmente, mi experiencia me ha proporcionado resultados opuestos. Los momentos de olvido que, al día siguiente, siguen a la ingestión de ciertos narcóticos, tienen una semejanza sólo parcial, aunque turbadora, con el olvido que reina en el transcurso de una noche de sueño natural y profundo. Pero, lo que se me olvida en uno y otro caso, no es determinado verso de Baudelaire, que más bien me cansa «lo mismo que un salterio[541]», no es determinado concepto de uno de los filósofos citados, es la realidad misma de las cosas vulgares que me rodean —si duermo— y cuya no percepción hace de mí un loco; es, si estoy despierto y salgo de un sueño artificial, no el sistema de Porfirio o de Plotino[542], sobre los que puedo discutir tan bien como cualquier otro día, sino la respuesta que he prometido dar a una invitación, cuyo recuerdo ha sido sustituido por un blanco absoluto. La idea elevada ha permanecido en su sitio; lo que el hipnótico ha dejado fuera de uso es el poder de actuar en las cosas pequeñas, en todo lo que requiere actividad para recuperarse justo a tiempo, para empuñar tal recuerdo de la vida de todos los días. Pese a todo lo que pueda decirse de la supervivencia tras la destrucción del cerebro, observo que a cada alteración del cerebro corresponde un fragmento de muerte. Poseemos todos nuestros recuerdos, si no la facultad de recordarlos, dijo, de acuerdo con M. Bergson, el gran filósofo noruego, cuyo lenguaje no he tratado de imitar por no demorarme más. Si no la facultad de recordarlos. Pero ¿qué es un recuerdo que no se recuerda? O vamos más lejos. No nos acordamos de nuestros

recuerdos de los treinta últimos años; pero estamos totalmente inmersos en ellos; ¿por qué detenerse entonces en treinta años, por qué no prolongar hasta más allá del nacimiento esa vida anterior? Desde el momento en que no conozco toda una parte de los recuerdos que están detrás de mi, desde el momento en que me resultan invisibles, en que no tengo la facultad de llamarlos en mi interior, ¿quién me dice que en esa maca desconocida para mí no hay algunos que se remontan mucho más allá de mi vida humana? Si puedo tener en mí y en torno a mí tantos recuerdos de los que no me acuerdo, ese olvido (al menos olvido de hecho, ya que no tengo la facultad de ver nada) puede tener por objeto una vida vivida por mí en el cuerpo de orto hombre, incluso en otro planeta. Un mismo olvido borra todo. Pero entonces ¿qué significa esa inmortalidad del alma cuya realidad afirmaba el filósofo noruego? El ser que seré después de la muerte no tiene más razones para acordarse del hombre que soy desde mi nacimiento de la que tiene este último para recordar lo que he sido antes de ese nacimiento.

Entraba el camarero. No le decía que había llamado varias veces, porque me daba cuenta de que, hasta ese momento, sólo había soñado que llamaba. Pero me asustaba la idea de que ese sueño hubiese tenido la nitidez del conocimiento. ¿Podría ocurrir que el conocimiento tuviese, recíprocamente, la irrealidad del sueño?

En cambio le preguntaba quién había llamado tanto aquella noche. Me decía: nadie, y podía certificarlo, porque el «cuadro» de timbres lo hubiese registrado. Pero yo oía los timbrazos repetidos, casi furiosos, que todavía vibraban en mi oído y para mí debían seguir siendo perceptibles durante varios días. Es sin embargo raro que el sueño lance así en la vida despierta recuerdos que no mueren con él. Esos aerolitos pueden contarse. Si es una idea forjada por el sueño, se disocia enseguida en fragmentos sutiles, inencontrables. Pero esta vez el sueño había fabricado sonidos. Más materiales y más simples, duraban más. Estaba sorprendido por la hora relativamente matinal que me decía el camarero. No por eso me sentía menos descansado. Los sueños ligeros son los que más duran, porque, a mitad de camino entre la vigilia y el sueño, conservando de la primera una noción algo difusa aunque permanente, necesitan infinitamente más tiempo para

descansarnos que un sueño profundo, que puede ser breve. Me sentía muy a gusto por otra razón. Si basca recordar que estamos cansados para sentir penosamente ese cansancio, decirnos: «Estoy descansado» basta para crear el descanso. Pero yo había soñado que M, de Charlus tenía ciento diez años y acababa de dar un par de bofetadas a su propia madre, Mme. Verdurin, porque había comprado por cinco mil millones un ramo de violetas; estaba seguro por lo tanto de haber dormido profundamente, de haber soñado en contra de mis nociones de la víspera y de todas las posibilidades de la vida corriente; esto bastaba para que me sintiese totalmente descansado[543].

Habría dejado muy sorprendida a mi madre, que no podía comprender la asiduidad de M. de Charlus a casa de los Verdurin, si le hubiera contado (precisamente el día en que había sido encargado el casquete de Albertine, sin decirle nada a ella y para darle una sorpresa) con quién había ido M. de Charlus a cenar a un salón del Grand-Hôtel de Balbec. El invitado no era otro que el lacayo de una prima de los Cambremer. Este lacayo iba vestido con mucha elegancia, y, cuando atravesó el hall con el barón, «hizo de hombre de mundo» a ojos de los turistas, como habría dicho Saint-Loup. Pero ni los jóvenes botones, ni los «levitas» que descendían en tropel las gradas del templo en ese momento, por ser el del relevo, prestaron particular atención a los dos recién llegados, uno de los cuales, M. de Charlus, quería demostrar bajando los ojos que les concedía muy poca. Daba la impresión de abrirse paso en medio de ellos. «Prosperes, cher espoir dune nation sainte» («Prosperad, cara esperanza de un pueblo santo»), dijo recordando unos versos de Racine, citados en un sentido muy distinto. «¿Perdón?», preguntó el lacayo poco al corriente de los clásicos. No le respondió M. de Charlus, que ponía cierto orgullo en no hacer caso de las preguntas y avanzar todo recto como si no hubiese otros clientes del hotel y en el mundo no existiese más que él, el barón de Charlus. Pero después de seguir con los versos de Josabet: «Venes, venes, mes filies», se sintió

harto y no añadió como ella: «il fatales appeler[544]» («Venid, venid, hijas mías…», «Hay que llamarlas»., porque aquellos jovencitos aún no habían alcanzado la edad en que el sexo está enteramente formado y que tanto gustaba a M. de Charlus. Por otra parte, aunque había escrito al lacayo de Mme. de Chevrigny, porque no dudaba de su docilidad, había esperado que fuese más viril. Al verle, lo encontraba más afeminado de lo que hubiese querido. Le dijo que había creído que iba a entendérselas con algún otro porque conocía de vista a otro lacayo de Mme. de Chevrigny, al que, en efecto, había visto en el coche. Era una especie de campesino muy tosco, todo lo contrario de éste, quieti, considerando en cambio sus melindres como otras tantas superioridades y convencido de haber seducido a M. de Charius con sus cualidades de hombre de mundo, ni siquiera comprendió a quién se refería el barón. «Pero si sólo tengo un compañero al que no puede usted haberle echado el ojo, es horrible, parece un campesinote». Y ante la idea de que quizá fuese aquel patán a quien había visto el barón, sintió una picadura de amor propio. El barón lo intuyó y, ampliando la investigación, dijo: «No he hecho ningún voto especial de conocer únicamente criados de Mme. de Chevrigny. ¿No podría presentarme, aquí o en París, dado que se marcha usted pronto, alguno de sus compañeros de una casa o de otra?» —«¡Oh, no!, respondió el lacayo, no me trato con nadie de mi clase. Sólo hablo con ellos por cosas del servicio. Pero hay una persona muy distinguida que podría presentarle». —«¿Quién?», preguntó el barón. «El príncipe de Guermantes». A M, de Charius le despechó que sólo le ofreciesen un hombre de aquella edad y para el que, además, no necesitaba la recomendación de un lacayo. Por eso declinó el ofrecimiento con un tono seco y, sin dejarse desanimar por las pretensiones mundanas del criado, volvió a explicarle lo que querría, el género, el tipo, un jockey por ejemplo, etc. Temiendo que el notario que pasaba en ese momento le hubiera oído, creyó prudente aparentar que hablaba de otra cosa distinta de lo que se hubiera podido creer y dijo con insistencia y para el foro, pero como si no hiciese más que continuar su conversación: «Sí, a pesar de mi edad he conservado la afición por los bibelots, hago locuras por un

viejo bronce, por una lámpara antigua. Adoro lo Bello». Pero para hacer comprender al lacayo el cambio de tema que había realizado con tanta rapidez, M. de Charius recalcaba tanto cada palabra y además, para que le oyese el notario, las gritaba tan fuerte que todo aquel juego escénico habría bastado, a oídos más avisados que los del funcionario ministerial, para revelar lo que ocultaba. Éste no sospechó nada, ni tampoco los demás clientes del hotel: todos ellos vieron un elegante extranjero en aquel lacayo tan acicalado. En cambio, si los hombres de mundo se engañaron y lo tomaron por un americano muy chic, los criados lo etiquetaron, nada más aparecer ante ellos, como un forzado reconoce a un forzado, incluso más deprisa, olfateado a distancia como un animal por ciertos animales. Los encargados de las filas de mesas fruncieron el ceño. Aimé lanzó una mirada suspicaz. El sumiller, encogiéndose de hombros, dijo, después de ponerse la mano delante de la boca, gesto que le parecía cortés, una frase mordaz que oyó todo el mundo. Y hasta nuestra vieja Françoise, cuya vista empeoraba y que en ese momento pasaba junto al pie de la escalera para ir a cenar «con los recaderos», levantó la cabeza, reconoció a un criado donde los huéspedes del hotel no lo sospechaban —como la vieja nodriza Euriclea reconoce a Ulises mucho antes que los pretendientes sentados en el festín[545]—, y, viendo a M. de Charlus caminar familiarmente a su lado, puso una expresión afligida, como si las maledicencias que había oído decir y no había creído hubiesen adquirido de golpe a sus ojos una desoladora verosimilitud. No me habló nunca, ni a nadie, de este incidente, pero debió de hacer en su cerebro un trabajo notable, porque más tarde, cada vez que en París tuvo ocasión de ver a «Julien», al que hasta entonces tanto había querido, siguió tratándolo con cortesía, pero una cortesía que se había enfriado y a la que siempre iba añadida una fuerte dosis de reserva. En cambio, ese mismo incidente indujo a algún otro a hacerme una confidencia: fue Aimé. Cuando me había cruzado con M. de Charlus, éste, que no había pensado que me encontraría, gritó alzando ¡a mano: «Buenas noches», con la indiferencia, al menos aparente, de un gran señor convencido de que todo le está permitido y que encuentra más astuto aparentar que no se esconde. Pero Aimé, que en

ese momento estaba observándole con desconfianza y que me vio saludar al acompañante de aquel en quien estaba seguro de haber reconocido a un criado, me preguntó esa misma noche quién era. Porque, desde hacía algún tiempo, a Aimé le gustaba charlar o, más bien, como él decía, sin duda para subrayar el carácter, en su opinión filosófico, de sus charlas, «discutir» conmigo. Y como a menudo yo le decía que me resultaba embarazoso que permaneciese de pie a mí lado mientras yo cenaba cuando hubiera podido sentarse y compartir mi comida, sostenía que nunca había visto un cliente con «el razonamiento tan justo». En ese momento, él hablaba con dos camareros. Me habían saludado, no sabía por qué; me resultaban desconocidas sus caras, aunque en lo que decían resonase un eco que no me parecía nuevo. Aimé reprendía a ambos por sus noviazgos, que desaprobaba. Me tomó por testigo, dije que no podía tener opinión por no conocerlos. Me recordaron su nombre, que me había servido muchas veces en Rivebelle. Pero uno se había dejado crecer el bigote, el otro se lo había afeitado y se había rapado el pelo; y por eso, aunque fuese la misma cabeza de antes la que llevaban sobre los hombros (y no otra, como en las fallidas restauraciones de Notre-Dame[546]), me había resultado tan invisible como esos objetos que escapan a las más minuciosas pesquisas aunque están a la vista de todos, sin que nadie se dé cuenta, sobre una chimenea[547]. En cuanto supe su nombre, reconocí exactamente la música incierta de su voz porque volví a ver su antigua cara, que la determinaba. «¡Quieren casarse y ni siquiera saben inglés!», me dijo Aimé, sin pensar que yo estaba poco enterado de la profesión hostelera y me costaba entender que, si no se saben lenguas extranjeras, no se puede conseguir un buen empleo. Convencido de que sabría fácilmente que el nuevo comensal era M. de Charius, y suponiendo además que debía recordarle, porque le había servido en el comedor cuando, durante mi primera estancia en Balbec, el barón había venido a ver a Mme. de Villeparisis, le dije su nombre. Pero Aimé no sólo no recordaba al barón de Charius, sino que ese nombre pareció causarle una profunda impresión. Me dijo que al día siguiente buscaría entre sus cosas una carta que quizá yo podría explicarle. Quedé tanto más extrañado

cuanto que, durante el primer año de Balbec, cuando M. de Charius quiso darme un libro de Bergotte, había mandado llamar concretamente a Aimé[548], a quien luego debió de volver a encontraren aquel restaurante de París donde yo había almorzado con Saint-Loup y su querida, y adonde M. de Charius había ido a espiarnos[549]. Verdad es que Aimé no había podido cumplir en persona aquellas misiones, una vez porque ya se había acostado, y la segunda por estar sirviendo. Sin embargo, yo tenía grandes dudas sobre su sinceridad cuando pretendía no conocer a M. de Charius. Por un lado, había debido de congeniar con el barón. Como todos los jefes de piso del hotel de Balbec, como varios ayudas de cámara del príncipe de Guermantes, Aimé pertenecía a una raza más antigua que la del príncipe, y por lo tanto más noble. Cuando se pedía un reservado, al principio uno se creía solo. Pero pronto se percibía en el offices un escultural jefe de comedor, de ese género etrusco bermejo cuyo prototipo era Aimé, algo envejecido por los excesos del champán y viendo llegar la hora ineluctable del agua de Contrexéville[550]. No todos los clientes los llamaban sólo para que les sirviesen. í.os empleados que eran jóvenes, escrupulosos y con prisa porque fuera les esperaba una querida, escurrían el bulto. Por eso Aimé les reprochaba no ser serios. Estaba en su derecho. Serio, él sí lo era. Tenía mujer e hijos, y ambición para ellos. De ahí que las insinuaciones que una extranjera o un extranjero le hacían no las rechazase, aunque tuviese que quedarse toda la noche. Porque el trabajo debe ser lo primero. Hasta tal punto era del tipo que podía complacer a M. de Charius que sospeché que mentía cuando me dijo no conocerle. Me equivocaba. El groom era totalmente sincero al decir al barón que Aimé (que al día siguiente le había echado una bronca) se había acostado (o salido), y la otra vez que estaba sirviendo. Pero la imaginación va más allá de la realidad. Y el apuro del groom probablemente había despertado en M. de Charlus, sobre la sinceridad de sus excusas, dudas que habían herido en él unos sentimientos cuya existencia Aimé no sospechaba. Hemos visto también que Saint-Loup había impedido a Aimé ir en el coche en que M. de Charlus —que, no sé cómo, había conseguido la nueva

dirección del maitre d'hótel— había sufrido una nueva decepción. Aimé, que no la había advertido, sintió un estupor fácil de imaginar cuando, la noche misma del día de mi almuerzo con Saint-Loup y su querida, recibió una carta cerrada por un sello con las armas de Guermantes y de la que citaré aquí unos pasajes como ejemplo de locura unilateral de un hombre inteligente dirigiéndose a un imbécil sensato[551]: «Señor, a pesar de esfuerzos que sorprenderían a muchas personas que tratan inútilmente de ser recibidas y saludadas por mí, no he conseguido lograr que preste oído a ciertas explicaciones que usted no me pedía pero que yo me creía obligado a ofrecerle por mi dignidad y la suya. Voy, pues, a escribir aquí lo que hubiera sido más fácil decirle de viva voz. No le ocultaré que la primera vez que vi en Balbec su cara me resultó francamente antipática». Seguían luego algunas reflexiones sobre el parecido —en el que no se fijó hasta el segundo día— con un amigo difunto por el que M. de Charlus había sentido un gran cariño. «Entonces, por un momento se me ocurrió la idea de que, sin perjuicio alguno para su profesión, podría usted venir, echando conmigo aquellas partidas de cartas con que su alegría sabía disipar mi tristeza, para darme la ilusión de que no había muerto. Cualquiera que sea la naturaleza de las suposiciones más o menos necias que usted probablemente ha hecho, y más al alcance de un sirviente (que ni siquiera merece ese nombre puesto que no ha querido servir) que la comprensión de un sentimiento tan elevado, probablemente ha creído usted darse importancia ignorando quién era yo y lo que era, haciéndome responder, cuando le mandaba a pedir un libro, que ya estaba acostado; pero es un error pensar que un mal proceder añade algo a la gracia, de la que por otra parte carece usted por completo. Habría dejado las cosas en ese punto si por casualidad no hubiera podido hablar con usted a la mañana siguiente. Su parecido con mi pobre amigo se acentuó tanto, haciendo desaparecer incluso la forma insoportable de su barbilla prominente, que comprendí que era el propio difunto quien le prestaba en ese momento algo de su bondadosa expresión para permitirle volverá mí e impedirle a usted que pierda la oportunidad única que se le presentaba. De hecho, aunque no quiera mezclar a todo esto brutales

cuestiones de interés, dado que nada de todo esto tiene objeto y ya no tendré ocasión de volver a verle en esta vida, me habría resultado sumamente grato obedecer al ruego del muerto (pues creo en la comunión de los santos y en su veleidad de intervención en el destino de los vivos), comportarme con usted como con él, que tenía su coche y sus criados, y al que era muy lógico que yo consagrase la mayor parte de mis rentas puesto que le amaba como a un hijo. Usted ha decidido de otro modo. A mi ruego de que me trajese un libro, ha mandado decirme que había salido. Y esta mañana, cuando le he hecho pedir que viniese a mi coche, usted me ha negado, si puedo expresarme así sin sacrilegio, por tercera vez. Me disculpará si no meto en este sobre las elevadas propinas que pensaba darle en Balbec y a las que me sería muy penoso limitarme con alguien con quien, por un momento, había creído que podría compartirlo todo. A lo sumo podría usted evitarme hacer con usted, en su restaurante, una cuarta tentativa inútil, hasta la que mi paciencia no ha de llegar. (Y aquí M. de Charlus daba sus señas, indicando las horas en que se le podía encontrar, etc.) Adiós, señor. Como creo que, pareciéndose tanto al amigo que he perdido, no puede ser usted completamente estúpido, pues entonces la fisiognomía sería una ciencia falsa, estoy convencido de que si un día vuelve a pensar en este incidente, no dejará de sentir cierto pesar y algún remordimiento. Por mi parte, créame con toda sinceridad que no guardo de él ninguna amargura. Habría preferido que nos separáramos con un recuerdo menos malo que este tercer intento inútil. No tardará en ser olvidado. Somos como esos barcos que habrá visto alguna vez en Balbec, que se cruzan un momento; a los dos podía haberles convenido detenerse; pero uno ha pensado de otro modo; pronto dejarán de verse en el horizonte, y el encuentro se desvanecerá; pero antes de esa separación definitiva, cada uno de ellos saluda al otro, y esto es lo que aquí hace, señor, deseándole buena suerte, el barón de Charlus».

Aimé ni siquiera había leído esta carta hasta el final, pues no comprendía nada y sospechaba una mistificación. Cuando le hube explicado quién era el barón, se quedó algo pensativo y pareció sentir aquel pesar que le había predicho el barón. No juraría yo que después no haya escrito al barón pidiendo disculpas a un hombre que regalaba

coches a sus amigos. Pero, entretanto, M. de Charlus había conocido a Motel. Como las relaciones con el violinista tal vez eran, a lo sumo, platónicas, M. de Charlus buscaba de vez en cuando para una noche una compañía como aquella con la que yo acababa de encontrarle en el hall. Pero ya no podía apartar de Morel el sentimiento violento que, libre unos años antes, no había pedido otra cosa que fijarse en Aimé y que había dictado la carta que me producía cierta vergüenza por M. de Charlus y que me había mostrado el maître. Carta que, por la naturaleza antisocial del amor de M. de Charlus, era un ejemplo todavía más impresionante de la fuerza insensible y poderosa que tienen esas corrientes de la pasión, por las que el enamorado, como un nadador arrastrado sin darse cuenta, pierde rápidamente de vista la tierra. Evidentemente, el amor de un hombre normal, cuando el enamorado, mediante la invención sucesiva de sus deseos, de sus pesares, de sus decepciones, de sus proyectos, construye toda una novela sobre una mujer que no conoce, también puede permitirle medir una distancia bastante grande entre los dos brazos de compás. Así y todo, esa distancia había aumentado de modo singular debido al carácter de una pasión que, por lo general, no es compartida, y por la diferencia de posición social de M. de Charlus y de Aimé.

Yo salía todos los días con Albertine. Se había decidido a volver a pintar y al principio había escogido, para trabajar, la iglesia de Saint-Jean-de-la-Haise[552], que ya nadie frecuenta y muy pocos conocen, difícil de que alguien te la indique, imposible de descubrir si no te guían, larga de alcanzar en su aislamiento, a más de media hora de la estación de Épreville y dejadas muy atrás las últimas casas del pueblo de Quet— teholme. Sobre el nombre de Épreville no encontré concordes el libro del párroco y los informes de Brichot. Para uno, Épreville era la antigua Sprevilla; el otro daba como etimología Aprivilla[553]. La primera vez tomamos el treneciro en la dirección opuesta a Féterne, es decir, hacia Gratrevast[554]. Pero era la canícula y ya había sido terrible salir inmediatamente después del almuerzo. Hubiera preferido no salir tan pronto; el aire luminoso y ardiente despertaba ideas de indolencia y de frescor. Ocupaba nuestras habitaciones, la de mi madre y la mía, según su exposición, con

temperaturas distintas, como cámaras de balneoterapia. El cuarto de baño de mamá, festoneado por el sol, de una blancura resplandeciente y moruna, parecía inmerso en el fondo de un pozo debido a los cuatro muros de cascotes a los que daba, mientras arriba del todo, en el recuadro dejado vacío, el cielo, en el que se veían deslizarse unas encima de otras las olas blandas y superpuestas, parecía (por el deseo que se tenía), situada en una terraza (o vista del revés en algún espejo colgado de la ventana), una piscina llena de un agua azul, reservada para las abluciones. A pesar de aquella ardiente temperatura, habíamos ido a coger el tren de la una. Pero Albertine había tenido mucho calor en el vagón, más todavía en el largo trayecto a pie, y yo había temido que cogiese frío permaneciendo luego inmóvil en aquella hondonada húmeda que el sol no alcanzaba. Por otra parte, y, como desde nuestras primeras visitas a Elstir, me había dado cuenta de que ella habría apreciado no sólo el lujo sino también cierta comodidad de la que su falta de dinero la privaba, yo había llegado a un acuerdo con un alquiler de Balbec para que todos los días viniese a recogernos un coche. Para tener menos calor pasábamos por el bosque de Chantepie. La invisibilidad de los innumerables pájaros, algunos semi— marinos, que se respondían a nuestro lado entre los árboles, daba la misma impresión de reposo que sentimos con los ojos cerrados. Al lado de Albertine, encadenado por sus brazos en el fondo del coche, escuchaba a aquellas oceánides[555]. Y cuando por casualidad divisaba a alguno de aquellos músicos que pasaba de una hoja a otra, había en apariencia tan poca relación entre él y sus cantos que no creía ver la causa de éstos en el cuerpecillo saltarín, humilde, asombrado y sin mirada. El coche no podía llevarnos hasta la iglesia. Mandaba detenerlo nada más salir de Quetteholme y me despedía de Albertine. Porque me había asustado diciéndome de aquella iglesia como de otros monumentos, como de ciertos cuadros; «¡Qué placer sería ver eso con usted!». Y ese placer, yo me sentía incapaz de darlo. Ante las cosas bellas, únicamente lo sentía si estaba solo, o si fingía estarlo y me callaba. Pero desde el momento en que estaba convencida de poder sentir gracias a mí sensaciones de arte que no se comunican de esa

forma, me parecía más prudente decirle que la dejaba, que volvería a recogerla al final de la jornada, y que, mientras tanto, debía ir con el coche a visitar a Mme. Verdurin o a los Cambremer, o incluso a pasar una hora con mamá en Balbec, pero nunca más lejos. Por lo menos, al principio. Porque, como Albertine me había dicho una vez, por capricho: «Es una lata que la naturaleza haya hecho tan mal las cosas y haya puesto Saint-Jean-de-la-Haise a un lado, La Raspeliére al otro, y que una esté presa todo el día en el lugar que se ha elegido», en cuanto hube recibido el casquete y el velo, encargué, para mi desgracia, un automóvil en Saint-Fargeau (Sanctus Ferreolus, según el libro del párroco[556]). Albertine, a la que mantuve en la ignorancia, y que había venido a buscarme, quedó sorprendida al oír delante del hotel el zumbido del motor, y fascinada cuando supo que aquel auto era para nosotros. La hice subir un momento a mi cuarto. Saltaba de alegría. «¿Vamos a hacer una visita a los Verdurin?» — «Sí, pero es mejor que no vaya usted con ese atuendo ya que va a tener su auto. Mire, será mejor así». Y saqué el casquete y el velo que tenía escondidos, «¿Es para mí? ¡Oh, qué amable!», exclamó saltando a mi cuello. Aimé, que nos encontró en la escalera, orgulloso de la elegancia de Albertine y de nuestro medio de transporte porque aquellos vehículos eran bastante raros en Balbec, se dio el gusto de bajar detrás de nosotros. Albertine, que deseaba dejarse ver un poco con su nueva toilette, me pidió que mandara levantar la capota, que Juego bajaríamos para estar juntos con mayor libertad. «Vamos, dijo Aimé, a pesar de no conocerle, al mecánico, que no se había movido, ¿no oyes que te dicen que levantes la capota?» Porque Aimé, maleado por la vida de hotel en la que, por otra parte, había conquistado una posición eminente, no era tan tímido como el cochero de simón, para quien Françoise era una «dama»; pese a la falta de presentación previa, tuteaba a los plebeyos que no había visto nunca, sin que estuviese muy claro si de su parte era desdén aristocrático o fraternidad popular. «No estoy libre, respondió el chófer, que no me conocía. Me han llamado para Mlle. Simonet. No puedo llevar al señor». Aimé soltó una carcajada. «Venga, so memo, respondió al mecánico, a quien no tardó en convencer, si es precisamente Mlle.

Simonet, y el señor que te ordena levantar la capota es precisamente tu patrón». Y como Aimé, aunque personalmente no sintiera simpatía por Albertine, estaba orgulloso, por mí, de la toilette que llevaba, susurró al chófer: «¡Qué más quisieras que llevar todos los días, eh, si pudieses, a princesas como ésta!» Aquella primera vez no fui yo quien pudo ir solo a La Raspeliére, como hice otros días mientras Albertine pintaba; quiso ir conmigo. Pensaba que podríamos pararnos aquí y allá por el camino, pero le parecía imposible empezar yendo a Saint-Jean-de-la-Haise, es decir, en otra dirección, y dar un paseo que parecía destinado para otro día. Por el mecánico supo, en cambio, que no había nada más fácil que ir a Saint-Jean, adonde llegaría en veinte minutos, y que, si queríamos, podríamos quedarnos allí varias horas, o seguir mucho más lejos, porque de Quetteholme a La Raspeliére no tardaría más de treinta y cinco minutos. Lo comprendimos en cuanto el coche, después de arrancar, franqueó de un solo salto veinte pasos de un excelente caballo. Las distancias no son otra cosa que la relación entre el espacio y el tiempo y varían con ella. Expresamos la dificultad que encontramos para llegar a un sitio en un sistema de leguas, de kilómetros, que resulta falso en cuanto disminuye esa dificultad. También el arte resulta modificado, porque un pueblo que parecía situado en otro mundo respecto a tal otro, se transforma en vecino suyo en un paisaje cuyas dimensiones han cambiado. En cualquier caso, descubrir que quizá existe un universo donde dos y dos son cinco y donde la línea recta no es el camino más corto de un punto a otro, hubiera sorprendido a Albertine mucho menos que oír al mecánico decirle que era fácil ir en una misma tarde a Saint-Jean y a La Raspeliére. Douville y Quetteholme, Saint-Mars-le-Vieux y Saint-Mars-le-Vétu[557], Gourville y Balbec, Tourville y Féterne, prisioneros tan herméticamente encerrados hasta entonces en la celda de días distintos como en otro tiempo Méséglise y Guermantes, y en los que los mismos ojos no podían posarse en una sola tarde, liberados ahora por el gigante de las botas de siete leguas, vinieron a juntar, en torno a la hora de nuestra merienda, sus campanarios y sus torres, sus viejos jardines, que el bosque aledaño se apresuraba a descubrir.

Una vez que llegó al pie de la carretera de la Corniche, el auto subió de un tirón, con un ruido continuo como el de un cuchillo que afilan, mientras la mar, baja, se extendía debajo de nosotros. Las antiguas y rústicas casas de Montsurvent[558] acudieron teniendo apretados contra ellas su viña o su rosal; los abetos de La Raspeliére, más agitados que cuando se levantaba el viento del atardecer, corrieron en todos los sentidos para evitarnos, y un criado nuevo que yo nunca había visto todavía vino a abrirnos la puerta a la escalinata, mientras el hijo del jardinero, dejando traslucir unas disposiciones precoces, devoraba con los ojos el sitio del motor. Como no era lunes, no sabíamos si íbamos a encontrar a Mme. Verdurin, porque, salvo ese día en el que recibía, era imprudente visitarla de improviso. Cierto que se quedaba en casa «en principio», pero esa expresión, que Mme. Swann empleaba en la época en que también ella trataba de hacerse su pequeño clan y atraer a los clientes sin moverse de casa, a riesgo muchas veces de quedarse sola, y que traducía, mediante un contrasentido, como «por principio», sólo significaba por «regla general», es decir, con numerosas excepciones. De hecho, a Mme. Verdurin no sólo le gustaba salir, sino que llevaba muy lejos los deberes de anfitriona, y cuando había tenido gente a almorzar, inmediatamente después del café, los licores y los cigarrillos (a pesar del primer torpor del calor y de la digestión, cuando se hubiera preferido, a través del follaje de la terraza, mirar el paquebote de Jersey que pasaba sobre el mar de esmalte), el programa comprendía una serie de paseos durante los que los invitados, instalados a la fuerza en el coche, eran llevados a pesar suyo hacia uno u otro de los miraderos que tanto abundan alrededor de Douville. Esta segunda parte de la fiesta no era por lo demás (una vez hecho el esfuerzo de levantarse y montar en el coche) la que menos agradaba a los invitados, ya preparados por los suculentos manjares, los delicados vinos o la sidra espumosa, para dejarse embriagar fácilmente por la pureza de la brisa y la magnificencia de los parajes. Madame Verdurin se los hacía visitar a los forasteros un poco como si fuesen dependencias (más o menos Lejanas) de su propiedad, que no podían dejarse de ir a ver desde el momento en que se acudía a almorzar a su

casa, y, recíprocamente, que nunca se habrían conocido de no haber sido recibidos en casa de la Patrona. Esta pretensión de arrogarse un derecho exclusivo sobre los paseos, lo mismo que sobre el modo de tocar de Morel y, tiempo atrás, de Dechambre, y de obligar a los paisajes a formar parte del pequeño clan, no era por lo demás tan absurda como parece a primera vista. Madame Verdurin se burlaba no sólo de la falta de gusto que, según ella, mostraban los Cambremer en el mobiliario de La Raspeliére y en la disposición del jardín, sino también de su falta de iniciativa en los paseos que daban o hacían dar por los alrededores. Así como, según ella, La Raspeliére empezaba a convertirse en lo que habría debido ser sólo desde que era asilo del pequeño clan, así afirmaba que los Cambremer, que recorrían perpetuamente en su calesa, a lo largo del ferrocarril, por la orilla del mar, la única mala carretera que había en los alrededores, vivían en la región desde siempre pero no la conocían. Algo había de cierto en esa afirmación. Por rutina, falta de imaginación, carencia de curiosidad hacia una comarca que parece harto conocida por estar tan cerca, los Cambremer sólo salían de su casa para ir siempre a los mismos lugares y por los mismos caminos. Se reían mucho, desde luego, de la pretensión de los Verdurin de enseñarles su propia tierra. Pero, puestos contra la pared, ellos, e incluso su cochero, hubieran sido incapaces de llevarnos a los espléndidos lugares un poco secretos a los que nos llevaba M. Verdurin, levantando aquí la barrera de una propiedad privada, pero abandonada, donde otros no hubieran creído que podían aventurarse, apeándose allí del coche para seguir un camino intransitable para los vehículos, pero siempre con la recompensa segura de un paisaje maravilloso. Digamos, por otra parte, que el jardín de La Raspeliére era en cierro modo un compendio de todos los paseos que podían hacerse a muchos kilómetros a la redonda. En primer lugar, debido a su posición dominante, con vistas al valle por un Lado y al mar por el otro, y luego porque, incluso en un solo lado, el del mar por ejemplo, se habían abierto claros en medio de los árboles de tal forma que desde aquí se abarcaba tal horizonte, desde allí tal otro. En cada uno de estos miradores había un banco: e íbamos a sentarnos sucesivamente en aquel desde el que se descubría Balbec, o Parville, o Douville.

Incluso se había colocado en una sola dirección un banco más o menos a pico sobre el acantilado, más o menos retranqueado. Desde estos últimos se tenía un primer plano de verdor y un horizonte que ya parecía el más vasto posible, pero que se extendía al infinito si, continuado por un pequeño sendero, se iba hasta un banco siguiente desde el que se abarcaba todo el circo del mar. Allí se percibía con toda nitidez el rumor de las olas, que en cambio no llegaba a las partes más hondas del jardín, donde el oleaje aún se dejaba ver, pero ya no oír. Estos lugares de descanso llevaban en La Raspeliére, para los dueños de la casa, el nombre de «vistas». Y de hecho reunían alrededor del castillo las más hermosas «vistas» de los lugares vecinos, playas o bosques, que se percibían muy disminuidos por la distancia, del mismo modo que Adriano había reunido en su villa reducciones de los monumentos más célebres de las diversas regiones[559]. El nombre que seguía a la palabra «vísta» no era necesariamente el de un lugar de la costa, sino a menudo de la orilla opuesta de la bahía, que se distinguía y seguía conservando cierto relieve a pesar de la extensión del panorama. Igual que se cogía un libro de la biblioteca de M. Verdurin para ir a leer una hora a la «vista de Balbec», así, si el tiempo era claro, se iba a tomar licores a la «vista de Rivebelle», siempre, por supuesto, que no hiciese demasiado viento, porque, a pesar de los árboles plantados a ambos lados, allí el aire era vivo. Volviendo a los paseos en coche que Mme. Verdurin organizaba por la tarde, la Patrona, si al volver encontraba la tarjeta de visita de algún hombre de mundo «de paso por la costa», fingía estar encantada aunque estuviese desolada por haberse perdido la visita, y (aunque sólo fuesen por ver «la casa» o conocer por un día a una mujer cuyo salón artístico era célebre, pero al que no se podía acudir en París) rápidamente lo invitaba por medio de M. Verdurin a cenar el miércoles siguiente. Como el turista, muchas veces, estaba obligado a marcharse antes, o temía los regresos tardíos, Mme. Verdurin había decidido que los sábados[560] siempre se la encontraría a la hora de la merienda. Esas meriendas no eran demasiado frecuentadas y yo las había conocido más brillantes en París, en casa de la princesa de Guermantes, en casa de Mme. de Gallifet o de Mme. d'Arpajon. Pero

aquí no estábamos precisamente en París y la fascinación del marco actuaba sobre mí por el atractivo de la reunión, pero también por la calidad de los visitantes. Encontrar a cierto hombre de mundo, que en París no me causaba ningún placer, pero que en La Raspeliére, adonde había llegado de lejos por Féterne o por el bosque de Chantepie, cambiaba de carácter, de importancia, se convertía en un incidente agradable. A veces era una persona a la que yo conocía perfectamente bien y por la que no hubiese dado un paso para verla en casa de los Swann. Pero su nombre sonaba de otra forma en aquel acantilado, como el de un actor que estamos acostumbrados a oír en un teatro, impreso en otro color sobre el cartel de una representación extraordinaria y de gala, donde su notoriedad se multiplica de pronto por lo imprevisto del contexto. Como en el campo nadie se molesta, el hombre de mundo se tomaba a veces la libertad de llevar a los amigos en cuya casa se hospedaba, aduciendo en voz baja como excusa a Mme. Verdurin que, viviendo con ellos, no podía dejarlos plantados; en cambio, a esos mismos anfitriones fingía ofrecerles como una especie de fineza la distracción, en una vida monótona de playa, de llevarlos a un centro intelectual, de visitar una magnífica mansión y de hacer una excelente merienda. El resultado inmediato era una reunión de varias personas de mediano valor; y si un trocito de jardín con unos cuantos árboles, que en el campo parecería mezquino, adquiere un encanto extraordinario en la avenida Gabriel[561] o en la calle de Monceau[562], donde sólo pueden permitírselo los multimillonarios, ciertos señores que son de segundo rango en una velada parisiense adquirían, inversamente, todo su valor los lunes por la tarde en La Raspeliére. Nada más sentarse alrededor de la mesa cubierta con un mantel bordado de rojo en la que bajo los entrepaños de un solo color les servían galletas, hojaldres normandos, barquitas de tarta rellenas de cerezas como perlas de coral, «diplomáticos[563] o en la calle de Monceau», estos invitados sufrían inmediatamente, por la cercanía de la profunda copa de azul a la que se abrían las ventanas y que era imposible no ver al mismo tiempo que ellos, sufrían una alteración, una transmutación profunda que ¡os transformaba en algo más precioso. Más aún, antes incluso de verlos,

cuando se iba los lunes a casa de Mme. Verdurin, las mismas personas que en París sólo tenían unas miradas cansadas por la costumbre para los elegantes tiros de caballos estacionados ante un suntuoso palacete, sentían que les palpitaba el corazón a la vista de dos o tres malos carruajes parados delante de La Raspeliére, bajo los grandes abetos. Ocurría sin duda porque el cuadro agreste era distinto y porque, gracias a esa trasposición, las impresiones mundanas recobraban su frescura. Y también porque el pobre vehículo alquilado para ir a ver a Mme. Verdurin evocaba un hermoso paseo y un costoso forfait ajustado con el cochero, que había pedido «un tanto» por la jornada. Pero la curiosidad ligeramente emocionada por los que estaban llegando, todavía imposibles de distinguir, también se debía al hecho de que todos se preguntaban: «¿Quién será ése?», pregunta a la quiera difícil responder porque no se sabía quien había podido ir a pasar ocho días a casa de los Cambremer o a otra parte, y que siempre gusta hacerse en las vidas agrestes, solitarias, donde el encuentro de un ser humano al que no se ha visto hace tiempo, o la presentación de alguien que no se conoce, deja de ser esa cosa fastidiosa que es en la vida de París, e interrumpe deliciosamente el espacio vacío de unas vidas demasiado aisladas, en el que hasta la hora del correo se vuelve agradable. Y el día en que fuimos en automóvil a La Raspeliére, como no era lunes, el señor y la señora Verdurin debían de ser presa de esa necesidad de ver gente que altera a hombres y mujeres y da ganas de tirarse por la ventana al enfermo al que han encerrado lejos de los suyos para una cura de aislamiento. De hecho, después de habernos respondido que «si la señora no había salido debía de estar en la "vista de Douville", que iba a ir a ver», el nuevo criado de pies más veloces, y ya familiarizado con este tipo de expresiones, volvió enseguida para decirnos que la Patrona nos recibiría. La encontramos un poco despeinada, porque llegaba del jardín, del gallinero y de la huerta, adonde había ido a dar de comer a sus pavos reales y a sus gallinas, a buscar huevos, a coger fruta y flores para «preparar su camino de mesa», camino que recordaba en pequeño el del parque; pero, sobre la mesa le confería la distinción de no hacerle soportar más que cosas útiles y buenas de comer; porque, alrededor de aquellos otros presentes del huerto que eran las peras, los huevos

batidos a punto de nieve, se elevaban altos tallos de viperinas, de claveles, de rosas y de coreopsis entre los que, como entre postes indicadores y floridos, se veían pasar, por la cristalera de la ventana, los barcos en alta mar. Por el asombro que el señor y la señora Verdurin, interrumpiendo la colocación de las flores para recibir a los visitantes anunciados, mostraron al ver que aquellos visitantes no eran otros que Albertine y yo, me di cuenta de que el nuevo criado, aunque lleno de celo, por no serle todavía familiar mi nombre lo había repetido mal, y de que Mme. Verdurin, al oír el nombre de unos huéspedes desconocidos, había dicho que los hicieran pasar de todos modos, por la necesidad que tenía de ver a cualquiera que fuese. Y el nuevo criado contemplaba aquel espectáculo desde la puerta a fin de comprender el papel que nosotros jugábamos en la casa. Luego se alejó corriendo, a grandes zancadas, porque sólo estaba contratado desde el día anterior. Después de haber enseñado bien su casquete y su velo a los Verdurin, Albertine me lanzó una mirada para recordarme que no teníamos mucho tiempo por delante para lo que deseábamos hacer. Madame Verdurin quería que esperásemos a la merienda, pero estábamos rehusando cuando de pronto se reveló un proyecto capaz de anular todos los placeres que yo me prometía del paseo con Albertine: la Patraña, que no podía decidirse a abandonarnos, o quizá a dejar que se le escapase una distracción nueva, quería regresar con nosotros. Acostumbrada desde hacía mucho a que sus propuestas de ese tipo no causasen ningún placer, y nó del todo segura probablemente de que aquélla nos procurase alguno, disimuló bajo un exceso de seguridad la timidez que sentía al dirigírnosla y, dando la impresión de que no podía haber la más mínima duda sobre nuestra respuesta, no nos preguntó, sino que dijo al marido, refiriéndose a Albertine y a mí, como si nos hiciese un favor: «Yo misma los llevaré». Al mismo tiempo se aplicó a la boca una sonrisa que no le pertenecía en propiedad, una sonrisa que ya había visto yo en ciertas personas cuando le decían a Bergotte con aire sutil: «He comprado su libro, es así», una de esas sonrisas colectivas, universales, que toman prestadas, cuando las necesitan —lo mismo que se utiliza el ferrocarril y los coches de mudanza—, los individuos, salvo unas pocas personas muy refinadas como Swann y

como M. de Charlus, en cuyos labios nunca he visto posarse esa clase de sonrisa. Desde ese momento, mi visita estaba envenenada. Fingí no haber comprendido. Al cabo de un momento se hizo evidente que M. Verdurin sería de la partida. «Pero será demasiado largo para M. Verdurin», dije yo. «No, qué va, me respondió Mme. Verdurin en un tono condescendiente y jovial, dice que le divertirá mucho hacer en compañía de esta juventud un trayecto que tantas veces recorrió en el pasado; si es necesario, montará al lado del wattman[564], eso no le asusta, y volveremos los dos tranquilamente en el tren, como buenos esposos. Miren, está encantado». Parecía estar hablando de un gran pintor viejo y bonachón que, más joven que los jóvenes, se entusiasma pintarrajeando monigotes para hacer reír a sus nietos. Lo que aumentaba mi tristeza era que Albertine parecía no compartirla y encontrar divertido circular así por toda la región con los Verdurin. En cuanto a mí, el placer que me había prometido disfrutar con ella era tan imperioso que no quise permitir a la Patraña echarlo a perder; inventé mentiras que las irritantes amenazas de Mme. Verdurin volvían disculpables, pero que, por desgracia, Albertine contradecía: «Pero es que tenemos que hacer una visita», dije. —«¿Qué visita?», preguntó Albertine. «Ya se lo explicaré, es indispensable». —«Bueno, les esperaremos», dijo Mme. Verdurin, resignada a todo. En el último minuto, la angustia de sentir que me robaban una felicidad tan deseada me dio valor para ser descortés. Me negué rotundamente, alegando al oído de Mme. Verdurin que, debido a un disgusto sufrido por Albertine y sobre el que deseaba consultarme, era absolutamente preciso que estuviese a solas con ella. La Patrona puso una expresión de enojo: «Está bien, no iremos», me dijo con una voz trémula de cólera. La noté tan enfadada que, aparentando ceder un poco: «Pero quizá podríamos…» —«No, replicó, más furiosa todavía, cuando he dicho no, es no». Yo creía que nuestras relaciones quedaban rotas, pero en la puerta nos llamó para recomendarnos que no «desertáramos» el miércoles siguiente, y que no fuésemos con aquel cacharro que de noche era peligroso, sino en el tren con todo el grupito, e hizo parar el auto, ya en marcha por la cuesta del parque, porque al criado nuevo se le había olvidado meter en la capota el

trozo de tarta y los sablés que ella había mandado envolver para nosotros. Volvimos a ponernos en marcha escoltados un momento por las casitas que acudían con sus flores. El rostro de la comarca nos parecía completamente cambiado, hasta tal punto la noción de espacio está lejos de ser, en la imagen topográfica que nos hacemos de cada uno de los lugares, la que desempeña el papel más importante. Hemos dicho que la del tiempo los aleja más. Tampoco es la única. Ciertos sitios que vemos siempre aislados nos parecen inconmensurables con el resto, casi fuera del mundo, como esas personas que hemos conocido en períodos aparte de nuestra vida, en el regimiento, en nuestra infancia, y que no relacionamos con nada. El primer año de mi estancia en Balbec, a Mme. de Villeparisis le gustaba llevarnos a un altozano porque desde allí sólo se veía el agua y los bosques, y que se llamaba Beaumont[565]. Como el camino que hacía tomar para ir hasta él, y que le parecía el más bonito por sus viejos árboles, ascendía todo el tiempo, su coche estaba obligado a ir al paso y tardaba mucho. Una vez llegados arriba, nos apeábamos, paseábamos un poco, montábamos de nuevo en el coche, regresábamos por el mismo camino sin haber encontrado ni un solo pueblo, ni un solo castillo. Sabía yo que Beaumont era algo muy curioso, muy lejano, muy alto, no tenía la menor idea de la dirección en que se encontraba por no haber tomado nunca el camino de Beaumont para ir a otra parce; además, en carruaje se tardaba mucho tiempo en llegar. Pertenecía, evidentemente, al mismo departamento (o a la misma provincia) que Balbec, pero para mí estaba situado en otro plano, gozaba de un privilegio especial de extraterritorialidad. Pero el automóvil, que no respeta ningún misterio, después de haber pasado Incarville, cuyas casas aún tenía yo en los ojos mientras bajábamos la cuesta de trocha que lleva a Parville (Paterni villa[566]), al divisar el mar desde un terraplén donde estábamos pregunté cómo se llamaba aquel lugar y, antes incluso de que el chófer me hubiese respondido, reconocí Beaumont, junto al que pasaba así, sin saberlo, cada vez que tomaba el trenecito, porque estaba a dos minutos de Parville. Como un oficial de mi regimiento que me hubiera parecido un ser especial, demasiado bondadoso y sencillo para ser de buena

familia, demasiado distante ya y misterioso para pertenecer simplemente a una buena familia, y del que me habría enterado que era cuñado o primo de tales o cuales personas con las que yo solía cenar, así Beaumont, unido de pronto a lugares de los que lo creía tan separado, perdió su misterio y ocupó su sitio en la región haciéndome pensar con terror que Madame Bovary y la Sanseverina[567] tal vez me hubiesen parecido criaturas como las demás de haberlas encontrado fuera de la atmósfera cerrada de una novela. Puede parecer que mi amor por los feéricos viajes en tren habría debido impedirme compartir el deslumbramiento de Albertine ante el automóvil, que lleva, incluso a un enfermo, adonde uno quiere, e impide —como había hecho yo hasta ese momento— considerar la ubicación como la impronta individual, la esencia sin sucedáneos de las bellezas inamovibles. Y, desde luego, de aquella ubicación el automóvil no hacía, como antes el tren cuando yo había ido de París a Balbec, una meta sustraída a las contingencias de la vida corriente, casi ideal en el momento de la partida y que, siéndolo todavía a la llegada, a la llegada a esa gran morada donde no habita nadie y que sólo lleva el nombre de la ciudad, de la estación, parece prometer por fin su accesibilidad como si en cierto sentido fuese su materialización. No, el automóvil no nos llevaba así, mágicamente, a una ciudad vista por nosotros al principio en el conjunto que resume su nombre, y con las ilusiones del espectador en el teatro. Nos hacía entrar entre bastidores, en las calles, se detenía para pedir una información a un habitante. Pero, a modo de compensación de un avance tan familiar, tenemos los tanteos mismos del chófer que, inseguro del camino, vuelve sobre sus pasos, los cruces de la perspectiva que hacen jugar a un castillo a las cuatro esquinas con una colina, una iglesia y el mar, mientras nos acercamos a él por más que se acurruque inútilmente bajo su follaje secular; esos círculos cada vez más próximos que describe el automóvil alrededor de una ciudad fascinada que se movía en todos los sentidos para escapar de él, y sobre la que por fin se lanza todo recto, a pico, en el fondo del valle, donde la ciudad yace en el suelo; de suerte que esa ubicación, punto único que el automóvil parece haber despojado del misterio de los trenes expresos, da la impresión

en cambio de ser nosotros quienes la descubrimos, quienes la determinamos como con un compás, de ayudarnos a sentir con una mano más amorosamente exploradora, con una precisión más sutil, la verdadera geometría, la bella «medida de la tierra».

Lo que por desgracia ignoraba yo en ese momento, y que no supe sino dos años más tarde, era que entre los clientes del chófer estaba M. de Charlus, y que Morel, encargado de pagarle y quedándose con una parte del dinero (haciendo triplicar y cuadriplicar por el chófer el número de kilómetros), había estrechado fuertes lazos con él (aunque aparentaba no conocerlo delante de la gente) y utilizaba su coche para lejanas excursiones. Si lo hubiera sabido entonces, y si de ahí venía, sin ellos saberlo, la confianza que los Verdurin no tardaron en depositar en aquel chófer, quizá muchos disgustos de mi vida en París al año siguiente, muchas desgracias relativas a Albertine, se habrían evitado; pero no tenía la menor sospecha[568]. En sí mismos, los paseos en auto de M. de Charlus con Morel no tenían para mí un interés directo. Además, la mayoría de las veces se limitaban a un almuerzo o a una cena en un restaurante de la costa, donde M. de Charlus pasaba por un viejo criado arruinado y Morel, encargado de pagar la cuenta, por un gentilhombre excesivamente bueno. Contaré una de esas comidas, que puede dar una idea de las demás. Ocurrió en un restaurante de forma oblonga, en Saint-Mars-le-Vécu. «¿No podrían llevarse esto?», preguntó M. de Charlus a Motel como a un intermediario y para no dirigirse directamente a los camareros. Con «esto», designaba tres rosas marchitas con las que un maitre bien intencionado había creído oportuno adornar la mesa. «Sí…, dijo Morel apurado. ¿No le gustan las rosas?» —«Demostraría más bien, con la petición hecha, que me gustan, porque aquí no hay rosas (Morel pareció sorprendido), pero en realidad no me gustan mucho. Soy bastante sensible a los nombres; y, en cuanto una rosa es un poco bella, se sabe que se llama Baronesa de Rothschild o Maríscala Niel[569], y eso le deja a uno frío. ¿Le gustan a usted los nombres? ¿Ha encontrado títulos bonitos para sus pequeñas partituras de concierto?». —«Hay uno que se llama Poema triste». —«Es horrible, replicó M. de Charlus con una voz aguda y sonora, como una

bofetada. Pero ¿no había pedido yo champán?», dijo al ma/treque había creído llevarlo poniendo junto a los dos clientes dos copas llenas de vino espumoso. «Pero, señor…» —«Llévese ese horror que no tiene nada que ver con el peor champán. Es el vomitivo que llaman cap, en el que por lo general dejan caer tres fresas podridas en una mezcla de vinagre y agua de Seltz… Sí, continuó volviéndose hacia More!, parece ignorar usted lo que es un título. E incluso en la interpretación de lo que mejor roca, parece no darse cuenta del aspecto mediumnímico del asunto». «¿Cómo dice?», preguntó Morel, que, al no haber comprendido nada de lo que había dicho el barón, temía verse privado de alguna información útil, como, por ejemplo, una invitación a almorzar. Dado que M. de Charlus no se dignó considerar aquel «¿Cómo dice?» como una pregunta, Morel, que en consecuencia no había obtenido respuesta, creyó oportuno cambiar de conversación y darle un giro sensual: «Mire, ¿ve la rubita que vende esas flores que a usted no le gustan? Seguro que también ella tiene una amiguita. Y la vieja que cena en la mesa del fondo, también». — «Pero ¿cómo sabes todo eso?», preguntó M. de Charlus, maravillado de la presciencia de Morel. «¡Oh!, las adivino en un segundo. Si paseásemos juntos los dos entre la multitud, ya vería usted que no me equivoco dos veces». Y quien, en ese momento, hubiera observado a Morel con su aire de niña en medio de su varonil belleza, habría comprendido la oscura adivinación que lo señalaba a cierras mujeres tanto como ellas a él. Pretendía suplantar a Julien, deseando vagamente añadir a su «fijo» las rentas que, según creía, le sacaba el chalequero al barón. «Y de Sobrentiendo todavía más, le evitaría a usted todos los errores. Pronto será la feria de Balbec, podríamos encontrar muchas cosas. Y luego, en París, ya vería cuánto iba a divertirse». Pero una hereditaria prudencia de criado le hizo dar otro giro a la frase ya iniciada. Por eso, M. de Charlus pensó que seguía tratándose de muchachas. «Mire, dijo Morel, deseoso de excitar de un modo que juzgaba menos comprometedor para él (aunque en realidad fuese más inmoral) los sentidos del barón, mi sueño sería encontrar una muchacha muy pura, hacer que se enamorase de mí y quitarle la virginidad». El señor de Charlus no pudo dejar de pellizcar tiernamente la oreja de Morel, pero añadió en tono ingenuo: «¿De qué

te serviría? Si le quitas la doncellez, te verías obligado a casarte con ella». —«¿Casarme con ella?, exclamó Morel, creyendo que el barón ya estaba borracho o no dándose cuenta de con qué hombre, más escrupuloso en última instancia de lo que suponía, estaba hablando. ¿Casarme con ella? ¡Un cuerno! Se lo prometería, pero una vez llevada a buen fin la pequeña operación, la dejaría plantada esa misma noche». Cuando una fantasía le procuraba un placer sensual momentáneo, M. de Charlus solía prestarle su adhesión, sin perjuicio de retirarla por completo pocos instantes después, cuando el placer se hubiese agotado. «¿De veras harías eso?», dijo a Morel riéndose y arrimándose más a él. «¡Pues claro!», respondió Morel, viendo que al barón no le disgustaba que siguiese explicándole con toda sinceridad lo que, de hecho, era uno de sus deseos. «Es peligroso», dijo M. de Charlus. «Haré las maletas por adelantado y me largaré sin dejar dirección». —«¿Yo?», preguntó M. de Charlus. «Le llevaría conmigo, por supuesto, se apresuró a decir Morel, que no había pensado en absoluto en la suerte del barón, la menor de sus preocupaciones. Verá, hay una chiquita que me gustaría mucho para eso, una costurerita que tiene su tienda en el palacete del señor duque». —«¡La hija de Jupien!, exclamó el barón justo cuando entraba el sumiller. ¡Oh, nunca!», añadió, sea porque la presencia de un tercero le hubiese enfriado, sea porque, incluso en aquella especie de misas negras en que se complacía mancillando las cosas más sagradas, no pudiese decidirse a incluir personas por las que sentía amistad. «Jupien es un buen hombre, y la pequeña encantadora, sería horrible causarles pena». Motel se dio cuenta de que había ido demasiado lejos y se calló, pero su mirada seguía fijándose en el vacío sobre la muchacha en cuya presencia había pretendido cierto día que yo le llamase «querido gran artista» y a la que había encargado un chaleco. Muy trabajadora, la pequeña no se había dado vacaciones; pero después he sabido que, mientras el violinista Morel estaba en los alrededores de Balbec, ella no dejaba de pensar en su hermoso rostro, ennoblecido por el hecho de que, después de ver a Morel conmigo, le había tomado por un «señor».

«Nunca he oído tocar Chopin, dijo el barón, y sin embargo habría podido hacerlo, yo tomaba lecciones con Stamati[570], pero me prohibió que fuese a oír a casa de mi tía Chimay al Maestro de los Nocturnos». —«¡Vaya una tontería que se lo prohibiese!», exclamó More! «Al contrario, replicó vivamente, con su voz aguda, M. de Charlus. Daba una prueba de su inteligencia. Había comprendido que yo era un "temperamento" y que sufriría la influencia de Chopin. Pero no tiene importancia, dado que abandoné la música jovencísimo, como todo, por otra pane. Además, como podrá suponer, añadió con voz nasal, lenta y cansina, siempre hay gentes que han oído, que pueden darte una idea. —En fin, Chopin no era más que un pretexto para volver al aspecto mediumnímíco que usted descuida».

Se habrá notado que, después de una interpolación del lenguaje vulgar, el de M. de Charlus había vuelto a ser bruscamente tan preciosista y altivo como de costumbre. Y es que la idea de que Morel «dejaría plantada» sin remordimientos a una muchacha violada le había hecho saborear bruscamente un placer completo. Desde ese instante, sus sentidos se habían aplacado por un tiempo, y el sádico (éste, verdaderamente mediumnímico) que había reemplazado por unos instantes a M. de Charlus había huido y devuelto la palabra al auténtico M. de Charlus, lleno de refinamiento artístico, de sensibilidad, de bondad. «El otro día tocó usted la transcripción para piano del cuarteto número XV, cosa que ya es absurda porque no hay nada menos pianístico[571]. Está hecha para personas a quienes las cuerdas demasiado tensas del glorioso Sordo hacen daño en los oídos. Lo que es divino es precisamente ese misticismo casi chillón. En cualquier caso, la tocó usted muy mal, cambiando todos los tiempos. Hay que tocarla como si usted mismo la estuviese componiendo: el joven Morel, afectado por una sordera momentánea y de un genio inexistente, permanece inmóvil un instante; luego, presa del delirio sagrado, toca, compone los primeros compases; agotado entonces por semejante esfuerzo de concentración, se desmorona, dejando caer su lindo mechón para complacer a Mme. Verdurin, y así, mientras tanto, se toma tiempo para reponer la prodigiosa cantidad de sustancia gris empleada en la objetivación pírica; entonces, una vez recobradas las

fuerzas, transido por una inspiración nueva y supereminente, se lanza hacia la sublime frase inagotable que el virtuoso berlinés (suponemos que M. de Charlus aludía así a Mendelssohn[572]) debía imitar incansablemente. Es de esa manera, la única realmente trascendental y animadora, como le haré tocar en París». Cuando M. de Charlus le daba consejos de este tipo, Morel se asustaba mucho más que viendo al maître retirar sus rosas y su cup despreciados, porque se preguntaba lleno de ansia por el efecto que aquello produciría en la «clase». Mas no podía demorarse en estas reflexiones porque M. de Charlus le decía con voz imperiosa: «Pregunte al maître si hay Bon Chrétien». —«¿Buen cristiano? No entiendo». —«Como puede ver, estamos en los postres, es una pera. Seguro que Mme. de Cambremer la tiene en su casa, porque la condesa de Escarbagnas que ella es, las tenía. El señor Thibaudier se las manda y ella dice: "Esta Bon Chrétien sí que es hermosa[573]"». —«No, no lo sabía». —«Por lo que veo, usted no sabe nada. Si ni siquiera ha leído a Moliere… Bueno, ya que no debe de saber usted pedir, como tampoco lo demás, pida simplemente una pera que se coge precisamente cerca de aquí, la "Louise-Bonne d'Avranches"». —«¿La…?» —«Déjelo, ya que es usted tan torpe, yo mismo pediré alguna otra que me gusta más: Maître, ¿tiene usted la Doyennée des Comices? Charlie, debería usted leer la deliciosa página que sobre esa pera ha escrito la duquesa Émilie de Clermont—Tonnerre[574]». —«No, señor, no la tengo». —«¿Y tiene la Triomphe de Jodoigne?» —«No, señor». —«¿La Virginie-Ballet[575]? ¿La Passe Colmar? ¿No? Bueno, como no tiene nada nos vamos. La Duchesse d'Angouléme no está todavía madura; anda, Charlie, vámonos». Por desgracia para M. de Charlus, su falta de sentido común, la probable castidad acaso de sus relaciones con Morel, le hicieron ingeniárselas desde esa época para colmar al violinista de extrañas bondades que éste no podía comprender y a las que su naturaleza, loca en su género, pero ingrata y mezquina, sólo podía responder con una sequedad o una violencia cada vez mayores y que sumían a M. de Charlus —tan orgulloso antes, totalmente tímido ahora— en accesos de verdadera desesperación. Más adelante se verá cómo en las cosas más nimias, Morel, convencido de haberse vuelto un M. de Charlus

mil veces más importante, había comprendido al revés, tomándolas al pie de la letra, las orgullosas enseñanzas del barón sobre la aristocracia. Limitémonos a decir por ahora, mientras Albertine me espera en Saint-Jean-de-la-Haise, que, si había algo que Morel pusiese por encima de la nobleza (y la idea, en sí misma, era bastante noble, sobre todo en alguien cuyo placer consistía en ir a buscar muchachas —«a la chita callando»— con el chófer), era su reputación artística y lo que podían pensar en su clase de violín. Estaba feo, desde luego, que, sintiendo a M. de Charlus completamente en sus manos, fingiese renegar de él, burlarse de él, de la misma forma que, en cuanto le hube prometido guardar secreto sobre las funciones de su padre en casa de mi tío abuelo, me trató de arriba abajo. Pero, por otra parte, su nombre de artista diplomado le parecía a Morel superior a cualquier «nombre». Y cuando M. de Charlus, en sus sueños de ternura platónica, quería hacerle tomar un título de su familia, Morel lo rechazaba con toda energía.

Los días en que a Albertine le parecía más prudente quedarse en Saint-Jean-de-la-Haise para pintar, yo cogía el auto y antes de volver a buscarla no sólo podía ir a Gourville y a Férerne, sino a Saint-Mars-le-Vieux e incluso a Críquetot. A pesar de fingir que me ocupaba de otras cosas y no de ella, y que estaba obligado a abandonarla por otros placeres, sólo pensaba en ella. Muchas veces no iba más allá de la gran llanura que domina Gourville, y como se parece un poco a la que empieza encima de Combray, en dirección a Méséglise, incluso a una distancia bastante grande de Albertine sentía la alegría de pensar que si mis miradas no podían alcanzarla, más lejos que ellas habría llegado aquella potente y dulce brisa marina que, pasando a mi lado, debía de rodar sin verse detenida por nada hasta Quetteholme, de ir a agitar las ramas de los árboles que sepultan Saint-Jean-de-la-Haise bajo su follaje, acariciando la cara de mi amiga, y de echar así un doble lazo entre ella y yo en aquel retiro indefinidamente agrandado, pero sin riesgos, como en esos juegos en que dos niños se encuentran por momentos fuera del alcance de la voz y de la vista el uno del otro, y en que, pese a estar alejados, siguen unidos. Regresaba por caminos desde los que se divisa el mar, y en los que, tiempo atrás, antes de que ella surgiese entre las ramas, cerraba yo los ojos para pensar que lo

que iba a ver era desde luego la quejumbrosa abuela de la tierra, prosiguiendo, como en la época en que aún no existían seres vivos, su demente e inmemorial agitación. Ahora, aquellos caminos sólo eran para mi el medio de ir a reunirme con Albertine; cuando los reconocía, totalmente idénticos, sabiendo hasta dónde irían derechos, dónde torcerían, me acordaba de haberlos seguido pensando en Mlle. de Stermaria, y también que la misma prisa de volver a ver a Albertine la había sentido en París recorriendo las calles por las que pasaba Mme. de Guermantes; adquirían para mí la monotonía profunda, la significación moral de una especie de línea seguida por mi carácter. Era natural, y sin embargo no era indiferente; me recordaban que mi destino no era otro que seguir fantasmas, seres cuya realidad estaba en buena parte en mi imaginación; hay personas, en efecto —y éste había sido desde la adolescencia mi caso—, para las que todo lo que tiene un valor fijo, verificable por los demás, la fortuna, el éxito, las posiciones brillantes, no cuentan; lo que necesitan son fantasmas. Les sacrifican todo lo demás, hacen lo que sea, se sirven de todo para encontrar a determinado fantasma. Mas éste no tarda en desvanecerse; entonces corren tras otro, sin perjuicio de volver luego al primero. No era la primera vez que yo buscaba a Albertine, la muchacha vista el primer año delante del mar. Otras mujeres, es cierto, habían sido intercaladas entre Albertine, amada la primera vez, y aquella de la que apenas me apartaba en ese momento; otras mujeres, y en particular la duquesa de Guermantes. Pero, se dirá, ¿por qué tantas preocupaciones por Gilberte, porqué tomarse tanto trabajo por Mme. de Guermantes, si luego, amigo ya de ésta, terminaba por no volver a pensar en ella, sino sólo en Albertine? Antes de su muerte habría podido responder Swann, él que había sido coleccionista de fantasmas. De fantasmas perseguidos, olvidados, buscados de nuevo, a veces para un solo encuentro y con el fin de alcanzar una vida irreal que enseguida se diluía, estaban llenos aquellos caminos de Balbec. Pensando que sus árboles, perales, manzanos, tamarindos, habían de sobrevivirme, me parecía recibir de ellos el consejo de ponerme finalmente al trabajo mientras aún no hubiera sonado la hora del descanso eterno.

Me apeaba del coche en Quetteholme, bajaba corriendo la

abrupta hondonada, pasaba el riachuelo sobre una tabla y encontraba a Albertine que pintaba delante de la iglesia llena de torrecillas, espinosa y roja, florida como un rosal. Sólo el tímpano era liso; y a la superficie risueña de la piedra afloraban unos ángeles que, ante nuestra pareja del siglo XX, seguían celebrando, con cirios en las manos, las ceremonias del XIII. Era el retrato de aquellos ángeles lo que Albertine intentaba pintar en su reía preparada, e, imitando a Elstir, daba grandes pinceladas tratando de obedecer al noble ritmo que, según le había dicho el gran maestro, hacía aquellos ángeles tan distintos de todos los demás que conocía. Luego recogía sus bártulos. Apoyados el uno en el otro, volvíamos a subir la cuesta de la hondonada, dejando a la pequeña iglesia, tan tranquila como si no nos hubiese visto, escuchando el rumor perpetuo del arroyo. El auto no tardaba en reemprender la marcha, haciéndonos coger de vuelta un camino distinto al de la ida. Pasábamos delante de Marcouville-l'Orgueílleuse[576]. Sobre su iglesia, mitad nueva, mitad restaurada, el sol poniente extendía su pátina tan bella como la de los siglos. A través de ella, los grandes bajorrelieves parecían verse únicamente bajo una capa fluida, mitad líquida, mitad luminosa; la Virgen, santa Isabel, san Joaquín, todavía flotaban en el impalpable remolino, casi en seco, a flor de agua o a flor de sol. Surgiendo de una cálida polvareda, las numerosas estatuas modernas se alzaban sobre columnas hasta media altura de los velos dorados del crepúsculo. Delante de la iglesia, un gran ciprés parecía el centro de una especie de recinto sagrado. Nos apeábamos un momento para contemplarlo y dábamos unos cuantos pasos. Tanto como de sus miembros, Albertine tenía una conciencia directa de su casquete de paja de Italia y del echarpe de seda (que no eran para ella la sede de menores sensaciones de bienestar), y recibía de ellos, mientras daba la vuelta a la iglesia, otra clase de impulso, traducido por una satisfacción inerte pero a la que yo encontraba cierta gracia; echarpe y casquete sólo eran una parte reciente, adventicia, de mi amiga, pero que ya me resultaba querida, y cuya estela seguía con los ojos, a lo largo del ciprés, en el aire de la atardecida. Ella misma no podía verlo, pero tenía la sospecha de que aquellas elegancias le sentaban bien, porque,

sonriéndome, trataba de armonizar el ademán de su cabeza con el peinado que la completaba. «No me gusta, está restaurada», me dijo señalándome la iglesia y recordando lo que Elstir le había dicho sobre la preciosa, sobre la inimitable belleza de las viejas piedras. Albertine sabía reconocer enseguida una restauración. Era imposible no quedar sorprendido ante la seguridad de gusto que ya renía para la arquitectura, en contraste con el deplorable que conservaba para la música. Lo mismo que a Elstir, no me gustaba aquella iglesia, su fachada iluminada por el sol no me había procurado ningún placer cuando había aparecido ante mis ojos, y sólo me había apeado para mirarla por ser amable con Albertine. Y sin embargo, me parecía que el gran impresionista estaba en contradicción consigo mismo; ¿por qué aquel fetichismo unido al valor arquitectónico objetivo, sin tener en cuenta la transfiguración de la iglesia en el crepúsculo? «Decididamente no, me dijo Albertine, no me gusta; me gusta su nombre de Orgueilleuse. Pero habrá que pensar en preguntar a Brichot por qué Saint-Mars se llama "le Vetu". Iremos la próxima vez, ¿verdad?», me decía mirándome con sus ojos negros sobre los que había bajado su casquete como tiempo atrás el pequeño polo[577], Su velo flotaba. Volvía a subir al auto con ella, feliz deque, al día siguiente, debiésemos ir juntos a Saín t-Mars, cuyos dos antiguos campanarios de un rosa salmón y tejas romboidales, ligeramente curvadas y como palpitantes, en aquellos días abrasadores durante los que sólo se pensaba en el baño, parecían viejos peces puntiagudos, cubiertos de escamas, musgosos y rojizos, que sin dar la impresión de moverse se alzaban en un agua transparente y azul. Al salir de Marcouville, para atajar, tomábamos una bifurcación en una encrucijada en la que hay una granja. Albertine mandaba parar allí algunas veces y me pedía que fuese solo a buscar, para poder beberlos ella en el coche, calvados o sidra, de la que aseguraban que no era espumosa, pero de la que salíamos todo salpicados. Nos apretábamos uno contra otro. La gente de la granja apenas veía a Albertine en el coche cerrado, yo les devolvía las botella; volvíamos a ponernos en marcha como para continuar aquella vida sólo de nosotros dos, aquella vida de amantes que aquellas gentes podían

suponer que llevábamos, y de la que aquella parada para beber no habría sido más que un momento insignificante; suposición que hubiese parecido menos inverosímil de habernos visto después de que Albertine se hubiera bebido su botella de sidra; de hecho, entonces daba la impresión de no poder seguir soportando entre ella y yo un intervalo que habitualmente no la molestaba; bajo su falda de tela, sus piernas se apretaban contra las mías, acercaba a mis mejillas las suyas que se habían vuelco lívidas, calientes y rojas en los pómulos, con ese algo de ardiente y marchito de las putas de suburbio. En esos momentos, casi tan deprisa como de personalidad, cambiaba de voz, perdía la suya para tomar otra, ronca, atrevida, casi de crápula. Caía la noche. ¡Qué placer sentirla contra mí, con su echarpe y su casquete, recordándome que es siempre así, juntos, como vemos a los que se aman! Tal vez amaba a Albertine, pero no me atrevía a dejárselo ver; si es que en mí existía ese amor, sólo podía ser como una verdad sin valor hasta que no ha podido ser controlada por la experiencia, cosa que me parecía irrealizable y fuera del plano de la vida. En cuanto a mis celos, me empujaban a dejar lo menos posible a Albertine, aunque supiese que no me curaría del todo mientras no me separase de ella para siempre. Hasta podía sentirlos a su lado, pero entonces me las arreglaba para evitar que se repitiese la circunstancia que me los había provocado. Así fue como un día de buen tiempo fuimos a almorzar a Rivebelle. Las grandes puertas acristaladas del comedor, de aquel hall en forma de pasillo que servía para los tés, daban directamente a los prados dorados por el sol y de los que parecía formar parte el amplio restaurante luminoso. El camarero de cara sonrosada, de cabellos negros retorcidos como una llama, recorría toda aquella vasta extensión con menos ímpetu que antes, porque ya no era simple camarero sino encargado de un grupo de mesas; sin embargo, a causa de su actividad natural, a veces algo lejos, en el comedor, a veces más cerca, pero fuera, mientras servía a los clientes que habían preferido almorzar en el jardín, se le distinguía unas veces aquí, otras allá, como sucesivas estatuas de un dios joven que corre, unas en el interior, por lo demás bien iluminado, de una morada cuya prolongación estaba formada por verdes prados, otras bajo los follajes, en la claridad de la vida al aire libre. Estuvo un

momento a nuestro lado. Albertine respondió distraída a lo que yo le decía. Lo miraba con unos ojos muy abiertos. Durante unos minutos sentí que se puede estar junto a la persona amada y sin embargo no tenerla consigo. Parecían estar inmersos en un coloquio misterioso que mi presencia volvía mudo, continuación acaso de citas antiguas que yo desconocía, o sólo de una mirada que él le había lanzado y en el que yo era el importuno tercero ante el que hay que esconderse. Incluso cuando, reclamado violentamente por su patrón, se alejó, Albertine, mientras seguía comiendo, daba la impresión de considerar el restaurante y los jardines sólo como una pista iluminada en la que aparecía, aquí y allá, sobre decorados distintos, el dios corredor de negros cabe— Dos. Durante un momento me había preguntado si, por ir tras él, no me hubiera dejado solo en mi mesa. Pero los días siguientes empecé a olvidar para siempre aquella impresión penosa, porque había decidido no volver nunca a Rivebelle y había hecho prometer a Albertine, quien me aseguró ser aquélla la primera vez que había ido, que no volvería nunca. Y negué que el camarero délos pies ligeros sólo hubiese tenido ojos para ella, para que no creyese que mi compañía la había privado de un placer. Algunas veces me ocurrió volver a Rivebelle, pero solo, y beber demasiado, como ya había hecho allí. Mientras vaciaba una última copa miraba un rosetón pintado en la pared blanca, y relacionaba con él el placer que sentía. Sólo aquel rosetón existía para mí en el mundo; lo perseguía, lo rozaba y lo perdía sucesivamente con mi mirada huidiza, y era indiferente al futuro, contentándome con mi rosetón como una mariposa que da vueltas alrededor de otra mariposa posada, con la que acabará su vida en un acto de voluptuosidad suprema. Pero me parecía peligroso dejar instalarse dentro de mí, incluso bajo una forma ligera, un mal parecido a esos estados patológicos habituales de los que no nos preocupamos, pero que, si sobreviene el menor accidente imprevisible e inevitable que podría llegarle, bastan para conferirle inmediatamente una gravedad extrema. Quizá fuese el momento más oportuno para renunciar a una mujer a la que ningún sufrimiento muy reciente y muy vivo me obligaba a pedir ese bálsamo que poseen contra un mal las mismas mujeres que lo han causado. Me habían calmado aquellos mismos paseos que, si en ese momento sólo los

consideraba como la espera de un mañana que, a pesar del deseo que me inspiraba, no debería de ser distinto de la víspera, tenían el encanto de ser arrancados de los lugares donde había estado hasta entonces Albertine y donde yo no estaba con ella, la casa de su tía, la casa de sus amigas. Encanto no de una alegría positiva, sino sólo del alivio de una inquietud, y sin embargo muy fuerte. Porque, pocos días después, cuando volvía a pensar en la granja ante la que habíamos bebido sidra, o simplemente en los pocos pasos que habíamos dado delante de Saint— Mars-le-Vétu, recordando que Albertine caminaba a mi lado bajo su casquete, la sensación de su presencia añadía de golpe cal virtud a la imagen indiferente de la iglesia nueva que, en el instante en que la soleada fachada venía a posarse por sí misma en mi recuerdo, era como una gran compresa calmante que hubiesen aplicado a mi corazón. Dejaba a Albertine en Parville, pero para volver a buscarla por la noche e ir a tenderme a su lado, en la oscuridad, sobre la playa. No la veía todos los días, cierro, pero sin embargo podía decirme: «Si contase cómo pasa su tiempo, su vida, yo seguiría siendo el que ocupa mayor espacio»; y pasábamos juntos largas horas seguidas que daban a mis jornadas una ebriedad tan dulce que, incluso cuando en Parville saltaba del auto que yo volvería a enviarle una hora después, me sentía más solo en el coche que si, antes de apearse, ella hubiera dejado flores en él. Habría podido pasarme sin verla todos los días; iba a dejarla sintiéndome feliz, convencido de que el efecto calmante de esa felicidad podía prolongarse varios días. Pero entonces oía a Albertine decir a su tía o a una amiga al despedirme: «Entonces, mañana a las ocho y media. No podemos retrasarnos, estarán esperando desde las ocho y cuarto». La conversación de una mujer amada se parece a un suelo que recubre un agua subterránea y peligrosa; en todo momento se sienten, detrás de las palabras, la presencia, el frío penetrante de una capa invisible; aquí y allá la vemos rezumar pérfidamente, pero el agua sigue oculta. Nada más oír la frase de Albertine, mi calma quedaba destruida. Quería proponerle que nos viésemos a la mañana siguiente, e impedirle así que fuese a aquella misteriosa cita de las ocho y media de la que en mi presencia sólo se había hablado con palabras encubiertas. Sin duda, las primeras veces me habría obedecido,

lamentando sin embargo renunciar a sus proyectos; luego, ella habría descubierto mi permanente necesidad de alterarlos, y yo me habría convertido en esa persona a la que se le oculta todo. Además, es probable que aquellas fiestas de las que yo quedaba excluido consistiesen en muy poca cosa, y que quizá no se me invitase por miedo a que me pareciese vulgar o aburrida esta o aquella invitada. Por desgracia, aquella vida tan unida a la de Albertine no influía sólo en mí; a mí me calmaba; a mi madre le causaba inquietudes cuya confesión destruyó aquella calma. Cuando volvía al hotel contento, decidido a terminar un día u otro con una existencia cuyo fin creía yo que sólo dependía de mi voluntad, mi madre me dijo, al oírme decir al chófer que fuese a buscar a Albertine después de la cena: «¡Cuánto dinero gastas! (En su lenguaje sencillo y expresivo, Françoise decía con más fuerza: "El dinero vuela"). Procura, continuó mamá, no volverte como Charles de Sévigné, cuya madre decía: "Su mano es un crisol donde la plata se funde[578]*. Además creo que realmente has salido de sobra con Albertine. Te aseguro que es exagerado, que incluso a ella puede parecerle ridículo. Me ha encantado que eso te distraiga, no te pido que no vuelvas a verla, pero, en fin, que no sea imposible veros al uno sin el otro». Mi vida con Albertine, vida privada de grandes placeres —al menos de grandes placeres que se supiesen—, aquella vida que yo pensaba cambiar de un día para otro, eligiendo una hora de calma, se me volvió de pronto necesaria por un tiempo cuando se encontró amenazada por esas palabras de mamá. Le dije a mi madre que sus palabras tal vez acababan de retrasar dos meses la decisión que pedían y que, de no ser por ellas, hubiera sido tomada antes de acabarse la semana. Mamá se echó a reír (para no entristecerme) ante el efecto producido instantáneamente por sus consejos, y me prometió no volver a hablarme del asunto para no impedir que renaciesen mis buenos propósitos. Pero desde la muerte de la abuela, cada vez que mamá se permitía reír, la risa iniciada se cortaba en seco y acababa en una expresión casi sollozante de dolor, bien por el remordimiento de haber podido olvidar un instante, bien por el recrudecimiento con que aquel olvido tan breve había vuelto a reavivar su cruel preocupación. Pero me di cuenta de que, a la que le*

causaba el recuerdo de mi abuela, instalado en mi madre como una idea fija, se añadía en esta ocasión otra que me concernía: el temor de mi madre a las consecuencias de mi intimidad con Albertine; intimidad que sin embargo no se atrevió a obstaculizar debido a lo que yo acababa de decirle. Pero no pareció convencida de que no me equivocase. Recordaba los muchos años que la abuela y ella habían dejado de hablarme de mi trabajo y de una regla de vida más higiénica que, como decía yo, sólo la agitación que provocaban en mí sus exhortaciones me impedía comenzar, y que, a pesar de su obediente silencio, yo no había seguido.

Después de la cena, el auto devolvía a Albertine a su casa; todavía quedaba un poco de luz; el aire era menos cálido, pero después de una jornada abrasadora los dos soñábamos con frescores desconocidos; entonces, a nuestros ojos febriles, la delgadísima luna pareció al principio (igual que la noche en que yo había ido a casa de la princesa de Guermantes y en que Albertine me había telefoneado) como la ligera y fina peladura, luego como el fresco gajo de una fruta que un invisible cuchillo empezaba a pelar en el cielo. Otras veces también era yo el que iba a buscar a mi amiga, un poco más tarde; entonces ella debía esperarme delante de los soportales del mercado, en Maineville. En los primeros instantes no la distinguía; ya me preocupaba que pudiese no venir, que hubiera entendido mal, cuando de pronto la veía con su blusa blanca de lunares, saltando a mi lado en el coche con el ligero brinco de un animalito más que de una muchacha. Y también como una perra, enseguida empezaba a acariciarme infinitamente. Cuando la noche había caído por completo y, como decía el director del hotel, el cielo estaba «apergaminado[579]» de estrellas, si íbamos a pasear por el bosque con una botella de champán, sin preocuparnos de los paseantes que aún deambulaban por el malecón escasamente iluminado, pero que no habrían distinguido nada a dos pasos sobre la arena negra, nos tumbábamos al resguardo de las dunas; aquel mismo cuerpo en cuya elasticidad vivía toda la gracia femenina, marina y deportiva de las muchachas que había visto yo pasar la primera vez delante del horizonte de las olas, lo tenía estrechado contra el mío, bajo una

misma manta, a la orilla misma del mar inmóvil partido por un rayo trémulo; y lo escuchábamos sin cansarnos y con el mismo placer, bien porque el mar contenía la respiración, suspendida el tiempo suficiente para que pensásemos que el reflujo se había detenido, bien cuando por fin exhalaba a nuestros pies el murmullo esperado y retardado. Yo acababa devolviendo a Albertine a Parville. Cuando llegábamos delante de su casa, había que interrumpir nuestros besos por miedo a que nos viesen; como aún no tenía ganas de acostarse, volvía conmigo hasta Balbec, de donde volvía a llevarla una última vez a Parville; los chóferes de aquellos primeros tiempos del automóvil eran gente que se acostaban a cualquier hora. Y de hecho, yo no regresaba a Balbec hasta la primera humedad de la mañana, esta vez solo, pero todo rodeado aún de la presencia de mi amiga, ahíto de una provisión de besos larga de agorar. En mi mesa encontraba un telegrama o una tarjeta postal. ¡También era de Albertine! Los había escrito en Quetreholme mientras yo volvía solo en auto y para decirme que pensaba en mí. Me metía en la cama releyéndolas. Entonces percibía encima de las cortinas la raya de la luz del pleno día y me decía que, después de todo, debíamos de querernos para haber pasado la noche besándonos. Cuando a la mañana siguiente veía a Albertine en el malecón, temía tanto que me respondiese que no estaba libre ese día y no podía acceder a mi petición de pasear juntos, que hacía rodo lo posible para retrasar el momento de dirigirle esa petición. Y me inquietaba más porque me parecía fría, preocupada; pasaba gente que ella conocía; seguramente había hecho para la tarde proyectos de los que yo estaba excluido. La miraba, miraba aquel cuerpo delicioso, aquella cabeza rosa de Albertine, enarbolando frente a mí el enigma de sus intenciones, la desconocida decisión que debía hacer la felicidad o la desgracia de mi rarde. Era todo un estado de ánimo, todo un futuro de vida que había tomado delante de mí la forma alegórica y fatal de una muchacha. Y cuando al fin me decidía, cuando con el aire más indiferente posible, preguntaba: «¿Vamos a dar juntos un paseo luego y esta noche?», y ella me respondía: «Con mucho gusto», entonces toda la repentina sustitución, en la cara rosada, de mi larga inquietud por una quietud deliciosa, volvían más preciosas todavía para mí aquellas formas a las que siempre debía el

bienestar, el sosiego que sentimos después de haber estallado una tormenta. Me repetía: «¡Qué amable es, qué criatura tan adorable!» en medio de una exaltación menos fecunda de la que procura la ebriedad, apenas más profunda que la de la amistad, pero muy superior a la de la vida mundana. Sólo cancelábamos el alquiler del automóvil los días en que había una cena en casa de los Verdurin, y aquellos en que, por no estar libre Albertine para salir conmigo, hubiese podido aprovecharlos para advertir a las personas que deseaban verme que me quedaría en Balbec. Esos días daba autorización a Saint-Loup para venir, pero sólo esos días. Porque, en cierta ocasión en que él había llegado de improviso, yo había preferido privarme de ver a Albertine antes que arriesgarme a que él la viese, a que resultase comprometido el estado de calma feliz en que me encontraba desde hacía algún tiempo y se renovasen mis celos. Y no me había tranquilizado hasta que Saint-Loup se marchó. Por eso se avenía de mala gana, pero escrupulosamente, a no venir nunca a Balbec sin que yo lo llamase. En otro tiempo, cuando pensaba con envidia en las botas que Mme. de Guermantes pasaba con él, ¡qué importante para mí era verle! Las personas no cesan de cambiar de lugar en relación a nosotros. En la marcha insensible pero eterna del mundo, las consideramos inmóviles en un instante de visión demasiado breve para que pueda percibirse el movimiento que las arrastra. Pero basta elegir en nuestra memoria dos imágenes suyas tomadas en dos momentos diferentes, lo suficientemente próximos sin embargo para que no hayan cambiado, al menos sensiblemente, en sí mismos, y la diferencia entre las dos imágenes mide el desplazamiento operado en ellos por relación a nosotros. Saint-Loup me inquietó de una manera horrible al hablarme de los Verdurin, temía que me pidiese que lo introdujera en su casa, cosa que habría bastado, por los celos que no habrían dejado de atormentarme, para echar a perder todo el placer que yo disfrutaba allí con Albertine. Pero por suerte Robert me confesó, en cambio, que lo que deseaba por encima de todo era no conocerlos. «No, me dijo, esa clase de ambientes clericales me exasperan». No comprendí al principio el adjetivo «clerical» aplicado a los Verdurin, pero el final de la frase de Saint-Loup me aclaró su pensamiento, sus concesiones a modos de

lenguaje que a veces nos sorprende ver adoptar a hombres inteligentes. «Son unos ambientes, me dijo, donde se hace tribu, donde se hace congregación y capilla. No me dirás que no es una pequeña secta; todo mieles para los que son del clan, y nunca desprecio suficiente para los que no lo son. La cuestión no es, como para Hamlet, ser o no ser, sino ser de ellos o no serlo[580]. Tú lo eres, mi tío Charius lo es. ¿Qué quieres?, a mí nunca me ha gustado eso, no es culpa mía».

Como es lógico, la regla que había impuesto a Saint-Loup de no venir a verme sin haberlo llamado, la decreté igual de estricta para cualquiera de las personas con las que poco a poco me había ido relacionando en La Raspeliére, en Féterne, en Montsurvent y en otras partes; y cuando desde el hotel divisaba el humo del tren de las tres que, en la anfractuosidad de los acantilados de Parville, dejaba su estable penacho colgado mucho tiempo en el flanco de las verdes laderas, no tenía ninguna duda sobre el visitante que iba a venir a merendar conmigo y que para mí, como un dios, quedaba oculto bajo aquella pequeña nube. Debo admitir que aquel visitante, previamente autorizado por mí a venir, no fue casi nunca Saniette, y me lo he reprochado muy a menudo. Pero la conciencia que Saniette tenía de aburrir (y, como es lógico, de visita mucho más todavía que contando una historia) hacía que, si bien era más culto, más inteligente y mejor que muchos otros, parecía imposible sentir a su lado, no ya ningún placer, sino algo distinto de un spleen casi intolerable y que te estropeaba la tarde. Probablemente, si Saniette hubiese confesado con franqueza el aburrimiento que temía causar, no habrían dado tanto miedo sus visitas. El aburrimiento es uno de los males menos graves que se tienen que soportar, el suyo quizá sólo existía en la imaginación de los otros, o le había sido inoculado por ellos gracias a una especie de sugestión que había hecho presa en su simpática modestia. Pero se empeñaba tanto en no dejar ver que no le buscaban que no se atrevía a ofrecerse. Hacía bien, desde luego, en no comportarse como esa gente a la que tanto gusta quitarse el sombrero en público y que, no habiéndonos visto hace mucho y divisándonos en un palco junto a personas brillantes que no conocen, nos lanzan

un saludo furtivo y sonoro, aduciendo como excusa el placer, la emoción que han sentido al vernos, al comprobar que volvemos a los placeres, que tenemos buen aspecto, etc. Pero Saniette, en cambio, carecía en exceso de audacia. En casa de Mme. Verdurin o en el trenecito, hubiera podido decirme que le habría gustado mucho ir a verme a Balbec si no temiese molestarme. Semejante proposición no me habría asustado. En cambio, sin proponer nada, con un rostro torturado y una mirada tan indestructible como un esmalte cocido, en cuya composición entraba, además de un palpitante deseo de veros —a menos que encontrase algún otro más divertido—, la voluntad de no dejar ver ese deseo, me decía en tono indiferente. «¿Sabe ya lo que va a hacer usted estos días? Porque seguramente iré cerca de Balbec. No tiene importancia, se lo preguntaba por preguntar». El tono no engañaba, y los signos inversos con cuya ayuda expresamos nuestros sentimientos por su contrario son de una lectura tan fácil que uno se pregunta cómo puede haber alguien todavía que diga, por ejemplo: «Tengo tantas invitaciones que no sé a cuál atender», para disimular que nadie los invita. Pero, además, aquel tono de indiferencia, debido probablemente a lo que entraba en su turbia composición, causaba lo que nunca os habría producido miedo al aburrimiento o la franca confesión del deseo de veros, es decir, esa especie de malestar, de repulsión que, en el ámbito de unas relaciones de simple cortesía social, equivale a lo que en amor es la propuesta disfrazada que hace a una dama el enamorado no correspondido, de verla al día siguiente, asegurando al mismo tiempo que no le importa mucho, o, peor aún, ni siquiera la propuesta, sino una actitud de falsa frialdad. De la persona de Saniette emanaba enseguida no sé qué que obligaba a responderle en el tono más afectuoso del mundo: «No, por desgracia esta semana es imposible, ya le explicaré…» Y, en su lugar, permitía venir a verme a personas que valían menos que él pero que no tenían su mirada cargada de melancolía, ni su boca arrugada por roda la amargura de todas las visitas que deseaba hacer, sin decírselo, a unos y a otros. Por desgracia, era muy raro que Saniette no encontrase en el Tortuoso al invitado que venía a verme, aunque éste no me hubiera dicho en casa de los Verdurín; «No olvide que voy a verle el jueves», día en que, precisamente, le había dicho a Saniette que no estaría

libre. De modo que terminaba imaginando la vida como una sucesión de diversiones organizadas a sus espaldas, si no incluso contra él. Por otra parte, como nunca somos todo de una pieza, aquel discreto exagerado era enfermizamente indiscreto. La única vez en que por casualidad vino a verme a pesar mío, encima de la mesa había, no sé de quién, una carta. Al cabo de un momento me di cuenta de que no escuchaba sino distraído lo que yo le decía. La carta, cuya procedencia ignoraba por completo, le fascinaba y yo tenía en todo momento la impresión de que sus pupilas esmaltadas iban a desprenderse de su órbita para alcanzar aquella carra cualquiera pero que imantaba su curiosidad. Se habría dicho un pájaro a punto de lanzarse fatalmente sobre una serpiente. Por fin no pudo aguantar más, y primero la cambió de sitio como para poner orden en mi habitación. Pero eso no le bastaba, la cogió, le dio vueltas y más vueltas, como si lo hiciese maquinalmente. Otra forma de su indiscreción era que, pegado a uno, no encontraba la manera de marcharse. Como aquel día no me encontraba bien, le pedí que cogiera el primer tren y se fuese a la media hora. Pese a no dudar de mi malestar, me respondió: «Me quedaré una hora y cuarto y luego me iré». Desde entonces me ha pesado no haberle dicho que viniese a verme cada vez que yo pudiera. ¿Quién sabe? Quizá habría conjurado así su mala suerte, otros le hubiesen invitado y por ellos se hubiera dado prisa en dejarme, de modo que mis invitaciones habrían tenido la doble ventaja de devolverle la alegría y de librarme de él.

Los días siguientes a aquellos en que había tenido visita, no esperaba, naturalmente, a nadie y el automóvil venía a buscarnos a Albertine y a mí. Y cuando regresábamos, Aimé, al pie de la escalinata del hotel, no podía dejar de mirar con ojos apasionados, curiosos y glotones, qué propina le daba yo al chófer. De nada servía que escondiese la moneda o el billete en mi mano cerrada, las miradas de Aimé me apartaban los dedos. Volvía la cabeza al cabo de un segundo porque era discreto y bien educado, y él mismo hasta se contentaba con beneficios relativamente pequeños. Pero el dinero que otro recibía excitaba en él una curiosidad incontenible y se le hacía la boca agua. Durante esos breves instantes, tenía la expresión atenta y

febril de un niño que lee una novela de Jules Verne[581], o de un comensal de un restaurante que, sentado no lejos de vosotros y viendo que os están trinchando un faisán que él no puede o no quiere permitirse, abandona un instante sus pensamientos serios para echar sobre el volátil una mirada sonriente de amor y de envidia.

Así se sucedían, día tras día, aquellos paseos en automóvil. Pero una vez, cuando subía yo en ascensor, el lift me dijo: «Ha venido ese señor, me ha dejado un recado para usted». El lift me dijo estas palabras con voz absolutamente enronquecida y tosiéndome y escupiéndome a la cara. «¡Qué catarro tengo!», añadió, como si no fuese yo capaz de darme cuenta por mí mismo. «El médico dice que es la tosferina», y volvió a toser y a escupirme encima. «No se canse hablando», le dije en un roño de bondad que era fingido. También yo tenía miedo a coger la tosferina, con mi propensión a los ahogos me habría resultado muy penosa. Pero él tenía a mucha honra, como un virtuoso que no quiere dejarse llevar enfermo, hablar y escupir todo el tiempo. «No, no importa, dijo (a usted quizá no, pensé, pero a mí, sí). De todos modos, pronto volveré a París (tanto mejor, con tal de que no me la pegue antes). Parece, prosiguió, que París es algo soberbio. Debe de ser más soberbio todavía que esto y que Montecarlo, aunque algunos botones, clientes incluso, y hasta algunos maitres d hotel que iban a Montecarlo para la temporada me hayan dicho a menudo que París era menos soberbio que Montecarlo. Quizá se colaban, aunque para ser maitre d'hôtel no hay que ser un imbécil; para tomar todas las comandas y reservar las mesas, ¡hace falta una cabeza! Me han dicho que era todavía más terrible que escribir obras de teatro y libros». Habíamos llegado casi a mi piso cuando el lift me hizo descender de nuevo hasta la planta baja porque le parecía que el botón funcionaba mal, y en un abrir y cerrar de ojos lo arregló. Le dije que prefería subir a pie, lo cual equivalía a decir y a ocultar que prefería no coger la tosferina. Pero con un ataque de tos cordial y contagioso el lifime metió en el ascensor: «Ahora ya no hay ningún peligro, he arreglado el botón». Viendo que no dejaba de hablar, y como prefería conocer el nombre del visitante y el recado que había dejado antes que el paralelo entre las bellezas de Balbec, Parts y Montecarlo, le dije

(como a un tenor que nos está aburriendo con Benjamín Godard[582],: Prefiero que me cante algo de Debussy): «Pero ¿quién es el que ha venido a verme?». —«El señor con el que salió usted ayer. Voy a buscar su tarjeta, la tiene mi portero». Como la víspera había dejado a Robert de Saint-Loup en la estación de Arembouville[583] antes de ir en busca de Albertine, creí que el lift se refería a Saint—Loup; pero era el chófer. Y designándole con estas palabras: «El señor con el que usted salió», aprovechaba la ocasión para enseñarme que un obrero es tan señor como un hombre de mundo. Lección de palabras solamente. De hecho, yo nunca había hecho distinción entre clases. Y si, al oír llamar señor a un chófer, había sencido la misma estrañeza que el conde X…, que sólo lo era desde hacía ocho días y a quien, habiendo dicho: «La condesa parece cansada», hice volver la cabeza para ver a quién me refería, era sólo por falta de costumbre del vocabulario; nunca había hecho diferencias entre los obreros, los burgueses y los grandes señores, y lo mismo habría sido amigo de unos y de otros, con cierta preferencia por los obreros, y después por los grandes señores, no por gusto, sino por saber que de estos últimos puede exigirse más cortesía hacia los obreros que la que se consigue de parte de los burgueses, bien porque los grandes señores no desprecian a los obreros como hacen los burgueses, o bien porque suelen ser corteses con cualquiera, como las mujeres bonitas, felices de regalar una sonrisa que saben que se acoge con tanta alegría. No puedo, por lo demás, decir que mi tendencia a poner a la gente del pueblo en pie de igualdad con la gente de mundo, aunque muy bien tolerada por éstos, lograra en cambio satisfacer siempre y plenamente a mi madre. No porque humanamente hiciese ella diferencia alguna entre las personas, y, si alguna vez Françoise estaba apenada o enferma, siempre era consolada y cuidada por mamá con el mismo cariño, con la misma abnegación que hubiera tenido para su mejor amiga. Pero mi madre era demasiado hija de mi abuelo para no hacer, socialmente, acepción de castas. Por más que la gente de Combray tuviese buen corazón y sensibilidad, por más que hiciesen propias las más bellas teorías sobre la igualdad humana, mi madre, cuando un camarero de habitaciones se emancipaba, me trataba una vez de

«usted» y sin darse cuenta tendía a no hablarme en tercera persona, sentía por esas usurpaciones el mismo descontento que estalla en las Memorias de Saint-Simon cada vez que un señor, sin tener derecho, aprovecha un pretexto para tomar la cualidad de «Alteza» en una escritura pública, o para no rendir a los duques lo que les debía y de lo que poco a poco se exime. Había un «espíritu de Combray» tan refractario que se necesitarán siglos de bondad (la de mi madre era infinita), teorías igualitarias, para conseguir disolverlo. No puedo decir que, en el caso de mi madre, algunas parcelas de ese espíritu no hubieran permanecido insolubles. Le resultaba tan difícil dar la mano a un criado como fácil le habría sido darle diez francos (que, por otra parte, al criado le agradaban mucho más). Para ella, lo admitiese o no, los amos eran los amos y los criados eran la gente que comía en la cocina. Cuando veía a un chófer de automóvil cenar conmigo en el comedor, no estaba nada contenta y me decía: «Me parece que podrías tener como amigo algo mejor que un mecánico», de la misma forma que habría dicho si se hubiese tratado de matrimonio: «Podrías encontrar un partido algo mejor». El chófer (por fortuna, a éste nunca se me ocurrió invitarle) había venido a decirme que la Compañía de autos que le había enviado a Balbec para la temporada lo reclamaba en París al día siguiente. Creimos que esta explicación, sobre todo porque el chófer erá encantador y se expresaba de un modo tan sencillo que sus palabras siempre parecían palabras del Evangelio, debía de ser conforme con la verdad. Lo era sólo a medias. De hecho, en Balbec ya no tenía nada que hacer. Y en cualquier caso la Compañía, que sólo confiaba a medias en la veracidad del joven evangelista, apoyado en su rueda de consagración, deseaba que volviese cuanto antes a París. En realidad, si el joven apóstol realizaba milagrosamente la multiplicación de los kilómetros cuando se los contaba a M. de Charlus, en cambio, cuando se trataba de dar cuenta a su Compañía, dividía por seis lo que había ganado. Por todo ello, pensando la Compañía que ya nadie daba paseos en Balbec, cosa verosímil a causa de la estación, o que la robaban, decidió que, en cualquiera de ambas hipótesis, lo mejor era llamarlo a París, donde por lo demás tampoco había mucho trabajo. El deseo del chófer era evitar en lo posible la temporada muerta. Ya he dicho —entonces lo

ignoraba, y haberlo sabido me hubiese evitado muchos disgustos— que estaba muy unido (sin dar nunca delante de gente la impresión de conocerse) a Morel. Desde el día en que fue llamado, y sin saber aún que había un medio para no marcharse, tuvimos que conformarnos para nuestros paseos con alquilar un carruaje, o a veces, para distraer a Albertine y como le gustaba la equitación, caballos de silla. Los carruajes eran malos. «¡Vaya cacharro!», decía Albertine. Por otra parte, muchas veces hubiera preferido estar solo. Sin querer fijarme una fecha, deseaba que acabase aquella vida a la que reprochaba hacerme renunciar, más todavía que al trabajo, al placer. Pero también ocurría, sin embargo, que los hábitos que me retenían quedasen abolidos de pronto, la mayoría de las veces cuando algún antiguo yo, lleno del deseo de vivir alegremente, sustituía por un instante al yo actual. Ese deseo de evasión lo sentí de modo particular un día en que, una vez dejada Albertine en casa de su tía, había ido a caballo a ver a los Verdurin, tomando por los bosques una ruta agreste cuya belleza me habían ponderado. Adaptándose a las formas del acantilado, la ruta subía unas veces y otras, estrechándose entre grupos de árboles espesos, se hundía en desfiladeros salvajes. Durante un momento, las rocas peladas que me rodeaban, el mar que se divisaba a través de sus quebradas, flotaron ante mis ojos como fragmentos de otro universo: había reconocido el paisaje montañoso y marino que Elstir ha dado por marco a dos admirables acuarelas; Encuentro del poeta y una Muta, Encuentro de joven y un centauro, que yo había visto en casa de la duquesa de Guermantes[584]. Su recuerdo ponía de nuevo aquellos lugares donde me encontraba tan fuera del mundo actual que no me habría extrañado si, como el joven de la era prehistórica que pinta Elstir, me hubiera cruzado durante mi paseo con un personaje mitológico. De pronto mi caballo se encabritó; había oído un ruido singular, me costó dominarlo y no terminar en el suelo, luego alcé hacia el punto de donde parecía venir aquel ruido mis ojos llenos de lágrimas y vi, a unos cincuenta metros por encima, a pleno sol, entre dos grandes alas de acero resplandeciente que lo llevaban, un ser cuya figura poco definida me pareció que se parecía a la de un hombre. Quedé tan emocionado

como podía estarlo un griego que hubiese visto por primera vez a un semidiós. También lloraba, porque estaba dispuesto a llorar desde el momento en que había reconocido que el ruido procedía de encima de mi cabeza —los aeroplanos aún eran raros en esa época—, ante la idea de que, por primera vez en mi vida, iba a ver un aeroplano. Entonces, como cuando, leyendo un diario, sentimos que está a punto de llegar una palabra emocionante, sólo esperaba ver el avión para echarme a llorar. Pero el aviador pareció dudar sobre su camino; yo sentía abiertas ante él —ante mí, si la costumbre no me hubiese hecho prisionero— todas las rutas del espacio, de la vida; siguió hacia adelante, planeó unos instantes sobre el mar, y después, con brusca decisión, como si cediese a una atracción inversa a la de la gravedad, como si volviera a su patria, con un ligero movimiento de sus alas de oro picó derecho hacia el cielo.

Volviendo al mecánico, no sólo pidió a Morel que los Verdurin sustituyesen su break por un auto (lo cual, dada la generosidad de los Verdurin para con sus fieles era relativamente fácil), sino, cosa más difícil, a su cochero principal, el joven sensible y propenso a las ideas más negras, por él, el chófer. Unos pocos días bastaron para ponerlo en práctica de la manera siguiente. Morel había empezado haciendo que robasen al cochero todo lo que necesitaba para enganchar. Un día no encontraba el bocado, otro la barbada. En otras ocasiones era el cojín de su asiento lo que había desaparecido, incluso el látigo, la manta, el rebenque, la esponja, la piel de camello. Aunque siempre se las arreglaba con los vecinos, llegaba tarde, indisponiendo a M. Verdurin contra él y sumiéndose él mismo en un estado de tristeza y de ideas negras. El chófer, ansioso por ser contratado, declaró a Morel que iba a regresar a París. Había que dar el golpe definitivo. Morel convenció a los criados de M. Verdurin de que el joven cochero se disponía, según había declarado, a hacerles caer en una trampa y alardeaba de poder dar cuenta de los seis juntos, añadiendo que no podían tolerar aquello. En cuanto a él, no podía intervenir, pero les avisaba para que fuesen ellos los que tomasen la delantera. Se decidió que, mientras el señor y la señora Verdurin y sus amigos estuvieran de paseo, todos los criados caerían sobre el joven en la cuadra. Debo decir, aunque sólo haya sido la ocasión de cuanto luego sucedería,

pero porque más tarde me interesaron los personajes, que ese día estaba de vacaciones en casa de los Verdurin un amigo suyo al que éstos querían ofrecer un paseo a pie antes de su partida, fijada para aquella misma noche.

Lo que me sorprendió mucho cuando salimos a pasear fue que, ese día, Morel, que venía con nosotros en aquel paseo a pie y debía tocar el violín entre los árboles, me dijo: «Escuche, me duele el brazo, no quiero decírselo a Mme. Verdurin, pero ruéguele que lleve uno de sus criados, Howsler, por ejemplo; él cargará con mis instrumentos». —«Creo que sería mejor elegir a otro. Lo necesitan para la cena». Una expresión de cólera pasó por el rostro de Morel. «Ah, no, no quiero confiar mi violín a cualquiera». Más tarde comprendí la razón de aquella preferencia. Howsler era el hermano muy amado del joven cochero, y si se hubiera quedado en la casa habría podido acudir en su ayuda. Durante el paseo, en voz lo bastante baja para que el mayor de los Howsler no pudiese oírnos: «Es un buen muchacho, dijo Morel. Aunque también lo es su hermano. Si no tuviera ese funesto hábito de beber…» —«¿Cómo, de beber?», dijo Mme. Verdurin, palideciendo ante la idea de tener un cochero que bebía. «Usted no se da cuenta. Siempre me digo que es un milagro que aún no haya tenido un accidente cuando la llevaba a usted». —«Pero entonces ¿lleva también a otras personas?». —«Le bastaría con ver las veces que ha volcado, hoy tiene la cara llena de equimosis. No sé cómo no se ha matado, ha roto los varales». —«Hoy no le he visto, dijo Mme. Verdurin, temblando ante la idea de lo que habría podido pasarle a ella, me deja usted desolada». Quiso abreviar el paseo para volver a casa, Morel eligió un aire de Bach con variaciones infinitas para prolongarlo. Nada más volver, corrió a la cuadra, vio el varal nuevo y a Howsler lleno de sangre. Iba a decirle, sin hacerle ninguna observación, que ya no necesitaba cochero y a darle dinero, cuando él, no queriendo acusar a sus compañeros, a cuya animosidad atribuía retrospectivamente el robo cotidiano de todas las sillas, etc., y viendo que su paciencia no conducía a otra cosa que a dejarle por muerto en el pavimento, pidió irse, y eso lo resolvió todo. El chófer entró al día siguiente, y, más tarde, Mme. Verdurin (que se vio obligada a coger otro) quedó tan satisfecha con él que me lo recomendó calurosamente

como hombre de toda confianza. Yo, que no sabía nada, le cogí a jornal en París; pero me he anticipado demasiado, todo esto se encontrará en la historia de Albertine[585]. Por el momento estamos en La Raspeliére, adonde voy a cenar por primera vez con mi amiga, y M. de Charlus con Morel, supuesto hijo de un «intendente» que ganaba treinta mil francos fijos al año, tenía coche propio y una cantidad de mayordomos subalternos, de jardineros, de administradores y granjeros bajo sus órdenes. Pero ya que me he anticipado tanto, no quiero sin embargo dejar al lector con la impresión de una maldad absoluta de parte de Morel. Estaba más bien lleno de contradicciones, capaz, ciertos días, de una amabilidad auténtica.

Naturalmente, quedé muy sorprendido al saber que el cochero había sido despedido, y mucho más cuando reconocí en su sustituto al chófer que nos había llevado de paseo a Albertine y a mí. Pero me contó una historia complicada, según la cual, una vez en París, habría sido reclamado por los Verdurin, y no tuve ni un segundo de duda. El despido del cochero fue causa de que Morel hablase un rato conmigo, para expresarme su tristeza por la marcha de aquel buen muchacho. Por lo demás, incluso fuera de los momentos en que yo estaba solo y él se abalanzaba literalmente sobre mí con una expresión de alegría, Morel, viendo que en La Raspeliére todos me festejaban y dándose cuenta de que se excluía voluntariamente de la familiaridad de una persona que no suponía ningún peligro para él, porque había logrado hacerme cortar los puentes y privarme de toda posibilidad de adoptar una actitud protectora con él (en la que yo, por lo demás, no había pensado ni por asomo), dejó de mantenerse alejado de mí. Atribuí su cambio de actitud a la influencia de M. de Charlus, que, de hecho, en ciertos aspectos lo volvía menos limitado, más artista, aunque en otros, a los que aplicaba al pie de la letra las fórmulas elocuentes, falaces y además momentáneas, del maestro, lo entontecía todavía más. Lo que había podido decirle M. de Charlus fue, en efecto, la única cosa que se me ocurrió. ¿Cómo habría podido adivinar entonces lo que luego me dijeron (y de lo que nunca he estado seguro, dado que todas las afirmaciones de Andrée concernientes a Albertine, sobre

todo más tarde, siempre me parecieron bastante sospechosas porque, como hemos visto en el pasado, no quería sinceramente a mi amiga y sentía celos de ella), y que, en cualquier caso, si era cierto, me fue cuidadosamente ocultado por las dos: que Albertine conocía mucho a Morel? La nueva actitud que, hacia la época del despido del cochero, adoptó Morel conmigo, me permitió cambiar de opinión sobre él. Conservé de su carácter la pésima idea que me había inspirado la bajeza que aquel joven me había demostrado cuando había tenido necesidad de mí, seguida, nada más conseguido el favor, de tal desdén que parecía no verme. A esto había que añadir sus relaciones evidentemente venales con M. de Charlus, y también ciertos instintos de bestialidad sin salida cuya falta de satisfacción (cuando se producía), o las complicaciones que entrañaban, eran la causa de sus melancolías; no era este carácter, sin embargo, tan uniformemente feo y estaba lleno de contradicciones. Semejaba un viejo libro de la Edad Media, lleno de errores, de tradiciones absurdas, de obscenidades, era extraordinariamente complejo. Al principio había creído que su arte, en el que realmente era consumado maestro, le había dado una superioridad que iba más allá del virtuosismo del ejecutante. En cierta ocasión que le hablaba de mi deseo de ponerme a trabajar: «Trabaje, vuélvase ilustre», me dijo. «¿De quién es eso?», le pregunté. «De Fontanes a Chateaubriand[586]». También conocía una correspondencia amorosa de Napoleón[587]. Bien, pensé, es un hombre culto. Pero esta frase que había leído no sé dónde era probablemente la única que conocía de toda la literatura antigua y moderna, porque me la repetía todas las noches. Otra, que me repetía más para impedirme hablar de él con nadie, era la siguiente, que él también tenía por literaria, y que apenas es francesa, o al menos no significa nada, salvo quizá para un criado amigo de tapujos: «Desconfiemos de los desconfiados». En el fondo, yendo desde esa estúpida máxima hasta la frase de Fontanes a Chateaubriand, podía recorrerse toda una parte, variada pero menos contradictoria de lo que parece, del carácter de Morel. Este muchacho, que a poco dinero que mediase hubiera hecho cualquier cosa, y sin remordimiento alguno — quizá no sin cierta contrariedad extraña, capaz de llegar a la

sobreexcitación nerviosa, pero a la que no convendría el nombre de remordimiento—, que, por interés propio, hubiera sumido en el dolor, y hasta en el luto, a familias enteras, este muchacho que ponía el dinero por encima de todo y, sin hablar de bondad, por encima de los sentimientos de simple humanidad más naturales, este mismo muchacho ponía sin embargo por encima del dinero su diploma de primer premio del Conservatorio y que nadie pudiese decir nada desfavorable de él en la clase de flauta[588] o de contrapunto. Por eso, sus cóleras más terribles, sus más sombríos y más injustificables ataques de mal humor los provocaba lo que él llamaba (generalizando, evidentemente, algunos casos particulares en que había topado con personas malévolas) la trapacería universal. Se jactaba de escapar a esa trapacería no hablando nunca de nadie, ocultando su juego, desconfiando de todo el mundo. (Para desgracia mía, y debido a lo que debía resultar después de mi regreso a París, su desconfianza no había «jugado» en el caso del chófer de Balbec, en quien Morel había reconocido desde luego a un semejante, es decir, en contra de su máxima, un desconfiado en el buen sentido del término, un desconfiado que calla de forma obstinada ante las personas honradas y se lía acto seguido con la canalla). Le parecía —y no era absolutamente falso— que esa desconfianza siempre le permitiría salir a flote, escabullirse, inaprensible, en medio de las más peligrosas aventuras, y sin que se pudiese llegar, no ya a probar, sino ni siquiera a insinuar algo contra él, en la institución de la calle Bergére[589]. Trabajaría, llegaría a ser ilustre, quizá fuese un día, con una respetabilidad intacta, presidente del tribunal de violín en los concursos de aquel prestigioso Conservatorio.

Pero, para el cerebro de Morel, acaso sea un exceso de lógica todavía querer deducir unas de otras las contradicciones. En realidad, su naturaleza era realmente como un papel con el que se hacen tantos pliegues en todos los sentidos que resulta imposible orientarse en ellos. Parecía tener principios bastante elevados, y con una caligrafía magnífica, deslucida por las faltas de ortografía más groseras, pasaba horas y horas escribiendo a su hermano que se había portado mal con

sus hermanas, que él era su hermano mayor, su sostén; y a las hermanas, que habían cometido inconveniencias con él mismo.

Muy pronto, con el fin del verano, cuando nos apeábamos del tren en Douville, el sol amortiguado por la bruma ya no era más que un bloque rojo en el cielo uniformemente malva. A la gran paz que desciende por la noche sobre aquellos prados tupidos y salinos y que había aconsejado a muchos parisienses, pintores en su mayoría, ir a veranear a Douville, se añadía una humedad que les hacía recogerse temprano en sus pequeños chalés. En varios de éstos ya estaba encendida la lámpara. Sólo permanecían fuera algunas vacas mirando al mar y mugiendo, mientras otras, más interesadas en la humanidad, volvían su atención hacia nuestros coches. Sólo un pintor que había plantado su caballete en un estrecho altozano trabajaba intentando plasmar aquella gran calma, aquella luz sosegada. Quizá las vacas iban a servirle, inconscientes y benévolas, de modelos, porque su aire contemplativo y su presencia solitaria, una vez retirados los humanos a sus casas, contribuían a su manera a la poderosa impresión de reposo que exhala el atardecer. Y unas semanas más tarde no fue menos agradable la transposición cuando, al avanzar el otoño, los días fueron acortándose y hubo que hacer aquel viaje de noche. Si había salido yo a dar una vuelta por la tarde, era preciso volver para cambiarse lo más tarde a las cinco, cuando, ahora, el sol redondo y rojo ya había descendido a la mitad del espejo oblicuo, en otro tiempo detestado, y, como un fuego griego, incendiaba el mar en los cristales de todas mis estanterías. Como la magia de algún gesto había suscitado, mientras me ponía el smoking, el yo alerta y frívolo que era el mío cuando iba con Saint-Loup a cenar a Rivebelle y la noche en que había esperado llevar a Mlle. de Stermaria a cenar a la isla del Bois, empecé a tararear de manera inconsciente el mismo aire que entonces; y sólo al darme cuenta reconocí en la canción al intermitente cantor, que en realidad era la única que sabía. La primera vez que la había cantado, empezaba a amar a Albertine, pero creía que no la conocería nunca. Más tarde, en París, había sido cuando había dejado de amarla y unos días después de haberla poseído por primera vez[590]. Ahora era cuando la amaba de nuevo y en el

momento de ir a cenar con ella, con gran disgusto del director, quien estaba convencido de que terminaría instalándome en La Raspeliére y dejando su hotel, y aseguraba haber oído decir que por allí reinaban unas fiebres debidas a las marismas del Bec y a las aguas «estancas». Estaba feliz por aquella multiplicidad que veía así en mi vida, desplegada en tres planos; sin contar que, cuando volvemos a ser por un instante el hombre antiguo, es decir, distinto del hombre que somos desde hace tanto tiempo, la sensibilidad, que la costumbre ya no amortigua, recibe de los menores choques impresiones tan vivas que hacen palidecer cuanto las ha precedido, y a las que, debido a su intensidad, nos aferramos con la exaltación pasajera del borracho. Ya estaba oscuro cuando subíamos al ómnibus o al coche que nos llevaría a la estación a tomar el trenecito. Y en el hall el primer presidente nos decía: «¡Ah, van a La Raspeliére! Demonio, vaya un tupé el de Mme. Verdurin, obligarles a hacer una hora de tren por la noche sólo para cenar. Y luego hacer de vuelta el mismo trayecto a las diez de la noche con un viento de todos los diablos. Cómo se ve que no tienen ustedes nada que hacer», añadía frotándose las manos. Sin duda le hacía hablar así la rabia de no estar invitado, y también la satisfacción que sienten los hombres «ocupados» —aunque sea en el trabajo más estúpido— de «no tener tiempo» para hacer lo que vosotros hacéis.

Es legítimo, desde luego, que el hombre que redacta informes, alinea cifras, responde a cartas de negocios, sigue la marcha de la Bolsa, sienta cuando os dice burlón: «Eso es bueno para ustedes que no tienen nada que hacer», una agradable sensación de su superioridad. Mas esa superioridad se afirmaría con no menos desdén, e incluso con más (porque también cena fuera de casa el hombre ocupado), si vuestro entretenimiento consistiese en escribir Hamlet o sólo en leerlo. Y en esto, los hombres ocupados carecen de reflexión. Porque la cultura desinteresada que les parece cómico pasatiempo de ociosos cuando la sorprenden en el momento en que se practica, deberían pensar que es la misma que en su propio oficio eleva a hombres que quizá no sean mejores magistrados o administradores que ellos, pero ante cuya rápida carrera se inclinan diciendo: «Parece que es un hombre muy culto, un individuo fuera de lo común». Pero,

sobre todo, el primer presidente no se daba cuenta de que, en aquellas cenas de La Raspeliére, lo que me agradaba era que, como él mismo decía con razón, aunque como reproche, «suponían un verdadero viaje», un viaje cuyo encanto me parecía tanto más vivo porque su finalidad no era el viaje mismo, pues no era en él donde se buscaba el placer, atribuido en cambio a la reunión a la que nos dirigíamos y que no dejaba de verse fuertemente modificada por toda la atmósfera que la rodeaba. Ahora ya había anochecido cuando yo cambiaba el calor del hotel —del hotel convertido en mi hogar— por el vagón al que subíamos con Albertine y donde, por el reflejo de la farola sobre el cristal, sabíamos, en ciertas paradas del jadeante trenecito, que habíamos llegado a una estación. Para no correr el riesgo de que Cottard no nos viese, y como no habíamos oído gritar el nombre de la estación, yo abría la portezuela, pero lo que se precipitaba en el vagón no eran los fieles, sino el viento, la lluvia, el frío. En la oscuridad distinguía los campos, oía el mar, estábamos en campo raso. Antes de reunirnos con el pequeño grupo, Albertine se miraba en un espejito sacado de un neceser de oro que llevaba consigo. Y es que, como las primeras veces Mme. Verdurin la había hecho subir a su tocador para que se arreglase antes de la cena, yo había notado, en el seno de la calma profunda en que vivía desde hacía algún tiempo, un pequeño movimiento de inquietud y de celos al verme obligado a dejar a Albertine al pie de la escalera, y me había sentido tan ansioso mientras estaba solo en el salón, en medio del pequeño clan y preguntándome qué estaría haciendo arriba mi amiga, que al día siguiente, después de haber pedido indicaciones a M. de Charlus sobre qué era lo más elegante, había encargado en Cartier[591] un neceser que hacía la felicidad de Albertine y también la mía. Era, para mí, una prenda de tranquilidad, y también de la solicitud de mi amiga. Porque había adivinado desde luego que me desagradaba que se quedase sola, sin mí, en casa de Mme. Verdurin, y se las arreglaba para hacerse en el vagón toda la toilette previa a la cena.

Entre los habitúes de Mme. Verdurin, y el más fiel de todos, figuraba ahora desde hacía varios meses M. de Charlus. Regularmente, tres veces por semana, los viajeros que aguardaban en las salas de

espera o en el andén de Donciéres-Ouest veían pasar a aquel hombre grueso de cabello gris, bigote negro, labios avivados por un colorete que se nota menos al final de la temporada que en verano, cuando la luz del sol lo volvía más crudo y el calor semilíquido. Mientras se dirigía hacia el trenecito, no podía evitar (sólo por hábito de entendido, porque ahora tenía un sentimiento que lo volvía casto o al menos fiel la mayor parte del tiempo) echar a los mozos de cordel, a los militares, a los jóvenes en ropa de tenis, una mirada furtiva, a un tiempo inquisitorial y timorata, apresurándose luego a bajar enseguida los párpados sobre sus ojos casi cerrados con la unción de un eclesiástico que reza su rosario, con la reserva de una esposa consagrada a su único amor o de una muchacha bien educada. Los fieles estaban tanto más convencidos de que no los había visto cuanto que subía a un compartimento distinto del suyo (también solía hacerlo a menudo la princesa Sherbatoff), como quien ignora si a los demás ha de gustarles o no ser vistos en su compañía y os deja la facultad de ir a buscarle si así lo deseáis. Deseos que no había sentido las primeras veces el doctor, quien había querido que lo dejásemos solo en su compartimento. Como llevaba con desenvoltura su carácter vacilante desde que gozaba de una gran posición médica, fue sonriendo, echándose hacia atrás y mirando a Ski por encima de sus lentes como dijo, por malicia o para sorprender a hurtadillas la opinión de sus compañeros: «Como comprenderán, si estuviese solo y fuera soltero…, pero, debido a mi mujer, me pregunto si puedo dejarle viajar con nosotros después de lo que ustedes me han dicho», murmuró el doctor. «¿Qué dices?», preguntó Mme. Cottard. «Nada, a ti no te afecta, no son cosas para mujeres», respondió el doctor guiñando un ojo, con una majestuosa satisfacción de sí mismo que estaba a medias entre el aire de falsa seriedad que conservaba delante de sus alumnos y sus enfermos y la inquietud que acompañaba tiempo atrás a sus salidas ingeniosas en casa de los Verdurin, y siguió hablando muy bajo. Madame Cottard sólo captó las palabras «cofradía» y «parlanchín[592]», y como en el lenguaje del doctor la primera designaba a la raza judía y la segunda a las lenguas demasiado largas, Mme. Cottard sacó la conclusión de que M. de

Charius debía de ser un israelita charlatán. No comprendió que por eso se mantuviese apartado al barón, consideró que su deber como decana del clan era exigir que no le dejasen solo y todos nos encaminamos hacia el compartimento de M. de Charius, guiados por Cottard, que seguía perplejo. Desde el rincón en que estaba leyendo un libro de Balzac, M. de Charius captó esa vacilación; no había levantado sin embargo los ojos. Pero así como los sordomudos reconocen en una corriente de aire insensible para los demás que alguien llega a su espaldas, así tenía el barón para percibir la frialdad que con él se mostraba una auténtica hiperacuidad sensorial. Como suele hacer en todos los terrenos, esa hiperacuidad había provocado en M. de Charius una serie de sufrimientos imaginarios. Como esos neurópatas que al sentir un ligero frescor deducen que debe de haber una ventana abierta en el piso de arriba, se enfurecen y empiezan a estornudar, M. de Charius, si en su presencia alguno se mostraba preocupado, deducía que a esa persona le habían contado algo que él había dicho sobre ella. Pero ni siquiera era necesario que la persona tuviese una expresión distraída, preocupada o burlona, él las inventaba. A la cordialidad, en cambio, no le costaba mucho enmascarar las maledicencias que no conocía. Tras adivinar al primer golpe de vista la vacilación de Cottard, si, con gran asombro de los fieles que aún no se creían vistos por el lector de ojos bajos, les tendió la mano cuando estuvieron a una distancia adecuada, con Cottard se limitó a una inclinación de todo el cuerpo, vivamente enderezado en el acto, sin coger con su mano enguantada de falsa piel de Suecia la mano que el doctor le había tendido. «Nos hemos empeñado en hacer el viaje con usted, señor, y en no dejarle así, solo, en su pequeño rincón. Para nosotros es un gran placer», dijo bondadosamente Mme. Cottard al barón. «Me siento muy honrado», recitó el barón inclinándose con frialdad. «Me ha alegrado mucho saber que ha elegido usted definitivamente esta región para asentar en ella sus tabern…». Iba a decir tabernáculos, pero la palabra le pareció hebraica y desatenta para un judío que podría ver en ella una alusión. Por eso se contuvo para elegir otra de las expresiones que le eran familiares, es decir, una expresión solemne: «para asentar en ella, quería decir "sus penates" (verdad es que estas divinidades tampoco

pertenecen a la religión cristiana, sino a otra muerta hace tanto tiempo que ya no tiene adeptos a los que se pueda temer ofender). Nosotros, por desgracia, con la vuelta de las clases y el servicio del hospital del doctor, no podemos nunca elegir domicilio por mucho tiempo en un mismo lugar». Y señalándole una caja de cartón: «Ya ve, además, que nosotras las mujeres somos menos afortunadas que el sexo fuerte; para ir a un sitio tan cercano como la casa de nuestros amigos Verdurin, nos vemos obligadas a llevar con nosotras toda una gama de impedimenta». Yo miraba mientras el tomo de Balzac del barón. No era un ejemplar en rústica, comprado al azar como el volumen de Bergotte que me había prestado el primer año. Era un libro de su biblioteca y, como tal, llevaba la divisa: «Soy del barón de Charlus[593]», que alternaba a veces, para proclamar la afición estudiosa de los Guermantes, con: «In proeliis non semper[594]», y también con ésta: «Non sine laborean[595]». Pero no tardaremos mucho en verlas sustituidas por otras, para tratar de agradar a Morel. Al cabo de un instante, Mme. Cottard abordó un tema que le parecía más personal para el barón. «No sé si será usted de mi opinión, señor, le dijo al cabo de un instante, pero soy de ideas muy amplias y, a mi parecer, siempre que se practiquen sinceramente, todas las religiones son buenas. No soy como esa gente que a la vista de un… protestante se vuelve hidrófoba…». —«A mí me enseñaron que la mía era la verdadera», respondió M. de Charlus. «Es un fanático», pensó Mme. Cottard. Salvo en la última etapa, Swann era más tolerante; aunque es verdad que se había convertido. En cambio, el barón era no sólo cristiano, como sabemos, sino piadoso al estilo de la Edad Media. Para él, como para los escultores del siglo XIII, la Iglesia cristiana estaba, en el sentido vivo de la palabra, poblada por una multitud de seres a los que se consideraba perfectamente reales: profetas, apóstoles, ángeles, santos personajes de todo tipo, rodeando al Verbo encarnado, a su madre y a su esposo, al Padre Eterno, a todos los mártires y doctores que, semejantes a su pueblo esculpido en relieve, se hacinan en el pórtico o llenan la nave de las catedrales. Entre todos ellos, M. de Charlus había elegido como patronos intercesores a los arcángeles Miguel, Gabriel y Rafael, con los que mantenía frecuentes

charlas para que transmitiesen sus plegarias al Padre Eterno, ante cuyo trono se encuentran. Por eso me hizo mucha gracia el error de Mme. Cottard.

Para dejar el terreno religioso, digamos que el doctor, llegado a París con el magro bagaje de consejos de una madre campesina, absorbido después por los estudios casi puramente materiales a los que están obligados a consagrarse durante un gran número de años los que quieren llevar muy lejos su carrera médica, no se había cultivado nunca; había adquirido más autoridad, pero no experiencia; tomó al pie de la letra la palabra «honrado», y quedó a un tiempo satisfecho, porque era vanidoso, y afligido, porque era buena persona. «Ese pobre de Charlus, le dijo por la noche a su mujer, me ha dado pena cuando me ha dicho que se sentía honrado de viajar con nosotros. Se nota, pobre diablo, que no tiene relaciones, que se humilla».

Mas pronto, sin necesidad de ser guiados por la caritativa Mme. Cottard, los fieles habían conseguido dominar el apuro que todos habían sentido más o menos al principio cuando se encontraban al lado de M. de Charlus. En su presencia, por supuesto, no dejaban de tener presente en su cabeza el recuerdo de las revelaciones de Ski y la idea de la rareza sexual que estaba inserta en su compañero de viaje. Pero esa misma rareza ejercía sobre ellos una especie de atracción. Para ellos, daba a la conversación del barón, de cualquier modo notable pero en unas partes que apenas podían apreciar, un sabor que, en comparación, hacía parecer la charla de las personas más interesantes, incluido el propio Brichot, un poco insípida. Por otro lado, desde el principio se habían complacido en reconocer que Charlus era inteligente. «El genio puede convivir con la locura», enunciaba el doctor, y si la princesa, ávida de instruirse, insistía, el doctor no decía una palabra, pues ese axioma era todo lo que sabía sobre el genio y, por otra parte, no le parecía tan demostrado como todo lo que se refiere a la fiebre tifoidea y al artritismo. Y como se había vuelto soberbio y seguía siendo maleducado: «Nada de preguntas, princesa, no me consulte, estoy a la orilla del mar para descansar. Además, no me entendería, usted no sabe nada de medicina». Y la princesa se callaba disculpándose, porque Cottard le

parecía un hombre encantador y comprendía que no siempre son accesibles las celebridades. Así pues, en ese primer período se había terminado por encontrar inteligente a M. de Charlus a pesar de su vicio (o lo que se llama por lo general así). Ahora, sin darse cuenta, era precisamente por ese vicio por lo que lo encontraban más inteligente que los demás. Las máximas más simples que, hábilmente provocado por el universitario o el escultor, M. de Charlus enunciaba sobre el amor, los celos, la belleza, tenían para los fieles, a causa de la experiencia singular, secreta, refinada y monstruosa de donde las había sacado, esa fascinación de extrañamiento que una psicología, análoga a la que nos ha ofrecido desde siempre nuestra literatura dramática, reviste en una obra de teatro rusa o japonesa interpretada por artistas de allí. Y cuando él no oía, aventuraban incluso una broma de mal gusto: «¡Oh!, cuchicheaba el escultor al ver a un joven empleado de largas cejas de bayadera, y al que M. de Charlus no había podido dejar de mirar insistentemente, si el barón se pone a guiñarle el ojo al revisor, tardaremos lo nuestro en llegar, el tren irá a reculones. Miren de qué manera lo mira, ya no estamos en un pequeño tren, estamos en un funiculador». Pero en el fondo, cuando M. de Charlus no venía, casi estaban decepcionados por viajar únicamente entre personas como todo el mundo y no tener a su lado a aquel personaje pintarrajeado, panzudo y misterioso, semejante a una caja de procedencia exótica y sospechosa de la que escapa el curioso olor de unas frutas que, a la sola idea de probarlas, nos revolverían el estómago. Desde este punto de vista, los fieles de sexo masculino tenían satisfacciones más vivas en la breve parte del trayecto recorrida entre Saint-Martin-du-Chéne, donde subía M. de Charlus, y Donciéres, estación en la que se nos unía Morel. Porque, mientras no estaba el violinista (y si las señoras y Albertine, haciendo banda aparte para no perturbar la conversación, se habían alejado), a M. de Charlus no le importaba, para que nadie pensase que rehuía ciertos temas, hablar «de lo que se ha convenido en llamar malas costumbres». Albertine no podía molestar, porque siempre estaba con las señoras por prerrogativa de muchacha que no quiere que su presencia restrinja la libertad de la conversación. No me costaba mucho soportar no tenerla a mi lado, siempre que permaneciese en el mismo vagón. Porque,

ahora que ya no sentía celos ni apenas amor por ella, ya no pensaba en lo que podía hacer todos los días que yo no la veía; en cambio, cuando estaba cerca, un simple tabique que, en rigor, hubiese podido disimular una traición me resultaba insoportable, y si iba con las señoras al compartimento vecino, al cabo de un instante, sin poder aguantar más en mi sitio, a riesgo de ofender a quien estaba hablando, Brichot, Cottard o Charlus, a quienes no podía explicar los motivos de mi fuga, me levantaba, los dejaba plantados allí mismo y pasaba al lado, para ver si no estaba ocurriendo algo anormal. Y hasta Donciéres, sin miedo a escandalizar, M. de Charlus hablaba a veces con mucha crudeza de costumbres que declaraba no parecerle, por lo que a él atañía, ni buenas ni malas. Lo hacía por astucia, para mostrar su amplitud de miras, convencido como estaba de que las suyas apenas despertaban sospechas en la mente de los fieles. No ignoraba, desde luego, que en el universo había algunas personas que sabían, según una expresión que más tarde llegó a serle familiar, «a qué atenerse sobre él». Pero se figuraba que esas personas no eran más de tres o cuatro y que ninguna de ellas se encontraba en la costa normanda. Esta ilusión puede sorprender en un hombre tan sutil, tan inquieto. Aun con aquellos que creía más o menos informados, se jactaba de que sólo lo estuvieran vagamente, y tenía la pretensión de alejar de una determinada persona, según les dijera tal o cual cosa, las sospechas de un interlocutor que, por cortesía, aparentaba aceptar sus declaraciones. Sospechando incluso lo que yo podía saber o suponer sobre él, se figuraba que mi opinión, para él mucho menos reciente en mí de lo que de hecho era, era totalmente genérica, y que le bastaba negar tal o cual detalle para ser creído, cuando, por el contrario, si el conocimiento del conjunto precede siempre al de los detalles, facilita inmensamente la investigación de éstos y, destruido todo poder de invisibilidad, ya no permite al disimulador ocultar lo que le plazca. Cierto es que, cuando M. de Charlus, invitado a una cena por este o aquel fiel o este o aquel amigo de los fieles, daba los más complicados rodeos para colocar, entre los nombres de diez personas que citaba, el nombre de Motel, casi no se daba cuenta de que los motivos siempre distintos a los que atribuía el placer o la conveniencia que podría disfrutar esa noche siendo invitado en su

compañía, sus anfitriones, aparentando creerle totalmente, los sustituían por uno solo, siempre el mismo y que él creía ignorado por ellos, a saber, que le amaba. Y así como Mme. Verdurin, aparentando siempre admitir sin la menor reserva los motivos a medias artísticos, a medias humanitarios, que M. de Charlus le daba sobre el interés que tenía por Motel, no cesaba de dar las gracias al barón por las conmovedoras bondades, decía la Patrona, que demostraba con el violinista. Pero cuál no habría sido el asombro de M. de Charlus si, un día que Motel y él se retrasaron y no llegaron por tren, hubiera oído decir a la Patrona: «¡Ya sólo esperamos a esas señoritas!». El barón se hubiera quedado tanto más estupefacto cuanto que, no moviéndose apenas de La Raspeliére, hacía las veces de capellán, de abate de comedia, y en ocasiones (cuando Motel tenía cuarenta y ocho horas de permiso) se quedaba a dormir allí dos noches seguidas. Madame Verdurin les daba entonces dos habitaciones contiguas y para que se sintieran a gusto decía: «Si tienen ganas de hacer un poco de música, no se preocupen, las paredes son como las de una fortaleza, en su piso no hay nadie y mi marido tiene un sueño de plomo». Esos días, M. de Charius relevaba a la princesa yendo a recoger a los nuevos a la estación, disculpaba a Mme. Verdurin por no haber podido ir debido a un estado de salud cuya descripción hacía de tal forma el barón que los invitados entraban con cara de circunstancias y lanzaban un grito de asombro al encontrar a la Patrona activa y de pie, con un traje semiescotado.

En realidad, M. de Charius se había convertido momentáneamente para Mme. Verdurin en el fiel de fíeles, en una segunda princesa Sherbatoff. De su posición social estaba mucho menos segura que de la de la princesa, imaginándose que si ésta sólo quería ver al grupito era por predilección hacia él y desprecio de los demás. Como esta ficción era típica precisamente de los Verdurin, que trataban de pelmas a todos los que no podían frecuentar, resulta increíble que la Patrona pudiese tener a la princesa por un alma de acero que detestase lo chic. Pero no daba el brazo a torcer y estaba convencida de que, si la gran dama rusa no frecuentaba a los pelmas, lo hacía sinceramente y debido a su pasión por la intelectualidad. Por otro lado, el número de pelmas disminuía en opinión de los Verdurin. En

una presentación, la vida de los baños de mar eliminaba las consecuencias que, para el futuro, hubieran podido temerse en París. Hombres brillantes que habían ido a Balbec sin sus mujeres, cosa que hacía todo más fácil, en La Raspeliére se volvían emprendedores y de pelmas se transformaban en exquisitos. Fue lo que ocurrió con el príncipe de Guermantes, a quien la ausencia de la princesa no habría bastado sin embargo para decidirle a ir «como soltero» a casa de los Verdurin si el imán del dreyfusismo no hubiera sido tan poderoso para hacerle subir de un tirón las cuestas que llevan a La Raspeliére un día en que, por desgracia, la Patrona había salido. Por otra parte, Mme. Verdurin no estaba segura de que él y M. de Charius perteneciesen al mismo mundo. Cierto que el barón había dicho que el duque de Guermantes era hermano suyo, pero podía ser la mentira de un aventurero. Por más elegante que se hubiera mostrado, tan amable y tan «fiel» con los Verdurin, la Patrona dudaba casi en invitarle junto con el príncipe de Guermantes. Consultó a Ski y a Brichot. «El barón y el príncipe de Guermantes, ¿creen que funcionará?» —«Dios mío, señora, de uno de los dos creo poder asegurarlo…» —«Pero uno de los dos a mí qué me importa, había replicado irritada Mme. Verdurin. Les pregunto si andan juntos». —«¡Ah!, señora, esas cosas no son fáciles de saber». No había ninguna malicia en la pregunta de Mme. Verdurin. Estaba segura de las costumbres del barón, pero cuando se expresaba así no pensaba para nada en ello, sino sólo en saber si se podía invitar juntos al príncipe y a M. de Charius, si aquello casaría. No había ninguna intención malévola en el uso de esas expresiones hechas y que los «pequeños clanes» artísticos favorecen. Para presumir de M. de Guermantes, quería llevarlo la tarde siguiente del almuerzo a una fiesta de caridad en la que algunos marineros de la costa debían simular la partida de un barco. Pero como no tenía tiempo de ocuparse de todo, delegó sus funciones en el fiel de fíeles, en el barón. «Comprenderá usted que no deben quedarse inmóviles como almejas, tienen que ir y venir, que se vea el zafarrancho, no sé cómo se llama todo eso. Pero usted que va a menudo al puerto de Balbec-Plage podría mandarles hacer un ensayo sin que se canse usted mucho. Seguro que sabe mejor que yo, M. de Charius, lo de hacer moverse a unos marineritos. Pero, en el fondo, nos tomamos

demasiado trabajo por M. de Guermantes. Quizá no sea más que un imbécil del Jockey. ¡Oh!, Dios mío, estoy hablando mal del Jockey, y me parece recordar que usted pertenece a él. Eh, barón, ¿no me contesta? ¿Lo es usted? ¿No quiete salir con nosotros? Mire, aquí tengo un libro que he recibido, creo que le interesará. Es de Roujon. El título es bonito: Entre los hombres[596]».

Por mi parte, me sentía tanto más feliz de que M. de Charius fuese sustituido bastante a menudo por la princesa Sherbatoff cuanto que me encontraba en pésimas relaciones con ella, por una razón insignificante y profunda al mismo tiempo. Un día que estaba yo en el trenecito, colmando de atenciones, como siempre, a la princesa Sherbatoff, vi montar en él a Mme. de Villeparisis. Había ido ella a pasar unas semanas en casa de la princesa de Luxembourg, pero, encadenado a aquella necesidad cotidiana de ver a Albertine, yo no había contestado a las reiteradas invitaciones de la marquesa y de su regia anfitriona. Al ver a la amiga de mi abuela, sentí remordimientos y, por puro deber (sin dejar a la princesa Sherbatoff), charlé bastante rato con ella. Por lo demás, ignoraba por completo que Mme. de Villeparisis sabía muy bien quién era mi vecina, pero no quería conocerla. En la parada siguiente, Mme. de Villeparisis abandonó el vagón, me reproché incluso no haberla ayudado a bajar; fui a sentarme al lado de la princesa. Pero se hubiera dicho —cataclismo frecuente en las personas cuya posición es poco sólida y temen que se haya oído hablar mal de ellas, que se las desprecie— que se había producido un cambio visible.

Sumergida en su Revue des Deux Mondes, Mme. Sherbatoff apenas contestó con desgana a mis preguntas y terminó por decirme que estaba produciéndole dolor de cabeza. No comprendía yo cuál podía ser mi crimen. Cuando me despedí de la princesa, la sonrisa habitual no iluminó su rostro, agachó la barbilla en un saludo seco, no me tendió siquiera la mano, y desde entonces nunca ha vuelto a hablarme. Pero debió de hablar —aunque no sé de qué— con los Verdurin porque, en cuanto preguntaba a éstos si no debería tener alguna atención con la princesa Sherbatoff, todos se precipitaban a coro: «¡No! ¡No! ¡No! ¡Nada de eso! ¡No le gustan las atenciones!».

No lo hacían para malquistarme con ella, sino que la princesa había conseguido hacer creer que era insensible a cualquier deferencia, un alma inaccesible a las vanidades de este mundo. Hay que haber visto al político que pasa por ser el más íntegro, el más intransigente y el más inasequible desde que está en el poder; hay que haberle visto, en el tiempo de su desgracia, mendigar tímidamente, con una sonrisa brillante de enamorado, el saludo altanero de un periodista cualquiera; hay que haber visto enderezarse a Cottard (a quien sus nuevos enfermos tenían por una barra de hierro), y saber de qué despechos amorosos, de qué fracasos de esnobismo estaban hechos la aparente altanería, el antiesnobismo universalmente admitido de la princesa Sherbatoff, para comprender que en la humanidad la regla —que naturalmente implica excepciones— es que los duros son débiles con los que no le han hecho caso, y que sólo los fuertes, indiferentes a que les hagan o dejen de hacerles caso, tienen esa dulzura que el vulgo toma por debilidad.

Por otra parte, no debo juzgar con severidad a la princesa Sherbatoff. ¡Es tan frecuente su caso! Un día, en el entierro de un Guermantes, un hombre notable que estaba a mi lado me señaló a un señor esbelto y dotado de un hermoso semblante. «De todos los Guermantes, me dijo mi vecino, ése es el más extraordinario, el más singular. Es el hermano del duque». Le respondí de manera imprudente que se equivocaba, que aquel señor, sin parentesco alguno con los Guermantes, se llamaba Fournier-Sarlovéze[597]. El hombre notable me volvió la espalda y nunca más ha vuelto a saludarme desde entonces.

Un gran músico[598], miembro del Instituí, alto dignatario oficial y que conocía a Ski, pasó por Arembouville donde tenía una sobrina y vino a un miércoles de los Verdurin. El señor de Charlus estuvo particularmente amable con él (a ruegos de Morel) y sobre todo para que, al volver a París, el académico le permitiese asistir a diferentes sesiones privadas, ensayos, etc., en que tocaba el violinista. El académico, halagado y hombre encantador por otra parte, prometió y cumplió su promesa. El barón quedó muy conmovido por todas las amabilidades que aquel personaje (por otro lado, en lo que le

concernía, le gustaban exclusiva y profundamente las mujeres) tuvo con él, por todas las facilidades que le procuró para ver a Morel en los lugares oficiales donde los profanos no entran, por todas las ocasiones proporcionadas por el célebre artista al joven virtuoso para exhibirse y darse a conocer, designándolo, con preferencia a otros de igual talento, para audiciones que habían de tener una resonancia especial. Pero M. de Charlus no sospechaba que debía tanto mayor agradecimiento al maestro cuanto que éste, doblemente merecedor o, si se prefiere, dos veces culpable, no ignoraba nada de las relaciones del violinista y de su noble protector. Si las favoreció, cierto que sin ninguna simpatía por ellas, ya que no podía comprender otro amor que el de la mujer, que había inspirado toda su música, fue por indiferencia moral, complacencia y servicialidad profesionales, amabilidad mundana, esnobismo. En cuanto a las dudas sobre el carácter de aquellas relaciones, tenía tan pocas que, durante la primera cena en La Raspeliére, había preguntado a Ski hablando de M. de Charlus y de Morel, como hubiese hecho de un hombre y su querida: «¿Hace mucho que están juntos?» Pero, demasiado hombre de mundo para dejar traslucir algo a los interesados, dispuesto, si entre los compañeros de Morel se hubieran producido algunos comadreos, a reprimirlos y a tranquilizar a Morel diciéndole paternalmente: «Es algo que hoy día se dice de todo el mundo», no dejó de colmar al barón de atenciones que éste juzgó encantadoras, pero naturales, incapaz de suponer en el ilustre maestro tanto vicio o tanta virtud. Porque las bromas que se decían en ausencia de M. de Charlus, las «alusiones» sobre Morel, nadie tenía el alma bastante vil para repetírselas. Y sin embargo, esta simple situación basta para demostrar que hasta esa cosa universalmente desacreditada, que no encontraría en ninguna parte un defensor: el «chisme», también posee, sea porque nos tenga a nosotros mismos por objeto y por tanto nos resulte particularmente desagradable, sea porque nos haga descubrir de un tercero algo que ignorábamos, su valor psicológico. Impide a la inteligencia dormirse en la visión ficticia de lo que cree de las cosas y que no es más que su apariencia. Le da la vuelta a ésta con la mágica destreza de un filósofo idealista y rápidamente nos presenta un rincón insospechado del revés de la tela. ¿Hubiera podido imaginar M. de

Charlus estas palabras dichas por una tierna pariente suya: «¿Cómo quieres que Mémé esté enamorado de mí? ¡Te olvidas de que soy una mujer!»? Y sin embargo, esa mujer sentía un cariño verdadero, profundo, por M. de Charlus. ¿Cómo extrañarse entonces de que para los Verdurin, con cuyo afecto y con cuya bondad no tenía el barón ningún derecho a contar, las palabras que decían en su ausencia (y no se trató sólo, como se verá, de palabras) fuesen tan diferentes de lo que él imaginaba, es decir, del simple reflejo de las que oía cuando estaba presente? Sólo éstas adornaban con inscripciones afectuosas el pequeño pabellón ideal al que M. de Charlus iba solo, a veces, a soñar, cuando introducía por un momento su imaginación en la idea que los Verdurin tenían de él. La atmósfera era allí tan simpática, tan cordial, tan reconfortante el reposo que, cuando M. de Charlus, antes de dormirse, iba allí a distraerse un momento de sus preocupaciones, no salía nunca sin una sonrisa. Pero, para cada uno de nosotros, un pabellón así es doble: enfrente del que creemos ser el único, hay otro que habitualmente nos resulta invisible, el verdadero, simétrico del que conocemos, pero muy distinto y cuya ornamentación, en la que no reconoceríamos nada de lo que esperábamos ver, nos asustaría como si estuviese hecha con los símbolos odiosos de una hostilidad insospechada. Qué estupor para M. de Charlus si hubiera penetrado en uno de aquellos pabellones adversos, merced a algún chisme, como por una de esas escaleras de servicio donde proveedores descontentos o criados despedidos han pintado grafitis obscenos en las puertas de los pisos. Pero así como estamos privados de ese sentido de la orientación de que están dotados ciertos pájaros, carecemos del sentido de la visibilidad igual que nos falta el de las distancias, imaginándonos muy cercanos a la atención interesada de personas que, por el contrario, nunca piensan en nosotros, y no sospechando que, entretanto, para otros somos su única preocupación. Así, M. de Charlus vivía engañado como el pez convencido de que el agua en que nada se extiende más allá del cristal de su acuario que le presenta su reflejo, mientras que no ve a su lado, en la sombra, al paseante que observa divertido sus jugueteos o al piscicultor todopoderoso que, en el momento imprevisto y fatal, diferido en ese momento para el barón (para quien el piscicultor será,

en París, Mme. Verdurin), lo sacará sin piedad del medio en que le gustaba vivir para echarlo a otro. Por añadidura, los pueblos, en tanto que no son sino colecciones de individuos, pueden ofrecer ejemplos mayores mucho más grandes, aunque idénticos en cada una de sus partes, de esa ceguera profunda, obstinada y desconcertante. Hasta aquí, si era causa de que M. de Charlus dijera en el pequeño clan palabras de una habilidad inútil o de una audacia que hacía sonreír a hurtadillas, esa ceguera aún no había producido ni debía producir en Balbec inconvenientes graves para él. Un poco de albúmina, de azúcar, de arritmia cardíaca, no impide que la vida continúe normalmente para quien ni siquiera se da cuenta, ya que sólo el médico ve en ello una profecía de catástrofes. En ese momento, la inclinación —platónica o no— de M. de Charlus por Morel sólo empujaba al barón a proclamar encantado, en ausencia de Morel, que le parecía muy guapo, pensando que sus palabras serían escuchadas con toda inocencia, y comportándose en esto como un hombre astuto que, llamado a declarar ante un tribunal, no teme entrar en detalles aparentemente desfavorables para él, pero que por eso mismo poseen más naturalidad y menos vulgaridad que las convencionales protestas de un acusado de comedia. Con igual libertad, siempre entre Donciéres— Ouest y Saint-Martin-du-Chéne —o lo contrario a la vuelta—, M. de Charlus hablaba de buena gana de gentes que, al parecer, tienen costumbres muy extrañas, e incluso añadía: «Después de todo, no sé por qué digo extrañas, porque esto no tiene nada de extraño», para demostrarse a sí mismo que se encontraba muy a gusto con su público. Y de hecho lo estaba, a condición de ser él quien llevase la iniciativa de las operaciones y supiese que la galería estaba muda y sonriente, desarmada por la credulidad o la buena educación.

Cuando M. de Charlus no hablaba de su admiración por la belleza de Morel como si no estuviese relacionada con un gusto llamado vicio, hablaba de ese vicio, pero como si no fuera en absoluto el suyo. A veces, incluso, no dudaba en llamarlo por su nombre. Cuando, después de haber admirado la bella encuadernación de su Balzac, le pregunté qué prefería en La Comedia humana, me respondió, dirigiendo su pensamiento hacia una idea fija. «Todo, lo uno y lo otro, las pequeñas miniaturas como Le Curé de Toursy La Femme

abandonnée, o los grandes frescos como la serie de Les Illusions perdues. ¡Cómo! ¿No conoce usted Les Illusions perdues[599]? Es tan hermoso. El momento en que Carlos Herrera pregunta el nombre del castillo ante el que pasa en calesa: es Rastignac, la morada del joven al que amó en otro tiempo. Y entonces el abate cae en una ensoñación que Swann llamaba, con mucho ingenio, la Tristesse d'Olympio de la pederastía[600]. ¡Y la muerte de Lucien! Ya no recuerdo qué hombre de gusto había dado esta respuesta a quien le preguntaba qué acontecimiento de su vida le había afligido más: "La muerte de Lucien de Rubempré en Splendeurs et miséres[601]». —«Sé que Balzac se lleva mucho este año, lo mismo que el año pasado el pesimismo», interrumpió Brichot. Pero, a riesgo de contristar las almas que padecen deferencia balzaquiana, y sin pretender, Dios me libre, el papel de gendarme de las letras ni levantar acta por faltas gramaticales, confieso que el copioso improvisador cuyas pasmosas elucubraciones sobrevalora usted singularmente en mi opinión, siempre me ha parecido un escriba insuficientemente meticuloso. He leído esas Illusions perdues de que nos habla, barón, torturándome por llegar a un fervor de iniciado, y confieso con toda sencillez de alma que esas novelas de folletín escritas en pathos, en galimatías doble y triple: (Estber heureuse, Oü ménent les mauvais chemins, A combien l'amour revient aux vieillards[602]), siempre me han producido el efecto de los misterios de Rocambole[603], promovido en virtud de un favor inexplicable a la precaria posición de obra maestra». —«Dice eso porque no conoce la vida», replicó el barón doblemente irritado, dándose cuenta de que Brichot no comprendía ni sus razones de artista ni las otras. «Entiendo, respondió Brichot, que para hablar como Maese François Rabelais, quiere usted decir que soy muy sorbonagro, sorbonícola y sorboniforme[604]. Sin embargo, lo mismo que a mis compañeros, me gusta que un libro dé la impresión de sinceridad y de vida, no soy de esos clérigos…». —«El cuarto de hora de Rabelais[605]», interrumpió el doctor Cottard en un tono no ya de duda, sino de ingeniosa seguridad.«… que hacen voto de literatura según la regla de la Abbaye-aux-Bois[606] en la obediencia del señor vizconde de Chateaubriand, gran maestro del camelo, según la

estricta regla de los humanistas. El señor vizconde de Chateaubriand…» —«¿Chateaubriand con patatas[607]?», interrumpió el doctor Cottard. —«El es el patrón de la cofradía», continuó Brichot sin recoger la broma del doctor, quien, a cambio, alarmado por la frase del universitario, miró a M. de Charius inquieto. Brichot había dado la impresión de falta de tacto con Cottard, cuyo juego de palabras había hecho aflorar una fina sonrisa a los labios de la princesa Sherbatoff. «Con el profesor, la ironía mordaz del perfecto escéptico nunca pierde sus derechos», dijo la princesa por amabilidad y para demostrar que la «ocurrencia» del médico no se le había escapado. «El sabio es forzosamente escéptico, respondió el doctor. ¿Qué sé yo[608]? γνεώθι ζεαυτόν[609], decía Sócrates. Totalmente exacto, el exceso es siempre un defecto. Pero me pone negro pensar que eso ha bastado para hacer perdurar el nombre de Sócrates hasta nuestros días. ¿Qué hay en esa filosofía? Poca cosa al fin y al cabo. Cuando se piensa que Charcot y otros han hecho trabajos mil veces más notables y que por lo menos se basan en algo, en la supresión del reflejo pupilar como síndrome de la parálisis general, ¡y que están casi olvidados! En última instancia, Sócrates no es extraordinario. Era gente que no tenía nada que hacer, que pasaba todo el día paseando, discutiendo motivos fútiles. Es como Jesucristo: Amaos los unos a los otros, queda muy bonito[610]». —«Amigo mío», suplicó Mme. Cottard. «Naturalmente, mi mujer protesta, son todas unas neuróticas». —«Pero, mi querido doctor, no soy neurótica», murmuró Mme. Cottard. «¿Cómo que no es neurótica? Cuando su hijo está enfermo, ella presenta fenómenos de insomnio. En fin, reconozco que Sócrates, y lo demás, es necesario para una cultura superior, para tener talentos de exposición. Yo siempre cito el yvwOi oeauTÓv a mis alumnos en la primera. El viejo Bouchard[611], que se enteró, me ha felicitado por ello». —«No soy de los paladines de la forma por la forma, como tampoco atesoraría en poesía la rima millonaria[612], continuó Brichot. Pero, de todos modos, La Comedia humana— muy poco humana, es por exceso lo contrario de esas obras en que el arte excede al fondo, como dice ese extraordinario penco de Ovidio[613]. Y está permitido preferir un camino con un poco de cuesta que lleva a la parroquia de

Meudon[614] o a la ermita de Ferney[615], a igual distancia de La Vallée-aux-Loups donde René cumplía magníficamente los deberes de un pontificado sin mansedumbre[616], y Les Jardies donde Honoré de Balzac, acosado por los alguaciles, no paraba de calcografiar para una polaca, como ferviente apóstol de la algarabía[617]». —«Chateaubriand está mucho más vivo de lo que usted dice, y Baizac es de todos modos un gran escritor», respondió M. de Charlus, demasiado impregnado todavía del gusto de Swann para no terminar irritado por Brichot, y Baizac llegó a conocer esas pasiones que todo el mundo ignora o que sólo se estudian para infamarlas. Por no hablar de nuevo de las inmortales Illusions perdues, Sarrazine, La Filie aux yeux d'or, Une passion dans le désert, incluso la bastante enigmática Fausse maitresse, vienen en apoyo de lo que digo. Cuando yo le hablaba a Swann de ese aspecto «al margen del natural» de Baizac, me decía: "Es usted de la misma opinión que Taine[618]". Yo no tenía el honor de conocer al señor Tai— ne», añadió M. de Charlus, con esa irritante costumbre del «señor» inútil que tienen las gentes de mundo, como si creyesen, al calificar así a un gran escritor, conferirle un honor, guardar quizá las distancias y poner de manifiesto que no lo conocen. «No conocía al señor Taine, pero me sentía muy honrado de ser de su misma opinión». Por lo demás, a despecho de esas ridiculas costumbres mundanas, M. de Charlus era muy inteligente, y es probable que si algún matrimonio antiguo hubiese anudado un parentesco entre su familia y la de Baizac, habría sentido (no menos que Baizac por otra parte) una satisfacción de la que, sin embargo, no hubiera podido por menos de enorgullecerse como de una admirable prueba de condescendencia.

A veces, en la estación siguiente a Saint-Martin-du-Chéne, al tren subían algunos jóvenes. El señor de Charlus no podía evitar mirarlos, pero, como la abreviaba y disimulaba, la atención que les prestaba parecía ocultar un secreto, más particular incluso que el verdadero; se hubiera dicho que los conocía, lo dejaba ver a pesar suyo después de haber aceptado su sacrificio, antes de volverse hacia nosotros, como hacen esos niños a los que, después de una pelea entre los padres, se les ha prohibido saludar a ciertos compañeros, pero que, cuando los

encuentran, no pueden privarse de levantar la cabeza antes de volver a caer bajo la férula del preceptor.

Al oír las palabras sacadas del griego con que M. de Charlus, hablando de Balzac, había completado la alusión a la Tristesse d'Olympio en Splendeurs et miséres[619], Ski, Brichot y Cottard se habían mirado con una sonrisa acaso menos irónica que impregnada de la satisfacción que alcanzarían los comensales que lograran hacer hablar a Dreyfus de su propio caso, o a la emperatriz de su reinado[620]. Contaban, desde luego, con animarle a seguir hablando del tema, pero ya estábamos en Donciéres, donde Morel se nos unía. En su presencia, M. de Charlus vigilaba cuidadosamente su conversación, y, cuando Ski quiso llevarle al amor de Carlos Herrera por Lucien de Rubempré, el barón puso la expresión contrariada, misteriosa, y finalmente (viendo que no le hacían caso) severa y justiciera de un padre que oyese decir indecencias delante de su hija. Como Ski se empeñara tercamente en seguir, M. de Charlus, con los ojos fuera de sus órbitas, elevando la voz, dijo en un tono significativo señalando a Albertine, que sin embargo no podía oírnos, ocupada en hablar con Mme. Cottard y la princesa Sherbatoff, y en el tono de doble sentido de quien quiere dar una lección a gentes maleducadas: «Creo que ya es hora de hablar de cosas que puedan interesar a esta muchacha». Pero comprendí perfectamente que, para él, la muchacha no era Albertine sino Morel; él mismo, por lo demás, confirmó la exactitud de mi interpretación con las expresiones que utilizó al pedir que no se volvieran a tener tales conversaciones delante de Morel. «Ya sabe usted, me dijo refiriéndose al violinista, que no es nada de lo que usted podría creer, es un muchacho muy honesto que siempre ha sido formal, muy serio». Y en estas palabras se notaba que M. de Charlus consideraba la inversión sexual como un peligro no menos amenazador para los jóvenes que la prostitución para las mujeres, y que, si utilizaba el epíteto de «serio» para Morel, era en el sentido que asume aplicado a una modistilla. Para cambiar de conversación, Brichot me preguntó entonces si pensaba quedarme todavía mucho tiempo en Incarville. Por más que ya le había hecho observar varias veces que no vivía en Incarville sino en Balbec, siempre volvía a caer

en su error porque era con el nombre de Incarville o de Balbec-Incarville como él designaba aquella parte del litoral. Hay, así, personas que hablan de las mismas cosas que nosotros dándoles un nombre algo distinto. Cierta señora del faubourg Saint-Germain siempre me preguntaba, cuando quería hablar de la duquesa de Guermantes, si hacía mucho tiempo que no había visto yo a Zénaíde, o a Oriane-Zénaíde, lo cual hacía que, en el primer momento, yo no comprendiese. Probablemente había habido un tiempo en que, por llamarse Oriane una pariente de Mme. de Guermantes, llamaban a ésta para evitar confusiones Oriane-Zénáíde. Del mismo modo, al principio acaso había habido una sola estación en Incarville, y de allí se iba en coche a Balbec. «¿Y de qué estaban hablando?», dijo Albertine, sorprendida por el tono solemne de padre de familia que acababa de usurpar M. de Charius. «De Balzac, se apresuró a responder el barón, y precisamente esta noche lleva usted la toilette de la princesa de Cadig— nan, no la primera, la de la cena, sino la segunda[621]». Esta coincidencia se debía a que yo, para elegir los vestidos de Albertine, me inspiraba en el gusto que ella se había formado gracias a Elstir, quien apreciaba mucho una sobriedad que se hubiera podido llamar británica de no habérsele añadido un poco de dulzura, de suavidad francesa. La mayoría de las veces, los vestidos que Elstir prefería ofrecían a las miradas una armoniosa combinación de colores grises, como el de Diane de Cadignan. Nadie como M. de Charius para saber apreciar en su verdadero valor las toilettes de Albertine; sus ojos descubrían inmediatamente lo que constituía su rareza, su precio; nunca habría dicho el nombre de una tela por otra, y reconocía al modisto. Sólo que, para las mujeres, prefería un poco más de vivacidad y de color de lo que toleraba Elstir. Por eso aquella noche Albertine me lanzó una mirada mitad sonriente, mitad inquieta, arrugando su naricilla rosa de gata. En efecto, cruzada sobre su falda de crespón de china gris, su chaqueta de cheviot gris dejaba creer que Albertine iba toda de gris. Pero, haciéndome seña de ayudarla porque sus mangas de jamón necesitaban ser aplastadas o arremangadas para ponerse o quitarse la chaqueta, se quitó ésta, y como aquellas mangas eran de un escocés muy tenue, rosa, azul pálido, verdoso y

tornasolado, fue como si en un cielo gris se hubiera formado un arco iris. Y se preguntaba si aquello agradaría a M. de Charlus. «¡Ah!, exclamó éste entusiasmado, eso es un rayo, un prisma de color. Mi más viva enhorabuena». —«Todo el mérito es del señor», respondió gentilmente Albertine señalándome, porque le gustaba mostrar lo que le venía de mí. «Sólo las mujeres que no saben vestirse temen el color, continuó M. de Charlus. Se puede ser brillante sin vulgaridad y dulce sin insipidez. Además, usted no tiene las mismas razones que Mme. de Cadignan para querer parecer despegada de la vida, ya que ésa era la idea que pretendía inculcar a d'Arthez con su toilette gris». Interesada por ese mudo lenguaje del vestir, Albertine preguntó a M. de Charlus por la princesa de Cadignan «¡Oh!, es una novelita deliciosa, dijo el barón en tono soñador. Conozco el jardincillo en que Diane de Cadignan paseó con Mme. d' Espard[622]. Es de una de mis primas». — «Todas esas historias del jardín de su prima, murmuró Brichot a Cottard, lo mismo que su genealogía, pueden tener cierto valor para este excelente barón. Pero ¿qué interés pueden tener para nosotros que no tenemos el privilegio de pasear por él, no conocemos a esa dama y no poseemos títulos de nobleza?» Porque Brichot no sospechaba que un vestido y un jardín pudieran interesar a alguien como una obra de arte, ni que M. de Charlus volviese a ver las pequeñas alamedas del jardín de Mme. de Cadignan como en Balzac. El barón continuó: «Pero si usted la conoce, me dijo, refiriéndose a esa prima y para halagarme, dirigiéndose a mí como a alguien que, exiliado en el pequeño clan, era para M. de Charlus, si no de su mundo, al menos alguien que frecuentaba su mundo. En cualquier caso, debe de haberla visto en casa de Mme. de Villeparisis». —«¿La marquesa de Villeparisis a la que penenece el castillo de Baucreux[623]?», preguntó Brichot cautivado. «Sí, ¿la conoce?», preguntó en tono seco M. de Charlus. «En absoluto, respondió Brichot, pero nuestro colega Norpois pasa todos los años una parte de sus vacaciones en Baucreux. He tenido ocasión de escribirle allí». Yo dije a Morel, creyendo interesarle, que M. de Norpois era amigo de mi padre. Pero ni un movimiento de su rostro testimonió que me hubiese oído, tan escasa era la consideración que tenía por mis padres, muy

alejados a su parecer de lo que había sido mi abuelo, en cuya casa había trabajado su padre como ayuda de cámara, y que, además, contrariamente al resto de la familia, como le gustaba bastante «darse aires», había dejado en sus criados un recuerdo deslumbrante. «Parece que Mme. de Villeparisis es una mujer superior; pero nunca he sido admitido a juzgar por mí mismo, ni más ni menos por otro lado que mis colegas. De hecho, Norpois, que sin embargo en el Instituí es un modelo de afabilidad y de cortesía, no ha presentado a ninguno de nosotros a la marquesa. Que yo sepa, sólo ha recibido a nuestro amigo Thureau-Dangin[624], que tenía con ella antiguas relaciones familiares, y también a Gastón Boissier[625], a quien la marquesa quiso conocer a raíz de un estudio suyo que le interesaba de manera especial. Cenó una vez en su casa y volvió fascinado. Aun así, Mme. Boissier no fue invitada». Al oír estos nombres, Motel sonrió enternecido. «¡Ah! Thureau-Dangin, me dijo, tan interesado ahora como indiferente se había mostrado al oír hablar del marqués de Norpois y de mi padre. Thureau-Dangin era uña y carne con su tío. Cuando una dama quería un sitio centrado para una recepción de la Academia, su tío decía: "Escribiré a Thureau-Dangin". Y, como es lógico, la dama recibía enseguida la invitación, porque, como usted comprenderá, M. Thureau-Dangin no se habría atrevido a negar nada a su tío, que se la hubiera devuelto. También me divierte oír el nombre de Boissier[626], porque era allí donde su tío mandaba hacer sus compras para las damas en Año Nuevo. Lo sé porque conozco a la persona que se encargaba de hacerlas». Y tanto que la conocía, era su padre. Algunas de estas afectuosas alusiones de Motel a la memoria de mi tío se debían al hecho de que no pensábamos quedarnos para siempre en el palacete de Guermantes, al que habíamos ido a vivir por causa de mi abuela. De vez en cuando se hablaba de una posible mudanza. Pero para comprender los consejos que sobre este particular me daba Charles Motel, es preciso saber que tiempo atrás mi tío abuelo vivía en el número 40 bis del bulevar Malesherbes[627]. De ahí que, en la familia, como íbamos mucho a casa de mi tío Adolphe hasta el día fatal en que provoqué la ruptura de mis padres con él al contarles la historia de la dama de rosa, en lugar de decir

«en casa del tío», se decía «en el 40 bis». Algunas primas de mamá le decían con la mayor naturalidad del mundo: «¡Ah!, el domingo no podemos contar con usted, porque cena en el 40 bis». Si yo iba a ver a una pariente, se me recomendaba pasar antes por el 40 bis», para que mi tío no pudiera molestarse por no haber empezado por él. Era propietario de la casa y, a decir verdad, se mostraba muy exigente en la elección de inquilinos, que eran todos amigos suyos o terminaban siéndolo. El coronel Barón de Vatry iba todos los días a fumar un puro con él para conseguir más fácilmente las reparaciones. La puerta cochera siempre estaba cerrada. Si en una ventana veía ropa o una alfombra, mi tío se ponía furioso, y las hacía retirar más rápidamente de lo que hoy lo hacen los agentes de policía. Pero, en fin, no por eso dejaba de alquilar una parte de la casa, quedándose él únicamente con dos pisos y las cuadras. Pese a ello, sabiendo que le agradaban los elogios al buen mantenimiento de la casa, se celebraban las comodidades del «palacete» como si mi tío fuera su único ocupante, y él dejaba hablar, sin oponer el desmentido formal que hubiese debido. El «palacete» era desde luego confortable (mi tío introducía en él todas las invenciones de la época). Pero no tenía nada de extraordinario. Sólo mi tío, a pesar de hablar con falsa modestia de «mi pequeño tugurio», estaba convencido, o en cualquier caso había inculcado a su ayuda de cámara, a la mujer de éste, al cochero, a la cocinera, la idea de que no había en París nada comparable con el palacete en confort, lujo y encanto. Charles Morel se había criado en esa fe. Y perseveraba en ella. Por eso, hasta los días en que no se hablaba conmigo, si en el tren anunciaba yo a alguien la posibilidad de una mudanza, enseguida me sonreía y, guiñándome el ojo con aire de entendido, me decía: «¡Ah, lo que usted necesitaría es algo del tipo del 40 bis. ¡Allí sí que estaría usted bien! Su tío sí que entendía de esas cosas. Estoy seguro de que en todo París no hay nada comparable al 40 bis».

Por la expresión melancólica que había adoptado al hablar de la princesa de Cadignan M. de Charius, me di perfectamente cuenta de que esa breve novela no le hacía pensar sólo en el jardincillo de una prima bastante indiferente. Cayó en una ensoñación profunda y, como hablando consigo mismo: «¡Les Secrets de la princesse de Cadignan!»,

exclamó. ¡Qué obra maestra! ¡Qué profunda, qué dolorosa, esa mala reputación de Diane que teme tanto que el hombre que ama la descubra! ¡Qué verdad eterna, y mucho más general de lo que parece! ¡Qué lejos llega!». El señor de Charius pronunció estas palabras con una tristeza en la que debía encontrar, y se notaba, cierto encanto. Verdad es que, no sabiendo exactamente en qué medida eran o no eran conocidas sus costumbres, M. de Charius temblaba desde hacía algún tiempo ante la idea de que, cuando hubiera vuelto a París y se le viese con Morel, la familia de éste pudiese intervenir y comprometer así su felicidad. Es probable que, hasta entonces, esa eventualidad sólo se le hubiera ocurrido como algo profundamente desagradable y penoso. Pero el barón era muy artista. Y ahora que, desde hacía un instante, confundiendo su situación con la descrita por Balzac, se refugiaba por así decir en la novela, y ante el infortunio que quizá lo amenazaba y, en todo caso, no dejaba de asustarle, tenía el consuelo de encontrar, en su propia ansiedad, lo que Swann y también Saint-Loup hubiesen calificado como una cosa «muy balzaquiana». Esa identificación con la princesa de Cadignan había resultado fácil para M. de Charius gracias a la transposición mental que estaba volviéndose habitual en él y de la que ya había dado diversos ejemplos. Era además suficiente para que la sola sustitución de la mujer, como objeto amado, por un joven, desencadenase acto seguido a su alrededor todo el proceso de complicaciones sociales que se desarrollan en torno a una relación normal. Cuando, por cualquier razón, se introduce de una vez por todas un cambio en el calendario, o en los horarios, si se hace empezar el año unas semanas más tarde o dar la medianoche un cuarto de hora antes, como las jornadas seguirán teniendo de todos modos veinticuatro horas y los meses treinta días, todo lo que deriva de la medida del tiempo permanecerá idéntico. Todo puede haber sido cambiado sin provocar ninguna perturbación, dado que las relaciones entre las cifras siempre son semejantes. Así ocurre con las vidas que adoptan «la hora de la Europa Central» o los calendarios orientales. Y hasta parece que, en esa relación, jugase un papel el amor propio que se siente manteniendo a una actriz. Cuando, el primer día, M. de Charlus se había informado de lo que era Morel,

supo desde luego que era de humilde extracción, pero una demi-mondaine a la que amamos no pierde a nuestros ojos su prestigio porque sea hija de gente pobre. En cambio, los músicos conocidos a quienes había hecho escribir, —ni siquiera por interés, como los amigos que cuando presentaron a Swann a Odette se la habían pintado como más difícil y más buscada de lo que era— por simple banalidad de hombres famosos que sobrevaloran a un principiante habían respondido al barón: «¡Ah!, gran talento, magnífica posición, teniendo en cuenta naturalmente que es joven, muy apreciado por los entendidos, llegará lejos». Y por la manía de las personas que ignoran la inversión de hablar de la belleza masculina: «Y además es gracioso verle tocar; queda mejor que nadie en un concierto; tiene un pelo bonito, posturas distinguidas; la cabeza es encantadora, y parece un violinista de retrato». Por eso, M. de Charlus, sobreexcitado además por Morel que no le dejaba ignorar la cantidad de proposiciones de que era objeto, se sentía halagado de llevarlo con él, de construirle un palomar adonde pudiese volver a menudo. Porque el resto del tiempo lo quería libre, como exigía la carrera en la que M. de Charlus deseaba, por mucho dinero que debiese darle, que Morel siguiera, bien por la idea, muy Guermantes, de que un hombre tiene que hacer algo, de que sólo vale por su talento, y de que la nobleza o el dinero son simplemente el cero que multiplica un valor, bien por el temor a que, sin hacer nada y siempre a su lado, el violinista se aburriese. En fin, no quería privarse del placer que sentía, con ocasión de ciertos grandes conciertos, diciéndose: «Ese al que en este momento aclaman estará esta noche conmigo». Las gentes elegantes, cuando están enamoradas, y de cualquier forma que lo estén, ponen su vanidad en aquello que puede destruir ventajas anteriores en las que su vanidad hubiera encontrado satisfacción.

Sintiendo Morel que yo no tenía ninguna animosidad contra él, que estaba sinceramente unido a M. de Charlus y, por otra parte, de una indiferencia física absoluta hacia ambos, acabó por manifestarme los mismos sentimientos de calurosa simpatía de una cocotte que sabe que no se la desea y que su amante tiene en vosotros un amigo sincero que no intentará malquistarle con ella. No sólo me hablaba exactamente como tiempo atrás Rachel, la amante de Saint-Loup, sino

que, según me contaba M. de Charlus, decía de mí, en mi ausencia, las mismas cosas que Rachel decía de mí a Robert. Por último, M. de Charlus me decía: «Le quiere a usted mucho», lo mismo que Robert: «Te quiere mucho». Y, como el sobrino de parte de su querida, de parte de Morel solía pedirme el tío que fuese a cenar con ellos. Por lo demás, no había menos tormentas entre ellos que entre Robert y Rachel. Cierto que, cuando Charlie (Morel) se marchaba, M. de Charlus no le escatimaba los elogios, repitiendo, halagado, que el violinista se portaba muy bien con él. Pero era evidente sin embargo que Charlie, incluso delante de todos los fieles, mostraba a menudo un aire irritado en lugar de parecer siempre feliz y sumiso como hubiera deseado el barón. Esa irritación llegó más tarde incluso, debido a la debilidad que impulsaba a M. de Charlus a perdonar a Morel sus inconveniencias de actitud, hasta el punto de que el violinista no trataba de ocultarla, e incluso la fingía. He llegado a ver a M. de Charlus recibido, al entrar en un vagón donde Charlie estaba con unos militares amigos suyos, con un encogimiento de hombros del músico, acompañado de un guiño a sus camaradas. O bien aparentaba dormir como alguien a quien esa llegada mata de aburrimiento. O se ponía a toser, y los otros reían, fingían por burla hablar con el amaneramiento de los hombres como M. de Charlus, se llevaban a un rincón a Charlie, que acababa volviendo, como a la fuerza, junto a M. de Charlus, cuyo corazón traspasaban todos aquellos dardos. Es inconcebible que los haya soportado; y aquellas formas, siempre distintas, de sufrimiento planteaban de nuevo a M. de Charlus el problema de la felicidad, lo forzaban no sólo a pedir más, sino a desear otra cosa, porque la combinación anterior estaba viciada por un recuerdo horrible. Y sin embargo, por penosas que fueran después tales escenas, hay que reconocer que, en los primeros tiempos, el genio del pueblo francés modelaba para Morel, y le hacía adoptar, unas formas deliciosas de sencillez, de aparente franqueza, y hasta de un independiente orgullo que parecía inspirado por el desinterés. Era falso, pero a favor de Morel estaba la ventaja de la actitud, sobre todo porque, mientras quien ama siempre está obligado a volver a la carga, a ir más lejos, para quien no ama es fácil en cambio seguir una línea recta, inflexible y graciosa. Y esa línea existía

gracias al privilegio de la raza en el rostro tan abierto de aquel Morel de corazón tan cerrado, un rostro adornado con la gracia neohelénica que florece en las basílicas de Champagne[628]. A pesar de su fingido orgullo, muchas veces, al ver a M. de Charlus en un momento en que no se lo esperaba, Morel se sentía azorado por el pequeño clan, se ruborizaba y bajaba los ojos, dejando arrobado al barón que veía en ello toda una novela. Era simplemente un signo de irritación y de vergüenza. La primera se expresaba de vez en cuando; pues por tranquila y enérgicamente decente que fuese por lo general la actitud de Morel, no dejaba de desmentirse con cierta frecuencia. A veces incluso, ante alguna palabra que le decía el barón, de parte de Morel estallaba, en tono duro, una réplica insolente que dejaba sorprendidos a todoá. El señor de Charlus agachaba la cabeza con expresión triste, no respondía nada, y con esa capacidad de creer que nadie ha notado la frialdad, la dureza de sus hijos, que tienen los padres idólatras, no dejaba de seguir entonando las alabanzas del violinista. Por otra parte, M. de Charlus no siempre era tan sumiso, pero por lo general sus rebeliones no conseguían su objetivo, sobre todo porque, acostumbrado a vivir con personas del gran mundo, en el cálculo de las reacciones que podía despertar tenía en cuenta, si no la bajeza originaria, al menos la adquirida a través de la educación. En Morel, en cambio, encontraba cierta veleidad plebeya de indiferencia momentánea. Desgraciadamente, M. de Charlus no comprendía que, para Morel, todo cediese ante cuestiones en que el Conservatorio y la buena reputación en el Conservatorio (aunque esto, que terminaría siendo más grave, no se planteaba por el momento) entraban en juego[629]. Así, por ejemplo, los burgueses cambian fácilmente de nombre por vanidad, los grandes señores por ventaja. Para el joven violinista, en cambio, el nombre de Morel estaba indisolublemente unido a su primer premio de violín, por lo tanto era imposible de modificar. El señor de Charlus habría querido que Morel lo recibiese todo de él, hasta su apellido. Habiéndose dado cuenta de que el nombre de Morel era Charles, que se parecía a Charlus, y que la propiedad en la que se veían se llamaba Les Charmes, intentó convencer a Morel de que un nombre bonito, agradable de

pronunciar, era la mitad de una reputación artística, y de que el virtuoso debía adoptar sin vacilación alguna el nombre de «Charmel», alusión discreta al lugar de sus encuentros. Morel se encogió de hombros. Como último argumento, a M. de Charius se le ocurrió la malhadada idea de añadir que tenía un ayuda de cámara que se llamaba así. No hizo sino excitar la furibunda imaginación del joven. «Hubo un tiempo en que mis antepasados estaban orgullosos del título de ayuda de cámara, de mayordomos del rey». —«Hubo otro, respondió orgullosamente Morel, en que mis antepasados hicieron cortar el cuello a los suyos». Muy grande hubiera sido la sorpresa de M. de Charius de haber podido suponer que, a falta de «Charmel», resignado a adoptar a Morel y a darle uno de los títulos de la familia de Guermantes de los que disponía, pero que, como se verá, las circunstancias no le permitieron ofrecer al violinista, éste se habría negado pensando en la reputación artística unida a su apellido de Morel, y en los comentarios que no habrían dejado de hacerse en «la clase». ¡Hasta ese punto ponía la calle Bergére por encima del faubourg Saint-Germain! Por el momento, le fue preciso a M. de Charius contentarse con encargar para Morel unas sortijas simbólicas con la antigua inscripción: PLUS ULTRA CAROL'S[630]. Cierto que, frente a un adversario de una especie para él desconocida, M. de Charius habría debido cambiar de táctica. Pero ¿quién puede hacerlo? Por otra parte, si M. de Charius cometía torpezas, tampoco Morel dejaba de cometerlas. Mucho más que la circunstancia misma que provocó la ruptura, lo que debía, por lo menos provisionalmente (pero lo provisional resultó ser definitivo), perderle a ojos de M. de Charius fue que en él no sólo había aquella vileza que lo hacía arrastrarse ante la dureza y responder con insolencia a la dulzura. Paralelamente a esa bajeza de carácter, había una neurastenia complicada con mala educación, que, despertando siempre que se hallaba en falta o resultaba acusado, hacía que, en el momento mismo en que habría necesitado toda su gentileza, toda su dulzura, toda su alegría para desarmar al barón, se volviese sombrío, arisco, tratase de entablar discusiones en las que sabía que no se estaba de acuerdo con él, sostenía su punto de vista hostil con una debilidad de razones y una

violencia tajante que aumentaba esa misma debilidad. Porque, privado muy pronto de argumentos, los inventaba de todos modos, desplegando en ellos toda la extensión de su ignorancia y de su estupidez. Éstas apenas se traslucían cuando era amable y sólo trataba de agradar. En cambio, eran lo único que se veía en sus accesos de humor sombrío, cuando de inofensivas se volvían odiosas. En esos momentos, M. de Charius se sentía harto y ponía su esperanza en un mañana mejor, mientras Morel, olvidando que el barón le hacía vivir fastuosamente, ponía una sonrisa irónica de superioridad compasiva, y decía: «Nunca he aceptado nada de nadie. Por eso no tengo a nadie a quien deba dar las gracias».

Mientras tanto, y como si hubiese tratado con un hombre de mundo, M. de Charlus continuaba ejerciendo sus cóleras, verdaderas y fingidas, pero ahora inútiles. No siempre lo eran, sin embargo. Por ejemplo, un día (que, por otra parte, debe situarse después de ese primer período) en que el barón volvía con Charlie y conmigo de un almuerzo en casa de los Verdurin, convencido de pasar el final de la tarde y la velada con el violinista en Donciéres, la despedida de éste, que respondió nada más bajar del tren: «No, tengo que hacer», provocó en M. de Charlus una decepción tan fuerte que, a pesar de haber intentado poner a mal tiempo buena cara, vi que las lágrimas le derretían el maquillaje de las pestañas mientras seguía anonadado delante del tren. Fue tal aquel dolor que, como Albertine y yo pensábamos acabar la jornada en Donciéres, dije al oído de mi amiga que prefería no dejar solo a M. de Charlus, que me parecía, no sabía por qué, apenado. La querida pequeña aceptó de todo corazón. Pregunté entonces a M. de Charlus si no quería que le acompañase un rato. También él aceptó, pero se negó a molestar por ello a mi prima. Sentí cierta dulzura (y sin duda por última vez, pues estaba decidido a romper con ella) al ordenarle cariñosamente, como si hubiera sido mi mujer: «Vuélvete sola, ya te veré esta noche», y al oírle, como habría hecho una esposa, darme permiso para hacer lo que quisiera, y aprobar, si M. de Charlus, a quien ella apreciaba, tenía necesidad de mí, que me pusiese a su disposición. Fuimos el barón y yo, él contoneando su grueso cuerpo y gachos sus ojos de jesuita, yo siguiéndole, hasta un café donde nos trajeron cerveza. Sentí que la

inquietud fijaba los ojos de M. de Charlus en algún proyecto. De improviso pidió papel y tinta y se puso a escribir a singular velocidad. Mientras llenaba hoja tras hoja, una ensoñación rabiosa hacía brillar sus ojos. Cuando hubo escrito ocho páginas: «¿Puedo pedirle un gran favor?, me dijo. Perdóneme si cierro esta carta. Pero es preciso. Coja usted un coche, un auto si puede, para ir más deprisa. Seguramente todavía encontrará a Morel en su cuarto, adonde ha ido a cambiarse. Pobre muchacho, ha querido hacerse el fanfarrón en el momento de irse, pero puede estar seguro de que tiene el corazón más encogido que yo. Vaya a darle esta carta y, si le pregunta dónde me ha visto, dígale que se había detenido usted en Donciéres (lo cual, por lo demás, es cierto) para ver a Robert (lo que quizá no lo es), pero que me ha encontrado con alguien al que usted no conoce, que yo daba la impresión de estar furioso, que le ha parecido sorprender ciertas palabras sobre envío de testigos (de hecho me bato mañana). Ante todo no le diga que lo llamo, no intente traerle, pero si quiere venir con usted, no se lo impida. Vaya, hijo mío, es por su bien, puede evitar usted un gran drama. Cuando usted se haya marchado, escribiré a mis testigos. Le he impedido ir de paseo con su prima. Espero que ella no me lo tenga en cuenta, estoy seguro incluso. Porque es un alma noble y sé que es de las que saben estar a la altura de las circunstancias. Tendrá usted que darle las gracias en mi nombre. Personalmente estoy en deuda con ella y me agrada que así sea». Sentía una gran lástima por M. de Charius; me parecía que Charlie habría podido impedir aquel duelo cuya causa tal vez era, y me sublevaba que, de ser así, se hubiera marchado con aquella indiferencia en vez de socorrer a su protector. Mi indignación subió de tono cuando, al llegar a la casa donde se alojaba Morel, reconocí la voz del violinista, que, por necesidad de dar rienda suelta a su alegría, cantaba a voz en grito: «Lesamedi soir, apres le turbinal[631]*». Si el pobre M. de Charius le hubiese oído, ¡él que quería hacer creer, y sin duda creía él mismo que en ese momento Morel tenía encogido el corazón! Al verme, Charlie se puso a bailar de contento. «¡Oh!, viejo (perdóneme que le llame así, con esta maldita vida militar se aprenden unas costumbres pésimas), ¡vaya una suerte verle! No tengo*

nada que hacer para esta noche. Se lo ruego, pasémosla juntos. Nos quedaremos aquí si le gusta, iremos en canoa si lo prefiere, o tocaremos un poco de música, a mí me da lo mismo». Le dije que estaba obligado a cenar en Balbec, él tenía muchas ganas de que lo invitase, pero yo no quería. «Pero si tanta prisa tiene, ¿por qué ha venido?». —«Le traigo una carta de M. de Charius». A este nombre, desapareció toda su alegría; su cara se contrajo. «¡Cómo! ¿Tiene que venir a perseguirme hasta aquí? ¡Entonces soy un esclavo! Sea amable, viejo. No voy a abrir la carta. Dígale que no me ha encontrado». —«¿No sería mejor abrirla? Me figuro que es algo grave». —«No y mil veces no, no conoce usted las mentiras, las tretas infernales de ese viejo granuja. Es un truco para que vaya a verle. Pues bien, no iré, esta noche quiero estar tranquilo». —«Pero ¿no tiene un duelo mañana?», le pregunté a Morel, suponiendo que estaba al corriente. «¿Un duelo?, me dijo con aire estupefacto. No sé nada de eso. Después de todo, me importa un bledo, ese viejo repugnante puede dejarse apiolar si eso le divierte. Pero mire, me ha intrigado, ahora mismo voy a ver su carta. Dígale que la ha dejado por si yo volvía». Mientras Morel me hablaba, yo miraba estupefacto los admirables libros que M. de Charius le había regalado y que atestaban la habitación. Como el violinista había rechazado los que decían: «Soy del barón, etc.», divisa que le parecía ofensiva para él como si fuera una señal de pertenencia, el barón, con la ingeniosidad sentimental en que se complace el amor desdichado, había variado otras, pero provenientes de antepasados, y encargadas al encuadernador según las circunstancias de una melancólica amistad. Unas veces eran breves y confiadas, como «Spes mea[632]», o como «Expectata non eludet[633]». En otras ocasiones sólo resignadas como «J' attendrais[634]»; algunas galantes: «Mesmes plaisir du mestre[635]», o aconsejando la castidad, como una tomada de Simiane, sembrada de torres de azur y de flores de lis y desviada de su sentido: «Sustentan! lilia turres[636]». Otras, por último, desesperadas y dando cita en el cielo a quien no había querido nada de él en la tierra: «Manet ultima cælo[637]»;y, encontrando demasiado verde las uvas que no podía alcanzar, fingiendo no haber buscado lo que no había conseguido, M. de Charlus decía en una: «Non moríale

quodopto[638]». Pero no tuve tiempo de verlas todas.

Si M. de Charlus, al poner sobre el papel aquella misiva, había parecido presa del demonio de la inspiración que hacía correr su pluma, en cuanto Morel hubo roto el sello: Atavis etarmis[639], cargado con un leopardo acompañado de dos rosas de gules, se puso a leerla con una fiebre no menor a la que M. de Charlus había tenido al escribirla, y sus miradas no corrían sobre aquellas páginas emborronadas de cualquier manera a menor velocidad que la pluma del barón. «¡Ah, Dios mío!, exclamó, ¡lo que faltaba!, pero ¿dónde encontrarle? Sabe Dios donde estará». Insinué que, si se daba prisa, tal vez lo encontraría aún en una hrasserie donde había pedido cerveza para recuperarse. «No sé si volveré», dijo a la mujer de servicio, y añadió inpetto: «Eso dependerá del giro que tomen las cosas». Unos minutos después llegábamos al café. Me fijé en la expresión de M. de Charlus en el momento en que me vio. Sentí que le volvía la respiración, la vida, al ver que no volvía solo. Como no estaba de humor aquella noche para prescindir de Morel, inventó que había llegado a saber que dos oficiales del regimiento habían hablado mal de él a propósito del violinista y que iba a enviarles dos testigos. Morel había visto el escándalo, su vida imposible en el regimiento, y había acudido corriendo. En lo cual no se había equivocado en absoluto. Porque para hacer más verosímil su mentira, M. de Charlus ya había escrito a dos amigos (uno era Cottard) pidiéndoles que fuesen sus testigos. Y si el violinista no hubiera acudido es probable que, loco como estaba M. de Charlus (y para cambiar su tristeza en furia), los hubiera enviado al azar a un oficial cualquiera con el que habría encontrado alivio batiéndose. Mientras tanto, recordando que era de raza más pura que la Casa de Francia, M. de Charlus se decía que era demasiado bueno haciéndose tanta mala sangre por el hijo de un mayordomo, a cuyo amo, él, Charlus, no se habría dignado tratar. Por otra parte, si ya casi no le agradaba más trato que el de la crápula, la costumbre, muy arraigada en tales individuos, de no responder a una carta, de faltar a una cita sin avisar ni excusarse después, le proporcionaba, ya que a menudo se trataba de amores, tantas emociones, y el resto del tiempo le causaba tanta desazón, molestia y

rabia, que a veces llegaba a lamentar la multiplicación de cartas por una bagatela, la exactitud escrupulosa de los embajadores y de los príncipes, que, si por desgracia le resultaban indiferentes, le procuraban pese a todo una especie de reposo. Habituado a los modales de Motel y consciente de la poca influencia que sobre él tenía, de su incapacidad para insinuarse en una vida donde unos camaradas vulgares, pero consagradas por la costumbre, ocupaban demasiado espacio y tiempo para sacar una hora que dedicar al gran señor excluido, orgulloso y vanamente suplicante, M. de Charlus estaba tan convencido de que el músico no iría, tenía tanto miedo de haber roto para siempre con él por haber ido demasiado lejos que apenas pudo contener un grito al verle. Pero sintiéndose vencedor, quiso dictar las condiciones de la paz y sacar personalmente de ella todas las ventajas posibles. «¿Qué hace usted aquí?, le dijo. ¿Y usted?, añadió mirándome, le había recomendado sobre todo que no me lo trajera». —«No quería traerme», dijo Motel haciendo rodar hacia M. de Charlus, en la ingenuidad de su coquetería, unas miradas convencionalmente tristes y lánguidamente pasadas de moda, con el aire, que sin duda le parecía irresistible, de querer abrazar al barón y tener ganas de llorar. «He sido yo el que ha querido venir a pesar suyo. Vengo en nombre de nuestra amistad para suplicarle de rodillas que no haga esa locura». El señor de Charlus deliraba de alegría. La reacción era realmente fuerte para sus nervios; a pesar de todo consiguió dominarlos. «La amistad que usted invoca de modo bastante inoportuno, respondió en tono seco, debería ganarme en cambio su aprobación cuando creo que no debo pasar por alto las impertinencias de un necio. Por otra parte, si quisiera obedecer a las súplicas de un afecto que he conocido mejor inspirado, no tendría poder para ello, las cartas para mis padrinos han salido y no dudo de su aceptación. Siempre se ha portado usted conmigo como un pequeño imbécil y, en lugar de enorgullecerse, como tendría derecho, por la predilección que le había mostrado, en lugar de hacer comprender a la turba de ayudantes o de domésticos entre los que le fuerza a vivir la ley militar, qué motivo de incomparable orgullo era para usted una amistad como la mía, ha tratado de excusarse, de convertir casi en un mérito estúpido el no ser agradecido. Sé que en

esto, añadió para no dejar traslucir hasta qué punto lo habían humillado ciertas escenas, sólo es culpable de haberse dejado llevar por los celos de los otros. Pero ¿cómo es posible que, a su edad, sea tan niño (y niño tan mal educado) para no haber adivinado enseguida que haber sido elegido por mí y todas las ventajas que se habrían derivado de esa elección no dejaría de provocar celos, que todos sus camaradas, mientras le instigaban a romper conmigo, estaban trabajando para ocupar su puesto? No me ha parecido oportuno advertirle de las cartas que a este respecto he recibido de todos ésos en quienes usted más confía. Desprecio tanto los ofrecimientos de esos criados como sus inoperantes burlas. La única persona de la que me preocupo es usted, porque le quiero bien, pero el afecto tiene unos límites, y usted habría debido suponerlo». Por dura que la palabra de «criado» pudiera resultar a los oídos de Morel, cuyo padre lo había sido, pero precisamente porque lo había sido, la explicación de todas las desventuras sociales por los «celos», explicación simplista y absurda, pero imperecedera y que en cierta clase siempre «funciona» de un modo tan infalible como los viejos trucos entre el público de los teatros, o la amenaza del peligro clerical en las asambleas, encontraba en el joven un crédito casi tan fuerte como en Françoise o en los criados de Mme. de Guermantes, para quienes era la causa única de las desgracias de la humanidad. No dudó de que sus camaradas hubieran intentado birlarle el puesto, y esto le hizo sentirse más desdichado por aquel duelo calamitoso y por otra parte imaginario. «¡Oh, qué desesperación!, exclamó Charlie. ¿Cómo podré sobrevivir? Pero ¿no deben venir a verle antes de ir en busca de ese oficial?». —«No sé, pienso que sí. A uno de ellos he mandado decirle que me quedaría aquí esta noche y que le daría mis instrucciones». —«Mientras viene, espero hacerle entrar en razón; permítame tan sólo quedarme a su lado», le pidió tiernamente Morel. Era cuanto M. de Charlus deseaba. Pero no cedió enseguida. «Haría usted mal si aplicase a este caso el "quien bien te quiere te hará llorar" del proverbio, porque a quien yo quiero bien es a usted y pretendo castigar, incluso después de nuestra pelea, a los que cobardemente han tratado de hacerle a usted daño. Hasta ahora, a sus insinuaciones inquisitivas, que osaban preguntarme por qué un hombre como yo

podía tratarse con un gigoló de su especie salido de la nada, sólo he respondido con la divisa de mis primos La Rochefoucauld:

«C'est mon plaisir[640]». Y muchas veces, incluso, le he demostrado que ese placer era susceptible de convertirse en mi mayor placer, sin que de su arbitraria elevación debiera resultar un rebajamiento para mí». Y en un arranque de orgullo casi enloquecido, exclamó levantando los brazos: "Tantus ab uno splendor[641] Condescender no es descender, añadió con más calma tras aquel delirio de orgullo y de alegría. Espero al menos que mis dos adversarios, pese a su desigual rango, sean de una sangre que yo pueda hacer correr sin avergonzarme. Sobre este punto he tomado algunas informaciones discretas que me han tranquilizado. Si usted sintiese por mí alguna gratitud, debería estar orgulloso en cambio de ver que, por su causa, recobro el humor belicoso de mis antepasados, diciendo como ellos, en caso de un desenlace fatal, ahora que he comprendido lo bribonzuelo que es usted: "Muerte me es vida[642]"». Y M. de Charlus lo decía con toda sinceridad, no sólo por amor a Morel, sino porque un gusto batallador que ingenuamente creía haber heredado de sus antepasados le prestaba tanta alegría a la idea de batirse que ahora le hubiera dado pena renunciar a aquel duelo, maquinado al principio sólo para hacer venir a Morel. Nunca se había enfrentado a ninguno sin creerse al instante valeroso e identificarse con el ilustre condestable de Guermantes, mientras que, a cualquier otro, ese acto mismo de batirse en duelo le parecería absolutamente insignificante. «Creo que será muy hermoso, nos dijo sinceramente, salmodiando cada palabra. Ver a Sarah Bernhardt en L'Aiglon[643], ¿qué es? Una caca. ¿A Mounet-Sully en CEdipe[644]? Caca. A lo sumo, alcanza cierta palidez de transfiguración cuando ocurre en las Arenas de Nímes. Pero ¿qué es en comparación con esta cosa inaudita, ver batallar al mismísimo descendiente del Condestable?». Y ante esta sola idea, M. de Charlus, que no cabía en sí de alegría, se puso a hacer contras en cuarta que recordaban a Moliere[645], y que nos hicieron recoger prudentemente nuestros bocks y temer que los primeros cruces de acero hiriesen a los adversarios, al médico y a los padrinos. «¡Qué espectáculo tan atractivo para un pintor! Usted que

conoce a M. Elstir, me dijo, debería traerle». Respondí que no estaba en la costa. El señor de Charlus me insinuó que se le podría mandar un telegrama. «¡Oh!, lo digo por él, añadió ante mi silencio. Siempre es interesante para un maestro —y, en mi opinión, él lo es— plasmar un ejemplo de semejante reviviscencia étnica. Quizá no haya uno por siglo».

Pero si M. de Charlus se entusiasmaba con la idea de un combate que al principio había creído totalmente ficticio, Morel pensaba aterrado en los chismes que desde la «música» del regimiento podían propagarse, gracias al ruido que haría aquel duelo, hasta el templo de la calle Bergére. Imaginándose ya a la «clase» informada de todo, presionaba con mayor insistencia a M. de Charius, que seguía gesticulando ante la embriagadora idea de batirse. Suplicó al barón que le permitiese no separarse de él hasta dos días más tarde, supuesta fecha del duelo, para vigilarlo de cerca e intentar hacerle oír la voz de la razón. Tan tierna proposición triunfó sobre las últimas vacilaciones de M. de Charius. Dijo que trataría de buscar una escapatoria, que aplazaría hasta dos días después una resolución definitiva. De este modo, no arreglando de golpe el asunto, M. de Charius podía conservar a Charlie por lo menos durante dos días y aprovecharlos para obtener de él ciertos compromisos para el futuro a cambio de su renuncia al duelo, ejercicio, decía, que en sí mismo le encantaba y del que no se privaría sin pena. Y en esto, por lo demás, era sincero, porque siempre le había gustado aceptar un desafío cuando se trataba de cruzar el acero o cambiar unas balas con un adversario. Por fin llegó Cottard, aunque con mucho retraso, porque, encantado de servir de padrino, pero más emocionado todavía, se había visto obligado a detenerse en todos los cafés o granjas del trayecto, pidiendo que por favor le indicasen «el número 100» o «ese sitio». En cuanto llegó, el barón lo condujo a una sala aislada, por parecerle más reglamentario que Charlie y yo no asistiésemos a la entrevista, y porque nadie mejor que él para dar a una habitación cualquiera el destino provisional de sala del trono o de deliberaciones. Una vez a solas con Cottard, le dio las gracias calurosamente, pero le declaró como probable que la frase transmitida en realidad no había sido pronunciada, y que, en tales condiciones, el doctor tuviese a bien advertir al segundo padrino que,

salvo posibles complicaciones, el incidente debía darse por cerrado. Al alejarse el peligro Cottard quedó decepcionado. Por un momento quiso incluso manifestar su indignación, pero recordó que uno de sus maestros, que había hecho la carrera médica más brillante de su tiempo, tras fracasar la primera vez en la Academia sólo por dos votos, había puesto a mal tiempo buena cara y había ido a estrechar la mano del competidor elegido. Por eso, el doctor evitó una expresión de despecho que no habría cambiado nada, y después de haber murmurado, él, el más timorato de los hombres, que hay ciertas cosas que no se puede dejar pasar, añadió que así era mejor, que aquella solución le satisfacía. Deseoso de manifestar su gratitud al doctor, de la misma forma que su hermano el señor duque habría arreglado el cuello del abrigo de mi padre, o mejor aún, como una duquesa que hubiese cogido por el talle a una plebeya, M. de Charlus acercó mucho su silla a la del doctor, pese al desagrado que éste le inspiraba. Y no sólo sin placer físico, sino venciendo una repulsión física, como Guermantes, no como invertido, para saludar al doctor le cogió la mano y se la acarició un momento con la bondad de un amo que acaricia el hocico de su caballo y le da azúcar. Pero Cottard, que nunca había dado a entender al barón que estuviese ni siquiera vagamente al corriente de los rumores sobre sus costumbres, pero que no por ello dejaba de considerarle, en su fuero interno, como miembro de la categoría de los «anormales» (con su habitual impropiedad de los términos y en el tono más serio, llegaba a decir de un lacayo de M. Verdurin: «¿No es ése la querida del barón?»), personajes de los que tenía poca experiencia, se figuró que aquella caricia de la mano era el preludio inmediato de una violación, para cuya materialización había sido atraído, so pretexto del duelo, a una encerrona y llevado por el barón a aquel salón solitario donde iba a ser tomado por la fuerza. Sin atreverse a dejar su silla, a la que el miedo lo tenía clavado, movía espantado los ojos, como si hubiera caído en manos de un salvaje del que no estaba muy seguro de que no se alimentase de carne humana. Por fin, M. de Charlus, soltándole la mano y queriendo ser amable hasta el final: «Tomará usted algo con nosotros, como suele decirse, lo que antes se llamaba un mazagrán o un gloria, bebidas que ya sólo se encuentran como

curiosidades arqueológicas en las comedias de Labiche y en los cafés de Donciéres[646]. Un "gloria" sería bastante adecuado al sitio, ¿verdad?, y a las circunstancias, ¿no le parece?». —«Soy presidente de la liga antialcohólica, respondió Cottard. Bastaría que pasase algún medicucho de provincias para que se dijese que no predico con el ejemplo. Os homini sublime dedit celumque tueri1[647]», añadió aunque no viniese a cuento, pero porque su stock de citas era bastante pobre, aunque suficiente para maravillar a sus alumnos. El señor de Charlus se encogió de hombros y devolvió a Cottard a nuestro lado, después de haberle recomendado un secreto que le importaba tanto más cuanto que, por ser el motivo del duelo abortado puramente imaginario, había que impedir que llegase a oídos del oficial arbitrariamente acusado. Mientras bebíamos los cuatro, Mme. Cottard, que esperaba a su marido fuera, delante de la puerta, y a la que M. de Charlus había visto perfectamente sin que se preocupase por llamar su atención, entró y saludó al barón, que le tendió la mano como a una camarera, sin moverse de su silla, en parte como rey que recibe homenajes, en parte como esnob que no quiere que una mujer poco elegante se siente a su mesa, en parte como egoísta que se complace en estar solo con sus amigos y no quiere ser molestado.

Así pues, Mme. Cottard permaneció de pie hablando a M. de Charius y a su marido. Pero, quizá porque la cortesía, lo que «se debe hacer», no es privilegio exclusivo de los Guermantes, y puede de pronto iluminar y guiar los cerebros más inseguros, o porque, como engañaba mucho a su mujer, Cottard sentía a ratos, por una especie de compensación, la necesidad de protegerla contra quien le faltase al respeto, el doctor frunció bruscamente el ceño, cosa que yo nunca le había visto hacer, y sin consultar a M. de Charius, como dueño: «Vamos, Léontine, no te quedes de pie, siéntate». —«No le molesto, ¿verdad?», preguntó tímidamente Mme. Cottard a M. de Charius, quien sorprendido por el tono del doctor no había replicado. Y sin darle tiempo esta segunda vez, Cottard insistió con autoridad: «Te he dicho que te sientes».

Al cabo de un instante se dispersó el grupo y entonces M. de Charius dijo a Morel: «De toda esta historia, que termina mejor de lo

que usted merecería, saco la conclusión de que no sabe comportarse y de que, una vez concluido su servicio militar, yo mismo le llevaré ante su padre, como hizo el arcángel Rafael, enviado por Dios al joven Tobías[648]». Y el barón sonrió con una expresión de grandeza y una alegría que Morel, a quien la perspectiva de ser llevado de aquel modo agradaba más bien poco, no parecía compartir. En la ebriedad de compararse con el arcángel, y a Morel con el hijo de Tobías, M. de Charius ya no pensaba en la finalidad de su frase, que era tantear el terreno para saber si Morel consentiría, como él deseaba, en volver juntos a París. Borracho de amor o de amor propio, el barón no vio o fingió no ver la mueca que hizo el violinista, porque, dejándole solo en el café, me dijo con sonrisa de orgullo: «¿Se ha fijado en cómo deliraba de alegría cuando le he comparado con el hijo de Tobías? Como es muy inteligente, enseguida ha comprendido que el Padre con el que iba a vivir en adelante no era su padre según la carne, que debe de ser un horrible ayuda de cámara con bigotes, sino su padre espiritual, es decir, Yo. ¡Qué orgullo para él! ¡Con qué altivez erguía la cabeza! ¡Qué alegría la suya por haber comprendido! Estoy seguro de que todos los días se repetirá: "Oh Dios que diste al bienaventurado arcángel Rafael por guía a vuestro servidor Tobías en un largo viaje, concédenos a nosotros, tus servidores, ser siempre protegidos por él y socorridos por su ayuda". Ni siquiera he necesitado decirle, añadió el barón, absolutamente convencido de sentarse un día ante el trono de Dios, que yo era el enviado celestial, lo ha comprendido él solo y ha enmudecido de felicidad». Y M. de Charius (a quien, por el contrario, la felicidad no privaba de la palabra), sin preocuparse de los pocos transeúntes que se volvieron creyendo vérselas con un loco, exclamó totalmente solo y con toda su fuerza, levantando las manos: «¡Aleluya!»

Esta reconciliación sólo puso fin por un tiempo a los tormentos de M. de Charlus; Morel, que a menudo partía de maniobras demasiado lejos para que M. de Charlus pudiese ir a verle o enviarme a hablarle, escribía al barón cartas desesperadas y tiernas, en las que le aseguraba que tenía que acabar con la vida porque necesitaba, para alguna cosa horrible, veinticinco mil francos. No decía cuál era la cosa horrible, y

de haberlo dicho sin duda sería inventada. En cuanto al dinero, M. de Charlus se lo habría enviado de buena gana si no se hubiese dado cuenta de que, al hacerlo, proporcionaba a Charlie los medios de prescindir de él y también de conseguir los favores de algún otro. Por eso se negaba, y sus telegramas tenían el tono seco y tajante de su voz. Cuando estaba seguro de su efecto, deseaba que Morel rompiese para siempre con él, porque, convencido de que ocurriría lo contrario, se daba cuenta de todos los inconvenientes que iban a renacer de aquella amistad inevitable. Pero si no llegaba ninguna respuesta de Morel, no dormía, no tenía ni un momento de calma, tan grande es, en efecto, el número de las cosas que vivimos sin conocerlas, y el número de las realidades interiores y profundas que permanecen ocultas para nosotros. Hacía entonces todas las suposiciones posibles sobre aquella enormidad para la que Morel necesitaba veinticinco mil francos, le daba toda clase de formas, le adjudicaba sucesivamente muchos nombres propios. Creo que, en esos momentos, M. de Charlus (y aunque, en esa época, su esnobismo, que iba disminuyendo, ya hubiese sido por lo menos alcanzado, si no superado, por la curiosidad creciente que el barón sentía por el pueblo) debía de recordar con cierta nostalgia los graciosos y multicolores torbellinos de las reuniones mundanas, donde las mujeres y los hombres más fascinantes sólo le buscaban por el placer desinteresado que les daba, donde nadie hubiera pensado en «pegársela», en inventar una «cosa espantosa» por la que uno está dispuesto a darse la muerte si no recibe enseguida veinticinco mil francos. Creo que entonces, y quizá porque seguía siendo de todos modos más de Combray que yo y había injertado la altivez feudal en el orgullo alemán, debía de pensar que no se puede ser impunemente el amante enamorado de un criado, que el pueblo no tiene mucho que ver con la buena sociedad, y que, en suma, «no tenía confianza» en el pueblo como yo siempre la he tenido.

La estación siguiente del trenecito, Maineville, me recuerda precisamente un incidente relativo a Morel y a M. de Charlus. Antes de hablar de él debo decir que la parada en Maineville (cuando se acompañaba a Balbec a un recién llegado elegante que, para no molestar, prefería no alojarse en La Raspeliére) era ocasión de escenas

menos penosas que la que voy a contar dentro de un instante. Al recién llegado, que llevaba en el tren su equipaje de mano, el Grand —Hótel solía parecerle algo alejado, pero como antes de Balbec sólo había pequeñas playas con villas nada confortables, por amor al lujo y a la comodidad se resignaba al largo trayecto cuando, en el momento en que el tren paraba en Maineville, veía alzarse de improviso el Palace, del que no podía sospechar que fuese una casa de prostitución. «No hay que ir más lejos, decía infaliblemente a Mme. Cottard, mujer con fama de espíritu práctico y buen consejo. Esto es exactamente lo que necesito. ¿Para qué seguir hasta Balbec, donde las cosas no serán desde luego mejores? Sólo por el aspecto creo que tiene todo el confort; podré perfectamente invitar a Mme. Verdurin, porque espero, para devolverle sus amabilidades, dar algunas pequeñas reuniones en su honor. No tendrá que hacer tanto camino como si me alojase en Balbec. Esto me parece perfecto para ella, y para su esposa, mi querido profesor. Seguro que hay salones, podremos recibir en ellos a estas damas. Entre nosotros, no comprendo por qué Mme. Verdurin, en lugar de alquilar La Raspeliére, no ha venido a vivir aquí. Es mucho más sano que viejas casas como La Raspeliére, que es forzosamente húmeda, y por otra parte no muy limpia; no tienen agua caliente, no puede uno lavarse como quiere. Maineville me parece mucho más agradable. Aquí, Mme. Verdurin habría podido desempeñar perfectamente su papel de Patrona. De todos modos, cada cual tiene sus gustos, yo me quedaré aquí. ¿No quiere apearse conmigo, Mme. Cottard? Démonos prisa, porque no falta mucho para que el tren arranque. Guíeme hasta esa casa, que será la suya y que usted debe de haber frecuentado bastante. Es un marco hecho realmente para usted». No había manera de hacerle callar ni, sobre todo, de impedir apearse al desventurado viajero que, con la obstinación que a menudo emana de las meteduras de pata, insistía, cogía sus maletas y no atendía a razones hasta que le aseguraban que nunca, ni Mme. Verdurin ni Mme. Cottard, irían a verle allí. «En cualquier caso, lo elegiré por domicilio. A Mme. Verdurin le bastará con escribirme».

El recuerdo relativo a Motel se refiere a un incidente de un orden más particular. Hubo otros, pero aquí me limito, a medida que va

parando el Tortuoso y el empleado del ferrocarril grita Donciéres, Grattevast, Maineville[649], etc., a anotar lo que evocan para mí la pequeña playa y la guarnición. Ya he hablado de Maineville (media villa) y de la importancia que iba asumiendo merced a ese suntuoso prostíbulo que había sido construido recientemente no sin despertar las protestas inútiles de las madres de familia. Mas antes de decir por qué tiene Maineville alguna relación en mi memoria con Morel y M. de Charlus, debo señalar la desproporción (que más tarde habría yo de profundizar) entre la importancia que Morel daba a estar libre ciertas horas y la irrelevancia de las ocupaciones en que aseguraba emplearlas, desproporción igual a la que había en las explicaciones de otro género que daba a M. de Charlus. Él, que con el barón representaba el papel de desinteresado (y podía hacerlo sin riesgo, dada la generosidad de su protector), cuando deseaba pasar la velada por su cuenta para dar una clase, etc., no dejaba de añadir a su pretexto las siguientes palabras dichas con una sonrisa de avidez: «Y además puedo ganarme cuarenta francos. Que no es poco. Permítame que vaya, ya que, como ve, me interesa. Diablos, yo no tengo rentas como usted, debo labrarme una posición, es el momento de ganar algún dinero». Al desear dar aquella clase, Morel no era del todo insincero. Por un lado, es falso que el dinero no tenga color. Una forma nueva de ganarlo confiere algo nuevo a las monedas que ha desgastado el uso. Si hubiera salido realmente para una clase, es posible que dos luises entregados al terminar por una alumna le hubieran producido un efecto muy distinto de los dos luises caídos de la mano de M. de Charlus. Además, el hombre más rico haría por dos luises kilómetros que se vuelven leguas si uno es hijo de un ayuda de cámara. Pero M. de Charlus solía tener sobre la realidad de la clase de violín dudas tanto mayores cuanto que muchas veces el músico invocaba pretextos de otro tipo, de un orden totalmente desinteresado desde el punto de vista material, y además absurdos. De este modo, Morel no podía dejar de ofrecer una imagen de su vida, voluntaria e involuntariamente también, tan entenebrecida que sólo se dejaban distinguir ciertas partes. Durante un mes se puso a disposición de M. de Charlus, a condición de tener libres las veladas, porque deseaba

seguir de forma continuada unos cursos de álgebra. ¿Ir después a ver a M. de Charlus? Ah, era imposible, las clases terminaban a veces muy tarde. «¿Hasta después de las dos de la mañana?», preguntaba el barón. «A veces». «Pero el álgebra se aprende igual de bien en un libro». —«Mejor incluso, porque en las clases no entiendo gran cosa». —«¿Entonces? Además, el álgebra no puede servirte para nada». —«Me gusta mucho, disipa mi neurastenia». —«No puede ser el álgebra lo que le hace pedir permisos de noche, se decía M. de Charlus. ¿Trabajará para la policía?». En cualquier caso, por más objeciones que se le hiciesen, Morel se reservaba ciertas horas tardías, fuese por el álgebra o por el violín. En una ocasión no fue ni la una ni el otro, sino el príncipe de Guermantes, que había ido a pasar unos días en aquella costa para visitar a la duquesa de Luxembourg y se encontró con el músico, sin saber quién era y sin que tampoco éste le conociese, y le ofreció cincuenta francos por pasar la noche juntos en el prostíbulo de Maineville; doble placer para Morel, el dinero recibido de M. de Guermantes y la voluptuosidad de estar rodeado de mujeres cuyos senos morenos se mostraban al descubierto. No sé cómo, M. de Charlus se enteró de lo que había pasado y del lugar, pero no del seductor. Loco de celos, y para saber quién era, telegrafió a Jupien, que llegó dos días más tarde, y cuando, a principios de la semana siguiente, Morel anunció que se ausentaría de nuevo, el barón pidió a Jupien que se encargase de comprar a la patrona del establecimiento y conseguir que los escondiese, a él y a Jupien, para asistir a la escena. «Entendido. Yo me ocuparé, cari— ñín», respondió Jupien al barón. Es difícil comprender hasta qué punto aquella inquietud agitaba y había enriquecido, por eso mismo, la mente de M. de Charlus. El amor suele provocar auténticos levantamientos geológicos del pensamiento. En el de M. de Charlus, que unos días antes se parecía a una llanura tan uniforme que ni en el horizonte más remoto se habría conseguido divisar una sola idea a ras de suelo, habían surgido de improviso, duras como la piedra, un macizo de montañas, pero de montañas tan esculpidas como si algún estatuario, en lugar de llevar el mármol, las hubiese cincelado allí mismo, y en ellas se retorcían, en grupos gigantescos y titánicos, la Furia, los Celos, la Curiosidad, la Envidia, el Odio, el Sufrimiento, el Orgullo, el

Espanto y el Amor.

Entretanto, la noche en que Morel debía ausentarse había llegado. La misión de Jupien había tenido éxito. Él y el barón debían ir hacia las once de la noche y los esconderían. Tres calles antes de llegar a la magnífica casa de prostitución (adonde iba gente de todos los alrededores elegantes), M. de Charlus caminaba de puntillas, disimulaba la voz, suplicaba a Jupien que hablase más bajo, por miedo a que, desde dentro, Morel les oyese. Pero nada más entrar a paso de lobo en el vestíbulo, M. de Charlus, poco acostumbrado a este tipo de lugares, se encontró, aterrado y estupefacto, en un lugar más ruidoso que la Bolsa o el Palacio de Subastas. En vano recomendaba hablar más bajo a varias criaditas que se agolpaban a su alrededor; además, hasta su propia voz quedaba cubierta por el ruido de los gritos y adjudicaciones que hacía una vieja «subpatrona» de peluca muy oscura y rostro en el que se agrietaba la gravedad de un notario o de un cura español, y que a cada minuto saltaba con fragor de trueno dejando que alternativamente se abrieran y cerraran las puertas, lo mismo que se regula la circulación de coches: «Lleve al señor a la veintiocho, a la habitación española». —«Cierre, ya no se pasa». —«Abra otra vez la puerta, estos señores preguntan por Mlle. Noémie. Los espera en el salón persa». El señor de Charius estaba asustado como un provinciano que debe cruzar los bulevares; y, recurriendo a una comparación infinitamente menos sacrilega que el tema representado en los capiteles del pórtico de la vieja iglesia de Couliville, las voces de las criaditas repetían más bajo, sin cansarse, la orden de la «subpatrona», como esos catecismos que se oye salmodiar a los alumnos en la sonoridad de una iglesia de pueblo. Por más miedo que tuviese, M. de Charius, que en la calle temblaba de ser oído, convencido de que Morel estaba en la ventana, no sintió quizá, de todos modos, tanto terror en medio del rugido de aquellas escaleras inmensas en las que era evidente que desde las habitaciones no había modo de ver nada. Por fin, al término de su calvario, encontró a Mlle. Noémie, que debía esconderle junto con Jupien; pero empezó por encerrarlo en un salón persa muy suntuoso desde donde no veía nada. Ella le dijo que Morel había pedido una naranjada y que, en cuanto se la hubieran servido, llevarían a los dos

viajeros a un salón transparente. Mientras tanto, y como la reclamaban, les prometió como en un cuento que, para ayudarles a pasar el rato, iba a mandarles «una damita inteligente». Porque a ella la estaban llamando. La damita inteligente llevaba una bata persa que quería quitarse. El señor de Charius le pidió que no hiciese nada, y ella mandó subir champán que costaba cuarenta francos la botella. Durante ese tiempo, Morel en realidad estaba con el príncipe de Guermantes; para guardar las apariencias, había fingido equivocarse de cuarto, había entrado en uno donde había dos mujeres, que se habían apresurado a dejar solos a los dos caballeros. El señor de Charius ignoraba todo esto, pero echaba pestes, quería abrir las puertas, hizo llamar de nuevo a Mlle. Noémie, quien, habiendo oído a la damita inteligente dar a M. de Charius detalles sobre Morel que no concordaban con los que ella misma había dado a Jupien, la obligó a salir pitando y envió enseguida, para sustituir a la damita inteligente, a «una damita gentil», que no les enseñó nada más pero les dijo que la casa era muy seria y que pidió, también ella, champán. El barón, furioso, hizo venir de nuevo a Mlle. Noémie, que les dijo: «Sí, va un poco para largo, esas señoras se dedican a poner posturas, él no parece tener ganas de hacer nada». Por último, ante las promesas del barón, ante sus amenazas, Mlle. Noémie se marchó con aire contrariado asegurándoles que no esperarían más de cinco minutos. Esos cinco minutos duraron una hora, tras lo cual Noémie acompañó a paso de lobo a un M. de Charius ebrio de rabia y a un Jupien desolado hacia una puerta entreabierta diciéndoles: «Desde aquí verán muy bien. Aunque en este momento no es muy interesante, está con tres señoras, les cuenta su vida de regimiento». Por fin, el barón pudo ver por la abertura de la puerta y también en los espejos. Pero un terror mortal le obligó a apoyarse en la pared. Desde luego, era Morel el que tenía delante, pero como si todavía existiesen los misterios paganos y los encantamientos, era más bien la sombra de Morel, Morel embalsamado, ni siquiera Morel resucitado como Lázaro[650], una aparición de Morel, un fantasma de Morel, Morel reaparecido o evocado en aquella habitación (donde las paredes y los divanes repetían por todas partes emblemas de brujería), quien estaba

a unos metros de él, de perfil. Morel había perdido, como después de la muerte, todo color; entre aquellas mujeres con las que parecía que hubiera debido disfrutar alegremente, estaba lívido, congelado en una inmovilidad artificial; para beber la copa de champán que tenía delante, su brazo sin fuerza trataba lentamente de extenderse y volvía a caer. Se tenía la impresión de ese equívoco en virtud del cual una religión habla de inmortalidad, pero entiende con eso una cosa que no excluye la nada. Las mujeres lo acuciaban a preguntas: «Mire, dijo Mlle. Noémie muy bajo al barón, le están hablando de su vida de regimiento, es divertido, ¿no le parece? —y se rió—, ¿está usted contento? Él está tranquilo, ¿verdad?», añadió, como si se refiriese a un moribundo. Las preguntas de las mujeres se multiplicaban, pero Morel, inanimado, no tenía fuerza para contestarlas. Ni siquiera se producía el milagro mismo del murmullo de una palabra. El señor de Charius sólo tuvo un instante de duda, comprendió la verdad, y que, bien por torpeza de Jupien cuando había ido a hacer el trato, bien por la potencia expansiva de los secretos confiados y nunca guardados, bien por la naturaleza indiscreta de aquellas mujeres, bien por temor a la policía, se había advertido a Morel de que dos caballeros habían pagado mucho dinero para verle, se había hecho salir al príncipe de Guermantes metamorfoseado en tres mujeres, y se había colocado al pobre Morel temblando, paralizado de estupor, de tal modo que, si M. de Charius le veía mal, él, aterrorizado, incapaz de articular palabra, sin atreverse a coger el vaso por miedo a dejarlo caer, veía de lleno al barón.

La historia, por lo demás, no terminó mejor para el príncipe de Guermantes. Cuando le habían hecho salir para que M. de Charlus no le viese, furioso por el contratiempo, y sin sospechar quién era su autor, había suplicado a Morel, pero todavía sin darle a conocer su identidad, que le diese una cita para la noche siguiente en la minúscula villa que había alquilado y que, pese al poquísimo tiempo que iba a permanecer en ella, había decorado, siguiendo la misma maniática costumbre que tiempo atrás hemos observado en casa de Mme. de Villeparisis, con cantidad de recuerdos de familia, para sentirse más en su casa. Así pues, al día siguiente, Morel, volviendo la cabeza a cada minuto, temblando ante la idea de verse seguido y

espiado por M. de Charlus y no habiendo observado ningún transeúnte sospechoso, había terminado por entrar en la villa. Un criado le hizo pasar al salón diciéndole que iba a avisar al señor (su amo le había recomendado no pronunciar la palabra príncipe por miedo a despertar sospechas). Pero cuando Morel se encontró a solas y quiso mirar en el espejo si su mechón estaba despeinado, fue como una alucinación. Sobre la chimenea, las fotografías, reconocibles para el violinista porque las había visto en casa de M. de Charlus, de la princesa de Guermantes, de la duquesa de Luxembourg, de Mme. de Villeparisis, lo petrificaron por lo pronto de espanto. Inmediatamente vio la de M. de Charlus, que estaba un poco retirada. El barón parecía inmovilizar sobre Morel una mirada extraña y fija. Enloquecido de terror, recuperándose de su primer susto y seguro de que se trataba de una trampa en la que M. de Charlus le había hecho caer para poner a prueba su fidelidad, Morel bajó de cuatro en cuatro los pocos escalones de la villa, echó a correr a toda velocidad por la carretera y, cuando el príncipe de Guermantes (después de haber hecho esperar lo que le pareció necesario a un conocido de paso, no sin haberse preguntado si aquello era prudente y si el individuo no era peligroso) entró en su salón, no encontró a nadie. Fue inútil que explorase con su criado, por temor a un robo, y revólver en mano, toda la casa, que no era grande, los recovecos del jardincillo, el sótano: el compañero cuya presencia daba por segura había desaparecido. Se encontró con él varias veces en el curso de la semana siguiente. Pero siempre era Morel, el individuo peligroso, quien escapaba como si el príncipe lo fuese todavía más. Terco en sus sospechas, Morel no las disipó nunca, y hasta en París la vista del príncipe de Guermantes bastaba para ponerlo en fuga. Por lo que M. de Charlus se vio protegido de una infidelidad que le torturaba, y vengado, sin haberlo imaginado nunca siquiera, ni sobre todo cómo.

Mas los recuerdos de lo que me habían contado sobre este asunto son reemplazados ya por otros, porque el B.C.N.[651], reemprendiendo su marcha de «cafetera», sigue depositando o recogiendo viajeros en las estaciones siguientes.

En Grattevast, donde vivía su hermana, con la que había ido a pasar la tarde, subía algunas veces M. Pierre de Verjus, conde de Crécy[652] (al que sólo llamaban conde de Crécy), gentilhombre pobre pero de extremada distinción a quien yo había conocido por medio de los Cambremer, con los que por lo demás él tenía poco trato. Reducido a una vida extremadamente modesta, casi miserable, me daba cuenta de que un puro, una «consumición», le resultaban tan agradables que tomé la costumbre, los días en que no podía ver a Albertine, de invitarle a Balbec. Muy fino, maravilloso conversador, muy blanco con unos fascinantes ojos azules, hablaba sobre todo con la punta de los labios, con mucha delicadeza, de las comodidades de la vida señorial, que él sin duda había conocido, y también de genealogías. Cuando le pregunté qué llevaba grabado en su sortija, me dijo con una sonrisa modesta: «Es una rama de verjus[653]». Y añadió saboreando cada palabra: «Nuestras armas son una rama de verjus —simbólico, ya que me apellido Verjus— con tronco y hojas de sinople». Pero creo que se habría sentido decepcionado si en Balbec yo sólo le hubiese ofrecido verjus para beber. Le gustaban los vinos más caros, seguro que por privación, por conocimiento profundo de aquello de lo que debía privarse, por gusto, quizá también por una inclinación exagerada. Por eso, cuando le invitaba a cenar en Balbec, él pedía la comida con una ciencia refinada, pero comía demasiado, y sobre todo bebía, mandando servir a temperatura ambiente los vinos que deben serlo, y meter en hielo los que exigen hielo. Antes y después de la cena, indicaba la fecha o el número que quería para un oporto o un aguardiente, como hubiese hecho para la erección, generalmente ignorada, de un marquesado, pero que conocía igual de bien.

Dado que, para Aimé, yo era uno de sus clientes preferidos, le encantaba que diese aquellas cenas extras y gritaba a los camareros: «Deprisa, montad la mesa veinticinco», ni siquiera decía «montad», sino «montadme», como si hubiera sido para él. Y como el lenguaje de los maîtres no es exactamente el mismo que el de los encargados de fila, subjefes, ayudantes, etc., en el momento en que yo pedía la cuenta, decía al camarero que nos había servido, siempre con el

mismo gesto repetido y tranquilizador del dorso de la mano, como si quisiese calmar a un caballo dispuesto a morder el bocado: «No tenga prisa (por la cuenta), vaya despacio, muy despacio». Y en cuanto el camarero se iba provisto de ese memorándum, temiendo que sus recomendaciones no fueran seguidas al pie de la letra, Aimé lo llamaba: «Espere, yo mismo haré la suma». Y cuando yo le decía que daba lo mismo: «Tengo por principio que, como se dice vulgarmente, no se debe desplumar al cliente». En cuanto al director, al ver que la ropa de mi invitado era sencilla, siempre la misma y bastante raída (y sin embargo, nadie hubiera practicado mejor que él el arte de vestirse de manera fastuosa, como un elegante de Baizac, de haber tenido los medios), se limitaba, por mí, a inspeccionar de lejos si todo iba bien, y, con una mirada, a mandar poner una calza debajo de la mesa que cojeaba. No es que no supiese, aunque ocultase sus comienzos como lavaplatos, poner manos a la obra como cualquier otro. Pero se necesitó una circunstancia excepcional para que un día trinchase en persona los pavipollos. Yo había salido, pero supe que lo había hecho con una majestad sacerdotal, rodeado, a respetuosa distancia del trinchero, por un círculo de camareros que con ello buscaban no tanto aprender como dejarse ver, y ponían cara de admiración beatífica. Por lo demás, vistos por el director (que penetraba con un gesto lento en el flanco de las víctimas y no apartaba de ellas los ojos poseídos por su alta función como si hubiera tenido que leer algún augurio), no lo fueron en absoluto. El sacrificador ni siquiera se dio cuenta de mi ausencia. Cuando se enteró, quedó desolado. «¿Cómo, no me ha visto trinchar con mis propias manos los pavipollos?». Le contesté que, como hasta ese momento no había podido ver Roma, Venecia, Siena, el Prado, el museo de Dresde, las Indias, a Sarah en Phêdre, sabía lo que era la resignación y que añadiría su trinchado de pavipollos a mi lista. La comparación con el arte dramático (Sarah en Phêdre) fue la única que pareció comprender, ya que por mí sabía que, los días de grandes representaciones, el mayor de los Coquelin[654] había aceptado papeles de debutante, e incluso el de un personaje que no dice más que una palabra o no dice nada. «En cualquier caso, lo siento muchísimo por usted. ¿Cuándo volveré a

trinchar? Sería necesario un acontecimiento, sería necesaria una guerra». (Fue necesario, en efecto, el armisticio). Desde ese día cambió el calendario y el tiempo se contó así: «Fue al día siguiente de trinchar yo mismo los pavipollos». —«Fue justo ocho días después de que el director trinchara en persona los pavipollos». De modo que aquella prosectomía señaló, como el nacimiento de Cristo o la Hégira, el punto de partida de un calendario distinto de los otros, aunque no alcanzó su extensión ni igualó su duración.

La tristeza de la existencia de M. de Crécy provenía, tanto como de no tener ya caballos y una mesa suculenta, de relacionarse sólo con personas capaces de creer que Cambremer y Guermantes eran lo mismo. Cuando vio que yo sabía que Legrandin, que ahora se hacía llamar Legrand de Méséglise, no tenía el más mínimo derecho a ese apellido, animado además por el vino que estaba bebiendo, tuvo una especie de arrebato de alegría. Su hermana me decía con aire de entendida: «Mi hermano nunca se siente tan feliz como cuando puede hablar con usted». Y es que se sentía revivir desde que había descubierto a alguien que conocía la mediocridad de los Cambremer y la grandeza de los Guermantes, alguien para quien existía el universo social. Lo mismo que, después del incendio de todas las bibliotecas del globo y la ascensión de una raza totalmente ignorante, un viejo latinista encontraría gusto y confianza en la vida oyendo a alguien citarle un verso de Horacio. Por eso, si nunca dejaba el vagón sin decirme: «¿Para cuándo nuestra pequeña reunión?», no era sólo por avidez de parásito, sino por glotonería de erudito y porque consideraba los ágapes de Balbec como una ocasión para charlar al mismo tiempo de los temas que le eran caros y de los que no podía hablar con nadie, y análogos a esas cenas en que se reúne en fechas fijas, ante la mesa especialmente suculenta del Cercle de l'Union[655], la Sociedad de Bibliófilos[656]. Muy modesto en lo relativo a su propia familia, no fue por M. de Crécy por quien supe que esa familia era de gran linaje y una auténtica rama desgajada en Francia de la familia inglesa que lleva el título de Crécy. Cuando supe que era un verdadero Crécy, le conté que una sobrina de Mme. de Guermantes se había casado con un americano llamado Charles Crécy, añadiendo

que, en mi opinión, no tenía ninguna relación con él. «Ninguna, me dijo. No más —aunque, por otra parte, mi familia no es tan ilustre— de la que tienen muchos americanos que se llaman Montgomery, Berry, Chandos o Capel con las familias de Pembroke, de Buckingham, de Essex, o con el duque de Berry[657]». Varias veces pensé decirle, para divertirle, que conocía a Mme. Swann, quien, como cocotte, era conocida en el pasado con el nombre de Odette de Crécy; pero, aunque el duque d'Alençon no habría podido enfadarse si alguien hablase con él de Emilienne d'Alençon[658], no me sentía con la familiaridad suficiente con M. de Crécy para llevar la broma hasta ese punto. «Es de una gran familia, me dijo un día M. de Montsurvent. Su patronímico es Saylor». Y añadió que en su viejo castillo encima de Incarville, vuelto por lo demás casi inhabitable, y que, aunque nació riquísimo, en la actualidad estaba demasiado arruinado para repararlo, todavía podía leerse la antigua divisa de la familia. Me pareció muy hermosa esa divisa, tanto si se aplicaba a la impaciencia de una raza de presa anidada en aquella aguilera desde la que debió de echar a volar en otro tiempo, como, en la actualidad, a la contemplación de la decadencia, a la espera de la muerte próxima en aquel refugio dominante y salvaje. Y, en efecto, en ese doble sentido juega con el nombre de Saylor esa divisa que dice: «Ne sfais l'heure[659]».

En Hermonville subía algunas veces M. de Chevrigny, cuyo nombre, nos dijo Brichot, significaba, como el de Monseñor de Cabriéres, «lugar donde se juntan las cabras». Era pariente de los Cambremer, y por eso, y por una falsa apreciación de la elegancia, éstos le invitaban con frecuencia a Féterne, pero sólo cuando no tenían invitados a los que deslumbrar. Como vivía todo el año en Beausoleil, M. de Chevrigny se había quedado más provinciano que ellos. Por lo que, cuando iba a pasar unas semanas a París, no desperdiciaba un solo día por todo lo que «había que ver»; hasta el punto de que, a veces, algo aturdido por la cantidad de espectáculos digeridos demasiado deprisa, cuando le preguntaban si había visto determinada comedia, le ocurría que no estaba muy seguro. Aunque esas vaguedades no eran frecuentes, porque conocía las cosas de París

con esa minuciosidad peculiar de quien la visita de tarde en tarde. Me aconsejaba las «novedades» que había que ir a ver («Esto merece la pena»), considerándolas exclusivamente desde el punto de vista de la buena velada que hacen pasar, e ignorándolo todo desde el punto de vista estético, hasta el punto de no sospechar que, de hecho, a veces podían constituir una «novedad» en la historia del arte. Y así, hablando de todo en el mismo plano, nos decía: «Hemos ido una vez a la Opéra-Comique, pero el espectáculo no es gran cosa. Se titula Pelléas et Mélisande. Es insignificante. Périer[660] siempre está bien, pero es preferible verle en otra cosa. En cambio, en el Gymnase[661] dan La Châtelaine[662]. Hemos vuelto dos veces; no deje de ir, merece la pena verse; y está interpretado de maravilla; tienen ustedes a Frévalles[663], a Marie Magnier[664], a Barón hijo[665]»; llegaba a citarme nombres de actores que yo nunca había oído pronunciar y sin anteponerles «Señor», «Madame» o «Mademoiselle», como hubiera hecho el duque de Guermantes, quien hablaba en el mismo tono de ceremonioso desprecio de las «canciones de Mademoiselle Yvette Guilbert[666]» y de las «experiencias del señor Charcot[667]». El señor de Chevrigny no seguía esa usanza, decía Cornaglia[668] y Dehelly[669] como hubiera dicho Voltaire y Montesquieu. Porque en él, lo mismo tratándose de actores que de cualquier cosa que fuera parisiense, el deseo aristocrático de mostrarse desdeñoso era derrotado por el de parecer familiar que tenía el provinciano.

Desde la primera vez que había cenado en La Raspeliére con lo que todavía llamaban en Féterne «la joven pareja», aunque el señor y la señora Cambremer no estuviesen ya, ni mucho menos, en la primera juventud, la vieja marquesa me había escrito una de esas cartas cuya escritura se hubiera reconocido entre miles. Me decía: «Tráigase a su deliciosa —encantadora— agradable prima. Será un encanto, un placer», errando siempre de un modo tan infalible la progresión esperada por quien recibía su carta que terminé por cambiar de opinión sobre la naturaleza de aquellos diminuendo, por creerlos deliberados y encontrar en ellos la misma depravación del gusto —trasladada al orden mundano— que inducía a Sainte-Beuve a romper todas las alianzas de palabras, a alterar cualquier expresión

algo habitual[670]*. Dos métodos, enseñados sin duda por maestros distintos, se enfrentaban en aquel estilo epistolar: el segundo permitía a Mme. de Cambremer redimir la trivialidad de los adjetivos múltiples, empleándolos en gama descendente y evitando así terminar con el acorde perfecto. Yo, en cambio, no me inclinaba a ver en aquellas gradaciones inversas un mayor refinamiento, como cuando eran obra de la marquesa madre, sino torpeza cada vez que eran empleadas por su hijo el marqués o por sus primas. Porque en toda familia, hasta un grado de parentesco bastante lejano y en virtud de una imitación admirativa de tía Zélia, la regla de los tres adjetivos gozaba de gran predicamento, lo mismo que cierta manera entusiasta de recobrar el aliento al hablar. Imitación pasada por lo demás a la sangre; y cuando en la familia, una niña pequeña, desde la infancia, se detenía al hablar para tragar saliva, se decía: «Lo tiene de tía Zélia», se notaba que, más tarde, sus labios no tardarían en sombrearse con un ligero bigote, y se prometían cultivar en ella las disposiciones que inevitablemente tendría para la música. Las relaciones de los Cambremer no tardaron en ser menos perfectas con Mme. Verdurin que conmigo, por distintas razones. Deseaban invitarla. La «joven» marquesa me decía desdeñosa: «No veo por qué no habíamos de invitar a esa mujer, en el campo uno trata a cualquiera, eso no tiene ninguna consecuencia». Pero en el fondo, bastante impresionados, no dejaban de consultarme continuamente sobre la forma de realizar su deseada cortesía. Como nos habían invitado a cenar, a Albertine y a mí, junto con unos amigos de Saint-Loup, personas elegantes de la región, propietarios del castillo de Gourville, y que representaban algo más que la flor y nata normanda que tanto apetecía a Mme. Verdurin aunque aparentase que no la afectaba, aconsejé a los Cambremer que invitasen con ellos a la Patrona. Pero los castellanos de Féterne, por temor (hasta tal punto eran tímidos) a descontentar a sus nobles amigos, o (hasta tal punto eran ingenuos) a que M. y Mme. Verdurin se aburriesen con personas que no eran intelectuales, o también (impregnados como estaban de un espíritu rutinario que no había fecundado la experiencia) a «meter la pata» si mezclaban los géneros, declararon que no casarían juntos, que las cosas no «pegarían» y que*

más valía reservar a Mme. Verdurin (a la que invitarían con todo su grupito) para otra cena. Para la siguiente —la elegante, con los amigos de Saint-Loup— no invitaron del cogollito más que a Morel, a fin de que M. de Charius fuese informado indirectamente de las brillantes personas que recibían, y también para que el músico sirviese de elemento de distracción para los invitados, pues le pedirían que llevase el violín. Se le agregó a Cottard, porque M. de Cambremer declaró que era muy animado y «quedaba bien» en una cena; y que además podría ser cómodo estar en buenos términos con un médico por si alguna vez alguien caía enfermo. Pero se le invitó solo, para no «empezar nada con la mujer». Madame Verdurin se indignó cuando supo que dos miembros del grupito eran invitados sin ella a cenar en Féterne «enpétit comité». Dictó al doctor, cuyo primer impulso había sido aceptar, una altiva respuesta en la que decía: «Nosotros cenamos esta noche en casa de Mme. Verdurin», plural que debía servir de lección para los Cambremer y demostrarles que el doctor no era separable de Mme. Cottard. En cuanto a Morel, Mme. Verdurin no tuvo necesidad de trazarle un comportamiento descortés, que él adoptó espontáneamente, y he aquí por qué. Si en lo que concernía a sus placeres tenía, frente a M. de Charius, una independencia que afligía al barón, ya hemos visto que la influencia de éste se hacía sentir más en otros campos y que, por ejemplo, el barón había ampliado los conocimientos musicales y vuelto más puro el estilo del virtuoso. Pero aún no dejaba de ser, por lo menos en este punto de nuestro relato, más que una influencia. En cambio, había un terreno en el que lo que M. de Charius decía era ciegamente creído y puesto en práctica por Morel. Ciega y locamente, porque las enseñanzas de M. de Charius no sólo eran falsas, sino que, aunque hubieran sido válidas para un gran señor, aplicadas al pie de la letra por Morel se volvían burlescas. El terreno en el que Morel se volvía tan crédulo y era tan dócil con su maestro, era el terreno mundano. El violinista, que antes de conocer a M. de Charius no tenía noción alguna del gran mundo, había tomado al pie de la letra el esbozo altivo y sumario que de él le había trazado el barón. «Hay un cierto número de familias preponderantes, le había dicho M. de Charlus, en primer lugar los Guermantes, que cuentan con catorce alianzas con la Casa de

Francia, cosa que, por lo demás, es halagüeño sobre todo para la Casa de Francia, pues era a Aldonce de Guermantes y no a Luis el Gordo, su hermano consanguíneo pero menor, a quien habría debido corresponder el trono de Francia[671]; bajo Luis XIV, guardamos luto por la muerte de Monsieur, por tener la misma abuela que el rey[672]; aunque muy por debajo de los Guermantes, se puede citar a los La Trémoïlle, descendientes de los reyes de Ñapóles y de los condes de Poitiers[673]; a los d'Uzés, poco antiguos como familia, pero que son los pares más antiguos[674]; a los Luynes, muy recientes, pero con el lustre de grandes matrimonios[675]; los Choiseul[676], los Harcourt[677], los La Rochefoucauld[678]. Añada también los Noailles[679], a pesar del conde de Toulouse, los Montesquiou[680], los Castellane[681] y, salvo olvido, eso es todo[682]. En cuanto a todos esos pequeños señores que se llaman marqués de Cambremierda o Veteal— cuerno[683], no hay ninguna diferencia entre ellos y el último sorchi de su regimiento. Ir a hacer pipí a casa de la condesa Caca, o caca a casa de la baronesa Pipí, es lo mismo: habrá comprometido usted su reputación y utilizado una fregona llena de mierda como papel higiénico[684]. Y eso es una porquería». Morel había recogido piadosamente esta lección de historia, tal vez algo sumaria; juzgaba las cosas como si él mismo fuese un Guermantes y esperaba con ansia una ocasión de topar con los falsos La Tour d'Auvergne[685] para hacerles sentir, con un desdeñoso apretón de mano, que apenas si los tomaba en serio. En cuanto a los Cambremer, tenía precisamente la ocasión de demostrarles que no eran «más que el último sorchi de su regimiento». No respondió a su invitación, y la noche de la cena se excusó en el último momento con un telegrama, tan encantado como si acabase de comportarse como un príncipe de sangre. Debemos añadir, por lo demás, lo difícil que resulta, de manera más general, imaginar lo insoportable, lo puntilloso y, él, tan fino, lo tonto que podía ser M. de Charlus en todas las ocasiones en que entraban en juego los defectos de su carácter. De éstos podemos decir, de hecho, que son como una enfermedad intermitente de la inteligencia. ¿Quién no lo ha observado en mujeres, e incluso en hombres, dotados de inteligencia notable, pero que sufren de los nervios? Cuando son

felices, cuando están tranquilos y satisfechos de su entorno, hacen admirar sus preciosas dotes; la verdad habla literalmente por su boca. Una jaqueca, una pequeña herida de amor propio basta para cambiarlo todo. Brusca, convulsa y encogida, la luminosa inteligencia ya no refleja más que un yo irritado, suspicaz, presumido, que hace cuanto puede para resultar desagradable. La cólera de los Cambremer fue muy viva; y en el intervalo, otros incidentes provocaron una cierta tensión en sus relaciones con el pequeño clan. Cuando volvíamos los Cottard, Charlus, Brichot, Motel y yo de una cena en La Raspeliére, y los Cambremer, que habían almorzado en casa de unos amigos en Arembouville, habían hecho a la ida una parte del trayecto con nosotros: «Usted, que tanto aprecia a Balzac y sabe reconocerlo en la sociedad contemporánea, le había dicho yo a M. de Charlus, debe de pensar que estos Cambremer se han escapado de las Scénes de la vie de province». Pero M. de Charlus, como si fuesen íntimos amigos suyos y yo le hubiese ofendido con mi observación, me cortó de forma brusca la palabra: «Dice usted eso porque la mujer es superior al marido», me respondió en tono seco. «¡Oh!, no quería decir que era la Musa del departamento[686], ni Madame de Bargeton[687], a pesar de que…» El señor de Charlus volvió a interrumpirme: «Querrá decir, más bien, Mme. de Mortsauf[688]». Paró el tren y Brichot se apeó. «Por más que le hagamos señas, es usted terrible». «¿Por qué dice eso?» —«¿No me diga que no se ha dado cuenta de que Brichot está locamente enamorado de Mme. de Cambremer?» Por la actitud de Cottard y de Charlie vi que en el cogollito aquello no era objeto de la más mínima duda. Creí que había malicia de su parte. «Vamos, ¿no ha visto cómo se ha turbado cuando usted se puso a hablar de ella?», prosiguió M. de Charlus, a quien le gustaba demostrar que tenía experiencia de las mujeres y hablaba del sentimiento que inspiran con naturalidad y como si ese sentimiento fuese el que habitualmente él mismo experimentaba. Mas cierto tonillo de equívoca paternidad hacia los jóvenes —pese a su amor exclusivo por Motel— bastó para desmentir por el tono los puntos de vista de mujeriego que manifestaba. «¡Oh!, estos chicos, dijo con voz aguda, meliflua y cadenciosa, hay que enseñárselo todo, son inocentes como un recién

nacido, no saben reconocer cuándo está enamorado un hombre de una mujer. A su edad, yo era bastante más espabilado», añadió, porque le gustaba emplear las expresiones del mundo del hampa[689], quizá por gusto, quizá para no dar la impresión, evitándolas, de confesar que frecuentaba a personas para las que constituían su vocabulario habitual. Unos días más tarde hube de rendirme a la evidencia y admitir que Brichot estaba enamorado de la marquesa. Desgraciadamente, aceptó varios almuerzos en casa de Mme. de Cambremer. Madame Verdurin estimó que había llegado el momento de decir basta. Dejando a un lado la utilidad que, para la política del cogollito, veía en una intervención, la Patrona sentía en este tipo de explicaciones y en los dramas que desencadenaban un placer cada vez más vivo y que la ociosidad provoca en la burguesía tanto como en el mundo aristocrático. Fue un día de gran emoción en La Raspeliére cuando se vio a Mme. Verdurin desaparecer durante una hora con Brichot, a quien, como luego se supo, había dicho que Mme. de Cambremer se burlaba de él, que era la comidilla de su salón, que iba a deshonrar su vejez, a comprometer su posición en la enseñanza. Hasta llegó a hablarle en términos conmovedores de la lavandera con la que vivía en París, y de su hijita. La Patrona salió victoriosa, y Brichot dejó de ir a Féterne, pero su pena fue tan grande que durante dos días creímos que iba a perder completamente la vista; en cualquier caso, su enfermedad había dado un salto adelante del que ya no se recuperó. Entretanto, los Cambremer, furiosos contra Morel, invitaron una vez, y a propósito, a M. de Charlus, pero sin él. Al no recibir respuesta del barón, temieron haber metido la pata y, considerando que el rencor es mal consejero, escribieron un poco tardíamente a Morel, simpleza que hizo sonreír a M. de Charlus dándole una prueba de su poder. «Responda usted por los dos que acepto», le dijo el barón a Morel. Llegado el día de la cena, en el gran salón de Féterne empezó la espera. Los Cambremer daban en realidad aquella cena para la flor de lo chic que eran M. y Mme. Féré. Pero tenían tanto miedo a desagradar a M. de Charlus que, a pesar de haber conocido a los Féré a través de M. de Chevrigny, Mme. de Cambremer se sintió indispuesta cuando el día de la cena vio a éste

llegar de visita a Féterne. Inventaron todos los pretextos para despacharlo a Beausoleil lo antes posible, pero no lo bastante, sin embargo, para que no se cruzase en el patio con los Féré, tan sorprendidos de verlo expulsado como avergonzado él de serlo. Pero los Cambremer querían evitar a toda costa a M. de Charlus la vista de M. de Chevrigny, juzgándole provinciano por esos matices que se descuidan en familia y que sólo se tienen en cuenta frente a extraños, los únicos precisamente que no los verían. Pero no gusta mostrar a los parientes que han seguido siendo lo que nos hemos esforzado por dejar de ser. En cuanto a M. y Mme. Féré, eran, en el más alto grado, lo que se suele llamar personas «muy bien». A ojos de quienes los calificaban así, también los Guermantes, los Rohan y muchos otros eran desde luego personas muy bien, pero su nombre dispensaba de decirlo. Como no todo el mundo estaba al corriente de la gran alcurnia de la madre de M. de Féré, ni de la madre de Mme. Féré, ni del círculo extraordinariamente cerrado que ella y su marido frecuentaban, cuando se los nombraba siempre se añadía a modo de explicación que eran gente «de lo mejor». ¿Era su nombre oscuro el que les dictaba una especie de altiva reserva? Lo cierto es que los Féré se negaban a ver a personas que los La Trémoïlle habrían frecuentado. Había sido necesaria la reputación de reina de la orilla del mar que la vieja marquesa de Cambremer tenía en la Mancha para que los Féré fuesen todos los años a una de sus matinées. Se les había invitado a cenar y se esperaba mucho del efecto que iba a producir en ellos M. de Charlus. Se anunció discretamente que el barón figuraba en el número de invitados. Por casualidad, Mme. Féré no le conocía. Madame de Cambremer sintió por ello viva satisfacción, y la sonrisa del químico que por primera vez va a poner en contacto dos cuerpos particularmente importantes vagó por su rostro. Se abrió la puerta y Mme. de Cambremer estuvo a punto de desmayarse al ver entrar solo a Morel. Como un secretario de órdenes encargado de disculpar a su ministro, como una esposa morganática que expresa el pesar del príncipe por encontrarse enfermo (es lo que solía hacer Mme. de Clinchamp con el duque d'Aumale[690]), Morel dijo en el tono más frívolo: «El barón no podrá venir. Está algo indispuesto, al menos creo

que es por eso, hace una semana que no le he visto», añadió, sumiendo en la desesperación incluso con estas últimas palabras a Mme. de Cambremer, quien había asegurado a M. y a Mme. Féré que Morel veía a M. de Charlus a todas las horas del día. Los Cambremer fingieron que la ausencia del barón era un atractivo más para la reunión y, cuando Morel no los oía, decían a sus invitados: «Nos pasaremos sin él, ¿verdad?, así será más agradable». Pero estaban furiosos, sospecharon un complot organizado por Mme. Verdurin, y, golpe por golpe, cuando ésta volvió a invitarlos a La Raspeliére, M. de Cambremer, incapaz de renunciar al placer de ver de nuevo su casa y encontrarse con el grupito, acudió, pero solo, diciendo que la marquesa lo sentía mucho, pero que su médico le había ordenado guardar cama. Con esta semipresencia, los Cambremer creyeron dar una lección a M. de Charlus y demostrar a los Verdurin que con ellos sólo se consideraban obligados a una cortesía limitada, de la misma manera que antaño las princesas de sangre salían a despedir a las duquesas, pero sólo hasta la mitad del segundo aposento. Al cabo de unas semanas, estaban casi enfadados. El señor de Cambremer me dio estas explicaciones: «Le diré que, con M. de Charlus, era difícil. Es tan dreyfúsista…» —«¡Qué va!» —«Sí…, en cualquier caso, su primo el príncipe de Guermantes lo es, se le despelleja mucho por eso. Tengo parientes que miran mucho esas cosas. No puedo tratar a personas de ese tipo, me pelearía con toda mi familia». —«Mejor irán las cosas si el príncipe de Guermantes es dreyfusista, dijo Mme. de Cambremer, porque también lo es Saint-Loup, del que dicen que se casa con su sobrina. Hasta puede que eso sea la razón del matrimonio». —«Vamos, querida, no diga que Saint-Loup, al que todos queremos tanto, es dreyfusista. No hay que difundir a la ligera afirmaciones de ese tipo, dijo M. de Cambremer. ¡En bonita situación le dejaría usted en el ejército!». —«Lo ha sido, pero ya no lo es, le dije a M. de Cambremer. En cuanto a su boda con Mlle. de Guermantes-Brassac, ¿es verdad?». —«No se habla de otra cosa, pero usted está bien situado para saberlo». —«Pues le repito que a mí misma me ha dicho que era dreyfusista, insistió Mme. de Cambremer. Por otro lado, es muy excusable, los Guermantes son medio alemanes». —«De los Guermantes de la calle de Varenne, puede usted darlo por seguro,

dijo Canean. Pero Saint-Loup es harina de otro costal; aunque tiene toda una parentela alemana, su padre reivindicaba ante todo su título de gran señor francés, en 1871 volvió a la milicia y resultó muerto durante la guerra de la forma más brillante. Por puntilloso que yo sea en este asunto, no hay que exagerar ni en un sentido ni en otro. In medio… virtus[691], *¡ah!, no consigo acordarme. Es algo que dice el doctor Cottard. Él sí que tiene siempre la palabra apropiada. Deberían tener aquí un Petit Larousse». Para evitar pronunciarse sobre la cita latina y abandonar el tema de Saint-Loup, en el que, en opinión de su marido, carecía de tacto, Mme. de Cambremer arremetió contra la Patrona, porque su ruptura con ellos aún requería más explicación. «Alquilamos con mucho gusto La Raspeliére a Mme. Verdurin, dijo la marquesa. Pero ella parece creer que, junto con la casa y todo lo que ha encontrado manera de hacerse atribuir, el disfrute del prado, las colgaduras antiguas, cosas que no entraban para nada en el contrato, tendría además derecho a relacionarse con nosotros. Son cosas absolutamente distintas. Nuestro error ha sido no haber hecho las cosas simplemente por medio de un gestor o por una agencia. En Féterne eso no tiene importancia, pero desde aquí estoy viendo la cara que pondría mi tía de Ch'nouvilie si viese llegar, a uno de mis días, a la comadre Verdurin con los pelos al aire. En cuanto a M. de Charlus, claro que conoce a personas muy bien, pero también conoce a otras muy mal». Pregunté a quiénes. Acosada a preguntas, Mme. de Cambremer terminó diciendo: «Aseguran que era él quien mantenía a un tal señor Moreau, Moreill, Morue, ya no me acuerdo bien. Nada que ver, desde luego, con Morel el violinista, añadió ruborizándose. Cuando me di cuenta de que Mme. Verdurin se figuraba que, por ser nuestra arrendataria en la Mancha, tendría derecho a visitarme en París, comprendí que había que cortar amarras».*

A pesar de esta pelea con la Patraña, los Cambremer no estaban en mala relación con los fieles y subían gustosos a nuestro vagón cuando viajaban en la línea. Cuando estábamos a punto de llegar a Douville, Albertine, sacando por última vez su espejo, creía oportuno a veces cambiarse los guantes o quitarse un instante el sombrero y, con el peine de concha que yo le había regalado y que llevaba en el pelo, se

alisaba las cocas, lo ahuecaba y si era necesario, por encima de las ondulaciones que descendían en valles regulares hasta la nunca, se subía el moño. Una vez en los coches que nos esperaban, ya no se sabía dónde nos encontrábamos; las rutas no estaban iluminadas; reconocíamos, por el ruido más fuerte de las ruedas, que atravesábamos un pueblo, creíamos haber llegado, nos encontrábamos en campo raso, se oían campanas a lo lejos, olvidábamos que llevábamos smoking, y casi nos habíamos dormido cuando, al término de ese largo margen de oscuridad que, por la distancia recorrida y los incidentes característicos de todo trayecto en tren, parecía habernos llevado hasta una hora avanzada de la noche y casi a mitad de camino de un retorno a París, de pronto, después de que el deslizamiento del coche sobre una arena más fina hubiera revelado que acabábamos de entrar en el parque, explotaban, introduciéndonos de nuevo en la vida mundana, las resplandecientes luces del salón y luego las del comedor, donde sentíamos un vivo movimiento de retroceso al oír dar aquellas ocho horas que creíamos hacía mucho pasadas, mientras los numerosos platos y los vinos finos empezaban a sucederse alrededor de hombres de frac y de mujeres escotadas, en una cena rutilante de luz como una verdadera cena fuera de casa, aunque rodeada, y eso cambiaba su carácter, por el doble echarpe oscuro y singular que habían tejido, desviadas por ese empleo mundano de su solemnidad primera, las horas nocturnas, campestres y marinas de la ida y la vuelta. Éste nos obligaba de hecho a dejar el esplendor radiante y pronto olvidado del luminoso salón por los coches, donde me las arreglaba para estar con Albertine a fin de evitar que mi amiga pudiese estar con otros sin mí, y a menudo también por otra razón, que es que los dos podíamos hacer muchas cosas en un coche oscuro donde las sacudidas de la bajada disculpaban además, en caso de que un rayo se filtrase de improviso, el hecho de estar abrazándonos. Cuando M. de Cambremer aún no estaba peleado con los Verdurin, me preguntaba: «¿No cree que, con esta niebla, le van a dar sus ahogos? Mi hermana los ha tenido terribles esta mañana. ¡Ah!, también usted los tiene, decía con satisfacción. Se lo diré esta noche. Estoy seguro de que, a la vuelta, querrá saber enseguida si hace mucho que usted no los ha tenido».

Por lo demás, sólo me hablaba de los míos para llegar a los de su hermana, y me hacía describir las particularidades de los primeros únicamente para subrayar mejor las diferencias que había entre ambos. Mas, pese a éstas, como le parecía que los ahogos de su hermana debían ser autoridad, no podía creer que lo que «iba bien» a los suyos no estuviese indicado para los míos, y le irritaba que yo no probase sus remedios, pues hay algo más difícil todavía que sujetarse a un régimen, y es no querer imponérselo a los otros. «Por otra parte, ¿qué estoy diciendo, profano de mí, cuando usted está aquí ante el areópago, en la fuente? ¿Qué piensa el profesor Cottard?»

Por otro lado, volví a ver a su mujer una vez más, porque había dicho que mi «prima» era de un género raro y quise saber qué había querido decir. Negó haberlo dicho, pero acabó por confesar que había hablado de una persona que había creído conocer con mi prima. No sabía su nombre y terminó diciendo que, si no se equivocaba, era la mujer de un banquero, y que se llamaba Lina, Linette, Lisette, Lia, en fin, algo parecido. Supuse que lo de «mujer de un banquero» se había dicho únicamente para borrar mejor las pistas. Quise preguntar a Albertine si era cierto. Pero prefería pasar por alguien que sabe que por alguien que pregunta. Además, Albertine no me habría contestado o habría respondido con un «no» cuya «n» hubiera sido demasiado vacilante y la «o» demasiado clamorosa. Albertine nunca contaba hechos que pudieran perjudicarla, sino otros que sólo podían explicarse por los primeros, ya que la verdad es una corriente que arranca de lo que nos dicen y que, por invisible que sea, captamos, más que la cosa misma que se nos ha dicho. Así, cuando le aseguré que una mujer a la que ella había conocido en Vichy era del género equívoco, me juró que aquella mujer no era en absoluto lo que yo creía y nunca había intentado inducirla al mal. Pero otro día, cuando hablaba yo de mi curiosidad por ese tipo de personas, añadió que la dama de Vichy también tenía una amiga a la que Albertine no conocía, pero que la dama le había «prometido presentársela». Si se lo había prometido es que Albertine lo deseaba, o que la dama sabía, al ofrecérselo, que había de gustarle. Mas si le hubiese hecho esta objeción a Albertine, habría dado la impresión de que la única fuente de mis revelaciones era ella, habría provocado su inmediata

interrupción, no hubiese sabido nada más y hubiera dejado de hacerme temer. Además, nosotros estábamos en Balbec, la dama de Vichy y su amiga vivían en Mentón; la distancia, la imposibilidad del peligro no habrían tardado en destruir mis sospechas. A veces, cuando M. de Cambremer me interpelaba desde la estación, yo acababa de aprovechar con Albertine las tinieblas, y con tanto más esfuerzo porque ésta se había debatido un poco por miedo a que no fuesen suficientemente completas. «Sepa que estoy segura de que Cottard nos ha visto; además, incluso sin vernos seguro que ha oído su voz sofocada, justo en el momento en que se hablaba de sus otros ahogos», me decía Albertine al llegar a la estación de Douville, donde volvíamos a coger el trenecito para la vuelta. Pero, lo mismo que la ida, esa vuelta, si despertaba en mí, dándome cierta impresión de poesía, el deseo de hacer viajes, de llevar una vida nueva, inspirándome con ello el deseo de abandonar cualquier proyecto de matrimonio con Albertine, y hasta de romper definitivamente nuestras relaciones, también me hacía más fácil esa ruptura, a causa precisamente de su naturaleza contradictoria. Pues, tanto a la vuelta como a la ida, en cada estación subían con nosotros o nos saludaban desde el andén personas que conocíamos; sobre los placeres furtivos de la imaginación dominaban esos otros, continuos, de la sociabilidad, que son tan tranquilizadores, tan adormecedores. Antes incluso de las estaciones, sus nombres (que tanto me habían hecho soñar desde el día en que los había oído, la primera noche en que había viajado con mi abuela) se habían humanizado, habían perdido su singularidad desde la noche en que Brichot, a ruegos de Albertine[692], nos había explicado más completamente sus etimologías. Me había parecido fascinante la «flor» que remataba ciertos nombres, como Fiquefleur, Honfleur, Flers, Barfleur, Harfleur, etc., y divertido el «buey» que hay al final de Bricqueboeuf. Pero la flor desapareció y también el buey cuando Brichot (que ya me lo había dicho el primer día en el tren) nos reveló que «fleur» quiere decir «puerto[693]» (como fiord), y que «bceuf», en normando budh, significaba «cabaña[694]». Como citaba varios ejemplos, lo que me había parecido particular se generalizaba, Bricqueboeuf iba a juntarse

con Elbeuf, e inclusive en un nombre a primera vista tan individual como el lugar, como el nombre de Pennedepie, donde las rarezas más imposibles de dilucidar por la razón me parecían amalgamadas desde un tiempo inmemorial en un vocablo feo, sabroso y duro como cierto queso normando, quedé desolado al encontrar el pen[695] galo que significa «montaña» y se encuentra tanto en Penmarch como en los Apeninos. Como en cada parada del tren sabía que tendríamos manos amigas que estrechar, si no visitas que recibir, le decía a Albertine: «Dese prisa, pregunte a Brichot los nombres que quiere saber. Me había hablado usted de Marcouville-l'Orgueílleuse». —«Sí, me gusta mucho ese orgullo, es una villa altiva», dijo Albertine. «Más altiva le parecería aún, respondió Brichot, si en lugar de su forma francesa, o inclusive bajolatina, tal como se encuentra en el cartulario del obispo de Bayeux, Marcouville superba, tomase usted la forma más antigua, más cercana al normando, Marculphivilla superba, la villa, el dominio de Merculph[696]. En casi todos estos nombres que terminan en ville, aún podría ver levantarse en esta costa el fantasma de los rudos invasores normandos[697]. En Arembouville sólo ha tenido usted, de pie en la portezuela del vagón, a nuestro excelente doctor, que evidentemente no tiene nada de jefe normando. Pero, cerrando los ojos, podría ver al ilustre Herimund (Heri— mundivilla[698]). Aunque, no sé por qué, suele irse por estas rutas comprendidas entre Loigny y Balbec-Plage, y no por las muy pintorescas que llevan de Loigny al viejo Balbec, Mme. Verdurin tal vez le haya paseado en coche por esta parte. Entonces habrá visto Incarville, o aldea de Wiscar, y Tourville, antes de llegar a casa de Mme. Verdurin, es la aldea de Turold[699]. Además no hubo solamente normandos. Parece que hasta aquí hayan llegado alemanes (Aumenancourt, Alemanicurtis[700]); no se lo digamos a ese joven oficial que estoy viendo; sería capaz de no querer ir más a casa de sus primos. También hubo sajones como demuestra la fuente de Sissone (una de las metas de paseo favoritas de Mme. Verdurin, y con razón), lo mismo que, en Inglaterra, el Middlesex, el Wessex[701]. Cosa inexplicable, parece que los godos, los gueux, como se decía, llegaron hasta aquí, e incluso los moros, porque Mortagne viene de Mauretania[702]. Ha quedado su huella en

Gourville (Gothorumvilla[703]). Además, también subsiste algún vestigio de los latinos, Lagny (Latiniacum[704])». —«A mí me interesa la explicación de Thorpehomme, dijo M. de Charlus. Comprendo homme», añadió, mientras el escultor y Cottard cambiaban una mirada de inteligencia. ¿Pero "Thorp"?» —«Homme no significa en absoluto lo que usted se inclina naturalmente a creer, barón, respondió Brichot mirando maliciosamente a Cottard y al escultor. Homme no tiene nada que ver aquí con el sexo al que no debo a mi madre[705]. Homme es Holm, que significa "islote", etc. En cuanto a Thorp, o "aldea", se encuentran en cien palabras con las que ya he aburrido a nuestro joven amigo. Así, en Thorpehomme no hay nombre de jefe normando, sino palabras de la lengua normanda. Como ve, toda esta región fue germanizada». —«Creo que está exagerando, dijo M. de Charlus. Ayer estuve en Orgeville…» —«Esta vez le devuelvo el hombre que le había quitado en Thorpehomme, barón. Dicho sea sin pedantería, una carta de Roberto I nos da, por Orgeville, Otgervilla, el dominio de Otger[706]. Todos estos nombres son los de antiguos señores. Octeville— la-Venelle viene de Avenel. Los Avenel eran una familia conocida en la Edad Media. Bourguenolles, adonde el otro día nos llevó Mme. Verdurin, se escribía Bourg de Moles, porque esa aldea perteneció en el siglo XI a Baudoin de Moles, lo mismo que La Chaise-Baudoin[707]; pero ya estamos en Donciéres». —«¡Dios mío, cuántos tenientes van a intentar subir!, dijo M. de Charlus, con un espanto fingido. Lo digo por ustedes, que eso a mí no me molesta, porque me apeo». —«¿Ha oído, doctor?, dijo Brichot. El barón tiene miedo a que los oficiales se le echen encima. Y sin embargo, están en su papel al amontonarse aquí, porque Donciéres es exactamente Saint-Cyr, Dominus Cyriacus. Hay muchos nombres de pueblos en que sanctusy sancta han sido sustituidos por dominus y por domina[708]. Por lo demás, esta ciudad apacible y militar tiene a veces falsos aires de Saint-Cyr, de Versalles, e incluso de Fontainebleau».

Durante estas vueltas (como a la ida), yo le decía a Albertine que se vistiese, porque estaba seguro de que en Amnancourt[709], en Donciéres, en Épreville, en Saint-Vast, tendríamos que recibir breves visitas. Por lo demás no me resultaban desagradables, ya fuese, en

Hermonville (el dominio de Herimund), la de M. de Chevrigny, aprovechando que había ido a buscar invitados para rogarme que fuese a almorzar a Montsurvent al día siguiente, o, en Donciéres, la brusca invasión de uno de los encantadores amigos de Saint-Loup enviados por éste (si no estaba libre) para transmitirme una invitación del capitán de Borodi— no, del comedor de oficiales en el Coq Hardi, o de suboficiales en el Faisan Doré. Saint-Loup venía a menudo en persona, y mientras él estaba allí yo tenía a Albertine, sin que pudieran darse cuenta, prisionera de mi mirada, por lo demás inútilmente vigilante. Una vez, sin embargo, interrumpí mi guardia. Como la parada era larga, Bloch, después de saludarnos, se marchó casi de inmediato para reunirse con su padre, que acababa de heredar de su tío y a quien, tras haber alquilado un castillo llamado La Commanderie[710], le parecía de gran señor circular exclusivamente en una silla de posta, con postillones de librea. Bloch me pidió que lo acompañase hasta el vehículo. «Pero date prisa, porque esos cuadrúpedos son impacientes. Ven, hombre caro a los dioses, le darás una alegría a mi padre». Mas yo sufría demasiado por dejar a Albertine en el tren con Saint-Loup, habrían podido, mientras yo les daba la espalda, hablarse, ir a otro vagón, sonreírse, tocarse; mi mirada pegada a Albertine no podía separarse de ella mientras Saint-Loup estuviera allí. Pero me di cuenta perfectamente de que a Bloch, quien me había pedido como un favor que fuese a saludar a su padre, le parecía, en primer lugar, poco gentil que se lo negase cuando nada me lo impedía, pues los ferroviarios habían avisado que el tren aún seguiría un cuarto de hora por lo menos en la estación, y casi todos los viajeros, sin los que no arrancaría, se habían apeado; y, en segundo lugar, no dudó de que fuese porque decididamente —mi comportamiento en esta ocasión le daba una respuesta decisiva— yo era un esnob. De hecho, no ignoraba el nombre de las personas con las que me encontraba. En efecto, M. de Charlus me había dicho, algún tiempo atrás y sin recordar o importarle que ya se hubiera hecho antes, para acercarse a él: «Pero preséntеme a su amigo, lo que usted hace es una falta de respeto hacia mí», y había conversado con Bloch, quien al parecer le había gustado muchísimo, hasta el punto de

que lo había gratificado con un «espero volver a verle». «Entonces es irrevocable, ¿no quieres hacer estos cien metros para saludar a mi padre, a quien tanto le agradaría?», me dijo Bloch. Lamentaba mucho dar la impresión de faltar a los deberes de la buena camaradería, y más todavía la causa por la que Bloch creía que faltaba a ella, y darme cuenta de que estaba imaginando que yo no era el mismo con mis amigos burgueses cuando había personas «de buena cuna». Desde ese día no volvió a demostrarme la misma amistad ni tuvo, cosa que me resultaba más penosa, la misma estima por mi carácter. Mas, para desengañarle sobre el motivo que me había impulsado a quedarme en el vagón, habría tenido que decirle algo —a saber, que tenía celos de Albertine— que me hubiera resultado más doloroso aún que dejarle creer que era estúpidamente mundano. Por eso, en teoría decimos que siempre debemos explicarnos sinceramente, evitar los malentendidos. Pero muchas veces la vida los combina de tal forma que para disiparlos, en las raras circunstancias en que sería posible, habría que revelar, o bien algo —no era éste el caso— que ofendería a nuestro amigo más aún que el agravio imaginario que nos imputa, o bien un secreto cuya divulgación —y era lo que acababa de ocurrirme — nos parece todavía peor que el malentendido. Y, además, incluso sin explicarle a Bloch, pues me resultaba imposible, la razón de no haberle acompañado, de haberle pedido que no se lo tomara a mal, no habría hecho sino aumentar ese agravio demostrándole que me había dado cuenta. No había otro remedio que inclinarse ante aquel fatum que había querido que la presencia de Albertine me impidiese acompañarle y que él pudiese creer que era, por el contrario, la de personas notables, presencia que, aunque hubieran sido cien veces más, no habría conseguido sino hacer que me ocupase exclusivamente de Bloch y reservase para él toda mi cortesía. Basta, pues, que accidental, absurdamente, un incidente (aquí la presencia simultánea de Albertine y de Saint-Loup) se interponga entre dos destinos cuyas líneas convergían una hacia otra para que se desvíen, para que se aparten cada vez más y no se acerquen nunca. Y ha habido amistades más hermosas para mí que la de Bloch que han resultado destruidas, sin que el autor involuntario de la ruptura haya podido explicar nunca al otro lo que con toda seguridad hubiese

curado su amor propio y le habría devuelto una simpatía menguante.

Por otra parte, amistades más hermosas que la de Bloch no sería decir mucho. Tenía todos los defectos que más me desagradaban. Mi cariño por Albertine terminaba volviéndolos, por puro azar, totalmente insoportables. Así, en aquel breve momento en que hablé con él sin dejar de vigilar a Robert con el rabillo del ojo, Bloch me dijo que había almorzado en casa de Mme. Bontemps y que todos se habían referido a mí con los mayores elogios hasta «el declinar de Helios[711]». «Bueno, pensé, como Mme. Bontemps tiene a Bloch por un genio, el sufragio entusiasta que me haya concedido resultará más eficaz que lo que todos los demás hayan podido decir, y le alcanzará a Albertine. Un día u otro tendrá que enterarse, y me sorprende que su tía no le haya contado ya que soy un hombre "superior"». «Sí, añadió Bloch, todo el mundo ha hecho tu elogio. Sólo yo he guardado un silencio tan profundo como si, en lugar de la comida, por lo demás mediocre que nos sirvieron, hubiese comido adormideras, caras al bienaventurado hermano de Thánatos y de Leteo, el divino Hypnos, que envuelve con dulces ataduras el cuerpo y la lengua[712]. No es que te admire menos que la banda de ávidos perros[713] junto a los que se me había invitado. Pero yo te admiro porque te comprendo, y ellos te admiran sin comprenderte. A decir verdad, te admiro demasiado para hablar de ti así, en público, me hubiera parecido una profanación alabar en voz alta algo que llevo en lo más profundo de mi corazón. Por más que me interrogaran sobre ti, una Vergüenza sagrada, hija del Kronión[714], me hizo permanecer mudo». No tuve el mal gusto de parecer descontento, pero aquella Vergüenza me pareció emparentada —mucho más que con el Kronión— con la vergüenza que impide a un critico que os admira hablar de vosotros porque el templo secreto en que reináis sería invadido por la turba de lectores ignaros y de periodistas, con la vergüenza del hombre de Estado que os niega una condecoración para que no seáis confundidos con gentes indignas de vosotros, con la vergüenza del académico que no os vota para ahorraros el oprobio de ser el colega de X... que carece de talento, y, por último, con la vergüenza, más respetable y más criminal sin embargo, de los hijos que nos ruegan que no escribamos

sobre su difunto padre, que tantos méritos tuvo, para asegurar el silencio y el reposo, para impedir que siga vivo y persista la gloria en torno al pobre muerto, que preferiría su nombre pronunciado por las bocas de los hombres a las coronas, muy piadosamente llevadas por otra parte, sobre su tumba.

Si Bloch, dejándome desolado al no poder comprender la razón que me impedía ir a saludar a su padre, me había irritado al confesarme que me había desacreditado en casa de Mme. Bontemps (ahora comprendía por qué Albertine nunca me había hecho alusión a ese almuerzo y se quedaba callada cuando le hablaba del cariño que Bloch sentía por mí), el joven israelita había producido en M. de Charius una impresión muy distinta de la irritación.

Cierto, Bloch creía ahora no sólo que yo no podía permanecer un segundo lejos de las personas elegantes, sino que, celoso de las insinuaciones que éstas (como M. de Charius) habían podido hacerle, trataba de poner trabas e impedirle que se relacionara con ellos; pero, por su parte, el barón lamentaba no haber tratado más a mi compañero. Según su costumbre, se cuidó de demostrarlo. Empezó por hacerme, sin aparentarlo, algunas preguntas sobre Bloch, pero en un tono tan indiferente, con un interés aparentemente tan simulado que nadie habría pensado que estuviese escuchando mis respuestas[715]. Con aire despegado, en una melopea que expresaba, más que indiferencia, distracción, y como por simple cortesía hacia mí: «Parece inteligente, ha dicho que escribía, ¿tiene talento?» Respondí a M. de Charius que había sido muy amable diciéndole a Bloch que esperaba volver a verle. Ningún movimiento reveló en el barón que hubiese oído mi frase, y como la repetí cuatro veces sin tener respuesta, terminé dudando de haber sido víctima de un espejismo acústico cuando había creído oír las palabras de M. de Charius. «¿Vive en Balbec?», canturreó el barón, en un tono tan escasamente inquisitivo que es de lamentar que la lengua francesa no posea un signo distinto de la interrogación para terminar esas frases aparentemente tan poco interrogativas. Verdad es que ese signo apenas serviría más que para M. de Charius. «No, han alquilado cerca de aquí "La Commanderie"». Una vez que supo lo que deseaba, M.

de Charius fingió despreciar a Bloch. «¡Qué horror!, exclamó, devolviendo a su voz todo su vigor resonante. Todas las localidades o propiedades llamadas "La Commanderie" fueron construidas o poseídas por los Caballeros de la Orden de Malta (a la que pertenezco), lo mismo que los lugares llamados el "Temple" o "La Cavalerie" lo fueron por los Templarios[716]. Que yo viviese en La Commanderie sería lo más natural del mundo. ¡Pero un judío! De todos modos, no me extraña; se debe a un curioso gusto por el sacrilegio, característico de esa raza. En cuanto un judío tiene dinero suficiente para comprar un castillo, siempre elige uno que se llama Le Prieuré, L'Abbaye, Le Monastére, la Maison-Dieu. Tuve que tratar con un funcionario judío, ¿adivina dónde residía? En Pont-l'Évéque. Caído en desgracia, hizo que lo trasladasen a Bretaña, a Pont-l'Abbé. Cuando en Semana Santa se dan esos espectáculos indecentes que llaman La Pasión, la mitad de la sala está llena de judíos, que exultan pensando que van a poner a Cristo por segunda vez en la cruz, al menos en efigie. En el concierto Lamoureux[717] tuve un día por vecino a un rico banquero judío. Tocaron L'Enfancedu Christ, de Berlioz[718], él estaba consternado. Pero no tardó en recuperar la expresión de beatitud habitual en él oyendo el Encantamiento del Viernes Santo[719]. Su amigo vive en La Commanderie, ¡el muy desgraciado! ¡Qué sadismo! Ya me indicará usted el camino, añadió recobrando su aire de indiferencia, para que un día vaya a ver cómo soportan nuestros antiguos dominios semejante profanación. Es una pena, porque se trata de una persona educada, y parece inteligente. ¡No le faltaría más que vivir en París en la Rué du Temple[720]!» Por estas palabras se habría dicho que M. de Charlus sólo pretendía encontrar en apoyo de su teoría un nuevo ejemplo, pero en realidad estaba haciéndome una pregunta de doble fin, y el principal era saber la dirección de Bloch. «En efecto, hizo observar Brichot, la Rué du Temple se llamaba Rué de la Chevalerie-du-Temple. Y, a propósito, barón, ¿me permite una observación?» dijo el universitario. «¿Qué? ¿De qué se trata?», dijo en tono seco M. de Charlus, a quien aquella observación impedía conseguir la información deseada. «No, nada, respondió Brichot intimidado. Era a propósito de la etimología de

Balbec que se me había pedido. Antiguamente, la Rué du Temple se llamaba Rué Barre-du-Bac, porque la Abadía du Bac, de Normandía, tenía allí, en París, su barre de justicia[721]». El señor de Charlus no respondió nada y fingió no haber oído, cosa que en él era una de las formas de la insolencia. «¿Dónde vive su amigo en París? Como las tres cuartas partes de las calles toman su nombre de una iglesia o de una abadía, es probable que el sacrilegio continúe. No se puede impedir a los judíos que vivan en el bulevar de la Madeleine, en el faubourg Saint-Honoré o en la plaza Saint-Augustin. Mientras en su perfidia no lleguen al punto de elegir domicilio en la plaza del Parvis-Notre—Dame, en el Quai de l'Archevéché, en la Rué Chanoinesse, o en la Rué de l'Ave María, hay que concederles el atenuante de las dificultades». No pudimos informar a M. de Charius, por sernos desconocida, de la dirección actual de Bloch. Pero yo sabía que las oficinas de su padre estaban en la Rué des Blanc-Manteaux. «¡Oh, colmo de perversidad!, exclamó M. de Charius, que parecía encontrar, en su propio grito de irónica indignación, una satisfacción profunda. Rué des Blanc-Manteaux, repitió, recalcando cada sílaba y riendo. ¡Qué sacrilegio! Piense que esos Blanc-Manteaux mancillados por M. Bloch eran los de los frailes mendicantes, llamados siervos de la Santa Virgen, a los que san Luis asignó ese lugar[722]. Y la calle siempre ha sido de órdenes religiosas. La profanación es tanto más diabólica cuanto que, a dos pasos de la Rué des Blanc-Manteaux, hay una calle cuyo nombre se me escapa y que se concedió en su totalidad a los judíos; hay caracteres hebreos en las tiendas, fábricas de panes ácimos, carnicerías judías, exactamente la Judengasse de París. A esa calle, M. de Rochegude la llama el gueto parisiense[723]. Ahí es donde habría debido vivir M. Bloch. Naturalmente, continuó en un tono bastante enfático y altivo y, para expresarse en términos estéticos, dando, con una respuesta que a pesar suyo le dirigía su herencia, un aire de viejo mosquetero Luis XIII a su cabeza erguida y echada hacia atrás, sólo me ocupo de todo esto desde el punto de vista del arte. La política no es de mi incumbencia y no puedo condenar en bloque, puesto que de Bloch se trata, a una nación que cuenta con Spinoza entre sus hijos ilustres[724]. Y admiro demasiado a

Rembrandt para no saber cuánta belleza puede obtenerse de la frecuentación de la sinagoga[725]. Pero, en última instancia, un gueto es tanto más bello cuanto más homogéneo y completo. Tenga por cierto, además —a tal punto se mezclan en ese pueblo el instinto práctico y la codicia con el sadismo—, que ha sido la cercanía de la calle hebraica de que le hablo, la comodidad de tener a mano las carnicerías de Israel, lo que ha llevado a su amigo a elegir la Rué des Blanc-Manteaux. ¡Qué curioso! Por cierto, ahí es donde vivía un extraño judío que había hecho hervir hostias, tras lo cual supongo que lo hirvieron a él, cosa más extraña todavía, pues parece significar que el cuerpo de un judío puede valer tanto como el cuerpo de Dios[726]. Quizá podríamos arreglar algo con su amigo para que nos lleve a ver la iglesia des Blanc-Manteaux. Piense que en ella fue donde se depositó el cuerpo de Louis d'Orléans tras su asesinato por Juan sin Miedo, quien desgraciadamente no nos liberó de los Orléans[727]. Por lo demás, mis relaciones personales con mi primo el duque de Chartres[728] son buenas, aunque de cualquier modo no deja de ser una raza de usurpadores que hizo asesinar a Luis XVI y despojar a Carlos X y a Enrique V. Por otra parte, tienen a quién salir, con antepasados como Monsieur, a quien sin duda llamaban así porque era la más asombrosa de las viejas damas, y como el Regente y todos los demás. ¡Qué familia!» Este discurso antijudío o prohebreo —según se atendiese a la superficie de las frases o a las intenciones que ocultaban— había sido cómicamente interrumpido por mí merced a una frase que Morel me susurró y que hubiera sumido en la desesperación a M. de Charlus. Morel, a quien no se le había escapado la impresión producida por Bioch, me daba las gracias al oído por haberlo «despachado», añadiendo cínicamente: «Le habría gustado quedarse, todo eso no son más que celos, desearía ocupar mi puesto. ¡Muy propio de un judiacho!» — «Habríamos podido aprovechar esta parada que se prolonga para pedir a su amigo algunas explicaciones rituales. ¿No podría alcanzarlo?», me preguntó M. de Charlus, con la ansiedad de la duda. «No, es imposible, se ha marchado en carruaje, y además enfadado conmigo». —«Gracias, gracias», me sopló Morel. «La razón es absurda, siempre se puede

alcanzar un carruaje, nada le impediría coger un auto», replicó M. de Charlus, como hombre habituado a que todo se plegase a su voluntad. Pero, notando mi silencio: «¿Qué clase de carruaje más o menos imaginario es ése?», me dijo con insolencia y una última esperanza. «Es una silla de posta descubierta, que a esta hora ya habrá llegado a La Commanderie». Ante lo imposible, M. de Charlus tuvo que resignarse y simuló bromear. «Comprendo que se hayan echado atrás ante el cupé despampanante. Habría sido un recupé». Por fin nos avisaron que el tren volvía a ponerse en marcha y Saint-Loup nos dejó. Pero ése fue el único día en que Robert, al subir a nuestro vagón, me hizo sufrir, sin él quererlo, por la idea que tuve durante un instante de dejarle con Albertine para acompañar a Bioch. Las demás veces, su presencia no me torturó. Porque, por sí misma, Albertine, para evitarme cualquier inquietud, con un pretexto cualquiera se colocaba de tal forma que ni siquiera involuntariamente habría podido rozar a Robert, y casi demasiado lejos para tener siquiera que tenderle la mano; en cuanto llegaba, mi amiga, apartando de él la vista, se ponía a charlar ostensiblemente y casi con afectación con uno cualquiera de los demás viajeros, y continuaba ese juego hasta que Saint-Loup se había ido. Por eso, como las visitas que nos hacía a Donciéres no me causaban ningún sufrimiento, ni siquiera molestia, no suponían una excepción entre las otras, que me resultaban en su totalidad agradables y me traían en cierto modo el homenaje y la invitación de aquella tierra. Ya desde finales del verano, en nuestro trayecto de Balbec a Douville, cuando divisaba a lo lejos aquella estación de Saint-Pierre-des-Ifs donde, al atardecer, por un instante, la cresta de los acantilados centelleaba toda rosa como la nieve de una montaña al sol poniente, ya no me hacía pensar (no digo siquiera en la tristeza que la vista de su extraño, repentino empinamiento me había causado la primera noche, dándome un deseo tan grande de coger de nuevo el tren para París en vez de seguir hasta Balbec) en el espectáculo que desde allí, según me había dicho Elstir, podía contemplarse de madrugada, a la hora que precede al sol naciente, cuando todos los colores del arco iris se refractan en las rocas, y cuando tantas veces había despertado al chiquillo que, durante un año, le había servido de modelo para pintarlo completamente

desnudo, sobre la arena. El nombre de Saint-Pierre-des-Ifs sólo me anunciaba la inminente aparición de un quincuagenario extraño, inteligente y maquillado, con quien podría hablar de Chateaubriand y de Balzac. Y ahora, entre las brumas del atardecer, detrás de aquel acantilado de Incarville que tanto me había hecho soñar en otro tiempo, lo que veía, como si su gres antiguo se hubiese vuelto transparente, era la bella casa de un tío de M. de Cambremer, en la que sabía que siempre estarían encantados de recibirme si no quería cenar en La Raspeliére o regresar a Balbec. De modo que no eran sólo los nombres de los lugares de aquella comarca los que habían perdido su misterio inicial, sino aquellos lugares mismos. Los nombres ya medio vacíos de un misterio que la etimología había sustituido por el razonamiento, aún habían descendido un grado. Cuando volvíamos, en el momento en que el tren se detenía en Hermonville, en Saint-Vast, en Arembouville, percibíamos unas sombras que no reconocíamos al principio y que Brichot, que no veía nada, quizá hubiera podido tomar en la noche por los fantasmas de Herimund, de Wiscar y de Herimbald. Pero se acercaban al vagón. Era simplemente M. de Cambremer, que, totalmente peleado con los Verdurin, acompañaba a unos invitados, y que venía a preguntarme, de parte de su madre y de su mujer, si no quería que «me raptase» para tenerme unos días en Féterne, donde se sucederían una excelente cantante que me cantaría todo Gluck y un renombrado jugador de ajedrez, con quien podría disputar excelentes partidas sin perjuicio alguno para las de pesca y deyatchingen la bahía, ni siquiera para las cenas Verdurin, para las que el marqués se comprometía por su honor a «prestarme», haciéndome llevar y recoger para más facilidad, y también para mayor seguridad. «Pero no puedo creer que le siente bien ir a un sitio tan alto. Sé que mi hermana no podría soportarlo. ¡Volvería en un estado! Además, en este momento no se encuentra muy bien… De hecho, la crisis que usted ha sufrido ha sido muy fuerte. ¡Mañana no podrá tenerse de pie!». Y se desternillaba, no por maldad, sino por la misma razón que no le permitía ver a un cojo caerse en la calle ni hablar con un sordo sin echarse a reír. «¿Y antes? ¿Cómo, no las ha tenido desde hace quince días? ¿Sabe que eso es estupendo? Lo que debería hacer es venir a instalarse en Féterne, hablaría usted de sus ahogos con mi

hermana». En Incarville era el marqués de Montpeyroux quien, no habiendo podido ir a Féterne por haber salido de caza, había ido «al tren» en botas y con el sombrero adornado con una pluma de faisán, para estrechar la mano de los que se iban y, de paso, también a mí, anunciándome, para el día de la semana que no me molestase, la visita de su hijo, agradeciéndome que lo recibiese, y que sería muy feliz si yo le hiciera leer un poco; o bien M. de Crécy, que, según sus palabras, iba a hacer la digestión fumándose una pipa, aceptando un puro, o incluso varios, y que me decía: «Bueno, ¿no me da fecha para nuestra próxima reunión luculiana? ¿No tenemos nada que decirnos? Permítame recordarle que hemos dejado pendiente el asunto de las dos familias de Montgomery. Eso tenemos que acabarlo. Cuento con usted». Otros habían ido simplemente a comprar sus periódicos. Y también iban a echar una parrafada con nosotros muchos de los que siempre sospeché que estaban allí, en el andén de la estación más cercana a su pequeño castillo, porque no tenían otra cosa que hacer que encontrarse un momento con gente conocida. Un cuadro de vida mundana como cualquier otro, en resumidas cuentas, aquellas paradas del trenecito. Él mismo, el trenecito, parecía tener conciencia del papel que se le había adjudicado, y había contraído cierta amabilidad humana: paciente, de carácter dócil, esperaba todo el tiempo necesario a los rezagados, e incluso, después de ponerse en marcha, se detenía para recoger a los que le hacían señas; corrían entonces tras él jadeando, y en eso se le parecían, aunque, a diferencia del trenecito, ellos lo alcanzaban corriendo a toda velocidad mientras él no abandonaba su prudente lentitud. Por eso, Hermonville, Arembouville, Incarville, no contentos con haberse despojado totalmente de la inexplicable tristeza en que los había visto bañarse tiempo atrás en la humedad de la noche, ni siquiera me evocaban las feroces grandezas de la conquista normanda. ¡Donciéres! Aun después de haberlo conocido y haberme despertado de mi sueño, ¡cuánto tiempo habían vivido en mí, en ese nombre, las calles agradablemente glaciales, los escaparates iluminados, la suculenta volatería! ¡Donciéres! Ahora no era más que la estación donde subía Morel; Égleville (Aquilavilla)[729], aquella donde solía

esperarnos la princesa Sherbatoff; Maineville, la estación donde se apeaba Albertine los días de buen tiempo, cuando, si no estaba demasiado cansada, quería seguir un rato conmigo, ya que, por un repecho, apenas tenía que caminar mucho más que si se hubiese apeado en Parville (Paterni villa). No sólo había dejado de sentir el ansioso temor de aislamiento que me había acongojado la primera noche, sino que ni siquiera debía temer que se despertase, ni sentirme desorientado o encontrarme sólo en aquella tierra fecunda no sólo en castaños y tamarindos, sino en amistades que, a lo largo de todo el recorrido, formaban una larga cadena, interrumpida como la de las colinas azuladas, ocultas a trechos en la anfractuosidad de la roca o detrás de los tilos de la avenida, pero que delegaba en cada posta a un amable gentilhombre que venía a interrumpir, con un cordial apretón de manos, mi camino, a impedirme darme cuenta de su larga duración, a ofrecerme, llegado el caso, proseguirlo conmigo. Otro estaría en la estación siguiente, de modo que el pitido del trenecito sólo nos obligaba a dejar a un amigo para permitirnos encontrar otros. Entre los castillos menos cercanos y el ferrocarril que los bordeaba casi al paso de una persona que camina deprisa, la distancia era tan breve que cuando, sobre el andén, delante de la sala de espera, nos interpelaban sus propietarios, casi habríamos podido creer que lo hacían desde el umbral de su puerta, desde la ventana de su cuarto, como si la pequeña vía departamental no fuese más que una calle de provincia y la aislada casa solariega un palacete de ciudad; y hasta en las raras estaciones en que yo no oía el «buenas noches» de nadie, el silencio tenía una plenitud nutricia y calmante, porque lo sabía formado por el sueño de amigos que se habían acostado pronto en la cercana mansión, donde mi llegada habría sido saludada con alegría si hubiera tenido que despertarlos para pedirles algún favor de hospitalidad. Además de que el hábito llena a tal punto nuestro tiempo que, al cabo de unos meses, ya no nos queda un instante libre en una ciudad donde, al llegar, la jornada nos ofrecía la disponibilidad de sus doce horas, si por casualidad una de éstas hubiese quedado vacante ya no se me habría ocurrido la idea de emplearla en ver alguna iglesia por la que tiempo atrás había ido a Balbec, ni siquiera confrontando un paraje pintado por Elstir con el

apunte que había visto yo en su casa, sino en ir a jugar una partida más de ajedrez a casa de M. Féré. Ésa era, en efecto, la degradante influencia, así como el encanto que había ejercido sobre mí aquella comarca de Balbec, de convertirse para mí en una auténtica comarca de gente conocida; si su reparto territorial, su sembradura extensiva, a lo largo de toda la costa, en cultivos diversos, daban forzosamente a las visitas que yo hacía a aquellos diferentes amigos la forma del viaje, también limitaban el viaje a no obtener otra cosa que el agrado social de una serie de visitas. Los nombres mismos de lugares, tan excitantes para mí en otro tiempo que el simple Annuaire des Châteaux[730], hojeado por el capítulo del departamento de la Mancha, me causaba tanta emoción como la Guía de ferrocarriles, se me habían vuelto tan familiares como esa misma guía, y habría podido consultarla en la página Balbec-Douville por Donciéres con la misma feliz tranquilidad que un listado de direcciones. En aquel valle demasiado social, a cuyas laderas sentía yo aferrada, visible o invisible, una numerosa compañía de amigos, el poético grito de la noche ya no era el de la lechuza o el de la rana, sino el «¿Cómo está?» de M. de Crique— tot o el «Kaire[731]!» de Brichot. Su atmósfera ya no despertaba angustias y, cargada de efluvios puramente humanos, era fácil de respirar, demasiado relajante incluso. El beneficio que yo sacaba consistía al menos en no ver ya las cosas más que desde un punto de vista práctico. El matrimonio con Albertine me parecía una locura.

CAPÍTULO IV

Brusco viraje hacia Albertine.—. Desolación al despuntar el sol. — Parto inmediatamente con Albertine para París.

NO esperaba más que una ocasión para la ruptura definitiva. Y una noche, como mamá se iba al día siguiente a Combray para asistir en su última enfermedad a una hermana de su madre, dejándome para que aprovechase, como habría querido la abuela, el aire del mar, yo le había anunciado que estaba irrevocablemente decidido a no casarme con Albertine y que pronto iba a dejar de verla. Estaba contento de haber podido, con estas palabras, dar una satisfacción a mi madre la víspera de su partida. No me había ocultado que, en efecto, para ella lo había sido, y muy viva. También tenía que explicarme con Albertine. Cuando volvía con ella de La Raspeliére, y los fieles ya se habían apeado, éstos en Saint-Mars-le-Vetu, aquéllos en Saint-Pierre—des-Ifs, otros en Donciéres, sintiéndome particularmente feliz y despegado de ella, me había decidido, ahora que en el vagón sólo estábamos nosotros dos, a abordar por fin esa conversación. Por otra parte, la verdad era que, entre las muchachas de Balbec, la que yo amaba, pese a estar ausente en ese momento lo mismo que sus amigas, aunque no tardaría en volver (me gustaban todas, porque cada una tenía para mí, como el primer día, algo de la esencia de las otras, cada una era como de una raza aparte), era Andrée. Como dentro de unos días llegaría de nuevo a Balbec, seguro que vendría a verme enseguida, y entonces, para estar libre, para no

casarme con ella si no quería, para poder ir a Venecia, pero para tenerla sin embargo toda para mí hasta entonces, la táctica a emplear sería no dar demasiado la impresión de ir en su busca, y en cuanto llegase, cuando nos encontrásemos para hablar, le diría: «¡Qué lástima no haberla visto unas semanas antes! La habría amado; ahora mi corazón está comprometido. Pero no importa, nos veremos a menudo, porque estoy triste de mi otro amor y usted me ayudará a consolarme». Sonreía para mis adentros pensando en esa conversación, porque de ese modo daría a Andrée la ilusión de no amarla verdaderamente; así no se cansaría de mí y yo me aprovecharía, lleno de alegría y dulcemente, de su ternura. Más todo esto era aún más necesario que hablase seriamente, por fin, con Albertine, para no actuar de manera poco delicada, y ya que estaba decidido a dedicarme a su amiga, necesitaba que ella, Albertine, supiese bien que no la quería. Había que decírselo enseguida, Andrée podía llegar de un día a otro. Pero cuando nos acercábamos a Parville, me di cuenta de que no tendríamos tiempo aquella noche y que era mejor dejar para el día siguiente lo que ahora estaba irrevocablemente decidido. Me limité, pues, a hablar con ella de la cena que habíamos hecho en casa de los Verdurin. En el momento en que estaba poniéndose el abrigo, cuando el tren acababa de salir de Incarville, última estación antes de Parville[732], me dijo: «Entonces, mañana, re-Verdurin, no se olvide de que es usted el que viene a recogerme». No pude dejar de responder en tono bastante seco: «Sí, a menos que yo "deserte", porque esta vida empieza a parecerme realmente estúpida. En cualquier caso, si vamos, para que mi tiempo en La Raspeliére no sea tiempo absolutamente perdido, tendré que pensar en preguntar a Mme. Verdurin algo que pueda interesarme mucho, ser un objeto de estudios y procurarme algún placer, porque este año, en Balbec, no ha sido mucho lo que realmente he tenido». —«Eso no es muy amable para mí, pero no se lo tomo en cuenta porque veo que está nervioso. ¿Qué placer es ése?» —«Que Mme. Verdurin haga tocar para mí cosas de un músico cuyas obras conoce perfectamente. También yo conozco una, pero parece que hay otras y necesitaría saber si están editadas, si son distintas de las primeras».

—«¿Qué músico?» —«Querida niña, cuando te haya dicho que se llama Vinteuil, ¿habrás adelantado mucho?» Podemos haber dado vueltas y más vueltas a todas las ideas posibles sin que en ellas entre nunca la verdad, y, cuando menos lo esperamos, desde fuera nos produce su horrible picadura y nos hiere para siempre. «No sabe la gracia que usted me hace, me respondió Albertine levantándose, porque el tren iba a detenerse. Ese nombre no sólo me dice mucho más de lo que cree, sino que, incluso sin necesidad de Mme. Verdurin, podré conseguir toda la información que usted quiera. Recordará que le he hablado de una amiga mayor que yo que me sirvió de madre, de hermana, con la que pasé en Trieste mis mejores años, y con la que, por otra parte, debo reunirme dentro de unas semanas en Cherburgo, de donde haremos juntas un viaje (es un poco disparatado, pero ya sabe cuánto me gusta el mar), bueno, pues esa amiga (¡oh!, para nada, no es el tipo de mujer que usted podría suponer), fíjese que casualidad, es precisamente la mejor amiga de la hija de ese Vinteuil, y a la hija de Vinteuil la conozco casi igual de bien. Siempre las llamo mis dos hermanas mayores. No me molesta demostrarle que su pequeña Albertine podrá serle útil para esas cosas de música, de las que usted siempre dice, y además con razón, que no entiendo nada». A estas palabras pronunciadas cuando entrábamos en la estación de Parville, tan lejos de Combray y de Montjouvain, tanto tiempo después de la muerte de Vinteuil, una imagen se agitaba en mi corazón, una imagen mantenida en reserva durante tantos años que, incluso si hubiese podido adivinar, cuando tiempo atrás la almacenaba, que tenía un poder nocivo, hubiera creído que a la larga lo había perdido por completo; conservada viva en el fondo de mí —como Orestes, cuya muerte habían impedido los dioses para que, en el día señalado, volviese a su país a castigar el asesinato de Agamenón[733]— para mi suplicio, para mi castigo, ¿quién sabe?, acaso por haber dejado morir a mi abuela; surgiendo de pronto del fondo de la noche en que parecía sepultada para siempre, y golpeando como un Vengador, a fin de inaugurar para mí una vida terrible, merecida y nueva, quizá también para hacer estallar ante mis ojos las funestas consecuencias que los actos malvados engendran

indefinidamente, no sólo para quienes los han cometido, sino también para quienes no han hecho, para quienes no han creído hacer otra cosa que contemplar un espectáculo divertido y curioso, como yo, ¡ay!, en aquel lejano final de día de Montjouvain, escondido detrás de un matorral, cuando (como la vez que, complacido, había escuchado el relato de los amores de Swann) había dejado ensancharse peligrosamente en mí la vía funesta y destinada a ser dolorosa del Saber. Y, en ese mismo momento, de mi mayor dolor tuve un sentimiento casi orgulloso, casi gozoso, el de un hombre a quien el choque recibido hubiese hecho dar tal salto que habría llegado a un punto al que ningún esfuerzo hubiera podido levantarlo. Albertine amiga de Mlle. de Vinteuil y de su amiga, practicante profesional del safismo, era, en comparación a lo que yo había imaginado en mis peores dudas, lo que es, en comparación al pequeño acústico de la Exposición de 1889[734], del que a duras penas se esperaba que pudiese ir del extremo de una casa a otra, el teléfono que sobrevuela las calles, las ciudades, los campos, los mares, y une los países entre sí. Era una térra incógnita terrible en la que acababa de aterrizar, una fase nueva de sufrimientos insospechados la que se abría. Y sin embargo, ese diluvio de la realidad que nos sumerge, aunque enorme comparado con nuestras tímidas e ínfimas suposiciones, ya estaba presentido por ellas. Era sin duda algo como lo que yo acababa de saber, algo como la amistad de Albertine y Mlle. Vinteuil, algo que mi mente no habría sabido inventar, pero que oscuramente captaba cuando me inquietaba tanto viendo a Albertine junto a Andrée. A menudo en el sufrimiento no se llega suficientemente lejos sólo por falta de espíritu creativo. Y la realidad más terrible aporta, junto con el sufrimiento, la alegría de un hermoso descubrimiento, porque no hace más que dar una forma nueva y clara a lo que andábamos rumiando hace mucho sin darnos cuenta. El tren se había parado en Parville y como éramos los únicos viajeros que llevaba fue con una voz debilitada por el sentimiento de la inutilidad de su tarea, por el hábito mismo que sin embargo se la hacía cumplir y le inspiraba a un tiempo precisión e indolencia, y más aún por las ganas de dormir, como el empleado gritó: «¡Parville!» Albertine, situada frente a mí, viendo que

había llegado a su destino, dio algunos pasos desde el fondo del vagón donde estábamos y abrió la portezuela. Pero el movimiento que así realizaba para apearse me desgarraba de forma intolerable el corazón, como si, contrariamente a la posición independiente de mi cuerpo que a dos pasos de él parecía ocupar el de Albertine, aquella separación espacial, que un dibujante verídico se habría visto obligado a reproducir entre nosotros, no fuese más que una apariencia, y como si quien hubiese pretendido volver a dibujar las cosas según la realidad auténtica se viera obligado a situar ahora a Albertine, no a cierta distancia de mí, sino dentro de mí. Me hacía tanto daño al alejarse que, alcanzándola, la atraje desesperadamente por el brazo. «¿Sería materialmente imposible, le pregunté, que viniese a dormir a Balbec esta noche?» —«Materialmente, no. Pero me muero de sueño». —«Me haría un favor inmenso…» —«Entonces de acuerdo, aunque no comprendo; ¿por qué no me lo ha dicho antes? En fin, me quedo». Mi madre dormía cuando, después de haber hecho dar a Albertine una habitación situada en otro piso, entré en la mía. Me senté junto a la ventana, reprimiendo mis sollozos, para que mi madre, de la que sólo me separaba un delgado tabique, no me oyese. Ni siquiera había pensado en cerrar los postigos, porque en cierto momento, al levantar los ojos, vi frente a mí, en el cielo, aquel mismo pequeño resplandor de un rojo apagado que se veía en el restaurante de Rivebelle en un estudio que Elstir había hecho de un sol poniente[735]. Recordé la exaltación que en mí se produjo cuando la había divisado desde el ferrocarril el primer día de mi llegada a Balbec[736] aquella misma imagen de un atardecer que no precedía a la noche, sino a un nuevo día. Pero ahora ninguna jornada sería ya nueva para mí, ninguna volvería a despertar en mí el deseo de una felicidad desconocida, y sólo prolongaría mis sufrimientos hasta que ya no tuviese fuerzas para soportarlos. La verdad de lo que Cottard me había dicho en el Casino de Parville ya no ofrecía ninguna duda a mis ojos[737]. Lo que había temido, lo que vagamente había sospechado desde hacía mucho tiempo de Albertine, lo que mi instinto deducía de todo su ser, y lo que mis razonamientos dirigidos por mi deseo me habían ido haciendo negar poco a poco, ¡era cierto! Detrás de

Albertine ya no veía las montañas azules del mar, sino la habitación de Montjouvain donde caía en brazos de Mlle. Vinteuil con aquella risa en la que se dejaba oír algo así como el sonido desconocido de su goce. De hecho, bonita como Albertine era, ¿cómo Mlle. Vinteuil, con los gustos que tenía, no le hubiese pedido satisfacerlos? Y la prueba de que a Albertine no le había chocado y había consentido era que no se habían peleado, sino que su intimidad no había cesado de aumentar. Y aquel gracioso movimiento de Albertine apoyando su barbilla en el hombro de Rosemonde, mirándola risueña y depositando un beso en su cuello, aquel movimiento que me había recordado a Mlle. Vinteuil y para cuya interpretación yo había vacilado, sin embargo, en admitir que una misma línea trazada por un gesto fuese forzosamente el resultado de una misma inclinación, ¿quién sabe si Albertine no lo había aprendido simplemente de Mlle. Vinteuil? Poco a poco se iluminaba el cielo apagado. Yo que hasta entonces nunca me había despertado sin sonreír a las cosas más humildes, al tazón de café con leche, al ruido de la lluvia, al trueno del viento, sentí que el día que iba a amanecer dentro de un instante, y todos los días que vendrían luego, ya nunca volverían a traerme la esperanza de una felicidad desconocida, sino la prolongación de mi martirio. Aún me importaba la vida; sabía que ya no debía esperar de ella nada que no fuese cruel. Corrí al ascensor, a pesar de la hora indebida, a llamar al lift que hacía las funciones de vigilante nocturno y le pedí que fuese a la habitación de Albertine, a decirle que tenía una cosa importante que comunicarle, si podría recibirme. «La señorita prefiere ser ella la que venga, vino a responderme. Estará aquí dentro de un momento». Y enseguida, en efecto, entró Albertine en bata. «Albertine», le dije muy bajo y recomendándole que no elevara la voz para no despertar a mi madre, de quien sólo estábamos separados por aquel tabique cuya delgadez hoy importuna y que, obligándonos a susurrar, se parecía en otro tiempo, cuando en él se pintaban tan bien las intenciones de mi abuela, a una especie de diafanidad musical, «me avergüenzo de molestarla. Verá. Para que me comprenda, tengo que decirle una cosa que no sabe. Cuando vine aquí, dejé a una mujer con la que hubiese debido casarme, que estaba dispuesta a abandonar todo por mí. Ella debía salir de viaje esta mañana y, desde hace una semana, todos los

*días yo me preguntaba si tendría el valor de no telegrafiarle que volvía. He tenido ese valor, pero me he sentido tan desgraciado que he creído que me mataría. Por eso le pregunté ayer noche si no podía venir a dormir usted a Balbec. Si hubiese tenido que morir, me habría gustado decirle a usted adiós». Y di libre curso a las lágrimas que mi ficción volvía naturales. «Pobre pequeño, de haberlo sabido, habría pasado la noche a su lado», exclamó Albertine, a cuya mente no se le ocurrió la idea de que tal vez me casaría con aquella mujer y que la ocasión de hacer ella una «buena boda» se desvanecía, hasta tal punto la había sinceramente emocionado una pena cuya causa yo podía ocultarle, pero no su realidad ni su fuerza. «Lo cierto es, me dijo, que ayer, durante todo el trayecto desde La Raspeliére, me di perfecta cuenta de que estaba usted nervioso y triste, algo me temía». En realidad mi pena no había empezado hasta Parville, y el nerviosismo, muy distinto, pero que afortunadamente Albertine confundía con la pena, provenía del hastío de tener que vivir todavía unos días más con ella. Añadió: «Ahora ya no le dejo, me quedaré aquí todo el tiempo». Me ofrecía precisamente —y sólo ella podía ofrecérmelo— el único remedio contra el veneno que me abrasaba, homogéneo por otra parte con él; dulce el uno, el otro cruel, ambos derivaban igualmente de Albertine. En ese momento, Albertine —mi mal—, dejando de ocasionarme sufrimientos, me dejaba —ella, Albertine remedio— enternecido como un convaleciente. Mas pensaba que pronto iba a marcharse de Balbec para Cherburgo y de ahí para Trieste. Sus costumbres de antaño renacerían de nuevo. Lo que yo quería por encima de todo era impedir que Albertine cogiese el barco, tratar de llevarla a París. Claro que desde París, con más facilidad aún que desde Balbec, podría ir, si quería, a Trieste, pero en París nos veríamos; quizá podría pedir a Mme. de Guermantes que actuase indirectamente sobre la amiga de Mlle. Vinteuil para que no se quedara en Trieste, para obligarla a aceptar un puesto en otra parte, quizá en casa del príncipe de*** a quien yo había conocido en casa de Mme. de Villeparisis y del propio M. de Guermantes. Y éste, incluso si Albertine quería ir a su casa a ver a su amiga, podría impedirles, advertido por Mme. de Guermantes, que se reuniesen. Verdad es que habría podido decirme que, en París, si Albertine tenía*

aquellos gustos, encontraría muchas otras personas con quienes saciarlos. Pero cada movimiento de celos es singular y lleva la marca de la criatura —en esta circunstancia, la amiga de Mlle. Vinteuil— que los ha suscitado. Era ella, la amiga de Mlle. Vinteuil, la que seguía siendo mi mayor preocupación. La pasión misteriosa con que, tiempo atrás, había pensado yo en Austria por ser el país de donde procedía Albertine[738] (su tío había sido en él consejero de embajada), porque podía contemplar su peculiaridad geográfica, la raza que lo habitaba, sus monumentos, sus paisajes, como en un atlas, como en una colección de vistas, en la sonrisa, en los modales de Albertine, esa pasión misteriosa seguía sintiéndola pero, por una inversión de signos, en el dominio del horror. Sí, de allí era de donde Albertine venía. Era allí donde, en cada casa, estaba segura de encontrar bien a la amiga de Mlle. Vinteuil, bien a otras. Los hábitos de infancia iban a renacer, dentro de tres meses se reunirían para Navidad, luego para el primero de Año, fechas que para mí ya eran tristes en sí mismas por el recuerdo inconsciente de la pena que en ellas había sentido cuando, tiempo atrás, me separaban, durante todas las vacaciones de Año Nuevo, de Gilberte[739]. Después de las largas cenas, después de los cotillones, cuando todo el mundo estuviera alegre, animado, Albertine iba a adoptar, con sus amigas de allí, aquellas mismas posturas que yo le había visto tomar con Andrée, cuando la amistad de Albertine por ella era inocente; o, ¿quién sabe?, quizá aquellas que habían unido en Montjouvain, delante de mí, a Mlle. Vinteuil y a su amiga que la perseguía. Ahora, mientras su amiga la acariciaba antes de echarse sobre ella, a Mlle. Vinteuil yo le ponía el rostro encendido de Albertine, de una Albertine a la que oí lanzar, mientras huía para luego entregarse, su risa extraña y profunda. Comparados con el sufrimiento que yo sentía, ¿qué eran los celos que había podido tener el día que Saint-Loup había encontrado a Albertine conmigo en Donciéres y en que ella le había hecho carantoñas[740]? ¿Y los que había sentido al pensar en el desconocido iniciador al que había podido yo deber los primeros besos que ella me había dado en París, el día que estaba esperando la carta de Mlle. de Stermaria[741]? Aquellos otros celos provocados por Saint-Loup, por un joven

cualquiera, no eran nada. En este caso, habría podido temer a lo sumo un rival al que habría tratado de vencer. Pero aquí el rival no era semejante a mí, sus armas eran distintas, no podía luchar en el mismo terreno, dar a Albertine los mismos placeres, ni siquiera concebirlos con precisión. En muchos momentos de nuestra vida cambiaríamos todo nuestro futuro por un poder en sí mismo insignificante. En otro tiempo habría renunciado a todos los privilegios de la vida por conocer a Mme. Blatin, porque era amiga de Mme. Swann[742]. Hoy, porque Albertine no fuese a Trieste, habría soportado cualquier sufrimiento, y si no hubiera bastado, se los habría infligido a ella, la habría aislado, encerrado, le hubiese quitado el poco dinero que tenía para que la indigencia le impidiese materialmente hacer el viaje. Así como en otro tiempo, cuando quería ir a Balbec, lo que me impulsaba a partir era el deseo de una iglesia persa, de una tempestad al alba, lo que ahora me desgarraba el corazón pensando que Albertine quizá fuese a Trieste, era la idea de que pasaría allí la noche de Navidad con la amiga de Mlle. Vinteuil: porque la imaginación, cuando cambia de naturaleza y se transforma en sensibilidad, no dispone por eso de un número mayor de imágenes simultáneas. Si me hubieran dicho que en ese momento ella no se encontraba en Cherburgo o en Trieste, que no podría ver a Albertine, ¡cómo habría llorado de dulzura y de alegría, cómo hubiesen cambiado mi vida y su futuro! Y sin embargo sabía perfectamente que esa localización de mis celos era arbitraria, que si Albertine tenía aquellos gustos podía saciarlos con otras. Y si esas mismas muchachas hubieran podido verla en otra parte, quizá no habrían torturado tanto mi corazón. Era de Trieste, de aquel mundo desconocido en el que sentía que Albertine era feliz, en el que estaban sus recuerdos, sus amistades, sus amores de infancia, lo que exhalaba aquella atmósfera hostil, inexplicable, como la que subía en otro tiempo hasta mi cuarto de Combray, desde el comedor donde oía hablar y reír con los extraños, en medio del ruido de los tenedores, a mamá, que no vendría a darme las buenas noches; como la que había llenado para Swann las casas en que Odette iba a buscar una vez anochecido inconcebibles goces. Ya no era como en un país delicioso donde la gente es reflexiva, dorados los crepúsculos, tristes

los carillones, como pensaba en Trieste, sino como en una ciudad maldita que habría querido incendiar inmediatamente y suprimir del mundo real. Aquella ciudad estaba hundida en mi corazón como un punzón permanente. Dejar que Albertine se marchase dentro de poco a Cherburgo y Trieste me horrorizaba; y también que permaneciese en Balbec. De hecho, ahora que la revelación de la intimidad de mi amiga con Mlle. Vinteuil era para mí casi una certeza, me parecía que en todos los momentos en que Albertine no estaba conmigo (y había días enteros en los que, a causa de su tía, no podía verla) estaba entregada a las primas de Bioch, tal vez a otras. La idea de que aquella misma noche ella podría ver a las primas de Bioch me enloquecía. Por eso, cuando me dijo que durante unos días no se separaría de mí, le repliqué: «Pero es que yo querría marcharme a París. ¿No vendría conmigo? ¿Y no querría venir a vivir un tiempo con nosotros en París?» Había que impedir a cualquier precio que estuviese sola, al menos durante unos días, tenerla a mi lado para estar seguro de que no pudiera ver a la amiga de Mlle. Vinteuil. Eso quería decir, en realidad, vivir sola conmigo, pues mi madre, aprovechando un viaje de inspección que debía hacer mi padre, se había prescrito como un deber obedecer una voluntad de mi abuela, que deseaba que mi madre fuese a pasar unos días en Combray con una de sus hermanas. Mamá no quería a su tía porque no había sido para la abuela, tan cariñosa con ella, la hermana que habría debido ser. Así, de mayores, los niños recuerdan con rencor a quienes fueron malos con ellos. Pero mamá, vuelta como mi abuela, era incapaz de rencor, la vida de su madre era para ella como una pura e inocente infancia a la que volvía para extraer aquellos recuerdos cuya dulzura o amargor regulaba sus acciones con unos y con otros. Mi tía hubiera podido proporcionar a mamá ciertos detalles inestimables, pero ahora habría sido difícil conseguirlos porque la tía estaba muy enferma (se hablaba de un cáncer), y ella, que se reprochaba no haber ido a verla antes por hacer compañía a mi padre, no encontraba en ello sino una razón más para hacer lo que su madre habría hecho; y como iba al aniversario del padre de la abuela, que tan mal padre había sido, a llevar a su tumba unas flores que mi abuela tenía la costumbre de llevar, por eso, junto a la tumba que estaba a punto de abrirse mi

madre quería llevar las dulces conversaciones que mi tía no había ido a ofrecer a la abuela. Mientras estuviera en Combray, mi madre se ocuparía de ciertos trabajos que mi abuela siempre había deseado, pero a condición de que se realizaran bajo la vigilancia de su hija. De ahí que aún no se hubieran empezado, porque mamá no quería, dejando París antes que mi padre, hacerle sentir demasiado el peso de un luto al que él se asociaba, pero que no podía afligirle tanto como a ella. «¡Ah!, en este momento no sería posible, me respondió Albertine. Además, ¿qué necesidad tiene de volver tan deprisa a París si esa señora ya se ha ido?» —«Porque estaría más tranquilo en un lugar donde la he conocido que en Balbec, que ella nunca ha visto y que ahora a mí me horroriza». ¿Comprendió más tarde Albertine que aquella otra mujer no existía, y que si, aquella noche, había deseado de veras morirme, había sido porque sin darse cuenta ella misma me había revelado su amistad íntima con la amiga de Mlle. Vinteuil? Es posible. Hay momentos en que me parece probable. En cualquier caso, aquella mañana Albertine creyó en la existencia de aquella mujer. «Pero, querido, debería casarse usted con esa señora, sería feliz, me dijo, y estoy segura de que también ella sería feliz». Le respondí que, de hecho, la idea de poder hacer feliz a aquella mujer había estado a punto, en efecto, de decidirme; últimamente, tras recibir una importante herencia que me permitiría ofrecer a mi mujer mucho lujo, muchos placeres, había estado a punto de aceptar el sacrificio de la que amaba. Ebrio por la gratitud que me inspiraba la amabilidad de Albertine, a tan poca distancia del sufrimiento atroz que me había causado, de la misma manera que prometeríamos gustosos una fortuna al camarero de café que nos sirve una sexta copa de aguardiente, le dije que mi mujer tendría un auto, un yate, que, desde ese punto de vista, dado que a Albertine le gustaba tanto ir en auto y practicar yachting, era una lástima que no fuese ella el objeto de mi amor; que hubiera sido para ella el marido perfecto, pero ya veríamos, quizá pudiéramos seguir viéndonos agradablemente. Pese a todo, como incluso en la ebriedad nos guardamos de interpelar a los transeúntes por miedo a los golpes, no cometí la imprudencia (si es que lo era), que habría cometido en los tiempos de Gilberte, de decirle que era ella, Albertine, a la que amaba. «Ya ve, he estado a

punto de casarme con ella. Pero, en última instancia, no me he atrevido a hacerlo, no habría querido hacer vivir a una mujer joven con alguien tan enfermo y tan aburrido». —«Pero ¿está usted loco?, todo el mundo querría vivir a su lado, ya ve cómo todo el mundo le busca. En casa de Mme. Verdurin sólo se habla de usted, y también en el gran mundo, me lo han dicho. ¿Acaso no ha sido esa dama lo bastante buena con usted para inspirarle esa impresión de duda sobre usted mismo? Ya veo lo que es, es una malvada, la detesto, ¡ay!, si yo hubiera estado en su lugar…» —«Qué va, no, es muy buena, demasiado buena. En cuanto a los Verdurin y al resto, me importan poco. Aparte de la que amo y a la que por lo demás he renunciado, sólo me importa mi pequeña Albertine, sólo ella, viéndome con mucha frecuencia —al menos los primeros días, añadía yo para no asustarla y poder pedirle mucho esos días—, podrá consolarme un poco». Sólo hice una vaga alusión a una posibilidad de matrimonio, añadiendo que era irrealizable porque nuestros caracteres no concordarían. A pesar mío, siempre perseguido en mis celos por el recuerdo de las relaciones de Saint-Loup con «Rachel cuando del señor» y de Swann con Odette, sentía demasiada inclinación a creer que, desde el momento en que amaba, no podía ser amado y que sólo el interés podía decidir a una mujer a unirse a mí. Cierto que era una locura juzgar a Albertine por Odette y por Rachel. Pero no se trataba de ella, sino de mí; eran los sentimientos que yo podía inspirar lo que mis celos me hacían subestimar demasiado. Y de este juicio, acaso erróneo, nacieron sin duda muchas de las desgracias que iban a caer sobre nosotros. «Entonces, ¿rechaza usted mi invitación para París?». —«A mi tía no le gustaría que me marchase en este momento. Por otro lado, si más tarde pudiese, ¿no resultaría raro que fuese a vivir en su casa? En París se sabrá de sobra que no soy prima suya». —«Bueno, diremos que estamos un poco prometidos. ¿Qué más da, si usted sabe que no es cierto?». El cuello de Albertine, que sobresalía por entero de la camisa, era fuerte, dorado, de grano grueso. Lo besé con la misma pureza con que habría besado a mi madre para calmar una pena de niño que, eso creía entonces, nunca podría arrancar de mi corazón. Albertine me dejó para ir a vestirse. De cualquier modo, su abnegación por mí ya iba menguando; poco antes me había dicho

que no me dejaría ni un segundo. (Y me daba cuenta de que su resolución no duraría, porque temía que, si nos quedábamos en Balbec, esa misma noche viese, sin mí, a las primas de Bloch). Y ahora acababa de decirme que quería pasar por Maineville y que volvería a verme por la tarde. No había ido a casa la noche anterior, podía haber cartas para ella, además su tía podía estar preocupada. Yo le había respondido: «Si sólo es por eso, podemos mandar al lift a decirle a su tía que está usted aquí y a recoger sus cartas». Y, deseosa de mostrarse amable pero contrariada por sentirse sometida, había fruncido el ceño para luego, muy amablemente, decirme: «Eso es», y había enviado al lift. No hacía ni un momento que Albertine me había dejado cuando el lift llamó suavemente. No me esperaba que, mientras hablaba con Albertine, él hubiese tenido tiempo de ir a Maineville y volver. Venía a decirme que Albertine había escrito unas letras a su tía y que, si yo quería, ella podía ir a París ese mismo día. Albertine había hecho mal, por otra parte, dándole el recado de viva voz, porque, a pesar de lo temprano de la hora, el director ya estaba al corriente y, descompuesto, venía a preguntarme si estaba descontento de algo, si era cierto que me iba, si no podría esperar al menos unos días, dado que el viento hoy era bastante temeroso (de temer). No quería yo explicarle que pretendía a cualquier precio que Albertine ya no estuviese en Balbec a la hora en que las primas de Bloch salían de paseo, sobre todo porque Andrée, la única que hubiera podido protegerla, no estaba allí, y Balbec era como esos lugares en que un enfermo que no consigue respirar en ellos está decidido a no pasar una noche más, aunque deba morir en el camino. Por otra parte, iba a tener que luchar contra súplicas del mismo tipo, empezando por el hotel, donde Marie Gineste y Celeste Albaret, tenían los ojos rojos. (Por lo demás, Marie dejaba oír el sollozo apresurado de un torrente; Celeste, menos enérgica, le recomendaba calma; pero cuando Marie murmuró los únicos versos que conocía: Ici-bas tous les lilas meurent[743], Celeste no pudo contenerse y una capa de lágrimas se derramó por su semblante color lila; pienso de todas formas que me olvidaron esa misma noche). Luego, en el trenecito local, pese a todas mis precauciones para no ser visto encontré a M. de Cambremer, que

se puso pálido a la vista de mis maletas, ya que contaba conmigo dos días después; me irritó queriendo convencerme de que mis ahogos se debían al cambio de tiempo y que octubre les sentaría bien, y me preguntó si, en cualquier caso, no podría «retrasar mi marcha de hoy en ocho», expresión cuya estupidez quizá no me enfureció porque lo que me proponía me hacía daño. Y mientras el marqués seguía hablándome en el vagón, en cada estación yo temía ver aparecer, más terrible que Herimbald o Guiscard[744], a M. de Crécy implorando ser invitado, o más temible aún, a Mme. Verdurin empeñada en invitarme. Pero esto no ocurriría hasta dentro de unas horas. Todavía no había llegado a ello. Sólo tenía que hacer frente a las desesperadas quejas del director. Le hice salir del cuarto, por temor de que, a pesar de hablar muy bajo, terminase despertando a mamá. Me quedé solo en aquella habitación, la misma habitación de techo demasiado alto donde tan desgraciado me había sentido el primer día que llegué, en la que había pensado con tanta ternura en Mlle. de Stermaria, acechado el paso de Albertine y sus amigas como el de aves migratorias posadas en la playa, en que la había poseído con tanta indiferencia la vez que había mandado al lift a buscarla, en que había conocido la bondad de mi abuela, y luego sabido que había muerto; aquellos postigos hasta cuyo pie se filtraba la luz de la mañana, los había abierto yo la primera vez para divisar los primeros contrafuertes del mar (aquellos postigos que Albertine me hacía cerrar para que no nos viesen besarnos). Tomaba mejor conciencia de mis propias transformaciones confrontándolas con la identidad de las cosas. De todos modos, nos habituamos a ellas como a las personas, y cuando, de repente, recordamos el distinto significado que tuvieron, y luego, una vez perdido todo significado, los acontecimientos tan distintos de los presentes a los que sirvieron de marco y la diversidad de los actos realizados bajo el mismo techo, entre las mismas librerías acristaladas, el cambio en el corazón y en la vida que esa diversidad implica parece todavía mayor por la permanencia inmutable del decorado, reforzado por la unidad del lugar.

Dos o tres veces, durante un instante, se me ocurrió que el mundo en que se encontraban aquella habitación y aquellas librerías, y en el

que Albertine era tan poca cosa, quizá fuese un mundo intelectual, que era la sola realidad, y mi pena algo así como la que produce la lectura de una novela y de la que sólo un loco podría hacer una pena duradera, permanente, capaz de prolongarse en su vida; que acaso bastaría un leve movimiento de mi voluntad para alcanzar aquel mundo real, para entrar de nuevo en él superando mi dolor como quien rompe una faja de papel, y no volver a preocuparme de lo que hubiese hecho Albertine más de lo que nos preocupan las acciones de la heroína imaginaria de una novela una vez acabada la lectura. Por lo demás, las mujeres que más he amado nunca han coincidido con mi amor por ellas. Ese amor era verdadero, dado que lo subordinaba todo a verlas, a tenerlas para mí solo, y lloraba si una noche las había esperado inútilmente. Pero ellas tenían la propiedad de despertar ese amor, de llevarlo a su paroxismo, más que de ser su imagen. Cuando las veía, cuando las oía, no encontraba en ellas nada que se pareciese a mi amor y pudiese explicarlo. Y sin embargo, verlas era mi única alegría, esperarlas mi única ansia. Se hubiera dicho que la naturaleza les había añadido de manera accesoria una virtud sin relación alguna con ellas, y que esa virtud, ese poder similieléctrico tuviese sobre mí el efecto de excitar mi amor, es decir, de dirigir todas mis acciones y causar todos mis sufrimientos. Pero la belleza, o la inteligencia, o la bondad de aquellas mujeres no tenían nada que ver con eso. Como por una corriente eléctrica que te mueve, me he visto sacudido por mis amores, los he vivido, los he sentido: nunca he podido llegar a verlos o a pensarlos. Hasta me inclino a creer (dejo a un lado el placer físico que por lo general suele acompañarlos, pero que no basta para constituirlos) que en esos amores, bajo la apariencia de la mujer, es a esas fuerzas invisibles que accesoriamente la acompañan a las que nos dirigimos como a oscuras divinidades. Y es su benevolencia lo que necesitamos, es su contacto lo que buscamos sin encontrar ningún placer positivo. Durante su encuentro con nosotros, la mujer nos pone en relación con esas diosas, y apenas hace más. Hemos prometido, a modo de ofrendas, joyas, viajes, hemos pronunciado fórmulas que expresan nuestra adoración, y fórmulas contrarias que expresan nuestra indiferencia. Hemos empleado todo nuestro poder para conseguir un nuevo encuentro, pero que nos sea concedido de

buen grado. Ahora bien, por la mujer misma, si no la completaran esas fuerzas ocultas, ¿nos tomaríamos tanto trabajo, dado que, nada más irse, no sabríamos decir cómo iba vestida y nos damos cuenta de que ni siquiera la hemos mirado?

¡Qué sentido tan engañoso es la vista! Un cuerpo humano, aunque sea un cuerpo amado como era el de Albertine, a unos pocos metros, a unos cuantos centímetros, nos parece lejos de nosotros. Y lo mismo el alma que hay en él. Sólo que algo cambia violentamente la posición de esa alma en relación a nosotros, nos muestra que ama a otros seres y no a nosotros, y entonces, por los latidos de nuestro corazón dislocado, sentimos que está, no a unos pasos de nosotros, sino en nosotros, que era la criatura adorada. En nosotros, en unas regiones más o menos superficiales. Pero las palabras: «Esa amiga es Mlle. Vinteuil» habían sido el «ábrete sésamo» que yo hubiera sido incapaz de encontrar por mí mismo y que había hecho entrar a Albertine en la hondura de mi corazón desgarrado. Y la puerta que se había cerrado tras ella, yo habría podido buscar cien años sin encontrar el modo de volver a abrirla.

Esas palabras, había dejado de oírlas un instante mientras Albertine estaba a mi lado hacía un momento. Besándola como besaba a mi madre en Combray, para calmar mi angustia, casi creía en la inocencia de Albertine o, al menos, no pensaba de continuo en el descubrimiento que había hecho de su vicio. Pero ahora que estaba solo, las palabras resonaban de nuevo como esos ruidos interiores del oído que se oyen en cuanto alguien deja de hablaros. Ahora su vicio no ofrecía ninguna duda para mí. La luz del sol que iba a levantarse, modificando las cosas a mi alrededor, me hizo volver a tomar, como si me desplazase un instante en relación a ella, una conciencia todavía más cruel de mi sufrimiento. Nunca había visto comenzar una mañana tan bella ni tan dolorosa. Pensando en todos los paisajes indiferentes que estaban a punto de iluminarse y que todavía la víspera sólo me hubieran llenado con el deseo de visitarlos, no pude contener un sollozo cuando, en un gesto de ofertorio hecho mecánicamente y que me pareció simbolizar el cruento sacrificio de toda alegría que iba a tener que hacer cada mañana, hasta el final de mi vida, renovación solemnemente celebrada cada aurora de mi pena

cotidiana y de la sangre de mi herida, el huevo de oro del sol, como propulsado por la ruptura de equilibrio que en el momento de la coagulación produciría un cambio de densidad, almenado de llamas como en los cuadros, rasgó de un brinco la cortina tras la que, desde hacía un momento, se le sentía trémulo y dispuesto a salir a escena y lanzarse, borrando bajo olas de luz la púrpura misteriosa y yerta. Me oí a mí mismo llorar. Pero en ese momento, inesperadamente, se abrió la puerta y me pareció ver, con el corazón palpitante, a mi abuela delante de mí, como en una de esas apariciones que ya había tenido, pero sólo durmiendo. ¿No era más que un sueño todo aquello? Ay, estaba bien despierto. «Me encuentras parecida a tu pobre abuela», me dijo mamá —porque era ella— con dulzura, como para calmar mi espanto, admitiendo por lo demás aquel parecido, con una hermosa sonrisa de orgullo modesto que nunca había conocido la coquetería. Sus cabellos en desorden, donde los mechones grises no estaban escondidos y serpenteaban alrededor de sus ojos inquietos, de sus mejillas envejecidas, hasta la bata de mi abuela que llevaba, todo me había impedido reconocerla durante un segundo y hecho dudar de si dormía o de si mi abuela había resucitado. Hacía ya mucho tiempo que mi madre se parecía a mi abuela, mucho más que la joven y risueña mamá que mi infancia había conocido. Pero no había pensado en ello. Así, cuando uno ha pasado mucho rato leyendo, distraído, sin darse cuenta de que pasaba el tiempo, de pronto ve a su alrededor el sol inevitablemente arrastrado a pasar por las mismas fases, a recordar hasta confundirse el sol que había la víspera a la misma hora, despertando en torno suyo las mismas armonías, las mismas correspondencias que preparan el ocaso. Fue con una sonrisa como mi madre me señaló mi error, porque le resultaba dulce parecerse tanto a su madre. «He venido, me dijo mi madre, porque durmiendo me parecía oír llorar a alguien. Eso me ha despertado. Pero ¿cómo es que no te has acostado todavía? Y tienes los ojos llenos de lágrimas. ¿Qué pasa?» Cogí su cabeza entre mis brazos: «Verás, mamá, tengo miedo de que me creas muy inconstante. Pero, en primer lugar, ayer no te hablé demasiado amablemente de Albertine; lo que te dije era injusto». —«Pero ¿qué puede importar?», me dijo mi madre, y, viendo que el sol nacía, sonrió con tristeza pensando en su

madre, y para que no perdiese el fruto de un espectáculo que mi abuela lamentaba que yo no contemplase nunca, me señaló la ventana. Pero detrás de la playa de Balbec, del mar, de la salida del sol, que mamá me indicaba, yo veía, con movimientos de desesperación que no se le escapaban, la habitación de Montjouvain donde Albertine, rosa, arrebujada como una gata grande, la nariz traviesa, había ocupado el sitio de la amiga de Mlle. Vinteuil y decía en medio de estallidos de su risa voluptuosa: «Bueno, pues si nos ven, mejor. ¿Crees que no tengo valor para escupir sobre ese viejo mono?». Era esa escena la que yo veía detrás de la que se extendía en la ventana y que, sobre la otra, no era más que un oscuro velo superpuesto como un reflejo. En realidad parecía casi irreal, como una vista pintada. Frente a nosotros, en el resalte del acantilado de Parville, el bosquecillo donde habíamos jugado al hurón inclinaba cuesta abajo hasta el mar, bajo el barniz aún todo dorado del agua, el cuadro de sus follajes, como a la hora en que a menudo, al acabarse la luz, cuando había ido a echarme la siesta con Albertine, nos habíamos levantado viendo bajar el sol. En el desorden de las nieblas de la noche que aún se arrastraban en jirones rosas y azules sobre las aguas atestadas de los restos de nácar de la aurora, pasaban barcas sonriendo a la luz oblicua que amarilleaba su vela y la punta del bauprés como cuando volvían por la noche: escena imaginaria, aterida y desierta, pura evocación del crepúsculo, que no se apoyaba, como al atardecer, en la sucesión de las horas del día que yo estaba acostumbrado a ver precederla, aligerada, interpolada, más inconsistente todavía que la imagen horrible de Montjouvain que no conseguía anular, cubrir, ocultar —poética y vana imagen del recuerdo y del sueño—. «Pero vamos a ver, aunque no me hablaste mal de ella, me replicó mi madre, sí me dijiste que te aburría un poco, que estabas contento de haber renunciado a la idea de casarte con ella. No es una razón para llorar así. Piensa que tu mamá se va hoy, y se sentirá muy triste dejando a su lobito grande en este estado. Sobre todo, pobre pequeño, porque tengo muy poco tiempo para consolarte. Debo preparar mis cosas, siempre falta tiempo el día en que una tiene que partir». —«No es eso». Y entonces, calculando el futuro, sopesando mi voluntad, comprendiendo que semejante ternura de

Albertine por la amiga de Mlle. Vinteuil, y durante tanto tiempo, no había podido ser inocente, que Albertine había sido iniciada, y además, por lo que todos sus gestos me indicaban, había nacido con la predisposición al vicio que mis inquietudes no habían presentido sino demasiadas veces, y al que seguramente nunca había dejado de entregarse (al que quizá se entregaba en ese momento, aprovechando un instante en que yo no estaba allí), dije a mi madre, sabiendo la pena que yo le causaba, que ella no me dejó ver y que sólo traicionó el gesto de seria preocupación, habitual en ella cuando comparaba la gravedad de darme pena o de hacerme daño, el mismo gesto que había tenido en Combray por primera vez cuando se había resignado a pasar la noche a mi lado, el mismo gesto que en aquel momento se parecía extraordinariamente al de mi abuela cuando me permitía beber coñac, dije a mi madre: «Sé todo el dolor que voy a causarte. Por lo pronto, en lugar de quedarme aquí como tú querías, voy a marcharme al mismo tiempo que tú. Pero eso no es todo. Aquí me encuentro mal, prefiero volver a casa. Pero escúchame, no te apenes demasiado. Verás. Me engañé, ayer te engañé de buena fe, he reflexionado toda la noche. Es absolutamente necesario, y decidámoslo en este mismo instante porque ahora me doy perfecta cuenta, porque ya no cambiaré y porque no podría vivir de otra manera, es absolutamente necesario que me case con Albertine».

Resumen

SODOMA Y GOMORRA

I

Primera aparición de los hombres-mujeres, descendientes de aquellos habitantes de Sodoma que se salvaron del fuego del cielo.

Revelación de la inversión sexual del barón de Charlus

Vuelvo atrás en mi relato para contar lo que vi mientras acechaba en la escalera el paso de los duques de Guermantes y saber por ellos si la invitación para asistir a la soirée de la princesa de Guermantes no es una broma. El pequeño arbusto de la duquesa y la planta que espera al insecto que ha de fecundarla. Llegada inhabitual de M. de Charlus para visitar a Mme. de Villeparisis. Reflexiones sobre las leyes del mundo vegetal, la fecundación y la autofecundación de las flores. El barón de Charlus sale de casa de la marquesa. Relajado, seguro de

que nadie le ve, Charlus parece una mujer. Encuentro con Jupien. Fascinación y parada amorosa de Charlus-insecto y Jupien-flor. Preludios de la seducción. Jupien se mete en su tienda seguido por Charlus. Dando un rodeo, me llego hasta la tienda vecina a la de Jupien, desde donde no puedo ver nada pero oigo unos sonidos para mí incomprensibles; luego, una conversación en la que el barón pretende pagar a Jupien, que rechaza el dinero. Charlus sale de la tienda y se informa sobre otros hombres del mismo género del barrio. Andanzas amorosas del barón contadas por él mismo. La escena me abre los ojos sobre la naturaleza de M. de Charlus: es una mujer.

La raza de los hombres-mujeres

Raza sobre la que pesa una maldición, obligada a vivir en la mentira. Los invertidos, comparados con los judíos; como ellos, inspiran horror a sus semejantes. Su masonería, sus organizaciones profesionales, sus asociaciones, a las que terminan por ir a parar los solitarios. Los invertidos y sus relaciones con las mujeres. Los solitarios, que consideran su vicio como más excepcional de lo que es, rehuyen a sus iguales y huyen de la sociedad. La sexualidad de los invertidos se parece a la fecundación de las flores por el abejorro: milagro del encuentro de M. de Charlus y de Jupien. Lo que he visto me explica la escena que el barón me hizo después de la cena en casa de la duquesa (Laparte de Guermantes II,). El barón se convierte desde ese día en protector de Jupien, lo que provoca grandes elogios de Françoise. Los invertidos, descendientes vergonzantes de los supervivientes de la destrucción de Sodoma; son muchos y forman colonias en todo el mundo; no quieren volver a construir una ciudad exclusiva para ellos para no denunciarse. Pero, a pesar de haber oído, me he perdido la escena de la fecundación de la flor por el abejorro.

II

Capítulo primero

Soirée en casa de la princesa de Guermantes.

Mi llegada. El obelisco de la plaza de la Concorde en el crepúsculo. Mi incertidumbre ante la invitación se agudiza. La aventura del duque de Châtellerault, de incógnito, con el ujier de la princesa de Guermantes. La innovación de las recepciones de la princesa. Su sentido social. Muerto de miedo ante un posible rechazo, hago cola para ser anunciado. El ujier anuncia delante de mí al duque de Châtellerault, que se ve obligado a revelar su identidad al ujier. Mis temores a no estar invitado se disipan ante la gentil acogida de la princesa. En el jardín busco a alguien que me presente al príncipe.

El señor de Charlus en sociedad:

Los soliloquios del barón de Charlus y de M. de Sidonia. Evito pedir al barón que me presente, por temor a que esté enfadado conmigo. El profesor E…, perdido en ese mundo, se pega a mí como una lapa; quiere confirmar el diagnóstico que hizo de la enfermedad de mi abuela (Laparte de Guermantes II, -). Los médicos, la medicina y sus errores. El marqués de Vaugoubert, un sodomita platónico en el Quai d'Orsay. En vez de presentarme al príncipe, Vaugoubert me presenta a su esposa, «un hombre», una amazona, el tipo mismo de la mujer casada con un invertido. Escapo de Mme. de Vaugoubert hasta los jardines, donde el barón de Charlus oficia como anfitrión con los invitados. Madame de Souvré, en vez de hacer mi presentación, me empuja hacia el príncipe. Y Mme. d'Arpajon, cuyo nombre no consigo recordar —digresión sobre la memoria y el sueño—, finge no haber oído mi petición de ser presentado. Accedería a presentarme el señor de Charlus, pero cometo una torpeza. Por fin, M. de Breauté me presenta. Acogida fría y distante del príncipe, pero más sencilla y respetuosa que la familiaridad habitual del duque de Guermantes. Veo

a Swann, a quien el príncipe se lleva al fondo del jardín. El surtidor de Hubert-Robert, que empapa de agua a Mme. d'Arpajon, para gran diversión del gran duque Vladimiro. Insolencias del barón de Charlus conmigo. Vuelvo a entrar en el palacete y, cuando estoy hablando con la princesa, hacen su entrada el duque y la duquesa de Guermantes. La embajadora de Turquía. El brillo de inteligencia de los ojos de la duquesa. Modos y límites de la amabilidad aristocrática. La voz de invertido de M. de Vaugoubert hablando con M. de Charlus. Los secretarios de embajada de X… y los coros de jóvenes judías de Racine; cuando saludan al barón de Charlus despiertan el deseo de M. de Vaugoubert). Madame d'Amoncourt y sus brillantes amistades literarias. La duquesa admirada por una doble hilera de invitados. Llegada de Mme. de Saint-Euverte, que acude a reclutar invitados para su garden-party del día siguiente. La transmutación mundana de su salón. Madame de Saint-Euverte pasa revista a sus tropas. Insolencia de Mme. de Guermantes con la duquesa morena y medio tarada: Mme. de Chausse— pierre. Varios miembros de una Sodoma diplomática saludan al barón y despiertan la curiosidad de M. de Vaugoubert. Conjeturas sobre la conversación de Swann y el príncipe de Guermantes. El marqués de Vaugoubert maltratado por la duquesa. Ingratitud de M. de Froberville, pariente pobre de los Guermantes, con Mme. de Saint-Euverte. El duque de Guermantes censura el dreyfusismo de Swann, que considera una falta de tacto con el faubourg Saint-Germain. La duquesa no quiere ver a Swann, aunque esté muriéndose, para que no la obligue a aceptar la presentación de su mujer y de su hija. La sonrisa de la duquesa de Lambresac, semejante a la que en Combray empleaban las amigas de mi abuela. El duque de Bouillon, hermano de Mme. de Villeparisis, y su parecido con un pequeño burgués de Combray. Presentación al duque de un músico bávaro. La duquesa no asistirá al garden-party de Mme. de Saint-Euverte, provocando así la alegría de Froberville y poniendo en los labios de M. de Breauté una sonrisa de inteligencia. Madame de Guermantes se cambia de sitio porque Froberville la aburre. La belleza de los dos hijos de la marquesa de Surgís, doble retrato de su madre; me cruzo con ellos cuando me dirijo a la sala de juego. A Mme. de Citry todo le parece enojoso y aburrido. El señor de Charius,

sorprendido por la belleza de los hijos de Mme. de Surgís, juega con uno de ellos a las cartas. Reaparece Swann, con el rostro descompuesto por la enfermedad; cambios que ha sufrido. Cuando me dirijo hacia él, aparece Saint-Loup, que teme las reprimendas de su tío Charius por su vida desordenada; me asegura que el barón es un auténtico donjuán, un mujeriego. Tío y sobrino. Elogio de Saint-Loup de las casas de citas, que según él frecuentan muchachas de la buena sociedad; me habla de una tal Mlle. d'Orgeville y, en otro género, de la doncella de Mme. Putbus. El barón de Charius trata amablemente a Mme. de Surgís y consigue que lo presente a sus dos hijos, Arnulphe y Victurnien; el señor de Charius coquetea con el nombre de este último, el mismo del protagonista de una novela de Balzac. Mientras, Saint-Loup sigue hablándome de la doncella de Mme. Putbus. Está lamentando haberse comprometido tanto en el caso Dreyfus cuando Swann se acerca a nosotros. El rostro de Swann marcado por la muerte. El barón de Charius se burla con pullas obscenas, delante de Mme. de Surgís, de Mme. de Saint-Euverte, quien, a pesar de todo, me ruega que lleve a M. de Charius a su garden-party dei día siguiente.

Conversación entre Swann y el príncipe de Guermantes

Swann me cuenta el contenido de su conversación con el príncipe de Guermantes en medio de digresiones e interrupciones continuas. Falsedad de las suposiciones de M. de Breauté sobre la escena entre Swann y el príncipe. Swann reflexiona sobre la curiosidad y los celos. El señor de Charlus y los jóvenes Surgis: Arnulphe, una divinidad puramente deportiva. Swann lanza miradas concupiscentes al escote de Mme. de Surgis. Palabras del príncipe que empieza a contar cómo llegó a convencerse de la inocencia de Dreyfus. Interrupción de M. de Charlus: explicación del nombre de Surgis-le-Duc y de la situación mundana de la marquesa de ese apellido. Swann elude hablar directamente de la vida amorosa del barón de Charlus. Vuelta a su conversación con el príncipe: el culto que éste profesa al ejército le

hacía penosa la idea de una posible ilegalidad en la instrucción del proceso contra el capitán judío. Rechazo una invitación para cenar entre íntimos, porque he quedado con Albertine. Los distintos órdenes de placeres. El príncipe descubre el dreyfusismo de la princesa de Guermantes. Swann alaba la rectitud moral del príncipe y encuentra inteligentes a quienes comparten su opinión sobre Dreyfus, pero sigue siendo demasiado mundano para comprometerse realmente en el caso. Swann me anima a ir a visitar a Gilberte, que ahora me deja indiferente y, para mí, está como muerta. El cansancio provoca la marcha de Swann. La pasión secreta y desdichada de la princesa de Guermantes por M. de Charlus.

Vuelta a casa.

Me despido de la princesa, porque los duques de Guermantes me llevan a casa. Basin de Guermantes se despide cariñosamente de su hermano, el barón de Charlus, pero está a punto de ofenderle. Espero el coche de los duques en la escalinata del palacete; Madame de Gallardon critica a la duquesa, que se lo paga con una amabilidad. Última soiróedel príncipe de Sagan; llegada tardía de Mme. d'Orvillers. Vuelta a casa en el cupé de los duques; indiferente a las palabras de la duquesa, pienso en las dos bellezas que me ha elogiado Saint-Loup: Mlle. d'Orgeville y la doncella de Mme. Putbus. Pido a la duquesa que me presente en el salón de la baronesa Putbus y provoco su indignación. Al llegar, el duque se entera de la muerte de su primo, pero para no perderse el baile de disfraces finge no prestar fe a la noticia: «Exageran, exageran». El duque me invita a acompañarles a su baile de disfraces, pero prefiero esperar la visita de Albertine, que ha ido a ver Phêdre.

Visita de Albertine

Albertine todavía no ha llegado. Sorprendo a la hija de Françoise ante una abundante comida; su lenguaje, el argot parisino, los respectivos patois de los distintos pueblos. La espera de Albertine convierte mi irritación por su tardanza en ansiedad. Llamada telefónica de Albertine, que trata de no acudir a nuestra cita. Echo por tierra sus disculpas y argumentos para obligarla a venir. La «terrible necesidad» que siento de Albertine, semejante a la que sentía en Combray con mi madre y su último beso por las noches; bajo las mentiras de Albertine, que por fin se decide a venir, vislumbro toda una vida oculta y misteriosa. Françoise entra en mi habitación para anunciarme la llegada de Mlle. Albertine. Respondo a sus insinuaciones malévolas con dureza. La antipatía de Françoise hacia Albertine. Llegada de Albertine. Besos y caricias. Le regalo la cartera y la canica de ágata de Gilberte. Cuando se marcha, escribo, en medio de la mayor indiferencia, a Gilberte. La conversión al dreyfusismo del duque de Guermantes: las tres damas del balneario.

Visitas antes de mi segunda y última estancia en Balbec

Visito a otras hadas en sus respectivas moradas: historia y evolución de los salones. Madame Verdurin y los Ballets rusos. El salón de Odette, que cristaliza en torno a la fama tardía de Bergotte, se ha convertido en uno de los más brillantes gracias a su discreción y a su antidreyfusismo. Gilberte, convertida en rica heredera, atrae las miradas de la buena sociedad. El salón de Mme. de Montmorency: el encanto de las casas aristocráticas reside no tanto en su prestigio social como en las impresiones que recibo. Arrobo ante los recuerdos de Combray.

Las intermitencias del corazón

Segunda estancia en Balbec. El director del hotel sale a recibirme a la estación, y me pone al corriente de las novedades. Sus gazapos de lenguaje. Motivos de mi segunda estancia: los Verdurin han alquilado La Raspeliére, adonde Mme. de Putbus irá de vacaciones,; esperanzas de encontrar a su doncella. Saint-Loup me recomienda a los Cambremer. Otra esperanza: la de encontrar bellas desconocidas en la playa.

Alteración de toda mi persona: la primera noche, al descalzarme, siento de pronto la presencia de la abuela, que se había agachado a mis pies la noche de mi primera estancia en Balbec para quitarme los zapatos. Teoría de las intermitencias del corazón. Por primera vez veo clara la realidad irreparable de su muerte. Remordimientos por todas las penas que le causé. Episodio del sueño: le pido a mi padre la dirección de la abuela para escribirle. Al despertar, todo me recuerda mi anterior estancia en Balbec con ella. El director me trae un mensaje de Albertine, que veranea en una estación vecina. No quiero ver a nadie. El placer de redescubrir el Grand-Hôtel. Paso por el hotel de Mme. de Cambremer, que me deja su tarjeta invitándome a una matinée en su casa dos días más tarde; pero la rechazo. Llegada de mi madre a Balbec: comparto su dolor, pero mi pena es menos profunda que la suya; mi madre se convierte en la viva imagen de la abuela. Encuentro en la playa a Mme. Poussin, de Combray. Mi primera salida: cambios entre los botones del hotel. El Grand-Hôtel es un teatro, y sus botones los coros de Racine. De nuevo solo en mi habitación, me asalta el recuerdo de la abuela. Revelaciones de Françoise sobre el día en que Saint-Loup hizo la fotografía de la abuela, y del director del hotel: los síncopes de la abuela. Nuevo sueño en las dunas de la playa: la abuela se muestra indiferente. Voy acostumbrándome a su recuerdo. Por fin deseo ver a Albertine, y le mando recado para que venga a verme. Emoción de un día de primavera: los manzanos en flor.

Capítulo segundo

Reanudación de mi vida con Albertine.

Mi pena por la muerte de la abuela va diluyéndose y renace un deseo de felicidad que me inspira Albertine. El mar y sus cambios vistos por los ojos de Elstir. Tomo el trenecito para ir en busca de Albertine, pero en el trayecto reaparece el recuerdo de la abuela y doy media vuelta en Maineville; la casa de placer. La pintoresca esquela de duelo de los Cambremer. Envío a Françoise en busca de Albertine, que por fin llega para distraerme. Palabras proféticas de Françoise. La princesa de Parma en el Grand-Hôtel. Cuando no puedo pasarme sin ella, envío al liftier en busca de Albertine. Sus amigas. Modales, orgullo democrático y lenguaje del lift(): una noche, vuelve sin Albertine anunciando que llegará más tarde.

Los misterios de Albertine

Las primeras sospechas y desconfianzas sobre Albertine: en el casino de Incarville, Cottard me hace fijarme en Albertine y Andrée que bailan con los pechos pegados. Cottard me invita a casa de los Verdurin, pero rechazo su invitación. El doctor Cottard y su rival el doctor du Boulbon. Vuelvo a la noche en que el lift había ido en busca de Albertine y me había anunciado su llegada tardía; Albertine no viene; angustia de la espera, que despierta una curiosidad dolorosa por saber qué hace cuando no está conmigo; su frivolidad es sólo aparente. Durante nuestra conversación al día siguiente, cambia sus proyec-tos para terminar aceptando quedarse conmigo al sentirse acorralada por mis preguntas.

Las muchachas que ella ve en el espejo

En el casino de Balbec, sin que yo me dé cuenta, Albertine observa a la hermana y a la prima de Bloch, lesbianas, por el espejo. Desde el baile del Casino de Incarville ya no me parece la misma; mi irritación

contra Albertine me hace hablar mal de ella; interpreto sus gestos y sus acciones y los comparo con Odette y sus engaños a Swann.

Visita de la marquesa de Cambremer

Estando en el dique con Albertine y sus amigas recibo la visita de la marquesa de Cambremer y de su nuera, acompañadas por un amigo, abogado de París, amante de los cuadros de Le Sinader; la marquesa joven, muy esnob, me acepta porque soy amigo de Saint-Loup. Me dirijo a ella hablando como su hermano Legrandin. El opúsculo del párroco de Combray sobre etimologías. La Raspeliére. Gustos vanguardistas de la marquesa joven. Discusión estética (Monet, Elstir, Poussin, Degas, Le Sinader) y musical (Debussy, Wagner). Leyes y azares que rigen la evolución estética. Rehabilitación de Poussin y de Chopin; la de éste alegra a la marquesa madre. Esnobismo en la pronunciación de ciertos nombres (Ch'nouville) de la joven marquesa, que ya no se acuerda de que ha nacido en el seno de la familia Legrandin. En la playa aguardan la mujer y el hijo del abogado, y voy a recogerlos. El abogado me invita a ver en su casa de París los Sinader. Invitación a almorzar en casa de la marquesa de Cambremer, antes de marcharse acompañada por el primer presidente, que no ha sido invitado a almorzar.

Explicación con Albertine

Rosemonde y Gisèle me dejan solo con Albertine, que sube a mi cuarto. En el ascensor, el liftse desespera porque, por estar conmigo Albertine, no le doy la propina de costumbre. El personal del hotel y las propinas. Albertine me pregunta las causas de mi animosidad. Respondo afirmando que siento frialdad hacia ella y que estoy enamorado de Andrée. El ritmo binario del amor. Mi incapacidad para amarla de nuevo. La docilidad de Albertine despierta mi ternura y mi compasión por ella. Mi declarado amor por Andrée me permite

interrogar a Albertine por los rumores que corren sobre ambas: alusión a su vicio con Andrée. Albertine me da su palabra de no tener costumbre sáficas. Las dos personalidades del ser que amamos. Recuerdo de los engaños de Odette. La palabra de Albertine me tranquiliza: renuevo de besos y caricias. Habría debido marcharme aquella noche para no volver a verla nunca. La explicación de Albertine me ha calmado y puedo dedicarme a mi madre, que me recomienda la lectura de Las Mil y una noches. Consideraciones sobre las dos traducciones. Paseos y meriendas con Albertine; repentinos y breves deseos de otras muchachas desconocidas.

Celos de Albertine

La temporada alcanza su esplendor: la llegada de nuevas muchachas renueva mis sospechas sobre Albertine y mis celos; Albertine y Andrée controlan sus palabras para destruir mis sospechas. Escándalo en el Grand—Hótel de la hermana de Bloch y de su amiga la actriz, a las que protege, frente a las protestas de las familias, el crédito de un cliente asiduo, M. Nissim Bernard, tío de Bloch, que mantiene a un camarero; parodias de Racine: los botones y las jóvenes israelitas. Las dos courriéres y su «bonito» lenguaje: Marie Gineste y Céleste Albaret. Actitud provocadora de Mlle. Bloch y su amiga a nuestro paso: un lenguaje de gestos que tal vez va dirigido a Albertine. La joven desconocida de la playa, que hace señas a Albertine. Las exiliadas de Gomorra, dispersas por el mundo, se reúnen; la joven desconocida seduce a la prima de Bloch. La frialdad o las descortesías de Albertine con otras mujeres aumentan mis sospechas; su aparente frivolidad mundana oculta una doble vida. Su antiguo descaro con una amiga, de fama equívoca, de su tía. De pronto, mis celos por las mujeres que Albertine haya podido amar, cesan bruscamente.

En la estación

Excursión con Albertine a Donciéres para visitar a Saint-Loup. El señor Nissim Bernard y los hermanos tomates. En la estación, Mme. Verdurin me invita a sus miércoles, auténticas «obras de arte». En un compartimento, una señora vulgar, vieja, pretenciosa y fea, a la que tomo por la patrona de una casa de citas, lee La Revue des Deux Mondes. Zalamerías de Albertine con Saint-Loup: la visita a mi amigo me parece muy larga por el comportamiento de Albertine, a la que reprocho su frialdad conmigo.

Primer encuentro de M. de Charlus con Morel

En la estación, de regreso a París, veo pasar a M. de Charlus, envejecido. Me pide que llame a un músico militar de la banda, al otro lado de la vía: reco-nozco a Morel. Extraño carácter, muy altanero, del hijo del ayuda de cámara de mi tío. El barón de Charlus, que no le conoce, le ofrece dinero a cambio de sus servicios musicales. El barón no coge el tren de vuelta a París. Las cualidades de Saint-Loup: cambio de perspectiva para mirar a las personas. Los celos que Albertine ha despertado en mí con sus carantoñas a Saint-Loup disipan mis sospechas sobre el safismo de mi amiga.

Soirée en La Raspeliére, en casa de los Verdurin

Viaje de Balbec a La Raspeliére en el trenecito. Los habitúes del pequeño clan (Cottard, Ski, Brichot) se nos unen en Graincourt: su aspecto reconocible. Madame Verdurin salva a Brichot de unos amores que amenazan con hacerle desertar del cogollito. Evolución y prestigio del salón de los Verdurin en su ascenso social: pasa por ser el Templo de la Música, al que acude la princesa de Caprarola. Madame Verdurin exige traje de noche para sus cenas. La timidez de Saniette y

sus bromas que nadie ríe. El escultor Ski, su talento universal para todas las artes y su diletantismo. Brichot y Ski tienen que correr para no perder el tren. El granjero expulsado del compartimento. Brichot busca en el tren a la princesa Sherbatoff, la fiel tipo. Cottard, más asiduo a los miércoles de los Verdurin que a los martes de la Academia: el salón Verdurin le parece el colmo de las elegancias.

La desconocida que fuma en el tren. Desde la víspera no se sabe nada de Morel; esa noche, gran evento, los Verdurin reciben a los propietarios de La Raspeliére, los marqueses de Cambremer: diferencias entre los dos clanes, que abordan ese día fatal con espíritu de rechazo. La curiosidad de los fieles del salón Verdurin, excitada. Las etimologías de Brichot; el opúsculo del párroco de Combray no es fiable. Me presentan a la princesa Sherbatoff: es la dama pretenciosa, fea y vieja que leía La Revue des Deux Mondes en el trenecito de Donciéres. Su acento ruso. Morel ha reaparecido y acudirá a la cena con un amigo de su padre, que resultará ser M. de Charlus Noticia de la muerte de Dechambre, el antiguo pianista favorito de Mme. Verdurin.

Llegada a Douville-Féterne, donde nos esperan los coches enviados por los Verdurin. Trayecto hasta La Raspeliére. Los Verdurin y la muerte. El mar visto desde la altura). Llegada a La Raspeliére: el señor Verdurin nos recibe en la puerta; con ironía, prohíbe hablar de Dechambre en presencia de su mujer. El trato cruel de los Verdurin a Saniette. Muerto Dechambre, Morel pasa a ocupar el puesto de músico favorito. Fama del barón de Charlus entre los fieles, que han oído hablar de sus malas costumbres; pero esas malas costumbres corresponden a un homónimo. En realidad lo desconocen todo de M. de Charlus. Relatividad de los conocimientos que tenemos de las personas y su situación social. Indiferencia de los Verdurin ante mi entusiasmo por la naturaleza y el entorno de La Raspeliére; su conocimiento de la región es menos contemplativo y más íntimo. Madame Verdurin ha cambiado desde la época en que Swann y Odette escuchaban en su casa la pequeña frase de Vinteuil.

Entrada de M. de Charlus y Morel: la timidez del barón deja ver su naturaleza femenina. Las «madres profanadas». Morel me ruega que mienta a los Verdurin sobre la situación social de su padre, pero una

vez conseguido el favor cambia de actitud conmigo y muestra su naturaleza vil. Cottard anuncia la llegada de los Cambremer: presentaciones. Retrato de ambos: la nariz sorprendente, la estupidez y la fealdad vulgar del marqués de Cambremer; su esposa deforma los nombres. Madame Verdurin y su protocolo. Los cambios que han hecho los Verdurin en el jardín y en la casa de La Raspeliére. Cottard guiña el ojo al barón de Charius, que interpreta mal el gesto y cree hallarse frente a un invertido. Instinto de conservación de los invertidos, que aplican la dureza a los que gustan y que ellos no desean. Sentido de las locuciones: la etimología de Chantepie. Mezcla en Mme. de Cambremer de cultura y esnobismo. Otras etimologías de Brichot. El señor de Cambremer se interesa por mis ahogos, que se convierten en un lazo común y exclusivo entre el marqués y yo. Pienso en la conversación mantenida por la tarde con mi madre sobre mi matrimonio con Albertine. Opiniones de Mme. de Cambremer sobre el matrimonio de Saint-Loup. Trata de atraer a Morel, y por lo tanto al barón de Charius, a su salón. Nuevas etimologías de Brichot. El filósofo noruego. Saniette torturado y escarnecido por M. Verdurin por La Chercheuse d'esprit. Nuevas etimologías. Elstir criticado por los Verdurin desde que abandonó el pequeño clan. Madame Verdurin prefiere como artista a Ski; la mujer y la estupidez de Elstir.

Después de la cena

El señor Verdurin se disculpa con M. de Charius por no haber respetado en la mesa el protocolo debido. La risa del barón y su insolencia. Las flores de Elstir. El señor de Cambremer cede su silla a Charius, que lo aprovecha para poner de manifiesto las precedencias a las que tiene derecho. Los Cambremer desprecian los cambios hechos por los Verdurin en La Raspeliére. La carta de la marquesa viuda de Cambremer y la regla de los tres adjetivos. Pretensiones de M. de Charius al título de Alteza: disertación sobre su ilustre genealogía. Los Verdurin se ríen de la erudición de Brichot, resignado a su desgracia, y se defienden de ser crueles con Saniette. Anécdotas

históricas para realzar el prestigio de los Guermantes. El señor de Charius al piano junto a Morel: las cualidades artísticas del barón. Mistificación musical de Morel que engaña a Mme. de Cambremer. Ataque de Brichot contra los estetas y los simbolistas. Retruécanos del doctor Cottard. Madame Verdurin revela la identidad de Cottard a M. de Cambremer, sorprendido ante tal eminencia médica. Cottard critica a su mujer, que se ha dormido; el trional y los medicamentos para conciliar el sueño. Enfado de Mme. Cottard al despertarse. Las armas de los Arrachepel según M. de Cambremer. Madame Cottard alaba la vida al aire libre. La Patrona quiere prolongar la velada y retener a sus invitados. El señor de Charius revela su naturaleza: su gusto por el zumo de fresa, su voz amanerada. Permanece sentado delante de Mme. Verdurin. Escaramuza del barón con Mme. de Verdurin, en la que exhibe su insolencia. Madame Verdurin queda estupefacta e incrédula cuando se entera de que Charlus es hermano del duque de Guermantes; trata de convencerme para que no vaya a casa de los Cambremer; me invita a sus miércoles, animándome a llevar a mi «prima» y a mis amigos. Denigra a Swann, a los Cambremer, a la gente de mundo. Nuevos ataques de M. Verdurin contra Saniette. Vulgaridad de Cottard, que gana a las cartas. Los rasgos zoológicos de la satisfacción de Cottard. Despedida. Cottard critica al doctor du Boulbon. Madame de Cambremer da una propina al cochero. La vuelta en tren. Madame de Cambremer se despide de mí. Burla de M. de Cambremer de las chifladuras de su mujer.

Capítulo III

Regreso al Grand-Hôtel.

Vuelvo al hotel tras mi primera soiróe en casa de los Verdurin. El botones bizco me habla, mientras me sube en el ascensor, de su familia; sus hermanos, «al servicio» de aristócratas. Las costumbres de su hermana. Reflexiones sobre el sueño: la memoria mientras dormimos; el tiempo del durmiente. El sueño y los hipnóticos: sus

efectos sobre la memoria y desacuerdo con Bergson. El olvido y la cuestión de la supervivencia del alma. La profundidad del sueño.

El barón de Charlus cena en el Grand-Hôtel con un lacayo afeminado; los camareros no se engañan sobre la verdadera condición social del acompañante del barón. El lacayo propone a M. de Charlus «hacerle conocer» al príncipe de Guermantes. Aimé, el maitre d'hôtel, habla conmigo del barón de Charlus, cuya identidad declara ignorar. Los «servicios» que Aimé presta a los clientes. La carta insultante que Charlus escribió a Aimé.

Paseos con Albertine

Mis salidas con Albertine a la iglesia de Saint-Jean-de-La-Haise para pintar. El bosque de Chantepie. Regalo a Albertine un casquete y un velo, y alquilo un automóvil. Alegría de Albertine y orgullo de Aimé. La velocidad nos da una nueva apreciación de la distancia. Llegamos de repente a casa de los Verdurin. Buen conocimiento de la región por parte de M. Verdurin, que suele acompañar a sus invitados como guía a los paisajes más pintorescos. Las vistas «preparadas» que ofrece el jardín. Encontramos a los Verdurin en casa. La Patrona quiere venir con nosotros en automóvil, pero me opongo. El automóvil rompe las nociones de espacio y, a diferencia del tren, permite descubrir los lugares, sin respetar su misterio. El señor de Charlus y Morel también son clientes de nuestro chófer: un almuerzo tipo de ambos en un restaurante de la costa. Deseo de Morel de suplantar a Jupien por los favores que recibe; su perversidad le lleva a contarle al barón uno de sus sueños: quitar la virginidad de una doncella y abandonarla. El barón de Charlus enseña a Morel cómo debe ser la interpretación musical: un trance mediúmnico. Surtido de peras (85). Ingratitud y violencia de Morel con Charlus, que se desespera. Mis paseos mientras Albertine pinta. Pero sólo pienso en ella. Los fantasmas tras los que corro en amor (87). La iglesia de Marcouville-l'Orgueílleuse, que odio por su restauración falseada, se transfigura en el crepúsculo. Nuestra vida de amantes: la sidra (89).

Reviven mis celos por Albertine, que sigue con los ojos a un camarero de Rive— belle; pero me tranquiliza el recuerdo de las horas que pasamos juntos. Pienso en renunciar a Albertine y poner fin a la relación. Reproches de mi madre, que retrasan precisamente mi decisión de acabar con mi amiga. Nuestras salidas nocturnas. Cuando Albertine no está libre, aprovecho para autorizar a mis amigos a verme: a Saint-Loup; a Saniette muy pocas veces, porque su timidez provoca un clima de aburrimiento. El lift, que tiene la tosferina, me enseña que un empleado también es un «señor». Simpatía por los obreros, antes que por los burgueses. El «espíritu de Combray» de mi madre se basa en el respeto a los signos externos. La compañía de automóviles llama al chófer a París. Morel intenta que los Verdurin despidan a su cochero para sustituirlo por el chófer. Encuentro emotivo de un aeroplano durante un paseo que doy solo. Morel consigue el despido del cochero y su sustitución por el chófer. Cambio favorable de actitud de Morel conmigo. Contradicciones de su carácter.

Encanto del verano que acaba; las soirées de La Raspeliére. Viaje nocturno hacia La Raspeliére con Albertine. El neceser que le compro en Cartier.

Tristezas de M. de Charlus

El barón de Charlus, convertido en habitué de los Verdurin, en el trenecito; reticencias hacia él de los demás fieles. Las divisas de sus libros. El encanto de su conversación le gana la confianza del grupito, ante el que no duda en hablar de las «malas costumbres» con desenvoltura, aunque siempre en ausencia de Morel. Ilusiones que se hace sobre el desconocimiento que los fieles tienen de sus «costumbres» amorosas; en su ausencia, Mme. Verdurin, incierta sobre la situación mundana del barón, no deja de aludir a ellas. Pero el barón se ha convertido, como fiel de fieles, en otra princesa Sherbatoff; ésta rompe conmigo tras un encuentro en el tren con Mme. de Villeparisis. Un gran músico dispuesto a favorecer a Morel por

complacencia con el barón. Utilidad del chisme. El señor de Charlus, víctima de la hipocresía del círculo de los Verdurin. Conversaciones en el tren: discusión del barón, Cottard y Brichot sobre los amores equívocos en Balzac y en Chateaubriand. Miradas a los jóvenes viajeros de M. de Charlus, que vigila su conversación delante de Morel. La toilette de Albertine, inspirada por Elstir, recuerda al barón la de la princesa de Cadignan, de Balzac. Culto de Morel por mi tío abuelo: el «40 bis». Melancolía de M. de Charlus, que se identifica con la princesa de Cadignan. Orgullo del barón por proteger a un músico como Morel. La relación de M. de Charlus y la de Morel se parece a la de Swann y Odette. Insolencia y mal comportamiento de Morel con su protector. El barón quiere rebautizarle como «Charmel» y darle un título, pero Morel lo rechaza todo: bajeza de carácter, neurastenia y mala educación de Morel.

Un día, Morel se niega a quedarse con él tras la cena en casa de los Verdurin y abandona al barón en la estación de Donciéres con un pretexto. Dolor de M. de Charlus, que me convierte en emisario de una carta, en la que le da cuenta de un duelo (totalmente inventado) para atraerle a su lado. Encuentro al joven músico en su casa, sin nada que hacer. Los libros que el barón le ha regalado; Morel lee la carta del barón, que le recibe lleno de alegría cuando, asustado por el duelo, Morel acude a su llamada. Morel, que teme por su reputación, cae en la trampa de M. de Charlus y se queda a su lado para convencerle de que debe renunciar al enfrentamiento. Llegada de Cottard, que, avisado para servir de testigo, queda decepcionado al saber que el duelo no va a celebrarse; el barón le lleva aparte y Cottard teme que pretenda violarle. El señor de Charlus quiere ser el arcángel Rafael enviado por Dios al joven Tobías-Morel. La reconciliación no dura mucho: Morel exige grandes cantidades de dinero, que M. de Charlus le niega.

Las estaciones del Trasatlántico

Maineville: El Palace que se ve desde la estación de Maineville engaña al viajero ingenuo que quiere alojarse en él: es una casa de citas. Andanzas y desventuras de Morel, que con diversos pretextos —clases de álgebra, lecciones de música— consigue huir del barón algunas horas. Su encuentro con el príncipe de Guermantes, que le paga por pasar una noche con él en el Palace de Maineville. Charlus se entera de lo ocurrido, pero no de la personalidad del protagonista. Celoso, manda venir a Jupien, que a la semana siguiente prepara en el burdel una trampa para saber de quién se trata. El barón y Jupien son introducidos en una sala desde donde podrán ver a Morel y a su amigo: cuando, después de entretenerles un rato, les dejan ver a Morel, el músico está rodeado de mujeres y aterrorizado, porque le han advertido de la presencia de dos espectadores, a los que desde su emplazamiento puede ver. A la noche siguiente, Morel acude a la casa del príncipe de Guermantes: mientras aguarda en el salón ve, entre otras fotos de los Guermantes, la de M. de Charius, y aterrado, creyendo en una trampa, huye.

Grattevast: el conde de Crécy, noble arruinado, al que invito a cenar en el Grand-Hôtel, aficionado a la buena mesa y a las genealogías. El día famoso en que el director del Grand-Hôtel trincha con sus propias manos los pavipollos. De Crécy descubre en mí una persona para la que existe el universo social.

Hermenonville: El señor de Chevrigny, pariente provinciano de los Cambremer, acude de vez en cuando a París y a los teatros. Nueva carta de la marquesa de Cambremer: reflexiones sobre el diminuendo en su regla de los tres adjetivos. Las relaciones entre los Verdurin y los Cambremer empeoran: éstos sólo invitan a fieles selectos (Cottard, Charius, Morel), a una cena, sin Mme. Verdurin, que dicta a Cottard una carta de rechazo. Morel también se niega a asistir, aplicando el «estilo Guermantes» y siguiendo las altivas lecciones de Charius. A Brichot, enamorado en secreto de Mme. de Cambremer, Mme. Verdurin le prohíbe ir a visitarla. Invitado por los Cambremer a cenar en compañía de los Féré, el barón, atracción social de la cena, se excusa en el último momento y envía a Morel en su lugar. El fracaso de su cena hace pensara los Cambremer en un complot de los Verdurin. Los Cambremer me cuentan su ruptura con Charius, cuya

visita no les resulta deseable por su dreyfusismo y la familiaridad que mantiene con los Verdurin. Placeres con Albertine en la oscuridad del coche durante el trayecto de la estación a La Raspeliére. Alusiones de Mme. de Cambremer al género raro y equívoco de Albertine.

Cansado de Albertine, quiero romper con ella

Tranquilizado por mi vida mundana, pienso en romper con Albertine y empezar una nueva vida. Últimas etimologías de Brichot. Visitas a las distintas estaciones: vigilo discretamente a Albertine cuando nos acompaña Saint-Loup, sobre todo un día en que Bloch me pide que vaya a saludar a su padre, para no dejar solos a Albertine y a Saint-Loup; Bloch, equivocándose sobre mis motivos, me considera un esnob y no me elogia en casa de Mme. Bontemps. Charius, interesado por Bloch, me pregunta su dirección y arremete contra los judíos para ocultar ese interés. Gratitud de Morel hacia mí, por no haberle dado a Charius la dirección de Morel. Las paradas del trenecito: un cuadro de la vida mundana. Las etimologías de Brichot y la mundanidad vacían de misterio los nombres de los lugares y los lugares mismos. El matrimonio con Albertine me parece una locura.

Capítulo IV

Brusco viraje hacia Albertine. Anuncio a mi madre, la víspera de su partida hacia Combray, mi decisión de romper con Albertine. Espero una circunstancia favorable para comunicársela a mi amiga. Volviendo en el trenecito de La Raspeliére, me entero de que Albertine conoce íntimamente a la hija de Vinteuil y a su amiga. Recuerdo de la escena de safismo y sadismo de Montjouvain (Por la parte de Swann). Terrible térra incógnita en la que aterrizo. Pido a Albertine que no me deje solo y pase conmigo la noche en el Grand-

Hôtel. Las palabras de Cottard en el Casino de Incarville fueron premonitorias.

Desolación al despuntar el sol

Desolación al alba: pienso en las costumbres de Albertine, a la que hago llamar por medio de un camarero; pasa de su cuarto al mío. Invento una historia para explicarle los motivos de mi pena: acabo de renunciar al matrimonio con otra mujer. Albertine es mi mal y, al mismo tiempo, el remedio a ese mal. Celos de Mlle. Vinteuil; pretendo que Albertine no se encuentre con ella en Trieste, un mundo de placeres y recuerdos para mi amiga, del que quiero sustraerla.

Parto inmediatamente con Albertine para París

Pido a Albertine que venga inmediatamente conmigo a París, para vivir en mi casa durante la ausencia de mis padres. Objeciones de Albertine, que de pronto decide acompañarme, tras conseguir el permiso de su tía. Mi repentina marcha provoca en el director y en M. de Cambremer sorpresa: todos tratan de retenerme. Las fuerzas invisibles del amor. Albertine ha entrado en mi corazón desgarrado. Descripción de la luz del sol a punto de levantarse. Mis sollozos atraen a mi madre a mi habitación; se parece a mi abuela. Una última imagen pasa por mi cabeza: la de Mlle. Vinteuil en Montjouvain, a la que se mezcla la imagen de Albertine. Le digo a mi madre que «es absolutamente necesario que me case con Albertine».

MARCEL PROUST (1871-1922). Nació el 10 de julio de 1871 en Auteuil, París (Francia), en el seno de una familia acomodada. Su padre era el médico Adrien Proust y su madre, Jeanne Weil, era una mujer culta descendiente de una adinerada familia de origen judío. Proust era un niño enfermizo, pues desde temprana edad padeció asma. Se instruyó en el Liceo Condorcet. Sus padres querían que estudiase Derecho, cosa que hizo en la Sorbona y en la Escuela de Ciencias Políticas, aunque finalmente dedicó casi todo su tiempo en exclusiva a la escritura.

Desde 1905, año de la muerte de su querida madre, se recluyó en su hogar y volcó todo su tiempo en la escritura de su obra más importante, «En busca del tiempo perdido» (1913-1927), caracterizada en su narrativa por su ahondamiento en la instrospección personal y en el retrato psicológico de sus caracteres. Esta obra, dividida en varios volúmenes con tintes autobiográficos, le proporcionó el Premio Goncourt en 1919. Póstumamente apareció la novela *Jean Santeuil* (1956), un libro que había comenzado a escribir en 1895.

Respecto a su vida sentimental, Proust era homosexual a pesar de que estuvo enamorado en su infancia de Marie de Benardaky. Su relación amorosa más importante la mantuvo con su secretario Alfred Agostinelli, fallecido en un accidente de aviación cuando pilotaba una avioneta que el propio Proust le había regalado.

El escritor francés murió de neumonía el 18 de noviembre de 1922, acompañado de su criada Celeste Albaret. Tenía 51 años.

Notas - 1

[1] Con esta dedicatoria a Léon Daudet, Proust quiere agradecer a su «incomparable» y antiguo amigo los esfuerzos, intrigas y presiones que consiguieron para *A la sombra de las muchachas en flor* el premio Goncourt en diciembre de 1919. Mucho antes, en 1904, ya le había dedicado su traducción de *La Bible d'Amiens* de Ruskin, y aunque el caso Dreyfus le había distanciado del antidreyfusista Daudet, uno de los fundadores del periódico ultraderechista *L'Action française* (1907), la amistad entre ambos no parece haberse enfriado nunca. (Véase t. I, de esta edición, Diccionario de Marcel Proust, págs. CXVIII-CXIX). Los títulos, citados en desorden cronológico en la dedicatoria, abarcan desde la primera novela de Daudet, *L'Astre noir* (1893), hasta estudios psicopatológicos como *Le Monde des images* (1919) y *Fantômes et vivants* (1914-1921). *Le voyage de Shakespeare* (1896) es una especie de biografía novelada del dramaturgo inglés, apoyada en temas, situaciones y personajes de sus obras, en la que plantea el problema de la creación estética; en *Le partage de l'enfant* (1905), Daudet intentó el camino de la novela sentimental y psicológica. <<

[2] El Génesis (13, 16 - 19, 29) narra la destrucción por orden de Dios de todos los habitantes de Sodoma y Gomorra, salvo del único justo, Lot, a quien dos ángeles salvan junto con su mujer y dos hijas de la lluvia de azufre y fuego que arrasa esas dos ciudades y toda la cuenca del Jordán; su pecado era, según el texto bíblico, la depravación en que los arrojaba la homosexualidad. <<

[3]

Bientót, se retirant dans un hideux royaume,
La Femme aura Gomorrhe et l'Homme aura Sodome,
Et, sejetantde loin, un regardirrité,
Les deux sexes mourront chacun de son cote.

Pronto, retirándose a un horrible reino,
la Mujer tendrá Gomorra y el Hombre tendrá Sodoma,
y lanzándose de lejos una mirada irritada,
los dos sexos morirán, cada uno por su lado.

Alfred de Vigny, *Destinées*, «La Colére de Samson», poema escrito tras romper con su amante, Marie Dorval, por la amistad de ésta con la escritora George Sand. Vigny es el primero en emparejar Sodoma, no con la Lesbos griega, sino con la Gomorra bíblica, que utiliza para designar la homosexualidad femenina. Proust citará el mismo verso en una carta-artículo a Jacques Riviére sobre Baudelaire publicada en junio de 1921 en La Nouvelle Revue Française; ahí explica su escritura por los celos que causaba a Vigny «la amistad de Mme. Dorval por ciertas mujeres». (Cf Essais etarricies, ed. cit., pág. 618 y ss.). <<

[4] Véase: La parte de Guermantes II, pág. 505 y ss. donde el Narrador se dirige a visitar a los duques de Guermantes para que le confirmen la veracidad de la invitación que ha recibido para asistir a una soirée de los príncipes de Guermantes. Cuando está acechando el regreso de sus vecinos «descubre» lo que va a relatar Sodoma y Gomorra. <<

[5] Véase: La parte de Guermantes II, págs. 457-458. <<

[6] Para estos pasajes sobre la fecundación en el reino vegetal, Proust aprovecha, a veces con transcripción exacta de alguna frase, libros ya citados como *L'Intelligence desfleurs* (1907), de Maeterlinck, y diversos trabajos de Darwin: D*e los efectos de la fecundación cruzada y de la fecundación directa en el reino vegetal* (trad. francesa de 1877); *De la fecundación de las orquídeas por los insectos, y de los buenos resultados del cruce (trad. francesa*, 1870). De las diferentes formas de flores en las plantas de la misma especie (trad. francesa, 1878, con un prólogo del profesor Amédée Coutance, de donde Proust extrae toda la información). <<

[7] Véase 1.1, Por la parte de Swann, pág. 143 y ss., donde ya se anuncia la importancia que tiene la impresión ejercida sobre el Narrador por la escena de voyeurismo de Mlle. Vinteuil besándose con una amiga y escupiendo sobre el retrato del padre muerto. Ese recuerdo aparecerá de nuevo al final de Sodoma y Gomorra (véase más adelante, pág. 987 y ss.). <<

[8] Sobre la guerra (1899-1902) de los bóers (en neerlandés «campesino»), colonos holandeses establecidos en el siglo XVIII en Sudáfrica, en las regiones del Transvaal y Orange, véase más arriba, La parte de Guermantes I, nota 331 de la pág. 1093. Tras algo más de dos años de guerra, los ingleses terminaron imponiéndose sobre los colonos. <<

[9] Proust se había batido en duelo en 1897 con Jean Lorrain, pero por motivos muy distintos del caso Dreyfus (véase la entrada de este último en el 1.1, Diccionario de Marcel Proust, págs. CLXIII-CIXIV). La cronología interna de *A la busca del tiempo perdido* hace que en este momento de la acción, 1902 —la referencia a la guerra de los bóers lo confirma—, el Narrador tenga veinte o veintiún años. Debe tenerse en cuenta que estas tres líneas finales del párrafo fueron añadidas y modificadas, no sólo en el último momento, sino en el ejemplar personal de Proust. <<

[10] En *L’ArtreligieuxduXIllesiicleen France*, Émile Male analíza la influencia de una recopilación de vidas de santos, La leyenda dorada, de Jacopo da Varazze (1228/29-1298), en la iconografía francesa. En el legendario medieval figuraba el relato de una de las locuras, apócrifas, de Nerón, quien, tras casarse con uno de sus libertos, exigió de sus médicos que le hiciesen dar a luz; gracias a filtros y pócimas, el emperador habría terminado por parir una rana que mandaría educar en su palacio. <<

[11] Al asunto del conductor de tranvía no puede volver M. de Charlus, porque hasta ahora no se ha mencionado. Figuraba en cambio en un largo pasaje del manuscrito (incluido más adelante, nota 121 a la pág. 630) que daba cuenta de una relación amorosa entre ese personaje y M. de Charlus, y que fue eliminado por Proust. <<

[12] Alusión a una de las historias de Las Mil y una noches que tienen por protagonista al califa Harún Al Rasid: a principios de cada mes se disfrazaba de mercader y salía de su palacio en busca de aventuras, como en *El tiempo recobrado* encarecerá el Narrador, comparándose con el califa cuando, perdido durante la guerra en un París nocturno, se ve arrastrado a la casa de Jupien. <<

[13] La Gare d’ Orléans cambió su nombre con el siglo, y hacía tiempo que se llamaba Gare d’Austerlitz cuando Proust escribía *A la busca del tiempo perdido*. Cercana al Jardín des Plantes, de ella partían los ferrocarriles con destino al sur de Francia y España. <<

[14] Los 117 kilómetros que separan París de Orléans exigían en la época cuatro horas (mediante un tren rápido) o dos (mediante un expreso especial). <<

[15] La construcción de la catedral Sainte-Croix de Orléans fue iniciada en 1287, pero su fábrica sufrió destrucciones (en el siglo XVI) y reconstrucciones que duraron desde 1601 hasta mediados del siglo XVIII. Estéticamente, sus torres dejan mucho que desear. <<

[16] En Orléans recibía el nombre de «Maison de Diane de Poitiers» un palacete renacentista que a finales del siglo XIX se convirtió en Museo histórico; en 1940 quedó arrasada por un incendio. Diana de Poitiers (1499-1566), amante de Enrique II, vivió, lo mismo que la esposa del monarca, Catalina de Médicis, en un palacio construido en 1554 que se encuentra a medio camino de París y Orléans, en Étampes. <<

[17] El barón de Charlus podría aludir a tres papas de la familia Médicis, ya que se dice descendiente de esa familia italiana a través de los Bouillon: León X (1513-1521), Clemente VII (1523-1534) y León XI (1605). <<

[18] En la Odisea, Atenea se aparece en ítaca a Ulises bajo los rasgos de un pastor adolescente; de ahí que el héroe troyano no la reconozca al principio (canto XIII, w. 221-223). Proust emplea una grafía helenizante, Athiné, sacada de Leconte de Lisie, para designar a la diosa. <<

[19] «Contado, pesado, dividido». Son las palabras proféticas que «los dedos de una mano de hombre» escriben en la pared de la sala donde Baltasar celebra la que será su última orgía, pues Ciro está a las puertas de Babilonia; es el profeta Daniel quien tiene que explicárselas: «Y ésta es la interpretación de tales palabras: Mane, Dios ha contado los días de tu reinado y le ha puesto fin; Thecel: has sido pesado en la balanza y hallado falto de peso. Phares: tu imperio ha sido dividido y dado a los medos y los persas» (Daniel, 5, 26-28). <<

[20] Desde 1860 habían aparecido numerosas obras médicas que abordaban el tema de la inversión sexual. Proust parece aprovechar la teoría del jurista alemán Karl Heinrich Ulrich (1825-1895), según la cual el «invertido» sería «un alma de mujer encerrada en un cuerpo de hombre»; Proust utiliza los términos «invertido» e «inversión» con los que la literatura médica francesa de la época traduce *Die conträire Sexualempfindung* «sentido sexual contrario». La idea del hombre-mujer que se había encargado de difundir el doctor alemán Magnus Hirschfeld es criticada por Gide en el prólogo a su obra Corydon; aunque puede no ser falsa «no explica ni concierne más que a ciertos casos de sexualidad, aquellos de los que precisamente no me ocupo en este libro, los casos de inversión, de afeminamiento, de sodomía». <<

[21] El doctor Magnus Hirschfeld intervino en calidad de experto sexólogo en el proceso contra el príncipe alemán Eulenburg, arrestado por homosexualidad, y que se inició a finales de 1907 con el juicio a Moltke-Harden. <<

[22] Alusión al poeta inglés Oscar Wilde, condenado por homosexualidad a dos años de trabajos forzados. Al ser puesto en libertad, se trasladó a Francia donde terminó muriendo en el olvido y la miseria. Para sus relaciones con Proust véase el 1.1, Diccionario de Marcel Proust,, pág. CCXII. <<

[23] Alfred de Vigny, Destinées, «La Colére de Samson», v. 80. Véase más arriba, Sodoma y Gomorra I, nota 2 a la pág. 529. <<

[24] Departamento de Francia central con capital en Châteauroux, que recibe su nombre del río que lo riega y que desemboca en el Loira; el municipio que lleva el mismo nombre se encuentra, sin embargo, en el departamento del Loira Inferior. <<

[25] *L'Union des gauches* consiguió agrupar a los republicanos moderados de Waldeck-Rousseau (en el poder de 1899 a 1902), a los radicales de Combes y Clemenceau y a los socialistas dirigidos por Jean Jaurés, que se retirarían en 1905 acusando a la Unión de burguesa.

La «Féderation socialiste» era una facción de la izquierda socialista, muy fragmentada hasta la creación en 1901 y 1902 del Partido Socialista de Francia encabezado por Guesde y del Partido Socialista Francés, dirigido por Jaurés y P. Brousse, que terminarían fusionándose en 1905 en el Partido Socialista unificado S.F.I.O. <<

[26] Félix Mendelssohn Bartholdy (1809-1847), hijo de un banquero judío, compuso en su juventud obras convencionales y muy sencillas que se vieron favorecidas por el éxito entre la burguesía adinerada de la época romántica; en su segunda etapa trató de liberarse de los convencionalismos de la sociedad en que vivía, pero sus intentos no le salvaron de los constantes ataques de Wagner. Para la Schola Cantorum véase *La parte de Guermantes* I, nota 38 de la página 998. Vincent d' Indy, su director a partir de 1909, era un furibundo antisemita, seguidor de Wagner y partidario acérrimo de la música «progresista». <<

[27] Sobre los Iéna, véase T.I, nota 145 a la pág. 300.

Félix Potin era propietario de una cadena de tiendas de alimentación; en la que abría sus puertas en el número 45-47 del bulevar Malesherbes hacía sus compras Céleste Albaret. <<

[28] Galatea, hija de Nereo y de una ninfa marina, encarna en la mitología griega la delicadeza frente a la brutalidad del cíclope Polifemo; enamorada del pastor Acis, según unas versiones rechazará al cíclope; en otras, engendró de Polifemo tres hijos. Es a esta última Galatea a la que aluden estas líneas, según se desprende de una variante del manuscrito que remite a un cuadro de Gustave Moreau, Galatea en pleno sueño, donde Polifemo contempla el cuerpo dormido de la nereida: Proust habría visto en él una alegoría de la androginia. Esa variante rechaza otra interpretación: en las Metamorfosis (libro X, v. 243 y ss.) Ovidio cuenta la historia del joven escultor Pigmalión, que labró en una estatua un cuerpo de mujer del que se enamoró. Afrodita dio vida, a instancias de Pigmalión, a la escultura, y de la unión del autor y su obra nació Pafo. <<

[29] La ambigüedad sexual del teatro de Shakespeare, con las jóvenes vestidas con ropa de hombre, aparece en numerosas obras: en Twelfth Night (La duodécima noche, más conocida como Noche de Reyes, 1599-1600), Viola, disfrazada de paje, es para Olivia un joven, mientras a ojos de Orsino es una mujer; en Asyou like it (Como gustéis, 1599-1600) se produce el mismo juego, y Rosalinda, disfrazada de un aldeano llamado Ganimedes, declara conocer el poder mágico de metamorfosearse. <<

[30] En las cartas de Proust, y entre sus amigos —los Bibesco, Guiche, Albufera, Fénelon, Georges de Lauris—, los términos «saturniano» y «saturnismo» hacen referencia a la homosexualidad; tanto el planeta Saturno como su satélite Titán presidían, según la tradición astrológica, los amores contra natura y la pederastía. Verlaine también lo había utilizado en ese sentido en sus *Poêmes satuniiens*. <<

[31] El personaje que da título a la novela de Walter Scott Rob Roy (1817) es un bandido escocés que existió en la realidad histórica: el proscrito inglés Robert MacGregor (1671-1734), que participó en la revuelta jacobita de 1715. El protagonismo de la novela recae, sin embargo, en el inglés Francis Osbaldistone, enamorado correspondido de Diana Vernon, cuya identidad de hija de Rob Roy sólo se descubrirá en el desenlace. <<

[32] En el legendario medieval, Griselda es la esposa abnegada que encarna la fidelidad conyugal. Fue Boccaccio en El Decamerón (Décima jornada, novela décima) quien trazó de forma más completa su retrato: el marqués Gualtero de Saluzo se casa con esta doncella pobre, a la que somete a distintas pruebas para asegurarse de su fidelidad. Pero también entonaron sus alabanzas Petrarca, María de Francia, Chaucer y Perrault entre otros. <<

[33] Andrómeda era hija del rey de Etiopía Cefeo y de Casiopea; ésta se había jactado de ser más hermosa que todas las Nereidas, y Posidón, ofendido en sus hijas, asoló el país con inundaciones y envió un monstruo marino. El oráculo de Amón decretó que, para salvar al país, Andrómeda debía ser sacrificada y encadenada a una roca frente al mar; no fue Argonauta, sino Perseo, quien mató al monstruo y consiguió de Cefeo la mano de la princesa. <<

[34] Institución francesa fundada a instancias de Guillaume Budé por Francisco I en 1530, con el objeto de profundizar en una cultura humanística al margen de la tutela de los teólogos de la Sorbona. En la actualidad es la institución cultural más prestigiosa de Francia. <<

[35] En su libro *La mer* (1861), Michelet dedica todo un capítulo a la medusa bajo el título de «Hija de los mares» (libro II, cap. Vi), del que Proust hace aquí un breve *pastiche*: entre las rocas, «sin concha ni abrigo, totalmente desplegada yacía la sombrilla viviente bastante mal llamada medusa. (…) Su corona de cabellos lila flotaba por encima, y la delicada sombrilla (es decir su propio cuerpo) tocaba, por encontrarse debajo, la roca. (…) Nada más efímero, más fugitivo que estas hijas del mar. Es de las más fluidas, como la ligera banda de azul que se llama cinturón de Venus, y que, apenas salida del agua, se disipa y desaparece. Alternativa extraña, en la que flota eternamente. Móvil, sueña con el reposo. Inerte, sueña con el movimiento» (La mer, ed. L'Âge d'Homme, 1980, págs. 99-100 y 103). Proust ya había jugado al pastiche de ese capítulo sin citar al autor en *Por la parte de Swann*, al hacer una descripción de los espárragos (véase 1.1, pág. 1000 y nota 114). <<

[36] Para la vainilla, planta que no figura en Darwin ni en Maeterlinck, Proust se basa en Études sur la nature humaine. Essai de philosophie optimiste (1903), de Ilia MetchnikofF, al que alude en su correspondencia en dos ocasiones, y que ya le había servido para la descripción de la «abeja excavadora» de *Por la parte de Swann* (véase el 1.1, pág. 112 y nota 115). <<

[37] Víctor Hugo, Les Voix intérieures, poema XI, sobre el que Reynaldo Hahn escribió su primera melodía: *Puisqu ici-bas toute áme/Donne a quelqu'un / Sa musique, sa flamme, / Ou sonparfum* («Pues que en este mundo toda alma / da a alguien / su música, su llama / o su perfume»). <<

[38] Apellido de dos familias de Verona enfrentadas en la tragedia de Shakespeare Romeo y Julieta. <<

[39] Todo el pasaje está marcado por la lectura de textos ya citados de Maeterlinck (L'Intelligence desfleurs), y de Darwin (De la fecundación de las orquídeas por los insectos,, De las diferentes formas de flores en las plantas de la misma especie). En el capítulo IV de este último se describe la fecundación de plantas heteroestiladas como el *lythrum salicaria*; y en *De los efectos de la fecundación cruzada y de la fecundación directa en el reino vegetal* (cap. VI) el naturalista inglés describe la *Prímula veris*. <<

[40] Véase más arriba. La parte de Guermantes //, págs. 489-500. <<

[41] Según dice Aristófanes en *El banquete de Platón*, en el origen había tres sexos: el masculino, formado por dos cuerpos masculinos; el femenino, formado por dos cuerpos femeninos; y el andrógino, que «era entonces una cosa sola en cuanto a forma y nombre, que participaba de uno y de otro, de lo masculino y de lo femenino, pero que ahora no es sino un nombre que yace en la ignominia» (*El banquete*, 189e, trad. de M. Martínez Hernández, Biblioteca Clásica Gredos, 1988, pág. 222). Los andróginos, que tenían una mitad masculina y otra mitad femenina, conspiraron contra los dioses intentando subir hasta el cielo para atacarlos. Zeus decidió cortarlos en dos y, a partir de ese momento, cada mitad busca la mitad perdida; y sólo el amor puede devolver la unidad primera, según Aristófanes (ed. cit., pág. 228). De este modo, Proust ve en el invertido un testimonio del hermafroditismo originario, heredero del andrógino primitivo que ha conservado el recuerdo de un Edén que ignoraba toda forma de separación; por lo tanto, es tan inocente como lo son las plantas en las que se produce ese fenómeno. <<

[42] En Génesis, 19, 1, se refiere la aparición de los dos ángeles enviados por Dios a Lot. (Véase más arriba, nota 1 de la pág. 1117). Proust hace un pastiche libre, de tono grotesco, sobre el texto bíblico de la expulsión del Paraíso de Adán y Eva y la destrucción de Sodoma. <<

[43] Es en el pasaje de la expulsión de Adán y Eva del Paraíso donde aparecen los ángeles, y no en la destrucción de Sodoma, ciudad del pecado convertida así en equivalente del Edén: «Cuando hubo arrojado al hombre, instaló a oriente del vergel de Edén a los querubines con la espada de hoja flameante para guardar el camino del árbol de la vida». Génesis, 3, 24. <<

[44] Génesis, 19, 26: Yahveh ordena a Lot salir de Sodoma mientras destruye esa ciudad con una lluvia de azufre y fuego, pero le ordena, a él, a su mujer y a sus hijas que le acompañan, no volver la vista atrás: «Ahora bien, la mujer de aquél [Lot] miró hacia atrás y se trocó en columna de sal». <<

[45] Proust alude a un versículo del sueño de Jacob, Génesis, 28, 12-15: «Luego tuvo un sueño y he aquí que era una escala que se apoyaba en la tierra y cuyo remate tocaba los cielos, y ve ahí que los ángeles de Élohim subían y bajaban por ella. He aquí, además, que Yahveh estaba en pie junto a ella y dijo: “Yo soy Yahveh (…) La tierra sobre la que yaces la daré a ti y a tu descendencia, y será tu posteridad como el polvo de la tierra, y te propagarás a poniente y a oriente, a norte y mediodía…”». La idea también está en las palabras de Dios a Abraham, Génesis, 13, 16: «Haré a tu descendencia como el polvo de la tierra; que si alguno pudiera contar el polvo terrestre, también tu descendencia podría contarse». <<

[46] San Petersburgo llevó durante el siglo XX los nombres de Petrogrado (1914-1924) y Leningrado, recuperando el primero de éstos tras el hundimiento de la URSS. <<

Notas - 2

[47] Véase: *La parte de Guermantes* II, pág. 505 y ss. <<

[48] Uno de los dos obeliscos de granito rosa que Ramsés II mandó construir para el templo de Amón en Luxor, fue regalado por el pachá Mehmet Alí al rey francés Luis Felipe en 1831; desde 1836 se alza en el centro de la plaza de la Concorde parisiense. <<

[49] Sobre este apellido tomado de las Mémoires de Saint-Simon, véase más arriba, nota 262 de la pág. 1028. <<

[50] El sustantivo deriva de *aboyer*, ladrar; una de las funciones del ujier era anunciar a las personas, gritando su apellido cuando entraban en las soirées. <<

[51] Este episodio le habría ocurrido realmente a Albert Le Cuziat (véase su entrada en el 1.1, Diccionario de Marcel Proust, págs. CLX-CLXl), primer lacayo del conde Constantin Radziwill, que terminó comprando el palacete Marigny a fin de convertirlo en casa de citas para homosexuales. Casa de citas que sirve de modelo para la que tendrá Jupien en *El tiempo recobrado*, y que Proust frecuentó después de la guerra. <<

[52] Sobre Édouard Detaille (1848-1912), pintor declaradamente antisemita, militarista y nacionalista a ultranza, véase más arriba nota 128 de la pág. 1067 <<

[53] Le Reve (El sueño) es un cuadro alegórico de 3 x 4 metros, representando a unos soldados de la guerra de 1870 dormidos y soñando con sus antepasados de la I República que desfilan gloriosamente por el cielo; fue presentado por Detaille en el Salón de 1888 y en la actualidad se encuentra en el museo d’Orsay. <<

[54] Thomas Henry Huxley (1825-1895), fisiólogo, biólogo, paleontólogo y médico, había sido compañero de Darwin, cuyas teorías evolucionistas propagó y divulgó. Aldous Huxley (1894-1963), al que se alude en la línea siguiente como sobrino, era en realidad nieto del fisiólogo; en 1921, con veintisiete años, Huxley no había editado más que tres libros, The Defeat ofYouth (1918), Leda (1920) y Chrome Yellow (1921). Para la explicación del elogio proustiano debe tenerse en cuenta que Huxley había publicado una reseña de *Ala sombra de las muchachas en flor* en The Athenaum, (noviembre de 1919). <<

[55] Cita de *Les Larmes de Saint Pierre*, poema de 1587 en el que François Malherbe (1555?—1628) se refiere a los Inocentes, recibidos en el cielo tras la matanza de Herodes, triunfalmente y con los brazos abiertos, por Dios y su séquito de ángeles. <<

[56] Boston: Vals lento, elegante y cadencioso, originario de la ciudad estadounidense de Boston; gozó de gran predicamento a finales del siglo XIX y principios del XX. En Francia apareció en torno a 1882. <<

[57] Alusión al «Soneto imitado del italiano», del libro *Mes heures perdues*, de Alexis Félix Arvers (1806-1850), citado en la carta del lacayo de Françoise (véase más arriba, nota 438 de la pág. 1108). Sus cuatro primeros versos dicen: «Mi alma tiene su secreto, mi vida su misterio; / un amor eterno en un momento concebido: / el mal no tiene remedio, por eso he debido callarlo, / y la que lo causó nunca ha sabido nada». <<

[58] Para esas proposiciones, véase *La parte de Guermantes* I, pág. 254 y ss. <<

[59] A la casa del profesor E…, que tiene prisa para asistir a una cena, acuden el Narrador y su abuela tras sufrir ésta un ataque. Véase *La parte de Guermantes* II, pág. 281 y ss. <<

[60] Cementerio de París, el más amplio en extensión —44 hectáreas en la época de Proust— y el más conocido por los personajes en él enterrados. Levantado en 1804 sobre la casa de campo del jesuíta de ese apellido, confesor de Luis XIV, ha crecido considerablemente desde entonces. <<

[61] Proust parece aludir a dos escenas de *El enfermo imaginario* de Moliere (II, V, y III, ni); o tal vez a *Los enredos de Scapin* (I, IV). <<

[62] Estas «confidencias» fueron eliminadas de la versión definitiva; Saint-Loup se había referido a esos incidentes en *A la sombra de las muchachas en flor* (véase t. I, pág. 661), sin citar a M. de Vaugoubert; el manuscrito, en cambio lo cita expresamente: «En la época M. de Charlus tenía un piso de soltero al que […] hacía ir mujeres, M. de Vaugoubert había ido un día y [le] había hecho proposiciones», delante de tres amigos. El barón lo había echado a la calle, sin dejar por ello de admirar el cuerpo encantador del joven. Cuando mucho tiempo después volvió a verlo, «Vaugoubert había cambiado y ya no gustaba a M. de Charlus y no pudo ser para él más que un confidente». <<

[63] Periódico diario fundado en 1836 por Émile de Girardin, muy popular gracias, entre otras cosas, a que fue el primero en introducir la novela-folletón; en 1888, tras un período de tres años sin publicarse, reapareció defendiendo el ideario del general Boulanger. <<

[64] Bernhard, príncipe von Bülow (1859-1944), canciller del Reich de 1900 a 1909, influyó sobre Guillermo II con sus ideas expansionistas para el imperio alemán. Se casó en 1886 con la princesa de Camporeale, María Beccadelli, con la que vivió sus últimos años en Roma. <<

[65] Jardines de Roma, junto a la villa Médicis, famosos por sus terrazas floridas; fueron construidos entre 1809 y 1815 por Giuseppe Valadier. <<

[66] Maurice Paléologue (1859-1944), diplomático francés, embajador en Sofía en 1907 y en Moscú hasta mayo de 1917. Pretendía estar emparentado con la dinastía bizantina de los Paleólogo, que ocuparon el trono desde 1261 hasta la conquista turca del Imperio de Oriente en 1453. Pero según André Fouquiéres, Ferdinand Bac habría conocido a su padre, un intendente de origen búlgaro apellidado Pollack que, establecido en Constantinopla a mediados del siglo XIX, habría tomado el apellido de Paléologue. <<

[67] Charlotte-Élisabeth de Baviera (1652-1722), hija del elector palatino, se casó con Philippe d'Orléans, hermano de Luís XIV y fue madre de Felipe II el Regente; de su carácter masculino, en fuerte contraste con el afeminamiento de su marido, hay pruebas en sus cartas, que describen con crudo realismo las costumbres y los vicios de la corte del Rey Sol; véase *A la sombra de las muchachas en flor*, 1.1, págs. 914-915, nota 154 a la pág. 480. <<

[68] El príncipe de Radolin (1841-1917) representó a Alemania en Francia desde 1901 hasta la Primera Guerra Mundial. <<

[69] La familia La Tour du Pin, oriunda del Delfinado, tenía a principios de siglo dos ramas: el conde de La Tour du Pin-Verclause, miembro del Jockey Club, casado con Marie-Louise, hija del cuarto conde de Chateaubriand; y el marqués de La Tour du Pin-Gouvernet, casado en 1883 con Gabrielle de Clermont-Tonnerre (nacida en 1860). <<

[70] En las Mémoires de Saint-Simon, el señor de Brantes es Léon d'Albert, duque de Piney-Luxembourg, muerto en 1630; a principios del siglo XX, una tía de Montesquiou llevaba el título de marquesa de Brantes. <<

[71] También figura en Saint-Simon la casa de Mecklemburg, apellido que por matrimonio llevaba Élisabeth de Montmorency-Bouteville, duquesa de Châtillon, así como María Pavlovna (1854-1920), casada con el gran duque Vladimiro y gran amiga de Mme. de Chévigné en sus visitas a París. Charius parece referirse a ésta, designándola por su nombre de soltera. <<

[72] El pintor italiano Vittore Carpaccio ha venido apareciendo desde el tomo I de / ¿? busca del tiempo perdido; Proust había visto sus cuadros en Venecia y había ponderado su pintura en una carta de 1916 a María de Madrazo: «Carpaccio es precisamente un pintor que conozco muy bien, he pasado largas jornadas en San Giorgio degli Schiavoni y delante de Santa Ursula, he traducido todo lo que Ruskin escribió sobre cada uno de sus cuadros». Véase en el 1.1, pág. 897, nota 26 a la pág. 393, y pág. 956, nota 215 a la pág. 788, sobre los nueve cuadros que dedicó Carpaccio a la leyenda de Santa Ursula.

Paolo Caliari, llamado el Veronés (1528-1588), trabajó en Venecia realizando cuadros tanto religiosos como seglares de grandes dimensiones, que reflejan el gran boato y la espléndida riqueza de su ciudad de adopción; para ello se valía de escenas bíblicas en las que introducía personajes, ropajes y decoraciones de su tiempo. <<

[73] Alusión al segundo acto (escena IV) del Tannhauser, donde, durante una gran fiesta, se desarrolla un concurso de canto con el amor por tema. El landgrave acoge a los invitados mientras la Marcha repite el motivo de los Peregrinos. <<

[74] El apellido Souvré figura en las Mémoires de Saint-Simon, pero como extinguido en 1715, tras la muerte de Mme. de Louvois. <<

[75] Para el apellido d’Arpajon, véase más arriba, nota 174 de la pág. 1074. Proust no fija su título aristocrático; en Sodoma y Gomorra Aparece como vizcondesa o condesa; y en *El tiempo recobrado* se menciona a una marquesa de ese apellido, que no es la Mme. d’Arpajon aquí citada. <<

[76] Sobre la conversación en torno a Víctor Hugo durante la cena en casa de la duquesa, véase *La parte de Guermantes* II, págs. 435-437. <<

[77] Alusión a la escultura helenística conocida como Victoria de Samotracia, que se encuentra en el Louvre. <<

[78] Esta nueva alusión a Whistler, cuyos cuadros el texto asocia generalmente al barón de Charlus, puede aludir a uno de los modelos vivos de este personaje, a Robert de Montesquiou, cuyo retrato había hecho el pintor inglés; véase su entrada en el 1.1, Diccionario de Marcel Proust, págs. CCX-CCXI. <<

[79] Véase *La parte de Guermantes* II, pág. 506 y nota 454 en la pág. 1111. <<

[80] Evangelio según Mateo, 10, 35-38: «Pues vine a desunir; el hombre contra su padre, la hija contra su madre, la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre: los de su casa. El que quiere al padre o a la madre por encima de mí, no es digno de mí; y el que quiere al hijo o a la hija por encima de mí, no es digno de mí». Y Evangelio según Lucas, 14, 26: «Si alguno viene a mí y no aborrece a su padre y a su madre, a [su] mujer y a [sus] hijos, a [sus] hermanos y hermanas, y más aún, incluso a su vida, no puede ser discípulo mío». <<

[81] Un amigo de Proust, Boni de Castellane, pretendió montar por capricho en su castillo del Marais una especie de zoológico de animales exóticos. El apellido d'Aiguillon figura en las Mémoires de Saint-Simon, pero como usurpador; durante el siglo XVII llevaron el título de duque y par d'Aiguillon tres personas, la última de ellas Madeleine de Wignerot, sobrina del cardenal Richelieu, que lo consiguió en 1638. <<

[82] Sobre los cuadros de fuentes y surtidores de Hubert Robert (17331808) véase el 1.1, pág. 846, nota 42 a la pág. 39. <<

[83] El gran duque Vladimiro (1847-1909), miembro de la familia de los Romanov, era el segundo hijo del zar ruso Alejandro II, y tío por tanto de Nicolás II; se había casado con María Pavlovna, duquesa de Mecklemburgo. La anécdota que concluye líneas más adelante con el grito «¡Bien por la vieja!» se atribuye sin embargo a su hermano, el gran duque Pablo, que se lo lanzó a Mlle. Bartet. <<

[84] Ostentaba ese título el hermano de Luis XIV, Philippe d’Orléans, que se complacía en mantener en Saint-Cloud una corte a la que festejaba continuamente. <<

[85] Elena di Montenegro (1872-1953), casada en 1896 con el príncipe de Nápoles Víctor Manuel, que cuatro años más tarde se convertía en rey de Italia. <<

[86] Salih Muñir Pachá era, desde 1895, el embajador de Turquía en París. Sobre la embajadora de Turquía, interesada en la perversión sexual en los pájaros, véase *La parte de Guermantes* II, pág. 472 y ss. <<

[87] Mitrídates, rey del Ponto muerto en el año 63 a. de C.; en su juventud, para evitar las conspiraciones, se dedicó a estudiar los venenos y, según la leyenda, acostumbró progresivamente su cuerpo a ellos ingiriéndolos en pequeñas dosis. <<

[88] Hélène des Cars (1848-1933) y su prima Mme. Greffulhe eran dos de las bellezas más elegantes del París de principios del siglo XX. Proust aprovechará sus atavíos y toilettes pita, describir los de la princesa y la duquesa de Guermantes en la Ópera (Laparte de Guermantes I, pág. 50). Sobre Mme. Standish, véase el t. I, Diccionario de Maree! Proust, pág. CCI. <<

[89] Louise, princesa de Radziwill, nacida en 1877, se había casado con Armand, quinto duque de Doudeauville, título que pertenecía a la casa de La Rochefoucauld. Sobre el padre y el hermano de la princesa de Radziwill y sus relaciones con Proust, véase el 1.1, Diccionario de Marcel Proust, págs. CLXXXVHI—CLXXXIX. <<

[90] Sobre Giambattista Tiepolo (1696-1770), véase el 1.1, pág. 914, nota 149 a la pág. 479. *En La prisionera*, Proust evocará «el rosa cereza, que es tan particularmente veneciano que se le llama rosa Tiepolo». <<

[91] Véase *La parte de Guermantes* II, pág. 508. La anécdota parte de un hecho real protagonizado por Aymery de La Rochefoucauld durante la agonía de su primo Gontran de Montesquiou. <<

[92] Sobre los Montmorency, véase *La parte de Guermantes* II, pág. 224 y nota 352. <<

[93] Sobre el rey persa Darío y su palacio de Susa véase el 1.1, pág. 909, nota 113 a la pág. 449. Una amiga de Proust, la condesa de Clermont-Tonnerre, había reconstruido las paredes de ese palacio como decorado para una fiesta persa que dio en junio de 1912 <<

[94] Racine, Esther, I, II, w. 122-124. Es Elisa quien admira a las jóvenes judías, «inocentes bellezas», que rodean a Ester; al aplicar M. de Vaugoubert estos versos a los jóvenes adjuntos de embajada se ratifica la equivalencia entre Sión y Sodoma, que poco más adelante se hará de forma explícita. Líneas más arriba se cita, modificado, el verso 83 del acto I, escena I de la misma pieza raciniana: *Ester, me decía, Ester en la púrpura está sentada*. <<

[95] Desde 1906 era embajador de Noruega en París, M. de Wedel-Jarlsberg. <<

[96] Racine, Esther, I, I, w. 101-106, que Proust, para que se apliquen al embajador X…, modifica ligeramente: en el texto raciniano es Esther quien se los dice a su tío Mardoqueo. <<

[97] Racine, Esther, I, V, versos 90-92, modificados por Proust. <<

[98] Gabriele D’Annunzio (1863-1938), poeta, dramaturgo y novelista italiano, que pasó varios años de su vida en Francia. Robert de Montesquiou lo introdujo en la alta sociedad parisiense. <<

[99] Alejandro Pavel Isvolski (1856-1919), embajador de Rusia en Francia de 1910 a 1917. <<

[100] El dramaturgo noruego Henrik Ibsen (véase el 1.1, pág. 917, nota 168 a la pág. 492) había muerto en 1906, mientras que el embajador ruso llegó a París en 1910. Por otra parte, la cronología interna de la novela sitúa la acción en 1902. <<

[101] Sobre este diario conservador, véase *A la sombra de las muchachas en flor*, 1.1, pág. 955, nota 210 a la pág. 780. <<

[102] Prestigiosa competición hípica parisiense que se celebraba en Longchamp desde 1863, y reunía a la aristocracia y a la elegancia de la Belle Époque. Tenía lugar el segundo domingo de junio hasta 1909, y desde ese año el último domingo del mismo mes. <<

[103] Para Mme. Alphonse de Rothschild, véase *La parte de Guermantes* I, nota 411 de la pág. 1045; sobre el duque de La Trémoïlle, casado con Marguerite Duchátel, véase 1.1, pág. 875, nota 81 a la pág. 232; y sobre la princesa de Sagan, Jeanne-Marguerite Seilliére, véase *Un amor de Swann*, 1.1, pág. 864, nota 5 de la pág. 171. <<

[104] El barón Maurice von Hirsch (1831-1896), financiero de origen hebreo, era hijo del banquero de la corte de Baviera; incrementó la fortuna paterna con cuantiosos beneficios obtenidos en la construcción de ferrocarriles. Residió en París desde 1870 y dedicó parte de su fortuna a secundar iniciativas en favor de los judíos perseguidos. <<

[105] Charles-Ferdinand de Borbón (1778-1820), segundo hijo de Carlos X y heredero del trono, fue asesinado por Louvel. Véase más arriba, *La parte de Guermantes* II, pág. 474 y nota 353. <<

[106] El marqués Giovanni Monaldeschi, caballero de origen italiano, se convirtió en favorito de la reina Cristina de Suecia; cuando ésta se enamoró locamente del nuevo capitán de su guardia, Sentinelli, Monaldeschi escribió, imitando la letra del reciente seductor, cartas insultantes para la reina. Por orden suya, Sentinelli lo asesinó el 10 de noviembre de 1657 en la galería de los Ciervos del palacio de Fontainebleau, adonde Cristina de Suecia lo había atraído, así como a un sacerdote para que lo confesase; ante su negativa a confesarse, y para forzarle a ello, Sentinelli fue hiriéndole con su espada en distintas partes del cuerpo sin que valieran las súplicas de gracia para el joven que el sacerdote hacía a la reina. El asesinato causó tal sensación de horror en París que Cristina de Suecia hubo de abandonar la capital francesa. <<

[107] «Pan y juegos circenses», palabras despectivas que el poeta latino Juvenal dirige en sus Sátiras (X, 81) a los romanos, incapaces de interesarse en otra cosa que no fueran las distribuciones gratuitas de trigo y los juegos también gratuitos del circo. <<

[108] Sobre estos dos periódicos, véase *A la sombra de las muchachas en flor*, t. I, pág. 955, nota 210 a la pág. 780. <<

[109] Son dos las posibles duquesas d’Uzés: Anne de Rochechouart-Mortemart (1847-1933), con aficiones artísticas y deportivas, y Thérése de Luynes, cuyo marido pasa fugazmente por/I ¡asombra ¿le las muchachas en flor {véase pág. 643). <<

[110] Victoria Eugenia, princesa de Battenberg (1887-1969), casada en 1906 con el rey español Alfonso XIII. <<

[111] El apellido figura ya, como condado, entre la aristocracia francesa del siglo XVIII; a principios del XX había varias condesas de ese apellido, según las distintas ramas de la familia: entre ellas Antoinette de Riquet de Caraman (nacida en 1875) y Sibylle de Chateaubriand (nacida en 1876). <<

[112] Mme. de Boigne confiesa en sus Mémoires que hacía de este modo sus invitaciones. <<

[113] Sobre Mélanie de Bussiére, casada con el conde Edmond de Pourtalés, véase *La parte de Guermantes* II, pág. 119 y nota 156. <<

[114] El Santo Sínodo, creado por el zar Pedro el Grande en 1721 y suprimido en 1917 por la Revolución soviética, fue un colegio eclesiástico de nueve miembros que reemplazó al patriarcado. <<

[115] El templo del Oratorio designa la vieja iglesia del convento del Oratorio, la mayor de París; se encuentra en la calle Rivoli y en 1811 fue cedido por Napoleón al culto protestante. <<

[116] Este párrafo, desde «Se vio pasar a una duquesa muy morena», es un añadido del manuscrito que ofrece un ejemplo de las descortesías voluntarias de la duquesa de Guermantes con sus invitados. <<

[117] Debería ser Chanlivault: si Chaussepierre hijo es sobrino de la «vieja Chanlivault», ésta sería hermana del «viejo Chaussepierre». La identificación se produce además en *Un amor de Swann*, donde Mme. de Chanlivault figura como «hermana de ese bueno de Chaussepierre» (t. I, pág. 305). <<

[118] La cabeza familiar de los príncipes de Chimay, rama desde el siglo XVIII de la familia Riquet de Caraman, era a finales del XIX Joseph de Chimay-Caraman, nacido en 1858, casado con Marie de Montesquiou-Fezensac primero y con Clara Ward después; su hermana, la condesa Greffulhe, fue la principal modelo de la duquesa de Guermantes (véase el t. I, Diccionario de Marcel Proust, pág. CXL). <<

[119] Concours general: especie de competición escolar instituida en 1744 que ha llegado hasta nuestros días tras haber caído en desuso en algunas etapas; participaban en él los mejores alumnos de los liceos de Francia; sus tres premios mayores y más honrosos, los de de matemáticas, filosofía y lengua, se entregaban en la Sorbona. <<

[120] Para el duque de Chartres, véase *Por la parte de Swann*, 1.1, pág. 277 y nota 118. <<

[121] El retrato del burgomaestre Six y de su esposa se conservan en la colección Six, en Amsterdam. <<

[122]

Accipe munc Danaum insidias et crimine ab uno
disce omnes.

Escuchad ahora las insidias de los dánaos y por el crimen de uno solo
aprended a conocer a todos.

Virgilio, Eneida, libro II, w. 65-66. Eneas evoca ante Dido la perfidia de Sinón, el griego que persuadió a los troyanos para que introdujesen en la ciudad el caballo de madera. <<

[123] El ducado de Bouillon perteneció a los La Tour d’Auvergne hasta la muerte del último duque, en 1802 (véase más arriba, *La parte de Guermantes* II, pág. 422 y nota 212). El Congreso de Viena había adjudicado el título al príncipe de Rohan-Guéménée, provocando entre distintos pretendientes a los derechos un litigio que ha recorrido los siglos XIX y XX y de los que se burlan tanto el duque de Guermantes como el barón de Charlus por los falsos La Tour d’Auvergne. <<

[124] Charles-Victor Prévót, vizconde d’Arlincourt (1789-1856), defendió durante la Restauración a la Monarquía de Julio en novelas más panfletarias que históricas, después de que su carrera política con los Borbones quedara enterrada tras los Cien Días. Entre sus títulos narrativos figuran Les Rebelles sous Charles V (1832) y Le Brasseur roi (1834); la farragosa tragedia Le Siege de París (1827) le ganó el aplauso del público más conservador de la época. <<

[125] Marie-Loïsa Lemoine Puget (1810-1889), poetisa y compositora de romanzas sentimentales que ella misma interpretaba en los salones a partir de 1830; escribió e interpretó vodeviles y comedias que son, como en el caso del vizconde d'Arlincourt, aunque ambas obras posean calidades muy diferentes, expresión del «espíritu del tiempo» de la Monarquía de Julio. <<

[126] Montfort-l’Amaury, ciudad del departamento de Seine-et-Oise, a 45 kilómetros de París, guarda en su iglesia dedicada a san Pedro una colección de vitrales del siglo XVI. <<

[127] Véase en el 1.1, pág. 955, nota 210 a la pág. 780. <<

[128] Con ese término italiano Proust parece designar el Camposanto de Pisa, construido a partir de 1278, rodeado de galerías donde figuran frescos pintados desde 1360 por Gozzoli y otros pintores; los frescos de escenas macabras a los que aquí alude la duquesa de Guermantes, «El triunfo de la Muerte», «El juicio final», y «El infierno», pertenecen a un maestro anónimo. <<

[129] Proust pretendía comparar a Mme. de Surgís con una diosa que hubiera encarnado sus principales atributos en dos hijos distintos, y para ello consultó en septiembre de 1921 a Albert Thibaudier; en octubre, éste le contestó que la partenogénesis era «una especialidad reservada al rey de los dioses», información que el novelista no utilizó. <<

[130] Juego de palabras entre la barbe (en sentido directo «la barba», aunque como exclamación puede traducirse, como dos líneas más arriba, por «¡qué lata!»), y le *barbter* («barbero»). <<

[131] Proust hace un pastiche de la traducción de Leconte de Lisie de la Teogonia de Hesíodo: «Y, primero, el rey de los Dioses, Zeus, tomó por mujer a Metis, la más sabia entre los Inmortales y los hombres mortales […], estaba escrito en el destino que, de Metis, nacerían hijos sabios […]. Y luego desposó a la espléndida Temis […]. Y Eurinomo. Luego, Zeus amó a Mnemósine […] Y a Leto. […] Finalmente Zeus esposó a la última, la espléndida Hera», a la que Proust llama por su nombre latino de Juno. En la serie se ha omitido a Deméter. Metis es la diosa de la astucia; Temis, la diosa de la justicia; Eurinomo, la madre de las Gracias; Mnemósine, la divinidad de la memoria; Leto, la madre de Apolo y de Ártemis, y Hera (Juno) la diosa del matrimonio y del hogar. <<

[132] *Suavi mari magno: turbantibus aquora ventis, le térra magnum alterius spectare laborem*: «Es dulce, cuando sobre el vasto mar los vientos levantan las olas, / observar desde tierra los duros esfuerzos de otros», versos iniciales del libro II de *De rerum natura*, de Lucrecio.

Memento, homo, quiapulvis es et inpulverem reverteris: «Recuerda, hombre, que eres polvo, y que volverás al polvo», palabras que pronuncia el sacerdote cristiano el Miércoles de Ceniza al marcar la frente de sus fieles, en recuerdo de las palabras dichas por Dios a Adán, tras el pecado original, según el Génesis(3,19). <<

[133] Apellido de la dinastía que reinó en Francia desde 1328 a 1589. <<

[134] Proust inventa un neologismo, *blackbouler*, formado a partir del inglés to *blackball*: rechazar un proyecto o a un candidato echando una bola negra en la urna, tal como aparece en Sodoma y Gomorra I, pág. 556, donde los sodomitas «entran con tal facilidad en los clubs más cerrados que, cuando un sodomita no es admitido, las bolas negras son en su mayoría de sodomitas, pero de sodomitas que se dedican a incriminar la sodomía por haber heredado la mentira que permitió a sus antepasados abandonar la ciudad maldita». <<

[135] Es la única vez que la novela pone apellido a la esposa del barón de Charlus. <<

[136] Véase *A ¡a sombra de las muchachas en flor*, 1.1, págs. 509-511. <<

[137] Orgeville, de Otgerivilla, que volverá a figurar entre los topónimos cuya etimología debatirá más adelante Sodoma y Gomorra. La Croix-l'Évéque también parece nombre extraído de topónimos, muy abundantes en Francia, con La Croix por primer término y un tipo de jerarquía eclesial por segundo. <<

[138] El casal de Putbus procede de Cléves, en Prusia, y se conoce desde principios del siglo XIII; en el siglo XVII se convirtió en condado; en el XIX llevó el título Guillaume de Putbus, nacido en 1833, a cuya muerte el apellido se perdió: sus cuatro únicas hijas estaban casadas en ese momento. <<

[139] Gustavo Jacquet (1846-1909), retratista y pintor de género, amigo de Robert de Montesquiou, quien prologó el catálogo de la exposición a él dedicada tras su muerte; gozó del favor de la alta sociedad francesa en las dos últimas décadas del siglo XIX. <<

[140] *Der Neffe als Onkel*, título alemán de la comedia en tres actos en que Schiller adaptó Encoré des Minechmes (1791), del poeta y dramaturgo francés Louis-Benoit Picard (1769-1828), que utiliza por personajes los gemelos de la comedia de Plauto Los Meneemos. La sencillez expresiva del texto alemán hizo que la pieza schilleriana fuese retraducida a francés bajo el título de Onde ou Neveu? <<

[141] Sobre el Giorgione, véase el 1.1, pág. 889, nota 11 a la pág. 348. Para Antoine Compagnon (Pléiade, ed. cit., t. III, pág. 1373), «El tipo de belleza que hace referencia a Giorgione en la época de Proust tenía por modelo las dos mujeres del Concierto campestre, en el museo de Louvre, cuadro tradicionalmente atribuido al Giorgione». Se trata de mujeres morenas, corpulentas y abundantes. En la actualidad, la atribución de ese cuadro se reparte entre el Giorgione, que lo habría comenzado, y el Tiziano, que lo acabó. <<

[142] Criado de *La commedia dell'arte* que Moliére convirtió en arquetipo en *Los enredos de Scapin*. En el acto III, escena II, convence a Gerente, padre de su amo Leandro, para que se meta en un saco y pueda huir así de los inventados espadachines que lo persiguen; el propio Scapin se encarga de darle una tunda de palos fingiendo voces de sus perseguidores. Véase las págs. 200-205 de mi edición: Moliere, *El misántropo — Los enredos de Scapin*, colección Austral, Espasa, Madrid, 1999. <<

[143] Cita aproximada de *Las mujeres sabias*, de Moliére, acto I, escena III: «se esfuerza incluso por agradar al perro de la casa»; véase: Moliére, *Las preciosas ridiculas — Las mujeres sabias*, Cátedra, Madrid, 1995, pág. 114. <<

[144] Cabinet des antiques, novela de Balzac, perteneciente a las «Escenas de la vida de provincia», que tiene por héroe al bellísimo Victurnien d’Esgrignon: el protagonista se instala en París para terminar víctima de enredos que le obligan a casarse con la sobrina de un nuevo rico. <<

[145] Émile Loubet (1838-1929), político francés que sucedió al antidreyfusista Félix Faure en la presidencia de la República, de 1899 a 1906. Fue partidario de la revisión del proceso Dreyfus, a quien concedió gracia tras ser condenado en septiembre de 1899 en Rennes. A ese proceso iniciado en verano de ese año parecen referirse las palabras de Swann. <<

[146] El príncipe Edmond de Polignac y Robert de Montesquiou, aristócratas cultos vinculados por amistad a Proust. Véanse sus entradas en el 1.1, Diccionario de Marcel Proust, págs. CLXXXI y CLXK-CLXXX respectivamente. <<

[147] Del libro Déliquescences: Poemes decadentes, firmado por Adoré Floupette, pseudónimo bajo el que Gabriel Vicaire y Henri Beaucaire parodiaban la poesía simbolistas. En el poema al que pertenece ese trozo modificado, «Symphonie en vert mineur», los autores se burlaban de dos versos de Verlaine, aludiendo además con ese «verde» a una de las aficiones del poeta maldito, el ajenjo. <<

[148] El cardenal Mazarino (1602-1661), ministro durante la minoría de edad de Luis XIV, había conseguido reunir gracias a la cuantiosa fortuna lograda durante esa regencia, magníficas colecciones de arte y una abundante biblioteca personal en su palacio, convertida más tarde en Biblioteca real (en la actualidad forma parte de la Biblioteca Nacional de Francia). Antes de morir, lamentaba tener que dejar sus libros. <<

[149] Minerva, que inventó la brida para domar a los caballos —de ahí «Hip— pia»— es el nombre latino de Atenea; y su apelativo de «Tritogenia» se remonta a los Himnos órficos, que se atribuían a Hesíodo y que Proust conocía en la traducción de Leconte de Lisie: «Palas, nacida única, venerable hija del gran Zeus, diosa bienhechora, de gran corazón, que animas al combate […], que cruzas las altas cimas y las montañas sombreadas, […], que persigues a los jinetes, Tritogenia» (Himno XXXI).

En cuanto a la referencia al esquí, este deporte fue importado de Noruega por algunos originales, pero hasta 1907 no tuvieron lugar las primeras competiciones en Francia. En 1921, cuando Proust añadió ese pasaje al manuscrito, el esquí acababa de ser admitido como disciplina deportiva. <<

[150] En la época del caso Dreyfus, el gran duque de Hesse era Ernest Ludwig (nacido en 1868), casado en primeras nupcias con Victoria, princesa de Sajonia-Coburgo. <<

[151] Gustavo (1858-1950), hijo primogénito del rey Óscar II de Suecia. <<

[152] Eugenia de Montijo (1826-1920), que había sido esposa de Napoleón III, era, en efecto, dreyfiisista. <<

[153] Los tratados de toponimia más utilizados por Proust, Les noms de lieu de la France, de Lognon, y *Origine et formation des noms de lieu, de Cocheris*, explican que buen número de localidades derivan de antiguos dominios abaciales y de otras dignidades religiosas feudales. <<

[154] Alusión a un relato de Edgar Alian Poe: «El demonio de la perversidad», que encabezaba las *Nouvelles histoires extraordinaires* en la traducción de Baudelaire. <<

[155] Marie-Anne de Mailly, duquesa de Châteauroux (1717-1744), fue durante dos años amante de Luis XV. Jean-Marc Nattier (1685-1766) hizo de esta mujer varios retratos que se han perdido y sólo se conocen por copias, de las que, en 1910, poseía una Henri de Montesquiou. <<

[156] La falsificación de un documento, hecha con objeto de salvar el honor del ejército por el comandante Henry para comprometer a Dreyfus, fue utilizada por el ministro de la Guerra, Cavaignac, en julio de 1898. Un mes más tarde, descubierta la falsificación, Henry fue detenido y, encarcelado, se suicidó en su celda el 31 de agosto de 1898. <<

[157] Le Siicle era partidario de la revisión del proceso de Dreyfus y desde enero de 1898 había publicado varias cartas enviadas por Dreyfus a su mujer bajo el título de «Cartas de un inocente».

L'Aurore, diario fundado en 1897 por Ernest Vaughan, tenía por principal colaborador político a Georges Clemenceau. Desde el primer momento declaró la inocencia de Dreyfus y acogió en sus páginas la carta abierta al presidente de la República por Zola bajo el título de «J'Accuse». <<

[158] Alfred Dreyfus se había casado en 1889 con Lucie Hadamard, de la que tenía dos hijos: Pierre, nacido en 1891, yjeanne, nacida en 1893. <<

[159] Podría tratarse, por la cronología interna de la novela, de la princesa Margarita de Prusia, casada en 1893 con el príncipe Friedrich Karl. <<

[160] Tres eran las damas que llevaban ese título de Ligne en la época: Marguerite de Talleyrand-Périgord, casada con el príncipe Henri de Ligne; Élisabeth de La Rochefoucauld, nacida en 1865 y casada en 1884 con el príncipe Louis de Ligne; y Diane de Cossé-Brissac, casada con el príncipe Ernest de Ligne. <<

[161] Hélène de Pillet-Will, nacida en 1875, que casó en 1902 con Louis de La Trémoïlle de Tárente, duque de La Trémoïlle a la muerte de su padre, en 1911. <<

[162] Sobre este apellido y Symone de Chevreuse, véase más arriba, Layarte de Guermantes II, nota 310 de la pág. 1091. <<

[163] Fundido con la casa de Ligne en el siglo XVI, el apellido d’Arenberg era llevado a principios del siglo XX por Emma de Gramont, nacida en 1883 y casada con el príncipe Pierre d’Arenberg; y por la esposa del príncipe Auguste d’Arenberg, presidente de la Compañía del Canal de Suez. <<

[164] Charles Haas, principal modelo de Swann, había sido condecorado por su comportamiento durante la guerra franco-prusiana de 1870; en el caso Dreyfus se negó a firmar a favor de la revisión del proceso. <<

[165] Véase *Por la parte de Swann*, 1.1, pág. 81. <<

[166] En 1906, Dreyfus fue rehabilitado, condecorado y promovido al grado superior; Picquart fue reintegrado al ejército ese mismo año, ascendido a general de brigada y nombrado ministro de la Guerra (1906-1909)porel gabinete de Clemenceau. Ni Charles Haas, que había muerto en 1902, ni Swann llegaron a verlo. <<

[167] En este punto, el manuscrito desarrollaba el amor desdichado de la princesa de Guermantes por el barón de Charlus, que prefiere a un revisor de ómnibus; de este amor de Charlus han quedado residuos sin explicación en el texto: véase la nota 10 a la pág. 537 de Sodoma y Gomorra. Proust eliminó en noviembre de 1921 este episodio cuando publicó en las CEuvres livres, bajo el título de Jalousie, buena parte del capítulo primero de Sodoma y Gomorra; y aunque en carta a Gastón Gallimard (14 de octubre de 1921) comunica a su editor que el largo corte «lo he puesto en un sobre, y sólo tendré que volver a colocarlo», no lo hizo. Según los estudiosos proustianos, no habría sido por olvido, sino por autocensura: es el único texto de *A la busca del tiempo perdido* en que Sodoma aparece como una perversidad, alterando la perspectiva que sobre la homosexualidad ofrece el resto de la novela. El texto proustiano es el siguiente:

Si yo hubiera conservado [dudas] sobre el conocimiento que la princesa tenía de los gustos de M. de Charlus, habría sido desengañado una noche en que, como desde hacía algún tiempo, me repetía lo triste que estaba y luego me hablaba de M. de Charlus. Para ahorrarle aunque friera al precio de un dolor las decepciones que en mi opinión debían esperarle, le dije que ciertos hombres, y a menudo los más notables por inteligencia y los más delicados de sensibilidad, no podían pedir la satisfacción de sus deseos más que a mujeres extremadamente vulgares, a rameras, a criadas, a veces a putas de las calles. Y le dije que me temía, según lo que algunos amigos suyos [me habían dicho], que M. de Charlus fuese de esos hombres. "No creerá que no sé todo", me dijo ella posando sobre mí sus miradas de una dureza admirable. Luego, dando la impresión de no haber comprendido ella misma lo que acababa de decir, respondió a mis palabras y me preguntó si no creía que hombres como aquellos de los que yo hablaba no podían de todos modos sentir amor por una mujer a la que admirasen estéticamente, y si el amor de esa mujer no acabaría, a fuerza de conmoverlos, por desencadenar el suyo. "El amor es una gran fuerza, no es indiferente sentirse amado". Mi opinión, que callé, es que el amor es en efecto una gran fuerza, pero distanciadora, y no es indiferente sentirse amado porque eso impide amar. "Ni siquiera sé por qué le hago la pregunta, me dijo, conozco tantos ejemplos de mujeres que han terminado inspirando el amor que sentían". Y podía ser cierto lo que decía; quimeras análogas a aquellas en las que nuestro deseo quería creer y que nuestra razón nos enseñó que

eran imposibles, al final de nuestra vida descubrimos, tras una larga experiencia, que para algunos tales quimeras se han realizado. Porque la diversidad de las circunstancias y de los seres es tal en la naturaleza que casi no existe ninguna combinación que no pueda producirse, aunque en apariencia sea una excepción a las leyes que nos parecen más seguras. Pero del hecho de que, hojeando en la colección de periódicos del mundo entero durante diez años, encontremos el relato de una vida a cuyo lado las hazañas de los 45, las venganzas de los 13 de Baizac, y de Monte-Cristo, las proezas de Sherlock Holmes se han cumplido, no ha de seguirse que, si después de haber leído esas obras, nos decidimos con algunos amigos a realizar las hazañas de esos héroes, no nos veamos detenidos a los quince días. En sociedad se notaba la febrilidad de la princesa, su miedo, ella que todavía estaba muy lejos de envejecer y a la que la agitación nerviosa en que ahora vivía impedía mantener el aire joven. Incluso un día, en una cena en la que también estaba invitado M. de Charlus y en la que, por eso, llegó radiante pero rara, me di cuenta de que esa rareza se debía a que, creyendo darse buen aspecto y un aire más joven, se había —sin duda por primera vez en su vida— pintado completamente. Exageraba incluso aquella excentricidad de toilettes que siempre había sido un poco su punto flaco. Bastaba que hubiese oído a M. de Charlus hablar de un retrato para que mandase copiar los adornos y los llevase. Un día en que, tocada así con un sombrero inmenso copiado de un retrato de Gainsborough (más vale poner un pintor cuyos sombreros fuesen extraordinarios), volvía sobre su tema, habitual ahora, de la tristeza que debía suponer ir envejeciendo y citaba a este propósito una frase de Mme. Récamier diciendo que sabría que había dejado de ser bella cuando los pequeños deshollinadores ya no se volviesen en la calle: "Tranquilícese, mi pequeña Marie, respondió la duquesa de Guermantes con una voz cariñosa para que la dulzura afectuosa del tono impidiese a su prima molestarse por la ironía de las palabras, le bastará con llevar sombreros como el que lleva, puede estar segura de que se volverán siempre.

Ese amor que se empezaba a cuchichear que sentía por M. de Charlus, unido a lo que poco a poco iba descubriéndose de la vida de éste, fue casi de tan gran ayuda a los antidreyfusistas como el origen germánico de la princesa. Cuando un espíritu vacilante hacía valer en favor de la inocencia de

Dreyfus que un cristiano nacionalista y antisemita como el príncipe de Guermantes había sido convertido a creer en ella, respondían: “Pero ¿es que no se ha casado con una alemana? —Sí, pero… —¿Y esa alemana no es viciosa? ¿No está enamorada de un hombre que tiene gustos especiales?”. Y por más que el dreyfusismo del príncipe no le hubiera sido sugerido por su mujer ni tuviese relaciones con las costumbres del barón, el antidreyfiisista filosofo concluía: “¡Ya lo ven! El príncipe de Guermantes quizá sea dreyfusista con la mejor buena fe del mundo. La influencia extranjera ha podido ejercerse sobre él de un forma oculta. Ésa es la manera más grave. Pero un buen consejo. Cada vez que encuentren ustedes un dreyfusista, rasquen un poco. No muy lejos encontrarán el gueto, el extranjero, la inversión o la wagneromanía”. Y se suspendía de manera cobarde la conversación, porque habría sido necesario confesar que la princesa era una wagneriana apasionada.

Cada vez que la princesa sabía que yo debía ir a su casa, y como sabía que veía a menudo a M. de Charlus, preparaba sin duda cierto número de preguntas colocadas con bastante prudencia para que no pudiese darme cuenta de lo que tras ellas se ocultaba, y que debía ser para poder controlar si tal afirmación, tal excusa de M. de Charius referida a cierta dirección, a cierta noche, eran verdaderas o no. A veces, durante toda la duración de mi visita no me hacía ninguna pregunta, por insignificante que hubiese podido parecer, y trataba de hacerme notar que no me hacía ninguna. Y, después de haberme dicho adiós, con la puerta ya abierta, como sin premeditación me hacía cinco o seis. Y así iban las cosas cuando una noche mandó a buscarme, Ja encontré presa de una agitación extraordinaria, a duras penas reprimía los sollozos. Me preguntó si consentía en encargarme de una carta para M. de Charius y me suplicó entregársela a cualquier precio. Corrí a casa de éste, estaba delante del espejo, quitándose un poco de polvos. Tomó conocimiento de la carta —la más desesperada de las llamadas, como después supe— y me encargó responder que era materialmente imposible aquella misma noche, que estaba enfermo. Mientras me hablaba, de un jarrón iba sacando una tras otra rosas de un matiz diferente, la probaba en su ojal y miraba en el espejo qué tal le iba a su cutis, sin poder llegar a decidirse por ninguna. Entró su ayuda de cámara a decirle que había llegado el peluquero; el barón me tendió la mano para despedirse de mí. “Pero se le han olvidado las tenacillas de rizar”, dijo el ayuda de cámara. El barón montó en una cólera terrible; sólo la vista del color rojo que iba a echar a perder su cara le forzó a recuperar un poco de calma, a la que sin embargo se mezclaba una desesperación más amarga todavía que la de hacía un rato, pues no eran sólo los cabellos, que quedarían menos suaves de lo que hubieran podido quedar, sino la piel más roja, y debido al sudor, la nariz reluciente. “Puede ir a buscarlas, insinuó el ayuda de cámara. —Pero yo no tengo tiempo, gimió el barón en una queja destinada a producir un efecto de terror igual a la más violenta de las cóleras, aunque produciendo pese a todo menos calor en quien la exhalaba. No tengo tiempo, sollozó, tengo que salir dentro de media hora, o llegaré tarde. —Entonces ¿quiere el señor barón que pase? —Pues no sé, no puedo prescindir de un golpe de tenacillas, dile que es un bruto, un malvado, díselo”. Mientras, yo salía, y corrí a casa de la princesa. Jadeante, ella volvió a trazar algunas palabras que me pidió llevar de nuevo. “Abuso de su amabilidad, pero si supiera usted por qué”. Volví a casa de M. de Charius. Poco antes de llegar a su morada, le vi que se reunía con Jupien delante de un coche de punto parado. El faro de un auto que pasaba iluminó por un segundo en el fondo del simón la gorra y la cara de un conductor de ómnibus. Luego no pude seguir viéndole, porque habían mandado situar el carruaje en un rincón oscuro, en la esquina de un callejón totalmente negro. Entré en el callejón para que M. de Charius no me viese. “Deme un segundo antes de montar, le dijo M. de Charius a Jupien, ¿no se me ha deshecho el bigote? —No, está usted soberbio. —¡Te pitorreas de mí! —No utilice palabras como ésas, no le van. Eso está bien para el que usted va a ver. —¡Ah!, tiene un poco pinta de golfo, no detesto eso. Pero, dime, ¿qué tipo de hombre es?, ¿no será demasiado delgado?”. De suerte que comprendí que si M. de Charlus no iba en socorro de la maravillosa princesa loca de dolor, no era siquiera por una cita con un ser amado, o

simplemente deseado, sino por la presentación arreglada con alguien al que nunca había visto. “No, no es delgado, más bien regordete, ajamonado, no te preocupes, es totalmente de tu tipo, ya verás, quedarás contento, pequefiín mío”, añadió Jupien empleando con el barón una expresión que parecía tan poco directamente apropiada e igual de ritual que cuando los rusos llaman a un transeúnte “mi padrecito”. Entró con M. de Charlus en el coche de punto de modo que yo no habría debido poder seguir oyendo, pero en su turbación M. de Charlus no sólo descuidó cerrar el cristal, sino que, sin darse cuenta, y para aparentar que estaba a gusto, empezó a hablar en el tono sonoro y agudo que adoptaba cuando estaba representando. “Estoy encantado de conocerle y sobre todo confuso por haberle hecho esperar así en este mal simón, dijo para tapar con palabras el vacío de su pensamiento ansioso, y sin pensar que aquel mal simón debía de parecer muy bueno a un revisor de ómnibus. Espero que me haga usted el placer de pasar conmigo una velada, una confortable velada. ¿Nunca está libre más que por la noche? —Menos el domingo. —¡Ah!, está usted libre el domingo por la tarde. Es perfecto. Eso lo simplifica todo. ¿Le gusta la música? ¿Va alguna vez al concierto? —Voy a menudo. — ¡Ah, bien!, muy bien, ya ve lo bien que ya nos entendemos, estoy realmente encantado de conocerle. Podremos ir al Concert Colonne, con frecuencia tengo la platea de mi prima de Guermantes, o de mi primo Philippe de Cobourg”. El barón no se atrevió a decir el rey de Bulgaria, por miedo a dar la impresión de “ser un farolero”, pero aunque el revisor de ómnibus no hubiese comprendido absolutamente nada de esa frase y no tuviera noción alguna sobre los Cobourg, este apellido principesco pareció demasiado llamativo incluso a M. de Charlus, quien, para no dar la impresión de sobrestimar lo que ofrecía, por modestia, se puso a despreciarlo. “Sí, mi primo Philippe de Cobourg, usted no le conoce”, e inmediatamente, como un rico diría a un viajero de tercera: “Ahí se está mucho mejor que en primera”: “En el fondo es una razón de más para envidiarle a usted, porque es tan tonto el pobre, ni siquiera es que sea tonto, es molesto, todos los Cobourg son así. Además, de todas formas le envidio, debe de ser tan agradable esa vida suya al aire libre, mientras se ve a tanta gente distinta, y encima en un rincón encantador, bajo los árboles, porque creo que mi amigo Jupien me ha dicho que su línea terminaba en la Muette. A menudo he querido vivir por ahí. Es lo más hermoso que hay en París. Entonces, de acuerdo, iremos al Concert Colonne. Podremos echar la cortina de la platea. No es que no me halagaría que me viesen con usted, pero se está más tranquilo. Es tan molesta la gente, ¿verdad? Aunque no digo eso por mi prima Guermantes, que es encantadora y muy hermosa”. Igual que los eruditos tímidos que temen ser tachados de pedantería abrevian una comparación culta y no consiguen sino parecer más largos al volverse totalmente oscuros, así el barón, al tratar de oscurecer el brillo de los grandes nombres que citaba, volvía sus palabras completamente ininteligibles para el revisor de ómnibus. Al no comprender éste sus términos, trataba de discernirlos a partir de las entonaciones, y como éstas eran las de alguien que se excusa, empezaba a temer que no recibiría la cantidad que Jupien le había hecho esperar. “Cuando va al concierto el domingo, ¿también va a Colonne?, preguntó el barón. —¿Cómo dice? —¿A qué concierto va usted los domingos?, repitió el barón algo molesto. — Unas veces a Concordia, otras al Apéritif Concert o al Concert Mayol. Pero prefiero desentumecer las piernas. Es una lata estar sentado toda una jornada. —No me gusta Mayol. Hay un género afeminado que me desagrada horriblemente. En principio me horrorizan todos los hombres de ese género”. Como Mayol es popular, el revisor comprendió lo que el barón decía, pero menos por qué éste había querido verle, puesto que no podía ser por lo que detestaba. “Podríamos ir juntos a los museos”, continuó el barón. ¿Has estado alguna vez en el museo? —No conozco más que el museo del Louvre y el museo Grévin”. Volví a casa de la princesa, llevándole de vuelta su carta. Decepcionada, hizo contra mí un gesto de cólera del que se excusó inmediatamente. “Va a odiarme, me dijo, no me atrevo a pedirle que vuelva por tercera vez”. Mandé parar un poco delante del callejón, y me adentré por él. El coche de punto seguía estando allí. El señor de Charius le decía a Jupien: “¡Bueno!, lo más práctico es lo siguiente, baja tú primero con él, y ponle en su camino, y ven a reunirte conmigo aquí. Vamos, espero

volver a verle. ¿Cómo haremos? —¡Bueno!, podría enviarme usted una nota cuando salga para ir a comer a mediodía", dijo el revisor. Si utilizó esa expresión que se aplicaba con menos exactitud a la vida de M. de Charius, que no "salía para ir a comer a mediodía", que a la de los empleados de ómnibus y de otros, no fue sin duda por falta de inteligencia en el revisor sino por desprecio del color local. Continuador de los grandes maestros, trataba al personaje de M. de Charius como un Veronese o un Racine a los del marido de Cana o de Orestes, uno de los cuales muestra al marido de Cana y el otro a Aquiles, como si ese judío y ese griego legendarios hubiesen formado parte, el uno del fastuoso patriciado de Venecia, el otro de la corte de Luis XIV. El señor de Charius no creyó que debía darse cuenta de la inexactitud y respondió: "No, será más sencillo que arregle usted eso con Jupien. Ya le hablaré yo. Buenas noches, he quedado encantado", añadió sin poder desprenderse de su amabilidad de hombre de mundo ni de su altivez de gran señor. En ese momento, quizás era tanto más mundano cuanto que no estaba en sociedad; porque cuando salimos de nuestros hábitos, la timidez nos vuelve incapaces de invención, y para casi todo apelamos al recuerdo de esos hábitos; y así los hábitos se ejercen con más fuerza sobre actos en los que nos creíamos liberados de ellos, casi a la manera de esas intoxicaciones que crecen cuando se interrumpe el empleo del tóxico.

Salió Jupien con el revisor. "Bueno, ¿qué te había dicho yo?, dijo Jupien. —¡Ah, cuántas veladas como ésta necesitaría! Además, me gusta mucho oír hablar así, tranquilamente, es un tipo que no se arrebata. ¿No será un cura? —No, para nada. —Se parece a un fotógrafo en cuya casa estuve una vez para hacerme un retrato. ¿Es él? —Tampoco, dijo Jupien. —Bromista, dijo el revisor, que creía que Jupien pretendía engañarle, y que temía, por haberse mostrado M. de Charlus muy vago sobre las citas futuras, que le dejaría plantado, bromista, ¿vas a decirme que no es el fotógrafo? Le he reconocido perfectamente. Vive en el tres de la calle de 1'Échelle, tiene una perrita negra que se llama incluso, me parece, Love, ¡ya ves que lo sé! —Es una idiotez lo que dices, respondió Jupien. No digo que no haya un fotógrafo que tenga una perrita negra, te digo que no es el que te he presentado. —Bueno, bueno, como quieras, pero yo sigo en mi idea. — Puedes seguir con ella, a mí me importa un bledo. Mañana pasaré a hablar contigo para la cita". Jupien volvió al coche de punto, pero el barón, nervioso, ya se había apeado. "Está bien, es educado, amable. Pero ¿cómo tiene el pelo? No será calvo al menos, no me he atrevido a pedirle que se quitara la gorra, yo estaba emocionado como una novia. —¡Qué niño grande estás hecho! —En fin, vamos a hablar, pero para la próxima vez preferiría verle en el ejercicio de sus funciones, yo iría por ejemplo en taxi a la Muerte, y allí ocuparía en su tranvía el rincón del final, a su lado. E incluso su fuera posible pagando el doble, me gustaría que hiciera cosas bastante crueles. Por ejemplo, que fingiera no ver a las viejas que hacen señas al tranvía y que luego no tendrían otro. —¡Qué vicioso eres! Pero eso, Coco, no es fácil, porque también está el conductor; entiéndelo, tiene que estar bien visto en su trabajo". Salí del callejón, me acordaba de la soiréeen casa de la princesa de Guermantes (la soirée que, cuando estaba contándola, he interrumpido con este paréntesis anticipador, pero a la que voy a volver) en que M. de Charlus se defendía de estar enamorado de la condesa Molé, y me decía que si supiésemos leer en el pensamiento de las personas que conocemos, quedaríamos a menudo muy sorprendidos viendo que, en él, el mayor espacio lo ocupa una cosa muy distinta de lo que creemos. Al salir del callejón, me llegué hasta el palacete de M. de Charlus. Éste aún no había vuelto. Dejé la carta. Al día siguiente se supo que la princesa de Guermantes, tomando un medicamento por otro, se había envenenado, accidente tras el que estuvo varios meses entre la vida y la muerte y se retiró de la vida social durante varios años. Algunas veces me ha pasado luego, al coger el autobús, pagar mi viaje al revisor que Jupien había "presentado" en el coche de punto a M. de Charlus. Este revisor era un hombre gordo, feo, granujiento, con una vista escasa que ahora le hacía llevar lo que Françoise llamaba lentes. Nunca he podido verle sin pensar en la emoción, luego en el estupor de la princesa de Guermantes si yo hubiera podido tenerla a mi lado y decirle: "Espere, voy a enseñarle la persona por la que M. de

Charlus resistió a sus tres llamadas, la noche en que usted se envenenó, a la persona de la que le han venido todas las desgracias de su vida. Va a verla, no está lejos de aquí". Indudablemente, el corazón de la princesa hubiese latido entonces con mucha fuerza. Y a su curiosidad tal vez se hubiese [mezclado] una secreta admiración hacia un ser que había sido lo bastante seductor para volver a M. de Charlus, tan bueno con la princesa, insensible a sus ruegos. Cuántas veces, lo creyese hombre o mujer, en su pesar mezclado de odio y pese a todo de simpatía, había debido prestarle el más noble de los rostros. Entonces, al ver a éste, granujiento, feo, vulgar, con unos ojos rojos y miopes, ¡qué choque! La causa de nuestras penas, encarnada en un cuerpo amado por otro ser, a veces nos resulta sin duda comprensible; los viejos troyanos se decían viendo pasar a Elena: "Nuestro mal no vale una sola de sus miradas". Pero tal vez lo contrario sea más frecuente, porque (del mismo modo que, a la inversa, mujeres admirablemente bellas siempre han sido abandonadas por su marido) es frecuente que unos seres, feos a los ojos de casi todo el mundo, exciten amores inexplicables; y es que también puede decirse del amor lo que Leonardo decía de la pintura, que es cosa mentale, una cosa mental. Por otra parte, ni siquiera se puede decir que el caso de los viejos troyanos sea más o menos frecuente que el otro caso (la estupefacción ante el ser que ha causado nuestras penas), porque, sólo con dejar pasar un poco de tiempo, el caso de los viejos troyanos se confunde casi siempre en el otro, no hay más que un caso. Si nunca se hubiera visto a Elena, y a poco que ésta tuviera por destino envejecer mucho tiempo y mal, si un día hubieran dicho a los troyanos: "Vais a ver a la famosa Elena", es probable que ante una viejecita coloradota, engordada, informe, no habrían quedado menos estupefactos de lo que habría quedado la princesa de Guermantes ante el revisor de autobús». <<

[168] Proust recuerda el nombre de un profesor de lengua del liceo Condorcet, Claude Courbaud, falto de «finura de juicio […] un tanto agrio; es hombre desalentado y desalentador»; véase su entrada en el t. I, Diccionario de Marcel Proust, pág. CXIH. <<

[169] El marqués Hervey de Saint-Denis (1823-1892), prestigioso sinólogo fue profesor de chino en el Collége de France y teórico del sueño: su libro Les Reves et le mayen de les diriger (1869) fue obra de referencia hasta Freud. Se casó con una hija natural del último duque reinante de Parma; Proust conoció a ésta ya viuda, en 1894, y describió su toilette en el artículo «Une féte littéraire á Versailles» (Contre Sainte-Beuve, ed. cit., págs. 360-365). Será uno de sus modelos para Mme. d'Orvillers. <<

[170] Monseñor Félix Dupanloup (1802-1878), uno de los jefes del catolicismo francés, promovió la redacción de la ley Falloux (1850) sobre la enseñanza; a pesar de que la secundaria se regía por los principios del liberalismo, la situación en que se encontraba la enseñanza laica obligó a intervenir al gobierno tras el Segundo Imperio. Dupanloup también figuró en las transacciones previas a la redacción de la ley que separó los poderes de la Iglesia y del Estado francés en 1880. <<

[171] La excepción se debe a la amistad de Proust con Boni de Castellane, cuya familia, de antiguo origen provenzal (siglo XL), era «la más cosmopolita» de Francia. Sobre Boni de Castellane, véase en el 1.1, Diccionario de Marcel Proust, pág. CIX. <<

[172] Sobre el príncipe de Sagan y su esposa, que puntúan con su presencia *A la busca del tiempo perdido*, véase en el 1.1, Diccionario de Marcel Proust, págs. CXCV-CXCVI. <<

[173] Su modelo es la marquesa viuda de Saint-Denis; véase más arriba la nota 123 de la pág. 1146. <<

[174] El episodio de los zapatos rojos figura al final de *La parte de Gtiermantes* II; véanse las págs. 525-526. <<

[175] Véase Paparte de Guermantes II, págs. 507-508. <<

[176] La frase *On exagire* fue dicha por Aimery de La Rochefoucauld cuando, en el momento de salir para una fiesta de disfraces, le comunicaron la muerte de su primo Gontran, hermano de Roben de Montesquiou. <<

[177] Término alemán que designa un bastón ferrado utilizado por los excursionistas de montaña. <<

[178] «Princesse a la noix de coco», dice el texto; la frase tiene su origen en uno de los mayores éxitos teatrales de la época: *La marraine* de Charley, versión francesa de Charleys Aunt; obra del inglés Brandon Thomas (1856-1914); el protagonista tiene que recibir a la tía de un amigo que llega de Brasil. <<

[179] El juego de palabras se basa en la homofonía en francés de Charles attend y de charlatán. <<

[180] Localidad cercana a Illiers, en el departamento del Eure-et-Loire. <<

[181] Véase *Por la parte de Swann*, 1.1, pág. 91. <<

[182] Thomas Alva Edison (1847-1931), inventor estadounidense a quien se deben, entre otros, el telégrafo dúplex (1864), el fonógrafo y el microteléfono (1877), y la lámpara incandescente (1878). Sin embargo, la invención del teléfono se atribuye generalmente a otro físico estadounidense, Alexander Graham Bell (1847-1922). <<

[183] En la ópera de Wagner Tristán e Isolda, el «echarpe agitado» es el de Isolda (II, i), que sirve de señal entre los amantes; «el caramillo del pastor», un aire de como inglés, se oye en el acto III, escena I, anunciando la llegada de la nave que trae a Isolda, durante la agonía de Tristán. <<

[184] Para el sistema erótico-comercial de vales por besos, véase más arriba *La parte de Guermantes* II, pág. 326. <<

[185] El pintor Georges Clairin (1843-1919) recibía el apodo de Jotte o Jojotte en el salón de Madeleine Lemaire, modelo del salón de los Verdurin. Este retratista mundano de la Belle Époque terminó de decorar la escalinata de la Ópera iniciada por su maestro Pils. Dejó de su amiga Sarah Bernhardt varios retratos. <<

[186] Larga y elegante avenida que bordea el Sena entre la place de 1’ Alma y la place de la Concorde. <<

[187] Tapiz hecho a partir del Rapto de Europa, cuadro pintado en 1747 por François Boucher (1703-1707), y que, comprado por Luis XV, pasó a los fondos del Louvre. <<

[188] Para la concepción mítica del mundo de los griegos, el Océano era un gran río que circundaba el disco plano que era la tierra. De su unión con su hermana Tetis, símbolo de la fecundidad del mar, nacieron todas las Oceánides. <<

[189] Los Ballets rusos se presentaron en París en mayo de 1909, y volvieron a los escenarios de la capital francesa todas las primaveras de cada año, convirtiéndose desde ese momento en el hecho estético y cultural más notable antes de la Primera Guerra Mundial; para la compañía trabajaron pintores, coreógrafos, escenógrafos y músicos como Picasso, Falla, Michel Fokin, Derain, Stravinski, Debussy, Satie, etc. Proust vería en 1910 el espectáculo Schéhérazade, y desde entonces asistió a sus programas todos los años; por medio de Cocteau consiguió conocer a los artistas rusos, entre ellos a Bakst y a Nijinski. <<

[190] Sobre el escenógrafo Leo Bakst, véase *A la sombra de las muchachas en flor*, 1.1, pág. 960, nota 245 a la pág. 828. <<

[191] Vaslav Nijinski (1890-1950), bailarín ruso de origen polaco nacido en Kiev; como su situación en Rusia se había vuelto difícil tras una Gisèle que le valió acusaciones de homosexualidad y de escándalo, Diaghilev lo contrató para la temporada parisiense de 1909; no tardó en convertirse en la estrella de la compañía por sus saltos atléticos y la sensualidad de su danza, que marcaron una nueva etapa del estilo coreográfico. Entre sus interpretaciones más ponderadas figuran L'Aprés-midi d'un faune (1912), cuya coreografía también diseñó, Las Sílfides, Carnaval, etc. En 1913 fue expulsado de los Ballets por Diaghilev; Nijinski continuó bailando un tiempo, pero ya marcado por el desequilibrio mental que no tardaría en hacerle perder la razón. <<

[192] Alejandro Benois (1870-1960), pintor y crítico de arte y de música, uno de los organizadores de la primera temporada de los Ballets rusos en París, y el decorador más famoso de los espectáculos de la compañía. Su mayor éxito fue Petrushka (1911), con música de Stravinski y coreografía de Fokin, bajo la dirección de Diaghilev. <<

[193] Igor Stravinski (1882-1971) compuso varias partituras para los Ballets rusos, a petición de Diaghilev: El pájaro de juego (1910), Petrushka (1911) y, sobre todo, La consagración de la primavera (1913), que provocó un gran escándalo en el momento de su estreno por sus audacias musicales. <<

[194] Bajo el disfraz de personaje ficticio, entre otros reales, la princesa Yourbeletieff oculta a un personaje real, Misia Godebska (1872-1950), de origen polaco, una de las madrinas más notables de los Ballets. Véase la entrada Godebska en el 1.1, Diccionario de Marcel Proust, pág. CXXXVII. <<

[195] Serge de Diaghilev (1872-1929), crítico ruso de arte, fue el creador y organizador de los Ballets rusos. <<

[196] Bergotte, exhibido por Mme. Swann, evoca la figura del novelista Anatole France, que dominaba el salón de Mme. Albert Arman de Caillavet, uno de los principales modelos de Mme. Verdurin. Véanse las dos entradas en el 1.1, Diccionario de Marcel Proust, págs. CXXX-CXXXI y XC respectivamente. <<

[197] El apellido está tomado de una pequeña localidad italiana, Caprarola, cercana a Viterbo, donde existía un magnífico castillo renacentista edificado por orden del cardenal Alejandro Farnesio (1547-1556), personaje histórico que sirvió a Stendhal para el Fabrice de La Cartuja de Parma. En 1913 Proust pensó en alquilar el castillo para pasar una temporada. <<

[198] El apellido figura en las Mémoires de Saint-Simon y pertenece a uno de los personajes importantes de la primera mitad del siglo XVIII: Élisabeth de Lorraine (1664-1748), llamada Mlle. Commercy, hija del príncipe de Lillebone y de Anne, hija natural de Carlos IV de Lorena; se casó con el príncipe d' Épinoy, Louis de Melun. <<

[199] Para la «Ligue de la Patrie Française», véase más arriba, *La parte de Guermantes* I, nota 310 de la pág. 1034. <<

[200] Armand du Lau d’Allemans, uno de los elegantes de la Belle Époque, miembro del Jockey Club, era amigo de Louis de Turenne, del príncipe de Gales y de Charles Haas, con quien aparece en el cuadro Le Cercle de la rué Royale, dé James Tissot, al lado de otros amigos de Proust. <<

[201] El conde Louis de Turenne fue uno de los personajes más elegantes de la época, a quien Proust trató en los salones literarios y aristocráticos y retrató con su célebre monóculo bajo los apellidos de M. de Palancy y de M. de Bréauté. Véase el 1.1, Diccionario de Marcel Proust, pág. CCUI. <<

[202] El príncipe Giovanni Borghése (1855-1918), tertuliano de los salones de la princesa Mathilde y de Mme. Straus, se casó en 1902 con Alice de Riquet, condesa de Caraman-Chimay. <<

[203] Charles, vizconde de La Rochefoucauld, duque d’Estrées, hijo mayor del duque Sosthéne de La Rochefoucauld-Doudeauville (véase más adelante; nota 161). <<

[204] Paul-Gaston Doumer (1857-1932), diputado radical en sus. inicios políticos, se convirtió en 1895 en ministro de Finanzas y al año siguiente en gobernador general de Indochina, cargo que ocupó hasta 1902. Presidente de la República en 1931, moriría asesinado un año más tarde. <<

[205] Sobre Paul Deschanel (1855-1922), periodista y político republicano, véase el 1.1, pág. 896, y nota 16 a la pág. 389, donde Proust describe su aceptación por académicos y monárquicos a causa de su respeto a unas formas más convencionales. <<

[206] Los Charette, familia de La Vendée, rivalizaron desde la Revolución con los apellidos más conservadores en fidelidad y adhesión a la monarquía del Antiguo Régimen. Athanase de la Contrie, barón de Charette (1831-1911), siguió las ideas legitimistas de su familia y fue partidario del conde de Chambord. <<

[207] Sosthéne de La Rochefoucauld, duque de Doudeauville (1825-1908), padre del duque d'Éstrées citado en la nota 157, fue diputado de la extrema derecha en la Asamblea Nacional, legitimista a ultranza, jefe del partido monárquico y corresponsal del conde de Chambord. Además de embajador de Francia en Londres (1873-1874), presidió el Jockey Club. <<

[208] Sobre este diario conservador, véase *A la sombra de las muchachas en flor*, 1.1, pág. 955, nota 210 a la pág. 780. <<

[209] El Comité de Salud Pública fue creado por la Convención durante el período revolucionario, en abril de 1793, para tomar medidas de defensa general frente a las amenazas tanto del interior como del exterior. A finales de mayo, tras la caída de los Girondinos, sus poderes aumentaron y la autoridad del Comité pasó a manos de Robespierre y de Saint-Just, que instauraron el Terror. Cuando Robespierre fue ejecutado por la Convención, el poder del Comité de Salud Pública fue difuminándose mediante la renovación periódica de sus miembros y la dispersión de las funciones encomendadas. <<

[210] Sobre el abogado Joseph Reinach, defensor de Dreyfus, y sobre Fernand Labori, abogado de Zola, véase más arriba *La parte de Guermantes* II, nota 328 de la pág. 1036, y nota 61 de la pág. 1057 respectivamente. <<

[211] Jules-Édouard Juda, conocido como Édouard Colonne (1838-1910), violinista y jefe de orquesta, a quien se debe la creación en 1873 de una sociedad de conciertos para promover la música francesa (Berlioz, Franck, Saint-Saéns) y extranjera contemporánea (Wagner); los conciertos se daban en el Théâtre du Châtelet. <<

[212] Hélène d’Hunolstein (1859-1904), casada en 1880 con el duque Ar.thur de Mortemart-Rochechouart. <<

[213] Véase *Por la parte de Swann*, 1.1, pág, 878, nota 113 a la pág. 268. A finales del siglo XIX y principios del XX, la música de Wagner todavía era considerada música de vanguardia, y la alta sociedad frecuentaba los festivales de Bayreuth —que empezaron a desarrollarse en gran escala a partir de 1883, año de la muerte del compositor alemán— como peregrinación intelectual, moda estética y símbolo de cosmopolitismo inconformista. <<

[214] Sobre esta revista filocatólica en política, conservadora y académica en literatura, véase el t. *A la sombra de las muchachas en flor*, pág. 897, nota 23 a la pág. 392. <<

[215] El ducado Montmorency-Luxembourg fue conseguido por la casa de Montmorency —una de las familias aristocráticas más antiguas de Francia— en 1625, mediante alianza matrimonial. Proust parece utilizar el apellido por su antiguo prestigio, refrendado en las Mémoires de Saint-Simon, y sin referente real; el personaje de este nombre que aparece en *A la sombra de las muchachas en flor*, Léonie de Montmorency-Luxembourg, había muerto en 1887. <<

[216] Étienne Falconet (1716-1791), escultor francés de formación barroca, favorito de Mme. Pompadour; gracias a esa protección obtuvo la dirección de la manufactura de Sevres (1756-1766). El arte de Boucher le ayudó a progresar artísticamente hacia el estilo rococó, en el que realizó sus mejores *biscuits* de tema pastoril y galante. Por encargo de la zarina rusa Catalina, realizó una monumental estatua ecuestre de Pedro el Grande en San Petersburgo. <<

Notas - 3

[217] En noviembre de 1913, éste es el título que figuraba al frente de la selección hecha por Proust para dar nombre «poético» a su novela, y que formaban *Les Intermittences du casar, Les Colombes poignardées, Le Passé intermittent, L'Adorationperpétuelley A l'ombre des jeunes filles en fleurs*. No tardó en desechar la idea, tras la aparición de una novela de Bine-Valmer titulada Le Coeur en désordre («eso debe de ser una alusión al mismo estado mórbido que caracteriza a los corazones intermitentes», carta a Grasset, a mediados de mayo de 1913, Corr., t. XII, pág. 177). En 1919 Proust pensaba titular así, «Intermitencias del corazón I», el recuerdo de la abuela al inicio de la segunda estancia en Balbec, e «Intermitencias del corazón II», el recuerdo de la escena de Montjouvain. En octubre de 1921, cuando publica un extracto de esos recuerdos de la abuela en la N.R.F., sigue pensando, a pesar de los consejos de su editor Gallimard, que el mejor título es, «sin dudar», Las intermitencias del corazón. Pese a ello, y después de pensar en *Las intermitencias* como encabezamiento de un segundo capítulo, terminó titulando así la última sección del primero de Sodoma y Gomorra. <<

[218] En el texto, el gazapo del director se forma a partir de dos palabras homófonas o similares: «titrée», «titular» y «attittrée», «titulada, con título», que traduzco por su sentido. <<

[219] L’Écho de París, periódico de carácter literario en sus inicios, fundado en 1884. Más tarde se convirtió en órgano político del pensamiento conservador y católico de Barres; Jules Lemaitre fue su director durante el caso Dreyfus, momento en que asumió la defensa del ejército y su actuación contra el capitán judío. <<

[220] Joseph Caillaux (1863-1944), ministro de Finanzas en tres ocasiones (1899-1902, 1906-1909 y 1913), presidió el Consejo de Estado en 1911-1912. La actitud filogermánica que le atribuye —anacrónicamente— el director del hotel se refiere a la política de concesiones a Alemania en la crisis franco-alemana sobre Marruecos de 1911. Durante su tercera etapa como ministro de Finanzas, y en medio de la campaña que contra su política impositiva llevaba Le Fígaro, el director de este periódico, Gastón Calmette, —a quien Proust dedicó *Por la parte de Swann*— amenazó con publicar viejas cartas del político a su antigua amante, convertida ya en su esposa. Madame Caillaux penetró en el despacho del director de Le Fígaro y mató a Calmette de un disparo. Véase 1.1, pág. 839, n. 1 a la pág. 4. <<

[221] Nombre de una aldea situada a kilómetro y medio de Illiers, en dirección a Méséglise, que Proust convierte en castillo. <<

[222] Véase *Por la parte de Swann*, págs. 141-143. <<

[223] Paillard: lujoso restaurante de París fundado en 1880 y situado en la esquina del bulevar des Italiens y el número 2 de la rué de la Chaussée-d’Antin. Era uno de los preferidos por Reynaldo Hahn. <<

[224] Véase 1.1, d ¿í sombra de las muchachas en flor, pág. 591. <<

[225] Sobre la sesión fotográfica de la abuela realizada por Saint-Loup, véase t.I,A ¿a sombra de las muchachas en flor, págs. 692-693. <<

[226] Las aguas del Leteo, uno de los ríos de los Infiernos en la mitología griega, aportan el olvido a las almas de los muertos. En el manuscrito de Proust aparecía Styx (Éstige), que la dactilógrafa no supo leer y dejó en blanco; en pruebas Proust, sin mirar su manuscrito, lo rellenó con «Leteo», término que contradice el sentido del texto, según el cual el durmiente goza de las «impresiones verdaderas» que la inteligencia proporciona. André Compagnon (Pléiade, ed. cit., págs. 1433-1434), recuerda las lúgubres aguas del Éstige, o laguna Estigia, según un pasaje de Virgilio (Eneida, libro VII, w. 439-440): rodean los cuerpos de los suicidas «aprisionándolos en sus nueve repliegues». Según la mitología, el Éstige, y no el Leteo, daba siete vueltas —los repliegues— a los Infiernos. Hay, además, otros juegos: Proust altera el texto virgiliano, convirtiendo séptuples en séxtuples, para hacer una paronomasia: «STyX aux SeXTuples replir», según Françoise Leriche (Le Livre de Poche, 1993, pág. 602). <<

[227] El adverbio sucintamente figura en el manuscrito, y, olvidado por la dactilógrafa, sólo ha sido recogido en la edición de Françoise Leriche (Le Livre de Poche, 1993, pág. 602): «Parece traído por su valor fonético, que refuerza el juego de las letras S y C representada también en “CerfS” (plural) y “FranCiS”». <<

[228] Son abundantes los trabajos de investigación que han provocado estas palabras oníricas. La imagen del ciervo procede de un relato de Flaubert, La leyenda de san Julián el Hospitalario, recogido en el volumen Tres cuentos. Compagnon (Pléiade, ed. cit., págs. 1434-1435) ha rastreado en distintos textos de Proust ese ciervo flaubertiano, relacionado de forma explícita con la muerte de los padres y con sentimientos de remordimientos y culpabilidad que figuran en un artículo, Sentimientos filiales de un parricida, escrito a raíz de la muerte de su madre por el novelista; en 1908, Proust anota que debe citar el cuento de san Julián en ese artículo. En el relato de Flaubert, es un ciervo asaeteado por Julián el que le predice «Un día, corazón feroz, asesinarás a tu padre y a tu madre» (véase Flaubert, Tres atentos, trad. de M. Armiño, Alianza Editorial, pág. 75).

En esta red onírica figura de manera inexplicable Francis Jammes (1868-1938), novelista y poeta, apreciado por Proust por la novela Clara d'Ellébeuse (1899), entre otros títulos: la única relación pueden ser los remordimientos que siente una joven por una falta de la que se cree culpable y que terminará expiando mediante el suicidio. <<

[229] Proust utiliza la transcripción literal del término que designa a un héroe griego de la guerra de Troya, Áyax, o Ayante, tal como la recogen las traducciones de Leconte de Lisie. Esa locura de Ayante, que arremete contra los pastores y rebaños cegado por la venda que Atenea pone en sus ojos, la emplea también el novelista como término de comparación para el crimen de Henri van Blarenberghe, protagonista de su artículo Sentimientos filiales de un parricida (véase Marcel Proust, La confesión de una joven y otros cuentos de noche y crimen, ed. cit., págs. 126-127 y nota 8). <<

[230] El director altera el nombre de Juan el Bautista, cuya cabeza pidió Salomé a Herodes (Evangelios de Lucas, 13,19-20; de Mateo, 14, 3-11; de Marcos, 6, 17-27) como premio a la voluptuosa danza que la hija de Herodías interpreta para el tetrarca de Judea. El tema de Salomé, Herodías y Juan el Bautista fue el más socorrido por los simbolistas; en los últimos decenios del siglo XIX, y hasta 1912 se han contabilizado en la lírica francesa hasta 2.789 poemas dedicados a esa decapitación y a ese baile. Ionathán no es, en boca del director, sino una deformación de *Iaokanann*, tal como lo llama Flaubert en Herodías, uno de sus Tres cuentos. Wilde le dará el nombre de *Yokanaá*n en Salomó. <<

[231] Vino de Burdeos, producido en la Gironda. <<

[232] En francés hay una diferencia notable en la pronunciación de una o abierta (la solé: el lenguado) y una o cerrada (le saule: el sauce). <<

[233] Proust juega con los topónimos Mainvillers (cerca de Chartres), y Mainville (departamento del Mosela); una localidad llamada Chattoncourt existe en el departamento del Meuse. <<

[234] Han sido cuatro las casas francesas de Orléans, de las que dos llegaron al trono con Luis XII (1462-1515) en 1498, y con Luis Felipe (1773-1850) en 1830. El título de duque d’ Orléans pertenecía a la rama segundona, no al Delfín, por lo que sólo podían acceder al trono a la muerte de su hermano menor, y no de su padre como afirma el texto. <<

[235] Era el hijo primogénito de los duques de La Trémoïlle el que asumía el título de príncipe de Tarento; los menores llevaban el título de príncipes de La Trémoïlle. Los dos apellidos restantes, des Laumes y Guermantes, pertenecen a la ficción narrativa. <<

[236] Proust mezcla el nombre de una memorialista histórica como Mme. de Sévigné y el de otra memorialista de ficción, Mme. de Beausergent, cuyo modelo era Mme. de Boigne. Véase en el 1.1, *A la sombra de las muchachas en flor* II, pág. 929, nota 20 a la pág. 577. <<

[237] En-tout-cas: sombrilla que podía usarse como paraguas; literalmente, este compuesto francés significa «para cualquier caso»; el español se limitó a adoptar la pronunciación del término, como demuestra la narrativa decimonónica. Véase, por ejemplo, Pérez Galdós, La desheredada, ed. de Enrique Miralles, Planeta, Barcelona, 1992, pág. 204. <<

[238] Adjetivaciones tópicas tanto para Mme. de Sévigné, «la espiritual marquesa», como para «el bueno» de La Fontaine. <<

[239] Bertrand, conde de Salignac-Fénelon (1878-1914), amigo de Proust, era descendiente de un hermano del obispo de Cambrai y preceptor del duque de Borgoña, François de Salignac de La Mothe Fénelon (1651-1715), orador y escritor que, en su siglo, por oposición a Bossuet, simbolizó al alto dignatario católico liberal y humano; una especie de enciclopedia narrativa, Las aventuras de Telémaco (1699), en que la mitología y la geografía sirven de marco a una enseñanza político-moral crítica con el absolutismo de Luis XIV, ha conservado su nombre para la literatura. Sobre el enamoramiento por parte de Proust de Bertrand de Fénelon y sus relaciones de amistad, véase su entrada.en el 1.1, Diccionario de MarcelProust, págs. CXXV-CXXVII. <<

[240] Sobre Duguay-Trouin véase en el t.I, *Ala sombra de las muchachas en flor*, pág. 931, nota 35 a la pág. 588. <<

[241] Véase en el t. I, *A la sombra de las muchachas en flor*, págs. 623-624 y 638-639. <<

[242] Marie-Madeleine-Gabrielle de Rochechouart (1645-1704), abadesa de Fontevrault en 1670, era hermana de Mme. de Montespan, amante de Luis XIV, y, según las Mémoires de Saint-Simon, más hermosa, culta y brillante que esta última: «Sus asuntos la llevaron varias veces y mucho tiempo a París. Estaba al tanto de los amores del rey y de Mme. de Montespan […] El rey la apreció tanto que a duras penas podía pasarse sin ella: habría querido que estuviese en todas las fiestas de su corte entonces tan galante y tan magnífica. Madame de Fontevrault se defendió siempre obstinadamente de las públicas; pero no pudo evitar algunas particulares; […] conservó siempre una extremada decencia personal en esos lugares y esas partes donde su hábito tenía tan poca» (Saint-Simon, Mémoires, ed. cit., págs. 473-474). Luis XIV siguió manteniendo su amistad con ella después de sustituir a su hermana por Mme. de Maintenon. <<

[243] Françoise-Athénáis de Rochechouart (1641-1707), marquesa de Montespan, sucedió a La Valliére en la privanza de Luis XIV durante ocho años, en los que dio a luz ocho hijos. Su ingenio ha pasado a la historia como proverbial. <<

[244] Panateneas: antiguas fiestas atenienses en honor de Atenea, diosa protectora de la ciudad; se celebraban todos los años a finales de julio; incluían juegos, carreras hípicas, certámenes musicales y poéticos para culminar el último día con una procesión que recorría la ciudad y llegaba a la Acrópolis, donde ofrecía en el Erecteion un peplos nuevo a la estatua de la diosa. El friso que remataba el muro externo del Partenón —uno de cuyos fragmentos se encuentra en el Louvre— reproducía esa cabalgata procesional. <<

[245] En realidad es en Esther, II, VIII, w. 790-791, donde figuran: *Heureza, dit-on, le peuple floris.sant / Sur qui ces biem coulent en abondance*! («Feliz, dicen, el pueblo floreciente / sobre el que estos bienes fluyen en abundancia»), que parecen servir a la siguiente cita raciniana. Sin embargo, es en Athalie, I, 1, v. 8, donde se habla de «pórticos»: *Le peuple saint en Joule inondait les portiques* («El pueblo santo en masa inundaba los pórticos»). <<

[246] Esther, II, VIII, v. 790, con cambio del artículo determinado por el indeterminado. <<

[247] Cita inexacta de Racine, Athalie, II, VII, v. 661: la sanguinaria Atalía, que ha matado a sus sobrinos, y siente ante Joás un divino terror, pregunta al profeta: «¿Cuál es vuestro trabajo de todos los días?» Joás responde: «Adoro al señor. Me explican su ley. / En su libro divino me enseñan a leerla. / Y por mi mano ya empiezo a escribirlo» (w. 662-663). <<

[248] Racine, Athalie, II, Vil, w. 669-670, en los que Atalía sigue preguntando a Joás. <<

[249] Cita inexacta de Racine, Athalie, II, Vil, w. 674-676, en que Joás responde de nuevo a la reina:

Je présente au grand-prétre ou l'encens ou le sel;
J'entends chanter de Dieu les grandeurs infinies;
Je vais l'ordrepompeux de ses cérémonies.

Presento al sumo sacerdote o el incienso o la sal;
oigo cantar de Dios las grandezas infinitas;
veo el orden pomposo de sus ceremonias. <<

[250] Proust adapta un hemistiquio de Racine, Athalie, II, IX, v. 772, que realmente dice: «Loin du monde ¿levé», refiriéndose sólo a Joás; tras el asesinato de su padre Ocozías, rey de Judá, y para evitar que fuera asesinado como lo habían sido todos los miembros de la familia real por Atalía, esposa de Ocozías, fue escondido con doce meses de edad en el templo durante seis años por su tía Joseba, hermana del rey asesinado, y su esposo, el sumo sacerdote Joiada. <<

[251] Racine, Athalie, I, III, v. 299. El personaje se dirige a las «hijas de Leví», que forman el coro. <<

[252] Tanto Épreville como Incarville eran a principios de siglo los nombres de dos aldeas, de unos cientos de habitantes, de Normandía. En el topónimo Épreville, donde la novela sitúa la villa de Mme. Bontemps, el texto de la edición original fluctúa como Égreville y Évreville; una estación del trenecito lleva el nombre de Égleville, de cuya etimología se habla (véase pág. 971), así como de la de Épreville (véase pág. 871). <<

[253] Este final pareció abrupto a Jacques Riviére cuando recibió, en octubre de 1921, las «Intermitencias» para una prepublicación en la N.R.E; ante sus objeciones, Proust responde por carta el 13 o 14 de septiembre: «Hace usted mal en creer que “era una jornada de primavera” no es un final. Es que ha leído usted mal: eso quiere decir, llueve, hay barro, es lo que se llama una jornada de primavera. Esto me parece el final ideal». <<

Notas - 4

[254] Del nombre de Paul Decauville (1846-1922), político e industrial francés, constructor de material ferroviario para trenes de corto recorrido. Su apellido no tardó en convertirse en nombre para designar sus trenes. <<

[255] Este topónimo alterna con Grallevast en la edición original; véase más adelante su etimología, nota 17 de la pág. 1197. <<

[256] El itinerario del trenecito pertenece al campo de la ficción, y es, además de incoherente, contradictorio; en uno de sus cuadernos Proust había esbozado dos trayectos distintos con sus estaciones, que pueden verse en la edición citada de Compagnon, para quien es «inútil buscar un plan realista para el itinerario del trenecito, cuyas estaciones se multiplican a lo largo de la novela» (Pléiade, ed. cit., t. III, pág. 1246 y págs. 1442-1445), porque Proust no respetó sus propios planes, alterando incluso las siglas: «B.A.G.» eran, en *A la sombra de las muchacbas en flor*, «B.C.B.»; más adelante se convertirán en «B.C.N.». <<

[257] «Rosemonde» es residuo de un texto abandonado y mal corregido por Proust; quiere decir, evidentemente, Albertine. <<

[258] Proust utiliza nombres de localidades de distintas regiones francesas, sobre todo de Normandía, pero también de Picardía, Lorena, etc., para bautizar con ellos a nobles cuyo paso por la novela es efímero. <<

[259] Cita aproximada de una carta de Mme. de Sévigné a su hija Mme. de Grignan, del 11 de febrero de 1671: «Todavía no he visto a ninguno de los que quieren, según dicen, distraerme; porque, en palabras encubiertas, es querer impedirme pensar en vos, y eso me ofende». <<

[260] Robert Schumann (1810-1856), compositor romántico alemán, autor de Heder, obras para piano y cuatro sinfonías. En Contre Sainte-Beuve (éd. cit., pág. 281, nota), Proust compara la música de Chopin, a quien califica de «enfermizo, sensible, egotista y dandy», con «el alivio, la dulzura, la fusión con algo distinto de sí mismo» de Schumann. <<

[261] Endimión, nieto o hijo, según las leyendas, de Zeus, era un joven pastor de gran belleza del que se enamoró la diosa Selene, la Luna. Fue la diosa quien pidió a Zeus la inmortalidad de su amante; el dios consintió en ello a condición de que su sueño fuese eterno, aunque mantuviera los ojos abiertos para ver a Selene, que le visitaba todas las noches y a la que dio cincuenta hijas. <<

[262] Eran más de quince mil las motos que circulaban en Francia a principios del siglo XX. <<

[263] Alusión a *Las mujeres sabias*, de Moliére, II, VI, w. 477-484: a la criada Martina, que dice: «Siempre se habla bien cuando a una la entienden, y todos vuestros bellos discursos no sirven para nada», Belisa le explica: «El no con el nada es una reiteración, y, como se te ha dicho, es una negación de más» (Moliere, *Las preciosas ridiculas — Las mujeres sabias*, ed. cit., pág. 125). En una carta al crítico Paul Souday, que había arremetido contra este pasaje, Proust insiste en que la regla gramatical propuesta por Belisa está «muy mal enunciada por Moliere»; admitiendo que habría que revisar la gramática de esos versos, no por ello «son menos maravillosos […] Prueba de que no hay que ser demasiado gramático cuando se juzga». <<

[264] La eliminación de la r inicial hace que el empleo de la pareja *entrer/rentrer* sea anómalo o incorrecto; en el segundo caso, *envoyer/renvoyer*, se altera el significado del segundo de estos verbos, que, al significar «despedir», hace incomprensible la expresión del *liftier*. <<

[265] *Por la parte de Swann*, t. I, pág. 143: «Más adelante se verá que, por razones completamente distintas, el recuerdo de esta impresión estaba destinado a jugar un papel importante en mi vida». Se trata de la escena de Montjouvain, en la que el Narrador ve a Mlle. Vinteuil hacer el amor con su amiga y escupir sobre el retrato del padre. Cottard había insinuado al Narrador el posible amor homosexual de Albertine al ver bailar a las muchachas en el Casino. <<

[266] Marie Gineste es el nombre real de Celeste Albaret, ama de llaves de Proust, que había tomado el apellido de su esposo. Junto con su hermana aparecerá más adelante al servicio de una dama extranjera en el Grand-Hótel de Balbec. <<

[267] Safo, poeta lírica griega, nacida en el siglo VII a. de C. en Ereso, en la isla de Lesbos. Estuvo casada con Cerciclas, del que tuvo una hija; una comedia griega narraba que, enamorada de un tal Faón, barquero legendario de Mitilene que la rechazó, Safo se arrojó desde el acantilado de Léucade al mar. Ovidio recoge la leyenda en Heñidas. En sus poemas, de los que, salvo uno, nos han llegado sólo fragmentos, Safo canta tanto el amor femenino como el masculino. Aunque nada se sabe sobre las relaciones físicas entre las mujeres del cenáculo de Safo, el poeta Anacreonte, una generación posterior a Safo, insinúa ya que el nombre de la isla indica homosexualidad femenina. <<

[268] Tanto las hermanas de Bloch como su prima aparecen en *A la sombra de las muchachas en flor*al. I, pág. 790). La prima, de nombre Esther Lévy, «de apenas quince años, escandalizaba al Casino por la admiración que demostraba hacia Mlle. Lea». También atraerá la atención de Albertine. Véase su entrada en el 1.1, Diccionario de personajes, pág. CCXLX. <<

[269] Henri Le Sinader (1862-1940), pintor francés que hizo sus primeros cuadros dentro de los cánones del movimiento simbolista para luego acercarse a la técnica y a la temática impresionista. <<

[270] Arrachepel era, según la monografía dedicada a Illiers (1904 y 1907) por el deán de esa localidad, Joseph Marquis (véase el 1.1, pág. 855, nota 96 a la pág. 94), dominio de Eudes d'Arrachepel, quien, en la Edad Media, durante un asedio, arrancó las estacas (Arrachepieux) de un foso. Será la etimología que más adelante, durante la cena en casa de los Verdurin, adjudicará M. de Cambremer al nombre de La Raspeliére, a través de La Rachepeliére. Marquis y sus etimologías han servido de modelo al párroco de Combray. <<

[271] Bayeux, ciudad de la región de Calvados, cuenta con la catedral de Notre-Dame, de estilo gótico normando, cuya construcción fue iniciada en el siglo XI y concluida en el XIII; conserva algunas vidrieras del XIV. La autoridad espiritual del obispo de Bayeux se extendía a siete señoríos, entre ellos el de los Cambremer. <<

[272] Avranches es una localidad del Cotentin, en la baja Normandía, al fondo de la bahía de Saint-Michel; hasta 1790 contó con una catedral construida en el siglo XII y desmoronada en ese año. La iglesia principal, dedicada a san Saturnino, de estilo neogótico, se levantó en el siglo XIV sobre una fábrica anterior, como demuestra un pórtico del siglo XII. <<

[273] Alusión a la obra de Joseph Marquis titulada Illiers (véase más arriba, nota 17), adjudicada en la ficción narrativa al párroco de Combray. <<

[274] Claude Monet (1840-1926) empezó a pintar la serie Ninfeas en 1898 y la continuó hasta su muerte, convirtiendo los cuadros en testimonio de su evolución pictórica a lo largo de su último cuarto de siglo de vida. Pero antes de Ninfeas, Monet había pintado otras series: Molinos, Alamos, Catedrales de Rouen. La admiración de Proust por Monet se expresa en otros escritos, desde el prólogo a su traducción de La Bible d'Amiens de Ruskin hasta el artículo *Le peintre. Ombres* — Monet, de fecha incierta (Contre Sainte-Beuve, ed. cit., págs. 675-677). <<

[275] Nicolás Poussin (1594-1665), pintor francés que trabajó sobre todo en Roma; tras el manierismo de su etapa de formación, su obra fue volviéndose cada vez más clásica y austera, frente al barroquismo predominante en Italia, hasta alcanzar un estilo propio; sus temas buscaron inspiración en la Antigüedad mitológica frente a los asuntos religiosos; con la austeridad de conceptos y su sometimiento a la norma clásica, Poussin intentaba reflejar emoción. Sus ideas literarias y psicológicas de la pintura terminaron convirtiéndose en la doctrina central del Clasicismo. En su última etapa aplicó esos principios de lucidez y orden casi matemáticos al paisaje, en el que armonizó naturaleza y mito, con luces sutilmente matizadas. <<

[276] Edgar Degas (1834-1917), pintor impresionista cuyos cuadros tratan de captar el movimiento en bailarinas, carreras de caballos, etc. Gran admirador de Poussin, hizo diversas copias de este pintor, entre ellas *El rapto de las Sabinas*.

Édouard Manet (1832-1883), también adscrito al movimiento impresionista, pintó sobre todo la soledad de la muchedumbre y un mundo de mantenidas y cortesanas que tienen su mejor ejemplo en Olympia —cuadro que causó sensación y escándalo en el Salón de 1865—, El balcón, El almuerzo en la hierba, etcétera. <<

[277] Pelléas et Mólisande, drama lírico de Maurice Maeterlinck (1862-1949), estrenado el 30 de abril de 1902, al que puso música Claude Debussy, y que Proust no conoció hasta febrero de 1911, en su domicilio, a través del teatrófono. El poeta belga encarnaba en ese momento la revolución simbolista, y el compositor francés la liberación de la influencia wagneriana que había invadido la música francesa de finales de siglo. <<

[278] En las colecciones del museo de Chantilly figuran siete obras de tema mítico o bíblico de Poussin, entre ellas *La matanza de los inocentes*, *Teseo*, *Leda*, *La infancia de Baca*, etcétera. <<

[279] Alusión a Pelléas y Mélisande (III, III): cuando Peleas sale del subterráneo observa que «acaban de regar las flores a orillas de la terraza, y el olor de la hierba y de las rosas mojadas sube hasta aquí». <<

[280] Fiebre del heno, dolencia debida a los pólenes, que Proust empezó a sufrir en 1894. <<

[281] Pelléas et Mélisande, (IV, III): Peleas, decidido a marcharse, se encuentra por última vez con Melisenda en la fuente. <<

[282] Durante su estancia parisiense de 1831, Chopin dio, además de conciertos, clases para varios círculos aristocráticos. <<

[283] Último verso modificado del poema «El albatros», de Baudelaire (Les Fleurs du mal); en el poema, el sujeto es, en singular, un solo albatros, encarnación del poeta. <<

[284] Desde 1899, las leyes francesas trataron de poner coto a la expansión de las congregaciones religiosas que invadían la enseñanza «republicana»; pero no fue hasta la llegada al poder de los radicales en julio de 1904 cuando fueron disueltas. <<

[285] La victoria de Japón en la guerra ruso-japonesa de 1904-1905 había provocado en la opinión pública occidental la idea —y el miedo— de una posible superioridad de los «amarillos». <<

[286] Manon, ópera de Jules Massenet (1842-1912), con libreto de Meilhac y Ph. Gilíes basado en la novela Manon Lescaut de Prévost; se estrenó en la Ópera Cómica en enero de 1884. Aunque no era mucha la estima que Proust sentía por Massenet, esta ópera sentimental hará llorar más adelante al Narrador. <<

[287] «Flaubert estaba encantado cuando encontraba en los escritores del pasado una anticipación de Flaubert, en Montesquieu, por ejemplo: “Los vicios de Alejandro eran extremados como sus virtudes; era terrible en la cólera; le volvía cruel”», escribe Proust en «A propos du “style” de Flaubert», artículo publicado en enero de 1920 (en Contre Sainte-Beuve, ed. cit., págs. 586-600, cita en la pág. 597). <<

[288] El prestigio de Chopin, como el de Wagner por lo demás, era cuestionado por la crítica de finales del siglo XIX y principios del XX; fue el centenario del nacimiento de Chopin lo que marcó un giro en su estimación. <<

[289] Debussy se encargó en 1914 de la edición completa de las obras para piano de Chopin, que habían influido en su formación. Pese a este aprecio, en sus obras apenas cita al compositor, cuyo nerviosismo «supo plegarse mal a la paciencia que exige la confección de una sonata». <<

[290] Jean-Henry Latude (1725-1805), aventurero del Languedoc, encerrado desde 1749 en la Bastilla, en Vincennes y en Bicerta por sus intrigas contra Mme. de Pompadour; protagonizó numerosas evasiones que no le impidieron pasar treinta y cinco años encarcelado; su vida sirvió de punto de partida a Rene-Charles Guilbert de Pixérécourt (1773-1844) y Anicet Bourgeois para componer un drama histórico en cinco cuadros que concluye con la liberación del prisionero, *Latude ou Trente-cinq ans de captivité* (1834). <<

[291] Fidelio (1805-1814), ópera en tres actos de Beethoven; al final del tercer acto aparecen los prisioneros, felices por poder respirar el aire libre. <<

[292] Estos apellidos aristocráticos figuran entre los más antiguos de la nobleza francesa; el ducado de Uzés fue adquirido en 1483 por Jacques de Crussol; el de Rohan se conoce desde principios del siglo XII con el título de vizconde; cinco siglos más tarde alcanzaba el ducal. <<

[293] Elme-Marie Caro (1826-1887), filósofo espiritualista y moralista francés, profesor de la Sorbona desde 1864 hasta su muerte y miembro de la Academia francesa; fue uno de los primeros en introducir en Francia el pensamiento de Schopenhauer, y él mismo escribió una obra sobre el pesimismo. Édouard Pailleron (véase *La parte de Guermantes* II, nota 262 de la pág. 1085) habría hecho su caricatura en Bellac, tipo de filósofo mundano que protagoniza su obra Le Monde où l'on s'ennuie. <<

[294] Sobre Ferdinand Brunetiére (1849-1906) véase *La parte de Guermantes* I, nota 351 de la pág. 1038. <<

[295] Charles Lamoureux (1834-1899), violinista y jefe de orquesta, fundó en 1881 en el Cirque des Champs-Élysées una serie de conciertos que, desde 1902, se celebraban los domingos en el Nouveau Théátre; su objetivo era dar a conocer la música clásica, y en especial la obra de Wagner. <<

[296] En las Mémoires de Saint-Simon figura Chauvelin de Crisenoy (1685-1762), caballero procedente de la nobleza de toga, que en 1727 desempeñó las funciones de guardasellos o ministro de justicia. El apellido estaba vivo en la época de Proust. <<

[297] Alusión al pasaje de *Pelléas et Mélisande* (III, III) citado más arriba (notas 24 y 28 de las págs. 714 y 715), en el que Peleas oye sonar las campanas cuando sale del subterráneo. <<

[298] El francés no marca ni con el artículo ni con terminación femenina términos masculinos como *crivain* (escritor) o auteur (autor), que designan tanto a escritores como a escritoras, a autores como a autoras. <<

[299] En la descripción de la noche de la primera llegada a Balbec del Narrador 64 la sombra de las muchachas en flor) no figura ninguna camarera o doncella (Compagnon, Pléiade, ed. cit., págs. 1466). Sin embargo, en el episodio paralelo de Jean Santeuil, el protagonista, que pasa una temporada en el castillo de Réveillon, recibe todas las noches en su cama a una joven. <<

[300] Los «28 días»: período de reserva de cuatro semanas, decretado por la ley de reclutamiento de 14 de julio de 1889; antes de pasar a la reserva del ejército activo, los reservistas eran llamados en dos ocasiones para realizar ejercicios o maniobras; aunque luego ese período de cuatro semanas se redujo, siguió llevando el nombre de «28 días». Proust hizo en distintas fechas gestiones para librar de esa prestación a varias personas relacionadas con él o para sí mismo; su solicitud al general Dalstein en favor de su ayuda de cámara Nicolás Cottin resultó inútil para exonerlarle de una prestación de trece días… <<

[301] Proust emplea, abreviado, el término español rastacueros, en origen un peyorativo empleado en América del Sur para designar a los advenedizos enriquecidos en el comercio del cuero. En francés pasó a designar a un extranjero que llevaba gran tren de vida sin que se conociese el origen de su fortuna. <<

[302] Véase el t.I, Ala sombra ele las muchachas en flor, págs. 517-518, donde el Narrador decide no volver a ver a Gilberte, sin anunciárselo; las cartas que le escribe fingen indiferencia para provocar una reacción de parte de la joven. <<

[303] La primera versión francesa de Las Mil y una noches se debe a Antoine Galland (1646-1715), que, de 1704 a 1717, publicó 350 noches (en doce volúmenes) a partir de manuscritos incompletos que adaptó al gusto de la época clásica y de la corte y abrevió, eliminando el realismo y expurgando la crudeza en los episodios libertinos. A finales del siglo XIX, el orientalista Joseph Mardrus (1869-1949) hizo una nueva traducción más fiel y completa (18981904) restituyendo el título literal: *Las Mil noches y una noche* (a partir del tomo tercero, El Libro de las mil y una noches). Mardrus subraya los pasajes escabrosos y presta mayor respeto a la traslación de los nombres originales. Sobre la influencia de esa recopilación árabe en la memoria infantil del Narrador, para quien se convierte en uno de los modelos literarios, véase el episodio de los platos decorados de tía Léonie con escenas de ese libro en *Por la parte de Swann* I, pág. 54. <<

[304] Augustin Thierry (1795-1856), historiador francés cuyos estudios trataban de «abstraer del relato un cuerpo de pensamientos y de argumentos sistemáticos» en defensa del liberalismo; pero, de medio de propaganda política, su trabajo fue convirtiéndose en un fin en sí; su obra más popular, Récitsdes Temps mérovingiens (1837-1840), muy apreciado por el joven Proust —que cita a Thierry y a George Sand como sus autores preferidos en el primero de los dos cuestionarios que hizo (véase 1.1 de esta edición, págs. LXXIX-LXXXI)—, tiene por tercera parte la historia del rey franco Meroveo, nombre al que Thierry convierte en Mérowig para restituirle la sonoridad y la forma germánica; la decisión queda explicada en el primero de los Récits por el historiador, quien, a diferencia de Leconte de Lisie en sus traducciones griegas, no busca la fidelidad formal de términos como néktar, Polyphamos por Polifemo, etc.: «Sea lo que fuere lo que se piense en general sobre la adopción de la ortografía germánica para los nombres de personajes francos demuestra historia, se notará que tal restitución era aquí una conveniencia inherente al tema. Contribuye a la verdad de color en estos relatos en que he sacado a escena las distintas poblaciones de la Galia conquistada, forma un contraste que en cierto modo separa a los hombres de razas diferentes». Véase también el 1.1, *Por la parte de Swann*, pág. 850, nota 60 a la pág. 58. <<

[305] «Luego reina Meroveo». <<

[306] La traducción de Mardrus había alterado, por fidelidad formal, las versiones «inmortalmente familiares» de los nombres: el francés Shéhérazade pasaba a ser Schahrazade mientras el de su hermana Dinarzade se convertía en Doniazade. <<

[307] Viviana, o Niniana, es un personaje de la tradición artúrica, también conocida como Dama del Lago; madrina o madre adoptiva de Lanzarote —después de habérselo arrebatado a su madre y llevárselo al palacio bajo las aguas—, lo educará junto a dos primos, imponiéndole ella misma las armas, contra la tradición que encomendaba ese papel al rey; en el Lancelot en prosa del siglo XIII ya aparece como hada con poderes sobrenaturales que puede emplear como personaje maléfico (con el sabio Merlín, que había enseñado a Viviana todos sus saberes ocultos, y al que traiciona) o benéfico (con Lanzarote). <<

[308] El Gato con botas alude al personaje de los cuentos de Perrault (1628-1703). <<

[309] Todo el pasaje sobre los perfumes procede de los Himnos órficos, que Leconte de Lisie había traducido y publicado en 1869, en un volumen que incluía además la Teogonia de Hesíodo, los Idilios de Teócrito y las Odas de Anacreonte. Los Himnos órficos, atribuidos a Orfeo desde mediados del siglo VI, recogen veintiocho poemas breves relacionados con purificaciones e iniciaciones de los cultos mistéricos; cada título indica el perfume consagrado a cada divinidad; por ejemplo, «Perfume de Protirea: el estoraque».

Los dioses y diosas citados son: Protirea, «la que está delante de la puerta»; es el epíteto de Ártemis, guardiana de las puertas; Hera, esposa de Zeus, diosa del hogar y del matrimonio; Niké, personificación de la victoria, identificada con Atenea; Protógonos, saludado al final como el dios «de los dos sexos»; Neptuno, nombre latino de Posidón, hermano de Zeus y dios del mar; Nereo, divinidad marina, que tuvo cincuenta hijas, las Nereidas, con la oceánide Dóride; Leto, hija de un titán, a quien Posidón ayudó a burlar las iras de Hera y a dar a luz dos gemelos, Apolo y Ártemis; Dike y Temis son dos personificaciones de la Justicia, cuya virtud recibe el nombre de Dikaiósine; la primera era hija de Zeus; la segunda, que lo fue de Urano y Gea, era una titánide que se puso de parte de Zeus en su lucha contra los Titanes, y que, uniéndose al dios, engendró las Horas; Circe, la maga que conviene en cerdos a los amigos de Ulises, no figura en los Himnos órficos sino en la Odisea de Homero (libro X); Mnemósine, hija de Gea y Urano, es la divinidad de la memoria; unida a Zeus durante nueve noches consecutivas en la cima del monte Citerón, engendró a las nueve Musas; Eos, personificación de la Aurora, es la divinidad eternamente enamorada, a la que Homero llama «la del peplo de azafrán», por sus ropajes amarillentos, de dedos rosados, portadora del rocío, y cuyo perfume exacto es el maná. Según Compagnon (Pléiade, ed. cit., pág. 1472), en los Himnos órficos no hay ningún pasaje que cante al Día, por lo que Proust al citar ese término está pensando en Helios, el Sol, cuyo perfume es el incienso. Gaia, o Gea, la Tierra, es, según la Teogonia, el primer ser que surgió del Caos y engendró por sí misma al Cielo (Urano), con el que luego se uniría, y a Ponto (el Mar). La cita que cierra el párrafo pertenece, con modificaciones, a la invocación de los Himnos órficos dirigida a ese dios. Los Orgiofantes son los sacerdotes del culto de Dionisos. <<

[310] Racine, Athalie, II, IX, w. 788-791. <<

[311] Racine, Athalie, II, IX, v. 772, que Proust altera como ya hizo en una cita anterior de este verso (véase más arriba pág. 682 y nota 34). <<

[312] Racine, Athalie, IV, II, v. 1279; en el texto raciniano el verbo está en tercera persona. <<

[313] Racine, Athalie, II, IX, v. 794. <<

[314] Cita inexacta de Racine, Athalie, I, II, w. 253-254: «Et soit ftayeur encore, ou pour me caresser /Deses bras innocents je me sentis presser»». <<

[315] Cita inexacta de Racine, Athalie, III, IX, w. 784-785: «Etdu méchant l’abord contagieux / N’altérepointson innocence». <<

[316] Cita inexacta de Racine, Athalie, III, VIII, w. 1201-1204. En el original raciniano, Salomit no hace apología del servilismo, sino que critica un poder que mediante la fuerza, las amenazas o el compromiso, acalla a sus oponentes; Racine habla de «baja obediencia» mientras Proust trascribe el adjetivo «dulce». <<

[317] Acto II, escenas I y IV de *La judía* (1835), ópera de Fromental Halévy con libreto de Scribe: Eleazar hace esta plegaria al comenzar la celebración secreta de la Pascua judía en la Constanza medieval, donde su religión está prohibida. Véase además el 1.1, pág. 854, nota 87 a la pág. 84; y pág. 920, nota 186 a la pág. 510. <<

[318] El texto juega con la homofonía de courriére, femenino inusitado de courrier(= propio, mensajero), y *courrières*, de *course*(= recado). <<

[319] *C’est un courrier de cabinet*, que canta Fragoletto en Les Brigands (1869), opereta en tres actos de Offenbach, con libreto de Meilhac y Halévy. <<

[320] Sobre Céleste Gineste, casada con Odilon Albaret, que estuvo al servicio de Proust desde 1913 hasta la muerte del novelista, véase el apellido Albaret en el 1.1, Diccionario de Marcel Proust, págs. LXXXIV-LXXXVII. Y sobre su hermana Marie Gineste como personaje de la novela, 1.1, Diccionario de personajes, pág. CCXLII. <<

[321] Saint-Léger Léger fue el primer seudónimo de Alexis Léger (1887-1975), diplomático y poeta francés conocido por su pseudónimo de Saint-John Perse, que hasta 1911 no publicó su primer poemario, Eloges. Su mención en este pasaje de la novela es, por tanto, un anacronismo. La anécdota es real; la cuentan tanto Céleste Albaret en su libro de recuerdos Monsieur Proust, como los amigos del novelista, a quienes éste se la había referido. <<

[322] Primer verso de «Ici-bas», poema de Sully-Prudhomme (1839-1907) que forma parte de «La vie intérieure» (*Sta11ces et poemes*, 1865). En el libro de Céleste Albaret citado en la nota anterior se incluye una hoja manuscrita de Proust que recoge toda la estrofa «En este mundo todas las lilas mueren. / Todos los cantos de pájaros son breves. / ¡Yo sueño en los estíos que perduran / siempre!» Gabriel Fauré lo había musicado con el título de *La vie intérieure*. <<

[323] El segundo de los hermanos de Céleste Albaret se había casado con una sobrina de Monseñor Négre, arzobispo de Tours, hecho que Proust recuerda en el breve poema, «A Céleste» (Poêmes, ed. cit., pág. 151), llamándola la «casi sobrina de Négre». Rodez es la capital del departamento de Aveyron, en el sur de Francia. <<

[324] Françoise Leriche (Sodome et Gomorrhe, Le Livre de Poche, 1993) sitúa aquí el fragmento «Había comprendido mal durante mi primera estancia en Balbec… la otra persona estaba más celosa que yo mismo» (véase más arriba, pág. 703 y ss.), obedeciendo a una indicación de Proust; en la dactilografía, figuraba en ese punto la versión manuscrita; pero en este pasaje insertó luego una versión mecanografiada y corregida, sin eliminar la anterior, y con indicaciones de cómo habría de montarse sobre el texto. <<

[325] Personaje creado por Plauto y utilizado luego, entre otros, por Moliére, que tituló con su nombre una de sus obras, Amphitryon. Es una comedia de errores en la que Júpiter y Mercurio adoptan los rasgos de Anfitrión y de su criado Sosias para seducir a las esposas de estos últimos. Proust parece aludir al recibimiento equívoco con que Alcmena y Cleántide acogen a los que, en realidad, son dioses. El autor latino refunde la leyenda de Alcmena, nieta de Perseo, poseída por Zeus disfrazado de su marido, Anfitrión, rey de Tirinto; de la unión del dios con la hija del rey de Micenas nacería Heracles. <<

[326] El texto es un residuo de una redacción anterior; en el primer párrafo de la página 753 la invitación era para dos días más tarde. <<

[327] Nombres reales para una geografía imaginaria de la región; existen en la toponimia francesa pero repartidos por distintos departamentos: Toutainville se halla en Normandía, lo mismo que Montmartin-sur-Mer, Parville e Incarville; Épreville (véase más arriba, nota 36 de la pág. 1157) está cerca de Fontainebleau, en el departamento Seine-et-Marne; Saint-Frichoux, en cambio, se encuentra al sur de Francia, en el Languedoc, cerca de Carcassonne. <<

[328] Gabriel de La Rochefoucauld (1875-1972), uno de los modelos de Saint-Loup, era descendiente de François, príncipe de Marcillac y duque dé La Rochefoucauld (1613-1680), autor de uno de los libros clásicos del moralismo francés, las Máximes, cuya edición definitiva contiene 554 ideas sobre las pasiones humanas. Proust ya había emparentado a sus ficticios Guermantes con ese apellido, uno de los más históricos de la aristocracia francesa (véase nota 341 de la pág. 1094). Para las relaciones del novelista con Gabriel de La Rochefoucauld véase el 1.1, Diccionario de MarcelProust, pág. CLVIII. <<

[329] Alfred de Vigny, *La maison du berger*, w. 323-324, poema que figura en Destinées. <<

[330] La relectura de más de un centenar de páginas desde este punto hace escribir a Jean Cocteau en Lepassé défini: «Acabo de releer con estupor las 150 primeras páginas del segundo volumen [de Sodoma y Gomorra]… Es ilegible. Y he leído palabra por palabra. Un revoltijo de frases mal escritas, de paréntesis tras los cuales esas frases quedan en suspenso, de comicidad vulgar, de personajes olvidados y reencontrados de improviso. […] En resumen, esas 112 páginas son un mal esbozo de lo que podían ser. Son una gran mancha sobre el resto y espero no encontrar nada parecido al releer el conjunto. […] Es un desastre…». <<

[331] Pecus: término latino, «rebaño», que Brichot emplea dándole un sentido despectivo. <<

[332] Le Temps: periódico de ideología liberal fundado en 1861; con el cambio de siglo, moderó sus tendencias progresistas hasta llegar a un conservadurismo que lo llevó a ponerse de parte del gobierno durante el escándalo provocado por la quiebra de la Compañía del Canal de Panamá (1892-1893). Véase el 1.1, pág. 960, nota 241 a la pág. 820. <<

[333] Emaús, aldea de Judea, cercana a Jerusalén, donde, según los Evangelios, Jesucristo se apareció, anunciándoles que había resucitado, a sus discípulos. <<

[334] Nombre de una pequeña localidad del departamento de La Mancha, muy alejada de la costa. <<

[335] La enseñanza superior francesa se había mantenido sin apenas cambios desde que Napoleón la instituyera; a finales del siglo XIX se reestructuró desde un enfoque postivista, que dio a la enseñanza de humanidades orientaciones más científicas, procedentes de la ciencia alemana, que afectaron a todas las materias. En cuanto a la Sorbona, esta facultad de teología creada en la Edad Media fue cedida en 1852 a la ciudad de París; los trabajos de reconstrucción de la Nueva Sorbona, que sólo dejaron de la vieja la capilla, concluyeron en 1889. <<

[336] Salón: nombre que recibía en Francia durante el siglo XIX y principios del XX la exposición anual de obras de artistas vivos; se regía por principios académicos que impidieron a la mayoría de los impresionistas, por ejemplo, mostrar sus telas en esas exposiciones. <<

[337] Véase más arriba, *La parte de Guermantes* I, pág. 190 y nota 263. <<

[338] Véase más arriba, nota 79 de la pág. 1169. <<

[339] Abel-François Villemain (1790-1870), profesor de literatura francesa en la Sorbona, miembro de la Academia Francesa y ministro de Instrucción pública bajo la monarquía de Julio (1840-1844). Sus abundantes estudios, de elevado estilo oratorio, carecían de ideas. <<

[340] Sobre Talleyrand (1754-1838), véase mis arriba Lapartede Guermantes/, nota 152 de la pág. 1014. En carta a Guizot escribió una frase célebre, que Proust altera: «Quien no ha vivido en los años cercanos a 1780 no ha conocido el placer de vivir». <<

[341] Paul de Gondi, nombre del cardenal de Retz (1613-1679), autor de unas Mémoires que le convierten en excelente escritor de estilo muy personal y gran penetración psicológica en las pasiones y caracteres de los hombres. Después de participar en la Fronda, estuvo encarcelado en Vincennes y en Nantes, de donde se evadió; tras reconciliarse con Luis XIV jugó un importante papel en la vida política. La expresión inglesa *the struggle for lift* (la lucha por la vida), que Darwin puso de moda para explicar la selección natural, fue adaptada por Alphonse Daudet en struggle-for-lifeur en la pieza teatral La Lutte pour la vie («La lucha por la vida», 1889). <<

[342] Como se ha visto en la nota 75 (pág. 1168), el duque de La Rochefoucauld, *frondista* acérrimo, llevaba el título de príncipe de Marcillac antes de heredar el ducado a la muerte de su padre. Brichot parece comparar, de forma un tanto excesiva, la Fronda con el movimiento nacionalista del general Boulanger, que intentó dar un golpe de Estado en 1889 (véase el 1.1, págs. 886-887, nota 167 a la pág. 331). <<

[343] Charles de Secondat, barón de la Bréde y de Montesquieu (16891755), que heredó de su tío el cargo de prisident ¡i morder, es decir, presidente del Parlamento de Burdeos; escribió varios libros claves para el desarrollo de las ideas políticas como *El espíritu de las leyes* (1748), y de la crítica de costumbres como las Cartas persas (1721). <<

[344] Guillermo II de Alemania (1859-1941); Proust alude a los artículos del conde Albert de Mun en L’Écho de París durante los primeros meses de la guerra de 1914. <<

[345] L’Abbaye-aux-Bois era un convento de la orden del Císter para muchachas jóvenes que, desde su fundación en 1654 hasta la Revolución, que la suprimió en 1790, estuvo situado en el número 16 de la actual calle de Sévres de París. En 1797 sus locales fueron vendidos y una de sus alas transformada en casa de reposo a la que se retiraron algunas personalidades del siglo XIX, entre ellas Mme. Récamier, que se instaló en ella en 1819; durante treinta años mantuvo ahí un salón célebre por el que pasaron desde Chateaubriand y Víctor Hugo a Lamartine, Delacroix, Balzac, Stendhal, etc. En 1907, desaparecieron los últimos vestigios de la histórica abadía. <<

[346] Émilie, marquesa du Châtelet (1706-1749), literata, vivió de 1734 a 1740 en el castillo de Cirey (departamento del Haute-Marne), que era propiedad de su marido, acompañada por su amante, el filósofo Voltaire, a cuyo sobrenombre literario la malicia de Brichot añade por burla un de aristocrático. <<

[347] Sobre la exigencia de los «veintiocho días» a los reservistas, véase más arriba, nota 47 a la pág. 726. <<

[348] La alusión parece referirse a Agripina, esposa del emperador Claudio y madre de Nerón, famosa por su ambición y su despotismo; según Tácito, presidió un combate al lado de su marido (Anales, XII, 56). Su madre, también llamada Agripina, esposa del general Germánico, había conseguido en el ejército un poder «mayor que el de los generales» (Anales, 1,69). <<

[349] Evangelio de Mateo, X, 37: «El que quiere al padre o a la madre por encima de mí, no es digno de mí; y el que quiere al hijo o a la hija por encima de mí, no es digno de mí». <<

[350] Guillermo II (1859-1941), emperador alemán de 1888 a 1918, había escandalizado a la opinión europea cuando, pasando revista a sus tropas, había predicado la obediencia ciega, hasta el punto de disparar contra sus padres y hermanos sin un murmullo si recibían esa orden. <<

[351] Alfred de Vigny, Eloa, canto III, v. 47. Proust conocía perfectamente este verso que Robert de Montesquiou había puesto como epígrafe de Chauves-Souris, libro que el autor le había enviado. <<

[352] Médicos célebres de la época; sobre Potain véase *Por la parte de Swann*, 1.1, pág. 864, nota 3 a la pág. 171. Y sobre Charcot, véase más arriba, *La parte de Guermantes* I, pág. 267 y nota 423. <<

[353] Marivaux (1688-1763) utiliza «empleos» teatrales, tipos como «la marquesa», «el caballero», «la condesa», «el marqués», «el príncipe» etc., sin necesidad de darles nombre; Compagnon ha comprobado, sin embargo, que no hay en todo su teatro ninguna «baronesa» (Pléiade, ed. cit., pág. 1496). <<

[354] Swann se burlaba del visitante sin gusto que se extasía ante las «deyecciones» de Viollet-le-Duc, arquitecto que restauró numerosos monumentos medievales, entre ellos la catedral de Notre-Dame. Véase t. I, *Por la parte de Swann*, págs. 861-862, nota 137 a la pág. 148. <<

[355] Brichot emplea una elipsis, o una máscara, para referirse a Talleyrand, que a los veinte años llevaba ese título de abate de Périgord; a lo largo de su vida se adaptó siempre a todas las situaciones políticas por las que atravesó Francia. Véase más arriba, nota 152 de la pág. 1014. <<

[356] Chéquard designaba a finales del siglo XIX, con el sentido de corruptos o vendidos, a los parlamentarios comprometidos en la quiebra de la Compañía del Canal de Panamá. Mediante ese anacronismo, Brichot alude a las múltiples «adaptaciones» de Talleyrand, y en concreto a su traición a Napoleón cuando era ministro de Relaciones Exteriores. <<

[357] El topónimo existe en la geografía francesa, pero en Normandía, cerca de Lisieux. <<

[358] Los maestros cantores de Nuremberg, de Wagner; tanto esta obra como la Tetralogía del compositor alemán aparecen citadas repetidas veces en *Por la parte de Swann* y en *A la sombra de las muchachas en flor*. Véase sobre todo para *Los maestros cantores* el 1.1, pág. 916, nota 167 a la pág. 490; y para la Tetralogía, 1.1, pág. 941, nota 109 a la pág. 647. <<

[359] Defensores de Dreyfus ya citados cuando se hablaba del papel político desempeñado por el salón de los Verdurin; véase más arriba, pág. 657. <<

[360] Tanto Vincent d'Tndy como Debussy estuvieron vinculados al nacionalismo más radical; si el primero de estos compositores lo hizo de forma inequívoca y tajante, el autor de PelltasyMélisandehabría matizado sus posturas antidreyfusistas iniciales y habría firmado un manifiesto en favor de Picquart. Sobre d’ Indy véase más arriba, nota 25 de la pág. 1121. <<

[361] Término derivado del nombre del autor dramático Marivaux, que ya en vida del comediógrafo se había convertido en sinónimo de «discreteo, galanteo, exquisitez», etc. Sin embargo, la crítica contemporánea ha rectificado, o profundizado, el sentido del teatro marivaudiano. Véase mi prólogo a Marivaux, El juego del amor y del azar. El triunfo del amor, colección «Austral», Espasa, Madrid, 2001, y en especial el apartado «El marivaudage contra Marivaux». <<

[362] Henri Meilhac (1831-1897), autor de libretos de numerosas operetas, en especial de Offenbach —La Selle Héline, La Périchole, etc.—, escritos en su mayoría en colaboración con Ludovic Halévy. Véase 1.1, pág. 883, nota 142 a la pág. 297. <<

[363] Alusión a la monografía Illiers, del canónigo Marquis, modelo para el párroco de Combray, cuyas etimologías recorren toda la novela proustiana y provocan tres largos desarrollos temáticos en tres ocasiones: en el trenecito que lleva al Narrador a La Raspeliére, durante la cena de los Verdurin, y, por último, durante el regreso en trenecito a Balbec, en la parte final del capítulo III de Sodoma y Gomorra. <<

[364] El canónigo Marquis, autor de una monografía sobre Illiers, que sirve a Proust de modelo para el párroco de Combray, no escribió ningún libro sobre etimologías normandas. Si en *Por la parte de Swann* Proust había utilizado en este punto etimológico *De la formation française des anciens noms de lieu* (1867), de Jules Quicherat, en Sodoma y Gomorra cambia de fuente y es *Origine et formation des noms de lieu* (1874 y 1884), de Hippolyte Cocheris, el texto que le sirve de guía, según demuestra A. Compagnon (Pléiade, ed. cit., págs. 1498-1501), quien ha rastreado uno por uno, hasta donde ha sido posible, el presumible origen de la información proustiana. Pero Cocheris no es la única fuente, y hay etimologías que proceden de la inventiva del autor, que no duda en confesarlo en su correspondencia: también lo son Auguste Longnon y sus Origines et formarían de la nationalitéfranfaise (1912), el especialista normando de mediados del siglo XIX Édouard Le Héricher, y alguna obra más no identificada como advierte el propio Compagnon en su artículo «*Brichot: étymologie et allegorie*» (Proust entre deux sitóles, 1989). La identificación exhaustiva del pastiche de préstamos etimológicos puede verse en detalle y en extenso en las notas de Compagnon al pasaje (Pléiade, ed. cit., págs. 1503-1508), donde colaciona y contrasta las presumibles fuentes utilizadas por el novelista. <<

[365] «Los celtas llamaban *briva* a lo que los romanos llamaban *pons* [puente]», pudo leer Proust en Cocheris; pero la idea de que *bricq* sea la vieja palabra normánica para «puente», procede de la inventiva proustiana. <<

[366] Cocheris es partidario de la interpretación de fleur como derivado del término «islandés *oe* (pronúnciese *eu*) y *oedr* (pronúnciese *eur*), que significa “lugar bañado por las aguas”». Para Compagnon, Proust se habría fijado en este texto, y no en el de Longnon, ofreciendo una traducción errónea de *fiord*, que no significa «puerto», sino «bahía», «golfo»; Cocheris no ha traducido en su texto el término. <<

[367] Dado que Longnon no menciona los términos «vieil» ni «vadum», Proust habría seguido a Cocheris. <<

[368] Proust parece haber sufrido un lapsus en la frase: «Pero en este caso concreto, vieux…», donde debería leerse vétu, porque en caso contrario «sería preciso que el nombre de la estación fuese efectivamente Saint-Martin-le-Vieux» (Lanche, ed. cit., pág. 628), cuando siete líneas más arriba se dice que es Saint-Martin-le-Vétu. De todos modos, en otros pasajes de la novela hay rastros de esa fluctuación del nombre de la estación de tren. <<

[369] Es Cocheris de nuevo la fuente de Proust, que sin embargo utiliza la asociación de Terregate con térra vasta de Le Héricher. <<

[370] «Vituperado sea quien piense mal», lema de la orden de la Jarretera, instituida en Inglaterra en 1344, que figura en el escudo del Reino Unido. La frase se debería, según Polidoro Virgilio (Anglica Histórica, 1534), a Eduardo III, quien la formuló tras agacharse a recoger del suelo una liga que había dejado caer su amante, la condesa de Salisbury. Según el historiador Holinshed (Crónicas, 1572), la habría pronunciado ese monarca en la batalla de Crécy (1346), al mandar atar su jarretera a una lanza para que sirviera de insignia. <<

[371] Proust sigue a Cocheris incluso en el orden de los derivados de Saint-Medardus. <<

[372] Cocheris da el término latino: Jovis mons (= Monte de Júpiter). <<

[373] Para Cocheris, este término sería el resultado de la mezcla de un nombre de santo con una palabra singular como Loctudy (Finisterre). <<

[374] La misma mezcla de la nota anterior se habría producido según Cocheris en Sanctus Martialis, que procedería de Sammarcoles (Viena). <<

[375] Los radicales boíl, «colina» y holm, «isla», no figuran en Cocheris ni en Longnon; Le Héricher relaciona el homme normando, «isla» o «península», con el holm escandinavo. <<

[376] Según Longnon, Amfreville sería «villa de Asfridr», o Ansfredus, nombre propio de origen franco. Es Proust quien inventa ese compuesto, Amfreville-la-Bigot. <<

[377] Es Le Héricher quien escribe: «*Kerke*, “iglesia”, el alemán *Kirche*, en escocés *kirk*, persiste en las localidades Querquebu, Kerkebu, Querqueville, literalmente “edificación de la iglesia”, como Dunkerque es “la iglesia de las Dunas”». <<

[378] Duneville es nombre inventado por Proust, a quien también se debe ese *domino abbati*, «poco conforme con el latín, y que no explica además el paso a Domvilla» (Compagnon, La Pléiade, ed. cit., pág. 1505). <<

[379] En el año 911, Rollon, jefe de los normandos, obtuvo del rey francés Carlos el Simple la región que poco después iba a convertirse en el ducado de Normandía, para su colonización. De ahí, según Longnon, la abundancia de rastros escandinavos en la toponimia de la zona. Más que de capitulares (ordenanzas por las que los reyes merovingios y carolingios gobernaban) o de tratado, parece que esa cesión fue resultado de un acuerdo verbal por el que Rollon reconocía como soberano al rey francés y se convertía al cristianismo junto con sus hombres; no es cierto por tanto, que el rey de Dinamarca fuera señor de toda esa costa; por otro lado, Odín, dios de la mitología escandinava, nunca gozó de culto en Normandía. <<

[380] Según Longnon, *dunos*, latinizado en *dunum*, que tiene el sentido original de montaña […] Lyon (Rhóne), Lugudunum, luego Lugdunum». <<

[381] Eudes u Odon le Bouteiller era señor d’ Escale y de l’Estre, y a él adjudica Le Héricher el origen del topónimo de Doville. El cargo de copero mayor (bouteiller) fue creado por los primeros Caperos hacia el año 1000, y poco más de un siglo después pertenecía al patrimonio hereditario de la familia Le Tour di Senlis. <<

[382] La abadía de Blanchelande, en el departamento de La Manche, fue fundada en 1155 y perteneció durante mucho tiempo al rey de Inglaterra. <<

[383] Tanto Le Héricher como Longnon —que dedica un capítulo a los nombres de lugares que evocan el agua— analizan esta etimología; para el primero, se trataría de una de las metamorfosis del céltico *dour*, «agua», que habría dado topónimos normandos como Urville, Ourville, Ouville. El mismo radical céltico le sirve para explicar *Aiguemorte*. <<

[384] Ninguno de estos santos han existido; para «inventarlos», Brichot deforma nombres de personajes legendarios o de aldeas: según Compagnon, de Ursus, de Geoffroy de Savigny, de Barsonor o Barsanore, de la comuna Saint-Laurent-de-Brévedent en el departamento Seine-Maritime (ed. cit., págs. 1506-1507). En cuanto a la abadía cisterciense de Saint-Laurent-de-Beaubec, fue fundada por Geoffroy de Savigny a principios del siglo XII. <<

[385] Es Longnon en sus *Origines et formation de la nationalité française* el que sirve de fuente a Proust para rectificar a Cocheris y explicar la etimología de esos topónimos. <<

[386] En esta interpretación etimológica Proust sigue a Longnon y sobre todo a Le Héricher. <<

[387] Lawrence [Laurent en francés] O’Toole (1120-1180), san Lorenzo de Dublín, siguió a Enrique II de Inglaterra a Normandía, donde murió en un convento en el que fue venerado a su muerte. Pero no fue en el de Saint-Laurent-de-Beaubec, en la región de Bray —Saint-Laurent-en-Bray es una invención de Proust—, cuyo patrón fue uno de los primeros diáconos de la iglesia romana: el romano san Lorenzo, martirizado en el año 258. <<

[388] El origen germánico de Graignes viene dado por Le Héricher: saldría de un término sajón, gruña, «pantano». <<

[389] Cocheris incluye entre los nombres derivados del culto de dioses paganos Martimont, Mariis mons, o monte de Marte. <<

[390] Brichot parodia el lenguaje de M. Purgón, el médico de El enfermo imaginario de Jean-Baptiste Poquelin, conocido por Moliére; irritado porque Argán no quiere seguir sus prescripciones médicas, le amenaza… «Quiero que dentro de cuatro días estéis en un estado incurable […] Que caigáis en la bradipepsia […]. De la bradipepsia en la dispepsia […]. De la dispepsia en la apepsia […]. De la apepsia en la lenteria […]. De la lenteria en la disentería […]. De la disentería en la hidropesía…». <<

[391] François Sarcey de Sautiéres, llamado Francisque Sarcey (1827-1889), crítico dramático que sucedió a Sainte-Beuve en Le Temps en 1867 y firmó semanalmente la página de espectáculos desde ese año hasta su muerte; jugó en el teatro francés un papel importante, aunque nefasto, porque defendió el oficio dramático desde criterios superados por la escena de final de siglo, y se opuso a todas las innovaciones. Aplicó a su crítica un sentido común que coincidía con el de las clases medias burguesas, y, por su tono jovial y algo gruñón con los autores jóvenes, se ganó el apodo de «el tío». <<

[392] Reneville y Maineville son topónimos comunes de distintas regiones. La carcajada del profesor alude a la casa de citas que acaba de abrirse en Maineville. <<

[393] Férvida agua: en latín, aguas calientes o hirvientes. <<

[394] Phineas Taylor Barnum (1810-1891), aventurero y empresario estadounidense que logró un prestigio casi universal con sus fenómenos de feria; su capacidad para embaucar la credulidad de la gente, puesta de manifiesto en *The Art of Money Getting, or Golden Rules for Money Making* (El arte de conseguir dinero, o reglas de oro para hacer dinero), le llevó en 1844 a realizar una gira por Europa, durante la que fue recibido en Buckingham Palace por la reina Victoria, en España por Isabel II y en Francia por Luis Felipe; en 1870 montó el famoso circo que inmortalizó su nombre. Sus memorias aparecieron en versión francesa en 1899 bajo el título de *Les Millions de Barnum, amuseur des peuples*. <<

[395] Ciconia: en latín «cigüeña», etimología que da la mayoría de las fuentes de Proust. <<

[396] Cottard, como se ha visto al final del párrafo anterior, ha subido con Saniette y Ski en el otro coche. <<

[397] Sobre el pianista Francis Planté, véase *Un amor de Swann*, 1.1, pág. 864, nota 1 a la pág. 171. <<

[398] Ignacy Jan Panderewski (1860-1941), compositor y pianista romántico polaco, intérprete de Chopin y de Saint-Saéns en París en la década de los ochenta, protegido por la princesa de Brancovan; fue también político y, al término de la Primera Guerra Mundial, presidió el Consejo (1919) de Polonia, cuya libertad había negociado Panderewski con los Aliados. <<

[399] Édouard Risler (1873-1929), pianista francés de gran éxito, intérprete de Beethoven, pero también de Wagner, Liszt y Fauré; véase además *Un amor de Swann*, 1.1, pág. 864, nota 2 a la pág. 171. Proust le contrató para que tocase en una cena que dio para unos amigos en el Ritz. <<

[400] «¡Qué artista perece conmigo!», palabras de Nerón antes de darse la muerte, según Suetonio (Vida de los doce Césares, VI, 49). Para Compagnon, más que por «artista», el término artifex debería traducirse por «creador», para aludir al proyecto civilizador que, según la ciencia alemana de la época, Nerón se habría fijado como meta de su política. <<

[401] La Missa Solemnis, opus 123 (1818-1822) de Beethoven, dedicada al archiduque Rodolfo. <<

[402] En el original proustiano la Camarde, término popular de la Muerte. <<

[403] Shake-hand, término inglés: apretón de manos. <<

[404] De Teócrito, poeta griego nacido en Siracusa (c. 310-260 a. de C.), Leconte de Lisie había traducido una antología de sus idilios bucólicos y epigramas que Proust utiliza a lo largo de *A la busca del tiempo perdido*. (Véase más arriba la nota 56 de la pág. 1166). <<

[405] Marthe-Julie Allard (1844-1940) escribía con el pseudónimo de Pampille recetas de cocina en L'Action Française, periódico que dirigía su marido, León Daudet. Terminaría reuniéndolas en un libro citado por Oriane; véase *La parte de Guermantes* II, nota 275 a la pág. 1086.

La «damisela de Caen», según Élizabeth de Clermont-Tonnerre (*Almanach des choses borníes de Frailee*), es simplemente una langosta más pequeña y más fina, está exquisita a la parrilla. <<

[406] En su Elegía XXI, Ronsard pretende tener un antepasado de la Europa Central: «Y, en cuanto a mi antepasado, saca su raza / de donde el helado Danubio es vecino de la Tracia: / Más abajo de Hungría, en una zona fría, / es un Señor llamado el marqués de Ronsart». Henri de Longnon había denunciado sin embargo, en Fierre de Ronsard. Essai de biographie. Les ancétres, la jeunesse (1912), unos orígenes menos novelescos para el poeta renacentista, cuyo linaje localizó en el Vendimois desde el año 1050. <<

[407] En español en el original. <<

[408] Darnetal es una localidad del departamento del Seine-Inferieur, cerca de Rouen. <<

[409] Proust no escribirá ese capítulo de las madres profanadas; el tema le había interesado desde sus inicios como escritor, y figura ya en *La confesión de una joven* (ed. cit., págs. 19-43). Robert Dreyfus, amigo de Proust desde la niñez, (véase 1.1, Diccionario de Marcel Proust, págs. CXXIII-CXXIV), escribió en su ejemplar al margen de esta frase: «Terrible, cuando se sabe». <<

[410] Véase *La parte de Guermantes* I, págs. 237-238. <<

[411] Jean-Gilbert-Víctor Falin, conde y luego duque de Persigny (1808-1872), político bonapartista; apoyó la causa de Luis Napoleón y participó en el golpe de Estado de diciembre de 1851; con Napoleón III fue ministro del Interior, senador y embajador en Londres. <<

[412] Península de Normandía que avanza sobre el canal de la Mancha en dirección a Inglaterra. <<

[413] Canean significa en francés, además de un tipo de baile, «chisme, maledicencia». <<

[414] Hay un juego de palabras en el texto francés: dans la galette normande […], dure comme un galet, donde juega la homofonía de galette (= galleta) y galet (= guijarro). <<

[415] Véase *A la sombra de las muchachas en flor*, 1.1, págs. 473-474. <<

[416] Páginas más adelante, M. de Cambremer cita de La Fontaine dos fábulas: «El hombre y la culebra», pág. 812, y «El camello y los palos flotantes», pág. 844. Pero no ha sido posible identificar la de Florian, a quien ha atribuido (véase *Un amor de Swann*, pág. 866, nota 18 a la pág. 180) «La rana ante el Areópago», que vuelve a citarse páginas más adelante y que no concuerda con ninguna fábula conocida. En el manuscrito se citaba «El mono enseñando la linterna mágica», de la que sí es autor Florian.

Jean-Pierre Claris de Florian (1755-1794), pariente de Voltaire, escribió algunas comedias, una novela pastoril a imitación de La Galatea de Cervantes —se le debe una traducción del Quijote—, una epopeya en prosa, una «novela española», Gonsalve de Cordoue (1791), etc. Pero su nombre se mantiene en la literatura por un libro de ochenta y nueve Fábulas (1792) que le convierten en el discípulo más aventajado de La Fontaine. <<

[417] Julien de Moncháteau parece aludir a François de Beaucháteau, nacido en París en 1645; era un niño prodigio, hijo de un actor famoso, que a los cinco años conocía varias lenguas y era capaz de improvisar poemas sobre cualquier tema. Su talento conquistó a Ana de Austria y a la corte de Cromwell; en un viaje a Persia, cuando acompañaba a un clérigo apóstata, Beaucháteau desapareció. <<

[418] Pico de la Mirándola (1463-1494), erudito italiano, célebre por su precocidad, por su portentosa memoria y por la extensión de sus conocimientos. Para relacionar los nombres de Beaucháteau y de Pico de la Mirándola, Proust se habría acordado de *Les enfants célébres* (1837), de Michel Masson, libro que solía regalarse como premio en los liceos franceses durante el siglo XIX; en esa obra, Beaucháteau figura entre los pequeños poetas, y unas pocas páginas más adelante Pico de la Mirándola entre los niños sabios. <<

[419] Madame de Cambremer juega con los nombres de dos orientalistas célebres: Sylvain Lévi, nacido en 1863, especialista en sánscrito y en las culturas india y japonesa; y el lingüista alemán Ernest W. Adalbert Kuhn, nacido en 1846, hijo de un célebre mitógrafo del mismo nombre (1812-1881). <<

[420] Plaza parisina, cercana a los jardines del Luxembourg, en el distrito VI; en ella se alzaba hasta 1906 el seminario de Saint-Sulpice, que dio nombre a todo un barrio de París. <<

[421] Ferdinand Barbedienne (1810-1892), fundidor que inventó un procedimiento reductor para reproducir en bronce, a menor tamaño, las obras maestras de la escultura antigua y moderna, especialmente de la etapa renacentista. Sus piezas fueron el adorno característico de los salones burgueses a partir del Segundo Imperio. <<

[422] Protagonista de *El avaro*, de Moliere, que encarna en él el vicio de la avaricia. <<

[423] Brichot juega con la etimología de Chantepie, según Longnon: del latín Cantat(de cantare = cantar) y pica (picaza, urraca). <<

[424] Apodo del pintor Georges Clairin. Véase más arriba, nota 139 de la pág. 1148. <<

[425] La frase se encuentra en la Teodicea del matemático y filósofo Gottfried Wilhelm Leibniz (1646-1716). <<

[426] John Stuart Mili (1806-1873) economista y filósofo inglés, partidario del empirismo y paladín de la realidad del mundo exterior tal como la conciben nuestros ojos. <<

[427] Jules Lachelier (1832-1918), filósofo francés para quien los hechos de la conciencia suponen un mundo aparte frente al mundo exterior. Su obra *Les Fondements de l'induction* (1871) tuvo una repercusión notable, que contradecía o rebajaba cuando menos las aseveraciones empíricas de Stuart Mili, por poner en duda la validez de elevar a leyes generales y universalmente verdaderas las que derivan de la experiencia individual. <<

[428] Jean-François Millet (1814-1875) evolucionó, a mediados de siglo, desde un academicismo clasicista hacia el realismo; asentado en Barbizon, eligió por tema preferente de sus cuadros la vida de aldea y las labores del campo, con piezas célebres como El Angelus, Las espigadoras, etcétera. <<

[429] Según Cocheris y Longnon, la etimología de Chantereine (topónimo del departamento Seine-et-Oise) queda enmarcada entre los topónimos formados a partir del nombre de la rana, por lo que «sería correcto escribir Chanteraine», según Longnon. <<

[430] Longnon no acepta para Reneville una etimología derivada de rana, cosa que hace Cocheris; el primero, aunque encuentra un Rainneville en el Somme, deriva de *La Reine* el primer término de ese topónimo. <<

[431] «El hombre y la culebra», La Fontaine, Pables (X, 1): «Un hombre vio una culebra. / […] A estas palabras el animal perverso, / me refiero a la serpiente / y no al hombre: podría uno fácilmente equivocarse»… <<

[432] Pouillé: estado o inventario de los beneficios de una diócesis. <<

[433] *Pons cui aperit*: «puente para quien lo abra». Proust sigue a Cocheris en la etimología de Pont-á-Couleuvre, que en un estadio anterior se llamaba Pont-á-Couleuvre: «¿Qué quiere decir quileuvrelEs lo que probablemente yo no habría encontrado sin un texto latino donde ese lugar es denominado Pons cui aperit, es decir: “Pont-á-qui-l’ouvre”». <<

[434] La mención de esta fábula ya ha aparecido en *Un amor de Swann* (véase el 1.1, pág. 180, y nota 18), sin que se sepa a qué texto se refiere Proust, por no haber ninguna en que figuren esos dos términos, la rana y el tribunal ateniense del Areópago. Se ha supuesto un lapsus en el novelista, que habría querido referirse a la fábula de Florian «Las ranas que pedían un rey» (III, 4) o a su modelo griego. <<

[435] Para Compagnon, este apellido no sería más que una variante de Poncin, nombre del primer presidente del tribunal de apelación de Caen. <<

[436] Cita modificada de una carta de Mme. de Sévigné, del 1 de octubre de 1864 en que habla de su nuera, la delicada joven que sufre «vapores», esposa de su hijo Charles de Sévigné: «Tiene muy buenas cualidades, al menos eso creo; pero en este comienzo, sólo me encuentro dispuesta a alabarla por negativas: no es tal cosa, no es esto; con el tiempo quizá diga: es esto […] no tiene acento de Rennes». <<

[437] Traducción de *paires conscripti*, expresión con que en Roma se conocía a los senadores. <<

[438] Proust sigue a Cocheris, que deriva cienos topónimos de nombres de arbustos y plantas.

Charles-Louis de Saulces de Freycinet (1828-1923), político francés, senador (1876-1920), presidente del Consejo (1879-1892), ministro de Asuntos Exteriores (1915-1916) y académico desde 1890. <<

[439] *Salix et fraxinetum*: nombres latinos del sauce y del fresno; entran en la composición etimológica de varios topónimos franceses. <<

[440] Justin-Germain-Casimir de Selves (1848-1934), político francés, senador (1909), ministro de Asuntos Exteriores (1911-1912) y académico de Bellas Artes. <<

[441] Sylva: palabra latina («selva») que entra en la formación etimológica de distintos topónimos franceses. <<

[442] Algot Henrik Leonard Ruhe (1867-1944), como el propio Proust indica en una carta a Jacques Riviére: «Espero que el eminente sueco no se reconozca para nada en el filósofo noruego de Sodoma II, pero tiemblo por ello» (29 de noviembre de 1921). Filósofo, traductor y analista de Bergson, de quien había escrito en inglés una biografía: Vida de Bergson (1914), Ruhe había publicado sobre Proust en la revista sueca Var Tid un artículo: «Un nuevo escritor», en 1917. Ruhe escribió en francés un conjunto de novelas breves que hizo llegar por medio de Proust a Riviére para ser publicadas en la N.R.F.; le fueron rechazadas. <<

[443] Restaurante parisino; véase >4 la sombra de las muchachas en flor, pág. 603 y nota 46 en la pág. 933. <<

[444] Hotel de lujo, uno de los más prestigiosos de la Belle Époque, en el que se alojaban las personalidades extranjeras durante sus estancias en París. Estaba situado en el número 228-230 de la calle Rivoli. <<

[445] Émile Boutroux (1845-1921), filósofo y profesor de la Sorbona, enemigo del positivismo; tuvo entre sus alumnos a Durkheim y a Bergson. Uno de sus amigos, Alphonse Darlu (véase el 1.1, Diccionario de Marcel Proust, pág. CXVll), «el hombre que más influencia ha tenido sobre mi pensamiento», fue profesor de Proust. <<

[446] Cuarenta eran los miembros de la Académie Française. <<

[447] Proust recopila nombres derivados de árboles con su correspondiente origen latino: Henry Houssaye (1848-1911), historiador especializado en la época napoleónica, miembro de la Academia desde 1894. Wladimir d' Ormesson (188-1897), diplomático y escritor, cuyo apellido es también un topónimo del departamento del Seine. Antoine Lefebvre de La Boulaye (1833-1905) y André de La Boulaye fueron diplomáticos, lo mismo que Charles-Marie Le Pelletier d'Aunay y Edmond Renouard de Bussiéres. M. Albaret es un homenaje de Proust a su chófer y a su ama de llaves Céleste. Armand-Pierre, conde de Cholee, fue superior de Proust durante su servicio militar. Henri Berdalle de Lapommeraye (1839-1891), crítico y profesor de historia y de literatura, era conocido bajo el seudónimo de Henri d'Alleber. <<

[448] Désiré Paul Parfouru, llamado Porel (1843-1917), que dirigió de 1884 a 1892 el teatro del Odeón, donde organizó ciclos de conferencias, y posteriormente del Edén, del Vaudeville, del Gymnase. Estuvo casado con la actriz Réjane —uno de los modelos para la vejez de la Berma—, en cuyo palacete vivió Proust cinco meses en 1919, invitado por el hijo del director y la actriz, Jacques Porel. Para las relaciones de Proust con Réjane y Jacques Porel, véase el 1.1, Diccionario de Marcel Proust, págs. CXCI y CLXXXII respectivamente. <<

[449] Es Cocheris quien ofrece las etimologías de esos dos topónimos, Saint-Fargeau y Saint-Frichoux, que existen en los departamentos del Yonne y del Hérault respectivamente. <<

[450] Saint-Martin-du-Chéne resulta de la mezcla que hace Proust del primero de esos términos —topónimo frecuente— con Le Chéne, localidad del departamento del Aube. Saint-Pierre-des-Ifs está situada en Calvados. <<

[451] Según Compagnon, en el manuscrito se lee *etarder*. ¿Sería *pétarder* la palabra de Ski?» (La Pléiade, ed. cit., pág. 1527). <<

[452] Si Proust ha creado el topónimo Saint-Martin-du-Chéne, también inventa su etimología: «San Martín junto a la encina». En cuanto a if, según Cocheris sería un radical emparentado con una forma germánica, islandesa y escandinava: «awa», y con la anglosajona «etoe». <<

[453] Para Cocheris, la raíz sánscrita av estaría en el origen del término eau (= agua). En bretón, ster significa arroyo y río. Stermaria, Sterlaer, Sterbouest y Ster-en-Dreuchen son topónimos inventados por Proust. <<

[454] La Chercheuse d’esprit, ópera cómica (1741) de Charles-Simón Favart (1710-1792), pastelero que se convirtió en autor dramático y estrenó más de 150 títulos, sobre todo en los teatros de la Feria parisienses. Hacia 1740 pasó a ser director de compañía, casándose poco después con una actriz célebre, también autora de libretos. En sus obras, Favart, que destacó sobre todo en la parodia y en las piezas pastoriles, demostró habilidad para la intriga, y sutileza y gracia para escenificar temas de todo tipo. Pese a ser muy elogiado por los principales ingenios de la época, desde Voltaire a Crébillon, este representante del estilo Luis XV en las tablas, con su delicadeza, su galanura y su frivolidad sin cinismo, está hoy olvidado. <<

[455] El burgués gentilhombre, comedia-ballet estrenada por Moliere en 1670; y *El enfermo imaginario*, última obra del comediógrafo (1673). <<

[456] Los sucesores inmediatos de Paul Porel en la dirección del teatro Odeón fueron Émile Marcky Émile Desbeaux (1892-1896). Pero el texto parece referirse a quienes dirigieron ese teatro tras éstos: Paul Ginesty y André Antoine; el primero, que estrenó a Tolstoi, ocupó ese cargo en 1906; Antoine, que había dimitido antes de que acabase 1896, terminaría sucediendo a Ginesty en 1906 y dirigiendo el Odeón hasta 1914. El «gran» Antoine (1858-1943), considerado como el inventor de la dirección escénica moderna, actor, crítico dramático y cineasta, defendió el naturalismo e introdujo a Ibsen, entre muchos otros autores, en Francia. <<

[457] La novela de Tolstoi Resurrección (1899) fue adaptada por Henri Bataille para la escena en el Odeón en 1902; y Ana Karenina se estrenó, en su versión dramática, en el Théátre Antoine en 1907. <<

[458] En 1907, la revista Les Arts reproducía un retrato al pastel de Favart, pintado por Jean-Étienne Liotard (1702-1789) en 1757. En esta alusión parece haber una incoherencia narrativa: nadie ha hablado aún de ese retrato. <<

[459] Olga Constantinova (1851-1926), gran duquesa de Rusia y sobrina del zar Nicolás I, que en 1867 se casó con Jorge I de Grecia, y que reinó hasta 1913. Ya aparece citada en *Por la parte de Swann*; véase 1.1, pág. 27. <<

[460] Jeanne Samary (1857-1890), actriz del Théâtre-Français, especializada en papeles de doncella en la comedia clásica; véase *Por la parte de Swann*, pág. 852, nota 75 a la pág. 70. También podría referirse a su hermana Marie, que trabajó en el Teatro del Odeón. <<

[461] Personaje tipo de la doncella o criada, procedente del teatro italiano, incorporado al repertorio cómico francés. En La Chercheuse d'esprit no existe ninguna doncella y sí una ingenua enamorada llamada Nicette; podría tratarse de un lapsus: Zerbinetta, en el teatro cómico, encarnaba el papel de enamorada galante, por ejemplo en Los enredos de Scapin y en *El enfermo imaginario*, de Moliere. <<

[462] Personajes tipo del repertorio cómico que, como Zerbina, figuran en *El capitán Fracasse*, de Théophile Gautier, novela muy apreciada a lo largo de toda su vida por Proust; en 1896 esa narración fue adaptada para la escena por Émile Bergerat. <<

[463] En realidad, el Banato es el nombre que suele darse a la región europea comprendida entre Hungría y Rumania, entre el Theies inferior, el Maros, el Danivo y la Transilvania. La ciudad principal es Timisoara; tras la Primera Guerra Mundial fue reivindicada por Yugoslavia y por Rumania, y dividida entre ambas naciones. <<

[464] Proust inventó tanto el nombre de Balbec como su voz originaria, Dalbec, que justifica empleando las razones de Cocheris para *dal*(= valle) y *bec*, que remata topónimos normandos. <<

[465] Del obispo de Bayeux dependía, no la baronía de Douvres, que se encuentra en Inglaterra (Dover), sino Douvre, cerca de Caen, en Calvados, que sí dependía, junto a otras seis, de ese obispado. «El cambio de jurisdicción imaginado por Brichot, basado en una confusión ortográfica, es por tanto erróneo» (E Lariche, ed. cit., pág. 636). Los templarios controlaron cuatro encomiendas en la región de Caen desde mediados del siglo XII, que pasaron a la Orden de Malta cuando Felipe el Hermoso obtuvo del papa Clemente V la supresión de la orden del Temple. <<

[466] Louis d’Harcourt, obispo de Bayeux de 1459 a 1479, fecha de su muerte. Antes había sido arzobispo de Narbonne, por lo que, para que no perdiese rango con ese cambio, el papa le dio el título de Patriarca de Jerusalén.. <<

[467] Anthelme Brillat-Savarin (1755-1826), magistrado, político y gastrónomo francés autor de la «biblia» de la gastronomía, *La Phisiologie du goût ou Méditation de gastronomie transcendante* (1825). Muy culto e ingenioso, Brillat-Savarin consiguió en ese libro una obra literaria de calidad mezclando recetas culinarias con anécdotas. <<

[468] Juego de palabras basado en la homofonía entre «l’édit de Nantes» (el edicto de Nantes) y «lady de Nantes». <<

[469] Son Longnon y Cocheris principalmente las fuentes etimológicas de este pastiche de Proust sobre topónimos, y en menor medida Le Héricher. La abadía de Bec o Bec-Hellouin (Évreux) fue fundada por el bienaventurado Herluin en 1034. <<

[470] Páginas más arriba, Brichot refutaba las tesis del párroco de Combray afirmando que *bricque* procede de una voz normánica que significa «puente», y no del céltico *briga*, «altura fortificada». Ahora, sin embargo, admite esta última. El episodio de la cena de los Verdurin fue escrito mucho antes que este texto, cuando Proust sólo conocía el libro de Cocheris; más tarde tuvo acceso a los de Longnon y Le Héricher, que le ayudaron a incluir las etimologías de origen escandinavo; y parece haber olvidado la refutación anterior de Brichot. <<

[471] En *Un amor de Swann* el apodo de Elstir es «Biche», término que emplea el manuscrito y la mecanografía en este pasaje; véase pág. 866, nota 20 a la pág. 184. <<

[472] Sobre el pintor Paul Helleu (1859-1927), uno de los modelos de Elstir, véase más arriba *La parte de Guermantes* II, nota 106 de la pág. 1064. Y en el 1.1, Diccionario de MarcelProust, pág. CL. Fue Degas quien calificó a Helleu de *Watteau a vapor* por su gran fecundidad como retratista. <<

[473] Proust inventa, aunque haya referentes reales, varios de estos títulos: el ducado de Brabante pervivió entre los siglos XII y XV, pasando a la casa de Borgoña y por último a la de Austria. <<

[474] El señorío de Montargis, convertido en ducado, pasó a la casa de Nemours y a la de los duques d' Orléans. El título de «doncel» sólo existía en la familia de los señores de Commercy. <<

[475] El principado de Oléron —nombre que en *La prisionera* servirá para dar un apellido a la hija de Jupien, adoptada por el barón de Charius; éste cederá el título de Mlle. d'Oloron, para que se case con un hijo de los Cambremer, a Léo— nor (anagrama de Oléron)— recibe su nombre de una isla que pasó a Enrique II Plantagenet de Inglaterra al casarse con Éléonore de Guyena, que llevaba esa isla del Charente en dote. En 1370 volvió a la corona francesa. <<

[476] Viareggio es una ciudad italiana a orillas de Toscana, construida a partir de un castillo que los habitantes de Lucca y de Génova levantaron en 1172 para defender la costa y el territorio circundante. <<

[477] Dunas, apellido perteneciente a la nobleza de toga, es también el nombre que recibe la batalla en la que Turenne derrotó al ejército español en 1658, cerca de Dunkerque. <<

[478] La «lustrina verde» es resto de un largo fragmento suprimido con el que Proust preparaba la teoría del «yo profundo» y en el que la reminiscencia de la tela de ese color servía para anunciar el desenlace de la novela. <<

[479] La manufactura de telas estampadas de Jouy-en-Josas fue fundada en 1760 por Oberkampf en esa localidad cercana a Versalles; gracias a las innovaciones en los procedimientos de pintura y estampación mereció el título de manufactura real. En 1815 la fábrica fue destruida por la invasión de los aliados contra Napoleón, provocando ese dolor la muerte de quien la había fundado. <<

[480] Bajo Luis XIV, el título de Monseñor debía utilizarse con príncipes, duques y pares. Pero Proust se basa en un hecho real, narrado por su amigo Ferdinand Bac en un artículo sobre Guillermo II («Notes et souvenirs sur Guillaume II», Revue de París, 1 de abril de 1916); en 1907 el monarca alemán habría recibido a dos duques franceses en su yate con ese título de Monseñor. <<

[481] El apellido Hohenzollern nace a la historia en 1061; en el siglo XV alcanzaron el título ducal: una de sus ramas logró en 1701 la corona de Prusia, y en 1859 la de Alemania con el título de emperadores. Al final de la Primera Guerra Mundial perdieron la dignidad regia. <<

[482] Tras el Congreso de Viena, el antiguo ducado de Hannover creado en 1546 se convirtió en reino. En 1866, tras la guerra austro-prusiana, fue anexionado a Prusia, que desposeyó de su corona al rey Jorge V (lo era desde 1851). <<

[483] Hugo von Tschudi (1851-1911), historiador alemán del arte y director de la Galería nacional de Berlín (1896-1907), que compró para los museos alemanes cuadros de los primeros impresionistas. Fue despedido por Guillermo II, que no compartía sus gustos. <<

[484] Frase que ya se ha utilizado en *La parte de Guermantes* II (pág. 467), y que, en el artículo citado en la nota 227, Ferdinand Bac adjudicaba a Guillermo II, quien habría preferido otra forma de ser indemnizado a la anexión de Alsacia-Lorena. Proust solía repetirla a menudo, según los recuerdos de Céleste Albaret (Monsieur Proust, ed. cit.). <<

[485] El príncipe Philipp von Eulenburg y Hertfeld (1847-1921), escritor y diplomático, pertenecía al círculo de amistades íntimas del emperador Guillermo II, sobre el que habría influido con posiciones pacifistas en el enfrentamiento de Alemania y Francia por causa de Marruecos. Friedrich von Holstein, que mantenía posiciones beligerantes, empezó a difundir rumores sobre su homosexualidad que provocaron un duelo entre ambos. Por otro lado, desde la prensa se acusaba de antipatriotas a una camarilla en la que figuraban Eulenburg y Kuno von Moltke, que habrían urdido la paz con Francia. En un caso parecido al de Oscar Wilde, Eulenburg quiso demostrar su inocencia ante esas acusaciones abriendo un juicio contra sí mismo (del 23 al 29 de octubre de 1907), del que salieron revelaciones escandalosas en materia sexual tanto de Eulenburg como de Moltke; ambos fueron condenados. La referencia de Charlus al caso Eulenburg, cuyos procesos duraron hasta 1908, es anacrónica respecto a la cronología interna de Sodoma II: la acción transcurre durante la segunda estancia en Balbec, y debe situarse hacia 1900, a renglón seguido del caso Dreyfus. Proust parece haber empleado para este volumen referencias políticas y literarias que remiten al año 1907, por lo que se ha supuesto que reutiliza fragmentos redactados probablemente en la primavera de 1908 para su futura novela sobre la homosexualidad. <<

[486] El término Durchlaucht (= Alteza Serenísima) se reservaba en Alemania para los jefes de las familias principescas que dependían directamente de la soberanía imperial; fueron, durante el Sacro Imperio Romano Germánico los príncipes «mediatizados» alemanes; al disolverse el Imperio dejaron de depender del emperador para incorporarse a los Estados; su rango y sus títulos les daban los mismos derechos que a las casas soberanas por decisión de la Dieta germánica de 1825. <<

[487] Según Saint-Simon, fueron el cardenal de Bouillon y el príncipe de Mónaco quienes utilizaron indebidamente ese rango durante su embajada en Roma. En sus Mémoires, Saint-Simon no habla desde luego de estos ficticios Guermantes, a los que Proust ha dotado de anécdotas y episodios sacados de ese libro sobre la vida de la corte de Luis XIV y de la Regencia (de 1691 a 1723). Aquí Proust parece haberse fijado en la casa de Lorena. <<

[488] La obligación de los súbditos era decir simplemente «el rey»; la fórmula «el cristianísimo rey» era utilizada por los diplomáticos y soberanos extranjeros. <<

[489] Saint-Simon hace distinciones entre el título de príncipe y la cualidad inherente a ese título. El duque de Lorena, sin embargo, era príncipe soberano en Lorena. <<

[490] Élisabeth (no Thérése) de Commercy, hija del príncipe de Lillebone, y miembro de la casa de Lorena, a la que el cardenal de Retz había vendido en 1665 su título de doncel de Commercy; en 1691 se casó con Luis I de Melun, príncipe d’ Épinoy, y con este título de princesa d’ Épinoy adquiere relativa importancia en las Mémoires de Saint-Simon; Proust hace aquí un pastiche del personaje saintsimoniano. <<

[491] El Almanaque de Gotha, anuario diplomático y genealógico, se publicó en esa ciudad alemana, en francés y en alemán, de 1763 a 1944. La primera parte estaba dedicada a la genealogía de las casas soberanas de Europa; la segunda, a la genealogía de los señores mediatizados de Alemania; y la tercera recogía el resto de la aristocracia, empezando por las casas principescas no soberanas del continente. <<

[492] Cuando los aristócratas emigrados durante la Revolución regresaron veinticinco años más tarde, pretendieron los privilegios que habían gozado durante el Antiguo Régimen; por esa nostalgia de un pasado y, pese al poco tiempo transcurrido, remoto, dados los cambios que la Revolución había producido, se decía de ellos que no habían «olvidado nada ni aprendido nada». <<

[493] El condado d’Aumale, erigido en el siglo XI, se convirtió en ducado en 1547, dentro de la casa de Lorena-Guisa; Luis XIV compró el título cuando ya había pasado por herencia a la casa de Saboya, para uno de sus hijos legitimados, el duque de Maine; en 1822 había pasado a la casa de Orléans en la persona de Luis Felipe. <<

[494] Es de nuevo Saint-Simon quien refiere disputas y peleas de precedencia entre duquesas y princesas extranjeras. Proust vuelve a hacer un pastiche de las anécdotas referidas por el memorialista de la corte de Luis XIV. <<

[495] Según Saint-Simon, la princesa de Croy, descendiente de los antiguos reyes de Hungría y emparentada con distintas casas reales, no participó en las exequias de Monsieur, que dieron motivo a disputas entre princesas extranjeras y princesas de sangre; pero sí protagonizó la situación contada por el barón de Charlus. Sin embargo, una disputa entre la duquesa de Rohan y la princesa d' Harcourt fue zanjada por Luis XIV ordenando a esta última que fuese a pedir perdón a la duquesa. <<

[496] Louis (1682-1712), nieto de Luis XIV y padre de Luis XV, que era entonces el Delfín de Francia. <<

[497] La vara (baguette), insignia de los funcionarios del Parlamento y de otras autoridades. El barón de Charlus indica con esta frase que sus antepasados no tenían que inclinarse ni siquiera ante el heredero del trono. <<

[498] El ducado de Brabante derivaba de Antoine de Bourgogne, segundo hijo de Felipe el Osado; en 1430, al desaparecer sus descendientes, pasó a la casa de Austria-Lorena. Su grito de armas era «Brabant au noble duc!». <<

[499] «Passavant», grito de armas, en realidad, de los condes de Vendóme y de Beuil de Sancerre. Proust parece pensar más bien en el grito de armas de Thibault, conde de Champaña: *Passavant li meillor* («Paso adelante el mejor»). <<

[500] Louise-Chrétienne de Savoya-Carignan (1627-1689) figura en las Mémoires de Saint-Simon, pero la protagonista de esa anécdota habría sido la duquesa de Hannover-Brunswick, que obligó a la carroza de Mme. de Bouillon, sobrina de Mazarino, a echarse a un lado para que pasase la suya. Los Bouillon se vengaron un día de teatro: a la salida, sus criados dieron una paliza a los de la Hannover, cortaron los arneses de los caballos y arremetieron contra la carroza de la ofensora. Pese a las quejas de la duquesa alemana, el rey se negó a intervenir en la querella (Saint-Simon Mémoires, ed. cit., tomo I, págs. 48-49). <<

[501] La frase fue pronunciada por Enrique V para resolver una disputa entre otros dos protagonistas de querellas por precedencia, el príncipe de Condé y el duque de Saboya (Saint-Simon, Mémoires, ed. cit., tomo I, pág. 666). <<

[502] Según Compagnon, «la configuración» de este parentesco resulta plausible; se trataría de Jorge-Luis (1660-1727), elector de Hannover, cuya madre era princesa Palatina; ciñó la corona real en 1698 y en 1714 fue llamado al trono de Inglaterra con el nombre de Jorge I; su prima Guillermina de Brunswick era esposa del emperador José I, rey de Hungría, cuya tía Eleonora de Austria había estado casada con el rey polaco Miguel Wisnowiecki antes de contraer matrimonio con Carlos IV de Lorena (La Pléiade, ed. cit., pág. 1541). <<

[503] «Mecenas, de ilustre estirpe regia», Horacio, Carmina, libro I, I. El poeta latino pretendía exaltar el linaje de Mecenas (69-8 a. de C.), caballero romano de la época de Augusto, protector de Horacio, de Virgilio y de las artes. <<

[504] Primera sonata para violín y piano en la mayor, op. 13 (1876), de Gabriel Fauré, que mantenía los valores y el equilibrio clásicos sin el apasionamiento romántico de Schumann; César Franck, en cambio, muestra en su Sonata para piano y violín en la mayor (1886) las pulsiones del tardorromanticismo. Mientras que la madre de Proust, excelente pianista, apreciaba el estilo puro de Fauré, Franck, ignorado como compositor hasta su muerte, y su sonata sirvieron de modelo para Vinteuil, como el mismo Proust confiesa en una dedicatoria a Jacques de Lacretelle: «Cuando el piano y el violín gimen como dos pájaros que se responden, he pensado en la sonata de Franck (sobre todo interpretada por Enesco)» (Essais et articles, ed. cit., págs. 564-566). <<

[505] Fétes es el título del segundo de los tres Nocturnos (1897-1899) de Debussy, que tienen por subtítulos: Nuages, Fétes, Sirénes. <<

[506] Jakob Meyerbeer (1791-1864), compositor alemán, considerado como el fundador de lo que se llama la Grand Opéra francesa, con tramas románticas e históricas fastuosamente decoradas, acompañadas por cuerpo de baile, y escenas espectaculares, sobre todo las finales: Los hugonotes. El profeta, La Africana, Dinorah o el perdón de Ploérmnel, etc. Ejerció una influencia decisiva en el enriquecimiento de la partitura orquestal de las óperas. Robert-le-Diable(1831), ópera en cinco actos con libreto de Scribe y Delavigne, file el resultado de sus investigaciones sobre la ópera francesa a partir de Lulli y de la influencia italiana, sobre todo del estilo de Rossini, y se convirtió en uno de sus mayores logros; como el resto de su obra, a pesar de sus éxitos en vida, Meyerbeer ha desaparecido prácticamente del repertorio. <<

[507] Domenico Scarlatti (1685-1757), autor de óperas y de música de cámara, que trabajó en la corte española como profesor de clavecín de la esposa del rey Fernando VI, es conocido sobre todo como virtuoso del clavicémbalo, instrumento para el que escribió más de quinientas cincuenta sonatas. Su padre, Alessandro Scarlatti (1658-1725), con el que parece confundirle el texto, escribió numerosas óperas con las que contribuyó a la formación de una escuela «napolitana», que conecta con la ópera veneciana. Autor de óperas, misas y oratorios, su mérito fue redescubierto a principios del siglo XX. <<

[508] Brichot juega con una grafía a lo chino de *je m'enfin*, que significa «me importa un bledo». <<

[509] Tanto Asniéres como Bois-Colombes son localidades cercanas a la capital francesa; la primera se halla cerca de Saint-Denis, mientras la segunda pertenece a la periferia parisiense. <<

[510] Brichot alude a novedades de la literatura finisecular: Rene Ghil había inventado en 1885 el «verso libre», una de las bases del movimiento simbolista; un año antes, con la publicación de A Rebotín, Huysmans había puesto de moda lo «decadente»; y en 1886 se traducía a francés *El mundo como voluntad y como representación* de Schopenhauer, que defiende el conocimiento como un hecho exclusivo de la experiencia individual. <<

[511] Si el Proust juvenil había atacado en el artículo «Contre l'obscurité» (15 de julio de 1896, en «La Revue Blanche») el estilo impenetrable y hermético de los simbolistas y de los decadentes, más tarde, en sus ataques, dejaría a un lado a Mallarmé, a quien comparaba con Wagner (Essais et articles, ed. cit., págs. 390-395). Aquí Brichot lo relaciona con la Rosacruz, movimiento literario y artístico (1892-1899) dirigido por Joséphin Péladan (1859-1918). <<

[512] Brichot vuelve a mezclar elementos de distinta envergadura, como la obra de Zola o Verlaine y la de los decadentes, que cultivaban las poses pseudobaudelaireanas del autor de Los paraísos artificiales y los cultivadores de la búsqueda de la evasión o el absoluto en el opio, el hachís y las drogas. <<

[513] Louis de Bourbon, príncipe de Condé (1621-1686), uno de los cabecillas de la Fronda contra Luis XIV; refugiado en España, no volvió del exilio hasta la firma del tratado de los Pirineos (1659). Era uno de los primeros príncipes de sangre de Francia, mientras que Racine pertenecía a una familia de la burguesía de la toga y del derecho. <<

[514] «Hacerles», corrige Compagnon (Pléiade, ed. cit., t. III, pág. 1544), remitiendo a un pasaje anterior (págs. 767-768) donde son Ski y Cottard los que se van a dar una vuelta dejando a Brichot en la estación. <<

[515] Juego de palabras con el reproche de M. Verdurin: jouer, además de «jugar», significa «tocar» un instrumento musical. <<

[516] Los hijos de Cottard no figuran citados en esta soirée. <<

[517] Célestine Galli-Marié (1840-1905), cantante con voz de mezzosoprano que estrenó el papel de Carmen en la obra de ese título de Bizet, en 1876; siguió encarnándolo en varias reposiciones, incluso hasta 1890, con su voz ya en fuerte declive, durante una gala destinada a allegar fondos para un monumento al compositor. <<

[518] Speranza Engally, mediocre cantante que encarnó el papel de Eros en Psyché, de Ambroise Thomas, en 1’ Opéra-Comique en 1878. <<

[519] Charles Bouchard (1837-1915), médico y biólogo francés, miembro de la Academia de Medicina (1880) y de la Academia de Ciencias (1887). Trabajó, como el padre de Proust, en enfermedades infecciosas. <<

[520] Sobre Charcot, véase más arriba, *La parte de Guermantes* I, pág. 267 y nota 423. <<

[521] Gabriel Bouffe de Saint-Blaise y Maurice Courtois-Suffit, médicos menos prestigiosos que Charcot o Bouchard, amigos de Adrien Proust. <<

[522] Somnífero descubierto en 1890, que Proust utilizaba habitualmente. <<

[523] Véase más arriba la opinión del canónigo de Illiers sobre Arrachepel, y la relación de ese apellido con La Raspeliére (nota 17 de la pág. 1160). <<

[524] Estas descripciones proceden de la inventiva de Proust. <<

[525] Proust sigue casi literalmente el texto sobre Illiers del canónigo Marquis (véase nota 17 de la pág. 1160). Según el mismo informante, los hermanos Guillaume y Macé defendieron hacia 1400 el castillo frente a ingleses y borgoñones. <<

[526] Alusión a «El camello y los palos flotantes», que figura en el libro IV, X, de las Pables de La Fontaine. <<

[527] El término evitado es *cocu* (= cornudo), que Moliére utiliza, por ejemplo, en *La escuela de las mujeres* (V, IX, verso 1762): «Si no ser cornudo os parece un bien tan grande». <<

[528] Nicolás de Layde du Blé, marqués d' Huxelles (1652-1719), mariscal de Francia, a quien Saint-Simon describe como «vanidoso» y vago; «voluptuoso hasta el exceso en toda clase de comodidades, amante de la carne exquisita, […] de desenfrenos griegos que no se molestaba en esconder, y se agenciaba a jóvenes oficiales, que domesticaba, además de jóvenes criados de formas bellísimas, y todo sin vtlo, tanto en el ejército como en Estrasburgo» (Saint-Simon, Mémoires del año 1703). Brichot volverá a citarlo por esos desenfrenos griegos en *La prisionera*. <<

[529] Los jansenistas retirados en la abadía de Port-Royal negaban la doctrina de una gracia universal, la gracia suficiente que defendían los jesuítas, oponiéndole la doctrina de la predestinación, la existencia de una gracia eficaz derivada de la lectura de san Agustín, que induciría a las buenas obras únicamente a los hombres elegidos por Dios. <<

[530] Véase más arriba, nota 82 de la pág. 1169. <<

[531] Juego de homofonía entre tu nous la sors bonne («¡nos has librado de una buena!») y el nombre francés (Sorbonne) de la Universidad de la Sorbona. <<

[532] Alusión a la victoria (21 de octubre de 1805) de la escuadra inglesa dirigida por el almirante Nelson, que pereció en la batalla, sobre la flota francoespañola, frente al cabo de ese nombre en la costa de Cádiz, en el límite septentrional de la boca del estrecho de Gibraltar. <<

[533] El rey de picas. <<

[534] «Otra victoria como ésta y estamos perdidos», declaró Pirro, rey de Epiro desde el año 295 al 272 a. de C., tras vencer a los romanos en Asculum, pero al precio de fuertes pérdidas entre sus tropas, en el año 279. <<

[535] Es «el tiempo», el cambio del tiempo, el sujeto de este verbo que la mayoría de las ediciones suele transcribir en plural, frente al singular del manuscrito de Proust. <<

[536] En la Edad Media se difundió la leyenda de los poderes mágicos del poeta Virgilio (70-19 a. de C.), cuyo cuerpo fue enterrado cerca de Ñapóles; desde el siglo II la tradición oral consideraba al poeta como una autoridad alquímica, idea a la que vino a añadirse la calificación de profeta que le atribuye san Agustín por anunciar la venida de Cristo (en realidad, Virgilio celebraba el reinado de Augusto). En Nápoles se atribuyeron a sus poderes las sanaciones de las aguas curativas de los baños de Pozzuoli; irritados por ello los médicos de Salerno, según tradiciones recogidas en el siglo XIII, éstos se dirigieron a Pozzuoli y destruyeron las instalaciones balnearias; posteriormente, en el siglo XIV, algunas crónicas añaden el desenlace referido por Proust: una tempestad hizo naufragar su barco en el camino de vuelta a Salerno. <<

[537] Compagnon sugiere que podría tratarse de Brichot, enamorado de Mme. de Cambremer (véase pág. 954). <<

Notas - 5

[538] Sobre el filósofo noruego, véase la nota 189 de la pág. 1182. <<

[539] Véase nota 192 de la pág. 1182. Boutroux asistió a la conversación sobre el sueño mantenida por Proust con Bergson en septiembre de 1920. <<

[540] Durante la sesión del jurado para otorgar el premio Blumenthal, Bergson, que había sido alumno de Boutroux, entabló con Proust una conversación sobre el insomnio y los narcóticos; otro jurado, el crítico y novelista Edmond Jaloux, recordó en su libro de memorias Avec Marcel Proust (1953) a ambos escritores: «Veré siempre a Proust y a Bergson, de pie delante de una ventana, uno robusto a pesar de su estado enfermizo, el pecho abombado, la cabeza echada hacia atrás, embutido en su abrigo, el otro delgado, débil, casi inmaterial (…) Los dos parecían grandes pájaros nocturnos». Antes de la difusión' en Francia de los escritos de Freud, que se produjo en los años veinte, Bergson era la máxima autoridad en materia de «inconsciente», término por el que entendía la naturaleza sensible del yo. Proust acepta las ideas de las sensaciones reales que se mueven en el sueño, pero se opone a la tesis bergsoniana de la captación inmediata de la realidad; para el novelista, un yo profundo inconsciente es el que determina esa aprehensión de la realidad en el estado del sueño. <<

[541] Cita de Baudelaire: *Je te donne ces vers afin que si mon nom / Aborde heureusement aux époques lointaines/[…] Ta mémoire, pareille auxfables incertaines, / Fatigue le lecteur ainsi qu'un tympanon*» («Te dedico estos versos a fin de que, si felizmente / llega mi nombre a épocas lejanas / […] La memoria de ti, semejante a las fábulas inciertas, / fatigue al lector como un salterio…), Baudelaire, *Les Fleurs du Mal* XXXIX, w. 1-2, 5-6. <<

[542] Plotino (c. 205-270), filósofo neoplatónico, de probable origen egipcio, que se estableció en Roma en el año 244. Mesopotamia, adonde acompañó al emperador Gordiano en una expedición, aportó a su pensamiento una espiritualidad que lo llevó a un misticismo y un ascetismo exaltados: «Parecía avergonzarse de tener cuerpo», decía de él su discípulo Porfirio (233-c. 305), a quien, aparte de escritos propios, se debe, además de una biografía de Plotino, la edición de los seis libros, de nueve ensayos cada uno, del maestro, las Enéadas. <<

[543] En la dactilografía corregida figuraba un pasaje que fue omitido por los impresores; Proust no indicó con claridad el punto del enlace, que viene dado por el nombre de Mme. Verdurin para unir la transición sobre el sueño y los pensamientos del despertar. Debe incluirse por tanto al final del párrafo anterior, y su texto es el siguiente:

«De repente recordé lo que había querido preguntar a Mme. Verdurin. Era si no se tenían otras obras de Vinteuil más que su sonata. Porque ahora me la sabía de memoria. La primera vez que la había oído no había distinguido absolutamente nada salvo una frase que no me había parecido bonita; sólo que, como se repetía dos o tres veces y me había dado la impresión de que era la misma que reconocía, me había encariñado con ella. Pero luego, esa frase se había convertido en una amiga tan arrebatadora de mi memoria que la primera audición en que la había discernido sin admirarla me hacía retrospectivamente el efecto de esas soirées confusas en las que uno recuerda haber encontrado por primera vez a la persona que debía jugar un papel decisivo en vuestra vida y que hoy se ve de forma totalmente distinta. Ahora era toda la Sonata lo que sabía de memoria y lamentaba que Vinteuil no hubiera dejado más cosas. Pero en La Raspeliére no pensé ni una sola vez en informarme si realmente se conocía algo más de él. Le dije a mi madre que había preguntado a M. de Charlus si se había fijado en el casquete y el velo que la princesa de Luxembourg llevaba en automóvil. El señor de Charlus, que era un maravilloso entendido en toilettes de mujeres, para él tema de conversación preferido, artístico e inocente, mientras que bajaba los ojos y guardaba un silencio decente a la sola expresión de “pantalón beis”, me había respondido que sabía muy bien a qué me refería, que no necesitaba preguntar a la princesa, que era un casquete de chinchilla con echarpe de muselina de seda, hechos por Callot, y, para demostrarme que había entendido bien, me había bosquejado un dibujo que causó la admiración de mamá. Sólo quedó sorprendida y algo chocada de que hubiese podido encontrarle en casa de los Verdurin; en su fastidio no entraba nada del egoísmo de mi tía abuela para quien una amistad brillante que teníamos faltaba a todos sus deberes si se dejaba depreciar por una frecuentación dudosa. Mi madre era incapaz de un sentimiento como ése. Pero era de Combray. No comprendía que un hombre de una casta superior como M. de Charlus se aventurase en casa de gentes nacidas en una que era inferior a la nuestra (es decir, que perteneciese a ella para toda su vida, porque la sociedad de Combray no imaginaba que se pudiese cambiar nunca de casta). No es que mi madre envidiase a los Verdurin por recibir a M. de Charlus; al contrario, le habría parecido indiscreto que nosotros le invitásemos; pero las mismas razones le hacían encontrar su presencia en nuestra casa excesiva y totalmente fuera de lugar en casa de los Verdurin. El señor de Charlus en casa de los Verdurin. Ante esa novedad sentía un asombro en el que no encontraba nada divertido; porque por haber nacido el horror por el encanallamiento, no del desprecio de los demás sino del respeto de uno mismo, no puede ser como erróneamente suele creerse de esencia aristocrática: es un prejuicio burgués. “Sin embargo, había añadido M. de Charlus, creo recordar que fue Elstir, que pintó a Mme. de Luxembourg con ese casquete y ese velo, quien se los había encargado. Y me parece que en última instancia hay un poco de él en la forma y sobre todo en el gris muy suave que le costó bastante encontrar. Ya que desea tener lo mismo para su prima, diga a las hermanas Callot que le hagan lo mismo exactamente que a la princesa de Luxembourg. Se lo advertiré a mi cuñada para que no se moleste”. Yo sabía, y Albertine también, el detalle de la elección por parte de Elstir. Y esto quizá había aumentado su admiración cuando habíamos visto pasar a la princesa de Luxembourg. Pero se daba cuenta de que era inaccesible para una muchacha pobre como ella. Sobre todo porque Elstir, cuyo gusto en toilettes en extremadamente difícil y

exclusivo, le había imbuido la superstición de ciertos modistos, le había señalado que, entre su forma y la que cree imitarlos a buen precio o incluso a precios muy elevados, hay tanta diferencia como entre un amorcillo delicioso de Clodion o del templete del Trianon, y el amor casi idéntico de una época más seria». <<

[544] «Prosperad, cara esperanza de un pueblo santo» son palabras que Elisa dirige al coro en Racine, Esther, I, II. La segunda cita corresponde, no a Athalie, sino a Esther, I, I: *Il faut les appeler. Venez, venez, mes filies*. («Hay que llamarlas. Venid, venid, hijas mías»). Racine pone estas palabras en boca de Ester, que se dirige al coro formado por sus antiguas compañeros de cautiverio, y no en la de Josabet. <<

[545] Cuando la vieja nodriza Euriclea lava los pies del extranjero que regresa a ítaca, reconoce la cicatriz de una vieja herida de Ulises (Odisea, canto XIX). <<

[546] Para reparar los daños causados por la Revolución en la catedral de Notre-Dame y en sus esculturas —las estatuas de los santos fueron decapitadas—, Luis Felipe encargó su restauración a Lassus, sustituido al poco tiempo por Viollet-le-Duc. A Proust, como a Ruskin, nunca le agradaron los trabajos de este restaurador medievalizante. <<

[547] En el relato de Edgar Alian Poe *La carta robada*, al que parece aludir esta escena, un ministro decide esconder una carta dejándola a la vista de todos sobre una chimenea, como la mejor estratagema para ocultarla. <<

[548] Véase 1.1, X ¿z sombra de las muchachas en flor, pág. 675. <<

[549] Véase más arriba, *La parte de Guermantes* L. 151-152. <<

[550] Contrexéville, localidad del departamento de los Vosgos, en el cantón de Vittel; las aguas de su balneario, cuya primera piedra puso el médico de Luis XIV, eran reconocidas desde el siglo XVIII como salutíferas para las enfermedades renales. <<

[551] Una carta muy semejante a ésta por el tono, dirigida por Proust a Marcel Plantevignes en 1908, provocó un incidente entre el novelista y el padre de su amigo, rico fabricante de corbatas, que se presentó en el Grand-Hótel de Cabourg pidiéndole explicaciones; Proust respondió retándole a duelo. Véase la entrada de Plantevignes en el t. I, Diccionario de Marcel Proust, pág. CLXXIX. <<

[552] En el departamento de la Mancha, cerca de Avranches, existe una localidad de nombre parecido, Saint-Jean-de-La-Haise; para la iglesia, Proust utiliza como modelo la de Trousseauville, localidad cercana a Cabourg. <<

[553] Las dos etimologías de Épreville, topónimo bastante abundante, no figuran en las fuentes conocidas de Proust, Cocheris, Longnon, etcétera. <<

[554] Grattevast (topónimo que ofrece en la edición original las variantes Grallevast y Grattevaste) es un compuesto inventado por Proust, a partir de vast, «lugar desolado», y el verbo que entra en la composición de topónimos, como Gratteloup, etc., véase más arriba, nota 2 de la pág. 1158. <<

[555] Sobre estas hijas de Océano y de Tetis que consuelan a Prometeo encadenado, véase 1.1, pág. 635, y nota 88 en la pág. 938. <<

[556] Brichot ya ha señalado esta etimología; véase más arriba, pág. 817 y nota 196. <<

[557] Sobre esta etimología, véase más arriba, nota 115 de la pág. 1174. <<

[558] Monsurvent es el nombre de una localidad del departamento de la Mancha, cerca de Coutances. Proust pudo encontrarlo en L’Ensorcelée, novela de Barbey d’Aurevilly. <<

[559] La villa Adriana de Tivoli, cerca de Roma, construida por orden del emperador Adriano entre los años 126 y 134, contenía reproducciones de los lugares y monumentos que durante sus viajes le habían sorprendido. <<

[560] Debe repararse el lapsus de Proust y leer: «todos los lunes». <<

[561] La Avenue Gabriel, cercana a la rué Malesherbes donde Proust vivió hasta 1900, bordea los Champs-Élysées. <<

[562] La familia Proust se trasladó en octubre de 1900 a la calle de Courcelles, cerca del Pare Monceau. <<

[563] El dipolomate es un pastel a base de galleta, fruta confitada y una crema aromatizada con ron o kirsch. <<

[564] Falso anglicismo, formado a partir del apellido del físico Watt; apareció en Francia en 1895 para designar al conductor de un tranvía eléctrico y, por extensión, a todo conductor de un vehículo automóvil. <<

[565] Topónimo frecuente en Normandía; para Compagnon se trataría de Beaumont-en-Auge, localidad cercana a Pont-l'Évéque y a la villa de Mme. Straus en Trouville. <<

[566] Parville es el nombre de una localidad a cien kilómetros de París, en el departamento del Eure. <<

[567] Personajes de la novela homónima de Flaubert y de *La cartuja de Parma*, de Stendhal; sobre la Sanseverina, tía de Fabrice del Dongo y amante de Mosca, véase nota 54 de la pág. 1056. <<

[568] En *La prisionera*, el Narrador contará con el chófer para vigilar a Albertine; pero vigilante y vigilada se entenderán entre sí para engañarle. <<

[569] Fue Pernet padre quien, en 1868, dio el nombre de «Baronesa Alphonse de Rothschild» a una variedad de rosa; cuatro años antes Philippe Noisette había creado la rosa «Maréchal Niel», en homenaje a Adolphe Niel (1802-1869), mariscal francés del Segundo Imperio. <<

[570] Camille-Marie Stamaty (1811-1870, que Proust ortografía Stamati), compositor y pianista de origen griego; por razones de salud tuvo que abandonar su carrera de virtuoso, dedicándose entonces a la enseñanza; entre sus alumnos figuró Saint-Saéns. <<

[571] El QuatuorXVde Beethoven era una de las piezas preferidas de Proust, que comete un lapsus: Morel es violinista, no pianista; el error se produce porque, en los borradores, hasta 1915-1916, el protegido de Charius tocaba el piano; el cambio de instrumento parece responder a un intento por borrar las huellas que en el personaje ha dejado Delafosse, pianista amigo de Montesquiou. <<

[572] Aunque había nacido en Hamburgo en 1809, Mendelssohn vivió en Berlín desde los dos años de edad. <<

[573] El barón de Charlus alude a un billete que M. Thibaudier envía, en la comedia en un acto La Comtesse d'Escarbagnas de Moliere, junto con unas frutas, a la madura condesa de ese título, de la que está enamorado: «Concluyo esta esquela haciéndoos notar que soy tan sincero cristiano como las peras que os envío, puesto que devuelvo bien por mal, es decir, Señora, […] que os ofrezco unas peras de buen cristiano en lugar de las peras de angustia que vuestras crueldades me hacen tragar a diario» (escena IV). La pera *bon chrétien* es una pera de enero, de origen flamenco, que empieza a recogerse en diciembre. La «pera de angustia» es una especie de mordaza, un candado que, mediante ciertos resones que se sujetan cuando se lo ha metido en la boca, obliga a mantenerla abierta e impide gritar», (Dictionnaire de Furetière). El personaje de Moliere alude con esta expresión al silencio impuesto por la condesa a su declaración de amor. Por otro lado, en Moliere la Condesa no dice las palabras que aquí se le atribuyen. <<

[574] Proust utiliza el Almanach des bonnes choses de la France, de Élisabeth de Clermont-Tonnerre, para elegir sonoros nombres —con alguna variante como «Doyennée du Comice»— de variedades de peras cuya maduración corresponde al mes de septiembre. Sobre la autora y su libro véase más arriba la nota 279 de la pág. 1087. <<

[575] La duquesa de Clermont-Tonnerre escribe «Virginie-Ballet», también por error; debería ser «Virginie-Baltet», del nombre de un famoso horticultor, especialista en perales y otras especies frutales, André Baltet. <<

[576] En los departamentos del Eure y del Eure-et-Loire son tres las localidades que tienen Marcouville por primer término de esos topónimos compuestos. En el verano de 1907, Proust visitó la iglesia de Norrey, en la localidad de Brerreville-1'Orgueilleuse, que volverá a recordar más tarde, en Albertine desaparecida, con el nombre de Briqueville-1’Orgueilleuse. <<

[577] Para esta clase de gorro, véase 1.1, pág. 950, nota 175 a la pág. 698. <<

[578] Cita aproximada de una carta de Mme. de Sévigné a su hija Mme. de Grignan (27 de mayo de 1680) en que se asombra de los excesivos gastos de su hijo: «Inventa la manera de gastar sin parecer, de perder sin jugar, y de pagar sin librarse de la deuda. Siempre una sed y una necesidad de dinero, tanto en paz como en guerra; es un abismo de no sé qué, porque no tiene ninguna fantasía, pero su mano es un crisol que funde el dinero». <<

[579] El director del hotel dice «parcheminé» (= apergaminado), cuando pretende utilizar el término tópico parsem¿(= cuajado). <<

[580] Alusión a Shakespeare, Hamlet, III, I. <<

[581] Jules Verne (1828-1905) se había convertido en escritor famoso desde 1870, fecha de publicación de Veinte mil leguas de viaje submarino. <<

[582] Benjamin-Louis Godard (1849-1896), violinista y compositor francés, autor de ocho óperas, de gran éxito en su época y hoy olvidadas; entre ellas destacan Jocelyn (1888), sobre la obra de Lamartine, con una *berceuse* famosa, y El Dante y Beatriz (1890). La parte más sólida de su obra son 24 estudios para piano, que pertenecen al género de música de salón. <<

[583] Arembouville es la lectura del manuscrito, no comprendida por la dactilógrafa, que dejó un espacio en blanco rellenado por Proust con «Donciéres»; este término, seguido por todos los editores, le parece incoherente a E Lariche, que lo justifica: «Saint-Loup hace su servicio militar en Donciéres; si el héroe le lleva en coche a una estación desde donde podrá regresar a su casa, ¿por qué iría hasta Donciéres? Y admitiendo incluso que acompañe a su amigo hasta Donciéres, ¿por qué iba a dejarlo en la estación y no delante de su alojamiento?» (ed. cit., pág. 650). <<

[584] Proust parece mezclar dos acuarelas de Gustave Moreau, Hesíodo y la Musa y Poeta muerto llevado por un centauro; véase *La parte de Guermantes* II, pág. 377 y nota 110. <<

[585] En *La prisionera*. <<

[586] Chateaubriand, Mémoires d’outre-tombe (libro XI, cap. 3), donde el autor transcribe una carta del marqués Louis de Fontanes (1757-1821) de julio de 1798: «Trabaje, trabaje, querido amigo, vuélvase ilustre». <<

[587] La correspondencia de la emperatriz Josefina a su esposo se había publicado en 1833; a principios del siglo XX se reeditó una selección bajo el título de *Tendresses impériales*, seguidas de un *Dialogue sur l'amour*. <<

[588] Debería ser «violín»; el término flauta pertenece a un estado anterior de los borradores. <<

[589] En la rué Bergére se encontraba, hasta 1913, el Conservatorio nacional de Música y declamación, construido en 1811 por Delannoy en estilo pompeyano. En 1911 ese Conservatorio se trasladó a la rué de Madrid. <<

[590] Véase *La parte de Guermantes* II, págs. 329-330, donde no se habla ni se alude a ninguna «posesión». <<

[591] En 1910, la joyería Cartier se encontraba en el número 13 de la calle de La Paix; en varias ocasiones Proust intentó comprar algunos regalos en esa joyería, cuyos precios le parecieron excesivamente caros. <<

[592] En francés tapette, término que también significa «marica». <<

[593] Proust utiliza para los ex-libris del barón de Charlus el *Nouvel Armorial du Bibliophile. Guide de 1'amateur des livres armoriés*, de Joannis Guigard (1890), que había pedido prestado a Marcel de Plantevignes y que retuvo durante más de seis meses. <<

[594] «No siempre en combate»; la divisa auténtica decía lo contrario: In proeliispromptus, «dispuesto a los combates». <<

[595] «No [se consigue nada] sin trabajo»; era la divisa del cardenal de Retz. <<

[596] HenryRoujon (1853-1914), secretario perpetuo de Bellas Artes (1891) y miembro de la Academia Francesa (1913), a quien Proust califica en sus cartas de «cretino»; el título exacto del volumen en que recogió sus artículos de crítica era *Au milieu des hommes*, publicado en 1907, por lo que la referencia es un anacronismo para la cronología interna de la acción de Sodoma II. <<

[597] Proust utiliza el apellido Fournier-Sarlovéze; el primero en llevarlo fue un general del ejército de Napoleón, barón del Imperio, a quien Luis XVIII ofreció el título de conde de Lugo —ciudad española que había defendido valerosamente durante un asedio—; pero no lo aceptó a cambio de poder conseguir el Sarlovéze (en origen, sarladais, nombre de los habitantes de Sarlat, de donde era su familia); su hijo fue prefecto de policía; y su nieto, Robert (1869-1937), contemporáneo de Proust, alcalde de Compiégne y diputado por el departamento del Oise. <<

[598] Se ha supuesto que el texto alude a Gabriel Fauré, miembro del Instituí y director del Conservatorio. <<

[599] Las obras de Balzac a las que el barón de Charlus alude tienen un denominador común: hay en ellas un misterio, un secreto inconfesado o indicios de homosexualidad. Le Curé de Tour (El cura de Tours, 1832), segunda parte de la trilogía de Les Celibataires, de las «Escenas de la vida de provincia», tiene por protagonista al abate Birotteau, que ignora la venganza que contra él trama el abate Troubert para expulsarle de la casa de Mme. Guimard; La Femme abandonnée (La mujer abandonada, 1832) pertenece al ciclo de las «Escenas de la vida privada», y narra el amor trágico del joven barón Gastón de Nueil, enamorado de una misteriosa figura de mujer.

La segunda parte del ciclo de Vautrin de La Comedia humana lleva por título *Illusions perdues* (1843); las dos restantes son *Le Pire Gorioty Splendeurs et misires des courtisanes* (Esplendoresy miserias de las cortesanas), citada líneas más abajo; las relaciones de Lucien de Rubempré y Vautrin, que bajo el disfraz del cura español Carlos Herrera le ayuda, cuando el joven ha decidido suicidarse, a subir en la escala social, tienen un halo de homosexualidad que el barón de Charlus admira. <<

[600] «Tristesse d’Olympio», conocido poema de Víctor Hugo (Les Rayons et les Ombres, XXXTV) que expresa la melancolía del poeta cuando retorna a los lugares de su primer amor con Juliette Drouet. En Contre Sainte-Beuve (ed. cit., pág. 274) Proust cita este poema a propósito de Splendeurs et misires des courtisanes: «Pero lo más hermoso sin discusión es el maravilloso pasaje en que los dos viajeros [Lucien y Carlos Herrera] pasan delante de las ruinas del castillo de Rastignac. Yo llamo a eso la Tristesse d’Olympio de la Homosexualidad». <<

[601] La frase exacta de ese «hombre de gusto» aparece en «La decadencia de la mentira», del libro de Oscar Wilde *Intentions*(1891): «Una de las mayores tragedias de mi vida es la muerte de Lucien de Rubempré», quien al final de la tercera parte de Esplendores y miserias de las cortesanas se ahorca en su celda de la Conciergerie. Proust citará varias veces, tanto en Contre Sainte-Beuve como en su correspondencia, la frase wildeana. <<

[602] Son cuatro las partes de Splendeurs et misares des courtisanes (18441847): *Comme aiment les filies* («Cómo aman las rameras») que primero se tituló *Esther heureuse* («Esther feliz», 1844), *A combien l'amour revient aux vieillards* («A cuánto les sale el amor a los viejos», 1847); *Ou mènent les mauvais chemins* («Adónde llevan los malos caminos», 1846) y *La dernier incarnation de Vautrin* («La última encarnación de Vautrin», 1847). <<

[603] Alexis Ponson du Terrail (1829-1871) consiguió uno de los mayores éxitos de ventas del siglo XIX con el folletón *Exploits de Rocambole*, en 22 volúmenes. Su protagonista es un aventurero delincuente que termina por convertirse en paladín de los pobres y los oprimidos, en medio de una trama plagada de inverosímiles absolutos que dieron lugar a que ese nombre originase el adjetivo «rocambolesco». <<

[604] «Moult sorbonagre, sorbonicole et sorboniforme», parodia de los neologismos que inventaba Rabelais para burlarse de los teólogos de la Sorbona. <<

[605] «Un mal momento»; la expresión ya aparece utilizada en *Por la parte de Swann*, V. 1.1, página 182 y nota 19 en la pág. 866. <<

[606] Véase más arriba, nota 92 de la pág. 1171. <<

[607] «Chateaubriand aux pommes»: filete de buey a la parrilla entre dos lonchas de carne de otra clase, preferentemente de solomillo, que se acompaña con una guarnición de patatas. La «gracia» de Cottard se basa en el juego con el apellido del escritor, cuyo cocinero Montmirel habría inventado el plato; pero el origen de esa especialidad gastronómica también podría ser la localidad de Chateaubriand (Loire-Atlantique). <<

[608] Divisa adoptada por Montaigne, que la comenta en la Apologie de Raimond Sebond, para expresar el escepticismo que debe presidir todo debate filosófico; en 1576 la hizo grabar en una medalla sobre la imagen de una balanza equilibrada. <<

[609] «Conócete a ti mismo», divisa que aparecía grabada en el frontón del templo de Delfos, y a la que Sócrates aludía a menudo. <<

[610] Evangelio según Juan, XV, 12. <<

[611] Sobre el doctor Charles Bouchard, véase más arriba, nota 266 de la pág. 1192. <<

[612] A las rimas pobres («las que se producen con finales muy abundantes en la lengua: —*aba*, —*ente*, —*ado*, etc.», E Lázaro Carreter, Diccionario de términos filológicos), se oponen las rimas ricas, leoninas o millonarias, que abundan en sílabas idénticas por sonido y composición. <<

[613] «El arte excede al fondo»; la expresión parece traducir «materiam superabatopus», de las Metamorfosis (11, 5) de Ovidio, según anota Compagnon; el crítico Paul Souday había citado ese verso ovidiano, adjudicándoselo a Horacio, al criticar las abundantes faltas gramaticales que había encontrado en *Por la parte de Swann*. <<

[614] Alusión a Rabelais, canónigo de la parroquia de esa localidad. <<

[615] Localidad vecina de la frontera suiza, cerca de Ginebra, en la que vivió retirado Voltaire de 1758 a 1778. <<

[616] Chateaubriand residió a partir de 1811 cerca de Sceaux, en una propiedad llamada La Vallée-aux-Loups. <<

[617] Nombre de la casa en que vivió Baizac, en Ville-d'Avray, de 1837 a 1840, en un período en que lo perseguían los acreedores. La «polaca» es la condesa Mme. Hanska, con la que el novelista mantuvo una apasionada relación desde 1833 y con la que se casó en 1850 al enviudar la condesa. <<

[618] En Nouveaux essais de critique et d’histoire (1866), Taine afirma que Balzac escribió «muchas veces sobre las pasiones contra natura, tales que ni siquiera se pueden indicar aquí», y en nota cita La Filie auxyeux d’or (La muchacha de los ojos de oro), que relata el amor de Paquita Valdés por una dama del gran mundo, hermanastra de su galanteador Henri de Marsay; Sarrasine, (que Proust ortografía Sarrazine), en la que un joven se enamora de una cantante italiana que resulta ser un castrara; Vautrin; *Une passion dans le désert* (Una pasión en el desierto), en cuya trama hay bestialismo: un soldado francés hace un pacto de no beligerancia y de seducción con una pantera. Taine no cita La Fausse Maitresse (La falsa amante), cuyo protagonista se enamora de la mujer de su amigo y trata de seducirla; en La Fausse Maitresse no hay en principio nada de equívoco, salvo que, para Proust, por experiencia propia, el amor por la mujer de un amigo encubre un deseo homosexual hacia ese amigo. <<

[619] De hecho, el barón de Charlus está pensando en el final de *Illusions perdues*. <<

[620] La alusión parece apuntar a la emperatriz Eugenia. Véase más arriba, nota 106 de la pág. 1138. <<

[621] La protagonista de Les Secrets de la princesse de Cadignan (Los secretos de la princesa de Cadignan) utiliza la segunda toilette con motivo de la visita de d'Arthez; una toilette de orden superior, una de esas toilettes que expresan una idea y la hacen aceptar con los ojos, sin que se sepa ni cómo ni por qué. Ofreció a la mirada una armoniosa combinación de colores grises, una especie de medio luto, una gracia llena de abandono, la indumentaria de una mujer que sólo estaba unida a la vida por unos pocos lazos naturales, tal vez su hijo, y que se aburría (La Comédie Humaine, Gallimard, La Pléiade, ed. de 1977, t. VI, págs. 979-980). <<

[622] Madame d’ Espard es la única amiga de la princesa de Cadignan; este personaje literario tuvo por modelo real a la condesa Cordélia de Castellane, una de las reinas del París de la Restauración, que tras una vida escandalosa se retiró a una modesta morada con una única amiga, la duquesa de Dino; consiguió casar a su hijo con Pauline de Talleyrand-Périgord, hija de esta duquesa. Los personajes de Balzac y de Proust se entreveran, porque uno de los modelos del duque de Guermantes y también de Charius, Boson de Talleyrand-Périgord, príncipe de Sagan, era primo de la condesa de Beaulincourt, que también sirvió de modelo a Proust para Mme. de Villeparisis; y su sobrino Boni de Castellane figura entre los modelos de Saint-Loup. <<

[623] Nombre inventado por Proust. <<

[624] Paul Thureau-Dangin (1837-1913), periodista e historiador católico, secretario perpetuo de la Academia Francesa, autor de una *Histoire de la monarchie de Juillet*. <<

[625] Gastón Boissier (1823-1908), profesor del Collége de France y también secretario perpetuo de la Academia. Publicó obras célebres sobre la Antigüedad romana y las literaturas latina y francesa: *Promenades archéologiques: Rome et Pompéi*(1880), *Nouvelles Promenades archéologiques: Horace et Virgile*(1886). <<

[626] Morel ha confundido a Gastón Boissier con el confitero Boissier, que tenía abierta su tienda en el número 7 del bulevar des Capucines. <<

[627] Hasta 1900, la familia Proust vivió en el número 9 del bulevar Malesherbes, en un piso de suntuosa decoración. Con la expresión «40 bis» se designaba en la familia el domicilio del abuelo materno, Nathé Weil, que vivía en ese número del *faubourg Poissonniere*. Sobre la pelea con el tío Adolphe, véase el 1.1, *Por la parte de Swann*, págs. 73-74. <<

[628] Según Compagnon, la alusión va dirigida a las esculturas de la fechada de la catedral de Reims, destruidas durante la Primera Guerra Mundial. <<

[629] Sobre el Conservatorio, véase más arriba la nota 52 de la pág. 1201. <<

[630] Plus ultra Carolus, divisa del emperador Carlos V, que Proust pudo leer en la obra ya citada (véase más arriba, nota 56 de la pág. 1202) de Joannis Guigard, NouvelArmorialdu Bibliophile(1890). <<

[631] «El sábado por la noche, después del currelo», verso inicial de «Viens poupoule», canción popular de Félix Mayol (1872-1941), máximo representante de la canción francesa entre 1895 y 1920, que la estrenó en el café-concierto «L'Eldorado» en 1902. Proust, que acudió a oírle en alguna ocasión y que «por una módica suma» pretendía contratarle para que cantase en una fiesta esa y otras canciones, lamenta en su correspondencia con Reynaldo Hahn que no cante verdaderas melodías, «demasiado poco líricas y demasiado feas» (Corr. Vil, pág. 281). <<

[632] *Spes mea*: «mi esperanza»; la divisa de Enrique III era *Spes mea Deus* («Dios es mi esperanza»). <<

[633] *Expectata non eludet*: «él no decepcionará las esperanzas», divisa de Margarita de Valois, primera esposa de Enrique IV. <<

[634] J’attendrais: «esperaré», divisa del duque d’ Aumale. <<

[635] Mesmesplaisir du mestre: «una misma voluntad con mi amo». <<

[636] *Sustentant filia turres*: «las torres —las fuerzas militares— sustentan las lises», símbolo éste de la casa real francesa; la familia de los Simiane tenía en su escudo torres de azur y flores de lis, con la divisa Sustendant lilia turres. <<

[637] Manet ultima *cælo*: «el fin pertenece al cielo», divisa de Enrique III. <<

[638] *Non moríale quodopto*: «lo que yo deseo no es mortal», divisa de Charles de Lorraine, inspirada en un verso de las Metamorfosis de Ovidio (II, 56). <<

[639] *Atavis et armis*: «por los antepasados y por las armas», divisa de diversas familias de la aristocracia francesa. <<

[640] *C’est monplaisir*: «ésta es mi voluntad» en francés medieval, cuyo sentido altera el barón de Charlus en «éste es mi placer». Era efectivamente la divisa de la familia de La Rochefoucauld. <<

[641] *Tantus ab uno splendor*: «Tanto esplendor viene de un solo hombre», lectura aproximada de la divisa de Luisa de Lorena, viuda de Enrique III. <<

[642] El grito de guerra de Francisco I era «Muerte a otro, a mí vida». <<

[643] Sarah Bernhardt estrenó L'Aiglon de Edmond Rostand en marzo de 1900, consiguiendo con esta pieza el mayor éxito de su carrera. Sobre la Bernhardt véase tomo I, págs. 851-852, nota 75 a la pág. 70. <<

[644] Jean Sully Mounet, conocido como Mounet-Sully (1841-1916), debutó en la Comédie-Française con el Orestes de la *Andromaque* de Racine y con el *Rodrigo de Le Cid* de Corneille. Encarnó la mayoría de los grandes papeles del repertorio trágico, tanto de autores clásicos como de románticos. En 1881 interpretó el Edipo rey de Sófocles, que en agosto de 1888 repondría en el anfiteatro romano de Orange, no en las Arenas de Nímes; su arte se caracterizaba por una gran sensibilidad y una pasión fogosa que a veces lo arrastraba a una sobreactuación ridicula. <<

[645] Alusión a *El burgués gentilhombre*, (1670), comedia ballet de Moliére; el maestro de armas del protagonista, Monsieur Jourdain, pone en sus manos un florete para enseñarle esgrima (II, II). En ese deporte, una contra es una parada hecha con un movimiento circular rapidísimo con la espada. <<

[646] El mazagrán es un café frío al que se le añade ron; y el gloria, un licor en el que mezclan café, azúcar y aguardiente o ron. <<

[647] «Dio al hombre una cara vuelta hacia el cielo», cita modificada de Ovidio, Metamorfosis, I, w. 85-86: «Os homini sublime dedit cælumque viderel iussit et erectos ad sidera tollere vultus»: «dio al hombre un rostro erguido y le concedió que mirase el cielo y llevase el semblante alzado hacia las estrellas». Cottard sustituye videre por tueri, «contemplar, admirar». <<

[648] En el libro bíblico de Tobías (9), el arcángel Rafael, que ha acompañado a Tobías en su viaje de regreso a casa de su padre ciego Tobit, le da un remedio para devolverle la vista. <<

[649] Grattevast aparece ahora en la línea de Balbec a Douville-Féterne cuando antes (pág. 871) estaba en la línea Balbec-Angerville-Grattevast (véase más arriba, nota 17 de la pág. 1197). En cuanto a la etimología de Maineville, topónimo formado sobre Mainville, es producto de la fantasía. <<

[650] Evangelio según Juan, XI, 1-44. <<

[651] Más arriba, en la pág. 691, la línea llevaba las siglas de B.A.G. (Balbec-Angerville-Grattevast), y en. *A la sombra de las muchachas en flor*, B.C.B. <<

[652] De un miembro de esta familia que pertenecía a la nobleza de toga habla Saint-Simon en sus Mémoires: de Louis de Verjus, conde de Crécy (1629-1709), consejero de Estado, miembro de la Academia y embajador plenipotenciario en la paz de Ryswick. Su blasón era: «león de plata en campo de azur; jefe de plata cargado con una rama de vid de sinople». <<

[653] Vino agraz. <<

[654] Sobre el actor Coquelin, véase t.1, *Por la parte de Swann*, pág. 851, nota 73 a la pág. 69. <<

[655] El Cercle de 1’Union, fundado en 1826 por el duque de Guiche, fue durante el Segundo Imperio, junto con el Jockey y el Cercle de la Rué Royale, el círculo elegante por excelencia de la aristocracia. Hasta 1857 tuvo su sede en la esquina de calle Grammont y el bulevar des Italiens, trasladándose en esa fecha al bulevar des Capucines. <<

[656] En el momento de su fundación, 1820, la Société des Bibliophiles franjáis estaba formada por veinticuatro miembros, en su mayoría aristócratas; a finales de siglo eran veintinueve las personalidades que lo formaban. <<

[657] Proust sigue el *Armorial général* de J.B. Riestap (Londres, 1897) en esta serie de títulos y armas de personajes ingleses: el condado de Pembroke se anexionó el de Montgomery en 1630; Arthur Capel (1632-1683), gobernador de Irlanda (1672-1677) participó en la conspiración de Rye House y, detenido en 1683, se suicidó en la Torre de Londres. <<

[658] Émilienne André, conocida como Émilienne d’Alençon, fue cantante del Folies-Bergére, poeta a ratos y la cocotte más célebre de la Belle Époque; utilizaba sin ningún derecho el apellido del duque d’Alençon, nieto de Luis Felipe, y se relacionó con los ambientes lésbicos e intelectuales que presidían Natalie Clifford Barney y Lucie Delarue-Mardus. Arruinó a su amante Jacques, duque d’Uzés; para librarle de la cortesana, la madre del joven le envió a África, donde murió de disentería (véase más arriba, nota 84 de la pág. 1006). <<

[659] Ne sfais l’heure: «no sé la hora» del final. El patrónimo inglés Saylor es semejante a sailor(= marinero, navegante, en inglés). <<

[660] Jean-Alexis Périer (1869-1954), cantante que estrenó el papel de Peleas en la ópera Pelléas et Mélisande de Debussy, el 30 de abril de 1902, en el teatro de 1’ Opéra-Comique. <<

[661] Véase más arriba, *La parte de Guermantes* I, pág. 231. <<

[662] Comedia de Alfred Capus (1858-1922), periodista, dramaturgo y novelista francés; tanto sus novelas como sus comedias, de trama ligera y contenído superficial, lograron gran éxito por traducir el espíritu y las costumbres «fin de siglo» con mirada amable. Académico y director de Le Fígaro (1914), estrenó en 1902 La Châtelaine en el Théátre de la Renaissance —no en el Théátre del Gymnase—, con un reparto en el que no figuran los intérpretes mencionados por el texto. Su protagonista, una mujer esnob y autoritaria, posee una propiedad con una terraza de espléndidas vistas, como La Raspeliére. <<

[663] Se trata sin duda de la actriz Simone Frévalles, actriz cómica de bulevar. <<

[664] Marie Magnier (1870-1913) hizo su carrera de actriz en teatros de bulevar como el Vaudeville, el Varietés, el Palais-Royal, etcétera. <<

[665] Louis Barón (1870-1939), hijo de Louis Bouchenez, conocido como «el gran Barón», fue actor cómico de los teatros de bulevar. <<

[666] Yvette Guilbert (1867-1944), célebre cantante de café-concierto muy popular la década de 1890, actriz y escritora; Toulouse-Lautrec la retrató en una serie de guaches. <<

[667] Sobre el célebre médico Charcot véase *La parte de Guermantes* I, nota 423 de la pág. 1047. <<

[668] Ernest Cornaglia (1834-1912) conoció el éxito como actor gracias a Coquelin, que lo descubrió en provincias y le ofreció el papel protagonista masculino de L'Arlésienne, estrenada por Alphonse Daudet en 1702. <<

[669] Émile Dehelly (1871-1969), actor de la Comédie Française, donde debutó en 1890 en el papel de Horacio en *La escuela de las mujeres* de Moliére. <<

[670] «Un escritor singular deja por eso mismo de ser un gran escritor. En un Sainte-Beuve el perpetuo desvío de la expresión, que se sale en todo momento de la vía directa y de la acepción usual, es delicioso, pero da inmediatamente la medida […] de un talento pese a todo de segundo orden […] Ciertas distinciones son igual de ridiculas», nota 34 de la traducción de Proust al libro de Ruskin *Sésame et les lys*. <<

[671] Luis VI el Gordo (1081-1137), hijo de Felipe I y de Berta de Holanda, rey de Francia desde 1108; cuando Felipe I repudió a su esposa, de su relación con Bertrade de Montfort tuvo un hijo, Philippe de Mantés, que pretendía el trono, por lo que, a la muerte de su padre, Luis se hizo coronar rápidamente en Orléans, cuando el lugar tradicional de las coronaciones era Reims. Proust elabora la ficción de la parentela de los Guermantes aprovechando referencias históricas y literarias reales. <<

[672] Las dos abuelas de Luis XIV y de Monsieur, muerto en 1701, fueron María de Médicis y Margarita de Austria. Nuevamente el parentesco es ficticio. <<

[673] No es seguro que los La Trémoïlle desciendan de los condes soberanos de Poitiers del siglo XI; a finales de 1595 eran duques y pares; Luis XIV les otorgó la dignidad de príncipes cuando en 1521 François, príncipe de Talmond, se casó con Ana de Laval, de la casa de Aragón; ese matrimonio les dio derechos sucesorios al reino de Ñapóles. <<

[674] Los Crusol habían conseguido por vía matrimonial el título de vizcondes d'Uzés en 1486; y en febrero de 1572 alcanzaban el de pares, fecha que les convertía en los más antiguos de Francia. <<

[675] El casal de Albert de Luynes, de origen provenzal, empieza a destacar en el siglo XVI; Charles d'Albert (1578-1621) fue favorito de Luis XIII, que le otorgó los títulos de duque y par. Por matrimonio emparentó con los Rohan; y sus descendientes, con los príncipes de Neuchátel (1719), con los condes de Chaulnes, etcétera. <<

[676] Los orígenes nobiliarios de los Choiseul se remontan al siglo XI, y alcanzaron los títulos de duques y pares en 1665; en 1705 moría el último duque y par de ese título, el mariscal de Choiseul. <<

[677] Los Harcourt era una antigua familia feudal de Calvados (Normandía), que pretendían descender de un Bernard del siglo X emparentado con el jefe normando Rollon. Consiguieron los títulos de duques y pares en 1709. <<

[678] Los La Rochefoucauld son conocidos desde el siglo X. Descendían de los condes de Poitou y señores de Lusignan, pero en 1762 se extinguió la descendencia directa de la rama principal. <<

[679] Sophie de Noailles, apellido descendiente de una casa feudal del Limousin conocida desde 1203, se casó en secreto en 1723 con Louis-Alexandre de Bourbon, conde de Toulouse, hijo bastardo legitimado de Luis XIV y de Mme. de Montespan. <<

[680] Conocidos desde la época de las cruzadas, en el siglo XII, los Montesquiou-Fezensac, descendientes de los antiguos condes de Fezensac, llevan uno de los apellidos más ilustres de Francia, emparentado con buena parte de la aristocracia europea, tal como se jactaba Robert de Montesquiou, uno de los modelos del barón de Charius. <<

[681] Los Castellane, oriundos de Provenza en el siglo XI, se dividieron dos siglos más tarde en varias ramas. <<

[682] Compagnon repara esos «olvidos», que son muchos, porque Proust ha privilegiado apellidos de la nobleza con los que mantenía relaciones amistosas. «El señor de Charius olvida sin embargo a los Rohan, los Polignac, los Durfort de Lorges, los Gramont, los Maille, etc., todos ellos casas ducales de extracción feudal. Los Castellane, los Noailles, los Montesquiou son de una nobleza menos alta» (Pléiade, ed. cit. pág. 1607). <<

[683] Aunque al barón de Charius le desagrade, los Cambremer están emparentados con los Guermantes; el duque de este título alude a una prima suya, hija del marqués de Féterne, con los que los Cambremer están emparentados a través de los Arrachepel. Véase *La parte de Guermantes* II, pág. 844. <<

[684] El término francés torchon, además de fregona —que utilizo para resolver el juego de palabras del texto— designa un tipo de papel para acuarelas. <<

[685] El barón de Charlus ya ha tachado de falsos a los La Tour d’Auvergne; véase más arriba, pág. 1045 y nota 409 a la pág. 261; y pág. 1133, nota 77 a la pág. 600. <<

[686] Heroína de La Muse du département (La musa del departamento), narración que forma parte, como las dos citadas a continuación, de las «Scénes de la vie de province»: Dinah de la Baudraye es una joven bellísima e intelectual, casada con un político entrado en años; enferma de literatura, sigue a París a un joven periodista; después de tener dos hijos de esa relación, regresa al hogar forzada por las presiones conjugadas de los intereses políticos del marido, la religiosidad de la madre y la miseria. <<

[687] Anaïs de Bargeton, personaje de la novela de Baizac Illusionsperdues, abandona a su viejo marido y huye a París con el joven poeta Lucien Chardon, que no es sino Lucien de Rubempré; el marido morirá en un duelo provocado por la deshonra de su esposa y ésta, una vez viuda, se casa con el conde Sixte du Châtelet. <<

[688] Protagonista de Le Lys dans la valle (El lirio en el valle), Mme. de Monsauf es el símbolo de la pureza; trató de superar, casándose y concentrándose en el amor materno, la pasión platónica que había sentido por Félix de Vandenesse: termina muriendo en ese intento. <<

[689] Proust emplea el término apache, creado, según A. Dauzat (Les argots), por reporteros parisienses a principios de 1902, cuando, queriendo dramatizar riñas bastante vulgares entre chulos, «habían imaginado una lucha homérica en regla por una Helena que hacía la calle». Uno de los grupos utilizaba la denominación de esa etnia de indios del Norte de América, y el término hizo fortuna rápidamente, hasta el punto de que el Diccionario de la Academia Española (vigesimosegunda edición, 2001) todavía mantiene en la entrada apache una segunda acepción: «Bandido o salteador de París, y, por ext., de las grandes poblaciones». <<

[690] La condesa Berthe de Clinchamp, de nobleza reciente porque debía su título al emperador Francisco José, fue dama de compañía de la duquesa d'Aumale; se encargaba de acompañar a Chantilly a los visitantes del viejo duque, que yacía gotoso en un sillón; «fue la vieja amiga de sus ancianos días», según Elisabeth de Gramont (Souvenirs du monde, ed. cit., pág. 129), además de escribir a su muerte una biografía: *Le Duc d'Aumale, prince, soldat* (1899). <<

[691] In medio virtus: «en el medio está la virtud», locución latina con la que se rechaza en todo cualquier extremo. <<

[692] Era el Narrador quien se interesaba por las etimologías y quien preguntaba a Brichot en los dos desarrollos anteriores del tema. Pero en el borrador escrito durante la guerra Albertine protagonizaba ese interés. Para este tercer y último «apartado» etimológico Proust utiliza sus fuentes habituales: Cocheris, Le Héricher y, en especial, Longnon. <<

[693] Para la etimología que Brichot da de —fleur, véase más arriba, pág. 780 y nota 113. <<

[694] Cocheris traduce la palabra danesa «boe» —a la que luego por homofonía se le añadía una «*f*»-, por «casa», mientras Le Héricher lo vierte por «aldea»; es Longnon quien traduce «budh» por «cabaña», «barraca». <<

[695] Según Cocheris, *el gálico pen*, que tiene el mismo significado [que el anglosajón toro el alemán han} (montaña boscosa), entra en la composición de númerosos lugares llamados «Le Pen», además de los Apeninos («Alpes Peninos»), y otros compuestos. <<

[696] Ninguna de las fuentes da la etimología de Marcouville, topónimo de la región de Illiers; Proust parece reconstruirla a partir de las indicaciones de Longnon para Saint-Marcouf (Calvados), que deriva de Marculfiis. <<

[697] Según Longnon, «los nombres de lugares en —ville son muy abundantes en Normandía, y parecen salir, salvo raras excepciones, del siglo X […] Puede afirmarse en general que estos nombres de lugar, en Normandía, se deben a los compañeros de Rollen o a sus descendientes inmediatos». <<

[698] Herimundivilla, según Longnon, sería el hombre originario de Hermonville, no de Harambouville; Cocheris da la misma etimología. <<

[699] Ninguna de las fuentes de Proust ofrece las etimologías de Incarville —nombre de dos localidades de Normandía—, que probablemente Proust inventa, como la de Tourville; para Charles Joret (Les noms de lieux d’origine romaine, 1913), Trouville, topónimo del departamento del Auge, procedería de «Tburovilla, noruego Toroíd». <<

[700] Proust sigue a Longnon: «Aumenancourt, que en muchos textos carolingios se presenta bajo la forma Curtís Alamannorum o Alamannorum curtís», que se explicaría por los asentamientos bárbaros en la zona de Reims. <<

[701] «El nombre de la gran nación de los sajones es la raíz del nombre de lugar Saxonia, que genera desde luego los nombres modernos Sassogne (Norte) y Sissone (Aisne)», dice Longnon, quien, tras explicar el paso de los piratas sajones, da como nombres de lugar en Gran Bretaña los de Wessex y Middlesex. <<

[702] Vuelve a ser Longnon la fuente: «En Francia, el nombre Mortagne designaría localidades fundadas u ocupadas, en época romana, por soldados de la Mauritania». <<

[703] «La memoria de los godos se conserva en un gran número de nombres de lugar […] La forma primitiva de estos nombres, Gothorum Villa […] donde se ha mantenido se presenta bajo varias formas […], Gourville (Charente, Liret, Seine-et-Oise)». <<

[704] Longnon y Cocheris señalan entre los nombres de origen galorromano Latiniacus, cuya forma moderna es Lagny. <<

[705] Brichot ha explicado antes las etimologías de homme y de thorp: véanse más arriba, notas 122 y 133 de las páginas 1174 y 1177 respectivamente; el topónimo Torphehomme es invención de Proust. Alberto Beretta ofrece, en su edición italiana, una posible procedencia de la frase de Proust: Gabriel Legouvé (17641812), poeta y dramaturgo trágico, que consiguió con Le Mérite des femmes (1801) un éxito prolongado a pesar de su mediocridad; a él se debería el verso, declarado famoso por un diccionario enciclopédico de finales del siglo XIX: *Tombe aux pieds de ce sexe a qui tu dais ta mere*! («¡Cae a los pies de este sexo al que debes a tu madre!»). <<

[706] La fuente es Cocheris: «Orgeville (Eure), de Otgervilla, es decir propiedad de Otger». Roberto I (865-923), duque de los francos, fue rey de Francia en el año 922. <<

[707] Ni Cocheris ni Longnon ofrecen etimologías para Octeville-la-Venelle (localidad del departamento de la Mancha), Bourguenolles (localidad cercana a Avranches, también en la Mancha) o Chaise-Baudouin; Proust podría haberse fijado en algunos datos de Le Héricher, en un texto anónimo: Mémoires de la Société d'archéologie, littérature, Science et arts des arrondissements d'Avranches et de Mortain (1894-1895), y en unos *Études géographiques et historiques sur le département de la Manche* (1854), de M. de Gerville; según Compagnon, que ofrece otras referencias bibliográficas, «para los tres nombres de lugar aquí citados por Proust […] nos falta seguramente un eslabón entre Gerville, Le Héricher, el autor anónimo […] y Proust» (Pléiade, ed. cit., págs. 1614-1615). <<

[708] Según Longnon, «domnus, forma reducida de dominus, fue en la época merovingia y carolingia un auténtico sinónimo de sanctus»; también Cocheris afirma que los títulos de santo y santa eran sustituidos por el de dom (domnus y dormía). <<

[709] Variante, para Compagnon, de «Aumenancourt» y de «Amenoncourt» (Pléiade, ed. cit., pag. 1615. <<

[710] Nombre francés de la residencia del comandante de ciertas órdenes religiosas, como los Templarios y los Caballeros de Malta entre otros. <<

[711] Hasta la puesta del sol; Helios es la divinidad solar de la mitología griega. <<

[712] Thánatos, la muerte, Leteo, río del olvido, e Hypnos, el sueño, son los tres hijos de la Noche. Proust presta a Bloch un lenguaje que procede directamente de los Himnos álficos, traducidos por Leconte de Lisie, y en particular del himno LXXII: «Perfume de Hypnos: la Adormidera». «Hypnos, rey de todos los bienaventurados y de los mortales y de todos los vivientes que la ancha tierra nutre, sólo tú mandas en todos y envuelves los cuerpos con dulces lazos, […] aplacas las almas porque eres el hermano de Leteo y de Thánatos». <<

[713] Insulto homérico frecuente. <<

[714] Aidós, hija de Zeus, personificación de la Vergüenza.

Kronión es epíteto de Cronos, divinidad del Tiempo. <<

[715] Ya lo había hecho el barón de Charlus, en *La parte de Guermantes*, págs. 255-257. <<

[716] Proust vuelve a utilizar a Cocheris para estos topónimos, así como para los de Le Prieuré, L’Abbaye, Le Monastére, la Maison-Dieu, de líneas más adelante. <<

[717] Véase más arriba, nota 42 de la pág. 1163. <<

[718] La infancia de Cristo (1850-1854), oratorio en tres partes de Héctor Berlioz (1803-1869). <<

[719] «El Encantamiento del Viernes Santo», uno de los fragmentos musicales favoritos de Proust, figura al principio del acto III de la ópera Parsifal, de Wagner; véase 1.1, pág. 925, nota 233 a la pág. 560. <<

[720] Para las viejas calles de París, Proust utiliza, como él mismo indica en una variante del manuscrito, *Promenades dans toutes les rué de París* (en 20 volúmenes, 1910), del marqués Félix de Rochegude, y la *Guide pratique a travers le vieux París* (1903) de ese mismo autor en colaboración con M. Dumolin. <<

[721] Una de las cuatro vías que desde 1852 confluían en la rué du Temple, y cuyo nombre explica Rochegude: «La rué Barre-du-Bac había sido llamada así porque la abadía de Notre-Dame du Bec-Hellouin, en Normandía, tenía en ella su palacio de justicia» [barre de justice]. <<

[722] La guía de Rochegude razona el nombre de la calle des Blanc-Manteaux por los frailes mendicantes, vestidos con largas capas blancas, «llamados siervos de la Virgen, que san Luis puso en ella en 1258». <<

[723] Judengasse: en alemán, «calle de los judíos». Charlus finge ignorar el nombre de la rué des Rosiers, que Rochegude describe: «La calle está habitada casi totalmente por los israelitas; enseñas en caracteres hebraicos en numerosas tiendas, carnicerías judías, fábricas de panes ácimos. […] Es el gueto parisiense». <<

[724] El filósofo holandés Baruch Spinoza (1632-1677), descendiente de judíos portugueses exiliados de su tierra por las persecuciones, también fue excomulgado por los rabinos de la sinagoga de Amsterdam, por poner en duda la autenticidad de los textos sagrados. <<

[725] Rembrandt (1606-1669) vivió en el barrio hebreo de Amsterdam y pintó tanto a sus habitantes como La Sinagoga (1648), cuadro conservado en el Louvre. Protestante de religión, no era judío. <<

[726] Proust pudo leer en la guía de Rochegude: «Rué des Archives, nº 22. Iglesia evangélica de los Billetes, construida […] sobre cimientos de una capilla edificada en el 1299 […] Allí antiguamente se alzaba en la antigua calle des Jardins […] la casa del judío Jonatás, que fue acusado y convicto de haber hecho "hervir a Dios" cociendo una hostia consagrada que, según dicen, íúe milagrosamente salvada, y conservada hasta la Revolución por la iglesia Saint-Jean-en-Gréve. La casa del judío en que habían tenido lugar el crimen y el milagro (1290) volvió por derecho, tras la ejecución de Jonatás, al dominio de la corona». <<

[727] Es de nuevo el libro de Rochegude el que sirve de pauta: «Rué Vieille-du-Temple […] está casi delante del palacete de Rieux, adonde su cadáver fue transportado, donde el duque d' Orléans, saliendo de cenar de casa de Isabeau de Baviera, su cuñada y amante, fue asesinado por los hombres de Juan sin Miedo la noche del 23 al 24 de noviembre de 1407». A la iglesia des Blanc-Manteaux fue Juan sin Miedo a arrodillarse ante su víctima, según Rochegude, «simulando un profundo dolor». <<

[728] Charlus hace un resumen de las quejas de los legitimistas; por ser los Orléans la rama segundona de la familia Borbón, no entraban para ellos en línea de cuenta de los derechos sucesorios. El duque de Chartres era nieto de Luis Felipe, hijo del duque d'Orléans. Philippe Égalité, duque d'Orléans, había votado la condena a muerte de Luis XVI. Luis Felipe subió al trono en 1830, gracias a la huida y abdicación de Carlos X, que había intentado que la corona fuese a parar a su sobrino el conde de Chambord, que nunca llevó ese título de Enrique V; el solo empleo de este nombre para un rey que nunca reinó indica las posiciones legitimistas del hablante. La referencia a Monsieur, hermano de Luis XIV, alude a su homosexualidad, mientras su hijo Felipe el Regente se entregó al libertinaje. <<

[729] Etimología inventada por Proust, a partir probablemente de *Nidus aquilæ*, que para Longnon formó distintos topónimos franceses. Sobre las etimologías de Maineville y Parville se ha hablado más arriba; véanse las notas 139 y 29 de las págs. 1177 y 1199. <<

[730] El Annuaire des Châteaux et des villégiatures empezó a publicarse en 1887 con los nombres y direcciones de dueños de castillos y residencias veraniegas. <<

[731] Kaire: fórmula griega de despedida que literalmente significa «alégrate» y equivale a «hasta luego». <<

Notas - 6

[732] Incarville-Parville no coincide con los trayectos indicados en pasajes anteriores; véase más arriba las págs. 970-971. <<

[733] Agamenón, rey de Micenas y de Argos, dirigió la expedición griega contra Troya; a su regreso fue asesinado por Egisto, amante de su esposa Clitemnestra, ayudado por ésta. Su hijo y heredero Orestes logró salvar la vida y, adulto, regresó a Micenas para vengar esa muerte matando a los asesinos de su padre. <<

[734] Entre las novedades que presentó la Exposición Universal de 1898 se encontraban el conmutador telefónico para 3.000 abonados, el fonógrafo de Edison y cuatro salas de audición dotadas de teatrófonos. <<

[735] Es un «amanecer sobre el mar» el cuadro que Elstir regala al dueño del restaurante de Rivebelle. Véase en el 1.1, *A la sombra de las muchachas en flor*, pág. 727. <<

[736] Véase en el tA,Ala sombra de las muchachas en flor, págs. 759-580. <<

[737] La cruel desconfianza que tras una observación de Cottard surge en el Narrador sobre la sexualidad de Albertine, que baila con Andrée; pero, en la página 699 de Sodoma y Gomorra II, la escena ocurre en el Casino de Incarville. <<

[738] Además de las referencias a Trieste —donde se encontraría con Mlle. Vinteuil—, el origen de Albertine pasa de Holanda (Amsterdam) a Austria. <<

[739] Véase en el 1.1, *Por la parte de Swann*, págs. 363-364. <<

[740] Véase más arriba, Sodoma y Gomorra II, págs. 754-755. <<

[741] Véase más arriba, *La parte de Guermantes* II, págs. 328-329. <<

[742] Véase en el 1.1, *Por la parte de Swann*, págs. 367. <<

[743] Véase más arriba, Sodoma y Gomorra II, pág. 746 y nota 69 de la pág. 1167. <<

[744] Robert Guiscard (c. 1015-1085), aventurero normando que contribuyó a la fundación de los Estados normandos del Sur de Italia y de Sicilia. Fue duque de Calabria y de Sicilia. Herimbald fue otro jefe normando. <<